PRESENTED TO THE
Public Library of the City of Boston
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630.
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
By George Ticknor, Esq.
Received ____________ No. ____________
D.111.1
V.11

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
Boston Public Library

http://www.archive.org/details/memoriasdelareal011real

IND.

MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XI.

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1888.

MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XI.

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8.
1888.

Ticknor
Dec. 16, 1910
**D.111.1
V.11
Cont. 41r60

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Al dar á luz el tomo XI de sus MEMORIAS, la Academia se congratula por la mayor celeridad que ha conseguido imprimir á esta publicación, antes por tanto tiempo detenida; pues si el tomo X se dió completo á los seis años de terminado el IX, el actual no ha tardado más que tres en completarse.

Encabeza este volumen la Memoria titulada *Política tradicional de España en África*, obra del Sr. D. León Galindo y de Vera, premiada por la Academia en público certamen abierto hace años con ocasión de nuestra última campaña al otro lado del Estrecho. Causas tan ajenas á la voluntad del autor como á la de esta Corporación han impedido que antes de ahora se imprimiera este trabajo de reconocido mérito.

La segunda Memoria, titulada *Necrópolis de Carmona*, ha sido escrita por nuestro compañero D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, después de un viaje á la localidad, por encargo de las dos Academias de la Historia y de Bellas Artes, y publicada á expensas de ambas con gran número de costosas láminas que ilustran la descripción de tan singular hallazgo.

Otra Necrópolis antiquísima, descubierta en Cabrera de Mataró en 1881, da asunto para la tercera y última Memoria, escrita por D. Juan Rubio de la Serna, é ilustrada asimismo con buen número de láminas.

El Cuerpo de Académicos registra en el catálogo de sus individuos, que á continuación se inserta, menos alteraciones que en los anteriores. Sólo tenemos que lamentar la sensible pérdida del Excmo. Señor D. José Oliver y Hurtado, Obispo dimisionario de Pamplona, cuya vacante no se ha llenado todavía; y el Sr. D. Celestino Pujol y Camps, que en el último escalafón figuraba como electo, nos ha dado ya la satisfacción de ingresar como numerario. Esperamos que en breve plazo nos honrarán del mismo modo muchos, si no todos los que aún no han tenido ocasión de hacerlo.

CATÁLOGO

DE LOS INDIVIDUOS

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN 1.º DE OCTUBRE DE 1888.

SEÑORES ACADÉMICOS DE NÚMERO POR ORDEN DE ANTIGÜEDAD,

CON EXPRESIÓN DE LAS FECHAS EN QUE TOMARON POSESIÓN DE SUS PLAZAS.

Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos y Arce: supernumerario en 6 de Abril de 1844: de número en 5 de Marzo de 1847.
Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, *Anticuario:* 4 de Mayo de 1856.
Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro y Penido, *Censor:* 26 de Abril de 1857.
Excmo. Sr. D. Juan Manuel Montalbán y Hernanz: 20 de Junio de 1857.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, *Director:* 20 de Mayo de 1860.
Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo y Kuntz, *Secretario perpetuo:* 13 de Enero de 1861.
Ilmo. Sr. D. Vicente de la Fuente y Bueno: 10 de Marzo de 1861.
Excmo. Sr. D. Vicente Vázquez Queipo: 27 de Octubre de 1861.
Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra y Moragas, *Tesorero:* 28 de Diciembre de 1862.
Sr. D. Manuel Oliver y Hurtado, *Bibliotecario:* 8 de Abril de 1866.
Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González: 10 de Noviembre de 1867.
Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas y Rodríguez: 1.º de Marzo de 1868.
Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins: 29 de Junio de 1869.
Excmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño y Montero: 10 de Octubre de 1869.
Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes: 14 de Enero de 1872.
Excmo. Sr. D. José Gómez de Arteche: 12 de Mayo de 1872.
Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas: 3 de Noviembre de 1872.
Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente: 21 de Junio de 1874.
Excmo. Sr. D. Francisco Coello y Quesada: 27 de Diciembre de 1874.
Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié: 4 de Abril de 1875.
Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado: 27 de Junio de 1875.

Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer: 10 de Octubre de 1875.
Sr. D. Francisco Codera y Zaidín: 20 de Abril de 1879.
Sr. D. Fidel Fita y Colomé: 6 de Julio de 1879.
Ilmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro: 13 de Marzo de 1881.
Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo: 13 de Mayo de 1883.
Ilmo. Sr. D. Bienvenido Oliver y Esteller: 22 de Junio de 1884.
Excmo. Sr. D. Manuel Danvila y Collado: 9 de Noviembre de 1884.
Sr. D. Celestino Pujol y Camps: 18 de Abril de 1886.
Excmo. Sr. D. Jacobo Zóbel de Zangróniz: *electo* en 10 de Mayo de 1878.
Excmo. Sr. D. Emilio Castelar: *electo* en 11 de Marzo de 1881.
Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada: *electo* en 30 de Junio de 1882.
Excmo. Sr. D. Manuel Cañete: *electo* en 2 de Marzo de 1883.
Sr. D. Antonio Sánchez Moguel: *electo* en 29 de Febrero de 1884.
Sr. D. Eduardo de Hinojosa y Naveros: *electo* en 29 de Febrero de 1884.

SEÑORES ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS,

CON EXPRESIÓN DE LA FECHA DE SU NOMBRAMIENTO.

CORRESPONDIENTES EN LAS PROVINCIAS.

ÁLAVA.

Sr. D. José Antonio de Valbuena: 14 de Diciembre de 1866.
Sr. D. Ladislao de Velasco: 5 de Noviembre de 1869.
Sr. D. Fermín Herrán: 31 de Enero de 1873.
Sr. D. Manuel Iradier: 18 de Junio de 1880.
Sr. D. Federico de Baraibar: 26 de Octubre de 1883.
Sr. D. Mariano Amador: 4 de Diciembre de 1885.

ALBACETE.

Sr. D. Federico de Atienza: 18 de Marzo de 1870.
Sr. D. Antonio González: 4 de Abril de 1874.
Sr. D. José María Sevilla: 4 de Abril de 1874.
Sr. D. Rafael Serrano: 4 de Abril de 1874.
Sr. D. Antonio Rentero y Villota: 3 de Febrero de 1877.
Sr. D. José Alonso Zabala: 30 de Junio de 1888.
Sr. D. Guillermo Garijo Hernández: 30 de Junio de 1888.

ALICANTE.

Sr. D. Aureliano Ibarra y Manzoni: 21 de Marzo de 1862.
Sr. D. Manuel Senante: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Juan Vila y Blanco: 20 de Marzo de 1868.
Sr. D. Roque Chabás, *Denia:* 25 de Marzo de 1877.

ALMERÍA.

Ilmo. Sr. D. Miguel Ruiz de Villanueva: 18 de Diciembre de 1874.
Sr. D. Miguel Bolea y Sintas: 20 de Mayo de 1887.
Sr. D. Juan Oliver y Hurtado: 16 de Diciembre de 1887.
Ilmo. Sr. D. Santos de Zárate, *Obispo de Almería:* 30 de Junio de 1888.
Sr. D. Francisco Maldonado Entrena: 30 de Junio de 1888.
Sr. D. Mariano Álvarez Robles: 30 de Junio de 1888.
Sr. D. Salvador de los Santos Mulero, *Cuevas de Vera:* 30 de Junio de 1888.
Sr. D. José Bernabé Soler, *Idem:* 30 de Junio de 1888.
Sr. D. Miguel Soler y Márquez, *Idem:* 30 de Junio de 1888.

AVILA.

Sr. D. Juan Guerras Valseca: 19 de Octubre de 1866.
Sr. D. Francisco Pindado: 31 de Octubre de 1884.
Ilmo. Sr. D. José Moreno Guijarro de Uzábal: 4 de Febrero de 1887.
Sr. D. Teodoro de San Román y Maldonado: 4 de Mayo de 1888.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Ramón Fernández de Pierola, *Obispo de Ávila:* 30 de Junio de 1888.
Ilmo. D. Luis González: 30 de Junio de 1888.
Sr. D. Manuel Labajo: 30 de Junio de 1888.
Sr. D. José Mayoral López: 30 de Junio de 1888.
Sr. D. Francisco González Rojas: 30 de Junio de 1888.

BADAJOZ.

Sr. D. Luis Villanueva, *Barcarrota:* 8 de Enero de 1847.
Sr. D. Tomás Romero de Castilla: 13 de Abril de 1866.
Sr. D. Alonso Pacheco y Blanes, *Mérida:* 1.° de Febrero de 1867.
Sr. D. Carlos Botello del Castillo: 14 de Febrero de 1879.

BALEARES.

Sr. D. José María Quadrado, *Palma:* 31 de Diciembre de 1847.

Sr. D. Bartolomé Muntaner, *Palma:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Álvaro Campaner y Fuertes, *Manacor:* 19 de Mayo de 1871.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Manuel Mercader y Arroyo, *Obispo de Menorca, Ciudadela:* 21 de Febrero de 1879.
Sr. D. Jerónimo Roselló, *Palma:* 12 de Abril de 1879.
Sr. D. Miguel Sureda y Veri, *Idem:* 13 de Marzo de 1885.
Sr. D. Juan Pons y Soler, *Mahón:* 30 Junio de 1888.
Sr. D. Pedro Riudavets, *Idem:* 30 de Junio de 1888.

BARCELONA.

Sr. D. Manuel Bofarull y Sartorio: 7 de Diciembre de 1838.
Sr. D. Juan Codina: 24 de Setiembre de 1847.
Sr. D. Mariano Aguiló y Fuster: 6 de Mayo de 1853.
Sr. D. José Puiggarí: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Pablo Parassols y Pí: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Arístides de Artiñano: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Cayetano Vidal y Valenciano: 30 de Junio de 1866.
Sr. D. Antonio de Bofarull y Brocá: 20 de Marzo de 1868.
Sr. D. Joaquín Riera y Bertrán: 15 de Enero de 1869.
Sr. D. Víctor Gebhart: 24 de Abril de 1874.
Sr. D. Francisco Miquel y Badía: 24 de Abril de 1874.
Sr. D. José Pella y Forgas: 8 de Enero de 1875.
Sr. D. Antonio Elías de Molíns: 8 de Enero de 1875.
Sr. D. Joaquín Rubió y Ors: 12 de Noviembre de 1875.
Sr. D. José Coroleu: 20 de Octubre de 1876.
Sr. D. Luis Cutchet: 15 de Febrero de 1878.
Sr. D. Francisco Ubach y Vinyeta: 13 de Diciembre de 1878.
Sr. D. Salvador Sanpere y Miquel: 27 de Junio de 1879.
Sr. D. Alfredo Opiso: 13 de Mayo de 1881.
Sr. D. José Ixart y Moragas: 1.° de Junio de 1883.
Sr. D. Antonio Rubió y Lluch: 2 de Noviembre de 1883.
Sr. D. Rafael Bocanegra y González: 2 de Noviembre de 1883.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Jaime Catalá, *Obispo de Barcelona:* 1.° de Febrero de 1884.
Sr. D. José Fiter é Inglés: 12 de Abril de 1884.
Sr. D. Ramón Siscar: 13 de Junio de 1884.
Sr. D. Francisco Javier de Salas y Carvajo: 10 de Octubre de 1884.
Sr. D. Teodoro Creus y Corominas, *Villanueva y Geltrú:* 6 de Febrero de 1885.
Sr. D. Cayetano Cornet y Más: 22 de Mayo de 1885.
Sr. D. Eduardo Támaro y Fabricias, *Manresa:* 22 de Mayo de 1885.
Sr. D. Francisco de Bofarull: 11 de Junio de 1886.

BURGOS.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Manuel Gómez de Salazar, *Arzobispo de Burgos:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. José Martínez Rives: 30 de Junio de 1866.
Sr. D. Isidro Gil y Gavilondo: 19 de Diciembre de 1875.
Sr. D. Manuel Martínez Añibarro y Rives: 18 de Mayo de 1877.
Sr. D. Arturo Arnáiz y Bohigas: 13 de Junio de 1879.
Sr. D. Arturo de Oliver Copons Fernández Villa-amil: 1.º de Julio de 1881.
Sr. D. Agustín Arbex: 4 de Diciembre de 1885.

CÁCERES.

Sr. D. Jerónimo de Sande Olivares: 19 de Junio de 1868.
Sr. D. Ramón Rubio Juncosa, *Valencia de Alcántara:* 4 de Noviembre de 1880.
Excmo. Sr. D. Miguel Jalón, Marqués de Castro Fuerte: 18 de Setiembre de 1885.
Sr. D. Publio Hurtado y Pérez: 4 de Febrero de 1887.

CÁDIZ.

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro: 25 de Abril de 1852.
Sr. D. Mariano Pardo de Figueroa, *Medinasidonia:* 22 de Marzo de 1861.
Sr. D. Manuel Bertemati, *Idem:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Francisco María Montero, *San Roque:* 19 de Octubre de 1866.
Sr. D. Francisco de Lara: 5 de Noviembre de 1869.
Sr. D. Domingo Sánchez del Arco: 5 de Noviembre de 1869.
Sr. D. Francisco de Asís de Vera: 13 de Marzo de 1878.
Sr. D. Pedro Novo y Colson, *Puerto de Santa María:* 11 de Junio de 1880.
Sr. D. Manuel Cerero y Soler: 11 de Noviembre de 1881.
Sr. D. José Rosetty: 11 de Noviembre de 1881.
Sr. D. Vicente Rubio y Díaz: 4 de Enero de 1884.
Sr. D. Alfonso Moreno y Espinosa: 6 de Marzo de 1885.
Sr. D. Juan J. Cortina y de la Vega, *Jerez de la Frontera:* 11 de Noviembre de 1887.

CANARIAS.

Sr. D. Juan María de León y Joven: 30 de Junio de 1866.
Sr. D. Gregorio Chil y Morales: 13 de Diciembre de 1867.
Sr. D. Santiago Ramírez Rocha, *Las Palmas:* 25 de Abril de 1879.
Sr. D. Francisco Cañamaque: 8 de Abril de 1882.

CASTELLÓN.

Sr. D. Antonio de Zafra y Cantero, *Segorbe:* 26 de Enero de 1866.

Sr. D. Juan Cardona: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Adolfo Rodríguez y Gamez: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. Juan A. Balbás: 18 de Junio de 1880.
Sr. D. José Sanz Bremón: 18 de Abril de 1884.

CIUDAD-REAL.

Sr. D. Fernando de Hermosa de Santiago: 18 de Junio de 1880.
Sr. D. Inocencio Hervás Bueno, *Moral de Calatrava:* 13 de Enero de 1888.
Sr. D. Federico Galiano y Ortega: 30 de Junio de 1888.
Ilmo. Sr. D. Luis Delgado Merchan: 30 de 1888.
Sr. D. Manuel Blázquez: 30 de Junio de 1888.

CÓRDOBA.

Sr. D. José de Morales, *Baena:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Antonio Morales y de Rivas, *Puente-Genil:* 20 de Marzo de 1868.
Sr. D. José de Guzmán el Bueno y Padilla, *Montilla:* 19 de Junio de 1868.
Sr. D. Manuel González Guevara: 8 de Abril de 1870.
Sr. D. Luis Herrera, *Cabra:* 10 de Mayo de 1872.
Sr. D. Victoriano Rivera Romero: 2 de Abril de 1875.
Sr. D. Rafael Romero y Barros: 8 de Noviembre de 1878.
Sr. D. Antonio José Domínguez de la Fuente, *Cabra:* 14 de Noviembre de 1879.
Sr. D. Ramón Cobo Sampedro: 9 de Marzo de 1883.
Sr. D. Rafael Moyano Cruz, *Puente Genil:* 4 de Mayo de 1888.

CORUÑA.

Sr. D. Antonio García Magaz: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Benigno Rebellón: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Manuel Murguía, *Santiago:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Ramón Pereiro y Rey, *Idem:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Gumersindo Laverde y Ruiz, *Idem:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Ramón Barros Sivelo: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Antonio de la Iglesia: 1.° de Marzo de 1867.
Sr. D. Justo Gayoso, *Ferrol:* 5 de Noviembre de 1869.
Sr. D. Leandro de Saralegui y Medina, *Idem:* 5 de Noviembre de 1869.
Sr. D. Antonio López Ferreiro, *Santiago:* 24 de Enero de 1879.
Sr. D. José María Fernández y Sánchez, *Idem:* 18 de Junio de 1880.
Sr. D. Antonio García y Vázquez Queipo, *Idem:* 18 de Junio de 1880.
Sr. D. Ramón López Vicuña, *Idem:* 24 de Marzo de 1882.

CUENCA.

Sr. D. Mariano Sánchez Almonacid: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Juan Vicente Benito: 14 de Diciembre de 1866.
Sr. D. Domingo Soria: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. Francisco Peñalver y Sebastián: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. Blas Valero: 31 de Octubre de 1884.

GERONA.

Sr. D. Martín Sureda: 15 de Enero de 1869.
Sr. D. Enrique Claudio Girbal: 15 de Enero de 1869.
Sr. D. Joaquín Botet y Sisó: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. José María Pellicer y Pajés, *Ripoll:* 19 de Diciembre de 1875.
Sr. D. Pedro Alsius y Torrent, *Bañolas:* 25 de Setiembre de 1874.
Sr. D. Luis Jené y Gimbert: 17 de Marzo de 1876.
Sr. D. Emilio Grahit y Papell: 1.° de Julio de 1881.
Sr. D. Julián de Chía: 26 de Junio de 1885.
Sr. D. José María Martí, *Puigcerdá:* 8 de Enero de 1886.

GRANADA.

Sr. D. Francisco Javier Simonet: 28 de Febrero de 1862.
Sr. D. Leopoldo Eguílaz Yanguas: 16 de Diciembre de 1864.
Sr. D. José de Lara y Orbe, *Guadix:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Manuel Cueto y Rivero: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Joaquín Lisbona: 17 de Mayo de 1872.
Sr. D. Manuel Gómez Moreno: 1.° de Octubre de 1875.
Sr. D. Fabio de la Rada y Delgado: 14 de Enero de 1876.
Sr. D. José de España y Lledó: 14 de Febrero de 1879.
Sr. D. Antonio Almagro Cárdenas: 21 de Mayo de 1880.
Sr. D. José Ramos López: 5 de Julio de 1883.
Sr. D. Francisco de Paula Villa-Real: 15 de Febrero de 1884.
Sr. D. Francisco de Paula de Góngora: 9 de Mayo de 1884.
Sr. D. Francisco de Paula Valladar: 18 de Noviembre de 1887.

GUADALAJARA.

Sr. D. José Julio de la Fuente: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Román Andrés de la Pastora, *Sigüenza:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Jerónimo Martín Sánchez: 13 de Diciembre de 1867.
Sr. D. Román Atienza y Valtueña: 14 de Febrero de 1879.

Sr. D. Carlos Rodríguez Tierno, *Sigüenza:* 14 de Febrero de 1879.
Sr. D. Carlos Banús y Comas: 1.° de Mayo de 1885.

GUIPÚZCOA.

Sr. D. Telesforo Monzón, *Vergara:* 26 de Enero de 1866.
Ilmo. Sr. D. Juan Pedro de Abarrategui, *San Sebastián:* 16 de Abril de 1869.
Sr. D. Adolfo Morales de los Ríos, *Idem:* 24 de Octubre de 1884.
Sr. D. Carlos de Uriarte, *Idem:* 4 de Diciembre de 1885.
Sr. D. Pedro Manuel de Soraluce, *Idem:* 4 de Junio de 1886.
Sr. D. Juan Carlos de Guerra, *Idem:* 7 de Enero de 1887.

HUELVA.

Sr. D. Justo Garrido: 15 de Diciembre de 1867.
Sr. D. Antonio Fernández García: 15 de Diciembre de 1867.
Sr. D. Braulio Santamaría: 12 de Abril de 1879.
Sr. D. Baldomero de Lorenzo y Leal: 31 de Octubre de 1884.

HUESCA.

Sr. D. Saturnino López Novoa: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Vicente Carderera: 5 de Enero de 1872.
Sr. D. Mauricio María Martínez: 5 de Enero de 1872.
Sr. D. Antonio Gasós: 4 de Abril de 1874.
Sr. D. Luis Vidal: 4 de Abril de 1874.
Sr. D. Mariano de Pano y Ruata, *Monzón:* 24 de Octubre de 1879.

JAÉN.

Sr. D. Elías García Tuñón y Quirós, *Bailén:* 26 de Enero de 1866.
Excmo. Sr. D. Alonso Coello y Contreras: 1.° de Marzo de 1867.
Sr. D. Federico de Palma y Camacho: 1.° de Marzo de 1867.
Sr. D. Teodomiro Ramírez de Arellano: 20 de Marzo de 1874.
Sr. D. Luis Muñoz Cobo: 24 de Octubre de 1879.
Sr. D. Alejandro María Monteagudo, *Úbeda:* 16 de Enero de 1885.
Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez: 25 de Marzo de 1888.

LEÓN.

Ilmo. Sr. D. Demetrio de los Ríos: 20 de Junio de 1856.
Sr. D. Juan López Castrillón: 17 de Enero de 1875.

Sr. D. Ramón Álvarez de la Braña: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. Policarpo Mingote y Taracena: 28 de Mayo de 1880.
Sr. D. Manuel García Buelta, *Ponferrada:* 3 de Diciembre de 1886.
Sr. D. Silvestre Losada Carracedo, *Idem:* 3 de Diciembre de 1886.
Sr. D. Rafael Sinovas Muñoz, *Idem:* 21 de Enero de 1887.
Sr. D. Higinio Bausela y Maroto: 18 de Mayo de 1888.
Sr. D. Sebastián Urra y Jordán: 18 de Mayo de 1888.
Sr. D. Juan Eloy Díaz Jiménez: 8 de Junio de 1888.
Sr. D. Salustiano Posadilla y Colombres: 30 de Junio de 1888.

LÉRIDA.

Sr. D. Miguel Ferrer y Garcés: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. José Pleyán de Porta: 22 de Febrero de 1884.

LOGROÑO.

Excmo. Sr. D. Tadeo Salvador: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. Ignacio Alonso Martínez, *Santo Domingo de la Calzada:* 21 de Junio de 1878.
Sr. D. Nicolás Acero y Abad, *Haro*: 12 de Abril de 1884.

LUGO.

Sr. D. Manuel Soto Freyre: 1.° de Abril de 1870.
Sr. D. Bernardo Valcarce de la Peña: 17 de Marzo de 1876.
Sr. D. Antonio Teijeiro: 17 de Marzo de 1876.
Sr. D. José A. Trueharte y Villanueva: 12 de Diciembre de 1879.
Sr. D. Bartolomé Teijeiro: 18 de Junio de 1880.
Ilmo. Sr. D. José María de Cos, *Obispo de Mondoñedo:* 17 de Diciembre de 1880.

MADRID.

Sr. D. Fernando López de Lara: 31 de Marzo de 1843.
Excmo. Sr. D. Nicolás de Paso y Delgado: 23 de Mayo de 1851.
Excmo. Sr. D. Plácido de Jove y Hevia, Vizconde de Campo-Grande: 4 de Marzo de 1855.
Excmo. Sr. D. Luis Estrada: 11 de Abril de 1857.
Sr. D. Alejandro Millán: 16 de Setiembre de 1859.
Sr. D. Miguel Velasco y Santos, *Alcalá de Henares:* 21 de Marzo de 1862.
Excmo. Sr. D. Jorge Loring, Marqués de Casa-Loring: 21 de Octubre de 1864.
Sr. D. Rafael Chamorro: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Carlos Soler y Arqués: 26 de Enero de 1866.

Sr. D. Félix Ponzoa y Cebrián: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. José Villaamil y Castro: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Evaristo de la Cuba: 26 de Enero de 1866.
Excmo. Sr. D. Manuel Díaz Pedregal: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Luis López de Ayala y Álvarez de Toledo, Conde de Cedillo: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Fernando Bernáldez: 15 de Abril de 1866.
Excmo. Sr. D. Manuel Stárico y Ruiz: 15 de Abril de 1866.
Excmo. Sr. D. Julián García San Miguel: 30 de Junio de 1866.
Sr. D. Salvador Arpa: 19 de Octubre de 1866.
Ilmo. Sr. D. Francisco de la Pisa Pajares: 19 de Octubre de 1866.
Sr. D. Salvador de Torres Aguilar: 15 de Diciembre de 1867.
Sr. D. Vicente Martínez Villa: 15 de Diciembre de 1867.
Excmo. Sr. D. Alejandro Groizard: 20 de Marzo de 1868.
Sr. D. Mariano Juderías Bénder: 19 de Junio de 1868.
Excmo. Sr. D. Mariano Vergara y Pérez de Aranda: 16 de Abril de 1869.
Excmo. Sr. D. Manuel Vázquez de Parga, Conde de Pallares: 1.° de Abril de 1870.
Sr. D. José Conde y Souleret: 8 de Abril de 1870.
Sr. D. Juan Catalina García: 22 de Abril de 1870.
Sr. D. Primitivo José de Soria: 12 de Mayo de 1871.
Sr. D. Ricardo Becerro de Bengoa: 27 de Octubre de 1871.
Excmo. Sr. D. Ignacio Fernández de Henestrosa, Conde de Moriana: 5 de Enero de 1872.
Sr. D. José Fernández Montaña: 12 de Enero de 1872.
Sr. D. Martín Ferreiro: 14 de Junio de 1872.
Sr. D. Indalecio Martínez Alcubilla: 22 de Noviembre de 1872.
Sr. D. Bernardo Monreal y Ascaso: 9 de Mayo de 1873.
Excmo. Sr. D. Miguel Rodríguez y Ferrer: 15 de Marzo de 1874.
Sr. D. Leopoldo Martínez Reguera: 5 de Junio de 1874.
Excmo. Sr. D. José Almirante y Torroella: 26 de Junio de 1874.
Sr. D. Francisco Guillén y Robles: 30 de Octubre de 1874.
Sr. D. Manuel Pérez Villamil: 7 de Mayo de 1875.
Excmo. Sr. D. Acisclo Fernández Vallín: 17 de Marzo de 1876.
Ilmo. Sr. D. Enrique de Leguina: 6 de Octubre de 1876.
Ilmo. Sr. D. Antonio Medina y Canals: 2 de Marzo de 1877.
Sr. D. Francisco Fernández de Bethencourt: 12 de Abril de 1879.
Sr. D. Joaquín Costa: 6 de Febrero de 1880.
Sr. D. Filiberto Abelardo Díaz: 26 de Noviembre de 1880.
Excmo. Sr. D. Fernando de la Vera é Isla: 26 de Marzo de 1881.
Sr. D. Manuel Pinilla y Elías: 16 de Abril de 1881.
Sr. D. Francisco Aznar: 1.° de Julio de 1881.
Excmo. Sr. D. Francisco Banquells y Rascón: 13 de Enero de 1882.

Sr. D. Julián Suárez Inclán: 7 de Diciembre de 1883.
Sr. D. Francisco Romero de Castilla y Perosso, *Alcalá de Henares:* 14 de Diciembre de 1883.
Sr. D. Alejandro Vidal y Díaz: 22 de Febrero de 1884.
P. Fr. Toribio Minguella de la Merced: 21 de Marzo de 1884.
Ilmo. Sr. D. José Gallego Díaz: 16 de Enero de 1885.
Excmo. Sr. D. Feliciano Ramírez de Arellano, Marqués de la Fuensanta del Valle: 13 de Noviembre de 1885.
Excmo. Sr. D. José Núñez de Prado: 12 de Marzo de 1886.
Sr. D. Juan Vilanova y Piera: 13 de Mayo de 1887.
Sr. D. Emilio Bonelli: 7 de Octubre de 1887.
Sr. D. Juan Atanasio Morlesín: 21 de Octubre de 1887.

MÁLAGA.

Sr. D. Rafael Atienza, *Ronda:* 1.º de Abril de 1853.
Excmo. Sr. D. Manuel Rodríguez de Berlanga: 26 de Junio de 1857.
Sr. D. Manuel Casado: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Trinidad de Rojas y Rojas, *Antequera:* 20 de Marzo de 1868.
Sr. D. Alberto Álvarez de Sotomayor: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. Mariano Pérez Olmedo: 3 de Noviembre de 1876.

MURCIA.

Ilmo. Sr. D. Ángel Guirao: 13 de Abril de 1866.
Sr. D. Manuel Martínez, *Cartagena:* 13 de Abril de 1866.
Sr. D. Simón García y García: 30 de Junio de 1866.
Sr. D. Javier Fuentes y Ponte: 18 de Marzo de 1870.
Sr. D. Félix Martínez de Espinosa: 18 de Octubre de 1878.
Sr. D. Andrés Baquero y Almansa: 27 de Junio de 1879.
Sr. D. Agustín Perea Sánchez, *Cehegín:* 29 de Octubre de 1880.
Sr. D. Adolfo Herrera, *Cartagena:* 3 de Julio de 1883.
Sr. D. Quintín Bas y Martínez, *Caravaca:* 19 de Junio de 1885.
Sr. D. Manuel García de Otazo y Sivila: 14 de Mayo de 1886.
Sr. D. Francisco Cánovas y Cobeña: 30 de Junio de 1888.

NAVARRA.

Sr. D. José Antonio Secret, *Pamplona:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Esteban Obanos, *Idem:* 1.º de Marzo de 1867.
Sr. D. Víctor Sáinz de Robles, *Idem:* 1.º de Marzo de 1867.
Sr. D. Nicasio Landa, *Idem:* 28 de Junio de 1867.

Sr. D. Rafael Gaztelu, Marqués de Echandia, *Pamplona:* 15 de Febrero de 1874.
Sr. D. Juan Iturralde y Suit, *Idem:* 22 de Febrero de 1884.
Sr. D. Hermilio Olóriz, *Idem:* 2 de Enero de 1885.

ORENSE.

Sr. D. Venancio Moreno: 1.° de Marzo de 1867.
Sr. D. Manuel Sánchez Arteaga: 25 de Mayo de 1884.
Sr. D. Juan Manuel Paz Novoa: 25 de Mayo de 1884.

OVIEDO.

Sr. D. Guillermo Estrada Villaverde: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Ciriaco Miguel Vigil: 20 de Marzo de 1868.
Sr. D. José Arias de Miranda, *Grado:* 19 de Junio de 1868.
Sr. D. Fermín Canella y Secades: 28 de Abril de 1871.
Sr. D. Armando González Rua: 27 de Octubre de 1871.
Sr. D. Sebastián de Soto y Cortés, *Posada* (Llanes): 18 de Mayo de 1877.
Sr. D. Martín González del Valle: 7 de Diciembre de 1877.
Sr. D. Braulio Vigón, *Colunga:* 30 de Junio de 1882.
Sr. D. Máximo de la Vega, *Covadonga:* 21 de Marzo de 1884.
Sr. D. Fortunato Selgas, *Cudillero:* 15 de Febrero de 1885.
Sr. D. Leoncio Cid y Farpón, *Gijón:* 16 de Mayo de 1885.
Sr. D. Miguel Terrero y Estrada: 18 de Febrero de 1887.

PALENCIA.

Sr. D. Juan Martínez Merino: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Fernando Mateo Collantes: 5 de Noviembre de 1869.

PONTEVEDRA.

Sr. D. Manuel García Maceira, *Tuy:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Emilio Álvarez Jiménez: 16 de Mayo de 1868.
Ilmo. Sr. D. Fernando Hüe y Gutiérrez, *Obispo de Tuy:* 5 de Noviembre de 1869.
Sr. D. Antonio Gaite y Núñez: 26 de Noviembre de 1880.
Sr. D. Manuel Varela de la Iglesia: 26 de Noviembre de 1880.
Sr. D. José Benito Juncal: 26 de Noviembre de 1880.
Sr. D. Ramón del Valle, *Villanueva de Arosa:* 2 de Enero de 1885.

SALAMANCA.

Sr. D. Ramón Losada y Campero: 14 de Diciembre de 1866.

Sr. D. Pedro Manobel y Prida: 14 de Diciembre de 1866.
Sr. D. Manuel Gil Maestre: 5 de Noviembre de 1869.
Sr. D. Enrique Gil y Robles: 17 de Diciembre de 1879.
Sr. D. Antonio Arteaga y Martínez: 13 de Junio de 1880.
Sr. D. Manuel Villar y Macías: 1.° de Octubre de 1880.
Sr. D. Eusebio de Vergara y Medrano: 15 de Octubre de 1880.
Sr. D. Francisco de la Concha y Alcalde: 21 de Enero de 1881.
Excmo. Sr. D. Nicomedes Martín Mateos, *Béjar:* 23 de Junio de 1882.
Ilmo. Sr. D. Fr. Tomás Cámara, *Obispo de Salamanca:* 10 de Noviembre de 1882.
Sr. D. Fernando Araujo: 18 de Abril de 1884.
Sr. D. Francisco Jarrín: 31 de Octubre de 1884.
Sr. D. Santiago Martínez y González: 3 de Diciembre de 1886.
Ilmo. Sr. D. Tomás Ubierna: 1.° de Abril de 1887.

SANTANDER.

Sr. D. Ángel de los Ríos y Ríos, *Reinosa:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Amós de Escalante: 12 de Enero de 1872.
Sr. D. Gervasio González de Linares, *Valle* (Valle de Cabuérniga): 21 de Junio de 1878.
Sr. D. Máximo de Solano Vial: 21 de Febrero de 1879.
Sr. D. Eduardo de la Pedraja Fernández Samaniego: 21 de Febrero de 1879.
Sr. D. Rafael Torres Campos: 10 de Abril de 1885.
Sr. D. José María Orodea é Ibarra: 27 de Enero de 1888.
Sr. D. Adolfo de la Fuente y Echeverría: 30 de Junio de 1888.

SEGOVIA.

Sr. D. Andrés Gómez de Somorrostro, *Cuéllar:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Juan Rivas Orozco: 19 de Octubre de 1866.
Sr. D. Carlos de Lecea y García: 19 de Octubre de 1866.
Ilmo. Sr. D. Tomás Baeza y González: 13 de Junio de 1879.
Sr. D. Juan Loriga y Herrera Dávila: 1.° de Octubre de 1886.
Sr. D. Antonio de Ochoa y Alvarez: 1.° de Octubre de 1886.
Sr. D. Joaquín María de Castellarnau: 1.° de Octubre de 1886.
Sr. D. Jesús Grinda: 1.° de Octubre de 1886.

SEVILLA.

Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca: 13 de Noviembre de 1857.
Sr. D. José María Quesada, *Estepa:* 11 de Noviembre de 1864.
Sr. D. Fernando Belmonte y Clemente: 26 de Enero de 1866.

Sr. D. Antonio María García Blanco, *Utrera:* 13 de Diciembre de 1867.
Sr. D. Antonio Aguilar y Cano, *Estepa:* 20 de Marzo de 1868.
Sr. D. Manuel Merry y Colón: 16 de Abril de 1869.
Ilmo. Sr. D. Servando Arbolí: 28 de Abril de 1871.
Sr. D. Francisco Caballero Infante y Suazo: 6 de Diciembre de 1872.
Sr. D. Antonio María de Cossío: 17 de Enero de 1873.
Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa: 18 de Diciembre de 1874.
Sr. D. Francisco de Paula Collantes de Terán: 30 de Junio de 1877.
Ilmo. Sr. D. Antonio María de Ariza y Montero Coracho: 30 de Junio de 1877.
Emmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Fr. Ceferino González y Díaz Tuñón, *Cardenal Arzobispo de Sevilla:* 28 de Marzo de 1879.
Sr. D. Vicente Rodríguez de Peñalver: 7 de Mayo de 1880.
Sr. D. Manuel Campos Munilla: 3 de Marzo de 1882.
Sr. D. José Gestoso y Pérez: 16 de Marzo de 1883.
Sr. D. José María Asensio: 11 de Mayo de 1883.
Sr. D. José Joaquín Camuñas y Ramírez: 27 de Junio de 1884.
Sr. D. Juan Fernández López, *Carmona:* 26 de Junio de 1885.
Sr. D. Jorge Eduardo Bonsor, *Idem:* 26 de Junio de 1885.
Sr. D. Sebastián Gómez Muñiz, *Idem:* 26 de Junio de 1885.
Sr. D. Antonio Collantes de Terán y Martínez: 25 de Febrero de 1887.
Sr. D. Manuel Fernández López, *Carmona:* 25 de Febrero de 1887.
Sr. D. José Vázquez Ruiz: 1.° de Abril de 1887.
Sr. D. Francisco Mateos Gago: 6 de Mayo de 1887.
Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T'Serclaer: 11 de Noviembre de 1887.
Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de los Caballeros: 11 de Noviembre de 1887.
Excmo. Sr. D. José María López, *Écija:* 23 de Diciembre de 1887.
Sr. D. Manuel Gómez Imaz: 4 de Mayo de 1888.

SORIA.

Sr. D. Lorenzo Aguirre: 5 de Febrero de 1864.
Sr. D. Francisco de Paula Abad: 3 de Febrero de 1877.
Sr. D. Eduardo Peña y Guerra: 3 de Febrero de 1877.
Sr. D. Aniceto Hinojar y Leal: 3 de Febrero de 1877.
Sr. D. Eladio Peñalva: 20 de Abril de 1883.
Sr. D. Elías Romera, *Almazán:* 28 de Enero de 1887.
Sr. D. Nicolás Rabal y Díaz: 30 de Junio de 1888.

TARRAGONA.

Sr. D. Buenaventura Hernández Sanahuja: 19 de Setiembre de 1851.

Sr. D. Pablo Forés y Pallás: 14 de Diciembre de 1866.
Sr. D. Juan Miret: 5 de Mayo de 1876.
Sr. D. Antonio Satorras y Vilanova: 5 de Mayo de 1876.
Excmo. Sr. D. Plácido María de Montoliu, Marqués de Montoliu: 12 de Mayo de 1876.
Sr. D. Félix Rozanski: 18 de Junio de 1880.
Sr. D. José Sagalés y Guixer: 19 de Febrero de 1886.

TERUEL.

Sr. D. Pedro Andrés y Catalán: 26 de Junio de 1874.
Sr. D. Prudencio Cabañero y Temprado, *Hijar:* 26 de Junio de 1874.

TOLEDO.

Sr. D. Luis Jiménez de la Llave, *Talavera de la Reina:* 18 de Mayo de 1860.
Sr. D. Rafael Díaz y Jurado: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Vicente Manterola: 19 de Octubre de 1866.
Sr. D. Celedonio Velázquez y Lougoria: 1.° de Abril de 1870.
Sr. D. Pedro Alcántara Berenguer y Ballester: 12 de Diciembre de 1879.
Sr. D. Juan de Argüelles y Ortiz de Zárate: 11 de Noviembre de 1881.
Sr. D. Juan García Criado y Menéndez: 25 de Mayo de 1884.
Sr. D. Francisco Martín Arrue: 19 de Diciembre de 1884.
Sr. D. Juan Marina y Muñoz: 24 de Junio de 1887.
Sr. D. Diego de Lara: 14 de Octubre de 1887.
Sr. D. Modesto Navarro: 11 de Noviembre de 1887.
Sr. D. Ramón Riu y Cabanas: 17 de Febrero de 1888.
Sr. D. Juan Moraleda y Esteban: 4 de Mayo de 1888.
Sr. D. Francisco Requesens, *Talavera de la Reina:* 30 de Junio de 1888.

VALENCIA.

Excmo. Sr. D. Eduardo Pérez Pujol: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Manuel Polo y Peyrolón: 26 de Junio de 1874.
Sr. D. Salvador María de Fábregues: 26 de Octubre de 1877.
Sr. D. José Enrique Serrano: 18 de Febrero de 1881.
Sr. D. José Vives Ciscar: 6 de Abril de 1883.
Sr. D. José María Setter: 15 de Junio de 1884.
Sr. D. Joaquín Casañ y Alegre: 19 de Diciembre de 1884.
Sr. D. Teodoro Llorente: 4 de Diciembre de 1885.
Sr. D. Francisco Danvila y Collado: 4 de Diciembre de 1885.
Sr. D. Federico de Mendoza: 5 de Marzo de 1886.

Sr. D. Julián de Ribera y Tárrago, *Carcajente:* 28 de Enero de 1887.
Sr. D. Antonio Chabret, *Murviedro:* 28 de Enero de 1887.

VALLADOLID.

Sr. D. Antonio Iturralde: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. César Alba: 30 de Junio de 1866.
Sr. D. Venancio María Fernández de Castro: 19 de Octubre de 1866.
Sr. D. Rafael Cano: 4 de Mayo de 1877.
Sr. D. Juan Ortega y Rubio: 18 de Mayo de 1877.
Sr. D. Eustaquio Gante: 24 de Mayo de 1878.
Sr. D. Julián Arribas y Baraya: 14 de Febrero de 1879.
Sr. D. Tomás Acero y Abad: 13 de Junio de 1879.
Sr. D. Gervasio Fournier: 14 de Octubre de 1881.
Excmo. Sr. D. José Muro y López: 13 de Enero de 1882.
P. Fr. Tirso López: 15 de Diciembre de 1882.
Sr. D. Francisco Díaz Sánchez, *Simancas:* 21 de Marzo de 1884.
Sr. D. Urbano Ferreiroa: 12 de Diciembre de 1884.
Sr. D. Manuel Olmos Álvarez: 5 de Marzo de 1886.

VIZCAYA.

Sr. D. Antonio de Trueba, *Bilbao:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Alejo Novia de Salcedo, *Idem:* 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Juan E. Delmas, *Idem:* 13 de Diciembre de 1867.
Sr. D. Camilo de Villavaso, *Idem:* 2 de Abril de 1880.
Sr. D. José María de Lizana, *Idem:* 18 de Junio de 1880.
Sr. D. Fidel de Sagarminaga, *Idem:* 18 de Junio de 1880.

ZAMORA.

Excmo. Sr. D. Pedro Cabello y Septién: 30 de Junio de 1866.
Sr. D. Juan Pujadas: 1.° de Marzo de 1867.
Sr. D. Juan María Ferreiro y Rodríguez: 17 de Enero de 1875.
Sr. D. Luis Rodríguez y Miguel: 26 de Enero de 1877.
Sr. D. Ursicino Álvarez Martínez: 3 de Marzo de 1882.

ZARAGOZA.

Emmo. y Rmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides, *Cardenal Arzobispo de Zaragoza:* 16 de Mayo de 1865.
Sr. D. Pablo Gil y Gil: 26 de Enero de 1866.

Sr. D. José María Huici: 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Juan Federico Muntadas, *Monasterio de Piedra* (Alhama): 26 de Enero de 1866.
Sr. D. Ángel María de Pozas: 4 de Junio de 1869.
Sr. D. Cosme Blasco y Val: 17 de Marzo de 1871.
Sr. D. Francisco Zapater y Gómez: 17 de Enero de 1873.
Sr. D. José Nasarre y Larruga: 4 de Abril de 1874.
Sr. D. Faustino Sancho y Gil, *Morés:* 26 de Enero de 1877.
Sr. D. Hipólito Casas y Gómez de Andino: 18 de Mayo de 1877.
Sr. D. Tomás Ximénez de Embún: 14 de Febrero de 1879.
Sr. D. Luis Laplana y Ciria: 6 de Febrero de 1880.
Sr. D. Mario Lasala y Valdés: 12 de Marzo de 1880.
Sr. D. Domingo Alcalde Prieto: 9 de Abril de 1880.
Sr. D. Francisco Gali: 20 de Mayo de 1881.
Sr. D. Julio Bernal y Soriano: 10 de Marzo de 1882.
Sr. D. Honorato de Saleta y Cruxent: 4 de Mayo de 1885.
Excmo. Sr. D. Joaquín Gil Berges: 11 de Setiembre de 1885.
Sr. D. José Arantegui y Sanz: 18 de Junio de 1886.
Excmo. Sr. D. Cipriano Manzano, Conde de la Viñaza: 17 de Setiembre de 1886.

EN ULTRAMAR.

Sr. D. Álvaro Reinoso, *Habana:* 19 de Octubre de 1866.
Sr. D. José Julián de Acosta y Calvo, *Puerto-Rico:* 22 de Febrero de 1867.
Sr. D. Fermín Lacaci y Díaz, *Habana:* 21 de Junio de 1878.
Sr. D. Antonio Pérez Rioja, *Pinar del Rio* (Habana): 19 de Noviembre de 1880.

RESIDENTES FUERA DE ESPAÑA.

Sr. D. José María de Gaona y Piña, *Buenos-Aires:* 19 de Mayo de 1871.
P. Fr. José de Lerchundi, *Tánger:* 13 de Noviembre de 1874.
R. P. Fr. Manuel Pablo Castellanos: 18 de Octubre de 1878.
Sr. D. Juan Víctor Abargues de Sostén, *Cairo:* 27 de Junio de 1879.
Sr. D. Juan Bautista Enseñat, *París:* 7 de Noviembre de 1879.
Sr. D. Pedro Prat y Agacino, *Idem:* 18 de Noviembre de 1881.
Sr. D. Nicolás Goyri, *Lisboa:* 23 de Junio de 1882.
Sr. D. José Benavides Checa, *Roma:* 21 de Marzo de 1884.
Sr. D. Matías Alonso Criado, *Montevideo:* 25 de Abril de 1884.
Sr. D. Teodoro de Cuevas, *Larache:* 19 de Junio de 1885.
Sr. D. Eduardo Toda, *Cairo:* 17 de Setiembre de 1886.
Sr. D. Juan Antonio de Vera y Chilier, *Casa Blanca* (Marruecos): 27 de Abril de 1888.

CORRESPONDIENTES EXTRANJEROS.

Sr. Salvador Betti, *Roma:* 8 de Febrero de 1839.
Sr. Dr. Jorge Helmedorfer, *Offenbach:* 17 de Mayo de 1839.
Sr. Orestes Brizzi, *Arezzo:* 20 de Noviembre de 1840.
Sr. Severn Teakle Wallis, *Baltimore:* 7 de Enero de 1845.
Sr. Rosseeuw Saint-Hilaire, *Versalles:* 1.° de Abril de 1853.
Sr. Pablo Chaix, *Ginebra:* 23 de Diciembre de 1853.
Sr. Barón de Schack, *Berlin:* 20 de Enero de 1854.
Sr. Dr. Guillermo Schaeffner, *Francfort sobre el Mein:* 25 de Abril de 1856.
Sr. Enrique Brugsch, *Berlin:* 25 de Abril de 1856.
Sr. Juan Bautista Alberdi, *Buenos-Aires:* 5 de Junio de 1857.
Sr. Gustavo Bascle de Lagréze, *Pau:* 15 de Enero de 1858.
Sr. Eugenio Baret, *Paris:* 23 de Abril de 1858.
Sr. Juan Bautista Adriani, *Turin:* 23 de Abril de 1858.
Sr. Eduardo de la Barre Duparcq, *Versalles:* 12 de Noviembre de 1858.
Sr. Emilio Hildebrand, *Estockolmo:* 12 de Noviembre de 1858.
Sr. José G. Magnabal, *Paris:* 28 de Junio de 1861.
Sr. Hermes Pierotti, *Florencia:* 12 de Diciembre de 1862.
Sr. Joaquin Menant, *Rouen:* 30 de Enero de 1863.
Sr. Ignacio Pillito, *Cáller:* 1.° de Mayo de 1863.
Sr. Carlos de Tourtoulon, *Montpellier:* 16 de Octubre de 1863.
Sr. Conde Teófilo Puymaigre, *Paris:* 11 de Noviembre de 1864.
Sr. D. Carlos Calvo, *Idem:* 9 de Diciembre de 1865.
Sr. Gaudencio Claretta, *Turin:* 9 de Marzo de 1866.
Excmo. Sr. Miguel D'Antas, *Londres:* 20 de Abril de 1866.
Lord Stanley de Alderley, *Idem:* 11 de Mayo de 1867.
Sr. Dr. Alfredo Demersay, *Ballus* (Loiret): 17 de Mayo de 1867.
Sr. Ism. Sresnevski, *San Petersburgo:* 17 de Enero de 1868.
Sr. Carlos José de Hefele, *Obispo de Rottenburg:* 17 de Enero de 1868.
Sr. Juan José Ignacio Döllinger, *Munich:* 17 de Enero de 1868.
Sr. Conde Carlos de Linas, *Arrás:* 17 de Enero de 1868.
Sr. Eugenio M. O. Dognée, *Lieja:* 17 de Enero de 1868.
Sr. Patricio Murray, *Maynooth* (Irlanda): 17 de Enero de 1868.
Sr. Federico Brome, *Gibraltar:* 16 de Mayo de 1868.
Sr. Dr. J. C. Fernando Pinheiro, *Brasil:* 5 de Junio de 1868.
Sr. Comendador Cristoforo Negri, *Florencia:* 26 de Junio de 1868.
Sr. Carlos Russell, *Maynooth* (Irlanda): 12 de Marzo de 1869.
Sr. Barón de Nervo, *Paris:* 15 de Octubre de 1869.
Sr. Emilio Chasles, *Idem:* 15 de Octubre de 1869.
Sr. Tito Visino, *Londres:* 17 de Diciembre de 1869.

Sr. José M. Torres Caicedo, *Nueva Granada:* 7 de Enero de 1870.
Sr. Pedro Arend Leupe, *Utrecht:* 11 de Febrero de 1870.
Excmo. Sr. Juan Fastenrath, *Colonia:* 8 de Abril de 1870.
Sr. Luis L. Domínguez, *República Argentina:* 9 de Junio de 1871.
Sr. Alfredo Ritter von Arneth, *Viena:* 30 de Junio de 1871.
Excmo. Sr. Coronel Bernardo Pereira de Chaby, *Lisboa:* 22 de Noviembre de 1872.
Excmo. Sr. Teófilo Braga, *Idem:* 6 de Diciembre de 1872.
Sr. Hermann Baumgarten, *Estrasburgo:* 24 de Enero de 1873.
Sr. Miguel Antonio Caro, *Bogotá:* 31 de Enero de 1873.
Excmo. Sr. Juan Correia Ayres de Campos, *Coimbra:* 31 de Enero de 1873.
Sr. Arturo de Marsy, Conde de Marsy, *Compiègne:* 3 de Mayo de 1873.
Sr. Dr. Lauser, *Viena:* 3 de Mayo de 1873.
Excmo. Sr. Augusto Carlos Teixeira d'Aragão, *Lisboa:* 3 de Mayo de 1873.
Excmo. Sr. Domingo García Peres, *Setúbal:* 6 de Febrero de 1874.
Sr. Francisco Javier Plasse, *Clermont-Ferrant:* 12 de Noviembre de 1875.
Sr. Lorenzo Montúfar, *Costa-Rica:* 17 de Marzo de 1876.
Sr. James Stevenson, *Quebec:* 2 de Junio de 1876.
Excmo. Sr. Ricardo Guimarães, Vizconde de Benalcanfôr, *Lisboa:* 22 de Setiembre de 1876.
Sr. Gregorio Martí, *Buenos-Aires:* 2 de Marzo de 1877.
Sr. Léon de Rosny, *París:* 1.° de Junio de 1877.
Sr. Francisco de Barghon Fort-Rion, *Versalles:* 30 de Junio de 1877.
Sr. Dr. Constantino Ritter von Höfler, *Praga:* 24 de Enero de 1879.
Sr. Dr. Juan Janssen, *Francfort sobre el Mein:* 24 de Enero de 1879.
Sr. D. José María Heredia, *París:* 27 de Junio de 1879.
Sr. Dr. D. Jourdanet, *Idem:* 7 de Noviembre de 1879.
Sr. Dario Bertolini, *Portogruaro* (Véneto): 14 de Noviembre de 1879.
Excmo. Sr. Francisco Gomes d'Amourim, *Lisboa:* 23 de Abril de 1880.
Sr. Léon Hilaire, *Tolosa* (Francia): 23 de Abril de 1880.
Excmo. Sr. Antonio d'Almeida, *Oporto:* 31 de Mayo de 1880.
Sr. Arístides Rojas, *Caracas:* 18 de Junio de 1880.
Sr. Adolfo de Ceuleneer, *Lieja:* 25 de Junio de 1880.
Sr. Florencio Mac Carthy, *Londres:* 1.° de Octubre de 1880.
Sr. Emilio Travers, *Caen:* 15 de Octubre de 1880.
Sr. Estanislao José Siennicki, *Varsovia:* 29 de Octubre de 1880.
Sr. Hartwig Derenbourg, *París:* 29 de Octubre de 1880.
Sr. Rémi Simeon, *Idem:* 10 de Diciembre de 1880.
Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Híjar y Haro, *Méjico:* 21 de Enero de 1881.
Sr. D. José María Vigil, *Idem:* 21 de Enero de 1881.
Sr. Reveille de Beauregard, *Marsella:* 28 de Enero de 1881.
Excmo. Sr. Julio Firmino Judice Biker, *Lisboa:* 18 de Febrero de 1881.
Sr. Richard Caulfield, *Cork* (Irlanda): 4 de Marzo de 1881.

Excmo. Sr. D. Manuel M. de Peralta, *Costa-Rica:* 11 de Marzo de 1881.
Sr. D. Juan Ignacio de Armas, *Caracas:* 16 de Abril de 1881.
Sr. D. Eugenio de Larrabure y Unanue, *Lima:* 20 de Mayo de 1881.
Sr. Emilio Tailleboix, *Dax:* 3 de Junio de 1881.
Sr. Pablo Ewald, *Berlín:* 1.° de Julio de 1881.
Sr. Julián Vinson, *París:* 1.° de Julio de 1881.
Sr. W. Froehner, *Idem:* 1.° de Julio de 1881.
Sr. Alfonso Passier, *Idem:* 1.° de Julio de 1881.
Sr. D. José María Quijano, *Bogotá:* 21 de Octubre de 1881.
Sr. D. Evaristo Fombona, *Caracas:* 18 de Noviembre de 1881.
Sr. L. Piepape, *Besançon:* 25 de Noviembre de 1881.
Sr. Príncipe Romualdo Giedroyc, *París:* 17 de Febrero de 1882.
Sr. Dr. Wentworth Webster, *Sare* (Bajos Pirineos): 8 de Abril de 1882.
Sr. Julio Bertin, *Douai:* 27 de Setiembre de 1882.
Sr. Epaminondas J. Stamatiades, *Kora* (Isla de Samos): 24 de Noviembre de 1882.
Sr. Ambrosio Tardieu, *Chateau d'Herment* (Puy-de-Dôme): 17 de Enero de 1883.
Sr. Pedro Willems, *Lovaina:* 9 de Febrero de 1883.
Sr. Diego Barros Arana, *Santiago de Chile:* 9 de Febrero de 1883.
Excmo. Sr. Francisco de Fonseca Benevides, *Lisboa*: 6 de Abril de 1883.
Sr. John Gilmary Shea, *Elizabeth* (Nueva Jersey): 22 de Junio de 1883.
R. P. Servais Dirks, *Saint-Trond* (Bélgica): 3 de Julio de 1883.
Sr. Dr. Godofredo Baist, *Munich:* 19 de Octubre de 1883.
Sr. A. Germond de Lavigne, *París:* 26 de Octubre de 1883.
R. P. Carlos de Smedt, *Bruselas:* 16 de Noviembre de 1883.
Sr. Anatolio M. Bamps, *Idem:* 30 de Noviembre de 1883.
Sr. Enrique Stevenson, *Roma:* 21 de Marzo de 1884.
Sr. Orestes Tommassini, *Idem:* 21 de Marzo de 1884.
Sr. Julio Navone, *Idem*: 21 de Marzo de 1884.
Sr. Félix Bernabei, *Idem:* 21 de Marzo de 1884.
Sr. Ernesto Monaci, *Idem:* 21 de Marzo de 1884.
Sr. Henry Phillips, *Filadelfia:* 18 de Abril de 1884.
Sr. Miguel Amari, *Pisa:* 30 de Mayo de 1884.
Sr. Emilio Teza, *Idem:* 30 de Mayo de 1884.
Sr. Celestino Schiaparelli, *Roma:* 30 de Mayo de 1884.
Sr. Gustav Diercks, *Dresde:* 31 de Octubre de 1884.
Sr. Sebastián Felipe Martín Estacio da Veiga, *Tavira* (Portugal): 21 de Noviembre de 1884.
Excmo. Sr. D. Antonio Flores, *Quito:* 20 de Febrero de 1885.
Sr. Bartholomeo Capasso, *Nápoles:* 1.° de Mayo de 1885.
Sr. Benjamín Mossé, *Aviñón:* 8 de Mayo de 1885.
Sr. Paul Friedmann, *Londres:* 26 de Junio de 1885.

Sr. Conde Enrique de Charencey, *Saint Maurice-les-Charencey* (Orne): 16 de Octubre de 1885.
Sr. Dr. Liborio Zerda, *Bogotá* (Nueva Granada): 4 de Diciembre de 1885.
Sr. Dr. Ernesto Teodoro Julio Hamy, *París:* 4 de Diciembre de 1885.
Sr. D. Agustín Gómez Carrillo, *Guatemala:* 12 de Febrero de 1886.
Sr. D. Ricardo Palma, *Lima:* 19 de Febrero de 1886.
Sr. D. M. F. Force, *Cincinnati:* 12 de Marzo de 1886.
Sr. Dr. Godofredo Kurth, *Lieja:* 5 de Noviembre de 1886.
Sr. Guido Cora, *Turín:* 5 de Noviembre de 1886.
Sr. Adriodante Fabretti, *Idem:* 12 de Noviembre de 1886.
Sr. David Kaufmann, *Buda-Pesth* (Hungría): 26 de Noviembre de 1886.
Sr. Rodolfo Beer, *Viena:* 21 de Enero de 1887.
Sr. D. Ricardo Salvador Pereira, *París:* 4 de Marzo de 1887.
Sr. Gabriel Marcel, *Idem:* 11 de Marzo de 1887.
Excmo. Sr. D. Francisco Segna, *Roma:* 18 de Marzo de 1887.
Excmo. Sr. D. Vicente Riva Palacio, *Méjico:* 9 de Abril de 1887.
Sr. Dr. Daniel G. Brinton, *Filadelfia:* 15 de Abril de 1887.
Sr. Wilhelm Hartel, *Viena:* 6 de Mayo de 1887.
Sr. Carlos R. du Bocage, *Lisboa:* 6 de Mayo de 1887.
Sr. Dr. A. Harkavy, *San Petersburgo:* 6 de Mayo de 1887.
Excmo. Sr. D. Carlos Holguín, *Santa Fe de Bogotá:* 13 de Mayo de 1887.
Sr. Henry O'Shea, *Biarritz:* 20 de Mayo de 1887.
Sr. D. Ignacio Gutiérrez Ponce, *Santa Fe de Bogotá:* 24 de Junio de 1887.
Excmo. Sr. D. Carlos E. Putnam, *Idem:* 24 de Junio de 1887.
Sr. Carlos Schefer, *París:* 16 de Diciembre de 1887.
Sr. Henri Sauvaire, *Robernier* (Departamento del Var): 16 de Diciembre de 1887.
Sr. Edmundo Fagnan, *Argel:* 16 de Diciembre de 1887.
Sr. Ulysse Robert, *Saint-Mandé* (Departamento del Sena): 27 de Enero de 1888.
Excmo. Sr. D. José María Plácido Caamaño, *Quito:* 3 de Febrero de 1888.
Excmo. Sr. Pedro Ceballos Salvador, *Idem:* 3 de Febrero de 1888.
Sr. D. Casimiro del Collado, *Méjico:* 10 de Febrero de 1888.
Sr. Antonio Goguyer, *Túnez:* 16 de Marzo de 1888.
Sr. Ludovic Drapeyron, *París:* 20 de Abril de 1888.
Sr. D. Alberto Pimentel, *Oporto:* 11 de Mayo de 1888.
Sr. D. Federico Pimentel, *Caracas* (Venezuela): 11 de Mayo de 1888.

SEÑORES ACADÉMICOS HONORARIOS.

Sr. Andrés de Lamas, en el *Brasil:* 23 de Abril de 1852.
Sr. Teodoro Mommsen, en *Berlín:* 17 de Enero de 1868.
Sr. Emilio Hübner, en *Idem:* 17 de Enero de 1868.
Sr. Juan Bautista de Rossi, en *Roma:* 17 de Enero de 1868.

M. Rev. P. Pío Bonifacio Gams, en *Munich*: 17 de Enero de 1868.
Lord Talbot de Malahide, en *Dublin:* 28 de Mayo de 1869.
Honor. Agustín Enrique Layard, en *Londres:* 18 de Marzo de 1870.
Excmo. Sr. Augusto Pécoul, en *París:* 10 de Mayo de 1872.
Excmo. Sr. D. Francisco de Paula Arrangoiz, en *Barcelona:* 7 de Febrero de 1875.
Sr. Vivien de Saint Martin, en *París:* 29 de Octubre de 1875.
Sr. Aloïs Heiss, en *Sceaux:* 29 de Octubre de 1875.
Sr. Julio Oppert, en *París:* 1.° de Junio de 1877.
Sr. César Cantu, en *Milán:* 25 de Abril de 1879.
Emmo. Sr. Dr. José de Hergenröther, en *Roma:* 30 de Mayo de 1879.
Sr. William Bonaparte Wyse, en *Irlanda:* 1.° de Octubre de 1880.
Ilmo. Sr. Aureliano de Saint'Alode, en *Mourron:* 29 de Octubre de 1880.
Sr. Leopoldo Delisle, en *París:* 29 de Octubre de 1880.
Sr. Luis de Clercq, en *Idem:* 1.° de Julio de 1881.
Excmo. Sr. Conde de Greppi, en *San Petersburgo:* 7 de Octubre de 1881.
Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, en *Méjico:* 27 de Octubre de 1882.
Sr. Dr. Marco Aurelio Soto, en *Comayagua* (Honduras): 8 de Junio de 1883.
Príncipe Luis Luciano Bonaparte, en *Londres:* 30 de Noviembre de 1885.
Sr. Antonio D'Abbadie, en *París:* 30 de Noviembre de 1885.
Sr. Dr. A. H. Sayce, en *Oxford:* 14 de Diciembre de 1883.
Excmo. Sr. Gaetano Filangieri, en *Nápoles:* 1.° de Mayo de 1885.

MEMORIA HISTÓRICA

DE LAS

POSESIONES HISPANO-AFRICANAS.

HISTORIA

VICISITUDES Y POLÍTICA TRADICIONAL DE ESPAÑA

RESPECTO DE SUS POSESIONES

EN LAS COSTAS DE ÁFRICA

DESDE LA MONARQUÍA GÓTICA Y EN LOS TIEMPOS POSTERIORES Á LA RESTAURACIÓN
HASTA EL ÚLTIMO SIGLO.

MEMORIA

ESCRITA POR

D. LEON GALINDO Y DE VERA

PREMIADA POR LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN EL CONCURSO PÚBLICO DE 1861.

No cejéis, Españoles: vuestros padres
Asombraron al mundo y le vencieron.
Esa Albión arrogante
Desde Calpe os contempla, y esa Francia
Desde Argel..... Españoles, adelante.

(*España en Africa.*—Oda de Aparisi y Guijarro.)

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1884.

Á LOS CENSORES.

Hace cinco meses que me empeñé en esta historia.

Una enfermedad me ha impedido casi dos: sirva ella de excusa á lo prolijo de la obra.

«No he tenido tiempo para ser breve.»

Madrid 30 de Setiembre de 1861.

León Galindo y de Vera.

PARTE PRIMERA.

COMPRENDE DESDE EL AÑO 1590 ANTES DE J. C., HASTA EL 714 DE LA ERA VULGAR.

CAPÍTULO PRIMERO.

Descripción del Africa.—División de la Berbería.—Origen de su nombre.—Poblamiento.—Fundación y vicisitudes de Cartago.—Túnez.—Tánger.—Reedificación de Cartago.—Cartago cristiana.

El istmo de Suez, de 16 leguas de anchura, traba con el Asia una península de 900.000 leguas cuadradas, conocida con el nombre de África.

Son sus aledaños, el estrecho de Gibraltar y el mar Mediterráneo al Norte; al Este, el itsmo de Suez, el mar Rojo y el mar de la India, que, estrechado al fin por la isla de Madagascar, concluye en el canal de Mozambique; al Sur, el Océano Pacífico, y al Oeste, el Atlántico, que en su parte media se corre al Este y forma el golfo de Guinea.

Determinan principalmente su configuración: al Norte, los cabos Bon y Espartel; al Oeste, el cabo Verde y el de las Palmas; al Sur, los de Buena Esperanza y las Agujas, y al Este, el de las Corrientes y Guardafuy.

Poco conocida en todas las épocas, sólo á lo largo de sus costas se han establecido algunas colonias europeas: á ellas y á algunos intrépidos viajeros debemos noticias de aquel país; escasas, respecto á las marinas; de lo interior, casi ningunas.

El suelo bajo y arenoso, y su posición en la zona tórrida, son causa de un calor insoportable. Témplanlo algún tanto, en las costas, los vientos de mar; las elevadas cordilleras del Atlas, en la Berbería; las montañas de Sierra Leona, Luna y Lupata, en el Oeste y Centro, y las de la Cafrería en la parte meridional.

En el gran desierto de Sahara, las arenas no adheridas al suelo por ninguna vegetación, se elevan á impulsos del *simoun*, y se arremolinan en gigantescas columnas, que, al caer, sepultan extensos territorios, y transforman en infecundos arenales algunos de los pocos *oasis* que sirven de abrigo á las caravanas.

Pueblan el África razas diferentes: Moros, Árabes, Amacirgas, Xiloques y Judíos al Norte; Negros en la parte central; Cafres, con su color amarillento y su salvaje independencia, en el extremo Sur.

El Ecuador la divide en dos partes, septentrional y meridional; aquélla, formada por la Berbería, el Egipto, el gran desierto de Sahara, la Nubia, el Sudán ó Nigricia, la Abisinia, Senegambia, Guinea septentrional y costa de Aján; la meridional, por el África interior, Nueva Guinea, costa de Zanguebar, estados de Monomotapa, Hotentocia, Cafrería y Colonia inglesa del Cabo.

Los Romanos no conocieron más que la parte septentrional, á la que dieron el nombre de Mauritania, Numidia, Getulia, Libia marítima, Desierto de Barca, Egipto, Ethiopía: al Gran Desierto llamaron Libia interior; región mirrífera á la que caía junto al golfo Avilitas (golfo de Aden), y región cinamomífera, á la que comprendía las fuentes del Nilo, no lejos de los montes de la Luna; mas no internándose en el país, ni pasando de la equinoccial, se limitaron á establecerse en la Berbería y hacer tributario al Egipto.

Para el mejor gobierno de la primera, dividiéronla en Mauritania Cartaginense (Regencia de Trípoli y República de Túnez); Mauritania Cesariense (Regencia de Argel), y Mauritania Tingitana (Reinos de Fez y de Marruecos).

Vencedores los Árabes, á la Berbería llamáronla *Al-mogreb*, ó región Occidental, pues lo era con relación al punto de donde habían salido; subdividiéndola en *Mogreb-al-Aula*, ó primer Occidente; *Mogreb-al-Basat*, ú Occidente del Mediodia, y *Mogreb-àl-Áksa*, ú Occidente extremo.

Limitan esta región, el estrecho de Gibraltar, el mar Mediterráneo, el Egipto, el Gran Desierto de Sahara y el Océano Atlántico: su extensión, 96.000 leguas cuadradas, con 18 ó 20 millones de habitantes.

El apellidarse Berbería tuvo su origen, según Juan León y Luis Mármol, de la voz *bar* ó *ber*, que en arábigo significa desierto; y cuentan, que derrotado el rey Ifricus por los Asirios ó por los Etiopes, huyó al través de Egipto, perseguido por sus enemigos: no sabiendo donde refugiarse, los suyos le gritaron *el bar bar, el bar bar*, «al desierto,» de lo que se llamó aquella parte Barbaria, ó Berbería. Juan León quiere que

tomasen los habitantes el nombre de Bereberes, de la semejanza de esta voz con los ininteligibles sonidos que forman los que hablan entre dientes, ó balbuceando; pareciéndole la lengua de los Africanos, pronunciada por los Árabes, como la voz de los animales que emiten sonidos, más no palabras inteligibles; interpretación que no parece pueda satisfacer al lector [1]. Otros buscan el origen en el orgullo quiritario de los Romanos, que llamaban *barbari* (bárbaros, rudos, groseros, crueles), á todos los que no eran Romanos, valiendo bárbaro tanto como extranjero [2], concretándose después la significación de esta palabra genérica para designar á los Africanos Mauros, por ser los pueblos más feroces é indómitos que los conquistadores del mundo habían encontrado. Quien, por fin, deduce la palabra Berbería de su primitivo Rey, llamado, según suponen, *Ber* ó *Bur*, que dió su nombre al territorio que dominaba.

El poblamiento de la Berbería piérdese en la obscura noche de los tiempos. Afirman unos que proviene de los Sabeos, pueblo de la Arabia feliz, que abandonó su patria, perseguido por los Asirios ó Etíopes; otros de ciertos pueblos asiáticos, que para librarse del furor de los vencedores se establecieron en Grecia, y no seguros, cruzaron el mar de la Morea. La opinión más seguida es, que los habitantes, desde Sidón hasta Tiro, ocuparon el África contigua, huyendo de Josué, hijo de Navé (1590 años antes de J. C.), en su invasión de la Palestina. Procopio cuenta que se extendieron hasta las columnas de Hércules, fundando varias ciudades. Colonias sucesivas ensancharon sus descubrimientos, y Cartago, bien fuese levantada por Zoro y Karchedonte; bien por Dido fugitiva de Tiro, donde reinaba su hermano, asesino de su marido; consideróse muy pronto ciudad poderosa, dominando el Estrecho con sus naves, y con sus colonias las marinas de la Bética. Aliada de Roma á poco de la expulsión de los Tarquinos (año 509 antes de J. C.), excitó después su envidia, y lucharon ambas por el imperio del mundo; hasta que el implacable *delenda est Cartago* del tenaz Catón, cumplióse por Scipión Emiliano, que la incendió, convirtiendo en provincia romana el territorio cartaginense.

Tres guerras y grandes traiciones necesitaron los Romanos para conseguirlo: en el décimo año de la primer guerra púnica (255 años antes de J. C.), vencidos los Cartagineses en Adis [3], Régulo se apoderó de Tú-

1 Mr. Laugier de Tassy, *Historia del Reino de Argel.*

2 Es notable que los Bereberes, orgullosos de su superioridad, llamen también *agein* (bárbaros) á todos los Europeos.

3 Actualmente Rhades, á pocas leguas de Túnez.

nez, que perdió después con la vida. Apenas transcurridos diez y ocho años, Mathos y Spendio sublevan las tropas mercenarias, y el primero se fortifica en Túnez, que entrega después al famoso Amílcar Barca.

Las guerras civiles destrozan á Roma, la dominadora de las gentes: proscrito Quinto Sertorio por Sila, levanta ejército en España y se atreve contra el imperio; asesinan á su amigo Salinator, teme la traición, se embarca para el África, lucha con los Romanos que la señoreaban, y toma á Tánger (año 120 antes de J. C.), que luego abandona para volver á España, donde le esperaban la alevosía y la muerte.

Cartago no quedó completamente destruida; el incendio perdonó algunos edificios que habitaban los pocos moradores escapados de la destrucción común, y que se apegaban con el cariño de los recuerdos á las ruinas de su antigua patria. Cayo Graco lleva una colonia, reedifica la ciudad llamándola *Junonia*, y convierte á la Cartago púnica en Cartago romana. Acreciéntala Marco Antonio; Lépido la castiga, y en favor con los Césares Julio y Augusto, pronto merece la Mauritania cartaginense, como el Egipto y Sicilia, el nombre de granero de Roma. En tiempo de Vespasiano y de Vitelio era ya bastante poderosa para atreverse á la sedición, proclamar Emperadores y contribuir eficazmente á desorganizar el imperio.

Dueños los Romanos de todas las costas bañadas por el Mediterráneo, vuelven las armas contra sí mismos; aclaman unas legiones á Maximino, rebélanse los Cartagineses y coronan al Procónsul Gordiano. Mandaba en la Numidia, Capeliano, que le derrota, y el nuevo Emperador se ahorca al saber la muerte de su hijo en la batalla.

El África litoral adquiere nuevo brillo: la capital de las Mauritanias, sólo cede en esplendor á Roma, capital del mundo, y no reconoce rival más que en Alejandría: su dependencia es de nombre, y ebria de orgullo, contempla sue ejércitos y sus murallas, sus escuelas y sus gimnasios, sus templos y sus academias, soñando, quizá, en los pristinos tiempos en que sus naves cubrían el mar, sus colonias las costas y ante sus victoriosos Capitanes retrocedían despavoridas las legiones del pueblo rey. Los Bárbaros del Norte afilaban en tanto sus franciscas al otro lado del Estrecho, y pronto debía sufrir el Africa de los Césares, la suerte que la Providencia reservaba á todo el corrompido imperio romano.

CAPÍTULO II.

Irrupción de los Bárbaros en Italia.—Pasan á España.—Los Vándalos en África.—Sus triunfos.—Fin del imperio vándalo-africano.—Guerras de los Reyes godos con los Romanos.—Se apoderan de África.—Traición del Conde D. Julián.—Entrada de los Árabes en España.—Batalla de Guadalete y fin del imperio godo.

De los últimos confines de la Europa, de la isla Scancia ó Scandinavia, como entonces llamaban á Suecia, parte un enjambre de guerreros. Los Godos occidentales y orientales (Visigodos y Ostrogodos) llegan á Scitia; establécense en las riberas del Boristenes [1], les rinden parias muchos pueblos asiáticos; lidian con los Persas; acércanse al Danubio; y atacan al imperio, que con el oro les convierte en sus aliados. Al fulgor de su espada huyen Gépidas, Burgundos, Vándalos, Hérulos, Vénetos y Astros. Los hielos polares arrojan una nueva raza, tan valiente; pero cien veces más feroz que la de los Godos, y les empuja hacia el Mediodía: los Bárbaros ya no eran los Godos, sino los Hunos. Estipendiarios aquéllos del imperio, protegíanle contra el resto de los Septentrionales; pero les faltan los sueldos y se amotinan. Alarico es proclamado Rey por los Visigodos: pide al Emperador Honorio las pagas atrasadas ó tierras en Italia; el débil Emperador les cede las Galias y España, ocupadas por sus enemigos, y trata de destruirlos traidoramente en su marcha: vencen los Godos, alíanse con los Hunos, y toman por asalto á Roma. Alarico recorre como conquistador la Italia; dispone una escuadra en Sicilia para trasladarse á Africa; una tempestad la destruye, pero su idea queda grabada en la memoria de su pueblo.

A la muerte del Rey visigodo es elegido Ataúlfo, que se enlaza con Placidia, hermana del Emperador romano, y sigue su marcha á las Galias, ahuyenta á las tribus bárbaras, penetra en España, se apodera de la Tarraconense y sienta su corte en Barcelona [2].

1 Patxot, *Anales de España.*

2 Niéganlo muchos autores, que afirman que tuvo su corte y asiento en las Galias, y

Muere Ataúlfo asesinado; sufre la misma suerte Sigerico, y electo Walia, intenta, como Alarico, apoderarse de África, y como las de Alarico, el azote de las tormentas destruye sus escuadras.

Habían precedido á los Godos, otras tribus guerreras. El 28 de Setiembre de 409 [1], después de haber devastado las Galias, entran en España los Suevos, Vándalos, Alanos y Silingos. Ciudades, pobladores, mieses, todo cae al impulso de la espada y de las llamas: consigo, destrucción y muerte; en pos, sangre y cenizas. En 414 [2] se dividen la asolada tierra: tocan á los Suevos, Galicia, Asturias y León, hasta el Duero; Extremadura y Lusitania á los Alanos; la Bética es la parte de los Silingos y Vándalos. Cámbianle éstos el nombre en Vandalia (Vandalucia) [3] y continúan sus depredaciones, pillando la costa mediterránea, desde Gades á los Alfaques; hasta que en el 419 [4] los exterminó completamente Walia, Rey de los Visigodos. Bonifacio, Gobernador de África por los Romanos, es acusado de traidor á la Emperatriz Placidia, madre de Valentiniano; niégase á ir á Rávena por temor de Ecio, su rival y su calumniador; derrota á un cuerpo de tropas que el emperador envía contra él; y al saber que un formidable ejército se apresta para reducirle á la obediencia, llama en su auxilio á Gunderico, rey de los Vándalos, ofreciéndole la mitad de las provincias africanas.

Gozoso Gunderico apareja su armada; pero antes de llevar á cabo la empresa, asalta á Sevilla, y, según la más probable opinión, muere en la embestida. Afirman no pocos que le asesinó su hermano bastardo Genserico, que fué proclamado Rey.

La mudanza de jefe no cambia el pensamiento de los Vándalos; pero al llevarlo á cabo, se lo impide una irrupción de los Suevos. El valiente Genserico les sale al encuentro y los derrota, con muerte de su Rey Ermengario, que se ahogó en el Guadiana.

Por fin, el año 427 [5], 50.000 Vándalos cruzan el Estrecho; en breve

cuentan á Amalarico como el primer Rey godo que estableció la corte en España, eligiendo á Sevilla, donde estuvo hasta Atanagildo, que la trasladó á Toledo. Masdeu trata extensamente esta cuestión.

1 Cabanilles: *Historia de España.*

2 El 411, según el P. Flores, en su *Clave historial.*

3 Es opinión vulgar, que sigue Malte Brun en su *Geografía universal*: niégalo el P. Flores, en nuestro concepto con razón, y opinamos con él, que Andalucía ó L'Andalús fué el nombre con que los Moros designaron á toda la Península ibérica.

4 En el 417, según Patxot.

5 D. Vicente Díaz Canseco, en su *Apéndice á la Historia de Cartago*, y el Teniente General, Ximénez de Sandoval, en su obra *Guerras de África en la antigüedad*, ponen el paso de

conquistan la Mauritania Cesariense y la Tingitana, toman á Argel destruyéndola hasta los cimientos, y llegan victoriosos á las orillas del Ampsaga [1], límite que á sus conquistas impuso Bonifacio al llamarles al África.

Al ver su ferocidad, arrepiéntese el Gobernador romano, se reconcilia con la Emperatriz, procura con Genserico su vuelta á España, niégase el Vándalo que le derrota y le obliga á refugiarse en Hipona: en el mes de Mayo del 430, el terrible Genserico cerca la ciudad. Durante el asedio, el sol de la Iglesia latina, San Agustín, herido en medio del corazón al contemplar destruidas las Iglesias de su diócesis, muertos sus feligreses, triunfantes á los Donatistas; espira, harto feliz, en no ver á los Bárbaros triunfantes en la ciudad, que capituló en Agosto del 431.

Cuatro años de treguas siguieron á esta lucha: Valentiniano y Genserico celebran, por fin, un tratado de paz en 21 de Febrero del 435, quedando reconocido el Vándalo por dueño de Ceuta, Tánger, las Mauritanias Cesariense y Tingitana, y parte de la Cartaginense, fijando su corte en Saldas [2].

Atila llama á las puertas del imperio oriental: el occidental luchaba contra los Visigodos y Suevos en las Galias y España. Genserico, sin cuenta de las capitulaciones, cae sobre Cartago, y en plena paz tómala por sorpresa el 18 de Octubre del 439; traslada á ella su capital, y en breves días expulsa á los Romanos, y queda dueño indisputado desde el Estrecho de Hércules á la Cirenaica, á excepción de la Tripolitana.

Pasa un siglo. Tras varios sucesos, Gilimero, ó Gilimer, usurpa el trono en el año 531 á Hilderico; enciérrale en estrecha mazmorra; saca los ojos á Oamero ó Amer, el Aquiles de los Vándalos, y se niega al ruego de Justiniano, que reclama los cautivos para consolarles en Bizancio. Ofendido el Emperador siempre augusto, encarga el castigo á Belisario, que derrota al Cartaginés.

Acude Gelimer en demanda de auxilios al Reygodo Teudis: por medio de sus Embajadores, Fuscia y Gotio le dice: «Si dejas á Justiniano

Genserico al África en el año 429: seguimos la fecha marcada por el P. Flores y Mariana: también varían los autores en el número del ejército de los Vándalos, que hacen subir muchos á 80.000 hombres. Difícil de apurar lo cierto, y más cuando al ejército acompañaban las familias, con ancianos, niños y mujeres.

1 Según Luis del Mármol, el Ampsaga ó *Fluvius cirtensis* es el río llamado *Sufe-gemar*, que sale á los llanos de Constantina, y dividía la Cesariense, de la África menor. Hoy se le conoce con el nombre de Guad-el-kevir.

2 Bugía.

»apoderarse del África, muy luego le verás dar la vuelta por el Estrecho »y penetrar en España;» pero al arribar los Embajadores, trabajados por una penosa navegación, noticióles Teudis que Cartago había ya capitulado, y que preso su Rey era inútil el auxilio que pretendían. Así concluyó la dominación vandálica en el año 534 del Señor.

Los Romanos restablecen la prefectura de África, y en Cartago, la capital [1]: recobran rápidamente los antiguos dominios en la costa; constituyen en Ceuta un Tribuno, y juntan sus dromones [2] para guardar el Estrecho, vigilando á las Galias y á la España [3].

El África sufría el yugo greco-bizantino. La proximidad de los Imperiales, de quien eran los Godos, ya aliados sospechosos, ya francos enemigos, labró hondamente en el pecho suspicaz de Teudis [4]. Atraviesa el mar, pónese sobre Ceuta; pero como aflojase un día festivo en las precauciones debidas, caen sobre él impetuosamente los sitiados, y con gran estrago le obligan á repasar el Estrecho. Al poco tiempo muere Teudis en Sevilla, atravesado por la espada de un loco, fingido ó verdadero. La ambición pone en lucha con Agila al rebelde Atanagildo, vencedor con la ayuda de los Imperiales, que acuden de la vecina África [5]. Cumplióse la predicción del Vándalo. Ceuta abrio las puertas de la Península á los Greco-bizantinos, que recibieron del usurpador en pago de su ayuda, todas las marinas del Este y la codiciada Bética.

1 *Imperator Cesar Flaius Justinianus..... semper Augustus, Archelao Prefecto pretorio Africæ..... Deo ita que auxiliante pro felicitate reipublicæ nostræ, per hanc divinam legem sancimus, ut omnis África quam nobis Deus prestitit, per ipsius misericordiam optimum suscipiat ordinem et propiam habeat Prefecturam..... cuyus sedem, jubemus esse Carthaginem..... quam nunc tuam excellentiam gubernare decernimus.*

2 *Dromones*: barcos muy largos y veloces, según las etimologías de San Isidoro. Tenían una sola fila de remeros y cubierta defensiva.

3 *Imperator Cæsar Flavius Justinianus..... semper Augustus, Belisario Magistro militum per Orientem..... Jubemus etiam: ut in trajectu, qui est contra Hispaniam qui Septa dicitur, quantos providerit tua magnitudo, de militibus una cum Tribuno suo homine prudente, et devotionem servante reipublicæ nostræ, per omnia constituas, qui possint et ipsum trajectum semper servare, et omnia quæqumque in partibus Hispaniæ, vel Galliæ, seu Francorum aguntur, vivo spectabili duci denuntiare, ut ipse tua magnitudine referat.*

4 D. Modesto Lafuente contradice algún tanto esta opinión, cuando en su *Historia de España* dice: «Justiniano había acabado con el reino de los Vándalos en África, por medio «de la espada de Belisario. y posesionádose de Ceuta, que *se supone había pertenecido á los »Godos*. Teudis envió un ejército á recobrar á Ceuta.»

5 Correa de Franco supone que los mandaba Patricio Liberio, y que pasaron á España el 554. Mariana le llama Liberto Patricio, y no marca el año de su venida, limitándose á decir que Agila fué muerto en el 554, de resultas de la batalla que perdió contra los rebeldes y los Imperiales.

Pero Leovigildo, Rey de altos pensamientos, aunque manchado con la sangre de su hijo el Santo Hermenegildo (cosa por muchos negada), sueña en la unidad española; funde el estado suevo con el godo, derrota á los Imperiales en contínuos encuentros, y recupera parte de los estados perdidos ó cedidos.

Persevera en la obra Sisebuto: les arrincona en las playas del Atlántico, y sediento de gloria, envía armada que castiga á los piratas africanos, desembarca en la Mauritania en el año 618, y toma las plazas de Ceuta y Tánger, creando un condado, que subsistió hasta la invasión de los Árabes [1].

Suintila, bravísimo Capitán, es coronado, y tras lanzar de la Península los restos de los Imperiales griegos, extiende sus dominios en las Mauritanias y vuelve triunfador á su patria.

El año 647, los Arabes, conquistado el Egipto, se apoderan de la Cirenáica y de la Tripolitana; infestan los mares y recorren en triunfo el litoral africano. En Alejandría aprestan una armada de 270 naves, á excitación de Ervigio, según afirman algunos. Surgen en nuestras marinas y las saquean: los contrastan fuertemente los Edetanos, y mientras, Wamba reune el ejército, ataca á los Infieles y les quema cerca de 200 naves, librándose las pocas que á toda vela huyen con los restos de los invasores, salvándose España por el esfuerzo del magnánimo Rey [2].

Succédele Ervigio, y á éste Egica: los Judíos, abastados de riquezas, y acaso temiendo que se renovasen las persecuciones de Sisebuto, conspiran contra el nuevo Soberano, y traman con sus correligionarios de África la entrega de España á los Sarracenos, que, pujantes en aquella región, cercaban entonces á Cartago, mandados por Hassán-ben-Nomán-el-Ghasaní, Gobernador de Egipto por el Califa Abd-el-Malek-ben-Meruan. Resiste Cartago, socorrida por la flota de Justiniano II, y, según los historiadores árabes, también por el rey Egica [3], á quien algunos conce-

1 El erudítisimo Masdeu niega, con razones de mucho peso, la invasión de Sisebuto en las Mauritanias, atribuyendo el fundamento de esta opinión á haberse interpretado torcidamente un pasaje de San Isidoro Hispalense: es, sin embargo, la conjetura más seguida. Correa de Franca supone que en el año 624 Sisebuto confió el mando de la armada á Flavio Suintila, y que este, en nombre de aquél, fué el conquistador de Ceuta y aledaños.

2 Luis del Mármol, en la *Historia de África*, supone que tuvo lugar esta invasión en el año 684. El mismo, y el autor del *Fortalicio en la fé*, aseguran que fué en el último del reinado de Wamba, que corresponde al 680: á esta opinión se inclina Escolano. Cabanilles la fija en el año 675 ó 677.

3 Nada dicen nuestros antiguos historiadores de este socorro de Ejica, pero según Estébanez Calderón, en su *Manual del Oficial en Marruecos*, lo aseguran Novaré, Ben Jaldún y otros escritores árabes. No los hemos visto.

den la gloria que hemos atribuido á Sisebuto de la conquista de Tánger y de Ceuta [1]; pero al fin cae en poder de Hassán, y los habitantes que quedan con vida se derraman por Sicilia y por las costas de España [2]. Algunos Griegos se rehacen, mas derrotados por el feroz Árabe refúgianse los restos en Hipo Regia (Bona) y en Bugía.

El corrompido Vitiza empuña el cètro: los vicios de los Reyes, certísimos nuncios de la destrucción de las monarquías: Don Julián es nombrado Conde de la España africana; la invaden los Árabes y se apoderan el 707 de Tettequín, Arcilla [3] y Tánger; asaltan á Ceuta y el Conde Don Julián los rechaza con ánimo esforzado; ¡el Conde D. Julián, que pocos años después había de entregarla á los Árabes, y con ella á su Rey y á su patria.

Por este tiempo (año 709), Teodorico ahuyenta y dispersa nuevamente á la armada enemiga, que otra vez amenaza las costas españolas.

Empéñase Vitiza en nuevos excesos: mata á D. Favila, padre de D. Pelayo, que se refugia en los estados cantábricos; saca los ojos á Teodofredo, y le encierra en una mazmorra, donde muere infelizmente. Su hijo Ruderic, ó Rodrigo, huye á la Bética, donde levanta parcialidad, favoreciéndole Godos agraviados y Griegos vencidos.

De muerte natural en Toledo, afirman unos que murió el tirano en el año 710 ó 711 [4]; á manos de Rodrigo, otros; verosímil lo último; que la ambición y la venganza reciamente aguijan, y eran sobrado impacientes los magnates godos para esperar trono y desagravio del curso natural de los sucesos.

1 Entre otros Faria y Sousa.

2 Tuvo lugar este suceso en el año 697, según la mayor parte de los historiadores. Bouillet, en su *Diccionario*, lo pone en el 693. A lo último asentimos, pues es probable que la irrupción de Hassán se diese la mano con los tratos y conspiración de los Judíos, para impedir que los Godos socorriesen á los Griegos. La conspiración de los Judíos la denuncia el Rey Ejica en el concilio 17.º de Toledo, año 694, al parecer, como que acababa de descubrirse. «*Ex templo eorundem infidorum conspiratio ad unionis nostræ pervenit auditus eo quod non solum contra suam pollicitationem, suorum rituum observatione, túnicam fidei..... maculaverint; sed et regni fastigium sibi, ut præmisum est, per conspirationem usurpare maluerint.*»

3 Algunos aseguran que Arcilla, mandada por el Conde D. Requila, se sostuvo hasta la pérdida de la monarquía. Juan León, el Africano, dice que se tomó el año 94 de la Hegira, que corresponde al 715-716 de nuestra era; pero al hablar de Tánger asegura que se rindió con Arcilla, y es averiguado que cuando los Árabes pasaron á España, ya estaba Tánger en su poder. Luis del Mármol expresamente afirma, que la poseyeron los Godos hasta el 94 de la Hegira, dos después de la destrucción de España..... «Ceuta estuvo dos años por los Godos, hasta que considerando que no podía ser socorrida, se entregó.»

4 Masdeu afirma que murió antes de la mitad del mes de Febrero de 709.

La monarquía flaca, los Príncipes corrompidos, los populares de torpes costumbres, sin bríos los guerreros, sin murallas las ciudades [1], sin armas los pueblos; tal era España al coronarse Rodrigo: «grandemente miserable.»

Tenía el nuevo Rey aventajadas partes; pero en una corte que era más bien real lupanar, trocó en breve sus virtudes por la deshonestidad y el desenfreno. La persecución que sufrió de Vitiza vengóla en sus hijos Olmundo, Rómulo y Ardabasto [2], que, como él en otro tiempo, huyeron á la Bética, y de allí se salvaron en África; aunque reconciliados con Rodrigo, volvieron después á la corte.

En el año 330, había instituido Constantino la dignidad de Conde de España, que entendía en todo lo concerniente á la milicia. Imitándole los Godos, también nombraron Condes ó Gobernadores militares en ciertos puntos. De las marinas cisfretanas y transfretanas, éralo á la sazón Elianus, Illán ó Julián, conde de Espartaria, de quien hemos hablado; que tenía por segundo al Conde D. Requila [3]. Bien indignado por el agravio inferido á su hija Florinda, hecho harto dudoso por cierto [4], bien porque descendiente de Romanos [5] mirase como enemigos á los Godos; bien, y es lo más probable, porque puesto por Vitiza siguiese la fortuna de sus hijos, entró en negociaciones con los Árabes de allende el Estrecho.

1 No es exacta la opinión general de que Vitiza mandó demoler las murallas de todas las ciudades. D. Lucas de Tuy dice, que conservaron sus muros Toledo, León y Astorga. Escolano afirma que los Moros llegaron á Valencia, ciudad *bien cercada*, y que una guarda que estaba en *una torre* de la ciudad hirió de un flechazo al parlamentario de Tarif. Mérida y Orihuela tenían murallas. Es probable que Vitiza mandase desmantelar las ciudades sublevadas en favor de D. Rodrigo, y se estimó por los escritores que después historiaron, medida general el particular castigo.

2 Sisebuto y Evario ó Eván les llaman Luis del Mármol y otros. El Pacense da á los hijos de Vitiza los nombres de Olmundo, Rómulo y Ardabasto. Sisebuto y Opas fueron hermanos de Vitiza.

3 Otros le llaman D. Recila, y le tienen, con más fundamento, por Duque de la provincia tingitana, y á D. Julián por Conde ó Gobernador de Ceuta, subalterno de aquél.

4 De las falsas historias de Abderrahmán-ben-Abd-el-Haquem, Isa Arraci, á quien nosotros conocemos con el nombre del Moro Rasis, lo tomó el cronicón del Monge de Silos. De éste, Ximénez de Rada y D. Alfonso el Sabio; en cuyas fuentes bebieron Mariana, Ferreras y Fr. Luis de León en su inmortal oda *Profecía del Tajo*. El diligente historiador Cavanilles, con Masdeu y otros, lo entregan al dominio de la novela. Lafuente no se atreve á decidirlo. Algunos niegan, hasta que Ceuta perteneciese entonces á los Godos.

5 Lopez de Ayala dice: «Este Conde D. Illán non era de linaje godo, si non de linaje de los Césares; que quiere decir de los Romanos.» Luis del Mármol indica que era sobrino del Rey Rodrigo. Aun hay quien supone que no estaba al servicio de los Godos, sino al de Muza.

Muza-ben-Noseir era su caudillo, y en su ánimo pesaba ya grandemente el deseo de invadir á España. En el año 710[1] había explorado la costa por medio de Tarif-ben-Amrú, que con 500 hombres pasó desde Tánger, corrió la tierra sin oposición, saqueó á Gades y dió espuelas á la codicia de Muza con el mucho botín y la ninguna resistencia.

Oye éste al conjurado: los hijos de Vitiza por su medio le reclaman ayuda, para derribar del trono que goza contra derecho, al usurpador Rodrigo. Píntanle lo flaco del reino, y le aseguran numerosos parciales: prudente Muza, y no fiando en esperanzas de apasionados, que el deseo abulta y el interés sostiene; pónelo en conocimiento del Califa, quien le manda tentar la suerte, sin que aventure la de todo el ejército. Envía, más como auxiliares que como conquistadores, 7.000 Mauros mandados por Tarif, y con él se embarca el Conde D. Julián, que había entregado la plaza de Ceuta. Apodéranse de Calpe, llamada por los Árabes Gezhira Alhadra ó isla Verde, y después Aljheziras[2]. Thadmir, ó Theodomiro, que con 1.700 hombres quiso prohibirles el paso del Estrecho, es derrotado. Conmuévese España: por todas partes preparativos de guerra. Al verse tan pocos, en región extraña y alarmada, pásmanse los Mauritanos, claman por África, y Tarif, su jefe, quema las naves, émulo de Agatocles y modelo de Hernan-Cortés.

Fortifícanse los expedicionarios en el monte Calpe, llamado entonces por los Moros Ghebal-Alfeth (monte grande), y después Ghebal-Tharic (monte de Tharic), nombre que Abd-el-Mumen, cinco siglos después, quiso en vano cambiar por el de monte de la Victoria; avisan á Muza, quien envía á Tharic-ben-Zeyat con 12.000 hombres, confiándole el mando de todo el ejército. Entra en campaña, y sabiendo que se acerca D. Rodrigo con el poder del reino; solicita auxilio, y recibe el de 5.000 combatientes.

Chocan los ejércitos: los hijos de Vitiza y el Obispo D. Opas se pasan á los Mahometanos en la furia de la pelea, y el Guadalete, entre sus sangrientas ondas, lleva rodando hombres, armas, caballos y la corona del infeliz D. Rodrigo, que la perdió con la vida en aquella funesta jornada, remate desastrado del ínclito imperio de los Godos.

1 712 dice Conde, y lo acepta Lafuente. Según los historiadores árabes, Muza tomó á Tánger en 1707. El conde D. Julián, convenido con Taric, y en abierta rebeldía, saqueó las tierras de Algeciras á fines del 709, y Tarif, en Julio de 710, las de Tarifa.

2 Algunos suponen que Calpe era una ciudad distinta; pero lo niegan Flores, Ayala, Ferreras y otros.

En Julio del 711 se dió la batalla[1]. La Bética, Toledo, corte de los Reyes, y luego Aragón con su tierra hasta los Pirineos, se entregan sin contradicción alguna. Opónese Valencia; rechaza un asalto[2], y temiendo las iras del vencedor, capitula. En el año 716 toda España, menos los riscos cantábricos y parte de Vizcaya, obedecía al gran Califa de Damasco, el poderoso Abul-Valía, *cuchillo de Dios*.

Aún hay patria; los que prefieren lucha gloriosa á servidumbre tranquila, allí acuden; se agrupan al rededor de Pelayo, resisten, triunfan. Tras un combate de ocho siglos, las tribus agarenas serán lanzadas á los desiertos de la Libia de donde salieron, y Covadonga salvará la nacionalidad española. ¡Ay! ¡Cuánto de sudor y de sangre para recobrar lo que se perdió en un solo día!

1 Es muy controvertido el año en que tuvo lugar, inclinándose unos á que fué en el 712 y otros en el 714. La última opinión es la más corriente, aunque no la más segura. Luis del Mármol sostiene con insistencia que fué el 703; pero fija la época de la Hegira en el 613, es decir, nueve años antes de que tuviese lugar. Después, el mismo refuta su opinión, y cuenta los sucesos con el común de los historiadores, «arrimándose á lo que dicen todos.» D. Pedro López de Ayala, en su *Crónica del Rey D. Pedro*, afirma que la entrada de los Moros en España fué el 714, y la batalla de Guadalete en el mes de Junio del 716. Lafuente y Amador de los Ríos dan como cosa averiguada que fué en Julio de 711; el último señala el día 19 como el de la batalla; el primero el 31. Cabanilles la fija en el 12 de Noviembre de 712. Lo más cierto parece ser que principió en 19 y concluyó con la muerte de D. Rodrigo, en 26 de Julio de 711.

2 Abulcacín, *Crónica de España*, citado por Escolano. Probablemente será Ahmed Arrazi, á quien los Árabes llaman por antonomasia *El Cronista*, y que escribió una Historia ó Crónica de España.

CAPÍTULO III.

La Berbería durante los Cartagineses.—Son vencidos por los Romanos.—Ciudades que éstos edifican.—Masinisa y Yugurta.—Boco I.—Yuba, Boco II y Bogud.—Yuba II.—Se agregan las Mauritanias al imperio romano.—Únese la Tingitania á la Bética.—Se divide en tiempo de Constantino.—Se separa en el de los Vándalos.—Belisario concluye con el imperio de estos.—Se unen otra vez las dos costas del Estrecho.—Los Godos.—Fundan ciudades.—Eximen de tributos á los Cristianos.—No hay certeza de que dominasen en Canarias.—Invasión árabe.

El deseo de no truncar la relación de los hechos, nos ha impulsado á reunir en capítulo aparte, las noticias históricas que restan de las vicisitudes porque pasaron nuestras posesiones africanas en los tiempos que ligeramente acabamos de bosquejar.

Se da como cierto que los Cartagineses dominaron el Estrecho; pero las memorias que nos quedan son demasiado escasas para que podamos afirmar que alguna de nuestras posesiones africanas les perteneciese; aunque Ceuta fué el puerto donde el año 204 antes de Jesucristo se refugió Adherbal con cinco galeras, resto de su flota, batida en el Estrecho por Cayo Lelio Nepote [1].

Lanzados de España los Cartagineses, y asolada su capital, quedaron los Romanos dueños de toda la Berbería. Si destruyeron algunas ciudades edificaron muchas, infiltrando su religión, instituciones y raza en los paises conquistados, por medio de colonias que daban salida á su exuberante y turbulenta población [2].

1 Scilax, geógrafo griego, dice en su *Periplos*: «Las ciudades y plazas mercantiles, desde las Hespérides hasta las columnas de Hércules, pertenecen todas á los Cartagineses.

2 Cuéntanse como fundaciones romanas, con algunas otras, Arfá, Ain-el-Calú, Adendum, Amergo, Adrumetum * (*África* ó *Mehedia*), Alfacus ó Sphaeus (los *Esfacos*, *Alfaques*), Brexa ó Brech, Bagaya (*Bugía*), Cebta ó Septa (*Ceuta*, la *Esilisa* de Tolomeo, y segun algunos la *Civitas Romanorum*), Cammart, Carba, Casce ó Capes (*Cabez*), Caphsa, Castra (*Tegdemt*), Chollo, Constantina, Civitas Vecchia (*Bejjia* ó *Badjia*), Callops magnus (*Coll* ó *Collo*), Dar-el-Hela, Deusen, Disteffe, Emniana, El-Hamma, Eraclea, El-Carbat, Gadaum, Hipo (*Aphrody-*

* Según Mármol: otros suponen que Adrumetum, que posteriormente se llamó Justiniana, corresponde á Hamamet ó Hercla; pero la opinión que parece más fundada es la que la coloca donde se halla Susa. *Ximénez Sandoval*: Guerras de Africa en la antigüedad.

Masinisa y Yugurta, Reyes de la Numidia y Mauritania, siguieron el partido, aquél de los Romanos, éste de los Cartagineses. Vencido Yugurta, es entregado á sus enemigos por su suegro Boco, que recibe en premio el terreno que se comprende entre el Muluya y el Ampsaga, dejando para Yuba, nieto del difunto Masinisa, el resto de la Numidia. Considerábanse estos Reyes como amigos y tributarios de los Romanos; pero África no era todavía provincia del futuro imperio.

Muerto Boco, dividióse el reino entre sus dos hijos Boco II y Bogud; aquél tomó la parte del Sur, éste la septentrional de la Berbería, ó sea la España transfretana.

Yuba siguió á Pompeyo; los hijos de Boco, á César. Derrotado Curión, que llevaba la voz de éste, Boco II se pasó á los Pompeyanos. La batalla de Farsalia decidió la lucha á favor de César, que inmediatamente pasó al África, y en Thapson derrotó á Yuba, cuyo reino quedó convertido en provincia romana. Vuela á España, donde los hijos de Pompeyo habían organizado la resistencia; véncelos en Munda, peleando por la vida, no por la victoria; pasa á Roma, y es asesinado por el parricida Bruto. Formóse el triunvirato; y cuando ambiciosos se combatieron los triunviros, Boco siguió la fortuna de Octaviano, mientras Bogud, auxiliando á Marco Antonio, que acaudillaba el partido del difunto César, prosigue en España la guerra. Boco envía á la Península un ejército que contraste al de su hermano, y aprovechando su ausencia le invade el reino. Bogud es vencido en España, pierde sus estados en África, huye al Oriente en busca de Marco Antonio, y muere en el asalto de una plaza.

Octaviano, señor del mundo por el combate de Actium, confirma en sus conquistas á Boco, que reina en toda la Berbería, y al morir éste, declara á la Mauritania provincia del imperio, concediendo á Tánger los privilegios de ciudad, y á otras poblaciones, los de colonias romanas.

sium en los itinerarios, hoy *Bona*), Ygilgilis (*Iiljili*), Lepide ó Leptismagna (*Lébida ó Lebdah ó Lemta*) *, Monaster, Mezala, Maguila, Mela, Miliana, Masura, Mesita, Metafuz, Nabis ó Nápoli (*Nabel*), Nesta, Ned-Roma, Necaus, Pescara, Portus Magnus (*Mazalquivir*), Rustonium, Susa, Sigillum messe (*Segelmesa*), Sucaicada, Sersell, Salla ó Celle (*Salé*), Tebessa, Toluelva, Tensar, Temenfust, Tingis (*Tánger*), Tiulit, Tríside (quizá *Tenser*), Tevecrit, Trípoli (la antigua *Tifex*), Urbs (*Lorbus*), Yizcara, Zamra, Zilia (*Arcilla*), y otras muchas, cuyo origen se olvidó con el transcurso del tiempo, ó arruinadas por los diversos dominadores, ni memoria se ha conservado de ellas.

* Malte Brun la supone fundada por los Fenicios.

Yuba II, hijo del despojado por César, había seguido á Augusto, que, prendado de él, le devolvió los estados de su padre, con el resto de la Mauritania, dejando sin efecto su unión al imperio; pero pagando un tributo.

Después de varias guerras en tiempo de Tiberio, Tolomeo, hijo de Yuba, fué á Roma llamado por Calígula, que le asesinó inhumanamente. En rebelión sus vasallos, los doma por fin Claudio, y la Mauritania es agregada nuevamente al imperio, dividida en Mauritania cesariense, ó parte oriental y parte occidental, ó Mauritania tingitana.

Durante la república, España llamóse desde el tiempo de Marco Porcio Catón, España citerior, hasta el Ebro; del Ebro al Estrecho, España ulterior. Augusto la dividió en España bética, lusitana y tarraconense.

Las Mauritanias, desde Claudio hasta Galva, fueron provincias separadas de España. Muerto Galva, dividióse el imperio en dos bandos: Vitelio es proclamado Emperador por las legiones germánicas; por las italianas, Marco Salvio Othón en el año 69 de Cristo. Neutrales los Españoles, inclínase la Bética al último, siguiendo al Gobernador romano Cluvio Rufo.

Othón agradecido, aumentó en Sevilla las familias que gozaban los privilegios de los Romanos, y agregó á la Bética la Mauritania tingitana, que comprendía las tierras y fronteras allende el Estrecho, cuya capital era Tingis [1], y desde entonces se llamó España tingitana ó España transfretana, que en lo civil dependía del convento jurídico de Gades, y en los asuntos de guerra, de los Gobernadores de África.

Pretenden algunos, que en el año 123 de Jesucristo, Adriano formó de España cinco provincias: Bética, Lusitana, Galecia ó Galayca, Tarraconense y Cartaginense, separando á la Tingitana de la Bética [2], como

1 Lingonibus universis, civitatem romanam, provinciæ beticæ Maurorum civitates dono dedit. *Tacit.*, *lib.* I, § 78.

2 El P. Flórez, en su *España Sagrada*, asegura que estuvieron unidas la Tingitana y la Bética por más de 600 años; Ferreras, que se separaron por Adriano, lo que niega Masdeu, á cuyo parecer asentimos con el Sr. Lafuente, que omite la supuesta división de Adriano, admitida por el Sr. Estébanez Calderón y otros.

Mariana, aunque incidentalmente, parece que se inclina á la opinión del P. Flórez, cuando al hablar de Valia dice: «De este escribe que á principio de su reinado, con una armada quiso pasar al África. Sea perdida la esperanza de sustentarse en España.....; sea por el deseo que él mismo tenía de apoderarse de la Mauritania, *provincia en aquellos tiempos sujeta y moviente de España.*»

Valia entró á reinar el año 416, un siglo casi después de ser independientes las dos provincias, según lo que dejamos asentado.

antes lo estuvo: opinión que no creemos fundada, y sí la de que sólo en tiempo de Constantino, por los años 319, tuvo lugar el segregarse las provincias Bética y Tingitana.

Los Vándalos, como dijimos, se apoderaron del África, derrotando á los Romanos y destruyendo las ciudades que resistieron. Nuestras posesiones transfretanas no se libraron del común naufragio, y obedecieron entonces á Cartago, residencia de los conquistadores.

Belisario concluyó después con el imperio fundado por Genserico; fortificó varias ciudades; restauró á Berenice, Borium, Leptis, Tolomea; edificó á Caput Vadam y se apoderó de la Tingitania. Los Greco-Bizantinos auxiliaron al rebelde Atanagildo; adquirieron la faja de tierra que ciñe el mar Mediterráneo, desde Málaga hasta el Cabo de San Vicente, y ambas riberas reconocieron á un mismo dueño; pero la española, como adquirida posteriormente, estimóse accesoria, y obedecía á los Prefectos ó Gobernadores de África.

Los Reyes Godos arrojan de la Península á los Imperiales; acometen luego la conquista de África, vencen á los Griegos y se apoderan de todos sus dominios; siendo muy probable que en los tiempos de Egica fuesen todas las Mauritanias, provincias españolas [1].

Los historiadores africanos entre las ciudades que sufrieron el yugo de los Godos, expresamente nombran á Ceuta y Tánger, Brech, Chollo, Casce, De-Salla, Hipo *(Bona)*, Melela *(Melilla, la Rusadirus de Tolomeo)*, Sersel, Sucaicada, Trípoli, Thunetum *(Túnez*, la antigua *Tharsis)*, Urbs y Zilia *(Arcilla)*.

A imitación de los Romanos, edificaron los Visigodos varias ciudades; y como fundaciones suyas se citan Arriana, Bedis *(Vélez de la Gomera)*, Conte, Casasa, Zaralum, Meramer, Terga y Yellu ó Yellez.

Como Meramer se encuentra á 14 millas más al Levante de Azafi ó Saffi, muy entrada en el límite final S.O. de la Mauritania Tingitana, y por la parte N.E. conquistaron los Godos á Trípoli, que tiene por aledaño el *desierto de la Tempestad*, ó Sahart Barcah, divisorio de la Cesariense y el Egipto; podemos concluir, que se apoderaron de toda la

1 Dudoso es el párrafo del libro 9.º de la *Historia de los Árabes*, del Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, que se trae en confirmación: por más que sutilicen los intérpretes; en nuestro concepto igualmente pueden referirse las conquistas de los Árabes *in occiduis partibus*, á las posesiones godas en África, que á la misma España: «In Libyæ anfractibus omnem Mauritaniam subyugavit.» *In occiduis partibus* Regnum Gothorum antiqua soliditate firmatum obtinuit et afflixit, quod á tempore Leovigildi per años CXL pace continua fuit lætum.»

Berbería; aun cuando no sea posible determinar exactamente la época.

Entre las ciudades más favorecidas por los Godos han de contarse á Ceuta, capital de sus posesiones [1] en la costa mediterránea, y á Salla, que lo era de la oceánica.

Dominada la orilla transfretana, siguieron sus conquistas avanzando hacia el interior, ayudándose de los indígenas contra los Griegos. Urbs, á 190 millas al S. de Túnez, era el refugio de los Imperiales, que creyéndola segura, la habían convertido en depósito de sus riquezas, Los Godos tentaron la codicia de los naturales y con su auxilio la saquearon.

Vencedores, y asimilándose el elemento griego, vuelven sus armas contra los indígenas que resistían en las asperezas de la tierra, y someten numerosas tribus bárbaras. Parece que dejaban subsistir en los paises conquistados las instituciones romanas, gobernaban las ciudades por medio de Condes, y aun hay quien afirme que se debió á Sisebuto la traslación de la capital de la Mauritania Tingitana, de Tánger á Ceuta, que fueron las primeras conquistas, y con Arcilla lo último que en su dominio conservaron los Godos.

Estas ciudades, y las contrapuestas de la Bética, formaban un condado, no simplemente tributario de los Reyes godos, según algunos aventuran; sino provincia de la monarquía; puesto que conforme escriben los autores, el Conde D. Julián que gobernaba al tiempo de la invasión árabe, para trasladarse á Ceuta con su hija Florinda, tuvo que recabar el permiso del Rey; cosa que mal se compadece con la soberanía de un estado independiente.

1 Suponen algunos, que durante el imperio de los Godos conservó siempre la capitalidad Tánger: nos inclinamos á que se trasladó á Ceuta; tanto porque probablemente fué la primera plaza que conquistaron; cuanto porque al dar cuenta de Tánger, Arcilla y otras poblaciones costaneras del África, siempre afirman nuestros antiguos historiadores que formaba parte de la gobernación de Ceuta, y nunca al hablar de Ceuta dicen que dependiese de Tánger. Otros, por el contrario, sostienen, que aun antes de Julio César fué Ceuta cabeza de la Tingitania, de cuya honra no la despojó el Romano: opinión, en nuestro sentir, de menor fundamento, y contra la que el nombre de la provincia es argumento bastante. La Mauritania cartaginense se llamaba así, de Cartago; la cesariense, de Cesárea, su capital; no alcanzamos por qué, á haber sido Septa y no Tingis la de esta parte de su territorio, se llamase Mauritania Tingitana y no Septense: además, en las divisiones que se hicieron del territorio, Ceuta fué agregada á la Mauritania Cesariense, lo que nunca hubiesen hecho los Romanos, si la hubieran reconocido como cabeza de la Tingitania. Para nosotros es indudable que Tánger fué la capital romana, y Ceuta la capital goda.

Según Correa de Franca, los Godos agregaron á Ceuta las diez ciudades que habia en aquellas partes, inclusas Tánger y Arcilla, y la convirtieron en cabeza y corte de la provincia, que llamaron España transfretana.

No perdiendo los Godos de vista los intereses religiosos, ofrecieron exención de contribuciones á los que se redujeran á la fé de Cristo, y muchos de los indígenas abjuraron la idolatría. Pero al recaudarse los pechos todos alegaban falsa ó verdaderamente que eran cristianos; cosa difícil de averiguar en aquel momento. Para que constase de un modo inequívoco, se mandó que los convertidos llevasen pintadas indeleblemente en una mejilla y en la palma de la mano, cruces negras ó azules; costumbre que subsistió entre los Azuagos largo tiempo después de haberse perdido para la verdadera fé, aquellas regiones [1].

Asegúrase que los Godos llevaron sus conquistas hasta las islas Canarias, y que dependían estas del gobierno de la Mauritania Tingitana. No es pretensión nueva: cuando D. Luis de la Cerda, Conde de Clermont, Príncipe de la Fortuna, pidió y obtuvo de Clemente VI la corona de las islas Canarias; en carta de 13 de Marzo de 1344, desde Alcalá de Henares, accedió á ello el Rey D. Alonso XI, por el parentesco con el Príncipe y por deferencia al Papa; «aunque no exista duda alguna de »que sus progenitores, de clara memoria, adquirieron y defendieron aque»lla tierra de manos de Infieles [2] y del poder de los Reyes de África; por »lo que evidentemente le pertenecía por su derecho Real, á él y á na»die más» [3].

Posteriormente, en 1430, publicándose que el Sumo Pontífice había concedido la conquista de dichas islas al Rey de Portugal; D. Alonso García de Santamaría, Dean de Santiago, Embajador del Rey de Castilla en el concilio de Basilea, sostuvo que las Afortunadas pertenecían á los Reyes de Castilla, como succesores del Rey D. Pelayo.

No es improbable que los Godos, conquistado el litoral O. del África, alargasen sus correrías hasta las Canarias, ya conocidas, puesto que Yuba II escribió sobre ellas: con certeza no puede asegurarse.

1 Mármol y Cabrera.

En la *Relación* de Pedro de Siria, cosmógrafo de S. M. y cautivo en Argel hasta Enero de 1618, hecha al Rey en el mismo año, se dice: «Pues el Rey Cuco, que está vecino de Argel en las montañas, en las cuales yo he estado, las cuales están distantes de Argel 15 leguas, ayudarían sin duda al ejército cristiano; así porque sus vasallos y todos los Cubayles son descendientes de Cristianos, los quales por diferenciarse de los Alarbes se *señalan con una cruz en el rostro*, y por esto se huelgan de ser amigos de Christianos, y su Rey de ellos sería en ayuda de V. M.»

2 *Perfidorum*, dice el texto.

3 Esta expedición no llegó á tener efecto, según puede verse en Zurita y otros muchos; aunque Diego de Soto y Aguilar, con pocos, afirma lo contrario, suponiendo que D. Pedro de Aragón le proporcionó armada y gente.

Adelantando aún más, sostiene Alvar García, hermano del D. Alonso, Obispo de Cartagena, que resultaba de las antiguas matrículas de las provincias y diócesis, ser sufragáneas de la metrópoli Hispalense, la Iglesia Marrochitana y la Rubicense que estaba en las islas Afortunadas; pero es lo cierto, que ni en los Concilios de Toledo figuran las firmas de estos Obispos, ni autor alguno asegura que Híspalis tuviese jurisdicción más allá del Estrecho, excepto Alvar García; ni de ello, si fué, ha quedado memoria.

PARTE II.

COMPRENDE DESDE EL AÑO 714 HASTA EL 1492.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los Arabes.—Mahoma.—Abdalla-ben-Sad penetra en la Mauritania Cartaginense.—Victorias de Ocba-ben-Nafí.—Conquista la Mauritania Cesariense y casi toda la Tingitana.—Hassán destruye á Cartago.—Vence á los Amacirgas.—Muza-ben-Noceir concluye la conquista de la Tingitana y se apodera de España.

Entre el África y el Asia, rodeada por el seno arábigo, el golfo Avílitas, el mar Erythreo, el golfo Pérsico y el Eúfrates, se extiende la Arabia; nunca completamente dominada por los conquistadores. Circúndanla, impenetrable barrera contra las invasiones, mares inmensos de arena: bien puede decirse que el Símoun es el guardián terrible de los hijos del desierto.

Un pueblo sobrio, valiente, entusiasta, sin más riqueza que sus caballos, camellos, tiendas y ganados, erraba por sus vastas soledades. Entre ellos se alza un obscuro impostor y reune en torno suyo á su pequeña tribu. Llamábase Mohamad [1]. Poco después, la tribu se había convertido en un pueblo: Mohamad era el profeta de Alá. Enseña una religión nueva; conmuévese el Yemen; estremécese el África; llévanlo todo á sangre y fuego sus fanáticos partidarios, y al morir les encarga que con el alfanje extiendan sus creencias por los ámbitos del mundo.

Como impetuoso torrente, salen de sus guaridas, sujetan la Siria y la Palestina, vencen á los Persas, atraviesan el Istmo de Suez; Asia se precipita sobre el África. El Egipto se humilla á su paso, y los remotos orígenes del Nilo ven retratados en sus aguas, los pliegues del verde pendón del Profeta. Abdalla-ben-Sad, General victorioso, revuelve contra

1 Mahoma.

la Mauritania Cartaginense, derrota á los Imperiales y rico de despojos, da la vuelta á Egipto y al Califa cuenta de sus victorias.

Pero la guerra civil arde entre los Árabes; las Mauritanias respiran: corta tregua. Mohavia, fundador de la dinastía de los Omeyas, triunfa de Aixa, viuda, y de Alí, yerno de Mahoma. En el año 656, los Árabes hacen otra irrupción en la Mauritania; sujetan varias ciudades, y el Califa, con las tierras conquistadas, forma el nuevo gobierno de Yfrikia, que confía al temido guerrero Ocba-ben-Nafí. Al mismo tiempo pregónase la conquista de África. De los más remotos paises del Asia acuden en tropel; recobran á Cirene, que había sacudido el yugo muslímico, y fundan la ciudad de Cairován.

El sublime Califa, terror del universo, muere; pero la idea había germinado. Los Árabes no hacen ya correrías para saquear y abandonar después el país saqueado; se establecen, fundan ciudades que, pronto imperios, doblarán la rodilla ante la venccdora media luna.

Yecid le succede: Ocba, despojado antes del Gobierno de Yfrikia, es repuesto: al frente de su ejército penetra cn la Mauritania Cesariense, derrota á los Griegos cerca de Bagaya; huyen Godos y Berberiscos, sigue su marcha victoriosa, y Tingis atónita lc contempla al pié de sus murallas. El Gobernador le abre las puertas, y con ricos presentes logra conservar la plaza. Ocba no se detiene: ha oido que al otro lado del Atlas existen pueblos idólatras, y, ardiente Musulmán, quiere extender la ley de su Profeta. Se interna en la Berbería, derrota á los naturales y sigue su triunfal carrera, hasta que las ondas del Océano cubren los cascos de su caballo. Arremete, entra en el mar[1], y cuando las aguas tocaban la cincha, detiénese, alza los ojos al cielo, y en místico entusiasmo exclama, arrasados los ojos de lágrimas: «Alah, Alah, más lejos llevaría el »conocimiento de tu ley y la gloria de tu santo nombre, sin la barrera in»superable de estas aguas.» Torna confiado, manda adelantar su ejército, y se queda con 300 hombres. Un enjambre de indígenas cae sobre él; tira el animoso musulmán la vaina de su alfanje, invoca al Profeta, y peleando, muere gloriosamente sobrc un montón de cadáveres enemigos.

La muerte de Ocba desune á sus Generales: Anax-ben-Abdalla se retira á Egipto; Zoahyr-ben-Cais se fortifica en Barcah, y hace frecuentes incursiones en el seno de la Mauritania; pero abandona á Cairován, que

1 Algunos historiadores atribuyen esto á Muza, de quien después hablaremos; no en un arranque religioso, sino en un arranque de orgullo, por no haber ya más tierra que conquistar.

Cussila, el vencedor de Ocba, gana por capitulación, recobrando á seguida casi todas las conquistas árabes.

Así las cosas, ocupa el trono Abdol-Malek-ben-Mervân, sexto [1] Califa Omeya, quien sofoca la rebelión de Zobeyr y envía auxilios á Zohayr, con órdenes expresas de atacar á Cussila, que en Oss es pasado á cuchillo con todo su ejército. Vengada ya la muerte de su amigo Ocba, dimite el mando; va la vuelta de Egipto con una pequeña escolta; encuentra á una división griega, la acomete, y con todos los suyos queda tendido en el campo de batalla.

Hassan-ben-Numan-Algosani, nuevo Gobernador, destruye á Cartago: los Árabes son dueños de casi todas las costas de Berbería, pero faltábales domar á los Amacirgas descendientes de Cam, venidos en tiempos remotísimos del Yemen ó de la Palestina, que recelosos del poder árabe, concilian por el común peligro las dos parcialidades en que estaban divididos, de Botares y Beranies. Hassán marcha contra ellos, que mandados por la Cahina [2], su Soberana, le derrotan completamente en las orillas del río Nini [3] y le obligan á evacuar el país, marchando hacia Damasco, y deteniéndose en Barcah por orden del Califa [4]. Cinco años tardaron en llegar los refuerzos que éste le había prometido; pero llegados, presenta nueva batalla á la Cahina, que muere con la flor de sus guerreros [5]. Doce mil que se salvan se rinden al vencedor y refuerzan el ejército árabe [6]. Hassán confió á los hijos de la

1 No hemos encontrado en la serie de Califas Omeyas más que los siguientes: Moaviah, fundador de la dinastía, que ocupó el califato en el año 661; Fezid, su hijo, en 680; Moaviah II, en 683; Mervân, en 684; Abdol-Malek, en 685. De modo que por esta cuenta debería ser Abdol-Malek el V y no el VI, como le llaman casi todos los autores. En el *Nouveau dictionnaire historique* le cuentan como V: según la genealogía de Luis del Mármol, también resulta el V.

2 La hechicera.

3 Guadnini.

4 *Viaje del Scheikh et Tidjani*, por Abu-Mohamed-Abdallaeh-Mohamed-ben-Ibraim et Tidjani.

5 El Bekri dice que, según los historiadores, murió la Cahina en Tabarka, en el litoral Oeste de Túnez.

6 D. Serafín Estévanez Calderón se inclina á que esto sucedió en el año 693: parécenos más probable fuera después del 698; puesto que, según la opinión común, la destrucción de Cartago por Hassán, anterior á su derrota; fué en el año 693. Naturalmente, sujeta ya la costa trataría de extender sus conquistas por lo interior del país, en cuya expedición fué derrotado por la Cahina: debió, por lo tanto, acontecer esto, lo más pronto, el año 94. Estuvo refugiado en Barcah, esperando refuerzos, cinco años, y recibidos desbarató el ejército de la Cahina, con muerte de ésta: no pudo ser, por lo tanto, antes del 699 al 700. Tal es nuestra opinión.

Cahina el mando de los Bereberes que se sometieron á sus vencedores [1].

El año 705 muere Abdol-Malek; su hijo Valid manda á Muza-ben-Noseir, succesor de Hassán, en el gobierno de África; que concluya la pacificación de Berbería. Más de 300.000 Amacirgas quedan prisioneros en succesivos reencuentros. Sujeto el interior, envía á sus hijos á que prosigan sus victorias. Abdalla, con la armada, saquea á Mallorca; mientras Merván, al frente de una división, se interna en el África central y sujeta las plazas más importantes; y el mismo Muza, con su hijo Abdol-Azis, se enseñorea de España.

1 *Viaje del Scheikh et Tidjani*, escrito por él mismo.

CAPÍTULO II.

Los Califas Ommíadas ú Omeyas.—Los Abásidas.—Los Omeyas Cordobeses.—Los Edrisitas y los Aghlabitas.—Los Fatimitas.—Rebelión de Muza.—Protectorado de los Ommíadas en el Mogreb.—Toman á Túnez.—Guerras entre los Fatimitas y los Ommíadas.—Tratado de paz.—Al-Hassán el Edrisita, Emir de Fez.—Se rebela y es vencido.—Los Fatimitas establecen el califato del Cairo.—Vuelve á rebelarse Al-Hassán.—Se entrega y es decapitado.—Fin de la dinastía de los Edrisitas.—Comienzo y fin de la de los Zeyritas.

Las vicisitudes de nuestras posesiones africanas no han de estudiarse aún en la historia patria: un puñado de héroes sostenían en Asturias la nacionalidad ibera. Los Árabes, raudal irresistible, habían inundado las Españas transfretana y peninsular, y suyos Tingis, Septa, Ghezira, Tarifa y Ghebal Tharic cruzaban el Estrecho nuevas expediciones.

En nombre de los Califas de Damasco, sus Gobernadores regían el África. Corría el año 740 del Señor, cuando los Bereberes, publicando agravios, alzáronse contra sus dominadores: el espíritu religioso coadyuvó á sostener el político y á reanimar el amor á la independencia.

Mohavia, afortunado usurpador, fué siempre para el pueblo, ilegítimo Califa, y los hijos y descendientes de Alí, perseguidos unos, muertos otros, vencidos todos; con periódicas insurrecciones protestaban contra la fuerza entronizada.

Por fin, en el año 754 la dinastía de los Omeyas ú Ommíadas, que reinaba en Asia, fué volcada por la de los Abásidas, descendientes de Abas, tío de Mahoma y uno de sus mejores Generales. Triunfantes los Abásidas por la muerte del Califa Merván II, trataron, según costumbre, de extinguir la estirpe vencida. En Damasco, entre los brindis y la alegría de un banquete, fueron asesinados todos los miembros de esta familia; sólo el príncipe Abderrahmán pudo librarse en los desiertos de Tahart. Allí supo que en España aumentaban de día en día los descontentos; envió emisarios que explorasen los ánimos, y encontrándolos en sazón; con algunos parciales desembarcó en Almuñécar en el año 755. Se declaran por él muchos, y Sevilla le reconoce como Señor: el Gobernador abásida Yuseph sale en contra suya, el Guadalquivir los

separa; vadéalo Abderrahmán y derrota á su enemigo. Ábrele las puertas Córdoba, donde establece su córte, y se proclama independiente de los Árabes africanos y Califa supremo, desconociendo la supremacía de los de Bagdad. Rebélanse algunos, y afirma su dominio con las armas; protege las artes y las ciencias; «organiza y pelea; administra y reina [1],» y la dinastía Omeya, proscrita en Asia, brilla con nuevo esplendor entre los Árabes españoles.

En África mientras, Mohammed Edris, descendiente de Alí, creyendo favorable la mudanza de dinastía para hacer valer sus legítimos derechos, sale á campaña con sus partidarios. Abú-Giafar-Almanzor, segundo Califa abásida, lo vence, y pasea su cabeza por las ciudades rebeladas, mudas de terror. De la batalla de Medina escapó un hermano del infeliz Mohammed, que succesivamente se refugió en Cairován, en Tremecén, en Tánger, y tras largas aventuras se le proclamó Rey en el año 778, muriendo envenenado por arte de su enemigo el Califa Harun-Ar-Raxid, quinto de los Abásidas.

Juran los Fecíes á Edris segundo, Príncipe magnánimo, fundador de la ciudad y del califato de Fez, y venerado por los Bereberes todavía. Así tuvo comienzo la dinastía de los Edrisitas que, tras cruelísimas guerras, se apoderó de todo el Mogreb, hasta el reinado de Yahya III, Príncipe literato y más dado á los ocios de la paz, que á las fatigas de la guerra; quien para contrabalancear el poder de los Califas de Bagdad, se alió estrechamente con el de Córdoba Al-hakén.

En tanto, en el Este del Imperio se levantaba Ibrahim-ben-Aghlab. Los Xeques de Marruecos eran de hecho independientes de los Califas orientales; Ibrahim proclama la independencia de derecho, y erigió, á imitación del de Córdoba, el Califato de Cairován, sometiendo á toda el África occidental, quedando á su muerte entronizada la dinastía Aghlabita.

Pero no duró largo tiempo la tranquilidad de estos reinos. La tribu Beni-Mequineza se subleva en Fez, en Tremecén otras; pónese al frente un Morabito, y los Edrisitas tienen que cederle aquella ciudad para pelear con los Beni-Mequineza, á quienes no pueden vencer. Fez queda desgarrado; Tremecén forma un Reino independiente; los Beni-Mequineza constituyen otro en Sidda, cuyo nombre cambian en el de Mequinez, en honra del apellido de su tribu.

Al mismo tiempo un aventurero llamado Obeydalla ó Ali-Mahadí, verdadero ó supuesto descendiente de Fátima, la hija del Profeta, apa-

1 Cabanilles: *Historia de España.*

rece en el África oriental, junta prosélitos, y derrota á los Aghlabitas; mientras su General, Muza-ben-Alí-Afiya vence á los Edrisitas, apoderándose del reino de Fez y luego de la capital.

Aún se mantenía la costa mediterránea á la devoción de los Edrisitas; pero Muza con su ejército, en breve tiempo, hace suyas las plazas de Arcilla y Tánger.

Sometido completamente el reino de Fez, creyóse Muza por un momento con fuerzas bastantes para erigirse en Soberano; mas temiendo luego no poder resistir á Meysur, General fatimita, enviado contra él; rehuye su encuentro, internándose en las provincias meridionales, donde perdió la vida á manos de los indígenas.

Divididos los Fatimitas, los Edrisitas á las órdenes de Al-Kassim, abren la campaña, reconquistan en breve el reino entero, á excepción de la capital, que permaneció obediente á la nueva dinastía.

Muere Al-Kassim y deja la corona á su hijo Abul-Ayx; sus enemigos se rehacen, le asedian por todas partes; acude al Califa de Córdoba, ofreciéndole tributo si le sostenía en el trono de sus mayores. El que fundó Abderrhamán I, había sido ocupado succesivamente por Hixem en 788, por Al-Hakén en 795; por Abderrhamán II en 822; por Mahomat en 852; por Al-Munda en 886; por Abdala en 888, y por el magnífico Abderrhamán III, Anasir Ledinala (defensor de la ley de Dios) que había elevado el califato de Córdoba al apogeo de su esplendor y grandeza, en 911 á 912.

Desde el principio observaba Abderrhamán á los Fatimitas con recelo; mayor, cuando les vió extenderse progresivamente por toda el África, y penetrar por fin en el Mogreb. El título de Emir-el-Mumenin (el Miramamolin) ó *Jefe de los creyentes* que usaba y que se apropiaba tambien el Califa fatimita, convirtió su recelo en odio manifiesto.

Innecesario es encarecer con qué satisfacción acogió la demanda del Edrisita; pero prudente ó ambicioso, exigió que le entregase á Ceuta y á Tánger; y negándose Abul-Ayx, declaróle la guerra, y envió un ejército que puso en trances al desgraciado Rey, de entregar las plazas exigidas. Abderrhamán, sin embargo, siguió apoderándose del reino de su aliado, so color de conservárselo contra los Fatimitas, á los que venció en diferentes encuentros, expulsándolos por fin del reino de Fez. Abul-Ayx, sin fuerzas para romper el yugo, y sin resignación para sufrirlo, pidió á Abderrhamán licencia para pelear contra los Cristianos de España, donde murió á poco tiempo en una algara.

Quedaron, pues, frente á frente el Califa español y el Califa africa-

no. Organiza éste una flota numerosa, y aliado con los Sarracenos de Sicilia, bloquea todos los puertos españoles. Abderrhamán reune sus fuerzas para reprimir la insolencia de los Fatimitas, y nombra General de una poderosa armada al Haghib Ahmed-ben-Said.

Desembarca en Orán, conquista los pueblos de la costa y sitia á Túnez. Los Zenetes, tribus feroces, se unen á los invasores, derrotan en repetidos encuentros á los Fatimitas, que se guarecen tras los muros de Cairován; mientras Túnez se entrega á discreción y es saqueada. Tanta presa hubo, que todos los soldados quedaron ricos, y los presentes de Ahmed al Califa fueron de tal valor, que sobrepuja á la fábula lo que las historias relatan.

Los Fatimitas esperaron pacientemente ocasión propicia de desquitarse. En el momento en que Abderrhamán disminuyó su ejército de África para atender á las necesidades de España; Moez-ben-Ismail, cuarto Califa fatimita [1], envia á su General Gehvar ó Djeverel el Rumí con 20.000 caballos á que se apodere del Mogreb.

El Valí de Abderrhamán Yalí-ben-Mohamad-al-Yefruní, con las pocas fuerzas españolas que le quedaban y las tribus Zenetas y Masamudas, le presenta batalla, y junto á Tremecén es derrotado y muerto. Gehvar toma á Sigilmesa, después en el 960 á Fez, y por último se apodera de todo el Mogreb cordobés, excepto Tánger, Ceuta y Tremecén.

Grandemente despechado el Emir-el-Mumenin Abderrhamán, con el revés sufrido, envía nuevas tropas que recobran á Fez por asalto; el Mogreb se somete de nuevo á su yugo, y por un tratado reune al califato de Córdoba el de Fez, y reconoce en los Fatimitas el de Cairován.

Lleno de años y gloria muere Abderrhamán y succédele su hijo Al-Hakén II, que encarga el gobierno del Mogreb á Al-Hassán, único descendiente de los Edrisitas despojados por su padre. En 968 se rebela Balkín-ben-Zeirí, Xeque de los Zanayas. Acude Al-Hassán á apaciguar la rebelión y es derrotado [2]; pero hombre astuto y prudente el Zeirí, comprendió, que á pesar de aquel triunfo casual, no podía luchar contra la potencia de los Califas cordobeses. Trató, pues, de lograr con artes y aliados lo que no podía solo y á fuerza abierta; y como no se le ocultaba

[1] Moad-ben-Ismail, le llaman algunos.

[2] Lafuente escribe que, Balkín-Ben-Zeirí, era General del Califa fatimita Moad-ben-Ismail.

que Al-Hassán, de la estirpe de los Califas de Fez, con trabajo se resignaría á ser un lugarteniente del de Córdoba; al propio tiempo que halagó su ambición, le ofreció su apoyo; en términos que, seducido el vencedor, enarboló el estandarte de independencia, traicionando la confianza é ingrato á los beneficios de Al-Hakén.

Envía éste á Ghiafar con nuevas tropas, que triunfan de los insurrectos; pero los Zenetes se pasan, y abandonado de las tropas, tiene que volver á Andalucía sin ejército.

Al-Hakén manda á uno de sus mejores Generales, Mohamed-ben-Alkassim, atácale Al-Hassán y es derrotado y muerto el Cordobés. Triunfan los Edrisitas, todas las ciudades les abren sus puertas, menos Tánger y Ceuta, cuya fidelidad al Califa es inquebrantable.

Al-Hakén encarga nueva expedición al astuto Al-Galib, quien da treguas á la espada y combate con el oro. Comprados la mayor parte de los Xeques edrisitas, derrota al resto; huye Balkín-ben-Zeirí al desierto; refúgiase Al-Hassán en la Peña de las Águilas; capitula, y es llevado á Córdoba, donde el generoso Al-Hakén le trata como huésped, no como prisionero. Sigue Al-Galib el curso de sus conquistas; toma á Fez, y en el 974 se embarca en Ceuta para Algeciras.

El Califa Moez, cuando por el tratado con Abderrhamán perdió la esperanza de enseñorearse del Mogreb, atacó á los Califas de Bagdad, conquistó el Egipto y la Siria, y estableció un nuevo Califato en el Cairo.

A Moez volvía los ojos Al-Hassán, siempre suspirando por recobrar su perdida grandeza, sin que hiciese mella en su corazón la generosidad de los Ommiadas, y quizá irritándole más el apetito, el espectáculo de aquella corte, centro de la magnificencia musulmana. Así fué que en el 975, obtenida licencia de Al-Hakén para marchar á Túnez, se embarca en Almería colmado de regalos; llega á Túnez, sigue á Egipto, habla con el Califa, vuelve á Berbería, y en el siguiente año se proclama de nuevo Señor de todo el Mogreb.

Para desgracia suya, había fallecido en tanto el magnánimo Al-Hakén y reinaba Hixén, y en su nombre el terrible Almanzor, quien á la primera noticia envía á su hermano Abu-al-Hakén-Omer-ben-Abdallah, que es batido y bloqueado en Ceuta.

Apresta entonces Almanzor un poderoso ejército; nombra para comandarlo á su hijo, el valiente Abd-al-Malik. Atérrase el Edrisita, y sin combatir ofrece someterse, y bajo seguro pasar á Córdoba á disposición de Hixén. Acepta Abd-al-Malik, y llévalo preso. En el camino, mensa-

jeros de Almanzor traen la terrible orden de muerte, y en el acto decapita á Al-Hassam-ben-Kemiz[1].

Cuentan los Árabes que en el momento en que caía su cabeza, un torbellino le arrancó el albornoz de los hombros, sin que nunca haya podido encontrarse; suceso que miran como sobrenatural y milagroso[2]. La dinastía, como el albornoz del último de los Edrisitas, desapareció para siemprc en el año 984.

Al volverse á Córdoba Abd-al-Malik con el desventurado Al-Hassán, dejó por Emir de Fez á Zeirí-ben-Atu, quien combatiendo contra los succesores de Balkín-ben-Zeirí, sujetó á su imperio todo el Mogreb, arrojando al Egipto los últimos restos de los Fatimitas. Entonces, como Al-Hassán, se declara independiente de los Ommiadas[3], y como Al-Hassán fué por ellos vencido; pero, generosos, no le despojaron del gobierno ni á sus succesores, que continuaron después incontrastables en su fidelidad á los Califas españoles.

Revueltas, luchas intestinas, prolongadas guerras, hoy triunfantes los que mañana decapitados; tal es el cuadro que presentó el Mogreb desde que los Omeyas, obligados á concentrar sus fuerzas para defenderse en la Península, no pudieron atender á las cosas de África.

En tal estado de anarquía y discordia; siempre combatidos los Zeiritas, nunca completamente vencidos, nunca definitivamente vencedores; concluyó su dinastía el año 1070, con Temín, muerto á manos de los Almoravides.

1 Alhassam-ben-Kenuz le llama D. Modesto Lafuente en su *Historia general de España.*

2 *Histoire de l'Algerie,* por la Condesa Orohojowska.

3 Niéganlo otros Autores, que aseguran que Zeyrí siempre se reconoció dependiente.

CAPÍTULO III.

Los Almoravides.—Fundación de Marruecos.—Yusuf-ben-Texefín se apodera de Ceuta y Tánger.—Pasa á España.—Prende al Rey de Granada y al Gobernador de Málaga.—Su General Sir-ben-Bekir se apodera de Sevilla.—Le succede su hijo Alí.—Batalla de Uclés.—Los Portugueses atacan á Ceuta.

En los confines del Sahara existía la tribu de Gudala, feroz, ignorante, sin agricultura, sin artes, sin ciencia, sin letras, sin más religión que una estúpida idolatría. Invitado por un peregrino fué allí Abdalla-ben-Yafín, docto Africano, perito en el corán y enseñado en las escuelas de Córdoba.

Pronto mandó á la tribu, hizo guerra á la de Lamtuna, venciòla, y al poco tiempo influía igualmente sobre ambas. A la fama de sus conquistas, de todos puntos del África acudían Musulmanes á alistarse en sus banderas. El valor y la fé religiosa eran sus cualidades distintivas, y por ello Abdalla llamó á sus partidarios Moravitines *(Voluntarios de Dios)*, nombre que, corrompido por los Historiadores, cambióse en el de Almoravides.

Aquellas turbas feroces y fanáticas se adelantaron hacia el Occidente, confiando Abdalla su mando á Abu-Zakaria, Jefe de la tribu de Lamtuna, y por muerte de éste, á su hermano Abu-Beker.

En una refriega murió Abdalla: Abu-Beker siguió la conquista, fundó á Marruecos, y marchó á sosegar unos disturbios ocurridos entre las dos tribus matrices, dejando por Lugarteniente á su primo Yusuf-ben-Texefín.

Era Yusuf de ánimo levantado, valiente en las lides, austero en sus costumbres, justo con todos. Aumentó el ejército, adquirió la realeza por renuncia de Abu-Beker, sojuzgó á todos los belicosos pueblos del Mogreb, y pronto los Reinos de Fez y de Marruecos le obedecieron como único Señor.

Faltábanle empero Tánger y Ceuta, ciudades fortísimas del Estrecho. Bien que le solicitase Alfonso VI de Castilla, á ruegos de su suegro el Rey moro de Sevilla que, con la ayuda del Africano, pensaba agregar

á sus dominios los de los Reyezuelos colindantes; bien á instancias de todos para que les auxiliase en la guerra santa que iban á declarar al Monarca leonés, fué Yusuf llamado á España. Placióle, con tal de que le ayudasen á conquistar á Ceuta y Tánger, que le aseguraban la retirada. El Rey moro de Sevilla convino, y Yusuf sitió á Tánger. Los defensores hicieron una salida con más ardimiento que fortuna, y la ciudad cayó en poder de los Almoravides. Para evitar mayores males, capitularon los de Ceuta al poco tiempo. Yusuf, que estaba ya á las puertas de la Península, entró por fin en ella en 1086; venció en Zalaca á los Cristianos; pero la muerte de su hijo llamóle al África, donde meditó la ruina de los Muslimes peninsulares.

Después de varias invasiones, como auxiliar, hízola como conquistador llevando ejército poderosísimo: prendió al Rey de Granada y al Gobernador de Málaga, y volvió á su reino encomendando á su General Sir-ben-Beker el ejército que desde Ceuta reforzaba diariamente con los feroces Bereberes, á quienes el celo religioso, el ansia de nuevas conquistas y el amor al pillaje, traían desde los confines del desierto.

El Rey de Sevilla osa resistir al General de los Almoravides; pierde el reino, y por capitulación marcha al Africa á morir de pesadumbre y de miseria, hondamente gimiendo por el apacible Guadalquivir.

Casi todos los Reyes moros de la Península habían sido despojados por los Almoravides á la muerte de Yusuf, que designó por succesor á su hijo Alí-Abul-Hassán, nacido en Ceuta de una cristiana cautiva.

Apenas en el trono, el joven Rey pasa á España, recibe el juramento de obediencia de los Jefes almoravides y confía las tropas á su hermano mayor Temín, que gana la batalla de Uclés ó de los siete Condes, con muerte del tierno Infante D. Sancho.

Reinaba entonces en Portugal Alfonso I, y las conquistas de Santarem, Cintra y Lisboa sobre los Mahometanos, diéronle alientos para atacarlos en sus propias tierras. D. Fuas Rufinho, con una poderosa armada, invade la patria de Alí: Ceuta se defiende valerosamente; muere Don Fuas, cunde en sus soldados el desaliento, abandonan la empresa y vuelven maltratados á Lisboa.

Sin embargo, Alí-Abul-Hassán sostenía ya trabajosamente la gloria de su linaje. Era destino de los Árabes que nuevas razas, con su barbarie primitiva, triunfasen de las que se ostentaban cultas. Comenzaba á palidecer la estrella de los Almoravides, asomando ya por el Mediodía los feroces Almohades.

CAPÍTULO IV.

Principio de los Almohades.—Mohamad-Abu-Abdilla.—Muerte de Alí.—Coronación y muerte de Taxfín.—Abdol-Mumén se apodera de las costas.—Expulsa á los Almoravides de España.—Conquista todo el Mogreb.—Batalla de Alarcos.—Batalla de las Navas.—Reinado de Almamón.—Rebelión de los Benimerines.—Destronamiento de Abu-Hafí.—Muerte de Edris.—Abu-Dabbus.—Fin de la dinastía de los Almohades.—Expedición de San Luis á Túnez.

Un Africano de la tribu de Herga, Mohamad-Abu-Abdilla el Mehedí ó Mahdi (Director), comparece en Bagdad enseñando una nueva doctrina contenida en el libro de Abu-Amid, libro declarado herético, y como tal, quemado públicamente en el *soco* de Córdoba. Pasa á Mehedía, predica contra los vicios y desafueros de los Almoravides; temen éstos que, según acontece casi siempre, la predicación de reformas sea el primer paso para la rebelión; tratan de prenderlo, y avisado el Mehedí á tiempo, huye á Bugía. Perseguido, se esconde en Melilla, pasa al Africa Oriental, reune prosélitos, alza bandera contra Alí y ayudado por las tribus de los Masamudas, derrota en repetidos encuentros á los Almoravides.

Creyéndose bastante fuerte, descuélgase de sus riscos, baja á la llanura, desafía de poder á poder á sus enemigos, dispersa dos ejércitos y sitia á Marruecos. Por fortuna de Alí, se encontraba con él un Moro andaluz, ó según otros, y el apellido abona esta opinión, un Caballero catalán, por nombre Revertér, que le aconsejó variar la táctica y reformar las armas de sus tropas. Trábase á los pocos días una batalla campal, y el ejército almohade queda destruido. Con los fugitivos llega la noticia á Mohamad, que ansioso pregunta si se había salvado su General Abdol-Mumen, y al saberlo «nuestro Imperio aún existe,» dice gozoso: consideraba que nada había perdido, aunque había perdido todo su ejército.

Encastillado en las asperezas de donde había salido, las fortifica de nuevo, y pronto reune á sus dispersos partidarios, que se aumentan con incesantes refuerzos; rechaza varias veces á los Almoravides, y arrollándolos en todas partes, avanza de nuevo hacia Marruecos, y aun-

que no puede tomarlo, domina en aquel extenso territorio. Enfermo, vuélvese á sus montañas, reune á los principales de su corte en la mezquita, les dice que va á descansar eternamente, entrega su libro de oraciones al General Abdol-Mumén y muere en 1130, dejando fundada la dinastía de los Muahedim *(Almohades* ó *Unitarios)*, que proclaman succesor al intrépido Abdol-Mumén.

Alí, el gran Jefe de los Almoravides, consumido por la tristeza, llama á su hijo Taxfín que peleaba en la Península, quien con la ufanía de la juventud y de las victorias adquiridas, ataca á Abdol-Mumén, le acorrala en las sierras de Tremecén, trata de forzar aquellas formidables posiciones y pierde su ejército en el asalto. Muere Alí y ocupa el trono Taxfín: indomable su espíritu, no desmaya, crea recursos, junta nuevas fuerzas, ataca otra vez á Abdol-Mumén, y otra vez queda derrotado. La acción es decisiva, acabó en ella el imperio de los Almoravides: Taxfín huye á uña de caballo, refúgiase en Tremecén, lo sitia el Almohade; pero cansado de la resistencia, levanta el campo y pónese sobre Orán ó Guarán, donde custodiaba Taxfín sus mujeres y sus tesoros. Temeroso de perderlos, el valiente Almoravid rompe las líneas de los Almohades, entra en la plaza y defiéndela reciamente. Prolongándose el sitio, falto de recursos para levantarlo y no queriendo caer en manos del vencedor, una noche obscura salva el campo enemigo en busca de las naves que para refugiarse en España tenía de largo tiempo prevenidas en Mazalalquibir, resbala su mula y rueda hasta el fondo de un precipicio, donde encontraron al siguiente día su destrozado cadáver. Poco tiempo después el sitiador penetra á viva fuerza en la ciudad y pasa por la espada á sus defensores.

No reposa un instante Abdol-Mumén; por la violencia ó por la astucia se apodera de todas las costas de la Mauritania, la guerra es de exterminio: el Almohade triunfa de todos sus adversarios; rinde las plazas del Estrecho, entra en Túnez por capitulación [1], se apodera de Sifakis,

[1] Las condiciones fueron, segun el historiador árabe *et Tidjani*: 1.º Entregar al vencedor la mitad de sus bienes inmuebles los habitantes de Túnez, y la mitad de los muebles, los de los pueblecillos de los alrededores: 2.º destierro á Bugía del Gobernador de la ciudad Alí-ben-Ahmed-Ebu-Khorassán.

Forzó á los Cristianos y Judíos á abrazar la religión mahometana, degollando á los que se negaron.

Habiendo jurado pasar á cuchillo á cuantos Tunecies encontrase al apoderarse de la ciudad, para no faltar á su juramento ni á la capitulación, mandó que el día de su entrada se encerrasen los habitantes en sus casas; obedecieron, excepto un viejecito que quedó en la calle, y que en cumplimiento de su voto mató Abdol-Mumén en el acto.

Mehedía y Bona, que obedecían á los Cristianos de Sicilia; de Mers-al-kevir, Tremecén, Medina, Alghezair (Argel), Bugía y Constantina, y por traición, de Fez en el año 1145. En 1149 sublévase Ceuta, y comprime rápidamente á los sublevados, demuele la población, y destierra perpetuamente á los más distinguidos ciudadanos. Envía á sus Generales á España, que vencen á los Almoravides y los persiguen sin descanso, hasta que las miserables reliquias de aquellos terribles conquistadores evacuan la Península con rumbo á Mallorca. Sigue su triunfal camino: Marruecos le abre sus puertas en 1554 y decapita al hijo de Texfín, Abu-Ysach.

Libre de sus enemigos en África, revuelve contra la Península, donde el Emperador Alfonso el VII de Castilla, había adelantado en gran manera la reconquista. Repugnaban los Bereberes nuevas empresas, cansados de tanto combate; pero frustrada en 1161 una conjura para impedirlo, pasa Abdol-Mumén á España, entrando por Ghebal Tharic; pelea por medio de sus Generales, vuélvese al África, prepara una expedición de 500.000 combatientes, y cuando aquel hombre tenía sojuzgada ya en su pensamiento la redondez de la tierra, muere, sucediéndole, con agravio del primogénito, su hijo predilecto Yusef-Abu-Yacub. Sosegadas las divisiones intestinas, sitia Yacub á Lisboa, y es herido de muerte, dejando por heredero á su hijo Abu-Yusuf-Yacub-Almanzor, que teniendo el puente de Ceuta y Gibraltar (*transductiva promontoria*, ó montes del Pasaje, como les llaman nuestras crónicas), inunda la Península con su ejército, abriéndose las hostilidades con una crueldad espantosa: «furia por furia; llama por llama; ruina por ruina.» El 18 de Julio de 1195 [1], chocaron, por fin, de poder á poder, Alfonso VIII y el Almohade, y bajo de los cadáveres de los Fieles muertos en aquella tristísima jornada, desaparecieron los campos de Alarcos.

Después de Yacub-Almanzor, reinó Mohammad-al-Nasir ó Mahomad el Verde, que pasó á España con más de medio millón de soldados, y que, vencido en la batalla de las Navas, en aquella batalla en que «sólo la muerte hacía cautivos,» tornó al África á morir de pesadumbre.

Algunos años pasaron [2] en que las ambiciones de los Almohades es-

1 El 19, según otros: seguimos al Marqués de Mondexar en su *Crónica del Rey D. Alonso el Noble*.

2 En el año 1200, según algunos, D. Sancho, Rey de Navarra, emprendió una expedición al África, y aliado con el Rey de Tremecén, marchó sobre Túnez. No tiene esto fundamento sólido: Mariana dice que la ida de D. Sancho fué para pedir el auxilio del Sultán Ben-Yusef contra Castilla y Aragón.

grimieron las armas contra sí mismos, hasta que los Xeques proclamaron por Rey al Gobernador de Sevilla, conocido entre los Cristianos por Almemún ó Almamón *(el que confía en Dios)*, que, llevado de su deseo de reformas, hízose aborrecible á su pueblo, bien hallado con las antiguas costumbres.

Corría el año 1231, cuando su hermano Abu-Muza se subleva en Ceuta; diríjese allí Almamón; sabe en el camino que algunas tribus se habían levantado en tierra de Mequinéz, acude presuroso, sofoca la rebelión, y sitia á Ceuta; pero socorrida por el Xeque español Aben-Hud, que también se había declarado contra Almamón, tiene que levantar el cerco para combatir con Yahya, su rival, que marchaba contra Marruecos. Antes de llegar, le arrebató la vida súbita enfermedad, ó profunda tristeza, al convencerse de que llegaba á su término el imperio de los Almohades. Y así era: en España Mohammad-ben-Hud y el Santo Rey Fernando, les desposeyeron de cuanto dominaban: en África, el Mogreb-al-Aula rebelado; el Mogreb-al-Vasat, separado del Imperio por la traición del Gobernador Abu-Mohammad-Ybu; Tremecén en poder de las tribus de Beni-Zeyán; los Benimerines, de la poderosísima de los Zenetes, adquiriendo en las regiones de Zab una pujanza que les hacía considerarse como independientes; todo iba minando el poderío de los terribles *Unitarios*. Los Benimerines, por fin, se declaran en abierta rebelión, apoderándose de Fez, y el Mogreb queda dividido en dos reinos. El ambicioso Edris-Abú-Dabbus[1] se concierta con los rebeldes, ofreciéndoles acrecentamiento de territorio, si le hacían dueño de Marruecos, donde á la sazón reinaba su hermano Abú-Hafí[2]. Aceptan los Benimerines, derrotan al Almohade; el usurpador entra en Marruecos, niégales las tierras acordadas, le declaran la guerra y muere á sus manos, concluyendo en él su dinastía; que raras veces se goza largo tiempo el fruto de la iniquidad.

Por este tiempo, Omar, Rey de Túnez, mantenía secretas correspondencias con el de Francia; según se creía, para conseguir ventajas comerciales. Astuto, y enterado del ardiente celo por la religión, que tenía el Santo Rey Luis, pensó que las lograría mayores, indicándole que abrazaría, quizá, la religión cristiana, si podía hacerlo sin arriesgar corona y vida. Deseoso San Luis de que, si eran verdaderos sus propósitos, seguro con la protección de las armas francesas pudiera convertirse; aje-

1 Budebusio, según Mariana.
2 Almorcanda, según el mismo.

no á todo temor, y pensando que si le engañaba tendría justo motivo para la guerra, y tomado Túnez, riquezas para proseguir la empresa de la tierra santa, objeto de sus más ardientes deseos; juntó un numeroso ejército, y á fines de Marzo de 1270 desembarcó á tres leguas de la ciudad y envió cartas á Omar, recordándole su promesa de recibir el bautismo.

No creyó nunca el Africano que su oferta se hubiese tomado tan por lo serio, ni que el poderoso Rey de Francia viniese en persona á reclamarle el cumplimiento. Pero la suerte estaba echada: no pudiendo eludir su oferta, negóse resueltamente á cumplirla.

«Decid á vuestro Rey, contestó á los mensajeros, que no tardaré en ir á que me bautice, al frente de 100.000 hombres.» Su intención no era equívoca, y las hostilidades comenzaron. Atacóse el puerto, y el puerto fué tomado con el fuerte que lo defendía; pero tan numerosa era la guarnición de Túnez, que creyóse imposible reducirla, si no por hambre. Los sitiadores, para ello, devastaron las inmediaciones de la plaza; mas aprovisionada de antemano, esta medida sólo produjo la carestía entre los sitiadores. Las enfermedades por el clima y las exhalaciones mefíticas de la laguna, que se extendía por un lado hasta los muros de la capital, empezaron á ejercer su maligno influjo: la mitad del ejército se hallaba enfermo. Decampó, y situóse en las inmediaciones de Cartago, en busca de aire respirable. Los expedicionarios asaltaron una fortaleza en que se decía haber abundosos víveres, pero nada encontraron. Enjambres de Alárabes los cercaban, les hostigaban sin descanso, huían, se dispersaban al ser acometidos, y volvían á aparecer, sin permitirles tregua ni reposo. Exhaustos los soldados por la fatiga, por la falta de buenos alimentos, por el insufrible calor y la carencia de medicinas; apenas podían resistir el peso de las armas. Agregábase á esto el temor creciente de ver desembocar á lo mejor el inmenso ejército egipcio que el Sultán Bondochard había ofrecido al Tunecí.

Sin tranquilidad el espíritu, sin descanso el cuerpo, se declaró la peste con tal furia, que en un mes quedó reducido el ejército á la mitad. Limitóse entonces á encerrarse en sus atrincheramientos y repeler las acometidas de los Moros. Sólo una esperanza lejana mantenía al resto de los Cruzados: el socorro de Carlos de Sicilia, hermano de Luis el Santo.

Pero el contagio cunde: el Legado del Papa, los más valientes Capitanes, el Príncipe Tristán, mueren; el mismo Rey vése atacado con irresistible violencia. El 22 de Agosto reune á su alrededor á su familia; exhorta á su hijo Felipe, también enfermo; le bendice tiernamente, y espira.

Resuenan los sollozos en el campamento; la fortaleza y el consuelo

de todos los Franceses han muerto con su Rey. Súbito, las brisas de la marina traen los sonidos de músicas alegres y entusiastas aclamaciones, cuájase el mar de naves; el pabellón siciliano cubre majestuoso las tranquilas ondas; pero nadie responde al grito de alegría con otro grito de alegría. Alármase Carlos; hiende las olas con su esquife; salta á tierra; sorprendido, nota la consternación en todos los semblantes, las lágrimas en todos los ojos, y como adivinando la terrible desgracia, corre desalado á la tienda Real. Sobre el fúnebre lecho reposaba, con las facciones tranquilas, resignadas, divinizadas por la muerte, el cadáver del Rey.

Arrójase sobre aquellos restos inanimados, que estrecha entre sus brazos; rompe el angustioso pecho en acerbas lágrimas, y con él llora el campamento; porque aquellos guerreros habían perdido un hermano, un padre, un Rey justo, un valeroso Capitán. Satisfecho el debido tributo del fraterno dolor, Carlos toma el mando; provoca una batalla; vence; aprovecha la ocasión oportuna para volver á Francia, y entra en negociaciones con Omar. No las deseaba menos el Tunecí, y pronto se concertaron: franco el puerto de Túnez, exentas de impuestos las mercancías, libres los Franceses cautivos, licencia para construir Iglesias, facultad en los Musulmanes de convertirse, sin ser perseguidos; 200.000 onzas de oro para indemnizar á los Señores franceses, y un tributo durante los diez años de tregua en que convinieron.

Murmuran los soldados, porque no se pactaba el saqueo de Túnez, que no habían tomado; pero se embarcan, y pronto con el inmediato peligro olvidaron sus quejas.

Un deshecho temporal saltea á la flota en la rada de Trápani; 18 buques de alto bordo é infinidad de vasos menores se traga el mar, y con ellos 4.000 hombres que ya tocaban al ansiado puerto.

El nuevo Rey Felipe el Hermoso, convaleciente aún, deticnese en Sicilia; muere á los quince días Teobaldo, Rey de Navarra, enfermo desde Túnez, y síguele su mujer y compañera en la expedición. Isabel de Aragón, la esposa de Felipe, en uno de sus paseos, cae del caballo y fallece. Alfonso, Conde de Tolosa, tío del Rey, y su esposa Doña Juana, mueren también. Felipe entra en Francia con los restos mortales de su padre, de su esposa, de su hermano, de su cuñado, de sus tios. Agólpase el pueblo; llora á su buen Rey, muerto en defensa de la fé, y recordando sus virtudes, aclámanle Santo, y poco después el mundo católico le venera en los altares.

Tal fué el fin de la famosa expedición francesa contra Túnez en el año de 1270.

CAPÍTULO V.

Los Benimerines.—Abu-Yusuf-Yacub pasa á España llamado por el Rey de Granada.—Se alía con Alfonso, Rey de Castilla.—Pedro III de Aragón repone en el trono al Rey de Túnez.—Expedición á Acoll.—Descripción de los Xerves y su conquista.—Sucede á Yusuf-Yacub, Abu-Yacub. — Mohammad III toma á Ceuta.— Solimán la recobra. —Rebeliones en los Xerves.—Abu-Said toma á Gibraltar.—Derrota y muerte del Almirante Don Jofre Tenorio.—Derrota de Abul-Hacén.—Succédele Abu-Yunán.—Anarquía á su muerte.—Estado de la España cristiana.

Mandaba en esta sazón á los Benimerines Abu-Yusuf, que, después de prolongadas campañas, quedó tranquilo poseedor del Mogreb, confirmándole el pueblo el título de Príncipe de los Muslimes con que se decoraba.

Como á los Almohades, sucedió á los Benimerines: Al-Hamar, Rey de Granada, les llamó en su auxilio en 1272, impidiéndole la muerte ver el funesto resultado de su imprudencia. Abu-Yusuf no se detuvo un punto: asegurado el paso de su ejército por la vanguardia, que se apoderó de Algeciras y Tarifa, cubrió el mar con sus buques, y las playas españolas con innumerable hueste.

Al poco tiempo se declaró contrario del Rey de Granada; alióse con Alfonso; le auxilió en la guerra contra su hijo D. Sancho, y rechazados ambos de Córdoba, repasó el Estrecho desembarcando en Tánger.

La clara inteligencia y el indisputable valor de Abu-Yusuf-Yacub empleado contra los Musulmanes de la Península, sólo sirvió para acelerar la ruina de la dominación del Islam. Debilitados los Reyes moros, teniendo que gastar sus fuerzas en resistir á los mismos que debieran defenderlos, dejaban ancho vagar á la reconstrucción y acrecentamiento de las monarquías cristianas.

Los Reyes de Aragón que habían expulsado de su territorio á los Infieles, se alzaban animosos, y no teniendo enemigos en su país, llevaban el terror de sus armas á los extraños.

Los Reyes de Túnez y Tremecén se les habían declarado tributarios [1];

[1] Así lo dice Zurita.

mas como se negasen después á cumplirlo, llevólo ásperamente D. Pedro III, Príncipe de ánimo esforzado, y en 1279 envió al Almirante Conrado de Lanza, con diez galeras á correr las costas de ambos reinos y á reponer al mismo tiempo en el de Túnez, á Mirabusach, que le había pedido auxilio contra su hermano, usurpador de la corona.

Mirabusach fué repuesto, y en la torre principal de Túnez enarbolado el estandarte Real de Aragón, que para que no se humillase, mandó Conrado que se izara por el muro, sin entrarlo por ninguna puerta de la ciudad. Siguió la expedición con sólo cuatro galeras, saqueando las costas de Tremecén, y fué acometida por diez berberiscas; pero tan buena maña se dió el Aragonés, que las cautivó tras recio combate.

El desposeido Rey de Túnez se alzó con Bugía y Constantina, y á su muerte, acontecida en breve, dejó una ciudad á cada uno de sus hijos. El hermano menor, Boquerón, sospechando que el mayor quería usurparle á Constantina, púsose bajo el amparo del Rey D. Pedro en 1281, ofreciéndole convertirse y entregarle la ciudad si se obligaba á defenderla. Holgóse el Rey, y juntando poderosa armada, con el principal objeto de hacer valer sus derechos sobre Sicilia, publicó, para ocultarlo, su marcha á Acoll, puerto de Constantina, en socorro de Boquerón. En 3 de Junio de 1282 levó anclas y tomó tierra en Acoll, donde supo que Boquerón, abandonado por sus vasallos al saber los tratos que llevaba con el Aragonés, había sido muerto por su hermano. Falta de motivo, aun aparente, la expedición; sostenidas algunas escaramuzas, y con buen golpe de botín y de ganado, reembarcóse, y á los pocos días marchó la vuelta de Sicilia.

Hallábase entonces en aguas de Nápoles el temido Almirante de la escuadra aragonesa Roger de Lauria, *Capitán sin segundo* [1], quien, después de prósperos sucesos en la Calabria y la Basilicata, enderezó la proa hacia África, y en la noche del 12 de Setiembre de 1285 desembarcó en los Xerves ó Gelves. Llamábase la isla en lo antiguo, Menihx; por Ptolomeo, Lotofágine; por los Moros, Zerví ó Gerbech. Está situada frente de Sicilia, á unas 100 leguas al Occidente de Trípoli, y tan allegada á tierra firme, que el estrechísimo canal que la separa se cruza por medio de un puente. Es la isla más importante de toda esta parte de África, de terreno bajo, arenoso y flojo para granos, penosa de agua, con bosques de palmeras y olivos; faltábanle pueblos, por vivir los moradores derramados por las alquerías, y el Xeque en un castillo á la parte de la marina.

1 Mariana, *Historia de España*.

Estacionóse el Almirante Roger en el canal con algunas galeras, á fin de impedir la fuga y el socorro. Saltó la gente á tierra; saqueóla, y muertos muchos, cautivos más, y desbandado y oculto en las fragosidades de los montes el resto; labró en el canal un castillo convenientemente presidiado. Apoderóse también de los Querquenes [1], otra isla que está no muy lejos, poco arredrada de tierra firme, delante de los Sfakes (Esfakos ó Alfaques), con tan grandes corrientes, que por maravilla pueden llegarse bajeles de remo, y tomó posesión de ambas en nombre del Rey D. Pedro, que se las donó para él y para todos sus succesores.

Tal fué el comienzo de la reconquista de nuestras posesiones en África, debida á la preponderancia de la marina catalana sobre todas las conocidas, y al valor de aquellos fuertes Almogávares, que á la voz de *desperta ferro* asombraron al mundo con sus heróicos hechos. Para colmo de fortuna, el Rey de Túnez fué preso en una emboscada y llevado á Sicilia por Roger de Lauria, que en 1289 repitió su invasión en Berbería, y combatiendo á Tolometa, la entró á saco, volviendo cargado de despojos.

Por fin, Abu-Yusuf-Yacub, reconociendo su errada conducta, y lleno de remordimientos, pensó en reconciliar á los Moros, y al tornar á Ghezira-Aladra, para interponer su influencia y aconsejar la paz á los Gobernadores de Málaga, Guádix y comarcanos Reyezuelos, le salteó la muerte.

Corónase su hijo Abu-Yacub, y olvidando los consejos de su padre, torna al África para reunir tropas con que castigar la que estimaba des-

1 Aunque Zurita no lo dice terminantemente, se infiere que debió ser ganada en esta ocasión; porque ni antes los Aragoneses habían intentado ninguna empresa contra los Xerves, de cuya isla es dependencia la de los Querquenes; ni hasta el año 1313 tenemos noticia de otra que de la de Roger de Lauria, hijo del Gran Almirante. Rebelados los Xerves en dicho año 1313, D. Fadrique, Rey de Sicilia, se concertó con los tutores de Rogerón de Lauria, nieto de aquél, en socorrerlo, con tal de que los gastos que se hicieren en la defensa y sustentación de las islas, se pagasen de las rentas de los Xerves y *de los Querquenes*, que eran también de Rogerón. Además Luis del Mármol dice: que los Querquenes siempre siguieron la fortuna de los Xerves. Ambas islas habían pertenecido á la corona de Sicilia. Sitiado en 1134 el Zeyrita Hacén en Mehedia, por el Príncipe soberano de Bugia, Yahya-ben-el-Asis-el Hamadí pidió socorro á Roger, Rey de Sicilia, con quien mantenia benévolas relaciones con motivo de haber puesto en libertad á unos soldados sicilianos cautivados en Kasar-Dimas. Auxilióle Roger, obligando á Yahya á levantar el sitio, pero hízose pagar caro el socorro, apoderándose entonces de los Xerves; en 1142 de Gigel y de los Querquenes, y cuatro ó cinco años despues de Mehedia, Zuila, los Esfakos, Sus, Gafsa y otros pueblos ribereños.

lealtad de Mohammad, Rey de Granada; pero la escuadra de D. Sancho el Bravo, en 1292, incendia la suya en la bahía de Tánger, impidiéndole su vuelta á España. Grandes victorias consiguió en África; opúsosele Tremccén, que tuvo sitiada catorce años, y cuando se lisonjeaba de su próxima rendición, fué muerto alevosamente en 1307 por un eunuco, dejando en sucesor á su nieto Abu-Thabet.

Los Reyes de Castilla y los de Granada, ya suspendían las hostilidades con frecuencia, y hasta formaban alianzas para contrastar á los feroces Africanos. Reinaba á la sazón en aquella Ciudad Mohammad III, quien en 1306, aprovechando el respiro de una tregua con los Castellanos, llevó sus armas contra Ceuta, con cuyo Rey andaba desabrido. Declaróscle favorable la suerte, venció, y destruyó en gran parte la capital enemiga, apoderándose de abundantísimos tesoros, que le sirvieron para embellecer á Granada.

El Emperador de Marruecos, Abu-Thabet, en 1308, empezó negociaciones para el recobro de Ceuta, y andando en ello, una agudísima dolencia le quitó la vida en la alcazaba de Tánger, subiendo al trono su hermano Solimán.

Siguió éste el interrumpido proyecto, y sosegado su reino con castigar á algunos rebeldes, alióse contra el Rey de Granada, con D. Jaime II de Aragón; jurando no ajustar paz ni tregua sin su voluntad. Ofrecióle también pagarle 2.000 doblas por cada galera que le enviare para el sitio de Ceuta, el sueldo de 1.000 caballeros mientras el cerco durare, y que tomada la plaza le entregaría los bienes muebles que se encontraren en ella.

Así convenidos, el Aragonés mandó al Almirante Gilbert, Vizconde de Castelnou, con algunas galeras, y tan valientemente se portaron, que al poco tiempo, en fin de Julio de 1309, entróse la plaza por asalto. Mucho contribuyeron á tan feliz éxito las discordias que trabajaban á los Granadinos. Nazar conspiró, y obligó á abdicar á su hermano Mohammad III; mas ocupado en sostenerse, en fortificar su influencia y en recompensar á sus parciales, no pudo atender al socorro de Ceuta, que, abandonada, cayó otra vez bajo el yugo de los Benimerines.

Ismael, sucesor de Nazar, usurpador y fratricida, trató en vano de recobrarla, á pesar de que, feroz guerrero, decía: *que su Corán lo llevaba en el puño de su alfanje.*

En el reino de Túnez, aún seguía la Isla de los Xerves en poder de Roger de Lauria; muerto, los excesos de los Cabos aragoneses dieron brío á los indígenas para rebelarse contra el hijo de aquel héroe. Favore-

cidos por el Rey de Túnez, que les envió al Layení, experto General, pusieron sitio al castillo de los Xerves, que lo aguantó ocho meses, hasta que la armada siciliana llegó á libertarlo, huyendo el Layení con los Tunecinos, por temor de ser cortado en la isla. Apaciguóla Roger; castigó á los más culpables; sujetó á los revoltosos, y asentadas las cosas, tornó á Sicilia, donde cuidados de amor le llamaban.

Lleno el corazón de ilusiones, volaba Roger de Lauria hacia su muerte, acaecida de dolencia en Nápoles, y los Xerves, al saberlo, de nuevo se declararon en rebelión; cercaron el castillo, auxiliados por el Rey de Túnez, y así estuvieron hasta que Carlos de Lauria, hijo segundo del gran Almirante, llegó con su escuadra y pacificada la isla volvió á Italia, para morir al poco tiempo, como su hermano.

Heredó el estado Rogerón de Lauria y Entenza, y encendida la guerra civil entre las dos parcialidades más poderosas de los Xerves, los Aragoneses favorecieron á la tribu de Mohavia, que les era adicta; contra la de Mistona. Sabido por el Rey de Sicilia, mandó para apaciguarlas á Jaime Castellar, buen Capitán y experto en marinería; pero que confiando más de lo justo en sus fuerzas, salió imprudentemente á banderas desplegadas contra el enemigo, acaudillado por el animoso Hahalef, que lo derrotó, dándole muerte, y á más de 500 Cristianos.

Campeaba el Alarbe libremente por la tierra, y los Sicilianos reducidos al castillo padecían gran escasez de dinero y de bastimento, por lo que Simón de Montoliu, confiando la defensa á su hermano Bernaldo, se embarcó para Sicilia en demanda de socorro. El Rey D. Fadrique, considerando la importancia de la isla, puerta anchísima para penetrar en el corazón de la Berbería, y que los sitiados eran todos Catalanes, envió un grueso escuadrón de gente escogida, al mando del Caballero mesinés Peregrín de Pati, que tomó tierra en la isla del Almirante, á cinco millas del castillo. Despreciando en su altivéz á los indígenas, marchaban las tropas tierra adentro, sin orden ni disciplina; cuando los Moros de Mohavia y Mistona, unidos secretamente contra los invasores; les acometieron de sobresalto y en rota batida les llevaron de tal modo, que sólo escaparon 28 de á caballo, de 100 que eran, y casi ningún infante, quedando en el campo cerca de 2.500 y prisionero el General.

Ensoberbecido el Hahaleff, corrió la isla, apoderóse de ella, y con la ayuda del Rey de Túnez, que le envió 300 ginetes, reunió 400 y 8.000 peones. En esta sazón, llegó con buen número de Catalanes, enviado por D. Fadrique, Ramón Muntaner, prudentísimo Capitán y muy suficiente para aquella empresa. Tomó á sueldo 200 Alárabes de la fiel tribu de Ben-

fimomén; se reconcilió con la de Mohavia, y tantos y tan continuos rebatos dió al Hahaleff, que éste, muertos muchos de los suyos, determinó abandonar la isla. Dudoso andaba con estas imaginaciones, cuando reforzado en tierra de Túnez; de improviso cae sobre los bajeles con que Montaner defendía el paso del canal, y tan brusca fué la acometida, que los marineros los abandonaron. El intrépido Montaner sale del castillo; monta en su leño de 80 remos, y secundado por dos barcas, apresa 17 de Moros y corta las comunicaciones entre la isla y tierra firme. Los auxiliares estipulan su libre paso á Túnez, con promesa de no volver más á la isla; concédelo Montaner, recibe un refuerzo de 1.000 Catalanes, y con el Almirante Conrado Lanza, derrota á los de Mistona, pasa á cuchillo ó cautiva á toda la tribu, y hace la paz con el Rey de Túnez á nombre del de Aragón y Sicilia. Entre otras cosas estipularon, que en cambio de la gente de armas, que al mando de Bernaldo de Fons quedaría para auxiliarle en sus guerras contra otros Xeques; pagaría al Rey de Aragón 5.000 doblas anuales de tributo, atreguándose con él por tiempo de catorce años: transcurridos en 8 de Agosto de 1328, el Rey de Túnez y el de Bugía enviaron Embajadores á D. Alonso IV, que en aquel tiempo reinaba en Aragón, para seguir las treguas; mas en el año 1335, cansados los Moros de los Xerves, de la insolencia y rapacidad de los Oficiales aragoneses, proclamaron por Rey al de Túnez y cercaron el castillo. Socorrióle D. Ramón de Peralta, con escasa fuerza, y sobrevenida gruesa armada de Sicilianos y Genoveses, que obedecían al Rey Roberto; se apoderaron de las barcas donde Peralta tenía armas y provisiones, y dieron caza á las galeras, que pudieron escapar con harto trabajo. Combatido reciamente el castillo, sin socorros y muertos la mayor parte de sus defensores, cayó con la isla de los Xerves en poder de Infieles, con gran peligro y no corta mengua de la cristiandad.

Mientras estos sucesos, en la parte occidental del Mogreb aún seguían en próspera fortuna los Benimerines. Había muerto de enfermedad Solimán, y reinaba en Fez, Osmán, conocido por Abu-Said; faltábale, Ceuta suya, otra plaza en el lado español del Estrecho, para tener libres las puertas de Andalucía. Tarifa estaba en poder de Cristianos, pero Algeciras y Gibraltar habían sido reconquistados por Mahommad IV, que fiándose en los Berberiscos auxiliares, les encargó la custodia del Peñón, de fácil socorro desde la vecina África. Abu-Said, connivente el presidio, se apoderó de la plaza, donde metió buen golpe de tropas: al alma le llegó tal alevosía al Rey granadino; pero sin recordar su agravio, y con noticia de que la habían sitiado los Cristianos, acude en su socorro, y es

muerto alevosamente por la misma guarnición que salvaba del cautiverio. Su succesor, Abul-Hegiag, conocido también con el nombre de Yusef, volvió á formar alianza con el Jefe de los Benimerines. Éralo entonces Alí-Abul-Hassán [1], que determinado á la conquista de España, y dolorido por la muerte de su hijo Abul-Melik [2], ocurrida cerca de Arcos; reunió en Ceuta toda su caballería y una armada de 250 velas, y en la primavera de 1340 desembarcó en Gibraltar y Algeciras. Murmuróse del Almirante de Castilla, D. Jofre Tenorio, porque desde Tarifa, donde estaba con 36 buques, no había impedido el paso, y herido el valiente marino profundamente en su honra, no tuvo el corazón bastante levantado para sufrir paciente la injusta nota de cobarde. Determinó esperar á la armada infiel, que á velas desplegadas venía á acometerle. Brava y sangrienta fué la pelea, pero el esfuerzo cedió al número: cinco galeras tan sólo pudieron escaparse, y entrada la capitana, D. Jofre fué hecho pedazos, abrazado al estandarte de su galera. Sin obstáculos en el mar, numerosas bandas atraviesan el Mediterráneo; las playas de Tarifa son estrechas para el campamento de los Bárbaros; los Granadinos con sus mejores tropas se les unen. Alí-Abu-Hassán levanta los reales; encuéntrase con los ejércitos cristianos en el Guadacelito (el Salado), el 29 ó el 30 de Octubre de 1340 [3]. La caballería pesada de los Cristianos rechaza á la ligera de los Moros, que al desbandarse atropella á su infantería; siguen los Caballeros cristianos; cuando aquel huracán de hierro hubo pasado, el campo de batalla quedó convertido, según expresión de un autor, «en un inmenso cadaveral.» Los Moros se refugiaron en Gibraltar, otros en Algeciras. Abul-Hassán pudo alcanzar sus naves con el Rey de Granada, tomando éste la vuelta de Marbella, aquél la de Ceuta. Para colmo de desgracias, la armada aragonesa mandada por su Almirante, llena de ufanía con el triunfo del ejército, acometió á la berberisca é incendió la mayor parte.

El golpe de la derrota resonó en toda África; el poder de los Benimerines quedó vacilante. Los Reyes de Granada y Marruecos pidieron treguas por diez años; Abul-Hassán, tras varia fortuna, murió derrotado por su hijo.

Rebélase Gibraltar, y Tremecén y Túnez proclaman su independencia. El desnaturalizado Abu-Ynán, dueño ya del imperio, recobra á Gibral-

1 Llámanle otros Abul-Hacén-Alí: Mariana Albo-Hacén.

2 El Príncipe Abomelique, le llaman nuestros Historiadores.

3 Mariana dice: que por certísimos memoriales tenia averiguado que la batalla fué el 30.—López de Ayala la fija en el 27.

tar y hace morir en Ceuta, cntrc cruelísimos tormentos, al Gobernador Phares-Abu-Anán; toma por asalto á Tremecén, y Túnez se entrega por capitulación. Al año siguientc muere, legando á su reino la discordia y la guerra civil.

Lucha fratricida entre sus hijos: triunfa Abu-Beker-Said. En 1362, su tio Abrahán, con el auxilio de D. Pedro el Cruel de Castilla, se alza con la Gomera, Ceuta, Tánger y Arcilla; los de Tremecén decláranse de nuevo independientes; atrévensele todos.

Su tío Ibrahim, que huyendo de las persecuciones de Abu-Ynán, se había refugiado en España con sus parientes; desembarca con ellos, seguido dc gran número de Árabcs andaluces, y se hace dueño de Velez de la Gomera. Ceuta y Tánger abrazan su causa; los Bereberes de la costa acuden; reune un poderoso ejército, y la cabeza dc Abu-Beker, desamparado de sus tropas, rueda ensangrentada por mandato del rebelde Ibrahim, destronado á su vez por otro usurpador, y éste por Mahomad-Abu-Feián, á quien succede Muley-Said.

En tanto la España cristiana adquiría progresivo aumento. Divididos los Árabes en Berbería como en la Península; en perpetuas guerras civiles; tributarios unos, aliados otros de los Reyes de Aragón y Castilla, menguaban en fuerza y en nombre. Los Africanos ya no pasarán el Estrecho; harto harán defendiendo su territorio.

CAPÍTULO VI.

Expedición contra Berbería del Rey D. Martín.—Descripción de Ceuta.—Conquístala Don Juan I de Portugal.—La atacan los Moros de improviso.—La vuelta de D. Pedro.—Emboscadas y contra-emboscadas.—Los Moros sitian la plaza por tierra y por mar.—La escuadra andaluza se apodera de la Almina.—La portuguesa socorre á Ceuta.—Muerte de Muley-Zaide y cautiverio de los expedicionarios.

D. Martín, Rey de Aragón, en Agosto de 1398, equipa una poderosa escuadra en Valencia y Mallorca. Nombrado Capitán General el Vizconde Rocaberti, discurre por las costas de África y entra por fuerza de armas en Tedelíz, pueblo del Rey de Bugía; mételo á saco y lo incendia, teniendo qne reembarcarse con alguna pérdida, quebrantada su flota por fuertes temporales, hasta que se abrigó en el pnerto de Denia.

Los Reyes de Granada rendían parias á los de Castilla: nególas Mahomad-Ab-el-Gnalid á Enrique III, y temiendo la saña del Castellano, confederóse con los Reyes de Fez y de Marrnecos, enviando á Gibraltar sus escuadras compuestas de 23 galeras. El Infante D. Fernando, que gobernaba el reino por la minoría de D. Juan II, reune á sns cinco; ocho qne le enviaron de Vizcaya, y sin cuenta con la desproporción del número, el Almirante de Castilla D. Alfonso acomete y destruye la flota berberisca á mediados del año 1407.

En Portugal, D. Juan I, después de la batalla de Aljubarrota, ganada contra el Rey de Castilla por el valor del Condestable D. Nnño Alvarez Pereyra, y el csfuerzo del escuadrón de los Enamorados y Caballeros del estandarte verde; hecha la paz en 1399, afirmaba su poder y acrecentaba, con la buena gobernación, las fuerzas de su rcino. Dolíale verse tan crecido de ánimo y tan pobrc de territorio, barrera insuperable por nn lado, Castilla; más insnperable por el opuesto, el Océano.

Dolíale también el qne teniendo cinco hijos, no pudiese dejarles á cada uno un reino. Soberbios eran sus pensamientos, y creyó qne en el África los realizaría. Con gran sigilo fué aparejando numerosa armada; todos recelaban; ninguno más que los Reyes dc Granada y de Aragón, que habiendo tratado vanamente de comprar el secreto, se aparejaron por si descargaba contra sns dominios aquella preñada nnbe.

Indiscreciones calculadas hicieron creer que se dirigía el armamento contra la Holanda. La verdad, sabíanla tan sólo el Rey de ésta y D. Juan Alfonso Alanquer, Consejero del de Portugal, hombre de gran seso y prudencia. Por fin, entre los regocijos de palacio, trátase de armar Caballeros á D. Duarte, D. Pedro y D. Enrique; el Rey les llama y les dice: «Hijos míos, vuestras espuelas debéis ganarlas en guerras contra los Infieles, no entre danzas y regocijos. Dentro de breves días en Ceuta probaréis que sois dignos de ser Caballeros.»

Declarado el intento, tras corta detención por la enfermedad de la mujer de D. Juan, que murió clamando: «á Ceuta, á Ceuta,» salió la armada portuguesa. Era la mayor que se había reunido en aquellos tiempos: componíanla 33 naos, 27 galeras trirremes, 32 birremes y 120 buques menores, y la mandaban D. Alonso, Conde de Barcelos, hijo bastardo del Rey; Gonzalo Velázquez Coutinho, Juan Gómez de Silva y otros famosos Capitanes. Atravesó el canal felizmente, y dió fondo á la vista de Ceuta el 21 de Agosto de 1415.

En la embocadura oriental del Estrecho, en la parte más al norte del Reino de Fez, se alza el monte del Hacho, antigua Ábila. En frente ostenta sus tajadas cumbres el de Gibraltar, ó Calpe, formando ambos las columnas de Hércules, el *non plus ultra* de las excursiones marítimas de los pueblos antiguos, que creían que más allá no había sino mares sin límites, tinieblas horrendas, deshechas y contínuas tempestades. El gigantesco Ábila entra en el Mediterráneo largo trecho, y se une á tierra firme por un istmo, que se angosta hasta 230 varas de latitud. En este istmo, arrullada por las olas de dos mares, duerme la antigua Elisa ó Septa; llamada así, según se dice, por las siete montañas que á lo lejos se descubren, y que los Romanos bautizaron con el nombre de *Septem-fratres*. Era ciudad muy considerada en África, desde que la había reedificado Yacob-Aben-Yusef-Almanzor [1].

Una lengua de tierra forma su puerto, que es mediano; algunas fortificaciones con una alcazaba la defendían, y más aún, su natural posición, que permite, fortificada la angostura del istmo, fácil defensa contra sus sitiadores. El Rey D. Juan fingió el desembarco por la parte del

1 Calderón dice á este propósito en su comedia *El Príncipe constante:*

Fué tu intento que llegase
A aquella Ciudad famosa
Llamada en un tiempo *Elisa*;
Aquella que está en la boca
Del freto hercúleo fundada,
Y de *Ceido* nombre toma:
Que leido *Ceuta* en hebreo,
Vuelto en el árabe idioma,
Quiere decir hermosura,
y ella es ciudad siempre hermosa.

castillo: acudieron los Moros al contraste, y llevóse á efecto por la opuesta orilla. Revolvieron los Ceutíes contra los invasores, peleando bravamente; pero no pudiendo resistir el ímpetu de los Portugueses, huyeron perseguidos tan de cerca, que en confuso tropel entraron juntos en la plaza. El Alcayde del alcázar, Zala-Ben-Zala, huyó por la noche, y el 22 las quinas portuguesas flotaban en la cumbre del gigantesco Ábila, proclamando el valor de sus conquistadores [1]. Señaláronse entre todos, el Príncipe D. Enrique, Vasco Yañez Cortereal, el primero que escaló el muro, y Vasco Martínez de Alberguería, que antes que todos penetró en la ciudad, á vueltas con los Infieles. Los valerosos Infantes fueron armados Caballeros al siguiente día. Once permaneció el Rey en Ceuta; nombró Gobernador al Conde D. Pedro de Meneses, y proveido lo necesario, dió la vuelta á Portugal, desembarcando entre los vítores de la entusiasmada multitud; mientras Abu-Said, que recibió la noticia de la pérdida de la plaza en medio de un festín, mandaba el silencio á los mensajeros para que no se entristeciesen los convidados.

Apenas habían desaparecido las naves portuguesas, cuando los Moros, que estaban en acecho, caen sobre Ceuta, tan de improviso, que ni tiempo tuvieron los soldados de avisar al Gobernador. Ellos por sí mismos, sin Jefe y sin bandera, acuden á las murallas y rechazan á los asaltantes, con muerte de los más atrevidos. A poco el Rey de Fez envía contra la plaza 10.000 caballos y gran número de peones, con 26 buques. El Gobernador, el intrépido D. Pedro Meneses, con 230 caballos, sale á hacer un reconocimiento; los Moros, según su táctica, cébanle con algunos peones y lo envuelven. No pudiendo sostener el empuje de tantas fuerzas, se repara contra los perseguidores en los vallados; mas no tan holgadamente, que á la mezcla no lo haga mucha caballería mora. Acuchílala D. Pedro, y se retira hacia la plaza, siempre perseguido. A prevención, en los buques habían cargado los Moros buen golpe de peones, que, al ver la retirada de D. Pedro hacia la plaza, saltan á la playa del Arenal, á fin de interponerse entre Ceuta y el Gobernador; mas antes, algunos de la guarnición le refuerzan. Hallábase D. Pedro en el pasaje llamado el Chafarís, cuando al ver á los que desembarcaban, antes de que pudiesen reunirse, vuelve sobre los Moros con tal furia, que los arrolla; pasa á cuchillo á cuantos se le oponen, y entra vencedor en la ciudad. El punto aquel se ha llamado desde entonces, *la vuelta de D. Pedro.*

1 Mr. Augusto Bouchot, en su *Historia de Portugal*, afirma que se entró Ceuta el 24 de Agosto.

Sólo su osadía y su indomable valor pudieron sacarle á salvo de tan terrible prueba; mas los Moros no tardaron mucho en repetir la tentativa. Validos de una obscura noche, acercan á Ceuta numerosos escuadrones, y con el mayor sigilo arman cuatro emboscadas, escondiendo casi toda la gente, y echando al amanecer alguna para escaramucear. Por las escuchas que rondaban al rededor de la plaza, se había enterado D. Pedro de las disposiciones de los Moros, y oponiendo á una astucia otra astucia, prepara cuatro contraemboscadas. Los Moros, creyéndole suyo, al ver que persiguiéndoles había rebasado la línea de su última celada; vuelven caras, y succesivamente salen á cargarle los emboscados; pero los Portugueses contraemboscados, cayendo de sobresalto en ellos, los desbaratan con grandes pérdidas.

Conociendo los Africanos que sus fuerzas no eran bastantes para desalojar á los invasores, acuden al Rey de Granada, quien les presta oidos. En su impaciencia, no esperan los naturales el arribo de los Andaluces, y con numeroso ejército, el 12 de Agosto de 1418, pónense sobre la plaza.

El Rey de Portugal había donado el valle de Bullones, contiguo á Ceuta, á Simón Pereyra, quien para defenderlo hizo á sus costas una torre, que denominó de Bullones, y que por su ausencia gobernaba en su nombre Fernán González del Arca. La atacaron los Moros el 14, y tantos sobrevinieron, que no pudiendo los defensores mover los brazos, con la fatiga del continuo batallar, hubieron de entrarla. Con tan buen suceso, intentan los vencedores desembarcar por la parte de la Almina, y rechazados, mandan el general asalto. Cargaron especialmente sobre la Coraza y sobre la Torre de Fez; por este lado, sin éxito; por aquél, completísimo apoderándose del fuerte.

Quedaban sólo con vida Gonzalo Vello, á cuyo cargo estaba, y un su compañero, que temerosos de la afrenta y no de la muerte, defendieron el paso con tan gran coraje, que pudo acudir refresco, y á cuchilladas desalojar á los asaltantes.

La guarnición no era mucha, pero las mujeres fueron de gran auxilio; ya trayendo proyectiles á los que estaban en las murallas, ya en gran número peleando varonilmente, trocado el vestido como el ánimo.

Aún no apuntaba el día 15, cuando los Moros, con sus fustas, amagan un nuevo desembarco por la Almina; llaman á ésta el grueso de la guarnición, y mientras, por la opuesta, crecido número de ellos se arroja á escalar los muros; pero son valientemente rechazados. En tanto, los que atacaban la Almina logran tomar tierra, y los Portugueses que la

guardaban, gente popular y bisoña, huye; y si no acudieran algunos veteranos, que restablecieron el combate, piérdese Ceuta.

Había en aquel sitio un albañal, alto que pasaba de un hombre y ancho que cabían dos: por allí se precipitan los Moros, y al tiempo que el primero salta á lo interior del recinto; topa con Alfonso Pérez que lo mata de un lanzazo, deteniendo al resto, hasta que llegando otros, les impiden la salida.

Mas tan fuerte era el combate, que los Portugueses pierden la esperanza de defender los muros. Sabido por el Gobernador, echa algunos caballos á la playa; y aunque la marea estaba alta y casi nadando tuvieron que llegar al punto de pelea, dispersan á los asaltantes y los degüellan al querer recogerse en las naves. Desmayados con estas pérdidas, y con la falta de bastimentos, levantan el sitio y se dispersan por sus guaridas.

En tanto el Granadino, que había ofrecido auxiliarles, quedando para él la plaza; reune poderosa flota, que á los pocos días mojaba en las aguas de Ceuta. Regíala su hijo Muley Zaide, mancebo brioso y entendido Capitán. Divide en dos la armada, y con la una, durante la noche, boja el Cabo y se oculta en la parte de Barbazote. Acometen las otras galeras de frente; acuden los Portugueses á impedir el desembarco, y aprovechando la ocasión Muley-Zayde, sin disparar un tiro, gana tierra con 1.500 de los suyos, y se apodera de la montaña. Revuelve D. Juan de Noronha, que guardaba el puesto; mas hubo de replegarse hacia la plaza, al mismo tiempo que por la parte de tierra aflojaban los Portugueses, embestidos reciamente. Por fortuna, al abrigo de las murallas se rehacen, y el Gobernador, alentando con su ejemplo á los débiles y estimulando á los valerosos, provee á todas las necesidades, y resiste la furia de los Infieles, hasta que desanimados cesan en el asalto.

El Rey de Portugal, sabedor por continuos avisos de la angustia de la plaza, apresura el socorro; y el Infante D. Enrique, con crecido número de velas, pone la proa hacia el África. El Rey de Granada desde Gibraltar, con grandes ángaros, prevenía la novedad á Muley-Zaide, quien no entendió la señal; mas sí D. Pedro, que sospechando ser la del socorro apetecido, prohibió á los suyos aventurarse más allá de las trincheras. Divisábase ya la escuadra portuguesa; Muley-Zayde manda á la suya que desde Barbazote pase á la Almina á recoger la gente; pero los más de los buques, sordos al deber, huyen á boga arrancada hacia el refugio de Gibraltar, abandonando cobardemente á su Príncipe. Algunos, muy pocos, cumplen las órdenes de Muley-Zayde, y los soldados se desbandan para acogerse los primeros.

Contra el mandato de D. Pedro, los Portugueses bisoños salvan las murallas y acometen á los Andaluces: eran éstos gente principal, y hacen rostro, y lcs llevan en rota batida hasta el pié de los muros, y juntamente al refuerzo con que les había acudido Noronha. D. Pedro, que peleaba en el contrapuesto lado, sabe la desobediencia de los suyos y los apuros en que se encontraban, y vuela á socorrerlos; pero los Granadinos, firmes en el monte, contrastaban el ímpetu del veterano Conde, que manda tomar la Almina, y pródigo de sí mismo, pónese al frente y recibe una pedrada en la cabeza, que le derriba en tierra amortecido.

La escuadra portuguesa, á toda vela, avanzaba en tanto rápidamente, y en alas del miedo huía la andaluza. Muy pocas galeras quedaban, arrostrando el cautiverio por salvar al ejército, y tan cargadas de fugitivos, que temiendo el irse á pique, los que ya habían entrado cortaban inhumanamcnte los dcdos á los que para subir se asían de las bordas; que si excusa el propio daño, no hay compasión de la ajena ruina. ¿Qué era en tanto dcl intrépido Muley-Zayde? Al ver la deshonrosa fuga de sus naves, rechaza á los que le suplicaban que se salvase en la Capitana, prefiriendo la muerte á abandonar sus tropas.

En torno suyo se agrupan la flor de los Caballeros granadinos. Por todas partes le cercan Portugueses; no decae un punto su corazón magnánimo; y sin esperanza de salvarse, pelea hasta que en medio de sus fieles soldados, muere con ellos cubierto de heridas. Ríndense los restos de los expedicionarios, y 980 cautivos coronan el triunfo. Con la derrota de la escuadra, los Moros de la sierra se desbandan, y queda Ceuta libre por el valor del invicto Conde D. Pedro de Meneses.

CAPÍTULO VII.

Muerte de Muley-Abu-Said.—D. Alfonso V de Aragón.—Envía su armada contra Argel.—Descripción de Argel.—Expedición de los Xerves.—Desafío y rota de Boferríz.—Expedición desgraciada contra Tánger, y cautiverio del Infante D. Fernando de Portugal.—Dos expediciones portuguesas.—Toman á Alcacer.—No pueden apoderarse de Tanger.—Enrique IV conquista á Gibraltar.—Muerte de Abd-al-Hak, y fin de la dinastia de los Benimerines.

La pérdida definitiva de Ceuta enfureció á los Africanos; culpan á Muley-Abu-Said por su debilidad y por su afeminación; estalla un horroroso motín, que dirige el Visir Abu-Babá; penetran en palacio las turbas, y el Soberano y seis hijos son víctimas del furor de los sediciosos. Arde la guerra civil, y triunfante la parcialidad del difunto Rey, corona en 1423 á Abd-al-Hak, único hijo de Abu-Said, que pudo salvar del puñal de los asesinos, su madre, esclava española.

Mientras que el Rey de Castilla fomentaba la desunión de los Moros granadinos, tan divididos como los Africanos, al aragonés Alfonso V punzábale el acicate de la emulación: la gloria y las ventajas adquiridas por los Portugueses, le estimulaban á mayores intentos.

Era el año 1418: abastecidas suficientemente las galeras aragonesas, al mando de D. Pedro de Moncada, y con gran copia de Caballeros valencianos, corrió las marinas de la Berbería y fué á combatir á Argel.

Dos puntas prolongadas largo trecho dentro del mar, y que tienen por nombre Cabo Matifuz la de la izquierda, y punta Pescade la contrapuesta, forman una rada semicircular; y doblando la primera, á poco, encuéntrase Argel. Perteneció en lo antiguo á la Mauritania Ccsariense, de la que fué metrópoli; llamóse Yol después: Yuba II nombróla Yol Cesárea [1], en testimonio de su agradecimiento á los favores recibidos del Emperador Cesar Augusto; mas al apoderarse los Árabes de aquel territorio, la dcstruyeron casi completamente mudándole hasta el nombre de Julia Cesárea, en el de Alghezair ó Ghezaira (las islas), ya por su cer·

1 Según Malte Brun, se llamó antiguamente Ycosium; y Yol ó Julia Cesárea, el puerto de Cherchell, á 20 leguas de Argel. El común de los escritores da la lección que hemos seguido.

canía á las Baleares, según Luis del Mármol, ya porque existían cuatro pequeñas delante de la Ciudad, que trabadas con un arrecife forman hoy el puerto. Sus muros, de 30 á 40 piés de elevación; los cimientos, hasta una corta altura, de sillares, el resto de ladrillo: cercábanla de trecho en trecho algunas torres cuadradas, ornato y defensa; fosos, en parte ciegos y la alcazaba; esto, con la estrechez suma de las calles, y las casas en anfiteatro, hacíanla á propósito para tenaz resistencia. Por ello, Queredín Barbarroja la llamó, andando los tiempos, *Argel la bien guardada*. Acometióla, sin embargo, el caudillo aragonés, deseoso de apoderarse de aquella guarida de corsarios, que devastaban las costas orientales de España; pero reunidos en gran número los Moros, pelearon con tanta bravura, que con mucho daño hubieron los Cristianos de recogerse á las galeras y levar anclas.

Mas el impulso estaba dado: era ya el tiempo en que preponderantes las armas cristianas, libre su país, buscaban á los enemigos en el suyo; de invadidos pasaban á invasores. El valeroso Rey de Aragón no podía olvidar la mengua de su Capitán Moncada, en Argel; ni menos la pérdida de los Xerves tan á propósito para atender desde allí á las cosas de Cerdeña; y el 23 de Mayo de 1432 salió de las playas de Barcelona con 26 galeras y 9 naves gruesas; tocó en Cáller, donde apaciguó algunas rebeliones; reforzó la escuadra con 70 buques, y surgió en los Xerves el 15 de Agosto. Dividió sus galeras; tomó el mando de una parte, y confió el de la otra á Gutierre de Nava, señalado Capitán en las cosas de mar, apoderándose con el primer ímpetu, del muelle y de la puente que une á la isla con tierra firme.

Regía á Túnez en aquel tiempo Boferriz [1], quien desdeñando sorpresas y descuidos, escribió al Monarca aragonés: «Que había sabido su llegada, y le rogaba que le esperase y diese manera que se viesen cara á cara, porque el huir entre ellos sería vergüenza.» Respondióle el Rey: «*Que era contento de esperarle tanto tiempo que pudiese llegar, ó fuese á su culpa, y que entonces la vergüenza sería de aquél que no satisfaciese á su deber.*» No se hizo aguardar mucho el Tunecí, que con gran pujanza acampó junto al muelle, barreando sus reales, y entreteniendo el tiempo con escaramuzas continuas. El lunes 15 de Setiembre ordenó el Rey preparar el ejército para el ataque del campo, al siguiente día. Previnole Boferriz, y en el mismo, secundado por los Isleños, que embistieron por la espalda, acometió de frente con extraño ardimiento. Recio el choque, los Aragoneses, saltando por encima de las ba-

[1] Abudefar, le llama Luis del Mármol.

rreras, arrollaban á los Moros, que se reparaban en la barrera inmediata, hasta que ganadas las cinco líneas, apoyo de los Infieles, se apoderaron de las tiendas y banderas con 22 piezas de artillería. Huyó el Tunecí á uña de caballo, hechos pedazos muchos Moros principales, que á costa de su vida favorecieron la fuga de su Rey, y quedó reconquistada para la casa de Aragón la isla, que se sometió voluntariamente; sin que el de Túnez se atreviese después á hostilizarla. Lleno de gloria Alonso V, y envidiado por sus enemigos, levó el ferro y se trasladó á las costas de Sicilia, donde graves atenciones requerían su presencia.

No tan próspero suceso obtenía el Rey de Portugal, que sufrió por entonces un terrible descalabro. Reinaba el hijo de D. Juan el I, Eduardo, ó D. Duarte, como le llaman nuestros Historiadores: la toma de Ceuta, el descubrimiento del Cabo Bojador y la gloria que adquiría por todas partes la marina portuguesa; le espoleaban para nuevas conquistas, y pensó, con la de Tánger, enseñorearse del Estrecho.

Los hermanos del Rey, la Corte, todo Portugal, acogió gozóso aquella empresa, excepto los Infantes D. Juan y D. Pedro, que creían escasas las fuerzas de que se podía disponer. Pero, lo que es de ordinario, el parecer de los más, aunque dañoso; prevaleció contra el mejor, que sentían los menos. Al apellido acudió la gente; preparóse la armada y embarcáronse 6 á 8.000 hombres (corto número para tan grande empeño), mandados por el Infante D. Fernando, Gran Maestre de Avis, y seguido por D. Enrique, ardientes promovedores de la guerra. El 12 de Agosto de 1437, la armada abandonó las costas de Portugal; el 27 surgió en Ceuta, y aprestada la gente, púsose sobre Tánger, á la que los Moros dicen Tanja. Situada entre el Cabo Espartel, inmensa roca basáltica, y el Cabo Malabat, centinela avanzado en la entrada occidental del Estrecho; es uno de los mejores puertos de Berbería: construida sobre una altura calcárea, y derramándose hacia el mar en forma de anfiteatro, circúyela una muralla, con torreones de trecho en trecho, y la defiende la alcazaba, que lo domina todo.

Comenzaron los Portugueses el ataque; pero acudiendo como por encanto chusma innumerable de Moros, los sitiadores se vieron á su vez sitiados. Lidió bravamente aquel puñado de hombres; mas, al fin, perdida toda esperanza, movió pláticas de paz. Exigieron los Africanos la devolución de Ceuta, y si bien sabían los Príncipes que no era en su mano el concederlo, y que no había de consentirlo Portugal, aceptaron, quedando en rehenes el Príncipe Fernando. Votándose á la muerte este nuevo Régulo, escribió á su hermano que no ratificase el tratado, prefi-

riendo morir cautivo á que Ceuta tornase al poder de Infieles. Grande fué el dolor de los Portugueses al ver desembarcar rotos y maltratados, los restos del lucido ejército, que galano y brioso, saliera poco antes; y mayor el del Rey Duarte al saber el cautiverio de su hermano queridísimo. Por él, sin vacilar, hubiera dado á Ceuta; pero ni sus Consejeros, ni Roma, ni los sagrados intereses de la monarquía lusitana se lo permitían [1]. El corazón del hermano hubo de callar ante los deberes del Rey. Ofrecióse al de Fez cuanto dinero exigiese por el rescate, pero inflexible éste en su propósito, y quizá creyendo agraviada la buena fé con que dejó libre al ejército portugués, no entregándole á Ceuta; negóse á todo acomodamiento. D. Fernando sufrió con resignación cristiana las prisiones y afrentas que padecía, hasta que seis años después, con la muerte, se libró del cautiverio: su cadáver, relleno de paja, fué colgado de una escarpia en los muros de Fez, objeto de ludibrio para los Moros. Hay quien asegura que los Fecíes le levantaron un sepulcro en medio de la plaza, como monumento de su triunfo: ambas cosas posibles. Los Portugueses dieron á Fernando el renombre merecido de *Príncipe constante*, y el Rey su hermano murió de dolor en 1438, cuando aprestaba una nueva expedición contra los Fecíes.

Algún tanto apaciguadas las disensiones intestinas que por aquel tiempo afligieron á Portugal, Alfonso V pensó en levantar contra los Turcos una nueva cruzada, que dió nombre á las monedas llamadas *cruzados*; mas al fin no se realizó, y sus aprestos se emplearon contra África, animado por el Papa Calixto III, que acababa de subir al solio pontificio en 1455. Dos expediciones salieron de Portugal: una al mando del Infante D. Enrique, tío del Rey, hacia las costas orientales, con próspero suceso; otra por la parte de Ceuta, al mando de su hermano el Infante D. Fernando. La peste, cebándose en el ejército portugués, le obligó á abandonar la campaña.

Incitado por el Pontífice, obligado por voto á promover la guerra santa contra los Turcos, levantó Alfonso nueva armada; pero la muerte de aquél le dejó libre de su empeño, y destinóla á ensanchar sus posesiones allende el Estrecho.

Con su hermano D. Fernando, y con D. Enrique su tío, desembarcó 25.000 hombres en Ceuta, poniendo sitio á Alcacer, que capituló el 18

1 Quien principalmente se opuso á la devolución de Ceuta fué el Arzobispo de Braga, que sostuvo: «que no podían entregarla á Moros sin autoridad del Pontífice, porque quedarían profanadas las Iglesias que se habían erigido para el culto divino, y *por la libertad de un hombre solo* no se debían convertir en usos profanos.»

de Octubre de 1458. Mandada por el mismo Abd-al-Hak, acudió á recobrarla gran morisma, cuya sola caballería pasaba de 30.000 ginetes. El Rey Alfonso no creyó oportuno dar batalla de poder á poder, y dejando bien presidiada la plaza, y por Gobernador á D. Duarte de Meneses; tomó el derrotero de Portugal, donde le cognominaron *el Africano*.

Vanamente los Moros atacaron á Alcaccr en 1459; rechazados en casi dos meses de asaltos continuos, y quebrantadas sus fuerzas; se desbandaron, levantando el sitio.

Esperanzas abrigaba el Portugués de apoderarse de toda la costa. El Príncipe D. Pedro de Portugal se hallaba en Ceuta. Desabridos los Catalanes con su Rey D. Juan II, á instigación del dominico Fr. Juan Gualves, que le atribuía la muerte del Príncipe D. Carlos de Viana; le enviaron mensajeros, brindándole con la corona. D. Pedro no pudo marchar al Principado hasta el 21 de Enero de 1464, y ya era tarde. Hallábase, cuando recibió el mensaje, en negociaciones para tomar por inteligencia, á Tánger; diéronle esperanzas, aviváronse los tratos; pero los que en ellos andaban, doblemente traidores, los seguían también con los contrarios. D. Pedro, al acercarse á Tánger, sufrió un considerable descalabro, volviéndose sus artes contra sí mismo [1].

Con más fortuna el Rey D. Enrique IV, ganó, por medio de D. Rodrigo Ponce de León, á Gibraltar, llave de España; con que se cerró el paso á los Berberiscos, quedando aislados los Moros de Granada. Holgóse mucho el reino, y el mismo Enrique IV fué, en 1464, á ver la nueva conquista. Allí supo que D. Alonso de Portugal se hallaba en Ceuta, inquiriendo las cosas de Africa; invitóle á que pasara, y D. Alonso permaneció ocho días en Gibraltar, obsequiado por D. Enrique, con quien concluyó [2] algunas alianzas.

El reino marroquí continuaba turbado. En 1471, un Moro, que se decía Xerife, ó descendiente del Profeta, predica al pueblo; estalla un motín; entra en Palacio, y asesina á Abd-al-Hak, con el que tuvo sangriento y lamentable fin la dinastía de los Benimerines.

1 Sólo al querer apoderarse de un baluarte, degollaron los Moros más de 200 Portugueses, conocidos y principales: desde entonces se llamó el Baluarte de los Fidalgos.

2 Gibraltar quedó para los Duques de Medina-Sidonia, y después fué incorporado á la corona por los Reyes Católicos. Diéronle por armas, en campo de gules, un castillo con una llave dorada pendiente de él, y en los sellos añadióse la inscripción de «Sello de la noble Ciudad de Gibraltar, *llave de España*.» Tal la estimó Doña Isabel, que en su testamento, expresamente encarga á los Reyes, sus succesores, «tengan y retengan en sí y para sí, la dicha Ciudad; ni la enajeneu de la corona de Castilla, á ella, ni á parte de ella, ni de su jurisdicción civil ni criminal.» Hoy, ¡oh mengua! la poseen los Ingleses tranquilamente.

CAPÍTULO VIII.

Los Oataces.—Descripción de Arcilla.—Alfonso V la conquista, y á Tánger.—Sitio de Ceuta por los Moros y por Fernando el Católico.—Industria del Gobernador Vasconcelhos para que levantasen el sitio.—Las Islas Canarias.—Fundación de Santa Cruz de Mar-Pequeña.—Los Xeques del reino de la Vu-Tata se declaran vasallos del Rey de España.—Descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza.—Sitio del castillo de Santa Cruz.—Establecimiento español en la costa de Tagaost.—Toma de Granada.

La muerte de Abd-al-Hak, sin succesor que recogiese la abandonada herencia, disolvió completamente la unidad del Imperio berberisco. El Xerife se apoderó de Fez; los Gobernadores de las provincias se negaron á obedecerle, declarándose independientes, y entre todos se entabló lucha sangrienta por alcanzar el poder supremo.

Llevaba, sin embargo, lo mejor de la pelea Seid-Oataz, ó Guataz, descendiente de la segunda rama de los Benimerines, y el primero de la dinastía de su nombre, que gobernaba en Arcilla. Reunió 8 ó 10.000 soldados, y apenas había puesto á su devoción el litoral, cuando tuvo noticia de los progresos del Xerife. Con tal novedad, custodió en Arcilla su tesoro y familia, y marchó al encuentro del usurpador. Cerca de los muros de Mequinez diéronse recio combate, y vencido el Oataz, pero no deshecho, se retiró. A poco supo que el Xerife había mandado gran parte de las tropas á sujetar á Tremecén; reunió las suyas, y le sitió en Marruecos.

Aprovechó Alfonso V de Portugal tan favorable coyuntura para adelantar sus conquistas. Había puesto los ojos en Arcilla (llamada primero Zilia; después Julia Constancia Zilis, y por los Árabes Hafar-el-Beida), ciudad de la costa atlántica, á ocho leguas de Tánger, doblando el Cabo Espartel, murada y con castillos que defendían el puerto, bastante seguro en aquellos mares bravíos. Fundada por los Romanos, conquistada por los Godos, y luego por los Árabes; sufrió el asalto de los piratas Normandos, que no dejaron criatura viva. Treinta años creció la yerba por sus calles, hasta que, reinando los Califas cordobeses, la restauraron, llegando á ser una de las poblaciones más importantes del reino.

Con el mayor sigilo, preparó la expedieión D. Alfonso, y el 20 de Agosto de 1471, eon 300 velas y 30.000 hombres de desembareo, surge en Areilla; tómala á viva fuerza; pasa á euchillo á los moradores, exeeptuados niños y mujeres, y rinde las aleazabas, asilo de 5.000 Moros eseapados de aquella horrenda earnicería.

En el acto, y sobre el ealiente eadáver del Condc de Marialva, Don Juan Coutinho, arma Caballero á su hijo D. Juan, diciéndole: *«Fijo, Dios vos faga tan buen caballero como el que aquí yáz.»* Antes de que los Moros se reeobrasen del golpe, envía eontra Tánger fuertes eompañías de á pié y de á caballo, mandadas por D. Juan, Duque de Braganza, después Marqués de Montemayor. Temerosos los de Tánger de que se repitiese el desastre de Areilla, la abandonan, y los Portugueses toman posesión de ella en 30 de Agosto. El Rey deja grueso presidio, nombrando Gobernador á Rui de Merlo, después Conde de Olivenza, y de Arcilla á D. Enrique de Meneses, volviendo á su patria glorioso y vengadas las anteríores derrotas.

La notieia de la expedieión portuguesa llega á oidos de Seid-Oataz, hallándose al frente de Marrueeos; deja parte de su ejéreito para sostener el eereo, y vuela eon la otra al soeorro de Areilla. Demasiado tarde: la plaza eon su familia y con sus tesoros habían eaido en poder del veneedor. Reseata á su mujer é hijos por el euerpo del Infante D. Fernando; firma treguas de veinte años eon los Portugueses, y vuelve al sitio; los Marroquíes le abren las puertas, y el fugitivo Xerife busea un asilo en Túnez [1].

En 1475 se emprendió la guerra entre el Rey de Portugal y el Católieo. Con el objeto de divertir las fuerzas de su contrario, y valiéndose de la oeasión del sitio que los Moros habían puesto á Ceuta; falta de munieiones y bastimentos; envió su armada á que la estreehase por mar al mismo tiempo. Era Gobernador de la plaza Rui Méndez de Vasconeelhos Ribeiro; y sabiendo D. Fernando lo íntimo que era del Aleaide de Gibraltar, le envió reeado por éste, de que si entregaba la plaza le haría tantas mereedes, que no tendría que envidiar á Grande alguno de Castilla. Reeibido el recado, dijo Rui Méndez: «Antes de responderos, quiero que

1 Juan León el Africano supone que el Rey de Arcilla fué hecho prisionero en el asalto, y llevado á Portugal, donde permaneció siete años; por lo que sus vasallos le llamaron Mahomad el Portugués. Contradícelo Mármol. Las treguas de veinte años se entendían por lo que toca á la campaña: «pero que cada uno obraría lo que pudiese sobre ciudades y lugares murados, quedando D. Alonso por Señor de Ceuta, Alcázar-Zaguer, Arcilla y sus aledaños.»—Correa de Franca, *Historia de Ceuta*.

como amigo, respondades á esto. Si el Rey, mi Señor, me enviase á prometeros la mitad de Portugal, porque le entregásedes la fortaleza de Gibraltar, de que sodes Alcaide, ¿ficiérais traición á vuestro Rey?— Respondió: Ni por todo el mundo.—Luego, dijo Rui Méndez, ¿cómo siendo vos tan amigo, me decídes que sea traidor á mi Rey y á mi patria?—Non fago tal, replicó él, sino que á eso vos tengo respondido con lo que vos dije de mí.»

Vasconcelhos, por el mismo Alcayde, contestó á Fernando: «se espantaba de que un tan alto y virtuoso Príncipe, persuadicse á un Caballero á que fuese traydor á su Rey; que la fortaleza no cntregaría, sino por muertc, con defensa de clla hasta el último trance.»

Perdida la csperauza dc ganar á Ceuta por tratos, apretóse cl sitio. Viendo el Gobernador que los muros no podían resistir, y que en breve estarían consumidos vívcres y municiones, andaba en imaginación de cómo podría libertar la plaza. Esforzábale su esposa Doña Isabel Galván, de quien se cuenta que, discurriendo un día con sus criadas y otras mujeres por la muralla, á tiempo que el enemigo trató de escalarla; no sólo sirvió animosamento calderas de aceite hirviendo, piedras y otras defensas á sus soldados; sino quc viendo á uno de ellos con una cuerda enccndida en la mano sin atreverse á dar fuego á una bombarda, se la arrcbató indignada, é intrépida la descargó, matando á dos Moros: «que tan valerosa mujcr fué Doña Isabel Galván de Vasconcelhos.»

Ocúrresele al Gobernador, en el aprieto en que se encontraba, un ardid digno de memoria. Hace scña de parlamento á los Moros y les dice: «que como cristiano y debiendo entregarse á unos ó á otros, iba á rendirse al Rey Católico; quc considerasen cuán poderoso Príncipe era, y que si Ccuta caía en sus manos, nunca más la podrían conquistar; cuando si la conscrvaba Portugal, fácil les sería cn otra ocasión tomarla; por lo que, levantasen el cerco y le proveycsen con bastimentos para oponerse al Castellano.»

Al mismo tiempo, envió un mcnsaje al Rey Católico manifestándole: «que cuando aqulla plaza estaba asediada de Moros, era muy de su cristiandad el defenderla, aunque de Rey enemigo; que él iba á cntregarla al Moro, y á Dios tomaba por testigo de que S. A. lo ocasionaba.»

D. Fernando que había notado las señas del Gobernador á los Moros, creyó buenamente que cra formal su intento de entregarles la plaza, y olvidando el suyo por el interés de la Iglesia, respondió á Rui Méndez: «que por ningún caso se diese al Moro, porquc no sólo alzaba el cerco, sino que lc socorrería si fuerc menestcr.» Igual mensaje recibió Vascon-

celhos del Africano, y gracias á su peregrina industria, vióse libre de ambos, el insigne Portugués [1].

No fueron tan dichosos los que le succedieron: fundaban los Gobernadores de las plazas berberiscas su mayor gloria en hacer continuas incursiones en el interior del país; como si el arte militar se cifrara, no en pelear para el vencimiento, sino en combatir sin tregua al enemigo. El renombre alcanzado por algunos intrépidos Capitanes, les impelía á brillantes hazañas; desdeñando los triunfos alcanzados por la prudencia, más útiles, si menos aplaudidos. En 1547 tentó una salida D. Juan de Noronha, que en la retirada, casi al tocar los muros, fué alanceado por los Alárabes. Su hijo D. Antonio, en el siguiente año, quedó cautivo en otra algara, muertos á su alrededor Melho, Sousa, Vas-da-Cunha, Coutinho y otros esforzados Caballeros.

Durante la tregua con el Oataz, los Portugueses, ansiando más imperio á medida que más adquirían, trataron de establecerse en las Canarias: resistido por los Reyes de Castilla, llegaron las cosas á trances de fuerza.

Están las Islas Canarias, que los antiguos llamaron Fortunatas, en el Atlántico, frente del cabo Bojador. Son siete principales: Canaria, que dió nombre á todas ellas; Hierro, Gomera, Tenerife, Fuerte-Ventura, Palma y Lanzarote [2], coronada por otras cinco islas pequeñas. La tierra es áspera: en Tenerife está el famoso pico de Teide á 3.739 metros sobre el nivel del mar, y que debe estimarse como cúspide de la ramificación submarina del Atlas.

Por qué cambiaron el nombre de Fortunatas ó Afortunadas, en Canarias, no es fácil de averiguar. Quieren ciertos autores, que de unos pájaros que cantan á maravilla y se llaman canarios, del verbo latino *cano*; más parece que mejor tomarían los pájaros el nombre de canarios por ser de la Isla Canaria, que ésta el de Canaria por tener aquella casta de aves. Otros de *canna*, caña; por criarse muy gentiles en aquellas tie-

1 De este suceso no encontramos mención en las historias nuestras que hemos registrado; pero D. Jerónimo Mascarenhas en la suya de Ceuta (*MS. de la Biblioteca Nacional*) lo admite tomándolo de la historia del Dr. Juan Salgado de Araujo. Correa de Franca, que lo cita y duda de su exactitud, dice: *que consta por la certificación que D. Franco de Morales y Zarco, Cronista y Rey de armas del Señor Rey D. Carlos II, dió á D. Antonio Riveiro de Mendoza.* Fuerte es el argumento de que lo callen nuestros historiadores, no menos el que haya quien lo afirme, y el que sirva de título de honor á una familia. Mascarenhas añade, que este cerco se llamó por antonomasia *el cerco grande*, y duro es de creer que se conservase la tradición entre los Ceutíes, sin haber existido hecho que le sirviese de fundamento. El sabor de las ideas es indudablemente de aquellos tiempos de ruda lealtad y de celo religioso.

2 Así dicen los historiadores de Canarias; pero en los mapas vemos marcada además otra isla con el nombre de Isla del Lobo.

rras. Quiénes, de los primeros moradores que dicen ser Cananeos: quiénes, porque el Cabo Non ó Bojador, tuvo por nombre *Extrema Chaunaria* ó *Promonthorius Chaunarius;* muchos, por fin, siguiendo á Yuba, Rey de Mauritania, que por criarse en ellas una casta de perros muy grandes y trabados, que en latín llaman *canis*, lo que equivaldría á llamarla Canaria ó tierra de canes.

Conociéronla antiguos navegantes Fenicios, Egipcios, Iberos, Cartagineses, Romanos y Godos; después, casi perdióse la memoria, hasta que los Portugueses, surcando por todas partes el Océano, dieron noticias más seguras.

En 1393, salió ya directamente de Sevilla una flota de Andaluces y Vascongados, que tomaron posesión de las islas por la Corona de España, y de paso las saquearon, cautivando al Guanarteme de Lanzarote, «é otros muchos de los moradores de la dicha isla, é muchos cueros de cabrones, é cera, é ovieron muy grand pro los que por allí fueron,» como dice la crónica.

El Príncipe de la Fortuna, según apuntamos en la primera parte, trató de fundar un reino en las Canarias, por los años de 1345; pero no tuvo efecto.

Juan de Bethencourt, noble Francés, acudió al Rey D. Enrique III, quien, como succesor de D. Rodrigo, le concedió el señorío de Canarias y de las costas africanas, con título de Rey [1]. Corría el año 1402, cuando emprendió la conquista, y á la primera isla que descubrió llamóla la *Joyeusse* ó de la *Alegranza*, por la mucha que tuvo: pasó de allí á la de Lanzarote, donde se estableció, sosteniendo largas guerras con los indígenas, menos con los de la Gomera, que pacíficamente reconocieron su dominación. Pensaba fundar establecimientos en la costa; y al efecto, en un pequeño buque la recorrió desde el Cabo Cantín hasta el río del Oro, haciendo algunos cautivos, sin que realizase su plan por impedimentos que sobrevinieron.

1 En su *Historia del Imperio de Marruecos*, dice D. Antonio Rotondo: «*que las expediciones de Juan de Bethencourt dan á la Francia el derecho de prioridad en los descubrimientos hechos en el Atlántico.....*; *pero que ocupada á la sazón, la Francia no se curó de Bethencourt, quien cedió el fruto de sus trabajos á la Corona de Castilla, para castigar la punible indiferencia de su país.*» Las graves equivocaciones que contiene tal aserción, se deducen de lo que escribimos en el texto. Cuando Bethencourt hizo su excursión á las Canarias, le habían ya precedido los Andaluces y Vascongados, que se cree tomaron posesión de ellas, y consta propusieron su conquista al Rey. Si Bethencourt fué en nombre, con ayuda y como vasallo de Enrique III; la prioridad del descubrimiento pertenece á España, y su derecho á las islas nace, no de la supuesta cesión de Bethencourt, sino de la conquista hecha á nombre de la Corona de Castilla. Bethencourt no podía ceder lo que no era suyo.

En el año 1430, el Papa concedió estas islas al Rey de Portugal; opúsose el de Castilla, y no se llevó adelante el negocio; pero el Infante D. Enrique, en 1450, destacó una escuadra que hizo mucho daño en Lanzarote, repitiendo frecuentemente sus acometidas [1].

Tras vario suceso, vinieron las islas al patrimonio de Doña Inés de Peraza, mujer de D. Diego de Herrera.

No cesaba el Infante D. Enrique en su porfía; y muerto D. Juan II, en 20 de Junio de 1454, logró que D. Enrique IV, con sobrada ligereza, donase las Canarias á los Portugueses Conde de Atouguía y de Villarreal; aunque conociendo después el agravio hecho á la Corona y á los legítimos dueños, revocó la donación en 1460.

Diego de Herrera tomó posesión de la Gran Canaria á nombre de los Reyes de Castilla, en 12 de Agosto de 1461, sin que pudiera reducirla completamente, hasta que el General D. Pedro de Vera, en 1480, logró la sumisión de los naturales, muerto á sus manos el Guanarteme Doramas, principal defensor de la independencia de su patria; y, por fin, el 29 de Setiembre de 1496, D. Alonso Fernández de Lugo proclamó en Tenerife, última isla conquistada, su incorporación á la Corona de Castilla.

Establecido Diego de Herrera en Lanzarote, quiso llevar á cabo el pensamiento de Bethencourt, y en 1478 [2] salió con derrota al puerto de Guáder, en la costa de África, á 33 leguas de la isla; desembarcando de noche en la embocadura del río del Mediodía, ó Bohia, navegable tres leguas tierra adentro. Con increible presteza levantó un castillo, que llamó Santa Cruz de Mar-Pequeña, y lo artilló, dejando el presidio al mando de Alonso de Cabrera [3].

Pocos años después, Mohammad el Xerife cayó sobre él con 12.000 hombres, pero tuvo que levantar el sitio; porque Diego de Herrera, avisado por el Gobernador Jofre Tenorio, lo auxilió, reforzando la guarnición con 700 peones. Desde entonces fueron incesantes las correrías de

1 D. Juan II se queja al Rey de Portugal de los excesos cometidos contra sus vasallos por el Infante D. Enrique, en cartas fechadas, una en Toledo, á 25 de Mayo de 1452, y otra en Valladolid á 10 de Abril de 1454. En esta última recuerda al Portugués, que su padre D. Enrique III «*tomó y poseyó* (las Islas Canarias), *por sui re, é como suyas.....; é so su señorio é su sujecion, é vasallaje, Mosen Johan de Bethencourt, su vasallo.*»—MS. de la Real Academia de la Historia.

2 1476, según Jiménez de la Espada, en su *España en Berbería.*

3 En concepto del Sr. Fernández Duro, Santa Cruz de Mar-Pequeña debía estar en la ensenada de Ifni.

los Españoles en África: sólo Herrera hizo 46; hasta que convencido de sus pocas fuerzas, para tan gran empresa, renunció sus derechos en los Reyes Católicos en 1487 [1].

Rudamente fué combatido después el castillo de Santa Cruz por los Africanos; pero acudió á su defensa D. Alonso Fajardo, de la casa de los Vélez, logrando ahuyentar á los sitiadores. Quedó, no obstante, tan quebrantada la fortaleza, que necesitó casi reedificarse de nuevo, y desde esta época los Adelantados de Canarias se llamaron Capitanes Generales de África, y los Corregidores percibían 50,000 maravedís como Alcaydes del castillo de Santa Cruz de Mar-Pequeña [2].

La influencia española, secundada por hábiles negociaciones, fué creciendo entre los Africanos, hasta el punto de que en 15 de Febrero de 1499, siendo Gobernador de la Gran Canaria D. Lope Sánchez de Valenzuela, se declararon vasallos del Rey de España los pobladores del reino de la Vu-Tata [3], según escritura pública ante Gonzalo de Burgos, otorgada por Amet, Capitán de la Ciudad de Ufrán [4], que prestó obediencia al Rey por sí y á nombre de su hermano Gaceleciz (Gacel-ez-Ziz) con treinta y ocho lugares cercados que tenían en el valle de Ufrán, dando poderes al mismo tiempo á Mahomad Maymón (Mahomad-ebu-Maymón),

1 No es fácil fijar la época en que se abandonó la Torre de Mar-Pequeña. Según algunas órdenes de la Reina Isabel, que se conservan en el *General Registro del Consejo de Indias*, se mantenía en Agosto de 1505. Según decimos más adelante, parece que en 1524 la destruyeron los Marroquíes.

2 Tomado el Peñón de Vélez, pretendió el Rey de Portugal que se le entregase el castillo de Santa Cruz; pero el Rey Católico se negó á ello: «*A mí me place, de muy buena voluntad, que se faga el dicho troque de la manera que vos me lo dijistes de su parte, exceptada la Torre de Santa Cruz, que posee Castilla cabe las Islas de Canarias.*» Carta del Rey Católico á Ochoa de Yzazaga, enviado á Portugal para tratar con el Rey, fechada en Cáceres á 24 de Diciembre de 1508. En la carta del Secretario Miguel Pérez de Almazán, escrita al mismo dándole instrucciones, decía: «*Y en lo de la Torrecilla de Santa Cruz, que está en la mar, cerca de las Canarias, que no se toque, que ella no es nada, ni la tomaria yo si me la diesen dada, y no parecería bien acá aquello, y bastaría para estorbar lo otro; basta que todo lo otro, que es la substancia y el todo, se face, y en la tierra firme lo dexa pacífico en aquellas partes.*».

3 Marcos Jiménez de la Espada, en el folleto *España en Berbería*, opina que el reino de la Vu-Tata ó Bu-Tata equivale al actual territorio de Guad-Nun extendido por la margen derecha del antiguo Daradus (*Dráa*), en una zona comprendida próximamente entre los 28° 45′ y 29° 30′ de latitud septentrional y prolongada desde el mar, donde se asienta Ifni, hasta poco más allá de las alturas que por el Este limitan la cuenca del río Assaka ó Nun. Sus límites por el Norte no es fácil fijarlos. Dióle su nombre, ó bien Tatta, población fortificada que se sitúa á unas 40 millas al Oeste del lago Eb-Debaía, gran remanso del Guad-Dráa, ó más bien de la antiquisima ciudad que se alzaba en la montaña de Ida-U-Taltas, cuya descripción bosqueja el Rabino Mardoqueo en su itinerario.

4 Ifrán, Ifrí, Isfuren ú Ofarán.

Señor de Tagaost [1], para que por él y en su nombre pudiese hacer é hiciese todas las cosas que fueren servicio de Sus Altezas.

Siguiendo este ejemplo, el 18 del mismo mes se sometieron los habitantes de Ifní ó Ifiní [2]. En 8 de Marzo, los de la Ciudad de Tamenarte y lugares de Tariagarute, Tagadí, Ifarabeiri, Eguguaz y otros varios [3]. En el mismo día, Boalid-ben-Buco (Abud-Alí-ebu-Bu-Kú), Señor de Tagamarte [4], nieto de Abdul-Mumen-Maho-Lufut, último Rey de la Vu-Tata, prestó igualmente obediencia, poniendo su villa y el derecho y señorío que le pertenecían en el reino, bajo del señorío y vasallaje de la Corona Real de Castilla, dando poder con su hijo Alí-ben-Buco (Alí-ebu-Bu-Kú) á Cidi-Zayde-Maymón (Sidi-Said-Maimón) y á Cidi-Mome (Sidi-Mumén), Alarbe de Auladamar [5] para que fueran á besar las manos á Su Alteza.

El 9 de Marzo los parientes de los Alcaydes de Ufrán, ratificaron lo hecho por éstos, y el 20, Mahomad-Maymón, Mahomet-de-Ben-Amest (Mahommad-ebu-Ahmed), Señor de Agaos [6] y Alí-ben-Ayó (Álí-ebu-Hayún), Señor de Ticigunén [7] hicieron lo mismo. A poco se presentó Alí-ben-Abid, Xeque del bando ó kabila de Auladamar, y se sometió al vasallaje y señorío de la Corona Real de Castilla, designando como representante de la tribu á Sidi-Mome, y ratificando su empeño con el Gobernador de Ifiní (Ifní) en la mezquita de este puerto [8].

1 Tagaost, Cabeza del Reino de la Vu-Tata. Se la denomina también Tagaos, Teganit, Tegos, Tagavost, á cinco leguas de Ifní. En 9 de Abril de 1503 escribía la Reina Católica en Alcalá de Henares á los Oficiales de la Contratación de Sevilla: «En las partes de África comarcanas á Canarias, especialmente en la Cibdad de Tagaost, se fizo por nuestro mandado cierta contratación, y fizo Diego de Castro, vecino de Burgos, cierto arrendamiento de las orchillas.»

2 Existía un castillo de Ifiní y el puerto del mismo nombre ó de Ifní, en el que, según la descripción que del último y sus contornos hace el Sr. Fernández Duro en su Memoria y trabajos sobre Santa Cruz de Mar-pequeña, se mencionan la antigua mezquita de que habla el escribano Burgos, ó sea el Sepulcro del Santón Sidi-Ifní.

3 Tamenarte, Villa principal del Reino de Vu-Tata: Tariagarute, Tagadí, Sarabeirí y Eguguáz, pueblos situados junto á la orilla del río Temenarte.

4 Tagamarte ó Tagumadert, villa principal del Reino de Vu-Tata, con señorío propio, situada en la provincia del Dráa en un monte á corta distancia de Mar-pequeña.

5 Auladamar: Jiménez de la Espada sospecha si esta kabila podrá ser la de los Abdelmar que se aliaron con Alonso Fernández de Lugo, aunque tanto difiera la palabra *abd*, que significa servidor, de la de *Ulad*, que significa hijos; quizá sea la de los Ulad Amira.

6 Alcazaba ó Castillo de la ciudad de Tagaost.

7 Fortaleza de la misma ciudad.

8 La curiosa escritura que hemos extractado y que es objeto de la Memoria de Marcos Jiménez de la Espada, de la cual tomamos las notas anteriores, la encontró el erudito é infatigable Oficial de la Biblioteca de la Academia de la Historia, D. Manuel de Goicoechea (á cuya bondad debo muchos de los datos de esta Historia), en los folios 201 al 206 del Tomo de papeles de Salazar, A-11, que lleva el rótulo de *Rey Católico*: 1480 *hasta* 1505.

España llegó á ser dueña de todo este territorio africano por el más legítimo de los títulos, por la voluntaria cesión de los naturales.

D. Alonso Fernández de Lugo, sojuzgada Tenerife, recorrió las costas de África; y levantando en el puerto de Nul, á veinte leguas de Tagaost, un torreón de madera con trinchera y foso, guarnecido de cañones, se posesionó de aquel territorio; pero se le opusieron los de Tagaost, faltando á la fé jurada, sin fruto entonces, por la ayuda que recibió el Castellano de las kabilas de Abdelmar, Auladamar ó Ulad-Amar; aunque al fin, por los continuos ataques y perdida mucha gente, tuvo el expedicionario que abandonar la torre y reembarcarse [1].

En tanto, preocupados los Portugueses con el plan de aumentar sus dominios, seguían costeando la ribera occidental del África, ansiosos de circunnavegarla. Tras larga cosecha de peligros, Bartolomé Díaz descubrió en 1486 el Cabo de las Tormentas, llamado después de Buena-Esperanza, que dobló Gama; glorioso hecho para los Lusitanos, que tuvieron un Camóens que lo inmortalizase.

Miraban el creciente poderío del exiguo reino portugués, con malquerencia, algunas naciones europeas; todas, con envidia; España, más que todas, andaba recelosa. Guerra muy dura había sostenido Fernando el Católico á su advenimiento al trono, contra D. Alonso, que llegó á titularse Rey de Castilla, y no lo olvidaba y temíale vecino poderoso.

Mas el celo por la fé acalló las desconfianzas del político, que fijó su vista en los Musulmanes. La unión de Aragón y de Castilla al disolverse el imperio de los Benimerines, aseguró la preponderancia de la cruz sobre la media luna. El cautiverio de España tocaba ya á su término. En Berbería se atacaba á los Mahometanos; en la Península les quedaba tan sólo el reino de Granada, donde se habían guarecido los restos de los Infieles.

El 2 de Enero de 1492, ondeaba en la Torre de la Vela el estandarte cristiano; Boabdil el Zogoibí, con lágrimas en los ojos, abandonó su antigua corte; los Moros, vencidos por sus disensiones, tanto como por las armas de los afortunados Reyes Católicos, huyeron al África á esconder su dolor y su vergüenza.

La reconquista concluye: Castilla, libre de enemigos domésticos, comienza las invasiones.

1 Según Zurita, en su *Historia del Rey D. Fernando el Católico*, éste mandó á Alonso de Lugo, Gobernador que era de las Islas de Tenerife y la Palma, que levantase tres fortalezas: una, en el Cabo Bojador; otra, en Nul, puerto de mar á *cinco leguas* de Tagaost, y otra en el mismo lugar. En cumplimiento de estas órdenes, Alonso de Lugo desembarcó en San Miguel de Saca, en aquella parte de la Berbería, *que está á cinco leguas de Tagaost*, donde asentó la torre de madera que llevaba, que se sostuvo algún tiempo.

PARTE III.

COMPRENDE DESDE 1498 HASTA EL 1700.

CAPÍTULO PRIMERO.

Descubrimiento de América.—División del nuevo mundo entre Españoles y Portugueses.—Toma de Melilla.—Toma de los Xerves.—Sorpresa de Cullera por los Berberiscos.—Tentativa frustrada sobre Mazalquivir.—Cisneros.—El Conde de Tendilla ofrece conquistar el litoral del reino de Tremecén.—Descripción do Mazalquivir.—Se entrega por capitulación.—Rota de los Españoles.—Asientan treguas con los de Orán.—Queda de Gobernador de Mazalquivir el Alcayde de los Donceles.

Mientras que en las costas oceánicas luchaban los Españoles por un palmo de tierra, el inmortal Colón rendía en tributo á los piés de los Reyes Católicos un mundo entero. ¡Fausto día el 12 de Octubre de 1492! Con las nuevas de tanta riqueza, la codicia hervía en los pechos. Aventureros de todas las naciones se disponían á marchar en busca de maravillosas conquistas, soñando oro, plata, diamantes, ricas telas, aromas exquisitos: el más infeliz no hubiera trocado sus esperanzas al embarcarse, por la opulencia de un Príncipe. La fiebre de las conquistas se había apoderado igualmente de los Reyes; la ambición, con su sangrienta mano, les señalaba tierras ignotas con que aumentar el poder y la gloria de su Corona.

La política aconsejó á Portugal y á España, que para evitar choques entre sus marinos, se señalasen los puntos en que podrían unos y otros continuar sus descubrimientos, y acudieron para ello al Pontífice, árbitro supremo en Reales contiendas. Éralo en 1494 Alejandro VI, que dividió el mundo en dos hemisferios, oriental y occidental; para los Españoles éste, aquél para los Portugueses. La línea divisoria se fijó al Oeste de las

Azores; y en 1495, por reclamación de D. Juan II, á unas 370 leguas al Oeste del Cabo Verde.

Así las cosas, un suceso inesperado hizo que la atención de España, fija entonces en la América, se dirigiese otra vez á las costas de Berbería. Allegábase armada para proseguir las conquistas de Cristóbal Colón, cuando arribaron noticias de que, por guerras civiles, los habitantes de Melilla, temerosos de caer en manos de sus enemigos, habían abandonado la ciudad.

Sea por envidia á Colón, según de ello se quejaba el inmortal Genovés, sea por el vivo deseo de que desapareciese aquel nido de piratas, el Capitán General de Andalucía, Duque de Medina-Sidonia, D. Juan de Guzmán, dispuso que la flota destinada á seguir el descubrimiento del Nuevo Mundo se posesionase de aquella fortaleza.

Es Melilla una de las más nombradas poblaciones de Fez, rayana á Tremecén y casi frontera á nuestra ciudad de Almería. Trábase con el Continente africano por un istmo rocoso de 350 varas sobre el nivel del mar; tiene fácil defensa, con un mediano puerto, abrigo entonces de los piratas que devastaban las costas de la Andalucía. El 17 de Setiembre de 1497, se tomó posesión de ella, dejando por Capitán con alguna tropa al esforzado Andino, que rechazando las acometidas de los Moros, librándose valerosamente de una emboscada en que cayó inadvertido y matando al Xeque Botoya y á su hermano; puso en respeto á los Montañeses. Conociendo éstos, por fin, que sus esfuerzos no bastaban para reconquistar á Melilla, se limitaron á bloquearla, fortificando los pueblos comarcanos y poniendo vigías en todas las atalayas.

En 28 de Setiembre del mismo año, el Virrey de Sicilia, Juan de Lanuza, por tratos que tenía con algunos principales, se apoderó de los Xerves, fortificó el castillo y dejó guarnición que fué ásperamente combatida por el Rey de Túnez, á quien la isla pagaba tributo.

También la guerra entre Berberiscos y Españoles, estaba encendida por el mar: los corsarios costeños no dejaban punto de reposo á los pobladores de ambas riberas. En el año 1503, diez y siete bajeles corsarios sorprenden á Cullera, cautivan 150 personas, pudiendo, del resto de los habitantes, unos hacerse fuertes en el campanario y en el mesón, mientras que otros libraron la seguridad en los piés trasponiendo el Júcar. La noticia corrió por los pueblos, con aumentos: decían que los Moriscos se habían levantado, y acudió á tomar lengua el Gobernador de Valencia, Cabanilles; pero ya eran idos los Moros, y volvióse á la Ciudad á apaciguar á los Cristianos, que se reunían en tumulto para dar en los Moriscos,

acusados, casi siempre con razón, de instigar y favorecer aquellas sorpresas.

Los Portugueses, en tanto que seguían el curso de sus conquistas por la costa occidental del África, trataron en 1504 de sorprender por un golpe de mano la plaza de Mazalquivir. Al efecto, con tropas de las guarniciones de Tánger y Arcilla, cayeron de sobresalto; pero los Moros se defendieron con tal brío, que les obligaron á replegarse con bastante pérdida.

Llegaban ya los últimos días de la piadosa Reina Isabel, cuyo propósito, nunca abandonado, era conquistar para el cielo naciones infieles: en sus generosas ambiciones confirmábanla su Confesor, el docto y bondadoso Hernando de Talavera y el insigne Arzobispo de Toledo, Fray Francisco Ximénez de Cisneros, varón sapientísimo, Religioso ejemplar, estadista profundo, de altos pensamientos, de inquebrantable carácter; tan austero y tan inflexible en sus resoluciones, como lo habían de menester lo áspero y lo revuelto de los tiempos.

Ardíale el corazón en deseos de dilatar el reino de Cristo y de limpiar las marinas de piratas, lastimado de tantos infelices que gemían en duro cautiverio, y en cuyo rescate se empleaban de continuo gruesas sumas. Parecíale también indigno de la majestad de la nación sufrir pacientemente las presas y rebatos de los Moros, y en ardorosas pláticas encarecía á la magnánima Reina, la gloria y la conveniencia de conquistar el litoral africano.

Ayudábale en su propósito el Conde de Tendilla, que tan alto nombre había adquirido en la guerra de Granada, quien en su humor guerrero llegó á comprometerse á conquistar para su patria, con 1.000 caballos y 10.000 peones, toda la tierra asentada entre Melilla y Argel, con la sola condición de que se le había de ayudar con 40 cuentos de maravedís; «que si más haber se necesitase, de lo suyo lo satisfaría.» Escuchaba todo esto sin desagrado el Rey Católico, inquieto y receloso con el creciente poderío de los Portugueses en África. La muerte de la insigne Reina dilató la ejecución de estos designios; necesario le era al Rey dominar antes las resistencias interiores, para poder dirigir sin embarazo sus armas contra los enemigos exteriores. En conjuras contra él muchos nobles Castellanos, desconfiaba de todos; y su carácter, naturalmente frío y reservado, trocóse, no sin causa, en suspicaz y sombrío.

También la muerte de Tendilla fué contratiempo de harto bulto; pero sobrevivióle el Cardenal, que no era hombre de abandonar la idea, tan

largo tiempo por él acariciada. Preparándose para la ejecución, con el mayor secreto encargó á Jerónimo Vianelli, hábil marino veneciano, el estudio del litoral de África, y en breve recibió puntualísimas noticias, con diseños y exactas descripciones de las ensenadas, puertos y topografía de los terrenos inmediatos. Vianelli juzgaba, y logró persuadir al Cardenal, de que la guerra debía dirigirse contra Orán y Mazalquivir; y resuelta ya en su ánimo la conquista, emprendió la no menos difícil tarea de convencer al Rey Fernando que le confiase la dirección de tan ardua empresa.

Mazalquivir, llamado también Almarza-quivir, Maza-el-quivir y Almarza, en el Reino de Tremecén, está contrapuesto á Almería, un poco hacia Levante, y á una legua al Poniente de Orán, en la parte de mar conocida por Mediterráneo Sardoo. Llamóse en lo antiguo *Portus magnus,* á cuyo significado corresponde en árabe *Mers-al-Kebir*. Es fuerte pór naturaleza, situado sobre una peña, estribo de la falda del monte del Santo, de 120 piés sobre el nivel del mar, en su mayor altura. En la punta de la Mona de Orán, tiene comienzo el puerto; ciérralo á una legua, en línea recta, el promontorio roquizo en que se asienta Mazalquivir; y aunque resguardado del Norte y Nordeste, queda abierto al Sudoeste, llamado por los naturales *el polvorista.*

Juzgó el Cardenal, que siendo aquel punto tan capaz, le serviría para pasar libremente al África cuantas fuerzas quisiere, y conquistar á Orán, objeto y fin de sus escondidos planes. Con tales intentos, escribía reservadamente al Rey para que discurriera sobre este designio, que no tardó mucho en traslucirse, con grande aplauso de la nobleza, ansiosa de guerra contra Infieles, y más aún de lisonjear al Rey, que á ella parecía inclinarse.

No debía Fernando, albacea de su mujer, la heróica Isabel, olvidar el expreso encargo á sus hijos, de que no cesasen de la conquista de Africa, *é de puñar por la fé contra los Infieles* [1]; pero no era Fernando liberal, y su tesoro andaba también por demás corto, con los gastos que le ocasionaba la Sicilia y los hechos en la conquista de Granada. «*Deseo la expedición,* decía, *pero no tengo dinero.*» El Cardenal le ofreció once

1 «E ruego é mando á la Princesa, mi hija, y al Príncipe, su marido, que sean muy obedientes á los mandamientos de la Sancta Madre Iglesia, é protectores é defensores della, como son obligados; *é que no cesen de la conquista de África, é de puñar por la fé contra los Infieles,* é que siempre favorezcan mucho las cosas de la Santa Inquisición contra la herética pravedad.»—*Testamento de la Reina Doña Isabel, en Medina del Campo, á 12 de Octubre de 1504, ante Gaspar de Crisio.*

cuentos de la moneda de Castilla, y sustentar dos meses la armada que sitiase á Mazalquivir.

Por medio del Virrey de Mallorca, D. Juan Aymerich, andaba el Rey en tratos para la entrega del pueblo de Tedeliz, entre Bugía y Argel, ya entrado en 1398 por las tropas de D. Martín de Aragón; pero como sagacísimo, y tan prudente que otro más que él no le hubo en aquella era; envió primero á Martín de Robles, Contino de su casa, á fin de que, con achaque de compras de caballos, se enterase de la posición del pueblo, entradas, salidas y ventajas que traería su conquista y fortificación. Pareció que no era plaza de tal valer, que debiera sustentarse, y animado el Rey con los ofrecimientos de Cisneros, determinó la empresa de Orán y de Mazalquivir. Diéronse órdenes; hiciéronse levas; se unieron los voluntarios á los tercios de la tropa vieja española, y en 29 de Agosto, viernes [1], día de feliz augurio para los Españoles, sin publicarse el objeto, zarpó de las playas de Málaga la escuadra, compuesta de seis galeras y gran número de carabelas y otros bajeles, llevando á bordo hasta 5.000 hombres; número que aumenta en su relación Gonzalo de Ayora.

D. Diego Fernández de Córdoba [2], Alcaide de los Donceles (sobrino á lo que entiendo del Gran Capitán), mandaba la expedición, y á sus órdenes, D. Ramón de Cardona, para las cosas de mar; D. Diego de Vera, Comisario general de la Artillería; Gonzalo de Ayora, Capitán de los Guardias, y Vianelli el marino, como guía y director de la armada. Mas el tiempo fué contrario, y tuvo que detenerse en el cantal de Velez el Blanco, á dos leguas de Málaga, de donde salió con viento largo de Poniente, el dia 3 de Setiembre de 1505. Un fuerte Levante que sopló de improviso, obligó á la escuadra á refugiarse en Almería, donde se entretuvo hasta el 9, en que mudado el viento y pregonado el punto á donde marchaba; levó anclas y abordó las playas de Berbería el 11, tras el cerro del Falcón, á una legua de Mazalquivir; que la fuerza del Poniente les impidió el puerto. Allí esperó el General á que todos los bajeles se reuniesen, porque diversos en el porte y en el andar, se atrasaron algunos hasta cuatro horas; juntos, enderezó proas hacia Mazalquivir.

Desde que la noticia del armamento llegó á oidos de los Moros, con

1 Zurita dice que en sábado, pero con manifiesto error; puesto que después asienta que acabó de salir la escuadra de Almería en martes 9 de Setiembre, y que se dieron á partido el sábado 13 de Setiembre; por lo tanto, el 29 de Agosto era viernes.

2 D. Fernando de Córdoba, le llama Flechier en su *Vida del Cardenal Ximénez de Cisneros*, error que no cuidó de enmendar el que la tradujo.

la gran aprensión, cargaron de gente por aquellos contornos; pero la forzosa demora de la armada les hizo crecr se había dirigido hacia Levante, y se derramaron por los pueblos, quedando sólo un corto número con algunos vigías en las cumbres de los montes.

¡Cuál sería su sorpresa al ver dibujarse á lo lejos las velas españolas! Alarman la tierra con repetidos ángaros; corren en tropel á la ribera; y á lengua de agua, y en unas ramblas y en un espeso higueral cercano, se emboscan hasta 3.000 peones y 150 caballos. De Orán acuden muchos; en los puntos de fácil desembarco colocan artillería, y en la punta del Cabo, un baluarte con grandes traveses que barría con sus fuegos mar y tierra.

Una tempestad estalla; entre la lluvia, el fulgor de los relámpagos y el bramido del trueno, adelántanse las naves gruesas de Lezcano y de Flores de Marquina, grandemente provistas de artillería, que bombardean la fortaleza. El mar, furioso, impide que las galeras se acerquen; montan los Españoles en varias fustas, y desembarcan atropelladamente. Defendían los Moros la entrada con ánimo resuelto; pero López el Zagal toma tierra el primero, y en pos Lope Sánchez de Valenzuela y Luis Diaz Cerón, que se sostienen con valentía, engrosados por los que iban desembarcando; hasta que acudiendo D. Ramón de Cardona, Gonzalo Ayora y otros valientes Capitanes, con la gente llamada de ordenanza, pudieron rechazar á los Infieles y tomar posición en los collados inmediatos. Ya en la playa el ejército, manda el General formar sus batallas muy ordenadas, y acometer un cerro entre el higueral y la sierra, distinguiéndose entre todos el valiente Capitán Pero López con tres compañeros.

Los Moros abandonan aquella posición, y llegada la noche se repliegan á Orán, dejando 400 hombres en Mazalquivir. No fué parte la abundantísima lluvia, para que los nuestros no atacasen la sierra alta que domina la población, y que por haberse corrido la mayor parte de los enemigos hacia Orán, tomaron sin mucha resistencia, fortificándola á toda prisa, con grandes reparos y harta fatiga de agua, frío y hambre.

Al día siguiente, atrincherados ya, principió á cargar gran golpe de Moros, que recudía de todos los lugares vecinos, y 300 lanzas, y unos 2.000 peones de Tremecén, al mando del Mezuar. A su opósito envió el Alcayde de los Donceles hasta 1.600 hombres, con dos ribadoquines que les impidieron socorrer la plaza.

Aprestaron el cerco por mar y por tierra, entrando la escuadra en el puerto, y aconteció que, á los primeros tiros de la artillería, fué muerto

el Alcayde de Mazalquivir, con lo cual, y descabalgadas las mayores piezas del castillo, desmayaron los defensores y pactaron una tregua hasta el 13 de Setiembre, en que prometieron rendirse, si el Rey de Tremecén no los socorría.

Concluyó el plazo sin que el socorro apareciese: D. Diego Fernández de Córdoba preparó el asalto; mas diéronse á partido los sitiados, y concedióles tres días para salir libres de Mazalquivir, con sus mujeres, hijos y cuanto pudiesen llevar encima: el mismo Córdoba vigiló en persona á la puerta de la ciudad para impedir desmanes de la soldadesca, cumpliéndose tan lealmente las capitulaciones, que un peón que maltrató á una Mora, fué incontinente arcabuceado.

¡Gozoso momento para los Españoles el de izar las banderas y el pendón Real en las torres de las fortalezas, al grito de «*Africa por el Rey nuestro Señor!*» Ventura fué la pronta capitulación; que en el mismo día y á poco de haberse entregado la plaza, acudió á socorrerla innumerable morisma; que visto lo vano de la empresa, se recogió á Orán, y apostóse en la sierra, y sobre todo en la atalaya más cercana á Mazalquivir, observando á los invasores.

El valiente Alcayde de los Donceles, imaginando ser acometido de rebato, estuvo sin desarmarse cuatro días y el ejército en formación ordenada; pero el Mezuar y los Tunecíes, que se descolgaban de la sierra, viniendo hacia el campo cristiano con grandes algazaras; se reparaban luego y por la tarde volvían á sus posiciones; de modo que perdido el miedo, osaban los nuestros más de lo que debieran, que fué causa de grandísimo desastre.

Aconteció, pues, que la caballería mora prohibía al ejército forrajes; y los Españoles, lozanos de corazón por las victorias pasadas, se derramaron en busca unos de leña, otros de agua para la flota, que asaz la necesitaba. Los Moros, emboscados tras de unas peñas, cayeron sobre los forrajeadores, que sostuvieron la arremetida, y aun por fuerza de puños, la compañía de D. Alonso Girón de Rebolledo, los llevó delante gran pieza, hasta un cerrejón en que hicieron pié firme, resistiendo tenazmente el ímpetu de los nuestros. Renovóse la pelea, y socorridos los soldados por la gente de Córdoba, mandada por el Alguacil mayor D. Íñigo de Ayala, después de porfioso combate, desalojaron á los Moros con pérdida de más de 500. Pero al perseguir á les fugitivos, se desbandan las tropas, revuelven los Alárabes, derrotan á los vencedores, y con muerte de muchos y vergüenza de todos, los persiguen hasta el mismo Mazalquivir; dejando en el campo muchos Capitanes y gente principal,

á quienes el valor aconsejó la resistencia ó la honra les vedó la fuga.

Prudentes ya por el conocimiento de las artes contrarias, limitóse el Alcayde de los Donceles á reparar y abastecer suficientemente la fortaleza y el pueblo; envió por Comisionados á Orán á D. Alonso Girón de Rebolledo, Jerónimo Vianelli, Vargas y Gonzalo de Ayora, á fin de concertar treguas y arreglar el orden que había de guardarse en sus contrataciones y cambios, en lo que vinieron los Moros, que por el puerto de Mazalquivir recibían gruesas ganancias del comercio de Levante, sostenido por galeazas venecianas.

Esto arreglado, en 24 de Setiembre, D. Ramón Cardona con la armada, ya sin objeto, movió á Málaga, yendo D. Diego de Vera y Gonzalo de Ayora á dar al Rey cuenta de la conquista y al Cardenal como homenaje, alguna presa, con un bastón de ébano, de primorosa labor y admirable negrura, que había pertenecido á un Alfaquí principal. Estimó Ximénez la memoria, y cedió el bastón á su Universidad de Alcalá, que lo conservó largo tiempo. Grandes regocijos se hicieron en todo el reino, que sin noticias de la flota, temíala perdida. Ordenáronse ocho días de funciones en acción de gracias á Dios, con cuya ayuda se había ganado el puerto de Mazalquivir, nido de piratas, y ahora paso franco á las tropas españolas para la invasión de Africa.

Llamó el Rey á la Corte á D. Diego de Córdoba, hízole muchas mercedes, y entre ellas la de nombrarle Gobernador de la plaza, cuya guarnición se reforzó con 100 caballos y 500 infantes, al mando del Lugarteniente Rodrigo Díaz.

Al conferir la gobernación del país adquirido al Alcayde de los Donceles, habíale dicho el Cardenal Cisneros: *que nadie más capaz de defender la plaza, que el que la había conquistado; y que España podía prometerse que llevaría muy adelante sus victorias, en un país en que acababa de abrirse camino.*

Pero turbaciones sobrevenidas en Castilla no permitieron ni al Rey, ni al animoso Cardenal, ejecutar por entonces sus levantados pensamientos.

CAPÍTULO II.

Algara desgraciada del Alcayde de los Donceles.—Sentimiento del Cardenal.—Sus instancias al Rey para la prosecución de la guerra de África.—Descripción del Peñón de Velez de la Gomera.—Tómalo el Conde Pedro Navarro.—Enójase el Rey de Portugal.—Funda á Mazagán.—No puede tomar á Azamor.—Reconquistan los Moros á Arcilla y acude el Rey Católico al socorro del castillo.—Insta Ximénez de Cisneros la continuación de la guerra.—Acuérdala el Rey.—Vacilaciones de éste y constancia del Cardenal.—Motín del ejército.—Vianelli es herido por Villarroel.—Se embarcan los expedicionarios.—Descripción de Orán.—Ataques de la sierra.—Gánase Orán.—Resuelve el Cardenal su vuelta á España.—Palabras de Cisneros á la Diputación de la Universidad de Alcalá.

Vuelto el Alcayde de los Donceles á su gobierno, sostuvo una guerra continua de algaras y rebatos contra los Moros, que casi siempre salían maltratados. Creciéndole los bríos con el próspero suceso, y reforzado con gente vieja de los tercios de Nápoles, que montarían bien 100 caballos y 3.000 peones, vínole en ánimo hacer una cabalgada é internarse en país enemigo. Espoleábale también, el que habiendo saqueado los corsarios de Orán las costas de España, anunciaban otro tanto contra Mazalquivir. Parecióle afrentoso en demasía para sus armas el sufrirlo; y más arrojado que prudente, en un día de Junio de 1507, salió de la plaza, puesto ya el sol, y metiéndose tierra adentro saqueó tres lugares, recogió considerable presa, con más de 4.000 cabezas de ganado y 1.500 cautivos, durmiendo por la noche en el campo.

Los que huían dieron aviso á los pueblos inmediatos, que se alzaron en armas: el mismo Rey de Tremecén púsose al frente de sus tropas, y juntos 11.000 caballos y 30.000 peones (número quizá aumentado por los vencidos, que en la muchedumbre excusaron la derrota), cayeron sobre el reducido ejército, que se recogía apresuradamente. El Alcayde de los Donceles se hallaba tan quebrantado de fuerzas, que á la vista de Orán se hubo de detener, mientras el grueso de la expedición seguía su camino para ponerse en cobro. Faltos de Jefe, desbandáronse los soldados al pasar por cerca de unos pozos, donde perecieran miserablemente, cargados por el enemigo; si el Alcayde, con grande esfuerzo, no los hubiese alcanzado, hécholes guardar su ordenanza y formádoles en apretada mue-

la, colocando en el centro la caballería. Los enemigos los rodearon por todas partes, hasta que D. Diego, vista la imposibilidad de salvar las tropas; con gran esfuerzo, al frente de los 80 caballos que le quedaban, arremetió por lo más apiñado, y rompiendo las líneas, pudo guarecerse en Mazalquivir. Entonces la rota fué general: sólo 400 se recogieron en la plaza, pocos menos quedaron cautivos, y más de 2.000 muertos en el campo; que tan brava fué la pelea y tan sin piedad el alfanje de los Moros. Hondamente apenado el Gobernador, cuidó perder el sentido al entrar en Mazalquivir.

No fué menor la pesadumbre de Cisneros. Hallábase á la sazón rigiendo el gobernalle de la monarquía y el Rey en Nápoles, á donde le llevaron recelos del Gran Capitán. Los Nobles descontentos; pobre de seso la Reina y D. Fernando auscute; no osó el Cardenal, como quería, juntar grueso ejército, y á su cabeza marchar á África, donde estaba en balanzas la dominación española. Afortunadamente llegó el Rey á las playas de Valencia el 20 de Julio, y, con noticias de lo acontecido, envió al momento algunas galeras para socorrer á Mazalquivir, si, como se creía, era atacado por los Infieles.

Grandes turbaciones ocasionó la muerte del Rey Filipo: D. Fernando pasó á Andalucía, y concertadas las diferencias y castigados excesos de los Grandes, volvió á su asiento y corte. Cisneros, lastimado de la rota pasada, celoso por la Religión, afligido por las depredaciones de las marinas, representaba al Rey incesantemente: Que un *Príncipe católico no cumplía sus sagrados destinos, ciñendo espada ociosa mientras sus vasallos gemían en duro cautiverio.* Oíale con benignidad Fernando y dábale con la entretenida; que por la astucia, no por fuerza de armas, se prometía el logro. Andaba á la sazón en pláticas con Muley-Yahya, Rey de Túnez, quien, alegando derechos sobre Tremecén, solicitaba auxilio para la conquista. Ofrecía, en cambio, ceder todos los lugares de la ribera, quedándose tan sólo con la capital y ciudades inferiores, pagar tributo, y á la seguridad del concierto dar en rehenes á su hijo. Para ultimarlo, en Noviembre envió Embajadores al Rey Católico, que con ello puso entera la voluntad en la conquista de África, mandando acrecentar la flota y proveer las galeras de las Órdenes, para cuando se creyera sazón oportuna.

No aflojaban en molestar las costas, los Berberiscos, que en aquel entonces habían saqueado la de Sevilla; y el Rey, mientras se llevaban á cabo sus tratos con el de Túnez y los planes del Cardenal, mandó al Conde Pedro Navarro que se pusiera con su escuadra donde les impidie-

se la vuelta [1]. El General dióles caza, y apresándoles algunas fustas y porción de cautivos, llegó al Peñón de Velez de la Gomera, fortaleza avanzada de la ciudad.

Está el Peñón á 25 leguas al Este de Ceuta y á unas 100 varas de la playa. Fórmalo una masa de rocas calcáreas de 350 varas de longitud, 100 de latitud y altura, escarpada é inaccesible por todo su circuito, calva, escueta, sin agua potable y con un fondeadero mediano.

En lo superior de la peña elévase la fortaleza que protegía á la ciudad de Velez de la Gomera, una de las mayores guaridas de piratas que corrían el Mediterráneo. Presidiábanla hasta unos 200 Moros con artillería, que disparó sobre la escuadra del Conde. Interpuso éste en el canal, formado por el Peñón y tierra firme, una nao guarnecida con sacos de lana que apagaban la fuerza de los tiros, y envió á toda prisa dos galeras para remolcar las naves, que por falta de viento se habían atrasado. Entendiendo la guarnición que el objeto de la armada era apoderarse de Velez, abandonó precipitadamente el fuerte que la sirve de antemural. Aprovechó el Conde la ocasión con que le brindaba el mal consejo de los contrarios; apoderóse de la isla en aquel día, 23 de Julio de 1508, artilló convenientemente el castillo, y fortificó toda la peña con tapias de tierra; que otra cosa no había más á mano. Careciendo de agua, envió á pedirla á Velez, dominada por sus cañones, con la amenaza de arrasarla si no le acudían. Siguió á la negativa el bombardeo, al bombardeo el abandono de la ciudad. Sus habitantes, guarecidas las familias en las cuevas, se limitaron, ocultos tras las asperezas del Baba y Cantil que dominan la isla, á cambiar algunos espingardazos con nuestras tropas.

Grandemente se regocijaron los Cristianos al saber la toma de aquella fortaleza, que impedía las depredaciones en las costas de Andalucía y Murcia, y grande fué el dolor de los Moros al conocer lo errado de su determinación. A par de muerte sintiólo el Rey de Portugal, quien envió al Católico quejas de que se entrometiese en terrenos que caían, según la línea divisoria, en conquistas de su reino [2]. Contestóle agridul-

1 El Conde Pedro Navarro, que tanto figuró en estas guerras de África, se llamaba Pedro Bereterra, y le apellidaron Navarro por ser del reino de Navarra, de la villa de Gorde en el Valle del Roncal. Fué el más hábil ingeniero de su tiempo é inventor de las minas que empleó por primera vez en el sitio de Cefalonia..... estando al servicio de Florentinos en el año 1500. Esto dice Paulo Jovio: otros alargan este invento al año 1503 en los sitios de los fuertes de Napoles, llamados Castel Nuovo y Castel d'il ovo.

2 A propósito de esta división de tierras, decía la Reina Católica en su codicilo, otorgado en 23 de Noviembre de 1504, en Medina del Campo, ante Gaspar de Crisio: «Item, por

ce el Rey Fernando: «Que no había sido su objeto apoderarse de tierras de Portugal, sino hacer guerra á Infieles y castigar las piraterías de los corsarios que le entraban las suyas: que si á Portugal pertenecían, se las entregaría, pagándole, según costumbre, los gastos de la conquista, y que de cosas se había apoderado el Portugués en Africa, que claramente pertenecían á Castilla, según las capitulaciones hechas por medio de Rui y Juan de Sousa.» Siguiéronse negociaciones por medio del Comendador Ochoa de Isasaga, apoyado por la Reina de Portugal; más inclinada á creer justas las peticiones de su padre, que las exigencias de su marido. Pretendía el Rey Católico que las conquistas de los Portugueses en el Cabo de Aguer, pertenecían á Castilla, y por ello que se viese esto juntamente con lo del Peñón, y además, proponía un tratado de alianza y una liga aduanera que abriese las puertas de reino á reino, para la introducción de moneda, caballos, pertrechos y mantenimientos. Repugnábalo en gran manera el Lusitano, que exigía, como condición previa de todo arreglo, la devolución del Peñón de Vélez; «porque esto era claro de Portugal y dudoso fuese de Castilla lo del Cabo de Aguer, sobre lo cual tratarían.» Al fin doblóse á la voluntad del Rey de Aragón; pero ya extendidas las capitulaciones, con inexcusable veleidad, se mudó alegando frívolos pretextos [1]. Quedaron por ello recelosos y desabridos suegro y yerno, holgando éste de los embarazos que por lo difícil de las circunstancias ocurrian á D. Fernando.

D. Manuel, en posesión de Arcilla, pensó en consolidar sus dominios del litoral africano, y al efecto, en 1506 levantó, á unas tres leguas al Oeste de Azamor y á otras tantas al Sur de Salé, á Castelho-reale, conocido después por Mazagán, y que los Árabes llamaron Barydiah. Cercóla con ancho foso por la parte de tierra, y con espeso muro por todas partes. Recias fortificaciones defendían el pequeño fondeadero que allí forma el Océano, abrigo de buques de corto calado; aunque insuficiente para los de gran tonelaje, que han de anclar á dos millas de la plaza.

Desde el momento en que el Rey de Portugal tuvo en Castelho-reale freno para los piratas de Salé, punto de escala para sus tropas, y depó-

cuanto al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las islas y tierra firme del mar Océano, descubiertas e por descubrir; uuestra principal intinción fué al tiempo que lo suplicamos al Papa Alexandro VI, de buena memoria, que nos fizo la dicha concesión; de procurar de inducir á traer los pueblos dellas é los convertir á nuestra Sancta Fé Católica é enviar á las dichas islas é tierra firme, Perlados e Religiosos, etc.» Se ve, pues, que nunca se movió aquella gran Reina por sed de conquistas, sino por celo religioso.

[1] Apéndice 1.º

sito de donde aprovisionar ejército y escuadra, dirigió los ojos á la ciudad de Saffi, de que se apoderó en el año siguiente. Fortificado el castillo del Cabo de Aguer, faltábale la plaza de Azamor, que le haría dueño de una posición ventajosa, en la divisoria de Fez y de Marruecos. Creyendo poder tomarla por inteligencias, envió á D. Juan de Meneses en 1508 con una armada que estuvo á punto de perderse con todo el equipaje, por haber jugado de espías dobles, los Moros con quienes contaba. Dicen, sin embargo, los Portugueses, que la expedición fué muy ventajosa, porque degollaron 1.200 Marroquíes. Los posteriores sucesos dieron fé de lo contrario; aunque los Portugueses tuvieron compensación de la afrenta de Azamor, en la heróica defensa de Saffi, que por entonces hizo el Capitán Nuño Fernández de Ataide contra innumerable morisma.

Al mismo tiempo que el Rey de Marruecos, Muley-Cidán, atacaba las plazas que los Portugueses poseían en sus estados, el Rey de Fez, Muley Mahomed, el Oataz, á pesar de la obstinada defensa de su Gobernador, el Capitán D. Vasco Coutinho, se apoderó de Arcilla, degollando sin piedad á cuantos no pudieron recogerse á la fortaleza. Recibió la noticia el Rey de Portugal en Évora, donde estaba cazando, y pesóle mucho; pero no teniendo dispuestas tropas, acudió á su suegro en demanda de auxilio [1].

El Rey Fernando, sin cuidar de sus tibiezas con los Portugueses, mandó socorrerla. A toda furia acude el Conde de Oliveto, ancla en la rada de Arcilla el 30 de Octubre y hace levantar el cerco [2]. Repítelo el Oataz al siguiente año con mayores fuerzas, y nuevamente Tánger y Arcilla son socorridas por el Rey Católico, con armas, municiones, tropas y víveres. Aunque agradecido D. Manuel [3], persistió, sin embargo, en reclamar como suyos la ciudad de Velez y el Peñón. El Rey Católico se allanaba á entregar la ciudad, pero no el Peñón, sin ciertas condiciones, y por si podían venir á concierto, envió á Évora á Gómez de Santi-

1 «..... Que el otro día, andando yo en Évora á caza de liebres, y estando á la noche con la Reina y con los Fidalgos y demás, en fiesta y placer, fuera de cuidados, me vino este sobresalto de Arcilla, que no sabe onbre cuando está seguro.»—Carta del Comendador Ochoa de Ysasaga al Rey Católico, inserta en el Apéndice 1.°

2 Apéndice núm. 2.°

3 D. Manuel quiso regalar al Conde 6.000 ducados de oro, quien los rehusó contestando: «*Haber hecho lo hecho por causa y servicio del Rey D. Fernando, cuyo sueldo recibía, y cuyo súbdito era, y que de solo él, como tal, y no de otro ninguno, esperaba el premio y la recompensa de sus tareas y fatigas.*»—Hieronimus Osorius, de rebus Emmanuelis Lusitaniæ Regis.

llán, Corregidor de Jaén, y el Portugués á Sevilla, á D. Cristóbal Correa.

La toma del Peñón fué vivo acicate para Cisneros, que redobló sus instancias al Rey, y le rccordó la Real promesa de emprender definitivamente la guerra de África. El Rey Católico seguía dándole largas. Exhausto su caudal; desperdiciado pródigamente el del reino por Felipe el Hermoso; poco firmes las cosas de Castilla; mal seguros los ánimos de los Grandes, y ansioso además de reposar, después de tantos años de continuo trabajo; oponía inconvenientes, ya que no negara lo loable de la empresa.

Todo lo allanaba el Cardenal, que no hay obstáculos para los ánimos superiores. Ofreció costear los gastos de la guerra (quizá el esperar esto tenía mucha parte en las dilaciones del Rey), empeñar las rentas del arzobispado, si necesario fuese, y hasta combatir en persona. Fernando dudó, ó aparentó dudar; que no era cosa llana saber la verdad de su ánimo; pero aceptó, por último, é hizo que se aprobase en el Consejo la proposición de Cisneros.

Pronto se esparció el rumor, y juzgóse variamente. Los maliciosos decían: *que todo estaba trocado en España; el Gran Capitán rezando rosarios en Valladolid, y el Arzobispo de Toledo pensando sólo en la guerra.* Los murmuradores tachaban al Cardenal de presuntuoso, mezclándose en lo que no entendía; de temerario, en atreverse, hombre de claustro, á empresa en que el mismo D. Fernando, avezado á las más arduas, encontraba dificultades gravísimas; y al Rey de ligero, porque exponía el ejército, confiándolo á un Fraile, que ni sabría vencer al enemigo, ni hacerse respetar de los soldados. Los sabuesos de la política achacaban al uno y al otro el plan de engañarse mutuamente: al Cardenal le atribuían el de empeñar al Rey y á la nobleza en la guerra, para disponer en tanto de España; al Rey, el de que condescendía con el Cardenal, para que le acabasen las fatigas desacostumbradas de la expedición, si salía bien, ó para desacreditarle, como autor de la empresa, si los Moros le derrotaban.

Pero á pesar de malicias, murmuraciones y profecías, los aprestos iban adelante. D. Fernando mandaba juntar los buques, víveres y pólvora necesarios; á los Comendadores de las Órdenes militares, que acudiesen con su persona como á guerra de Infieles, y en el Consejo, el Arzobispo era el que disponía en nombre del Rey, cuanto juzgaba convenir para el buen éxito de la empresa. Ayudábale eficazmente Gonzalo de Córdoba, con quien se aconsejaba en todas estas cosas. Confirió el mando de las fuerzas al Conde Pedro Navarro, que tanto se había distinguido

en Italia [1]; levantó tropas en la diócesis; nombró los Cabos de la expedición, y abarcando en su gran entendimiento el conjunto de la guerra, y previniendo el caso de que pudiese ser larga y dispendiosa, invitó al Cabildo para que contribuyese con sus rentas. El Cabildo, secundando la idea de su Prelado, no sólo ofreció sus bienes, sino acompañarle al África y pelcar contra los Moros.

Mas con gran pena del Cardenal, las hablillas de algunos y los consejos de la envidia, revestida de celo, lograron hacer mella en el ánimo suspicaz de Fernando: rastreada su corta voluntad, todos los encargados de los aprestos militares dilataban el cumplimiento de las órdenes, escaseaban los víveres é impedían con mil excusas la prosecución del armamento. Pensaban de este modo complacer al Rey, que sin atreverse á desaprobar ni á negar claramente, esperaba que aburrido el Cardenal con tantas contrariedades, de su propio fuero cejase en su propósito. No era quien menos contribuía á ello el General de la armada, Pedro Navarro, que en su soberbia condición y en su justificado renombre, llevaba á mal depender de un Fraile; y por ello, abultando dificultades, proponía la conquista de Orán como imposible, brindándose á conseguir otras más fáciles, si se le cometía el mando con independencia de Cisneros. Además, entre los Oficiales de uno y otro, existía rivalidad latente, que llegó á degenerar en parcialidades manifiestas. Agriáronse el Conde y el Cardenal; escribió éste al Rey, lo cierto: *Que el Conde era gran hombre para poner las manos en el hecho de la guerra, y excelente Capitán para pelear, pero no para gobernar*. El Conde, por su parte, más acostumbrado á la rudeza de los campamentos que á las artes palaciegas, discurriendo de todo con militar licencia, llegaba á

1 Pidió Navarro al Cardenal para la expedición 10.000 soldados de picas y coseletes; 8.000 escopeteros y ballesteros; 200 azadoneros, con picos, palas y azadones; 2.000 hombres de á caballo, los 500 de armas y los demás ginetes, y 200 escopeteros y ballesteros á caballo. Para su mantenimiento y transporte, estimó necesario 20.000 toneladas de navíos, 10 galeras, y en ellas 15.000 quintales de bizcocho; 2.000 fanegas de cebada para los caballos; 1.600 botas valencianas de agua para beber; 1.200 quintales de carne salada; 500 de queso; 600 de pescado cecial; 800 barriles de sardina y anchoa; 30 botas de aceite; 70 de vinagre; 300 fanegas de sal y 500 botas de vino; con toda la artillería ordinaria que conviniese para 150 velas y 10 galeras, y con especialidad 4 cañones gruesos, 2 pedreros, 6 gerifaltes y 4 culebrinas para desembarcar; con el repuesto necesario de plomo para balas; polvora sin cuento; hierro, herramientas, picas, coseletes y escopetas proporcionadas al número de gente de guerra, y 70 acémilas para las municiones y servicio del real. — *Archetipo de Virtudes*, por el Colegiado mayor de San Ildefonso de Alcalá. En un memorial que entregó al Cardenal exigia se le asegurase el servicio y pagas adelantadas por dos años. Apéndice núm. 3.

punto, muchas veces, de no tener á Cisneros el respeto debido á su alta dignidad.

El Fraile, por fin, venció al soldado; el carácter tenaz del Cardenal, al rebelde del orgulloso aventurero. En manos de D. Antonio de la Cueva, y ante el Conde de Altamira, prestó el de Oliveto homenaje solemne de no hacer sino lo que el Cardenal le mandare, y con ello se sobresanaron las disensiones.

Creyeron los políticos, que contra la frialdad y la astucia de Fernando, se estrellaría el ímpetu de Cisneros; mal le juzgaban: instó, rogó, representó al Rey los gastos hechos, el peligro de que la soldadesca se desenfrenase, la sinrazón de los contrarios, las ventajas de la conquista de Orán, su palabra Real empeñada, y tanto hizo, que logró al cabo doblegar el ánimo de D. Fernando. Temió éste, además, que derramada la gente militar por el país, tan suelta de lengua como lo sufre lo libre del oficio, divulgase por todas partes que se malograba la guerra contra Infieles por su mala voluntad, y que el pueblo, que tan alborozado había recibido la noticia, acreciese, en mengua suya, la fama del Cardenal.

Vencidos con tan singular constancia todos los inconvenientes, fué Cisneros á Toledo, arregló la diócesis, repartió socorros á las familias de los alistados, y se dirigió á Cartagena. Aún había de sufrir nuevas contrariedades: al levar anclas, un buen golpe de gente, capitaneado por un Oficial de Alcalá de Henares, y favorecido bajo cuerda por el díscolo General, reclama el sueldo, que no debía percibir hasta llegar al Africa, murmurando: *Que ser mandados por un Frayle no les era seguro ni honroso; que llevarlos á Mazalquivir era llevarlos al matadero; que allí debían temer más al hambre que al enemigo*. Declaróse el motín entre los soldados á los gritos de *¡la paga! ¡la paga, que rico es el Frayle!* [1]. Porción del ejército los sigue, se hacen fuertes en una colina, y aprestan espadas y picas en su defensa.

Todo se conjuraba contra el Cardenal: Vianelli, el alma de esta empresa, su persona de confianza, favorecía secretamente al partido de Navarro, y tratando de exasperar á las tropas contra Cisneros, achacaba á

1 Sandoval, en la *Historia de Carlos V*, lib. 1, pág 30, supone que estas voces partieron de los soldados después de llegar á Orán. También pudiera hacerlo creer un pasaje de Pedro Martín de Anglería en la *Epístola* 420, lib. XXII, en que trata de la vuelta del Cardenal, de aquella plaza; pero como allí ni Alvaro Gómez, ni Zurita cuentan que hubiera alteraciones, puede creerse que aquellas voces se oyeron en Cartagena, antes de que á los soldados se les diese la paga.—(Nota de *D. Martín de los Heros* en su *Historia del Conde Pedro Navarro.*)

la severidad de éste, la rigurosa justicia que él hacía en los sediciosos. Dolióse el Cardenal: parecíale muy duro que se quitase la vida á hombres que por seguirle habían abandonado sus familias, é hízoselo entender así á Vianelli por medio del General de la Caballería, Villarroel. Acaso éste hablara con aspereza, y quizás le contestase altanero el Italiano; lo cierto es que apelando á las armas, cayó el último al suelo, amortecido de una cuchillada en la cabeza. Temeroso el agresor de la cólera del Cardenal, se refugió en la ciudadela mandada por un pariente suyo.

Grande fué el disgusto de Cisneros: ambos contendientes le eran necesarios, el uno por su valor y su fidelidad, el otro por sus conocimientos topográficos y sus inteligencias en el país enemigo; mucha era su impaciencia; forzoso, sin embargo, esperar la mejoría del herido y el fin de la sedición. Alvarez de Salazar, de gran valer entre las tropas, habló á los amotinados, ofrecióles la paga, sacáronse talegos de dinero, coronados de guirnaldas, y á su vista los bulliciosos, como si nada hubieran dicho ni hecho, entraron en las galeras y dióse la orden de zarpar; pero saltó bruscamente el viento y se quedaron sobre las áncoras.

Quizá esto, que pareció contrariar, ayudó en gran manera al buen éxito de la empresa. En los pocos días que el Cardenal estuvo entre los soldados, ganóles el corazón con su afabilidad, más preciada en hombre tan entero; y con su superior inteligencia, les convenció de que sabía dirigir la expedición militar, cual si lo hubiese sido de por vida.

El tiempo favorable, la soldadesca contenta, mejorado Vianelli, desvanecidas las prevenciones contra Cisneros; el 16 de Mayo de 1509, la flota compuesta de 80 naves y 10 galeras, levó el ferro con rumbo á Mazalquivir, donde tomó puerto el 17, día de la Ascensión, declarándose la jornada contra Orán.

Esta ciudad, una de las principales del reino de Tremecén, siéntase en la ladera oriental del empinado monte de Silla; parte en tierra llana, parte en un altozano que entra en el mar, ceñida de recio muro, y con un fuerte ó alcazaba á estilo morisco. Defendíanla 60 cañones gruesos y muchos ingenios para arrojar piedras y flechas. Pobláronla los Arabes, y á la sazón contaba unos 6.000 habitantes, que mantenían vivo comercio con Catalanes y Genoveses, y numerosa armada de fustas y bergantines, defensa de sus riberas y terror de las de Andalucía y Valencia. Cuando arribó la armada era ya anochecido y dilatóse para el día siguiente el desembarco, que se efectuó con algún desorden; porque el Conde Pedro Navarro se empeñó en retener la caballería á bordo, como inútil en aquel terreno, cediendo sólo al mandato expreso el

Cardenal [1]. No sosegaba éste ni un momento: dictó disposiciones para cuanto había de hacerse; llamó á Navarro, y díjole públicamente: *Que en sus manos se libraba este negocio y que trabajaba por su propia gloria*; habló á los Oficiales, entusiasmó al ejército, y dió las disposiciones para el ataque de Orán.

Los Moros por su parte no vigilaban menos: de la ciudad destacaron gran copia de gente, que se atrincheró en las asperezas y reparos de una montaña intermedia; armaron celadas en hoces y angosturas, y por medio de almenaras dieron noticia del peligro á los de tierra adentro. En orden el ejército, salió el Cardenal de la ciudadela de Mazalquivir, caballero en una mula, revestido con sus hábitos pontificales, rodeado de Sacerdotes y Religiosos con la Cruz al frente, y cantando el himno *Vexilla Regis*, arengó al ejército y fué á ponerse á vanguardia de las columnas de ataque.

Al ver á aquel Prelado lleno de años y fatigas, enfermo, sostenido sólo por su gran corazón, redoblóse el de las tropas, y los Oficiales en rueda le rogaron encarecidamente que les quitase el cuidado de su vida y dejase á su cargo pelear, seguro de que no se arrepentiría. Cedió el Cardenal, fiando á Navarro las disposiciones para el combate.

Pero la formación de las batallas, asaz detenida por esperar á los caballos, dió tiempo de acudir á los Moros de las cercanías, de manera que sus escuadrones, que engrosaban por instantes, cubrían las alturas. El General, temiendo flaqueza en sus soldados por el cansancio, y más porque cran ya las tres de la tarde, y si la noche sobrevenía durante la facción podían recibir gran daño emboscados en lo más agrio de la sierra, y peleando contra enemigos prácticos en el terreno; vacilaba en acometer, y no queriendo cargar con la responsabilidad, marchó á consultar á Cisncros. Escuchóle el Cardenal, suspendióse un tanto, y al fin le dijo: *Andad, Conde, y pelead: Jesucristo y Mahoma se dan batalla, y toda tardanza, ventajosa para los Infieles é injuriosa para la Religión: atacad al enemigo y tened fé, que venceréis.*

El Conde de Oliveto volvió al campo y divididas sus fuerzas en cuatro columnas cerradas de 2.500 hombres, guardados los cuernos por la caballería y preparados los tiros; al grito de *Santiago, Santiago,* emprendió la toma de las alturas que corren desde Mazalquivir á Orán.

1 En la substancia viene á contarlo del mismo modo D. Martín dc los Heros en su *Historia del Conde Pedro Navarro;* aunque tendiendo á suponer que el Conde obraba bien, y que Cisneros lo embarazaba todo, por querer mandar cn lo que no entendía.

Defendiéronlas bravamente más de 12.000 Moros, pero fueron poco á poco perdiendo terreno hasta llegar á unas fuentes donde, por ganarlas, se recrudeció la pelea; quedando, al fin, por los Españoles, con gran consuelo suyo; que andaban rendidos por la sed. Navarro entonces plantó cuatro culebrinas, que dañaron mucho á los Moros, y tras breve descanso, dióles otra arremetida, tan recia, que se apoderó del cerro. Al verlos huir, á pesar de las prevenciones del General, no fué posible contener á la tropa que, con la codicia de alcanzarlos, se desbandó en el mayor desorden. Tan de cerca picaba á los fugitivos; que Orán no se atrevió á abrir las puertas, ó temiendo que con ellos entrasen revueltos los vencedores, ó por estar así concertado entre el Cardenal y los Judíos de la Ciudad, según algunos aseguran [1].

Llegan en esto los Cristianos con la furia del que vence; apoyan las picas en los muros y principian la escalada, á tiempo que la flota, combatiendo la parte de la marina, y apagados los fuegos enemigos, desembarca el marinaje y secunda el asalto. Sosa, el valiente Sosa, Jefe de los Guardias del Cardenal, sube el primero á la muralla; clava el pendón de Cisneros con un Crucifijo, y en el reverso las armas de su Señor; y gritando *Santiago y Ximénez*, da la señal de la victoria; tras él siguen otros, derrámanse por la ciudad, se apodera de una puerta D. Bernardino de Meneses, con sus Talaveranos, y entra el ejército. El triunfo manchóse con la crueldad: se empapó la tierra con la sangre de los rendidos, y sólo la embriaguez y el cansancio fueron bastantes para que concluyesen el saqueo y la matanza. La luz del día mostró el estrago: horrorizados los mismos vencedores, concedieron cuartel á todos los que se habían refugiado en las mezquitas. Treinta Cristianos murieron; en la toma de la montaña casi todos; 4.000 Moros, en cambio, y cautivos 5.000. Grande fué la presa, que se estimó en 500.000 escudos de oro. Nada quiso Cisneros para sí; puso en libertad á 300 esclavos, y repartió el botín entre los vencedores, premiando á los más valerosos; consagró las mezquitas; mandó reparar las fortificaciones; proveyó las cosas todas de la ciudad, y envió al Rey noticia de la victoria, con Fernando de Vera, hijo del general de la artillería, Diego, y después, por su tardanza, con Fray Francisco Ruiz, compañero y privado suyo [2].

1 Mármol, *Descripción de África*, lib. 5.º

2 Corrió entonces muy acreditada la voz de que el día de la toma de Orán se había repetido el milagro de Josué. Cierto que al considerar los diversos lances de la jornada, no se comprende cómo pudieron efectuarse en tres horas y media escasas que quedarían de tarde al comenzarse la pelea. Aludiendo á esta tradición, Francisco Santos, en su obra *El*

Es indudable que á la resolución de Cisneros se debió tan rápida conquista: tres horas después de tomada la ciudad, llegó el ejército del Rey de Tremecén, tan numeroso, que el ganarla hubiera sido, si no imposible, largo y difícil.

Meditó detenidamente el Cardenal si continuaría en África, según le aconsejaba su gran corazón; pero, bien conociendo lo árduo de conservar su dignidad entre las libertades de la soldadesca, su edad avanzada y las fatigas de los campamentos; bien, y es más seguro, pesando en su ánimo las demasías del Conde de Oliveto, cada vez más irrespetuoso, porque con la toma de Orán suponía haber concluido la comisión de Cisneros [1], y la discordia que su presencia engendraba en el ejército, por la animosidad creciente entre sus parciales y los del Conde, determinó su marcha.

Influyó, y no poco, en esta resolución, el conocimiento que tenía del carácter del Rey, quien, llevado de su natural, miraba receloso á toda la Grandeza, y más á Cisneros, por su amistad estrechísima con Gonzalo de Córdoba, de gran cuenta entre los nobles castellanos, y de cuya fidelidad nunca estuvo seguro. Desabrido el Rey con la estrecha unión de personas tan poderosas, escribió por entonces á Pedro Navarro, con quien secretamente se entendía: *Detened á este buen hombre; que no vuelva tan á prisa á España; conviene usar de su persona y dinero, entre tanto que se pueda. Detenedle, si podéis, en Orán, y pensad en una nueva empresa.*

No cumplió el encargo Oliveto, que, poco cortesano y sobradamente ambicioso, creíase humillado sirviendo á las órdenes de Cisneros. Este, resuelto ya, reunió á los Cabos del ejército y les anunció su partida, dándoles consejos, y asegurándoles que iba á la corte, no para excusar trabajo, sino para mirar por ellos; y diciendo á Pedro Navarro: *Que por ser tan esclarecido Capitán le estaba reservada la gloria de sojuzgar al África entera* [2].

Lastimáronse los Generales, y Navarro, causa principal de su resolución, más que todos; ó arrepentido de su proceder, ó temiendo la responsabilidad, ó para excusar á los ojos del Rey la marcha de Cisneros, que

Rey Gallo, pone en boca del Tiempo las siguientes palabras: *Camino yo al paso del sol y luna sin poder detenerme; sólo una vez lo hice en tiempo de Josué, y otra con el gran Cisneros; y así vosotros, aprovechaos de la ocasión, no la soltéis, que assida la teneis por los cabellos.*

Vide el Apéndice núm. 4.

1 Alvaro Gómez, *De rebus gestis Franciscii Ximenii.*

2 Idem id.

sabía le desagradaba, ó recelando que éste influyese con el Monarca en su perjuicio. El 23 de Mayo, con tiempo favorable, zarpó y arribó en el mismo día á Cartagena, sin escolta ninguna; dió providencias para el mantenimiento del ejército, y siguiendo hacia su diócesis, entró á los quince días de su salida, aclamado por los pueblos y llena el alma de amargura.

La Universidad de Alcalá diputó dos Doctores para recibirle, y Hernando Balba, á quien mucho estimaba Cisneros, viendo que no decía palabra sobre la conquista de Orán, se atrevió á insinuarle: *Que lo pálido y flaco de su rostro demostraba las fatigas sufridas y la razón del descanso.* Entonces el Cardenal le contestó vivamente: *Si la Providencia me hubiese concedido un ejército fiel; seco y pálido como me veis, hubiese plantado la Cruz de Jesucristo en las principales ciudades del Africa.*

¡Tan grandes pensamientos revolvía en su mente aquel Fraile septuagenario!

CAPÍTULO III.

Desórdenes en Orán.—Quiere Cisneros establecer la Orden de Caballeros de Santiago.—Asalto y toma de Bugía.—Asaltan los Españoles el campo de Abdurra Hamel.—Muerte del Conde de Altamira.—Argel, Túnez, Tedeliz, Téndoles, Guixar, Tremecén y Mostagán se declaran tributarios y vasallos de España.—Asalto y toma de Trípoli.—Piensa Pedro Navarro apoderarse de Túnez.

Pronto estallaron desórdenes gravísimos en la conquista: el Veneciano Vianelli, consentido y apoyado por el Conde de Oliveto, que, excelente militar, carecía de dotes de gobierno, monopolizaba con codicia italiana los víveres, prohibía la importación, vendía á precios excesivos y saqueaba por igual á los Moros y á los Españoles. Viniéronle quejas á Cisneros, que acudió al Rey suplicándole que reuniese los mandos de Orán y Mazalquivir en el Gobernador de ésta, D. Diego Fernández de Córdoba, é hiciese salir al Conde á nuevas conquistas.

Estaba el Rey entonces ocupado en preparativos de guerra contra el Turco, que decía iba á hacer en persona, contra el dictamen del Cardenal, que no estimaba prudente la ausencia del Monarca. Su intento, en verdad, era proseguir las conquistas en Berbería, animado por el Papa, que celebró en Roma la presa de Orán con grandes demostraciones y fiestas religiosas, en el templo de San Agustín, Obispo africano.

Había propuesto también Cisneros establecer en Orán la Orden de Caballería de Santiago: el Rey no lo contradijo, y aun mandó formar los reglamentos; mas procuró bajo cuerda, según se murmuró entonces, que no llegasen á ejecución, temeroso de que los Arzobispos de Toledo, como conquistadores de la plaza á sus costas, pretendiesen el derecho de conferir la encomienda.

Teniendo, sin embargo, en cuenta las instancias del Cardenal, las quejas contra el Conde de Oliveto, y que en Africa encontraba ocupación toda la gente aventurera y baldía, de que con tantas guerras estaba plagado el reino; mandó que se publicara nueva expedición contra Infieles. Corriéronse las órdenes; el Conde Pedro Navarro equipó, con gente de Orán, trece naos muy bien abastecidas que tenía en Mazalquivir, y dando la voz de que el desembarco era en las Alpujarras, tomó la vuelta de las

Baleares, reuniéndose con la flota que comandaba Jerónimo Vianelli; pero el rigor de la estación les obligó á detenerse en Ibiza, hasta el día 1.° de Enero de 1510, en que zarparon, publicando su marcha contra Bugía.

Perteneció esta Ciudad á la Mauritania Cesariense [1], después á Tremecén, y á Túnez; entonces formaba un estado independiente. Dista de Argel 30 leguas, y 12 del Castillo de Gigel. Tiene su asiento en un encumbrado monte, que cae sobre el Mediterráneo. El pueblo se extiende por la falda, y corona la cúspide una fortísima alcazaba, unida con el muro que defiende á la ciudad y al puerto, no muy abrigado. La tierra abundante en frutos, no propia para granos por ser agria y doblada en demasía: población mucha, pero muelle y voluptuosa.

El día 5 de Enero llegó la escuadra á Bugía, con Diego de Vera, los Condes de San Esteban del Puerto y Altamira, y otros principales, y hasta 5.000 hombres escogidos de pelea, con gran tren de cañones. Declaróse un viento terral que contrariaba la aproximación, y sólo cuatro naves pudieron fondear aquella mañana, verificándolo el resto, hasta dos horas después de mediodía. Mandaba en la Ciudad el Reyezuelo Abdurra-Hamel, quien, aprovechando las dilaciones de los expedicionarios, reunió sus tropas, en número de más de 10.000 Alárabes, y por las alturas de la sierra, descendió á la marina á fin de impedir el desembarco, que había de efectuarse á un tiro de ballesta de la ciudad. Rompió el fuego la plaza, con más de 100 cañones, tan mal servidos, que no hicieron daño alguno. Grande, en cambio, lo causó la artillería de los buques, barriendo la costa, de modo que los Infieles tuvieron que abrigarse en las asperezas, y el ejército tomó tierra sin obstáculo.

El Conde Pedro Navarro formó á los suyos en cuatro escuadrones, y emprendió sierra arriba para desalojar á los Moros y combatir la ciudad desde lo alto; mas tal fué la flaqueza de éstos, que abandonaron sin resistir el punto, y se metieron en Bugía, seguidos de los Españoles. Al mismo tiempo, por la otra parte que llamaban la ciudad vieja, y estaba sin guarnición, atacaron algunas compañías, y á escala vista penetraron en ella, siendo de los primeros Pedro de Arias, el justador, que mató á un Alférez moro, y enarboló la bandera de España. El Rey Abdurra-Hamel [2] escapó por un lado, cuando los Cristianos entraban por el opuesto. De esta forma se ganó Bugía en la mañana del 6 de Ene-

1 Zurita y Mariana la colocan en la Numidia, no muy distante de los límites de la Mauritania Cesariense; pero Luis del Mármol terminantemente dice, que es la última y más oriental parte de la Mauritania Cesariense, que confina al Mediodía con la Numidia.

2 Abderrhamén, le llaman otros Historiadores.

ro de 1510, día de Reyes. La ciudad fué entrada á saco; la presa grande en cautivos, ropas y bienes [1]. Toda la tierra se hubiese entregado llanamente á España, á no estorbarlo Abdurra-Hamel, que, con los suyos, formó un campamento á ocho leguas de Bugía, sobre el río, desde donde tenía en jaque á los invasores, impidiendo el que se desmandasen por los ruedos. Mas tan turbadas y revueltas iban las cosas, que pudo escaparse de la prisión Muley-Abdalla, su competidor y legítimo Rey, y meterse en Bugía, al abrigo de los Españoles. Recibióle el General con grandes muestras de cortesía; que estimaba tener en él, un auxiliar más poderoso, que el más poderoso ejército. Y fué así; porque sus parciales vinieron á la población y vivían en un arrabal en paz con los Cristianos, favoreciéndoles en sus algaras y rebatos.

No se compadecía con el carácter del Conde sufrir resignadamente los alardes de Abdurra-Hamel; pero la cortedad de la tropa, que además había de desmembrarse para la guarda de la ciudad, se los hacía sobrellevar al redopelo. Ocurrió que, aumentándosele las fuerzas con algunas que le enviaron de las Baleares y de Cerdeña, decidió acometer el campo de los enemigos. Al efecto, puso en la vanguardia á Diego de Vera, y á los Coroneles Ávila y Marqués; en la batalla al Coronel Pacheco y á los Capitanes Bonastre y Álvaro de Paredes, cerrando él la marcha con las compañías de Vianelli. En esta orden salió, anocheciendo ya, para caer al alba por cuatro partes sobre los Moros, que no fueron sorprendidos completamente; porque los delanteros, con más codicia que disciplina, acometieron á destiempo [2]. Escapó el Rey con otros muchos, habiendo perdido en el asalto de los reales unos 300 hombres y 200 cautivos. Se retiraron con gran botín los Españoles, picada la retaguardia por unos 2.400 Alarbes; pero dispersados por una rociada de los espingarderos, llegaron los expedicionarios felizmente á Bugía, bien que fatigadísimos

1 De diverso modo cuenta la toma de Bugía el Obispo Flechier, en su *Vida del Cardenal Cisneros*; pero nos ha parecido más seguro acomodarnos á los historiadores españoles.

2 Sandoval supone, que el no haberles sorprendido completamente, se debió al miedo de los delanteros, que gritaron *al arma*, sin motivo alguno, *creyendo que los garrobos eran pabellones*. Lo mismo dice Mármol; y en una relación manuscrita de la Biblioteca alta del Escorial, copiada por D. Martín Fernández Navarrete, se lee lo siguiente: *Llevaban los escuadrones delanteros Diego de Vera, Capitán del artillería é Samaniego; é como llegasen á unos prados que se hacian como á la entrada de un valle, en la misma entrada había unos árboles, que se llaman garrobos, é como no era bien de día, pensaron que eran las tiendas de los Moros; y con este pensamiento dan al arma y arremeten todos hacia los garrobos, disparando escopetas; é como se viesen burlados, tomaron por acuerdo de correr todos hasta las tiendas, que estaban de allí cerca de media legua.*

de tan áspera jornada. Un doloroso suceso enturbió el placer de la empresa, y fué la muerte del bizarro Conde de Altamira: peleaba en la vanguardia, cuando soltándosele á un soldado el escorpión de la ballesta, le atravesó con la flecha, muriendo á poco, con sentimiento grande del ejército, y más del Cardenal, que en él tenía puestas altísimas esperanzas, y el ánimo de que substituyese al insubordinado Conde de Oliveto.

Grande fué la admiración que tan rápida conquista causó en España [1], y no menor el desaliento que infundió á los Africanos. Aprovechándolo, intimó el Conde á los Argelinos, por medio de un hijo de Alonso Enríquez, diesen parias al Rey y libertad á los cautivos. No osaron resistir la demanda, temerosos de los sucesos de Orán y de Bugía, y en 31 de Enero de 1510 se declararon solemnemente por vasallos de España, como lo habían sido de Fez, *sin más imposiciones ni derechos que los que acostumbraban pagar; sin añadirles ni un quibir, ni agraviarlos en cosa alguna.* Pasando los Embajadores á la Península, á fin de rendir vasallaje al Rey Católico, le hallaron en Calatayud, camino de Monzón, donde habían de celebrarse las Cortes aragonesas, convocadas para el 20; y en Zaragoza, el 24 de Abril de 1510, ratificóse el convenio por Fernando. El Rey de Túnez, que antes de la toma de Orán y Bugía ofreciera vasallaje, se apresuró á cumplirlo. El 3 de Mayo lo verificó, poniendo al mismo tiempo en libertad á los cautivos, y obligándose, con pactos muy ventajosos para los Cristianos, á dar en reconocimiento del señorío de los Reyes de España, dos caballos y cuatro halcones; y en rehenes, hasta que su hijo Muley Boabdilí tuviera edad para ello, dos personas de cada lugar de su reino. Lo mismo hicieron á los pocos días Tedeliz, Téndoles y Guixar, andando también en tratos para prestar obediencia el Rey de Tremecén [2], al que repugnaba en gran manera el nombre de vasallo y se convenía con el de aliado; pero le redujo al fin el Alcayde de los Donceles, á quien, por librarse de las incesantes cabalgadas con que les destruía la tierra, se sometieron asimismo, los habitadores de Mostagán.

Con tan prósperos sucesos, crecióle el corazón á Pedro Navarro, y ya meditaba nuevas expediciones, cuando se divulgó que iba á Italia, reem-

1 El 23 de Enero de 1510 escribió Pedro Mártir al Conde de Tendilla: *¡Oh laude dignum facinus! Nihil jam Hispanis arduum, nihil aggrediuntur incassum, Africam formidine repleverunt.*

2 En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia existe impreso en letra gótica el traslado de una carta que se supone escrita por el Rey de Tremecén al Cardenal Cisneros, y que nos parece apócrifa.

plazándole en el mando el Capitán General D. García de Toledo; pero retardándose éste y viendo lo escaso de las provisiones y que la peste picaba en su alojamiento de Bugía, salió el 7 de Junio con rumbo á Trápani, donde se reunió toda la flota, compuesta de 22 galeras, 50 naves de gavia é infinidad de buques menores, con cerca de 14.000 hombres. El 15 de Julio levó el ancla, y declarado el intento de conquistar á Trípoli, navegó aquella vía, llegando á su puerto el 25 de Julio, día de Santiago.

Es Trípoli lugar muy fuerte; cíñele el mar casi por todas partes; un ancho foso lleno de agua le defiende por el itsmo, y tras aquél, cerca torreada y numerosa artillería en los baluartes.

Los Moros, que tenían noticia del pensamiento del Conde, y habían avistado la escuadra el día anterior desde las atalayas, acudieron en tropel para defender la ciudad, y como era gente valerosa, se conjuraron en dejarse primero hacer piezas, que abandonarla á los Cristianos.

Dispuesto el ataque con gran maestría por el Conde, forzó la boca del puerto bajo el fuego del cañón de los defensores, é intentó el desembarco. Los Moros se habían dividido en dos trozos: uno, para defender la ciudad desde los adarves; otro, el istmo que une á Trípoli con tierra firme. Para contrastarlos, el de Oliveto formó igualmente en dos escuadrones á sus tropas; el primero, peleaba contra los que fuera de la ciudad le impedían el desembarque; el segundo, con los de dentro pugnando por arrimar las escalas al muro.

La artillería de las naves ayudaba poderosamente á los Cristianos: ansiosa la tripulación de tomar parte en el asalto, trepó por las peñas de la marina creyendo que dormiría el cuidado, y con buen golpe de escalas, dió la arremetida, divirtiendo á los defensores por aquel sitio.

No aflojaba un punto la furia del combate; pero los Moros que defendían la tierra, á vista de ojos cejaban, y á las dos horas, arrinconados contra los muros, fueron pasados á cuchillo. Donde andaba más herida la pelea, era en la cortina que enlazaba dos torres junto á la puerta de la Victoria y no lejos de la Alcazaba. Trepando por una escala con valor inaudito, el mancebo aragonés Juan Ramírez pudo sentar pié en el adarve. Maltrecho con los golpes, sostúvose, sin embargo, con tal ardimiento, que entretuvo á los Moros, hasta que socorrido por los que le seguían, fueron ganando los baluartes y saltaron dentro de la ciudad. Mas no se desanimaron los defensores: convirtieron cada edificio en una fortaleza; cada calle en un campo de batalla: en las plazas, en las encrucijadas, en las mezquitas, en todas partes, hervía la pelea: no el triunfo, la muerte con venganza era lo único que buscaban. A puntos

llegó el trance, que la gente menuda del ejército, vuelto pié atrás, se refugiaba en las casas. Arrojáronse entonces al mayor riesgo los Capitanes animando á los soldados con la voz y con el ejemplo. Allí murieron de gloriosa muerte, el Almirante de la armada D. Cristobal López Arriaran y otros muchos esclarecidos varones; y tanta fué la insistencia en el ataque, y tanta la obstinación en la defensa, que inútiles por el cansancio Alárabes y Españoles, se remudaban de continuo, y mientras combatían los unos, se sentaban los otros para tomar aliento [1]. Por último, ganados los edificios, los Moros se recogieron á la mezquita mayor, donde se defendieron desesperadamente, hasta que fué entrada por los vencedores sin tomar hombre á vida.

Cinco mil Tripolitanos murieron; fué preso el Xeque al escapar; la ciudad saqueada; sus moradores cautivos; Berbería domada; las costas seguras; el nombre español, terror de África.

La noticia de la toma de Trípoli llegó al Rey, celebrando Cortes en Monzón: los Brazos, en su entusiasmo, concedieron un subsidio de 500.000 libras para proseguir la conquista. No menos deseoso el Rey, apremiaba á D. García, á fin de que partiese á su destino; nublábase el horizonte en Italia, y quería allí al de Oliveto, práctico en el país y acostumbrado á vencer bajo las órdenes del Gran Capitán; ó, según sospecha de algunos, le era molesto ya y causa de inquietudes en África, por su excesivo poder. Entretenía, no obstante, el de Toledo su marcha, con la aprensión de la peste, no del todo apagada en Bugía; y Pedro Navarro, con dobles bríos por el suceso de Trípoli, acariciaba el pensamiento de apoderarse por fuerza de armas del reino de Túnez tributario del de España; que la ambición y la codicia, so color de bien público, ni respetan leyes, ni reconocen fueros.

1 Estaban unos y otros tan cansados que parecía burla su pelea, y se sentaban á descansar unos, mientras los otros peleaban. Mármol, *Descripción del Africa.*—Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V.*

CAPÍTULO IV.

Determina Pedro Navarro la conquista de los Xerves.—Llega el nuevo General D. García de Toledo.—Pasan á los Xerves.—Proposiciones del Xeque.—Desembarca el ejército y marcha en busca de los Moros.—Sed que sufre.—Muerte de D. García.—Derrota general.—Culpan á Navarro.—Su defensa.—Intenta correr la costa de África.—Desembarca Vianelli en los Querquenes.—Su muerte.—Inverna el Conde en la isla de Lampadosa.

Para dar cima á sus propósitos, vista la dilación de D. García de Toledo y que no se le enviaban los caballos que había pedido para la conquista de Túnez, el Conde Pedro Navarro determinó emprender la de los Xerves, y con ocho galeras salió de Trípoli el 10 de Agosto de 1510, á fin de reconocer la isla. Hablamos ya en las parcialidades de ella: Yahya, caudillo de la una, que había logrado sacudir el yugo del Bey de Túnez, y apoderarse de toda la isla, dominaba con el nombre de Xeque. El Conde tuvo con él grandes pláticas, intimándole prestase obediencia al Rey Católico, ya que la oposición á sus fuerzas era imposible; pero no se avinieron, aunque el Moro alegaba que no quería guerras con Españoles, tan bien tratados por él como los naturales. Volvióse el de Oliveto á Trípoli, firme en la idea de la conquista. Ya tenía las tropas á bordo, y solamente esperaba viento bonancible, cuando llegó el General con Diego de Vera, que se le unió en Bugía [1], y en diez velas unos 4.000 hombres. Reunidos á los 8.000 de Navarro, y con gran copia de vitualla, hicieron rumbo á los Xerves, donde fondearon en la noche del 28 de Agosto.

1 Sandoval supone que Diego de Vera quedó en Bugía: seguimos la relación de Zurita, confirmada por Fernando de Herrera, que en sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso*, dice: «Ya en este tiempo había entrado por fuerza el Conde á Trípoli, y D. García, que con 7.000 hombres de guerra había ido á Bugía, viendo que crecía la peste de aquella ciudad, se salió della y dejó 3.000 hombres con parte del armada, y se fué en seguimiento del Conde. Llegando al punto de Trípoli con 15 ó 16 naos gruesas, donde lo halló embarcado con su gente para ir sobre la Isla de los Xerves, distante de Trípoli 35 leguas, fué recibido del Conde con mucha alegria él y otro hermano suyo, y *Diego de Vera, Capitán del artillería.*» La relación de la Biblioteca alta del Escorial concuerda con las Anotaciones.

Asegúrase que al punto el Xeque envió mandaderos al Conde Navarro, ofreciéndole 25.000 tripolinas, un tributo anual de 10.000, entregar la tenencia del castillo, ceder los impuestos que pagasen los mercaderes cristianos y toda jurisdicción sobre ellos; proposiciones que con altanería rehusó el Conde. Entonces el Xeque se retiró en observación con hasta unos 2.000 peones y 120 caballos, temeroso de tan grandes fuerzas y sin voluntad de combatir [1].

Como la costa era brava y arrecifada, no podían las naves llegar de una legua al punto del desembarco, que era una torre bastante arredrada del castillo, residencia del Xeque. Al otro día tomó tierra el equipaje, sin oposición alguna: sobre el puesto que habían de ocupar ambos Generales, mediaron disensiones y palabras pesadas. Quería también el de Oliveto esperar la declinación del sol, y D. García se empeñó en no diferir el asalto: á la postre tuvo que ceder aquél, como inferior, y en donde llaman la Puente Quebrada, dividióse la fuerza en siete cuerpos, mandando el primero, de 1.600 hombres, de las compañías de Vianelli, el mismo D. García, y la retaguardia el Conde Pedro Navarro.

La isla, como dijimos, es llana y arenisca; hacía un calor irresistible; el aire abrasaba; el polvo levantado al pasar el ejército, sofocaba á los soldados; á las dos leguas caían de asfixia caballos y hombres; muchos morían de sed [2]. La orden de los escuadrones se quebrantaba por momentos; trató de formarlos D. García al llegar á unos palmares, pero fué imposible: desfallecidos por la braveza del sol, tendiéronse algunos á la sombra; otros se arrojaron á sacar agua de pozos que había entre unas casas derruidas; ni se escuchaban órdenes, ni ruegos, ni amenazas de Jefes.

Los Moros ocultos, al ver á los Españoles derramados por la tierra, cayeron de improviso sobre ellos. D. García de Toledo, Vianelli, Joanes y otros Jefes, que con sus caballos se habían ladeado algo hacia la parte más baja, viéronles venir los primeros, y alarmaron á las tro-

1 En la relación antes citada de la Biblioteca alta del Escorial, se asegura lo contrario: «*Toda la isla se puso en armas, y se apercibió, y mucha gente de caballo se vino á par de la marina..... Los Moros de la marina comienzan á hacer muchas algazaras, y decir al Conde que no pensase que eran ellos gallinas como los de Trípoli; que fuera cuando quisiera, que antes querrían morir que darse á partido.*»

2 *Allí viérades hacer fuentes con las picas, cavar en la arena entre medio de los mismos escuadrones, pensando sacar agua; é aunque alguna sacasen, era tan salada como si fuera dentro de la mar; viérades ansí mesmo dar cinco tripolinas é veinte, que cada una vale un ducado, por una vez de agua, é diera 100 si las tuviera.* Manuscrito de la Biblioteca alta del Escorial, titulado: *Relación de los sucesos de las armas marítimas de España*, núms. 1.510 y 1.511.

pas, que principiaban á beber. Algunos soldados se adelantaron; pero medio muertos por la sed, y sin poder por ninguna vía pelear, fiaron en los piés la salvación, quedando muy pocos para resistir á los Moros, que escasamente contarían unos 70 ginetes con 500 peones [1]. Ya habían venido á las manos los Capitanes Garci Sarmiento y Loaysa, que, solos, se defendían de los Infieles: no le sufrió el animoso corazón á D. García ver aquello, y olvidándose de que era General, arrebató una pica de manos de Juan Ramírez, padre del que escaló á Trípoli, que iba á par de él; desmontó, juntóse á los otros, y diciendo á los que le aconsejaban que se retirase: *bueno sería haber llegado á este lugar para escapar huyendo*, comenzó á herir como tan buen caballero que era. Abandonáronle los suyos, y acudiendo un tropel de Moros animado con la vileza de los Españoles, mataron á los cuatro Caballeros que se habían apeado, el General D. García y los Capitanes Loaysa, Garci Sarmiento y Cristóbal Velázquez [2].

No resistían más los escuadrones que iban por la parte de arriba: al avistar á los contrarios, huyeron ignominiosamente, desamparando á sus Capitanes Diego de Vera y Coronel Joanes, que andaban ya á las vueltas con los Moros. La huida de los delanteros arrastró á los otros; éstos desbarataron á los escuadrones que les seguían; declaróse el pánico en el ejército, y 500 hombres llevaron en rota batida á más de 8.000; que fué cosa para espantar la cobardía de soldados tan valerosos. En su fuga tiraban las armas; los menos ligeros fueron alcanzados y degollados: al salir de los palmares, encuentran ya en el llano dos escuadras de Moros, que montarían bien 4.000 hombres. Alas presta el miedo á los que corrían desalentados. El Conde de Oliveto trató de rehacerlos: ni la fuerza, ni la vergüenza, ni el manifiesto peligro, fueron parte para ello; por un momento volvieron caras, y rechazaron á los Moros, y al nuevo acometer se desbandaron sin pelea [3].

1 Fernando de Herrera supone que eran 3.000 caballos, y mucha gente de á pié, aunque la primera acometida la dieron sólo 80 caballos moros, con grandes alaridos.

2 El tierno Garcilaso recordó en la 2.ª égloga esta infeliz jornada:

> ¡Oh patria lagrimosa, y cómo vuelves
> los ojos á los Xelves, suspirando!

3 También andaba el Conde, por su parte, deteniendo y esforzando la gente, y decíales: *¿Qué es esto, hijos míos y mis leones? No solíais vosotros hacerlo así. Acordaos de lo que decíais en Trípoli: vuelta, hermanos, vuelta, que Moros son, y pocos. Otras veces habéis vencido muchos más: aquí conmigo, que nos va la vida y la honra.*—Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V.*

El Conde Pedro Navarro, que á la sazón estaba algo desviado, teniendo y esforzando

Aún quedaban en formación los cuerpos de la retaguardia, mandados por D. Diego Pacheco y por Gil Nieto; el Conde les ordena que impidan el alcance, atajando á los Moros por el lado que huían los soldados, con que pudieron salvarse muchos; pero sin que bastasen los esfuerzos de ambos con Miguel Cabrera y Pedro de Luján, valentísimos Capitanes [1], para detenerles un punto.

La avenida de los fugitivos continuó impetuosa hacia el castillo donde estaban surtas las galeras, y si los Moros no repararan en seguirlos hasta el mar, ni queda uno á vida. Perdida la esperanza de reponer el combate, el mismo Pedro Navarro ¡cosa en su valor increible! se embarca, y deja abandonados á los que en la playa hacían frente á los Alarbes. Discúlpanle algunos (quisiéramos que con justicia), afirmando que lo hizo para proveer en que las galeras recogiesen á los fugitivos que por momentos se agolpaban, y que en aquella total confusión no querían recibir los ya embarcados. Cabeza de aquella gente por falta de D. García, en el campo debió permanecer mientras hubiese pica enhiesta, pero, con mengua de su crédito, pensó en escapar del común daño, ya que no de la común deshonra [2].

la gente. que ya del todo iba de huida, como viese tan gran pérdida, arremete como un lobo á la delantera, diciendo: *¿Qué es esto, hijos míos y mis leones? Vuelta, vuelta, que aquí estoy yo; no hayáis miedo, que no son nada; no soliades vosotros, hijos míos, hacer ansí.* Diciendo esto el Conde, algunos de ellos dan vuelta, más de vergüenza que de esfuerzo, y luego tornaron á huir de manera que no aprovechó al Conde ponerse delante llorando, diciendo: «*Hijos míos, ¿de qué huís? Vuelta, vuelta, ¡oh mis leones esforzados! que hoy se pierde cuanta honra ha ganado la Corona de España; hoy quedamos deshonrados; hoy quedamos sin loor de guerra; hoy somos tenidos por los más cobardes que jamás fué gente en el mundo.*»—Relación de los sucesos de las armas marítimas de España, etc. Manuscrito de la Biblioteca alta del Escorial, antes citado.

1 «..... y como el D. García era General, y sin experiencia, adelantóse con ciertos ginetes y caballeros mancebos que le siguieron, delante de los escuadrones que iban en la ordenanza. Y los Infieles, viendo que eran pocos esos delanteros. atendiéronlos de tal manera, que á D. García y á los que le siguieron. los mataron; y como los desbarataron, el escuadrón delantero, viendo aquello, huyó y vino á dar en el segundo, y ambos en el tercero, y el tercero en el cuarto, del cual era coronel *Pierna-gorda* (D. Pedro Luján), y des que vido la cosa en tan mal estado, como hombre de grande ánimo, apeóse de su caballo, é puso mano á la espada y procuró de hacer detener la gente. y él y el *Conde Pedro Navarro;* é no los pudieron detener hasta llegar á la costa del mar, donde se embarcaron los que pudieron, y quedaron más de 3.000 en la costa esa noche, y el Coronel *Pierna-gorda* con ellos...., y ninguno de los hombres de cuenta y señalados, quedó más honrado en aquella jornada que *Pierna-gorda.*»—Fernández de Oviedo, *Quincuagenas.* MS. de la Biblioteca Nacional.

2 El autor de las *Relaciones* citadas supone que D. Pedro Navarro no se embarcó hasta el día siguiente: «Allí viérades al Conde con los otros Caballeros. llorando, preguntando por D. García, hasta que llegaron los que más cerca dél se hallaron. y dijeron que era muerto; ca hasta entonces todos creian que era cantivo..... poco á poco embarcaron la mayor parte

Por la noche embarcáronse muchos: 3.000 que no pudieron, se ampararon en la torre del surgidero. Sin los principales, perdiéronse con los cautivos hasta 4.000; algunos ahogados, bastantes muertos á hierro, los más por el calor. Para aquel desdichado ejército no habían concluido las amarguras: creyendo seguro el triunfo, las mujeres habían gastado en la limpieza de ropa casi toda el agua, y la sed implacable les perseguía. Detúvose la armada en los Xerves ocho días con tiempo contrario, levaron por fin anclas, y una furiosa tempestad dispersó la flota rechazando unas galeras al puerto mismo, y arrojando otras á las playas de Sicilia. El Conde corrió fortísimo temporal, y con el resto de los bajeles llegó á Trípoli el 19 de Setiembre; envió las galeras á Nápoles; dejó de Gobernador á Diego de Vera con 3.000 soldados; licenció á otros tantos enfermos é inútiles, y quedóse con 4.000 meditando nuevas empresas. Tal fué la de los Xerves en que, como dice Zurita, todo faltó á los nuestros juntamente: seso, esfuerzo y buena ventura.

Desde los Xerves, Pedro Navarro había hecho saber al Rey la rota sufrida, por medio del Maestro Alonso de Aguilar y del valiente Gil Nieto: sintiólo el Rey en gran manera, y muchos cargaron el suceso al Conde, ya por haber desembarcado lejos del punto del ataque, sin asegurárselo de retirada; ya porque en el ejército, desde la ausencia de Diego de Vera, cundía la indisciplina; ya por preferir á Vianelli, con disgusto y celo en los Cabos españoles pospuestos á un extranjero. Achaques de las empresas: si felices, atribuirse al propio esfuerzo; si desgraciadas, á la culpa ajena. Probable es que Pedro Navarro no sirviese gustoso, donde había mandado con general aplauso; probable que aflojase en el consejo, no desplaciéndole el descrédito de su succesor: ¡tan miserable es la naturaleza humana! Cierto que viviendo en el desahogo militar, soltaba más de lo conveniente las riendas á las demasías del soldado, y que poco diestro en ganarse voluntades, no celaba sus preferencias á Vianelli; pero fuerza es convenir en que ni él era el responsable de las operaciones, desde que dirigía el de Toledo, bisoño en las cosas

de la gente, pero como comenzaron tan tarde no se pudieron tantos embarcar, que no quedasen aquella noche más de 3.000 hombres..... y con esta pena se sostuvieron hasta la mañana. ¿Pero quién podrá decir el llorar y sollozar del Conde, viendo quedar la gente en tanto peligro, sin los poder socorrer, á causa de ser tan tarde é tan oscuro? Pero como un león que ve sus hijos perecer, se *levanta otro día antes que amanezca y salta en una galera*, y toma todas las otras galeras y fustas, bergantines y navíos de remo, é presente él, hace á todos embarcar cada uno en el navío que había venido; de Coronel abajo no le querían rescibir, ni para ello bastaba persona.»

de Africa, ganoso de gloria, engreido con el mando, y no siempre dispuesto á escuchar las advertencias del experto Conde; ni lo colecticio de las tropas permitía en todas ocasiones el rigor de la disciplina; ni puede desconocerse que Vianelli, inteligente en las cosas de mar y práctico en las riberas berberiscas, más que ninguno de los de su tiempo; le era indispensable para las empresas acometidas, y para las que revolvía en su pensamiento.

Por el suceso de los Xerves, sin embargo, el poderoso Duque de Alba, padre del difunto D. García, se ulceró profundamente contra el de Oliveto, y uniéndose á los enemigos que le acarreaba su recia condición, á los envidiosos de sus glorias, y á los que en los errores de otros excusaban su cobardía; malquistáronle con el Rey, que olvidó sus antiguos triunfos con la actual derrota.

Pero no anticipemos el curso de los sucesos: pasado alarde á la gente que le quedaba, de acuerdo con su favorito Vianelli, tentó correr la costa de Africa, de Túnez á los Xerves, é hízose á la mar desde Trípoli; pero salteado por el temporal recogióse con pérdida de tres naves, y en trances de perderse el resto de la armada, que salió otra vez al mediar Octubre, con rumbo á la isla de Lampadosa.

Escaseándoles el agua, determinaron renovarla en los Querquenes, situados entre los Xerves y Túnez: Vianelli brindóse á la exploración, que llevó á cabo sin encontrar quien se le opusiera. Vistos no lejos de la orilla tres pozos ciegos, para ahondarlos y limpiarlos llevóse 400 hombres de la armada; tan hervorosamente trabajaron, que á mediodía estaba conclusa la obra, con gran trinchera y empalizada alrededor, á fin de impedir una sorpresa. Para inspeccionar lo hecho acudió Navarro; contentóle la labor; mas le pesó que Vianelli se empeñase en defender el puesto mientras las naves hacían la aguada, y al volver á ellas, dijo: *Vianelli quiere defender como joven, lo que ha hecho como hombre experimentado; necesidad tendremos en tierra enemiga de tomar el agua corriendo, como los perros la toman en el Nilo.* En efecto, á poco los habitantes acudieron en montón á impedirlo; pero mal armados y sin Jefes de experiencia, limitáronse á vigilar el destacamento, sin osar la acometida.

Era Vianelli soberbio y desabrido: cuando cavaban los pozos dió una orden á un centinela, y sobre si la había cumplido ó no prestamente, injurióle de palabra, y por alguna contestación irrespetuosa, asiéndole de la barba, le dió al mismo tiempo algunos palos. Disimuló la ofensa el soldado, y al llegar la noche, ciego por la venganza, abandona la facción,

va al campamento de los Moros, les asegura que cansado de trabajar dormía profundamente el destacamento, y les incita á sorprenderlo. Aceptan los Moros, cercan el puesto, caen de rebato sobre los Españoles y los pasan á cuchillo sin defensa: tres solos escaparon de la general matanza, dos cautivos y otro que, lleno de heridas, quedó entre los muertos, y que recogió D. Diego Pacheco, á quien envió el Conde para averiguar la verdad de lo sucedido. Tal fué el remate del Veneciano Vianelli, que tantos servicios había prestado á la Corona de Castilla en las guerras de África [1].

Hondamente afligido con esta desgracia el Conde, siguió el rumbo hacia Lampadosa, pensando destruir toda la ribera, desde los Xerves á Túnez; pero fué el invierno tan áspero, que á su pesar hubo de permanecer casi todo él en la isla. Las guerras de Italia y los posteriores sucesos de su vida de aventuras, hasta morir de tedio ó violentamente en una cárcel [2], le impidieron cumplir su propósito.

1 Flechier pone la muerte de Vianelli antes de la derrota de los Xerves; pero contradícenlo nuestros historiadores, haciéndole figurar en aquélla.

El Autor de la *Relación de los sucesos de las armas marítimas de España en los años* 1510 *y* 1511, que parece fué testigo presencial y parte en ellos; lo cuenta con algunas diferencias accidentales: por su curiosidad, insertamos la parte que con la muerte de Vianelli se relaciona, en el Apéndice núm. 5.º

2 Paulo Jovio, amigo de Pedro Navarro, dice en el libro VI de sus *Elogios*: «Que trasladado á la fortaleza de Castel-Novo, en Nápoles, de la que era Gobernador D. Luis Icart, y habiendo venido orden del Emperador para castigar á los Angevinos que le hubiesen deservido; Icart, haciendo detener algún tanto al verdugo, y procurando que la ejecución se dilatase, dió lugar á que Navarro, que estaba moribundo, falleciese de su enfermedad al poco tiempo.» Esta parece la opinión más probable, confirmada por el contemporáneo Juan Ginés de Sepúlveda.

CAPÍTULO V.

Niegan el tributo los Moros.—Sitia el Rey de Túnez á Trípoli.—Sométense de nuevo los tributarios.—Ataques á las plazas de los Portugueses.—Prepárase la armada del Rey Católico.—Socorre á Ceuta y Tánger.—Gonzalo Mariño quebranta la tregua con los Montañeses de Bugía.—Martín Argoté trata de apoderarse de Túnez.—D. Manuel de Portugal toma á Azamor.—Proezas del Capitán Atayde.—Descalabro de los Portugueses en la Mahamora.—Destrucción de la escuadrilla del corsario Solimán.—Horruch Barbarroja sitia á Bugía.—Socórrela D. Miguel de Gurrea.—Asalto de Bugía.—Barbarroja levanta el sitio.

Con la infeliz jornada de los Xerves ensanchóseles el pecho á los Africanos. Los pueblos, que se habían sometido como tributarios, se negaban á seguir satisfaciendo su empeño; que lo otorgado con violencia, fácilmente se rompe. Distinguióse entre todos el Rey de Túnez, que por medio de los Morabitos había predicado la guerra santa, y puesto en armas el reino, ordenó á su Mezuar y al Xeque de los Xerves, que cayesen sobre Trípoli. Á principios de Febrero de 1511 se presentó el Mezuar con gran ejército delante de la plaza, que combatió fuertemente; pero recibieron tanto daño de los nuestros, que levantaron el sitio. Desanimados los Moros de los alrededores, ofrecieron de nuevo á Diego de Vera alzar pendon por el Rey de España y pagarle el tributo como antes.

La nueva de la expedición que se prevenía y las quejas de sus vasallos, hicieron reflexionar al Rey de Tremecén que creyó lo más prudente volver á la pasada obediencia: al efecto, envió al Alcayde Mahomad-Aben-Abedí con varios presentes y halcones para el Rey Católico, muy amante de la cetrería, y concertó con D. Diego de Córdoba, Gobernador de Orán, quedar por aliado y tributario, servirle en la guerra, indemnizar los perjuicios que por su tierra viniesen á los Cristianos, pagar anualmente 13.000 doblas zaenes, reconocer como único puerto de contratación á Orán, donde él pondría Almojarife que cobrase el impuesto sólo á sus vasallos, dar libertad á todos los cautivos y volver las cosas al estado que tenían antes de los sucesos de los Xerves; ejemplo que siguieron Túnez, Mostagán y Argel, y casi todo el litoral africano.

También las posesiones portuguesas se habían resentido de nuestros descalabros. Sobre Arcilla y Saffi, auxiliada por tropas de la isla de la Madera, cayó numerosa morisma, resistida valientemente por el Gober-

nador Juan Coutinho y el Capitán Atayde, que después corrió la tierra hasta cerca de Marruecos, con gran reputación suya, si con dudosa utilidad para su patria.

Seguía, mientras, D. Fernando, con ánimo de hacer la guerra en persona, y conociendo lo importante de Trípoli, determinó incorporarla á Sicilia, para que pudiesen los Virreyes acudir al socorro con más facilidad. Nombró por ello Gobernador á D. Jaime Requesens, persona de su confianza; reforzó la guarnición hasta completar 2.500 hombres, y quedó acordado que Trípoli sería una de las estaciones navales del Mediterráneo.

Apercibida la armada y asoldados 1.000 archeros ingleses al mando de Lord Derbi, iban á embarcarse en Málaga, cuando la ruptura de las negociaciones con el Francés y los aprestos contra el Papa Julio II, obligaron al Rey á suspender la marcha. Sin embargo, á mediados de Setiembre, ordenó al Almirante Villamarín reuniese sus galeras á las de Oliveto, que estaban en Nápoles, y publicase nueva expedición contra Infieles.

Pirateaban éstos por las costas de Granada, tenidas al resguardo del Capitán Berenguer del Olmo. En tal sazón, llegaron con alguna fuerza Rodrigo de Bazán, Pero López de Horozco (el Zagal), y el Capitán Hernando de Valdés, con el intento de dar sobre la ría de Tetuán, abrigo seguro de corsarios, y quemarles las fustas que tuviesen.

Aparejaban ya, cuando vino noticia de que el Rey de Fez con todo su poderío rompía contra Ceuta, y variado el intento, marcharon en su socorro. Allí supieron que Tánger estaba en grande aprieto; por lo que, dejando en Ceuta la gente de Marbella, navegaron la vía de aquella plaza, á donde llegaron el 18 de Octubre. Defendíala D. Duarte de Meneses con mucho valor é inteligencia, y convino en el pensamiento de Rodrigo de Bazán, Pedro López de Horozco, Mossén Juanot de Olms y Mossén Fivaller, Caballeros catalanes, de hacer una fuerte espolonada. Salieron los Españoles, ganaron una de las estancias de los Moros, matáronles mucha gente, y se retiraron con grave riesgo, por no tener otro camino que el de entre la mar y la fortificación, inundado entonces por el creciente del flujo.

Al otro día, los caballos portugueses salieron de la plaza y escaramucearon con gran empeño. Sabido el socorro, al Rey de Féz cayósele el corazón y descercó al punto, volviéndose las galeras españolas á Gibraltar con la gloria de haber auxiliado al de Portugal. Las guerras de Italia entretuvieron á D. Fernando, y la expedición anunciada no tuvo lugar por entonces.

Seguían los Africanos de Bugía en buena paz con los Españoles que mandaba D. José de Bobadilla; relevóle Gonzalo Mariño de Rivera, quien instigado por los Moros de Argel, tributarios de la Corona de España, principió á guerrear sin razón alguna, á los Montañeses de la sierra de Benaljubar, que estaban atreguados, aprisionando traidoramente á los Xeques de Benaljubar y Benagrabín, que bajo la fé de los capítulos iban á comerciar á la ciudad.

Sintiéronse grandemente los Montañeses, predicaron los Morabitos, juntáronse arriba de 20.000 Alarbes, y alzado caudillo Muley-Abdala, acometieron á Bugía, y derribando el arrabal habitado por los Moros, pusieron á la ciudad en grande aprieto. Súpolo el Rey; culpóse á Mariño, y le destituyó del gobierno, enviando en su lugar á D. Ramón Carroz, que dió libertad á los Xeques. Apaciguáronse con ello los Moros; pero recelosos ya de la sinceridad de los Españoles, quedaron amigos aparentes, y enemigos ocultos, hasta que se brindara ocasión propicia de serlo declarados.

En este tiempo había muerto el Rey de Túnez, Muley-Yahya, que encomendó su hijo pequeñuelo al Rey Católico, de quien era tributario, para que le amparase contra el de Tremecén, que aspiraba al trono. Los Tunecíes dividiéronse en bandos, unos en favor del de Tremecén, otros del hijo de Yahya, que, más débil, pensó en entregar á los Cristianos la ciudad para que la defendieran. Parecióle á Martín Argote, Teniente del Marqués de Comares, Gobernador de Orán, sazón oportuna para alzarse con Túnez, so color de defender al huérfano, y tuvo algunos encuentros con los Moros, y trató de introducir en la ciudad 500 soldados; pero desaprobólo el Rey Católico, que creyó indigno de la Majestad arrebatar la herencia del niño confiado á su guarda, y poco conveniente meterse en nuevos intentos, cuando el Francés le amenazaba por Navarra, y en Andalucía apuntaban disensiones.

Por entonces Arcilla y Tánger rechazaron una fuerte acometida, y Saffi la del mismo Rey de Fez en persona. Soberbio con tales sucesos D. Manuel el Afortunado, envió contra Azamor á D. Jaime, Duque de Braganza, con una flota de 400 velas, 6.600 lanzas y 16.000 peones. Defendía la plaza Cide Almanzor, y el Xeque Muley cuidaba del campo con un buen golpe de ejército. Unen ambos sus fuerzas; presentan batalla al Duque; muere Almanzor; dispérsanse los Moros, y el 2 de Setiembre de 1513 ondeaban en los torreones de Azamor las quinas vencedoras. En los siguientes años consiguieron los Portugueses no interrumpidos triunfos; y el Conde de Alcoutín, Gobernador de Ceuta; D. Juan Coutinho, de Ar-

cilla; D. Álvaro de Noronha, dc Azamor; D. Nuño Mascarenhas, de Saffi, y D. Enrique Meneses, de Tánger, escarmentaron duramente á los ejércitos de Fez y de Marruecos; ayudándoles en todas sus empresas Ben-Yahya, Rey que se titulaba de Marruecos por los Portugueses, y que había acrecentado de tal manera su poder, que sustentaba un ejército de 200.000 peones con 17.000 caballos.

En Daleborg destrozan los Portugueses á un ejército morisco. El Gobernador Atayde se apodera de la fortaleza de Amagor; tala los lugares de la sierra de Jarobo hasta las cercanías de Marruecos, y logra tales ventajas, que puso en ánimo al Rcy de Portugal de establecer una colonia en la boca del Medhía ó Mahamora. Con este objeto salieron dc Lisboa 8.000 hombres al mando de D. Antonio de Noronha; pero coligados los Príncipes de Fez y Mequínez, cayeron sobre la colonia con 70.000 infantcs y 7.000 caballos; tajaron en piezas á 4.000 Portugueses, y arrasaron la fortaleza, recién construida.

Grande era el atrevimiento de los corsarios berberiscos, apoyados por las armadas turcas, que tenían cn jaque á todas las de la cristiandad. Para barrer el Mediterráneo, había rcunido el Rey Católico la suya, á las órdenes de D. Luis de Requcsens, en la Pantalarea. Corrían fines de Julio de 1515, cuando un recio tcmporal obliga á una nao y á un galeón de la armada á internarse en el mar, y al querer recobrar el puerto, son acometidos por trece fustas del Arraez Solimán, temido corsario que acababa de devastar las costas de Sicilia. Defcndióse valerosamente la nao, y al estruendo de la artillería acudieron las galeras, que dieron sobre las fustas, y después de un encarnizado combate, apresaron seis y echaron á pique tres, con muerte de Solimán y de casi 900 Moros.

Guerreaba también en aquellos mares otro famoso Corsario llamado Horruch, tan conocido después con el nombre de Barbarroja, á quien el mucho contrato que con sus naves sostenía en las costas del Reino de Túnez, y la reputación de que gozaba entre los principales de Bugía, habíanle inducido á alzarse con esta plaza.

Ya el año anterior, probando un reconocimiento de los castillos, una bala de cañón le había llevado el brazo, dando nuevo acicate á sus ambiciosas miras, el deseo de venganza. Como amigos reconciliados, odiaban á los Españoles los Moros de Bugía, que olvidando la satisfacción, pero no la ofensa de Mariño, pusiéronse de acuerdo con Horruch. El corsario emboscó su armada, y al caer de la noche metióse por la boca del río, lo remontó, y con sus 1.000 Turcos y muchedumbre de Alárabes del país, cercó los castillos; dirigió su artillería contra el roquero, que guardaba el

puerto, y lo tomó en breve, librándose algunos de la guarnición, que con el teniente Alcayde, al verlo perdido, se arrojaron al mar, y á nado pudieron acogerse en el castillo grande. Mandaba en la plaza el valiente Carroz, que avisó al Rey su peligro, y la imposibilidad de resistir largo tiempo el empuje de los sitiadores. Escaso de fuerza, abandonó las casas, refugiándose en el castillo, que fué atacado con furia increible. No vagaban un momento los Turcos; con sus tiros destruyeron muchos de los torreones, cegando el foso con los escombros y faginas. En tal aprieto, apareció la armada del Virrey de Mallorca, D. Miguel de Gurrea, Señor del honor de Gurrea, con 3.000 hombres y escasas provisiones, que en tres noches entraron en el fuerte. Temieron los nuestros acometer las estancias del Turco, y el Turco ser acometido, replegándose por ello al alcázar que dominaba la población. Algunos días pasaron observándose; crecía la penuria entre los Españoles; llegó al extremo la necesidad, y tuvieron por acertado reembarcar á la mitad de la gente, y aun así perecieran de hambre, á no ser por una nave llena de bastimentos que envió el Rey desde Cerdeña.

Disminuidos los defensores, á la fama del sitio allegábanse diariamente multitud de Moros, y con el refuerzo, tal le creció el ánimo á Barbarroja, que determinó salir de sus líneas. Con cañones gruesos, en menos de diez días abrió en el fuerte una brecha de hasta 100 varas que podía entrarse á pié llano.

La guarnición reparaba lo batido con gran constancia, á ejemplo de los Capitanes que no huían trabajo alguno. Tal acercaron los Turcos los aproches, que pudieron entender los nuestros el día del asalto; y aunque no eran más de 1.500 hombres y grande el ejército sitiador, lo esperaban impacientes.

El 26 de Noviembre, al estruendo de la trompetería y los atabales, acometieron los Turcos por cinco partes: los Españoles recibiéronles con firmeza, y resistieron con increible constancia. Aunque el asalto había empezado al amanecer, y estaban rendidos de fatiga; tan bien lo hicieron la artillería y los espingarderos y ballesteros, que muertos muchos se retrajeron los asaltantes.

El Vizcaino Machín de la Rentería, con una fuerte espolonada, acabó de desalojarlos, y con otra al día siguiente, logró enclavarles los cañones. Horruch, visto el estado de los suyos, levantó el cerco, abandonó el castillo roquero y atravesó el río, sirviéndole de puente sus mismas fustas y galeotas.

CAPÍTULO VI.

Los piratas berberiscos.—El Rey Católico fortifica el Peñón de Argel.—Los Barbarrojas.—Muerte de D. Fernando el Católico.—D. Alonso de Granada triunfa de los corsarios.—Barbarroja es proclamado Rey de Argel.—Expedición desgraciada de Diego de Vera.—Apodérase Barbarroja, del Reino de Tremecén.—Aben-Chemín se refugia en Orán.—Sale contra Horruch Barbarroja, á quien socorre su hermano Queredín.—D. Martín de Argote derrota á los Turcos.—Muerte de Horruch Barbarroja.—Queredín es proclamado Soberano de Argel.—Se declara vasallo del Gran Turco.—Sitio de Arcilla.—Muerte del Cardenal Cisneros.

No nos parece fuera de propósito hablar, aunque sea brevemente, de los piratas africanos que, á las órdenes últimamente de los Barbarrojas, se mantuvieron contra las fuerzas colosales del imperio español.

La primera vez que suenan en la historia, es en el año 172 imperando Marco Aurelio. En groseros cárabos atraviesan el Estrecho, saquean las costas bética y lusitana y ponen sitio á Singilia [1]: acuden de todos los puntos los Imperiales; les derrotan en varios encuentros; libra Galo Maximiano á la ciudad sitiada, y vuelven los piratas á sus guaridas con grueso botín y no pocos cautivos. Tito Vario Clemente, con un buen número de Españoles, les persigue hasta las costas de Tánger para que, obligados á defender su tierra, no pensasen en nuevas invasiones.

Se apoderan los Vándalos, de África, y su Rey Genserico devasta por un sistema de corsos organizados todas las costas de España é Italia; pero destruido el Reino de los Vándalos por Belisario, desaparecen los piratas.

Dueños los Berberiscos de la Península, á medida que conquistada por los naturales, eran expulsados al Africa; empleaban todos sus esfuerzos en destruir las marinas, sosteniendo los particulares de las dos naciones una especie de guerra santa perpetua.

Los pueblos de la Corona de Aragón fronteros de Berbería, que sacudieron antes el yugo muslímico, eran especialmente las víctimas, y en vano se fatigaban las galeras reales en busca de enemigos invisibles

1 Antequera. Según Masdeu, tuvo lugar esta invasión el año 170 ó 171.

que, escoudidos eu uua cala, ó tras de un promontorio, aprovechando las tinieblas, entraban guiados por los Moriscos del país, caían de improviso sobre poblaciones iudefensas, y antes que las milicias pudieran reunirse, volvían á sus naves cargados de despojos y con rica presa de esclavos.

La toma de Granada lanzó al África los restos de los Árabes. En vez de la dulce hospitalidad debida á la desgracia, sus hermanos los maltrataron, los robaron, les fijaron para residencia pueblos costeños, prohibiéndoles internarse en el país. En su desesperación determinaron vengarse en los Españoles, causa primera de sus infortunios; armaron naves, aumentaron el corso, y la Berbería se convirtió en patria y asiento de todos los piratas del mundo conocido.

Abrigados de la marina turca, los más valientes ó los más afortunados, llegan á reunir gruesas armadas, á fortificar ciudades; lidian de poder á poder con las potencias cristianas, triunfan muchas veces, y toman el orgulloso, pero justo título, de *Reyes del mar*. Hervía dc tal modo el Mediterráneo en corsarios, que no se podía navegar por él, ni vivir en las costas de España.

Los lances de este perpetuo combate entre las dos razas cran varios; los Moros, astutos para el ataque, y diestros en la retirada, hacían una guerra continua de sorpresas. La marina española decayó visiblemente: la ordenanza, que prohibía á una nave tripulada por Catalanes retirarse ante dos moras, yacía eu el olvido. Tiempo hubo en que ¡oh ignominia! una galera turca resistió á dos aragonesas; «porque los Capitanes tenían más en el ánimo robar al Rey, que ganarlo á los Infieles.»

El Mediterráneo era un lago argelino. Pensaron los Monarcas españoles en concluir con los piratas, atacándoles en tierra firme, destruyéndoles los astilleros, impidiéndoles los puertos; y eu virtud de este plan, se apoderaron de las principales ciudades de las costas del Africa, siendo Bugía el centro de acción contra los Berberiscos.

De Argel, más lejana de Bugía, y por lo tanto meuos vigilada, era el mayor número de corsarios; y aun después de haberse declarado tributaria, hacía sus cruceros por el litoral español. Para evitarlo y enfrenarla, el Rey Católico dispuso labrar un castillo [1] en la isleta Be-

[1] Este castillo parece se labró por Pedro Navarro, después de la toma de Bugía, y con arreglo al art. 5.° del tratado de 24 de Abril de 1550, en que Argel se declaró tributaria. «E cada é cuando que yo quisiere pueda facer é faga en la dicha ciudad de Algeeer ó en la isla que le está delante ó donde á mi bien visto fuere, una fortaleza para guarda é defeusióu del puerto é de la dicha ciudad, é de los veciuos della.»—Jiménez y Sandoval eu sus

ni-Mesegrenna, hoy, por medio de un arrecife, unida al puerto. En el mes de Enero de 1516 se reparó la fortaleza, temiendo la rebelión de los naturales, inquietos de suyo, y en demasía amigos de armas y de alborotos.

A los corsarios berberiscos uniéronse por este tiempo otros tan feroces como ellos, y más instruidos en las artes de la guerra; los corsarios Turcos. De Mitilene, capital de la isla de Lesbos, salieron cuatro hermanos conocidos por los Barbarrojas. Los menores, Arudj y Kair-el-eddin [1], pasaron al África, y con cuatro fustas llegaron á Túnez en el año 1505; el Bajá les abrió las puertas de su reino y señalóles después las islas de los Xerves, donde establecieron arsenales, aumentando hasta en 12 buques su escuadra. Arudj ú Horruch, el mayor de ellos, pensó en hacerse Rey de Bugía, y ya hemos visto el resultado. Retiráronse los dos al pueblo de Gígel, que pronto convirtieron en una opulenta ciudad, depósito del fruto de sus rapiñas.

Por este tiempo murió en Madrigalejos, á 23 de Enero de 1506, el Rey Católico; varón perspicuo, de corazón para altas empresas, severo, inteligente, valeroso, constante en las adversidades, sin par en las artes políticas; tildado de no muy firme en su palabra, por quien menos la guardaba; de doble en sus tratos, por quien trabajó inútilmente para engañarle, y de avariento, por cortesanos codiciosos y estragados. Murió tan pobre, que en el tesoro apenas había para las exequias. Desconfió demasiado de los que mucho sobresalían; injusto, por lo tanto, con Cisneros y con Gonzalo de Córdoba, espejo de lealtad y caballería. Excúsale el trabajo que tuvo para domar á aquella turbulenta Grandeza, con la que luchó en sus primeros años, y el celo de su autoridad, que no sufría ni sombra de igual en ninguno [2].

A la muerte de Fernando, quedó Cisneros de Gobernador hasta que

Memorias sobre la Argelia, así lo asegura. Llamábanse las islas de Beni-Mesegrenna, del nombre de la tribu á que pertenecían los habitantes que en su mayor parte moraban en la ciudad y sus cercanías. La guarnición que dejó Pedro Navarro en el Peñón de Argel fué de 200 hombres.

1 Illescas los designa con los nombres de Horruccio y Hariadeno; otros con los de Horuch ú Horuc y Haredín; otros, al primero con el de Horruch, y al segundo con los de Cheredín, Heredín y Queredín. Nosotros, siguiendo al común de los escritores, les llamaremos Horruch y Queredín, aunque sus verdaderos nombres estimamos son Arudj y Kair-el-eddín.

2 Mandóse enterrar con su mujer Doña Isabel, y fueron ambos sepultados en la capilla Real de Granada. El epitafio dice así: *Mahometicæ sectæ postratores et hereticæ pertinatiæ extintores, Ferdinandus Aragonii, Elisabetha Castellæ, vir et uxor unanimes; et* CATHOLICI *appellati, marmoreo clauduntur hoc tumulo.*

viniese el nuevo Soberano Carlos de Gante, aún mancebo, que en breve había de llenar el mundo con su nombre. Creyendo la ocasión propicia, por las dificultades de un nuevo reinado, los piratas doblaron sus presas y sus lamentos las costas. No era Cisneros de natural para sufrirlo pacientemente. Encargó su exterminio á D. Alonso de Granada y Venegas, quien barrió los mares y apresó la famosa galeota de Ragusa, llamada *La Negra*, terror de los Cristianos y sin par entre los piratas. También á los Argelinos les pareció buena coyuntura para sacudir el aborrecido yugo: deseábalo en gran manera su Dey Selím Ectemí; pero recelaba emprenderlo con solas sus fuerzas, y por ello se concertó con los terribles Barbarrojas. Quien pide ayuda se confiesa inferior; y los protectores poderosos, usan fueros de necesarios. Entregarse á un aliado con ambición, es trocar los azares de la guerra, por la certidumbre de la total ruina. Esto aconteció al sin ventura Selím: con 18 navíos y tres galeras entró Barbarroja en el puerto de Argel, donde le recibió con grandes regocijos, hospedándole en su palacio. A los pocos días lo asesina Horruch, á quien la plebe aclama por Dey. Un hijo del imprudente Selím se refugia en Orán, lo acoge el Gobernador y determina devolverle el trono, creyendo en la ayuda de sus partidarios.

No se descuidaba Barbarroja un punto, y trató de apoderarse del peñón ó isleta del puerto en donde estaban fortificados los Españoles. Recurren éstos al Cardenal, quien manda á Diego de Vera que tome á Argel. Feliz fué la travesía, y desembarca sin tropiezo con 8.000 hombres. Componíase el ejército de gente allegadiza: la disciplina poca, los fieros muchos, la práctica de la guerra ninguna.

Diego de Vera pensó apoderarse de Argel por un golpe de mano, y el 30 de Setiembre de 1516 la atacó de improviso, divididas sus tropas en cuatro cuerpos. Horruch, que observaba el fraccionamiento de las tropas, hace una espolonada vigorosa: la caballería númida que se le había agregado, cerca á los sitiadores que huyen llenos de terror, quedando tendidos en el campo de batalla casi 3.000 hombres y cautivos 400. Diego de Vera, que pudo ocultarse en una gruta, se reembarca con las reliquias del ejército, dejando mal parado el nombre español [1].

Una tempestad dispersa los buques, y en aquella deshecha fortuna, muchos son echados á las playas que huían, y gran número de gente

1 El autor del manuscrito árabe el Zohrat-el-Nayerát, asegura que Diego de Vera desembarcó y fortificó su campo, donde fué atacado y desbaratado por Horruch, antes de emprender operación ninguna contra la ciudad.

pierde la libertad y no poco, la vida. El pueblo que tantas esperanzas había fundado en el General Diego de Vera, por la fama adquirida en Italia, donde fué uno de los combatientes del reto de Barleta, y en Africa, cuando Orán fué tomada; le recibió muy mal, cantándole: «que con dos brazos no había podido vencer á Barbarroja, que no tenía más que uno [1].»

Ni la soberbia de Horruch Barbarroja, ni su crédito entre los Moros, reconocieron límites. Muerto en Tremecén, Abdalla, tributario de los Reyes españoles, Muley-Abu-Ceyén usurpa la corona á su sobrino Muley-Aben-Chemín. Rehácese éste, y vence y aprisiona á Abu-Ceyén. Los hombres nunca escarmientan en cabeza ajena: los secuaces del pretendiente vencido, olvidando la suerte del Ectemí, llaman en su socorro al traidor Barbarroja, quien con sus Turcos derrota á Aben-Chemín; saca de la prisión á Abu-Ceyén, corónale, á las cuatro horas lo degüella, y apoyado en sus parciales, se proclama Rey de Tremecén en 1517. El fugitivo Aben-Chemín se refugia de nuevo en Orán, expone su situación al Gobernador D. Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Comares; le insta para que, como tributario del Rey de España, le dé fuerzas con que recobrar su reino, y le entrega en rehenes 32 niños de lo principal. Concédele D. Diego 300 Españoles y marcha la vuelta de Tremecén; únensele sus partidarios, y hostigan por todas partes á Horruch. Sábelo Queredín, y desde Argel destaca 600 Turcos mandados por su hermano Mahomat en auxilio de Horruch; pero noticioso el de Comares, envía también 600 Españoles para que, atravesándose, impidan el socorro. Se encuentran ambos refuerzos, vacilan, temen atacarse; los Turcos se encierran en un pueblo, y los Españoles los bloquean. Descuidados, el Turco en una encamisada mata y prende á 400, librándose los demás con la fuga. En vez de seguir á Tremecén, Mahomat se detiene á celebrar la victoria y da tiempo á que Martín de Argote á toda furia llegue con 2.000 peones y algunos caballos y los cerque. Combate al pueblo, los Turcos capitulan vidas y libertad, obligándose á no ir á Tremecén; mas luego, por cuestión liviana, vienen á las manos, y los Españoles no dejan hombre á vida.

Marchan sin detención la vuelta de Tremecén, donde Aben-Chemín tenía sitiado á Barbarroja, con honda pesadumbre por la muerte, ya sabida, de su hermano Mahomat. Defiéndese con valor; más temeroso del

1 Los Franceses le llaman D. Francisco Vera, y alguno adelanta hasta decir que, al desembarcar, fué muerto por el populacho, y supone tuvo lugar este suceso el año 1517.

éxito, escapa ocultamente por una surtida, llevándose copiosas riquezas. Cuando el rumor llegó á oidos de los sitiadores, en alas de la codicia, vuelan tras de él, y le avistan á 23 leguas de Tremecén. Barbarroja trata de retardar la persecución, esparciendo por el camino, joyas, oro, cuanto precioso llevaba: no les faltaron manos á los Españoles para recoger, ni piés para alcanzarlo. Emparejan con él y se refugia tras de una albarrada, donde se defiende valerosamente con 30 Turcos escopeteros: la multitud de Alárabes que le cerca no se atreve á acometerle, hasta que el Alférez García de Tineo lo atraviesa con su pica, recibiendo una pequeña herida en la mano [1].

Así murió Horruch Barbarroja en 1518. Pescador, esclavo, ganapán, criado, corsario, Rey. Su cabeza fué llevada á Orán, donde le insultaban muerto los que de él temblaban vivo. La noticia de la muerte de Horruch Barbarroja llegó pronto á Argel. Lloróla su hermano y juró vengarla. Reconocido sin oposición, fortificó la ciudad; pero temiendo la inconstancia de sus súbditos ó no poder resistir á los vencedores, si le atacaban, y despreciando las alianzas con los naturales del país, débiles y versátiles; acudió á su antiguo Soberano Selim. Ofreciósele por tributario y aun por vasallo: bajo el último título aceptó Selim, y nombrándole Bajá de Argel, le envió un refuerzo de 2.000 hombres, ofreciendo sueldo y pasaje libre á todo Genízaro que voluntariamente quisiera servir en África. Queredín vióse asegurado en su trono; y por muchos años, Argel fué el punto en donde todos los Turcos cargados de crímenes ó de deudas encontraron asilo.

En el resto de la Berbería continuaban las perpetuas hostilidades entre los Reyes de Fez y de Marruecos, acordes, sin embargo, en guerrear contra los Portugueses. D. Juan Coutinho, Gobernador de Arcilla, hace una cabalgada á principios de 1516, y vuelve con gran presa de ganado. Sitia la plaza el Rey de Fez, y se apresuran á socorrerla de todas partes; de Lisboa, de los Algarbes, de Málaga, hasta de la isla de la Madera, gobernada por Simón González: el 3 de Julio tuvo el Rey de Fez que levantar el sitio. En el siguiente año, Coutinho y D. Diego López Sequeira, reunen sus fuerzas, talan el país enemigo, rechazan al Alcaide de Alcacer y divídense rico botín.

1 En memoria y premio de este hecho, D. Carlos y Doña Juana dieron por armas á García Fernández de la Plaza, Alférez de la compañía de D. Diego de Andrade, un escudo con la cabeza de un Turco, con un letrero que dice: «Barbarroja;» en campo de gules, con letrero y corona de oro, bandera y alfange al natural, y en la circunferencia un campo de azur y cinco cabezas de Moros.—Apéndice núm. 6.º

El 19 de Setiembre de 1517 había desembarcado en las playas de Villaviciosa Carlos V. Cisneros, el gran Cisneros, á quien aquejaba penosa enfermedad, muere, no sin sospecha de veneno, dolorido por la indiferencia del nuevo Rey. Su figura no se rebaja al lado de las grandes figuras de aquel siglo; su nombre no se obscurece al lado de los nombres de Fernando el Católico y de Carlos V. Reorganizador de la monarquía; escudo de la Religión; columna inquebrantable de la autoridad; padre del pueblo; freno de la nobleza; azote de la Morisma; de altos pensamientos; de rápida ejecución; severo, alguna vez duro; si erró en algo, siempre con intención del bien público, que su gran corazón no reconocía móviles vulgares: su nombre lo repiten todavía los ecos de Orán; quedó esculpido en piedra en la Universidad de Alcalá de Henares, y la imprenta lo transmitirá á las generaciones venideras con su Biblia Políglota.

CAPÍTULO VII.

Expedición de D. Hugo de Moncada contra Argel.—Barbarroja se apodera de Túnez.—Pelea con Hazán y Ben-el-Cadí.—Abandona á Argel.—Vuelve á su vida de corsario.—Vence á Hazán y á Ben-el-Cadí, y entra en Argel.—D. Hugo de Moncada ataca á los corsarios de los Xerves y es rechazado.—Derrota de los Isleños, que se declaran tributarios.—Piérdese el Peñón de Velez de la Gomera.—El Marqués de Mondéjar trata infructuosamente de reconquistarlo.—Apodérase de él, Barbarroja.—Aparición de los Xerifes en el reino de Fez.—Ganan el castillo del puerto de Guáder.—Derrotan á Hamet-Oataz.—Barbarroja gana el Peñón de Argel, cautivando á D. Martín de Vargas.—Hardín Cachidiablo derrota y aprisiona á Rodrigo de Portundo.—Reune Barbarroja á todos los corsarios.—Andrea Doria ataca á Ali-Carasán y le toma algunas galeras.—Muertes de Portundo y Vargas.

Corría el año 1518 cuando D. Juan Coutinho cayó en una emboscada, y sólo perdiendo casi toda su gente pudo guarecerse tras los muros de Arcilla.

Por el mismo tiempo llegaba Carlos V á Zaragoza, donde reunió Cortes; y en 29 de Julio, los cuatro Brazos le juraron por corregnante con su madre Doña Juana. Allí recibió la noticia de la muerte de Horruch Barbarroja, y de haberse jurado Rey á Queredín. Con ánimo de mayores empresas, mandó al Virrey de Sicilia que cayera sobre Argel. D. Hugo de Moncada recogió 4.500 Españoles, soldados viejos; reforzóse en Bugía con gente que le dió el Gobernador Perafán de Rivera, y en Orán con la del Marqués de Comares, y á fines de Agosto entró en la bahía de Argel; desembarcó de improviso y se apoderó de un cerro, que fortificó con 1.500 hombres. Antes de dar el asalto, intimó la rendición á Barbarroja, quien le contestó: «ni tregua, ni piedad, ni paz, y hasta que Dios, que es el mejor árbitro no disponga otra cosa, el hierro de la cimitarra decidirá sólo entre nosotros [1].»

Tan amedrentados tenía Hugo de Moncada á los Berberiscos, cuyas marinas había corrido, que se juzgaba la presa segurísima; mas un accidente de la guerra frustró la común esperanza. Habíase agregado á la

1 *Crónica árabe*, del Zohrat-el-Nayerat.

flota aquel Gonzalo Mariño, causa de la rebelión de Bugía, y como hombre práctico en las cosas de África, se le encomendó que dirigiese el Consejo. Opinó por esperar á que el Rey de Tremecén, con su gente, les auxiliara; se dividieron los pareceres; Moncada y Mariño desacordaron, y en aquellas disputas transcurrieron ocho días. El de San Bartolomé, 24 de Agosto, una furiosa tempestad se desencadena; al día siguiente la armada había desaparecido, y las olas arrojaban en la tendida costa los despojos de 26 buques y 4.000 cadáveres. Moncada, traspasado de pena, con los restos de la expedición abrígase en Ibiza, dejando en las playas de Argel el material de sitio que no pudo transportar. Los Africanos creyeron que la mano de Dios protegía visiblemente á Queredín, y los Turcos, fatalistas, nada encontraron imposible en adelante para el hijo querido del Profeta [1].

Apenas desembarazado Abén-Chemín de sus enemigos, levantóse contra él su hermano menor. Barbarroja, cuya ambición crecía al par de sus hazañas, le favorece y le corona por Rey de Tremecén: ataca al de Túnez y le priva del reino. Algún tiempo antes, Queredín había injuriado á dos Xeques principales llamados Hazán y Ben-el-Cadí, íntimo amigo éste de su difunto hermano Horruch: ofendidos, alzaron banderas en su contra, y en tanto aprieto le pusieron, que reunida la escuadra, abandonó á Argel. Vuelto á su antiguo oficio de pirata, agavíllase con todos los más temidos, reune 40 velas, recorre pujante el litoral, ataca á Bona, vuelve contra su antigua corte, derrota á Ben-el-Cadí, vendido por los suyos en 4.000 doblas, le corta la cabeza, y á los pocos días hace otro tanto con Hazán; ábrenle las puertas los Argelinos; recobra el reino de Túnez; esparce sus naves por todo el Mediterráneo, y la fama de sus sangrientos triunfos se extiende por el África entera.

Ansioso D. Hugo de Moncada de borrar con señalada victoria el recuerdo de su infeliz expedición, reorganiza su armada y va á acometer á los corsarios de los Xerves que corrían aquellos mares: topó con ellos una noche, por aventura; pero tan esforzadamente se sostuvieron, que con pérdida de dos galeras tuvo que retirarse herido en el rostro de un flechazo.

1 La crónica árabe antes citada supone, que apenas desembarcados los expedicionarios, se dirigieron al asalto en dos columnas; que Barbarroja salió de la ciudad con 5.000 hombres y los derrotó; pero que favorecidos por la artillería de la armada, pudieron sostenerse en unos atrincheramientos á la orilla del mar, defendiéndose dos días y dos noches de los asaltos de los Argelinos, hasta que el tercero pudieron reembarcarse, dejando 3.000 cautivos, entre ellos al General. La falsedad de lo último, induce á creer en la inexactitud de lo primero.

No desanimándose por aquel contratiempo, al siguiente año 1520, junta 13 galeras, 70 naos y otros muchos buques, y con 10.000 infantes, 800 hombres de armas y 500 caballos ligeros, desembarca en los Xerves.

Por poco no le ocurre la misma desgracia que al buen caballero D. García. Los Isleños ya no eran aquellas turbas mal armadas é inexpertas en la guerra: habíanse convertido los Xerves en uno de los primeros arsenales de la costa, y sus pobladores en los más atrevidos piratas del Mediterráneo. Con esfuerzo grandísimo resistieron el empuje del ejército invasor, rompieron á los Españoles é Italianos, y sólo se estrellaron contra los Alemanes. A su abrigo, rehiciéronse aquéllos; la vergüenza les redobló el coraje; cierran de nuevo, y con gran destrucción de los Isleños quedan vencedores. Ríndese á partido el Xeque, se declara tributario del Rey Carlos, y se obliga á contribuirle con 12.000 doblas anuales: arreglado ésto, se da á la vela la escuadra, desembarcando en Barcelona entre el clamoreo de la multitud, que inconsecuente y movediza, tan pronto echa en olvido las desgracias, como los prósperos sucesos.

Esta fué la última hazaña contra los Moros, del temido D. Hugo de Moncada, que murió á manos de Genoveses en el año 1528, combatiendo en las aguas de Nápoles.

En el Peñón de Velez mandaba Juan de Villalobos: los Reyes de Fez, á pesar de sus contínuas guerras con los de Marruecos, destinaron al bloqueo de la plaza algunas kabilas, que estacionándose en los altos del Baba y del Cantil, la dominaban con su mosquetería, acosando de tal modo al presidio, que no le concedían momento de tregua.

El 20 de Diciembre de 1522, ya apurado el Alcaide, descubrió varias naves que con rumbo de Andalucía á vela y remo navegaban la vuelta de la plaza. Abre las puertas para recibir el socorro, arrojan el disfraz los Alárabes y pasan la guarnición á cuchillo.

Cuentan, asimismo, que siendo Villalobos de más codicia quc entendimiento, dos Moros por medio de un soldado, ofendido en su honra, le ofrecieron acuñar y expender por el litoral moneda de baja ley, en lo que tendría segura y cuantiosa ganancia. Vino en ello el engañado Villalobos, y un día que estaba distraido de pechos sobre una almena, uno de los Moros se le arrojó encima impidiéndole los brazos y el otro le dió de puñaladas. El soldado que en la parte inferior de la fortaleza entretenía á sus compañeros, al entender el hecho, se reunió á los Moros, y los tres, cerrando la puerta, hicieron la señal convenida á los de Velez, que acudieron de rebato; corrió el presidio á las armas, pero la artillería

gruesa estaba en la torre, y sin su defensa, hubo de entregarse y fué degollado.

Se acusó de traición á Villalobos, que aun á costa de su vida no pudo conservar ilesa la honra de su nombre. Más allá de la muerte le persiguieron las erradas aprensiones del vulgo, siempre dispuesto en las públicas desdichas á prestar fácil oido á los calumniadores.

Dueños del Peñón los corsarios, usaban mayores atrevimientos en las costas de Andalucía; quejábanse los pobladores, mas en vano: el Marqués de Mondéjar, Capitán general del reino de Granada, lo asaltó bruscamente, confiando en inteligencias con un cautivo; pero sus galeras fueron destrozadas por el cañón de la plaza: desembarcó en la isla del Iris, y fuerzas considerables le obligaron á recobrar los bajeles con pérdidas gravísimas.

Poco después Barbarroja invade el reino de Fez, se apodera del Peñón, doblemente fortificado, y los corsarios argelinos encuentran nueva guarida en aquel punto para extender sus depredaciones.

Al mismo tiempo que el terrible Queredín intentaba conquistar la tierra de Fez, no era menos combatido su Rey por la parte de Marruecos. A Seid-Oataz succedió en el imperio su hijo Muley-Mohamad Oataz; pero como hemos visto, de Tremecén, Argel y Túnez, se habían formado reinos independientes; Bugía, Trípoli y demás ciudades de la costa, tampoco reconocían su dominio, y Marruecos, sólo de nombre era tributario. Por el año 1508 apareció Mohamad-ben-Xerif-el-Huscení[1], quien aparentando gran santidad, ganóse el afecto de los montañeses de Tafilete y Sús. Envió á sus tres hijos Abd-el-kebir, Mahomad y Acmet á peregrinar á la Meca, gran motivo de veneración y respeto entre los Musulmanes. Los dos menores pasaron á estudiar á Fez, centro de la ilustración del imperio, y de tal modo se captaron las simpatías del Oataz, que confió á Acmet la educación de su hijo.

Los Xerifes pidieron al Rey licencia para combatir contra los Portugueses que ocupaban casi todo el litoral, y dióselo el Rey de Fez con recomendaciones para los Alcaides: reunieron gente, escaramucearon con las guarniciones de Tánger y Arcilla; creció su nombre; pasaron al SO. del Imperio; exigieron el diezmo á los pueblos para sostener la guerra santa, según el Corán, y los pueblos les acudieron con el tributo:

[1] Llámanse Xerifes todos los nobles mahometanos que pretenden descender de Fátima Zora, hija del Profeta ó del cuñado de éste Sidi-Alí-ben-Ebi Thaleb: su influencia es grandísima en el imperio berberisco.

sus fuerzas eran ya ejércitos; ayúdales Bujentuf, Rey de Marruecos; pelean con los Portugueses de Saffí, Mazagán y Azamor, y en una escaramuza matan al Almocaden [1] Lope Barriga; crece su fama, fortifican á Tarudante en la provincia de Sús, y proclaman Sultán á su padre Mohamad. Pasan á Marruecos á pretexto de conferencias secretas con el Rey, le dan de puñaladas [2], se apoderan de la ciudad, calman al de Fez, ofreciéndole el tributo y el quinto de las conquistas, que después niegan, y el hermano mayor, fallecido el padre, se proclama Rey de Marruecos.

Muere por este tiempo Mohamad-el-Oataz, y su hijo Acmet reconoce al Xerife y le disimula el pago del tributo. Ya éste en tranquila posesión de Marruecos, sitia en el año 1524 el fortín que tenían los Españoles en el puerto de Guáder, llamado Santa Cruz de Mar Pequeña; resiste la guarnición, y pide socorro á Canarias. Hallábase de Gobernador D. Bernardino de Anaya, pero una cruel pestilencia llamada *modorra*, que afligía las islas, le impidió auxiliar á los sitiados. Los Xerifes tomaron el fuerte y lo arrasaron hasta los cimientos, y aunque Carlos V lo mandó reedificar, nuevos cuidados y nuevas guerras hicieron que no se cumpliese la orden del Emperador. Así se perdió la única posesión africana que teníamos en las costas oceánicas.

Cuando el Xerife se vió con fuerzas bastantes para desafiar el poder del Oataz, se proclama Rey del Mogreb, nombrando á su hermano Acmet, Visir ó Lugarteniente suyo en las provincias meridionales.

Al saberlo el Rey de Fez, cae sobre el Xerife y le encierra en la ciudad; pero socorrido por su hermano Acmet con 3.000 caballos de Tarudante, dispersa al sitiador y le persigue hasta su misma capital. Reune nuevas tropas el Oataz, y en 1526 es derrotado de nuevo en Bab-Cuba, con muerte de su hijo el Príncipe de Fez. También pereció allí, escándalo de la fortuna, Boabdil el Chico ó el Zogoibí, último Rey de Granada, que se dejó arrancar la corona sin la vida, para perderla en defensa de ajenos intereses. Con esta victoria quedaron consolidados en Marruecos los Xerifes.

Dueños los Argelinos del Peñón de la Gomera, según dejamos escrito, llevaban impacientes el freno que el Rey Católico les había impuesto al labrar el castillo de la isleta frontera á su ciudad. Lo guarnecía por entonces Martín de Vargas con 150 Españoles; amenaza perpétua contra Argel, y que podía servir de base para nuevas expediciones contra

1 Equivale á Capitán del Campo.
2 Según Mármol, lo envenenaron.

el continente africano. Empeñóse Barbarroja en quitarse aquel padrastro, y dábale incesante batería; tanto, que el presidio no sosegaba un momento. Penetrando Vargas las intenciones de Queredín, envió mensajeros al Rey, que se hallaba en Barcelona disponiendo el viaje á Italia para su doble coronación, como Emperador y como Rey de Romanos. Tanto ocupaba este negocio á la Corte, que olvidó á aquel puño de valientes que en África, y rodeado de enemigos, defendía el pabellón de la madre patria.

Los mensajeros fueron bien entretenidos y mal despachados; cuando volvieron, apenas quedaba pólvora ni bizcocho. La constancia española cansó ó admiró á Barbarroja, que ofreció á los soldados libertad con todos los honores de la guerra, si le entregaban la fortaleza, jurando pasarlos á cuchillo, si la tomaba por asalto. Vargas, con aprobación de todos, contestó: «Que antes quería morir defendiendo aquella fuerza recibida de su Rey, que pasar afrenta por entregarla.»

Indignado Barbarroja, estrecha el cerco; rodea el islote con 45 naves; un fuego infernal destruye las defensas, y da el asalto á las cinco de la mañana del 21 de Mayo de 1529. Los Españoles resisten; succédense nuevos enemigos, que por fin entran al anochecer, no quedando en el fuerte más que 25 hombres cubiertos de heridas. Cayó el pendón de España, marcando con indeleble estigma al Gobierno que, cual cosa de menos valer, lo dejó desamparado [1].

Barbarroja, después de su victoria, unió la isla á la ciudad por medio de un dique, formando un magnífico puerto; recompuso la fortaleza y artillóla poderosamente. Desde entonces Argel se convirtió en la ciudad más fuerte del litoral y en refugio de todos los piratas.

Entre los más atrevidos descollaba Hardín Cachidiablo, que llegó á meterse tres leguas tierra dentro de la costa en el reino de Murcia, saqueando á Parsent y Murla, y llevándose más de 600 cautivos. El Emperador, desde Génova, envió para que guardase las marinas, á Rodrigo de Portundo, y encontró al corsario en las Baleares con quince fustas. Repugnando éste aventurarse, alzó áncoras y emprendió su derrota hacia Argel. Portundo manda perseguirlo, contra el parecer de los suyos, y olvidando su obligación de General, á boga arrancada se adelanta imprudentemente por ser su galera ligerísima; síguele su hijo Domingo, y á larga distancia, según la fuerza de sus remos, las demás. El corsario, al

1 La crónica árabe asegura que el fuerte lo tomó Queredín por sorpresa y con escasa defensa de la guarnición: hemos seguido á los autores nacionales.

ver dividida la escuadra, revuelve contra ella, y sus fustas atacan muchas contra cada galera. Valientemente pelearon; mas no pudiendo socorrerse, fueron entradas, muertos sus Capitanes y cautivos sus soldados: sólo escaparon de la ruina común las de D. Pedro Robles y la de Martín de Arce, que más prudentes ó menos ligeros para acometer, huyeron, dejando á la Capitana en poder de los Turcos. ¡Grande quebranto para los Españoles, que veían sus mares desamparados; sus costas indefensas; al Emperador ausente; al Rey de Tremecén apercibiéndose para atacar á Orán; África ensoberbecida, y el estandarte imperial, trofeo en las mezquitas de Constantinopla!

Los habitantes de la costa no tenían ya ojos para llorar tanta desventura. El feroz Barbarroja llamó á todos los corsarios berberiscos, y juntó 60 naos y 10 galeras con pensamiento de caer sobre Cádiz. Para avituallarse, dividió las fuerzas: parte, al mando de Alí Carasán, fondeó en Sargel, y el resto, con los más valientes Capitanes, á sus propias órdenes, tomó la vuelta de Argel.

Corría ya el año 1530; habíanse reunido 38 galeras, cuyo Jefe Andrea Doria, informado del intento, dió sobre Sargel, cuyos vigías se descuidaron, creyendo que era la escuadra de Barbarroja. Sorprendido Alí reconoce su error, pero no decae de ánimo; barrena varios buques; envía emisarios á todos los pueblos pidiendo socorro, y se mete con sus Turcos en la fortaleza. Derrámanse ligeramente los soldados de Doria como si no hubiese que temer; caen sobre ellos los Turcos, reforzados por los naturales; matan 400 y llévanlos por delante hasta las galeras, obligándoles á huir á todo remo. Perdió Alí, sin embargo, dos galeras y unas cuantas fustas, que Doria se llevó en la retirada; contratiempo que desbarató por entonces los planes de Queredín Barbarroja.

¡Quién contaría las crueldades de este! Al saber la nueva, estalló en cólera contra los infelices cautivos; empaló á Portundo; acañavereó á otros; degolló á 17 de los más principales, y descoyuntó el cuerpo al esforzado Martín de Vargas, descuartizándole después, porque no quiso abandonar la fé de Cristo; dos veces mártir, por su patria y por su religión.

Las costas de España lloraron largos años el heróico sacrificio de Martín de Vargas. ¡Con cuánto trabajo y cuánta sangre expiará Castilla el abandono en que dejó á aquel valentísimo soldado!

CAPÍTULO VIII.

Barbarroja saquea á Cullera.—El Rey de Túnez pide á Carlos V favor contra Barbarroja.—Toma de Oné.—Barbarroja, Capudáu Bajá de la marina turca.—Se alía con los Franceses.—Es proclamado Rey de Túnez.—Prepárase Carlos V para atacar á Barbarroja.—Descripción de Túnez y de la Goleta.—Peligro que corre el Emperador.—Escaramuzas.—Llegada de Hernando de Alarcón.—Peligro del Marqués de Mondéjar.—Ofrece un Moro envenenar á Barbarroja.—Muley-Hacén, Rey de Túnez, se presenta en el campamento.—Quejas de los soldados.—Espolonada de los Turcos.—Son rechazados.—Pérdidas de la jornada.—Asalto general y toma de la Goleta.

Frustrada por entonces la expedición de Barbarroja, y despedidos los corsarios; en 10 de Agosto del año 1532, con 17 buques, aporta en Cullera, pueblo del reino de Valencia; desembarca 600 Turcos; corre la tierra y recoge 2.000 Moriscos, con cuanto pudieron enfardelar de ropa y tesoros. Pocos meses antes, dos galeotas habían hecho otro tanto en el lugar de Pilas; de modo que sus continuas expediciones á los pueblos ribereños de España le proveían de abundante presa, cautivos para el remo y pobladores para las ciudades del litoral.

Sosegada Europa, determinó el Emperador su vuelta al Reino, examinó el campo de Pavía, y el recuerdo de la prisión del Monarca francés encendió en su pecho ansia de gloria. Embarcóse en Génova y fondeó en Barcelona el 22 de Abril de 1533 [1] aclamado por los habitantes. Recibió allí mensajeros de Muley-Hacén, Rey de Túnez, ofreciéndosele por vasallo, si le amparaba contra Barbarroja. Benignamente escuchó Carlos la súplica, y envió con 10 galeras á D. Alvaro de Bazán, padre del famoso Marqués de Santa Cruz, para que favoreciese al partido de Muley-Hacén. Limitóse Bazán á embestir al pueblo de Oné, junto á Tremecén [2], y sa-

1 Sandoval pone la venida de Carlos entre los sucesos del año 32; pero dice que Andrea Doria volvió á Génova, *entrando el invierno de* 1532; que el Emperador se aposentó en casa de Doria, quien le ofreció las tapicerías, y que por Abril llegó á Barcelona: debió, por lo tanto, ser en Abril de 1533.

2 San Miguel dice que D. Alvaro Bazán se apoderó en el año 1532 de Bona. Sospechamos si será equivocación con Oné; éste en la provincia de Tremecén, aquélla en la de Constantina.

quearlo, matando unos 600 Moros, cautivando 1.000 y apresando algunas fustas berberiscas de Xabán Arraez y otros piratas, que al volver encontró dispersas. Dejó suficiente presidio; mas no juzgando el Emperador importante conservar la plaza, ordenó al mismo D. Alvaro que la destruyese, lo que hizo, volando las fortificaciones é incendiando los edificios, que los Moros no volvieron á reedificar.

Al mismo tiempo ofreció Barbarroja el cetro de Túnez á Muley-al-Raschid, hermano de Muley-Hacén, y con él marchó á Constantinopla, llamado por el Sultán, que le nombró Jefe de toda la marina.

Puesto á la cabeza de la armada turca, compuesta de 80 galeras, 20 fustas y 9.000 hombres, saqueó el litoral de Italia, quemó el astillero de Cátaro, donde se construían siete galeras para el Emperador, y á su paso por las costas de Francia tuvo conferencias con el Rey Francisco, de quien era aliado; aunque sólo se decía *atreguado*. En 15 de Agosto de 1534 fondeó en Biserta, y con voz de que llevaba en sus galeras á Al-Raschid, amotinóse la plebe, que siempre cree mejorar con la mudanza, escapó el Rey Muley-Hacén, y el día 22 de Agosto se apoderó Barbarroja de Túnez como representante del Sultán. El desgraciado Al-Raschid, en cuyo nombre se hacía la guerra, fué detenido al embarcarse con Queredín en Constantinopla y encerrado en el Serrallo; donde probablemente moriría, pues que nada volvió á saberse de él. Al desengañarse los Tunecíes de que Muley-al-Raschid no estaba en las galeras, conviértense á su Rey, ¡tan ligero el vulgo!, y dan sobre Barbarroja y los suyos: horrenda fué la carnicería, pero no vencido el pirata, se suspendieron las hostilidades, y de bueno á bueno, logró por fin que le proclamasen Soberano en nombre del Gran Turco Solimán. Dueño de Túnez, cubrió otra vez el mar con sus bajeles, sembró el espanto y la desolación por las riberas españolas, hasta el punto de que, despertada en el Emperador la memoria del mandato de su abuelo, el Rey Católico [1], y ofendido además en su amor propio, al ver que la protección concedida á Muley-Hacén no había impedido que Barbarroja le desposeyera del reino; pensó seriamente en la conquista.

[1] Item, porque todas las otras virtudes sin la fé son nada..... mandamos al dicho ilustrísimo Príncipe nuestro nieto, muy estrechamente, que siempre sea gran celador, defendedor é ensalzador de nuestra sancta fé católica; ayude, defienda é favorezca la Iglesia de Dios, é trabaje en destruir, é extirpar con todas sus fuerzas la herejía de nuestros reynos, é así tenga muy gran celo en la destruición de la secta mahometana, y en cuanto buenamente pudiese, trabaje en hacer guerra á los Moros, con que no la haga con destruición y grande daño de sus súbditos y vasallos.» Testamento del Rey Fernando el Católico de 22 de Enero de 1516, otorgado en Madrigalejo ante Miguel Velázquez Clemente.

Envió para indagar las cosas de la tierra al Genovés Luis de Presendes, que hablaba algarabía por haber vivido en Fez algún tiempo, con instrucciones que, reveladas por un Morisco su criado al terrible Barbarroja; le costaron la vida. Al mismo tiempo, el Emperador mandó abastecer las costas de Nápoles, Cerdeña y Sicilia; secretamente previno á sus Virreyes apercibiesen pertrechos y vituallas; avisó á Andrea Doria, al Marqués del Vasto y á Antonio de Leiba; almacenó víveres en Andalucía, y llamó tropas de Italia y de Alemania. Todo preparado, declaró la guerra contra Infieles. La nobleza en masa acudió al apellido, y en representación de Portugal el Infante D. Luis. El día 30 de Mayo de 1535, al estrépito de la artillería y al repique de las campanas, salió del puerto de Barcelona la armada compuesta de multitud de transportes y 30 galeras [1]. En la magnífica de 104 remos, la *Bastarda*, montaba el Emperador, que tocó en las Baleares por el mal tiempo, y en Cáller se reunió la escuadra española con la siciliana, regida por el Marqués del Vasto [2]. El 15 de Junio, 300 buques, que algunos aumentan á 700, dieron anclaje en Puerto-Farina, junto á la famosa Útica. Encalló la Capitana al entrar, pero Doria logró que volviese á tomar el agua, cargando toda la marinería á una banda, con lo que siguió el Emperador su rumbo hacia Túnez. Apresurábase á fin de que Barbarroja no se escapase y otro era el pensamiento del Argelino; que si bien receloso al ver el nublado que se le echaba encima, que nunca lo creyera, ni menos que el mismo Emperador en persona le visitase; juntó sus Capitanes y opinaron por la defensa, fiados en el calor del país en aquella estación y en la escasez de bastimentos para ejército tan numeroso.

Está Túnez asentada cerca de un estero de poca profundidad que comunica con el mar, y sobre una sierra por la parte de Poniente; pero dominada por algunas alturas, que tomadas, enflaquecen mucho la defensa;

1 Apéndice núm. 7.

2 Alfonso de Ávalos, Marqués del Vasto, nació en Nápoles en 1502; hizo sus primeras armas con su tío el famoso Marqués de Pescara, Fernando de Ávalos, que murió en 1525, sucediéndole aquél en el mando de los ejércitos de Carlos V. En 1532 pasó á Austria para defender el país contra Solimán; después al Africa, donde el Emperador le confirió el mando del ejército expedicionario y luego de Embajador á Venecia. Muerto Antonio de Leiva, fué nombrado Capitán General del Ducado de Milán. Murió en Vigévano en 1546. Una media armadura suya se conserva en la Real Armería, cuadro 32, núm. 975. Llámasele también Marqués del Gasto y del Guasto. Fué valiente, de inteligencia no escasa, y tenido en mucho del Emperador. Tacháronle de vanidoso y áspero. Brantome, hablando de él dice: *il etoit fort dameret, habillant toujours fort bien et se perfumant fort, tant en paix qu'en guerre, jusqu'aux selles de ses chevaux.*

delante de sí, hacia el mar, la ribera es llana y tendida; poco más á la izquierda, tierra áspera y doblada; su fortificación, por la naturaleza del sitio, débil. Por eso Barbarroja reconcentró su empeño en la Goleta ó Alcalvel, torre cuadrada de ladrillo, que servía antes de aduana y que puesta en la gola ó estrechura por donde comunica el estero con el mar, en punto llano, calvo y arenisco, impide la aproximación á Túnez, de que es por allí único reparo. Apenas se esparció el rumor de la ida del César, Queredín aumentó las defensas, uniéndolas por medio de una cortina con la torre del Agua; levantó bastiones y rebellines, que artilló convenientemente, cercándolo todo con anchísima cava. Con el objeto de abrigar la flota, construyó un baluarte, guarnecido con 30 piezas gruesas por la parte del campo español, y otro desde el mar al estero, con un canal de 15 á 16 pasos y puente levadizo, á fin de pasar de un lado á otro. Por medio de chalupas que cruzaban el estero, tenía comunicación desde Túnez con la Goleta, enviándola socorros y refuerzos según el peligro. Acumuló provisiones, sacó las galeras á tierra, defendiéndolas con baterías interpoladas, é hizo cuanto podía esperarse de tan extremado Capitán.

El César mandó desembarcar la gente en la playa del Cabo de Cartago, sin que pudieran impedirlo los Tunecíes; que los tiros de la artillería se lo vedaban. Acampó el ejército en las ruinas de Cartago, y en el mismo día el Marqués del Vasto, con 22 galeras, hizo un reconocimiento sobre la Goleta, y al siguiente, 16 de Junio, desembarcaron 15.000 infantes y aventureros, y el César en persona delante, á pié, y con una pica en la mano. Escuadronáronse en Campo Santo, donde acudían las tropas conforme desembarcaban, siendo el primero el Capitán Jaén. Aparecieron algunos Moros por las cercanías; pero el César, temeroso de celadas, mandó recoger la gente. Enviáronse después corredores que calasen la tierra, pero toparon con algunos Alárabes, que los hicieron retroceder con bastante daño.

El día 17 de Junio acabó de desembarcar el ejército; ganóse la torre del Agua por tres galeras de Andrea Doria, y siguió el avance hacia Túnez, ocupando al pasar, algunos caseríos abandonados por los moradores.

No decaía un punto el ánimo de Barbarroja: de día y de noche reforzaba los puntos débiles de la ciudad; llamó en su ayuda al villanaje de los campos; encerró á los cautivos cristianos en la Alcazaba, y aun trató de degollarlos para que no le embarazase su guarda, mas logró disuadirle Sinán; envió á Argel dos naos cargadas de riquezas, por si se

perdía Túnez; avitualló la plaza; echó á todos los que consumían inútilmente; reforzó la guarnición de la Goleta, y encomendóla al mismo Sinán, Judío eunuco, diciéndole: «Defiéndela; en ella está la flota, el reino, la honra y la vida.» Prometiólo Sinán y lo cumplió.

Resuelto en Consejo atacar primero á la Goleta que á Túnez, principiaron los aproches para evitar la pérdida de gente. En vez de la pica y el arcabuz, diéronse los soldados al azadón y á la pala, alentándolos el Emperador con su presencia. Ni de día ni de noche reposaban un momento; las algaras eran continuas; las escaramuzas incesantes. Maltrataron los Turcos á las fuerzas Italianas, que ocupaban el punto más expuesto, envidiado por ello de los Españoles que holgaron del daño; pero al día siguiente fueron sorprendidos, y á su vez los Italianos sonreían gozosos. A todo puso orden el César, que mandó la mayor vigilancia; prohibió las escaramuzas, y que se pasase más adelante de las trincheras; orden desobedecida algunas veces por la lozanía de los soldados, que en gran número perecieron en las emboscadas que les tendían los enemigos.

Diariamente se engrosaba el campo de los sitiadores y el de la ciudad sitiada. Barbarroja, que al principio pasó alarde á 8.000 Turcos con 800 Genízaros, nervio del ejército; 7.000 flecheros Moros, otros 7.000 con gorguces y azagayas, y 8.000 caballos; llegó á reunir más adelante 100.000 peones y 30.000 caballos; gente, en verdad, agregadiza; pero buena para escaramuzas, emboscadas y sorpresas, con que fatigaban continuamente á los Españoles. El César reunió, con los marineros y chusma, hasta 54.000 hombres; los 45.000 de buena pelea [1].

Gran peligro corrió el Emperador: para que gente de tantas naciones no promoviese alborotos, era rígida la disciplina. Sujetábanse todos, menos los Tudescos, á quienes la abundancia del vino, sobre su natural bravura, aumentaba el atrevimiento. Quiso el César cierto día hacer volver

1 Según M. Pelissier, en sus *Memorias históricas y geográficas sobre la Argelia*, el ejército se componía de 25.000 infantes y 1.500 caballos, además de la gente de la armada. Era ésta de 239 galeras y navíos. Hallábase dividida en la forma siguiente: Ejército.—Infantería: división española veterana, 4.000; General, el Marqués del Vasto.—División española de bisoños, 8.000; General, el Duque de Alba.—División alemana, 7.000; General, Maximiliano Piedrabuena (ó Piedralla).—División italiana, 4.000; General, el Príncipe de Salerno.—División portuguesa, 2.000; General, el Infante Luis de Portugal.—Caballería: voluntarios nobles de varias naciones, 1.000; caballería española, 500.—Flota: escuadra de España, Génova y Flandes. 54 galeras, 70 navíos gruesos y 24 briks; Almirante, Andrea Doria.—Escuadra de Portugal, 27 navíos; Almirante, Saldanha.—Escuadra de Italia y Malta, 36 galeras y 28 navíos gruesos; General, D. Alvaro Bazán.—Además, los transportes.

á uno al escuadrón de que se había separado, y tocóle con el regatón de la lanza. El Tudesco, sañudo, hinca la rodilla y encárale el arcabuz; el Emperador repara su caballo; arrójase sobre el soldado el Marqués del Vasto, y le prende. Díjose que no había conocido al Emperador, pero pagó con la cabeza su ignorancia ó su desafuero.

Continuaban las escaramuzas: de las más reñidas fueron la del 22 de Junio, en que el hijo predilecto de las musas, el dulce Garcilaso, fué herido, y el Marqués del Vasto se libró sólo por los piés; la del siguiente día, en que murió el Conde de Sarno, y mucha gente Italiana, ganándole una bandera los Turcos, que por desprecio suspendieron en el fuerte, con la moharra hacia abajo; y la del 24, en que sorprendidos los Españoles, revolvieron, llevando á los Tunecíes tan á los alcances, que algunos entraron con éstos en la Goleta, donde murieron, retirándose los demás con grave pérdida. Pudo aquel día, á haber sido de pensado, tomarse el fuerte: advertidos los Turcos, barrearon el paso con una doble estacada y otras defensas.

Escaseaban los víveres: afortunadamente el 25 llegó Hernando de Alarcón, *que por sus muchos méritos se llamó el Sr. Alarcón;* con algunas galeras de Italia y copia de refuerzo y municiones. Grande fué, al verle, la alegría del Emperador, que le echó los brazos, diciéndole amoroso: *Bien venido seáis, padre mío.* ¡Tanto honraba á la ancianidad, y al valor, y á la experiencia! Fiado en su pericia militar, hízole recorrer los reales, y por su consejo se concentraron más las tropas, se aumentó el número de los gastadores y se prohibieron severamente las escaramuzas, con harto dolor de los Caballeros españoles.

Seguían los trabajos de sitio: lenta, pero progresivamente, la zapa se iba adelantando, y con ella los baluartes, que decían los Turcos que caminaban como culebras; uno de ellos llegaba ya hasta casi tocar con las galeras de los sitiados.

Considerábalo todo Barbarroja, y quiso tentar ventura con una acometida general al campamento. El 26 de Junio emboscó su gente en los olivares y asperezas de la tierra, y mandó que por el estero saliesen barcas con artillería de campo y buen golpe de Turcos. Acometieron valientemente, pero, forzados á retraerse á sus defensas, dió orden el Emperador al Marqués de Mondéjar para que los desalojase: hízolo con grave peligro de su persona, herido de una lanzada, y librado por el valor de algunos que acudieron á las voces de «*socorro, que matan al General.*» Tanta morisma cargó, que, por fin, los que peleaban por la parte de la laguna, ciaron; siendo preciso que el mismo Emperador ce-

rrase al grito de *Santiago*. Rechazada la acometida, desde entonces unos y otros andaban más recelosos y con menos ufanías, que la mucha sangre derramada hízoles aprender á su costa el valor de los contrarios.

Por este tiempo, un Moro ofreció á Carlos envenenar á Barbarroja; desechó aquel la oferta; que no creyó honroso ni digno deshacerse con la traición, de enemigo contra quien había desenvainado la espada.

A los pocos días presentóse Muley-Hacén, pobre, astroso, con escaso acompañamiento de 300 hombres; que huyen del caido hasta los deudos, y los más obligados le desconocen. Salieron á recibirle el Duque de Alba, el Conde de Benavente y Hernando de Alarcón.

Mostrósele el César muy benigno, y él, discreto y agradecido, ofreciéndose con sus partidarios, en número de 1.000, á pelear con Barbarroja, y aun con esperanza de que por tratos lograría la ayuda de 6 ó 7.000 Alárabes tunecíes: en algunas escaramuzas que sobrevinieron portóse muy valiente.

Jugaban los tiros de los Turcos, que era cosa de espantar á los más denodados; el 2 de Julio una pelota que pasaba de 60 libras estuvo á pique de llevarse á Andrea Doria, cuyo caballo, sujeto á una estaca de la tienda, hizo piezas.

Murmuraban los soldados de la contínua labor de las trincheras; que no se les caía el coselete de encima, sino cuando empuñaban el azadón; escaseaba el refresco; dormían poco, *y eso con los ojos abiertos*; comían mal, y sobre todo mortificábales el que se les hubiesen prohibido las escaramuzas: poner en aventura las vidas, pesábales menos que consumirse en el trabajo; por donde tenían convenido dar tal acometida á los Turcos en la primera ocasión, que á vueltas de ellos entrasen en la Goleta. No tardó mucho: salieron los forrageadores en busca de yerba para los caballos, y en su guarda numeroso destacamento. Noticiosos los Turcos, y oculta convenientemente la artillería por si se les rechazaba, asaltan el campo. No esperaron en las trincheras los Españoles: como lo tenían acordado lo hicieron; cayendo tan de recio sobre los Tunecíes, que les obligaron á cejar, y persiguiéndoles, plantaron las banderas en las fortificaciones exteriores de la Goleta. Allí fué la pelea cuerpo á cuerpo con los Genízaros, que animados por Hardin, no retrocedían un punto. Acudieron Españoles á socorrer á los suyos, y también Alemanes; no Italianos, que siempre los miraron de mal ojo. Tal fué la confusión y el desconcierto, que por más que los combatientes pedían á gritos escalas para asaltar la torre, no se las llevaron. Al común peligro acudió el

César, con solo cuatro Caballeros, y estimando temeraria la empresa, mandó la retirada, que se efectuó, recibiendo la gente crecido daño de la artillería.

Muchos y muy valerosos murieron en la jornada, entre ellos Diego de Ávila, Alférez del Conde de la Noveleta, y Marmolejo, Alférez de Sevilla, que plantaron sus banderas en los bastiones enemigos; Lope del Fresno, Sargento mayor de los tercios viejos de Italia, y Francisco González de Medina, Caballero del hábito de Santiago. Fueron heridos de arcabuz, D. Alvaro Bazán, si bien no de peligro; el Marqués del Final, tan gravemente, que murió de allí á poco; los Capitanes Saavedra, Jaén y Bocanegra, Morales, Hermosilla, Maldonado, Quijada, Esparza y Vázquez, que falleció de resultas de la herida. También salieron maltratados el Alférez Pedro Valenciano, Luis Daza, Gentil-hombre de boca, y Rodrigo de Ripalda, que cayó aturdido de un mosquetazo. Perdió el caballo el Marqués del Vasto, con gran riesgo de su persona; divulgóse la noticia de su muerte, que relatada al César, dolióse en extremo, hasta que supo la verdad del suceso. Pocos días después murió de tiro de arcabuz D. Hernando de Velasco, con harta lástima de todos.

Mucha sangre costó la gloria de este día, pero espantó á Barbarroja el valor de los Españoles, principiando á temer la pérdida de la fortaleza. Previendo este caso, llevó artillería á Túnez, envió á Argel 40 cargas de efectos preciosos y preparóse para sostener la ciudad, redoblando al mismo tiempo los medios de defensa de la Goleta.

El César se disponía mientras para el ataque general: trató primero de enseñorearse del estero, y por espías hizo sondear la profundidad de las aguas, para el calado de las embarcaciones: diferencias entre los Vizcainos que habían de ejecutarlo, fueron causa de que no se realizase el pensamiento. Envió los heridos á Sicilia; ordenó recoger en las galeras á la gente inútil para la pelea; quedóse el mando de la caballería, fió el de la infantería española á D. Sancho de Alarcón, el de la italiana al Marqués del Vasto, y señaló 60 galeras para batir á la Goleta y otras varias para cañonear la rada, si por allí venían socorros de Túnez. La caballería guardaba los olivares; un buen golpe de gente quedóse de reserva.

El día 14 de Julio de 1535 [1], al romper del alba, oida misa y comulgados el Emperador y su Corte, rompióse el fuego con 42 tiros grue-

1 Illescas dice el 12 de Julio: Patxot, en sus *Anales*, afirma que el 25 de Junio. Seguimos la relación de Sandoval, conforme con la carta del Emperador al Marqués de Cañete, Virrey de Navarra.

sos: 20, puestos en el bastión de los Españoles; 16, en el de los Italianos; 6, en una batería que entre ellos y cien pasos delante se había improvisado aquella noche, confiándola á los Españoles viejos, secundados por los cañones de las galeras al mando de Andrea Doria. Con ánimo respondían los de la Goleta, que era gente arriscada y valerosa. Parecía que el cielo se venía abajo; temblaba la tierra, y del estampido embravecióse la mar; el humo ocultaba á los combatientes; el trueno los ensordecía; los gritos de los Turcos y el clamor de los heridos, llenaban los aires. Seis horas duraba el fuego, cuando se abatió un torreón de la Goleta, con su barbacana, rodando cañones y artilleros, y hendióse la muralla y se derrumbaron los parapetos de las baterías. Al punto se arrojó á la brecha el Capitán Jaén, con cinco soldados y un Gentil-hombre de apellido Pizaño, que riendo el lance, le dijo: *Capitán, echarme he dentro, que esto no es sino corral de vacas.* Vióle el Emperador, y cuando tornaba, le puso la mano encima del hombro, diciéndole: *En verdad os digo, que sois hombre de ánimo.*

Arregladas las columnas de asalto con los nombres de Santiago, á la vanguardia; á la batalla San Jorge, y San Martín á la retaguardia; levantóse el estandarte imperial, que era seña de acometer, y al punto púsose al frente de todos, un Fraile francisco, enarbolando una Cruz; que fué cosa de admirar su valor en pecho desacostumbrado. Defendiéronse valientemente los Turcos, paráronse los Italianos, y vacilaron los tercios españoles; acudió el César: *¡Oh mis soldados! ¡Aquí mis leones de España!* dijo, y al oirle, con desprecio de la muerte, abalanzáronse á la brecha, arrollaron cuanto se les puso por delante, al tiempo que aparecía por la aportillada cerca de la marina el intrépido D. Alvaro Bazán con los suyos. Entrada la fortaleza, retiróse Sinán por la parte de la laguna, perseguido por los Imperiales. Doscientos Genízaros perecieron sin cejar un paso, prefiriendo morir á retroceder [1]. El Marqués del Vasto, al ver la huida de los Turcos, cayó de hinojos ante la cruz que llevaba el Franciscano Fray Buenaventura, y besó humildemente la tierra, dando gracias á Dios por la victoria: el César, elevando al cielo sus ojos arrasados de lágrimas, dijo: *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*, y señalándole la fortaleza al Rey

1 Illescas supone que los Turcos se retiraron sin pelear al ver la furia del asalto; no es creible después de tantos aprestos, en un soldado tan valeroso como el Judío Sinán: Barbarroja no se lo hubiese perdonado. Además, el Emperador, al dar cuenta del suceso al Virrey de Navarra, Marqués de Cañete, le dice, «que se ganó la fortaleza *por combate y batalla de manos*,» y Robertson, «que Sinán se retiró después de la más obstinada defensa.»

Muley Hacén: *Ved ahí la puerta de vuestro Reino.* Muley-Hacén bajó los ojos y le dió las gracias.

Entraron los primeros en la Goleta, Miguel de Salas y Alonso ó Andrés de Toro; Mendoza, Alférez del Capitán Carrillo; Fuensalida, del Capitán Vargas; Miguel Navarro, Isla y Herrera, á quienes premió el Emperador, haciéndoles merced de algunas pensiones de por vida. El primero de los Caballeros fué el Príncipe de Salerno, y de las galeras D. Alvaro de Bazán. A piedad grandísima movió un soldado, natural de Trujillo, que sin piernas por una bala de cañón, en las ansias de la muerte y retorciéndose por el dolor, con voz apagada decía solamente: «*¡Victoria, victoria!*» ¡Celebrábala el infeliz y le costaba la vida!

Ochenta y seis vasos, entre ellos 42 galeras y sobre 400 cañones, marcados muchos con la flor de lis, que publicaban su origen francés, inmensos pertrechos, municiones y vituallas, cayeron en manos del vencedor [1]: la presa de los soldados, pobre; que habían puesto los Turcos á buen recaudo sus bienes. Murieron de ellos hasta 800 á 1.400; lo cierto no pudo averiguarse; más en la retirada que en la defensa. Refugiáronse 4.000 en Túnez, por la laguna, y otros 2.000 atravesando el canal y quitada la puente levadiza, en Rhades.

Contóse que sólo habían muerto 26 Cristianos: achaque de vencedores disminuir sus pérdidas y encarecer las de los vencidos, para no desmayar en nuevas empresas; que aun á los valientes aplace creer escaso el peligro y que no está en balanzas la victoria.

1 Cavanilles aumenta el número hasta 900 piezas de artillería y 90 galeras.

CAPÍTULO IX.

Barbarroja pasa alarde á sus fuerzas.—Manifiesta Carlos V su resolución de seguir la empresa de Túnez.—Fatigas de la marcha.—Derrota de los Tunecíes.—Los cautivos se apoderan de la alcazaba.—Huye Barbarroja.—Se entrega Túnez.—Saqueo y matanza.—Disculpase al Emperador.—Libertad de los cautivos.—Doria persigue á Barbarroja.—Destrucción de Bona.—Tratado con Muley-Hacén.—Consejos del Emperador al despedirse.

Hondo fué el pesar de Barbarroja, no tanto por la pérdida de la Goleta, cuanto por la de la armada, fundamento de su poderío, y en el primer ímpetu de la pasión injurió á Sinán, motejándole de cobarde. Defendióse éste, culpando al estrago de la artillería y á lo irresistible del ímpetu español; apaciguóse Barbarroja, convencido ó astuto; que á todos necesitaba para defender la ciudad.

Acudíale gente de lo interior, repartió el caudal entre ellos, y aun esperanzó poder salvar á Túnez. No era descaminada imaginación la de que el César, satisfecho con la gloria que había alcanzado en la toma de la Goleta, abandonase el sitio, y que si persistía, le faltasen vituallas y municiones, ó el agua, no muy abundante: contaba, asimismo, con las enfermedades por el rigor del clima, y con las deshechas borrascas que azotan aquellas costas con gran braveza.

Animó á los suyos, pasó alarde á sus tropas, y encontró que subían á 150.000 entre Genízaros, Renegados, Turcos, Moros y Alárabes [1], los 14.000 arcabuceros y ballesteros y 30.000 de á caballo; muchos gente colecticia, más para imponer por el número, que para las armas.

Espantáronse los expedicionarios al barruntar que el Emperador per-

1 Robertson pone 50.000, y funda la resolución de Barbarroja de dar batalla campal, en el mal estado de los muros, la demasiada extensión del circuito de la ciudad y en su poca confianza en la fidelidad y constancia de los Alárabes: ni lo primero era cierto, porque Barbarroja los había reparado; ni lo segundo obstáculo, puesto que por extenso que se suponga el perímetro de Túnez, eran suficientes para cubrirlo 50.000 hombres; lo último se ve cuán poco influyó en el ánimo del corsario, si se considera que aun después de la derrota, su ánimo era defender á Túnez, lo que si no llevó á término, fué por las causas que se verán después. Mejía fija el ejército de Barbarroja en 88.000 hombres.

sistía en la guerra, murmuraban muchos, y la gente menuda y algunos Capitanes recordaban el trágico suceso de San Luis. Súpolo Carlos, llamó á los principales, manifestóles su firmísima resolución de no alzar mano en aquella guerra, con los que por amor á Jesucristo y por el de su honra, quisiesen quedarse en su compañía. Como el César opinaron D. Luis de Portugal y el Duque de Alba; el parecer de éstos arrastró á los demás, y decidióse la jornada.

El 20 de Julio de 1535, deshechos los trabajos de sitio, reducidas y mejoradas las defensas de la Goleta, presidiada y artillada convenientemente y seguras allí mujeres, chusma y gente inútil, emprendió el ejército la vuelta á Túnez. Comandaba á los Italianos, el Príncipe de Salerno; á los Españoles, Alarcón; á los Tudescos, Maximiliano de Piedralla ó Eberstein; al escuadrón de los Caballeros, de unos 350 caballos, el Emperador en persona; á todos, el Marqués del Vasto, nombrado Generalísimo por el César. Por falta de acémilas, soldados y marineros arrastraban á brazos doce tiros, municiones de boca y guerra, material de Ingenieros y cuanto necesario era para el cerco. Andado habrían como dos millas, cuando Muley Hacén, juntándose al César, le dijo: *Señor, los piés tenéis do nunca llegó ejército cristiano.—Adelante los pornemos*, le respondió Carlos, *placiendo á Dios*.

A poco de la marcha empezó á picar el sol, la playa era de soborneo ó arena movediza, que cada paso que daban habían de ciar un tercio; las corazas, con el calor, abrasaban; el agua de que se proveyeron los soldados concluyóse al momento, el vino hervía en las botijas, la gente caía desmayada; D. Alonso de Mendoza, Conde de la Coruña, dando ejemplo de resistencia á los suyos, aguantó hasta que, asfixiado, rodó al suelo, costando gran trabajo retornarlo: siete horas anduvieron de esta manera para adelantar apenas cinco millas, hasta que llegaron á los pozos. Al verlos, nada fué bastante para contener á los soldados; desordenóse la vanguardia, tiráronse al agua, algunos mojaban paños y los esprimían en la boca, empujaban los que iban detrás á los delanteros; inútilmente el Marqués, espada en mano, pretendía volverles á la formación; todo era tumulto y desorden, y quizá España llorara un segundo Xerves, si de pronto no acudiera el Emperador, y á éstos con exhortaciones, y á aquéllos á cuchilladas, no hubiese conseguido reunir á los desbandados, y ya en orden las escuadras, que volviesen todos al antiguo concierto.

Barbarroja esperaba con 80.000 peones y 25.000 caballos en los olivares para guarecer su gente del sol. Al acercarse el ejército, salió con

su gente en dos líneas, flanqueadas por su numerosa caballería, y á vanguardia las zarzabanas ó sacres, que dispararon con escaso efecto.

Opuso el Marqués del Vasto á la parte de la laguna la infantería italiana y los Tudescos, con algunas compañías de piqueros; el otro cuerpo lo formó de los tercios viejos españoles, apoyados unos y otros por la artillería, que ocupaba la batalla. A su alrededor iba el grueso del ejército con el estandarte imperial. Seguía el bagaje y cerraban la retaguardia los bisoños, con el Duque de Alba y algunas lanzas. Guardaba el estero uno de los flancos; al otro, un buen golpe de ginetes.

Puestos al frente los ejércitos, á algunos Imperiales *tembló la barba* al ver tan gran morisma; *muchos son*, díjole un Caballero á Hernando de Aguilar, quien repitiendo lo del Cid, le contestó: *no os espantedes, que á más Moros más ganancia.*

Discurría el César por entre las filas, precedido de un paje con su estandarte bermejo, para que todos le conocieran; cuando faltándole los piés al caballo, rodó por la arena con el César, que prestamente cabalgó en otro, y púsose á vanguardia, animando con sus razones á los soldados: «Hijos míos, les decía, el bien acometer está en vuestras manos, y el vencimiento en la de Dios, cuya causa defendemos, y no nos desamparará; fialdo, que yo, vuestro Emperador, ó con vosotros venceré, ó con vosotros moriré en estos arenales.» Y considerado el campo enemigo, vuelto hacia Hernando de Alarcón: «Padre (así le nombraba siempre por respeto á sus canas), ¿qué os parece que hagamos?»—«Señor, que les acometamos,» respondióle el animoso Capitán; «que la victoria es nuestra, como vos sois Emperador; por eso, démosles Santiago y á ellos.»

Impacientes los Españoles, ardían por llegar á la pelea, y más al ver que los Tunecíes jugaban la artillería, hiriendo al seguro á la vanguardia: el Marqués del Vasto, temeroso de que se enfriasen los bríos del ejército y creciesen los de los Turcos, juzgando mengua de espíritu la tardanza en acometer, acercóse al Emperador y le dijo: «Si á V. M. paresciere, yo no esperaría hoy á que adelantara la artillería, sino que tocaría luego al arma.»

Contestóle el César: «Tambien á mí parésceme eso; mas yo no lo puedo mandar, que no soy el General: vos que podéis, haceldo, pues hoy es vuestro día.» El Marqués, lisonjeado con tan delicada atención, replicóle alegre: «Bien me paresce, Señor, que V. M. haya querido echarme á cuestas esta carga. Y pues ansí es, yo quiero usar mi oficio, y ante todas cosas mando á V. M. que luego se vaya á su puesto y se ponga en

su batalla con el estandarte; no sea nuestra mala suerte que alguna pelota se desmande y peligre vuestra persona, para total perdición del mundo.» El César, volviendo riendas al caballo, obedeció, diciendo: «Plásceme, por cierto, de obedescer lo que mandades, aunque no habría de qué temer; que pues nunca Emperador murió tal muerte como esa, no es de creer que la moriría yo.»

Apenas el César había llegado al cuerpo del ejército, y dado el nombre y apellido de *Jesús*, enarbolóse la señal de ataque. No esperaron los Turcos, antes con gran fiereza acometen los primeros: sale á recibirlos la caballería gineta, con su Jefe Hernando de Gonzaga, y siguen los peones á la carrera; pero con la fatiga hubieron de detenerse, siendo blanco de 600 Turcos atrincherados tras unos paredones, hasta que á los gritos del Capitán Ibarra, y cobrando la respiración, cierran con ellos furiosamente y los desalojan.

Mientras, un grueso escuadrón de caballería alarbe trata de desordenar al ejército, atacando la retaguardia; pero el Duque de Alba, con los bisoños, dióle tales rociadas de arcabuz, que volvió grupas, con muerte de 400, y tan escarmentado, que no quiso iterar la acometida, á pesar de los esfuerzos de sus Xeques.

Cargaron entonces los Tudescos, sobre los que se amparaban de los olivares, y el ejército tunecí volvió la espalda. La persecución no fué posible: apenas ahuyentado el enemigo, arrojáronse los Imperiales á las cisternas, y bebían ansiosos agua y sangre; porque los Moros las habían rellenado con los cadáveres de los muertos en la batalla.

Barbarroja, despechado con el vencimiento, se encierra en Túnez; manda degollar á los cautivos, y el Judío Sinán vuelve á oponerse: llega la noticia á oidos de los presos; dos renegados les abren las puertas de los baños; acometen en tropel á los pocos Turcos que les custodiaban; se apoderan de la alcazaba; asestan los cañones contra la ciudad, y encienden fuegos en cruz para darlo á entender á los sitiadores. Frenético Barbarroja quiere matar á Sinán, que había impedido el degüello; procura entrar en la alcazaba con ofertas y halagos que no admiten los cautivos, y viéndose sin medio de resistir, huye, acompañado de sus fieles Turcos, llevándose sus tesoros y con él á Sinán y á Cachidiablo, que, herido, falleció á poco. Mirando entonces el campo del César, y vuelto á los suyos, dijo tristemente: *Conviene, hermanos, obedecer á la fortuna*. Perseguido por los Moros, que trataban de robarle la recámara, logró entrar en Bona, donde tenía 14 galeras prevenidas de antemano por si se le mostraba adversa la fortuna.

Al día siguiente, cuando aún deliberaban los Imperiales sobre si se acercarían á la ciudad, porque no sabiendo lo acontecido temían alguna celada, salió de Túnez el Mezuar, con los Cadís, á rendirse al Emperador, suplicándole no permitiese el saco, y lo mismo Muley-Hacén, que ofreció para impedirlo hasta 500.000 doblas. Quedó suspenso el Emperador, que no contestaba ni sí, ni no, y mandó reunir á los Cabos á fin de ver cómo podría evitarse el saqueo, sin desabrir al ejército, ansioso de pillaje. Mientras conferenciaban, se esparce la nueva por el campo; amotínanse los soldados; con las picas, en vez de escalas, salvan los muros; los cautivos que se descuelgan de la alcazaba, abren las puertas de la ciudad, y con el ejército se derraman como las aguas furiosas, reventado el dique, y no hay crueldad ni exceso, por horribles que se imaginen, que no se cometan. Los Tudescos, siempre licenciosos y feroces, no se hartaban de matanza. Subía al cielo la grita de los infelices, los alaridos de las mujeres, el ternísimo llanto de los niños. El César, que quizá (muy dudoso es) hubiera podido impedirlo con la rápida y enérgica manifestación de su decidida voluntad, lloró el accidente fatal; y profundamente conmovido por aquel desgarrador espectáculo, dió órdenes severas para que cesase la carnicería.

¡Borrón grande en tan señalada victoria, que sólo puede atenuarse por las circunstancias, y por las ideas, y por las costumbres de la época! La guerra contra Moros era un duelo á muerte; el pillaje se miraba como un derecho del vencedor; los cautivos, abrevados de odio y de espíritu de venganza, principiaron; ¿qué brazo bastante robusto para enfrenar á un ejército, agriado por las penalidades, exaltado por la codicia, y robustecido en sus instintos sanguinarios por la convicción de que el saqueo de una ciudad enemiga era la justa recompensa de los trabajos de tomarla [1]? Más de 10.000 Tunecíes fueron muertos; corrió la sangre; los cadáveres yacían en montones; pudo saciarse el más feroz al contemplar tan grande estrago [2].

1 Sandoval, al contar estos hechos, dice cándidamente: «El Emperador deseaba librar á Túnez del saqueo; pero daban voces los soldados por el saco, y *tenían razón*; y así, ni lo negaba ni lo concedía.» Si recordamos la conducta de Portugueses é Ingleses en la toma de San Sebastián y de otros puntos á principios del siglo; las instrucciones de Napoleón á su hermano José, Rey de Nápoles, y las crueldades cometidas en la India en nuestros tiempos, hemos de convenir en que la guerra hace olvidar todo sentimiento generoso, y que no hemos adelantado mucho en este punto, á pesar de la mayor suavidad de costumbres que existe en la actualidad.

2 Nuestros historiadores fijan el número de Moros muertos en el saqueo de Túnez en 10 ó 12.000, y aun juzgamos que ha de rebajarse; puesto que estimándose como alabanza

Conquistada Túnez, el Emperador dió libertad á 20.000 cautivos. ¡Magnífico momento aquel en que rotas sus cadenas y colmados de dones, oyeron, puestos de rodillas, de los augustos labios del vencedor, que estaban libres, y se derramaron por los cuatro ángulos de Europa cantando las alabanzas del nombre español!

No descuidaba el Emperador un punto las cosas de la guerra. Incompleto había quedado el triunfo, libre Barbarroja, y envió en su seguimiento á Adán Centurión, sobrino de Andrea Doria; mas encontrando ya apercibido al pirata, no se atrevió á acometerlo, y volvióse con no mucha honra, murmurado de todos. Sintióse vivamente el tío; acudió con 40 galeras; pero Barbarroja ya había hecho rumbo hacia Argel con las suyas. Tomóse á Bona; y se dejó á Alvar Gómez Zagal en el gobierno; pero después, no creyendo fácil el conservarla, fué destruida.

El Emperador, celebrado el día de Santiago en Túnez, salió para Rhades, á fin de que volvieran los moradores que habían huido; y en 6 de Agosto entregó el Reino á Muley-Hacén, que se reconoció tributario, obligándose á mantener los 1.000 hombres que de guarnición quedaban en la Goleta; á pagar anualmente, el 25 de Julio, seis caballos y 12 halcones en reconocimiento del dominio, y otros varios capítulos acerca de favorecer á los Cristianos y oponerse á la piratería de los Berberiscos.

Firmados estos asientos, al despedirse cuentan que le dijo Carlos: «Yo gané este reino derramando la sangre de los míos; tú lo has de conservar ganando el corazón de los tuyos; no olvides los beneficios que has recibido, y trabaja por olvidar las injurias que te hayan hecho.»

de los vencedores la crecida mortandad de Infieles, hemos de suponer como muy probable, el que se abultase por vanagloria. Roberston lo aumenta hasta 30.000, con 10.000 cautivos. Escritores españoles hay que afirman murieron en aquella jornada 60.000 personas, quedando 40.000 cautivas. No había tantas en Túnez. Mármol, de quien probablemente lo tomaron todos, dice: «que por los campos de Túnez se veían grandes montones de mujeres y de criaturas *sofocadas y muertas de pura sed*; tanto, que nos certificó el propio Rey de Túnez, que perecieron aquel día, *huyendo en los campos*, *más de* 70.000 *ánimas*, sin los muertos á hierro, y que los cautivos pasaron de 40.000.» Suponiendo cierto el relato del Rey, murieron de sed, huyendo por los campos, no á manos del ejército. Nosotros lo creemos imposible; porque si á estos 110.000 asfixiados y cautivos, se añaden los 10.000 muertos á hierro, los que se libraron de la Ciudad y los que se ampararon en los montes al saber la venida de la armada, y después, cuando se perdió la Goleta, resultaría Túnez con una población doble de la que le conceden los más exagerados cálculos.

CAPÍTULO X.

Embárcase el Emperador.—Hernando de Gonzaga emprende el sitio de Mehedia.—Barbarroja saquea á Mahón.—Pónese al frente de una armada turca.—Sitio de Susa.—Motín en la Goleta.—Combaten los Turcos el castillo de Oropesa, á Villajoyosa, Ibiza, Peñíscola y Gibraltar.—Captura de Dragut.—Toma Andrea Doria algunas poblaciones.—Tratos frustrados entre Barbarroja y el Emperador.—Publícase la jornada de Argel.—Desembarca el ejército.—Piérdese gran parte de la armada.—Acometen los Turcos al ejército.—Valor de Carlos V.—Determina levantar el sitio.—Oposición de Hernán-Cortés.—Mensaje de Doria.—Retirada á Metafuz.—Reembarco.

Destruidas las Torres de la Sal y del Agua, dejada una guarnición de 1.000 hombres en la Goleta, según los conciertos con Muley-Hacén, y por Alcaide á D. Bernardino de Mendoza, la galera capitana zarpó el 17 de Agosto de 1535, con dirección á la ciudad de África ó Mehedia, que pensaba el Emperador tomar de paso, y para cuyo efecto había mandado adelantarse al Príncipe de Salerno con 30 bajeles: un recio temporal dispersó la escuadra, y obligó al César á refugiarse en Trápani. Desde allí dió órdenes á Hernando de Gonzaga y á Andrea Doria para que llevasen á efecto la empresa, quienes con 30 galeras y cinco navíos, en que iban 5.000 Españoles é Italianos, hicieron rumbo á Mehedia. Entraba el invierno y el tiempo se mostró contrario; detuviéronse en la isla Fabiana, mas luego recibieron cartas del Emperador en que les ordenaba alzar mano en aquel negocio, y tornasen á Sicilia, como lo hicieron.

Cuando, según hemos dicho, Centurión fué á combatir á Barbarroja, y no osó; conociéndole el miedo, pensó el corsario en perseguirlo; pero como muy astuto temió malograr la ocasión de salvarse en Argel, donde ocultó cuidadosamente los sucesos de Túnez, dando otro color á su arribo: fortalecida su escuadra con galeras de allí y de los Xerves, y al frente de 35, cayó sobre Mahón, y llevóse cautivas más de 800 personas; débil compensación del reino perdido. Con esta presa volvió á Argel, desde donde hizo camino en busca de Solimán, que guerreaba con los Persas, é incitóle á que dirigiese nuevamente sus armas contra el Emperador. Vencido de sus razones, Solimán le confió potentísima armada,

con la que, corriendo las riberas de Italia, tomó á Castilnovo, y derrotó á Andrea Doria, orgullo de los marinos cristianos.

Muley-Hacén al poco tiempo pidió auxilio al Emperador para echar de la plaza de Susa á los Turcos, que estaban apoderados de ella y de otros burgos de la costa. Encargóse la empresa al Virrey de Sicilia, y éste al Marqués de Terranova, que en 1537, con 14 galeras y cuatro naos, desembarcó 2.000 Españoles y Sicilianos, que reforzó el Rey de Túnez con 7.000 Alarbes y Moros. Mal colocada la artillería, apenas decentó los muros, y sin estar practicable la brecha, se mandó el asalto. Muertos el Maestre de Campo, D. Diego de Castilla, y Lope de Melo, Capitán de una galera sanjuanista, batieron retirada los asaltantes. Faltaban en el campo municiones, porque pensando ganar la ciudad de rebato, la provisión fué poca; con lo cual se reembarcaron los expedicionarios.

En 1538, desesperada de no recibir el sueldo, se amotinó tan resueltamente la guarnición de la Goleta, que pensó en entregarse á los Moros. Por fortuna acudió D. Bernardino de Mendoza, con las galeras, y pudo persuadirles que se embarcasen para Italia, con promesa de que les satisfaría los atrasos el Virrey de Sicilia, Hernando de Gonzaga, hermano del Marqués de Mantua.

Seguía, en tanto, cada vez más viva la guerra de los corsarios. El 7 de Junio de 1536, dos galeras, dos galeotas, dos fragatas y algunas fustas argelinas, fondearon en el Cabo de Oropesa, y combatieron el fuerte que acababa de construir D. Juan Cervellón. Acudió refuerzo de Castellón y pueblos circunvecinos; encastilláronse los Turcos en el fuerte viejo; fueron sitiados; pero sabedores los de la armada, desembarcan en número de 400, dispersan á los Cristianos, y, salvos sus compañeros, recobran las naves.

Pocos días después, Zalé Arráez, famoso corsario argelino, surca las aguas de Villajoyosa con 34 buques, y el 29 de Julio toma tierra, y, á escala vista, asalta la plaza; «pero como ningún entretenimiento sea de más gusto para los de aquella villa que el de las armas,» se defendieron valerosamente. También las mujeres, desde el adarve, con gruesos cantos, descalabraban á los Moros, que conociendo alarmada la tierra, se retiraron á toda prisa, cargados ya por algunas compañías de los Montañeses, que se iban agavillando.

Andaban á la vez los de Francia muy encrespados con el Emperador, y unidos á los Infieles, con gran escándalo de la Cristiandad. Para hacer el corso en compañía, pasaron 12 naves francesas de Marsella á Argel, y se juntaron con las de Barbarroja. A últimos de Setiembre desembarcan

en Ibiza 800 Franceses y Turcos, y acometen á la ciudad; mas salen los Ibicencos de espolonada por un portillo, y dan tan recio sobre los sitiadores, que los meten en grandísima confusión, hasta el punto de que, incendiado el arrabal, hubieron de acogerse á la flota.

Corre ésta las marinas de Cataluña y de Valencia; se acerca á Peñíscola, y los del castillo le dan rudo combate con la artillería, y maltrecha una nao de Franceses, pasa de largo.

El 10 de Setiembre de 1540, Caramán y Alí-Hamet cayeron de improviso sobre Gibraltar, llevando gran botín, y esclavos á muchos de sus moradores. D. Bernardino de Mendoza reune 14 galeras tripuladas con gentes de Sevilla y ruedos, que á la noticia habían salido contra los Berberiscos; topa con ellos en la isla de Arbolán; los derrota, y rescatada la presa, vuelve triunfador á España.

Entre los más audaces corsarios se contaba á Dragut Arráez, terror del Mediterráneo: un sobrino de Andrea Doria le apresó nueve galeras, de once que llevaba, y el mismo Dragut quedó prisionero. Creyendo Doria buena la ocasión de saquear las costas africanas, cae con D. García de Toledo sobre las de Túnez, y toman á Monaster, desamparado por los habitantes; á Mahometa y á Calibia, donde pasaron á cuchillo á los Moros de pelea, cautivando al resto; á los Sfacos y África, que abrió sus puertas, y á otros muchos pueblos que se entregaron voluntariamente; posesionándose de todos, en nombre de Muley-Hacén, su hijo Muley Bucar, que logró ser reconocido por los de Susa.

Deseaba el Emperador, sobre todo, quedar algun tanto desembarazado para habérselas con Francia, y antes quiso quebrantar el poder turco que la apoyaba. Con este objeto, desde algún tiempo que discurría en ganar al famoso Barbarroja, proponiéndole que abandonando el servicio del Sultán, se viniese al suyo. Fué al principio intermediario Dragut, á quien Doria, por orden del Emperador y á petición de Barbarroja, había concedido libertad. Llevóle cartas de Alonso de Alarcón, encargado de las negociaciones dirigidas por Andrea Doria y el Virrey de Sicilia Hernando de Gonzaga, con poderes y comisión del César. Ofrecíanle á Barbarroja las ciudades de Bona y Bugía; ayudarle á la conquista del reino de Tremecén; tenerle como amigo y aliado, con franca contratación entre sus vasallos y los Españoles, é influir para que los Caballeros de la Orden de San Juan le restituyesen á Trípoli. En cambio le exigían que al dejar el servicio del Sultán incendiase parte de la armada turca, y se llevase consigo á Berbería el resto.

En la misma ciudad de Constantinopla tuvieron secreta conferencia

Alarcón y Barbarroja: pretendía éste que se le reconociese como Rey de Túnez, y sin comprometerse á lo del incendio de la escuadra turca, ofrecía venir al servicio de S. M. con 50 ó 60 galeras, enviar á su hijo á la corte de España, limpiar el mar de corsarios y ayudar al Emperador en las guerras que tuviese con el Sultán, Francia ó Venecia. Insistía Alonso de Alarcón, siguiendo las instrucciones recibidas, en que había de destruir la armada turca, y negábase á lo de que se le hubiera de nombrar Rey de Túnez; porque colocado Muley-Hacén [1] en el trono con el favor y ayuda del César, no podía privársele del reino, mientras cumpliese, como cumplía, las capitulaciones que se le habían impuesto [2].

Seguida la negociación por el Capitán Juan de Vergara, llegaron á sospechar los encargados del Emperador, que Barbarroja andaba en tratos dobles, entendiéndose con el Sultán; sospechas avivadas, porque sabiendo que éste había tenido, por medio del Capitán Antonio Rincón, hombre ruín, que siempre andaba de negocio con los Turcos; puntual aviso de cuanto en su daño tramaba Barbarroja; siguió dispensándole su confianza. Esto, el haber casado en Constantinopla al hijo que había de enviar á España, y otros hechos, fueron motivo para que se rompiesen las pláticas que, de haberse llevado á buen término, hubieran influido poderosamente en los ulteriores destinos de la África berberisca.

En tanto que andaban estos manejos, Hasán-Agá, Gobernador de Argel [3], con una actividad prodigiosa, ejercitaba sus rapiñas contra los paises cristianos, de suerte que su nombre llegó á emular á los de Dragut y Barbarroja. De todas partes acudían al Emperador, haciéndole

1 La carta que en 1539 escribía el Rey de Túnez al Emperador pidiéndole auxilio para recobrar algunas plazas de su reino que estaban en poder de los Turcos, la encabeza llamándose Mahomad-al-Hacén.

2 «Pero estos señores (Doria y Gonzaga) me dicen que la principal cosa que conviene hacer es procurar que la palabra y promisión del Emperador, en manera ninguna se quebrante con amigos ni enemigos, por mal ni bien que pueda seguirse; porque S. M. ha tenido y tiene siempre por cosa muy principal el mantener su palabra, y no consentir que *direte* ni *indirete* se quebrante; y que hablar de dar á V. A. el reino de Túnez, por la orden que se ha platicado, no se podría hacer, si primero V. A. no mostrare razones bastantes y suficientes para que todo el mundo vea y sepa como el Rey de Túnez le ha faltado á lo que tiene capitulado y prometido; y que si el dicho Rey hubiese faltado á su promesa, el Emperador, en tal caso, no seria obligado á guardarlo ni defenderlo en el dicho su reino, ni á darle ningún favor ni ayuda, y podría libremente capitular con V. A.»—*Carta de Alonso de Alarcón á Barbarroja de* 21 *de Setiembre de* 1538, inserta por Lafuente en su *Historia de España*, parte 3.ª, lib. I, cap. 24.

3 Renegado corso. Sandoval le llama Hasán. Lafuente, Patxot, Cavanilles y otros, Hascén y Hacén.

presente que la paz de sus dominios, el bien de la religión, el interés de la humanidad, conspiraban en uno para que conquistase á Argel, guarida de todos los corsarios y azote perpetuo de los reinos de España.

Hallábase en Génova el César, cuando, movido del general clamor, resolvió la jornada de la que trataron vanamente de disuadirle. Mandó preparar las cosas; mas por mucha diligencia que en ello se empleó, con gran disgusto suyo, no pudo salir de aquel puerto hasta el Octubre. Tocó en Mallorca, y uniéndosele D. Fernando de Gonzaga, con la escuadra de Sicilia, enderezó la proa á Argel, en cuyas aguas encontró á D. Bernardino de Mendoza con la de España, que no había podido surgir en las Baleares.

El día 20 de Octubre de 1541 dió fondo la armada en el Cabo Metafuz, á dos leguas de Argel. Componíase de 430 naves de transporte y 65 galeras tripuladas por 12.500 marinos, llevando á bordo 8.000 Alemanes, 6.000 Españoles, 5.000 Italianos, 3.000 voluntarios, 2.000 caballos, y lo que valía tanto como un ejército, 1.000 soldados de la Orden de San Juan, con 100 de sus más esforzados Caballeros.

Nunca creyó Hasán Agá que flota alguna se atreviese á surcar los mares de África, exponiéndose á los huracanes del equinoccio. No había, por lo tanto, en Argel, arriba de 800 Turcos y 6.000 Moros, con malas armas y peor disciplina; algunos grupos de Alarbes corrían los llanos, y en lo más eminente de la sierra veíase ondear escaso número de albornoces.

Dada la alarma, engrosaron por momentos los escuadrones argelinos, con los muchos que acudían presurosos á defender la ciudad, antemural del África. Los Imperiales tomaron tierra, hostilizados al principio vivamente; pero acoderadas las galeras, en breve con su artillería barrieron la playa, y efectuóse sin oposición el desembarque.

Se enviaron parlamentarios á Hasán, intimándole la rendición, y negóse como buen soldado [1]. Adelantaron las tropas hacia Argel, Españoles en la vanguardia, Alemanes en la batalla, á retaguardia los Italianos: acometidos incesantemente por los flancos, frente y espalda, sin atreverse á descuidar ni un momento la formación; apenas anduvieron una legua en aquel día. Al siguiente tomaron la colina en que acampó en otro tiempo el Marqués de Moncada, posición segura y llave de la Ciudad, y al punto construyeron un fuerte, que erizaron de cañones, y

1 Apéndice núm. 8.°

donde se alzaba, ondeando al viento, el estandarte de Jesús Crucificado.

Todo persuadía la inmediata rendición: en el campo un ejército numeroso, que más valiente no le había en Europa; artillería mucha y provista; escuadra formidable que secundaba las operaciones; tomado el alcór, padrastro de la ciudad; Argel escasa de tiros, débil de murallas, desnuda de fuertes exteriores y pobre de guarnición.

Pero el Señor quiso castigar á la Cristiandad, y extendió su mano omnipotente. Súbito, amontónanse las nubes y se desgarran en furiosa lluvia; ríos bramadores se precipitan de la montaña; el llano se inunda; vuelan en girones las tiendas; el campamento no existe. Gana el huracán los embravecidos mares; topa con la armada; chocan entre sí los vasos con furia increible; estréllanse contra las rocas; hombres, caballos, artillería, provisiones, todo desaparece[1].

Llega el día, sigue la lluvia, una espesa niebla impide la vista; los Moros se descuelgan de las gargantas de los montes; atraviesan con sus flechas á los soldados que, sumidos en el fango, yertos de frío, mojados los arcabuces, no pueden oponer resistencia. Desbórdase el mar; los Italianos, que estaban al pié de la colina, huyen de los Alárabes, y los arrastran las olas; huyen de las olas, y caen traspasados por las flechas de los Alárabes. En esta confusión, los Turcos les acometen, y se arremolinan, y ceden. Acuden los Alemanes y sostienen el choque; los Caballeros de Malta rechazan y persiguen al enemigo, y se lisonjean de entrar en la ciudad revueltos con él. Hasán, que de todo cuida, manda cerrar las puertas: los últimos escuadrones quédanse fuera, y son degollados; pero se salva Argel. Entonces tuvo lugar la heróica acción del Francés Poncio de Balaguer Savignac, Alférez de la Orden: con su estandarte desplegado se arroja contra la puerta de Bab-Azún, y no pudiendo impcdir que la cierren; entre una lluvia dc balas y flechas, clava su puñal en testimonio del valor de los Caballeros cristianos. No vacila Hasán: en medio de la tempestad desencadenada, que azota en el rostro á los Imperiales, les ataca de nuevo; no huyen, mueren. Poncio Balaguer cae traspasado por una flecha envenenada; aquel sitio se llamó después el sepulcro de los Caballeros. Sigucn victoriosos los Turcos; des-

1 Atribuyó el vulgo á hechicerías de los Moros aquella horrible tempestad. «Y volviendo los ojos á Carlos V, con su armada sobre Argel, que la ganara; á no ser por aquel difunto mágico hechicero, que ordenó unos polvos que, echados al mar, tierra y agua; la inficionaron y alborotaron los elementos para que se perdiese con toda su gente: eso fué que lo quiso Dios, que así debía de convenir.»—Francisco Santos: *El arca de Noé*: Primera División.

ordénanse los Alemancs; el Emperador, en aquel trance supremo, da de espuelas al caballo; embistc con la espada desnuda, y les grita: *Volved la cara á los Moros; pelead á mi lado como Alemanes, por la fé, por vuestro Emperador y por el nombre de vuestra nación;* arrójase en lo más recio de la pclea, mueren los que lc acompañan; pero el ejército á su voz y á su peligro lucha con nuevo coraje, y arrolla á los enemigos hasta la ciudad, como las olas embravecidas arrollaban hasta la playa los restos de las rotas naves.

¿Qué quedaba de tan numcrosa flota? 150 naos [1] y 14 galeras con bastimentos, riquezas, pertrechos, hombres y caballos, sepultó el mar en la fatal noche del 28 de Octubre de 1541.

Grande fué en la pelea el valor del César, á cuyo arrojo se debió la salvación del ejército; pero mayor su constancia en aquel desastre. Al vcr sembrado el Mediterráneo de cadáveres, y las orillas de los despojos de la armada, ni exhaló un lamento, ni se le oyó una queja; alzó los ojos al cielo, y exclamó resignado: *Hágase, Dios mío, tu voluntad.*

Los Caballeros de la Órdcn pudieron mantener sus galeras contra el furor dcl huracán; D. Bernardino dc Mendoza, con seis, logró el puerto de las Caxinas, pues lc cogió la tempestad antes de doblar el Cabo; Doria había salvado las reliquias de la escuadra en el de Metafuz.

El Emperador determina levantar el campo. Sólo Hernán-Cortés no desmayó, y ofrecía quedarse y tomar á Argcl con los Italianos y Españoles. No fué llamado á consejo, é inclináronsc todos á la vuelta á España, sin tcntar el asalto, «é yo quc me allé allí, dicc Gomara, me maravillé.» Pluma española hay quc avanza hasta escribir que con ello sc echó una mancha en nuestra historia.

Diverso es nucstro juicio: á Gomara, narrador de las maravillas de Méjico, engañábale sin duda el deseo de historiar nuevos asuntos que, como aquéllos, excedicsen á la fábula; á Hernán-Cortés, su gran corazón, que no reconocía imposibles. Pero no qucdaba ni barril dc pólvora, ni quintal de bizcocho; tanto, que para racionar aquella misma noche al ejército, hubo de matarsc porción de caballos que se distribuyeron por los cuarteles. ¿Hubicra sido prudente exponer cl ejército, sin armada que lo apoyase, sin víveres, sin pólvora, contra un enemigo abastado de todo, audaz, soberbio con los últimos sucesos, y acrecentado por momentos, con los que al ruido del sitio acudían dc lo interior, levantada ya en armas la tierra? No pecó el Emperador de cobarde en esta jornada;

1 140, según otros.

humillóse á la voluntad del cielo, conformado, pero no rendido. Pudo exponer su vida en el combate; no llevar á una muerte segura á sus soldados.

Andrea Doria, desde Metafuz, le envió un mensaje en que le decía: «Mi querido Emperador é hijo: el amor que os tengo me obliga á avisaros, que si no aprovecháis para retiraros los pocos momentos de calma que el cielo os concede; la armada y el ejército, expuestas al hambre, á la sed y al furor de los enemigos, perecen sin remedio; os aviso, porque lo creo importantísimo. Sois mi Señor, mandad, y con alegría perderé, obedeciéndoos, el resto de una vida consagrada á vuestro servicio y al de vuestros abuelos.»

Este mensaje resolvió las dudas de Carlos, que emprendió la retirada en busca de las naves. Difícil era la empresa: sin provisiones; extenuada la gente de fatiga; no pudiendo muchos soportar el peso de las armas; convertidos los torrentes en ríos; á retaguardia enjambres de Alárabes, que degollaban sin piedad á los rezagados; así habían de andar cuatro jornadas. A todo proveyó el César: su presencia dió confianza á las tropas; los caballos, sustento; la tablazón de las naves, que las olas amontonaban en la playa, puentes; seguridad, hábiles maniobras. Valentísimo caballero en la pelea, cristiano en la desgracia, hábil General en la retirada, padre cariñoso de sus soldados, siempre; tal fué Carlos V en la infausta expedición de Argel [1].

Llegó el ejército, por fin, al Cabo de Metafuz; embarcáronse primero los Italianos, luego los Tudescos, siguieron los Españoles; el último el Emperador. Faltaron naos, y arrojaron al agua toda la caballeriza real: aquellos hermosísimos animales se agrupaban alrededor de los buques como si pidieran socorro, espectáculo que quebró el corazón de los más empedernidos. La cólera de Dios aún no se había aplacado; apenas se dió á la vela, una nueva tempestad dispersa los restos de la flota, que se refugian en Orán, en Cerdeña, en Italia, en España [2], arribando el Emperador á Cartagena á fines de Noviembre. En el mismo Cabo de Metafuz se perdieron dos naves, aunque se salvó la gente; otras dos embistieron en la playa, y cargando los Moros, forman batalla los Españoles, y los

1 Apéndice núm. 9.º

2 El P. Varens ha sido el único que ha logrado hacernos sonreir al pintar tan triste cuadro: «Sobrevino á la primera tempestad, dice, otra más deshecha, y así las águilas de la capitana cesárea, antes norte de los mares, no pudiendo seguir el vuelo de los alados vasos de la armada, arribaron á España como sagrado nido.» El espíritu más sibarita no encontrará en esta descripción, ni una palabra que le perturbe en el placer de la vida.

llevan por delante hasta las mismas puertas de Argel, declarando que sólo depondrían las armas en manos del Gobernador; presentóse Hasán, y á él se rindió aquel puñado de héroes.

El eco de tan desastrosa expedición resonó en todo el mundo: al ver deshecho al Príncipe más poderoso de Europa, la Cristiandad quedó muda de terror, y orgullosos los Turcos, se declararon los protegidos de Aláh.

CAPÍTULO XI.

Rebélanse los de Susa y Monaster, que vuelve á tomar Doria.—El conde de Alcaudete logra licencia para conquistar el reino de Tremecén.—Marcha á Andalucía y reune ejército.—Vuelve á Orán.—Sale para Tremecén.—Ataque de los Moros, que son rechazados.—Paso del río Tivida.—Batalla de Hauda-beni-afar.

Con la malograda expedición de Argel, se resintió grandemente la dominación española. Los de Susa y Monaster se rebelaron, prestando obediencia á Dragut, que nombró por Gobernadores á Caydehámat y Caydalí [1], con un corto presidio de Turcos. Súpolo D. García de Toledo, y acudió á sofocar el alzamiento: Caydehámat, desesperando de poder sostenerse en la población, se encerró con los Turcos en el castillo, donde, tomado por asalto, fueron degollados, no sin que muriesen más de 80 Españoles; si bien muchos en el motín que entre ellos estalló por el reparto de la presa. Temiendo los de Susa igual suerte, se levantaron contra los Turcos, y Caydalí, más avisado que el Alcaide de Monaster, con 20 de los suyos abandonó la plaza. Dejó el de Toledo fuerte presidio en Monaster, mandado por el valeroso Capitán D. Alvaro Sande, que en una salida que hizo con sus 2.500 Españoles, rechazó á 20.000 Moros. Algún tiempo después se decretó abandonar aquellos lugares, y todos volvieron á poder de Turcos, menos Mehedia y los Sfacos, que se declararon independientes [2].

En Tremecén habían seguido en tanto las luchas intestinas entre Muley Mahomet y Muley Abú-Abd-Alláh [3], hijos del último Rey. Triunfante Muley Mahomet, procuró la muerte de su hermano, quien pudo evitarla refugiándose en Orán. Apenas sentado aquél en el trono, logró por mediación y súplica del Gobernador, D. Martín de Córdoba y de Velasco, Conde de Alcaudete, Señor de la casa de Montemayor, Capitán

1 Probablemente Zaide-Hamet y Zaide-Alí.

2 Colocan algunos estos sucesos en el año 1539; otros, con Ferreras, á principios del 1541; Sandoval y Pedro de Salazar, después de la expedición de Argel.

3 El historiador Francisco de la Cueva, que le trató familiarmente en Orán, y le acompañó á la conquista de Tremecén, le da el nombre de Muley-Baudila.

general de los reinos de Tremecén y de Túnez, que el César «le recibicse debajo de su amparo y protección, por servidor y amigo, aliado y tributario, obligándose á pagar 4.000 doblas de parias cada un año, y otros feudos de caballos, jaces y halcones,» formalizándose sobre ello solemne capitulación. Mas con la versatilidad y mala fé propia de los naturales, cuando sc consideró asegurado en el trono, y creyó en decadencia el poderío español, negóse á cumplir los pactos, confederándose con los Turcos, de lo que altamente se agravió el Conde.

Atizaba su enojo Abú-Abd-Alláh, instándole al propio tiempo para que le concediese algunas fuerzas, que, sirviendo de núcleo á sus partidarios, le ayudasen á conquistar cl rcino. Cedió el Gobernador, y destacó una columna de 600 hombres, con cuatro cañones, al mando de Alonso Martínez de Angulo, que confiado en las inteligencias del destronado Abd-Alláh, sc internó en el país y en una celada perdió toda la gente; á excepción de 20 soldados que pudieron alcanzar á Orán, y 13 que con él quedaron cautivos.

Malograda la empresa de Argel, no era sazón oportuna para rcclamar tropas ni recursos; pero Alcaudete, que miraba como ofensa suya la rebelión de Muley-Mahomet, de cuyo empeño había sido fiador y garante, pensó en castigarlo con sus propias fuerzas, y al efecto, solicitó permiso del César para conquistar el reino de Tremecén á sus costas: el César, en provisión patente remitida por medio de Alonso Hernández de Montemayor, no sólo se lo concedió; sino que «le mandaba y encargaba la guerra contra los Moros, cometiéndole su potestad y confirmándole en el destino de Capitán general de África.»

Gozoso Alcaudete, y no teniendo hacienda para empresa de tal bulto, se embarcó para sus estados; congregó á sus parientes, y todos, y especialmente su primo D. Martín de Córdoba, Señor de Albayda, y Diego Ponce de León, convinieron en prestarle ayuda, y el primero, á la sazón enfermo: «que si Dios lc daba salud, le prometía no faltar en esta sancta jornada con su persona, hacienda, amigos y criados.»

Procedieron al punto á designar los Jefes del futuro ejército, recayendo el cargo de Capitán general de los de á caballo en D. Juan Pachcco, hijo del Conde de Santisteban, y el de Capitanes subalternos en Don Mendo Benavides, hijo del mismo Conde; D. Jerónimo de Córdoba, Don Juan de Villarroel, D. Alonso Hernández de Montcmayor, hijo de Diego Ponce de León; Luis de Rueda, García de Navarrete, Alcaide y Alférez del estandarte, y Pedro dc Valdelomar. Para la infantería se designaron á D. Juan de la Cueva, Hernán Pérez del Pulgar, los dos Luiscs Alva-

rez, el mozo y el viejo; Diego Ponce de León, Diego de Vera, y otros hasta el número de 46 [1].

Las banderas que se bordaron fueron 44; «muy generosas, de muchos colores, y en cada una de ellas un escudo colorado con la Cruz de Hierusalen, de oro, y el hábito que traen los Caballeros de Santiago en medio de la Cruz; y esto porque Su Señoría era Caballero de la dicha Órden, con un letrero de oro en torno que decía: *Tu in ea, et ego pro ea.*» Además se labró el estandarte principal, de tafetán rojo, con la imagen de la Concepción vestida de azul, por un lado, y por el otro la Cruz de Jerusalén, y un guión blanco, con la misma Cruz, y el hábito de Santiago con muchos bordados de oro [2].

Arreglado esto, puso el Conde manos á la obra, y encargó el cuidado del aparejo y provisión del ejército y armada á sus hijos D. Francisco y D. Martín. Marchó el primero á Málaga, donde fletó 10 naos grandes, en las que embarcó artillería y municiones de boca y guerra, zarpando el 22 de Diciembre de 1542, con 4.500 hombres escogidos, de Sevilla, Jaén, Córdoba, Ecija y otros pueblos de Andalucía, llegando el 27 á Cartagena, donde le recibió con extremo alborozo su hermano D. Martín, que con su gente, bastimentos y pertrechos, le aguardaba.

El Conde, que había quedado en su villa de Alcaudete, con gran séquito, se reunió el viernes 29 de Diciembre con sus dos hijos en Cartagena, á donde acudieron al rumor de la campaña muchos de Toledo, Valencia, Granada, Jaén, Huéscar, Almería, Murcia, Campo de Calatrava y Órdenes de San Juan y Santiago; siendo tanta la aglomeración de gente, que no cabían en los buques, y se echaban al agua para embarcarse, y se maltrataban por entrar los primeros, habiendo nave que conducía 9.000 fanegas de trigo y 1.200 soldados [3].

1 Eran éstos, Juan de Benavides, Melchor de Villarroel, Sancho Martínez, Alonso de Ochoa, Francisco Carranza, Luis de Medina, Francisco Cabrera, Pedro de Vilches, Juan Martínez, Juan de Torres, Francisco de Acosta, Juan de la Cerda, Pedro de Aranda, Luis de Sotomayor, Rui-Díaz de la Tovilla, Cristóbal de Morales, Pedro de Castro, Martín de Angulo, Cristóbal de Covaleda, Diego de Sotomayor, Juan Carrillo, Antonio y Pedro de Aguilar, Pero Sánchez Pericón, Rodrigo Hernández, Francisco Sánchez, Juan Martínez Cabeza de Vaca, Juan de San Martín, Francisco de Arroyo, Juan Pérez de Mescua, Francisco de Rojas, Martín Díaz de Almendares, Juan Daza, Clavijo, Verdugo, Mena, Vázquez, Caro, Herrera y Cárdenas, Capitán de los gastadores.

2 Probablemente este guión es el que llevaba en las batallas el Capellán de la casa de Alcaudete, D. Francisco de la Cueva, autor de las *Relaciones de la guerra del reino de Tremecén*, de donde tomamos estas noticias.

3 Además de los mencionados, formaban parte de esta expedición D. Jerónimo de Córdoba, hijo de D. Martín, Señor de Albayda; D. Mendo de Benavides, hermano del Conde de

Impaciente por la demora del Señor de Albayda, encargando á su hijo D. Diego que lo esperase y vigilara en tener todo aparejo de naos, el 10 de Enero de 1543 levó el ferro la Capitana, del Genovés Francisco de Aosta, donde iba el Conde con su casa, siguiéndole 21 velas. Comenzó el viaje con mar bonancible y viento terral, que á poco se cambió en furioso poniente, y fué arreciando hasta declararse deshecha borrasca. Dispersóse la escuadrilla, pudiendo la Capitana, con cinco naos, abrigarse en el puerto del Jub, entre Alicante y Guardamar; otras que no pudieron ganarlo, por haberlas tomado la borrasca más de lleno; siguieron á la Patrona, nao vizcaina que montaba D. Francisco de Córdoba, y con gran trabajo se refugiaron en Mazalquivir: separadas de todas, la Trapanesa y dos carabelas gruesas que desgaritaron de la flota, volvieron de arribada al puerto de Cartagena.

Creyó Alcaudete perdidos hijos, naves y hacienda, y en gran manera afligióse; y costeando en su busca, pasó el día sufriendo otro chubasco, que dispersó sus seis naos, que á árbol seco llegaron, la Capitana á Mazalquivir y las cinco restantes á la bahía de Arceo, siete leguas de Orán. Lo contrario de los vientos y la reciura de la mar, les impidieron salir, hasta que á los siete días, cansada é impaciente la tropa, desembarcó, dirigiéndose á la plaza por la ribera, no sin que les molestaran los Alárabes. Sabido por el Conde el paradero de los expedicionarios, y temiendo el peligro que pudieran correr, mandó á su primogénito Don Alonso con 150 caballos y 3.000 peones, que á poco los encontró en el camino, volviendo todos juntos.

Algunos días después arribaron á Mazalquivir, una nave que había quedado en Málaga con 1.200 hombres, capitaneados por D. Jerónimo de Córdoba; y la Trapanesa, y otros buques de Cartagena, con D. Martín de Córdoba, Señor de Albayda, tres banderas con 800 hombres, y mucho de vitualla y munición. Grandemente se regocijó el Conde de la llegada de su primo, y salió á recibirle hasta la cuesta de la Torre del Ha-

Santisteban y sobrino del de Alcaudete; Juan Ponce, hijo de Diego Ponce de León [1]; el Comendador Mota, D. Alonso de Villarroel, D. Antonio del Águila, cuñado de Juan Vázquez; el Secretario Francisco de Cárcamo, hijo de Alonso de Cárcamo; el Señor de Aguilarejo, D. Juan Zapata, Tello de Aguilar, dos hijos de Rodrigo de Aguilar, tres del Comendador Juan de Hinestrosa, dos Caballeros Eslavas, Juan de la Torre y Francisco Carrillo.

1 Es de notar la frecuencia con que se dan distintos apellidos á los hijos de un mismo padre, quizá por la costumbre de usar los no primogénitos el apellido materno, quizá por la obligación que tenían muchos mayorazguistas de llevar el del fundador. En estas Relaciones se llama á uno de los hijos del Conde de Santisteban D. Juan Pacheco y al otro D. Mendo de Benavides; y á uno de los hijos de Diego Ponce de León, Alonso Hernandez de Montemayor y al otro Juan Ponce.

cho, donde se juntaron, y D. Martín le besó la mano, y el Conde le abrazó y dió paz en el rostro.

Reunida ya la tropa, Alcaudete, llevando á su lado á Muley-Abú-Abd-Alláh, montado en un caballo blanco, con ropa carmesí y capellar de grana, pasó muestra el 22 de Enero, y resultaron hallarse hasta 13.500 hombres, inclusos los que quedaron de guardia en la Ciudad, y no contando los que comían en la mesa del Conde ni los criados de su casa.

A oidos del Rey de Tremecén llegaron rumores de los aprestos que contra él se hacían, y para prevenirlos envió mensaje al Conde, ofreciéndole 200.000 ducados para que sobreseyese en su propósito, y por la negativa del Conde dobló la suma, que fué igualmente despreciada. A este tiempo, esparcida la nueva por aquellas regiones, empezaron á venir parciales de Abú-Abd-Alláh, siendo el primero Hamet-Abd-Alláh, con 120 de á caballo y 27 camellos.

Mientras el Conde marchaba á España á ultimar los negocios de la jornada, dejó encargado á su hijo D. Martín el gobierno de Orán, y el del ejército á D. Alonso, quien comenzó á conferir con algunos Xeques de valía, que, agasajados con dádivas de paños, sedas, lienzos y dinero, se brindaron á ayudarle con gran número de ginetes y camellos, y otras bestias de carga para la conducción del bastimento; pero de fé mudable y de voluntad codiciosa, los ganó el Rey de Tremecén con gruesas sumas. Esperábalos impacientemente D. Alonso y ellos le daban con la entretenida, siendo esto causa de detenerse la jornada hasta que volvió el Conde, que, más conocedor de los naturales, determinóse á salir al punto, con escasa provisión por la falta de acémilas, viéndose obligada la tropa á llevar sobre sí raciones para ocho días, amén de las armas; cosa muy dura, y más estando el tiempo metido en agua, y la tierra intransitable.

El 27 de Enero salió de Orán la vanguardia, compuesta de 13 banderas con más de 3.000 hombres, al mando del Maestre de Campo Don Alonso de Villarroel. El 29 salió el Conde con Muley-Abú-Abd-Alláh, y sin artillería, por no tener bagajes. Con tiempo de fortuna y mucho trabajo caminó algunas horas, cubiertas las cumbres de Alárabes, que con gran vocería amenazaban, aunque no osaron acometer. Después de ligeras escaramuzas, el 2 de Febrero se presentó al frente buen golpe de ginetes moros, que gobernaba el Alcaide Almanzor-ben-Bogoní, Capitán general del reino de Tremecén, y otro mucho mayor por retaguardia, que cerró por completo á los Cristianos. Tenía el mando de ésta D. Martín de Córdoba, Señor de Albayda, al que reforzó D. Francisco de Córdoba,

y así marcharon, hasta que á las tres de la tarde, á la bajada de un valle, arremetieron los Moros bravamente, llegando á juntarse con los escuadrones cristianos, hasta el punto de arrojar á brazo las lanzas y pelear á pedradas. Para desembarazarse de la morisma, determinaron los Caballeros darle un santiago, y aunque en tierra trabajosa por el lodo, mataron algunos Alárabes, con lo cual tuvieron algún respiro; mas creciendo el apuro de la retaguardia, D. Juan Villarroel dió cuenta al Conde, quien envió en su auxilio á su hijo D. Alonso, con 100 lanzas, y al mismo Villarroel con arcabuceros y ballesteros de la gente suelta de Orán, al mando de D. Juan Daza, y acometiendo por distintos lados, pusieron en fuga á los de Tremecén. Esta fué la primer victoria de los Españoles, con la que les creció el ánimo para lo sucesivo. Pero «como sea que no hay placer sin contera de pesar,» metióse el ejército en un pantano tan hondo, que temieron perecer por el mucho fango, que no podía evitarse; porque la obscuridad de la noche impedía la elección del vado. Perdiéronse muchos bagajes, caballos y tiendas, y, lo más sensible; todo el repuesto que el Señor de Albayda llevaba de medicinas y bastimentos. Creció el peligro con la proximidad de los Moros, que habían asentado campo en unos cerros cubiertos de palmares, que caían á la mano derecha del camino: entendiendo los soldados que las lumbres del campamento de los Moros eran de los que iban saliendo del pantano, se dirigían á ellas para reunirse con los suyos, y, á llegar, indudablemente fueran degollados; pero advertido el Conde, encendió tres hachas, y dándoselas á Pedro de Valdelomar y á otros dos Caballeros, sirvieron de norte á los fatigados peones, que, al ver la luz de las antorchas, entendieron su engaño, y consiguieron reunirse al ejército, salvándose por este ardid de guerra, que fué muy loado por todos.

Con harta fatiga, transidos de frío, porque el terreno era escueto y calvo, pasóse la noche; y puestos en marcha los escuadrones, se detuvieron al tropezar con el río Tibida, que iba muy caudaloso con la lluvia, y defendido el paso por la vanguardia del ejército de Tremecén, que formaba en la otra orilla en gruesas columnas, y al parecer con ánimo ¡tan grande era su número! de cercar á los Españoles por todas partes.

El Conde, como experto en aquella clase de guerra, vista la orden del enemigo, opuso á la vanguardia mora la suya de 200 caballos, algunos con arcabuces y ballestas, al mando de Alonso Hernández de Montemayor y del Alcaide de Orán, Luis de Rueda, sostenida por un cuerpo de 1.500 piqueros y por una banda de caballos, á sus propias órdenes. De la infantería formó dos columnas paralelas, de escaso frente

y de gran fondo, dejando entre la una y la otra un espacio capaz para abrigar todo el bagaje; otra columna, en la retaguardia, cerraba el cuadro. Capitaneaban, la de la derecha, D. Mendo de Benavides, hermano del Conde de Santisteban; la de la izquierda, D. Alonso de Villarroel; la de retaguardia, D. Juan de Villarroel y D. Alonso de Córdoba. Entre las dos hileras exteriores de piqueros de las columnas laterales, colocó á los de arcabuz y ballesta de modo que al acometer la caballería mora y calar aquéllos las picas, quedasen éstos en el hueco que mediaba entre fila y fila. En el caso de que la vanguardia necesitase socorro, las gentes de bandera de la retaguardia y los caballos del Conde habían de acudir en su auxilio.

En esta orden llegaron al río, cargándoles, al vadearlo, la vanguardia, con los escopeteros Moros: los Españoles, «hecha oración muy devotamente, y con una voz muy subida, que casi parecía gemido, lo cual puso mucha devoción,» arrojáronse al vado, pasando el río con agua hasta los pechos, y atropellando á la vanguardia de lós Infieles, que se replegó al grueso de su ejército, apoyado en los cercanos montes. Esguazaron los primeros D. Jerónimo de Córdoba, hijo de D. Martín; Luis de Rueda y Alonso Hernández de Montemayor, siguiéndoles el Conde con hasta 1.000 soldados, que formó en escuadrón al pié de la sierra hasta que pasó todo el ejército, manteniendo en respeto á los Tremecíes, que, rota la vanguardia, no insistieron en el ataque.

Salvado el peligroso paso del Tibida, siguieron los Españoles su camino, rodeados de unos 30.000 Moros, que, á compás de la marcha del ejército, se movían por las cumbres de los montes. Desde allí el Conde envió un cartel de desafío á Muley-Mahomet, acusándole de mal Rey y alevoso caballero.

El 5 de Febrero de 1542, día de Santa Águeda, «al romper del alba, de tal manera que apenas se pudiera conocer una moneda,» algareaban los Moros alrededor del campamento, y á poco recibió Alcaudete confidencia de que el Rey de Tremecén le esperaba en orden de batalla en los campos de Hauda-beni-Afar, donde había reunido todo su ejército, reforzado por 400 escopeteros Turcos, recogidos en las fronteras de Túnez. Componíase la vanguardia, mandada por el Alcaide Abrahén, de unos 2.000 escopeteros y flecheros, con numeroso peonaje, y además, en celada, hasta 3.000 ginetes. En la retaguardia había más de 4.000; de ellos, los 1.000, gente muy escogida y muy galana, apoyados por 500 escopeteros. Amenazando los flancos del ejército español, agrupábanse grandes masas de caballería é infantería.

Alcaudetc ordenó sus fuerzas poniendo en la vanguardia dos escuadrones á cargo de D. Alonso de Córdoba, con el Comendador Mota, el de la derecha; y el de la siniestra, al de D. Juan de Villarroel, con García de Navarrete, Alcaide de Mazalquivir. Como aquí sc presumía el mayor peligro, eligieron este puesto D. Martín de Córdoba, Diego Ponce de León con sus dos hijos, D. Alonso de Villarroel, D. Juan Pacheco, Don Juan de la Cueva, llamado el Negro, y otra mucha gente de cuenta. Los tiradores los diseminó por la línea exterior, y él ocupó el centro de las columnas, con toda la caballería, que serían hasta 300 lanzas. El Maestre de Campo, D Alonso de Villarroel, cuidaba de la gente suelta de la mano derecha, y de la de la izquierda D. Mendo de Benavides. Antes de comenzar la batalla, llamó el Conde á Pedro de Valdelomar, y entregándole el estandarte, le dijo: «Caballero, catá, que os encomiendo mi honra.» De seguida metióse de escuadrón en escuadrón, y de la vanguardia á la retaguardia, animando á los soldados, á quienes predicaban los Religiosos que en el ejército iban, y el Capellán Francisco de la Cueva, que con un estandarte blanco seguía siempre al Conde hasta en los más duros trances de la lucha. A poco, y al faldear un monte, vieron las banderas del Rey de Tremecén, con muchos escopeteros y más de 300 lanzas. Adelantóse soberbiamente un Turco contra D. Alonso de Villarroel, quien, dando piernas al caballo, antes que el Turco disparase su arcabuz, le atravesó de una lanzada. Suceso fué éste, si pequeño, de gran utilidad en sus efectos; porque los Moros emboscados dieron sobre D. Alonso, y aunque se libró con gran trabajo, quedó descubierta la celada.

Avanzó el Conde un tanto para observar la formación del ejército tremecí; uniósele D. Martín de Córdoba, y poco después algunos otros Capitanes y Escuderos, hasta unos 30. Como los tiradores moros escopeteaban de puntería sobre el grupo, y habían muerto á uno y herido algunos caballos, con permiso del Conde arremetieron contra ellos, secundados después por D. Juan Pacheco con 150 lanzas. El primero que llegó á los Moros fué Diego Ponce de León, que derribó á un Alférez, arrancándole un estandarte colorado, con flecos verdes; mas los ginetes que lo custodiaban, cargaron sobre él, con tal furia, que le pesara adelantarse tanto, á no socorrerle los suyos cuando tenía ya el caballo pasado de parte á parte con varias lanzas, y él, atravesado el tobillo con otra que le impedía moverse, hasta que se la arrancó su hijo Juan Ponce. Casi lo mismo aconteció al Señor de Albayda, que puestos los ojos en otro Alférez que también llevaba un pendón rojo, le mató de una lanzada; mas tanta gente le cercó, que herido en un brazo, hubo de ampararse

tras del cuerpo de su caballo, que había caido atravesado por 14 lanzas, defendiéndose penosamente con su espada y adarga, y allí muriera á no venir al socorro su hijo D. Jerónimo, el Alférez de D. Juan de Villarroel, San Martín, su criado Alonso Ramírez, y poco después Lope de Hoces, su deudo, que le dió su caballo. Por ofenderle unos, por socorrerle otros, la pelea se hizo general.

También andaba apretado D. Mendo de Benavides, á las vueltas con cuatro ó cinco Moros, que hubieran dado cuenta de él, á no acudir en su ayuda el Conde con su hijo D. Alonso, que de tal manera hería en ellos «que los que una vez caían debajo de su lanza, no tenían necesidad de zurujano ninguno [1].»

Más apurada era aún la situación de la retaguardia: repelidos los Moros en la vanguardia, obedeciendo á su táctica secular, corriéronse por los lados y cayeron sobre aquélla. Defendíala valientemente D. Francisco de Córdoba, tercer hijo del Conde, mozo arrojado y jóven en extremo; mas no sin recibir una lanza, que se le quedó atravesada en la adarga y en el antebrazo. Llegó á la sazón Alonso de Ochoa; y preguntándole «¿está Vuestra Merced herido?» respondióle D. Francisco: «no es nada; tiradme de esa lanza,» lo que ejecutó el Capitán, volviendo los dos á donde más caliente hervía la pelea. Sosteníanla también con gran esfuerzo los Capitanes de infantería Hernán Pérez del Pulgar y los hermanos cordobeses Jerónimo y Jorge de Castillejo, abrumados por el número de los Moros.

Sabido por el Conde el aprieto en que se encontraban, mandó á su sobrino, D. Mendo de Benavides, que con la manga de la gente suelta que traía, y al Alcaide Luis de Rueda con algunos caballos, entre los que iba el Capitán Francisco de Cárcamo, socorriesen á la retaguardia; cumpliéndolo tan bien, que ahuyentaron á los Moros. Asimismo, se distinguieron mucho D. Juan de la Cueva, Diego Ponce de León, el Capitán Juan de la Cerda y D. Juan Zapata, viéndose aquél en peligro de cautiverio, muerto su caballo de dos escopetazos, y quedando éstos heridos gravemente.

Tal fué el combate de Hauda-beni-Afar, en que 300 lanzas españolas, con 12.000 peones, derrotaron á 8.000 caballos y 60.000 Alárabes de á pié, y que abrió sin obstáculos al Conde de Alcaudete las puertas de Tremecén.

1 «Por cierto, dice el autor de la *Relación de la guerra del reino de Tremecén*, que ví con mis ojos que hizo cosas tan señaladas y de tanta memoria, que quisiera que todos los Grandes de España se hallaran presentes para ver lo que este buen Caballero hizo.»

CAPÍTULO XII.

Entrada del ejército en Tremecén.—Muerte del Capitán Carrillo.—Muley-Abu-Abd-Alláh se reconoce vasallo del Rey de España.—El Conde evacua á Tremecén.—Batalla del Olivar.—Expedición contra Mostagán.—Retirada á Orán.—Insubordinación del ejército y degollación del Capitán Luis Méndez de Sotomayor.—Recobra á Tremecén Muley-Mahomet.—Trata el Conde con los Xeques, Almanzor y Humida-Lauda.—Combate del Aceituno.—Ataque frustrado de Mostagán.—Vuelta á España del Conde de Alcaudete.

Vencido Muley-Mahomet, evacuó á Tremecén. Alcaudete pernoctó en el campo de batalla, prohibiendo á sus soldados la entrada en la ciudad para evitar el saqueo; prevención inútil, pues al ponerse en salvo los moradores se habían llevado todos sus haberes, menos algunos víveres y ropa, y gran cantidad de aceite. Aquella misma noche se presentaron muchos Moros á prestar obediencia al Rey Muley-Abú-Abd-Alláh, y al siguiente día, tercero de Carnestolendas, entró el ejército en la ciudad, y derramándose después por las cercanías, cautivó unos 2.000 Alarbes y Judíos.

Aposentóse el Conde en el Mexuar ó Palacio Real, y con él Muley-Abú-Abd-Alláh, al que vino á rendir obediencia en 13 de Febrero el Alcaide Abrahén, Capitán de los escopeteros renegados y de la gente del campo; Vizcaino, de gentil presencia, y uno de los más valerosos en la guerra contra los Españoles.

A poco, y pasado el terror de la conquista, los vecinos de Tremecén y gentes principales comenzaron á volver con sus mujeres, hijos y haciendas, ofreciéndose muchos como amigos [1].

[1] Entre ellos estaba el Xeque Rafefa-ben-Alhamel, quien escribió al Conde la siguiente carta: «Gracias á Dios, el Caballero mejor de los Caballeros, y Capitan de los Capitanes, y que has señoreado la mar y la tierra, y no hay quien te contradiga en tu tiempo; el hidalgo, el honrado, el alabado, el estimado, el Señor de sus iguales, y la lumbre de los de su tiempo; el Conde, Teniente del Rey de Castilla: encomiéndaseos el que desea vuestra amistad, vuestro amigo Rafefa-ben Alhamel, despues de preguntar por vuestros negocios: vos habeis hecho lo que hacen los buenos Caballeros; habeis cumplido vuestra intencion y la del Rey; querría no me desviásedes de vos. Yo soy vuestro amigo, y las gentes dicen: cada uno en su parte. Esto está en vuestras manos, y la salud es á vos.»

Establecido el Conde en Tremecén, hizo algunas cabalgadas contra los Moros no sometidos, siendo muy fructuosa la del 21 de Febrero, en que por noticias que le dió Abrahén, cautivó parte de una caravana, llevándose 350 camellos con gran provisión de cibera, cosa de gran utilidad por la escasez de harinas y bagajes que se sentía en la plaza; y la del 23, en que el mismo Abrahén, con una falsa retirada, pasó á cuchillo gran número de Moros, y en la que fué herido D. Jerónimo de Córdoba, de tres ó cuatro alfanjazos en la cabeza.

Templó la alegría de tan prósperos sucesos la desgracia del Capitán Carrillo: desmandábase la guarnición yendo con grano á los molinos de los alrededores de Tremecén, y para evitar accidentes, proveyó el Conde que todos los días llevasen para la guarda dos banderas: tocándoles en uno de ellos á las de Juan Carrillo y del Capitán Clavijo, y pareciéndoles que con aquélla sobraba, tornóse la de éste á la ciudad. Por una angostura de la sierra se descolgaron cautelosamente unos 2.000 Moros, y cayendo sobre la compañía, en breves momentos mataron á Carrillo, al Alférez; á quien para arrancarle la bandera tuvieron que cortarle las manos, y hasta á 35 peones. Dolióse mucho Alcaudete, y sólo la eficaz intervención de D. Martín de Córdoba libró del cadalso al Capitán Clavijo.

Ordenado lo más urgente para la defensa y abasto de la ciudad, en 26 de Febrero de 1543 firmáronse los conciertos entre Alcaudete y el nuevo Rey Muley-Abú-Abd-Alláh, reconociéndose éste por vasallo del Emperador, y obligándose á acudirle con el tributo de 4.000 doblas anuales, y de cierto número de caballos, jaeces y halcones. Proveido todo esto, pensó el Conde en volver á Orán, dejando en Tremecén á Luis de Rueda, con 1.200 Españoles; pero con mejor acuerdo, ó con la confianza de que Abd-Alláh podría mantenerse con sus partidarios, mudó de consejo, y determinó no dejar presidio en la plaza, mandando el 1.° de Marzo el toque de levantar campo. Corto el bagaje, y codiciosos los soldados, cargaron con todo el botín que podían llevar, y con multitud de cautivos: aconsejaban muchos Caballeros que éstos se mataran y aquél se quemase; pues si los Moros acometían, no era posible la defensa con tanto cargamento.

Vacilante el buen Conde, consultó con su primo el Señor de Albayda, quien se opuso con buenas razones, añadiendo: «Acuérdese Vuestra Señoría de que es rebiznieto de Martín Alonso, el Alférez, que después se dijo *del buey cojo* [1].» Convencido el Conde, mandó salir el resto

[1] Martín Alonso, hijo de D. Alonso Hernández, Alférez de Córdoba y caudillo de todo

de las tropas que ya habían empezado su marcha en la orden siguiente: primero la vanguardia, luego la artillería con seis tiros de campo [1] y 200 gastadores; tras ellos un numerosísimo bagaje, y cerrando la retaguardia, la caballería con el Conde, D. Martín y D. Francisco de Córdoba, D. Mendo de Benavides, D. Alonso de Villarroel y otros varios Capitanes.

Es la salida de Tremecén penosa para un ejército; porque asentada en el llano que se extiende al pié de la sierra, la cercan por todas partes montes y olivares que con sus tapias y albarradas sólo dejan para el tránsito estrechos callejones en los que es imposible maniobrar en caso de ataque; por ello, habiéndose atalayado algunos ginetes enemigos, trasladóse el Conde con la caballería y su estandarte á la vanguardia; mas aún no era llegado, cuando los Moros ocultos en los olivares, cargaron sobre la retaguardia en número de unos 15.000 peones y 3.000 lanzas. Revolvió el Conde á la defensa; pero en aquellas angosturas los caballos no podían jugar desembarazadamente, y visto que los herían á mansalva, ocurrióle salir á una espaciosa traviesa que cruzaba los callejones, formando allí el escuadrón. De mucho acierto fué la medida, como que era el sitio por donde pensaban los Moros cortar la retaguardia; pero avínoles mal, que cuando llegaban presurosos, encontraron al Conde que les impidió su intento. Desde allí mandó á D. Martín de Córdoba que sacase los heridos y muertos; que hiciese venir los tiradores del escuadrón de la batalla; que ordenase el de vanguardia, que ya había salido á campo abierto, y que sobre él hiciese replegar las tropas y abrigase el bagaje. Difícil el cumplirlo, porque los Moros se hallaban interpuestos; pero Don Martín logró, salvando los callejones con ocho caballos, unirse á la

el obispado, corría á menudo la vega de Granada. En una de sus cabalgadas se apoderó de mucho ganado, en el que iba un buey cojo, que á menudo se quedaba atrás tres ó cuatro tiros de ballesta. Perseguían los Moros á D. Martín, quien, de cuando en cuando, preguntaba á los suyos por el buey cojo, y dándole razón de que se había quedado atrás, se revolvía contra los Moros recobrándolo, y de esta manera entró en Alcaudete sin perder una sola res de la cabalgada; desde entonces le quedó por sobrenombre Martín Alonso *el del buey cojo*. Casó con Doña María García Carrillo, hija mayor del D. Gonzalo Hernández, Señor de la casa de Aguilar, y tuvo de ella un hijo que se llamó Alonso Hernández Montemayor, «tan liberal y honrado, que comunmente todos le llamaban el Señor Alonso.» A Martín Alonso, otro de sus predecesores, le apodaban Martín Alonso, *pié de hierro*, ó Martín *Zancajo;* porque con su mucha vigilancia y diligencia jamás se le escapaba Moro que entrase á correr la tierra.

1 Los encontró el Conde en Tremecén y mandó montarlos en sus cureñas. Habían pertenecido á los Españoles que los perdieron en el Tibida hacía unos ocho años, según dice Francisco de la Cueva en sus *Relaciones*. También se encontró una campana, que como lámpara, tenían los de Tremecén en la mezquita, y que se llevó el Conde y la colocó en su castillo de Alcaudete.

vanguardia, y asestando la artillería á los olivares por la parte donde peleaban los Moros, causóles tanto mal, que aflojaron en la acometida, pudiendo la retaguardia y el Conde salir de aquel peligroso trance.

Al punto mandó el Conde á D. Martín, que á toda furia con la vanguardia y una banda de caballos corriese á apoderarse de la puente del río Ciocif, fortificada con una torrecilla, y donde el terreno volvía á estrecharse con los olivares. Fué á ello D. Martín, pero viendo que los Moros habían desbaratado al Xeque Guirref que auxiliaba con 200 lanzas y á una manga de tiradores que guardaba el bagaje por aquella parte, corrió á socorrerlos y ahuyentó á los Moros, logrando volver á cerrar la manga en ordenada formación.

Considerando el Conde cuán difícil sería para D. Martín apoderarse de la puente con la corta fuerza que llevaba, envió á su Caballerizo Jorge de Angulo y luego á su Mayordomo Tovilla para que se detuviese; mas al llegar éstos, ya D. Martín la había tomado, adelantándose á un escuadrón morisco que á toda prisa venía á apoderarse de ella. Entonces un cuerpo de caballería tremecí, en número de 600 lanzas, sostenido por 3.000 peones, salió de los olivares; pero arremetió el Conde y lo dispersó con muerte de muchos; distinguiéndose sus hijos D. Alonso y D. Francisco, su sobrino D. Mendo y los Capitanes Juan de Benavides, Padilla y Hernán Pérez del Pulgar.

Los Alárabes que pelearon este día fueron los del linaje de Ulet-Harrax, capitaneados por Hamet-Zaguer, quien al siguiente día escribió á Alcaudete brindándole con la paz y ofreciéndosele por tan buen amigo, como hasta entonces había sido buen enemigo.

Victorioso el Conde en la batalla del Olivar, siguió su marcha resistiendo algunas arremetidas. Hizo adelantar á su hijo D. Francisco de Córdoba y al Alcayde Luis de Rueda con toda la gente del campo de Orán, que serían hasta unos 250 tiradores; alojándose él á una legua de la plaza, donde fué á recibirle su hijo D. Martín que había quedado de Gobernador: tierna fué la entrevista, «estando padre é hijo abrazados el uno con el otro sin hablarse,» y juntos, al otro día jueves 8 de Marzo, entraron en la ciudad.

A poco, los soldados, con ánsia por tocar el útil de la guerra, comenzaron á vender caballos y cautivos que habían tomado en Tremecén: prohibiólo Alcaudete, «porque teniendo que proporcionarles el reembarque para España, luego de concluída la jornada de Mostagán y Benarax; no quería que volviesen disipados, sino que llevasen mejoría, más de la que trujeron y paresciese lo que hubieron en la ciudad de Treme-

cén.» Impulsaba al Conde, además de esta consideración, la de necesitar para las expediciones que meditaba, tener á mano buen número de acémilas que acarreasen los bastimentos.

Resuelto Alcaudete, como había publicado, á emprender la toma de Mostagán, plaza bien murada, y con presidio de Turcos del Dey de Argel, conveníale allegar provisión, y decidir con esperanzas de mayores medros el ánimo de los soldados, más deseosos de la vuelta á Andalucía, que de acometer nuevas empresas. Conseguido esto, para quedar desembarazado envió á sus casas en la nao *Los tres Reyes* á todos los enfermos y heridos, quedándose sólo con la gente útil [1]. Preparado todo, el 21 de Marzo salió con 7.000 peones, de ellos 5.000 de arcabuz y ballesta, 160 lanzas, cinco tiros de campo y uno de batería, yendo á dormir á Pozuelos, y el 22 á Arceo, lugar despoblado, en donde y en la ladera que desciende á la marina, acampó para cstar junto á las fuentes que abastecían al ejército. Al amanecer acudieron cinco galeras y una galeota de Argel, que les dió la alborada con tres cañones gruesos de crugía, y una rociada de más de 600 arcabuces. Mandó el Conde apagar las hogueras que denunciaban el campamento, y apostó sus cañones en un altozano, á tiro de ballesta del mar, disparando con tal puntería, que, maltratada una galera, se retiraron todas, metiéndose en el puerto.

Caminó aquel día el ejército, uniéndosele el Xeque Guirref con 300 lanzas y sus aduares, hasta llegar al río Chiquiznaque, que, viniendo muy caudaloso y no hallándole vado, lo pasó la infantería con agua á los pechos. Compadecido el Conde de las familias de los auxiliares, desencabalgó los cañones y con las ruedas de las cureñas y carros de la munición, que sostenían grucsos troncos de sabina, construyó un puente, por donde pasaron el ganado, y las mujeres y muchachos de los Moros.

Al otro día continuó la marcha por la costa adelante, y al llegar á un cerro, temiendo que á la caida hubiese alguna emboscada, mandó á Guirref que con los suyos ganase el monte y calase la tierra. Sucedió como el Conde había pensado: en una cañada se escondían unos 2.000 Alárabes de á caballo, con los que escaramuceó Guirref, pidiendo al Conde inmediato socorro. Puso el Conde piernas al caballo, y con todos los quc iban á vanguardia subió al monte, adelantándose D. Mendo de Be-

1 El 5 de Marzo había muerto el Jurado Pedro Hernández, herido en el combate de aquel día, librado en campos de Hauda-beni-Afar, y el 11, con gran sentimiento de todos, Don Jerónimo de Córdoba, hijo de D. Martín, de resultas de las heridas que recibio en Tremecén.

navides con otros 12 ó 14 y alguna gente suelta para atacar á los Moros, que al verlos tocaron retirada.

Así anduvo el campo hasta dar vista á Mazagrán, en cuyos alrededores se hallaban más de 60.000 hombres, mandados por el Xeque Humida-Lauda, el Alcaide de Benarax, Almanzor ben-Beganí y el Alcaide de Túnez, quienes, no creyendo oportuno resistir allí al Conde, abandonaron la población, en la que durmió el ejército. El de los Moros acampó en un monte, casi á media legua á vista del pueblo, donde destacados los escopeteros y flecheros, molestaban al campamento. Para evitarlo, el Conde lo mandó cerrar con un fox ó baluarte de ramas de allozos, con lo cual ventajosamente repelía las acometidas que los Turcos tentaban de cuando en cuando. Viendo Alcaudete lo numeroso del campo tremecí, como varón tan prudente y entendido, tomó lengua del estado y fuerzas de Mostagán, y certificándole los espías que estaba guarnecido con 1.500 tiradores, Moros y Turcos argelinos, 29 piezas, y fuerte muralla, que no podía batirse sin cañones gruesos, de que carecía; determinó retirarse á Orán. Para efectuarlo, movió á las dos de la madrugada del 29 de Marzo, quedando él en la retaguardia, haciendo rostro á los enemigos, que, al punto, emprendieron la persecución, creyendo cautivar á todo el ejército. No eran destituidas de fundamento sus esperanzas, que se cuenta llegaron á reunirse 25.000 ginetes y más de 100.000 peones. Al bajar desde el monte á las fuentes que hay junto á Mazagrán, toparon los Españoles de 7 á 8.000 Moros y Turcos, y ocupando toda la playa, más de 10.000 ginetes, dándose la mano con la gente de Almanzor-ben-Boganí y Humida-Lauda, que con 30.000 Moros picaban la retaguardia. Al mismo tiempo, acoderadas las galeras de los Turcos, batían con sus cañones la cuesta por donde bajaban los expedicionarios; pero maltratadas por la artillería española, que disparaba sobre ellas á caballero desde un altozano, tomaron al punto la vuelta de Mostagán [1].

Ya en esto se hallaba enzarzada la retaguardia, peleando bravamente D. Mendo de Benavides y el Maestre de Campo D. Juan de Villarroel. Los Moros y Turcos situados en la fuente, hacían mucho daño en el escuadrón de la derecha. Con 200 arcabuceros y ballesteros arremetió Don Mendo, más apenas se había destacado de su tropa, acuden á todo el

[1] El Conde, como Dios lo hizo tan práctico, llegó nuestra artillería y él mismo asestó un cañón que se llamaba el *Salvaje*, y tiró á una galera, y dióle un cañonazo que casi la echó á fondo.—Morales: *Diálogo de las guerras de Orán*.

correr de sus caballos hasta 2.000 ginetes, que se ocultaban en la parte de la marina, mientras que el grueso de los Tremecíes subía por el cerro que guardaba Alcaudete con los cañones. Para defenderlos, cargó éste, seguido de su estandarte y Caballeros, y por más de una hora resistió á los Moros, haciendo maravillas D. Alonso de Córdoba, Alonso Fernández de Montemayor [1], D. Juan de la Cueva y D. Juan de Villarroel, que, desmontado, sostuvo á pié la pelea con gran coraje.

Andaba á la sazón D. Mendo de Benavides tan envuelto con los Moros, que peleaba cuerpo á cuerpo, y si bien salió herido de un lanzazo que le rasgó la piel por encima de la oreja más de un geme, logró que retrocedieran. Curándolo estaba el cirujano, cuando al oir las voces del Conde que animando á los suyos resistía bravamente el ímpetu de los Tremecíes, se envuelve la cabeza con un trapo, y acude al socorro seguide de muchos que á la desbandada se le juntan. Con el ansia de tomar los cañones cargaban por todas partes los Moros; pero la artillería con incesantes disparos causábales gran destrozo, hasta que después de cuatro horas de tan herida batalla y dejando 4.000 muertos en el campo, se retiraron al monte donde estaban los Xeques con sus banderas. De parte de los Españoles la única persona de valer que murió, fué Pedro de Rueda, hermano del Alcayde de Orán, Luis de Rueda.

Aprovechando estos momentos, congrega Alcaudete de nuevo sus tropas, en desorden con el calor del combate, y sigue su retirada. Al empezar el movimiento, carga de nuevo la caballería mora y los soldados gritan: «Caballeros, á la retaguardia; Caballeros, á la retaguardia:» manda el Conde á su hijo D. Martín, á su sobrino D. Mendo de Benavides, y á Luis de Rueda, que con algunos caballos y la gente suelta de arcabuceros y ballesteros de la vanguardia, socorran á la retaguardia, que vueltas caras sostenía penosamente el choque de los Moros. Tal estrago hicieron en ellos los de á caballo, que se declaran en fuga, prohibiendo el Conde la persecución y siguiendo la marcha apiñadas sus tropas.

Así llegaron á las riberas del Chiquiznaque, tan muertos de fatiga, que hubo hombre que desollando una oveja cayó al suelo dormido, y que para que no quedasen abandonadas las tres piezas que cubrían la reta-

1 «Peleó allí Alonso Fernández de Montemayor, su hijo de Diego Ponce de León, nuestro Cordobés, tanto que no hubo nadie que se le igualase, porque las maravillas que hacía tenían á los Moros espantados, y á nosotros como locos de ver tal cosa; *que eso era ponerse delante 10.000 caballos que si fueran moscas.*» No estará de más advertir que Baltasar Morales, que esto dice, era natural del pueblo de la Rambla, en Andalucía.

guardia, hubo el Conde de apelar al ardid de dar voces: «Que se llevan los Moros la artillería.» Al oirlo, acudieron todos y subieron los cañones y los colocaron en los puntos por donde más sospecha había de enemigos. Pasada la noche, al amanecer del 30 de Marzo vadeó el ejército el Chiquiznaque con gran facilidad, por venir escaso, y asentada la artillería en un cerrejón junto al río, detuvo á los Moros que corrían presurosos á acometer por la lengua del agua.

Para evitar el fuego de las galeras turcas, dejando el Conde á la diestra la costa y el pueblo de Arcco, se dirigió á la casa del Morabito, camino de Tremecén, y el 1.º de Abril entró en Orán, donde le recibió su hijo D. Francisco, que había quedado de Gobernador, con D. Martín de Córdoba, y D. Juan Pacheco, que no asistieron á la jornada por impedírselo grave enfermedad, y á aquel además, la pesadumbre por la muerte de su hijo D. Jerónimo [1].

Nuevas desgracias entristecieron á Orán: en pocos días fallecieron los Capitanes Rui-Díaz de la Tovilla y Alonso Fernández de Montemayor, hijo de Diego Ponce de León, que había adolecido de enfermedad al volver de Mazagrán, y se le reputaba, aunque rayando apenas en los veinte y cinco años, como uno de los caudillos más valerosos de los tercios de África.

Inquietudes de otro género cercaban también al Conde de Alcaudete. Notábanse entre la soldadesca algunos síntomas de insubordinación, promovida y fomentada por el Capitán Luis Méndez de Sotomayor, que en sus conversaciones aconsejaba negarse á nuevas empresas y pedir la vuelta á España. Acarreóle la muerte su delito, que el Conde, severo en la disciplina, le mandó degollar, con arreglo á las inflexibles leyes militares.

Graves sucesos habían ocurrido en tanto: el fugitivo Rey de Tremecén, Mahomet, se refugió en Benarax, y recogida gente volvió sobre la capital y fué derrotado. Convenido de antemano con sus partidarios, volvió á presentarse á la vista de la ciudad, combatiéndole el nuevo Rey con igual fortuna; pero al regresar á Tremecén victorioso, Abú-Abd-Alláh encontró cerradas las puertas, mientras por el lado opuesto se las abrían á Muley-Mahomet. Huyó á su vez Abú-Abd-Alláh á la Zahara, y allí se le unió su hermano Muley-Hamet, sobrino de Almanzor-ben-

1 Ha de contarse esta retirada como una de las mayores hazañas de los Españoles en Africa. Al relatársela á Carlos V, gran maestro en el arte de la guerra, cuentan que dijo admirado: «¡Y sin Alemanes!»

Boganí; y por respeto á Hamet, el mismo Almanzor y Humida-Lauda, Xeque de gran respeto.

Pronto juntaron tropas y cercaron en Tremecén al usurpador, estrechándole tanto, que acudió al Conde en súplica de que fuera á su socorro, con las condiciones que él mismo impusiese; mas el Conde no le quiso oir. Conveniente le pareció, sin embargo, ver con sus propios ojos cuanto ocurría, y determinó ir á Benarax, donde imperaban los parciales de Abú-Abd-Alláh, que también le pedía auxilio. Pero faltábale lo principal; confianza en los soldados que habían de componer la expedición. No había bastado el castigo del Capitán Méndez Sotomayor para acallar las murmuraciones de los descontentos, que seguían quejándose de lo prolongado de su permanencia en Orán y de la escasa ganancia de la guerra. Les hubo de arengar el Conde, manifestándoles, que si no les permitía la vuelta á España era por orden del Emperador, y no les daba más provechos; porque no tenía más que darles, según ellos mismos sabían; pero comprometiéndose á embarcarlos á fines de Junio, y rogándoles que se prestasen á hacer con él una expedición hasta Benarax. Con los arrebatos que reinan siempre en las multitudes, todos los soldados respondieron: «Vamos mucho de enhorabuena,» y proveyéndoles el Conde de lo necesario para la partida, la emprendieron contentos los que poco antes la repugnaban sediciosos.

Llevaba el Conde unos 2.000 hombres, los más, arcabuceros, con 70 lanzas y algunos cañones, y á los tres días acampó junto al rio Cicilete [1], á siete leguas de Orán, desde donde envió al Alcaide García de Navarrete con cartas de creencia para el Xeque Humida-Lauda y Almanzor-ben-Boganí, con los que andaba en conciertos.

Recibieron muy bien al enviado, y para tratar y jurar las paces y confederación con el Conde, comisionaron á un hermano de Almanzor y á dos sobrinos de Humida, y ultimado el convenio ofrecieron dar rehenes para la seguridad del cumplimiento. A los dos días se presentaron Almanzor y Humida: éste puso bajo el amparo y guarda del Conde á sus dos hijos pequeños, y ambos juraron los capítulos del Corán, dejando en rehenes á dos niños, hijo el uno de Almanzor y el otro de uno de los principales Xeques. Recibidos por el Conde, aconsejado éste de su prudencia y llevado de su generoso corazón, con beneplácito de sus Capitanes, les devolvió los rehenes; «porque de tales personas bastaba la palabra, la cual entre caballeros se tiene en más que los rehenes.» Ga-

1 *Cicilete* le llama Francisco de la Cueva, Bernardo de Morales *Tililete*.

nólos con esto, y dándole gracias repetidas, le ofrecieron ayuda con todo su poder en las guerras que emprendiese.

Abandonado el cerco de Tremecén por los parciales de Abú-Abd-Alláh, y sabedor Muley Mahomet de los tratos de los Españoles con el Humida y Almanzor, envió contra ellos 4.000 arcabuceros turcos y 20.000 Moros: por espías supieron aquéllos, que pensaba el Tremecí darles la acometida aquella noche, y de acuerdo con Alcaudete, colocaron sus fuerzas que serían hasta de 2.000 lanzas, en medio de los escuadrones cristianos. Al cuarto del alba rompieron el fuego unos 15.000 Moros y 400 Turcos, contestado por la artillería y arcabuceros españoles, y á las dos horas retiráronse las tropas de Mahomet perseguidas por el Conde, hasta que se internaron en la Zahara, que es de la otra parte de las montañas, á la mar.

Pidiéronle permiso Almanzor y Humida-Lauda para reforzar el ejército de Abú-Abd-Alláh y de Muley-Hamet, y concedido, quedóse sólo el Conde, que con sus 2.000 hombres, á 27 leguas de la costa, dominaba toda la tierra, recibiendo presentes de los habitadores y concediendo licencias para el segar de los panes.

Seguro y confiado por no encontrar lanza enhiesta contra él en toda aquella región, adelantóse con 60 caballos y algunos allegadizos, quedando á larga distancia el grueso de las tropas. Los Moros del valle de Meliona trataron de aprovechar la imprudencia de Alcaudete, y dejando ver como cebo algunos Moros, armaron una emboscada de más de 600. Volviéndose aquél á la gente suelta: «Hijos, les dice, vosotros venís cansados; quedáos ahí, que para aquellos Morillos basta que nosotros vamos;» y dando del acicate al caballo, con su estandarte se dirige á cortar á los Moros que se veían.

Al llegar donde estaban, cercáronle los ginetes emboscados, y pesóle al Conde mucho que la gente suelta se quedara atrás, porque el terreno llano no le ofrecia punto donde refugiarse. Quiso Dios que en aquel sitio hubiese un solo aceituno cercado de cambroneros que formaba una especie de valladar, y allí mandó el Conde que se unieran todos en apiñada rueda, de espaldas al árbol y de frente al enemigo. Acometieron los Moros arrojando las lanzas á su paso, con las que atravesaron el caballo de D. Juan Zapata, y perdidas las lanzas tiraban una granizada de piedras con las que mucho padecían los caballos; pero tal santiago les dieron por una parte Zapata, D. Mendo de Benavides y D. Alonso de Villarroel, y por la otra el Conde y D. Juan Pacheco, que rechazaron la acometida de los Moros, quienes viendo venir á toda prisa la gente suelta y los escua-

drones del ejército, emprendieron la fuga dejando más de 50 muertos en el campo de batalla. En castigo, el Conde mandó quemar las mieses de los aduares de Meliona, y fueron los soldados dos días por aquellos llanos incendiando los trigos hasta salir al rio Ziz, junto á la casa del Morabito.

Convencido de que sin artillería de batir no podría apoderarse de Tremecén, dió el Conde la vuelta á Orán, á donde llegó la mañana del 24 de Junio: allí encontró, con mandato del Emperador, á los Capitanes Varáez y Aguilera y naves prevenidas para que, sin punto de retardo, embarcase para Barcelona la gente disponible: el Conde envió cerca de 2.000 hombres, y con el resto de los expedicionarios aportó á Málaga, agasajó con dádivas á los Capitanes que le habían servido, y marchó á su villa de Montemayor, esperando órdenes del César, quedando mientras D. Alonso, su hijo, de Gobernador de la plaza de Orán.

Breve fué el tiempo de la ausencia; y vuelto el Conde, siguióse la vida ordinaria de rebatos y algaras contra los Alárabes, ya por negar el tributo, ya por ofender á los atreguados, ya por robar los campos de Orán, con la ayuda de los Turcos argelinos que guarnecían á Tremecén. De estas empresas la más importante fué la que ocurrió en los promedios de 1547.

Fíado en tratos con algunos Xeques, tomó el Gobernador la vía de Tremecén, y el Dey de Argel, con buen golpe de Turcos, le salió al encuentro; hubo parlamentos, y hasta llegaron á convenir en la entrega de la ciudad; pero habiéndose desavenido, retrocedieron ambos, replegándose el Argelino á Tremecén, y tomando el Conde la vuelta de Mostagán, á cuya vista se puso el 24 de Agosto. Fijo en su idea de apoderarse de la plaza, la cañoneó con las piezas de campo, hasta que llegaron las de sitio, que desde Orán le enviaba Ponce de León. Lograda una brecha practicable, y en el punto en que se estaba dando á las banderas instrucciones para el asalto, que había de tentarse al amanecer del siguiente día; antojósele á un Capitán vizcaino, llamado Espinosa, que había ido á ocupar un arrabal cercano á la muralla batida, que la brecha era de fácil acceso, y arrojóse á tomarla sin orden ni auxilio de los demás. Acudió á la defensa la guarnición, reforzada con 800 Turcos, y escopeteaba á mansalva á los Españoles. Al oir el fuego, las banderas comienzan una grita diciendo: «Dentro, dentro, que los soldados entran por lo batido.» Acudieron muchos, entre ellos el valeroso Juan Ponce, que cayó en tierra, herido de dos arcabuzazos: vuelto en sí, se arroja al foso y toca la brecha; pero debilitado con la pérdida de sangre, no pudo subir, y allí muriera á no

sacarle un soldado de su compañía, cubriéndole con una adarga. Muerto el Maestre de Campo General y muchos de menos cuenta, mandó el Conde batir retirada, que logró, replegándose á la marina al abrigo de la flota, abandonando una pieza, que, roto el eje, no pudo salvarse.

Al siguiente día, 28 de Agosto, después de un vivo fuego, que duró toda la mañana, cercaron los Moros y Turcos á los Españoles, para impedirles el reembarque; pero ahuyentados por la caballería, al mando de Luis de Rueda y Martín Alonso, hijo menor de Diego Ponce de León, embarcados los cañones y heridos, se refugió el ejército en Orán.

A poco tomó el Conde la vuelta de España, y de allí la de Flandes, donde estaba el Emperador, dejando el gobierno á su hijo D. Martín, y la tenencia á Diego Ponce de León; no muy bien concertados, porque aquél pretendía disponerlo todo, no dando á las canas, valor y experiencia del Teniente, lo que de razón le era debido.

CAPÍTULO XIII.

Muley-Humida usurpa el trono de Túnez á su padre Hacén.—Los corsarios combaten á Vinaroz, Murviedro, Villajoyosa y Torrox.—Los Portugueses abandonan á Arcilla y otras plazas.—Dragut sorprende á Pollenza.—Se apodera de Mehedia.—Doria, de Monaster y Susa, y cerca á Mehedia.—Dragut saquea á Benisa y Cullera.—Combate por librar á Mehedia.—Asalto y destrucción de la ciudad.

Grandes preparativos se hacían en Constantinopla: temiendo Muley-Hacén que Barbarroja cayese sobre Túnez, pasó á Nápoles á pedir auxilio al Emperador, y durante su ausencia Muley-Humida, su hijo, se apoderó del reino. Hacén reune 2.000 hombres; marcha á África; pónese de acuerdo con los Xeques, que creía fieles; le traicionan, cae prisionero y su mismo hijo le manda arrancar los ojos. Temiendo Humida á los Españoles, da libertad á los cautivos; devuelve la artillería; se declara vasallo y tributario como lo era Hacén, y el Gobernador de la Goleta, Francisco de Tovar, suspende las hostilidades hasta recibir órdenes del Emperador.

El mar hervía en corsarios; Zalé Arraez, terror de las costas valencianas, un día del 1545, amaneció sobre Vinaroz con 13 galeras reales y bastardas; combatió la villa con tiros gruesos, que arrojaban balas de hierro colado de 60 y 70 libras. Jugaron los Cristianos los arcabuces con tan acertada puntería, que mataron sobre 250 Turcos, y de un cañonazo echaron á pique una galera. También en 24 de Marzo de 1546, hicieron huir los de Villajoyosa á un gran escuadrón de Moros desembarcado de seis galeotas ocultas en Cabo Negrete.

En 16 de Setiembre de 1547, otras ocho anclaron frente á Murviedro, y guiados por Moriscos, cautivaron á los Frailes del Monasterio de Sancti-Spíritus; pero sabido el caso, acudieron en motín los pobladores y los rescataron, con muerte de muchos piratas. Guiados también por otro Morisco, 500 Turcos que venían en 14 galeras y galeotas argelinas, acometieron furiosamente á Alcalá de Chisbert llegando á quemar las puertas; pero muerto su Arráez, desistieron del ataque.

En 25 de Julio de 1549, Alí-Corzo echa 400 hombres en la costa de Granada; métese tierra adentro; saquea á Torrox, y se lleva á 100 personas: al rebato acude Diego Narvaez, Capitán de ginetes, con algunos allegadizos; da un santiago á los piratas, y con muerte de muchos, libra botín y cautivos [1].

Dragut, el famoso corsario, á quien, como antes dijimos, había dado libertad graciosamente Andrea Dória, por orden del Emperador que deseaba granjeárselo contra Turcos; volvió á correr los mares con sus fustas. En el mismo año 49 sorprendió á Pollenza en Mallorca, y, aunque rechazado por Juan Mas con bastante pérdida del equipaje, llevó larga presa de cautivos [2].

Creciendo en fuerzas, reunida una escuadra considerable y aclamado como Jefe por todos los piratas; pensó en buscar un apoyo en el litoral. Puso los ojos en África ó Mehedia, ciudad fortísima sobre un promontorio que entraba largo trecho en el mar, murada y torreada con robustos castillos, y con un buen surgidero.

Andaban fraccionados sus moradores, y con el favor de algunos banderizos, entró por sorpresa en la ciudad; tentaron resistir los contrarios, pero con mejor acuerdo, al fin se sometieron sin gran repugnancia, á su dominio. Añadió á las antiguas, nuevas fortificaciones dirigidas por el Turco Mahamet, inteligente y de su confianza. Dejó por Gobernador á Hesarraiz, quien aumentó su guarnición asoldando 400 Turcos, que por casualidad aportaron á aquellas playas en convoy de unas naves mercantes, y se apoderó luego de Monaster y Susa, ciudades que pertenecían al Rey de Túnez, tributario del Emperador.

Reforzado Dória por el Virrey de Nápoles, recobró á Susa y Monaster, y recogiendo al paso á Luis Pérez de Vargas, Gobernador de la Goleta, hombre práctico en la guerra y con lenguas entre los mismos Moros; el 27 de Junio de 1550 dió vista á Mehedia, desembarcando al siguiente; de todo lo que avisó al Emperador, que se hallaba en Augusta [3].

1 Ferreras dice primero que desembarcaron 400 Turcos, y después que al retirarse les mataron los Cristianos más de 400. En lo primero ó en lo último hay equivocación manifiesta: creemos que en lo último.

2 Pedro Salazar, en su *Historia de la guerra y presa de África*, pone la sorpresa de Pollenza después de la toma de Mehedia, y dice que Dragut fué rechazado por el Virrey de Mallorca D. Juan Marraxa, sin que el corsario llevase presa ni cautivo alguno.

3 D. Pedro Salazar, *Historia de la guerra y presa de África*, afirma que Muley-Hacén se unió á Dória con buen número de sus partidarios; pero que acometido de fiebres malignas, murió antes que la ciudad de Mehedia fuese tomada por los Españoles: nada dice de que hubiese sido cegado por su hijo Muley-Humida, según historiamos al principio del capítulo.

Apoderáronse los sitiadores primeramente de una colina próxima, en la que plantaron tres piezas; á 450 pasos colocaron una batería de 12, y á 100 pasos más hacia la izquierda otra de á ocho, con fuerte trinchera y contratrinchera, para impedir las salidas del enemigo. Pronto se hizo brecha y dióse el ataque; pero ni aquélla era practicable, ni éste fué de efecto, porque lo vedaba un anchísimo foso. El Alférez Pantoja, Jefe de la columna de asalto, murió; D. Alonso de Pimentel, hijo de los Condes de Benavente, que debía mientras escalar la ciudad por el opuesto lado, hubo de retirarse con mucha pérdida. La cabeza de Pantoja fué enarbolada en una pica, vuelta hacia el real, y un renegado decía á grandes voces: «Cristianos, ¿veis aquí á vuestro Capitán? venid por él.»

Tan apretados se vieron los sitiadores, que acudieron en demanda de socorros al César; previno éste á su Gobernador en Milán, y escribió al Duque de Florencia y á la Señoría de Génova, proveyeran largamente á su Virrey de Sicilia de cuanto necesitare.

Había marchado entonces Dragut á piratear por las costas de Valencia: desembarcó en Benisa; entró en ella sin ser sentido, y la encontró desierta, por ser villa de labradores, ocupados á la sazón en las faenas del campo. Saqueándola sus Turcos, topan con un Clérigo, que con espada y rodela arremete á cuchilladas, llevándoles por delante algunos pasos, hasta caer muerto de dos tiros de arcabuz. Alertados ya los pocos vecinos que quedaban, se arman presurosos, y tan buena maña se dieron, que arrojaron á los Turcos de la población.

Pero no por ello desistía Dragut; el 25 de Mayo esconde su escuadra de 27 bajeles tras la punta de Cullera, y al amanecer, retiradas las guardas de la marina, echa 600 Turcos por la desembocadura del Júcar, que dando un rodeo, se dirigen al pueblo. Aun dormían los vecinos; mas quiso Dios que uno saliera al campo, y al ver gente armada, escapase gritando: «*¡Moros! ¡Moros!*» llegando momentos antes; que presta el miedo alas. Saltan del lecho los habitadores, y medio desnudos y medio armados, enciérranse en la iglesia, en el punto crudo de entrar los corsarios en persecución del que los había descubierto. Degüellan los ganados; derraman el vino; incendian las casas; combaten la iglesia; abren un portillo; prepáranse para el asalto, á tiempo que de Sueca, Alcira y pueblos aledaños viene socorro. Acude á proteger la retirada de la gente con la presa el mismo Dragut, y en salvamento recógese en la armada [1].

1 Según Pedro de Salazar, Cullera fué completamente sorprendida; pero descubiertos los Turcos por los que guardaban la costa, y dada la alarma, acudieron los de Pego, Gan-

Tales eran las hazañas del corsario, cuando tuvo aviso por su mujer del aprieto en que estaba Mehedia. Al punto levó ferros hacia Vélez; buscó auxilios y avisó á la plaza que la socorrería el día de Santiago; y desembarcado en un punto próximo, se ocultó entre los juncales de la marina para sorprender el campo de los sitiadores.

Tocaba aquel día el servicio del forraje á D. Alonso Pimentel, y por sospechas que tuvo D. García de Toledo, dióle refuerzo mandado por el valeroso Luis Pérez. Acometió fuertemente Dragut, resistieron tenaces los Españoles; pero adelantados más de lo debido en el calor del combate; las mangas de arcabuceros perdieron el apoyo del cuerpo del ejército, dejando ambas alas sin defensa. Acude al remedio Luis Pérez; ordena á los siniestros y corre á la derecha, en donde era mayor la ruina: sin formación los arcabuceros y oprimidos por grandes fuerzas de Alárabes; tan enzarzados andaban, que no le fué posible hacerlos retirar: corrió entonces á los arcabuceros de la izquierda para traerlos al socorro, y llegaba apenas, cuando le atravesó una bala el pecho, cayendo sin vida del caballo. Por defender su cuerpo los Españoles, los Turcos por arrancárselo, pelean crudamente. Vuela á reforzarlos Don Alonso Pimentel, otro balazo le da en el cuello, la fortaleza de la gola le libró de la muerte, y rescatóse por último el cuerpo del Capitán Pérez [1].

Los gastadores, fagina hecha, emprenden su vuelta al campamento. En la retirada muere Palomares, Alférez de Hernán Lobo; enciéndese de nuevo la pelea por salvar el cadáver; carga con creciente ímpetu Dragut, y sólo escapan los arcabuceros que habían retirado el cuerpo. Amparado del olivar, divide sus Moros en dos escuadrones, y manda que á escape el uno corte la retirada á los sitiadores, mientras el otro seguía tenazmente sus acometidas. Advertido D. García por los Moros aliados que con los hijos de Muley-Hacén peleaban en el campo, del inminente riesgo; con algunas compañías, y harto desguarnecidas las trincheras, acude en su ayuda. Los sitiados asoman por un portillo, espiando el momento oportuno de descolgarse sobre el campamento, y al ver á Dragut, á las vueltas con los que se retiraban, arremeten furiosos. D. García oye el cla-

día y otros pueblos, y recobraron la presa, con muerte de 300 Turcos, que no pudo librar el socorro de Dragut.

1 Refiriendo este encuentro dice Salazar con viva imagen: «y los unos sobre llevar el cuerpo, y los otros sobre defenderlo, se trabó una brava pelea, la cual fué muy reñida, combatiendo espada contra alfange, y pica contra lanza, y arcabuz contra escopeta y flechas y piedras.»

moreo de los reales, y vuelve, dejando parte de su fuerza para contrarrestar á Dragut. Empéñase más encarnizada la lucha, éste por romper las líneas y reunirse á los sitiados; los Españoles para impedirlo. Por fin la batalla se hizo general, y los Caballeros de Malta de la lengua francesa confirmaron el indomable valor de que habían dado tan alta prueba en Argel. Dragut no pudo quebrantar aquel muro de hierro: la artillería, enfilando la estrecha senda por donde había de salir la guarnición, impidió los refuerzos de los que, siguiendo á Mahamet, se aventuraron primeramente: unos, con el Jefe, murieron á manos de los peones de D. Hernando de Toledo, que defendía la trinchera; otros á nado, lograron volver á la ciudad. Cinco horas duraba la lucha, cuando Dragut batió retirada, quedando acampado en la cuestecilla de donde salió contra los forrajeadores, con igual pérdida que los acometidos.

No habiendo podido el audaz corsario libertar del cerco á Africa; pero tranquilo, por creerla inexpugnable, marchó en busca de socorro á fin de revolver contra los sitiadores: no encontró acogida en parte ninguna, que al creerle vencido se excusaron todos, congraciándose los más con el General español. Recibidas por éste abundantes armas y municiones, ordenó acometer á la ciudad con un galápago para á su abrigo picar los muros; que animosamente fueron defendidos por los Turcos, y con muerte del Ingeniero Hernán Molín, quemaron la máquina é hicieron gran destrozo en los Imperiales. Aconsejó el Ingeniero siciliano Andrónico de Espinosa, variar el ataque, dirigiendo los fuegos contra un lienzo de los que daban á levante por la marina, punto el más flaco de la plaza; pareció bien á los Jefes y á Andrea Doria, con quien todo se consultaba, y en consecuencia formaron una batería flotante de dos galeras trabadas y circundadas de barriles embreados, con 22 tiros gruesos, que en breve y con el auxilio de las naves hicieron gran brecha, derribando además uno de los torreones. Defendíanse tan esforzadamente los de dentro, que pensativos quedaban aún los más valerosos, al discurrir sobre el asalto de la fortaleza.

Determinóse por fin darlo general: á D. Hernando de Toledo se le señaló la batería nueva; á Hernán Lobo, la de la mar, y á D. Álvaro de Vega, la vieja; éste, para entretener alguna fuerza enemiga; aquellos, para entrar en la plaza; quedando en libertad los Caballeros de Malta de elegir el puesto, y en reserva D. Hernando de Silva y D. Pedro de Acuña. El día de 10 de Setiembre á las tres de la tarde, las galeras rodearon la ciudad, dispararon sus lombardas y dióse la señal. Dos Religiosos, Fray Miguel con un crucifijo en la mano, y Fray Alonso, con cora-

za, celada y espada, pónense al frente de la columna de Hernando Lobo, que fué la primera. A seguida Hernán Lobo viene al suelo herido de un balazo en la pierna; levantáse el intrépido caballero, da tres pasos más y cae atravesado de otro: *Adelante*, manda á sus soldados, y sus soldados le obedecen. Ya en esto la columna de D. Hernando de Toledo se había movido: no le sufría el corazón, que nadie antes que él llegase á los muros, y se adelanta á la cabeza con rodela y espada, siguiéndole D. Alonso Pimentel. Tres veces cae D. Hernando, otras tantas se alza y recibe en el escudo tan violento peñasco, que se lo arranca ofendiéndole gravemente el brazo. Rueda D. Alonso Pimentel pasada una pierna; siguen los demás, ganan la batería y puente levadizo: el caballero Monroy sube el primero al torreón destruido, y el soldado Godoy abate el pabellón turquesco.

Portillo, Alférez del de Toledo, les sigue trepando por las ruinas y enarbola su bandera; una explosión de gritos la saluda, pero la sangre de 300 Españoles proclama al mismo tiempo el tenaz valor de los Africanos y de Mayhenet su Capitán.

No menor peligro corría mientras, la columna de D. Álvaro de Vega, diezmada por el horroroso fuego de los Turcos y sin poder adelantar un paso, por las muchas defensas de aquella parte del muro. Tan inútil sacrificio insubordina á la tropa, que, sin esperar órdenes, abandona el puesto, se desbanda y corre á incorporarse á las dos columnas de asalto. La de D. Hernando de Toledo, aunque trabajosamente, ganaba tierra: los sitiados defendían el recinto con valor incomparable; mas pierden una albarrada, y desde lo alto les dan tal batería con las piedras, que retroceden, acribillados también por las descargas que á caballero les hacen los Españoles desde el baluarte nuevo.

Al verlos retroceder, creyó D. Hernando entrada la ciudad; flanquea el muro y baja por una escalera á una angosta calle que desembocaba en una plazuela defendida por 300 Turcos. Cautos los soldados, se abrigaban de las paredes, á fin de evitar el enfile de los arcabuces: sólo Toledo, más valeroso que prudente, avanza hasta llegar á las manos con los Turcos: su peto resiste dos balazos; el tercero le rompe el muslo izquierdo, que ya tenía herido de dos lanzadas. Sus soldados desde lo alto del adarve disparaban para defenderlo; uno de ellos, Antón López, vuela en su socorro, le cubre con su escudo y se sostiene intrépidamente. Secúndale D. Tristán de Urrea, hijo del Conde de Aranda; pero los soldados no les acuden: los Turcos en tropel cargan sobre ambos, hieren á D. Tristán y á Antón Lopez, y les fuerzan á retirarse. Fal-

tóles sin embargo tiempo, para rematar á Toledo. Jaques, el Alférez de D. Alonso, corre con 60 hombres y cae muerto abrazado á su bandera; la coge un soldado y síguenle los otros y sostienen la pujanza de la acometida.

En tanto, el Capitán Zumárraga de las tropas de Hernán Lobo, ganada la batería de la mar con pérdida del Alférez Sedeño, entra por otro callejón que remataba en la plazuela, defendida desde las casas atroneradas, por el mismo Hesarráiz; quien animando á los suyos, como tan valeroso, enciende de nuevo la furia del combate.

Yacía mientras Toledo en medio de la calleja; sus soldados por guardarlo, no peleaban; *adelante, hijos míos*, les grita; *adelante, poca falta haré yo, donde hay tan buenos Capitanes*. Obedientes aquéllos, le dejan con sus criados; cierran con los Turcos y les obligan á cejar. Refuerza Hesarráiz á los defensores con 200 hombres, asesta su artillería, retroceden los asaltantes; pero cuidan de poner á D. Hernando dentro de un portalejo. Concentra sus fuerzas Zumárraga, vuelve á tomar la ofensiva, llega al cantón de la plazuela, y determina asaltar un gran edificio, desde cuyas troneras y ballesteras hacíanle gran daño: dos veces embiste y le rechazan dos veces; á la tercera un escopetazo le pasa la celada de sien á sien y cae muerto, y muchos con él, de Oficiales y soldados.

Auxiliaban en gran manera á los de la casa, los Turcos que desde las murallas herían por detrás á los Españoles: los soldados de la batería nueva dirigen sus tiros contra aquéllos, que revuelven en su defensa y descuidan la del edificio. Aprovechando este momento los de Zumárraga, arrójanse desesperadamente y se apoderan de él, á tiempo que las banderas entraban ya por todas partes y el resistir era imposible. Sólo el indomable corazón de Hesarráiz, permanecía entero; repliega su tropa hacia la puerta defendida por Caydalí, reunión de todos los dispersos; hierve otra vez el combate, y revueltos caen Turcos y Españoles. Oye la recia grita D. García, y lanza la reserva de sus arcabuceros, y pierden el ánimo los Turcos, doblándose el de los asaltantes. Juntos ya en escuadrones, ocupa uno el torreón de la montañuela, donde muchos Moros se habían hecho fuertes, y gánanlo á tiempo que los Caballeros de la Religión, tras encarnizada lucha, muerto Caydalí, se apoderaban de la puerta, cautivando á sus defensores. Aún Hesarráiz combatía obstinadamente desde la elevación de la muralla, que cedía palmo á palmo, y perdida ésta, acogióse á un torreón resistiendo á la furia de los vencedores, hasta que, ajeno á toda esperanza, capitula y Mehedia queda en

poder de los Españoles [1]. No bajaron sus pérdidas, de 500 muertos y 1.000 heridos, contándose los Maestres de Campo, Hernando de Toledo y Hernán Lobo, que fallecieron en breves días, y el Caballero Monroy, que persiguiendo á los enemigos espiró falto de aliento, sin recibir heri-

1 Ya en lo antiguo había sido Mehedia objeto de tentativas infructuosas para apoderarse de ella. Los Berberiscos, asegurados en la fortaleza de la ciudad, la habían convertido en centro de piratas, siendo el comercio de los Genoveses el que más se resentía de sus depredaciones. No contando Génova con bastantes fuerzas para el castigo, demandó ayuda á Carlos VI, Rey de Francia, quien la otorgó enviando un cuerpo considerable de ejército á las órdenes de su tío el Duque de Borbón, General en jefe de los expedicionarios, y á quien acompañaban 1.400 Caballeros y Escuderos; entre ellos, Juan de Viena, Guy de la Tremouille, el Conde de Eu, los Caballeros de Foix y de Beaufort, hijo aquél del Conde, y éste bastardo del Duque de Lancastre, y el Sr. de Coucy.

Por los días de San Juan del año 1390 salió de Génova la escuadra, compuesta de 400 velas con hasta 20.000 Italianos, la mayor parte Genoveses, y multitud de Caballeros aventureros de Inglaterra y Flandes.

Dada vista á Mehedia y señalado para el desembarque el día de la Magdalena, adelantáronse unos bergantines que llevaban *bricolles* [1] y cañones, y sin oposición de los Alárabes reunidos en número de 30.000 peones y 10.000 caballos, saltaron á tierra los expedicionarios. Al punto establecieron en la playa un campo atrincherado que se daba la mano con los buques, donde se tenía el repuesto de la provisión, y en él permaneció el ejército sin intentar nada contra la ciudad.

Los Árabes, con continuos rebatos de día y noche, lo tenían en perpetua alarma: los soldados, con el intolerable peso de las armas de que no osaban despojarse, el sofocante calor, la escasez de agua potable, el recelo de que se consumiesen las vituallas, y una plaga además de tábanos venenosos que se les vino encima, se desalentaron. Acusaban también al Duque de Borbón de falta de iniciativa para operar, de flojedad de carácter para mantener el orden y disciplina, y de impericia para dirigir la empresa; con lo cual, el descontento subió de punto.

El Duque quiso, en un arranque de indignación, vindicarse de tales acusaciones, y determinó la toma de la ciudad por una brusca arremetida. Acababan las tropas de repeler un ataque de los Árabes, y prevaliéndose de tenerlas reunidas en formación, mandó dar el asalto. Con gran coraje se arrojaron Franceses é Italianos, que se hicieron dueños de algunas obras avanzadas; pero fueron inútiles sus esfuerzos para conseguir la plaza. Rechazados por todas partes, hubieron de batir retirada, dejando muertos muchos soldados y más de 60 Caballeros. Lo desgraciado de la acometida concluyó de desconceptuar á Borbón: las quejas aumentaron; Genoveses y Franceses se echaban mutuamente la culpa del fracaso: temíase además la entrada del invierno en aquellos mares procelosos y bravíos, y reunido consejo de guerra para aparentar que se deliberaba, sobre lo que en su ánimo llevaban todos resuelto, determinaron levantar el sitio. Incontinenti se reembarcó la expedición sin ser molestada por el enemigo, quedando impunes los desafueros de la ciudad pirática, y perdidos los gastos de empresa tan costosa.

1 En las Relaciones francesas, de donde está tomado este episodio, se da el nombre de *bricolles* á unos ingenios de guerra que probablemente serían la *bricola* ó *brigola*, máquina para arrojar grandes piedras que mencionan muchos historiadores. Puede verse sobre esto el Diccionario militar de Almirante. Parece ser, según observa Ximénez de Sandoval en su obra *Guerras de África en la antigüedad*, que ésta fué la primera vez que los Europeos usaron cañones en Berbería.

da. Sobre 1.000 Turcos quedaron tendidos en las calles, entre ellos todos los Capitanes, excepto Hcsarráiz y Mayhenet, que durante el combate cayó del muro, y fracturándose un brazo, quedó prisionero con más de 6.000 personas.

Teníase esta plaza por inexpugnable; presidióse con 1.000 Españoles mandados por D. Alonso de Vega, hijo del Virrey de Sicilia, siendo después nombrado Gobernador D. Sancho de Leyva. Creyeron años después que el coste de la defensa era grande y su importancia poca, y en 1553 envió el Emperador á D. Hernando de Acuña para asolarla, lo que éste cumplió, transportando el presidio á Italia y reduciendo á cenizas la población[1]. Debióse meditar antes: una estéril peña no merecía tanta fatiga y tanta sangre generosa, inútilmente derramada.

1 Antes de incendiar D. Hernando de Acuña á Mehedia, mandó desenterrar los huesos de los Caballeros de San Juan y de los demás que murieron en el sitio, y en cajas transportólos á la Iglesia de Monreal, cerca de Palermo; menos los de Luis Pérez de Vargas, cuyo cadáver había sido conducido y enterrado en la Goleta, de donde era Gobernador. En el sepulcro de los Caballeros se puso este epitafio:

Dar fin pudo á los cuerpos que aquí encierra
(Como á cosa mortal) la cruda muerte;
Mas no al valor, que en la africana guerra
Venció al olvido, al tiempo y á la suerte.
Gloria en el cielo, inmortal nombre en tierra
Les dan su fé y esfuerzo invicto y fuerte
Y la sangre que vierten sus heridas,
Por una muerte, dos eternas vidas.

CAPÍTULO XIV.

Dragut pasa al servicio del Gran Turco.—Cércale Doria en los Xerves.—Es nombrado segundo de Sinán y saquea á Gozzo.—Carlos V cede Malta, Gozzo y Trípoli en favor de la Órden de San Juan.—Piérdense Trípoli, Susa y Monaster.—Abandonan los Portugueses sus posesiones africanas en el Océano, excepto Mazaghán.—Extinción de la dinastía de los Benimerines Oataces.—Unión de los imperios de Fez y de Marruecos.—Muerte del Gobernador de Ceuta, D. Pedro Meneses.—Expediciones de los piratas berberiscos.—Piérdese Bugía.—Cerco de Orán.— Abdicación y muerte de Carlos V.

Ignorando el suceso de Mehedia, Dragut en tanto, como dijimos, buscaba auxiliares para salvarla, y en este empeño le sorprendió la noticia de su rendición. Con honda pena, por el desengaño de no encontrar quien le favoreciese entre los naturales, y conociendo que no eran fuerzas las suyas para resistir el poder español, ofreció sus servicios al Gran Turco Solimán, quien, aunque enojado con él, porque hasta entonces no había reconocido su soberanía, los aceptó, nombrándole Sanjaco con el mando de algunas galeras.

A principios de Abril de 1551, y asoladas las costas de Italia, marchó á los Xerves, por si podía interceptar los bastimentos y socorros que se remitían á la guarnición de África. Sabido por Doria, refuerza sus galeras, socorre la plaza, marcha en busca de Dragut, toma lenguas, y por fin lo acorrala en el canalizo de Cántara. No cayó Dragut de ánimo en aquel trance: en sola una noche levantó un bastión que prohibía la entrada en la canal, y entreteniendo á los Españoles con fingidos rebatos y algazaras continuas, abrió mientras una zanja en la parte contrapuesta á Doria, que comunicaba hasta el mar, y con increible industria, al llegar la noche, escapóse con su escuadra, sin que fuese sentido por su contrario, á quien pesó mucho de la burla.

Libre, marchó la vuelta de Constantinopla, estragando al paso las costas de Italia, y certificando sería fácil apoderarse de Malta, decidió al Sultán á romper con el Emperador. Hallábanse á la sazón atreguados; pidió el Turco la restitución de África suponiéndola ciudad suya, y alegando que la conquista se había hecho contra la tregua pactada. Negóse el Emperador, y con tal pretexto nombró á Dragut segundo de la flota,

que al mando de Sinán, después de hacer algún daño en Malta y saquear la isla de Gozzo, se presentó delante de Trípoli.

Pareciéndole al Emperador que estos territorios caían muy á trasmano de sus dominios, y que le era de gran coste su defensa, pensó en los Caballeros de San Juan, que entonces vagaban por Europa, buscando sitio donde establecerse. Al efecto, en 24 de Marzo de 1530 cedió al Gran Maestre de la Orden, como feudo libre y franco, los castillos, plazas é islas de Trípoli, Malta y Gozzo, obligándose la Orden á prestar al Virrey de Sicilia, en reconocimiento del dominio, el homenaje anual de un halcón. En aquel tiempo era Gran Maestre Juan Omedes, y se dijo que no había puesto en guardar y fortificar á Trípoli gran cuidado, limitándose á reforzarla con 300 hombres. Mandaba en la Ciudad el Francés Chabarín ó Vallier: Sinán le ofreció la libertad si se entregaba, y desechada la proposición, formó trinchera y estableció las baterías. Otro Francés desertó de la plaza y denunció á Sinán el punto débil; mudó la batería en consecuencia, y el Gobernador, descorazonado por lo bien dirigido del ataque, capituló secretamente con Sinán entregarle la Ciudad, á condición de que todos los Cristianos fuesen libres para transportarse con toda su hacienda á Malta, en las galeras del Embajador francés. Pesóle mucho á los de la ciudad, mas no hubo remedio, y el 14 de Agosto de 1551, quedó Trípoli por Sinán; quien se negó á cumplir los acuerdos, declarando cautivos á los ciudadanos y buena presa sus bienes. «Trípoli, ganada por las armas españolas hacía 40 años, quedó en poder de Infieles. Mucho de hacienda se perdió allí, pero fué más crecido el estrago que los Caballeros de la Orden sufrieron en su honra.»

Atribuyóse todo á manejos del Embajador francés Aramón: dijeron los suyos, que el presidio compuesto en su mayor parte de Calabreses y Españoles bisoños enviados por los Virreyes de Sicilia y Nápoles, se habían amotinado, negándose á la defensa por odio al Gobernador extranjero. No es fácil saber la verdad, pero si se atiende á las buenas relaciones entre Franceses y Turcos, contra el César, de quien el Gran Maestre era partidario decidido; no es de extrañar que Aramón recabase del Gobernador francés, la entrega de la ciudad, defensa y antemural de las posesiones, que en Sicila y en Africa tenía España. Lo cierto es que el Gran Maestre tomó con mucha braveza la pérdida de la ciudad; prendió á Chabarín y á sus partidarios, ahorcó á los seglares y degradó á los religiosos. Intercedió el Monarca francés, descargándose de lo que se le achacaba: quizá no tuviera intervención; pero le fué imposible explicar el motivo de que anduviese en ello su Embajador.

Dragut pretendió quedarse con Trípoli; Sinán, que no le quería bien, se la negó dándola á Morat, en pago del dinero y bastimentos de que le había proveído.

Después de la toma de África y de la marcha de Doria á Sicilia, Susa y Monaster se rebelaron de nuevo contra el Rey de Túnez, á quien habían sido cedidas, y de nuevo cayeron en poder de Turcos.

No estaban, mientras, ociosos los Portugueses en sus posesiones: á duras penas resistían los embates continuos de los Xerifes, que tuvieron además la habilidad de sembrar cizaña entre ellos y su fidelísimo aliado Sidy-ben-Yahya, á quien luego dieron muerte.

En 1536, tras siete meses de sitio, conquistaron á Aguer: en el 39 pusieron sitio á Saffí, que tuvieron que levantar al medio año, hechos esfuerzos increibles para apoderarse de la plaza. Los Portugueses, extendidos sus dominios por la India oriental, necesitaban allí de todas sus fuerzas: ante la conquista de aquel riquísimo país, desapareció la importancia de las posesiones africanas, de corta utilidad para la monarquía. D. Juan III las creyó pesada é inútil carga, y en el año 1549 abandonó á Alcázar, Arcilla, Saffí y Azamor, quedándose con las plazas del Mediterráneo, y en el Océano con la de Mazaghán, puerta para invadir á Marruecos y escala para la navegación en el Asia: añadióle el Portugués almacenes y cuarteles á prueba de bomba, vastos aljibes, muros de 10 varas de espesor y nuevas fortificaciones, que la convirtieron en punto menos que inconquistable.

Antes de esto, grandes disturbios ocurrieron en la parte occidental de Berbería. La ambición, más fuerte que la sangre, rompió la concordia de los dos Xerifes. Apaciguadas sus disensiones, retoñaron nuevamente, y apelando á las armas, Mahomad fué derrotado y hecho prisionero por su hermano Acmet, que regía á Sus, Tarudante y otros territorios del Africa meridional, como Visir ó Lugarteniente.

Muley-Cidán, hijo de Mahomad, reunió en Marruecos un nuevo ejército, y andaba en tratos y confederaciones con los Portugueses á fin de libertar á su padre; cuando éste cedió á las exigencias de su hermano, reconociéndole por Rey de Tarudante. Odiaba, sin embargo, Mahomad á Acmet con odio fraterno, y apenas libre, apeló nuevamente á las armas.

El 19 de Agosto de 1543, se encuentran los ejércitos en Alghera mandados por Muley-Cidán y el Xerife Acmet: queda Cidán derrotado, pero se rehace en una colina: al punto se destaca Abd-el-Kader con 3.000 caballos, y mientras su padre entretiene á Cidán, se apodera de Marruecos y Acmet queda dueño de todo el Imperio.

A compás de las conquistas acrece hidrópica su ambición, y declara la guerra al Emperador de Fez, Hamet el Oataz; le derrota y le hace prisionero; mas no pudiendo apoderarse de la capital, vuélvese á su reino, y por precio de la libertad exije á su cautivo la entrega de Mequinez y su redonda. Cede el Oataz, y apenas había llegado á su corte, cuando el Xerife, á la cabeza de sus tropas marcha contra él, pretextando que mantenía secretas inteligencias con los Cristianos. Tan de improviso fué la acometida, que Hamet no tuvo tiempo para proveer á la defensa. Propúsole el Xerife, dividir la Ciudad, mandando uno en Fez la vieja, y otro en la nueva; contestóle el Oataz: *que en un bonete no cabían dos cabezas*, y se rompieron las negociaciones; pero cundiendo la deserción en el campo del Fecí, rindióse á la fortuna y entregó la corona por la vida que Acmet le concedió, para quitársela traidoramente pocos años después. De este modo la dinastía de los Benimerines Oataces fué substituída por la de los Xerifes, y reunidos los Imperios de Fez y de Marruecos.

Con tal poder, los Berberiscos no aflojaban un punto en su guerra con los Cristianos: por tierra los Alcaydes, Arrao Bentuda y Hacén, tenían en perdurable bloqueo á Ceuta, y en una desaconsejada salida, el Gobernador D. Pedro Meneses, hijo del Conde de Linares, fué muerto, quedando en el campo ó cautivos los 320 hombres que le acompañaban.

Por la mar seguían los piratas sus incursiones en las costas: el 10 de Agosto de 1553 fondearon nuevamente en Mallorca 24 velas, que ahuyentó Jorge Fortuny. Repitieron el golpe en 1555 contra Andraix, y volvieron á sus guaridas con algunos cautivos.

Tal era la soberbia de los de Argel, que Salah-Rehys ó Arráez su Gobernador, tentó reconquistar á Bugía. Comandábala y su frontera, Don Alonso de Peralta, con el presidio ordinario de 500 soldados repartidos en tres fuertes, quien al ver al ejército argelino de más de 40.000 hombres, apoyado en una armada de 22 bajeles, creyó útil, para la defensa, reconcentrar la guarnición. Por ello abandonó el Castillo Imperial, dejó sólo 40 soldados en el de la Mar, y se refugió en el Grande. El enemigo ocupó al instante el primero; entró en el segundo á los cinco días, por fuerza de armas, á pesar de la heróica resistencia de los defensores, y púsose sobre el tercero.

A los 22 días desmayó D. Alonso: temió la cautividad de tantas mujeres y niños, ó su muerte y la de todos, si no desarmaba la furia del sitiador con la pronta rendición, y olvidando sus obligaciones de soldado, entregóse el 27 de Setiembre de 1555 [1] capitulando las vidas y el

[1] 23 de Octubre, dice Ferreras.

pasaje libre á España de todo el presidio. Salah no cumplió los pactos: declaró á la guarnición cautiva, exceptuado D. Alonso y 20 de los suyos; ó elegidos por él, ó que le aconsejaron la entrega. En 4 de Mayo del año siguiente, el pueblo de Valladolid veía rodar en un cadalso la cabeza de D. Alonso de Peralta acusado de cobarde: así por conservar la vida, la perdió con la honra.

La toma de Bugía alentó á los Argelinos para nuevas empresas. Orán, el presidio más importante de los Españoles en África, fue el blanco de sus intentos. Salah-Arraez pidió auxilios al Gran Señor, que le envió cuarenta galeras con Ali-Portuco: cuando salía á recibirlas, le salteó la muerte en Bona, y los Genízaros eligieron en su lugar á Hascén Corzo, quien por tierra marchó contra Orán con 30.000 peones, 10.000 caballos y 30 piezas de artillería.

El Conde, que había vuelto ya de Flandes, y tuvo noticia por sus lenguas del nublado que se le venía encima, prevínose, acopiando vituallas y municiones en cuanto se lo permitía la poquedad de sus recursos; reforzando las defensas de la plaza, atosigando las fuentes que se hallaban al paso del enemigo, enviando, al estar los Turcos á la vista, una banda de caballos y arcabuceros á las órdenes de D. Gabriel de la Cueva, después Duque de Alburquerque, para que reconociese el campo enemigo; atrincherando en las albarradas de las huertas cercanas á las Piletas, donde se había alojado el ejército sitiador, 500 escopeteros que les impidiesen los manantiales, como lo hicieron por muchos días, «costándoles á los Turcos cada gota de agua un azumbre de sangre.»

Alzadas trincheras con altos bastiones y asentada la artillería de sitio, iban en aumento las inquietudes del Gobernador, que de todo andaba escaso, y escribió apretadamente á la Corte, para que se le acudiese con prontos socorros, concluyendo su carta diciendo con heróica magnanimidad: «que si lo socorrían, serían Dios y el Rey servidos, y si no, que allí morirían Sansón y cuantos con él son;» carta que fué muy comentada y celebrada.

Imaginó también una traza que le sirvió más que los socorros pedidos y no llegados: hizo escribir en arábigo ciertas cartas á los principales Xeques, diciéndoles, «que recordasen la palabra que le tenían empeñada de caer sobre los Turcos cuando él los acometiese,» y con industria hizo que estas cartas cayeran en manos del Dey. Alteráronse los Turcos, comenzaron las desconfianzas; acriminaban éstos, negaban los Xeques, y se desavinieron Argelinos y naturales. Con ello y con haber recogido Al-Uch-Alí, enviado del Gran Turco, las 40 galeras auxiliares de Salah,

tomando la vuelta del Archipiélago que devastaba Andrca Doria; perdida mucha gente, levantaron el cerco los Argelinos, efectuando la retirada con el mayor orden; sin recibir daño de los Españoles que intentaron en balde picar la retaguardia, y pensando volver más adelante con mayores fuerzas y aparejo [1].

Por aquel tiempo, hallábase en Bruselas el Emperador, hastiado de las grandezas terrenas y deseando convertirse únicamente á Dios. En 26 de Octubre, firmó la abdicación, publicada solemnemente en el 28, de sus estados de Flandes y Borgoña, y en 16 de Enero del siguiente año 1556, la de los reinos de España [2].

Tan grandes pensamientos le apartaron de los sucesos de Berbería, encerrándose en el monasterio de Yustc, donde murió el 21 de Setiembre de 1558, «y cuando quiso espirar, lo conoció, y tomó el crucifijo en la mano y se abrazó con él hasta llegallo á la boca.»

Varón magnánimo, piadoso, esforzado, de altos pensamientos; muchos más para reputación que para el útil de la monarquía; azote de Africanos, domador de Francia, escudo de la Cristiandad y árbitro de Europa. En su reinado el nombre español llenó el mundo. Tuvo enemigos á medida de su grandeza; graves defectos le achacan, pensión de todo el que manda. Contestaremos lo que él decía: «El que ha de gobernar se obliga á mucho; porque si es justo, le llaman cruel; si piadoso, le desprecian; si liberal, le tachan de pródigo; si se refrena, de avaro; si es animoso, le reputan por inquieto; si es grave, dicen que es soberbio; si es afable, vano; si es quieto, le tienen por hipócrita; si es alegre, por disoluto, y por fácil, si se aconseja: con que los hombres se tienen compasión, pero del Rey no; porque le miden los pasos, le cuentan los bocados, le notan las palabras, y casi, como si no fuera hombre de carne como los demás; quieren que en los afectos sea bronce, y en los dichos Salomón [3].»

1 En este sitio, los Argelinos emplearon piezas de batir de extraordinario calibre: «Metieron, dice Baltasar de Morales, las pelotas que habían tirado, y hallaron unas de grandeza admirable, que pesaban 85 libras cada pelota; ¡cosa terrible! y cuando se tiraban estas piezas, temblaba todo el lugar.»

2 Patxot, en sus *Anales*, asegura que fué la firma el 18 y la renuncia solemne el 25, que también pone en el mismo día Robertson; pero Sandoval, que copia el acta de la renuncia, señala las fechas que anotamos y que acepta igualmente San Miguel en su *Historia de Felipe II*.

3 En breves palabras hace su cumplido elogio Lafuente en su *Historia de España*. «Carlos V, dice, llenó mejor que todos los demás Príncipes Cristianos de su tiempo la misión que parecíale estaba encomendada: *Salvó la Europa del yugo mahometano*.»

CAPÍTULO XV.

Sube al trono Felipe II.—Se piensa en reconquistar á Bugía y Trípoli.—Entran los Turcos en Ciudadela de Menorca.—Muerte del Conde de Alcaudete, Gobernador de Orán.—Sale armada contra Trípoli.—Hazañas de Juan Cañete.—Conquista de los Xerves.—Derrota de la armada española.—Se apodera Sinán del Castillo de los Xerves.

A consecuencia de la abdicación de Carlos V, subió al trono Felipe II, y pronto tuvo que ocuparse en los asuntos de África.

Pensóse primeramente en reconquistar á Bugía. Los Reinos de Castilla, Valencia y Cataluña, ofrecieron hombres y dinero en el 1557, y el Cardenal D. Juan Martínez Silíceo [1], á imitación del Gran Cisneros, se ofreció para Capitán de la empresa, si se le ayudaba con 300.000 ducados. Consultóse al nuevo Rey, quien lo aplazó para cuando volviese á España; mas encrudeciéndose la guerra de Flandes, en ella se emplearon los subsidios otorgados para reconquistar á Bugía; que siempre la necesidad presente manda con más imperio.

La pérdida de Trípoli había cuajado de piratas los mares de Sicilia, campo habitual de los corsarios del terrible Dragut. La escuadra turca, al mando de Piali, investigando playas, codiciaba larga presa, y después de haber sembrado el espanto y la destrucción en su camino, el 2 de Julio de 1558 cayó sobre Menorca y sitió á Ciudadela que resistió cinco asaltos: sus últimos defensores, intentan romper las líneas; rechazados, entran los Turcos en la población y pasan á cuchillo á 150, resto de los 700 que encerraban sus muros.

Dolorosa pérdida, pero menor de la que algo después sufríamos en África. En el pasado año de 1557, Solimán, para aplacar las turbaciones de Argel abanderizada después de la muerte de Hascén Corzo, había nombrado por Gobernador á Hascén, hijo de Barbarroja. El Xerife de

[1] Era su apellido Guijarro, pero siguiendo la costumbre de la época, lo latinizó cuando era estudiante, llamándose Silíceo: sus parientes dejaron también el apellido castellano y adoptaron el latino.

Marruecos con quien mantenía España buenas relaciones, vino á sitiar á Tremecén que obedecía á los Argelinos; pidió artillería al Gobernador de Orán, Conde de Alcaudete, quien no queriendo ponerla en aventura, se la negó: por ello, y por haber acudido Hascén al socorro con más de 20.000 hombres y una fuerte escuadra, levantó el cerco acosado por el Argelino que le derrotó junto á Fez. Alcaudete, como varón de larga experiencia, quiso aprovechar el enojo del Xerife y propúsole confederarse y atacar á Tremecén y á Mostagán, quedando aquella plaza por suya y ésta para España. Vino en ello el Xerife, y el Conde solevantó las tribus enemigas de Argel, y cuando lo creyó en sazón, marchó á la Corte, expuso sus planes, y aunque con repugnancia de los Consejos de Estado y Guerra, logró por fin que se le autorizase. El 26 de Agosto de 1558, dejando confiada la plaza á su hijo mayor D. Alonso, salió el Conde con 6.500 peones, 200 caballos y á más los aventureros, llevando por segundo á su hijo D. Martín de Córdoba, mancebo de grandes esperanzas.

Temiendo la veleidad natural de los Moros y no fiando en sus promesas el sustento del ejército, cargó de vitualla y munición nueve bergantines, que costeando habían de apoyarle en sus operaciones. Cual lo había sospechado, aconteciόle: los Moros en vez de unírsele, según lo ofrecido, levantaron bienes y hacienda y se refugiaron en Mostagán. A los pocos días hambreaba el ejército y tuvo que torcer la ruta en busca de la flota. Acometióle gran golpe de Turcos y Alárabes, pero desbaratados con pérdida de 300, acogiéronse á Mostagán y el Conde hizo vía hacia Mazagrán, en busca de los víveres que necesitaba en gran manera. Desgraciadamente, una escuadra argelina, que venía de saquear á San Miguel del Condado de Niebla, topó con los bergantines, y apresándolos quedó sin vitualla el ejército. Acongojóse la gente, y quién quería volver á Orán por municiones y víveres; quién, combatir á Mostagán, donde encontrarían abundancia de bastimento y fácil defensa contra los enemigos. A esta opinión se arrimó el Conde, porque no se dijera había retrocedido; vano punto de honra, que no debió prevalecer contra la razón de la guerra.

Acometió la vanguardia, rompió á la guarnición que esperaba fuera de Mostagán, y tan brava siguió en la acometida, que algunos peones se encaramaron en los muros, y un Alférez llegó á plantar su bandera. Temiendo quizá un descalabro, el Conde, en lugar de favorecer, prohibió hasta usando de la fuerza, secundar tan venturoso ataque: obedecieron los soldados, que el mandar es de la cabeza, aunque el error del que manda lo hayan de pagar todos.

Formó campo, cañoneó sin efecto con dos piezas uno de los torreones, y tuvo noticia de que venía Hascén á toda prisa en socorro de Mostagán con 8.000 peones turcos, gente de nervio y bien disciplinada, 10.000 caballos y gran número de Alárabes.

Dicen que D. Martín, mozo de gran seso para las cosas de la guerra, que no todas las partes de buen Capitán se cifran en los años; pidió licencia á su padre para con 4.000 hombres caer de rebato sobre los Turcos cansados y dormidos, y al seguro derrotarlos en la trasnochada, y que se la negó el Conde. Limitóse por ello D. Martín á hacer un reconocimiento sobre las avanzadas del ejército argelino, que retrocedieron replegándose con algún desorden. Se criticó por ello después á Alcaudete; pero si se esperaba el suceso de las armas, de la sorpresa, se le criticó sin razón; que Hascén, diligentísimo Capitán, no aflojó un punto en su vigilancia y tuvo toda la noche ensillada y embridada la caballería, y no hay más fácil derrota que la del soldado que acomete pensando vencer sin combatir, y encuentra seguro el combate y en balanza la victoria.

Fiado el Conde en el valor de sus tropas, prefería la batalla abierta, pero no contaba con la insubordinación de su ejército. Mientras D. Martín escaramuzaba con los Turcos, los Capitanes que habían quedado en el campo, se presentaron en tumulto al Conde, exigiendo que se retirase en vista del número y fortaleza de los enemigos. Excusó el Conde la contestación, alegando que cuando volviese su hijo se trataría lo que debía hacerse. Quizá en esto faltó el Conde, no dando muestra de aquel severo espíritu militar que le distinguía, castigando en el acto en las principales cabezas, la sublevación de todos [1]: quizá no tenía en aquel trance á quien volver los ojos, y esto es lo más cierto, y hubo de asentir á lo que no le era posible evitar.

De vuelta D. Martín, se opuso al abandono del campamento; mas los Capitanes no cedieron y entonces les dijo: «Caballeros, pues que queréis que nos retiremos, hágase; pero mañana veréis que es retirarse de Turcos y Moros, y cuán peligrosa cosa pelear con ellos retirándose.» Decidido levantar el campo, aquella misma noche se emprendió la ruta de

1 «Lo que el Conde había de hacer es, que después de idos á sus alojamientos había de enviar á llamar á cada uno de por sí, y comenzando por los que parecían más culpados, los había de mandar descabezar, y después de hecho, había de llamar á los soldados y mostrárselos degollados y decir por qué lo hizo, y elegir otros Capitanes luego; y con esto apaciguara el alboroto y desvergüenza. Esto dicen que dijo Juan de Vega, el Presidente, que era una de las mejores cabezas de España y de mejor juicio: esta es la culpa que se puede poner desta jornada, y no fué poca.—*Morales*, Diálogo de las guerras de Orán.

Mazagrán, y al conocerlo cargaron los Argelinos sobre la retaguardia, que sostenía D. Martín con los caballos y alguna infantería. Pareciéndole que se juntaban demasiado, mandó una carga; pero apenas si le siguieron 30 caballos, que al verle herido de un arcabuzazo, volvieron grupas cobardemente y con ellos toda la retaguardia.

En esta confusión ocurrió un grande estrago: el repuesto de la pólvora voló, con muerte de más de 500 hombres, y el valiente catalán Ginés de Osete, que con unas pecezuelas sostenía á los soldados viejos, tuvo que abandonarlas. A la explosión y al tumulto de la retaguardia que huía, se desordenan todos, y el escuadrón de la batalla tira las picas, y á todo correr se refugian en Mazagrán. Al ver el Conde la rota, pasa de la vanguardia á la retaguardia, y afrentando á unos y animando á otros, da dos veces del acicate al caballo, y á la tropa el grito de Santiago; pero nadie le sigue. Sólo quedaban en el campo sosteniendo el ímpetu de los Turcos y Moros, los soldados viejos de Orán, que si bien cedían el terreno, era en buena formación y defendiéndose con cargas muy ordenadas.

Tres veces entró en Mazagrán el Conde, herido ya de un brazo (según se dijo, por sus mismos soldados, que también mataron al valeroso Capitán Juan de Angulo), suplicando á los fugitivos que saliesen á pelear, pues ya veían que con los pocos que estaban firmes, detenía la victoria de los Turcos; pero soldados bisoños los más, y que habían roto el freno de la disciplina, volvíanle unos las espaldas y los más deslenguados le contestaban: «que saliese él, que ellos no querían salir.» Sin esperanza ya de reducirlos, el Conde los dejó diciendo: *Salgamos á morir y no pierda su honra la casa de Montemayor;* y al pasar por un postigo, arremolinóse la gente, se le enarmona el caballo, cae, y en aquella angostura muere pisoteado por la multitud.

Muerto el Conde, cierran los amotinados las puertas de Mazagrán á tiempo que llegaba Hascén y le envían parlamentarios, ofreciéndose por cautivos, con tal que pudieran rescatarse los principales. Si algún soldado ignorante de los tratos ó no decaído de valor, disparaba el arcabuz, los Capitanes le daban de cuchilladas, diciendo: «Sal fuera tú, que no eres de rescate.»

Cuando esta vileza supo D. Martín, que estaba curándose la herida, hizo que lo sacaran en brazos, y con lágrimas en los ojos les conjuró: «que ya que por ellos había muerto su padre, no hicieran otra cosa peor vendiéndole á él: que tuvieran ánimo, que si resistían, él los sacaría á todos en salvo.» Prometiéronselo; pero apenas se lo llevaron, siguieron sus

tratos conviniendo en que se rescatarían cincuenta Capitanes á razón de 1.000 ducados cada uno; en lo que no quiso entrar D. Fernando Cárcamo, que se hallaba muy enfermo, y se cerró en que lo dejasen fuera del concierto, para salir por derecho ó correr la fortuna de D. Martín.

Hechas las capitulaciones, Hascén mandó custodiar las puertas de Mazagrán, para que los Alárabes no degollasen á los cautivos; pero los Xeques reclamaron su parte, y alancearon bárbaramente á 800.

El cuerpo del Conde fué presentado á Hascén, que quiso ver con sus propios ojos los restos de aquel fiero Capitán, espanto de Berbería: luego cedió el cadáver á D. Martín por 2.000 ducados, prometiéndole que lo enviaría á Orán, quedando él mientras cautivo en Argel donde permaneció [1] algunos años. No tardaron muchos en que el cautivo y su señor volvieron á encontrarse frente á frente en los campos de batalla.

Lastimoso espectáculo el de la llegada del cadáver á Orán en un serón, atravesado en una acémila; pero la lástima cedió pronto al miedo. Todos se creían ya en poder del Argelino, y azorados miraban la vía de Tremecén, creyendo ver las tropas enemigas y sin ánimo para la defensa. Afortunadamente al saber el tristísimo suceso, D. Francisco de Córdoba, que mandaba dos galeras de la Orden de Santiago, arrancó de Cartagena á Orán y confortó á los vecinos, mandando fortificar los puntos más débiles de la plaza, para resistir el cerco que se tenía por inevitable. En esto asomó una nao en que iban 200 hombres para reforzar la guarnición; pero faltándole el viento, fué acometida por unas fustas turquescas, y aun cuando el Capitán Jerónimo de Mendoza, Caballero de Baeza, se defendía valerosamente, estaba el barco tan maltratado y roto, que no le quedaba otra elección que el cautiverio ó la muerte dejándose ir á pique. Don Francisco salió con sus dos galeras haciendo creer á los Turcos que eran unas que esperaban de Levante, y por una atrevida maniobra remolcó la nave al puerto, perseguido inútilmente por las fustas cuando conocieron el engaño. La llegada á los pocos días del nuevo Gobernador D. Alonso de Córdoba, que logró algunas cabalgadas más venturosas que prudentes, volvió á levantar el ánimo abatido de los Españoles, que con las recientes ventajas, olvidaron pronto las anteriores derrotas.

Con tan repetidos descalabros, pensó Felipe seriamente en la guerra de África. Pretendían las Cortes que se limitase á defender las costas; el Gran Maestre de la Orden de San Juan, que residía en Malta, aconsejaba la reconquista de Trípoli. Hallábase á la sazón Felipe más desahogado con

1 Luis de Cabrera, en su historia *Don Felipe II, rey de España*, y otros autores.

la paz con Franceses, á consecuencia del tratado de Chateau-Cambresis, y dió oídos á las pláticas del Maestre, nombrando para esta expedición al Duque de Medinaceli, Virrey de Sicilia. Hiciéronse grandes aprestos, y á fines de Octubre de 1559, zarparon de Mesina 54 galeras, 28 naos, dos galeones y 30 vasos menores con 14.000 hombres; mas los vientos en contra, y el picar del contagio, por el bizcocho corrompido con que se racionaba la tropa; le obligaron á fondear en Malta, que se convirtió en un hospital, teniendo la armada que estacionarse hasta el siguiente año, cundiendo la indisciplina en la soldadesca, y dando tiempo á los Turcos para reforzar con 2.000 hombres la guarnición de Trípoli.

Antes de narrar los desgraciados sucesos de esta expedición, no queremos pasar por alto la increible hazaña del Mallorquín Juan Cañete, que aconteció en este tiempo. Con un pequeño bergantín tenía en jaque á los más atrevidos corsarios de Argel, y le temían las marinas berberiscas, como á Dragut y á Barbarroja las españolas. Conocedor de toda la costa africana, de las calas y caletas de ella donde poder ocultarse y guarecerse, pensó hacer por sí solo lo que no podían lograr todas las fuerzas de la Cristiandad, que era entrar de noche en el puerto de Argel é incendiar la armada. Se emboscó; entró en el puerto, y al poner por obra su temeraria empresa, quiso su mala fortuna que arribasen dos galeotas armadas, que en recio combate le hicieron prisionero. El júbilo de los Moros al saber que el terrible Cañete había caído en sus manos, fué sin medida; le pasearon por las calles de Argel, exigiéndole que apostatara; negóse, y á palos, y despedazado lentamente, dió la vida á su Criador; tan firme en los tormentos por la fé, como valeroso en los combates por la patria.

Llegó el año 1560; la armada española, no completamente repuesta de sus contratiempos, y con 4.000 hombres menos, emprendió la suspendida marcha á Trípoli; pero lo recio del mar no se lo permitió, y tuvo que correr el viento, descubierta por cuatro naves contrarias que alertaron á todas aquellas marinas.

Diez y seis galeras, que con algún rezago venían de Malta, tocaron en las Roquetas para hacer aguada: cayeron los Turcos sobre ellas de sobresalto, y cautivaron 80 hombres, con los Capitanes Guzmán, García, Venegas, Bermúdez, Mercader y Sotomayor. A pesar de los grandes esfuerzos de D. Pedro de Saavedra y D. Luis Gil, les fué imposible rescatarlos, y con el dolor de abandonar á sus compañeros, zarparon en busca de la armada, surta en las aguas de Zerbi ó de los Xerves, de tan aciaga memoria para los Españoles.

Estaba á cargo de Dragut el defender la isla con 10 ó 12.000 hombres; mas aprovechando su ausencia y la de su armada, desembarcaron los invasores en la parte de Valguanera. Pasada revista de la gente, se encontraron ser 11.500 hombres [1]. D. Alvaro Sande y D. Luis Osorio mandaban á los Españoles; los Caballeros de San Juan con Alemanes y Franceses eran 2.000; Andrés Gonzaga regía 3.000 Italianos. De arcabuceros había 1.600, mitad Españoles, mitad Italianos; éstos, mandados por Quírico Espinosa. Apoyábase la expedición en cuatro piezas de campaña, de que proveyeron las galeras.

Manzaul ó Mazaud, Xeque de la isla, declaróse adicto al Rey Felipe, y por ello exigía el reembarque, logrado ya el objeto de la expedición. Excusólo el Duque; acampó junto á los pozos de Esdrún para tomar agua; se opuso el Moro, fué ahuyentado, reiteró su amistad si no llegaban al castillo, desechó la proposición el Español; entonces el Xeque, no atreviéndose á resistir, ofreció abandonarlo y pagar á Felipe el tributo que pagaba á los Turcos, con tal que se le permitiese salir libre con su gente y efectos. Aceptó el de Medinaceli, y el 11 de Marzo, nueve días después de haber dado vista á los Xerves, el Maestre de Campo, Barahona, con tres compañías, tomó posesión de la fortaleza. No pareciendo capaz para dominar la isla, pensóse en agrandarla por medio de un cuadrilátero, que en pocos días levantaron Españoles, Italianos, San Juanistas y la chusma de las galeras.

Dragut no vacaba un punto, y logró, por fin, que el Sultán se determinase á impedir la toma de Trípoli, y que enviase al Almirante Piali con 85 galeras que, reforzadas al paso con las de Dragut, á vela y remo marcharon la vuelta de los Xerves.

En grave confusión tenían á los Españoles los avisos del gran Maestre de Malta y del Virrey de Nápoles. Opinaban los más por admitir el combate; repugnábalo el sobrino de Doria, Juan Andrea, que instaba por la retirada, y D. Alvaro Sande, que se obstinó en concluir el fuerte. Vacilando el Duque entre los opuestos pareceres, y sin resolución para determinar por sí propio; cosa perniciosa siempre, y más en casos de guerra; permanecía indeciso, y en tanto desconcierto cayó la armada turca con viento favorable sobre la española, y echando á pique 17 bajeles y

1 San Miguel dice que fueron 39.900 hombres; créolo equivocación material; puesto que le da á D. Alvaro Sande 30.000 Españoles, cuando poco antes dice que Felipe II mandó al Duque de Sesa que pusiese á las órdenes del de Medinaceli 2.000 hombres, mandados por D. Alvaro Sande, y después añade que toda la expedición constaba de 14.000. Seguimos á Cabrera en su *Historia de D. Felipe II, Rey de España.*

apresando 20, recorrió en triunfo las aguas del combate. Medinaceli, sin capacidad para prevenir los contratiempos, y sin valor para contrastarlos, delegó el mando en D. Alvaro Sande, y huyendo con Doria en dos galeras ligerísimas, que á prevención tenía escondidas en una caleta cercana, se refugió en Malta, de donde pasó á Sicilia, dejando en las playas de los Xerves su reputación como Capitán y su honra como soldado [1].

Nueve galeras habían podido conseguir el puerto al calor de los fuegos del castillo. Las acometen los Turcos; Sande, el valeroso D. Alvaro Sande, las defiende con tenacidad; la escuadra ceja, y mil cadáveres Turcos, flotando por las olas, atestiguan la heroicidad de los Españoles. Piali echa gente á tierra; combate el castillo; lo asalta una y otra vez, y una y otra vez es rechazado. Formaliza el asedio: la corta guarnición de que dispone D. Alvaro no da un momento de tregua á los sitiadores. Con frecuentes salidas los maltrata; llega hasta sus tiendas; las saquea y torna al castillo rico de despojos y más rico de gloria. Pero transcurren tres meses sin socorro; la guarnición, diezmada por el fuego enemigo, por la deserción, por las fatigas del sitio, por el sol abrasador de África, concluye con los víveres y con el agua; derrúmbanse los baluartes; descabalgada la artillería del fuerte, óyese la voz *capitulación* entre los soldados. D. Alvaro, inquebrantable y sereno, viendo imposible la defensa quedando sólo víveres para tres días; pero estimando vergonzosa la entrega, anima á la guarnición y á su frente da una arremetida; los escuadrones turcos le cercan por todas partes, y oprimido por el número, queda prisionero con todos los suyos, cuando sus brazos fatigados de herir, no podían sostener la espada [2].

1 Juzgóse como primera ocasión de este desastre á D. Juan de Mendoza, General de las galeras de España, que por no estar á las órdenes de Juan Andrea Doria, se marchó con su escuadra al principio de la facción.

2 Weis, en su obra *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, hablando de este suceso, dice: «Pero su General (D. Alvaro Sande), con espada en »mano se abrió paso por entre los Turcos, y habiendo tomado la ribera, se lanzó á un na»vío, estrellado en el último combate. Allí se defendió solo hasta el amanecer; admirados »de su valor, los Genízaros le instaban á que se rindiese; pero no quiso entregar su acero »sino á Piali.» No hemos encontrado este hecho en los Autores consultados, y por ello ni atrevido á ponerlo en el texto; mas como muy posible en el valor de Sande, lo anotamos; que hazañas ajenas no han de pagar culpas quizá de nuestra ignorancia.—Cabrera escribe que rechazados los Españoles por los Turcos, huyeron abandonando á Sande, que con unos pocos pudo refugiarse en las galeras. Privada la guarnición de su Jefe, sin contar con el interino Antonio Olivera, izó bandera blanca y se entregó. Tomado el fuerte, acometieron los Infieles las galeras, donde Sande se defendió, hasta que sabiendo la capitulación, trató de

Piali les envió á la Torre del Perro, orillas del mar Negro; acabó de derribar las fortificaciones y volvióse á Constantinopla con los cautivos D. Álvaro Sande, D. Sancho de Leiba, D. Berenguer de Requesens, Don García de la Cerda y mucha gente de cuenta. Dragut quedó en los Xerves: con razón España podía cantar tristemente, como en la desgraciada expedición de D. García de Toledo:

Los Xelves, madre,
malos son de ganare.

escapar en una fragata; pero tanta gente cargó, que se fué á pique, pudiendo aquel á nado ganar la orilla, quedando cautivo de Dormuz Arráez. Si bien menos poética, ésta nos parece la versión más verdadera.

CAPÍTULO XVI.

Hazañas de los Portugueses en Mazagán.—Invasión berberisca en Mallorca.—Piérdese la escuadra de D. Juan de Mendoza.—Sitio de Mazalquivir.—Toman los Argelinos el fuerte de los Santos.—Llega su armada.—Asaltos al fuerte de San Miguel.—Lo abandonan los sitiados.—Asaltos á Mazalquivir.—La armada española obliga á Hascén á levantar el sitio.

Siendo Luis Lorero, Gobernador de la fortaleza de Mazagán, no cesaba de fatigar á los Moros con incesantes rebatos. Cuando se despobló la ciudad de Azamor por el Rey D. Juan III, la ocuparon de nuevo los Marroquíes. Luis Lorero cae de sorpresa, la entra á escala vista, pasa á cuchillo á sus moradores y se retira con el despojo á Mazagán. Felicísimas habían sido todas sus expediciones, y su valor llegó á rayar en temeridad; hasta que cayó en una emboscada, y de 500 hombres, sólo él y siete soldados que rompieron las líneas de los Marroquíes pudieron lograr la plaza.

No se creyó que Lorero había obrado con la prudencia de Capitán, si su arrojo era innegable, y le substituyeron con D. Álvaro Carbalho. Era ya el Xerife Muley Abd-Allah, Señor de Fez y de Marruecos, y no pudo sufrir que en el corazón de su reino hubiese un punto sujeto á la servidumbre cristiana. En 4 de Marzo de 1562, dió vista á la fortaleza con 200.000 hombres y un tren de 24 piezas de batir [1], cercó estrechamente la plaza, cegó el foso, derribó los muros; pero careciendo de armada que prohibiese el mar á los Portugueses y rechazado en los dos asaltos que dió en 24 y 30 de Abril, levantó el sitio, con gloria de su Gobernador, que con solos 2.500 hombres, había resistido el ímpetu de fuerzas tan numerosas.

A la par, en la costa mediterránea seguían continuos los estragos de los piratas. El 11 de Mayo de 1561, 22 velas fondearon en Coll de Illa, é Isuf Arráez con 1.700 hombres, acometió á Soller; pero defendiéndose animosamente los Mallorquines, le mataron en la refriega.

1 Según Luis de Sousa, una de ellas, llamada la *Maimona*, calzaba balas de cinco palmos y medio de circunferencia.

Las invasiones no se interrumpieron, y tan atemorizados estaban los costeños, que al despuntar una vela por el horizonte, huían creyendo ver tras ella la flota del temido Dragut. En esta sazón el Gran Turco, deseoso de habérselas desembarazadamente con España, su eterna opositora; firmó treguas con el Emperador Fernando de Alemania, mediante la libertad de los principales cautivos de los Xerves, y mandó al Dey de Argel atacase á Orán y á Mazalquivir. Reunieron los Argelinos en el siguiente año un poderoso ejército; súpolo Felipe, y para socorrer aquellas plazas aprestó en Málaga 28 galeras, las 16 italianas, con cerca de 4.000 soldados, sin la marinería y chusma, al mando de D. Juan de Mendoza.

Estalla una deshecha tempestad, se refugia la flota en el puerto de la Herradura, y el 19 de Octubre de 1662, las galeras y el ejército con su Jefe, fueron sepultados en las olas [1]. El litoral español quedó completamente á merced de sus más encarnizados enemigos.

Al esparcirse entre los Berberiscos los sucesos de los Xerves y la completa destrucción de la armada, se destacan de todos sus cubiles, y confabulados con los Moriscos valencianos y granadinos, no dan vagar á las riberas españolas con frecuentes desembarcos, con sorpresas nocturnas, saqueando los pueblos, paralizando el comercio, reflejándose en las aguas del Mediterráneo el temido pabellón rojo, verde y amarillo de Argel, desde el Cabo de Creux hasta el de Finisterre.

Poseíamos entonces en África tan sólo á Orán, Mazalquivir, la Goleta y Melilla, escasas de fuerza, pertrechos y bastimentos, por la falta de naves. Hascén, obedeciendo las órdenes del Sultán, mandó predicar la guerra santa; respondieron los Xeques de Tremecén, Túnez, Milhiana y Constantina, y reunió 50.000 hombres, abundosamente provistos de víveres y artillería. Una formidable escuadra de 36 galeras, 3.000 soldados y 40 cañones gruesos, había de secundar al ejército de tierra, dis-

1 Al ver la inminencia del peligro, D. Juan había mandado desherrar á los remeros; perdidas ya gran parte de las galeras y tronchado el árbol de la suya, ofreció á dos Turcos la libertad, si le sacaban á tierra. Pónenle en un pavés; ya casi tocaban la orilla de la que apenas les separaba un estado, cuando por apartarse de una postiza de la galera *Estrella* que les embestía por la espalda, tropiezan contra la aguja del timón de la patrona de *Mario*, y queda D. Juan muerto en el acto. Las naves, que si bien maltratadas, pudieron salvarse, fueron: de la escuadra española, la *Mendoza*, la *San Juan* y la *Soberana*; de la de Nápoles, la *Capitana*, que embistió en buena playa. De más de 400 personas que montaba la *Capitana* de España, se salvaron tan solo cuatro. Cipión Doria, General de las galeras de Nápoles, salvóse igualmente. (*Relación* MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia por *Martín de Figueroa*, que se halló al perderse las galeras en la Herradura.)

tante unas 80 leguas de Orán. A principios de Abril de 1563, emprendió su marcha, y vencida la dificultad del camino, acampó en Areñuelas á una legua de la plaza.

Gobernábala el bizarro Conde de Alcaudete D. Alonso de Córdoba, y á sus órdenes, ya libre del cautiverio, su hermano D. Martín, de no menores bríos. Al rumor de la jornada, avisó á España, reforzando mientras las fortificaciones, recogiendo víveres y preparándose, como experto Capitán, á los azares del sitio. Felipe II, en cuidado por la suerte de las plazas, ordenó á Málaga, Sicilia, Nápoles, Milán, Malta, Florencia, Saboya, Génova y Venecia, que acudiesen con bastimento; pero antes que el socorro llegaron los sitiadores.

Orán y Mazalquivir, como tan próximos, pues que el segundo puede considerarse puerto del primero, se auxiliaban mutuamente, y para enlazarlos se fortificó una loma intermedia, con un castillo llamado de San Miguel, que servía de atalaya y defensa. Con el objeto de impedir que se aproximasen los sitiadores, se construyó también un castillejo cerca de la muralla, con nombre de *Los Santos*. Las tropas de Alcaudete eran pocas, los víveres escasos, la munición no larga.

Tentó el Conde una salida con 80 caballos y 600 infantes, para retardar la circunvalación; pero replegóse á la plaza, convencido del peligro que corría contra fuerzas tan desiguales.

Regularizado el sitio, Hascén embistió el fortín de los Santos: el puño de gente que lo defendía peleó con obstinación; pero hubo de entregarse, capitulando su libre paso á Orán, que se les ofreció sin que se les cumpliese. El sitiador entonces abrigó sus tropas tras del cerro Gordo, á fin de evitar el fuego de la plaza, y juzgando acertadamente, que la posición de San Miguel era la llave de Mazalquivir y ésta la de Orán, montó sus baterías contra el fuerte defendido por Francisco de Vivero, Pedro de Mendoza y el Capitán Gallarreta.

Pensando Hascén tomarlo á escala vista, ciega el foso con fagina y lo asalta bruscamente; pero los sitiados rechazan la acometida, y las fuerzas de Mazalquivir salen y dispersan la columna de asalto. Hascén entonces aumenta con el grueso del ejército el número de los sitiadores, dejando al frente de Orán 24.000 peones y 400 caballos, para tener en respeto á la guarnición. Alcaudete refuerza la de Mazalquivir y Don Martín la de San Miguel con la compañía de Bartolomé Morales [1]. El jo-

[1] Quizá fuera Baltasar de Morales, autor del *Diálogo de las guerras de Orán*, que estuvo en este sitio de Mazalquivir.

ven Alcaudete con espolonadas continuas destruye los forrajes, quema las faginas, provee la plaza, y no deja ni un momento de reposo á los Argelinos.

Cierto que el asedio se llevaba con poco vigor: la escuadra no había llegado: acometida por contrarios vientos, tuvo que tornar á Argel para reponerse, y faltando á los sitiadores la artillería gruesa, limitóse el sitio á un estrechísimo bloqueo.

El 1.° de Mayo, los pífanos y atabales de los Moros, resuenan por el campamento, sus bajeles aparecen en las aguas de Mazalquivir, con refuerzo de tropas y provisión abundante. Asientan baterías con gruesos tiros, estrechan el cerco, baten rudamente la fortaleza, desmantelan las defensas, intiman la rendición, y recibido á arcabuzazos el parlamentario, asaltan furiosos, con no menos coraje resistidos: balas, flechas, piedras y alcancías, cuanto á mano encuentran sirve de arma á los defensores. Desmayan los Turcos, y muertos los más valientes, se repliegan á sus líneas. Truena de nuevo el cañón, y al romper del alba, con ímpetu creciente se arrojan contra el muro; pero resisten los Españoles con igual denuedo. Ciega la cólera á Hascén, repite en el mismo día el tercero, el cuarto y el quinto asalto, y cada vez es rechazado con mayor pérdida. Llega la noche, forma con gente de refresco otras columnas, y ordena la sexta arremetida. Los Turcos por borrar sus derrotas, los Españoles por conservar sus ventajas, pelean con furor entre las tinieblas, que iluminan tan sólo el momentáneo relámpago de las explosiones y el resplandor siniestro de los fuegos de artificio. La constancia española por fin triunfa, y los Turcos se retiran: los fosos están repletos de cadáveres, y al pié de la muralla yace el Xeque de Constantina.

Comunicábanse los dos Gobernadores por medio de algunos renegados, que de noche se introducían en los fuertes; por intrépidos nadadores, que salvaban el trozo de mar que separa ambos lugares; y cuando los vientos repelían de la costa á la escuadra argelina, por las barcas con que enviaba D. Alonso refuerzos é instrucciones á su hermano; mas pronto quedaron privados de este consuelo, que Hascén mandó ocupar la isla intermedia con 600 Turcos, imposibilitando así que se comunicaran.

Avergonzado de la derrota de su numeroso ejército, solicitó de Don Martín permiso para recoger el cadáver del Xeque, ofreciendo levantar el sitio: accedió D. Martín, pero Hascén no pensaba en cumplir lo prometido. Las compañías de D. Francisco Cárcamo y D. Pedro de Mendoza, reforzaron la guarnición del fuerte, quedando apenas defensores en Mazalquivir.

Hascén en tanto redobla sus esfuerzos: el 7 de Mayo se pone á la cabeza de la columna de asalto, bate la muralla con furiosa artillería, y embisten los Argelinos en montón, como hombres desesperados: arriman las escalas á los muros, el estandarte del Profeta ondea en la barbacana. ¿Han cedido los Españoles? No: acuden con nuevo brío, despeñan desde el adarve á los asaltantes, rompen sus escalas y los abrasan con la pez y el alquitrán inflamados. No se oye un grito entre los que combaten, el duelo es á muerte y la ira traba las lenguas. Sólo en temeroso estruendo suenan el fragor de las armas, los ayes de los moribundos, la voz de los Capitanes animando á sus soldados. La carnicería es horrible: á las dos horas de esfuerzos sobrehumanos, los Turcos baten retirada: los gritos de *victoria por la Cruz* llenan por séptima vez el espacio, y resuenan de colina en colina hasta perderse en Mazalquivir.

Breve fué el reposo: dos horas tardó Hascén en renovar sus columnas, las arenga y furiosas claman por el asalto. A los pocos defensores que restaban, agobiados por la fatiga; si no corazón, menguábanles las fuerzas, teniendo que pelear con enemigos incesantemente remudados. Juegan los cañones del campo, responden los de la fortaleza y los de Mazalquivir, y entre nubes de humo, como si nunca hubieran sido escarmentados, arremeten los Turcos, trepan por las escalas, y clavan dos banderas en los adarves. Acuden al reparo los Españoles, sueltan los mosquetes, y las picas y las espadas se cruzan con los alfanjes y los yataganes. Todo está perdido, triunfa el número, los sitiadores arrollan á los sitiados, que se replegan en las últimas defensas. Súbito arrojan granadas de alquitrán sobre los vencedores, cuyas ropas arden, y vacilan y se detienen: entonces los Españoles, con esfuerzo supremo, se arrojan contra ellos, les derriban del terraplén, y cayendo de rodillas, alzan al cielo sus manos en acción de gracias á Jesús Crucificado.

Pero rotos los lienzos, cuarteadas las torres, cegados los fosos, lo interior reducido á un montón de ruinas [1], moribundo Gallarreta, heridos todos los demás Capitanes, diezmada la guarnición, es imposible la resistencia. Además, cauto el enemigo, trata de ganar el fuerte por la zapa y emprende la mina. D. Martín de Córdoba envía para reconocerla al Capitán Melchor de Morales, quien aconseja el abandono de San Miguel. Para que el presidio de Mazalquivir asegurase la retirada, salen

1 «Y hicieron los soldados una cosa maravillosa (conviene á saber), que hicieron hoyos, donde se metieron para guardarse del artillería no los matase, por no tener ningún reparo ni defensa, por estar el foso y la muralla muy llena.» Baltasar de Morales, *Diálogo de las guerras de Orán.*

cinco soldados, cuatro caen en poder de los sitiadores que habían apostado en el camino 100 escopeteros; salvóse empero el quinto que lo puso en noticia del Gobernador. Al oir los espingardazos de los Turcos que daban caza á los fugitivos, descuélganse por la sierra otros 20 soldados, creyendo que distraidos aquéllos en la persecución podrían burlar su vigilancia y refugiarse en Mazalquivir: sígueles toda la guarnición, desamparando artillería, municiones y heridos: acometen los Turcos, acude á contrastarlos D. Francisco de Cárcamo [1] con 100 arcabuceros que protegen valientemente la rctirada, hasta que abrigados bajo el cañón de la plaza, juega la artillería y obliga á los Argelinos á retroceder con graves pérdidas, cesando en la persecución de los Españoles, que las habían recibido no escasas, muerto ya el Capitán Gallarreta y el Alférez Quesada.

A los pocos defensores del fuerte de San Miguel, que sobrevivieron, se les recibió con vítores y aplausos en Mazalquivir, cuyo estado no era sin embargo satisfactorio: debilitada su guarnición por los contínuos refuerzos enviados al fuerte, sólo contaba con 470 soldados útiles y 80 vecinos.

El 9 de Mayo, el sitiador, dueño de San Miguel, da recia batería á Mazalquivir, y manda un parlamentario á D. Martín de Córdoba, ofreciéndole honrosísimas capitulaciones si abría las puertas, ya que resistir era locura, falta la plaza de defensores, escasa de artillería y maltratada en sus reparos. *La tenemos por el Rey de España y sólo la rendiremos con la vida: si tan pobre de defensas está, ¿por qué no venís á asaltarla?* contestó D. Martín, y Hascén ofreció eumplirle colmadamente su deseo.

El 20 de Mayo forma dos columnas de 6.000 hombres; pónese al frente de la una; fía la otra á los Xeques más valerosos; envía por delante 12.000 Alárabes para que en ellos quebrase la furia de los fuegos de la plaza, y manda el asalto. Aquella noche recibe D. Martín refuerzos de Orán. Impávidos los defensores, dejan que se acerque la primera batalla, y á quema ropa disparan la artillería y arcabuceros. Espantoso fué cl efecto; 500 Turcos pierden la vida No vacilan, sin embargo, los que quedan; arriman las escalas al muro, y en una almena ondea el estandarte tricolor de los Argelinos; pero son desalojados por la indomable valentía de la guar-

[1] Hernando de Cárcamo, le llama Salazar; probablemente el que con el mismo nombre designa Baltasar de Morales, como el único que se negó á entrar en el convenio, que para rescatarse de la cautividad, concertaron los Capitanes del ejército de Alcaudete, derrotado en Mazagrán.

nición; el ímpetu de los asaltantes se estrella en la resistencia de los defensores, como la ola embravecida contra el peñasco inmoble que la rechaza. Retíranse; ruge mientras desencadenada tempestad, azota en el rostro á los Turcos, que, cegados por el viento y por el agua, apenas pueden defenderse del presidio, que les acosa por todas partes.

Murió en la defensa el Alcaide Luis Alvarez de Sotomayor, Capitán valeroso, y sitiados y sitiadores se preparaban para nuevos sucesos, cuando unas naves con vituallas y municiones esquivan, á favor de la obscuridad, el cuidado de los Argelinos, y entran en el puerto y animan á la guarnición con la noticia del próximo socorro.

Iguales noticias habían llegado ya á Hascén, que reunió á los Xeques para determinar la prosecución ó el levantamiento del sitio. Opinaban casi todos por lo último; prevaleció, sin embargo, lo primero, por más arrimado al parecer de Hascén; que siempre el inferior, de quien solicita consejo el poderoso, acomoda su juicio al paladar del que se lo pide, tan sólo para que le aconseje lo que desea.

Resuélvese en consecuencia para el 1.º de Junio un asalto general por mar y por tierra, con todas las tropas disponibles. D. Martín, confesada y comulgada su gente, recorre la línea con un Crucifijo en la mano, y anima al presidio á combatir por la fe y por la patria, anunciándoles las recientes nuevas. Un grito de entusiasmo le interrumpe, y los soldados ocupan sus puestos para recibir á los Turcos, que con gentil compás se acercaban dando espantables alaridos. Caen 700 antes de tocar al muro; pueden, empero, fijar 24 escalas, y traban lucha terrible: con piedras, fuego, bombas y toda clase de tiros sostenían los sitiados la furia de los asaltantes, que sin embargo ganaban terreno. Aplican entonces mechas á unos barriles de pólvora, los arrojan desde los adarves y revientan en medio de las apiñadas masas de los Argelinos; despedazados miembros pueblan el aire; álzase un clamor de suprema agonía; las columnas retroceden; furioso Hascén quiere detenerlas; imposible.

Apuntaba apenas el nuevo día, cuando el feroz Argelino, alfange en mano y embrazada la adarga, pónese al frente de los suyos; acomete una y otra vez, y dándoles ejemplo se arroja á los mayores peligros. Cinco horas de inútiles esfuerzos agotan su constancia; los fosos y ruedos de Mazalquivir están sembrados de cadáveres y tiene que ordenar la retirada; en su furor jura arrasar la ciudad. El 6 de Junio acomete de nuevo y de nuevo es rebotado; repite el 7 con desesperada temeridad, y se estrella contra el muro de hierro que forman los Españoles. Obstinado

Hascén, pasa la noche en juntar los restos de su ejército; rehace sus columnas y manda el asalto; pero súbito el estampido de la artillería española, las campanas de Orán y Mazalquivir al vuelo, gritos de júbilo, músicas marciales llenan el espacio; la armada sitiadora se arremolina; escapan algunas galeras; maniobran confusas las más desprevenidas; hacen todas señales al campamento para que se ponga en salvo, y á lo lejos descúbrese en el brumoso horizonte la deseada flota.

Al poco tiempo, D. Nicolás de Rocafull, en su ligera fusta, llega al puerto; la armada española da caza á la argelina, que huye á boga arrancada, perdiendo nueve buques. Cuatro mil soldados, é innumerables caballeros voluntarios [1], con los Generales D. Francisco de Mendoza, Don Alvaro Bazán y Juan Andrea Doria, precedidos de D. Francisco de Córdoba, desembarcan en Mazalquivir; abrázanse los Españoles; loan los recién venidos el valor de aquellos valientes, y prepáranse á recorrer el abandonado campamento de los sitiadores. Hascén, al ver la fuga de las fuerzas navales, y conociendo que las españolas se le echaban encima, levanta el sitio; inutiliza apresuradamente lo que no podía llevar, y revienta las piezas de batir para que no caigan en manos de los sitiados. Al mismo tiempo, entre las salvas de la artillería, el estridor de los clarines, el redoble de los atambores, y el confuso vocerío de la multitud, salen las guarniciones de Orán y Mazalquivir, incomunicadas desde el principio del sitio; corren á encontrarse, y los heróicos Gobernadores, los dos hermanos Córdobas, al par que los soldados de ambas fortalezas, se abrazan tiernamente con lágrimas en los ojos. Juntos ya con los expedicionarios, marchan á picar la retaguardia al enemigo; pero llevándoles mucha delantera, vuelven á la plaza. Reparadas las fortificaciones, abastecido y reforzado el presidio; la armada, compuesta de cinco galeras catalanas, cuatro de Nápoles, doce genovesas, cinco de Antonio Pascual Lomelín, igual número de Malta, tres de Saboya y una del Abad de Lupián, zarpó para Málaga, tocando á su paso en Cartagena.

Tal fué el cerco de Orán y Mazalquivir, en que Turcos y Españoles se mostraron dignos rivales. D. Felipe remuneró con larga mano á los defensores, y nombró á D. Alonso de Córdoba Virrey de Navarra, dándole una encomienda, y la de Hornachos á D. Martín. La pérdida de Orán

1 En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia existe una Relación de letra del siglo XVI, en la que se enumeran los Caballeros voluntarios, naturales de Madrid, que fueron al socorro de Orán. Aunque no indica el año, creemos que se refiere al cerco objeto de este capítulo.

y Mazalquivir hubiera llevado tras sí la despoblación del litoral de la Península, y en las costas de África la ruina completa del poderío español [1].

1 Por tan heróica se estimó la defensa de Mazalquivir, que el Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, previno en la 16.ª manda de su testamento, que se hiciese una renta perpetua de 3.000 ducados para D. Martín de Córdoba, hermano del Conde de Alcaudete, en premio de la defensa de Mazalquivir, que hizo en 1563, *por la voluntad que siempre ha tenido de hacer bien, y merced á los que aventajadamente sirven.*

CAPÍTULO XVII.

Prueba inútilmente D. Sancho de Leiva la reconquista del Peñón de Vélez.—Tómalo D. García de Toledo.—D. Alvaro Bazán obstruye la desembocadura del Martil.—Muere Dragut.—Ataques á Melilla.—Batalla de Lepanto.—Al-Uch-Alí se apodera de Túnez.—Expedición y toma de Túnez por D. Juan de Austria.—Al-Uch-Alí y Sinán conquistan la Goleta.—Intenta socorrerla D. Juan.—Piérdese Túnez.—Ríndese el fortín del Estanque.—Sentimiento de D. Juan.—Refuérzanse las plazas africanas.—Abd-el-Malek destroza al Xerife negro.—Acude éste al Rey Felipe.—Después á D. Sebastián de Portugal.—Batalla de Alcazarquivir.—Unión de España y Portugal.—Treguas con Muley-Achmet.—Muerte de Felipe II.

Apenas se retiró la armada española, diseminada la argelina siguió desolando las costas de Andalucía, Valencia y Cataluña. A fines de Setiembre de 1563, en las Córtes que Felipe II celebró en Monzón, de tránsito para Barcelona, le expusieron los Procuradores el aflictivo estado de aquellos pueblos, ofreciéndole cuantioso servicio, y el Rey á los Procuradores, que destinaría una escuadra para defender las riberas. En ánimos estaba D. Felipe, de conquistar las plazas que nos habían pertenecido. Para ello sustentaba tratos y confidencias con los Moros. Pedro Venegas, Gobernador de Melilla, preciábase de saber por lenguas seguras que los naturales tenían desguarnecido y descuidado el Peñón de Vélez, fácil de ocupar por un golpe de mano. Con estos informes, dió orden el Rey á D. Francisco de Mendoza, para que tentase la empresa, y por su enfermedad á D. Sancho de Leiva, General de las galeras de Nápoles. El 22 de Julio de 1564 salió de Málaga, sin descubrir el objeto de la expedición; fondeó en la isla de Arbolán á 30 leguas de África; comunicó á los Jefes sus instrucciones; juzgaron los más que no podría tomarse el Peñón por el poco aparejo que llevaban; mas D. Sancho siguió su rumbo, que no se le había encomendado decidir, sino ejecutar.

Arribó al Peñón y tentó, aunque inútilmente, una sorpresa: acometido por los Moros, se replegó sobre la Ciudad de Vélez; envió por víveres á las galeras al Conde Sofrasco, Genovés, que hubo de ciar desordenado por los Cabilas que descolgaban grandísimas galgas desde las cumbres del Baba, Cantil y Morabito: un nuevo reconocimiento dió iguales

resultados, y persuadido D. Sancho de lo inútil de sus esfuerzos por la cortedad de los recursos, reembarcóse, volviendo á Málaga con pérdida de alguna gente.

El desaire de D. Sancho de Leiva hirió profundamente el orgullo español. Hacíanse aprestos considerables para contrarrestar las fuerzas otomanas; pero desmentida la expedición, dirigióla Felipe contra África, nombrando por General de la flota á D. García de Toledo, Virrey de Cataluña. Componíanse de 153 buques, entre ellos 93 galeras [1], con unos 13.000 hombres á bordo; los 1.500, Portugueses, auxilio del Cardenal Regente D. Enrique. Recogida la artillería de batir en Barcelona, y en Málaga multitud de voluntarios de las familias más esclarecidas, según costumbre en guerra contra Infieles, salió la escuadra en 31 de Agosto de 1564.

Receloso el Rey de Argel de tanto preparativo, recorrió sus plazas, y aunque tenía por inexpugnable la del Peñón, reforzó el presidio con 100 Turcos y bastimentos para seis meses. En efecto, contra él marchó la escuadra española, desembarcando los primeros D. Sancho de Leiva, D. Luis Osorio y Chiapino Vitelli: fortificaron á Alcalá, castillo abandonado, y seguros en él víveres y municiones, marcharon en dos cuerpos contra la Ciudad de Vélez, á donde llegaron después de ligeras escaramuzas, encontrándola desierta. Bloqueado completamente el Peñón, se intimó la entrega al Alcayde Turco Feret, quien, como D. Martín de Córdoba en Mazalquivir, respondió: *que siendo la plaza posesión del Gran Señor, le cumplía mantenérsela fiel hasta el último momento de su vida.* Pero su resolución desmoronábase al compás que los muros batidos por la artillería: reconocido por los sitiados que no podían escapar de muerte ó prisión, se atemorizaron, y descolgándose á la desfilada por los adarves, se salvaron en tierra, hasta quedar sólo 13 hombres, que se rindieron el 8 de Setiembre [2], abandonando 19 piezas de artillería y copioso bastimento. Mejoráronse las fortificaciones, quedó de Gobernador con 300 soldados Diego Pérez Arnalte, se aportilló y derribó la mayor parte de la muralla de Vélez, y vencidos los Moros, que dieron una acometida á fin de impedirlo, preparóse la marcha. Para el embarco se pusieron de respeto algunas banderas en los estribos de las montañas, y á D. Luis Osorio con 300 arcabuceros. Desordenados por los Alarbes, que

1 San Miguel dice 69; pero es error de suma, pues que reunidas las parciales que allí pone, resultan las 93 que contamos.

2 El 5 dice Salazar, y también que los que quedaron en el Peñón fueron 27 Turcos.

acometieron de recio, fueron socorridos; mas acudiendo nuevos Cabilas, trabóse una pelea muy empeñada, en que al fin fueron rechazados los enemigos; aunque desgraciadamente muerto de un balazo que le traspasó el pecho D. Luis Osorio. El embarque se hizo ya tranquilo, y D. García zarpó con derrotero á Málaga.

Celebróse mucho en España y aun en todo el mundo cristiano, la desaparición de aquella madriguera de piratas; recompensando el Rey generosamente á los expedicionarios.

Para abastecer el Peñón, había quedado D. Álvaro de Bazán, lo que ejecutó, y artillándolo además con 18 cañones de grueso calibre, embarcóse para Italia, licenció á los 2.000 Alemanes que habían venido en sus galeras, y retornó á Andalucía.

Después de la toma del Peñón, había pensado D. García de Toledo en cegar la boca del Mártil [1] para impedir aquel abrigo á los corsarios de Tetuán [2]; pero no se atrevió sin órdenes del Rey. Dióle cuenta, parecióle bien, y como el año estaba ya muy adelantado para el intento, lo empleó D. Álvaro, á quien se fió la empresa, en reunir en Gibraltar gran cantidad de piedra y betún. Al siguiente, 1565, cargó el material en cuatro carabelas largas, llamadas de Ancona, una goleta y tres chalupas, y reforzado con 150 arcabuceros y ballesteros voluntarios de Tarifa, Gimena y Gibraltar, y otros 150 Portugueses que le facilitó Lorenzo Pérez de Tavira, Capitán general de Tánger; dirigió las proas á Ceuta el 3 de Marzo, conferenció con su Gobernador D. Pedro de Acunha, se escondió en una cala de la Almina, y en la noche del 7 siguió el rumbo hacia Levante. El temporal que corría le forzó á recobrar el puerto, hasta el 8 por la noche en que continuó su rumbo. Aún no habían desaparecido los buques españoles, salió el Gobernador de Ceuta con una escuadrilla ostentando gran aparato de atambores y banderas, y fingió un desembarque en los Castillejos, á tres horas de Tetuán. Atalayaban los Moros y acudieron en tropel á rechazar á los agresores de Ceuta, que se retiraron de allí á poco. Navegaba en tanto Bazán, costeando el Mediterráneo, y al amanecer llegó á la ría, la sondeó y designó el punto donde habían de hundirse los buques. Tarde conocieron los de Tetuán el engaño; pero acudieron animosos y desde la orilla unos, y otros en esquifes

1 Río Martín le llama el P. Castellanos en su *Descripción histórica de Marruecos*. Es el que hoy conocemos con el nombre de Guad-el-Jelú, ó Cuz.

2 Está situada á 5 kilómetros del Mediterráneo, 200 de Fez y 506 de Marruecos. Es ciudad amurallada y torreada: por su multitud de mezquitas y cubbas (capillas) que tiene, se le da por los Moros el nombre de *Ciudad Santa*.

con arcabuces y versos ofendían á los expedicionarios. Mandó D. Álvaro desembarcar á su hermano D. Alonso, que contuvo las acometidas; pero engrosando por momentos los Berberiscos, hasta juntarse unos 5.000, le obligaron á ganar las chalupas, y á las siete de la tarde, obstruído el puerto, se retiró la flota á toda vela al de Málaga [1], marchando después de reforzadas las guarniciones de Orán, Mazalquivir y la Goleta, al socorro de Malta, en cuyo sitio murió de una piedra de rebote, el famoso corsario Dragut.

Melilla continuaba bloqueada: ya en tiempos anteriores, su Gobernador, D. Alonso de Urrea, había escarmentado á los Moros, y lo mismo D. Pedro Venegas de Córdoba, que ahora regía la plaza. En este año de 1564 [2], un Alfaquí persuadió á los naturales, que atacando la plaza en cierto día y hora, él encantaría á la guarnición, de modo que quedase inmóvil y sin defensa. Acudió buen número de partidarios: súpolo á tiempo el Gobernador, y mandó que las puertas quedasen abiertas, la artillería preparada, los soldados con mecha encendida. A la hora que designó el Alfaquí, se precipitan los enemigos en Melilla, derrámanse por las calles, y á la señal convenida, la artillería y los arcabuces los diezman, retirándose en confuso tropel al campo con muerte de muchos.

No fué tan recio el castigo que no volviese á engañarles el Alfaquí, atribuyendo su desgracia pasada á haberse desvanecido el encantamiento, por no haber guardado todos los Moros las prevenciones que les había hecho; á lo que daban color los Españoles con especies echadizas, de que la vez pasada por un rato se habían quedado sin movimiento y sin poder valerse de las armas. Repitióse la acometida, pero fué más duro el desengaño; porque dentro ya de la Ciudad los Moros, alzáronse los rastrillos y quedaron muertos ó en cautividad más de 600, sin que hubiera podido averiguarse la suerte del Alfaquí.

El 7 de Setiembre de 1569 arribó á Lanzarote el corsario Calafat, con nueve galeras, y saqueó la isla, hasta que reunidos los naturales y su Conde D. Agustín Herrera le forzaron á reembarcarse. Llegaba ya el momento en que la pujanza turca iba á recibir el golpe mortal: el 7 de Octubre de 1571 tuvo lugar el famoso combate de Lepanto, *la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes y que esperan ver*

[1] Relación manuscrita, coetánea, al parecer, que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

[2] Algunos ponen este suceso dos años antes; pero se cuenta ya en la Relacion impresa en Sevilla, en casa de Alonso Coca, en 2 de Julio de 1564.

los venideros [1]. No se sacó gran fruto inmediato de la victoria, pero no fué estéril: los Turcos perdieron, con sus mejores Capitanes, su prepotencia marítima: sus armadas, desde entonces, se ciñeron por punto general á la defensiva en lugar de la ofensiva, que constantemente habían llevado: los Cristianos buscaban ya y desafiaban en sus mismos mares á los Turcos, que, medrosos, rehuían el combate en el Archipiélago, á pesar de estar mandados por el terrible Al-Uch-Alí [2].

Anchamente trataron los de la Liga, en lo de más útil para los intereses de la Cristiandad, y convinieron en que al próximo año, reunidas todas las fuerzas en los mares de Sicilia, acometerían al Turco, obligándose todos contra el enemigo común, despreciados sus particulares intereses. El ánimo belicoso de D. Juan de Austria no se avenía con la holganza, y trató de aprovechar el tiempo: mientras llegaba el de acometer á los Turcos, pensó en hacer jornada contra Berbería, y después, reunirse á la Liga. Disgustos tuvo sobre esto con Venecianos, que, suspicaces y tirando siempre al propio interés, sostenían ser contra los pactos el que se entretuviese el Rey de España en conquistas particulares; aunque alegaba éste que su obligación se ceñía á acudir á lo de la Liga, cuando determinasen, libre entre tanto de atender á la defensa de las costas de España [3].

Agriáronse mucho, siguiéronse no pocas negociaciones, y al fin la República, con sus instintos mercantiles, teniendo por más seguro atreguarse con el Turco que guerrear para vencerlo, abandonó á sus aliados é hizo paces con Selim II. Quejáronse duramente Pontificios y Españoles; pero lo hecho no podía enmendarse, y se disolvió la Liga. D. Juan, á la cabeza de 150 galeras, enarboló el estandarte de España y volvió á su plan favorito de conquistar á Berbería. Inclinábase á caer sobre Túnez y Biserta; pensaban otros por más conveniente la empresa de Argel, para la que hacía tiempo que el Príncipe andaba en tratos con un Moro principal, llamado Catayacán, á quien se ofrecieron por medio de Andrés Hernández de Trubia, cinco mil ducados de renta y un título en Nápoles, en cambio de noticias y auxilios [4]. Consultado el Rey, mandó que

1 Cervantes.
Herrera dedicó un soneto y una de sus canciones, imitación del *Cantemus Domino*, á esta insigne victoria.

2 Cervantes, en el cap. 39, primera parte de *El Quijote*, le llama el Uchalí, corrupción de su verdadero nombre Al-Uch-Alí, que equivale al de, el Renegado Alí.

3 Apéndice núm. 10.

4 Patxot afirma que D. Alvaro Bazán opinó por acabar con Argel y D. Juan por conquistar á Túnez. San Miguel, afirmando lo primero, se limita á añadir, que otros querían se

la expedición fuese á Túnez, y tomada, se arrasasen las fortificaciones de la ciudad y la Goleta, costosa de mantener, y de problemática utilidad: cosa de admirar es, que también el Gran Señor preparase por entonces su armada con el objeto de allanar la Goleta para seguridad del reino de Túnez, y que la Goleta quedase en pié á pesar de la voluntad de ambos Príncipes [1].

El 1.° de Octubre de 1573 fondeó D. Juan en el puerto de Marsala, reconocido antes por Petruccio ó Pedrucho Morán, y el 8 de Octubre llegó á la Goleta la armada de 104 galcras y 103 buques auxiliares, con 20.000 infantes, 400 caballos ligeros, 744 gastadores y abundante artillería [2].

A pesar de la pristina tregua, siempre se habían mirado como enemigos los Españoles, y Muley Hamida: D. Francisco de Tobar, Gobernador que era de la Goleta cuando el destronamiento de Muley Hacén, recibió refuerzos, y con ello y sus mañas logró derribar al cruel Hamida, y que ocupase el trono su tío Abd-el-Melik, que murió á los pocos días, dividiéndose los Tunecíes unos en favor de Muley Amet, hermano de Muley Hamida; otros de Mahamet, hijo del difunto Abd-el-Melik, niño de doce años. Favoreció á esta facción Tobar, y con el auxilio de los Españoles quedó vencedora. Muley Hamida se procuró partidarios, y emboscándose, sorprendió un día á Túnez y arrancó la corona al tierno Mahamet, que trabajosamente pudo refugiarse en la Goleta. Al-Uch-Alí, Gobernador de Argel, pensó en apoderarse de aquel reino, y para ello entabló relaciones con los enemigos de Hamida; compró á uno de sus Al-

marchase sobre Túnez; mas D. Juan de Austria no se determinó á resolver sobre estos puntos, sin consultarlos antes con el Rey de España. En una Relación manuscrita que hemos leído, perteneciente á la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, se dan los pormenores que referimos.

1 Muchos autores afirman, que la orden de Felipe era para arrasar la ciudad de Túnez y aumentar la fortificación de la Goleta. Seguimos á Cabrera: ¿Para qué había de fortificarse la Goleta, defensa de Túnez, si se demolía la ciudad? Además, en las instrucciones dadas á D. Juan por el Rey su hermano, fechadas en Aranjuez el 21 de Abril de 1576, le dice: que debe *desmantelarse á Túnez*. Si, aun después de perdida una vez, no pensó Felipe II en arrasar á Túnez, sino en desmantelarla; no parece probable lo quisiese cuando trataba de conquistarla por vez primera: su idea fué siempre ceder á Túnez á algún Príncipe moro. Apéndice núm. 11.

2 Aunque esto afirman algunos, nos parece más probable lo que dice el autor contemporáneo Hieronymo de Torres y Aguilera en su *Chrónica y recopilación de varios sucesos de guerra*, impresa en 1579, quien consigna que fueron 6.345 Españoles, 5.505 Italianos, 788 Alemanes. Además, en la armada iban 5.342 Italianos, 1.300 Alemanes, 200 caballos, mandados por D. César Avalos, 100 por D. Luis de Ayala, y 100 por D. Pedro Zapata de Cárdenas, y 744 gastadores, con 100 bueyes para tirar la artillería.

caydes, y en 1570 entró en la Ciudad por sorpresa y fué proclamado Rey.

Marchó Al-Uch-Alí á las expediciones marítimas de los Turcos, Jefe de sus armadas, y quedó con el Gobierno de la ciudad el renegado sardo, Rabadán, quien á pesar de tener más de 40.000 hombres, apenas supo el desembarque abandonó á Túnez sin combatir, apoderándose de ella el Marqués de Santa Cruz con 2.500 soldados de la guarnición de la Goleta [1]. D. Juan, con el resto del ejército, entró en la ciudad el 11. Los soldados saquearon por espacio de ocho días, y buscando escondrijos con las piquetas, arruinaron gran parte de las casas. La presa fué copiosa, especialmente en pertrechos militares, víveres y 44 piezas de artillería [2]; inútil provisión faltando la defensa.

D. Juan, en vez de derruir la Goleta y las fortificaciones de Túnez, según las órdenes de su hermano, las aumentó encargando la construcción de un fuerte, capaz de 8.000 hombres, junto al estaño, entre la ciudad y la Goleta, al General Gabriel Servelloni, grande Ingeniero milanés [3].

Tratóse después de nombrar Rey de Túnez. Solicitaban serlo los tres competidores, apoyando su pretensión en el número de sus secuaces. D. Juan prefirió á Muley Amet, y arreglado este difícil punto y dejando á Servelloni de Gobernador del fuerte nuevo, y de la Goleta á Pedro Portocarrero, zarpó para Sicilia el último de Octubre, reuniéndose en el tránsito con Mateo [4] Doria, que había aprehendido tres galeotas y dos bergantines turcos.

D. Juan de Áustria, temiendo que si quedaba en tierra de Túnez Muley Hamida, sería causa de desconciertos y guerras, llevolo á Palermo como prisionero, cosa por él en gran manera sentida; porque encontraba cárcel cuando esperaba un trono. Apretándole el sentimiento, y más por la conversión al cristianismo de su hijo, bautizado con el nombre de D. Carlos de Áustria, murió en breve de pesar y de tristeza.

Mucho se celebró la ocupación de Túnez: Biserta, á 20 leguas de esta Ciudad, degolló á la guarnición turca, admitió la de 300 Españoles al mando de D. Francisco Ávila [5], y se apoderó de una galera, dando li-

1 Dice Cabrera: D. Juan sacó de la Goleta 2.500 soldados viejos, que *hacian temblar la tierra* con sus mosquetes.

2 29 dice Torres.

3 Gabrio Cervellón le llaman comunmente los historiadores. Era General de la artillería de la armada.

4 Marcelo de Oria le llama Torres en su *Crónica*.

5 D. Francisco de Ayala y Sotomayor, según la crónica antes citada.

bertad á los Cristianos cautivos. Alarmado Selim y aguijado por Al-Uch-Alí, que sentía la pérdida de Túnez y tener tan cerca de Argel á los invasores, determinó llevar á cabo su pensamiento de arrojarlos del África. Mientras aprestaba la flota, previno á los Tunecíes pusieran en armas la tierra, lo que hicieron los Virreyes de Trípoli y Argel, y los Alcaydes de Carba y Bona con 6.000 Turcos y multitud de Alarbes, que obligaron á recogerse dentro de murallas á Portocarrero y á Servelloni.

El 11 de Junio de 1574, se presentó la armada de Sinán-Bajá con 230 galeras, 30 galeotas, 40 bajeles de carga, y 40.000 soldados [1]. Había en Túnez 4.000 hombres y 2.000 en la Goleta.

Fuese descuido de Servelloni; fuese mala voluntad del Cardenal Granvella, Virrey de Nápoles; fuese que los temporales retardaran el cumplimiento de las órdenes de D. Juan, el nuevo fuerte no se había concluído, y en él y en la Goleta la provisión era poca y el presidio incompleto [2], aun con el refuerzo que trajeron D. Juan de Cardona y D. Bernardino de Velasco.

El 13 de Julio desembarcó el ejército turco; el 17 dió el asalto á la ciudad de Túnez, y aunque lo rechazó Servelloni, conociendo no podía defender tan vasto recinto, se encerró en el fuerte, negándose á pasar á la Goleta, donde reunidas las fuerzas quizá hubiera podido ser más eficaz, aunque igualmente inútil la resistencia.

El Rey Muley-Amet trató de impedir el desembarco, y reunió para ello un buen ejército; pero se le desbandó á seguida, y replegado Servelloni, ocupóse la ciudad por el Turco sin resistencia. Sinán principió al momento el ataque de la Goleta por tierra y Al-Uch-Alí por mar.

Para impedir las defensas del fuerte, levantaron con sacos de arena trincheras de mayor elevación que los muros, y á caballero arcabuceaban á los defensores. Pidió refuerzos el Gobernador de la Goleta; pudo en-

1 En la Relación árabe, traducida por Alfonso Rousseau, se dice que eran 200 galeras, mandadas por el *León temible*, Sinán-Pachá, y por el *León de los mares*, Kelidj-Aly, más conocido con el nombre de Aly-el-Forthaz (Ali el tiñoso.)

2 D. Juan de Austria había dejado al Maestre de campo, Andrés de Salazar, Castellano del castillo de Palermo, con 4.000 Españoles; al Coronel Pagan de Oria, con otros tantos Italianos, y al Capitán D. Lope Hurtado de Mendoza, con 100 caballos; además quedaron 784 gastadores. D. Juan Cardona y D. Bernardino Velasco trajeron algunas provisiones y 600 hombres, y después la artillería y guarnición de Biserta se replegó á Túnez. Por orden del Rey se redujo la guarnición de Túnez á 4.000 Italianos y Españoles, por mitad, y en la Goleta á 2.000 Españoles; de los 600 hombres de las galeras de Velasco, se reembarcaron 400. Después se mandó por Felipe II al Cardenal Granvella que reforzase la guarnición de la Goleta; pero fué dando largas, alegando que tenía harto que defender en un reino como Nápoles, sin dividir las fuerzas.

viárselos Servelloni el 10 de Agosto [1], y con ellos rechazó la acometida que tentaron el 20 los sitiadores. Escarmentados, aumentaron la fuerza de la artillería; demolieron los baluartes; abrieron largas brechas, y el 23 de Agosto [2] dieron por tres puntos el asalto general, valientemente resistido por los Españoles, reforzados con otros 470 hombres de los de Servelloni [3]. Al cabo de cinco horas de pelea, lograron entrar los Turcos y pasaron á cuchillo á la guarnición, quedando cautivo con algunos pocos soldados el infeliz Portocarrero, que perdonó el alfange enemigo y mató el pesar al ser trasladado á Constantinopla [4]. Culpáronle de poco General para tanta empresa, pero aseguraron testigos de vista «que hizo todo aquello á que era obligado, y que hubiera hecho cualquier Capitán veterano [5].»

Dos veces en persona trató D. Juan de Austria de socorrer á Túnez, y dos veces las tempestades desbarataron las escuadras y le impidieron el mar; envió con socorros á Gil de Andrada, y harto hizo en no perderse corriendo la vuelta de Cerdeña.

Desembarazado de la Goleta, el ejército turco marchó reunido contra el fuerte de Túnez. Las obras principales no estaban perfectas, y la guarnición, enflaquecida por los refuerzos enviados á Portocarrero, insuficiente para presidiarlo [6]. Intimó Sinán la rendición; negóse Serve-

1 El refuerzo se componía de dos compañías españolas mandadas por D. Juan de Figueroa y D. Pedro Manuel; de dos italianas, cuyos Capitanes eran Tiberio Bocafusca y Lelio Cavalertana y muchos voluntarios; al todo unos 700 hombres.

2 En el día discrepan los autores, pretendiendo unos que fué el 23, otros que el 24. Ferreras señala el 25. Torres, testigo presencial, afirma que fué el 23.

3 Mandaban este refuerzo los Capitanes García de Toledo, Montaño de Salazar, Juan de Quintana, el Caballero Arabone y Scipión Mazucca.

4 Según la Relación árabe, en la Goleta quedó prisionero el Rey que había sido de Túnez, Mohammed-el-Hafsi.

5 Torres y Aguilar dice de Portocarrero: «La verdad es que él hizo todas sus fuerzas y todo aquello que era obligado é hiciera cualquier Capitán, por muy viejo y práctico que fuera..... como de todo esto, *como testigo de vista*, puedo dar y doy entera relación.» Cabrera le culpa como ignorante, y afirma que se perdió la Goleta, porque contra el consejo de todos los Capitanes abandonó la estrada cubierta que iba á la mar. El Príncipe de Túnez (D. Felipe de Austria, después de bautizado) en una solicitud del Rey para que le concediese honores de Príncipe, dice «que Sinán, con muerte de más de 33.000 Turcos, tiranizó á Túnez, en cuya defensa hicieron los Españoles, y en especial D. Pedro Portocarrero, General de la Goleta, proezas ventajosas y hazañas de inmortal memoria.»

6 Según Torres y Aguilar, la muralla que miraba á Túnez, las dos cortinas de los lados y la que miraba al estaño, eran más bajas que lo debido. El foso, sin concluir por parte alguna, y por la del estaño ni aun empezado, ni tampoco el rebellín que debía defenderlo. La muralla de Túnez que daba al fuerte se había derribado, pero ni quitado la tierra ni allanado, de modo que se encontraron los enemigos con la trinchera concluida. Faltaban

lloni, y ambos se previnieron para el asalto. Duro combate dió la artillería sitiadora, destruyendo las defensas. Allende de esto, los Turcos, como habían hecho en la Goleta, levantaron trincheras, parejas con el muro, desde donde á mansalva mataron ó hirieron hasta 400 soldados, y, por fin, para derrumbar las fortificaciones, apelaron á las minas. El 6 de Septiembre dieron fuego á la del baluarte Cervellón; volado un ángulo, se precipitaron por la brecha; pero seis horas de rudos é inútiles esfuerzos les hicieron desistir de su empeño, con muerte de los mejores soldados y de 150 de los defensores. La segunda mina destruyó otro ángulo del fuerte; lanzáronse las columnas de asalto con terrible empuje; pero Servelloni, valeroso Capitán, sostúvolo intrépido y las rechazó. Tan vigorosa defensa indignó á Sinán, que el 12 de Septiembre dió el tercer asalto, con más furia que los anteriores. Al cabo de ocho horas de combate, replegáronse los Turcos, pero quedaban sólo 1.000 defensores, concentrados en la última línea. Locura era ya resistir, pero locura sublime. Al día siguiente dáse la cuarta y última arremetida. Pelean seis horas; los Españoles mueren; ninguno pronuncia la palabra capitulación. Entrase la fortaleza por todas partes; sólo 30 prisioneros con el Gobernador perdonó el hierro de los Infieles. Sinán, furioso por sus pérdidas, abofetea á Servelloni y le hace marchar á pié delante de su caballo. ¡Salud al valor desgraciado! [1].

Tomadas Túnez y la Goleta; el fortín del estanque, que con 70 soldados defendía D. Juan de Zanoguera, rindióse, capitulando la libertad que ofreció el Bajá por no entretener la armada dos días más, y que caprichosamente concedió al Capitán y 50 soldados, negándola al resto.

Imponderables fueron las pérdidas del ejército turco: en 10.000 muertos las reputaron, y aun se publicó que 33.000 hombres habían faltado

además todos los parapetos. La guarnición del fuerte había quedado reducida á 1.400 soldados.

1 Según la Relación árabe, antes citada, además de las fuerzas de los Turcos, acudieron al sitio, el Emir Gobernador de Cairovan; Hider Bajá, Mustafá, Bajá de Trípoli, Ahmed Bajá Emir de Argel, con tropas, y luego Ramdam Bajá (al que nuestros historiadores llaman Rabadán), Gobernador de Argel, con 3.000 hombres: el fuerte se rindió al segundo asalto, muriendo 3.000 de los defensores; el resto, en número de 5.000, se escaparon descolgándose por la ciudadela, y se hicieron fuertes en unos atrincheramientos cercanos, donde, atacados, fueron pasados á cuchillo, menos 200 hombres que quedaron prisioneros. Perdieron los Cristianos 10.000 hombres y otros tantos los Musulmanes, que se apoderaron de 225 piezas de artillería.

Servelloni y demás personas de cuenta fueron rescatados al año siguiente, canjeados por los prisioneros turcos hechos en la batalla de Lepanto, y por mediación de Venecianos.

al revistarlos el Almirante [1]: quizá hubo exajeración en el número, que con achacar gran ruina al vencedor se mitiga la pena de los vencidos.

Con tal presa creció el nombre de los Turcos, lastimóse D. Juan, de quien se sospechó que aspiraba á la corona de Túnez: si fué cierto, dolor grandísimo para su ambición tener ociosa la espada mientras perdía el suspirado reino.

Temió Felipe por Orán y Mazalquivir; dió órdenes, se robustecieron ambas plazas, construyéndose el nuevo fuerte de Santa Cruz y reparando los antiguos: se revisaron el Peñón y Melilla, y todo se puso en pié de guerra; pero la muerte de Selim, en 9 de Diciembre, y las inclinaciones pacíficas de su succesor Amurates III, paralizaron las operaciones de la escuadra turca, que, arrasada la Goleta, las murallas de Túnez y el nuevo fuerte, tornó á las aguas del Archipiélago. Sólo el infatigable Al-Uch-Alí proseguía saqueando á los pueblos: D. Alvaro Bazán, llamado el *rayo de la guerra*, salió á oponérsele; desembarcó en los Querquenes, y con alguna presa y cautivos se volvió á Mesina.

En Marruecos murió por este tiempo Muley-Abd-Allah y le succedió su hijo Muley Mohamed el Abd ó el *Xerife negro*, que se ensangrentó con sus parientes; pero escaparon de sus persecuciones y de la de su padre, tres tíos carnales, Achmed, Buhazon y Abd-el-Malek [2], llamado el Moluco ó esclavo, que se refugiaron en Argel. Según se dijo, pidieron auxilios al Rey Felipe, por medio del Gobernador de Orán D. Galcerán de Borja [3], y mal despachados, siguieron su ruta á Constantinopla, donde entraron al servicio del Gran Turco. Con cartas de éste volvieron á Argel, cuyos corsarios eran tan poderosos que los Bajás se llamaban *Reyes del mar*. Obedeciendo al Gran Señor les auxiliaron con 6.000 Genízaros. Abd-el-Malek, valiente y experimentado, derrotó en varios encuentros á Muley Mohamed, apoderándose del reino de Fez, y en el siguiente año 1576, del de Marruecos. Refugióse Mohamed en el Peñón y propuso al Rey Felipe quedar por tributario y darle algunos puertos en el Atlántico, si le reponía en el trono. Fatigaba demasiado á Felipe la guerra de Flandes y la escasez del erario público para empeñarse de nuevo contra los Berberiscos y contra el Sultán, con quien tenía pactada tregua; y, prudente, rehusó el ofrecimiento.

1 Torres y Aguilera, Cabrera y el Príncipe Tuneci, D. Felipe de Austria, así lo dicen.

2 Abd el Melik le llama el común de los historiadores.

3 Cabrera dice que por medio de D. Diego Pimentel, Conde de Benavente, Virrey de Valencia: posible es y parece natural que el Moluco se entendiese con el Gobernador de Orán y éste con el Virrey de Valencia.

El destronado Rey pasó á Ceuta; diéronle oídos los Portugueses, y en Lisboa logró interesar en su favor á D. Sebastián que, con la lozanía de mancebo, no llevaba pacientemente que de todas las conquistas portuguesas en África, sólo quedasen Tánger, Ceuta y Mazagán, y recordaba con entusiasmo su correría en tierra de Moros desde la primera plaza, en 1574, en que se libró de la cautividad por su imponderable valor.

Felipe, deseoso de dar algún respiro á la Monarquía, se atreguó con el Moluco, informado de su poderío por el Capitán Francisco de Aldama, quien, según lo ordinario, cubrió el espionaje so color de embajada.

Autores hay que en su odio á la memoria de este Rey, le increpan fuertemente y comparan esta tregua á la alianza de los Monarcas franceses con los Turcos; como si pudiera balanzarse el sobreseer la guerra contra Infieles, con estrechar amistades y confederaciones, suministrarles recursos y ayudarles en combatir á la Cristiandad. ¡Tanto ciega el espíritu de partido, hasta á los más sesudos escritores!

D. Sebastián acudió á su tío el Rey Felipe para que le ayudase en la expedición, y conociéndole menos propicio, fué á Guadalupe de Extremadura á fines de 1577 [1], donde se le unió aquél. Le instó calurosamente, le rogó, le expuso sus planes; disuadióle Felipe de la jornada, y si en hacerla era su decisión irrevocable, de que la mandase por sí, y si ni aun de esto quisiera prescindir, de que se alejase de la costa; ofreciéndole en este caso auxiliarle con 15.000 hombres y 50 galeras, si los Turcos no caían sobre Italia, y aconsejándole emplease sus bríos en la conquista de Larache, puerto que valía él solo toda el África.

También eran contrarios á la expedición, la Reina Doña Catalina, el Cardenal D. Enrique, tío del Rey; D. Cristóbal de Tabora y otros muchos Hidalgos ilustres; mas á despecho de todos se mantenía entera la voluntad del Monarca portugués. «Yo no os he llamado,» contestaba á Don Antonio de Acunha y á los que con él se atrevían á desaprobar la guerra, «para tomar consejo de si he de ir ó no he de ir á África, porque estoy resuelto á ir; sino para que me propongáis el orden y manera de levantar gente y proveer á lo demás necesario para la jornada.»

Sabedor Abd-el-Malek de los propósitos del Rey de Portugal, y deseoso de excusar la guerra, envióle cartas por medio de su favorito Andrés Gasparo [2], ofreciéndole ceder cuatro leguas de terreno alrededor de

1 A fines de 1576, dice Lafuente.

2 Abd-el-Malek se valió de muchos cristianos á quienes había conocido en su cautiverio; durante el cual, recibió una instrucción notable de D. Francisco Carrillo.

cada una de las plazas que en Africa poseían los Portugueses; proposición que fué repelida con altivez. En Julio de 1578 embarcóse D. Sebastián en Lisboa con unos 18.000 hombres; de ellos, 3.000 Alemanes, 2.000 Españoles y 900 Italianos [1], que con 600 Nobles portugueses aventureros formaban el nervio del ejército; los demás, gente bisoña y de leva. La escuadra obedecía á D. Diego de Sousa; los caballos al Duque de Aveiro: de todo el ejército era Generalísimo el Rey. Tocó la escuadra en Cádiz, donde el Duque de Medina-Sidonia hospedó al Portugués con la magnificencia que correspondía al huésped y al que hospedaba. Siete días estuvo allí D. Sebastián; al octavo atravesó el Estrecho, y desembarcando en Tánger, comisionó á su Gobernador D. Duarte de Meneses, Maestre de Campo General, para prevenir al Xerife negro Muley-Mohamed-el-Abd que estuviera pronto para la guerra, avisando á todos sus partidarios. Resolvióse allí que el ejército iría por mar y el Xerife por la costa, sin perder de vista la escuadra, recogiendo de paso á todos sus adictos. Reunidos en Arcilla, se discutió en consejo si se atacaría á Larache por mar ó por tierra: triunfó este dictamen, apoyado por D. Sebastián, que creía demorar la victoria, el tiempo que tardase en venir á las manos con los Marroquíes.

Por estos días llegó al cuartel real, el Embajador español D. Juan de Silva, ofreciéndole de parte del Rey la celada con que Carlos V entró vencedor en Túnez: agradeció D. Sebastián la dádiva en gran manera, teniéndola por feliz presagio de su triunfo, y agasajando al Embajador, puso á su disposición una galera por si deseaba regresar á España. Rehusóla Silva diciendo: «Que no era propio de caballeros como él, dejar á un Rey amigo en tan grave riesgo, con tan pocas fuerzas y en frente de tan poderoso adversario: que si el cielo le concedía la victoria, volvería á España á llevar tan grata noticia; pero que si acontecía lo contrario, él quedaría con honra sobre el campo de batalla.»

Resuelto definitivamente el plan de operaciones, el 29 de Julio salió el ejército de Arcilla y el 2 arribó á los vados del Lucco.

Aprovechó Abd-el-Malek el tiempo que le dieron de respiro, y con 40.000 caballos y 30.000 peones salió al encuentro, avistándose los dos ejércitos en los campos de Alcazarquivir [2] el 3 de Agosto. En este día alcanzó al Portugués, el Capitán Francisco de Aldana, enviado por Feli-

1 La guerra de los Paises-Bajos impidió á Felipe II auxiliarle con más tropas. Los Alemanes, mandados por Tamberg, se los envió el Príncipe de Orange, Guillermo de Nasau: los Italianos, al mando del Inglés Tomás Sterling, el Papa Gregorio XIII.

2 A unas dos leguas al Norte de esta población, según Murga.

pe II con algunos regalos y con cartas del viejo Duque de Alba, dándole consejos é instrucciones sobre la manera con que debía pelear con los Moros.

En 4 de Agosto de 1578, «día funestamente célebre para Portugal,» se dió la batalla. El ejército cristiano, circuído por el Marroquí, apenas resistió, y sin combatir fué tajado en piezas. Inútilmente el valeroso Sebastián de Saá gritaba á los fugitivos: «Mi caballo no sabe huir; síganme los que quieran á la muerte, ya que no á la victoria,» arrojándose á lo más recio de la batalla.

Sólo el Rey con los Nobles y los Auxiliares pelearon heróica y estérilmente. Donde más reñido el combate, donde más apiñados los escuadrones de los Marroquíes, allí el Rey. Mátanle el caballo en la furia de la refriega; D. Jorge de Alburquerque le da el suyo, y continúa peleando. Le ofrece un Xeque de los del Xerife que le pondría en salvo: «¿Pondrán en salvo mi honra cuando digan que huí de la batalla?» le contesta arrojándose de nuevo en lo más horroroso de la pelea. Muertos los Hidalgos que le acompañaban, y sólo con su favorito D. Cristóbal de Tabora, le dice éste: «Mi Rey y Señor, ¿qué remedio tendremos?—El del cielo, le contesta el piadoso y caballeresco Monarca, si nuestras obras lo merecen: la libertad Real sólo puede perderse con la vida.» Pocos momentos después moría con Tabora alanceado por los Moros [1].

Once mil soldados quedaron en el campo, y gran número de Nobles portugueses é ilustres Capitanes extranjeros [2].

1 Largo tiempo corrió entre los Portugueses la conseja de que no había muerto D. Sebastián. El origen parece fué, que llegando á Arcilla de noche algunos fugitivos, y negándose el Gobernador á abrir las puertas, le ocurrió á uno de ellos decir, para lograrlo, que venía allí el Rey. Con este ardid entraron en la plaza, y el que representaba á D. Sebastián, muy embozado en medio de profundas demostraciones de respeto de los demás. Descubierta la ficción, excusáronla los soldados con lo inminente del peligro si se quedaban fuera de los muros. Por más que todo esto se comprobó por el Corregidor de Lisboa D. Diego Fonseca, comisionado al efecto; el vulgo, inclinado siempre á todo lo inverosímil y romancesco, siguió en la creencia de que vivía D. Sebastián, dando lugar á que muchos impostores se fingiesen tales, siendo el más célebre, el conocido con el nombre del *Pastelero de Madrigal.* El cadáver del Rey fué reconocido por su escudero Sebastián de Rosendes, por D. Duarte de Meneses y demás Señores cautivos. Reclamado por el Cardenal D. Enrique, succesor en el reino de Portugal, negóse Achmed á entregárselo, inducido por Andrés Gasparo, sin duda en desquite del desaire que recibió de D. Sebastián, al rechazar la proposición que le hizo en nombre del difunto Emperador Abd-el-Malek.

2 Varían en el número los historiadores. El P. Miñana lo fija en 6.000, y alguno lo rebaja á 1.000, cosa no creible en tan sangrienta batalla; mucho más, cuando al derrotar los Marroquíes la retaguardia portuguesa, no dabau cuartel á los rendidos, *hendiéndoles la cabeza como á carneros.* Los principales que murieron en esta jornada fueron los Obispos de

El cadáver del infeliz D. Sebastián fué presentado al Xerife Muley-Achmed [1], hermano y succesor de Abd-el-Malek. Tal fué el fin y suceso de esta batalla, sepulcro del poderío lusitano [2].

No puede disculparse la conducta del Rey D. Sebastián en su corta

Coimbra y Oporto, el Duque de Aveiro, los Condes de Vimioso y Vidigueira, los hijos de los de Sortelo y Silva y el del Duque de Bragauza, el Barón de Alvito, D. Francisco y D. Cristóbal Tabora, Jorge de Silva; el Jefe de los Tudescos, Mos de Tamberg; el de los Italianos, Tomás Sterling, y el de los Españoles, el Maestre de Campo D. Alonso de Aguilar; los Capitanes Fóscari, Bourgogne y Francisco de Aldana, con multitud de Hidalgos portugueses; porque como dice Cabrera: «era infamia donde su Rey quedaba muerto, quedar Caballero vivo que pudiera referir la pérdida.»

Entre otros, quedaron cautivos D. Antonio, Prior de Crato; el Duque de Barcelos, Don Duarte de Meneses, el Embajador español D. Juan de Silva, D. Fernando y D. Diego de Castro, D. Francisco de Portugal y D. Gonzalo Chacón, todos rescatados por Felipe II, que negoció sn libertad por medio de su encargado D. Pedro Venegas. El Duque de Barcelos y D. Juan de Silva fueron entregados por Achmed sin rescate, y como muestra de la estima en que tenía al Rey de España.

1 Muley Hamet le llaman otros.

2 El reverendo Padre Fray Manuel P. Castellanos, en su *Descripción histórica de Marruecos*, tomándolo principalmente de la obra *Recuerdos marroquíes*, de D. José María de Murga, conocido con el nombre de *El Hach Mohamed-el-Bagdady*, cuenta la batalla del modo siguiente: según él, D. Sebastián se atrincheró en posiciones ventajosas; pero falto de víveres, llegó á vacilar entre abandonarlas, aventurando el combate, ó retroceder hacia la costa, según aconsejaba el Xerife Negro, que habiendo logrado envenenar al Moluco, sabía que el fallecimiento había de ser inmediato, y por ello probable que volviera él á ocupar el trono sin necesidad de combatir. Cuando sobre esto discurrían, se presentó en el consejo el Capitán Diego Carbalho, y tomando el nombre del ejército, increpó duramente al Rey porque no resolvía el ataque, lo que decidió á D. Sebastián á dar la batalla. En el primer arranque, la vanguardia portuguesa, formada por las tropas auxiliares y los aventureros, arrolló el centro enemigo, llegando á apoderarse de tres, de los cinco estandartes verdes que circuían la tienda del Emperador. Mientras el centro del ejército marroquí sostenía penosamente el ímpetu de los Cristianos, la caballería mora, por un movimiento envolvente, cercó la retaguardia portuguesa, donde, como lugar de menos peligro, se había colocado á los bisoños, que sin pelear arrojaron las armas pidiendo cuartel: con el empuje que da el triunfo, cayeron los Moros sobre la vanguardia y centro portugués, que quedaron cerrados por todas partes, agobiando con su número á los Españoles, Tudescos é Italianos, y á los Nobles portugueses que defendían desesperadamente el estandarte Real, muriendo muchos de sed y de fatiga. Unos renegados esparcieron la noticia de la muerte de Abd-el-Malek; desconcertáronse los Moros, y animados los Portugueses, se congregaron alrededor de los Alemanes, que aún resistían en buena formación; se restableció el orden de la batalla, y gritaron *¡victoria!*: en tan crudo punto se oye la voz de *¡atrás; estamos cortados!*, vuela un repuesto de municiones, y la explosión añade nuevos horrores al combate; el pánico sobrecoje á los Portugueses; se desbandan; los que resisten mueren á los filos del alfanje marroquí: los fugitivos se arrojan al río Mahacén, muy caudaloso á la sazón por estar la marea alta, y perecen ahogados; los pocos que logran la orilla caen en manos de los Alarbes campesinos, que al ver victoriosos á los suyos, acuden á participar del botín. D. Sebastián, herido desde el principio de la acción de un tiro de arcabuz, se arrojó á lo más horroroso de la pelea, y fué muerto con todos los Caballeros que le acompañaban.

campaña, haciendo prevalecer su opinión personal, sin tener en cuenta la del prudentísimo Rey Felipe, ni la de los experimentados Capitanes que le aconsejaban ir por mar á Larache, no alejarse de la costa, donde tenía puntos de apoyo, y en caso de un desastre, fácil refugio en la armada; esperar atrincherado el ataque de las fuerzas del Xerife para quebrantar sus primeros ímpetus, ó acometer á los Moros de noche, por sorpresa, supliendo, con lo imprevisto del asalto, la diferencia numérica de los ejércitos; mas no tanto puede condenarse como descabellada y loca la determinación de D. Sebastián de llevar la guerra al África.

El Xerife negro Muley-Mohamed había sostenido inteligencias con Sidy-Abú-Caracín-Bentuda, Alcaide de la plaza de Arcilla [1], quien aseguraba que los principales Xeques que seguían las banderas del usurpador, quedaban comprometidos á pasarse en el crítico lance de la batalla. Razones eran éstas suficientes para determinar el juicio de guerreros más prudentes que el impetuoso Rey D. Sebastián, que no contó, sin duda, con las ilusiones que se forjan los conspiradores, dando como seguros auxiliares á todos los que murmuran del que impera, ni con la natural veleidad y mala fe de los Moros, siempre amigos de hacer á dos manos.

Los tres Reyes murieron en Alcazarquivir: D. Sebastián alanceado por la caballería Marroquí [2]; el Moluco, de la enfermedad ó veneno que le tenía en el último trance [3]; Muley Mohamed, al vadear en su fuga el Luccos. Unos 60 hombres pudieron salvarse en Ceuta, Tánger y Arcilla,

1 Algunos autores sostienen que la plaza de Arcilla quedó ostensiblemente á la devoción de Muley-Mohamed, y dan al Gobernador moro, el nombre de Abú-Azarín.

2 ¿Quién no recuerda, al hablar de la derrota de los Portugueses, el sublime apóstrofe de Herrera?

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano.....
No estés alegre y de ufanía llena.....
Que si el justo dolor mueve á venganza,
Alguna vez al español coraje;
Despedazada con aguda lanza,
Compensarás muriendo el hecho ultraje
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

3 Cuentan los autores que, al principio del combate, murió de su enfermedad Abd-el-Malek con el índice puesto en los labios, como en recomendación de que ocultasen su muerte al ejército: que los Generales así lo hicieron, hasta el punto de que cuando algún Jefe venía á dar cuenta del estado de la acción y á pedir órdenes, el Alcaide de la guardia metía la cabeza por la ventanilla de la litera, como para pedirlas al Rey, y en su nombre daba las que creía más convenientes.

entre ellos Muley Xeque, hijo de Muley Mohamed, que marchó á Portugal con Martín Correa de Silva, y tuvo la dicha de ser bautizado con el nombre de D. Felipe de África, siendo su padrino el Monarca español [1]. Los demás quedaron muertos ó prisioneros: la guarnición de Arcilla, no creyéndose segura, abandonó la plaza, que al punto ocuparon los vencedores. Sobre el campo de batalla se alzó por Emperador de Marruecos al que ya lo era de Fez, Muley Achmed, hermano del valeroso Abd-el-Malek y que mandaba en la acción la caballería.

Por la muerte del Rey D. Sebastián pasó la corona á su tío Don Enrique, y por fallecimiento de éste púsose en litigio el trono portugués. Aspiraban á la succesión, Felipe II, el Duque de Saboya, el hijo del Príncipe de Parma, Ranuccio Farnesio; la Reina viuda de Francia, Doña Catalina; la Duquesa de Braganza y D. Antonio, Prior de Crato. Para mayor confusión, el Pontífice Gregorio XIII pretendía también, que el nombramiento para la corona vacante le correspondía por ser féudo de la Santa Sede. Fueron cediendo de sus pretensiones, según iban perdiendo las esperanzas del triunfo; pero concertábanse todos contra D. Felipe, ayudados por la Reina de Inglaterra y los Flamencos que temían que creciese el poder de su terrible enemigo, con la unión de Portugal y de Castilla.

Aclamado en Santarem por la plebe, Rey de Portugal, el bullicioso Prior de Crato, envió el Español al Duque de Alba, que desbarató fácilmente á los parciales de D. Antonio, con lo cual D. Felipe fué jurado en Lisboa el 12 de Septiembre de 1580, realizándose por este medio la ansiada unión ibérica, sin la que nunca logrará la Península verdadera y durable grandeza.

Al mismo tiempo que Lisboa, reconocían su autoridad Ceuta, Tánger y Mazagán: Muley-Achmed, deseoso de congraciarse con el poderoso Felipe, dió libertad al Duque de Barcelo y á D. Juan de Silva, y accedió á la reclamación que aquél le hizo por medio de D. Pedro Venegas [2], de volver sin rescate, el 10 de Diciembre de 1578, el cuerpo del

1 Felipe II le hizo merced del hábito de Santiago y le señaló crecidas rentas. Fué padrino en su bautizo Felipe III, siendo Infante todavía. D. Felipe de África murió en Flandes defendiendo los derechos é intereses de España.

2 Del trato que dió D. Pedro Venegas al Duque de Barcelos, quejóse éste: primero por medio del Duque de Osuna; después por el de D. Cristóbal Moura. Creyo éste que las quejas eran contra el Rey Felipe, y hubo de manifestarlo así; entonces Barcelos protestó, que sus quejas eran contra Venegas, *no le pasando de le jamais pe lo pensamento imaginallo.*—Copia de un papel remitido á S. M., que manuscrito se halla en la Real Academia de la His-

infeliz D. Sebastián, que, desenterrado de Alcazarquivir, se entregó al Gobernador de Ceuta y luego se trasladó á Lisboa [1].

No era desinteresada la blandura del Marroquí; habíase amparado de Felipe un hermano de Achmed, llamado Muley-Nazar, que pretendía el trono de Marruecos. Felipe, por las razones que tanto sobre su ánimo pesaron al negarse á amparar al Xerife negro, siguió ahora la misma línea de conducta; dejando, no obstante, á Muley-Nazar, en libertad de emprender por su cuenta la jornada. Fué Nazar á Melilla; casó con la hija de un poderoso Xeque de las sierras de Mexara, y con la gente que allegó, dirigióse hacia Fez; pero fué desbaratado por su sobrino Muley-Xcque, que gobernaba la tierra en nombre de su padre, el Emperador Muley-Achmed. Fugitivo y herido, escondióse; pero descubierto y entregado por los Cabilas, los Alcaydes Mumen, Bucorcia, Amubeya y Bernuda, le asesinaron.

Este fué el periodo más tranquilo de la dominación española en África. Sólo interrumpieron la paz algunas escaramuzas por la parte de Orán y Ceuta, en 1587 y 1588, contra los Moros fronterizos.

No olvidaban, sin embargo, los piratas visitar de vez en cuando nuestras costas: en Junio de 1586, el Argelino Amurat, con siete galeras y 1.200 hombres, los 400 Turcos; repitió su incursión en Lanzarote, con tanta fortuna, que cautivó 200 personas, y entre ellas á la mujer y á la hija del primer Marqués de aquella Isla, D. Agustín Herrera y Rojas. En 16 de Agosto de 1590, saquearon los Berberiscos la villa de Lepe, y en 1593, Xaván Arráez pilló la Isla de Fuerte Ventura, quemando y destruyendo cuanto quiso, con derrota de un refuerzo de 200 hombres, mandados de la Gran Canaria.

Atreguado Felipe II con el Marroquí, por diez años, concibió el plan de asegurar las costas, sin embarazos de grandes conquistas territoriales en África, y propuso al Emperador el trueque de Mazagán por el de Larache, á la entrada del Estrecho, y que impedía las excursiones de los corsarios de Salé, á vuelta con los piratas de Holanda, Inglaterra y Francia, que se les unían contra España. Cinco ó seis años anduvieron de negociaciones inútiles, por medio de D. Pedro Venegas de Córdoba y D. Diego Marín. Muley-Achmed, que por intervención de Francisco de

toria, tomo A. 50, Varios.—Parece ser de D. Rodrigo de Castro ó Alencastro, Arzobispo de Sevilla.

1 La entrega se hizo en presencia de Dionisio de Pereira, Rodrigo de Meneses, D. Francisco de Zúñiga y Fr. Roque del Espíritu Santo. Rey de Portugal Felipe II, hizo trasladar el cadáver al Monasterio de Belem.

Zúñiga había mantenido inalterable amistad con el Rey Católico, tuvo industria bastante; accediendo de palabra á todo lo que se le proponía, sin comprometerse formalmente; para no llevar á efecto el cambio propuesto, ni menos quebrar las buenas relaciones con el Monarca español, que murió en 13 de Septiembre de 1598.

A Felipe II se debió la unidad de la Península ibérica y la defensa de la religiosa. Felipe fué la encarnación en un hombre, del pueblo que gobernaba. El odio de los Protestantes y extranjeros, le apellidó el *demonio del Mediodía* [1]. ¡Gran título de gloria!: para católicos y Españoles no es dable mayor elogio. Europa le llamó el *Prudente*, y la posteridad imparcial le ha confirmado por el más grande entre los grandes Monarcas que han regido los destinos de la nación española.

1 Ni en el apodo fueron originales los enemigos de Felipe II.—D. Alonso de Santa María ó de Cartagena, de cuya diócesis era Obispo; en su discurso al Concilio de Basilea, probando la preferencia que debía tener el reino de Castilla sobre el de Inglaterra, ya usó esta misma frase. Hablando de las Órdenes que, dependientes del Rey castellano, peleaban contra Infieles, dice: «y á la parte del Mediodía, contra aquel Mahomat, al que podemos llamar *demonio del Mediodía.*»
M.S. de la Bibliot. Nac.

CAPÍTULO XVIII.

Expedición frustrada contra Argel.—Otras del Prior de San Juan y Marqués de Santa Cruz contra los corsarios.—Alianzas con los Reyes de Persia y del Cuco.—Ataques á Tánger y Arcilla.—Alianza con Muley-Xeque.—Empresas del patrón Simón y de D. Luis Fajardo contra Argel y Túnez.—Guerra de Muley-Xeque con Muley-Cidán.—Por intervención de Juanctín de Mortara, cede aquél á Larache.—Descripción de Larache.—Se obstruye el puerto de la Mahamora.—Capturas de corsarios y de la recámara de Muley-Cidán.—Muerte de Muley-Xeque.

La muerte del temido Monarca español conmovió á Europa. Los piratas berberiscos principiaron otra vez en grande escala sus depredaciones, de modo que en 1601 tuvo Felipe III que proveer saliese D. Martín de Padilla á refrenarlos. Ya las temibles escuadras de los Draguts y Barbarrojas habían desaparecido; siete galeras fueron bastantes para que el mar quedase limpio y castigada la avilantez de los corsarios.

Grandes preparativos se hacían por entonces en el virreinato de Sicilia. El Almirante genovés, Juan Andrea Doria, salió de sus puertos con una armada de 70 galeras y 10.000 hombres de desembarco, y se presentó á la vista de Argel.

Sólo entonces entendió la ciudad el objeto de la expedición, y hallóse con sus fustas esparcidas por los mares, y ella casi sin defensa. Posible fué tomarla de rebato; pero conferenciaron los Capitanes, y creyeron más conveniente suspender el ataque para otro día. En tanto, el protector constante de Argel acudió en su socorro. Un recio vendaval obligó á la escuadra á echarse mar afuera buscando refugio en Mallorca y Barcelona. Mucho sintió el Rey que se malograse expedición tan costosa y tan ardientemente deseada por sus pueblos.

Quedó desde entonces reducida la guerra á choques parciales con los corsarios, impotentes para reunir grandes fuerzas, desde que el Gran Turco, por las treguas con España y por el decaimiento de su poder marítimo, dejó de auxiliarles con sus temibles armadas. Así fué que en 1603, el Prior de la Orden de San Juan, recorrió el Mediterráneo, apresando varias embarcaciones piráticas en las costas españolas; mientras

que el Marqués de Sauta Cruz las perseguía en los mares de Sicilia.

Para distraer las fuerzas turcas por todos lados, é impedir que favoreciesen á los Berberiscos, formó alianza Felipe con los Persas, y por la parte de África, con el Rey del Cuco; pequeño estado de la costa; á quieu ofreció auxilios de geute, dinero y naves. Ambos emprendieron la guerra, pero Felipe no pudo ayudarles y lograron poco efecto.

Falleció en este año Muley Achmed, que siempre mantuvo paz con los Españoles: la división del reino entre sus hijos produjo abundaute mies de guerras intestiuas. Pero retrocedamos algo para explicar los sucesos que tuvieron lugar en el Occidente de Berbería. Ensoberbecido Muley Xeque con la victoria obtenida contra su tío Muley Nazar, y aguijoneado de impaciente ambición, levantó armas coutra su padre; el ejército no le siguió, y los principales Alcaides le aconsejaron que borrase el delito, poniéndose en sus manos. Justamente irritado Muley Achmed, le mandó encerrar en Mequinez, y al morir, en 14 de Agosto de 1603, dejó á su hijo Muley-Abú-Fer el reino de Marruecos, y el de Fez al menor, Muley-Cidán: Muley-Xeque, hijo mayor desheredado y preso, logró la libertad, y con ella numerosos partidarios; atacó á Muley-Cidán, y despojóle del reino. Abd-Alláh, hijo de aquel, dió muerte á Abú-Fers, ayudado por el Alcaide Hamuz-ben-Elch; pero no pudo conservar á Marruecos, por habérsele opuesto los principales, capitaneados por Muley-Boazón, Alcaide de gran séquito é influencia, que proclamaron al fugitivo Cidán [1]. Tío y sobrino lucharon larga y encarnizadamente con varia fortuna; pero temiéndola Muley Xeque, quiso preveuirse, estrechaudo la amistad con España, acorde con la política de su padre. Al efecto, y con motivo de una victoria obteuida por su hijo Abd-Alláh, contra Cidán su hermano, envió á Juanetín Mortara, Genovés, residente á la sazón en Marruecos, hombre astuto y determinado; á fin de que le lograse uu salvoconducto para entrar en las posesiones españolas, cada y cuando le conviniese, y tal fué el manejo del Genovés, que se lo logró en 24 de Abril de 1608.

Durante este período de espantosa anarquía porque pasaron Fez y Marruecos; sin motivo aparente, los Fecíes dieron una brusca arremetida á Tánger y Arcilla, pero fueron rechazados con igual ardimiento;

1 De tal modo discuerdan los autores sobre estos hechos, que muchos suponeu qué Abú-Fers, vencido por Abd-Alláh, se refugió en las montañas de Sus; que después reconoció á su hermano Muley Xeque por señor de todo el Mogreb, y uniéndosele con grueso ejército, peleó contra Muley Cidán, y que le derrotó, y á Muley-Abd-Alláh, hijo de Muley-Xeque, en la batalla que se dieron á orillas del Buregreb, ó Buragrag.

mientras el Marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo, apresaba con sus galeras en el Estrecho de Gibraltar once corsarios Turcos.

Poco después, el patrón Simón, hombre de gran marinaje y empresa, entró de improviso en el puerto de Argel, y echó granadas de fuego griego sobre la armada turca; «pero no quiso el cielo que prendiesen.»

Intentó efectuarlo en el año siguiente D. Luis Fajardo, hijo del famoso Marqués de los Velez, y el 14 de Julio de 1609, recaló en el puerto; mas pusiéronse en salvo ocho navíos de alto bordo, á jorro de tres galeras, y como el viento que era propicio para entrar, era contrario para salir, no pudo perseguirlos D. Luis, por carecer de galeras remolcadoras.

Pasó á Túnez, y en la tarde del 30 de Julio penetró en la ensenada, donde fondeaban 22 navíos de alto bordo y una galeota de 23 bancos. Acometióles D. Luis Fajardo, con chalupas cargadas de bombas y artificios de fuego, en tanto que los navíos y galeones con sus tiros combatían la Goleta: las chalupas incendiaron la armada turca con tan buen éxito, que á las cinco de la tarde estaban reducidos á cenizas 21 bajeles redondos y la galeota. Libróse del fuego la almirante turca; diósela Fajardo á Felipe Prenost, Señor de Valuns-le-Roge, que con una galera se le había unido voluntariamente en las aguas de Cerdeña; saqueóla y la abandonó, apoderándose de ella los Turcos, que la vararon en tierra. Pesóle á D. Luis; destacó cuatro chalupas; hicieron huir á los Turcos, y quemaron también aquel hermoso buque.

Desde los tiempos de Felipe II, como hemos escrito, aguijoneaba al Gobierno español el deseo de poseer á Larache: consultólo con Mortara, á quien pareció fuera de sazón el intento; sin embargo, se lo insinuó al Xerife, que le oyó desabridamente, y entró en recelos; mas calmólos Juanetín, encareciéndole la lealtad de la corte de España; mientras que por bajo cuerda dió aviso al Duque de Medinasidonia, General de las costas de Andalucía, de hallarse completamente desguarnecida la plaza y ruinosas sus defensas.

Agregábase á esto, el temor que tenía Felipe de que Larache cayera en poder de Muley-Cidán, enemigo de los Españoles, y que iba sobreponiéndose á Muley Xeque, ó que lo tomasen los rebeldes de Holanda y Zelanda, sus aliados. Creció el rumor de que estos tenían dispuesta una expedición con tal objeto, y Felipe trató de anticiparse. Al efecto, en 24 de Julio de 1608, mandó al Marqués de Santa Cruz que apercibiese cuanto fuera necesario en Cartagena, á fin de que no sospechasen los Moros: que á boga arrancada cruzase el Estrecho, y que sin hacer alto

en ninguna parte, y prohibiendo la salida de buques, cayese sobre la plaza, y tomada, cortase la lengüeta de tierra que hay de mar á mar, la fortificase contra la caballería enemiga, y dejase el mando á D. Hernando de Añosco [1].

Llegaron á oídos del Marroquí nuevas de los aprestos, y enfurecido amenazó á Juanetín con la muerte y con enviar á Larache 4.000 arcabuceros. El intrépido Mortara negó la expedición, respondiendo con su cabeza; convenció á Muley-Xeque de los peligros á que se exponía, privándose de la mejor parte de su ejército, y de todo avisó á Medinasidonia. El 6 de Septiembre de 1608, se presentó á la vista de Larache el Marqués de Santa Cruz, General de la armada; pero no hizo demostración hostil, ó por haber creído impracticable su plan, ó por habérselo impedido la gruesa mar y lo borrascoso del tiempo. Muley-Xeque, grandemente irritado, metió en una mazmorra á Juanetín, y le confiscó los bienes; mas temeroso de provocar la cólera de Felipe III, dilató su muerte para cuando vencidos sus hermanos, pudiera hacer frente con todas las fuerzas del imperio, al Monarca español.

Había cargado en su hijo Abd-Alláh, el peso de la guerra contra su hermano Cidán. En Enero de 1609, Cidán junto al Buregreb, derrotó completamente á Abd-Alláh: Muley-Xeque con toda su familia tuvo que refugiarse en Larache; puso en libertad á Mortara, y vaciló en si iría personalmente á vistas con Felipe. Acosado por sus enemigos, salvóse en un buque que le proporcionó Mortara, encargando á Abd-Alláh, á Yahya y á Abu-fers sus hijos y hermano, que resistiesen hasta su vuelta. Decidido á ceder á Larache en cambio de auxilios de armas y dinero, llegó á España, detúvose en Carmona; al poco tiempo, con la noticia de la victoria alcanzada por sus tropas y de que su hijo Abd-Alláh dominaba como dueño en Fez, principió á trocar sus intentos sobre Larache; que propósitos por la necesidad engendrados, se mudan al compás de la varia fortuna. Mucho trabajó Juanetín para reducirlo, y tan bien llevó el negocio, que al cabo logró que se obligase en capitulaciones firmadas en Madrid á 9 de Septiembre de 1609, á ceder á Larache y á no tomar á Mazaghán, en cambio de 200.000 ducados y 6.000 arcabuces que había de devolver finalizada la guerra civil.

Concluído el tratado, D. Antonio Coloma y Calvillo, Conde de Elda, con siete galeras, dejó á Muley-Xeque en la costa de Vélez de la Gomera, estableciendo su campo al abrigo del cañón de la plaza, desde donde

1 Vide Apéndice núm. 12.

por medio de Pedro Natán, su confidente, avisó al Marqués de San Germán D. Juan de Mendoza aproara hacia Larache. Pronto se arrepintió de lo hecho, y envió nuevo mandadero con instrucciones contrarias; pero había salido ya la armada, y aunque la pudo alcanzar el mensajero y dar el aviso, despreciólo el General, que continuó su derrota. Recibido con algunos cañonazos por los Moros de la guarnición, quiso tentar fortuna; desembarcó, mas temiendo un recio temporal y lo peligroso del desembarcadero, que por la resaca tuvo que atravesar la tropa con agua al pecho; recogida la gente, picó rumbo hacia Tánger donde dejó á los hijos de Muley, que tenía en rehenes para seguridad de lo pactado [1].

Combatido el Marroquí por el temor de que los Xeques y Alcaides le abandonasen si entregaba á Larache, y de que se enojara el Español si retrocedía; ansiando recobrar á sus hijos y no aventurar su corona; hostigado por los Alcaides para que se negase, y por el infatigable Juanetín para que cumpliese; daba largas, esperando que algún suceso imprevisto le abriera puerta para salir de tanto apuro.

Por fin, alegó recelos de la buena fe del Rey de España. El Genovés ofreció su persona para que le cortasen la cabeza, si no cumplía Felipe su Real palabra, entregado Larache. No había excusa, y Muley-Xeque acordó definitivamente cederlo. Dióse aviso al Marqués de San Germán, quien el 18 de Noviembre [2] de 1610 navegó la vía de Tánger, y por el mal tiempo refugiáronse en Céuta las galeras, desembarcados tan sólo 400 hombres. Al día siguiente volvió la armada á Tánger, y por la noche siguió la vuelta de Larache, donde se presentó el 20, tomando posesión de la plaza el siguiente día. No hubo contradicción ninguna: Mohamad Garní y Almanzor-ben-Ythiya, comisionados por Muley, dejaron el Castillo de Arriba, al Sargento mayor Hernando Mejía de Gómez, y el de Abajo, al de igual clase, Mateo Bartox de Solchaga; quienes tomaron posesión por el Rey Felipe III. Al decir de entonces, se encontraron en el Castillo de Arriba, llamado por los Españoles de Santa María, 60 piezas de bronce y fierro colado, con municiones para más de dos años, y era preciso pasar cinco puertas de hierro, con foso y contrafoso, para penetrar en el último recinto. En el Castillo de Abajo, ó de San Antonio, había 30 piezas de bronce y abundantes pertrechos [3].

Exagerada sería esta relación, cuando el Marqués de San Germán

1 Apéndice núm. 13.

2 Patxot afirma que fué el 9.

3 Relación impresa en Sevilla por Alonso Rodríguez Gamarra en 1610, que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

añadió algunas fortificaciones á la plaza y la reforzó con nueva artillería: asegurada ya, dejó por Gobernador al Maestre de Campo Valdés, con cuatro compañías de á 200 hombres[1].

La corona de España se había enriquecido con una preciada joya al posesionarse de Larache, llamada por los Moros, según unos, Al-araix (jardín de flores); según otros, Al-araisce-bení-Arós (los viñedos de la tribu de Arós): se cree sea la Lixos de Tolomeo y la Lixa de Plinio, aunque hay quien toma por restos de esta ciudad romana, las ruinas que se ven un poco más allá de Larache. Está situada en la costa del Atlántico, que allí forma un golfo, y en el declive septentrional de un alto monte, que se derrama hacia el mar, y cuyo pie lame la desembocadura del Luccos. El puerto es mediano, sin que la barra pueda atravesarse por buques de más de 200 toneladas. Muchos de sus habitantes eran Moros españoles lanzados de la Península[2].

No poco habían disminuído las correrías de los piratas, pero aún conservaban la guarida de la Mahamora, continua amenaza para Larache. Felipe III, á fin de asegurar esta plaza, la mandó fortificar en 1611, con los productos de los bienes de los Moriscos expulsados de Andalucía, y pensó inutilizar aquélla, cegando su fondeadero. Para ello comisionó al Marqués de Villafranca, quien, reunida su armada en el puerto de Santa María, dióse á la vela, remolcando, cargados de piedra y otros materiales, siete buques que barrenó en el puerto de la Mahamora. Como en Tetuán, pronto fueron deshechos con las fuertes avenidas de la ría y las continuas resacas de la mar, quedando estéril tan meditado y tan costoso artificio.

Por aquel tiempo, las galeras de Fajardo apresaron varios buques piráticos de Levante; D. Rodrigo de Silva, cuatro de Marruecos, con mercaderías[3]; y D. Pedro de Lara dos, con la recámara del Rey Cidán llena de preciosidades, entre ellas, 3.000 volúmenes árabes, los más de

1 En el *Rudh-el-Kartás*, de Abú-Mohamed, traducido por Mr. de Beaumier, se dice que antes de la primera conquista de los Portugueses en 1504, que la retuvieron hasta 1514, los Cristianos se apoderaron de Larache en 1270, degollando á sus habitantes, llevándose mujeres y riquezas, é incendiándola después. Ni la crónica marroquí, ni la historia, mencionan este suceso.

2 Aún se conserva sobre la puerta de la marina una lápida en que se lee esta inscripción: «*Por la gracia de Dios. Reinando Phelipe Tercero, ganó estas plazas por mano del Marqués de la Ynojosa. Año de 1610, y governando el Maese de Campo, Pedro Rodríguez Santistevan, hizo esta muralla, año de 1618.*»

3 Relación manuscrita, hecha en 5 de Setiembre de 1611, en el galeón *Santiago*, anclado en el paraje del Cabo de Santa María.

filosofía y medicina. Ofreció por ellos el Emperador de Marruecos 70.000 ducados, y Felipe propuso el trueque por los cautivos cristianos que aquél tenía; negóse el Marroquí, y lleváronse al Escorial los manuscritos, aumentando su preciada biblioteca.

En 1612 adquirió nuevas glorias la marina española: D. Antonio Pimentel, deudo del Conde de Benavente, que montaba la Patrona de Hernando de Aledo, sorprendió de noche el puerto de Túnez; destacó 100 soldados en las chalupas; quemó siete naves y buques menores del pirata Simón Dancer; se llevó á remolque otras tres, y reunido luego á siete galeras del Marqués de Santa Cruz, incendió las atarazanas de Biserta; cautivó cerca de 500 Turcos, y corriendo la costa saqueó la isla de los Querquenes, «sin dejar en ella cosa viva [1].»

A primeros de Mayo de 1613, el Almirante Santurce, al frente de la escuadra de Vizcaya, cae de sobresalto sobre el río Tagarte, junto á Tetuán, y se apodera de tres navíos turcos, con 150 hombres, y de una saetía inglesa que iba en conserva.

Poco después, por mandado del Virrey de Nápoles, salió de Palermo D. Octavio de Aragón, con ocho galeras y 800 soldados contra Chícheri, en la costa de Argel: orgullosos los Moros, abren las puertas de par en par, creyendo que con un cañón enfilado podrían impedir la entrada. Acometen los Españoles, y consiguen la población, con muerte de 300 enemigos y gran saco en sedas, ricas telas y aljófares. Júntanse en tanto los Alárabes, hasta 6.000, y cargan á los Españoles, que se retiran á las naves con la presa, sin ningún daño, y echando á pique cuatro bajeles que se encontraron al paso.

Marcha la flota en demanda de Sicilia; toma un bergantín de Moriscos, y teniendo noticia de que había de bajar la turca, se embosca tras la punta del Cuervo, ó Cabo de Corbo: el 29 de Agosto [2] topa con 12 galeras de fanal, al mando de Sinán Bajá; apresa siete y echa á pique una, escapándose las otras por remos; libertáronse 1.200 esclavos; quedaron 400 Turcos muertos y se tomaron 600, entre ellos Mahamet, hijo del famoso Almirante turco Piali. Desgraciadamente una deshecha borrasca salteó á las galeras, no muy bien marinadas, por haber dividido la chus-

1 Relación impresa, por Bartolomé Lorenzana, en Granada, año de 1612.

2 El 24 de Junio dice Porreño: seguimos la Relación que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—En otra impresa en Sevilla por Alonso Rodríguez, en 1614, y que se supone tomada del parte oficial del Duque de Osuna, Virrey de Sicilia, se dice que este combate fué dado por D. Octavio de Aragón, y que Mahomet era hijo de Alí-Bajá, el que mandó en Lepanto.

ma con las aprehendidas, y á duras penas arribaron al puerto con mucha ruina del botín.

En el siguiente año, 1614, Hernando Bermúdez y Martín de Garay cautivaron 300 Turcos con la Capitana de Alejandría y Damieta, libertando 400 Cristianos, y en Agosto de 1616 las galeras de Malta se apoderaron de dos naves, dos galeras y seis caramuzales con 570 Moros, Turcos y Judíos; muertos más de 150 en el combate [1].

La muerte de Muley Xeque, acaecida en este tiempo, privó de un fiel aliado á los Españoles. Y como sobre la muerte de Muley Xeque se habló con variedad y en nuestra época ha habido algún escritor que, con reticencias malignas ha dado á entender que quizá fué provocada ó consentida por Felipe III, queremos brevemente narrarla tal como entonces se dijo [2].

En una aldea llamada Farrobo, vivía Mohamet Bulif, el Almocadén, poderoso Moro, muy temido y contemplado de Muley Xeque. Mató á uno de los principales de Alcázar, y recelando de los parientes del muerto, logró del Rey una cédula de fecha anterior, con orden para degollar al de Alcázar. Diósela con repugnancia Muley Xeque, y primero por el Alcaide de Tetuán y luego por sí mismo, trató de deshacerse del Bulif; pero los encargados, hombres de poco espíritu, le franquearon el mandato. El Bulif, de acuerdo con el Alcaide de Tetuán, que estaba en relaciones con el Rey de Marruecos, tomó 400 hombres, fuese á Gibelfaráz, donde residía Muley Xeque, y rodeando la tienda, le acometió al frente de los asesinos. Muley Xeque, no perdiendo el ánimo, mató dos de dos pistoletazos, y con el alfange arremetió contra Bulif; pero uno de los de su séquito le pasó con un dardo, y caído, le cortaron manos, cabeza y piés, matando igualmente al niño Muley Druz [3], que trató de interponerse entre los regicidas y su desgraciado padre. Despojaron al cadáver de un coleto en que guardaba porción de pedrería, y le dejaron insepulto; hasta que al cabo de cinco días le llevaron á Tetuán en unas parihuelas, pregonando que le habían muerto por amigo de Cristianos, que había cedido á Larache, y que quería entregarles todo el Algarbe. Su hijo, Muley Abd-Alláh, vengó después la muerte de su padre, dándola cruelísima á los traidores.

1 Relación impresa en Cádiz por Lúcas Diaz en 1617. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

2 M. S. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, que concuerda en lo esencial con una Relación impresa en Sevilla por Bartolomé Gómez de Pastrana en 1621, que se halla en la misma Biblioteca.

3 Muley Driz le llaman otros.

Contóse también que, en guerra abierta el referido Alcaide de Tetuán Abencaziz, en combinación con Muley-Cidán, le había muerto en una sorpresa [1]; pero ni á Cristiano ni á Infiel vínole en mientes sospechar del piadoso Felipe III. Quedaba reservada esta gloria á modernos historiadores, que mancillando reputaciones y buscando causas ocultas á sucesos que las tienen paladinas, quieren hacer pasar malicias de su ánimo torcido, por profundidades de su sagaz ingenio.

1 El Cidán á fuerza de dinero venció al Jaquer, que con el Reino de Sús se le había levantado; el cual Moro dícenme le daba más pesadumbre que ningún otro, y así no halló más remedio que dar cuarenta mil onzas á un pariente del mismo Jaquer para que se lo amatase, que le fué fácil de alcanzar, porque el Moro más presto adquirió al beneficio propio que al aumento del pariente; y así estando los dos en pláticas en sus tiendas, acometió con el Jaquer y luego le mató. Con lo cual, muerto él, Cidán se quitó de un gran peso.—*Avisos de Berbería* dados por José Agustín de la Torre, encargado de S. M.

Lo mismo afirma Gil González Dávila en su *Teatro de las grandezas de Madrid*. Luis Cabrera, en su obra *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España*, escribe que Muley-Xeque murió en Alcázar, herido de azagaya, por disposición, según se decía, de su hijo Muley-Abd-Alláh.

CAPÍTULO XIX.

Se resuelve la toma de la Mahamora.—Su descripción y presa.—Ataques y defensa del nuevo fuerte.—Hazañas del Capitán Francisco de Rivera.—Capturas de corsarios.—Combate de D. Octavio de Aragón.—Construcción de atalayas contra Moros.—Posesiones hispano-africanas.—Causas que sostuvieron la piratería.—Muerte de Felipe III.

Eran muchos y muy entendidos los que en España querían la demolición y abandono de Larache, antes tan deseada y ahora estimándose por de menos conveniencia y mayor gasto que se había creido; mas no opinaba así el Duque de Lerma, gran privado del Rey, que de acuerdo con el de Medina-Sidonia, Capitán general del Océano, que lo era también de Ceuta; determinó asegurarla más, conquistando á la Mahamora, intermedia entre aquel puerto y Mazaghán. Además de la seguridad de Larache, aconsejaba esta medida el ser ordinario refugio de los piratas favorecidos por el Rey de Marruecos, irreconciliable enemigo de Españoles.

Está la Mahamora ó Mehdía en el Reino de Fez, media legua distante del mar Océano y á 22 al Oeste de la capital. Pasa por su lado, el río Sebú, formando en su desembocadura y al abrigo de todos vientos, el puerto que en larga distancia se introduce río arriba y sufre buques hasta de 300 toneladas; si la estación bonancible permite la barra y no se embravece la costa llena de arrecifes.

En 1515 trató de apoderarse de ella el valeroso Rey portugués Don Manuel el Afortunado, y reunida una armada de más de 200 velas, con 8.000 hombres al mando del General D. Antonio de Noronha, Conde de Linares, zarpó de Lisboa el 13 de Junio, anclando en la desembocadura del Sebú el 23, y fortificándose á la ligera. Apresuradamente acudió al socorro el Sultán de Fez, Mohamed-ben-Oataz, y rechazó á los Portugueses que perdieron 5.000 hombres, más de 100 naves y gran pertrecho de artillería y municiones. La memoria de tanto estrago abultaba el riesgo de la empresa, y á fin de prevenir accidentes, enviáronse antes exploradores, que con el mayor recato calasen el puerto y la barra y diesen noticias de las defensas y buques que allí había. Con esta razón, el día 1.º

de Agosto de 1614 salió de la bahía de Cádiz con una fuerte armada, D. Luis Fajardo, General de los galeones fuertes del Océano. Juntábanse á éstos, los navíos de Dunquerque mandados por el Almirante Diego de Santurce y Horozco; y ocho galeras reales, cinco á las órdenes de D. García de Toledo, hijo del Marqués de Villafranca, D. Pedro, y las otras tres lusitanas, á las de su General el Conde de Elda; montando con los buques de transporte 99 velas, en que iban unos 5.000 soldados, abundantes municiones de boca y guerra, y materiales de cal, piedra, ladrillos y faginas, para las fortificaciones que habían de construirse. El tiempo sereno y el mar espejado, ofrecían ocasión de caer de sorpresa sobre la plaza; pero llegada la noche, alteróse el Océano, y tan en temor puso al General, que torció el rumbo hacia Larache. Le avistaron los Moros, y esparcida la alarma, se previnieron los de la Mahamora, que andaban recelosos: serenóse el tiempo y se aplacó el mar, y el día 3 de Agosto surgió la flota. Al amor del puerto hallábanse unos 500 corsarios con 15 buques de hasta 200 toneladas y dos urcas de 300; echaron á pique una en la boca del canal y medio de la barra, y con la otra, bien provista de artillería y mosquetes y un enmaderamiento apoyado en las entenas y mástiles de la urca ahondada, prohibían la boca del puerto. Formaron además los otros buques en línea y abrieron trincheras por la parte de tierra, que artillaron con seis cañones, y levantando un fortín guarnecido con tres piezas reforzadas, aprestáronse á la defensa. Al llegar Fajardo, encontró al Almirante holandés Juan Eibrescen [1], que con cuatro urcas impedía la fuga de los piratas, hasta que Muley Cidán le concediese la licencia pedida de apoderarse de la ciudad. Excusóse por ello de cooperar á la empresa, y sobre el modo y forma que había de guardarse en el acometer al enemigo, dió saludables consejos al Español.

Envió éste parlamentarios; los piratas les cortaron las cabezas; repitió y recibieron á tiros al barquichuelo, matando al piloto. El día 4 mandóse acometer con ocho grandes chalupas; pero lo fuerte de la marejada lo impedía y se perdió la falúa real, hasta que por consejo del Conde de Elda, el Capitán Jusepe de Mena reconoció la costa, y remontando un poco hacia Larache, comenzó á desembarcar con los Españoles en un mediano surgidero. Corrieron á impedirlo unos 700 hombres; pero la artillería de las galeras que disparaba desde los flancos, limpió la playa imposibilitando la oposición. Los primeros que arrojándose al agua toma-

1 En la Relación oficial que existe manuscrita en la Academia de la Historia, se le llama Juan Ebersem.

ron tierra, fueron los Capitanes de marina Mena, Bartolomé García [1] y D. Fermín de Lodosa, y tras ellos hasta 2.000 soldados. Ordenáronse al punto en dos escuadrones, echando á vanguardia una manga de mosquetería y dos hileras del escuadrón primero, al mando de los Capitanes Ibarra y González del Aguilar. Los corsarios, que habían calculado el ataque por mar, al verse acometidos por la espalda, cayeron de ánimo, y disparados algunos tiros; con el favor de la noche, que á toda prisa cerraba, retiráronse abandonando el fuerte, en el que entró el primero el entretenido de la armada D. Pedro Legorreta. Antes de abandonarlo, clavaron los Moros las piezas, mas con tan escasa pericia, que al punto las desclavó Mena, haciéndolas jugar contra las fortificaciones del puerto. Considerada por los corsarios inútil la resistencia, con lo mejor que tenían marcharon hacia Salé é incendiaron la escuadra. El Teniente Maestre de Campo General D. Cristóbal Lechuga, acudió presuroso á cortar el fuego, lográndolo en 10 bajeles y quedando cuatro reducidos á cenizas [2].

Aconteció la toma del puerto el 6 de Agosto, y á poco, para que no cargase toda la Morisma, el Almirante Miguel de Vidazabal, con 8 galeones y algunas barcas, se corrió hacia Salé, cañoneándola en tanto; con lo que, por cuidar de la población, descuidaron el embarcadero. Levantóse de seguida en la altura un fortín abonetado con las tres puntas hacia tierra, artilladas convenientemente. Repuestos los Moros de la alarma que les causó el bombardeo, y considerando lo gravoso de tal vecindad, dieron varias arremetidas, no con mucho empeño y sin gran trabajo rechazadas. Pero el 15 de Agosto por la mañana, con tal silencio se pusieron sobre el fuerte, que pudo haber sido degollada la guarnición antes de prevenir su arribo; si al verse sobre los reparos no hubieran denunciado su venida con grande algazara, y voces y músicas de atabalejos y dulzainas, entreteniéndose en derribar el escudo de las armas Reales que campeaba sobre un ástil. Al ruido acudieron los soldados á medio armar, y echándose sobre el mayor remolino, hiciéronle huir, derribando un gastador, de una pedrada, á un Moro que parecía ser de algún respeto en-

1 Una Relación impresa en Sevilla por Alonso Rodríguez Gamarra en 1614, le llama Bartolomé de Nodal.

2 Gran divergencia existe entre los historiadores sobre la fecha de la toma de la Mahamora ó Mehdía. Mr. Chenier, en sus *Recuerdos históricos sobre los Moros*, dice que fué el año 1604. El P. Castellanos. en su *Descripción histórica de Marruecos*, afirma que tuvo lugar el año 1617. Lafuente, en su *Historia de España*, pone este suceso en 1644.

Apéndice número 14.

tre ellos, y que casi tenía ya entre manos el escudo. Como en Melilla, un Morabito les había asegurado encantar de tal modo con sus palabras á los Españoles, que los habrían á las manos adormidos é indefensos. Prosiguiéronse las fortificaciones, y tanta gente fué acudiendo de España, que sin alojamiento, escasos de víveres, picando algunas enfermedades, y visto que el Rey Cidán no venía á atacarlos como se recelaba, por tener harto que hacer en su reino, determinóse la vuelta dejando en el fuerte á D. Cristóbal Lechuga, ya Maestre de Campo, con 50 piezas de artillería y 3.000 soldados. Murieron sobre 2.500, pocos en guerra, algunos ahogados, los más por enfermedades; que fué mucho el desorden en enviar refuerzos innecesarios de hombres, sin vituallas, sin medicinas y sin manera de cuidarse en terreno mal sano y pantanoso.

A pesar de la ocupación de los puertos principales del Océano, la piratería continuó infestando las costas y paralizando el comercio, favorecida por los Turcos que empeñaban en el Mediterráneo incesantes combates con la marina española. Entre ellos, merece especial recuerdo el sostenido por el Capitán Francisco de Rivera, que con seis bajeles cuidaba de que los Turcos no estragasen las costas de Italia. El 14 de Julio de 1616 encontró 55 galeras enemigas, y con valor temerario aceptó el combate, que sostuvo desde las nueve de la mañana hasta que les separó la noche. Lejos de escapar Rivera, permaneció en aquellas aguas, y al amanecer, los Turcos cayeron de nuevo sobre él, y el valeroso Español defendióse todo el día, y de nuevo las sombras de la noche dieron tregua á la furia del combate. Grandes pérdidas había sufrido el Turco; pero contando las del enemigo por las suyas, volvió á empeñar la acción el 16, y la Real turca se arrojó sobre la Capitana española á boga arrancada: manda Rivera suspender el fuego, y á distancia conveniente, una descarga cerrada desbarata á la Real y se retira perdido casi todo el equipaje. Muertos, 3.500 hombres; á fondo cuatro galeras, 23 completamente inútiles, y el resto tan quebrantadas, que no podían seguir el fuego; huyó la armada turca, marchando Rivera la vuelta de Nápoles, donde con aplauso universal recibió en premio el hábito de Santiago.

En la siguiente campaña de 1617, D. Diego de Vivero con dos galeras, ganó otras dos del Bajá de Chipre, cautivándole con su familia. D. Antonio Oquendo, en el Cabo de las Berlingas, entró cuatro navíos turcos, y D. Alonso de Noronha, en el de San Vicente, atacó á 17 corsarios, abordó cinco, echó á pique cuatro y dispersó el resto.

En 1618, el Capitán Simón Costa, con tres galeras reforzadas, atemorizó los mares de Constantinopla, de tal modo, que no había Turco que

se atreviese á navegar. Miguel de Vidazabal, Almirante de la escuadra de Vizcaya, por Mayo del mismo año, afondó en la bahía de Gibraltar un navío y tomó tres y una carabela con mucho haber [1], y luego otras dos, apoderándose en estos combates de 400 Turcos, muerto 800, y libertado 200 cautivos. Poco después acometió á seis bajeles moros, echó á pique dos, incendió otros tantos, ganando la Capitana; el otro buque fué aprehendido en las aguas de Barcelona por dos galeras de Nápoles.

Reunida una escuadra berberisca, atacó á varias naves de transporte, que al mando del inglés Haillot y cargados de tropa, iban desde Nápoles á Venecia por acuerdo del Duque de Osuna: á pesar de la superioridad numérica de los corsarios y de estar armados en guerra, resistieron y acometieron á su vez tan bravamente los Españoles, que aquellos hubieron de abandonar la presa, bien que dejando asaz maltratados nuestros buques.

Pero entre las expediciones venturosas de este año, ninguna como la de D. Octavio de Aragón en los últimos días de Abril y primeros de Mayo. El corsario Alí-Zayde [2] corría las costas de Valencia, y desde las de Sicilia fué enviado para defenderlas D. Octavio de Aragón con seis galeras, que al paso toparon y rindieron dos turcas, y en las costas de Valencia, una galeota, dos saetias, tres barcos grandes de bastimento y cuatro fragatas berberiscas. Alí-Zayde había desaparecido, y creyendo limpio el mar, envió D. Octavio á vigilarlo á su Teniente Lezcano, con dos galeras que rindieron una nave corsaria, quedándose él anclado frente á la ciudad con las cuatro restantes.

Para agradecer los obsequios de los Nobles valencianos, dióles un convite en su galera que estaba cuajada de amigos y curiosos: entre los brindis y alegría del banquete, se recibe aviso de que contra la escuadra venían á más andar ocho navíos gruesos de corsarios. Levántanse tumultuosamente, D. Octavio ruega á los convidados que vuelvan á la ciudad, y á los curiosos que se retiren; niéganse aquéllos, y de éstos, los populares se embarcan apresuradamente, á excepción de algunos mozos de bríos, que se ofrecen para combatir al lado de la Nobleza.

Prepáranse las galeras, forman línea, y en orden de batalla aparece la escuadra turca cargando á todo trapo. Sereno D. Octavio, espera hasta tenerla casi encima, y dispara sus andanadas con tan buena suerte, que

1 Relación impresa en Sevilla por Francisco de Liza en 1618. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

2 Morisco renegado, natural de Zaragoza, llamado Antonio Cuartanet.

echa á fondo un navío. Las Capitanas, como de común acuerdo, se aferran, la tripulación se agolpa hacia aquel lado y pugna arriscadamente por vencer al enemigo. Entre los del convite estaba D. Juan de Ariño, nadador extremado y de más extrema osadía: tírase al agua vestido, con la rodela atrás y la espada entre los dientes, boja las naves, y por el lado opuesto de la batalla, donde no había ni un hombre, logra, sin ser visto, encaramarse en la nave turca; acomete por retaguardia á los que peleaban con D. Octavio, mata algunos, acuden otros á contrastar el peligro, abultado por el miedo, vacilan, y D. Octavio animando á los suyos, entra en el navío turco desmantelado por la artillería. Sigue furioso el combate, cuando otro Caballero valenciano rinde á Alí-Zayde, y se entrega el navío. Con no menor furia peleaban las otras naves: el Salamanquino D. Juan de Solís y los ciudadanos de Valencia Pedro Jorge de Cárdenas y Sebastián Vicente Tafalla, con su grande esfuerzo, cautivan la Almirante: dos navíos turcos emprenden arrancada fuga; destácase en su seguimiento la galera del Capitán Diego Soria y los apresa. Resistíase valientemente el resto de la escuadra enemiga; pero ya el valor era inútil: después de nueve horas de sangriento combate, tuvo que arriar bandera. El Mediterráneo quedó por entonces libre de piratas [1].

No así el Océano: á pesar de la constante persecución que sufrían los Arráeces Solimán y Tabán, reunen una armada de 60 velas, caen sobre Lanzarote, en las Canarias, y desembarcan 5.000 hombres. Aterrorizados los Isleños, reunen sus más preciadas joyas, y se refugian en una profundísima cueva llamada de los Verdes, que tenía otra comunicación en la parte contrapuesta de la Isla. En vano se esparcieron los Berberiscos buscando á los habitantes, sin atreverse al examen de la cueva, ignorando su disposición y creyendo que el hambre les obligaría á salir. Para desgracia de los Cristianos, toparon los piratas con un Isleño que, vencido por el temor ó por el interés, reveló la doble entrada. Al punto la ciegan los corsarios, con lo cual, los refugiados hubieron de entregarse cautivos. Cayeron luego los piratas sobre la Gomera, que también saquearon, é intentándolo en la Palma, hubieron de desistir por tener

1 Hemos tomado esta Relación de una que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, impresa en Sevilla por Juan Serrano de Vargas en 1618. En otra, compuesta por Francisco López, Alférez de una compañía de las galeras de Nápoles, impresa también en Sevilla en el mismo año, dice que los navíos eran siete, los muertos Turcos más de 2.000, los rescatados Cristianos 40, y los Moriscos prisioneros que se entregaron y mataron los muchachos á pedradas, 130. También dice que el combate tuvo lugar el miércoles día de San Isidoro, 4 de Abril de 1618.

fortaleza provista de numerosa artillería y 800 hombres de guarnición.

El año 1619, D. Melchor de Borja, Capitán general de la escuadra de Denia, dió caza y rindió la galera Capitana del Bajá de Argel, muertos ó cautivos 230 Turcos: D. Octavio de Aragón en 1620, tomó en los mares de Levante la Capitana de Santa Maura, tripulada por gente feroz, y Martín Ruiz Salazar hizo una incursión en la Isla Fadala, y muertos muchos, llevóse 114 Moros cautivos.

Por este tiempo, siete galeras Turcas se acercaron á las costas de Granada, entrando la villa de Adra; pero no el castillo, que defendía D. Luis de Tovar, y que socorrido á tiempo, se libertó con muerte de 600 Turcos.

En 27 de Marzo de 1621, cinco buques de la Religión, con dos galeras de Sicilia, dos del Duque de Tursis, seis de Florencia y una nave flamenca, trabaron combate con 25 vasos turcos é ingleses, mandados por Alí-Rostán y el feroz pirata Sansón, que perdieron cuatro; muertos 300 hombres y dejando 62 prisioneros.

Para prevenir los estragos del litoral, mandó Felipe III que se construyesen en la extensión de 73 leguas, desde los confines del Reino de Granada á los de Portugal, 44 atalayas que se comunicaban entre sí, con vigías continuos para apellidar la tierra en el momento que avistasen una vela enemiga. Con esto y con la posesión de Orán, Mazalquivir, Melilla, Alhucemas, el Peñón de Vélez, Céuta, Tánger, Larache, la Mahamora y Mazaghán, se formó una línea defensiva de las costas con puestos avanzados en el continente africano; puntos de apoyo para entrar en él, refugio de nuestras escuadras y continuo impedimento á grandes expediciones piráticas [1]. Faltábannos Túnez, Argel, Bujía, los Xerves y Trípoli en el Mediterráneo, y Salé y Rhabat en el Océano, para completar el sistema de defensa; pero la sangre y el oro derramados para conseguirlo fué inútil, no pudiendo nuestros Reyes proveer á su sostenimiento, por lo necesario de hacer frente con sus fuerzas á las de los Turcos, y á las

1 No se limitó Felipe III á proveer la defensa de las costas, sino que se armó para la ofensa, y en 24 de Diciembre de 1621 expidió la Ordenación para navegar. Por ella, facultaba á cualquiera de sus vasallos para armar navíos de alto bordo, de porte menor de 300 toneladas, previa licencia del Virrey, Capitán general, Gobernador ó Corregidor de las ciudades ó distritos de donde salieren á navegar; los que hacían suyo el tercio de la presa, pudiendo vender los esclavos á su libre voluntad, excepto los Arráeces, Pilotos y Contramaestres de los navíos turcos, moros y moriscos, que si se sometían sin pelear, habían de ser entregados á aquellas Autoridades, y si eran cautivados peleando, habían de ser ahorcados, según orden de 8 del mismo mes, comunicada á los Capitanes generales de la armada y galeras.

de toda la Europa conjurada contra el poder español. Los Otomanos, protegidos ¡oh mengua! por las naciones cristianas, se atrevían á bordear por el Estrecho, y ellos y los Ingleses tenían en contribución al comercio y á las flotas de Indias. Clamaban los pueblos para que se estacionase una escuadra en Gibraltar y otra en Ceuta que impidieran tantos desmanes; pero no lo permitía lo exhausto del tesoro, y á duras penas se podían aprovisionar aquellas plazas; de modo que «estaban muy faltas de municiones, artillería, bastimento, gente, salud, ánimo y gusto [1].»

Si la piratería no sucumbió completamente á tan repetidos golpes, cúlpese á los Gobiernos de Francia, Inglaterra y Holanda que la auxiliaban oculta ó declaradamente, y á los Moriscos, que si antes de la expulsión servíanle de espías y avisos; después poblaron sus fustas con hombres resueltos, ofendidos y conocedores de nuestras marinas; pero no contando ya con centros poderosos, ni con aliados naturales; manteniéndose tan sólo al calor de las naciones que á lo mejor la desamparaban, á compás de sus intereses; si aún existía como un hecho, había muerto como un poder social.

Su completo exterminio ocupó principalmente las fuerzas, los tesoros y el ánimo de Felipe III, que murió santamente en 31 de Marzo de 1621. Príncipe de costumbres irreprensibles, menos dado al ejercicio del gobierno que fuera menester; siguió las tradiciones de familia, peleando constantemente contra Mahometanos. Si con la expulsión de los Moriscos perjudicó á la riqueza del país, en cambio le dió el inmenso bien de la unidad religiosa y la tranquilidad interior, imposible mientras dos razas que se odiaban mortalmente pisasen el mismo suelo [2].

1 Así decía en una exposición Fr. Jerónimo Gracia, de la Madre de Dios.

2 Prescott, en su *Historia de Felipe II*, al hablar incidentalmente de Felipe III, le llama *imbécil*, en lo que el imparcial historiador se dejó llevar de sus preocupaciones religiosas, hasta la injusticia. Felipe tenía aversión á los negocios; mas su entendimiento era claro, y sus deseos siempre de justicia y del bien de sus súbditos. Si es cierto lo que se cuenta haber dicho Felipe II, «Dios, que me ha concedido tantos Estados, me niega un hijo capaz de gobernarlos;» preciso es tener en cuenta lo que añadió á D. Cristóbal Moura en sus últimos días, y que revela con exactitud su pensamiento. Acongojábase el gran Rey por las consecuencias que para España podía tener su muerte, y decíale aquél: «*que se acordase de que dejaba un hijo capacísimo:*» contestóle el moribundo: «*¡ay, D. Cristóbal, que temo que le han de gobernar!*» Esto prueba, que no de la imbecilidad, sino de la inaplicación del Príncipe á los negocios y de su demasiada blandura de ánimo, temía Felipe II. Felipe II conocía mejor que nadie á su heredero.

CAPÍTULO XX.

Sube al trono Felipe IV.—La piratería.—Combates de nuestra marina contra la turca y la berberisca.—Naufragio de D. Juan de Austria.—Hazañas de Jaime Llorens y Pedro Flejes.—Combates entre los Turcos y los Caballeros de la Orden.—Ataques á Mazaghán.—Sitio de la Mahamora.—Salidas y rebatos en Tánger, Mazaghán y Orán.—Expediciones contra las tribus de guerra por el Marqués de Flores Dávila.—Política y relaciones de los Gobernadores de Orán con los Moros sometidos.

A Felipe III succedió su hijo Felipe IV, más mozo y más entretenido de lo que conviniera á monarquía tan contrastada como la española. Afortunadamente, habían concluído ya las grandes escuadras berberiscas; y las turcas, sus auxiliares, contenidas por las solas fuerzas de Venecianos y Malteses, apenas en corto número de velas, se atrevían á surcar los mares españoles. La piratería no era ya el arma de Estados poderosos, sino más bien el negocio de algunos particulares; bastante para saquear las costas con sorpresas, pero impotente para resistir el combate, y sin fuerzas con que mantener en lucha abierta su antiguo renombre de Reina de los mares. El blanco pabellón de nuestras galeras se reflejaba temido y respetado en todo el Mediterráneo: en el mismo Canal de Constantinopla, D. Pedro Cisneros hacía una soberbia presa en dos galeras, un navío y cinco caramuzales turcos [1]. Al mismo tiempo, la gente de Pontevedra rechazaba una invasión de ocho naves berberiscas que habían abordado aquellas costas, y con la ayuda de tres vizcainas, capturó seis, salvándose las dos restantes por su ligereza; y en las aguas de Barcelona se apresó otra, libertando á más de 100 cautivos [2].

El Duque de Pastrana, en 23 de Abril de 1623, teniendo noticia de corsarios, monta en dos galeras de Génova que estaban sin gente en el

1 Murieron 200 Turcos, se cautivaron más de 130, y se libertaron otros tantos Cristianos. Españoles murieron 70. Se distinguieron particularmente Cisneros y el Capitán Don Fernando de Barrionuevo, quienes, según la Relación impresa en Sevilla por la viuda de Clemente Hidalgo en 1621, y que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia; «derribaron tantos Turcos en los primeros golpes, como el segador espigas.»

2 Relación impresa en Sevilla por la viuda de Clemente Hidalgo en 1621. *Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*

puerto de Barcelona, arma á sus criados, se enmara, y cautiva el 26 un bajel redondo con 50 Turcos «que parecían gigantes:» agólpanse los vencedores en la nave vencida para saquearla, y una mina que dejaba el Arráez, renegado mallorquín, vuela la nave con muerte de tres y heridos 30 Cristianos. Continuando en su empresa, al siguiente día, capturó el Duque un navío con 90 Turcos [1].

El 3 de Octubre D. Diego Pimentel, General de las galeras de Nápoles, al recorrer los mares italianos, acomete á seis bajeles berberiscos mandados por Hazán Calafate, y herido en la pelea, sigue dando órdenes. D. Francisco Manrique, que le reemplaza, se apodera de cinco naves enemigas, rescatando 150 cautivos y aprisionando otros tantos Turcos, con muerte de más de 100. Hazán vuela la Capitana, prefiriendo la muerte en el combate á sufrirla en el cadalso, y D. Diego Pimentel espira á las treinta horas, gozoso de perder la vida peleando contra los enemigos de su patria y de su fe [2].

El 4, dos galeras de Malta y cuatro de Sicilia, mandadas aquéllas por Fr. Ludovico de Antalor, y éstas por el Capitán Lezcano, aprehendieron tres galeras turcas y afondaron otras dos [3]: el corsario que las mandaba que era un Morisco de Osuna, llamado Lázaro, y entre los Infieles Mahomat Bético Sabiano; se ahorcó para librarse de los castigos que se imponían á los renegados. A poco los Berberiscos, junto á Arcilla, en nuevo combate, pierden cinco buques, y la guarnición de Tarifa coje dos barcos al Arráez Hamete Boalí, el 24 de Octubre [4].

Uno de los corsarios más atrevidos era el Blanquillo, Morisco andaluz que, ladino en el lenguaje, práctico en el país, y avezado á las costumbres de los naturales, hacía continuas presas á favor de mil astucias y disfraces; hasta que el patrón del bergantín de Melilla, Juan Mellado, le mató en una de sus correrías [5].

En Febrero de 1624, el Capitán Salmerón, junto á la baja Calabria, tomó tres galeotas berberiscas de Salé, mandadas por el renegado de Ciu-

1 Relación oficial y carta del doctor Ginés en Peñalver, sin nombre de impresor, ni lugar de impresión, y otras dos Relaciones oficiales impresas en Madrid por la viuda de Alonso Martín en 1623. *Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*

2 Relación impresa en Madrid por Juan Delgado, en 1624. *Idem.*

3 Relación impresa en Montilla por Pedro Navarro, en 1623. *Idem.*

4 Relación impresa en Málaga por Juan Rene, en 1623. *Idem.*

5 Relación impresa en Jerez de la Frontera por Fernando Rey, año 1623. *Idem.* Cánovas del Castillo, en sus *Apuntes para la Historia de Marruecos*, atribuye la captura del atrevido corsario á D. Jorge Mascarenhas, Gobernador de Tánger, que persiguiéndole con dos medias galeras, le obligó á embarrancar en la playa.

dad-Real, Merut-Kebir-Guadiano, libra 60 cautivos y aprehende 80 Turcos. Al Capitán, con todos los renegados que llevaba, se les ahorcó *incontinenti*, que tales eran entonces las leyes de la guerra [1].

Los Monjes del Monasterio de Nuestra Señora de Oya, situado á la orilla del mar, tenían fortificado el recinto contra piratas, con un murallón que guardaban nueve piezas. El 20 de Abril de 1624, paseando por la esplanada, vieron cuatro navíos turcos, que daban caza á dos portugueses y á un francés, que á todo trapo venían á refugiarse al abrigo de la artillería del Monasterio. Faltó el viento, y los Turcos montaron en las lanchas para el abordaje. Las distancias se estrechaban y el cautiverio de los fugitivos era inevitable; cuando el lego Pablo Lezcano, que antes había sido artillero, diciendo: «esta va en nombre de la Virgen María de Oya y de mi padre San Bernardo,» botó fuego á un cañón, con tan acertada puntería, que echó á pique á la Capitana: retiráronse temerosos los demás buques, y los Cristianos cautivaron nueve Turcos, que en lucha con las olas, pudieron salvarse á nado, prefiriendo perder la libertad á la vida [2].

El 20 de Mayo, zarpa de Palermo el Marqués de Santa Cruz con 28 galeras; á los cuatro días alcanza á 13 de Biserta y Argel, en las aguas del Adriático; echa á pique siete, y se apodera del resto con 400 Cristianos que rescata del cautiverio [3].

Hallábase en Tavira para correr toros y cañas; el Marqués de Ayamonte D. Francisco de Guzmán y Zúñiga, y teniendo aviso al acabar la función de que bajeles enemigos corrían la ribera, armó al momento unos barcos y logra, á las once de la noche del 25 de Junio, capturar una saetía turca [4].

El 26 de Julio sale el Duque de Fernandina de las costas de Andalucía, boja el Cabo Espartel, y el 27, sobre Arenas gordas; rinde cuatro navíos que mandaba el Arráez Calafate, aprisionando 300 Moros y ahorcando á 20 renegados; aunque con la pérdida del Capitán de la galera *San Pedro*, D. Francisco Sáez, y quedando heridos Pedro Surias y

1 Relación impresa en Sevilla en 1624, por Juan Serrano de Vargas. *Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*

2 Relación impresa en Sevilla por Francisco de Lyra, en 1624. *Idem.*

3 Relación impresa en Sevilla en 1624 por Juan de Cabrera. *Idem.* En otra Relación del mismo, cuenta otra victoria obtenida por el Marqués de Santa Cruz en 13 de Julio, contra las galeras de Biserta y Argel: sospechamos que es la misma de 24 de Mayo, atendida la identidad de los principales sucesos. Por esto no la insertamos.

4 Relación impresa en Sevilla en 1624 por Francisco de Lyra. *Idem.*

Diego de Biedma, que lo eran de la Capitana y de la *Santa Catalina* [1]. Otra expedición hizo el Duque en Agosto del siguiente año, en la que sólo pudo lograr un bergantín enemigo.

El 6 de Mayo de 1625, el General de las naos del Almirantazgo Real de Sevilla zarpa en Sanlúcar con bastimentos para la Mahamora, y quemada la Capitana de Argel, apresada otra y hecho embarrancar dos; da la vuelta á España, contrariado en sus ulteriores empresas por lo grueso de la mar y forzadísimo tiempo.

En el mismo año, las galeras de Florencia apresaron un galeón turco en las aguas de Barcelona, y en 3 de Septiembre de 1632, á la vista de los Alfaques, tres galeras españolas [2] sostuvieron un recio choque contra cuatro navíos turcos, que sufrieron la pérdida de 160 hombres muertos y 256 cautivos.

En 1638, los piratas de Túnez, Argel y Biserta, con 18 galeazas y bergantines, osaron correr las costas de Nápoles y Sicilia. Cautivadas 300 personas en la Calabria, se metieron por el Adriático, cayendo toda la escuadra berberisca en poder de 28 buques venecianos; que afondaron tres y apresaron el resto, libertando cerca de 4.000 cautivos. Sintióse extremadamente el Sultán, que estaba en tregua con la República; pidió reparación del daño, y que se le devolviesen las naves, amenazando con ir en persona á vengar á sus vasallos. Sospechando inteligencias en un Bajá que no impidió la agresión, mandóle degollar á presencia del Embajador Veneciano, y tan cerca de él, que le salpicó la ropa con la sangre; mas la ejecución no respondió á las amenazas, que harto tenía la Puerta con defenderse de los que le atacaban, para pensar en nuevas guerras.

Por este tiempo, 28 bajeles suyos andaban por las cercanías de Tánger: armados apresuradamente varios buques mercantes y tripulados por gente de las guarniciones de aquella plaza, Mazaghán, Ceuta y Melilla, el 26 de Octubre apresaron tres con 190 Turcos, huyendo muy maltratado el resto de la escuadra [3].

A pique estuvo de quedar cautivo un ilustre Español, D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, nombrado Gobernador de Flandes. Se

1 Relación impresa en Sevilla en 1624 por Juan de Cabrera. *Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*

2 La *Santa Clara*, *San Pedro* y *Santa Bárbara*, de la escuadra del Príncipe Cardenal. Relación impresa en Madrid en casa de Francisco Ocampo, año 1632. *Idem.*

3 Relación impresa en Madrid por Diego Díaz, en 1638. *Idem.*

En una carta de D. José de Acunha, que manuscrita existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, se pone este combate en el día 16 de Octubre.

embarcó en 1656 en la galera *San Juan*, que llevaba en conserva á la *Santa Ágatha*. Una furiosa tempestad las sorprende, se pierde la *Santa Ágatha*, y la *San Juan* es arrojada entre cuatro navíos corsarios; pero tan valientemente se defendió, que rechazado el abordaje, si bien con pérdida del Marqués Francisco Serra, pudo continuar su derrotero.

Para repeler á los corsarios berberiscos, á últimos de Septiembre de 1658, se destacan de las Islas Baleares, tres divisiones; la principal, mandada por Jaime Llorens, recorre los mares de España é Italia; aprehende tres buques piráticos, y saquea la costa desde Salé hasta Bona. El 15 de Abril del siguiente año 59, ataca á tres corsarios ingleses y los rinde; pero una bala de cañón le lleva el brazo, falleciendo de sus resultas el 7 de Mayo siguiente. No equivalió la presa, con ser buena, á la pérdida que con su muerte sufrieron los marinos españoles.

Ninguno, empero, como Pedro Flejes, que con cuatro naves, en solo dos años, apresó más de 300 embarcaciones turcas, berberiscas, inglesas, francesas y holandesas; que toda la hez de estas naciones hacía causa común contra España.

No reposaban en tanto los Caballeros de la Orden: en 6 de Diciembre de 1623, D. Fr. Luis de Cárdenas, pariente del Duque de Maqueda, General de las galeras de Malta, echa á pique siete caramuzales turcos, rindiendo otros siete y un navío [1]. Al siguiente año, en otro encuentro, gana dos galeras turcas y echa á pique cuatro. El día de la Concepción, en reñida pelea desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, los Caballeros apresan 10 galeras con muerte de 300 Turcos y rescate de 400 cautivos [2].

Un desgraciado suceso tuvo que lamentar poco después la Cristiandad. El 26 de Junio de 1625 marcaron rumbo hacia Mesina cinco galeras de Malta, y en la boca del puerto de Siracusa toparon con seis de Biserta que las esperaban. Sangriento fué el combate en que la Orden perdió dos buques y casi toda la tripulación, muertos entre otros, los Caballeros castellanos D. Rodrigo de Aldana, los hermanos D. Juan y Don Teodomiro de la Vega y D. Lorenzo Aisas; el Mallorquín Fuster, los Ara-

1 Los Caballeros Españoles que más se distinguieron fueron el Capitán D. Fr. Antonio de Quiñones, Astudillo, Valenzuela, Sástago, Grijalba, los Capitanes D. Fr. Francisco Dávalos y D. Fr. Juan Ponce de León, Peraza, Quijada, Vergara, Pichardo, Montejo, Ávila, Zomudio, D. Fr. García Jofré, D. Juan Ferrer, Ariño y Franco. *Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*

Relación impresa en Sevilla por Juan Serrano de Vargas, en 1623. *Idem.*

2 Relación impresa en Jerez de la Frontera por Hernando Rey, en 1625. *Idem.*

goneses D. Jerónimo Bardaxi, Fr. Ramón Sulier y D. Francisco de Oliván, y el Caballero navarro D. Jerónimo Monreal. En la Capitana, puestos fuera de combate, el General, los Caballeros Morolans y Chamison, Capitán y Patrón; el Cómitre, el Sota-cómitre y 160 hombres; quedó mandando el Sota-escribano con 18 hombres, pudiendo con infinitos trabajos salvarse en Malta á los dos días [1].

Desquitáronse los Caballeros de la Religión en los años siguientes. En 1634 derrotan á una escuadra turca, corren las costas de Levante, y echan á pique nueve buques con más de 1.400 muertos ó esclavos. En 13 de Agosto de 1636, cinco galeras rinden á dos y un caramuzal turcos, con muerte de 40, cautiverio de 300, y libertad de 110 cautivos [2]. En 28 de Agosto de 1640 apresaron en la misma Goleta seis galeones [3]. En 1659 corren la costa de Africa y se apoderan de siete galeras berberiscas. Unidos á Venecianos en 1661, con 24 galeras, atacan en el Canal de Chío á 40 turcas y les toman 23, librando á 4.000 cautivos; mientras que seis galeras pontificias y florentinas barren las costas de España é Italia, y capturan gran número de bajeles berberiscos. La marina turca visiblemente decaía de su antigua prepotencia.

Por no cortar el hilo de las expediciones marítimas; aunque algunas de escasa importancia; las hemos agrupado, adelantándonos á los sucesos que acontecieron, en tanto, en las posesiones españolas y portuguesas.

La guerra de espolonadas y rebatos seguía lo mismo en el extremo occidental del Imperio. Los Morabitos habían predicado la guerra santa contra Mazaghán, asegurando á los Moros que serían invulnerables, llevando ciertos amuletos que repartieron entre los voluntarios. Reunidos en número de 3.000, que acaudillaba Hamete-Ben-Dumá, Gobernador de la Xerquia, se emboscaron antes del alba del 4 de Agosto de 1623, con el objeto de entrar en Mazaghán, por encamisada, sorprendiendo á los forrajeadores.

Salen éstos, y al pronto se ven acometidos por algunos Moros; acude el Gobernador D. Blas Téllez de Meneses, y toca á recoger; mas sólo á cuentazos de lanza lograba obediencia, que era por demás lo engolosina-

1 Las galeras que se perdieron fueron la *San Juan*, á la que se le rompió á tronco el árbol al intentar largarse, y la *San Francisco*, que siguió intrépida combatiendo sin querer cejar mientras le quedó un hombre. La *Santa María* y la *San Antonio*, muertos los Capitanes y Patrones, se refugiaron en el puerto de Siracusa. Murieron 78 Caballeros de la Religión, quedando los demás casi todos heridos ó estropeados.

Relación impresa en Sevilla en 1625 por Francisco de Lyra.

2 Relación impresa en Madrid por Juan Sánchez.

3 Idem id. impresa en 1640.

dos y ganosos de pelea que se encontraban los Portugueses; pero por momentos engruesaba el campo de los Moros, y al fin tuvieron que buscar apresuradamente el calor de las trincheras.

Gran peligro corría en aquel instante la plaza, en que no había quedado hombre útil; pues mientras los nuestros resistían á duras penas en las fortificaciones exteriores, podía un golpe de Moros tentar el asalto de la ciudad. En tal conflicto, la intrépida Gobernadora, Doña Catalina de Faró, manda cerrar las puertas, arma á las mujeres, las reparte por las murallas, sacan en una silla de manos al artillero Francisco Cardoso, á quien grave enfermedad tenía en el lecho, y siguiendo sus instrucciones, disparan la artillería y dan el triunfo á los suyos, retirándose los Moros con graves pérdidas [1].

Apenas Felipe IV había colocado sobre sus sienes la corona, cuando los Berberiscos, impacientes por librarse del torcedor de la Mahamora, trataron de reconquistarla. Los Holandeses les auxiliaron con armas, pertrechos y naves. Sitiáronla por mar y tierra, pero resistió el cerco con gran brío el Maestre de Campo D. Cristóbal Lechuga, Gobernador de la plaza, soldado de pericia y de corazón; hasta que la armada española, al mando de Contreras, acudió al socorro y ahuyentó á la de los coligados.

Sin efecto entonces su propósito, en 1625, creyéndola fácil empresa, formaron campo para apoderarse de la plaza. Sabido por el Gobernador, mandó emboscar 300 mosqueteros, haciéndoles respaldo él en persona con un fuerte pelotón, y al amanecer cayeron de improviso sobre los Moros, dispersándoles con muerte de 400 [2]; mas reunidos de nuevo, la situación de la Mahamora llegó á ser angustiosa, hasta que, merced al refuerzo de 150 hombres, bastimentos y pertrechos con que en 14 de Mayo le proveyeron las naos del Almirantazgo de Sevilla; se halló en disposición de no temer al enemigo. Este, que ya se diseminaba, ya se reunía; al siguiente año fué otra vez sobre la plaza, bien que su Gobernador, Don Juan Jara Quemada, le escarmentó con muerte de muchos.

Meses después, reunidos 30.000 Alárabes, formalizaron el sitio. Trató del socorro D. García de Toledo, Duque de Fernandina; mas rodaba

1 Representándole á Doña Catalina el peligro que corría el Gobernador si cerraban las puertas de la plaza, contestó con firmeza espartana: «*Cerrad, que menos va en que se pierda mi marido, que en arriesgar una plaza de S. M.*» Dice también la Relación impresa en Sevilla en 1623 por Bartolomé de Lorenzana, que la Gobernadora hizo vestir á las mujeres de soldados, y vistas por los Moros, fué la causa de que desmayasen en el combate; porque no contaban con que era tan numerosa la guarnición.

2 Relación impresa en Sevilla en 1625 por Juan de Cabrera.

tan gruesa la mar, que á la vista de la ciudad, dos galeras, no pudiendo resistir, fuéronse á pique, y la tripulación, que se salvó de las olas, pereció á manos de los Marroquíes [1].

El 10 de Mayo de 1628 se presentó delante de la plaza D. Tomás de la Ráspuru, General de los galeones de la tierra firme, con 35 velas que se cañonearon con los sitiadores hasta la una de la noche: para pedir auxilios salió de la Mahamora y llegó felizmente á las naves, D. Juan de Toledo, que notició á Ráspuru el estado en que se encontraban, circunvalados por 8.000 Moros y gran multitud de Alárabes, que se habían atrincherado fuertemente, puesto en batería 22 piezas y apoderádose de los pozos. Convenido el plan entre la escuadra y la guarnición, hizo ésta una salida tan recia, que desbarató las trincheras y pasó á cuchillo más de 2.500 sitiadores, tomándoles ocho piezas de artillería, con 300 quintales de pólvora. Tan infortunado suceso desmayó el ánimo de los Moros, y viendo además la plaza abastecida, levantaron el sitio [2], recibiendo Ráspuru una carta de gracias de S. M.

Aunque siempre rechazados, no aflojaban los Berberiscos un punto en dar rebatos á nuestras plazas, ni los Gobernadores en hacer salidas contra ellos: sólo en Tánger sostuvo D. Fernando Mascarenhas, casi diarias escaramuzas, y con mucha honra las de 11 y 13 de Marzo, 31 de Octubre de 1631 y 24 de Julio de 1635.

El Gobernador de Mazaghán D. Blas Tello de Meneses, rompió las emboscadas y rechazó á sus perpetuos enemigos de Azamor, en Julio de 1631, 1.º de Marzo de 1632 y en Octubre de 1635. Siguiendo las Relaciones portuguesas, decimos, que todas fueron *famosas* y *gloriosas* victorias. A pesar de ello, es lo cierto que Mahamad Laer, que mantenía caliente la guerra desde Ceuta hasta Aghadir, logró repetidas ventajas, degollando una vez al Conde de Castelnovo, Gobernador de Mazaghán, con 180 caballos, y á más de 1.800 Españoles, en cuatro salidas que hicieron los de Larache y la Mahamora, durante las gobernaciones de Sebastián Graneros, Diego de Vera, Toribio de Herrera y Francisco de Murga; especialmente en la de 7 de Febrero de 1631, donde de 600 soldados que salieron de la primera plaza, no volvió uno.

Escenas de la misma naturaleza tenían lugar en las costas septentrio-

1 Parte oficial de D. Diego de Escobedo, en 6 de Mayo de 1627, cuyo original existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

2 Carta de Tomás de la Ráspuru, General de los galeones de tierra firme, fechada en la Capitanía general de la Guardia de las Indias, á 11 de Mayo de 1628. Impresa en Sevilla en el mismo año, por Francisco de Lyra. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

nales, no hallándose el Gobierno español asaz holgado para emprender nuevas operaciones.

Entre todas las plazas, ninguna más codiciada por los Africanos que la de Orán, centro de acción y núcleo de nuestros dominios. Los aduares independientes, unidos muchas veces con los tributarios, se confederaban para sitiarla, y los Gobernadores, con varia fortuna, les corrían la tierra. En 1621, el Duque de Maqueda hizo una salida con 600 soldados, y con muerte y cautiverio de muchos de los naturales y gran botín, se retiró á la plaza.

Su hermano y succesor interino, D. Juan Manrique de Cárdenas; visto que volvían á inquietarse los de Abra, en 28 de Abril de 1622 salió con 700 infantes y 200 caballos, cautivó más de 300 personas, y recogió 12.000 cabezas de ganado, cediendo al presidio la parte que en la presa le correspondía.

Poco después, como en Mazaghán, unos Morabitos que habían tenido revelación segurísima de que era llegada la hora de apoderarse de Orán, porque la pólvora de los Cristianos se convertiría en alcuzcúz y las balas se volverían contra ellos; predicaron también la guerra santa y pusieron de nuevo al país en combustión.

Reuniéronse 30.000 peones y 14.000 ginetes, que el Virrey de Argel reforzó con 2.700 Genízaros. El 1.° de Agosto se presentaron en los pozos de Ben-Zulán: ármales D. Juan una celada y los desbarata; muerto en la refriega el Xeque de los Suetes, uno de los más considerados y poderosos del país. Con tal contrariedad, concluyéndoseles los bastimentos, y convencidos que sin artillería de batir serían inútiles sus esfuerzos, se desbandaron insensiblemente; hasta verse obligados los que permanecieron, á levantar el sitio á los quince días.

En 13 de Octubre de 1624, el Duque de Maqueda corre los aduares de Beni-Aghú, aliados de los Ben-Arajes, y como éstos, irreconciliables enemigos de la plaza; á la que volvió con 200 esclavos y 5.000 cabezas de ganado, repeliendo á los Moros que le hostigaban, y apoderándose poco antes de una fragata y una saetía turcas, ancladas al frente de Mostagán [1].

Con escasa fortuna gobernó el Vizconde de Santa Clara, que en la salida que hizo en 24 de Diciembre de 1629, perdió 12 caballos; siendo tan grandes los apuros y escaseces de Orán durante su gobierno, que se pasaron á los Moros en distintas ocasiones hasta 85 soldados [2].

1 Relación impresa en Madrid por Juan Delgado, en 1624.

2 De la certificación original librada por el Veedor y Contador de las plazas de Orán y

El prudente, valeroso é infatigable Marqués de Flores Dávila, Don Antonio de Zúñiga de la Cueva, su succesor, apenas había tomado posesión, fijó el bando de costumbre para que los Moros de paz viniesen á pagar el impuesto como debían. Hiciéronlo algunos, otros no, por impedírselo Anadux-ben-Egeli [1].

Este Moro, principal entre los Ben-Arajes, conmovió las tribus más levantiscas y formó gran campo para caer sobre Orán: sábelo el Gobernador, y aunque escaso de gente, de bastimento y artillería [2], el 4 de Octubre de 1632 da orden de mochila, y con un deshecho temporal, anda 24 leguas, cae el 6 sobre los aduares rebeldes, que se creían seguros por la distancia, y emprende la retirada con larga presa [3] y 290 esclavos; perseguidos por fuerzas numerosas que no pudieron nunca romperlo. Así llegó cerca de Ben-Zulán, donde la Marquesa, que había quedado con el gobierno de la plaza, le tenía preparados refrescos; que bien necesitaba después de tan fatigosa expedición.

El 16 de Diciembre repitió otra, en que murió Ben-Egeli, motor de la resistencia, con lo que se sometieron muchos aduares, y dióse á partido

Mazalquivir en 28 de Mayo de 1632, resulta: que desde 6 de Abril de 1628, en que principió á servir el cargo de Gobernador y Capitán general de los Reinos el señor Vizconde de Santa Clara, hasta 9 de Febrero de 1632, en que tomó posesión el Marqués de Flores Dávila, se trajeron para la compra de provisiones de trigo y cebada 652.409 reales en moneda de plata, por la vía de Málaga y Cartagena.

Que el día 6 de Abril de 1628, que dejó el cargo el señor Marqués de Velada, quedaron en los almacenes 7.003 fanegas de trigo y 1.408 $1/2$ de cebada.

Que de Cartagena y Málaga se llevaron además 24.936 fanegas de trigo y 6.179 de cebada.

Que durante su gobierno no se dió ninguna paga ni vestuario; sólo sí algún socorro por causas particulares.

Que por falta de trigo, no se dieron raciones en muchos días á la gente de guerra.

Que igualmente faltó en muchas ocasiones ración de cebada para la caballería.

Que la fanega de trigo llegó á valer 10 ducados; de modo que las 80 libras de pan, salían cada una á más de 46 maravedís, y dándose un real á los soldados y no pudiendo comprar una libra de pan, comían habas, higos, pasas, garbanzos, y otras cosas con que la gente lo pasaba trabajosamente.

1 En una Relación impresa en Madrid en 1633, se le llama Amadín Benagel.

2 Véanse los documentos oficiales del mismo, que originales se conservan en la Biblioteca de la Academia de la Historia, de los que aparece la falta absoluta de víveres, dinero y gente. Según certificación del Capitán D. Juan Bautista Antoneli, en 8 de Agosto de 1636, había en la plaza la siguiente artillería: en la ciudad de Orán, 12 piezas; en el castillo de Rosalcázar, 24; en el de Santa Cruz, 6; en el de San Eugenio, 7; en el de San Felipe, 11; en la Torregorda, 2; en la fuerza de Mazarquivir, 30. Total, 92. Según el mismo Capitán, para la completa defensa faltaban 88 piezas y 31 cabalgamentos.

3 Vendida, produjo 42.000 ducados. La Relación de esta jornada se ha reimpreso en 1881, y forma parte del tomo XV de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos.*

Hamete-ben-Ajaín, principal de la tribu de los Ulet-Sayer, que tenía asentados sus aduares á 16 leguas de Orán, desde donde impedía á los Moros el contrato con la plaza, y que se rebeló de nuevo, apenas el Marqués había vuelto la espalda. Mas no era Flores Dávila hombre que dejase impunes la falta de fe y la rebelión. El 25 de Diciembre [1] andando toda la noche, sorprendió sus aduares y cautivó á 26, siendo muertos cuantos quisieron resistirse. Los Moros de paz salieron al camino y dejando las lanzas tendidas en el suelo, le vitorearon por su triunfo. Otro igual consiguió en 1635 contra 120 aduares de Ben-Arajes.

Para que se comprenda el valor, la prudencia y la sagacidad necesaria en los Gobernadores, si habían de llevar á buen término las algaras; referiremos más detalladamente una de las que hizo el Marqués de Flores Dávila.

La tribu de Abra tenía sus aduares en los riscos más agrios de la sierra, y fiando en la fortaleza del sitio, se negaba á tomar seguro, hostilizaba á los Moros de paz, les impedían llevar víveres á la plaza y con entradas, cual si fuesen enemigos declarados, les saqueaba las haciendas.

El 27 de Noviembre de 1636, el Gobernador salió al anochecer de Orán con el mayor sigilo, caminó gran parte de la noche, se emboscó al día siguiente, siguió por la tarde su marcha, pasando el río Abra á la deshilada para no hacer ruído, avistando al amanecer los aduares. Los perros descubrieron á las tropas, y con sus ladridos alertan á los Moros, que se vieron asaltados por los Españoles casi al mismo tiempo. Escapan unos y alarman la tierra; otros, resisten. Cunde el movimiento y Flores Dávila, en vista de que engruesaban por instantes los defensores, hecha gran presa de esclavos, efectos y *ganima* [2], toca retirada. Cargan sobre él enjambres de Berberiscos, que con 2.000 peones y 600 caballos habían tomado el paso del río. Sereno Dávila, y siempre á retaguardia, rechaza sus acometidas, y mangas de arcabuceros desalojan á los que se oponen al vado. El enemigo, para desordenar á los Españoles, incendia los cañaverales que defendían el tránsito; Dávila entonces, prende fuego á los que protegían á los Moros, que al fin se ven forzados á dejar franco el camino. Aprovecha aquel la ocasión y vadea el río. Vencido tan peligroso obstáculo, llega á la plaza con 569 cautivos, hechos en

1 El 26 dice la Relación antes citada: debió ser en la noche del 25 al 26.

2 Así dice la Relación: probablemente será la palabra *Ganima*—Præda: rapina ovium genus.—Freyettung, *Dicción árabe.*

los aduares y pelea, muertos más de 1.000 Alárabes, y acrecentada la tropa con el botín [1].

Este movimiento y la salida que en 5 de Febrero de 1637 hizo contra las cabilas de los Ben-Arajes y Suetes que habían establecido campo á 16 leguas de la plaza, les convencieron de que ni la distancia, ni lo doblado de la tierra, ni el número, eran bastantes para no sufrir daños de Orán, y temiéndolo mayor, se sometieron por fin aquellas indómitas tribus hasta entonces independientes de España.

Los Gobernadores de Orán extendían su influencia de este modo, y á tal llegó el respeto con que se les miraba por los indígenas, que obedecían sus mandatos hasta 20 leguas á la redonda. Las tribus que se sometían y llamaban Moros de paz, estaban obligadas á tomar seguro [2], pagar la *romía*, según el número de tiendas de sus aduares, vender sus frutos á la plaza, ayudar á Orán si era sitiada por los Alárabes enemigos, y favorecer y conducir á ella á los renegados y cautivos que escapasen de manos de Infieles.

En cambio, los Gobernadores terciaban y componían amistosamente las diferencias que surjían entre los Moros de paz [3], les concedían moratorias por deudas y delitos [4] y les protegían contra sus adversarios, ayudándoles en sus guerras y tomando muchas veces á cargo suyo y como propias, las ofensas que se les inferían; de modo que aconteció sobradas veces, pelear los Españoles con los de Tremecén, en tanto que los Moros ofendidos, holgaban arma al brazo. A la menor alarma, recogían presurosamente el ganado en los ruedos de Orán, defendidos por el cañón de la plaza, y acudían al Gobernador para que los defendiese.

Todos los años, al son de cajas y trompetas, se prevenía á los Moros del campo que viniesen á tomar el seguro, sacar licencia de tiendas y pagar la *romía*, bajo pena al que no acudiese, de tenerle por Moro de guerra y tratarle como enemigo, cuyo bando fijaban en lengua arábiga en las puertas de la ciudad, y por bando igualmente se publicaba la declaración de guerra á alguna tribu, y la de los agravios que la motivaban [5].

1 Relación impresa en Madrid por Juan Sánchez Fernández, sin año de impresión, aunque del contexto se deduce lo fué en 1636.

2 Apéndice núm. 15.

3 Apéndice núm. 16.

4 Por orden original del Marqués de Flores Dávila, de 3 de Agosto de 1634, se mandó que no se reclamase durante tres meses contra los Moros, aunque fueran de guerra, por deuda ni delito que hubiesen cometido, si traían cebada, trigo ó ganado para abastecer la plaza.

5 Apéndice núm. 17.

En el mes de Junio, los Xeques, para sacar el seguro, se reunían en casa del Capitan general, que les obsequiaba con una comida y algún tabaco, cosa muy preciada por ellos. Allí concertaban la *romía* [1], una de las rentas con que se sustentaba Orán [2]. Los Xeques, al pedir el seguro, marcaban el número de sus aduares, y por cada uno de ellos habían de llevar á los almacenes de la plaza, recibiendo su importe, el trigo, que al precio convenido, montaban cierto número de doblas. Repartían entre sus vasallos el *temín*, que satisfacían en cereales, según las tierras que cultivaba cada uno; siendo de cuenta de los Xeques la cobranza, por cuyo trabajo les abonaba el Gobernador un situado de 40 á 100 pesos, y además un real de á ocho por cada dobla recaudada, interesando así á los Xeques en que no se defraudase el tributo concertado con los Españoles.

Al mismo tiempo, para asegurarse de los de Tremecén, las cabezas de las parcialidades recibían de los Turcos el nombramiento de Xeques, obligándose á cobrar para ellos la *garrama*, que repartían entre las tribus; aunque cargando la mayor parte á las amigas de los Españoles, llegando el caso de que el Gobernador de Orán se ingeniase en arbitrar medios para que satisfaciesen el impuesto turco con el menor quebranto posible.

Cuando algunas tribus querían reducirse ó las reducidas se conmovían, canjeaban mútuos rehenes para tratar las condiciones y dar satisfacción á los agravios, bastando á menudo que el Gobernador enviase un guante, en fé de su palabra, para que los Xeques sin otra seguridad, se presentasen á pláticas en Orán.

Con el objeto de que las tribus independientes se sometiesen, los Gobernadores con frecuentes rebatos les destruían las haciendas y aduares, llevándose cautivas á las familias, respondiendo de la legalidad de sus actos administrativos, militares y políticos, en el juicio de residencia que les tomaba al fin de su cargo el *Visitador Real*, oyendo á los Moros agraviados [3]. En la plaza, el Gobernador tenía derecho de vida y muerte; la guarnición y los habitantes se hallaban sujetos á una severa disciplina. Bajo pena capital y perdimiento de bienes, habían de entregar previamente á los Intérpretes arábigos, que daban cuenta al Gobernador, todas las cartas que enviasen ó recibiesen de Berbería. Los Alcaides de las puertas de Tremecén y Canastel eran los encargados de regis-

1 Apéndice núm. 18.
2 Apéndice núm. 19.
3 Apéndice núm. 20.

trar á cuantos entraban y salían: sólo se exceptuaba de esta inquisición, la correspondencia del Intérprete hebreo Yaho Zaporta, por privilegio especial, que atendida su acendrada lealtad, se le concedió por cédula de 24 de Enero de 1626. Los artículos de consumo no pódían venderse á mayor precio que el tasado por el Gobernador, y ni los vecinos ni los Moros de Ifre, comprar víveres fuera de Orán, de los Moros que la abastecían.

La dotación de la plaza era de 1.700 hombres, aunque en aquellos tiempos apenas llegó nunca á 1.300. Los cautivos no se rescataban [1]; el servicio de Mazalquivir servía de castigo para las faltas de disciplina; los mandos de los castillos de Orán, con habitación para las familias, se proveían en los Jefes más aventajados, sin nota y que hubieran servido por lo menos cuatro años, y de ellos dos, en el fuerte cuyo mando solicitaban. De las presas que se conseguían en los rebatos, á todos correspondía parte, y tantas se adjudicaban á algunos por privilegio ó por costumbre; que el derecho del soldado se cercenaba más de lo que la justicia y la razón de la guerra permitían [2].

1 En tiempo del Marqués de Velada hubo un rescate de cautivos á instancia del Obispo de Cirene: después pareció no ser conveniente para que los Turcos no examinasen la fortaleza con tal pretexto. En un memorial, sin fecha, que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, proponía un Guillermo Garret, que se titula Capitán, «que en vez de redimir, se gastase el dinero en una escuadra de seis navíos, que guardasen las costas de Berberiscos.» Opúsose Fray Gabriel de la Asunción, General de la Orden de Descalzos de la Trinidad, fundándose principalmente en razones religiosas, que aconsejaban el rescate.

2 Apéndice núm. 21.

CAPÍTULO XXI.

Levantamiento de Cataluña.—Insurrección de Portugal.—Piérdense Mazaghán y Tánger, quedandó Ceuta por España.—Sitian á Orán, Turcos, Franceses y Portugueses.—Llega á Madrid un Embajador turco.—Rebélanse los Alárabes del campo de Orán.—Asalto á Ceuta.—Sidy Gaylan se declara tributario de España.—Cesión de la plaza de Tánger á los Ingleses.—Trata Felipe IV de recobrarla.—Traición del Gobernador.—El Conde Peterborough se posesiona de la plaza.—Sidy Gaylan sorprende á los Ingleses.—Penuria de los presidios españoles.—Expedición del Duque de Beaufort.

Flaca y corrompida estaba la Monarquía Española, con mal gobierno y sin punto de reposo. En tal sazón, agraváronse sus males con el levantamiento de Cataluña, ocasionado por demasías del Conde-Duque, y sostenido por el carácter duro é inquieto de sus naturales.

Para apaciguarlo, desguarneciéronse las plazas portuguesas, con gran imprudencia ó con gran necesidad. Áspera cosa á quien se ha contemplado señor, obedecer al capricho ajeno: Portugal, que con su gloria había henchido al África y al Asia, no podía llevar resignadamente ser provincia de otro reino. El 1.º de Diciembre de 1640 se separó de Castilla, proclamando por Rey á D. Juan, Duque de Braganza [1]. Separación fué esta, que si bien devolvió á Portugal su carácter de nación independiente, ha impedido con el de España, su futuro engrandecimiento. Portugal, como todas las naciones de escaso territorio, no puede ser, al menos de hecho; sino colonia de los grandes estados que ejercen en ella verdadero imperio, por más que se cubra con el nombre de protección; siervas á quienes la púrpura, antes parece escarnio que decoro.

Al separarse las dos Coronas, se hallaban Tánger, Céuta y Mazaghán, por un escrupuloso cumplimiento de los artículos de la incorporación [2], en manos de Generales portugueses. El Gobierno Español, con

1 Fueron alma de la conjuración, el Jurisconsulto Pinto Ribeiro, y la ambiciosa Doña Luisa Guzmán, hija del Duque de Medina Sidonia, que empujó y comprometió á su marido D. Juan, Duque de Braganza, á que prestase su nombre á los conjurados, con aquellas célebres frases: «Prefiero ser Reina una hora, que Duquesa toda mi vida.»

2 «Que lo mismo se entienda en todos los otros cargos y oficios (el ser proveidos en

una confianza imprevisora, en vez de separarlos, les confirmó en sus cargos, creyendo con esto asegurar su lealtad. Faltó á ella D. Rodrigo de Silveyra, Conde de Sarceda, Gobernador de Tánger, y con disculpable traición se declaró por Portugal, siguiendo el pueblo gozoso. Después algunos Tangeríes, cubriendo con el manto de intransigente patriotismo, anzuelo que fácil traga el vulgo; sus planes de medro personal; prendieron y enviaron á Lisboa á Silveyra, nombrando para el gobierno de la plaza á su fervoroso partidario el Alcaide Mayor, Andrés Díaz de Franco: el Rey confirmó el nombramiento, y concedió libertad á Silveyra, premiando con largueza sus servicios.

Era á la sazón Gobernador de Ceuta D. Francisco de Almeyda, que tratando de entregarla á Portugal, y temiendo la furia del pueblo, adicto á España; encubría cuidadosamente la rebelión, buscando oportunidad para declararse. Pero por mucho que la encubriese, suceso de tanto bulto no podía estarlo á la larga. A fines del año, ya la noticia corría de boca en boca, y la sospecha contra el Gobernador crecía con su silencio. Reuniéronse por ello los Nobles sigilosamente, y acalorados por Manuel de Andrade Moreyra, se juramentaron por Felipe IV: de seguida fueron á la plaza y parte subió al palacio del General, manifestándole su resolución de que Ceuta permaneciese unida á España. Sorprendido el Gobernador, evitaba la contestación con respuestas ambiguas: decididos los conjurados, sin esperar más, se asomaron á las ventanas y proclamaron al Monarca español, respondiendo los de la plaza. Temeroso Almeyda los imitó, y Nobles y pueblo se derramaron por las calles aclamando: «Ceuta por Felipe IV.» El Licenciado Simón Lobo Barbosa marchó á Madrid en comisión, informó de los sucesos ocurridos, y alabado grandemente por su lealtad, y tomando en cuenta sus avisos, se relevó á D. Francisco de Almeyda, substituyéndole, en 5 de Febrero de 1641, D. Juan Fernández de Córdoba, Marqués de Miranda de Anta. De este modo se libró Ceuta de manos de Portugueses [1].

Entonces tuvo lugar el conflicto de la moneda: como la portuguesa

Portugueses) de mar y tierra, que ahora hay y después hubiese de nuevo, y las guarniciones de soldados en las plazas serán portuguesas.»—Art. 6.° de las gracias concedidas por Felipe II en Ameirin, á 20 de Marzo de 1580, confirmadas en Lisboa el 15 de Noviembre de 1582.

1 Aseguran algunos que Ceuta, como Tánger y Mazaghán, volvieron al dominio de Portugueses: á ello pudo dar ocasión, la ligereza con que hablan de este suceso las historias: Faria y Sousa en la suya de Portugal, sólo dice: «súpose algún tiempo después que, *todo* lo que estaba entonces bajo la dominación del Rey de España en las Indias, *en Africa* y en el Perú, se había rebelado en favor de los Portugueses.»

se prohibió en la plaza, y era portuguesa toda la que había, el Rey hizo labrarla especial de plata que valiese tres reales y real y medio, llamándose vulgarmente *carillas,* con lo que se remedió la necesidad.

Siguió por muchos años la lucha empeñada entre las dos naciones peninsulares. Manteníala Felipe IV al mismo tiempo, con los Franceses, quien en 1643 solicitaron al Turco para que acometiese á Orán, ofreciéndole auxilios. Aceptó éste y cumplió aquél su palabra. Los Moros y más de 50 naves francesas y portuguesas cercaron por mar y tierra la posesión española. Gobernábala D. Alvaro Bazán, Marqués del Viso, hijo del de Santa Cruz, de grandes alientos, quien á imitación de sus predecesores continuaba las salidas, siendo muy venturosa la de 20 de Febrero de 1642 [1], en que con 700 hombres saqueó á Cafte, reduciendo á esclavitud á 88 vecinos; distinguiéndose el Hebreo Salomón Zaporta, á quien «honró mucho el Marqués y desearon todos ver cristiano, porque era hombre que merecía serlo.»

Al ser sitiado, aunque falto de recursos, peleó el Marqués con ánimo resuelto y pidió socorros á España. Escasos eran los que podía prestarle el Gobierno, exhausto el Tesoro y trabajado con guerras intestinas y extranjeras; pero mandó al Márqués de Villafranca que saliese á la oposición con sus galeras. Eran pocas, y temiendo el Marqués, no muy seguro de la gracia del Soberano, acabar de perderla con una derrota, excusóse con lo corto de la armada. No satisfecho Felipe, dió la orden al Duque de Tursis, General de las de Génova, quien con solas 25 galeras acometió á las sitiadoras, y las dispersó, logrando levantar el sitio.

También nos inquietaban los Moros por la parte de Ceuta con rebatos continuos. D. Juan Suárez de Marcos, Marqués de Trucifal, se empeñó en hacer un reducto enfrente de la trinchera del Chafarís, y guarnecerlo con una compañía. El 9 de Septiembre de 1648, la sorprendieron los Moros, con muerte de todos los Oficiales y de 42 soldados, cautivando el resto con el Capitán de la compañía, hijo del Gobernador, único que salvó la vida por la codicia del rescate.

Mucho llamó la atención del mundo cristiano, el que en 1649 viniese á España un Embajador turco. Presentóse al Conde de Oñate, Virrey de Nápoles, quien le dirigió al de Oropesa, que lo era de Valencia, y éste á Madrid. Detúvose en Odón, que el Rey, enfermo de cuartanas, no pudo

1 «Así salió el mismo día, martes 18, con el aparato acostumbrado en semejantes jornadas, dejando el gobierno, como siempre, á mi Señora la Marquesa del Viso; cuyo valor y prudencia son superiores en sumo grado: llevó 650 infantes con 156 caballos.» Relación impresa en Madrid por Juan Sánchez.

recibirle, hasta que libre de ellas en Agosto, fué el Embajador hospedado junto á Santa Bárbara, y después en la casa de D. Rodrigo de Herrera, calle de Alcalá. Su silencio era grande, la curiosidad mucha: en público dió el pésame en nombre del Sultán por la muerte de la Reina y del Infante, poco antes acaecidas, y el parabién por el nuevo casamiento: de lo que habló con el Rey en audiencia secreta, nada pudo traslucirse. Cuál, dijo, que quejas contra Venecianos por haber atacado á Candia é incendiado la escuadra turca; cuál, que trocar la amistad de Francia por la de España, dando libertad á 12.000 cautivos que tenía; éste, que el afirmar paces, entregando á Jerusalén y los Santos Lugares; muchos, que pedir prohibiesen ambas naciones piraterías y cautiverios. En lo que todos concordaron, fué en que el Rey había estado muy grave y entero durante la audiencia, y no se había descubierto, según ceremonial; atribuyéndose á temer sonara á humillación, conservando el Turco puesto el turbante en su presencia, según acostumbran.

Si aquella embajada tuvo por objeto algo de lo que murmuraron cortesanos, no lo demostró el efecto: las cosas siguieron como hasta entonces, y la guerra con Berberiscos no menos viva.

Así fué, que en el siguiente año 1650, las cabilas de Uladala y Jol, y los Alárabes de Vinaragel, Alafefe y Ulisbrahín, establecieron su asiento en un zarahal, desde donde robaban y talaban los campos de los Moros sometidos. Acudió al socorro el Marqués de Flores Dávila, y en varias facciones les cautivó 1.000 hombres y mató más de 500, con lo que mantuvo en respeto la tierra.

En 11 de Marzo de 1653, el Marqués de San Román, Gobernador entonces, publicó jornada contra Moros; salió á las oraciones, y para desmentir espías y atalayas, metióse por una laguna, y andando tres leguas con agua á la rodilla, cayó de improviso sobre los aduares de Amete-ben-Zay: con 80 caballos acometió á un millar de Moros y cautivó 90, sin más efecto; porque la demás tropa, cansada de lo fatigoso del día, prefirió poner manos en los bienes de los Alárabes, que en las armas para la pelea. Volvió á la plaza que hostilizaban los Ben-Arajes, y el día 19 dióles una acometida con los caballos, que los llevó por delante más de cuatro leguas, pasando á muchos á cuchillo.

Llagados los naturales con tantas quiebras, determinaron en 1655 reunirse en considerable número y mantener el cerco hasta tomar á Orán: súpolo el Gobernador, y avisó al Rey; reforzáronse guarnición y bastimentos, y hasta D. Baltasar Alonso y Sandoval; por ser anexa la Iglesia de Orán al Arzobispado de Toledo, como conquista de su predecesor

el magnífico Cisneros; envió cantidad de moneda. Sabida por los Moros la vuelta de Marco Antonio Colonna, General de la artillería, con toda la provisión; desistieron del ataque. Al siguiente año 1656, sorprendió el Marqués una caravana turca, que con gran convoy pasaba de Tremecén á Argel, cautivando gente de cuenta, y apoderándose de rico botín. Tuvo lugar este suceso el 25 de Junio [1].

De los Moros sometidos en los campos de Orán, era Jefe El-Exnaguí-ben-Kalifa. El Alcaide de Tremecén en 1660, les quemó los panes. El-Exnaguí tomó cumplida enmienda del daño, y tanto causó en los campos de Tremecén, y tanto los acosó, que no se atrevían los de la ciudad á pasar del río, división del territorio. Amar-Agá salió con 1.100 caballos para el castigo, y los de El-Exnaguí acudieron á observarle, retirándose de colina en colina, según aquellos adelantaban; pero enviando mensajes tan repetidos á Orán, que el Gobernador, Marqués de Leganés, creyéndoles en el mayor aprieto, sin esperar á la infantería, púsose á la cabeza de unos cuantos caballos, corrió seis leguas hasta topar con los Tremecíes y, sin detenerse, á cuchilladas los dispersó con muerte de 150. Los de El-Exnaguí, dejando la pelea, como si de juro correspondiese á aquel puñado de Españoles, no se movieron de su posición, sino para recoger el botín tranquilamente.

El movimiento de 1655 contra Orán no fué aislado: á la par trató con grande sigilo Ben-Bucar, Moro famoso entre las cabilas de Ceuta, de entrar la ciudad por encamisada. Lo supo á tiempo D. Francisco Tenorio de Sotomayor, Marqués de los Arcos; parapetóse con 500 hombres en las fortificaciones exteriores, y el 10 de Junio fué acometido por 4.000, con más arrojo que era de temer por su número y calidad. Tres horas duró el asalto de las trincheras, y cuatro veces fueron rechazados. Doce Españoles murieron; de los Moros 2.000, dicen las historias; cosa dura de creer y sin fundamento para ser negada.

Así transcurrieron algunos años: Sidy-Amet-el-Jadir-Gaylán, Xeque poderoso, se hizo dueño de la costa, llamándose Rey de Tetuán, y para apoderarse de la Corte, que no le reconocía, firmó treguas en 1661 con el Gobernador de Céuta, conde de Linares, ofreciéndose por tributario del Rey de España, y á servirle con 10.000 infantes y 2.000 caballos: aceptó el Conde, y se comprometió en cambio á auxiliarle contra todos sus enemigos. En vano los Portugueses de Tánger trataron de

[1] Relación impresa en Sevilla por Juan Gómez de Blas, en 1656.

disuadirlo; conservó fidelidad, que no se desmintió en largo tiempo, al Rey Felipe IV.

Tenaz y porfiada había sido la lucha de éste contra Portugal, reinando D. Juan VI: la Regente, Duquesa de Braganza, pensó que el mejor medio de asegurar la independencia adquirida, era el aliarse estrechamente con Inglaterra, y efectuó en 21 de Mayo de 1662 el casamiento de su hija primogénita, la Princesa Catalina, con Carlos II, llevándole en dote á Tánger y dos millones de cruzados.

Al poco tiempo, el Almirante inglés Montagud fondeó en Lisboa y pidió á la Regente que se le entregase la plaza con arreglo á las capitulaciones matrimoniales: expidió aquélla las órdenes, y partió la escuadra inglesa para el Estrecho. Al saberlo, grande fué la alarma de los Tangerinos, que repugnaban abiertamente que pueblo tan católico fuera de Protestantes.

Algunos rumores llegaron al Rey de España, quien sabiendo además que padecían gran penuria; á principios de 1662 encargó al Marqués de Trucifal, Gobernador de Ceuta, que sondeara el ánimo de los habitantes. Con absolutos poderes para tratar con ellos y para conceder un perdón general, marchó con cuatro buques D. Simón de Mendoza y Gobea. Llegado al Cascajar, no lejos de Tánger, se detuvo, y en una lanchuela con bandera de paz acercóse á la ciudad y dió los pliegos que traía para el Gobernador, que era entonces D. Luis Lobo, Barón de Albito [1]. Con indigna estratagema envió éste la contestación en otra lancha con igual insignia, y cosidos en su fondo, para no ser vistos, cinco hombres, que al emparejar con la embarcación española, dispararon contra los que esperaban confiados en el seguro, matando á tres é hiriendo á Mendoza, que se llevaron preso. A duras penas el infeliz, acometido de la multitud al llegar á la playa, pudo librar la vida por la generosa intervención de Francisco de Fonseca, Oidor de Tánger, que con la espada y gran riesgo de su persona pudo defenderle de los agresores.

Pensó el Gobierno británico, para obviar inconvenientes en la entrega de Tánger, encargar la toma de posesión al Conde Peterborough, católico, con fuerza irlandesa en su mayoría; pero nada bastó para tranquilizar á los Portugueses: ocho familias de las más hidalgas, con el Clero, se opusieron á la entrega, y excitando á la resistencia, firmaron una representación que enviaron á Lisboa. Extranjero por extranjero,

1 Conde de Avintes le llaman otros.

volvían muchos los ojos hacia el Rey Felipe, que al menos era de su raza y de su ley.

Recibió la Regente el memorial, y en vez de tomar en cuenta las súplicas de sus vasallos, mandó al Gobernador, completamente de su devoción y cabeza del partido inglés, que los enviase presos; pero quedaban numerosos partidarios y maquinó el Gobernador su muerte. Con el doble juego de mostrarse parcial de los Españoles, mantenía ocultos tratos con Sidy Gaylán: pocos días antes, los Moros habían hecho una algarada, proclamó una salida y acudieron los habitantes de Tánger. Al mando del Adalid Simón de Mendoza formó una columna de 150 hombres, todos los más afectos á España, y préviamente avisó á Sidy Gaylán, que eran los que se oponían á la entrega de Tánger al Rey Felipe. Sidy Gaylán se emboscó, rodeando á los Portugueses con tal ventura, que no quedó hombre á vida [1].

En la bahía de Tánger estaba el Conde Peterborough con 4.000 infantes y 60 caballos en 39 buques. A la fama de la rota se finge el Gobernador temeroso por la seguridad de la plaza, demanda auxilios á los Ingleses, clama consternado el vecindario, el Conde acude á sus ruegos, y 300 hombres se encargan de custodiar las puertas. Seguro ya, desembarca el resto y se declara dueño de la ciudad.

Peterborough notifica á los Portugueses que si repugnan quedarse, serían trasladados á Lisboa con sus haberes. Reúnense los ciudadanos, se determinan, y la población cuasi en masa recoge el mobiliario y las sagradas imágenes y se refugia en las naves: abrázanse tristemente, y con amargos sollozos gimen por su patria, por las Santas Iglesias que abandonan á la impiedad sacrílega de los Protestantes, y por su irresolución en no haberse entregado primero á los Españoles. ¡Fundadas eran sus lágrimas! A los pocos días las casas del Señor, monumentos de la piedad portuguesa, servían de caballerizas.

Añaden los Ingleses nuevas fortificaciones á la plaza, ensanchan el puerto, ofrecen su amistad á Sidy Gaylán, que la rehusa; aventúranse á salir de los muros, y en dos emboscadas pierden 200 hombres. Entonces buscan contra Gaylán alianza en Argel, en Túnez y en Biserta,

[1] Aun cuando esto corrió, asentimos al juicio que Cánovas del Castillo emite en su obra *Apuntes para la historia de Marruecos.* «Díjose por entonces en España, que la rota de los Caballeros Tangerinos había sido preparada por el Gobernador Avintes y la Reina Doña Luisa, á fin de que ellos no resistiesen la entrega de la plaza; pero no hay bastante fundamento para autorizar tan negra sospecha.» Sin embargo, la estratagema de que se valió contra D. Simón de Mendoza, que dejamos relatada, no hace improbable la maldad de la segunda.

mientras que Mustafá Xaylán, Gobernador de Arcilla, se niega á seguir subministrándoles víveres, escasos ya por el tenaz bloqueo del aliado español. Por fin, en 1666 lograron atreguarse con éste [1]; pero mientras derramaba su campo, levantaron con premura cinco fuertes en la parte de tierra, á fin de proteger las salidas de la guarnición. Duro se hizo á Gaylán, que volvió á bloquear á Tánger, y habiéndole muerto en una de las escaramuzas á su hermano, juró vengarse. A poco publica jornada á territorio lejano y abandona á Tánger: luego, por medio de los breñales, ocultándose en los bosques, culebreando por los barrancos, andando siempre de noche, logra emboscar su gente, sin ser visto, en los alrededores de la plaza. Allí, con la paciencia del tigre, espera un día y otro día: por fin alegres de ver levantado asedio tan tenaz, sale al campo el Gobernador, Conde de Teviot, con 500 hombres. Caen sobre ellos los Moros, y sólo nueve pudieron dar en Tánger la noticia de la derrota.

Tan desquiciada se hallaba entonces nuestra monarquía y tales eran los apuros del erario, que las posesiones de Africa, faltas de víveres, se sustentaban muchas veces sólo por la energía de los Gobernadores. En 1662 llegó á tal extremo la miseria del Peñón de Vélez, que hasta se permitió la deserción al campo del Moro; licencia que no se atrevieron á aprovechar los pobladores, seguros de morir entre tormentos á manos de los salvajes Amacirgas, que la bloqueaban constantemente. Provisiones con oportunidad venidas, libraron de una muerte segura á aquella mísera población.

A pesar de la indudable decadencia de España, aún miraban los extranjeros con envidia los restos de su dominación universal. Corría el año 1664 cuando los Franceses pensaron contrabalancear el poder español en Africa, y fijaron sus codiciosas miradas en el litoral argelino. El 2 de Julio, una armada de 77 velas con 5.000 soldados y 1.500 marine-

1 Según la copia manuscrita del Tratado de paz, tuvo lugar en 2 de Abril de 1666, siendo partes contratantes el Excmo. Sr. D. Juan Bellasys, Conde de Berlaby, Gobernador de Tánger, y el Ilmo. Sr. Cidi Hamet, el Hader-Ben-Aly Gaylán, Príncipe de Bercbería, el Poniente, Arcilla, Alcázar, Tetuán, Salé y su arrabal, Almocadén del Habet, Señor del Argarb y toda su kabila y distritos. Los principales artículos eran conceder á la plaza campo neutral que podía sembrar, pero no plantar en él árboles, ni viñas, ni levantar vallado, ni cavar foso; remitir la provisión de leña y proporcionarle vituallas, y no impedir la conducción de tierra para reparar las fortificaciones.

Los Ingleses se obligaban á no añadirlas nuevas, permitir la entrada en Tánger de los traficantes y regalarle 200 barriles de pólvora, y ambos, á ayudarse por mar y tierra contra cualquiera que los atacase; salvo si era potencia amiga de alguno de ellos.

Otros manuscritos que hemos consultado suponen que la paz fué en 1664, y esto dice también *Ximénez y Sandoval* en sus *Memorias sobre la Argelia*.

ros, á las órdenes del Duque de Beaufort, salió de los puertos de Francia, tocó en Mahón, dió vista á Bugía, con la que cambió algunos cañonazos, y el 22 desembarcó en Jígeri ó Jígel, plaza fuerte y uno de los centros piráticos del Mediterráneo, que cañoneada siete días tomó por asalto con pérdida de 200 hombres. Pensaba Beaufort fundar un establecimiento; pero el 20 de Octubre el Rey de Argel y los Xeques de Constantina y ruedos se presentaron con 40.000 hombres y acometieron el reducto: dejándoles acercar los Franceses á medio tiro, dispararon la artillería de la plaza y naves con tanta furia, que retrocedieron los asaltantes. Repiten el 23 el asalto y le sostienen hasta la mañana del 24; pero son de nuevo repelidos, con pérdida de 1.000 hombres. Reforzados por nuevas tribus, el 29 tornan á embestir desesperadamente y logran el reducto. Siguen con creciente brío y se apoderan de la primer línea fortificada: conoce el Duque la imposibilidad de la resistencia, y el 30 abandona la plaza con la artillería y se reembarca acosado por los enemigos, con muerte de muchos señores principales. La facción de Jígel, acometida en odio á España, sólo produjo lágrimas para Francia y crecimiento de soberbia en los Infieles.

CAPÍTULO XXII.

Muere Felipe IV y sube al trono Carlos II.—Dinastía de los Filelís, Emperadores de Marruecos.—Asaltan los Moros á Larache y son rechazados.—Paz entre España y Portugal. Sitio de Orán por el Virrey de Argel.—Expulsión de los Judíos de Orán.—Treguas entre el Gobernador de Ceuta y los Nicacises de Tetuán.—Conquista de Alhucemas. Derrota y muerte de Sidy Gaylán.—Emboscada contra Ceuta, que desbarata el Marqués de Trucifal.—Salida del Gobernador de Orán, D. Iñigo de Toledo Osorio, contra los Ben-Arajes.

A la muerte de Felipe IV, ocurrida en 12 de Septiembre de 1665, quedó la monarquía sin fuerzas y quebrantada. Felipe III, más entregado á sus devociones que al gobierno, conservó, sin embargo, lo heredado, y aumentó nuestras posesiones africanas con Larache y la Mahamora: los devaneos del hijo, perdieron á Portugal, y con él á Mazaghán y Tánger.

Subió al trono Carlos II, niño, débil de cuerpo y espíritu: hallábase en parcialidades la Corte, agotado el Tesoro, bullendo todas las ambiciones, sin crédito en el interior, sin fuerza en el exterior; probable por ello la perdición de lo que en Africa nos restaba.

Y en verdad que durante el periodo de este reinado, casi quedó destruido nuestro poder en aquellas regiones. Desdicha fué también de España que su estado de decadencia coincidiese con el encumbramiento de los Príncipes Filelís, que con su valor y su fortuna llegaron á apoderarse de los Reinos de Fez y de Marruecos, según veremos más adelante.

Muerto Muley Xeque, como escribimos, quedó en el reino su hijo mayor Abd-Allah, y castigados los asesinos de su padre marchó á Fez con ánimo de deshacerse de sus hermanos, que recelosos huyeron. Mahamet encontró refugio y partidarios en Tetuán; Alí-Barraizón, poderoso Morabito, levantó por él pendones, y dueño de Alcazarquivir, reunió numeroso ejército, á cuyo frente puesto Mahamet, marchó la vuelta de Fez. Pronto se encontraron los dos hermanos: Abd-Alláh fué vencido; pero acostumbrado á los trances de la guerra y á los desaires de la fortuna, no cayo de ánimo, juntó nuevas tropas, acometió á Mahamet y le derrotó completamente. El vencido se amparó de nuevo en el Hasbat, y rehízose

de tal manera, que el Rey de Fez no se atrevió á inquietarlo. Muerto á poco Abd-Allah por Muley Cidán, le succedió Muley Abd-el-Malek, cuya coronación y fallecimiento casi se dieron la mano. Los Fecíes eligieron entonces al Rey del Hasbat, que se vió señor del codiciado trono [1].

Por entonces reinaba en Marruecos Muley Cidán, en guerra perpetua y generalmente ventajosa con los de Fez. A su muerte dejó cuatro hijos, Muley Abd-el-Melik, Muley Luelid [2], Muley Mahamet-ben-Cidan y Muley Hamet-Xeque. Apoderóse del Imperio el primogénito, Príncipe cruelísimo, el primero que tomó el nombre de *Sultán*, siendo asesinado en una conjuración palaciega por unos renegados franceses que proclamaron á Muley Luelid, hijo de una esclava morisca, natural de Alcalá de Henares. Poco disfrutó Luelid de la dignidad Real. Por su avaricia; pues llegó á monopolizar la venta de alimentos, llamándole el *Rey de la hambre*, y por hijo de cristiana, el partido musulmán le quitó la vida, y ciñó á Muley Hamet-Xeque la ensangrentada corona.

Había, en tanto, fallecido Mohamed, Rey de Fez, y succedióle su hijo Muley Hamet-ben-Mohamet-Xeque, que fué despojado del reino por su tío Muley Mahamet-ben-Cidán, con el auxilio de su hermano el Rey de Marruecos. El nuevo Emperador de Fez, necesitado ó codicioso, acuñó moneda de baja ley: el Alcaide negro Abuba, prevalido del general descontento, le encerró en una fortaleza, y aunque logró evadirse después de siete años de prisión, murió pobremente; odiado de los suyos, y llorando el reino perdido, que no pudo recobrar.

Guerras continuas entre Fez y Marruecos, fratricidios, rebeliones victoriosas por todas partes, el asesinato, la usurpación y el desórden; tal era el estado del Imperio, que cayó por fin en una completa disolución.

Algunos años antes, Abí-ben-Mohamad-ben-Alí-ben-Iusuf, descendiente de Fátima, la hija de Mahoma, trabó amistad con unos peregrinos amacirgas de la tribu Filelí, que volvían de la peregrinación de la Meca, y marchó con ellos, estableciéndose cerca de Tafilete, donde fué proclamado Rey.

Succedióle su hijo Muley Xerife, que se mira como el tronco de la dinastía Filelí ú Hoceinita, y á su muerte, en 1652, ocupó el trono Maho-

1 Es tan grande la confusión que reina entre los historiadores acerca de las dinastías y succesiones de los Reyes de Fez y de Marruecos, que apenas hay dos que concuerden. Pueden verse sobre esta materia el *Spechio geográfico é statistico dell' impero di Marocco*, del Conde Graberg de Hemsóo, y la *Misión historial de Marruecos*, del Misionero P. Fr. Francisco de San Juan de Puerto.

2 Muley-el-Valid, según otros.

mad, que vencido en 1654 por su rebelde hermano Muley-Arxid [1], se suicidó.

Apoderóse Arxid de Fez y de Marruecos; sujetó á la república de Salé y de Rabat, y en 1688, á los Moros Azuagos hasta entonces independientes; reinó sólo por el terror, y murió en 1672 dueño de todo el Mogreb.

Aprovechando lo revuelto de los tiempos, Sidy Gaylán, favorecido por los Españoles, había llegado á dominar toda la parte septentrional de la Berbería. A la par del reino, crecióle la ambición, y trató de apoderarse traidoramente de Larache. Proclamó la guerra santa, le acudió gente, y preparando escalas, con el mayor secreto marchó contra la plaza en la noche del 1.° de Marzo de 1666. Por fortuna, un cautivo que había presenciado el llamamiento á la guerra, pudo escapar, y en la noche del 24 de Febrero llegó á Larache y avisó al Maestre de Campo D. Juan Alvarado de Bracamonte, su Gobernador. Despachó éste al momento en una tartana al General de la artillería, Alonso Berlinches, para que lo noticiase al Duque de Medinaceli, General de las Costas de Andalucía, y repartió la defensa del recinto entre el Sargento Mayor de la plaza y los Capitanes Diego Díaz Landero, Gregorio Valero y Diego López.

Los Moros se acercaron con gran sigilo, si bien no con tanto que los centinelas no los advirtiesen. Era aún de noche y con tan rudo ímpetu asaltaron la Puerta del Campo, que roto el rastrillo, se hicieron dueños del rebellín que cubría la del foso. Allí sufrieron á pié firme numerosas rociadas de mosquetería y de los pedreros que guarnecían los traveses de la muralla; pero al fin, quebrantados, abandonaron el puesto con gran mortandad. No fué de menor braveza la acometida por la muralla de San Francisco, donde plantaron escalas, hasta que el fuego de mosquetes y artillería, y las enormes piedras que arrojaban los defensores, los desbarataron obligándoles á retroceder.

Rebotados, córrese el golpe de la gente hacia la torre de Santa María, hachea el rastrillo, se posesiona del rebellín, y á pesar de los esfuerzos del presidio, se mantiene hasta que la venida del día, permitiendo la mejor dirección de los fuegos, les obliga á retirarse con graves pérdidas.

Pero donde más hincapié hicieron, fué en el reducto de San Antonio, de no difícil escalada, por abatirse algún tanto la muralla en aquel lado,

1 Muley Arraxid, le llaman otros, y el P. Fr. Francisco de San Juan de Puerto, Muley-Raxet-Arfís.

y carecer de foso: lo defendía el Sargento mayor, y aunque herido, pudo al cabo desalojar á los asaltantes.

Al mismo tiempo, por el río venían cinco barcas repletas de Moros: casualmente hallábase en la rada una saetía genovesa que acababa el descargo de bastimentos; acometiéronla valientemente, pero con no menor brío fué rechazado el abordaje, y ciabogaron los agresores, perdida una barca.

Visto el mal resultado de la sorpresa, batieron retirada, y cosa fué admirable ver la chusma reunida, que pasaba de 40.000 hombres de pelea, amén de infinitas mujeres y gente menuda; pues creyendo seguro sorprender la ciudad, habían acudido á poblarla.

En la Península, después de veintisiete años de guerra y veintiocho de la emancipación de Portugal, firmóse por los Reyes D. Pedro II y D. Carlos II el Tratado de paz de 23 de Febrero de 1668; quedando reconocida la independencia de aquel reino y el dominio español de Ceuta, que nunca habíamos perdido [1].

En el siguiente año, el Virrey de Argel, empeñado en que los Moros mudéjares de Orán le pagasen el tributo de las ferias que tenían, y resistiéndolo el Gobernador, cercó la plaza. Hallábase tan desprovista de soldados y vitualla como era de esperar de la escasez del erario. El Marqués de los Vélez instó con urgencia por mantenimientos: á costa de grandes esfuerzos se les mandaron algunos en 26 de Julio; pero los Argelinos, sin causa aparente, levantaron el sitio. Tan inesperado fué el suceso y tales los apuros de los Españoles, que se atribuyó á manifiesto milagro [2].

Varias veces habían intentado los Gobernadores la expulsión de los Judíos. En las capitulaciones entre el Rey D. Fernando el Católico y el de Tremecén, se había convenido el reparto de los impuestos que pagaran los mercaderes; á cuyo fin cada cual había de nombrar sus Recaudadores. A petición del último, en 30 de Enero de 1512, D. Fernando previno á D. Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles y Go-

1 Patxot lo pone en 13 de Junio, día en que realmente se firmó por los plenipotenciarios; pero no fué ratificado hasta el 23, y ésta es, por lo tanto, su verdadera fecha.

En el artículo 2.º se pactó: Que dentro de dos meses próximos siguientes al de la publicación de la paz, se ha de hacer la restitución de las plazas, sin que en ella sea comprendida la ciudad de Ceuta, la cual quedará al Rey Católico, por razones que sobre esto se han considerado, y se declara que podrán los propietarios disponer libremente de los bienes que poseen con otro título que con el de la guerra.

2 «..... porque Dios lo quiso á súplica del venerable Cardenal Arzobispo de Toledo, Don Fray Francisco Jiménez de Cisneros, su conquistador y conservador.» Así dice Soto.

bernador de Orán, señalase una casa para que el Rey de Tremecén recogiese los derechos que le correspondieran. No siendo bastante capaz para la recaudación y vivienda de los empleados, se extendió el permiso á otras cinco casas; y como entre los Colectores del Rey de Tremecén hubiese dos Hebreos, Cansino y Habén Semeto, las escogieron en la antigua Judería, donde habitaba ya también el Intérprete hebreo Rubí Zatorra. Decían que en tiempo de Carlos V se les había concedido permiso de aumentar la población hasta en 14 casas: fuese por esto, fuese por recompensar servicios á los Gobernadores; tolerado su aumento, existían á la sazón en Orán sobre 480 Judíos, enemigos de Moros y no amigos de Cristianos; que vivían, como siempre, á costa de los unos y de los otros. Temibles ya por su número en plaza continuamente asediada, pensaron los Gobernadores en su expulsión. Les detenía, sin embargo, el que en ocasiones eran de gran útil con su espionaje, y hasta con sus personas en algunos reencuentros; y en otras, con socorros de víveres en circunstancias calamitosas. Allende de esto, temían que, llegando á sospecharlo antes de la ejecución, proporcionasen traidoramente la entrada á los enemigos de la plaza.

Gobernábala entonces el Marqués de los Vélez, quien alegando el recelo con que por los Judíos vivían; que con engaños ahuyentaban á los Moros de paz, abastecedores de la guarnición; que hacían desertar á los Mogataces, y sobre todo, que en una de las procesiones habían escupido á la imagen de Jesús Nazareno; por la vía reservada demandó la expulsión á S. M. la Reina Mariana de Austria, y abundando la Reina en su deseo, previo informe del Consejo Supremo de Estado, dió Real cédula en 31 de Octubre de 1668, por la que le facultaba para ello.

El domingo 31 de Marzo de 1669, reforzados los puestos, á tambor batiente y banderas desplegadas, se pregonó el bando; tan secreto hasta entonces, que ni siquiera se había sospechado. Al oirlo, prorrumpen en alegres exclamaciones los Cristianos, dándose mil enhorabuenas por verse libres de aquellos enemigos encubiertos, polilla de Españoles. Cual el caminante sobre cuya cabeza estalla el trueno y se hunde á sus pies el rayo, quedaron los Judíos que habían acudido á la plaza por curiosear aquellas desusadas prevenciones. ¡Infelices! corren á sus casas, abrazan á sus mujeres é hijos, con voz entrecortada les dan la triste nueva, y enfardelan apresuradamente los objetos más preciosos. El Martes Santo, 16 de Abril, dejando con amargas lágrimas los amados techos, se les embarcó hasta en número de 466. La gruesa mar rechazó la nave genovesa que les conducía al puerto de Mazalquivir, y allí permanecieron hasta

después de Pascua de Resurrección, en que aplacado el temporal, salieron aquellos infelices, que sin hogar y sin patria se diseminaron por Europa [1]. Medida impolítica, por innecesaria; injusta, por inmotivada; cruel, por el rigor de la ejecución; que privó á la plaza de útiles socorros, y no la dió más seguridad que la que había gozado.

En los campos de Ceuta dominaban por entonces los Nicacises, poderosa familia de Tetuán, que hastiados de tan continuas guerras, ajustaron en 1672 treguas por seis meses con el Gobernador, Marqués de Torres Vedras. Señalóse, en consecuencia, como campo neutral por Poniente, Benzús, y por la Sierra, el monte de San Francisco, hasta el de la Condesa, de donde los Españoles se surtían de frutas y maderas, sin que se alterase ni un punto la armonía entre unos y otros; hasta que muerto Sidy Gaylán, como diremos, se refugiaron los Nicacises en la plaza de Ceuta, temiendo el furor del sangriento Muley Ismael.

La Nación española descendía, pero aún ocupaba á su Gobierno la idea de la conquista de África. A siete y media leguas del Peñón de la Gomera, está el de Alhucemas; pequeña roca que surge junto á la embocadura del río Nacor, en la bahía que forman los Cabos Quilates y Morro, á dos leguas del primero, una del segundo, y un tiro de cañón de la playa. A pesar de su mar levantado y de sus impetuosas corrientes, goza de un pequeño surgidero, abrigo entonces de piratas. En 28 [2] de Agosto de 1673, el General de Andalucía, Príncipe de Monte-Sacro, con una pequeña escuadra, se apoderó de él, fortificándolo bastantemente.

Reinaban por esta época en Marruecos los Filelís. Arxid, hermano de Mohamad, que con su valor y sus crueldades había sometido el imperio, al salir de un festín en 1672 quiso correr lanzas, y cayendo del caballo, quedó muerto. Su sobrino Muley Mohamet fué proclamado Emperador en Marruecos, con breve y triste fortuna. Gobernaba en Mequínez el hermano de Arxid, Muley Ismael, que tenía en su servicio y distinguía con su afecto á un cautivo, natural de Málaga, llamado Fernando del Pino. Al saber éste lo ocurrido, representóle, que nadie más que él tenía derecho á la corona y que osarla pretender, era obtenerla. Convencido Ismael, sale por las calles, síguenle numerosos partidarios, y le pro-

1 Uno solo quedó en Orán: desde Mazalquivir envió recado al Gobernador para que le mandase sacar de entre los suyos, porque quería ser cristiano. Llamábase Isaac Cansino, descendiente de los primitivos habitantes de la Judería, y hermano mayor del Rabbi Abraham-Cansino.

Apéndice núm. 22.

2 En 27 de Agosto, dicen otros.

claman Emperador; se apodera de Fez, que le resistía; derrota, prende y decapita á su sobrino Mohamet y á todos los Xerifes que pudieran oponérsele; crea la Guardia Negra, declara guerra de exterminio á los Cristianos, mientras poseyesen un palmo de tierra en el Mogreb; triunfa de todos sus rivales, y gobierna inundando en sangre la Berbería. Sólo Sidy Gaylán, apoyado por los Nicacises, osa resistir: el 1.º de Septiembre de 1673, chocan los dos ejércitos y es derrotado y muerto Gaylán; y los Nicacises, en número de 60 hombres y 18 mujeres, tuvieron que refugiarse en Ceuta; donde el Marqués de Torres-Vedras, con quien habían mantenido amistosas relaciones, los recibió con los brazos abiertos, procurándoles pensiones y socorros hasta la muerte de Hutiza-Abd-Alláh, su jefe, que ocurrió algunos años después: los demás, logrado el perdón, fueron á Mequínez á rendir obediencia á Muley Ismael, quien con mengua de su Real palabra, traidoramente mandó decapitarlos.

No cesaban los Moros en su empeño de apoderarse de los presidios: así fué que en 15 de Junio de 1674, se emboscó delante de Ceuta Aly Muley Cid con 10.000 hombres, por si podría sorprenderla. Su Gobernador, Marqués de Trucifal, envió á forrajear al día siguiente á un destacamento que cayó en la celada; pero socorrido, pudo, á favor de la artillería, retirarse á la plaza de armas, donde con increible arrojo le circunvalaron los Moros. El Marqués acometióles al grito de Santiago y San Antonio, y tanto duró la pelea, que agotaron los nuestros las municiones. Desde un balcón de la casa presenciaba el combate la Marquesa con otras varias Señoras, y al notar lo escaso del fuego, y presumiendo la causa, corren al almacén, cargan de municiones, y despreciando el peligro, socorren á los soldados ya vacilantes; huyendo al fin los Moros, que dejaron 160 hombres en poder de la guarnición, y en el campo 400 muertos. Al volver á la plaza, los vencedores, entre las fervorosas preces á Dios que les había salvado de tan gran peligro, mezclan entusiastas *vivas* á su intrépida Gobernadora.

Igualmente inquieto andaba el campo de Orán, cuya ciudad, en 1675, defendióse de un fuerte rebato, y en 1677 estuvo á pique de perderse con la mayor parte de la guarnición. Mandábala D. Íñigo de Toledo Osorio, valiente como todos los Toledos, y ganoso de aumentar la gloria adquirida por su casa en las guerras africanas. Supo que, confiados en lo corto del presidio, se estaban confederando algunos Xeques: con varios pretextos é industrias logró arrestar á Almanzor, principal en el movimiento, que había llevado á cabo, aliándose con el Alcaide de Tremecén y con los Moros Ben-Arajes, enemigos implacables de los Cris-

tianos, y núcleo de todas las conjuras que estallaban periódicamente [1].

El Gobernador determinó caer sobre ellos antes de que reuniesen todas sus fuerzas, y al anochecer del 28 de Enero, salió con 500 infantes y 250 caballos, y se emboscó en Mandor, á tres leguas de Orán. Anduvo toda la tarde del 29 y toda aquella noche, atravesando dos leguas de pantano de corta profundidad, para huir de los sitios trillados y dar de improviso sobre los aduares al amanecer del 30. Sea que los aliados tuvieran espías dobles ó que sospechasen la algara, habían apostado algunos ginetes que, al reconocer á los Españoles, dispararon sus espingardas, partiendo á rienda suelta á dar aviso á los aduares, que puestos ya en armas, reunieron instantáneamente 9.000 peones y 3.000 lanceros. Al salir del pantano, nuestra caballería fué atacada con tal empuje, que á la carrera tuvieron que acudir á darla abrigo dos mangas de infantería, mientras que el resto se despegaba de aquellos lodazales.

Llevaban los nuestros al enemigo por delante; pero formándose los Moros en círculo y apoderados de las alturas, con la espingardería diezmaban á los Españoles. Al mismo tiempo los ginetes Moros atacaban é introducían la confusión en la retaguardia: el Gobernador, pistola en mano, rehace y anima á los soldados, y manda una arremetida general á las alturas; los enemigos finjen ceder y abren paso; trepa la columna por aquellos breñales y baja á la playa de Chiquiznaque.

Extiéndese esta playa por breve espacio, desde la mar hasta la loma que acababan de atravesar los Españoles; por un lado la limita el río, á la sazón tan crecido, que la columna tuvo que desistir del esguazo, agrupándose en la orilla. Entonces los ginetes árabes se descuelgan de las alturas con furiosos alaridos y ocupan la playa: desmayan los soldados,

[1] Las Cabilas ó tribus de los Ben-Arajes que fueron las más enemigas de los Españoles, y las que se les unían generalmente en todas sus guerras, eran las siguientes:

		Número de aduares.
Ben-Arajes.	La de Bouxada Ben-Emueí	100
	La de Mohamet Seguer	90
	La de los Sueles	50
	La de Fleta	50
	La de Abra	30
	La de Ulad Solimán	20
	La de Unxaer	10
	La de Suxerara	10
	La de Beni-Agaddú	7
	Total de aduares	367
	Que computadas á 40 tiendas, forman la suma de..	14.680

sin municiones y muertos de fatiga; al frente las montañas, defendidas por un ejército diez y seis veces mayor; el río invadeable por un lado, la caballería mora por otro, á su espalda el mar. En tan críticos momentos, el General consulta con los Jefes, los pareceres varios, la muerte ó el cautiverio inevitable en concepto de todos.

De todos, pero no de Toledo, que acrece el ánimo del valeroso al compás del peligro y es la temeridad en los últimos trances, verdadera prudencia: *Por donde hemos entrado, saldremos*, les dice animoso, y esfuerza á los soldados, y revuelve sus escuadrones contra la caballería enemiga, y la dispersa, y mezclados salvan las montañas, y cerradas las filas, defendiéndose y ofendiendo, llegan al punto de la Celada, y el 1.° de Febrero á Orán, habiendo peleado desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde, sin comer en veintiseis horas, muertos 1.500 Moros, y llevando 100 cautivos de presa, testigos de sus asombrosas hazañas. El indomable valor del Jefe salvó á los soldados [1].

[1] Relación impresa en Madrid por Roque Rico de Miranda.

CAPÍTULO XXIII.

Peste en Orán.—Sitianla los Argelinos.—Penuria de las plazas africanas.—Alí-Fortaz sitia al Peñón.—Ataque á Ceuta, rechazado por el Conde de Puñonrostro.—Estado de la Mahamora.—Gánanla los Marroquíes.—Atacan á Tánger.—Muerte del Marqués de la Algaba, Gobernador de Orán.—Creación del Deyalato en Argel.—Bombardeo de esta ciudad por el Almirante francés Duquesne.—Mezzo Morte asesina y succede al Dey.—Abandonan los Ingleses á Tánger.—Muerte de Frey D. Diego de Brácamonte, nuevo Gobernador de Orán.—El Dey de Argel sitia la plaza.—El Mariscal francés D'Etrees bombardea á Argel.—El Dey abandona el campo y se levanta el sitio de Orán.

Afligió por entonces al África una peste desoladora, que se cebó grandemente en Orán: faltos de víveres y de facultativos, se habían ya entregado los habitantes á aquella inercia que apaga hasta el instinto de la propia conservación, cuando por fortuna llegó el Dr. Murillo que los animó y pudo combatir con éxito la enfermedad [1]. Creyendo los Moros la ocasión oportuna para ganar la plaza, casi indefensa, acudieron á sitiarla, mandados por Ben-Zamor, General argelino, que dirigió sus ataques contra el castillo de Santa Cruz, y logrando que los Moros de paz se rebelasen, aumentó la congoja de la ciudad con la falta de subsistencias.

El 31 de Julio de 1677, avanzaron los sitiadores por la Alcazaba vieja. Aunque escaso de fuerzas, sobrábale corazón al Gobernador, que con los restos del presidio, repelió el ataque matándoles 300 hombres: creyólo Ben-Zamor traición de los Ponentinos que le auxiliaban, y mandó degollar á muchos, vendiendo á sus mujeres.

En la plaza la escasez aumentaba de día en día: los víveres que quedaban se iban consumiendo rápidamente; el socorro de España era incierto, y por ello y antes de llegar al último trance, resolvió el Gobernador; de acuerdo con los Moros de la tierra, agraviados por los de Argel; asaltar á los sitiadores. El día 12 de Noviembre hizo una salida, y con muerte de 300 Turcos de Tremecén, mandados por el Alcaide Haz Manú y cerca de 200 cautivos, volvieron á la plaza con un convoy de

1 Apéndice núm. 23.

trigo que les ayudó á sobrellevar la miseria que sufrían; hasta que recibieron víveres enviados desde Málaga, por el Obispo Enríquez, el Marqués de la Laguna, Capitán general de las galeras del Océano, y el Cardenal Aragón, Arzobispo de Toledo.

Tan lastimoso como el de Orán, era el estado de todas las plazas mediterráneas [1]. El Gobierno olvidaba completamente á aquellas infelices guarniciones aisladas entre el mar y sus implacables enemigos. Hallábase el Peñón de la Gomera en el mayor apuro, sin más vitualla que un residuo de bizcocho mazmorrado. Sus habitantes clamaban por socorro al Rey, al General de Andalucía, al Obispo de Málaga, y hasta á particulares, conjurándoles en nombre de Dios, y de la patria; pero nadie respondía á sus clamores. En situación tan angustiosa, sin esperanza ya en los hombres, ponen de manifiesto al Señor Sacramentado, y con incesantes preces, imploran misericordia. Oyóles piadoso, y un convoy que llegó en aquellos aflictivos momentos, les libra de una muerte segura. Este era el estado crónico de nuestros presidios, tanto, que en Ceuta, algunos años después, el Obispo D. Juan Porras tuvo que vender hasta los muebles para alimentar á los pobladores, diezmados por el hambre, y desesperados por la frialdad y soberbia con que contestaba á sus lástimas el arrogante Gobernador D. Francisco de Velasco.

Aniquiladas las rebeliones interiores de Marruecos, no queriendo Muley Ismael que se entibiase el ardor de sus belicosas tribus; en cumplimiento de su propósito de arrojar de África á los Cristianos, combate por sí ó por sus Gobernadores todas las plazas españolas.

En 1680, Alí Fortaz cerca con 10.000 hombres el fuerte avanzado del Peñón, é intenta apoderarse de él á escala vista; pero es rechazado por el valiente Alférez Alfonso de Lara. El Gobernador D. Rodrigo Castel Blanco, con 200 hombres, acomete de improviso las trincheras, y derrota á los 6.000 Moros que habían quedado sosteniendo el bloqueo. Perdidos más de 1.000 hombres, lo levantan y dejan libre la plaza. Poco más adelante, acometen á Ceuta: opóneseles el Conde de Puñonrostro, y trabada la pelea, los dispersa, con muerte de 400 y 80 cautivos; no sin tener que lamentar la pérdida de algunos arrojados Caballeros que, con la codicia de pelear, tanto se metieron entre los Infieles, que fueron cortados.

1 Ya en 1648, decía D. Jorge de Mendoza de Francia, al Rey Felipe IV: «Orán que solía tener 1.500 plazas, tiene 700 apenas; Melilla y el Peñón cada día llorando miserias, defendidas solamente del amparo de Dios. La Mahamora tiene hoy las trincheras que le hizo Don Luis Fajardo, cuando le tomó. Larache, tenía 12 Capitanes, 1.200 infantes y 50 caballos, y tiene hoy 500 soldados desnudos.»

Al ganarse por Felipe III la Mahamora, quedó una guarnición de 3.000 hombres, que se redujo succcsivamente en el reinado de Felipe IV [1]. En 1681, cuando por todas partes hervía la guerra, contábanse en la plaza 160 soldados útiles y hasta 273 pobladores, inclusas las mujeres. Ya en los pasados años de 1668, 1671, 1675 y 1678, había sufrido algunos rebatos, mas fué siempre socorrida: en el año anterior de 1680, el Alcaide Omar le había dado un tiento con 6.000 hombres, sin poder ganarla. El Gobernador, temiendo lo que después aconteció, se había apresurado á demandar socorros, especialmente de tropa; y por todo refuerzo, en 2 de Noviembre se le enviaron 14 galeotes, uno de ellos con un pie amputado [2]; mientras el Duque de Ciudad-Real le manifestaba desde Andalucía, serle imposible abastecer la plaza; porque para avituallar las de Melilla, el Peñón y Alhucemas, se había empeñado, de bienes propios, en más de 20.000 escudos.

Corría el 26 de Abril de 1681, cuando de improviso, á las ocho de la noche, el Alcaide Omar, con un numeroso ejército, asalta la plaza por las puertas de Santa Ana y Cortina de San Francisco: rechazado, carga sobre la torre de San Antonio, que el presidio abandona cobardemente. Se apoderan de ella los Marroquíes, sin disparar un tiro, y del mismo modo ganan las plataformas y torres que fuera del recinto defendían los pozos. Alguna oposición hizo la torre de San José, pero á la hora y media ardía y la entraron los sitiadores.

Cortada el agua á la plaza, donde no había repuesto, y sin fuerzas ni ánimo la guarnición para recuperarla, era seguro el rendirse. Así lo conoció Omar, que suspendió el ataque, y para impedir socorros, levantó baterías en las dos puntas de la entrada de la barra, y otra á tiro de arcabuz del muelle. Aconteció, que al reconocer el Gobernador D. Juan Peñalosa y Estrada, Maestre de Campo, con otros varios, el almacén de proyectiles y pólvora, se prendió fuego, saltó el almacén y murieron algunos, quedando el Gobernador con la cabeza, cara y manos abrasadas.

Habíanse sostenido hasta entonces los defensores, con el agua dcstinada al riego de un huertecillo perteneciente á la casa del Gobernador,

1 En 1633, la dotación era de 1.250 hombres; y en 1651, de 600, que nunca se completaron.

2 Así lo alega el Gobernador en su defensa ante el Tribunal, según Relación que se halla en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia; pero es de advertir, que aunque la guarnición era tan poca y en gran parte de gente forzada, más estorbo que defensa; confiesa que tenía víveres y municiones abundantes, achacando su entrega, principalmente, á la falta de agua.

que casualmente se encontró en unos barriles; mas concluyóse el 29, en cuyo día llegó el Emperador de Marruecos con nuevas fuerzas, llamado por el Alcaide Omar, á fin de que recibiese la plaza, cuya entrega tenía y con razón, por inevitable.

Amotináronse los soldados el 30, amenazando de muerte á los Oficiales y gritando que querían pasarse al Moro. Se formó Consejo de guerra, y guarecida con el parecer general la deshonra de todos, resolvieron capitular. Trátanlo el Gobernador, el Veedor D. Bartolomé de Landa y el Capitán Juan Rodríguez, á quienes se concede vida y libertad, habiendo la guarnición de quedar prisionera.

Juzgóse mal defendida la plaza, que contaba al tiempo de su entrega con 90 piezas y 2.000 quintales de pólvora; pero no tuvieron en cuenta que era material inútil, careciendo de soldados que lo emplearan.

Se culpó al Gobernador de no haber tentado recobrar el agua, ni procurado en la capitulación salvar las sagradas imágenes [1] y la artillería; á él y á cuantos intervinieron en la entrega se les formó proceso, mas sino por la pública opinión, se les absolvió por los Tribunales. Alegó el Gobernador lo escaso del presidio, su insubordinación, la falta de dinero para pagar espionaje, y la ninguna resistencia que hicieron los defensores del agua, sin la que no podía sostenerse la plaza; pero lo cierto es que los Marroquíes, aludiendo á su poca defensa, llamáronla en lugar de la Mahamora, la *Presentada* ó *Regalada*, y que las ventajas que en su beneficio pactó en las capitulaciones, olvidando, á la par de los intereses sacratísimos de la religión, que como Jefe debía correr la suerte de sus soldados; no dejó sin sombras su reputación militar. El presidio, casi en masa, renegó después: júzguese por ello, la clase de hombres que lo compondrían [2].

1 Las santas imágenes que hallaron en la Iglesia, lleváronlas á Mequinez. Con tan triste nueva, determinaron los PP. Trinitarios Descalzos redimirlas, lográndolo en 1682, en que rescataron 220 cautivos y 16 imágenes; entre ellas una de Jesús Nazareno, objeto de especial devoción y que se venera hoy en esta corte.

2 Procesados el Maestre de Campo D. Juan de Peñalosa y Estrada, D. Bartolomé de Landa y el Capitán Rodríguez, por el Duque de Ciudad-Real, en virtud de Cédula de S. M.; se les absolvió y declaró buenos soldados: pasado al Consejo de guerra en instancia de vista, se condenó á Peñalosa á reclusión perpetua en el castillo de Mazalquivir; á Landa á diez años de suspensión de oficio, y de otro cargo cualquiera en papeles del servicio de S. M., y á Rodríguez, á servir seis años en el presidio de Fuenterrabía. El Consejo de guerra, en revista, revocó esta sentencia, confirmando la de primera instancia. Vese, pues, que no tiene fundamento la afirmación del P. Fr. Manuel Castellanos en su obra *Descripción histórica de Marruecos*, Parte 2.ª, cap. 13, de que á la llegada de Muley Ismael, que fué con un ejército para sitiar á la Mahamora, ya le habían abandonado los Españoles, creyéndolo más

Otro succeso había contribuído á aumentar la pujanza de los Moros: el Marqués de la Algaba D. Pedro Andrés Ramírez de Guzmán, Gobernador de Orán, en 1.° de Marzo de 1681, había hecho una salida contra los Ben-Arajes y otras tribus de Levante, en la que fué muerto con casi todos los expedicionarios. Siguiendo la costumbre observada, los Jefes de la guarnición proclamaron Gobernadora á Doña Mariana Velasco, Viuda del Marqués, que rigió aquella plaza hasta el 12 de Abril, en que se presentó el nuevo Capitán General D. Gaspar Portocarrero, Conde de la Monclova.

Los Argelinos, por más remotos menos castigados de las armas españolas, continuaban sus tradicionales piraterías. Grandes las habían ejercido instigados por los Ingleses, contra los buques de Francia, hasta el punto de irritar la cólera del omnipotente Luis XIV.

Con especiosos pretextos habían logrado del Sultán, que se cercenasen las facultades de los Bajás, concediéndoles los mismos honores y emolumentos; pero quedando á cargo de un nuevo dignatario que se llamaría Dey, la recaudación de impuestos y paga de las milicias. El pensamiento político fué levantar contra la autoridad turca, otra autoridad del país; aquella con la apariencia, ésta con el verdadero poder.

Para el ejercicio de este nuevo cargo se designó á Mahomet Trick, que odiaba cordialmente á los Franceses, succediéndole en la dignidad y odio, su yerno Baba Hasán.

Recientemente había ideado el Caballero Renán máquinas, para que se pudiesen artillar los buques con morteros; ingenios hasta entonces sólo usados por los ejércitos de tierra. Luis XIV determinó que se ensayasen contra el castillo de Argel. El Almirante Duquesne mojó en las aguas de la indómita ciudad, en Agosto de 1682; y gracias á sus lanchas bombarderas, llevó la destrucción á todos sus ángulos; pidieron la paz los Argelinos; pero mientras se estipulaban las condiciones, la braveza de los vientos obligó á la escuadra á retirarse de aquellos procelosos mares.

Con la primavera volvió Duquesne, atracó delante de Argel, comenzó el bombardeo, y propuso Baba Hasán nuevos capítulos, dando en

conveniente que intentar una defensa tan inútil como imprudente. Aun cuando no de un modo tan explícito, parece apoya la opinión del P. Castellanos, Cánovas del Castillo en los *Apuntes para la Historia de Marruecos*; pues al relatar la pérdida de Larache, añade: «El puerto de la Mahamora, mal provisto y peor fortificado, *se abandonó al propio tiempo.*»

En la defensa, que impresa existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, se llama siempre á la Mahamora, Plaza de San Miguel de Ultramar.

rehenes á su Almirante Mezzo-Morte. Exige Duquesne la libertad de todos los cautivos franceses y se la otorga; pide una indemnización por los daños causados al comercio, y vacila Hasán. Mezzo-Morte induce al Francés á que le dé la libertad, prometiéndole reducir al Dey: «en una hora haré yo más, que Hasán en quince días,» le dice al despedirse; desembarca, asesina al Dey, viste su caftán, enarbola en los fuertes bandera roja, y una descarga general contra la escuadra, rompe los parlamentos [1].

Colérico Duquesne con el engaño, redobla el bombardeo. El feroz Argelino lleva á la explanada al padre Levacher, Vicario Apostólico y Cónsul y á los demás cautivos franceses; los ata á la boca de los cañones; con el trueno de la explosión, una lluvia de sangre humana cae sobre los buques sitiadores [2]. Un hecho sublime tuvo lugar en medio de tantos horrores: el Francés Choiseul, que marchaba al suplicio, había tenido por esclavo y puesto en libertad á un Arráez argelino, que lo reconoció al ser colocado delante de un cañón: pide su libertad, insta, no le escuchan, abrázase al Francés; los piratas no se apiadan, y vuelan confundidos por los aires los despedazados miembros del antiguo señor y del agradecido liberto.

Las municiones de la escuadra se agotan, el bombardeo cesa, y los marinos franceses, con el dolor y la rabia de la impotencia en el corazón, tienen que abandonar aquellas aguas, dejando triunfadora la barbarie de Mezzo-Morte.

Tras varias negociaciones, Francia y Argel celebraron el Tratado de paz de 25 de Abril de 1684, que dió término á aquellas salvajes represalias.

En tanto, los Ingleses proseguían sus fortificaciones en Tánger; pero rigurosamente cercados, hubieron de pedir socorro á España, que más atenta á defender intereses ajenos, que á conservar los propios, envió algunas tropas con las que se aseguró la plaza. Mas tal era el bloqueo que sufría y tan inútil su posesión para Inglaterra, que se decidió á abandonarla [3]. En vano acudió el Portugués á fin de que se la devolvie-

1 La crónica árabe *El zohrat, el nayerat*, sólo dice: que indignado el pueblo de Argel al ver la debilidad del Dey y que había entregado 550 esclavos y obligádose á pagar los gastos de la expedición, armó un complot, tan pronto ejecutado como concebido: «castigó la traición del Bajá que murió entre horribles tormentos, y votó por Dey á Hadj-Huscin-Mezzo-Morte. Nos parece más verosímil la versión de la crónica árabe.

2 No debe pasarse en silencio el que, según los Autores franceses, el inventor de tan espantosa venganza, fué un Inglés que se hallaba en la plaza y la sugirió al Dey.

3 Francisco Braudano, en su obra *Dell' Istoria de lle guerre di Portogallo*, atribuye el

ran, satisfaciendo los gastos de lo construído: no entraba en la política inglesa que pudiese otra nación dominar el Estrecho, y en 1685, la entregó á los Marroquíes, volando antes las fortificaciones y el magnífico muelle construído con tantos dispendios y fatigas.

A bordo la guarnición y pobladores, entraron los Infieles, y con feroz alegría se posesionaron de la ciudad tan ardientemente codiciada; esparciéronse por ella, registraron los edificios, y no teniendo en quien saciar su odio, corrieron al cementerio, desenterraron los cadáveres, y entre befas é irrisiones los arrastraron por las calles. Los Ingleses no se acordaron de que al marcharse, no podían decir á los huesos de sus padres, «levantáos y seguidnos.» Los Portugueses debieron llorar nuevamente los efectos de su rencor contra los Españoles, al ver profanadas las reliquias de sus antepasados y perdida para la civilización y la fe aquella tierra empapada en su sangre.

Desde la peste había quedado Orán pobre de guarnición y de habitantes. La insolencia de los Moros era tal, que se mofaban paladinamente de la autoridad del Gobernador. Éralo desde 4 de Abril de 1687, Frey D. Diego de Bracamonte, quien deseoso de recobrar la antigua prepotencia, hizo á poco de llegar, una surtida, en que trajo cautivas 800 personas, con gran saco. Orgulloso con el éxito, dió orden de mochila el 9 de Julio y salió para no volver. Reforzados los Moros con buen número de Turcos argelinos, esperaban emboscados á una legua de Orán, donde sorprendieron y pasaron á cuchillo á la columna, muerto su Gobernador como valiente soldado.

Grande fué el terror de la ciudad, donde apenas quedaba quien pudiese empuñar armas: formóse una Junta de tres Jefes, dióse aviso urgente á España, y á poco se presentó D. Pedro Manuel Colón de Portugal, Duque de Veraguas, con algunas galeras, y se encargó del mando interino; hasta que en 19 de Septiembre llegó el nuevo Gobernador Don Félix Nieto de Silva, Conde de Guaro.

Con el imprevisto succeso, resolvieron los Infieles tentar la reconquista: el Dey pasó el verano en hacer las prevenciones necesarias, y el 22 de Enero de 1688 se puso sobre Orán.

Las tribus de paz se unieron á los Argelinos: sólo dos permanecieron fieles, la de Yahya-ben-Zalén y la de Alí-Bona-Zabia; pero temiendo á los enemigos, levantan sus aduares y los establecen en lo más fragoso

abandono de la plaza, á que los Ingleses no hallaron en ella «más tráfico que el de sangre, ni otra cosa que adquirir, sino heridas.»

de los montes. Seguras las familias y ganados; aunque pocos en número, fueron de gran auxilio á los Españoles, en cuyo favor pelearon valerosamente.

Había reunido el Dey Dulat-Ebrahem-Jocha [1] al pie de 30.000 peones y 4.500 caballos, que tuvieron frecuentes escaramuzas con los Moros mogataces, secundados por los nuestros y más aún por la artillería de la plaza, cuyos muros reforzó el Gobernador dirigido por el Maestre de Campo D. Octavio Meni. Conociendo el Dey su impotencia por falta de tren de batir, marchó en persona á avivar su transporte, retirando hasta el río Abra el campo, que quedó á las órdenes del Alcaide de Tremecén.

El 30 de Mayo llegaron á Orán con socorros seis galeras, al mando del Duque de Veraguas, y en ellas el de Olensteín, los Condes de Cifuentes, Grajal, Pru y Casal, los Marqueses de Torrecusa, Llaneras, Valdefuentes, Valdetorres, Tenorio y porción crecida de Caballeros, que á la fama del sitio habían acudido voluntarios [2].

Mal sufrían estos el encierro y la disciplina militar: ganosos de pelea, érales intolerable la sujeción al recinto de la muralla. El prudente Gobernador les prohibió, sin embargo, la salida y el que empeñasen escaramuzas contra sus órdenes: duro era el freno y forzada la obediencia.

El 1.º de Junio vuelve el Dey, y el 2 emprende un ataque contra las Piletas; resisten los Moros amigos de Ifre, y heróicamente los Mogataces, mandados por Hebabo Bendejar, y socorridos por el de Guaro con fuertes mangas de infantería. Sin pedir ni esperar órdenes, escapan los Aventureros, trábanse con los Moros, los rechazan, y vuelven triunfantes: el severo Gobernador arresta á Cifuentes, Valdetorres, Llaneras y Tenorio, principales instigadores. Tantas fueron, sin embargo, las quejas, que al fin se vió obligado á formar cuadrillas, y permitir que cada día saliese una de ellas al campo á gallardear con los enemigos: el Conde de Pru, francés, fué el único que hastiado del largo sitio, abandonó la plaza.

El 8 de Julio recibe el Dey el tren de sitio; pero nuevas gravísimas

1 El famoso Mezzo Morte, de quien hemos hablado. En una Relación impresa en 1688, se la llama Daulate Brahem Yocha, y se le supone distinto de Mezzo-Morte. «El día 15 de Febrero llegaron cartas (á Brahem Yocha) del Baxá Mezzo Morte, dice la Relación.»

2 También acudió al socorro de la plaza Mateo de Laya, Almirante General de la armada Real del Océano, que desembarcó artillería, pólvora y gente de su escuadra, con lo cual se escarmentó á la morisma, y después corrió la costa hasta Argel. *Bibliot. de Marina. Colec. Sanz de Barutell.* Simancas.

de Argel, le fuerzan á ausentarse precipitadamente á la cabeza de 300 arcabuceros montados. Después del bombardeo por Duchesne, se había concluído un tratado entre Argel y Francia; mas á pretexto de que las piraterías contra el comercio francés no habían cesado, acababa de presentarse delante del puerto la armada del Rey Cristianísimo con su Almirante el Mariscal de Etrées. El bombardeo fué terrible, y la ferocidad del Argelino repitió las escenas del anterior sitio. El Cónsul M. Piolli, Sacerdotes, Frailes, marineros, comerciantes, cautivos; cuantos llevaban el nombre francés, atados á las bocas de los cañones, fueron despedazados; y el Mariscal de Etrées, con mengua de la civilización, hizo lo mismo con 17 cautivos turcos [1], cuya muerte sirvió sólo para deshonrar el nombre de una nación que henchía el mundo con su gloria.

Durante la ausencia del Dey, había languidecido el sitio de Orán.

Bien á petición del Gobernador, que en los Aventureros encontraba menos subordinación de la necesaria; bien por gestiones de ellos, que prontos para pelear, sufrían impacientes la monotonía de un cerco prolongado, recibió el 2 de Agosto orden para que se hiciese solamente guerra defensiva y volviesen los Aventureros, como lo hicieron la mayor parte el 6, tomando la vuelta de Cartagena [2].

Rechazada la agresión francesa, tornó al campo el Dey y emprendió las operaciones con nuevos bríos. El 6 y el 21 de Agosto, trató de quemar el pueblo de Yfre: defendiéronse valientemente los moradores y rechazaron los ataques, auxiliados con fuerzas de la plaza.

Una furiosa tempestad estalló el 23 trabajando rudamente á los guardias de la fortaleza; «pero mucho más que la borrasca atemoriza»ron á los sitiados unas lucecillas que veían sobre sus cabezas y en las »bocas de las armas, que no las mataban el agua ni el granizo, y llega»das á tentar se desvanecían, y no pudiendo tolerar el susto, llamaron

1 Dicen los Autores franceses que de Etrées degolló á los Turcos, y puestos los cadáveres en una lancha, la abandonó á las olas que la llevaron al puerto. La Relación coetánea que he leído, lo cuenta como lo escribo. «La armada de Francia fué recibida á cañonazos poniendo á la boca de cada pieza un Francés..... á que correspondió la armada *haciendo lo mismo* con todos los Turcos y Moros que en ella había.» Quien recuerde la conducta de los Ingleses en la India usando este mismo medio con los Cipayos, no lo extrañará.

2 Los Aventureros que quedaron, fueron el Conde de Cifuentes, D. Manuel de Silva su sobrino, el Conde del Casal, el Maestre de Campo D. Mateo Morán, los Capitanes de caballos D. Antonio de Santillana, D. José Marín y D. Alfonso Marín; los Sargentos mayores Don Felipe Ayala y D. Pedro de Valda, y los Caballeros D. Alonso de Granada. D. José Porcel, D. Juan Verdugo, D. Manuel de Velasco y Tejada, D. Jacinto de Andrade, D. Francisco Godínez de Paz, D. Alvaro de Illescas, D. Lorenzo Martínez y D. Juan de Velasco y Tejada, Veinticuatro de Sevilla.

»á sus Cabos para que los mudasen, ponderándoles el mismo temor con »que se hallaban, y afirmando algunos, les parecía los querían arrebatar »del punto violentamente; con que se doblaron todas las centinelas, y »en algunas partes se triplicaron, y luego se desvaneció la tormenta y »las luces [1].»

Muévese el ejército enemigo mostrando ánimo de combatir el castillo de Rosalcázar, contra el que plantaron una batería, cuyos proyectiles maltrataban de rebote los edificios de la ciudad. El 31 de Agosto, tienta una acometida general contra los fuertes y avanzadas de Moros auxiliares y Españoles. Truena el cañón, «cada castillo era un volcán, y todo el campo un incendio;» los Turcos se retiran «bien servidos de balazos.» El Gobernador, enfermo, se hace llevar á un balcón, y desde allí, á vista del combate, provee á todo lo necesario.

El 12 de Octubre, llega un negro al campo enemigo con pliegos urgentes para el General de la caballería. El Dey, suspicaz, logra apoderarse de ellos, los lee, y con el mayor sigilo llama á sus más fieles partidarios y les manda seguirlcá practicar un reconocimiento. Salido apenas, pica su caballo, suéltale la rienda, y en confuso tropel, síguenle á escape los suyos y desaparecen. El negro era portador de órdenes expresas á los Turcos para que cortasen la cabeza al Dey. Fugitivo éste, quedó en el día 14 libre Orán de sus obstinados enemigos [2]. Al salir la guarnición de los oficios divinos, dió mil plácemes al General, á cuya constancia y valor se debía la salvación de la plaza: arrasados de lágrimas los ojos, contestóles el anciano con las palabras del Salmista: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

1 Relación impresa en 1688.—«Y apenas empezó á llover, cuando en los cuarteles de Buena-Vista se advirtieron que sobre las cabezas de los centinelas y en todas las puntas de los chuzos y arcabuces que estaban arrimados á los parapetos, se veían unas lucecillas que, con la suma oscuridad, lucían más claramente; y concurriendo todos los Oficiales y soldados á admirar la novedad, tomó en la mano el Capitán D. Miguel Sánchez algunos chuzos para reconocer mejor las luces, y por más que registraba y tocaba los hierros, sólo encontraba la admiración de no hallar en ellos la materia de fuego que lucía. Discurrieron muchos eran hechicerías de los Turcos y Moros, en cuya profesión son famosos; pero también pudo ser que fuesen estas lucecillas, el santelmo que llaman los navegantes, y los methoristas, *ignis lambens.*» Esto dice el Diario del sitio, que pone este suceso en 29 de Septiembre.

2 Muchos Autores dicen que Mezzo-morte, abdicó secretamente en favor de Chaabán. Más probable nos parece la versión que damos, tomada de una Relación contemporánea. Posible que, después de su huída y evitado el golpe, se conviniese Mezzo-morte en abdicar, ó diesen por renunciada de hecho la dignidad; puesto que el levantamiento del sitio de Orán tuvo lugar en 1688, y la abdicación la suponen en el año siguiente.

Apéndice núm. 24.

CAPÍTULO XXIV.

Piérdese Larache.—Rescate de los cautivos.—Sitio de Orán en 1693.—Previénese Ceuta para resistir á los Moros.—Sitio *largo* de Ceuta.—Envía Portugal fuerzas auxiliares.—Ganan los sitiadores la plaza de armas y son rechazados.—El Marqués de Villadarias trata de construir el medio bastión de Santiago.—Sangrienta pelea por sostenerse en el terreno conquistado.—Defensa de la plaza con minas y hornillos.—Muerte de Carlos II.

Mientras los Argelinos asediaban á Orán, Muley Ismael, codicioso de Larache, única posesión que quedaba á los Españoles desde Aghaddir á Ceuta, mandó á principios de 1689 al Alcaide de Tetuán Alí-ben-Abd-Alláh que la sitiase; pero rechazado, emprendió el sitio con mayores fuerzas en Junio del mismo año. Era Gobernador, el Maestre de Campo D. Fernando Villorias, que se preparó á la defensa. Prontó cayó sobre ella el peso del ejército marroquí, auxiliado por los Franceses: apoderóse el sitiador de la barra, donde plantó baterías y buen golpe de escopeteros, dominando así el puerto é impidiendo los socorros. Mal proveído estaba Larache y arriesgada era la empresa de abastecerlo, atravesando la barra bajo el fuego del cañón enemigo. Intentólo, no obstante, el Conde de Aguilar, Capitán general de la armada, y pudo introducir algunos víveres y municiones, y también desde Ceuta el Capitán D. Blas de San Vicente.

Al mismo tiempo, los Moros con vivísimo fuego, desmantelaron las fortificaciones por la parte de tierra, sin que bastase la guarnición á reparar el estrago. Aunque imperfectamente, algo trabajaban de zapa los Marroquíes, dirigidos por renegados, y al fin consiguieron minar un lienzo del muro. Abierta larga brecha y sin esperanza de socorro, sin víveres, ni munición, trató el Gobernador de capitular: un Fraile francisco anduvo en las negociaciones, y logró por fin libertad de personas y bienes, para los habitantes y el presidio, que en número de 1.600 hombres se entregaron el 11 de Noviembre de 1689. Mal conocían la perfidia de los Berberiscos: apenas desarmados los Españoles, caen sobre ellos, los golpean, maltratan y obligan á ir á Mequínez donde se hallaba el Emperador, á pretexto de que al Soberano le correspondía expedir las licen-

cias del embarque. Ismael, irritado por las pérdidas que había sufrido [1], con desprecio de la capitulación, la cumplió tan sólo respecto á los Frailes y 100 personas de las más señaladas de la ciudad y milicia [2]; en cuanto á los demás, exigió 10 Moros por cada prisionero.

Apenas llegó la noticia á España, los Hermanos de la Tercera Orden, y más que todos el Presbítero D. Manuel de Lugo, trabajaron incesantemente para procurar la libertad de los cautivos, y tanto hicieron, regalando á unos, sobornando á otros, interesando á los principales; que al año siguiente pudo llevarse á cabo en los campos de Ceuta el rescate en que lograron su libertad hasta 100 Españoles. Muchos por falta de fondos, quedaron en las mazmorras, y no pocos de ellos, al cabo de algún tiempo, abandonaron cobardemente la religión de sus padres [3].

La efervescencia contra el dominio español, tan general entonces entre los indígenas, se sostenía además por las artes de Luis XIV, que enemigo irreconciliable de Austria, le suscitaba enemigos en todas partes. A sus instigaciones, los de Mequínez cercaron á Orán con 20.000 caballos, en 1693. La acometida fué impetuosa; quisieron entrarla á escala vista, y el 4 de Julio, desmontados los ginetes, asaltaron la plaza con ferocidad inaudita, llegando hasta el foso; pero barridos por la metralla, retrocedieron, abandonando la empresa al noveno día.

Ismael había declarado la guerra á los Argelinos, pero vencido, firmó con Chaabán, su Dey, una paz humillante, y siguió la empezada guerra contra los Cristianos.

Temíase en Ceuta por inevitable el sitio, desde que la Mahamora y Larache habían sido presa del Marroquí; y en cuanto la escasez de recursos lo permitía, trataron de prevenirse. No era vano recelo; el poderoso Emperador había jurado recobrar todo el territorio, y para realizar tan alto y patriótico intento, hacía el apellido de la gente, y dió órdenes á Alí-ben-Abd-Alláh Gobernador de Tetuán.

El 4 de Octubre de 1694, un Alí, Alfaqueque moro que tenía mucha entrada en Ceuta, dió aviso de que el ejército marroquí venía á embestirla. Creyósele después echadizo de Alí-ben-Abd-Alláh, que excusaba la

1 Algunos historiadores las hacen subir á 18.000 hombres.

2 *Misión historial de Marruecos*, por el R. P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, Misionero Franciscano.

3 Estas redenciones podían llamarse extraordinarias: las ordinarias se hacían en Argel donde siempre había de 25 á 30.000 esclavos. Hubo un año en que se hicieron 61 redenciones; y sólo la de Mercenarios descalzos de Castilla, costó 120.000 pesos.

guerra temiendo por su persona, si el éxito era desfavorable. Se dijo que había representado á Muley Ismael lo fuerte que era Ceuta, lo prevenida que estaba, lo fácil de abastecerla por España, y el valor de la guarnición; pero Muley Ismael repitió el mandato, y Alí-ben-Abd-Alláh tuvo que resignarse

Grande fué el sobresalto de los Ceutíes, mas no por ello menguó el entusiasmo. El Gobernador D. Sebastián González de Andía, Marqués de Valparaiso, pidió socorro; los Oficiales se disputaban el sitio de más peligro, que era el de la plaza de armas; puesto avanzado que protegía el resto de las defensas, y que se confió al Sargento mayor D. Pedro Guevara. Armáronse los habitantes, y de los Eclesiásticos formóse un cuerpo capitaneado por el Canónigo D. Antonio Galbán. Por todas partes rostros alegres, aunque la guarnición era escasa para resistir el empuje del numeroso ejército africano [1].

A poco llegó de Cabo subalterno [2] el que lo era de Orán, D. Lorenzo Ripalda, varón experto en achaques de guerra contra Moros, y por demás valiente y curtido en los trabajos militares. Con inusitada diligencia, recompuso las fortificaciones, por muchas partes deterioradas; ahondó los fosos, preparó las minas, bombas, granadas, cuanto el arte conocía para resistir á los sitiadores.

El 22 de Octubre pasó Alí-ben-Abd-Alláh con su gente por los campos de Negrón, Monte de la Condesa y playa de Castillejo, desembocó en la plaza, circunvaló las alturas que la dominan, y el 23, al despuntar el día, aparecieron ya algunos trabajos, á pesar del fuego de los baluartes. Por momentos iba avanzando la trinchera, y tan encima se hallaba el 28, que un balazo de espingarda hirió en la cabeza á D. Fernando de Columna, que fué el primero que vertió su sangre en aquel tenaz y prolongado sitio.

En grande aprensión puso á España la empresa de los Marroquíes, y á pesar de lo abatido del reino, agolpáronse los socorros: Andalucía envió once compañías de tropa veterana y acudió gran número de voluntarios, entre ellos el Conde de Buena-Vista, D. José Guerrero; que donde peligraba la patria, allí acudía siempre la nobleza española.

El 11 de Noviembre intentaron los sitiados una salida, y al retirarse, una bala de cañón destrozó el pie á D. Antonio Camuñes y llevó una

1 Se componía entonces de poco más de 1.000 infantes, 100 caballos, 80 artilleros, 60 marinos y 200 Eclesiásticos, paisanos y desterrados.

2 Equivale á lo que ahora llamamos Segundo Cabo, en las Capitanías generales, ó Teniente de Rey en las plazas.

pierna á D. Antonio Piñero, Sacerdotes que formaban parte de la compañía de Eclesiásticos, que con las armas en la mano peleaban como soldados en defensa de la fe, y que se distinguieron rechazando los asaltos del 11 y 12 de Enero de 1695.

Reinaba entonces en Portugal D. Pedro II: al rumor del sitio y quizá soñando con que algún día pudiese volver Ceuta á sus manos, envió en ayuda un tercio á las órdenes del anciano Maestre de Campo, Alonso Gómez Gorea, y del joven D. Pedro Mascarenhas. Unióse éste de corazón á los Españoles; pero aquél, con los veteranos que habían sostenido la guerra de la independencia, huían de toda comunicación con los que, si auxiliaban como aliados, aborrecían en su corazón como enemigos.

Seguían los Moros en el sitio la táctica heredada de los Turcos; levantando trinchera alrededor de las fortificaciones, hasta sobrepujarlas en altura y poder disparar á caballero contra ellas. Tanto adelantaron la labor que por el ángulo de San Pablo, el más elevado que había, consiguieron formar un ataque que lo dominaba; pero que se destruyó con la voladura de un hornillo.

Algunas escaramuzas para avanzar ó para destruir los aproches, ocuparon la primavera; hasta que en 19 de Junio dispararon la primera bomba contra la plaza, novedad que obligó á los pobladores á refugiarse en la Almina.

Lo largo del asedio, lo monótono de las operaciones, lo crecido de la guarnición, los refuerzos que continuamente recibía de España, la enfermedad del Gobernador, y la muerte del infatigable Ripalda, fueron motivo de que se relajase la disciplina y aflojara el cuidado, hasta el punto de que los Comandantes de la plaza de armas iban á comer con sus familias, tan tranquilos, como si los Marroquíes estuviesen á 100 leguas.

Instruídos por un tránsfuga, el 30 de Julio de 1695, á las doce de su mañana; hora del mayor descuido, en que la guardia dormía sin centinelas, y el Maestre de Campo D. Luis Daza, á quien tocó aquel día estar de facción, se hallaba en la ciudad; algunos Moros, arrastrándose por las quiebras de las fortificaciones y gateando por la escarpa, subieron á las contra-guardias San Pedro y San Pablo. Al ver el abandono de la guarnición, hacen la señal convenida á los suyos que, emboscados en las inmediaciones, acuden á la carrera, escalan en el primer ímpetu las obras exteriores, y degüellan sin piedad á los infelices soldados que del sueño pasan á la muerte.

Descubiertos los asaltantes por algunos centinelas de la muralla Real, alertan la ciudad. Al grito de, «los Moros están dentro,» arremolínase el

pueblo, corre á las armas el presidio, truena la artillería, rompen el fuego los mosquetes, tocan las campanas á rebato, y es todo desórden y confusa gritería y supremo terror. Los pocos que en el fuerte perdona el hierro enemigo, despiertan azorados, y sin darse cuenta de lo que sucede, huyen sin saber á donde, y se precipitan, unos al foso donde mueren ahogados, otros hacia la ciudad á ampararse de las murallas, y dejan á los Moros dominando el baluarte.

Acuden presurosos á la defensa, D. Jerónimo Marín y los Capitanes Arce y Larreátegui, y son muertos á balazos. Corre D. Pedro de Guevara á la primera puerta, y tropieza con los fugitivos; quiere levantar el puente, y no le es posible. En grupos desordenados llegaba arrancada la guarnición; D. Pedro envía parte en auxilio de D. Francisco Espínola y del esforzado Portugués Mascarenhas, que con otros Oficiales se habían parapetado en la barrera, distinguiéndose sobre todos D. Francisco Pimienta, Maestre de Campo de los *Morados*. Por fin, D. Joaquín Giraldo, Capitán del tercio viejo de la armada, pasa los cerrojos de la puerta, y al frente de los más intrépidos, abrigado por la artillería y mosquetería de la muralla Real, acomete á los Moros al grito de, «viva España y Santiago.» Saltan otros muchos en pos de él, y á cuchilladas desalojan á los Moros del baluarte, «recuperando el valor, lo que perdió el descuido [1].»

Tan enfermo se hallaba el Gobernador, que á pesar del inminente peligro de aquel día, no pudo salir de palacio; por ello y por la muerte en el combate de D. Jerónimo Martín, Cabo subalterno; en Septiembre de 1695, vino de España el Maestre de Campo D. Melchor de Avellaneda, para aliviar al Marqués de las fatigas del sitio; mas siguiendo su enfermedad, quedó Avellaneda definitivamente por General Gobernador.

Casi al mismo tiempo, Melilla sufrió un rudo asedio, aunque sin resultado, y en Diciembre del año siguiente, 1696, intentaron los Moros un golpe de mano contra Orán, acometiendo de improviso el fuerte de los Santos ó de San Felipe, el de Santa Cruz y la Alcazaba; llegando á cuer-

1 Según la *Gaceta*, los Moros entraron por la parte de San Pedro y San Pablo, con tal furor, que *sin que la guardia pudiese resistir*, se apoderaron de todas las fortificaciones exteriores, menos de la estrada cubierta, llegando á fijar sus banderas en el último rastrillo de las puertas principales de la plaza, habiendo tenido que echarse el cerrojo. Acudieron unos 30 hombres, Oficiales los más, y aunque fueron rechazados en dos acometidas, dieron tiempo á que los socorriesen y desalojasen á los Moros, con muerte de 2.500, sufriendo los Españoles la pérdida de 126 muertos y 100 heridos, los más, mortalmente.

Ya hemos visto que si la *guardia no pudo resistir*, fué porque á la sazón dormía profundamente. Así lo cuenta Correa de Franca, testigo ocular del sitio.

po descubierto hasta los glasis; pero con grave pérdida fueron rechazados por el fuego de los castillos.

El sitio de Ceuta se convirtió en estrechísimo bloqueo; sin embargo, libre el mar, ningún peligro corría la plaza. En Julio de 1698, llegó el nuevo Gobernador D. Francisco del Castillo Fajardo, Marqués de Villadarias, orgulloso, terco, valiente y más despreciador de la vida del soldado, que lo que exigía la humanidad del hombre y la prudencia del General.

Pensó en construir un medio bastión con el nombre de Santiago, y apoderarse del terreno á viva fuerza, contra el parecer de los Capitanes más entendidos: para ello prendió fuego el 25 de Julio de 1699, á una mina de 40 quintales de pólvora, que arruinó las obras de los Moros; y apenas volada, mandó arremeter á D. Francisco Palomino, Capitán del tercio de los *Colorados*, hombre bravo y de gran reputación, protegido por los fuegos de las galeras, que colocadas convenientemente maltrataban con su artillería al enemigo.

El ataque fué tan violento, que de corrida se apoderó Palomino de las obras; pero repuestos los Moros, se empeñaron en desalojarlo, y por todas partes le escopeteaban. Se habían guarecido los Españoles con unas faginas que les servían de reparo; prendióse fuego por accidente, y la turbación comenzó entre los defensores, que al descubierto tenían que traer el agua desde el mar para apagarlo, y eran blanco á mansalva de los espingarderos. En tan crítico trance, recibe un balazo Palomino en la cabeza, que se lo resiste un morrión de prueba que llevaba; no tanto, que no quedase gravemente contuso; reemplázale D. Juan del Barco, y cae muerto á los pocos momentos, con casi todos los que le rodeaban. Toma el Gobernador á duelo el sostener la posición, y releva á los que ya no podían resistir lo duro de la pelea; vuélase un barril de pólvora, y los soldados, creyéndolo fogata enemiga, huyen atropelladamente, abandonando el peligroso puesto, y al Capitán del tercio de la Costa D. Manuel Chaves, que no quiso retroceder. Colérico el Gobernador y olvidando su papel de General, empuña la espada y se arroja á sostener el combate; pero los Oficiales que con él estaban, agrupándose á su alrededor, con prudente violencia le impiden el paso.

Mientras, llegaban los Sobresalientes de los tercios de la armada, tropa escogida y veterana que ocupó el puesto; destaca el Marqués mangas de todos los cuerpos para que flanqueen al enemigo; y se logra, en conclusión, dominar el incendio. Asaltan los Moros dos veces la línea, y son rechazados por los Sobresalientes. Sigue el fuego toda la noche, se acon-

seja al Gobernador el abandono de aquel sitio; pero se niega obstinado, refuerza á los defensores, hasta que al amanecer, rendidos de fatiga, aflojan los Moros y ceden el campo. Dijeron los émulos del Gobernador que habíamos perdido 800 hombres; proclamaba él, que no llegaban á 300; los imparciales, que pasó de 500.

Grandes quejas se dieron en la corte de la tenacidad del Marqués; pero, ó no mal defendido, ó bien apoyado, siguió en la gobernación de la plaza y en su empeño de construir el bastión, que debemos creer importaría mucho para la defensa, según lo porfiadamente que lo resistieron los Moros.

Concluía ya el año 1700, cuando para impedir la prosecución de las obras, las asaltan los enemigos; pero los sitiados dan fuego á unos hornillos, y los asaltantes vuelan por los aires ó quedan soterrados entre las ruinas y maltratado grandemente de una pierna el Alcaide sitiador Alí-ben-Abd-Alláh.

El 1.º de Noviembre murió el Rey Carlos II, de cuerpo flaco, de espíritu pusilánime, juguete de extranjeras intrigas, dejando á España en palenque de ambición de Austriacos y de Franceses, sin fuerzas, sin crédito, exhausto el erario, nulo el ejército, perdidas casi todas las posesiones africanas, sitiado el resto..... ¿qué importa? de sus ruinas se alzará más potente, que no descaece nunca por los contratiempos, la invencible constancia de la nación española.

PARTE IV.

COMPRENDE DESDE EL AÑO 1700 HASTA EL 1800.

CAPÍTULO PRIMERO.

Felipe V sube al trono.—Salida de los sitiados en Ceuta.—Toma de Gibraltar por los Ingleses.—Requieren á Ceuta para que se entregue.—Expulsión de los Judíos.—Descripción de las fortificaciones y pérdida de la plaza de Orán.—Pérdida de Mazalquivir.—Incendio en Ceuta.—Expedición del Marqués de Lede para levantar el sitio de esta plaza.—Toma del campo de los sitiadores.—Peste.—Zarpa Lede con su ejército para España.—Los Moros construyen nueva trinchera.—Salida de la plaza.—Levántase definitivamente el sitio.—Muerte de Muley Ismael.

Duro de creer se hacía que España pudiera resistir nueva avenida de males; cuando la exaltación al trono de Felipe V, en virtud del testamento de Carlos II, demostró que aún le quedaba sangre que derramar. Apenas se divulgó el nuevo orden de succesión, protestaron los fieles á la casa de Austria, y la Coronilla se levantó contra la dominación francesa, quedando tan sólo por el Rey Felipe una plaza en cada uno de los tres reinos sublevados: Jaca, en el de Aragón; Rosas, en el de Cataluña; Peñíscola, en el de Valencia. La guerra civil se paseó triunfante por España y ¡oh colmo de desventuras! la Europa acudió á decidir en ella sus ambiciones encontradas, peleando largo tiempo Ingleses, Portugueses, Holandeses, Alemanes y Franceses con inaudito furor y grandísimo estrago de la tierra.

Por el Rey Felipe se abanderizaron los Castellanos, teniendo más en cuenta la forzada voluntad del Rey difunto, que el antiguo derecho; y su constancia inquebrantable, le conquistó el trono después de varia fortuna.

Los Moros aprovecharon lo revuelto de los tiempos, bloqueando en 1701 el Peñón de Vélez, que defendía D. Antonio López, y fué so-

corrido desde Ceuta con 14 cañones y bastimentos. Sufría esta plaza su perdurable sitio: lenta y progresivamente adelantaban los Infieles sus trincheras, hasta que el Gobernador y Capitán general D. José Plá y Agulló, Marqués de Gironella, valiente y fidelísimo al Rey Felipe, aunque Catalán; viéndose estrechado en la ciudad, cae de rebato con 1.500 infantes y 180 caballos, toma las trincheras, deshace el campo, clava un cañón y dos morteros, y destruye las minas preparadas por el enemigo.

Era el año 1704, en que más embravecida andaba la guerra de sucesión; cuando el Príncipe Jorge de Armestad y el Almirante Rooke, con la escuadra anglo-holandesa, fondearon delante de Gibraltar. Hallábase tan desprevenido, que sólo tenía de guarnición 80 hombres, con su Gobernador D. Diego Salinas, y en la costa una partida de 30 caballos. Bombardeada la ciudad y desembarcados 4.000 Ingleses, se apoderaron llanamente de las fortificaciones exteriores. En 5 de Agosto, entraron en la plaza por capitulación á nombre del Rey D. Carlos III; subieron al Hacho, y enarbolada bandera inglesa, proclamaron á su Reina Ana Stuard. Quejóse fuertemente el Austria; la Gran Bretaña reconoció lo justo de la queja y procesó al Almirante; pero no soltó su conquista, hoy aún en su poder, para eterno baldón de los Españoles. Con la toma de Gibraltar, saborearon el proyecto de enseñorearse completamente del Estrecho, conquistando á Ceuta. No se atemorizó Plá y apercibióse para el doble sitio de Ingleses y Marroquíes. El 7 de Agosto mojó en aquellas aguas una nave con pabellón británico y á bordo, Baset Ramos, Marqués de Cullera [1], quien requirió al Gobernador para que se entregase, á lo que se negó con firmeza, secundado en su propósito por el Obispo Don Vidal Marín, amantísimo del Rey Felipe y virtuoso Prelado, que ofreció todos sus bienes en defensa de la ciudad. No llegaron á formalizar el sitio los Ingleses, recelosos de la armada del Conde de Tolosa, que en número de 108 buques, solicitaba ocasión propicia para venir á las manos. Deseábanlo igualmente los Ingleses, y al fin se encontraron en las aguas de Málaga, donde tras de un combate de trece horas, el temporal separó á las escuadras, quedando indecisa la victoria. Brío imponderable mostraron Franceses y Españoles; mas en pericia marítima aventajóse la armada anglo-holandesa.

[1] Este Baset fué el partidario valenciano que se puso al frente del paisanaje en favor de Carlos de Austria, quien hizo Marquesa de Cullera á su madre: algunos Predicadores desatinados aplicaban á ésta las palabras de Santa Isabel á la Virgen, *beatus venter*, tratándola como restauradora de su patria en su hijo Baset. Esto dice el Marqués de San Felipe en sus Comentarios.

Sitiado Gibraltar por el Marqués de Villadarias, los Ingleses estrecharon su unión con Muley Ismael, y en cambio de víveres le ofrecieron auxilios contra Ceuta, y asímismo se concertaron con el Bey de Túnez y el Dey de Argel, que en 1705 se pusieron sobre Orán, aunque sin resultado.

Quedaban en Ceuta, últimos restos de los muchos que hubo, siete ú ocho Judíos, y en 1707 determinaron su expulsión, que llevó á efecto el Gobernador D. Pedro Espinosa de los Monteros, temeroso de que en tan prolongado sitio, lograse la traición, lo que imposibilitaba el valor de los Españoles.

La proximidad de Ceuta facilitaba los socorros, á pesar de la guerra civil; no así acontecía con Orán, que más á trasmano, cuidábase menos, y apenas tenía presidio: las exigencias siempre crecientes de los ejércitos peninsulares impedían se distrajesen tropas para guarnecer posesiones que no influían en la decisión de la lucha trabada entre Felipe V y Carlos III de Austria.

Desde que se tomó á Orán por el Conde Pedro Navarro, habíanse aumentado succesivamente las fortificaciones. Asentada sobre una colina que se mete en el mar y nace en la sierra de Silla, ceñíala una mediana muralla, que subiendo la cuesta se unía por ambos lados á la Real Alcazaba, que enseñorea toda la población. Detrás de los muros de la Alcazaba sube la sierra á temerosa altura, rematando en forma de media luna. El cuerno del Norte lo ocupaba el castillo de Santa Cruz [1], desde donde se atalaya el mar y muchas leguas tierra adentro; aunque tiene por padrastro el otro cuerno, algo más alto, que gira al Mediodía.

Descendiendo hacia la izquierda, en el comedio de Santa Cruz y la Alcazaba, camino de Mazalquivir, se edificó el castillo de San Gregorio [2] sobre las tajadas rocas de la marina, inaccesibles por aquel lado. Por la parte de Levante, surge del mar una áspera loma, que por la contrapuesta orilla forma los ribazos del río que la separa de la plaza, y sobre ella y defendiendo con sus cañones una pequeña playa, está el inexpugnable castillo de Rosalcázar [3], única defensa de Orán por este punto, y

1 De la fundación de este castillo no hay memoria: se supone fué de los primitivos que se hicieron después de la conquista, y se mejoró en 1737, en tiempo del Gobernador Don José Vallejo.

2 Este castillo, según una inscripción bastante desgastada que había sobre la puerta, fué edificado el año 1589, por el Capitán general de Felipe II, Pedro Padilla.

3 A este castillo le llamó Baltasar de Morales, de Raza el cázar, y los Moros de Alacercázar: dicen algunos que fué fundado por el Conde Pedro Navarro, y otros asientan haber

la más importante de todas. Siguiendo hacia el Mediodía se encuentra el río, de agrias riberas que impiden por allí el ataque, y enfilando las avenidas del campo y en resguardo de las puertas de Canastel y Tremecén á un tiro de arcabuz la una de la otra, las dos torres de Madrigal y la Gorda.

Inclinándose al Poniente se hallaba el castillo de San Andrés [1] y en el alcor más elevado de los que forman las vertientes del río, á un tiro de mosquete de la plaza, el de San Felipe [2], á igual altura que el pueblo de Ifre, asentado en un cerrejón que descuella sobre Orán; pero sujeto á la artillería de este fuerte y de la Alcazaba. Además, en las canteras entre San Felipe y Torre Gorda, y en la colina que queda en la hondonada que baja á la puerta de Tremecén y Torre Gorda, había puestos fortificados que vedaban la aproximación de los enemigos; y al Norte del castillo de San Felipe, defendiendo los manantiales de que se surte Orán, la Torre de la Fuente de arriba, capaz para 30 soldados.

El Dey de Argel, Pectacho, recién elegido, pensó en divertir el humor belicoso de sus súbditos, y en 1707, proyectó la conquista de Orán que sitió al momento, poniendo á la cabeza de las tropas á su yerno Baba-Hacén.

Combatían los Moros las fortificaciones de la parte de tierra, y especialmente el castillo roquero de Santa Cruz, que minaron, derruyendo un lienzo de muralla; pero sin agravio en él, por resistir la mina sus robustísimos cimientos, cuando la traición de los que lo guarnecían abrió las puertas á los Moros. Decayendo de ánimo su Gobernador Don

tradición de «que antes de la primer conquista lo edificaron los Malteses, y que lo poseían »como una de las Encomiendas del Orden de San Juan de Jerusalem, á quienes los Moros »pagaban cierto tributo..... no tiene duda que hay en esta fortaleza los baluartes que lla»man de los Malteses y que están dominados por los cubos ó torreones primitivos que exis»ten..... Algunos no han dejado de suponer que los tales cubos son obra del tiempo de los »Romanos. Mas esto no parece creible; porque su figura y construcción no manifiestan sea »tanta su antigüedad, y es más verosímil que los edificaron los Arabes Mahometanos des»pués que se apoderaron de esta parte del Africa.» MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. E. 129.

1 El sitio en que se fundó este castillo se llamaba del Palo, habiéndose concluído en el año de 1694, en que mandaba la plaza de Orán el Duque de Canzano. El 4 de Mayo de 1769, por la noche, un rayo voló el almacén de pólvora, quedando arruinado el castillo, que después se reedificó.

2 En 1736, después de levantado el cerco puesto por los Turcos, se construyó el castillo de San Felipe, siendo Comandante general D. José Vallejo, según consta en una lápida que había en la portada. Donde se erigió este castillo estaba el fuerte de los Santos, que existía en el año 1556, y que antes de perderse Orán se llamaba ya de San Felipe. Distaba, después de restaurado, 900 varas de la plaza.

Melchor de Avellaneda, Marqués de Valdecañas, abandonó la ciudad, y metiéndose en una galera, amparóse en Mazalquivir, de donde se trasladó á España.

Quedaron en el castillo de San Felipe un cortísimo número de defensores, que se resistieron hasta que, faltos de municiones, capitularon.

Treinta Oraníes recordaron el antiguo valor español: capitaneados por un Fraile de la Merced, Capellán voluntario, se hicieron fuertes en el castillo de San Gregorio, resistieron varias acometidas, negándose á capitulación, á pesar de tener abierta brecha, hasta que, sin rendirse, murieron en el asalto peleando con los Infieles. El 3 de Abril de 1708 flotaba el pabellón argelino en todos los castillos y fuertes de Orán, que vendieron algunos traidores, y no defendió cual á su honra cumplía el débil Gobernador.

Se habían refugiado en Mazalquivir algunas familias de la perdida ciudad y los restos de la guarnición: los vencedores se pusieron sobre la fortaleza, y después de un sitio de cinco meses, falta de víveres, municiones y esperanza de socorro, se entregó por capitulación. Así se perdieron Orán y Mazalquivir [1].

Al Dey de Argel y á su yerno el vencedor de Orán, asesinó poco después, Deh-Ibrahim, y á éste, Alí-Chián en 14 de Agosto de 1710. El feroz Dey se bañó en sangre, fortificó su poder con la muerte de todos sus contrarios, y á la postre sacudió de hecho el yugo de Constantinopla, reuniendo en su persona el doble título de Dey y de Bajá, que confirmó el Sultán Acmet III, falto de fuerzas para resistirlo. Desde entonccs los Turcos quedaron sólo con un dominio nominal sobre Argel, que en hecho de verdad, fué ya independiente.

Seguía, en tanto, Ceuta, más bien que sitiada, bloqueada: años tras años transcurrieron, sin más que el cambio de algunos cañonazos; situación monótona, que interrumpían de vez en cuando alguna salida de la guarnición para destruir los trabajos, ó los ataques de los Moros para impedir se construyesen nuevos baluartes con que reforzaban los sitiados las antiguas fortificaciones.

Así llegó el 1715 en que estuvo á punto de que por accidente se perdiera Ceuta: hallábase de guarnición en la plaza el regimiento de Vélez,

1 Según M. León Galibert, en su *Historia de Argelia*, Orán se resistió, capitulando la última. Mazalquivir tenía una guarnición de 12.000 hombres, y era la única posesión de España en el litoral africano. Así se escribe la historia.

Las noticias que damos, están tomadas de las Relaciones manuscritas de D. Luis Roel que existen en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

pronto á ser relevado. Con el cebo del lucro en la Península, acodiciada la soldadesca, iba escondiendo en un rincón del Cuartel del Rebellín la pólvora que se les repartía: el 23 de Abril por la noche, oyóse una terrible detonación y lamentos de mil infelices soterrados entre ruinas. Acude presurosa la multitud, el cuartel ardía, el viento fortísimo de Levante empujaba las llamas hacia el grande almacén que encerraba 1.500 quintales de pólvora. Imposible pintar la consternación de la ciudad, que por momentos veía acercarse el de quedar convertida en escombros. En vano trabajaban activamente para cortar el fuego, que avanzaba sin intermisión. Caen de hinojos los pobladores ante la imagen de la Virgen de Africa: súbito cambia el viento al Poniente, las llamas se apartan del almacén y se salva Ceuta. Ciento cinco soldados perecieron; la afortunada casualidad de haber salido á la plaza de armas casi toda la fuerza, hizo menos sensible el estrago.

Había concluído la guerra de succesión con el Tratado de Utrech. España, ahogada en sangre la resistencia de Cataluña, podía dirigir su vista al exterior y fijarse en lo indecoroso de que por tantos años continuara el sitio de Ceuta. Trató el Gobierno de levantarlo, y á este fin principió á acumular tropas en los campos de Gibraltar, y municiones de boca y guerra en Ceuta, cuyos almacenes rebosaban por todas partes, á solicitud del infatigable Patiño, Intendente general de marina. Aún no se había declarado el objeto de aquella concentración de fuerzas, y de todos los puntos de Europa llegaban preguntas y reclamaciones, á las que nada contestaba el Rey, hasta que estuvo reunido el ejército. Sin embargo, los continuos envíos de pertrechos y bastimentos á Ceuta, hacían presumir que la empresa se dirigía contra el Africano. Recelosos los Moros, el 6 y 7 de Octubre ocultaron los cañones con que molestaban á la plaza; pero poco después volvieron á plantarlos en batería. Hechos al fin los preparativos, llegó á últimos de Octubre á la plaza [1] el Marqués de Lede con un ejército veterano de 16.000 hombres.

Atentamente examinó los trabajos de los Moros, que consistían en cuatro paralelas y un laberinto inextricable de contrafuertes, reductos y fo-

[1] Coxé afirma que á primeros de Noviembre: Correa de Franca pone como arribados en 27 de Octubre á los últimos, que fueron el Teniente general Bracamonte, y los Mariscales de Campo Vallejo y Éboli. El Marqués de San Felipe también dice que el ejército se embarcó en distintos parajes á últimos de Octubre, escoltado por la escuadra de naves que mandaba D. Carlos Grillo, de la de las galeras á cargo de D. José de los Ríos, y de tres naves de la Religión de San Juan.

sos profundísimos, que ocupaban de mar á mar toda la lengua de tierra que confronta con la plaza.

Dividió para el ataque su ejército en cinco columnas, mandadas, la primera, por el Teniente general Conde de Glimes, con el Mariscal de Campo, Conde de Lannoy; la segunda, por el Teniente general Marqués de Bus, con el Mariscal de Campo D. Francisco Éboli y el Brigadier Don Antonio de Figueroa; la tercera, por el Teniente General D. José de Chaves, con el Mariscal de Campo D. Carlos de Arizaga y el Brigadier Marqués de Bay; la cuarta, por el Teniente General Caballero de Lede, con el Mariscal de Campo Vizconde de Miralcázar y el Brigadier D. Pedro Astor; y la quinta, formada por la caballería y dragones, á cargo del Teniente General D. Feliciano Bracamonte, con los Mariscales de Campo Don José Vallejo, D. Juan de Cereceda, D. Pedro Chatefort, D. Pedro de Aragón, y los Brigadieres, Conde de Pezuela y Caballero de Ifre.

El 14 de Noviembre de 1720, recibida ya por el ejército la absolución sacramental, y aplicadas las indulgencias de cruzada, como guerra contra Infieles; las columnas ocuparon las puertas y las bocas hechas en el camino cubierto, para poder á un tiempo embestir las líneas enemigas á la señal de cuatro cañonazos. Al amanecer, el General de la armada Don José de los Ríos, con las 6 galeras de su mando, tomada posición, principió á batir con su artillería el barranco del Puente y cala de Benítez, fingiendo un desembarco con lanchas para divertir á los sitiadores.

Engañados con el fuego de las galeras, las dos compañías destinadas al ataque del frente de la media luna de la Rocha, acometen á la carrera y se apoderan de la luneta: advierten los Moros que no les seguían otras fuerzas y se vuelven bruscamente y matan á muchos soldados; pero óyense los cañonazos de aviso, salen arrancadas las columnas, barren á los Moros, se apoderan de las trincheras, forma á la otra parte el ejército en batalla y embiste el campo fortificado que defendían los Alárabes, sostenidos por 2.000 Negros de la Guardia del Emperador. Don Carlos de Arizaga es herido, vacila la cuarta columna, corre á su frente el Caballero de Lede, y cae pasada la mejilla de un balazo, al tiempo que al retirarse D. José Vallejo, acosado por numeroso escuadrón, rueda con su caballo por el suelo. Con tal furia venía el huracán de la caballería mora, que pasa sobre él sin maltratarlo, al punto que D. Feliciano Bracamonte llegaba en su socorro, y ahuyenta á los ginetes árabes.

Cuatro horas duraba la pelea cuando el Marqués de Lede manda suspender el alcance, y replegándose las tropas, se agrupan los Moros en las sierras; no como derrotados, sino como provocando á nuevo combate. Tres-

cientos muertos y heridos costó la facción de aquel día; corta pérdida para empresa de tal bulto: cerca de 500 cadáveres moros se encontraron en el campo, entre ellos el del Alcayde Hamet Yadú, hermano del Bajá Alí que mandaba la acción; y quedaron en nuestro poder 28 cañones, los cuatro de bronce; tres morteros y pertrechos abundantísimos. El ejército acampó en los reales de los enemigos; éstos, en los Castillejos. La población, libre al cabo de veintiseis años, se derramó alegremente por las afueras, cubiertas de jardines, de huertos muy bien cultivados, de multitud de barracas y de casas en grupos que formaban pueblecillos. Los Marroquíes se habían establecido como habitantes ordinarios de aquellos lugares, creyendo que las fuerzas españolas nunca se atreverían á rebasar la línea de Ceuta.

Atendió el Marqués de Lede á todo con exquisita previsión. Temiendo un ataque de los Moros; vencidos, más por la sorpresa que por las armas; fortificó inmediatamente el campo con 8 baterías, mientras se allanaban las trincheras.

No creían esto los Moros: avezados al imprudente coraje de los Españoles, esperaban á que, cebados en su persecución, se emboscasen en lo intrincado de la sierra para cerrarlos por todas partes. Viendo fallidas sus industrias, armaron varias celadas en los barrancos y se acercaban al campamento, y gallardeando y escaramuzando provocaban á los Españoles, retirándose al amagar de la acometida, por si la codicia del ataque les tentaba á salir de las trincheras.

Desbaratadas sus astucias por la fría táctica de Lede, que había prohibido los intempestivos alardes de valor, determinaron acometer á cara descubierta. El 9 de Diciembre, reunidas fuerzas numerosas, asaltaron los reales. La caballería en extensísimo cuerno, rodea á los Españoles por la derecha, desembocando por una barranca que se corría hasta el mar; mientras los peones descienden de las alturas, osando poner sus banderas al frente del Morro de Gómez de Oporto, defendido por dos compañías de granaderos que ocupaban una casa fuerte no muy distante.

El General español, en su sistema de elegir campo de batalla, manda á los destacamentos avanzados, el repliegue á las líneas, y al Brigadier D. Vicente Fombuena, que proteja la retirada con sus caballos. Carga repetidas veces Fombuena, sostienela pujanza del Marroquí, recógense los Españoles á las líneas, arremete de nuevo, y cae atravesado de parte á parte: siguen entonces los ginetes moros su movimiento envolvente sobre la derecha, y no encontrando enemigos que combatir, con feroz muestra de temerario arrojo, se acercan al descubierto, disparan sus es-

pingardas, y reciben, sin cejar un punto, los disparos de nuestra artillería, que barren pelotones enteros.

Los de á pie, no menos valerosos, secundan el ataque, tropiezan con D. Pedro de Pineda, que con seis compañías de Granaderos de Guardias Españolas ocupaba la tenaza, defensa por aquella parte del campo; y con osadía increible, clavan sus banderas en el terreno desamparado por nuestras avanzadas, á medio tiro de fusil, y prosiguen su arremetida hasta llegar al borde del foso. No pudiendo salvarlo, se corren hacia el camino real, y pugnan por forzar la entrada de las trincheras, donde los fuegos convergentes de las baterías los castigan tan rudamente, que, obligados á ciar, se esparcen por el frente de la línea, continuando sus descargas contra la tenaza y centro de los Españoles.

Cerca de cuatro horas duró el asalto, hasta que á las cinco y media, perdidos más de 8.000 hombres y los Españoles 45 y cerca de 400 heridos; entre ellos el Mariscal de Campo D Francisco de Éboli [1]; levantaron los Moros banderas y estandartes, dejando con arrogancia algunos pelotones de caballería en reto á la española. Acudieron muchos al Marqués para que les permitiese escaramucear; pero inflexible Lede, nególo, reforzó las líneas, concluyó la cava, robusteció con caballos de frisa los puestos débiles, aumentó las baterías, y apresuró la demolición de los trabajos de sitio.

No desistieron, sin embargo, los enemigos. El 21 comparecen otra vez, y en pequeños grupos atacan á nuestras avanzadas, y provocan á la caballería á batirse en campo raso. Por respuesta, manda el Marqués replegar á las líneas todas las avanzadas, sin permitirles disparar un tiro. Viendo inútiles sus tentativas, se retiran al barranco de las Cañas, y después de acalorada conferencia entre los Xeques, desembocan 35.000 hombres en dos columnas, atronando el aire con sus alaridos, y con el redoble de sus tamboriles y las agudas notas de sus dulzainas. Mudos nuestros fuegos, les permiten aproximarse, y á medio tiro, rompen contra la vanguardia, que acribillada, se abriga del altozano frontero á la

1 En una Relación manuscrita que hemos leído en la Biblioteca de la Academia de la Historia, se dice: «que salió herido el Marqués de Lede:» así lo asegura también el P. Castellanos, que lo tomó sin duda de Cánovas del Castillo, que lo afirma igualmente: creémoslo equivocación nacida de haber confundido al Marqués, con el Caballero de Lede, su hermano, que salió herido en el asalto del campamento, como dijimos.

La pelea fué reñida, y «tanto el fuego,» dice el historiador Correa de Franca, «que parecía un solo continuado trueno; siendo tal el gasto, que se reemplazaron cinco veces las municiones, además de los 30 cartuchos de que estaba prevenida toda la infantería.»

tenaza: acometen luego á toda furia por el camino real para expugnar la trinchera; pero una batería de 14 cañones los destroza; retroceden, se amontonan en el barranco, y los proyectiles aumentan la carnicería.

El viento que soplaba de frente, lleva á las trincheras algunos tacos encendidos, se prende fuego á un depósito de municiones, y vuelan cuatro barriles de pólvora con 50 granadas. Arremolínase el campo, pero acude D. Juan Pacheco con el regimiento de Murcia, y se restablece el orden. Después de haber resistido cuatro horas un cañoneo infernal, se retiran por último los Moros. Un centenar de granaderos, ávidos de botín, saltan insubordinados la trinchera para despojar los cadáveres que en la fuga no pudieron llevarse los enemigos; les cargan unos cuantos ginetes árabes, y con muerte de los más codiciosos ó menos ligeros, se salvan por pies los otros en el campamento.

Sobrados 4.000 muertos costóles la empresa á los Infieles, y á los Españoles pocos más de 70; pero entre ellos el Mariscal de Campo D. Pedro de Aragón y el intrépido Pineda, defensor en este día como en el 9, de la tenaza, objeto principal del ataque; quedando herido el Brigadier D. Juan Pacheco.

Escarmentados los Moros, cesaron en sus embestidas, y aprovechando aquella tregua, sólo turbada por las provocaciones que de cuando en cuando hacían los Alarbes y que los Españoles contestaban, sin empeñarse fuera de líneas; se trabajó hervorosamente en la total destrucción de las obras de sitio.

Pestilentes calenturas que duraron en su fuerza hasta Junio del siguiente año, aquejaban al ejército: médicos, enfermeros, medicinas, hospitales, auxilios religiosos, todo faltaba; sin que bastasen los transportes para los muchos enfermos que se habían de trasladar á Tarifa, Cádiz, Algeciras y Málaga.

El 1.° de Febrero de 1721, amaneció en frente del campo la cabeza de una nueva trinchera que guarnecían algunos Moros, y el 3, destruídos todos los aproches, mandó Lede la retirada de las tropas, que tuvo lugar entre once y doce de la noche, manteniéndose la infantería en la plaza de armas hasta el amanecer. A los pocos días abandonaron á Ceuta el ejército y escuadra.

Al punto los Moros emprendieron la construcción de una nueva línea, acercándola progresivamente por medio de paralelas á la plaza, que por su parte añadía nuevas defensas á las antiguas, arruinando los ataques con algunos acertados hornillos y con frecuentes salidas. Fué quizá la más importante, la que tuvo lugar en 17 de Octubre de 1723, por el Ca-

pitán de Guardias Españolas D. José Aramburu, secundado por el Marqués de Valdecañas, el Conde de Mahoni y otros, en que persiguieron á los sitiadores hasta el Serrallo, deshicieron trincheras, barracas, pozos y clavaron dos cañones, retirándose á la plaza después de siete horas de fuego, arruinados la mayor parte de los trabajos de sitio; y tan duramente castigados los Moros, que no osaron impedirles la retirada. Sangrienta, sin embargo, fué la acción, que costó á los Españoles 200 muertos ó heridos.

Seis años hacía ya de la marcha de Lede, y aún continuaba el pertinaz bloqueo, que sin comprometer su seguridad, era una perpetua amenaza contra Ceuta; hasta que en principios de Marzo de 1727, los naturales alzaron el campo, por la muerte de Muley Ismael, acaecida en Febrero, á los ochenta y cinco años de edad; quedando la plaza definitivamente libre de enemigos á los treinta y tres años de cerco.

Fué el Marroquí, Príncipe valeroso, pérfido y cruel; menos con los Misioneros, que protegía constantemente [1]: ejerció un absoluto dominio sobre sus súbditos; porque era fiel representante de sus instintos, creencias y pasiones [2]. Reunió bajo su imperio el de Fez y el de Marruecos, y sólo le faltó conquistar á Mazaghán y á Ceuta, para poder decir: «Africa es de los Africanos.»

1 Tal fué el respeto que le merecieron los Misioneros franciscanos, que estando construyendo la alcazaba de Mequinez, y necesitando derribar algunas paredes del convento para la perfección de la obra, se lo propusieron así sus cortesanos; pero el Sultán contestó: *«No permita Alláh que yo toque á ellas.»* Así lo escribe el P. Castellanos.

Apéndice núm. 25.

2 Cánovas del Castillo, en sus *Apuntes para la Historia de Marruecos*, dice: «Lloróle entonces la mayoría del vulgo, no obstante su crueldad inaudita: así Nerón fué llorado por la plebe de Roma; y es que la tiranía iguala en vileza á los hombres, en todos los tiempos y en todos los climas.»

CAPÍTULO II.

Felipe V decide la reconquista de Orán.—Combate en el monte del Santo.—Evacuan los Moros á Orán.—Se rinde Mazalquivir.—Sitia Mustafá á Orán.—Muerte del Gobernador Marqués de Santa Cruz de Marcenado.—Salida hecha por D. Bartolomé Ladrón.—Levantamiento del sitio.—Rota del Marqués de Villadarias.—Alí-Bajá se atregua con el Gobernador de Ceuta.—Es vencido y muerto por Muley-Abd-Alláh, Emperador de Fez.—Refúgianse sus partidarios en Ceuta.—Amistad entre los Ceutíes y los Moros.

Sin grandes sucesos transcurrieron los años siguientes. España, dirigida por el Cardenal Julio Alberoni, había vuelto á recobrar su pujanza: la caída de este Ministro sagaz, osado y turbulento, y la enfermedad del Rey, atacado de una especie de tedio que le imposibilitaba para los trabajos de gabinete, la quebrantaron en su progresiva mejora. Cada día era mayor la repugnancia de Felipe á los negocios: sólo de tarde en tarde, la idea de algún vasto proyecto le sacaba de aquella peligrosa atonía; pero llegó en el año de 1732 á un estado tal, que ni aun por este medio lograban sus más fieles servidores hacerle salir del marasmo en que se sumergía.

Se pensó entonces en recordarle el voto que había hecho de reconquistar á Orán, cuando le fuese posible, y la medicina surtió efecto prontísimo. Sacudió su inercia, pidió á la Santidad de Clemente XII el indulto, y facultado para gravar los bienes de los Eclesiásticos con la contribución de guerra contra Infieles, en Sevilla á 6 de Junio de 1732, nombró General de la empresa al Conde de Montemar [1], y con fecha del 18 [2] se remitió á Madrid para su publicación el edicto en que se declaraba el propósito de reconquistar á Orán, cuando ya la armada había zarpado de Alicante el 15. ¡Con tanto secreto quiso llevarse la expedición! [3].

1 Se le concedió el título de Duque por la victoria de Bitonto contra Alemanes en 1754.

2 El Decreto se inserta en el Apéndice núm. X del tercer tomo de las *Memorias políticas y militares*, de D. Joseph Campo-Raso.

3 Asegura Patxot, que Felipe había reunido este ejército para hacer valer su derecho á los Ducados de Parma y Plasencia, vacantes por la muerte de D. Antonio Farnesio en 20 de Enero de 1731, creyendo encontraría oposición en el Emperador de Austria: pero que no habiendo sucedido así, para *desmentir* el objeto de levantar aquella armada, se proclamó

Componíase ésta de unos 22.000 hombres, con una escuadra á las órdenes del Teniente General D. Francisco Cornejo, de cerca de 500 velas [1]. Mostróse el viento favorable; pero mudóse pronto y tuvieron que mantenerse las naves á la capa en el Cabo de Palos, por cinco días, y aunque mojaron en las aguas de Orán á poco; no hubo posibilidad del desembarco hasta el 29 de Junio en que, abonanzado el mar, dió orden el General para que se efectuase en el sitio llamado de las Aguadas, á legua y media al Poniente del Castillo de Mazalquivir.

Montaron las tropas 500 lanchas que adelantaron hacia la playa en líneas defendidas por los navíos y galeras que cubrían los flancos; mas todas las precauciones fueron sobradas, que los Moros no osaron resistir el empuje, y sólo partidas sueltas atalayaron, sin contrariar los movimientos de las tropas.

No oponiendo los Moros resistencia, saltaron á tierra los Españoles con los Generales, Marqueses de Villadarias y Santa Cruz de Marcenado, los Condes de Marcillac y Suveguén, y Mariscales de Campo, Condes de Maceda y de Cecil, Marqués de la Mina y D. Alejandro de la Motthe, formando en filas paralelas hasta componer un cuadrilongo, defendido en las alas y frente con caballos de frisa.

Aparecieron entonces algunos pelotones de Alarbes, que se adelantaron, escopeteando á los que habían desembarcado, haciéndoles espalda el grueso de ellos, que sería de unos 10 ó 12.000 hombres, guarecidos en las fragosidades de la sierra.

Ahuyentados por algunos piquetes de los regimientos, se replegaron

la empresa de Orán. Como opinión común de los políticos, consigna D. Joseph de Campo-Raso que se hicieron los armamentos con tal propósito. Creemos que la jornada de Orán no se hizo para desmentir el objeto del armamento, sino para utilizar éste, ya que era inútil en Italia. En 1732 no tenía ya necesidad Felipe V de disimulo en aquella materia, que anduvo en vías diplomáticas todo el año anterior; además, harto declarada estaba su intención de sostener los derechos con las armas, al enviar á Italia desde Barcelona, el 17 de Octubre de 1731, una escuadra de 25 navíos y 7 galeras con 13.000 hombres de desembarco.

1 En la *Historia de Argel*, de Mr. Laugier de Tassi, se añade una Relación que parece escrita por el ilustrador de la obra D. Antonio de Clariana, en que se afirma, que la expedición constaba de 26.000 hombres de desembarco, 108 cañones y 60 morteros, en una armada de cerca de 500 velas; entre ellas 109 *navíos y 50 fragatas*. En otra Relación que se halla en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, se consigna, que las embarcaciones de transporte eran 500 y 53 los buques de guerra. En las *Memorias políticas y militares* de D. Joseph de Campo-Raso, sólo se dice, que la armada iba custodiada por 12 navíos de guerra, 7 galeras, 2 bombardas y gran número de jabeques ó galcotes armados, y que la artillería destinada para la expedición, eran 110 cañones y 60 morteros. Esto nos parece lo cierto.

los Moros con el objeto de defender una fuente, única que había en los contornos; lo que impidió Montemar lanzando contra ellos 16 compañías de granaderos, á las órdenes del Mariscal de Campo Don Lucas Patiño, y 400 caballos á las del Marqués de la Mina.

No quiso Montemar exponer la subsistencia del ejercito á la inconstancia de los vientos, allí tan variables, y el 30 mandó que al pié del Monte del Santo, se construyese un reducto, donde se custodiasen víveres, municiones y pertrechos.

Durante la ejecución, iban cubriéndose las montañas de Alarbes, reforzados por 2.000 Turcos de la guarnición de Mazalquivir, y adelantándose algunos pelotones, trabaron una fuerte escaramuza con las guerrillas españolas, que hubieron de retroceder. Para protegerlas, el Conde de Marcillac mandó una arremetida á 50 Dragones, y en la carga cayó muerto el Capitán D. Manuel Aparicio que los mandaba. Por momentos engruesaba el número de los Moros. Tomó Marcillac á punto de honra el rechazarlos, y, para continuar el ataque, hizo que le llevasen cuatro granaderos sobre sus hombros; porque lo áspero de la cuesta le impedía vencerla á caballo, y su obesidad y achaques el ganarla á pié.

Por socorrerle se hizo la acción general. Montemar dispuso que una columna flanquease la derecha del enemigo, mientras que por el centro y la izquierda subía él dc frente á ocupar el montc de los Galápagos, como lo logró con leves pérdidas; pero con tanta sed y fatiga del ejército, que le fué imposible pasar adelante.

Tres horas mantenían la pelea los granaderos de Marcillac, reforzados con cuatro batallones de Guardias Walonas, que acudieron con el Marqués de Villadarias, sin que pudiesen ganar la posición enemiga. Defendido el paso por un peinado barrancal, sosteníanse los Alarbes sin ceder un punto; hasta que, temiendo ser envueltos por su derecha, lo abandonaron, encumbrándose en las montañas vecinas, de las que succesivamente los desalojó Marcillac. Peleaban, no obstante, con arrojado valor, cuando al ver á la columna de la Motthe ducña de la cumbre del Monte del Santo, que domina á Mazalquivir; cesaron en la resistencia. Los 2.000 Turcos que habían salido de la plaza en auxilio de los combatientes, no pudieron entrar por haberse interpuesto la Motthe, y 90 que quedaban, resto de la guarnición, temerosos del asalto, capitularon, pasando libres á Mostagán.

Reparábase el ejército para seguir su conquista, cuando el 1.º de Julio recibió Montemar aviso del Cónsul francés de Orán, de que los Moros habían evacuado la plaza. En efecto, el Rey, aquella misma noche,

con su guardia y 200 camellos cargados de riqueza, se había puesto en salvo. Montemar, al frente de sus tropas, se posesionó de Orán á seguida. No era, sin duda, el ánimo de los Oraníes ceder sin resistencia, á juzgar por los preparativos: 138 cañones, los 87 de bronce, 7 morteros, y gran cantidad de víveres y pertrechos se encontraron en la plaza, y tan arrebatada fué su huída, que dejaron entre los castillos de San Felipe y San Andrés, 12 cañones con sus afustes y avantrenes, y en el puerto una galeota y cinco bergantines con que pirateaban por aquellos mares [1]. Si no mienten las relaciones de la batalla, la reconquista de Orán sólo costó 38 muertos y 150 heridos; número inverosímil, si se atiende á que sólo en la escaramuza del 29, murieron personas muy principales, y en la del 30 pelearon los Españoles con 22.000 Alárabes y 2.000 Turcos en posiciones formidables, que defendieron con valentía; pero así se publicó, y si nos asisten razones para dudar, carecemos de datos para negarlo.

Consagradas las mezquitas y dadas las disposiciones generales para la seguridad de la plaza, envió el Conde al Marqués de la Mina á dar cuenta del resultado, y en Sevilla á 8 de Julio fué recibido por los Reyes. Grande fué el júbilo con que oyeron la noticia, convirtiéndose en acciones de gracias las rogativas por el feliz suceso de la expedición [2].

Repuestos los Oraníes [3] del pánico que les había impulsado al cobarde

1 Apéndice núm. 26.

2 Celebróse mucho en España la toma de Orán, y en Madrid se hicieron grandes fiestas, de las que conservó el recuerdo un romance popular de la época.

Por seis días se publican
Generales luminarias,
Y el pueblo ofreció gustoso
Generales mogigangas;
Pues salieron varias tropas
De soldadescas mezcladas
Entre Moros y Cristianos,
Que con los bailes mostraban
En repetidas peleas
Que á los Moros sujetaban.....
Con fuegos artificiales
Las tres noches celebradas.... .
Por toda la villa tiros ....
En voladores cohetes
Los corazones volaban
Y el sábado día doce
En las Señoras Descalzas,
En tres árboles de fuego
Dieron la lucida salva
A la aurora más preciosa,
La perla más soberana.

El Conde de Montemar fué agraciado con el collar del Toisón, é igualmente D. José Patiño, á cuya iniciativa se debió el que se emprendiese la reconquista.

3 Entre los Españoles se le conocía con el nombre del Rey Bigotillos.

abandono de la plaza, trataron de reconquistarla, y con numeroso ejército acamparon en las cercanías, hostilizando sin tregua á los Españoles y cebándose en las partidas que salían por bastimento. Fatigábase el presidio con el continuo sobresalto, y ardía en deseos de castigar tanta arrogancia, cuando creyó que la ocasión se le venía á las manos. Un cuerpo de 500 Moros se había arrojado sobre los forrajeadores, y los venía persiguiendo sin dejarles respiro: apenas avisado Montemar, dispuso que una fuerte columna los socorriera; pero antes de que saliese; el Duque de San Blas, que como Mariscal del Logis, estaba mandando las grandes guardias; se adelantó y cargó impetuosamente á los Moros. Retiráronse éstos, siguieron el alcance los Españoles y cayeron en una emboscada, teniendo que librar la salvación en la fuga. Murieron en acción tan infausta, el Duque, el Brigadier Wander-Cruysen, tres Coroneles, 15 Oficiales y hasta 100 soldados, amén de muchos cautivos.

Recibidas por Montemar órdenes para que el ejército volviese á España, el 1.° de Agosto se hizo á la vela, quedando presidiadas las plazas de Orán y Mazalquivir con 16 batallones, que componían un cuerpo de 8.000 hombres, y un regimiento de caballería, y de Gobernador el Marqués de Santa Cruz de Marcenado [1].

Por la marcha de la escuadra y de la mayor parte de las tropas, los Argelinos apretaron el cerco, y pensando lograr la plaza por sorpresa, el 1.° de Octubre trataron de apoderarse, á escala vista, del Castillo de Santa Cruz, guarnecido sólo con 100 hombres; pero de Orán acudió un cuerpo de 500 voluntarios, que con la ayuda de la artillería de los fuertes, repelió á los Moros. Para precaver nuevas acometidas, el Gobernador

1 D. Alvaro de Navia Ossorio Vigil, tercer Marqués de Santa Cruz de Marcenado y Vizconde del Puerto, nació en Asturias en el pueblo de Santa Marina de Veiga (Vega), el 19 de Diciembre de 1684. En la guerra de Succesión siguió el partido de Felipe V, siendo nombrado Maestre de Campo ó Coronel, como después se les denominó; á los diez y ocho años, y Mariscal de Campo antes de los treinta y cuatro.

Estuvo en el sitio de Tortosa, de donde pasó á Sicilia, siendo nombrado á poco representante de España en Turín, en el Congreso de Soissons y en París.

Escribió un *Proyecto de un Diccionario Universal*, la *Rapsodia económica política* y las *Reflexiones militares*, obra de gran empeño, muy estimada, y en cuya lectura se inspiró Federico II para su nueva táctica. Cuéntase que para enterarse de ella, envió España á D. Juan Martín Alvarez Sotomayor, después Conde de Colomer y Capitán General de Ejército, quien expuso su deseo al Rey, contestándole éste, que extrañaba su viaje á Prusia para conocer la táctica que él había aprendido de España, estudiando las *Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz. Sotomayor hubo de confesarle que no las había leído.

Vuelto á España el Marqués, fué nombrado Gobernador de Ceuta y luego de Orán, donde murió gloriosamente en el campo de batalla el 21 de Noviembre de 1732.

mandó construir un trincherón que enlazase el castillo de Santa Cruz con el de San Gregorio.

No era menos combatido el de San Felipe, contra el cual los sitiadores habían plantado sus baterías, volando cinco minas para derribar un lienzo del muro.

Al mismo tiempo, lisonjeándose con que les sería posible tomar la plaza con repetidos asaltos, no descansaban un punto, y si bien con el calor que arremetían eran rechazados; ciertamente, la hostilidad continua y el no interrumpido servicio, tenían fatigada y descaecida á la guarnición. El Marqués pidió refuerzos; pero antes de que llegasen, una escuadra argelina de nueve navíos forzó el 3 de Noviembre la entrada del puerto de Orán, bajo el fuego de las fortalezas: instruída de que la de España había zarpado ya de Barcelona, no atreviéndose al combate, determinó á los pocos días hacerse á la mar.

Temeroso el Gobernador de que los castillos de Santa Cruz y San Felipe no pudieran resistir los esfuerzos de los enemigos que no cejaban en su incesante batería; celebró consejo de guerra, acordándose una salida general. Señalado el día 21, mandó al Marqués de Valdecañas que con una columna amagase por la derecha al enemigo y al de Tay con otra, que acometiese por la izquierda. En el centro formó en masa seis batallones, dejando uno de reserva con cuatro piezas de campaña, para auxiliar según las necesidades de la acción lo requiriesen.

Así dispuesto, manda el ataque: en el primer empuje los sitiados repelen á los Moros, que abandonan las trincheras y se hacen fuertes á corta distancia. Con indecible tenacidad pelean Españoles y Argelinos, y tras encarnizada lucha ceden éstos, y síguenlos los vencedores que se apoderan de cuatro piezas de artillería. Retrocediendo los Argelinos llegan á un profundísimo barranco donde tenían escondido gran golpe de tropas, y se hacen fuertes en la contrapuesta orilla: de allí destacan sus caballos para cercar á los Españoles, en desorden con la persecución; á tiempo que su infantería, con alarde ferocísimo, mantenía la furia del combate. Manda Santa Cruz la retirada [1], óyese la temible voz de *nos cortan*, difúndese

1 En una Relación encontrada entre los manuscritos de D. Melchor Macanaz, y que publicó la *Ilustración Nacional*, se asegura que el Marqués de Santa Cruz se había quedado en el castillo de San Felipe registrando los movimientos de las columnas de ataque con un anteojo; que al ver la derrota salió de Orán con 2.000 hombres que detuvieron al enemigo y dieron tiempo á los desordenados Españoles para «reformarse y abroquelarse en un cuadro.....» retirándose de este modo hasta llegar á los ataques, en donde se pararon unos y otros, á cuyo tiempo salieron de la plaza 8.000 hombres, y habiendo dado una carga

el pánico entre los soldados, que huyen en miserable tropel, haciéndose general la derrota, y atravesando á los fugitivos la implacable lanza de la caballería morisca.

Para contenerla, arrójase el Marqués de Santa Cruz, espada en mano, con los Mariscales de Campo D. Bartolomé Ladrón y D. Felipe Ramírez á lo más hervoroso de la pelea, y animando á los soldados, quedan á retaguardia, y los Moros los rodean. En aquel angustioso trance llegaba la escuadra española con los refuerzos: desembarca D. Guillermo de Lascy con 400 hombres de Ultonia y el primer batallón de Aragón con su Coronel D. Manuel de Sada, y al fragor de la pelea dejan sus mochilas en la playa y corren al auxilio de sus compañeros. Tropiezan con una banda de 1.500 caballos Moros que á escape acudía á interponerse entre la plaza y los fugitivos; la rechazan, se rehacen los Españoles y logran por fin contener al vencedor, salvando á Ladrón y á Ramírez. Menos afortunado el intrépido Santa Cruz, quedó muerto en el campo con el Coronel D. José Pinel, y cautivo Valdecañas, y otros muchos y distinguidos Oficiales. Cerca de 800 Españoles murieron en la batalla, teniendo más de 1.500 heridos y gran número de prisioneros [1].

A pesar de tan desgraciado suceso, al Mariscal D. Bartolomé Ladrón, que gobernaba la plaza por la muerte de Santa Cruz, crecióle el ánimo con el socorro tan oportunamente recibido, y el 23 dispuso una nueva salida bajo el mando del Coronel Conde de Berheaven, que, con 10 compañías de granaderos y 500 gastadores, logró sin mucha sangre allanar las líneas y destruir los trabajos de los sitiadores. Cansados los Argelinos de sus inútiles esfuerzos y quebrantados con las pérdidas sufridas, se retiraron á las montañas, convirtiendo el sitio en estrechísimo bloqueo.

El Marqués de Villadarias, nuevo Gobernador, deseoso de señalarse, salió de rebato contra los Moros de la tierra, el 10 de Julio de 1733 y fué batido con pérdida de 800 hombres. Bloqueada la guarnición constantemente, expulsadas por los Argelinos las tribus sometidas, y reemplaza-

cerrada, se retiraron los Turcos. Nos parece más verosímil la versión que damos: en la de Macauaz existe un error indudable: supone que la expedición era de 5.000 Españoles y 400 caballos; que el Gobernador la socorrió con 2.000 hombres, y que últimamente salieron 8.000 de la plaza, los que forman un total de 15.400 hombres; doblado número de la guarnición que existía.

[1] La Relación de Macauaz fija el número en 571 muertos y 1.553 heridos. Creyóse al principio que el Marqués de Santa Cruz había quedado cautivo, y el Rey mandó que se le rescatase á costa del Real Erario: certificada ya su muerte, la Marquesa salió de Orán para Sevilla, en donde se le concedió una pensión de 3.000 escudos, una encomienda para su hijo primogénito, una compañía de caballos para el segundo, y otra de infantería para el tercero.

das por otras abiertamente hostiles, teníamos la plaza de Orán; pero se había perdido para mucho tiempo, en aquella parte del Africa, la antigua influencia de las armas españolas.

No así en la parte del Estrecho: á la muerte del Emperador Muley Ismael, fué por disposición de éste, en odio al primogénito Abd-el-Malek, proclamado succesor, Muley Hamet-el-Eví [1]; pero los Gobernadores de las ciudades fortificadas le negaron la obediencia y se proclamaron independientes. Alí, Bajá de Tetuán, quedó señor de Tánger y campos de Ceuta, y aunque en 1728 dió bruscas é inútiles embestidas á esta plaza y á la de Melilla; con mejor acuerdo, y sin duda previniéndose contra futuros contingentes, entabló amistades con el Gobernador de la primera, D. Pedro de Vargas y Maldonado, hasta el punto de señalarse distrito neutral en que no se ofendiesen y pudieran comerciar libremente Fecíes y Españoles, renovándose el tratado habido con los Nicacises en 1672. Tan benévolamente se guardaron los capítulos, que sin tener ya en cuenta los límites señalados, iban los Ceutíes á las playas de los Moros y tendían allí sus redes, y éstos les ayudaban á recogerlas entre pláticas amistosas, como si nunca hubieran combatido. La guarnición extendía sus paseos hasta el Serrallo, donde se trocaban objetos de corto valor, y aun hubo cazadores que traspasaron las trincheras; ¡cosa inaudita en aquellos sitios!: á punto llegaron las cosas, que en diversiones campestres alternaban con los Marroquíes algunos Sacerdotes. No era menor la confianza de los Moros campesinos, que entraban y salían de la plaza libremente para vender sus frutos y algún tabaco.

A la muerte de Muley Hamet-el-Eví, acaecida en 1729, á los dos años de su coronación, la Guardia Negra que nombraba y deponía Emperadores, proclamó á Muley Abd-Alláh, hermano de Hamet.

Figuraba por entonces el Duque de Riperdá, Ministro que había sido de Felipe V, y que caído en desgracia y rechazado por todos los Reyes de Europa; después de haber sido protestante, católico y apóstata, se declaró mahometano, refugiándose en Marruecos, y tomando el nombre de Sidy Osmán. Captóse la voluntad del Emperador, y más aún la de su madre la Inglesa Leila Yanet, que dirigía la política del imperio. Ardiendo en deseos de venganza contra los Españoles, incitó al Sultán á que recobrase á Ceuta, pintándole fácil la conquista. Oyóle con agrado Abd-Alláh, y le confió la dirección del sitio, con 36.000 hombres, á las in-

1 Muley Hamet, el Dorado. Según el P. Castellanos, se llamaba Muley Hamed- (ó Ahmed) ed-Dahabi. Según Cánovas del Castillo, Muley Ahmed-el-Dzahebí.

mediatas órdenes de Alí-Den, renegado, y según se decía; apóstata de la Religión de Malta.

A principios de Octubre de 1732, formó campo el ejército marroquí, y se presentó en las inmediaciones de Ceuta, gobernada entonces por el General D. Antonio Mauro. El 17 de Octubre cayó éste de improviso sobre la vanguardia de los sitiadores, con 5.500 hombres, mandados por el Brigadier D. José Aramburu y los Coroneles Conde de Mahoni, D. José Masones, D. Juan Pingarrón y D. Basilio de Gante. Sorprendidos los Moros, fueron derrotados con pérdida de 3.000 hombres, huyendo el resto, hacia Tánger unos, otros hacia Tetuán, salvándose á uña de caballo Alí-Den y el Duque de Riperdá. Con tan desastroso suceso, enfrióse la benevolencia del Emperador, que perdió por completo con la muerte de su protectora Leila Yanet. Riperdá se vió obligado á dejar la corte, y tras de mil aventuras, murió cinco años después, olvidado de todos, en la ciudad de Tetuán.

Al subir al trono Muley Abd-Alláh, creyéndose con mejor derecho Muley Abu-Fers-el-Mustady, hijo del difunto Emperador, hízolo valer con las armas; pero fué vencido y hecho prisionero. Alí, Bajá de Tetuán, desistiendo de una independencia que no tenía fuerzas para sostener, había levantado pendones por el Mustady; pero derrotado éste, cayeron sobre él las tropas imperiales, y en 1743, destrozado su ejército, quedó muerto en el campo de batalla, buscando los Jefes de su parcialidad que le sobrevivieron, capitaneados por Sidy Bedris-el-Nazar, el abrigo de los muros de Ceuta. La peste que en aquel año devastaba á Marruecos, y que aún llegó á picar en la ciudad, prohibió acogerlos; mas se les señaló sitio junto á las empalizadas, defendidas por el cañón de la plaza, entrando después y siendo acogidos cariñosamente.

A fines de Mayo de 1747, un negro logró libertar á Muley Abú-Fers, que si bien nada pudo contra el Emperador, fué proclamado en Tánger por sus parciales, y al punto envió al campo de Ceuta 500 caballos y 600 peones para escoltar á Bedris, que reconocido á la protección dispensada, regració á los Ceutíes, corrió la pólvora [1], y marchó á escape la vuelta de Tánger, victoreando á España y á los Españoles. Por su parte, Abú-Fers, para demostrar su gratitud á los que tan generosamente habían socorri-

1 Consiste el ejercicio de *correr ó jugar la pólvora*, en ponerse dos grupos de caballería, uno al frente de otro á cierta distancia: salen del uno unos cuantos caballos á toda brida y con grande algazara, disparan las espingardas al llegar cerca del otro, y parando de tenazón los caballos, revuelven por los costados á unirse á los suyos para cargar segunda vez y repetir sus ataques, mientras que salen otros ejecutando la misma maniobra.

do á sus parciales, nombró Gobernador del campo de Ceuta á Abd-el-Nagid, uno de los refugiados que más vivo conservaba en su pecho la memoria de los beneficios de los Españoles. Renovando las antiguas alianzas, pidióles artillería para conquistar á Tetuán, declaró la guerra á los Ingleses, apresando un barco argelino que mandaba un Capitán britano, y tanto agasajó al enviado de Ceuta, D. Francisco Moreno, que todas las alabanzas de éste al Mustady le parecían cortas, «y faltó poco (decían émulos y envidiosos) para que panegerizase á Mahoma.» A tal punto llegó la intimidad de relaciones entre la guarnición y los Moros, que necesitando Muley Abú-Fers recoger las tropas del campo de Ceuta para reforzar su ejército, dejó al cuidado del Gobernador que había entonces, D. José Orcasitas y Oleaga, sus mujeres y sus hijos.

CAPÍTULO III.

Muerte de Felipe V.—Rota de los Berberiscos en Canarias y de los corsarios que infestaban las costas.—Muerte de Fernando VI.—Abandonan los Portugueses á Mazaghán.—Establécese Jorge Glarr en Santa Cruz de Mar pequeña.—Embajada de D. Jorge Juan.—Tratado de paz de 1767.

Las nuevas guerras que sostuvo el Rey D. Felipe contra Austria é Inglaterra, sus hostilidades con Francia, las múltiples y complicadas negociaciones para la paz general, las esperanzas que de cuando en cuando brotaban en su corazón de sentarse en el trono de Luis XIV, las dolencias que le impulsaron dos veces á tratar de su abdicación, su obesidad que en los últimos años casi le privaba de movimiento; le impidieron dedicar su atención á los asuntos de África, y en tal estado, en 9 de Julio de 1746, le sorprendió la muerte por un ataque de apoplegía.

Felipe V el Animoso, infundió nuevo vigor á la nación española: ciencias, artes, literatura, recibieron desconocido impulso, si bien, desgraciadamente, amoldándolo todo en las turquesas de Francia que imponía gustos, opiniones, leyes y costumbres. En lo exterior pesó España otra vez en los destinos de Europa, y ¡ojalá que la Reina Doña Isabel de Farnesio hubiera espoleado menos la ingénita ambición de su marido, y en vez de inducirle á reivindicar por la fuerza, derechos dudosos é intereses puramente de familia, hubiese empleado su natural influencia en reprimir los instintos belicosos del Rey, inclinándole á procurar la tranquilidad de los pueblos, tan trabajados con las contínuas guerras!

Succedióle Fernando VI llamado el *Pacífico*. Durante su reinado, ningún suceso importante ocurrió en la perpetua guerra contra los Infieles. Alhucemas, sitiada por los Moros, hallóse en trances de rendirse; pero socorrida á tiempo, se libró de caer bajo el yugo de los Marroquíes, que hicieron también un desembarque en las Canarias, donde fueron derrotados y muertos casi todos los invasores.

En 1758, los Berberiscos de las costas, corrieron las de España; salió á darles caza D. Isidoro del Postigo que, acometiendo á un navío y

á una fragata, se apoderó de aquél, librándose ésta á favor de una tempestad que obligó á la escuadra á guarecerse en el puerto.

El dolor por la muerte de su esposa muy querida, Doña María Bárbara de Portugal, llevó al sepulcro, en 10 de Agosto de 1759, á Fernando VI, Príncipe bondadoso, y que en la paz buscó la felicidad de sus vasallos.

En Marruecos había á la sazón sobrevenido un cambio, que auguraba días mejores al trabajado imperio. En 12 de Noviembre de 1757, había muerto el Emperador Muley Abd-Alláh, y ocupado el trono Sidy-Mohammet-ben-Abd-Alláh, uno de los Príncipes más insignes de su tiempo y que había aprendido el arte de gobernar, en la escuela de su padre, de quien había sido Corregente. Siguiendo la política de Muley Ismael, reunió un ejército de 120.000 hombres, y el 4 de Diciembre de 1768 púsose sobre Mazaghán, que con un corto y valeroso presidio, defendía D. Dionisio Gregorio de Melho, Castro y Mendoza. Intimóle el Emperador la rendición, ya que la defensa era imposible; pero negóse aquél á entregar la plaza, sufriendo un horrible bombardeo y rechazando valientemente las acometidas. Clamaban los vecinos y guarnición por socorro y lo esperaban confiados; porque en Lisboa no les faltaban valedores, y era procuradora incansable la esposa del Gobernador, que pocos días antes del sitio había dejado á Mazagháu. El 8 de Marzo se dibujaron en el lejano horizonte las velas portuguesas, y los defensores de la plaza prorrumpen en exclamaciones de júbilo. En lugar de refuerzos, recibe el Gobernador orden del Rey, para que, embarcados todos los moradores en las naves de la armada, entregue la fortaleza al Sultán de Marruecos. El asombro les deja sin palabra; pero repuestos, corre la noticia de boca en boca, el pueblo se amotina, el furor les suministra armas, y en confuso tropel y con espantosa gritería sitian la casa de Melho y le amenazan de muerte, y á todos los que se opusieran á continuar la defensa. Los que nada perdían con que se perdiera Mazaghán; los que con la obligación de obedecer excusaban su deseo de evitar los peligros del sitio; los muy prudentes, y los partidarios de las nuevas ideas que prosperaban en la Corte; suavizaron la exaltación de los amotinados con palabras artificiosas, y poco á poco, con reflexiones del peligro en desobedecer al Rey, y con fáciles promesas de que se les indemnizaría y aun recompensaría largamente; lograron que se resignasen: se comunicó al Sultán la determinación del Gobierno de evacuar la plaza, y convenida una suspensión de hostilidades, se señaló para el embarque el día 11. Al verificarlo las familias con los más preciosos objetos, se les advierte por el Gobernador que nada podían lle-

varse. Estalla entonces de nuevo la cólera del pueblo; pero en su impotencia de contrarrestar la entrega, derrámanse furiosos por la ciudad, incendian los muebles, desjarretan los caballos, degüellan las reses, rompen las armas, clavan la artillería, minan los baluartes, que hace saltar después del embarque el herrero Pedro de la Rosa; hacen pedazos las aras, que arrojan al mar, y sólo se salvan de la común destrucción las sagradas imágenes y los libros parroquiales que llevan consigo.

Se asegura que la causa de tanta vergüenza fué la rapacidad sacrílega del enciclopedista Pombal. Las limosnas de las bulas de la Santa Cruzada se invertían en el sustento de Mazaghán como empresa contra Infieles: el Ministro volteriano ideó la cesión, para disponer á su arbitrio del importe de las bulas [1]. Quizá creyendo indiscutible regla de buen gobierno, la utilidad material, estimó como gravoso á la Monarquía, invertir en la conservación de la plaza cantidades que no habían de compensarse con conquistas por entonces imposibles. Algo hubo de alegarse en este sentido al débil José I, que autorizó la política del Ministro, que sin creencias, y empujado por la tenebrosa conspiración de los sectarios contra todo lo que formaba la antigua constitución social de Europa; tiró con desprecio los últimos restos del poderío portugués en África, adquirido con el trabajo de tres siglos, y con torrentes de sangre, y que concluyó para siempre con el desamparo de Mazaghán.

Apenas Carlos III cambió su reino de Nápoles por el español, pensó en dar término á la piratería; aunque por entonces las hazañas del intrépido Barceló eran tantas, que á su nombre huían los corsarios y el litoral respiraba tranquilo.

De nuestro perdido establecimiento de Guáder en la costa berberisca, ni se hacía mención. Algunos pescadores de Canarias, habían solicitado en tiempo de Carlos II el envío de una fragata que cruzase las aguas de Santa Cruz para asegurarles de las violencias de los naturales; mas sólo pudieron conseguir permiso de equiparla y armarla á sus costas, si les convenía; empresa superior á sus fuerzas, y que no llevaron á ejecución. El incendio de siete buques corsarios en el Cabo de Aguer, por D. Alvaro Bazán, y el tratado de paz con el Emperador de Marruecos, les dieron alguna seguridad; no se atrevieron, sin embargo, á aprovecharse del puerto de Guáder.

1 Amador Patrino, en su *Chronica da Fidelisima Rahina Senhora Doña María I de Portugal*, afirma, que la única razón de la torpe política del Marqués de Pombal, fué disponer á su arbitrio de todos los réditos de las bulas, que en gran parte se aplicaban al sostenimiento de la plaza.

Ocurrióle hacerlo en 1764 al intrépido Escocés Jorge Glarr, y con su familia se trasladó á aquel punto, fundando un establecimiento comercial, al que llamó Hilsborough. La corte de Marruecos le miró con desconfianza; la de Madrid se alarmó al ver Ingleses en tierra que estimaba propia, y mandó arrestarle en una de sus excursiones á Canarias, bajo el pretexto de que defraudaba á la Real Hacienda. Tras largas desdichas, puesto en libertad por las reclamaciones del Gobierno inglés; mas perdidos bienes y esperanzas, abandonó aquel país inhospitalario, víctima de la suspicacia de Gobiernos que hubieran debido protegerle en su empresa: temióse la rapacidad británica, que siempre convierte en derechos los favores, y fué la víctima el emprendedor Escocés.

Tratábase por entonces en el Consejo, de si atendidos los gastos que ocasionaban nuestras posesiones en África, convendría su abandono, á excepción de Ceuta y Orán: inclinábanse muchos á ello; otros, á que siendo la guerra la que los originaba, se procurase la paz con los Marroquíes [1]. Admitióse en principio esta opinión y se pensó seriamente en negociarla.

Ya habían mediado papeles entre Samuel Sumbel, Judío de Marsella, encargado de Sidy Mohammet y el Gobernador de Ceuta, y si bien se manifestaba aquél propicio á que los Españoles pudieran dedicarse á la pesca en Santa Cruz, no se comprometía á garantizarla al Sur de este puerto, por ser los habitantes gente incivilizada y montaráz; negándose por completo á que los de Ceuta comerciaran tierra adentro.

Acontecían estos sucesos á fines de 1765, y para tentar el terreno, comisionó el Gobierno reservadamente al ex-Prefecto apostólico de las Misiones Fray Bartolomé Girón, de la Concepción, fraile muy versado en los usos del país, quien en Marruecos, de tal modo supo ganarse voluntades, que logró por fin en 2 de Febrero de 1766, una audiencia en que leyó á Sidy Mohammet una memoria, si difusa, hábil; manifestándole los deseos que tenía el Rey de España de celebrar un tratado de paz y de comercio. Ponderábale los beneficios hechos á los Marroquíes; habiendo puesto en libertad á los que se hallaban cautivos, mandando que se proveyese á los buques del Imperio de cuanto necesitaren, y que su propósito era que Moros y Españoles se trataran como hermanos; para cuyo logro sólo esperaba saber la forma y circunstancias con que S. M. Impe-

1 Muriel, en sus Notas á la *Instrucción reservada*, afirma que se pensó también en el abandono de Orán: niégalo Ferrer del Río. Es muy probable que los individuos que componían el Gobierno, anduvieran divididos en esta cuestión, como lo estaban muchos hombres importantes; mas juzgando por lo que después se hizo, nos inclinamos á creer en la certeza de la afirmación de Muriel.

rial convendría en la paz por mar y ticrra. Acompañó el discurso con algunos regalos y esperanzas de otros mayores, si se convenía en el tratado. Oyóle benigno el Emperador, y para iniciar las negociaciones, nombró á Sidy-Ahmed-el-Gacel, acompañado del Padre Girón, quicnes hicieron su entrada en Madrid el 11 de Julio. Mandó el Rey se tratase al Embajador espléndidamente, y se le señaló para residencia el Buen Retiro, un situado de 800 reales diarios, cuatro caballos de montar y coche para su servicio.

Estaba la corte de jornada en San Ildefonso, y por la muerte de la Reina madre no pudo ser recibido el-Gacel hasta el 21 de Julio, en que aliviado el luto, fué introducido ante el Rey y los Príncipes, visitando á los Infantes al siguiente día.

Tras detenidas conferencias con el Marqués de Grimaldi y habiéndose dado largas sobre la devolución de la librería del Rey Cidán, que reclamó con empeño repetidas veces, el 26 de Septiembre se fijaron los puntos que había de abrazar el convenio.

Para su aprobación y para ratificarlo solemnemente, se nombró por Embajador al célebre marino D. Jorge Juan [1], con instrucciones firmadas por el Rey en 30 de Diciembre de 1776.

Sc reducían á asentar paz perpetua con el Emperador; ultimar un tratado de comercio y cambio de géneros y frutos; procurar que se señalara algún punto donde establecer una factoría; que se ensanchase el radio de los presidios, y conseguir un cstablecimiento en las costas de África, señalándosc una zona neutral en que no pudieran hostilizarse los Españoles y los súbditos de las Regencias berberiscas; devolución de los desertores, y libertad de todos los que naufragasen en las costas de Marruecos. Encargábasele también mucho, celase todas estas cosas de los Ingleses, fomentara la aversión que les tenía Sidy Mohammet, y se procurase un plano de la plaza de Moghador.

1 Tenía á la sazón D. Jorge Juan 53 años, y era Jefe de escuadra. Como Sub-Brigadier dc Guardias Marinas había sido uno dc los expedicionarios de Orán. A los 21 años fué nombrado con D. Antonio Ulloa, tambiéu Guardia Marina, para unirse á la expedición francesa que marchaba á la Amórica Meridional, con el objeto de medir grados debajo del Ecuador, donde permaneció once años; hasta que en el de 1746 volvió á Europa. Ascendido á Capitán de navío, le confirieron una comisión secreta para Londres. A sus gestiones é influencia sc deben los Arscnales de Cartagena y el Ferrol y el Observatorio de Cádiz, donde vivía cuando se le nombró Embajador de Marruecos, el 10 de Noviembre de 1766. Concluído el Tratado de 1767, se le confirmó en Mayo de 1770 la Dirección del Seminario de Nobles. Al saber el nombramiento, aludiendo á sus viajes á América y Marruecos y á haber estado al frente de las Guardias Marinas, dijo con mucha gracia: «Está visto que estoy destinado á tratar siempre ó con salvajes ó con chiquillos.»

Las mismas instrucciones se dieron al P. Girón, que acompañó á el-Gacel hasta Cádiz, donde ya estaba D. Jorge Juan, con su Secretario D. Tomás Bremond y el Intérprete D. Francisco Pacheco. Antes de emprender la jornada, el Embajador hizo presente á Grimaldi la escasa utilidad y difícil conservación del establecimiento en la costa de África, para fomentar la pesca de Canarias; pero insistiendo el Ministro, el 14 de Febrero de 1767 zarparon para Tetuán, punto designado por el Emperador, los jabeques de guerra *Gaviota* y *Cuervo*, con algunos buques mercantes, llevando al personal de la embajada, cuatro músicas y más de 200 esclavos, á quienes se había concedido la libertad. El viento contrario les hizo recalar en Cádiz, hasta el 19 de Febrero en que, abonanzando el tiempo, salió la escuadrilla, que en la mañana del 20 dió fondo en la rada de Tetuán, y desembarcó el 21 entre las salvas de los buques, contestadas por los tres cañones que artillaban la Torre cuadrada, defensa de la boca del río Guad-el-Jelú.

Con gran aparato y no menores demostraciones de júbilo fué recibido el Embajador, que emprendió su marcha á Marruecos, escoltado por fuerzas del ejército regular, cuyos ginetes; cuando el terreno y la lluvia no lo vedaban; corrían la pólvora para distraer lo enojoso del camino, que duró hasta el 9 de Marzo, en que fué aposentado á un cuarto de legua de Marruecos, en un jardín perteneciente á la Corona.

El 10 de Marzo fué el-Gacel á buscar á D. Jorge Juan, de parte del Emperador, que encargó también á Muley Dris, su primo hermano, le manifestase, que aun cuando el Rey de España le hubiera llenado el reino de oro y diamantes, no lo habría tenido en tanta estima, como el haberle devuelto los cautivos.

El 16 fué la recepción: con encarecidas palabras manifestó Sidy Mohammet su afecto al buen Rey Carlos, añadiendo que tuviese por concedido cuanto solicitase. A pesar de las palabras del Emperador, el-Gacel, que había de concluir el tratado, opuso tenaz resistencia al establecimiento para la pesca en la costa oriental de África; porque el Emperador no consentiría que se fortificase punto alguno en su territorio: resistió también la exención de derechos de entrada y salida de los buques en los puertos; alegando que las otras naciones la reclamarían para sus naturales, y no menos difícil encontraba el señalamiento de la zona marítima neutral; temiendo que los Argelinos no la respetasen. Accedió gustoso á que pudieran abastecerse los presidios españoles en Africa, cuando fuera necesario; quedando acordes en que la extensión del campo neutral se determinaría por Comisarios especiales; aunque esto lo impugna-

ban los Talbes ó altos dignatarios religiosos, que insistían en que respecto al radio de las plazas, nada se innovase.

Aflojando en unos puntos, insistiendo en otros, llegóse á un común acuerdo, firmando D. Jorge Juan el 28 de Mayo de 1767, en nombre del Rey Carlos III, el Tratado de paz con Sidy Mahomet-ben-Abdalá-ben-Ismael, Rey de Fez, Mequínez, Algarbe, Sus, Tafilete y Draa.

Acordóse paz firme y perpetua por *mar y tierra*, debiendo ejecutarse la navegación por ambas naciones con los pasaportes correspondientes, dispuestos de suerte que, para su inteligencia, no fuera necesario saber leer [1], y declarándose el comercio libre entre Españoles y Marroquíes, aun en lo interior de ambos reinos: podía S. M. Católica establecer en Marruecos un Cónsul general, y Vicecónsules en los puertos que conviniera, á fin de que procurasen por los individuos de su nación, les distribuyesen la justicia correspondiente, dieran pasaportes á las embarcaciones [2], y entendieran en todos los negocios civiles y criminales de los Españoles. No podrían pescar sin licencia; pero de Santa Cruz al Norte, S. M. Imperial concedía á Canarios y Españoles la pesca; sin permitir su ejercicio á ninguna nación en ninguna otra parte de la costa, que había de quedar enteramente por aquéllos [3]: habían de entregarse mutuamente los desertores; pero los Cristianos y los Renegados que se refugiasen en los presidios ó en los buques de guerra que fondearan en los puertos de Marruecos, quedarían libres; lo mismo que los Mahometanos y los Renegados que se refugiasen á los buques de guerra mahometanos, que estuviesen en los puertos de S. M. Católica.

Negóse Sidy Mohammet á conceder ensanches al radio de los cuatro presidios españoles, y á entrar en negociaciones sobre el establecimiento que Carlos III pretendía fundar al Sur del Río Non; porque no le era posible responder de los accidentes y desgracias que sucedieran, á causa de no llegar allá sus dominios y ser la gente que habita el país, errante y feroz, que siempre había ofendido y aprisionado á los Canarios.

Llevado á término feliz su empeño, y convencido D. Jorge Juan de que no recabaría mayores ventajas, que procuró hasta última hora; dejando de Cónsul en Larache, á D. Tomás Bremond; de Vicecónsul en Tetuán, al Griego D. Jorge Patisiati, y en Tánger, á D Francisco Pacheco; se embarcó en el navío *Triunfante*, llegando á Cádiz el 27 de Agosto de 1767 [4].

1 Artic. 2.°
2 Artic. 7.°
3 Artic. 18.
4 Apéndice núm. 27.

CAPÍTULO IV.

Declara Carlos III la guerra al Emperador de Marruecos.—Sitio del Peñón y Melilla.—Tratado de paz de 1780.—Expedición contra Argel y rota de los Españoles.

Pronto se arrepintió el Emperador de Marruecos de las concesiones hechas á España al reconocer su legítima dominación en las plazas de la costa septentrional; mas no quería llegar á trances de absoluto rompimiento. Con el deseo de conciliar propósitos tan contrarios, en 19 de Septiembre de 1774, escribió á Carlos III una carta y después publicó un manifiesto en que; tratando de demostrar, contra la letra del Tratado de 1767 y contra el texto de las negociaciones que le produjeron; que la paz se había limitado á la marítima; declaraba no hallarse en ánimo de sufrir por más tiempo establecimientos cristianos en las costas, y que de acuerdo con los Argelinos los atacaría; sin que por ello se entendiese quebrantada la alianza entre ambas naciones, ni por tal motivo cesase la paz ni se interrumpiese el tráfico entre los dos estados. A pretensión tan singular, contestó el Gobierno español en 23 de Octubre de 1774, con una declaración de guerra.

Los Marroquíes tomaron la ofensiva, y en los primeros días de Diciembre, un cuerpo numeroso atacó al Peñón, y desde la cumbre del Mampuesto arrojó gran cantidad de bombas; pero el Gobernador D. Florencio Moreno resistió valientemente.

El 9 se presentó el Emperador delante de Melilla con 13.000 hombres é intimó la rendición á la plaza. Despreciola el Gobernador, Mariscal de Campo D. Juan Sherlok, y los sitiadores comenzaron el bombardeo y los trabajos de zapa. Dos navíos, con seis fragatas y nueve jabeques que componían nuestra armada, impidieron que por el Estrecho viniesen artillería de batir y municiones, que con impaciencia esperaba de Inglaterra el sitiador; logrando además la fragata *Santa Lucía,* que mandaba el Jefe de escuadra D. Francisco Hidalgo Cisneros, desembarcar en Melilla abundante provisión; con lo cual, consumidas 9.000 bombas por los Marroquíes, rechazados en los dos asaltos del 12 y 13 de Febrero de 1775, con baja de más de 8.000 hombres y sin esperanza de

reconquistar la ciudad; levantaron el sitio, que costó á Melilla 94 muertos y cerca de 600 heridos [1].

Inmediatamente hizo Sidy Mohammet proposiciones de paz al Gobernador, quien no creyéndose autorizado para admitirlas, lo remitió todo á la Majestad de Carlos III, que por medio del Marqués de Grimaldi, contestó al enviado Sidy Hamet-el-Gacel; que no escucharía tratos de avenencia, mientras no se dieran eficaces garantías para lo futuro. Excusó la conducta del Emperador, si bien á la postre hubo de confesar que S. M. Sherifiana era la que había infringido el tratado.

Acordes por fin, en 30 de Mayo de 1780, se firmó otro en Aranjuez por el Conde de Florida Blanca y el Excmo. Señor, Mohamet-ben-Otomán; ajustando la paz, y estipulándose ventajas comerciales en perjuicio de los Ingleses, con quienes España se hallaba entonces en hostilidad abierta. Propuso asimismo el Embajador marroquí, que en razón á que los comerciantes de Fez, que por lo común traficaban en Oriente, tenían que cambiar la moneda de plata por oro, porque allá la plata perdía; se les permitiese enviar todos los años dos comerciantes á Cádiz, para cambiar plata, por el oro que necesitasen. Otorgóselo Florida Blanca, siempre que abundase el oro, que entonces era muy escaso; pagando por su extracción los derechos que pagase la nación más favorecida. En cambio, permitía el Marroquí, que los Cónsules, Vicecónsules y comerciantes españoles pudieran construir casas y enajenarlas á voluntad en el territorio del reino [2].

Durante estos sucesos, iba madurando el Rey de España el propósito de dirigir todas sus fuerzas contra los Argelinos que pirateaban nuestros mares, pillando cruelmente las riberas.

1 Aseguran algunos, que los asaltos determinados por el Sultán los días 12 y 13 de Febrero, no llegaron á darse, en vista del parecer del Consejo de guerra tenido ante el Emperador la víspera de efectuarlos.

2 Una advertencia se hace en el tratado, que puede estimarse lección provechosa para los Plenipotenciarios de Reyes Católicos. «Hemos recibido la carta de V. M. (decía el Emperador en las instrucciones dadas á su Embajador, y que sirvieron de base para el convenio) y nos hemos enterado de su contenido con gran complacencia. Viendo la traducción elegante de un intérprete, hemos quedado en duda si éste es mahometano ó cristiano. Si es mahometano, debía empezar la carta de este modo: Alabanza á Dios solo y á nuestro Señor, Apóstol de Dios, último Profeta. Y si es cristiano, debia empezar así: Alabanza á Dios y la paz á nuestro Señor Jesucristo, hijo de María, Apóstol y palabra de Dios. Y no habiéndolo hecho dicho intérprete, hemos dudado de su religión.»

Florida Blanca hubo de contestar: «El traductor es cristiano y se ha arreglado al estilo que aquí se observa, dando á Dios la alabanza en nuestras oraciones, con que nos preparamos para todas las obras que hacemos.»

Apoderarse de Argel por un golpe de mano, era la idea del Gobierno, que calentaba pintándolo fácil, un Religioso, gran conocedor del país en donde había residido largos años. También la apoyaba con su influencia el Franciscano Fray Joaquín Eleta, Arzobispo de Tebas, Confesor del Rey, y no era adverso á ella el Ministro Marqués de Grimaldi. Resuelta, por fin, la jornada, tratóse en consejo privado con el Capitán General Don Pedro Cevallos que la había de ejecutar; pero tantas fuerzas exigió, que más que por cuerda previsión, túvose por disfrazada negativa. Con eso y llevado Grimaldi de su amistad con el entendido y severo General Don Alejandro O'Reylly, Irlandés al servicio de España, que ofrecía darle remate con solos 20.000 hombres; se le confió el mando de la expedición.

En que ni se supiera ni se presumiese fiaba O'Reylly su buen éxito; como si fuera cosa llana el que callasen los que sabían, y durmiesen descuidados los que recelosos se perdían en conjeturas, tratando de inquirir dónde descargaría la preñada nube. Se celaban cuidadosamente los aprestos; pero el objeto, conocido de pocos, se confió á los íntimos; de éstos pasó á los amigos con la mayor reserva; envuelto en reticencias y malicias diplomáticas, llegó al conocimiento de las cortes extranjeras, y al fin se esparció por la muchedumbre; de manera que todo el mundo lo sabía, pero en secreto.

Ciertamente no era aquella sazón la más justificada para atacar á la pirática Argel: en paz vivía con España y ninguna ofensa reciente; salvo si por tal se tomaba el consejo dado al Emperador de Marruecos, de romper la paz acordada; había turbado la armonía entre los dos Gobiernos. Creyóse, sin embargo, fácil y útil el conquistarla, y el recuerdo de pasados agravios, cubrió con el barniz de la justicia lo que se emprendía por conveniencia.

De varios puntos de la cristiandad se daban frecuentes avisos al Dey de Argel para que se previniese contra España. Incrédulo y fiado al mismo tiempo en su fuerza, contestaba: que á Argel siempre se la encontraría prevenida y sin temor; pero que no tenía por cierto que España, con la que estaba en buenas relaciones, la atacase; inclinándose á creer que sus armamentos debían dirigirse contra Marruecos, en desagravio del reciente sitio de Melilla.

Por último, viniéronle tan circunstanciadas noticias, que aprensivo, quiso indagar lo cierto: comisionó para ello al Judío Moisés Daninos que, sosteniendo gran contratación en Gibraltar, recorrió el litoral, y so capa de comercio, tomó voz de cuanto deseaba saber el Dey; enviándole minuciosos detalles, no sólo del objeto, sino hasta del número de tropas

y cañones de que había de constar la expedición. No pudo ya dudar el Argelino, y sin demora, preparóse á la guerra. Avisó á todos los Xeques y Alcaides del Deyalato, convocó los contingentes para el mes de Junio, y los estacionó á dos leguas de la ciudad; metió á los esclavos tierra adentro, y señaló á cada tribu el punto que había de defender, obrando en todo como experimentado y valiente Capitán.

Alrededor de Argel se escalonaron 80.000 hombres, guarneciéronse los castillos del Fanal, el Nuevo ó de la Estrella, el de Balbazón, y el de Babaloet, encargando la defensa de los primeros á los renegados Arhé-Magamete y Asán Miquelauske, y la de los últimos, á otros dos renegados griegos.

Los Jefes principales del ejército eran el Bey de Titeri, el de Constantina, el Capitán de los Turcos, el Jamadai, el Califa de Mascara y el Jochá.

El surgidero de Babaloet, indicado como el más accesible, estaba defendido por una batería baja de 18 cañones recientemente construída, algo más adelante de la torre de la Linterna. De trecho en trecho levantaron otras, y además defendía la aproximación á la plaza, un campo atrincherado que se apoyaba en uno de los fuertes, por una parte, y por la otra, en el áspero monte de Busania.

Reunida ya en Cartagena la flota al mando de los Generales D. Pedro Castejón y D. José Mazarredo, levó el ferro el 23 de Junio de 1775, anclando algunos buques en la rada de Argel el 30 por la tarde, y el resto, que se rezagó un poco, al siguiente día. Al ver O'Reylly la prevención de los Argelinos que cubrían las alturas, comprendió frustrada la sorpresa, y vuelto al Conde de Fernán-Núñez, le dijo: «Pues que el vino está echado, es menester beberlo.»

Ni Castejón y O'Reylly estaban en la mejor armonía, ni el último se hizo obedecer como debiera de sus subalternos; ni lo arraigado del vendaval, ni la braveza de las olas, permitieron el inmediato desembarque. En playa tan conocida por los Españoles, malgastaron además el tiempo explorando lo que debían llevar aprendido: cuál era el fondeadero más conveniente. Fijado, cañonearon con dos naves unas torrecillas avanzadas, sin producir otro efecto que el de enterar á los Moros del punto elegido. El 8 de Julio, 8.000 hombres, con 20 cañones y 2 obuses, tomaron tierra en las playas de Argel [1].

1 La escuadra se componía de 6 navíos de línea, 14 fragatas y 24 galeotas bombarderas, con 344 buques de transporte y 22.000 hombres de desembarco.

Atendida la fuerte posición de los Berberiscos, había dispuesto O'Reylly, que los desembarcados no se moviesen, ni empeñasen acción formal, hasta que reunidas todas las fuerzas, pudiesen simultáneamente atacar en cuatro columnas; divirtiendo mientras al enemigo con algunas guerrillas, y manteniéndole en respeto con los cañones de los buques; pero braveando los Moros y tiroteando á un grupo, acometieron los Españoles, sin esperar órdenes, refuerzos, ni artillería [1].

Recibieron el primer choque los de Constantina: no pudiendo resistir, cedieron el campo, refugiándose tras de sus camellos [2]. Allí hicieron pie é intentaron rehacerse; pero una nueva acometida les obligó á replegarse definitivamente hacia Argel. Siguieron avanzando los nuestros hasta las huertas, donde parapetados los Argelinos tras las albarradas, los ribazos y los árboles, tiraban de puntería sobre los agresores, que tomando á empeño el no cejar, sufrieron con valor inaudito aquel mortífero fuego.

La gente que desembarcaba corría á rellenar los huecos de los que morían; cada pulgada de terreno se conquistaba á costa de un mar de sangre. Los soldados con el desmadejamiento del viaje, sin haber dormido en toda la noche, combatiendo en la arena movediza, abrasados por el sol, diezmados por las espingardas de los Moros, y según se murmuró entonces, por la artillería de las naves que disparó sobre amigos y enemigos; iban decayendo de ánimo, pensando solamente en cómo emprenderían la retirada. Pero en un movimiento retrógrado, no había menos peligro que en el avance. De temer era, además de la impetuosa carga de los Argelinos que sostenían el fuego; la de la caballería alárabe, que en grueso escuadrón maniobraba por el flanco para envolver á los expedicionarios.

O'Reylly entonces con las últimas tropas desembarcadas, tomó unos alcores, formó trincheras, guarneciólas de faginas, y cerrando sus lados con caballos de frisa, mandó una acometida general para ahuyentar á los Moros. Buen éxito produjo la maniobra, pues permitió á los Españoles replegarse á la playa, sin que se atreviese el enemigo á perseguirlos.

1 Mandaba esta división el Marqués de la Romana.

2 La crónica árabe, el *Zohrat-el-Nayerat*, dice, «que enzarzados los Españoles con los tiradores argelinos, y desconcertados por la muerte del Marqués de la Romana, huyeron á la vista de las tropas de Saleh-Rey, espantados del número prodigioso de camellos que llevaba.» Según ella, herido la Romana de un balazo en una pierna, é instado por los soldados para que se retirase á la plaza, contestó: «no, no, mi voluntad y mi deber me prohiben abandonaros, y mi herida, además, no es tan grave que me impida combatir. Valor y adelante.» A los pocos pasos cayó mortalmente herido de otro balazo que le pasó la clavícula izquierda.

A 218 Oficiales fuera de combate, 501 soldados muertos; y 2.088 heridos, se dijo que ascendieron nuestras pérdidas; al todo, 2.800 [1]. Las crónicas árabes afirman que fueron 8.000 los muertos y 3.000 los heridos.

Esparcióse la voz entre los de Argel, de que los Españoles tenían orden de pasar á espada á todos, menos mujeres y niños; y exaltados con el combate y con la vista de más de 500 cabezas de Cristianos que, ¡horrendo espectáculo! iban arrastrando de las coletas, juraron no dar cuartel y degollar á los cautivos, á los Misioneros y á cuantos llevasen el nombre español [2].

Afortunadamente, entre los despojos de un Oficial muerto, encontróse un cuaderno de instrucciones, en que se prevenía á todo el ejército tratase con la mayor humanidad á los habitantes; y leídas á aquel feroz populacho, se apaciguó, desistiendo de su salvaje propósito.

Formóse consejo de guerra, y como siempre, tuvo mayoría el partido menos arriesgado; ¡qué gran cosa es el voto común para cubrir la flaqueza particular! Decidióse el reembarco, ni inexcusable, ni propio de la constancia española. A pesar del daño sufrido, no debían temer ser atacados, y sí esperar que nuevos refuerzos les permitieran proseguir la comenzada empresa. Y aun si para reembarcarse hubo razón; que más fácil es la crítica de la pluma, que el obrar del acero; nunca para verificarlo tan precipitadamente, que se abandonasen 17 cañones, picas, fusiles y pertrechos [3].

1 Sólo de Oficiales Generales fueron muertos: el Marqués de la Real Corona, el Barón de Rodoán, el Mariscal de Campo Marqués de la Romana, y el Brigadier D. Diego Valdenoches; y heridos el Mariscal de Campo D. Diego Brías, los Condes de Fernán-Nuñez, del Montijo y Santa Clara; los Barones de la Dos, de Petrés y de Carondelet; los Marqueses de Prudhome, de Torre-Manzanal y de Villena; los Brigadieres D. Andrés Benito Piñeiro, D. Luis de Carbajal, D. Guillermo Vaughan, D. Joaquín de Fons de Viela, y D. Juan Manuel de Cajigal; los Coroneles D. Antonio Gutiérrez y D. Francisco Pacheco; los Tenientes Coroneles D. Blas Martín Romeo, D. Basilio Gascón, D. Diego Martínez, D. Pedro Mendinueta y D. Jerónimo Capmany: de los Ayudantes del General D. Alejandro O'Reylly, murió D. Francisco Capmany, y fueron heridos D. Pedro Gorostiza, D Francisco Saavedra, D. Antonio Corral, D. Felix Músquiz, D. Agustín Villers y D. Joaquín Oquendo.

2 «Ningún Español herido ni dejado en el campo de batalla salvó la vida. Una orden expresa de nuestro valiente Emir, del noble defensor de la fé, nuestro amo Mohammet-Bajá, lo había así dispuesto. Preveníase en ella, que por cada cabeza de Cristiano se pagarían diez dineros de oro por el Tesoro público; pero quien hiciera un prisionero, no tendría derecho á tal recompensa, obteniendo sólo la de decapitarlo. Esta medida era sabia y política á la vez; porque la esperanza de un premio pecuniario obligaba en cierto modo á nuestros soldados á cortar la cabeza á cuantos caían en su poder, y de llevar la prueba sangrienta á los mismos pies del Bajá.»—El *Zoharat-el-Nayerat*, cap. 45.

3 Coxe supone que el ataque de los Españoles fué á consecuencia de una retirada falsa de los Argelinos, que por esta maniobra envolvieron á la primera división, y pinta la posi-

Grande era también la confusión en la ciudad; el triunfo no desvaneció sus temores. Seiscientos hombres de los más valientes habían quedado en el campo; de la artillería española apenas se había hecho uso, y la imaginación de los males que podía causar, traía á los Argelinos temerosos é inquietos; así es que les era difícil creer en la retirada de los Españoles, que atribuían á estratagema. Recelando que la flota recalase de improviso, añadieron apresuradamente nuevas fortificaciones á las antiguas, erizaron de baterías las costas, levantaron una trinchera atronerada desde el río Larache hasta el final de la playa, y otra semejante por el lado contrapuesto. La innumerable Morisma que se había reunido para la defensa de Argel, se retiró á dos jornadas, hasta que ciertos de que no volvían los Cristianos, deshicieron el campo [1].

Tal fué la desgraciada expedición de Argel, ante cuyos muros siempre quedaron vencidos los Españoles, ó por el valor de los naturales, ó por la furia de los elementos.

ción de los invasores tan crítica después del movimiento retrógrado á la playa, que conceptúa era el reembarque la única esperanza que les restaba. El Conde de Clonard, en su *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*, opina como Coxe, y atenúa mucho los efectos de esta derrota. «Merced, dice, á estas circunstancias, se pudieron salvar los heridos en número de 3.000; *sin que el enemigo pudiera adornar su triunfo con ningún prisionero español.* Reembarcáronse del mismo modo *todos los cañones y demás enseres militares*, quedando sólo en aquel funesto sitio, por triste trofeo de tan lamentable suceso, 470 cadáveres.»

1 Para la narración de este episodio nos hemos valido de las *Gacetas* de aquel tiempo, de las Relaciones manuscritas por Cristianos que estaban en Argel y que existen en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, y de las crónicas árabes traducidas por Alfonso Rousseau. El diligentísimo y erudito escritor D. Antonio Ferrer del Río, acepta la versión de que el acometimiento á los Moros fué mandado expresamente por el General en Jefe. Con sentimiento nos separamos de su parecer: O'Reylly manifestó en las disposiciones que ordenó para la retirada, no ser un General tan vulgar que pudiese incurrir en el torpísimo error; indisculpable, aun en la persona más ajena al arte de la guerra; de mandar acometer á una división, cuando las otras aún no habían desembarcado y permanecía á bordo la caballería. Estudiando la Historia de Africa, se verá cuántas veces se ha repetido el hecho de atacar á los Moros contra las órdenes expresas de los Generales. Además, O'Reylly lo dijo oficialmente, y aunque sostuvieron muchos que había mandado tomar las alturas, no es esta la cuestión; sino si tenía ordenado su plan de batalla para cuando estuviese reunido todo el ejército, ó si mandó empeñarla á sola la división desembarcada. Preciso es tener en cuenta que la empresa salió mal, que O'Reylly era General extranjero, no muy querido por su severidad, y que pertenecía á un partido palaciego, que cayó al poco tiempo.

Adolfo Rousseau, en una de sus notas á las Crónicas de Argel y con referencia á documentos oficiales; aunque excusando la conducta de las tropas, dice, que se les echó en cara el haber tenido demasiado ardor, el no haber conservado la formación, y el haber desobedecido, dejándose arrastrar por un entusiasmo imprudente.

No puede, sin embargo, ponerse en duda, que el desembarco y las medidas previas, no se condujeron con acierto. Materia de opinión dudosa, en la que el lector seguirá la que más fundada le pareciere.

CAPÍTULO V.

Bombardeo de Larache por los Franceses.—Guerra de España con Portugal.—Cede á España las Islas de Fernando Póo y Annobón.—Descripción de las islas, toma de posesión y abandono.—Paz con Marruecos.—Bloqueo, sitio y negociaciones para la devolución de Gibraltar.—Inténtase un tratado de paz con Argel.—Se verifica con la Puerta Otomana.—Bombardeo de Argel.—Retírase la escuadra.—Se repite el bombardeo.—Paz con todas las potencias berberiscas.

Con el desastre de Argel recrudeciéronse los partidos de *Aragoneses* capitaneados por el Conde de Aranda, y de *Golillas* por Grimaldi, que favorecía á O'Reylly. Carlos III, creyendo peligrosa la presentación de éste en la corte, envióle á recorrer las islas Chafarinas [1], y después le confió el mando de las Andalucías.

Francia andaba de negociaciones con el Rey de Marruecos, cuando aburrido el Ministro Choiseul de las eternas dilaciones que á su conclusión oponía, creyó terminarlas con una demostración vigorosa contra el imperio marroquí. Al efecto, en 1766 se presentó delante de Larache una flotilla que la bombardeó por espacio de tres días: 18 chalupas con brulotes se destacaron pugnando por entrar en el puerto y quemar tres buques corsarios; mas de repente el reflujo dejó en seco á las chalupas, las cercaron multitud de Moros, y de 450 Franceses, sólo perdonó el rigor de la espada á 40, que, mal heridos, quedaron en cautiverio.

Pocos años después, á causa de algunas desavenencias entre los Portugueses y Españoles, invadieron aquéllos el territorio hispano-americano del río de la Plata; pero obligados en breve á pedir la paz, reanudaron sus anteriores alianzas. Como compensación de las cesiones hechas

1 Las Chafarinas ó Islas de los Reyes son tres: están situadas al E. de Melilla, en una ensenada que forman los Cabos de Tresforcas y de la Guardia. Se han considerado siempre como posesiones españolas, sin que en ellas se haya fundado establecimiento alguno. En 1848 se pensó en crear una Capitanía general de África con la capital en una de estas islas. El 6 de Enero de dicho año, tomó formal posesión de ellas el Excmo. Sr. D. Francisco Serrano, dando á la situada al O., el nombre de isla del Congreso; á la del Centro, de Isabel II, y á la del E., del Rey; pero abandonado el pensamiento, quedaron dependientes de la plaza de Melilla, y sometidas á la inspección superior del Capitán general de Granada.

por España, y con el objeto de facilitar á los súbditos de entrambas naciones el tráfico de Negros sin los asientos de extranjeras compañías, en Octubre de 1777, Portugal renunció en favor de España las islas africanas de Fernando Póo y Annobón [1]. Ambas se hallan situadas, más al S. ésta que aquélla; en el golfo de Biafra, seno del grande de Guinea. La primera, que es la más importante por su extensión y por dominar la desembocadura del Niger, única puerta para penetrar en el Africa del centro; es de figura romboidal, cruzada por una cordillera del N.O. al S.O., que en la parte más al Mediodía se derrama en cruz de E. á O., concluyendo sus brazos en las bahías de la Concepción y de San Carlos. Boja unas 40 leguas: su mayor longitud 12, su mayor latitud 9, el pico más elevado 11.200 pies sobre el nivel del mar: aunque en la zona tórrida; su clima templado, sana en lo interior, no tanto en la costa, con frondosísima vegetación y unos 30.000 habitantes repartidos por las marinas.

A fines del siglo xv las descubrió el Hidalgo portugués Fernando Póo, y con las de Annobón, Príncipe y Santo Tomás, quedaron agregadas á Portugal, que las dejó en completo olvido.

El 17 de Abril de 1778, salió de Montevideo para posesionarse de ellas, una expedición de 150 Españoles, al cargo del Conde de Argelejos, y de su segundo, D. Joaquín Primo de Rivera, Teniente Coronel de artillería. El 21 de Octubre llegaron á la isla, y tomando posesión el 24, pasaron á la de Annobón, donde desembarcó el último, muerto en la travesía el Conde.

Los naturales presentáronse hostiles, y teniendo instrucciones el Jefe español de obrar sólo por las vías pacíficas, suspendió la ceremonia de la toma de posesión, por no dar motivo á choque alguno con los indígenas.

En Marzo de 1779, desde Tenerife, salió otra expedición al cargo del Sargento mayor D. Antonio José Eduardo, que el 14 de Abril de 1780, se reunió con la de Primo de Rivera en Fernando Póo, á fin de llevar á efecto la posesión interrumpida; pero llegado el mes de Agosto, el escorbuto y las enfermedades endémicas atacaron tan fuertemente á los expedicionarios, que la mayor parte tuvieron que trasladarse á Santo Tomé. No quedaba en Fernando Póo más que la fragata *Santiago*, aparejada para marchar en busca de socorros, y unos pocos soldados, que temerosos de sucumbir antes de que volviese el buque, se amotinaron y re-

[1] La de Corisco forma parte de la monarquía española, á petición de sus habitantes, en época posterior á la que comprende este trabajo.

solvieron el 18 de Septiembre arrestar, en nombre del Rey, al Comandante que quería morir en su puesto. Impidieron la salida de la fragata, y enterrados los cañones y municiones de guerra, abandonaron la isla el 30 de Octubre, llegando á Santo Tomé el 14 de Noviembre, convertido el buque en hospital, y muerta en la travesía la mayor parte de la tripulación.

Hallábase entonces España en guerra con los Ingleses: tenían éstos en el puerto tres fragatas, que sin piedad para tanta miseria, y sin respeto á la inviolabilidad de un puerto neutral, destacaron á media noche las chalupas con gente de abordaje para apoderarse de la embarcación española. Velaba en ella un Capellán que acababa de asistir á un agonizante; al descubrirlos, alerta á la tripulación, saltan de las camas convalecientes y enfermos, y con indecible valor rechazan la acometida matando á 33 de los agresores. El 29 de Diciembre de 1781, salían los infelices restos de la expedición hacia el río de la Plata, sin que llegaran á Montevideo hasta 1784, detenidos en el Brasil por temor de Ingleses, quedando las islas de Fernando Póo y Annobón completamente abandonadas.

Ahora, anudemos el hilo de nuestra historia. Largo tiempo había que Florida Blanca acariciaba el designio de apoderarse de Gibraltar; y á fin de poder ocuparse en ello sin otros cuidados, resolvió concluir paces con todas las potencias infieles.

Declaróse la guerra á la Gran Bretaña, y los Españoles bloquearon estrechamente al Peñón; mas la inmortal derrota de Lángara, y el haber sido socorrida la plaza, frustraron los planes del Ministro de Carlos III. Entonces recurrió á las negociaciones, y propuso en cambio de Gibraltar, entre otras cosas, «ceder y garantizar á los Ingleses un puerto y una extensión de territorio bastante para edificar una fortaleza en la bahía de Orán;» mas á pesar de los esfuerzos del Clérigo irlandés Hussey, y sus gestiones con Cumberland, Secretario particular de Lord Jorge Germaine, Ministro de la Guerra; no pudo el Español conseguir su patriótico empeño.

Llagado en su amor própio, avivó la guerra, recuperó á Menorca, y acometió de nuevo el sitio de Gibraltar, cuya toma se creía inevitable [1]. La

1 Los soldados cantaban en el campamento:

Con tan buenos militares
Como gobierna Crillón,
No pasará el mes de Octubre
Que no se rinda el Peñón.

destrucción de las baterías flotantes, inventadas por el Ingeniero Arzon [1]; las disensiones entre Españoles y Franceses, y el socorro dado á los sitiadores por la marina inglesa, que probó merecer el título de *Reina de los mares,* hicieron levantar el sitio [2].

Nuevamente se cruzaron notas, y esta vez ya se indicó al Gabinete de Saint-James, que en cambio de la codiciada plaza, cedería á Puerto-Rico y á Orán; pero Fox creyó más útil que adquirir nuevos territorios, conservar la llave del Mediterráneo, y manifestó terminantemente, que no admitiría, ni aun como discutible, la propuesta de devolver á Gibraltar, con lo cual hicieron punto las negociaciones.

Insiguiendo Florida Blanca en su plan de atreguarse con las potencias infieles para poder desembarazadamente atender á los negocios de Europa, tentó un tratado de paz con la Regencia de Argel, que lo excusó, pretextando que debía concluirse primero con el Gran Señor, Jefe de todo el Imperio Otomano. Florida Blanca, por medio del Francés Bouligni, lo llevó á cabo en 14 de Septiembre de 1782, y firmado por el Rey el 24 de Diciembre [3], se canjearon las ratificaciones en Constantinopla el 25 de Abril de 1783.

Creyóse con ello, que se apresurarían las potencias berberiscas á concluir otros; pero Túnez, Trípoli y Argel se negaron, y aumentándose al mismo tiempo la piratería mediterránea, decidió el Ministro español atacar la última ciudad, su centro y foco.

Se alistó una escuadra de 6 navíos de línea, 12 fragatas y multitud de buques ligeros, confiándose el mando al intrépido D. Antonio Barceló, que al darse á la vela el 17 de Junio de 1783, recibió contraorden por haber interpuesto Francia su mediación entre ambas potencias; pero sagaces los Argelinos entretuvieron las negociaciones hasta que, preparados ya sus medios de defensa, las rompieron bruscamente.

Salió al fin la escuadra, y los contrarios vientos le impidieron dár vista á Argel hasta fines de Julio. El Dey tenía fuerzas sobradas para oponerse al desembarco, y faltábanle á Barceló para intentarlo á la descubierta.

En batería pusieron, además, los Argelinos, 27 cañones, y con el objeto de impedir la aproximación á la plaza, armaron 23 buques, que

1 Aunque á este Ingeniero se le atribuye la invención, dos siglos antes las habían usado los Españoles en el cerco de Mehedia, según expusimos en el cap. XIII, parte III.

2 Costó el sitio de Gibraltar, según Relación que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, treinta millones de duros.

3 William Coxe: *España bajo el reinado de la casa de Borbón.*

al calor de sus fuegos, esperaban intrépidos el ataque. Húbose, pues, de limitar la expedición á un bombardeo, que principió el 1.° de Agosto, casi fuera de tiro é ineficaz por lo tanto [1]. La flotilla enemiga se adelantó y sostuvo el empuje de la española con singular arrojo, y el día 7 fué tanta su audacia, que los lanchones se acercaron á las bombarderas á tiro de metralla. En lo más trabado del combate, cae una bomba en el pañol de la pólvora de una cañonera mandada por el Alférez de navío Don José Villavicencio, y vuela con muerte de éste y de 16 soldados. Al siguiente día repitióse el combate: los marinos de ambas naciones, intentando un supremo esfuerzo, se acercaron y se batieron á metralla, pero sin resultados decisivos.

Concluídas las municiones [2], próximo el equinoccio, y vista la inutilidad de la empresa, se retiró la escuadra; mas lejos de cejar en su propósito el Rey Carlos III, se preparó con resuelta voluntad, no ya á castigar, sino á domar para siempre á la orgullosa Argel.

Primero trató secretamente de granjearse las tribus africanas, naturales enemigas de los Turcos, nervio del ejército argelino, y pensaba abrir después ancha vía desde Orán á Argel, fortificando puntos que sirviesen de estancia y etapa á los ejércitos cuyas operaciones protegería la escuadra.

En tanto que se preparaba el golpe mortal, mandó que todos los años se bombardease á Argel, á fin de humillar su soberbia. Así fué, que en el siguiente de 1784, otra armada, con la ayuda de la de Portugal, repitió la expedición, y ya se prevenía la tercera [3], cuando recibió aviso el Gobierno por medio del Patrón Bartolomé Escudero, de que el Dey se hallaba en ánimo de negociar. Marchó el Jefe de escuadra D. José Mazarredo, que fondeó el 14 de Junio de 1786, y en el mismo día firmóse un convenio entre España y la Regencia argelina [4].

1 Algunos Autores suponen que tuvo lugar este bombardeo en 1781; pero con manifiesta equivocación; puesto que entonces se ocupó España de la reconquista de Menorca, y no le era posible dirigir flota contra Argel, empleadas todas sus fuerzas en la guerra con la Gran Bretaña.

2 Según una Relación manuscrita de la Real Biblioteca de la Historia, nuestra escuadra arrojó sobre Argel y su flotilla 3.749 bombas y 3.609 balas: los Argelinos, contra nuestra escuadra, 523 bombas y 11.113 balas.

3 Se gastaron en las tres expediciones, según la Relación que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, 10.275.598 duros.

4 Así lo dice Coxe: D. Antonio Ferrer del Río supone que se verificó dos días después, y que la conclusión definitiva se retardó algo, aunque no cita la fecha. La copia del tratado se halla conforme con la aseveración de Coxe; lo que prueba que al presentarse Mazarredo

El Bey de Trípoli lo había ajustado ya en 10 de Septiembre de 1784 por medio de los Menorquines D. Juan y D. Pedro Soler [1]. Sólo quedaba hostil Túnez, que para hacer la paz exigía con orgullo, regalos anuos, facultad de establecer derechos sobre las mercaderías españolas, y otras condiciones desechadas por el Comisionado D. Jaime Soler.

Pocos días antes de llegar éste, D. Alejandro Baselini, patrón de un barco, sin autorización ninguna había firmado treguas con los Tunecinos. Soler rompió las negociaciones, quedando subsistentes las treguas de Baselini, revalidadas después por D. Pedro Suchita [2] con aprobación de S. M.

Hallábase, pues, España en completa paz con los Infieles: Carlos III abandonó la política seguida sin interrupción por espacio de tres siglos. Renunciándose ya á extender nuestro territorio y nuestra influencia militar en Africa, las plazas ocupadas carecían de objeto, y pronto se consideraron como estéril gravamen.

Es innegable que los resultados de esta paz, fueron ventajosos para los intereses materiales de España; pues que cesaron las correrías de los Argelinos, el comercio frecuentó los mares de Levante, se poblaron nuestras costas, y el dinero que se invertía en África, se empleó en fomentar la riqueza del propio suelo; pero la causa de la civilización general, el buen nombre de los Españoles y el futuro engrandecimiento de nuestra patria; dudamos mucho que ganasen con la política de Florida Blanca.

en Argel, estaban ya acordados entre ambas partes los términos en que había de verificarse el convenio.

Entre el importe del rescate, regalos, tributo, gastos de Embajadores, etc., costó á España la paz con Argel 2.471.598 duros.—(Relación manuscrita de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—E. 140.)

1 Debióse la paz con Trípoli á la mediación del Emperador de Marruecos y á un regalo de 250.000 duros.

2 Pedro Zoquita le llama la relación manuscrita del P. Juan de Sousa, cuya copia existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

CAPÍTULO VI.

Marruecos bajo el imperio de Sidy Mohammet.—Arreglo de 1785.—Muerte de Carlos III y de Sidy Mohammet.—Sitio de Ceuta.—Suspensión de hostilidades.—Terremoto de Orán.—Asaltan los Moros la plaza.—Cédese Orán al Dey de Argel.—Se alza definitivamente el sitio de Ceuta.—Embajada de D. Juan Manuel González Salmón.—Tratado de 1799.

Concluídas felizmente con los tratados las guerras entre España y Marruecos, siguieron intimándose las relaciones de amistad entre las dos naciones, hasta el punto de que en Madrid se acuñaban las monedas de oro del imperio [1].

Marruecos entraba indudablemente en las vías de la civilización europea; no porque en el ánimo del pueblo se hubiese infiltrado la savia regeneradora de la idea cristiana, sino subyugado por el empuje vigoroso de la voluntad omnipotente del Emperador Sidy Mohammet que lo llevaba á remolque. Este ilustrado Príncipe protegió á los Cristianos contra la barbarie musulmana, llamó á sus Consejos á muchos de ellos, que le sirvieron con inquebrantable fidelidad; llenó sus estados de Ingenieros, Oficiales y artesanos extranjeros; abrió puertos, fomentó á manos llenas el comercio, la industria, las artes y las ciencias.

Miraba á España como modelo, y en su entusiasmo se declaró enemigo de los Ingleses en la guerra sostenida por Carlos III para la recuperación de Gibraltar, expulsando al Cónsul, poniendo á disposición de los cruceros españoles á los súbditos británicos que se hallaban en el imperio, y concediendo además el uso exclusivo del puerto de Tánger á los Españoles y á los Franceses sus aliados.

Agradecido Carlos III, envió por Embajador extraordinario á D. Francisco de Salinas y Moñino, que desembarcó en Mogador el 30 de Abril de 1784, alcanzando para España grandes privilegios en un arreglo que se firmó en 1785 [2].

1 El P. Fray Manuel P. Castellanos, dice que las ha visto en Tetuán de valor de diez duros, estampada en el anverso con caracteres árabes la inscripción: *Fué acuñada en Madrid*, y en el reverso, *Año de* 1201, que corresponde al de 1787.

2 Según notas de D. Alejandro del Campillo, en su colección de *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio;* por más diligencias que se han hecho, no se ha podido hallar este documento.

El 14 de Diciembre de 1788 murió Carlos III, Príncipe á quien España debe grandes beneficios materiales; no tantos morales como pregonan sus admiradores, y en cuyo reinado, que mancha la inicua y bárbara expulsión de los Jesuitas, han de buscarse los gérmenes de la decadencia de las ideas monárquicas y religiosas en España.

Succedióle su hijo Carlos IV, de entendimiento claro, de carácter débil, de espíritu recto, de corazón amante de sus vasallos; pero Rey que viviendo en tiempos turbadísimos, se dedicó á la caza y entregó las riendas del gobierno á sus privados.

Lamentable pérdida sufrió poco después el Imperio de Marruecos: el 11 de Abril de 1790 murió Sidy Mohammet: «con él fué enterrado el movimiento civilizador que había iniciado en sus Estados, los cuales tardaron poco en volver á sus antiguos usos y costumbres, á todos los naturales desórdenes de la anarquía, y á los excesos del despotismo bárbaro y brutal con que solían gobernar los Emperadores marroquíes [1].»

Al esclarecido Sidy Mohammet, succedió su hijo, el brutal Muley Yazid, que en breve destruyó cuanto su padre había edificado, y se declaró, salvo de los Ingleses, enemigo de todos los extranjeros, y especialmente de los Españoles. Émulo de su abuelo Muley Ismael, pensó como él arrojar á los Españoles de las plazas costeñas que poseían en su reino. La captura de unas galeotas que habían cometido algunos excesos, diéronle ocasión ó pretexto. Prendió inmediatamente á los Cónsules, á los Misioneros, á todos los Ingenieros y mecánicos españoles recibidos por su padre, y metióles en hondas mazmorras, declarando la guerra á España en Septiembre de 1790 [2].

1 El P. Fray Manuel Castellanos.—Cánovas del Castillo pone la muerte de Sidy Mohamet, como acaecida el 11 de Abril de 1769.

2 El P. Fray Manuel P. Castellanos.—Según un manuscrito existente en la Biblioteca de los PP. Misioneros Franciscanos, la declaración de guerra estaba concebida en los siguientes términos: «Muley Eliazir, Emperador de Marruecos, Rey de Fez y de Tetuán, de Mequinez y de Guinea occidental alta y baja, Señor del mar arenoso, defensor del sacrosanto Alcorán, del Gran profeta Mahoma y Madre, Príncipe connaturalizado y con asiento de todos sus succesores, firme columna, vigilante custodia, y conservador de la antiquísima sacrosanta casa de la Meca: Hago saber á todos mis vasallos en general, como desde hoy publico la guerra por mar y tierra contra los Cristianos españoles, tan perjudiciales y contrarios á nuestra Santa Ley y Religión; siendo asímismo mi determinación pasar á tomar la plaza de Tedima, llamada por ellos Ceuta, para cuyo efecto, y por ser de mi patrimonio, mando, cito y emplazo á todos mis vasallos, se esfuercen á tomar las armas contra estos enemigos insaciables, en tan justa y santa expedición; por lo cual, todo cuanto se encuentre dentro de dicha plaza, prometo sea para mis vasallos, exceptuando la artillería y pertrechos de guerra, los cuales quedan reservados para mi Real servicio. También doy al público un

A poco, algunas tropas del ejército marroquí, que paulatinamente se engrosaron hasta unos 20.000 hombres, capitaneados por Muley Alí, hermano del Sultán, pusiéronse sobre Ceuta; pero aunque tales fuerzas no podían dar cuidado á la plaza, cuyas nuevas fortificaciones la ponían al abrigo de cualquier tentativa, no quiso pecar de descuido el Gobierno español; así es, que á pesar de componerse la guarnición de más de 6.000 hombres con 140 piezas de artillería; continuamente enviaba refuerzos desde Cádiz, y en sólo el convoy del 23 de Septiembre, se condujeron 60 cañones reforzados y 24.000 balas, y en el del 29, 14 piezas más y 200 artilleros; «y sin embargo de estar el Rey muy satisfecho de los servicios y acertadas disposiciones del Gobernador de la plaza D. Joseph de Sotomayor, tuvo á bien mandar que pasase á encargarse del mando el Teniente General D. Luis de Urbina [1].»

Las fuerzas marroquíes apostadas en las alturas inmediatas á Ceuta, establecieron un estrechísimo bloqueo, entreteniéndose en disparar de vez en cuando algunas bombas, contestadas vivamente por el cañón de la plaza, y que sólo causaron desperfectos en algunos edificios y en parte de la Catedral. A los pocos días cundieron faustas nuevas, y el 10 de Octubre se enarboló bandera de paz y se mandó cesar el fuego; si bien las baterías de los Moros proseguían en sus disparos, y diariamente se reforzaba su campamento, y desde Cádiz, la plaza [2].

Vacilantes y confusos estaban los ánimos con la contradicción entre las noticias y los hechos, cuando el 15 de Noviembre oyóse grandísima algazara entre los sitiadores. Desde el Hacho avisaron la llegada de un considerable número de tropas, y el ruido de tres descargas anunció la presencia del Emperador, que con 15.000 hombres entraba en el campamento.

Al día siguiente, á vista de los sitiados, pasa alarde de sus fuerzas;

santo jubileo concedido por nuestro insigne gran Papa, Santón de mi tan nombrada casa de Meca, para todo el Moro que reeta y fielmente tome las armas contra los Cristianos nuestros enemigos. Y para que venga á noticia de todos, la presente mando publicar en mis dominios á tres de la luna de Jarques de 1081 del feliz tránsito de nuestro gran Profeta Mahoma.—Muley Eliazir.»

Aunque no conocemos el árabe, dudamos mucho que los PP. Misioneros hayan sido felices en la traducción del decreto de Muley Yazid y en la copia de la fecha.

1 *Gaceta* de 19 de Noviembre de 1790.

2 A dos dedos de su destrucción estuvo Ceuta por un caso fortuito. En la noche del 6 al 7 de Noviembre se incendió la Maestranza, amenazando las llamas, ya no distantes, el cuarto de los mixtos y el almacén de alquitrán, brea y proyectiles cargados: la ruina de Ceuta parecía inevitable; pero la protegió visiblemente el Señor, sobreviniendo una abundantísima lluvia que mató el fuego.

torbellinos de humo envuelven los baluartes, y truena el cañón de Ceuta que saluda al Emperador. Recibe éste de manos de su comitiva la imperial espingarda, dispara, y tres salvas de espingardería devuelven el saludo á la plaza. Un parlamentario llega y manifiesta que su Señor quiere paz y amistad con los Españoles. En efecto; el 24 de Octubre se habían convenido treguas: bate tiendas el ejército sitiador, que se retira casi todo, y el 21 de Noviembre envía el Gobierno á Tánger las galeotas capturadas, origen de la guerra.

Pacífica seguía en tanto la guarnición de Orán, sin más enemigos que un puñado de Moros, que en ademán hostil se hallaban en los vericuetos de las inmediaciones, y que cambiaban de cuando en cuando algún tiro con los centinelas. Mandaba la plaza el Coronel del Regimiento de Astúrias D. Basilio Gascón [1]: era la una y cuarto de la noche del 8 al 9 de Octubre de 1790, y descansaban tranquilos los pobladores. De improviso se estremece la tierra, un estridor como de mil truenos asorda la ciudad, un grito de universal agonía resuena por todos sus ángulos, casas, iglesias, palacios, vacilan, se cuartean, se hunden; veinte veces se repiten los sacudimientos; los robustos muros de las fortalezas se abren y caen. Orán, la orgullosa, la que desafiaba á todo el poder africano, en minutos dejó de ser.

¡Noche terrible! La Catedral se ha derrumbado sobre la casa del Gobernador, que perece con toda su familia. La Alcazaba, la Contaduría, la Tesorería, el Cuartel de Asturias, los templos, toda la parte alta de la ciudad, no son más que montones de escombros.

Los desgraciados habitantes pasan del sueño á la muerte; algunos, desnudos y despavoridos, corren sin saber en donde guarecerse, y quedan aplastados bajo los edificios que se desploman. Huyen éstos, permanecen aquéllos inmóviles, óyense los últimos gemidos de la agonía de los que están semisoterrados; gritan otros por auxilios, pendientes de un madero ó agarrados febrilmente á un trozo de pared que se les escapa de las manos; corren á auxiliarles; se hunden las quebrantadas paredes, y mueren confundidos auxiliados y auxiliadores.

Los que escapan de la muerte, huyen hacia la plaza de armas, segura por no haber edificios, y allí gimen y lloran, y con desgarradores gritos llaman á sus hijos, á sus esposas, y pegado el rostro al suelo, pi-

1 D. Nicolás Gascón le llaman otros; pero en la carta del Conde de Cumbre Hermosa al Ministro Conde de Campo Alange, fechada en 9 de Octubre de 1790; se le da el nombre de D. Basilio.

den misericordia al Señor entre cortados sollozos. Entonces la religión vuela á consolar tantas aflicciones, y los Sacerdotes acuden y absuelven á aquella consternada multitud.

Atropéllanse todos hacia las puertas, y en confusa gritería claman por salir al campo; pero las llaves de la ciudad están en la Gobernación, de la cual no quedan más que ruinas.

Amanece, por fin, para alumbrar aquella escena de desolación; los operarios del fuerte de Rosalcázar entran por una brecha y franquean las puertas, y el resto de los pobladores de Orán, como un torrente desbordado, se derrama en el llano de las Horcas, que defienden los fuegos de los castillos: allí se apiñan heridos, estropeados, sin pan, sin medicinas, sin socorros.

Muerto el Gobernador, toma el mando el Brigadier Conde de Cumbre-Hermosa, Coronel del Regimiento de Navarra, quien dispone que varias patrullas examinen las ruinas y salven á los que yazgan entre ellas: nuevos sacudimientos y nuevos desplomes las hacen retroceder.

Mas es preciso olvidarlo todo para la común defensa; repáranse las brechas, colócanse algunos cañones en el llano de las Horcas y de San Felipe, acuden apresuradamente las tropas, porque los Moros coronan las alturas; llegan las tinieblas de la noche y acometen de recio, y son rechazados, y un día y otro día vuelven al combate, sin tregua ni reposo para la fatigada guarnición. Y mientras que el cuidado de la defensa absorbía la atención de las Autoridades y las fuerzas de la plaza, desencadénanse los presidiarios, y como demonios trepan por las ruinas, revuelven los escombros, saquean los edificios que aún quedaban en pié, y ocultos en el inextricable laberinto de los paredones medio derrumbados, multiplican los actos de rapacidad y de violencia.

«Veían los Oraníes la muerte á un lado, al otro la esclavitud, el socorro pendiente de los olas y del viento, la ciudad poblada de foragidos, y estaban á la vista de estos daños casi ciertos, y sin otro recurso para huirlos, que la fatiga de reflexionarlos [1].»

Seiscientos veintiocho cadáveres se sacaron de los escombros; en muchos puntos hubo de desistirse de tan ruda tarea [2].

1 Así lo escribía el Conde de Cumbre-Hermosa. Apenas se supo en España el terremoto de Orán, mandó el Gobierno medicinas y socorros á los Oraníes. El Cardenal Arzobispo de Toledo dió 5.000 doblones, y el Cabildo 2.000 para alivio de los más necesitados.

2 Según la copia de la exposición del Conde de Cumbre-Hermosa á S. M., fechada en 2 de Noviembre de 1790, que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, E. 40, se extrajeron de entre las ruinas, 564 cadáveres, aunque en muchos puntos hubo de desistirse

El 25 de Octubre repítese el terremoto con nueva violencia, y al siguiente día, el Bey de Mascara da un ataque general con 10.000 hombres, que por el barranco de la Sangre, se arrojan contra la Torre del nacimiento del agua, arriman escalas, se apoderan de la zanja, y pugnan por subir trepando unos por encima de otros, sin que el fuego de la plaza pueda desalojarlos. Decídese una salida mandada por el Conde de la Unión, y después de cuatro horas de pelea, son rechazados los Moros.

Mas no por ello cesaron en su intento, sino que, posesionados de los montes vecinos, mantenían un tenaz asedio, hasta que en 31 de Marzo de 1791, el Bey solicitó y obtuvo del Comandante General D. Juan de Courten, la suspensión de hostilidades, que se observó, hasta que en 3 de Mayo degollaron los Alárabes á un Sargento y cuatro fusileros que, del apostadero de Particulares, se replegaban á la Torre del Nacimiento. Poco á poco fué cargando gente del Bey, y formalizado el sitio, trajeron artillería, levantaron algún ramal de trinchera, comenzaron las minas y asentaron baterías sobre la Cueva del Turco, unas 300 varas á la izquierda, y en lo alto de la meseta. Siguiendo las operaciones, abrieron el fuego contra la plaza el 5 de Junio, y el 6 establecieron una nueva batería de 14 cañones al frente de los Ataques.

En lo que más ardor manifestaban, era en seguir la mina contra la Torre del Nacimiento. Para reconocer su estado, hizo la guarnición una surtida el día 7, retirándose al cargar la caballería sitiadora: el 9 sostuvo una fuerte escaramuza, repitiéndose la espolonada el 17, á fin de desbaratar los trabajos hechos; como se logró, volando con un hornillo la mina ya bastante adelantada.

de esta tarea. Una copia de esta misma exposición que conserva D. Antonio Rodríguez de Cepeda, eminentísimo jurisconsulto de Valencia y Catedrático de su Universidad, nieto del Administrador del Hospital militar de Orán en aquella fecha; da las siguientes cifras de cadáveres extraidos: El General Gobernador, 39 Oficiales, 259 soldados y fusileros, 47 empleados, 2 Capellanes, 83 desterrados (*presidiarios*), 289 paisanos. Total 720.—Muriel, en sus *Notas á la Instrucción reservada*, hace subir el número sólo de soldados de la guarnición muertos, á 2.000 hombres. La *Gaceta* de 19 de Noviembre de 1790, los calcula en más de 2.000.

Entre las dos copias mencionadas, existen algunas insignificantes diferencias en los detalles, salvo el párrafo último, que es completamente distinto; pues mientras la copia de la Real Academia se limita á noticias sobre el restablecimiento del orden en los ramos de gobierno de la ciudad, y libertad que gozaba desde aquel día para que saliese el ganado á pastar al campo, «pues estaba en términos de morirse, comiéndose hasta los papeles que se hallaban á su paso;» en la de Cepeda se extiende en noticias militares, sobre las fuerzas y artillería con que los sitió el Bey de Mascara, y motivos que le impulsaron á levantar el sitio.

No descansaban un punto los sitiadores: levantaron una batería en los Ataques de encima del barranco de la Sangre; á su derecha otra para morteros, y en la meseta, encima del cerro de Predicadores, otra para batir los fuertes de San Fermín, San Carlos y San Felipe.

El 18, con quince cañones, seis morteros y un obús, rompieron un vivísimo fuego, que continuó hasta mediados de Julio. El 30, los sitiadores enviaron parlamentarios con cartas del Bey de Mascara y del Vicecónsul español en Argel, dando noticia de haber acordado éste, con el Dey, la suspensión de hostilidades por quince días; con lo cual se levantó á poco el sitio definitivamente.

Preludios eran éstos de las negociaciones que andaban ya muy vivas, para la cesión de Orán [1], resultado fatal é ineludible de la nueva política inaugurada por Carlos III. Alegáronse como motivos, la insalubridad del clima y el costo de la reedificación de la parte arruinada; pero siéndolo en realidad, el deseo de que cesaran las piraterías de Argel; se cedieron por el Tratado de 12 de Septiembre de 1791, las plazas de Orán y Mazalquivir [2]. Arrióse la bandera española, el pabellón argelino flotó en las almenas de Orán, y, en lugar de la Cruz, ostentóse triunfante la media luna.

Altas razones de estado habían movido á Carlos IV y al Emperador de Marruecos á suspender las hostilidades: aquejaba al primero el justísimo temor que le inspiraba la revolución francesa, y la necesidad de concentrar todas sus fuerzas para combatirla: á Muley Yazid, las conjuraciones que se tramaban para derribarle del trono, durante su ausencia de la capital del Imperio. Temiéndolas, envió en 1791 un Embajador para el ajuste de la paz definitiva; canjeándose en tanto los Misioneros y los Cónsules de Mogador y Larache, que aún permanecían cautivos; por las

1 En la *Gaceta* de 23 de Agosto de 1791, se decía: «que Sidy Hassán había manifestado al Rey Nuestro Señor sus deseos de vivir con esta Corte en la mejor armonía, y entrar con ella en varias negociaciones; pudiendo ser una de ellas sobre el punto de Orán, cuyo sitio ha conseguido que levante el Bey de Mascara por medio de sus oficios. A pesar de que aquella plaza, cuando la atacó el Bey, se consideraba un montón de escombros, arruinada enteramente su principal fortaleza de la Alcazaba, y que sólo quedaban en pie los castillos que la circundan y otras obras exteriores y aun éstas resentidas, haciendo temer continuos terremotos su total destrucción; cedió el Rey á los dictámenes de Cuerpos respetables, consiguiéndose, á costa de muchos gastos y vidas de valientes Oficiales y soldados, el fruto de sostener con firmeza el honor del nombre español; pues sin abrigos, sin casas, sin hospitales, sin almacenes y sin resguardo alguno para los víveres, para las horas del común descanso, y para impedir el incendio de la pólvora y municiones; se habían defendido nuestras tropas con una constancia y sufrimiento de que hay pocos ejemplos.»

2 Apéndices números 28 y 29.

tripulaciones de las goletas capturadas, prisioneras en España. Conviniéronse los artículos; pero antes de firmarlos, Muley Yazid, caprichosamente, rompió las negociaciones, y el Gobierno español, en 19 de Agosto de 1791, le declaró la guerra. El Emperador continuó entonces el interrumpido sitio de Ceuta; el Jefe de la escuadra española D. Francisco Javier Morales, bombardeó á Tánger, y así siguieron las cosas, hasta que alzándose en armas contra el Emperador, sus hermanos Abd-el-Rhamán, Abd-el-Selam y Muley Hixem, levantó el sitio, y enviando á Madrid un nuevo Embajador, que el Gobierno se negó á oir, marchó contra los rebeldes, muriendo el 15 de Febrero de 1793, en uno de los encuentros que tuvo con Hixem.

A su muerte dividióse el Imperio marroquí, quedando Señor de Tafilet, Abd-el-Rhamán; de Marruecos, Muley Hixem, y del Hassán, Abd-el-Selam, hasta que Abú-el-Rebí-Suleimán [1], hijo también de Sidy Mohammet, apoyado por los restos de la Guardia Negra, casi disuelta por éste, y auxiliado por las tribus amazirgas; venció á sus tres hermanos, y reconocido por único Sultán del Mogreb, tomó el título de Amir-el-Mumenín en el año 1795.

Apenas sentado en el trono, solicitó la alianza del Monarca español, y para captarse su amistad, recibió de nuevo Misioneros en Sáffi y Larache, y permitió la apertura de los Hospicios de esta ciudad y de la de Mogador. Correspondió Carlos IV á la benevolencia del Príncipe marroquí, con una embajada para estipular de nuevo la paz. Por Real orden de 17 de Mayo de 1798, nombró al efecto á D. Juan Manuel González Salmón, Cónsul General que había sido de España en Tánger, y por ello conocedor y práctico en las cosas de Berbería; acompañándole lucido cortejo en decoro de la embajada [2].

Llevábanse los aprestos con el mayor sigilo por temor á los Ingleses que, sabedores de la Comisión, habían apostado varios buques para capturarla. A fin de desmentir espías, concertáronse buques para varios puntos, echaron voces falsas de puertos donde había de desembarcar, ocultando cuidadosamente el verdadero, sin confiarlo ni aun al mismo

1 En el Tratado de 1.° de Marzo de 1799, se le llama sólo Muley Solimán.

2 Nombraron al Coronel, Capitán de artillería D. Juan de Arriada, y al Teniente del mismo Cuerpo D. Bartolomé Vasallo; á D. Agapito Yarza, Comisario honorario de Guerra; á D. Josef Zamora, Oficial del Ministerio de Marina y á D. Josef de la Cruz, Intérpretes, y á los Capellanes RR. PP. Maestros Fray Domingo González Salmón, del Orden de San Agustín, y Fray Bartolomé de los Ríos, de San Pedro de Alcántara; multitud de Agregados, una servidumbre numerosa y varias músicas militares.

Cónsul General de España en Marruecos; y el 29 de Diciembre, por la noche, la escuadrilla salió de Chiclana, fondeando felizmente en Tánger. Con gran pompa y cordialidad fué recibido el Embajador, expresándole Muley Solimán «que prefería y anteponía la amistad de la España, á la de las demás naciones europeas, y que si su padre había distinguido y particularizado siempre á la española, él le excedería en esta parte y lo haría manifiesto [1].

El 1.° de Marzo de 1799 se firmó en Mequinez el Tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca entre los Príncipes D. Carlos IV, Rey de España y de las Indias, y Muley Solimán, Rey de Marruecos, Fez y Mequinez, representados, aquél por el Intendente de los Reales ejércitos D. Juan Manuel González Salmón, y éste por el Excelentísimo Señor, Sidy Mohamet-ben-Otomán, su primer Ministro, que ya había firmado el convenio en 30 de Mayo de 1780.

Por este tratado se confirmaron los anteriores; se pactó además de la alianza entre los dos paises, la facultad en los súbditos de ambas naciones para comprar terrenos con permiso del Gobierno, fabricar casas, arrendarlas y venderlas; libertad de entrar y salir de los reinos cuando bien les pareciere, con el consentimiento de los Cónsules; el libre uso en Marruecos de la Religión cristiana, y en España el privado de la mahometana; la abolición de la esclavitud de los prisioneros; devolución de desertores; facultad en las plazas de Melilla, Alhucemas y el Peñón, de usar contra los fronterizos del fuego de fusil y cañón para contener sus demasías, sin que por ello se entendiese quebrantada la paz; libre admisión en los puertos de los buques de ambas naciones; privilegio exclusivo á la *Compañía de los Cinco gremios mayores de Madrid*, para extraer grano por el puerto de Darbeyda (Anafe), y á D. Benito Patrón, del comercio de Cádiz, por Mazaghán; facultad á todos los Españoles de pescar en las aguas marroquíes, desde el puerto de Santa Cruz de Berbería (Aghadir), al Norte, y otras muchas ventajas de que los Españoles no pudieron ó no supieron aprovecharse [2].

1 Cánovas del Castillo, en sus *Apuntes para la Historia de Marruecos*, dice que D. Juan Manuel González Salmón escribió de su embajada y viaje, una Relación detallada, inédita hasta ahora. No la hemos visto; pero sí la publicada en 1800 por un individuo de la comitiva, de la que hemos tomado los detalles transcritos.—Apéndice núm. 30.

2 Apéndice núm. 31.

CAPÍTULO VII.

Política de los Reyes de España en Berbería.—Cuál debe de ser en la actualidad la de España en Marruecos.

Hemos historiado las vicisitudes de España en África, narrando con fidelidad los hechos, y apuntado, si no desenvuelto, las observaciones que naturalmente sugerían.

Quien lea la presente historia, sabe ya cuál ha sido, á nuestro modo de ver, la política de España en África. Cúmplenos, sin embargo, llegados al fin del camino, volver la vista atrás por algunos momentos, y no estimamos ociosas algunas consideraciones generales sobre las miras que nuestros Reyes y hombres de estado tuvieron, y los pensamientos que abrigaron al llevar á Berbería las armas españolas. Ante todo, conviene no olvidar que hay un hecho que se ve ó se vislumbra al menos, desde los tiempos más remotos y obscuros hasta los presentes. Y este hecho histórico, nace, digámoslo así, de otro hecho natural.

La naturaleza ha colocado á España en el confín de Europa, y donde acaba Europa, comienza el África. Las divide un canal, puente por el que África pasa á Europa, ó Europa á África. España y Berbería, si alargan sus manos, se las estrechan. Este hecho natural ha engendrado el otro hecho histórico que arriba indicamos.

España en todos tiempos ha tratado de apoderarse ó de influir en Berbería, ó Berbería de apoderarse ó de influir en España; como si las dos quisieran hacerse una, dudándose sólo cuál ha de ser la vencedora ó la dominante.

La política de los antiguos Romanos era la de conquistar el mundo; pero sujetas á sus armas España y la Mauritania Tingitana, pusieron el gobierno de entrambas naciones en una sola mano, y según las vicisitudes de los tiempos, África obedecía á la Autoridad que mandaba en España, ó España obedecía á los Prefectos de África.

Los Vándalos se enseñorearon de la parte meridional de nuestra Península, mas no bien asentados en Andalucía, pasaron á África.

Los Godos, que les succedieron, como una ola succede á otra ola, pensaron también en apoderarse de las costas fronterizas.

Andando los tiempos, los hijos de Mahoma salvaron el Estrecho, y más aún que por sus armas, conquistaron por nuestros vicios á España, derramándose luego por Europa.

Pelayo se alzó en Asturias, y en Aragón Íñigo Arista.

Su política y la de todos los Reyes, que continuaron la más grande, más porfiada, y más heróica lucha que han presenciado los siglos; se redujo tan sólo á expulsar de la madre patria á sus bárbaros dominadores.

No podían mirar afuera los que dentro de casa tenían á sus mortales enemigos. *Tiempos de fe y de hierro,* en que los Reyes nacían en medio de los combates, vivían peleando y morían en los campos de batalla.

Los Reyes de Aragón, sin embargo, libres de invasores antes que los Reyes de Castilla, poderosos por la mar, dueños de Sicilia y de Nápoles; hicieron algunas expediciones al África, apoderándose de los Xerves y de los Querquenes [1]: de una parte, obrando así, volvían golpe por golpe; de otra, apoderados de los Xerves, resguardaban de piratas á Sicilia.

Los Reyes de Castilla, al fin, acabaron el viaje que emprendieron desde Covadonga, subiendo á la Alhambra de Granada, y levantando á la faz del mundo la Cruz vencedora. Desde allí pudieron ya volver los ojos á la región que por espacio de siglos nos había oprimido. Ir á África, era devolverle la visita que le debíamos; guerrear en África, asegurar la paz en España.

Los Reyes Católicos, por esto y para abrir ancho campo al valor español, y principalmente para extender la fe de Cristo, en cuyo nombre habían peleado ochocientos años; cayeron sobre África y pasearon por todo el litoral sus armas triunfadoras.

Una Reina santa, y la más grande de las Reinas, decía y rogaba en su inmortal testamento á los Españoles: «que no cesasen en la conquista de África, y de pugnar por la fe, contra los Infieles.»

El mismo encargo hizo al Emperador Carlos V, el Rey Católico, que había emprendido la jornada de Orán [2] *por el servicio de Dios.*

1 Tal era el poder y el orgullo de los Aragoneses por su marina, que disputando el Almirante Roger de Lauria con el Conde de Fox, enviado francés, y amenazándole éste con que su Rey pondría una escuadra de 300 velas, y que D. Pedro no podría presentarle otra igual; tras varias contestaciones, le dijo: «sin licencia de mi Rey no ha de atreverse á andar por el mar escuadra ó galera alguna; ¿qué digo, galera? los peces mismos, si quieren levantar la cabeza sobre las aguas, han de llevar un escudo con las armas de Aragón.» Sonrióse el Conde al oir esta jactancia, y mudando de conversación, se despidió de él y se volvió á sus reales.—*Quintana.*

2 Poder y patente de Capitán General expedido á favor del Cardenal, en Toledo á 20 de Agosto de 1508.

Un Ministro digno de Isabel y de Fernando, el Cardenal Cisneros, vistiendo la cota de malla sobre el hábito franciscano, conquistó á Orán: «*pelean*, decía á Pedro Navarro, *Cristo y Mahoma.*»

Carlos V, de quien se decía que sus vacaciones en Europa, eran sus conquistas de África, cuando tomada la Goleta y deseoso de ir á Túnez, vió vacilantes á sus soldados, esforzó su ánimo, manifestándoles: «que »estaba resuelto á no alzar mano en aquella guerra *con los que por amor »á Jesucristo* y por el de su honra, quisieran quedarse en su compañía.»

En los combates, iba siempre delante de nuestros soldados la Cruz; los Frailes se ponían al frente de las columnas: después del triunfo se arrodillaban, y mirando al cielo decían: *non nobis, Domine, non nobis sed nomini tuo da gloriam.*

Es, pues, indudable, que la política de estos Reyes y del gran Cardenal; era extender la fe de Cristo, y para ello conquistar el África.

Aventurado sería decir que tenían en ánimo pelear con los Infieles por ser infieles; más cierto parece que peleaban con los Infieles por hacerlos fieles.

La conquista de África era un medio, no el fin. La Reina y Cisneros, para quienes todo desaparecía ante la idea religiosa, hubieran seguido adelante la conquista. Pensamiento grandioso, que tuvo que subordinarse en su realización á elevadas consideraciones de conveniencia política y de material posibilidad.

Por ello creemos nosotros, examinada atentamente la historia; que no estuvo en la intención del Rey Católico ni en el de sus succesores, por más que lo deseasen; conquistar á todo trance con la fuerza de las armas, el interior de África; sino apoderarse de la costa, y dominarla por medio de plazas militares, y desde ellas extender su influencia tierra adentro, impidiendo, en cuanto posible, la piratería, azote y baldón de las naciones cristianas.

Hechos muy significativos abonan nuestro concepto. Fernando el Católico cesa en sus guerras cuando le rinden vasallaje los Reyes de Argel, Tremecén y Túnez. En su testamento ya decía al Emperador: «*que en cuanto buenamente pudiese*, trabajase en hacer guerra á los Moros, *con tal que no la hiciese* con destruición y gran daño de sus súbditos.»

Carlos V entra por fuerza de armas en Túnez; pero no se alza con ella, sino que asienta en el trono á su legítimo Soberano.

Felipe II establece alianzas con el Rey de Marruecos, que mantuvo inviolablemente.

Dilatar los dominios de la fe y asegurar las costas españolas con las

armas; pero sólo cuando eran inútiles las negociaciones, entendemos, según hemos dicho, que fué el pensamiento práctico de estos grandes Reyes. Si más altas eran sus aspiraciones, limitáronlas, sin duda, el temor de aventurar en las abrasadas arenas de África el poderío español; la necesidad de hacer frente á la prepotencia turca, amenaza continua de Europa, y la de conquistar ó mantener el Nuevo Mundo que descubrió Cristóbal Colón.

Así discurrían los Reyes; mas habrá quien crea, y no sin razón ó motivo, que algo más deseaban sus pueblos, siguiendo el pensamiento de la Reina Católica y de Cisneros, que era su pensamiento; porque no teniendo que pesar inconvenientes, sólo veía en la conquista de África, la prosecución de la guerra de Granada.

Un obscuro soldado la aconsejaba á uno de los Felipes, y hablándole con acentos libres, que ahora apenas sabemos usar; entre otras razones, le decía [1]: «Averiguada cosa es que los más Príncipes del mundo católi»co y paganos, tienen sus reinos y señoríos juntos y recogidos casi en un »cuerpo, según una trabada y entera heredad: sólo V. M. R. tiene derra»mados sus reinos y señoríos en varios puntos del mundo; de forma que »este pedacito de terreno y antigua patria España, ella sola lleva el peso »y carga de todo, acudiendo á lo demás de ella, apartado, desmembrado, »y remoto, con armas y gobierno de sus hijos naturales y tesoros..... »Para que en algún tiempo tenga alguna compañía y ayuda para alivio »de sus cargas y siempre se conserve en los siglos venideros, está bien »que se extienda y se ensanche su monarquía, con la conquista, que ver»daderamente le pertenece..... de los cuatro reinos de Berbería; Túnez, »Tremecén, Fez y Marruecos, reinos fertilísimos y abundantes de todo, »que si los ojos de V. M. los viesen, *se enternecerían en verles en po»der de gente pagana.*»

El pueblo español hablaba por boca de ese soldado, y sus Reyes, de seguro hubiesen al fin realizado su deseo, y hoy España y Berbería formarían una sola nación, teniendo por lago el Mediterráneo; pero nuestros Reyes estaban llamados por la Providencia á cumplir su triple destino: salvar la civilización de Europa de la barbarie turca; salvar á la Iglesia Católica de la rebelión protestante, y conquistar un nuevo mundo para el antiguo y para el cielo.

Lo cumplieron, y por eso han sido grandes, y grande el pueblo, nobilísimo instrumento de tan santas y levantadas empresas.

1 M. S. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

La política de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II, fué adoptada y continuada por los demás Reyes de la casa de Austria, y aun por el primero de la casa de Borbón.

Felipe III toma por fuerza de armas la Mahamora, y por tratos con Muley-Mahamet Xeque, á quien ayuda á recuperar su reino, á Larache. Felipe IV admite como tributario y favorece las empresas de Sidy Gaylan, Rey que se llamaba de Tetuán. Carlos II se apodera de Alhucemas. Felipe V, de la perdida Orán, y emprende la reconquista *por no dejar separada del gremio de la Iglesia y de nuestra católica religión*, parte alguna de los dominios que la Divina Providencia entregó á su cuidado, al colocarle en el trono de la Monarquía española [1].

Este intentó, además, la presa de Argel, y destruir en aquella soberbia ciudad la piratería que infestaba nuestras costas, no para conquistarlas, sino para robarlas; pero á Felipe V, aunque le sobraron alientos, faltóle ventura.

Sin embargo, ninguno de estos Reyes tentó avasallar el interior de África: aun brindándose la ocasión, no creyeron conveniente aprovecharla. Ciñéronse, como los Reyes anteriores, á fortificar las plazas que poseían en las costas, dominar éstas, impedir, y si no castigar la piratería; atreguarse con los Reyezuelos vecinos, conciliarse la buena voluntad de algunas tribus, y conservar á su devoción á los Moros de paz, que los abastecían, y en tiempos de guerra peleaban á su lado.

Después de Felipe V sufrió una modificación esencial la política de España en África: hasta entonces había extendido sus conquistas en el litoral, siempre arma al hombro, dispuesta á la pelea; entonces se decidió á dejar las armas, á entrar en negociaciones, y á concertar tratados de comercio.

Los tiempos ya no eran los mismos: Carlos III no era Fernando el Católico; ni Florida Blanca el Cardenal Ximénez de Cisneros.

Aquel espíritu religioso que dió á nuestra patria tantas ideas magnánimas, tan grandes bríos á su corazón, y que la hizo pasear por todo el mundo sus banderas victoriosas, vivía aún en el pueblo; pero no tan pujante al menos y vigoroso, en las cortes de los Reyes. Fernando el Católico y los de la casa de Austria hubieran vertido su sangre y la de España, por llevar el evangelio á regiones infieles: en sus palabras, en sus hechos, en sus tratados, descollaba como principio capital el sentimiento religioso; pero los últimos Reyes de la casa de Borbón, abandonaron

1 Manifiesto en Sevilla de 18 de Junio de 1732.

la idea de guerra, y en sus eonvcnios eon las naeiones infieles, apellidados de «amistad y de comercio;» aun cuando no olvidaron completamente los intereses del catolieismo; el eomereio aeaso era lo más, y el catolieismo lo menos.

Entre los antiguos, el prineipio preponderante fué la idea religiosa, que entraña civilizaeión verdadera; entrc los modernos, lo fué la idea mcreantil que contribuye poderosamente al bienestar material.

Testimonio de esto, los tratados entre Carlos III con el Imperio de Marruecos y las Regcneias de Argcl y de Trípoli. «Tiene ya V. M.; deeía Florida Blanca á Carlos III; por estos tratados, libres los mares de enemigos y piratas..... La bandera española se ve eon freeuenia cn todo Levante, dondc jamás había sido conoeida, y las mismas naeiones comereiantes que la habían perseguido indirectamente, la prefieren ahora con aumento del comercio y marina de V. M.»

No eonviene á nuestro propósito, al menos no entra en él, analizar estos tratados; sí sólo nos eumplc indiear su espíritu.

Son, por lo general, ventajosos á España. Atiéndese en ellos prineipalísimamente al interés material: el religioso se eoncreta á permitir á los Españoles el libre ejercicio de la religión católica en casa de los Cónsules, y aun en sus propias easas; eoneediéndose en el de Túnez de 1791, la reeiprocidad á los Tunecinos que moren en España. Sería, sin embargo, injusto el no recordar, que en el eelebrado con la Regencia de Argel, hay un artículo, y es el 25, digno de memoria y alabanza.

«Por considcraeiones al Rcy Católico, diee, respetarán los Argclinos, no sólo las eostas españolas, sino también las pontificias.»

Carlos III, aún tenía presente que el Papa es el padre de los Fieles, y sus cstados el patrimonio de la Cristiandad.

En tiempo de Carlos IV no tuvo España política en Áfriea. Empleada ú oeupada en pelear contra la revolueión francesa, que al arrojar la eabeza de su Rey á los pies de las atónitas naciones, desafiaba á Europa; necesitó concentrar todas sus fuerzas para resistir en las fronteras, y embargado cl pensamiento de sus Ministros eon el pavoroso espcetáculo que reprcsentaba la Francia, desdeñaron el oeuparse de nuestras posesiones afrieanas, gravosas al tesoro é inútiles ya desdc que las cstipulaciones habían suceedido á las armas.

Después se levantó el gigante de los tiempos modernos, y todos los pueblos tenían fijos en él sus ojos; y uno hoy, otro mañana, ó muchos á la vez, pugnaban sólo por evitar el rayo de su espada y luehar desesperadamente contra su insensata ambición.

Tratábase de la independencia del país: salvar á la madre patria era primero que la conquista, y aún, que la conservación de posesiones en tierra extraña. No es, pues, de admirar, que en tan ásperos tiempos, Carlos IV, hombre de bien y Monarca infeliz, no hiciese en África otra cosa que el tratado con Túnez y abandonar á Orán.

En compensación de la plaza que voluntariamente cedía, pactó Carlos en favor de España el comercio exclusivo. Los almacenes habían reemplazado á la Iglesia. Podíamos, merced al infausto tratado de 12 de Septiembre de 1791, subscrito por Florida Blanca, sacar de Orán algún dinero; en cambio dentro de ella dejábamos nuestra gloria, y la dejábamos en poder de Argelinos.

De modo que primeramente conquistábamos para extender la fe y defender á España en Africa; después, comerciamos; por último, abandonamos.

Caso de que se nos preguntase nuestra opinión acerca de si la política de Fernando el Católico y de los Reyes de la casa de Austria, fué la más acertada, ó si por ventura erraron, no llevando al interior de África las armas españolas, diríamos sin vacilar: que no sólo fué la política más conveniente, sino la única posible cuando tenían que contrarrestar alianzas de Turcos y Franceses, combatir la herejía protestante, cuidar de los descubrimientos de América, y triunfar de la envidia de Europa, conjurada contra el poder español.

¿Cuál debe ser actualmente nuestra política? Arduo problema. En no lejana ocasión hemos sostenido [1] que España debe adoptar todos aquellos medios que tiendan á defender sus legítimos intereses en África. «Interés legítimo y permanente de España, es guardar nuestras fronteras marítimas é impedir que los costeños vivan en alarma continua, como si morasen en país enemigo..... La dominación por la conquista, en las circunstancias en que se encuentra Europa, habría de ser insegura; á merced de las naciones que con sus escuadras barren los mares: España no debe proponérsela como fin de la guerra; sino como medio transitorio para adquirir influencia política y ventajas religiosas, civiles y comerciales.

»Interés nuestro es, legítimo y permanente, el que ninguna nación europea se apodere del reino de Fez, porque entonces peligraría nuestra independencia. Bloqueados estrechamente por los Pirineos, por Gibraltar, por toda la costa mediterránea, quedaría ahogada para siempre la altiva

1 En la Memoria sobre los *Intereses legítimos y permanentes que en Africa tiene España*, que premió la Real Academia de Ciencias morales y políticas en el concurso de 1861.

esperanza de tornar á ser lo que fuimos; una nación influyente, y poderosa, y temida.

»Preciso es, pues, que la dominadora del Estrecho sea España ó nadie. Si llegare el caso de una guerra entre cualquiera potencia y la de Marruecos; después de haber apurado todos los medios para conseguir una solución pacífica, no vacilaríamos en tomar parte en pro ó en contra, según á quien creyéramos que asistía la justicia. España en una lucha contra el Imperio no puede indiferente cruzarse de brazos: ha de impedir la conquista, para que el Mediterráneo no se convierta en un lago francés ó inglés, y España en una plaza sitiada; ó ha de coadyuvar á ella, estipulando para sí el litoral, que no es más que la España transfretana, el campo donde naturalmente ha de extenderse la raza española, ya que por el continente le es imposible, guardadas las puertas de la cordillera pirenáica por el imperio francés.....

»España tiene deberes que cumplir..... respecto al continente africano.

»La propagación de la fé exigiendo ó procurando la tolerancia del culto católico; el establecimiento de casas de misiones; la libertad de los soldados de Cristo para derramarse por las provincias, eficazmente protegida su seguridad por el Gobierno.

»La civilización por la religión y por el comercio, suavizando las costumbres de los indígenas, fundando escuelas, promoviendo el tráfico, amparándoles contra las vejaciones que sufrieran, declarándose poder protector, en vez de potencia exterminadora.»

Lo que entonces sostuvimos, sostenemos hoy. Tánger debe ser de España: no echemos en olvido que Francia está en Argel, y que sería para nosotros pernicioso bajo todos los aspectos, que esa gran potencia que nos estrecha ya por los Pirineos, viniese también á ceñirnos por las costas del Mediterráneo: que de grado ó por fuerza, por negociaciones ó por armas, con Francia ó sin Francia, ó ayudando los tiempos, contra Francia; no debemos consentir que nadie se acerque un paso más á nuestras posesiones de allende el Estrecho. España, á la que se ha llamado África; pero que será en todo caso una África cristiana y civilizada; tiene sin duda la mision providencial de llevar el Evangelio, esto es, la verdad y la luz, al África mahometana y salvaje [1].

1 En concepto de Mr. Pelissier, en sus *Memorias históricas de la exploración científica de la Argelia*, quizá no hubiera producido ventajas á la humanidad el que España hubiera extendido su imperio en Berbería, esperándolas muy grandes de la dominación francesa. De-

searíamos que Mr. Pelissier nos dijese qué colonias antiguas conservan los Franceses, y cuál es su estado, para compararlo con el de las pocas que aún conservamos.

Merecen estudiarse detenidamente las reflexiones con que Cánovas del Castillo da remate á sus *Apuntes para la Historia de Marruecos*, y; descartados antipatrióticos entusiasmos y aberraciones religiosas; los discursos que se pronunciaron en la junta de la *Sociedad Española de Africanistas y Colonistas* de 30 de Marzo de 1884.

Nuestra opinión firmísima, después del atento examen de cuantos escritos se han publicado sobre este asunto con posterioridad al año de 1861 en que se escribió esta Memoria, es que España quizá pueda impedir las conquistas de Francia en el reino de Marruecos; pero jamás extenderá su influencia en Berbería, mientras que Inglaterra despliegue su pabellón en Gibraltar, domine como señora en Tánger, y disponga á su arbitrio de los destinos de Portugal.

FIN.

APÉNDICES.

APÉNDICE NÚM. 1.°

CORRESPONDENCIA DE OCHOA DE ISASAGA, TESORERO DE LA REINA DE PORTUGAL DOÑA MARÍA, CON LA REINA Y REY DON FERNANDO: COPIA DEL TRASLADO QUE DE ELLA TIENE EL SUCCESOR DE AQUEL, DON JOSÉ MARÍA ZUAZNAVAR, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD EN EL DE ÓRDENES, Y QUE SE ENCUENTRA EN LA BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

El Rey.—Ochoa de Isasaga, Tesorero de la Serenisima Reyna de Portugal, mi muy cara é muy amada fija. Por una mi instruccion que vos enbio, Vereis lo que de mi parte, aveis de hablar al Serenisimo Rey de Portugal, mi muy caro é muy amado fijo. Por ende yo vos mando y encargo, que aquello pongais luego en obra, y me hagais saber lo que en ello le place, que mucho me serbireis: De Segovia á treinta dias de Junio de mil quinientos cinco.=Yo el Rey.=Por mandado del Rey, Administrador y Gobernador,=Hernando de Zafra.

Traslado de la instruccion firmada del Rey nuestro Señor Don Fernando que me truxo el correo.

Lo que vos, Ochoa de Isasaga, Secretario de la Serenisima Reyna de Portugal, mi muy cara é muy amada fija, aveis de decir de mi parte al Serenisimo Rey de Portugal, mi muy caro é muy amado fijo, es lo siguiente:

Que ya sabe cuantos males é dannos la costa del Reyno de Granada y de Andalucia recibe de los Moros de la Cibdad de Velez de la Gomera, enemigos de nuestra Sancta fé Católica; Y que por estar aquella Cibdad en tal disposicion, que sin mucha dificultad é peligro no se puede destruir y batallar; y aun demás de esto, porqué soy certificado, que puesto que esto se pudiese hacer; porque junto con la Cibdad, tiene la sierra en tal disposicion, que aunque la Cibdad se entregase y destruyese; no por esto ellos dexarian de estar en la sierra y gozar de su puesto de donde se recibiese todo el dano, y tambien demás de esto, la Cibdad no se podria sostener segun su asiento y disposicion y que he sabido que haciendo una fuerza en una Isleta que está junto con el puerto y poniendo allí recado de gente y artilleria, la Cibdad no se podria sostener de manera alguna y de necesidad se despoblará y perderian el puesto de que ya ve, segun el dano que de alli hacen á Cristianos, cuanto Nuestro Señor será servido. Y como quiera que alguno de estos reynos se han ofrecido á dar cumplimiento á esta obra, por servicio de Dios é mio; que por estar como está aquella Cibdad en su conquista, Yo no he dado lugar á ello sin su consentimiento y pues

de hacerse aquella fuerza allí; demás del provecho que reciben en ello estos reynos, tambien resulta de ello provecho á sus reynos; Decirleeys de mi parte, que por estar aquel puerto más cercano destos reynos, que no de los suyos, y porque toda la obra que allí se hiciere se aria con menos costa proveyendose de estos reynos, que no de los suyos; que Yo abré por bien y provecho que de ello á todos resulta generalmente y lo mandaré sostener. Y que plaziendo Nuestro Señor é su Bendita gloriosa Madre, despues que la tierra se gane y allane, Yo lo mandaré entregar á quien el quisiere, mandando pagar las costas que alli se hicieren, é si otra cosa en esto le plaze; de lo que á el mas pluguiere, de aquello seré yo mas contento y hacedme luego saber lo que esto quiere.=Fecha en Segovia á treinta de Junio de mil quinientos cinco años.=Yo el Rey.=Por mandado del Rey Administrador é Gobernador,=Hernando de Zafra.

Carta del Rey Don Fernando á Ochoa de Isasaga.—(Núm. 29.)

Yo tenia mucha razon de estar quejoso del Rey mi Fijo por tener tan poca confianza en el amor que yo le tengo, que pensase que avia de poner mano en lo que perteneciese á su conquista; porque esto Yo no lo haria por ninguna cosa del mundo, si no fuese por ayudalle, y que Yo nunca tove fin de tomar cosa de su Conquista; salvo de trabajar de remediar y excusar el gran dano que desde Velez de continuo hazian á los cristianos y señaladamente en toda la costa del Reyno de Granada que nunca hacian sinó matar y levar cristianos cautivos y muchos lugares llevaron enteros, de manera que á esta sola causa en el tiempo que Yo estove absentado en estos reynos, estovo en mucho peligro de perderse el Reyno de Granada á causa de los muchos nuevamente convertidos de moros que hay en él y del socorro que les venia con las mismas fustas que habian hecho y fazian de continuo en Velez. Y aun despues de venido Yo, ficieron mucho dano en la Costa y se llevaron algunos lugares. De manera que el Reyno de Granada se despoblaba y parescia á todos grandisimo cargo de conciencia, sufrir á Infieles lo que no sufriria á Cristianos; que claro es, que si alguno lugar de Cristianos nos fiziesen la guerra, no lo aviamos de sufrir, sinó trabajar de fazerlo dano y de tomarlo si podiesemos, como siempre se acostumbra fazer, cuanto mas contra Infieles. Y considerando todo lo susodicho y porqué á todos parescia que de pura conciencia, Yo hera obligado de trabajar de remediar aquello, y que ofendia gravemente á Dios en no hacerlo; por esta causa se tomó aquel peñon que está en la mar delante de Velez, para desde alli guardar y defender que no salga ninguna fusta de los moros de Velez á hacer dano; y en este peñasco no hay renta ni cosa ninguna de interes, é que antes ponemos mucho gasto para sostenello por excusar el grande dano que desde Velez hazian, como se vé por esperiencia, que se excusa.

Y que si Velez pertenece á su Conquista, no es mi fin que sea de otro, sino suyo; pero que muchos afirman que no es del Reyno de Fez sino que es Reyno por sí. Y tambien afirman, que los del Rey mi Fijo, despues de que se asentó aquella capitulacion, se han puesto en tomar algunas cosas que pertenescen á la Conquista de Castilla, y que agora las tienen, y que Yo no sé lo cierto de lo uno ni de lo otro; que olgaria mucho que se diese órden para que se averigüe; para lo que fuese de su Conquista, sea suyo sin impedimento, y lo que fuese de la Conquista de Castilla, sea de la Reyna de Castilla, mi fija, y que esto se faga como entre Padres é Fijos.

Y para averiguar esto vea el Rey, mi Fijo, la manera que quiere que se tenga, que yo olgaré mucho de ella.

Y este peñon si es de la Conquista del Rey mi fijo, no lo quiero Yo para mí, ni para la Reina de Castilla mi Fija, si no para el Rey de Portugal mi fijo. Y seyendo del su conquista, por el le tengo Yo agora, que asi miro en conservar lo de la Reyna de Castilla mi Fija para ella y para sus Fijos, mis nietos; asi he de mirar en ayudar á conservar todo lo que le pertenece al Rey de Portugal, mi fijo, para él, y para sus Fijos, mis nietos. Y si se allare que Velez, es de su Conquista, en tanto que el Rey mi fijo no conquista aquella, Yo le conservaré este peñon; porque le viene lexos y agora no le aproveeharia si no para tener gasto en él y quando quiera que le aproveehase para su conquista, si fuese, como ha dicho, de su conquista, Yo se lo entregaré pagando él al Reino la costa de ello, como en semejantes easos se acostumbra.

Asi que el Rey mi fijo, puede estar bien seguro que yo no tocaré ni eonsentiré que se toque en lo que pertenece á su conquista, antes le ayudaré para ello de muy buena voluntad.

Apuntes de Ochoa de Isasaga, sobre lo que le contestó al Rey de Portugal.

Las palabras que el Señor Rey de Portugal D. Manuel, dijo á mi Ochoa de Isasaga en esta villa á 10 de Noviembre de 1508, para que las dixese de su parte al Rey D. Fernando mi Señor, son las siguientes:

«Direis al Rey mi padre, que eomo quiera que yo siempre le tobe e tengo muy verdadero amor, eomo deben tener los fijos a los padres, que cierto que me ha dado mucha causa de acreceutarnos el amor y la buena voluntad que le tengo, por haber hecho en mi favor en este negocio de Areilla tan bien y tan honrradamente como lo ha fecho.....

En lo de Velez de la Gomera le diré yo, que fuera cosa interese; como me toca en la honrra por esta investidura que tengo de Rey, no puedo escusar de satisfaeer asi a los de mi Reyno como a los de fuera que estan mirando en que parará esto; porque esta honrra es mas estimada e mirada en los Príneipes que en otros onbres: que yo en cobrar este castillo, no cobro ningun provecho, sino mucho gasto e euidado para sostenello; pero como es cosa que me toca en la honrra, no siento en nada el gasto y cuidado que se me puede resacar para sostenello; porque no es razon que lo que ganaron los Reyes mis antepasados, que no eran tan afieionados a él, como yo lo soy, se pierda en mi tiempo en lugar de acrecentar mas por el debdo y amor que hay entre mi y él y estando tan elaro y eonfesado por él mesmo que Velez es de mi conquista, como lo otorgó por su firma; y que asi eomo recibiria Yo mueha afrenta y disfavor en dexallo de cobrar; atribuiria á él mueha honrra y loor en entregarmelo y usará virtud de eaballeria en faeerlo así; y como los Padres tienen mas esperiencia, así tienen mas obligacion de mirar por la honrra de sus fijos y euanto están en mayor estado, mueho mas, y así el debiera de mirar en esto por mi honrra, aunque yo no hablara en ello, por la esperieneia que tiene de la honrra de la cavalleria, por averle yo sido siempre tan verdadero fijo é amigo. Y pues graeias a Dios, él tiene tantos reinos de suyo que no tiene neeesidad de lo ageno, que le ruego é pido muy afectuosamente, me quiera entregar Velez, pues me perteneee de

dereeho. Y si él toviese tanta neeesidad de aquel eastillo, por ser neeesario para la defension de aquella frontera y para haeer guerra á los Infieles, por eomplaeerle y porque no querria que por mi eabsa se estorvase el servieio de Dios, que Yo olgara que se le quede el dieho Velez, eontando que me dé otra eosa que quede saneada mi honrra, eomo eonviene a mi estado é a mi Reino, y porque vaya ereeiendo el amor entre él y mi.....

Y que aunque el tenga muehos Reynos, quando menos piensa onbre sobrevienen neeesidades: que el otro dia andando Yo en Évora á eaza de liebres y estando á la noehe eon la Reyna y eon los Fidalgos y Damas en fiesta y plazer, fuera de euidados, me vino este sobresalto de Areilla; que no sabe onbre euando está seguro. Y por esto el debe de olgar y querer que se tenga este modo entre Nos, y de esto; aunque el Rey de Franeia es tan su amigo y alliado, le ha de pesar en ver que no tendrá tanta neeesidad del en adelante. Y otro tanto desplazerá al Rey de los Romanos y al Rey de Inglaterra, por venirle mal para los fines que tienen; y así tambien les desplazerá a los grandes de Castilla que son sus servidores, porque no terná tanta neeesidad dellos; y á los que no son sus servidores y a los que eastiga el agora será eehalles un *baraco* (sie); porque de esta manera no se mostrarán eontra él, antes el terná y governará todo a su justieia, a su voluntad, dormiendo sueño seguro.

Carta de Ochoa de Isasaga al Rey Católico.—(Núm. 39.)

Muy Alto y muy Poderoso Señor:

Yo llegué aquí á Évora Jueves siete del presente tarde, y en aquella noehe ablé al Rey todo lo que traya y aunque sea larga la eseritura, mándela ver Vuestra Alteza toda; porque eseribia aqui partieularmente todo lo que ha pasado. Dixe al Rey lo que en la instruyeion que truxe y euando le aeabé de leer la instruyeion públiea sobre lo de Velez se embarazó un poeo y díxome: «que aeá allavan lo eontrario de lo que yo le dezia; que el habia heeho ver la eapitulaeion bien, á los de su Consejo y que no allaban eausa justa para detenelle Velez por lo del eabo de Aguer. Porque Velez estaba en Conquista sin ninguna dubda, Y el eabo de Aguer por determinar si era de aeá ó de allá.»

Respondile: «que quanto mas elaro estoviese, habria menos que hazer, que ya via su Alteza euanto se justifieaba vuestra Alteza y que aquello dava a su Alteza por respuesta sobre ello.»

Quando vido la instruyeion seereta se alteró diziendo: «que el no se habia mudado, ni abia faltado en lo que abia enviado á dezir eonmigo, mas antes le faltava Vuestra Alteza en no dalle lo suyo libremente.» Yo le dixe: «que Vuestra Alteza abia otorgado todo lo que su Alteza enbió dezir eonmigo desde Tabilla y que agora estava en el mismo propósito de eomplir eon su Alteza.» Dixome: «¿pues porqué no me embió eon vos el despaeho de Velez?» Dixele: «asentandose la amistad y eonfederaeion eonforme á lo que Vuestra Alteza embió deeir eonmigo al Rey, luego se dará.» Dixome: «que el no me dixo que se asentaria tal eseritura, que bastaba el amor y el debdo que avia entre él y Vuestra Alteza, sin mas obligaeion, y que le pesava porque Vuestra Alteza deseonfiaba del.» Díxele: «que su Alteza debia de olgar de ello, que entre los Prineipes, aun entre Padres é fijos, se suelen asentar eonfederaeiones para mejor eonfirmaeion de su amor y amistad, y que las palabras que

su Alteza me dixo para Vuestra Alteza, heran tan sustanciales, que se entienden para todo, aunque no me dilatase señaladamente para asentallo por escritura.» Díxome: «¿que vos dixe yo que le dixiésedes?» Respondille: «dixóme Vuestra Alteza en lo de Arzilla esto y esto, en lo de Velez esto y esto, en lo de la nueva ley esto y esto, en que le reconté lo que avia dicho por menudo.» Respondiome: «es verdad que os dixe todo esto; pero lo mio no se debe dar por eondiciones, sino entregármelo y despues Yo haré lo que deviere, que no es mi honra hazello de esa manera.» Dixele: «que esto no se hacia con eondieiones, sino conforme á lo que su Alteza le embió á dezir conmigo, y que por el amor que le tenia Vuestra Altcza avia buseado medio de le dar el despacho del Peñon daquella manera, sin hablar en lo del Cabo de Aguer, y sin los grandes gastos que se habian hecho en tomallo; pero que si su Alteza recibia tanta pena el tomar el Despacho daquella manera, que se le daria antes de las vistas, haciendose juntamente la confederaeion.» Dixome: «que como no le traia ningun recabdo de lo del Cabo de Aguer, que embió á dezir á V. A. conmigo.» Dixele: «que V. A. abia otorgado todo lo que le embió á dezir conmigo la primera vez con tanto amor y voluntad como avia ya dicho á su Alteza y agora como fuy con otra negociacion tan mudada y sin respuesta del primer recabdo que truxe, cierto que V. A. se habia maravillado dello y que estava en el mesmo propósito de complir lo que conmigo embió á dezir y con lo del Cabo de Aguer no sabia V. A. que cosa hera aquello, y que siempre avia de folgar V. A. de azer lo que podiese S. A. y por sus cosas de muy buena voluntad.» Respondiome: «que en heeho esto, que iva nada á V. A., que antes hiziera en ello mueho servicio á Dios por evitar guerras y detorsiones de entre estos reynos, y que lo de Velez adelante que dexava por esto, venia muy bien para Castilla por estar en su frontera; que no podia pensar porque V. A. no queria hazer esto por él.» Díxele: «que mirase Su Alteza el cargo que tenia V. A. de esos reynos y quanta cuenta habia de dar dellos á Dios y al mundo y que tomase agora Velez de la manera que havia pedido en el principio, que no avia de toear ni ablar Vuestra Alteza en su tiempo, sino ayudar y favorecer a su Alteza con mucha voluntad y tambien que adelante se ofreeeria tales eosas entre Vuestra Alteza y el aviendo tan estreeha amistad para hazer á V. A. todo lo posible sin que le heehase Cargo.» Dixome: «¿que seguridad me dais vos para esto, pues no lo quiere hazer agora que hay tanta razon?» Díxele: «Que sabia que segun el amor que le tenia Vuestra Alteza, que siempre havia de olgar de hazer por su Alteza todo lo posible.» Dixome: «Se hará otro dia otra Fortaleza en mi eonquista y decirme há despues, que le entregue primero el Cabo de Aguer como lo dize agora por Velez.» Dixele: «bien seguro está V. A. de eso, que no lo hará; que aun lo de Velez no lo fizo, si no por pura necesidad, como es notorio y V. A. lo sabe bien y si quisiere V. A., puede resalvar esta dubda en la Capitulacion que se ficiere.» Dixome: «aun esos Capítulos que me dixisteis mas eumplen á su persona, que no á Castilla.» Díxele: «que si complian á Vuestra Alteza, que complian á Castilla; porqué Castilla no tenia otro bien sinó á Vuestra Altcza; que elaro estava, que si no viniera Vuestra Alteza estoviera agora Castilla robada y abrasada de Tiranos y que la inteneion de Vuestra Alteza no hera que Su Alteza no hiziese nada por Vuestra Alteza como no deviese, ni contra su honra, sino muy justificadamente: que V. A. tenia la Governacion destos Reynos de Castilla por su fija en su vida della y despues por el Príneipe, hasta que fuese de hedad de veinte años y jurado por el Reyno y por

el testamento de la Reyna que pudo dexar mandado como Señora natural, hasta que su sucesor fuese de hedad natural para recibir la Gobernacion de estos reynos; y mas que todo tenia confirmado el Santo Padre, y demás désto que no habia otro mas propincuo de la Casa Real de Castilla para esta Governacion que V. A.; demas de aver mucha razon, que no dexase perescer lo que el tiempo de su reynado vivia acrecentado y conservado en la Corona real de Castilla con tanto trabajo. Y que si en esto tenia alguna dubda, que se le daria toda la justificacion que quisiere.» Y sobre esto estuvo un poco pensando é dixome: «bien está, é veremos en ello.» Y quando me dixo esto estaba ya el Rey desnudo para se acostar y asi me fuí en aquella noche.

Otro dia siguiente, dia de Nuestra Señora, ocho del presente; despues de comer ablé á la reyna y le di cuenta de esta negociacion, particularmente desde el principio hasta aquella ora. Su Alteza olgó muy extrañamente porqué tiene gran deseo de ver á Vuestra Alteza, y en ver que de parte de Vuestra Alteza se complia todo lo de acá requerido y tomó mucho cargo de hacer con el Rey que no oviese mudanza en ello. Dixele: «que estoviese sobreaviso, que el metia á muchos en este Consejo que le estorvavan esto, y que lo que avia de procurar Su Alteza hera sacar el negocio de manos de ellos.»

El dicho dia de Nuestra Señora tarde, tuvo el Rey largo Consejo sobre esto, donde le mudaron su propósito, segun paresció despues y á la noche cuando se retruxo con la Reyna, le empezó á ablar en el negocio, allole desviado de todo punto, que no aprovechó quanto le dixo. Y los que ha metido en este Consejo son al Duque don Jorge, el Obispo de la Guarda, el de Ébora, Calzadilla, Obispo de Viseo; el Barón de Abito, D. Nuño, Camarero Mayor; D. Antonio, Escribano de poridad; el Duque de Pezuela, Antonio Carnero, D. Juan de Sosa: D. Martino no está aqui, que quedó en Tabilla. Y entre estos hay de estos, los unos de poco saber y poca experiencia; los otros de pesalles de tan buena obra, que mas querrian ver al Rey en necesidad y en cuidados.

Otro dia siguiente, sábado nueve del presente, el Rey se fué á caza y en la tarde Antonio Carnero fué á demostralle la capitulacion para dalle á entender que el Rey tenia justicia en lo de Velez y que no podia excusar de no dalle por lo del Cabo de Aguer.

El Rey vino de caza cuando queria anochecer y encontrose con Antonio Carnero y conmigo y mandó á Antonio Carnero que leyese la capitulacion, porque viese yo cuan clara jnstizia tenia.

Dixele, «que aquello era cosa de Letrados, que no me mandase Su Alteza entender en ello, que yo me remitia á lo que le dixe de parte de Vuestra Alteza por la instruycion.» Todavia mandóla leer y despues dixome: «porqué veais que tengo justicia, la Capitulacion reza que en lo que está por determinar, Castilla no puede hazer ni tocar fortaleza hasta que se determine, y Portugal sí; y despues, si se allare que pertenece á Castilla, que Portugal torne lo que toviere tomado pagandole las costas y en tanto no; y por tanto el Rey no tiene justicia para detenerme Velez, mientras que estoviese por determinar lo del Cabo Aguer.» Y entonces mandó salir á Antonio Carnero y quedamos solos la puerta cerrada. Dixome estas palabras:

«Ochoa, Yo tengo bien visto este negocio y tengo mucha razon en estar quexoso del Rey mi Padre en no me dar lo mio con escusas, no legítimas, sabiendo él que es

mio y detenerme allá mi mensajero tanto tiempo. Yo siempre fuí su amigo y acudí á sus eosas como verdadero fijo y asi lo faré siempre que se ofreciere. Pero yo no he de fazer asentamiento con él con condiciones, porque me dé lo mio; que parescemc á mi, que mejor fuera que me enviara con vos el Despaeho sin condiciones, y despues entender en eso. Otro si, que vos os podeis ir euando quisiéredes, pues no hay mas quc hazcr en esto. Yo vos daré el despacho mañana para cl Rey mi Padrc.» Respondile: «yo tengo dicho á Vuestra Alteza largamente la voluntad del Rey y eon euanto amor buseó manera contra el boto de todos, para poder entregar á Vuestra Alteza á Velcz tan liberalmente y de hazer lo otro como Vuestra Alteza le embio dezir eonmigo. Y tambien tengo dicho á Vucstra Alteza que por lo que Vuestra Alteza embió dezir conmigo al Rey, sc dilató la respuesta de Cristobal Corrco, que al tiempo que yo fuí la primera vez, estaban los del Consejo para respondelle, y pues cl Rey acudió á Vuestra Alteza con todo lo que le embió dezir é pedir conmigo, y está con propósito de eonplirlo así; creo yo, Señor, que más razon terná el Rey de quexarse de Vuestra Alteza; pues Vuestra Alteza no tiene voluntad de asentar lo que le embió á dezir de palabra, y si alguno viese esta negociaeion, verá claramente que el Rey cumplió con Vuestra Alteza.» Díxome: «no cumple, sino con condiciones, y por darme lo mio no tengo de hazer obligacion, ni paresceria bien á ninguno.» Díxele: «no pide el Rey que haga Vuestra Alteza esto por Velez, sino por lo que Vucstra Alteza lc envió decir que se tomase entre Vuestra Alteza y Él; nueva ley, ete. Y si lo que está en la instruycion parece á Vuestra Alteza recio, mándelo ordenar á su voluntad eonforme á las palabras que embió dezir eonmigo, que para todo aquello y para más se extienden tales palabras.» Díxome: «lo quc yo dixe siempre lo faré, pero no he de asentar eso, con condiciones por lo mio.» Díxele: «pues Vuestra Alteza determina en eso, será excusado darme el Despaeho para eso otro que dize; porquc no paresceria bien llevar otro recabdo en contra de lo que tan pocos dias ha que le llcvé de parte de Vuestra Alteza, sino dexallo en el mismo scr que lo tomé, al tiempo quc Vucstra Alteza me mctió en esta negociacion. Y escribirse al Rey quc siga su camino con la bendicion de Dios.

Aeabada esta razon, el Rey estovo un poco pensativo y soltome estas palabras: «Verdaderamente á mí me pesa mueho que nadie scpa que entre el Rey mi padre y Mi hay difercncia, porque á la ora que supieren csto, ha de haber malos tercoros, que no faltará quien le diga mal de mí y tambien á mí de Él, por atizar la diferencia entre Nos; que hay muchos que olgarian de ello. Y haciéndose lo del Cabo dc Aguer, como con vos le envié decir la segunda vez, quedará todo atajado, pues aquel trato que venia tambien á cntrambos los Reynos.» Díxele: «cierto es que por malos terceros vienen muchos males, como veo por cxperiencia, que desvían á V. A. al presente de una obra tan buena como esta que ticne agora cntre manos; y aunque Vuestra Alteza me tenga por criado y servidor de casa, no dexaré de dezir á Vuestra Alteza que mire bien esta negociacion, que es de mucho peso é importancia; que á las veees no se eonoeen las cosas hasta perdellas. Que lo de Velez no es nada en eomparacion de otros bienes que sueederán entre el Rey y Vuestra Alteza de esta Union, y poner en ello personas de conciencia que miren bien el servicio de Vuestra Alteza; porque hay muchos que socolor de servidorcs querrian ver á Vuestra Alteza en necesidad. Que si yo llevase agora esta respuesta parescíale ya que Vuestra Alteza no huelga de su amistad, ni de tener en voluntad de hazer lo que le cmbió dezir tan

pocos dias há, y si Vuestra Alteza soltare así este negocio, podrá ser que algun dia se acuerde destas mis palabras.» Respondióme: «lo tengo bien mirado, y no puede ser más extraña cosa que tenerme lo mio, estando tan clara la capitulacion en mi favor.» Díxele: «aun en eso favorece mucho á V. A. el Rey.»

Díxome, como *(sic.)*

Díxele: «Vuestra Alteza se quiere defender por ese punto y el Rey abre camino para hacello, sin hablar de lo del Cabo de Aguer, y Vuestra Alteza dize que no quiere así, y queriendo saber lo cierto, no será tan oculto que no se sepan los límites de un Reyno tan grande y declarado á cual es: por la mesma capitulacion condena á Vuestra Alteza que vuelva á Castilla las fortalezas que tiene hechas fuera del reyno de Fez, en lo que pertenece á Castilla. Así que no solamente cumple á Vuestra Alteza mirar lo del presente, más lo porvenir. Y de la manera que quiere hazer el Rey queda como estaba primero y con la confederacion de Vuestra Alteza se ofrecerán tales cosas adelante, que se hará todo como Vuestra Alteza quisiere, que las cosas de tanta sustancia no se suelen facer juntamente.»

El Rey oyó todo esto y respondiome estas palabras: «Pues idos agora, que yo veré mas en so, daquí á mañana.» De manera que lo que hice en esta plática fué mudarle de lo que tenia determinado en su Consejo.

Despues de sallido dalli, fuy á la Reina y díle cuenta de todo lo que habia dicho y como el Rey querria pensar mas en el negocio. Olgó mucho Su Alteza dello, porque la noche antes pasó muchas cosas con el Rey sobre ello y se determinó lo que me habia de responder. Y porque yo sentí que el Rey relatava este negocio, no haciendo mencion de lo que embió dezir conmigo, si no diciendo que Vuestra Alteza le pidió confederacion secreta; Dixe á la Reyna que procurase que encomendase el Rey esto negocio á alguno que comunicaremos él é yo, por su órden, para dar asiento en ella y el Rey nunca acudió en ello.

Antes otro dia Domingo, diez del presente, tovo Consejo con los mismos de antes, donde tornaron á desconcertar el negocio otra vez.

Lúnes once de presente, tarde, me envió á llamar el Rey y quando fuy me mandó esperar y no me habló nada en aquella noche. Y otro dia Martes, doze del presente, me envió á llamar y me dixo: «que habia tomado á ver el negocio muy bien y que hallava que le tenia Vuestra Alteza Velez contra justicia y tambien que no le habia traido ningun recabdo sobre lo del Cabo de Aguer que embio decir conmigo desde Veja: que no abia mas que ablar en esto.» Respondile: «que de parte de Vuestra Alteza no quedaba nada por complir; que por todas viás complia con Su Alteza.» Díxome: «que si Castilla dixere que Olivencia hera suya, si pareceria bien poner en manos de Jueces.» Dixele: «que no era el caso igual; que pues Su Alteza determinaba en aquello, yo dexaba este negocio en el mismo ser que avia tomado.» Dixome: «que escribiria á Vuestra Alteza sobre ello.» Dixele: «pues que no avia Su Alteza por bien, lo que estaba concertado; que no hera necesario, si no que yo escribiria á Vuestra Alteza que siguiese su camino.» Y de esto ovo algun sentimiento que se puso mustio. Asi que esta es la conclusion que ha avido este negocio, y porque podrá ser que adelante sea necesario todo esto, Yo escribo aqui á Vuestra Alteza particularmente; asi lo que el Rey embió dezir conmigo la primera vez, y las demandas y respuestas que he pasado con él despues. Y cuando se ofreciere caso, podrá sobre ello Vuestra Alteza, Alegar las palabras que hallare en estas cartas y dándome por autor, si fue-

re menester; que todo quanto escribo aquí, es verdad. De Ébora trece de Diziembre de mil quinientos é ocho años.—Ochoa de Ysasaga.

Carta de Ochoa de Ysasaga. (Núm. 45.)

Yo recibi las letras susodichas en el segundo dia de Pascua de mañana é dixe al Rey é á la Reyna lo susodicho. Y estando para concluir la capitulacion que abía de hacer para entramas partes, echaron fama que la Reina de Castilla era muerta en Arcos y otras cosas para estorvar la dicha negociacion.

Y el Señor Rey de Portugal concibió aquello, creyendolo que le dirian la verdad y mudose de lo que con tanta determinacion avia conzertado y asentado por medio de la Reyna, despues que en lo mio se desconzertó; y llegó á fin dilatar que se despachase de una vez la Escritura de troque que despues se entendió en lo otro porqué sé ficiese todo juntamente, dirian que la amistad se fazia por el troque y no por amor.

Y el Rey truxo en la mano ordenada la Provision del troque para que la enviase yo al Rey Nuestro Señor y se despachase antes que entendiesen en la Capitulacion. Y el tenor de la Provision es lo siguiente:

(Sigue la Instruccion.)...

Quando el Sr. Rey de Portugal me mandó que tomase esta Escritura susodicha y que la embiase al Rey Nuestro Señor para que la firmase, no la quise tomar sin la confederacion; y el dicho Rey de Portugal se excusaba, como arriba dixe, que se despachase esto una vez; que despues se haria la confederacion, y aunque no se ficiese, que bastaba el debdo que avia entre él, y el Rey su Padre por estar el casado con su fija, sin facerse otra confederacion: Yo no la quise tomar en ninguna manera, sin que se despachase todo juntamente, conforme a lo que estaba asentado. Sobre que, pasé con el Rey muchas demandas y respuestas en presencia de la Reyna, y despues de ido el Rey, me llamó la Reyna y me dixo: que embiase luego aqui el troque y los capítulos que el Rey su padre los enmendaria. Y asi por esto, como por los estorvos que se recibieron, recibí de la Reyna las dichas Escrituras y las cubié á su Padre y el memorial de los dichos capítulos quedó en poder del Sr. Secretario Almazan. Pero la sustancia de ellos es lo siguiente:

Que el Rey de Portugal ayudaria al Rey Nuestro Señor con todas sus fuerzas para Governacion destos Reynos de Castilla y de Leon en tanto que Su Alteza tubiese la dicha gobernacion lícita y derechamente y que no daria paso ni favor por sus reynos á los que le quisieren ofender.

Item pidia que se abriesen los Puertos de Reyno á Reyuo, para meter oro, plata y cavallos y mantenimientos y armas y pólvora.

Item que el Rey su Padre se obligase de le ayudar para la defension de las Indias y lugares de allende. Y esto pagando las costas que se ficiesen de una parte á la otra.

Yo embie este despacho con el correo al Rey Nuestro Señor que estaba detenido en Cáceres. Y Su Alteza me respondió luego iucontinenti con el dicho correo la carta siguiente para que la dixese al Sr. Rey de Portugal con otra que traxo Miguel Perez de Almazan Secretario de Su Alteza.

APÉNDICE NÚM. 2.°

(Pág. 85.)

CARTA DE PEDRO NAVARRO AL REY CATÓLICO.

Arcila 5 de Noviembre de 1509.—Muy alto é muy poderoso príncipe Rey é Señor: Por las otras mias dí aviso á V. A. R. de nuestra llegada á esta ciudad é de como yo sallí en tierra y como los moros dejaron el lugar y se partieron fuyendo de noche. Asi mésmo como nos apoderamos del lugar é como lo reparamos para defendelle de presente. Asimesmo nos estamos agora que no se ha incoado cosa, salvo que alguna vez vienen los Moros á correr gente á caballo; no hacen cosa ninguna mas de correr el campo. Esto ya está de manera que si V. A. R. es servido, nosotros podemos ir á nuestra labor. Muy humildemente suplico á V. A. nos mande lo que en su Real servicio habemos de hazer. Nosotros estamos aqui, las cuatro banderas de las ordenanzas de V. A., las tres que vinieron agora y la de Johanes que estaba en Motril: no tenemos vituallas. Las naves y la otra gente envié, porque no pereciesen aqui de hambre. Las galeras envié, porque no se perdiesen aqui; que no es lugar para ellas. Nosotros esperamos lo que V. A. nos enviará á mandar. El presente portador Benavente llegó aquí del Cardenal: envíole porque V. A. le oiga. Tambien dirá á V. A. mas por menudo como acá estamos. Cuya vida y Real estado nuestro Señor Dios conserve á su santo servicio de Arcila á 5 de Noviembre D. V. R. A. muy fiel vasallo que sus Reales pies besa:—Pedro Navarro.

APÉNDICE NÚM. 3.°

(Pág. 87.)

AÑO 1508.—CONQUISTA DE ORÁN.—MEMORIAL DE LO QUE PIDE EL CONDE PEDRO NAVARRO.

Lo que Vtra. Reverendisima Señoria nos deve mandar dar para esta jornada que V. S. nos manda reeébir es lo siguiente:

Que porque en alguna manera muehos piensan que Vtra Reverendisima Señoria no quiere pasar allende y que otro dia nos mande despedir, lo qual seria perdernos por la mueha costa que se reeaeee; que V. R. S. nos mande haeer eiertos por dos años continuos.

Que V. R. S. nos mande soeorrer eon dos meses adelantados luego, para remediar algunas eosas para el eamino; porqué aunque lo principal ques armas y eavallos tengamos, faltan algunas eosas manuales que son neeesarias para servieio de V. R. S. y si Vtra Reverendisima quiere ser eierto, que Dios adelante serviremos todo este tiempo; dará eada uno las fianzas que razón fuere.

Que V. R. S. nos mande señalar los mrs que nos mandará pagar, al tiempo de entrar en la mar.

Que V. R. S. nos mande pagar de dos en dos meses, é que de esto no falte.

(*Copia que se encuentra en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*)

APÉNDICE NÚM. 4.°

(Pág. 92.)

CONQUISTA DE ORÁN.

Los fragmentos del siguiente romance ó *dezir*, hállanse en cuatro hojas ó cuartillas que sirven de resguardo á las primeras y últimas de un libro impreso en Lyon por Juan de Vingle en 1509, es decir, en el mismo año de la conquista de Orán. Dos hojas están pegadas á las cubiertas, de modo que no se puede leer sino una cara.

Se presume que la composición es de alguno de los Clérigos que acompañaron á Cisneros á la conquista, y fué impresa en Alcalá por el año 1512, por ser los tipos de la misma clase que los empleados en una traducción de las cartas de Sta. Catalina, de Sena, hecha por mandado del Cardenal Ximenez de Cisneros é impresa en Alcalá por Arnal de Brocar en el citado año.

La llave de una puerta de Orán que se cita existe (ó al menos existía en 1863) en nuestra Señora del Prado de Talavera, donde la consagraron por trofeo los soldados de la misma villa que ganaron la puerta.

Estas noticias, como la copia del romance, se deben al erudito D. Angel de los Rios vecino de Proaño. ¡Lástima que haya creido indispensable, para la debida inteligencia, corregir la ortografía!

(Plana 6.ª pegada al forro último.)

El muy glorioso Santiago
Bien dió á Mahoma su pago.

Aquel loco descreido
Mahoma, que no escarmienta
Juntó morisma sin cuenta,
Por vencer, do fuó vencido,
Preso, muerto, destruido
Por su pago,
Del Apóstol Santiago.

Compara el autor á Mahoma á los que tienen mal pleito y lo meten á barato.

Como le falta razón,
Quiere espantarnos con gente:
Luego se pone presente
Por Patrón, nuestro Patrón
Con invencible pendón
Ilendo estrago
Dando á Mahoma su pago.

Como este glorioso Patrón Santiago ha guarecido á España de esta gente descreida.

Este nuestro Patrón tiene
Nuestra España en encomienda
Que la ampare y la defienda
De cualquier mal que le viene
Cuyo título sostiene
Maestrago
Del Apóstol Santiago.

Todos los Apóstoles fueron por el mundo esparcidos: á este glorioso, cupo España.

Tiene cuidado de España
Porqué le cupo y es suya,
A Mahoma porqué huya
Los Españoles ensaña
Que fé .... aña
Con ....
Con favor de Santiago.

El que es malo, su oficio es mal hacer.

Mas nunca cesa el malino
Hacer mal por tierra y mar,
Jamás sabe descansar
Dentro y fuera de camino
Captivando ¡el mal vecino!
Para estrago,
Lo cual vengó Santiago.

Prosigue el autor.

Como no le resistie
Ningun Español la costa,
Cada dia se regosta
Haciendo el mal que pudie,
Dos mill blasfemias hacie
Para estrago
Del mesmo, por Santiago.

Como los Caballeros de España cuasi dormidos, Su Señoria del Cardenal, con celo de ensalzar la Fé, acuerda darles la batalla.

No se doliendo el cristiano
Como la razón debia,
Llama á la Virgen Maria
Su perlado Toledano
Aparejase al verano
Por dar pago
A Mahoma con su estrago.

....
....
.... 1

(Plana 2.ª en la primera hoja suelta.)

Oyendo tal nombradia
Que á tal Patrón invocaban
Los de allende desmayaban
Ver morir tal moreria
Y dicien: Este es el dia
De 2 aciago
Pues nos hacen tal estrago.

El auctor vuelve la habla al glorioso Apóstol.

¡Oh, nombre que tanto vales,
Esperimentado en guerras
De moros que los atierras
Causadores de mil males!
Vences batallas campales
Con estrago
Glorioso Santiago.

Muestra la excelencia de este nombre y eficacia.

Cuando se nombra este nombre
Tiene tal virtud y fuerza
Que á los cristianos esfuerza
Y no hay moro que no asombre;
Luego todo fiel hombre
Para estrago
Diga y llame ¡Santiago!

Muestra la excelencia en el vencer y facilidad.

Tal estrago se hacie
Dentro en la cibdad y fuera,
Que cualquier cristiano era
Señor del que le huíe:
O le prendíe o hacíe
D' él, estrago
Invocando a Santiago.

Loa el Auctor los de Talavera; porque de verdad se esmeraron.

De los que bien se esmeraron
Y subieron la muralla,
De Talavera se halla
Que la puerta les ganaron
Diciendo: (el pendon alzaron)
¡Santiago!
¡Santiago! ¡Santiago!

Como se llama aquella puerta la puerta de Talavera.

A la puerta se le dió
Nombre do la gente era;
Con tal haber, Talavera
Muy grand honra recibió,
Cuya gente esclareció,
Hendo estrago,
Con favor de Santiago.

Prosigue.

Tiene de fama memoria
Talavera allende el mar
Tiene puerta para entrar
De 1 esta loable victoria,

1 Parece que aquí falta una gran parte de la composición.
2 Quizá; día aciago.

1 De, por desde.

Victoria llena de gloria
Del [1] estrago
Que les hizo Santiago.

Esta es una muy devota hermita de Nuestra Señora junto con Talavera, donde está la llave de aquella puerta.

En la Señora del Prado
Tenemos de aquel despojo
La llave de aquel berrojo (*sic*)
De la puerta que han gauado
Cou esfuerzo denodado,
(Plana 3.ª en la misma hoja vuelta.)
Hendo estrago
Con favor de Santiago.

Como luego que entraron, pusieron las cruces por los adarves.

Ya en las torres relumbraban
Las cruces de los peudones
Los esforzados varones
De dentro y fuera sonaban
Y dicen (y no cansaban)
¡Santiago!
¡Santiago! ¡Santiago!

De como huyen los moros.

Viérades moros huir,
En su alcance los cristianos
Por sierras, cuestas y llanos
Por se escapar y guarir;
Por vivir y no morir
Eu estrago
Que les hacia Santiago.

Este era de Jaen.

Tras ellos un caballero
Muy esforzado andaluz
En sus manos una cruz
Se adelantó delantero:
Cou el pendón verdadero
Hacia estrago
Con favor de Santiago.

Vuelve el auctor la habla á la Cruz.

¡Oh Cruz! peudon invencible
Seña de nuestra salud
Que tienes tanta virtud
Que decillo es imposible:
A los moros empecible,
Para estrago
Bandera de Santiago.

El auctor ruega á la Cruz sea favorable al Cardenal, pues la trae por seña.

Pues te trae por estandarte
Nuestro buen superior,
Tu favor, le dó favor,
Por el todo en cualquier parte:
Que de sí misma te aparte
Para estrago,
Con tu Alferez Santiago.

Prosigue.

Por el que en tí padeció
Por nuestra salud en Viernes
Tu le guardes y gobiernes
Pues viernes Orán se dió;
Las lágrimas que vertió
Cou buen pago,
Las cogió por Santiago.

Muestra la vanidad de los Moros.

El viernes que ellos guardabau
No guardaron su Cibdad
Entroles la cristiandad
Robando lo que hallaban
Y con gozo apellidaban
¡Santiago!
Tú, Señor, les dá su pago.

Como Dios ama a los que ayunan y aborrece á los glotones.

Nuestro Perlado ayunando
.... racion
....
....

(Aquí falta probablemente el reverso de la siguiente primera plana pegada al primer forro.)

.... dole, tu los val
.... tiago
.... en los moros estrago.

Muestra la eficacia de la oracion.

La oracion penetraba
Los cielos, tu buen Perlado
.... mi mayor cuidado
...... aquel que más peleaba
....
.... en vago
.... alférez Santiago

Prosigue.

Rogando á Nuestro Señor
..... á Virgen sin mancilla

1 *Del*, en vez de *por el*.

.... mostrase maravilla
.... mostró por su Pastor
.... do á los suyos favor
.... do estrago
.... ferez de Santiago.

Muestra el auctor cuán favorable fué Nuestra Señora.

.... abocacion abogada
.... todos los pecadores
.... sentó á Dios los clamores
.... nacien por el armada
.... ue esforzó mareada
.... á estrago
.... Mahoma por su pago
Aqui serán bien gastadas
En estas tales contiendas
Tan aceptables ofrendas
Con estrago,
Ofreced por Santiago.

Prosigue animando.

¡Crueldad en los crueles
Que no saben ser begninos
Tan pestíferos vecinos!
Fenescan los infieles:
En los traidores rebeles
Haz estrago
Glorioso Santiago.

Que si volviesen á la Fé que los recibiría la Iglesia.

Que si los moros volviesen
A la católica fé 1
La cristiandad holgarie
Mucho más, que no moriesen;
Porque las almas no hobiesen
Tal estrago
En poder de aquel gran Drago.

(Plana 5.ª en la segunda hoja vuelta.)

Cuán ciegos y enternegados son.

¡Qué escuridad y ceguera
..... ne la ciega morisma!
..... miga de si misma
..... mo aquel que desespera
..... es de Dios huye, que muera
..... r su pago
..... erpo y alma con estrago.

1 Tal vez dijese el manuscrito *fide*. Nota de D. Angel de los Ríos.

Del provecho sin medida si se vuelven cristianos, quitando el velo de la escuridad.

Si Mahoma quita el velo
..... se le dará más guerra
..... r les va el Rey, á su tierra
..... que Rey del cielo, al cielo
..... no el illustre capelo,
.... Cartago
.... vocar á Santiago.

Cuán cierta tiene la victoria.

..... á la voz que le llamare
..... victoria tiene cierta;
..... ene la puerta abierta
..... da cuando allá pasare
..... resistencia hallare
..... que estrago
..... promete Santiago.

Loa el auctor este dia que se ganó Orán.

..... ia de gozo, ¡cuán dichoso!
.... más para los captivos
.... terrados, aunque vivos,
...... Mahoma, el muy vicioso.
.... iolos el glorioso
.... Santiago
...... ndo á los moros su pago.

Prosigue deseando.

Si tuviera compañeros
Aqueste dichoso dia
¡Oh, qué gozo y alegría
para nos y venideros!
¡Oh luz de los caballeros!
¡Santiago!
No te llama nadie en vago.

Prosigue loando esta loable batalla y triunfo.

Glorioso vencimiento
Victoria muy excelente:
A mucha, bien poca gente.
En un dichoso momento
Aunque habié para uno ciento,
Les dió el pago
El Apostol Santiago.

Dice el auctor que era este dia digno que celebrase la Iglesia d'él en el admirable ochavario de la Asuncion.

¡Oh triunfo memorable
Y digno del calendario
En admirable ochavario
Para siempre perdurable

¡Oh gran misterio inefable!
Del estrago
Que les hizo Santiago.

Como Dios oye á los buenos.

.... ó el Señor los gemidos
.... s, buenos Religiosos
.... á aquellos tan dañosos
Mahometos descreidos
Donde quedaron vencidos
Con estrago
Del Apóstol Santiago.

Prosigue.

Aceptó Dios el amen
De su illustre Capitán
Que tan pronto se dió Orán
Sin partido ni rehen
ya tremen en Tremecen
El castigo
Del Apostol Santiago

Vuelve el auctor la habla al Glorioso Apostol.

¡Oh! luz y honra de España
Nuestro favor y defensa
Tu, Señor, quita el ofensa
Que se hace á Dios tamaña
A jente que tanto daña
Dale el pago
Como sueles, con estrago.

Prosigue rogando.

Estiende la Religion
Alferez de Yesuchristo;
Pues en las batallas visto
Fuiste en nuestra defension
Tu bandera, tu pendón,
Santiago;
Dá á la morisma su pago.

Prosigue en lo mismo.

Quita del suelo al soldan
Al Turco y al gran Morato;
A la morisma mal rato
Tu les dá y al negro cán.
Fenescan con su Alcorán
Con estrago
Glorioso Santiago.

Del galardon del batallar contra los ynfieles.

¡Oh! caudillo valeroso
Que á los que viven, victoria
Y á los que mueren la gloria
Por tí, de Dios poderoso.
¡Oh! Patron maravilloso,
Santiago,
Dale á Mahoma su pago.

Cuan obligados somos á este Patrón glorioso.

¡Oh! Patrón, que te debemos
Primo hermano del Señor;
De España gran defensor
Segund experiencia vemos;
Tuyos somos y seremos
Santiago
De Moros huego y estrago.

El auctor anima en general á toda la Cristiandad para contra la morisma.

Cristianos, ¿y qué hacemos
Con tal Patron y bandera?
La Cruz en la delantera
Que, cierto, les venceremos:
Con razón apellidemos,
¡Santiago!
Haz en los Moros estrago.

...... sta ..... las Hórdenes....
nados que fueron
para contra infieles constituidos.

Maestres Comendadores,
Ved bien lo que prometistes
Que el mayor voto hecistes
Ser de la Fé defensores.
Vuestra fama y loores
Sean de estrago
Que haceis por Santiago.

Prosigue.

Vuestras rentas y encomiendas
Aquí son bien empleadas
....

Prosigue loando este dia.

O victoria divinal
Por la gracia de Dios hecha,
Porque su mano derecha
Puso..... nin porná en lo al.

Es copia de cuanto se puede leer. Proaño Julio de 1863.—Angel de los Rios.—*Nota.* La ortografía se ha corregido lo indispensable para la debida inteligencia.

APÉNDICE NÚM. 5.°

(Pág. 106.)

RELACION DE LOS SUCESOS DE LAS ARMAS MARÍTIMAS DE ESPAÑA EN LOS AÑOS DE 1510 Y 1511 CON LA TOMA DE LA CIUDAD Y PUERTO DE TRÍPOL POR EL CONDE PEDRO NAVARRO, Y JORNADA DE LOS GELVES EN QUE SE PERDIERON LOS NUESTROS Y MURIÓ D. GARCÍA DE TOLEDO, HIJO DEL DUQUE DE ALBA, CON OTROS MUCHOS ACONTECIMIENTOS DE LAS VARIAS EXPEDICIONES QUE SE EMPRENDIERON CONTRA INFIELES.

.....Partídose estos Coroneles con toda su gente, el Conde quedó, y mandó apercibir toda la gente y dende á cuatro dias hizo embarcar la gente y salieron del puerto (isla de Lampadosa); parte de los Coroneles y Capitanes; y manda que luego se hagan de la rama de los chaparros que habia asaz por toda la isla, hasta quinientos cestones; los cuales hechos eran de ocho pies en ancho y más de un estado de alto, y la intencion porqué se mandaron hacer, no se supo mas de cuanto se sospechó que era para ir á la puente de los Gelves y en saltando la gente en tierra, enchirlos entonces de tierra y hacer al derredor una cava y alli hacerse fuertes; de manera que sospechando esto, al principio del mes de Febrero manda el Conde á su Mayordomo y á otros dos Coroneles que vayan en Cecilia y carguen los mas bastimentos que pudiesen y los traigan y porqué los pocos bastimentos que habian quedado quedasen, y hubiese mas para los pocos que para los muchos y se podiesen mejor sustentar, manda á los dichos Coroneles que iban á Cecilia, que cada uno se lleve su gente consigo en tres naos que llevaban, y ansimesmo les mandó, que vuelvan lo mas presto que puedan y que cuando tornasen se fuesen á los bajios de los Querquenes que alli se hallarian. Partídose estos dos Coroneles con toda su gente, el Conde quedó y mandó apercibir toda la gente y dende á cuatro dias hizo embarcar la gente y salieron del puerto á diez de Febrero con hasta 24 navios entre grandes y pequeños y tomamos derrota para la Isla de Negra feé, que puede ansi llamarse por nuestros pecados, la de los Querquenes: ya llegados, surjieron las naos de noche todas, á causa de los muchos bajios por no encallar en tierra; que si navegaran sin tentar los bajios, no fuera mucho perderse los navios, y surtos estuvimos alli aquella noche que serian mas de cuatro leguas de la Isla, y cuando amaneció no se via en tierra ninguna: en aquella sazón habia muy poco agua en las naos é manda el Conde á un Coronel llamado Diego de Valencia que vaya con su nao y gente hacia la parte de un lugar de moros que se llama los Alfaneques, á hacer agua: ansimismo invia otro Coronel llamado Samaniego á otra parte que trujiese agua, y el Conde mandó hacer vela con las naos que con el quedaban y lléganse mas adelante hacia la isla y hace ir un bergantin delante de los navios con una gindalera tentando el fondo que habia, porqué las naos no encallasen; y como llegaron á cinco brazas

de hondo, luego todos los navios surgieron que seria una legua de la isla y alli estuvimos á vista de Zuzar y Monesterio hasta cerca de ocho dias que vino el Coronel Diego de Valencia y no con mucha agua y muy salobre; de manera que á la sazon mucha fatiga pasaba la gente, y de hambre tanto, que el Conde mesmo tenia por devocion de ayunar los viernes y estando en tanta necesidad, lo quebrantó y mandó que, aunque era cuaresma, toda la gente comiese carne si la podiese haber, y ansí como el Coronel Diego de Valencia llegó, mandó embarcar toda la gente en las fustas, bergantines y barcas y otros navios de remo: poco á poco, aunque con mucha pena, á causa de estar los navios muy lejos, echaron toda la gente en la Isla.

Echada la gente en tierra, luego se ponen en ordenanza de cinco escuadrones y comienzan luego á caminar por la isla adelante y el Conde á pié en los delanteros con sus alabarderos y esta orden caminaron cuanto una legua grande, sin que pareciera moro ninguno ni ganado; porqué la intencion del Conde era solo facer agua y matar algun ganado para facer carne; porqué en aquella isla habia mucho de todo ganado; tanto que los Gelves y todos los lugares de la costa se proveen de carne de aquella isla y esto por que es muy grande y despoblada; mas de cuanto algun pan, se coje, aunque poco, y para esto tienen los moros allí algunas casas á manera de Castillos para cojer su pan; de manera que viendo el Conde que la gente habia andado gran trecho sin que se hallase ningun ganado ni agua, dá la vuelta para la marina; porqué no nos tomase la noche; que ya era algo tarde y muy desviados de la marina: en esto, un Coronel llamado Vionelo habiase apartado de la gente cuanto media legua dentro en tierra y andando mirando por una parte y por otra, topó tres pozos de agua que no debieran ser hallados.

Vuélvese muy alegre á la marina donde estaba el Conde y dícele: «Señor, yo he hallado tres pozos de agua muy buena.» El Conde viendo la gran necesidad que en las naos había, holgó mucho de oir aquellas nuevas y díjole: «¿donde están esos pozos que decís?» Dijo el: «Señor, media legua de aqui.» Entonces, porque ya era tarde, manda que toda la gente embarque, salvo el escuadron de la gente del dicho Coronel Vionelo y aquella gente manda que no se parta de alli de la marina, y porque los pozos estaban á la parte de poniente hacia una punta que se hacia en la misma isla, metese el Conde en un bergantin, y el Coronel por tierra con sus compañeros, vase por la marina adelante, hasta el derecho donde estaban los pozos, y allegados, el Conde los mira muy bien y bebe del agua y hallola muy dulce y muy buena y por ser tan tarde vuelven á la marina donde estaba la gente y llegados embárcanse todos y viene á las naos: y luego, otro dia por la mañana miércoles, que contaron 24 de Hebrero, vá el mismo Coronel que habia hallado los pozos, como aquel que no sabia lo que le había de acontecer y suplica al Conde que le deje salir con su gente en tierra para ir á limpiar los pozos para hacer aguaje. El Conde viendo tanta necesidad de agua y su importunidad, dió licencia, y dada, sale en tierra con su gente que era la mas escojida que en la armada habia y váse á los pozos; y con la gran diligencia y trabajo que puso, á hora de mediodia los tenia limpios y aderezados y hecha una cava ó albarrada que cerraba todos los tres pozos; y puestas las picas y caladas hacia fuera y mezcladas entre dos picas, una escopeta; porqué aunque los Moros viniesen no pudiesen entrar.

El Conde aquel mismo dia despues de comer, con media docena de alabarderos salta en un bergantin é vase para los pozos é como allego vió la manera y como es-

taban limpios y con mucha agua y viendolo todo de la manera que estaba algo á su contentamiento, dijo al Coronel Vionelo «¿bien apercibido estais?» Entonces dijo el Coronel: «¿pues qué le parece á V. S.? ¿quien bastaria á entrar en esta albarrada?» El Conde como quiera que muy bien le paresció; pero como hombre de guerra y que pensó lo que despues sucedió, que podria acaescer, dijo al Coronel: «ya es muy tarde, tomad la gente y vamos á embarcar.» Entonces dijo el Coronel: «suplico á V. S. que señaladamente, allende las mercedes que me ha hecho, sea esta la mayor de dejarme aqui esta noche á guardar los pozos, para que mañana traigan las botas y hagamos aquí aguaje.» El Conde dijo: «no me paresce á mí ansí, sino, pues teneis tanta gana de quedar en tierra, os vais á la marina donde desembarcamos y allí os esteis esta noche con vuestra gente.» El Coronel le tornó á replicar con mucha soberbia, de lo cual Dios no se paga: «¡Oh Señor! ¿quien basta á echarme de aqui, aunque se junten cuantos moros hay en Berbería?» El Conde viendo el gran deseo é importunidad dijo: «ahora, pues ansí quereis, quedaros con Dios,» y vase y embárcase, y el Coronel se quedó con toda su gente muy alegre y sin ningun pensamiento de lo que despues la fortuna, aun no contenta con lo pasado, rodeó.

Estando limpiando este Coronel los pozos, había mandado á un Alferez que hiciese cierta cosa que pertenescía á los mismos reparos, y porque el Alferez tan presto no hizo aquello que el Coronel le mandó, como él quisiera; arremete con él, como un perro, é con mucho vituperio de su lengua, le pelaba las barbas, dándole de puñadas y golpes. El Alferez viéndose afrentado de tal manera, y tan públicamente, calla y disimula lo mejor que pudo, y en anocheciendo, vase donde estaban los moros que estaban casi al cabo de toda la isla y diceles: «que el se vá con intencion de se tornar moro» y ansimesmo dice: «que si quieren tomar su consejo, les dará industria como ninguno de los cristianos que estaban en la isla, escape ni quede con vida.» Los moros, como quiera que ya sabian que había gente en la isla, holgaron de oir aquello, é informados de la manera que la gente quedaba, concertaron quel mismo cristiano iria con ellos despues de media noche; y como el cristiano supiese donde habian quedado los centinelas ó escuchas, vase con los moros é mátalas: estas centinelas ó escuchas, es uso de ponellas en semejantes casos de guerra de tal manera que siempre estén apartados de la otra gente cuanto un tiro de ballesta, por donde piensan ó sienten que pueda pasar gente, ansi como en las sendas ó caminos y estos que están por escuchas ó centinelas están tan secretos, que aunque pase por el camino alguno no la verá y la escucha ha de ver á los que pasan; de manera que llegados los moros y muertos los escuchas, vanse para los pozos donde estaba la otra gente, y como los que estaban en los pozos estaban descuidados dormiendo, pensando que si moros viniesen las centinelas habían de ir con el rebato; mas de tal manera estaban dormiendo á causa de estar muy cansados de lo que habian trabajado en limpiar los pozos y hacer reparos, que no los sintieron llegar: llegados los moros á los pozos donde estaba la gente dormiendo; y al cuarto del alba entran dentro del círculo sin que ninguno de los Cristianos los sintiese ni estuviese despierto, de lo cual, no obstante que las centinelas tuviesen puestos, pero el Coronel y los que allí estuvieron no se pueden excusar de culpa; porque ansí mesmo habian de tener sus velas, como se suele hacer. Y como los Moros eran muchos, comienzan á matar en los cristianos, de tal manera, que en poco tiempo les cortaron las cabezas á todos sin dejar más de dos que tomaron a vida y el uno de estos inviaron al Rey de Tú-

nez y el otro al xeque de los Gelves, y otro quedó eon eineo ó seis heridas debajo de los muertos: y eomo quiera que las naos estaban de allí muy lejos, nunea eosa se sintió ni oyó; mas de euanto á prima noehe el Coronel habia enviado veinte hombres desde los pozos á las naos para que trajesen bastimentos, para que el Coronel y la gente eomieran: y eomo desde los pozos á la marina habia gran rato y desde la marina á las naos ansí mesmo, tardáronse tanto, que euando volvieron eon las vituallas oyeron el alarido y algazara que los Moros traian matando á los Cristianos y eomo hubieron eonoseimiento que eran Moros, vuélvense y aunque quisieron haeer rebato, ninguna eosa aproveehaba, por ser de noehe y estar las naos tan lejos de allí eomo estaban; mas los Moros que ya habian heeho el earnaje, eomo quiera que de su natural sea dar gritos y haeer grandes algazaras; andando ansí en sus plaeeres, ponen fuego y sueltan las eseopetas que estaban todas armadas y apereibidas, é eomo ya era eerea del alba y el eonde, aunque estaba en los naos, tenía mueho pensamiento de la gente, y á esta sazon no dormia, y eomo oyó las eseopetas que habían soltado, tomó algun reeelo de ver que á tal hora disparaban, y eomo quiera que ansí en la mar eomo en la tierra jamás nunea nadie le vió desnudo, sino en ealzas y jubon, salta de la eama y manda que luego á la hora, toda la gente desembarque y salte en tierra; y eomo lo más de la gente estaba ansí eomo habian venido en sus bergantines y fustas, eon pensamiento que á la mañana habian de ir á los pozos eon las botas á haeer agua; luego que el Conde mandó aquello, saltan en tierra, aunque no fué tan presto que euando la gente acabó de saltar no era de dia, é eomo los Moros que aun á la sazon estaban eorriendo y esearamuzando eerea de los mismos pozos viesen saltar los Cristianos en tierra, eon la osadia que les ponia la vietoria que habian habido, se vienen haeia la marina esearamuzando los unos eon los otros: entonees el Conde mandó al Coronel Diego de Valeneia que eoneierte la gente en seis eseuadrones y que arremeta dereeho y den en los Moros; y eomo el Conde toviese gran reeelo de la gente que habia quedado en los pozos por haber oido soltar las eseopetas, se mete en un bergantin y se va eosta á eosta al lugar donde habia desembareado el dia antes para ir á los pozos, porque allí se podia ver desde la marina, y llegando, comienza á mirar desde el bergantin de una parte y otra de los pozos y ni oia ni veia ningun Cristiano, y no eonfiándose en esto, mandó á un marinero de los del bergantin que suba en el mástil y mire bien haeia la parte de los pozos, é eomo subiese eon mueha diligeneia y no viese nada, el Conde pensando lo que era, da vuelta para la gente la eual ya estaba para arremeter á los Moros; y aunque los Moros de á eaballo estaban salvos, los peones libraban muy mal; se ponen todos en huida, y eomo el eristiano que es dieho que eseapó muy mal herido debajo de los muertos, sintió que los Moros estaban algo desviados, sálese paso y muy eojo de las heridas que traia, eehándose y levantándose viene haeia la marina donde estaba la gente, y eomo viesen ansí venir de lejos, estaban en difereneia si era moro ó eristiano y en este letigio, hasta que algo se aeereó; que fué entonees el Coronel ya dieho, Diego de Valeneia, eon algunos eompañeros y le preguntaron que eomo venia ansí, y él le dijo lo que habia aeaeseido y ansí se vienen eon el herido donde estaba la gente y allí el mismo Coronel llama á un Fraile de San Franeiseo que el Conde traia eonsigo llamado Fray Hernando y seeretamente le euenta lo que aquel herido deeia. En esta sazon el Conde era llegado donde la gente estaba y el Fraile va para él y le haee relaeion de lo que pasaba. El Conde por mejor informarse,

llama al herido y apártale y pregúntale de que manera ó á que hora había acaescido tan gran desdicha é informado con mucha tristeza, el Conde se va hacia la marina donde está la gente y manda que luego se embarquen sin decir cosa ninguna de lo que habia acaescido; aunque no habia menester de lo decir, pues todos conoscian lo que era, pues á todos mandaba embarcar sin los que en la isla quedaban.

Otro dia por la mañana, el Conde mandó á un Coronel, llamado D. Diego Pacheco, que salga en tierra con media docena de compañeros, y puestas sus atalayas, vaya y vea tan gran desastre de muertos, que serian más de cuatrocientos y cincuenta; el cual ido, los halló todos muertos y se volvió, y el Conde quisiera salir mucho de aquellos bajíos con todas sus naos y hacerse á la vela.

(*Códice de Misceláneas* ij V. 4 de la Bibliot. alta del Escorial.)

APÉNDICE NÚM. 6.°

(Pág. 117.)

PRIVILEGIO EN FAVOR DE GARCÍA FERNÁNDEZ DE LA PLAZA.

Por virtud de lo que se manda en el Decreto inmediato (se refiere al recaido á la peticion de D. José María de Merás para que se libre testimonio del privilegio) Yo el Scrivano de este Concejo publico por S. M. (Dios le guarde), pasé al lugar de la Vega, Parroquia de Paredes de él y casa habitacion de D. José Maria de Merás, quien estando en ella, me puso de manifiesto el Real privilegio de que se hace mérito, el cual se halla en un Pergamino de cosa de tres cuartas de ancho y algo mas de largo, en cuyo centro tiene un escudo de armas, el cual figura, en campo encarnado, la cavcza de un Turco ó Moro con un letrero en lo alto que dice *Barbarroja*, y en la circunferencia en campo azul, cinco cavezas de Moros y las letras y Corona del que está en el centro se haya dorada, aunque maltratada por el trascurso del tiempo, y por encima, debajo y a los lados, se haya escrito dicho privilegio que copiado a la letra es del tenor que sigue al pie de esta diligencia que firmo yo, de ello doy fé.=Menendez=Real Privilegio.—Doña Juana, D. Carlos su hijo por la gracia de Dios Reyna, y Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de Navarra, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Zerdeña, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar y de las Islas Canarias, y de las Indias, Islas, tierra firme del Oceano; Conde de Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, Duques de Athenas y de Neopatria, Condes de Rosellón, y de Zerdania, Marqueses de Oristan y de Gociano, Archiduques de Austria y Duques de Borgoña y de Bravante, Condes de Flandes y del Tirol, etc.=Catando y Considerando que á los Reyes y Príncipes es propio y convenible cosa, honrar y sublimar á sus súbditos y Naturales, en especial á aquellos que bien y lealmente sirven y aman su servicio, porqué á ellos sea galardon y á otros exemplo; y algunos Buenos y leales servicios que vos *Garcia Fernandez de la Plaza*, Alférez de la Compañia de Diego de Andrada, nuestro Capitán; natural que soys de la Villa de Tineo nuestro principado de Asturias, nos habeis echo en la Armada que en principio de este año mandamos ir al Reyno de Tremecén, contra Barbarroja Turco, Rey que se intitulaba de los Reynos de Tremecén y Túnez y la ciudad de Aljer y los poseia tiranicamente por expulsion de los Reyes Moros de los dichos Reynos nros. vasallos y aliados, que agora los habemos restituido en ellos; por la presente vos damos por Armas, un escudo con la cabeza y corona de dho. Barbarroja y con su bandera y Alfanje al natural, en campo colorado, y otras cinco cavezas de Turcos por orla de dicho Escudo, en señal y memoria que ganastes las di-

chas Armas con servicio de Dios y nuestro en esta manera: que puede haber seis meses, poco mas ó menos, que teniendo cerca de el dicho Barbarroja, parte de la dicha nuestra Armada en la Fortaleza de la ciudad de Tremecen, donde se recogió y fizo fuerte, viendose el dicho Barbarroja en peligro de ser preso ó muerto por la dicha nuestra gente, seguro de los combates que habian dado y Minas que le habiau hecho y muros y reparos que le habiau derribado; se salió una noche de la dicha fortaleza y se fue huiendo con ciertos Turcos y Moros suyos, al que vos y algunos soldados de la dicha Armada, con celo de nuestro servicio y con buen ánimo y esfuerzo, seguisteis con mucho trabajo y peligro de vuestras personas y le alcanzastes á veinte y tres leguas de la dicha ciudad de Tremecen, en el Reyno de Dugudú, en la Sierra que se dice de Mecenete, donde viendo él á vos y otros quareuta y cinco christianos que alli llegastes, se encerró en un corral de ganado que en la dicha sierra estaba, cou treiuta Turcos escopeteros y algunos Moros y lo reparó y fizo ciertos traveses para se defender, y vosotros quiriendo dar fin á los travajos que el havia dado y tiranias que habia fecho en los dichos Reynos, le fuisteis á combatir al dicho corral; porque aunque fueron en seguimiento suyo muchos Moros y Aláraves y estavan entonces alli á manera de Real, mas de quince mil dellos contra él, no le osavan combatir por temor de los daños que con las dichas escopetas les habian fecho y podian facer, y de fecho le comvatistes vos y los dichos quarenta y cinco christianos y le entrastes en el dicho corral sin ayuda de los dichos Moros; y con el dicho Alferez fuisteis el primero del ataque: así, eutrarou y atacastes á combatir á la parte donde estaba el dicho Barbarroja, con el qual peleastes persona por persona, le matastes y asi mesmo á algunos Turcos suyos que le vinieron á socorrer, segun todo ello es público y notorio y nos consta por testimonios auténticos que ante nos en el nuestro Consejo de la Guerra fueron presentados [1]: las cuales dichas armas es nuestra Merced y voluntad, que vos y vuestros fijos, nietos y descendientes para siempre jamás las podais traer y trayais en vuestras respectivas casas y puertas de

1 La muerte de Horruch Barbarroja no solo no mejoró la situacion de los pueblos costeños, sino que indirectamente fué causa de que ereciera el corsaringe contra España. Apoderado su hermano Queredin Barbarroja de Argel, dió nuevo impulso á la pirateria y encomendó al Arráez Cachidiablo que corriese las riberas orientales, como asi lo hizo con 17 fustas y galeotas en los años 1518 y 1519. Con motivo de haberse presentado en las costas de Valencia 13 galeotas se reprodujeron las quejas de los ribereños, y las órdenes que en 1503 y en 29 de Agosto de 1515 se habian dado para que los pueblos se proveyesen de armas, y se mandó tambien al Gobernador de Valencia D. Luis de Cabanillas que alistase á cargo del Reino y del Rey, cien lanzas. Para lo primero, reunió el Gobernador á los clavarios de los gremios, quienes convinieron y armaron á los oficios, llegando á reunir una fuerza de ocho mil hombres, que juramentados para sostener la organizacion hasta contra las Autoridades, dieron origen á las famosas *Germanias*. Aspirando á influir, como fuerza armada, acudieron al Emperador que aprobó su confederacion en Molins de Rey á 25 de Noviombre de 1519, á instancias de los comisionados Juan Lorenzo, inventor de la trama, Juan Caro, Guillem Sorolla vitorcado despues con el nombre del *Rey Sorolla* y Juan Coll; quienes con el pretexto de la necesidad que habia de defender el Reino de piratas y Moriscos, encubrieron su verdadero designio de combatir la organizacion social existente, substituyendo el poder real y la influencia de los Nobles y clases acomodadas, con el poder y la influencia del populacho que dirigian.

ellas y en vuestras Armas y en las otras partes y lugares que vos y ellos y cualquiera de vos quisiéredes y por bien tuviéredes; pintadas ó labradas en un escudo como este que Nos vos damos; é por esta nuestra carta de Previlejo ó por su traslado signado de Scrivano públieo, Mandamos á los Infantes, Perlados, Duques, Marqueses, Condes, ricos homes, Maestres de las órdenes é á los de nuestro Consejo, Oydores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Algoaciles de la nuestra Casa y Corte, y Chancillerias y a los Priores, Comendadores, Subcomendadores, Alcaydes de los Castillos y Casas fuertes y llanas, y á todos los Consejos, Asistentes, Governadores, Corregidores, Alcaldes, Algoaciles, Merinos y Prevostes y otras Justizias cualesquiera, ansí de la dicha villa de Tineo como de todas las otras Ciudades y Villas y Lugares de los nuestros Reinos y Señorios que agora son ó serán de aqui adelante, á cada uno é cualquiera dellos en sus Lugares y Jurisdiccion; que vos goarden y cumplan e fagan goardar y complir esta dicha nuestra carta de Previlejo y todo lo en ella contenido é que en goardandolo é compliendolo, vos dejen traer las dichas Armas á vos y á los dichos vuestros herederos y descendientes, como dicho es, y que en ello, ni en parte dello, embargo ni contrario alguno vos no pongan ni consientan poner, agora ni en ningun al tiempo, ni por alguna manera; sopena de la nuestra Merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara á cada uno que lo contrario ficiese; y demás, mandamos al Ome que les esta nuestra carta de Previlejo mostrare, que los emplace que parezcan ante Nos en la nuestra Corte do quier que nos seamos, del dia que los emplazare hasta quince dias primeros seguientes, so la dicha pena, so la qual mandamos á cualquier Scrivano públieo que para esto fuese llamado, que dende al aree (*sic*) ge lo mostrare, testimonio signado con su signo porque Nos sepamos en como se cumple nuestro mandado. Dado en la Ciudad de Zaragoza á veinte y cinco dias del mes de Noviembre año del Nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesuchristo de mil quinientos y diez y ocho años—Yo el Rey —Yo Pedro Çuaçola Secretario de la Reyna y el Rey su hijo, nuestros Señores, la fice escrivir por su mandado.

APÉNDICE NÚM. 7.

(Pág. 128.)

RELACION 1 DE COMO VAN REPARTIDOS LOS SEÑORES Y CAVALLEROS EN LAS 30 GALERAS QUE SALEN DE BARCELONA CON LA PERSONA DE SU MAGESTAD EN ESTA SU ARMADA REAL, QUE CON LA BENDICION DE NUESTRO SEÑOR SE HACE CONTRA INFIELES 2.

Galera imperial.

El Emperador. Mussiu de Prat. Mon Falconete, Mayordomo. Mussior de Laxao. D. Luis de Ávila. Marqués de Encesso, Gentil hombre de la Cámara. Principe de Salmona. San Martin, Contino. Miranda, Contino. Mussior de Pelú.

Galera del Camarero mayor.

Mons. de Condé, Capitán de la guarda alemana. El Conde de Salina, gentil hombre de la boca. El Sr. de Ortón, gentil hombre de la boca. El Sr. Pexin, pensionario. El bastardo de Nassao, gentil hombre de la Cassa. Bredan, gentil hombre de la boca.

Galera del Gran Maestre.

Pero gonçalez de Mendoça, Mayordomo. Don Alonso Manrrique, gentil hombre de la boca. Ecleves, gentil hombre. Tolonson. D. Sancho de Córdova, gentil hombre. Gasbeque. Alonso de Silva, gentil hombre.

Galera del Cavallerizo Mayor.

Bujantón. El bastardo de Lanoi, Costiller. Felipe de Chase, Costiller. Oliver de Dave, Costiller. Glande Asbique, Costiller. Monblan, maser. Luis Mendez Haro, Cavallerizo. Andalot, Cavallerizo. Chenié.

1 Esta Relación está copiada de la que existe en el *Tomo 60*, *Varios*, de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

2 Se suprimen los pajes y hombres armados y caballos que llevaba cada uno, por evitar prolijidad. El Emperador sacó en su muestra 24 pajes suyos á caballo, bien adereçados á la brida y á la gineta, con algunos almetes y otras pieças de la armadura de S. M. 5 Cavallerizos, 11 Officiales de la cavalleriza, 2 pajes de los Cavallerizos, 12 trompetas y 80 archeros.

Galera de la Cámara de Su Magestad.

Mos de Bie. Mos. de Baras. Mos. de Balansón, Sota Camarero. Mos de Sansin. Mos de Beri. Mos de Bernoi. Le souenet Polimi. Simili. Veauju, El Obispo Solis. El Doctor Çavallos.

Galera en que vá la provision de S. M.

Vinante, Gramont, Marco, Jorge de Limont, Marsona, Lambret, Gentiles hombres de la Cassa: Grafier, Contador de la Cassa, Marichal de Logis [1].

Galera del Conde de Benavente.

El Conde de Benavente. D. Juan de Robles. Marqués de Monteselaros. Conde de Oñate. D. Gomez Manrique, Gentil hombre de la Cassa. D. Alonso Pimentel, id. D. Yohan Pimentel.

Galera del Marqués de Aguilar.

El Marqués de Aguilar. Arellano, Camarero. D. Luis de Portogal. D. Juan Manrique, D. Franciseo de Tobar, Gentiles hombres de la Cassa. D. Hernando de Rojas, Gentil hombre de la boca. D. Josepe de Guevara, Gentil hombre de la Cassa. R.º Dávalos, Gentil hombre de la Cassa. Don Pedro Sarmiento, Gentil hombre de la Cassa.

Galera del Comendador Mayor de la Orden de Aleántara.

El Comendador Mayor de Aleántara. El Marqués de Cuéllar. D. Guaearán de Cardona, Gentil hombre de la boca. D. Diego de Rojas. D. Diego de la Cueva, Moss. de ise, Gentiles hombres de la boca. Orno, Costiller.

Galera del Marqués de Lombay.

El Marqués de Lombai. D. Jerónimo Cabanillas, D. Manuel Lansol, Jorge de Melo, D. Yohan Aguilón, Gentiles hombres de la cassa. D. Miguel de Cenoguera. Marrada, Gentiles hombres.

Galera del Comendador mayor de Leon.

El Comendador mayor de Leon. Lorenzo de Torres. D. Luis de la Cueva, Capitán de la Guarda. El Secretario Idiaquez. D. Yohan Tavera, Gentil hombre de la cassa. El Adelantado de Gallizia, Gentil hombre de la boca. D. Miguel de Velaseo.

Galera de musiur de Grandvela.

Musiur de Grandvela. Musiur de Gramon. Musiur de Marno. El Doetor Matias. El

1 Indudablemente no son estos, apellidos; sino cargos de la Casa imperial Greffier, y Marechal de logis.

Doctor Nicolás. El Secretario Pereni. El Secretario Obenbergue. El Secretario Nicolás.

Galera del nuncio del Papa y embajadores.

El Nuncio. El Embaxador de Venecia. Embaxador de Ferrera. Embaxador de Mántua. Embaxador de Florencia. Embaxador del Cardenal Médicis.

Galera del Embaxador de Milán, del Príncipe de Macedonia y del Conde de la Mirándula.

El Embaxador. El Príncipe de Macedonia. El Conde de la Mirándula, Ascanio Caracho. D. Marco Antonio de Toco, Gentil hombre de la cassa. D. Hernando de Aragon Tayavira, Gentil hombre de la cassa. El Conde Cessar de Orlando, Gentil hombre de la cassa. Bartolomé Campeio, idem.

Galera de los SS. de Masin y csealindas y Marqués de Eneisso.

De Gueras. El Conde de Gatinara, Gentil hombre de la cassa. El Sr. de Arbes, Gentil hombre de la boca. El Señor de Flarzi. Flaminio de Monferrat, pensionario. El Señor de Pasier, Gentil hombre de la cassa. Yohan Antonio Marliano, id. Monbardón. Hernando de Fredo, Napolitano.

GALERAS DE D. ALVARO.

Galera Capitana.

El Duque de Alba. D. Bernardo de Toledo. D. Antonio de Toledo. Lope de Guzman. D. Yohan Almeida, Gentil hombre de la cassa. D. Enrique de Toledo, id. Hernán Dalvarez de Toledo, id. D. Diego Enriquez de Guzmán. Antonio de Barrientos, Gentil hombre de la cassa. Antonio Ossorio. D. Enrique de Guzmán.

En esta quadrilla han de salir las personas que de yuso se nombran, que van en la galera del Comendador mayor de Leon D. Luis de la Cueva, Capitán de la guardia española; el Adelantado de Gallizia, Gentil hombre de boca. D. Yohan Tavera, gentil hombre. D. Miguel de Velasco.

Galera del Obispo Alguer y el thesorero Çuaçola en la cual despues dieron por compañeros al Obispo de Guádix y al Confesor de Su Magestad, y Dottor Guevara y Alealde Mercado.

El Obispo de Guádix. El Obispo de Alguer. El Alcalde. El Thesorero Çuaçola, El Comendador Pedro de Çuaçola, su hijo. El Dottor Guevara.

Galera del Vicecanciller de Aragón.

El Vicecanciller. Micer Bernardo de Arieto. Micer Felipe de Sancheta. Secretario Camalonga. Juan Vaguer. Gerónimo Adrian. D. Pedro de Milan. Felipe de Herrera.

El Secretario Urrias con su sobrino. Julian Corvera. Antonio Sanchez. Juan Augustin, Gentil hombre de la cassa. Celdran, Escrivano de racion. Jofre de Loaysa.

Galera de Yohan de Vega en que quiso ir el Marqués de Astorga.

Marqués de Astorga. Conde Luna. Juan de Vega. D. Pedro Ossorio, Gentil hombre de la cassa. Alvaro Ossorio, idem. Villafañe. Gaspar Ossorio. Juan Gallego. Sancho de Paz. D. Juan Cabrero, Comendador mayor de Aragón. D. Pedro Ossorio. Juan Ossorio. Rivadeneyra. Diego Ossorio.

Galera del Conde de Fuentes y D. Juan de Fonseca.

El Conde de Fuentes. D. Francisco de Herrera, hijo del Capitán Herrera. Don Yohan de Eraso. D. Yohan de Luna, Gentil hombre de la boca. D. Pedro de Toledo, gentil hombre de la cassa. D. Felipe de Herrera. Morran. D. Yohan de Fonseca. Gerónimo de Arbiço. Luis Ycarte, Gentil hombre de la Cassa. Gerónimo Cerdán. D. Lope de Urrea. D. Hernando de Acuña. Federico del Bosque.

Galera de D. Luis Faxardo y el Conde de Chinchón.

D. Luis Faxardo. El Conde de Chinchón. D. Graviel Sarmiento. D. García Ponce de Leon, Gentil hombre de la Cassa. D. Francisco Pacheco, Gentil hombre. D. Veltran de Guevara, Gentil hombre. D. Rodrigo de Manrrique, Gentil hombre de la cassa. D. Francisco Benavides id. D. Sancho de Alarcon. D. Pedro Velez de Guevara. D. Antonio de Ril. D. Yñigo de Guevara. D. Hernando Mexia, Gentil hombre de la cassa.

Galera de D. Juan de Moncada y el Maestro racional.

D. Juan de Moncada. El Maestro racional. D. Alvaro de Madrigal, Gentil hombre de la cassa. D. Juan de Omar, id. D. Bernaldo de Alverto, id. D. Francisco de Rebolledo, id. D. Alonso de Rebolledo, id. Geronimo Col, Gentil hombre. Anton Domns. Corvera de S. Clemente. D. Luis de Moncayo. D. Matias de Moncayo. D. Luis de Cardona. Jorge Gualves.

Galera del Marqués delche.

El Marqués d'Elche. Pero Çapata, Gentil hombre de la cassa. Alvaro de Lugo, hijo de Alvaro de Lugo. Comendador Ludeña, Gentil hombre de la cassa. Pero Çapata de Cárdenas. D. Juan de Ayala. D. Alonso de Castilla, Gentil hombre de la cassa. Juan Çapata. Gerónimo Gaytán. D. Gutierre de Cárdenas, hijo del Conde de Miranda. D. Prudencio de Avendaño. D. Antonio de Cárdenas. Juan Çapata Ossorio. D. Felipe de Guevara. D. Gutierre de Cárdenas. Comendador de Oreja. Ventura Veltrán.

Galera del Marqués de Cogolludo.

El Marqués de Cogolludo. D. Yohan de la Cerda, Gentil hombre de la boca. D. Hernando de la Cerda, idem. D. Fadrique de Portogal. D. Bernaldino de Portogal.

D. Luis de la Cerda. D. Francisco de la Cerda. Diego Lopez de Medrano. Yohan de Joara. Don Baltasar de Sesa, Gentil hombre. Yohan de Andrada. Diego de Andrada. D. Acacio de la Cerda. D. Juan de Cardona, Gentil hombre de la boca.

Galera del Conde de Valencia y D. Lorenzo Manuel y D. Álvaro de Mendoza.

El conde de Valencia. D. Lorenzo Manuel, Camarero. D. Yohan de Biamonte, Gentil hombre de la boca. D. Yohan de Leyva, idem. D. Sancho de Leyva, Gentil hombre de la Cassa. Pero Quixada. D. Juan Manrrique de Lara, Gentil hombre de la boca. D. Juan Manrrique, el Comendador de Calatrava. D. Claudio Manrrique, Costiller. D. Manuel de Tapia. D. Francisco de Leyva, Gentil hombre de la cassa. D. Rodrigo Manrrique, el de Mançanares. D. Juan de Bujadores.

Galera del Conde Aguilar y Conde de Mena.

El Conde de Aguilar. Conde de Nieva. D. Pedro de Çúñiga, hermano de la Condesa de Aguilar. D. Alvaro de Çúñiga, su hermano. D. Yohan Arellano. Anton Ramirez de Arellano. Cipion de Genaro, Gentil hombre de la cassa. D. Sancho de Velasco. D. Pedro de Luna, hijo de D. Alvaro de Luna. D. Diego de Guevara. D. Juan Jacobo Gallardo. D. Francisco de Velasco. Pero Ruiz de la Mota, Gentil hombre de la cassa.

Galera del Conde de Coruña y Conde de Orgaz.

El Conde de Coruña. D. Lorenzo, su hijo. D. Francisco, su hijo. El Conde de Orgáz. D. Juan de Figueroa. D. Gutierre de Guevara. D. Carlos de Guevara. D. Sancho de Padilla, Costiller. D. Martin de Guzmán. D. Francisco de Toledo, Gentil hombre de la cassa. Perafan de Rivera, idem. Comendador Figueroa. Gaspar de Guzman. Pedro de Silva.

Galera de los Embaxadores de Francia, Inglaterra, Lope Hurtado.

El Embaxador de Francia. El Embaxador de Inglaterra. Lope Hurtado de Mendoça, Gentil hombre de la cassa. D. Beltrán de Guevara. D. Alonso de Velasco, Gentil hombre de la cassa. Escoriaza. Juan de Cartagena. Santangel. Alarcón, Costiller. Aquí a de yr el Obispo de Mondoñedo.

Galera de D. Fadrique de Acuña en que va Boudre y los otros Gentiles hombres.

D. Fadrique de Acuña, Camarero. D. Pedro de Acuña. Juan de Herrera. D. Hernando de Robles, Gentil hombre de la cassa. El Capitán Bracamoute. Miguel de Guzmán. D. Graviel de Lusa. Boudre, Gentil hombre de la cassa. Silie el mozo, Gentil hombre de la cassa. Cusan, idem. Polini, idem. Sicon, idem. Dorton, idem. Dume, Costiller. Conrrat Richa, Gentil hombre. San Jorge, idem. D. Antonio de Acuña.

Galera de D. Pedro de Guzmán y D. Pedro de Çúñiga.

D. Pedro de Guzmán, Gentil hombre de la boca. D. Pedro de Çúñiga. Sancho Sanchez. D. Diego de Çúñiga. Pero Ruiz de Alarcón. D. Alonso Puerto carrero. D. Johan Laso, Costiller. Gonçalo de Monrroy, Gentil hombre de la cassa. D. Gonçalo de Ledezma. D. Johan Francisco Dalfin, Gentil hombre de la cassa. Rodrigo de Guzman. Comendador Valençuela, Añera, Costiller. Morchón, Gentil hombre de la cassa.

APÉNDICE NÚM. 8.°

(Pág. 146.)

CONTESTACION DE HASSÁN AGHÁ Á CARLOS 5.°

Perro cristiano..... tu eres un perro, entre los perros tus hermanos; y admiro tu presuntuoso valor, de querer subyugar á esta Ciudad guerrera en el tiempo mismo en que vergonzosamente te has estrellado contra miserables bicocas. Si desgraciadamente para tí, nuestro Señor, el sublime Sultán, tuviese noticia de tu loca empresa, pronto serias su esclavo: un negro, un simple negro que él enviase para no rebajar el honor de sus armas, bastaria para conducirte á sus pies. Dejo á un lado toda fanfarroneria y me refiero al testimonio universal incontestable, sobre punto de que nuestras armas están bajo la proteccion divina. Espera un solo instante y serás testigo de tu destino: en vano reunirás la integridad de tus fuerzas; serán insuficientes. Verá el infiel á quien le tocará su suerte, la recompensa de esta vida. Preciso es, te lo repito, que seas insensato ó desprovisto de todo juicio para vanagloriarte y lisongearte de un éxito que es preciso conseguir antes. Concluyo recordandote ahora, que en dos distintas ocasiones vuestros esfuerzos han venido á quebrantarse contra nosotros: que por dos veces el Eterno os ha ennegrecido la faz, y que si tal le place, los sucesos que se preparan, no seran mas que la fiel imagen de los que le han precedido.

(*Tomado de un manuscrito de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*)

APÉNDICE NÚM. 9.°

(Pág. 149.)

OBRA NUEVAMENTE COMPUESTA SOBRE EL GRAN NAUFRAGIO QUE A LA ARMADA DEL INVICTÍSIMO Y CATÓLICO SEÑOR, EL EMPERADOR REY Y SEÑOR MIO, LE SUCEDIÓ EN LA CONQUISTA DE ARGEL EN EL MES DE SETIEMBRE DEL AÑO MDXXXXI.

Habiendo de rreeontar
lo que eumple no eneubrir,
á Dios debia pedir
mil lenguas para hablar,
mil plumas para serebir;
mas temo eaher en mengua
en aquesta narraeion;
porqué aunque sobra rrazon,
uo podrá decir la lengua
lo que siente el corazón.

Paresee ser impossible
rreeontar lo que pasó,
porque aquí lo digo yo,
como parezea increible
al mismo que allí lo vió.
Mas sin que nadie rresista
proteste eu ygualdad
que en tan grande variedad,
eomo testigo de vista
daré fé de la verdad.

No ay nadie que no se miembre
eomo estando la mar buena,
las uaus tendida la entena
el postrero de Setiembre
salieron de Cartagena;
de doude heeha la salva,
van todos eon alegria
siendo eapitan y guia
Don Hernando Duque dalua.
en toda la flota y via.

Estaua el Emperador
en Mallorea al eontinente
eon su armada muy lucieute
sperando eon fauor
nuestra armada de poniente:
mas dándose ya los puntos
del tiempo adverso y eruel,
ni podimos ver á él
ni él vernos á todos juntos
hasta la vista de Argel.

Como en el puerto se eneierra
spera de buena gana
nuestra flota castellana
hasta ya que saltó en tierra,
Domingo muy demanyana:
este dia no se eneubre
por el preseute á ninguno;
por esso yo no lo impuno,
que fue veynte tres de Otubre
año de quarenta y uno.

Segun la grande sperança
que el Emperador tenia
en la divina valia,
penso que tanta puxança
era hecha en demasia:
por eso cuando saltaron
á vista de las murallas
no miraudo en las batallas,
por entonees no saearon
ni tiros ni vituallas.

Fue tan grande ineonveuiente
este, á nuestro pareseer,
que por falta de eomer
estuvo toda la gente
á punto de se perder.
Este mal tan desdiehado
se esparzió por un tenor
desde el mas baxo soldado
hasta el mas alto Señor.

Ni Duque ni Conde huuo,
Prineipe ni cauallero
que hasta el dia postrero

ésta hambre no sostuuo
y fue del mal porciouero:
no lo acertaré si callo,
la vida que ellos hazian;
que los palmitos cogian
y las carnes de cauallo
era lo mas que comian.
Hauia muchos Spañoles
que todo vn dia les conuino
por buena cuenta y buen tino
comer con seis caracoles
sin otro pan, ni otro uino.
Finalmente, á tales puntos
uinieron, porque se crea
que estauan con la hambre fea,
más como hombres deffuntos
que como hombres de pelea.
Para hauer de sustentar
tanta gente aduenidiza
manda con voz no postiza
el Emperador, matar
toda su caualleriza;
y á veces ¡con que dolores,
con que secretos gemidos,
siendo á ello compellidos,
degollauan los Señores
á sus cauallos queridos!
Ya se halla cauallero
que con dolor y pesar
su cauallo singular
lo embia tras un otero
por no lo ver degollar.
Si paresce maravilla
á los que en la tierra stauan
los caballos que matauan;
no era uer menos manzilla
los que en las náus degollauan.
De suerte, sino me engaña
la cuenta del buen compás,
fueron sin tomar atrás
los de ytalia y los despaña,
tres mil cauallos y mas.
Los sabios y los discretos
á Dios deuen de loar;
porqué se quiere mostrar
tan profundo en los secretos,
quanto sabio en el obrar.
Luego en el martes siguiente
ques dia de Sant Crespin
dia enhadado y ruyn,
bien pensó toda la gente
quera llegado su fin.
Quando con duros momentos
que aqui no pueden dezirse,
sin pensarse ni sentirse
se turban los elementos
y el cielo quiere hundirse.
La mar con terrible sfuerço
se tornó tan cruda y braua
que como montes se alçaba:
uiene vn agua con un cierço
que las naus nos arrancaua.
Uiérades como mostrauan
todos con lástima y duelo
de su muerte gran recelo:
oyerádes como alçauan
los clamores fasta el cielo.
Alli sin otras ranzillas
los mas duros y obstinados,
los coraçones quebrados
se ponian de rodillas
confessando sus peccados.
Todos estauan deuotos
jurando hemendar su uida,
todos con voz dolorida
hazian mandas y votos,
si Dios les daua guarida.
Nunca uieron los nacidos
en vn punto y vn momento
tres contrarios por vn cuento
tan brauos y enferocidos,
la mar, la lluvia y el uiento,
pues uiendo con que porfia
se yuan todos anegar,
para poderse aliuiar
todo cuanto bueno hauia
lo lançauan en la mar.
Algun gentil hombres huuo
de los muy favorescidos
con lágrimas y gemidos
que de rrodillas estuuo
rogando por sus vestidos:
en estos duros baybenes,
¡quien os podria contar
la ropa y el axüar
las riquezas y los bienes
que lançauan á la mar!
Finalmente sin contienda
con palabras no fingidas
tenian por bien perdidas
las riquezas y lacienda,
solo por saluar las vidas:

la mar no daba bonança
el viento no se rendia
y assi ninguno tenia
de su remedio sperança
ni speraua mejoria.
Entonces con artes sabias
con uoluntades muy buenas
rompian á fuerzas llenas,
vnos, mástiles y gavias.
otros, trinquetes y entenas;
vnos, estauan de lado
que nada quasi sentian;
otros, despanto morian;
otros, se echauan á nado
por ver si se saluarian.
Muchas mujeres de flandes,
tambien de nuestra nacion
vinieron á la sazón,
que oyr sus vozes grandes
era muy gran compassion:
pluguiera á Dios que bastara
estar en tales contiendas
de por medio tantas prendas,
y todo el mal so empleara
en perderse las haziendas.
Mas ¡ay tristes desdichados!
que siendo Dios en verdad
inclinado á la piedad
le hacian los peccados
que vsasse de crueldad:
assi con estos desuios
con este duro interés,
para ser todo al renés,
vno a vno los nauios
yuan á dar al traués.
Viérades con que poder
las áncoras en que estauan
todas se despedaçauan
y se iuan á perder
á dó los moros estauan.
¡Ó que gritos y alaridos!
¡que lagrimas sin consuelo!
¡ó que llantos y que duelo!
¡ó que vozes y gemidos!
¡que clamores hasta el cielo!
Assi yuan deste talle
como lo hablo y semejo
sin jarcias, sin aparejo,
sin velas, sin gouernalle
sin aviso, sin consejo:
yuan en estos vaxeles
las gentes desacordadas,
uo eran á tierra llegadas,
cuando los moros crueles
los matauan á lançadas.
Fuera destos embaraços
rrecrescieronse otros males
á estos no desiguales
que se fizieron pedaços
tretze galeras reales;
pues quando yua la galera
dando con tanto dolor
mil bueltas al derredor,
¡ó quien por entonces viera
al muy noble Emperador!
Él estaua en la montanya
teniendo la mar delante
y con ver mal tan puxante
no mostraba ira ni saña,
sinó gracioso semblante;
pero mirando la lid
quan aduersa succedia
paresciole que deuia
hacer lo que hizo David
quando Dios lo destruya.
Y assi puesto de finojos
traspassado el coraçon
viendo la gran perdicion
fizo al Señor oracion.

(*Oración de Carlos* 5.º)

«Ya, Señor, no se detenga
tu castigo manifiesto,
venga, venga en mí muy presto:
ya podrá ser que yo tenga
la culpa de todo esto.»
«No permittas, Señor, que
assi mueran mis ouejas,
pues mis culpas son tan viejas
venga, señor, *super me*
lo que á ellas aparejas;
pues yo como mal pastor
de tanto mal descuydado
he puesto aquí mi ganado;
haga se, mi redemptor,
que muera yo, si es tu grado.»
En fin las que se perdieron
entre naus y carabelas
todos dicen, sin cautelas,
que por todas juntas fueron
más de ciento y veynte velas:
pues ya me he puesto á contar

el desastre que se encierra
en esta mezquina guerra,
dexemos á los del mar
veugamos á los de tierra.
Ya diximos quan gran mal
fué no sacar provision,
que por sola esta ocasion
estuvo todo el real
á punto de perdicion:
alemanes y tudescos
ya sabeis su pelear;
si no tienen que tragar
y los barriles muy frescos,
assi los pueden matar.
Pues sin fuerzas y sin brio
desnudos y deseompuestos
por entre aquellos rrecuestos
de pura hambre y de frio
perescian los mas destos.
Los nobles y delicados
fasta el mismo Emperador,
estauan eon gran dolor
los dientes enclavijados
del puro frio y temblor.
Si algunos grandes tenian
qual que poea de viauda
apartauanse á vna banda
y a solas se la comian
como quien rezando anda:
con este sabio fingir
cada eual se hacia toeho,
porque un poco de vizcoeho
lo hauia de repartir
entre siete ó entre ocho.
La lluvia fué de tal guisa
tan recia y desatentada,
que tenian apegada
la carne con la camisa
y haun aquesto no era uada:
lo que era á ellos del todo
mas pasion y mas ranzilla
es estar sin mauzauilla
atestados 1 en el lodo
hasta quasi á la rodilla.
De suerte que los traxeron
á tal término sus hados,
que muchos de estos soldados
con gran lástima murieron
en el lodo assi atestados;

1 Atascados.

pues los nobles sus socorros
erau está assi ateridos,
sin ropas y sin vestidos
sin pelejas, sin afforros
dando vozes y gemidos.
Si entonces arremetierau
los alarbes infinitos
como suelen, dando gritos,
sin duda los sparzieran
como el lobo á los cabritos:
mas tan grande demassia
tal denuesto y disffavor
uo lo quiso por su honor
el que la guerra fazia
que era Dios nuestro señor.
Assi que fué tan sin par
la tempestad y tan fuerte
que estuuieron de una suerte
los de tierra y los de mar
al mismo trance de muerte;
pues estando assi en sus cotos
tan agenos de guarida,
con voz triste y dolorida
hazian mandas y votos
si Dios les daua la vida.
Para hauer de dar fauor
á la gente de galera,
le fué por toda manera
forçado al Emperador
deseender á la ribera:
pues baxar de la montanya
la gente tan descontenta
solo por la gran tormenta,
quien duda que tal agaña 1
no se tiene por affrenta.
Viérades sobre las tiendas
los alarbes ayuntados
espessos y amontonados
como las palomas duendas
quando van á los sembrados:
yendo pues mal ordenados
el campo trechos á trechos
por las vinyas y barbechos
todos passaron á vado,
un rio fasta los pechos.
Iua entonces este rio;
la verdad dezir lo he yo
eomo alli se paresció;
tan destemplado y tan frio,

1 Quizá magaña.

que el cuerpo les penetró:
por la gran desordenança
quen el pasaje touieron
muchos de estos perescieron
unos de la destemplança
otros de frio que houieron.
Bien veyan los Infieles
el principio y el rematte
de tan grande desbarate,
y assi con tiros crueles
les dauan siempre combate.
¡Quien podrá en breue deziros
su abastança y prouission,
sus armas y guarnicion,
sus lombardas y sus tiros,
su poluora y municion!
Tiros tales y tan buenos
de un metal no rompedizo
nunca argel, cierto, los hizo
y estos tan juntos y espessos
como puas del herizo:
nunca se vió en la verdad,
ciudad ó pueblo guerrero
tan bien puesto y tan entero,
y no es pueblo ni ciudad;
si no castillo roquero.
Ya que todo el mal uenia
tambien este huuo de ser,
que á mal de nuestro querer
les dimos artillería
mas de la que han menester:
¿para qué nos alargamos
en recontar la grandeza
de los bienes y riqueza
que alli entonces les dexamos
pues ystoria no lo reza?
No huuo persona alguna,
si la verdad se confiesse,
que parte no le cupiesse
de aquella triste fortuna
por mucho ó poco que fuesse:
la ganancia que sacaron
los mas fuertes y sañudos
los mas sagaces y agudos,
es que, á buen librar, quedaron
ó dolientes ó desnudos.
Ya que en nombre de Jhesús
y de la virgen maria
el campo se retraya;
al cabo de Metifús
fué su jornada y su via;
donde estando al mas feruor
la batalla y mas caliente
manda luego incontinente
de hecho el Emperador
embarcar toda la gente.
Vna tan regia fazanya
en tal tiempo y tal manera
si á los ojos no se viera
¿quien en toda la compaña
houiera que lo creyera?
nunca se abate del cielo
de las aves la primera
para sallir con su empresa,
ni se contenta del buelo
hasta que haga la presa.
Tampoco se desuiara
nuestro príncipe y señor
de la presa y su dulçor
si Dios no le demostrara
señales de disffauor:
estaua toda la gente
de hambre muy perescida,
estaua mal proueyda
la flota por el presente
para poder dar guarida.
Estauan tantas galeras
en tierra despedaçadas,
estauan las naus quebradas,
estauan por las laderas
muchos, muertos á lançadas:
pues estando como estauan
las cosas tan al reués
por sallir con su interés
las pocas naus que quedauan
podieran dar al traués.
Y bien era de mirar
como quien por culpa hierra,
que por salir con la guerra
todos pudieron quedar
sin ningun socorro en tierra.
Como persona muy sabia
miraua el Emperador
las cosas al derredor
y que no hauia nau con gabia
ni dispuesto guerreador.
Por eso con gran estima
conosció todo aquel hado
estar por Dios ordenado
para non poder dar cima
el negocio començado;
y por eso luego empieça

sin ningun detenimieuto
á fazer su acatamiento
y abaxando su cabeça,
obedesce al mandamiento.
Conosció por sabia sciencia
nunca ser grato el servicio
al que lo toma por vicio
y ualer mas la obediencia
quel muy alto sacrificio,
y por esso al continente
entre dos noches y un dia
manda embarcar á porfia
por tercios toda la gente
en las pocas naus que hauia.
Viérades aquellos puntos
la gente cuan grande era
estar de aquella manera
tan espessos y tan juntos,
como á hazes en la era.
Los cauallos que quedaron
en las naus por el presente
sin home se resistente,
en el punto los mataron
para guarescer la gente.
Toda la gente comun
se embarcó por sus vanderas
en velas y naus ligeras
y no cupieron hauu
sin dar parte á las galeras:
hombres darmas y vassallos
príucipes y caballeros,
todos voluieron señeros
sin armas y sin cauallos
sin vestidos y dineros.
O si cuytas tan mortales
en aquello se enboluieran,
en verdad pequeños fueran
nuestros desastres y males
con tal que solos vinieran;
mas no quiso en tal instante
aquel suppremo Señor
resistir [1] de su rigor;
sino llevar adelante
las senyas de su furor.
Que de las naus que salieron
del puerto por buena cuenta
al pié de ciento y ochenta,
muchas de ellas se perdieron
en la terrible tormenta.

1 Desistir.

Siu orden y sin concierto,
en el senyalado mes
de noviembre á dos y tres
sallimos todos del puerto
dando bueltas al traués.
Vnos van de peña en peña
por el golfo de Leon
otros vehen su perdicion,
otros tiran á Cerdeña,
otros bueluen á Mahou;
assí que el viento los traxo
a do nuuca nadi [1] arriba
ni ay persona que lo scriua,
á las unas mar abaxo,
á las otras mar arriba.
Vna nau de grandes señas
en saliendo se perdió,
que se hizo y se toruó
mil pedaços en las peñas
doude ninguno scapó.
Otra nau en contineute
se perdió en haber sallido,
mas no houo á tierra venido,
quando se entrega la gente
á los moros á partido.
¿Quien podrá cou dichos buenos
sin nota de hauer errado,
rrecontar tan triste hado,
si son mas ó si son menos
los que la mar ha tragado?.
En ningun Ingenio cabe
dezir sin nota de affrenta
los que faltan de la cuenta.
Solo aquel Señor lo sabe
que dispuso la tormenta.
Cincuenta y cinco galeras
mas ó meuos, sin herrar,
quedaron cou buen tenor:
éstas salierou postreras
en que fue el Emperador,
con el yua la compaña
de los mejores guerreros
todos los mas caualleros
con la nobleza despaña;
sin los grandes straugeros.
Y no penseys quen su via
mucha bonança llcuaron
que los arboles cortaron,
y á la costa de Bugia

1 Nadie.

con gran trauajo llegaron:
un mes quasi de entreuallo [1],
desque de argel partimos
aca en Spaña estouimos,
que de ellos, bueuo ui malo
por ningun arte supimos.
¡Quien dirá en breues rraçones
lo que las gentes sentian;
quien lo que dellos temian;
quieu las missas y oraciones
que eu Spaña se dezian!
estos ruegos y pregarias
hechos eon tanto furor [2]
por el uoble Emperador,
fueron asaz necessarias
para aplacar al Señor.
Que se vieron en Bugia
do la tierra no se labra;
este secreto se abra;
que eomunmente valia
seis ducados uua eabra:
trigo, ni por peusamiento;
fruta, gastada la habian;
pues donde nada teuian,
ved el angustia y tormento
en que todos estarian.
Fué tan duro el nauigaje
y la tormenta tamaña
que ni por fuerza ni maña
pudierou hacer passaje
dende Bugia hasta Spaña.
Quien os podrá referir
las bouedades y sones

1 Intervalo.
2 Quizá, *fervor*.

las hablillas y opiniones
que se dejauan dezir
por eaminos y mesones.
Vuos puestos en sospecha
teniau perplexidad,
otros eon gran variedad
dezian; ya de esta heeha
se pierde la cristiaudad.
Vnos, con dura porfia
dezian si se perdió;
otros, no, sinó tiró
á ytalia ó á lombardia;
otros, á argel se boluió.
Vnos puestos en quistiones
dezian cosas indinas
que se volvió á las quexinas
lleuando cient mil hurones
para meter por las minas:
en mil partes se tenia
por muy seguras verdades,
que sin mas contrariedades
sentraua por berberia
tomando muehas eiudades.
Pues viendo Dios con que modos
la gente erida assí straña
hizo nos gracia tamaña
que le gozassemos todos
sano y saluo buelto á Spaña.

Conclusion del autor.

En fin si en esta postura
ay alguna decepcion,
deue se me dar perdon
porque tal va la scriptura
qual fue siempre la inteucion.

Sigue una *Imprecación contra Argel*, que principia:

¡O argel! Dios te confunda,

pero como no contiene noticias históricas, la omitimos, porque no hace á nuestro propósito.

(Tomo 44 de Manuscritos de la Biblioteca nacional.)

APÉNDICE NÚM. 10.

(Pág. 209.)

RELACIÓN DE LO QUE PASÓ AL SECRETARIO JUAN DE SOTO CON EL EMBAJADOR DE VENECIA EN UNA PLÁTICA QUE TUVIERON EN PALERMO Á 17 DE MARZO DE 1572 [1].

El dicho embajador me propuso que tenia algunas cosas á su parecer muy sustanciales y de grande importancia al Servicio de Dios y Beneficio comun de la cristiandad que comunicar con el Sr. D. Juan; las cuales no habian querido proponer, sin primero tratarlas conmigo, para que le abriese el camino que habia de llevar. Tomó la plática de muy atrás; fué discurriendo por el estado en que se hallaban las cosas de su República; trató de las dificultades que en ella padecian, y las resoluciones que se habian de tomar en materias de Estado. Dijo como con no pocas se habia acabado el hacer la liga que se habia hecho, y representó la gran puerta que se habia abierto para dañar al Turco con la batalla del año pasado, y como siguiendo la victoria y yendo á dar en la cabeza sin que se atendiese á casos particulares y de poco momento, se podrian esperar muy grandes efectos; en fin, vino á declararse que me decia todo esto á propósito que entendia de todas partes y via por evidencias claras, que el Sr. D. Juan se preparaba á hacer jornada en Berberia y que tenia necesidad de saber la verdad de lo que en esto pasaba para poderlo escribir á su Señoria, aunque primero me queria anteponer algunos puntos que en general en el negocio se ofrescian de muy grand consideracion, y mostrar por ellos, que en ninguna manera se debia atender por el presente á tal jornada y asi dijo ordenadamente los siguientes:

Que cuando los Príncipes hacian una confederacion como la que su Señoria había hecho con el Rey ntro. Señor, se quitaban la libertad de atender á sus cosas particulares y eran obligados á la observancia de lo capitulado.

Que por la capitulacion de la liga estaba determinado que el armada de S. M. se hallase en Mesina por todo Marzo y que estando ya cuasi á la mitad del mismo mes; era de toda imposibilidad pasar á Berberia sin faltar á lo capitulado en la Liga.

Que si bien fuese verdad lo que habia entreoido de algunos ministros de S. M., que yendo la armada á Berberia, acabado lo de alli se podria seguir el camino de Corfú sin volver á Sicilia; se habrán de poner en consideracion dos cosas, á su parecer muy sustanciales: la una, que en la sazon en que nos hallabamos habia ya de estar toda la armada junta, y que él entendia que se había de guardar la de Napoles,

[1] Así dice la carpeta, y en lo interior: *Relacion de lo que pasé yo el Secretario Juan de Soto con el caballero Leonardo Contarini, Embajador de Venecia en Palermo á 7 de Marzo de 1572.*

que, segun los tiempos que hacia, no se debia esperar tan presto; la otra, que él estaba informado de personas de experiencia de esta Ysla, que cuando aqui nebaba, nebaba tambien en Berberia, y que ya se via quales estaban las montañas y se podia considerar por la misma causa como estarian las de la costa de Africa; de la cual se habia de hacer cierta resolucion, que la dicha costa se hubiere de defender por muchos dias; de manera que la armada de S. M. no podria tomar terreno en ella y que cuando no hubiere otra causa sinó esta; era de tanta consideracion, que á su parecer se debia mudar propósito; pues no se podia ya contra lo que Dios nuestro Señor ordenaba naturalmente, y que segun su opinion, habia sido servido de nevar para que no estorvase un negocio de tanta importancia, por otro que era de muy poca.

Añadió el dicho Embajador: que el amor que los Señores Venecianos tenian al Sr. D. Juan era de manera que estaba obligado á mirar mucho por sus cosas, y á este propósito cargo la mano en encarescer que solo por complacer á su Alteza habian quitado el cargo á Sebastian Renier que los habia tan bien servido.

Al fin dijo; que concluia con decirme, que de su parte representase todas estas cosas al Sr. D. Juan y le pidiese Audiencia, porqué el se las queria decir con la mayor modestia que pudiese; aunque á mí me certificaba que esta resolucion que se decia que el Sr. D. Juan tenia hecha, en caso que perseverase en ella, no podria dejar de causar en Venecia mucha alteracion y que pluguiese á Dios que no fuese causa de algun gran inconveniente, insinuando que por esto se podria romper la liga. A este proposito me dijo otras muchas cosas el Embajador; pero las sustanciales son las que arriba se han escripto.

Respondile, que habia muy bien entendido cuanto me habia referido y que lo diria al Sr. D. Juan y le avisaria cuando hubiese de venir á hablarle: que en cuanto al parecer que me pedia, de como habia de proceder en este negocio con su Alteza, era tan prudente que podia enseñar á otros: era mi opinion que se conservase las persuasiones que á mi me habia hecho para negocio donde fuesen mas necesarias; porqué en esto yo sabia que las podia excusar, siendo cosa sin dubda que el orden de S. M. era que sobre todo se atendiese a las cosas de la liga, y que el Sr. D. Juan deseaba tanto el beneficio comun, cuanto él podia haber conocido por experiencia: que á mí parecer se podia y debia aquietar con que su Alteza le habia dicho diversas veces en mi presencia, que á lo que él le estaba encargado, no faltaria por ninguna cosa y que debiendo ser creido como Príncipe verdadero, no tenia para que estar con tanta pena.

Vino el dicho Embajador á hablar al Señor D. Juan á los nueve del presente, representandole cuasi las mismas cosas; pero con gran brevedad respondiole S. A. con muy pocas palabras: que á su cargo estaba lo que tocaba á la armada de la liga, y que ya le habia dicho otras veces, que la voluntad de S. M. era que se dejase sus empresas particulares para atender á las públicas y que él se asosegase y oyera lo que otras veces se le habia dicho al mismo propósito y esto es en sustancia lo que pasó en la dicha plática. Fecho en Palermo á quince de Marzo de 1572. Rúbrica del Secretario Soto.

APÉNDICE NÚM. 11.

(Pág. 210.)

DOCUMENTOS SOBRE LA JORNADA DE TÚNEZ POR D. JUAN DE AUSTRIA.

Minuta de carta del Rey Don Felipe 2.° á Don Juan de Austria, fechada en Madrid á 26 de Enero de 1572 (Archivo de Simancas).

«...

....

Y lo primero será deciros; que acá se han tomado á mirar sobre lo que escrebis, que teneis por cierta que lo de Túnez y Biserta se podria allanar por todo Marzo, ó á lo mas tarde por todo Abril, quedando mi armada en orden para cumplir con lo que está capitulado en la liga, y aunque los dias pasados como se os escribió, paresció que esto de Túnez y Biserta se podria hacer á la primavera, entretanto que las Armadas de los Coligados se juntan, y se os remitió para que siendo facil y de poco embarazo hacer lo de Túnez tras lo de Biserta, lo pusicredes en ejecucion; habiendo mirado agora mas en ello y vista la junta de galeras y gente que presuponeis en vuestras cartas que sera menester para ello; ha parecido que podria ser de mas tiempo y embarazo para acudir á la empresa comun de la liga y que tomandose lo de Biserta *que para esto habrá tiempo antes que entre Abril*, no parece de inconveniente diferir lo de Túnez; de lo cual os he querido advertir, para que entendido lo que acá se ofrece, veais lo que mas conviene, procurando sacar provecho del tiempo que se ha de guardar á que las armadas de los coligados se junten, y que esto sea de manera que no embarace lo demás y se empeñe y prende la Autoridad y Fuerzas, mas tiempo de lo que convernia para el cumplimiento de la liga. *Y asi os remito que teniendo atencion á lo que aqui se dice, hagais lo que mas os paresciere convenir.*

En lo demas que por una carta de 11 de Noviembre escrebia, que se mire lo que será bien hacer de Túnez si se reterná ó asolará ó entregará alguno de los Infantes, paresce hasta agora, que no conviene asolarla por el mantenimiento y provision de la goleta; que es la razon que siempre que se ha tratado de este negocio se ha tenido por de consideracion; pero si como arriba se apunta, no se hubiere de hacer mas que lo de Biserta, porque lo de Túnez haya de ser mas tiempo y dificultad, Hay tiempo para mirar mas en ello, y saber vuestro parecer, el cual os ruego me envieis; que al Cardenal de Granvela y al Comendador Mayor de Castilla se envia á pedir el suyo, ni mas ni menos.

Y porque se ha considerado que podria ser que con hacerse lo de Biserta, como está dicho, y sin embarazarse ninguna cosa la Armada comun, ni en tiempo ni en

fuerzas, venecianos lo tomen mal y les parezca que es faltar á lo comun de la liga, paresce que será bien, que esté prevenido D. Juan Zúñiga como se le ha advertido, para cuando se entienda que no cause embarazo; pues no es justo que el tiempo que vos estuvieredes ocioso dejeis de aprovecharos del que hubiere para hacer alguna cosa particular mia, con mis propias fuerzas y gente.....

Cuanto á lo que apuntais, que sucediendo prosperamente las cosas de levante, se podrá atender por Agosto á la de Argel, no paresce acá esto tan fácil que se pueda hacer en tan poco tiempo, ni con sobra de fuerzas de otra jornada; sino muy á propósito y acabada la jornada de este verano se verá lo que converná hacerse en el que viene.

Carta descifrada del Comendador mayor á S. M.

S. C. R. M.

Mandame V. M. que avise lo que se debe de hazer de Túnez en caso que se tomase, si se desmantelará, entretendrá, ó si se entregara al Rey desposeido, ó alguno de los Infantes que lo pretenden, y para tratar de esto quisiera haber visto la Goleta y aquella costa; porque sin esto he de hablar á tiento; y remitiendome al parecer del Sr. D. Juan y de los que con el se hallaren en esta jornada que lo mirarán de mas cerca, diré lo que generalmente sobre esto se me ofrece, por cumplir lo que V. M. me manda.

Muchas veces he oido decir que el sostener la Goleta no era de mucha importancia por no haber alli puerto, y que lo fuera pasar aquella fuerza á Biserta, ó Puertofarina, pero por haberla ganado el Emperador nuestro Señor que está en el Cielo, y metido en esto tantas prendas y despues en sustentalla, paresce que ni se puede ni debe abandonar, y presupuesto que aquella plaça se ha de sostener, se ha de procurar que esto se haga con la mayor seguridad y menos costa que se pudiere.

Dos cosas se han temido siempre en la Goleta; la primera, las fuerzas que el Turco podria enviar por la mar sobre olla, superiores á las de V. M.; y la otra, el ayuda que podria dar al Turco la gente de la Tierra, y así se tuvo por muy mal suceso el ganar el Luchalí á Túnez por acercarse los Turcos mas á aquella plaza, aunque de los Moros se podria tener muy poca confianza.

Lo de la mar, á Dios gracias, ya esta asegurado por algunos años; pues V. M. queda superior en ella, y mientras lo fuere tampoco no hay que temer mucho del daño que á la Goleta le puede venir por tierra. Pero porque las cosas del mundo no estan siempre en un estado, y porque no se ha de cerrar la puerta á lo que Dios puede abrir, de ganarse mucha parte ó toda Berberia; tanto mas si el año que viene se hace como se espera la jornada de Argel; me paresce que si Túnez se ganase este año, no se debe desamparar; pero es de ver en la manera que se sostendra.

Si ha disposicion para hacerse en el alguna fuerza con la cual se tenga sujeta toda la tierra, y le pueda socorrer por el estaño, me parece que se debe de hacer y dejar toda la tierra en pie y entregar la dicha Ciudad y el Reyno al Rey ó Infante destos que mejor partido hiciere, y si se le pudiere sacar tanto tributo que bastase á sostener todas aquellas plaças ó á lo menos la que de nuevo se hiciere, seria muy

conveniente, y presupongo que de ningun destos se puede fiar nada de lo que prometieren y que la fuerça que se hiciere ha de ser de manera que tenga subjeta la Ciudad para hacerselo cumplir ó asolalla cuando convenga, y esta fuerça podria estar la mayor parte de la gente que hoy se entretiene en la Goleta, en la cual bastaria que quedase muy poca gente, siendo V. M. superior en la Mar, y podiendo ser socorrida desta nueva fuerza por este año.

En caso que no se pudiese hacer fuerza que tuviese tan subjeta la Ciudad como he dicho, seria de pareseer que desde luego se allanase toda, y que se hiciese á la boca del estaño una fuerza que bastase á estorbar que no se tornase á poblar la dicha Ciudad, y en este caso se podria favorescer para cobrar lo demas del Reyno al Rey ó Infantes destos que mas parte tuviesen en la tierra y de quien mas confianza se pudiese tener que cumpliria el tributo que ofresciese, que en este caso no podria ser tan grande como sosteniendose la Ciudad, y cuando no se cumpliese no se habria hecho poco en asolalla y alejar á los enemigos destas fuerzas.

Esta jornada de Túnez, soy de parecer que se haga en el Otoño á la vuelta de Levante, si ya no se hubiesen hecho allá tan grandes efectos que fuese necesario pasallos el Ynvierno adelante, ó hubiese otro justo impedimento, y en caso de ganarse Túnez en el Otoño, seria de opinion que toda la Infanteria Española y toda la demas que se hubiese de entretener quedase á invernar allí; pues con esto se facilitaria así el hacer la fuerça como el desmantelar la Tierra, y allanar el Reyno para el Rey que se hubiere de meter en possesion, con el cual se harian mejores partidos quedando allí esta gente y ella estaria ejercitada para el verano siguiente y habiendo habido buen suceso en Levante, como se espera; no será necesario haber mucha gente de guerra en los Reynos de Napoles y Sicilia. Esto digo estando las cosas de Italia quieta, que si en esta hubiese novedad, todas estas fuerzas se habrian de emplear en ella.

En fin me resuelvo en que de una manera ó de otra me paresce, si Túnez se ganase, se debe de sostener, ó dejar de manera que no sea necesario tornarla otra vez á ganarla; á lo menos se ha de sostener hasta ver en que paran las cosas de la liga y la jornada de Argel. Ntro. Sr. etc. De Roma á 26 de Febrero de 1572.

(Archivo general de Simancas.)

Instruccion al Señor Don Juan sobre lo de los fuertes de Berberia y socorro de Venecianos.

Iltrmo. D. Juan de Austria, mi muy caro y amado hermano: demás de lo que por otra instruccion nuestra llevais entendido, he querido aqui aparte, advertiros de algunos puntos de importancia y de lo que en ellos me paresce.

Bien llevais entendido, quantas veces y quan largamente se ha tratado y platicado sobre lo de los fuertes de Berberia y lo que se entiende por todos que conviene hacerse: todavia como es menester para la execución desto, provissión de tanto dinero y otras muchas cosas y ver lo que la armada del Turco emprende este año y el tiempo que queda al fin dél para poderse executar, y si de aqui allá, con tener mas particular informacion de la calidad del sitio, de las comodidades dél y de otras muchas cosas en cuya noticia consiste gran parte del acertamiento de tales resolucio-

nes; me paresce que se deve yr mirando mas en lo que cerca desto convenia hacer. Pero para en cualquier caso, será bien que enbieis á reconocer lo de Puerto Farina y Biserta con persona plática y que lo sepa hazer con el recato que conviene, para que no abramos mas los ojos al enemigo.

Una cosa se ha advertido acá, que me paresce de mucha consideracion é importancia, y es que cuando se entienda que no puede bajar la armada del Turco ó después de vuelta, si baxase; converná dando el tiempo lugar á ello, attender primero con toda mi armada y fuerças que estuviesen juntas y lo demas necesario para tal effecto *á yr á desmantelar á Tunéz y asolar y atalar la campaña*, y que podria ser que con esto el tiempo aconsejase que no fuese menester hazer tan de propósito fuertes en Berberia, ó lo que será necesario y bastará para la seguridad de aquello. Pero esto es de advertir que se ha de hazer, segun como se entendiese que está lo de Túnez; porque si estoviese el fuerte en pie ó muchos Turcos dentro dél y quisiessen defender la alcaçava, ay que mirar si seria tan fácil que fuesse bien emprenderlo, advirtiendo tambien, que en ninguna manera se trate de sostenerlo, ni aun de hacerse lo que está dicho; si nó no viniendo la armada del Turco y estando lo de ally de manera que no se tenga duda de que se pueda salir con ello; porqué no sucedan los inconvenientes que podrian suceder.

Lo de Biserta ha parescido acá también, que si se pudiese hacer con facilidad, seria cosa muy conveniente cegar aquel puerto y escusar con esto el gasto del fuerte que alli se ha apuntado que se debia hazer. Pero tambien os remito allá este punto para que veais lo que mas converná en ello, y me vais avisando en él y en los demás, de lo que se offreciese y el tiempo diere lugar.

Demás de lo que está dicho, os he querido advertir aquí aparte, que en caso que la armada del Turco no baxase este año ó á la vuelta della; si para los efectos que despues se hubiesen de hazer con nuestra armada no hiziesen notable falta allá; converná que embieis á estos Reynos una banda de Galeras para que se junten con las que quedasen acá y puedan resistir á las de Argel; pues no habiendo armada del Turco ó siendo yda, tanto mas será menester esto, por venirse acá luego los navios de cossarios de aquella costa, y por esto es muy necesario y conveniente que embieis la dicha banda de galeras y assi os encargo que lo hagais.

Tambien llevais entendido lo que se ha tratado algunas veces en vra presencia de lo que convendria y se debria hazer en caso que la armada del Turco viniese sobre Venecianos y estos se hallasen con tan gruesa armada que juntandose con la española se pudiesen oponer á la de los enemigos, se les debe socorrer por el mucho beneficio á la cristiandad; pero no siendo anssi, no se debe aventurar la armada, pues importa tanto para la defensa y conservacion de mis reynos. Dato en Aranxuez A XXJ de Abril. MDLXXV [1]. Yo el Rey.—Antonio Perez.

1 Sospechamos que en la copia que se nos ha proporcionado esté equivocada la fecha, que debe ser de 1572.

APÉNDICE NÚM. 12.

(Pág. 227.)

INSTRUCCIONES DEL REY FELIPE 3.º AL MARQUÉS DE SANTA CRUZ EN 24 DE JULIO DE 1608.

«Tras lo dicho es bien tengais entendido, que desde por la muerte del Xarife se comenzó la guerra sobre querer ser cada uno Señor de todo, se ha tratado amigablemente con Muley Xeque; assi porque el mostró deseo de retirarse a éstos reynos y fiarse de mi, en caso que la fortuna le fuese adversa; como porque siendo el mayor, parece que favorecer su parte era favorecer la justicia, y assi está el descuydado de recelarse de mi; pero porqué del humor y condicion de los moros y de su inconstancia no se puede fiar nada, y por otra parte, no se tiene seguridad de que dicho Muley Xeque aya de preualecer contra Muley Cidán su hermano tercero, que es el que ahora posee á Marruecos, habiendo echado de aquella Ciudad á Muley Boaçon que es un Moro principal de gran séquito que la habia ganado del Príncipe Abdalá hijo de Muley Xequé; antes se teme, que por su floxedad, y el brio que el Muley Cidán ha mostrado, pierda lo que tiene y sea forzado á venirse á amparar de mi, como el mismo lo ha dado á entender; pues me ha pedido que le haga acudir con dos navios y que esten prontos para en caso que la necesidad le obligue á retirarse; ha parecido, que en duda de lo que puede suceder; se deue preuenir al daño que resultaria al mi servicio y á éstos reynos, si Alarache cayese en manos de Muley Cidán, que es enemigo capital de cristianos; por la acogida que en aquel puesto tendrán todos nuestros enemigos septentrionales, con los cuales el ha tenido y tiene estrecha amistad y correspondencia; con apoderarnos de aquel puesto y puerto; pues aun el hacerlo, redundará en beneficio del mismo Muley Xeque; porque demás de que estando en mi poder, le servirá de sigura retirada en caso que la fortuna le sea adversa; de alli podrá tener sus intelligencias para boluer á recobrar el reyno, y quando bien le sea favorable y se quede con todo, estando seguro de mi amistad y de que no intentaré jamás cosa en su daño; no le puede ser de ningun perjuicio el tener yo aquella plaza, antes le será util asegurarse que en ningun tiempo el Turco ni otro pueda poner el pie en ella. Y para que Muley Xeque entienda todo esto y se aquiete, ha parecido escribirle la carta que vá con esta, cuya copia se os envia. Conviene que al punto que con la gracia de Dios os apoderaseis de Alarache, se la enuieis con algun moro de los que allí hubiese, juntamente con otra carta que llevareis del Duque de Medina Sidonia con quien el se ha correspondido siempre y vos le escribireis en la misma conformidad.

»Para que los Moros comarcanos se aquieten y aseguren de que se ha de tener buena amistad y correspondencia con ellos, dareis orden que no sólo no se use con ellos

ningun acto de hostilidad, ni en las personas ni en las haciendas; pero se les hagan obras de amistad no tomándoles ninguna cosa y pagándoles lo que truxesen, para que con ello se aseguren y afficionen; pues lo que conviene es el estar en buena paz con ellos; demás de lo cual, será bien darles á entender quan en beneficio suyo es que yo tenga aquella plaza y puesto, por el peligro que pudiera correr de caer en poder de Muley Cidán; que es cosa cierta, que por lo que han servido á Muley Xeque, executaria en ellos su crueldad de que ya tienen experiencia.»

La carta á Muley Xeque á que hace referencia la anterior Instrucción, decia así, según la copia que se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia:

«Aunque de uuestra amistad fio yo tanto, que si estuuiera cierto de que la fortuna os hauia de ser tan fauorable que quedárades con la posesion de todos esos reynos, como los tuuo el Xerife uuestro padre, no tratara nunca de asegurarme de las fuerças y puesto de Alarache; pues lo que á mi y á nuestros reynos nos importa, es que no se haga señor del y dellas ninguno de nuestros enemigos; pero considerando la variedad de los subcesos de la guerra, pues aunque el Príncipe Abdalá uuestro hijo, ganó dos veces con mucho valor la Ciudad de Marruecos de Muley Cidan uuestro germano, al fin la volvió á perder, y que uos mismo habeys siempre mostrado recelo de perder el reyno, pidiendome mandase al Duque de Medina Sidonia os asistiese con nauios en que pasaros á estos reynos con uuestras mujeres, hijos, criados, thesoros, en casso que la necesidad os obligase á ello, y uiendo que aun en medio de las uictorias que haueys tenido haveys insistido en esto, y que si el turco ó Muley Cidan uuestro hermano ó otro enemigo nuestro, se apoderase del dicho puesto y fuerzas, quedárades en peligro de no poderos salvar y de todo punto desahuziado de poder recobrar uuestros reynos; y los mios expuestos al daño que podrían recibir siendo Señor de aquel puesto y fuerças, qualquier príncipe enemigo mio, y en particular Muley Cidan que siempre se ha declarado por tal; entendiendo tambien que aquello estaua a tan mal recaudo, que con facilidad se pudiera él apoderar dello en cualquier casso de disgracia que os sucediera, y deseando prevenir á estos inconvenientes y asegurar uuestro negocio y el mio, por el bien comun de los dos; me paresció obligacion mia procurar la posesión de aquel puesto y fuerza, por todos los medios posibles, y assi embio al Marqués de Santa Cruz, mi capitán General de las galeras de Nápoles, para que con ellas y las de estos reynos de España, Sicilia y Génova, la tome; y esperando en Dios que conseguirá el fin que desseo, é querido avisaros de las causas que á ello me han movido, que son las arriba referidas, y aseguraros debaxo de mi palabra Real, que assi como en esto nó ha habido otro fin, assi podeys estar cierto de mi, que no solo no pretenderé jamás cossa en offensa y daño uuestro; pero os seré verdadero amigo y enemigo de los que pretendieran offenderos; correspondiendo uos de uuestra parte con esta amistad, y si la fortuna (lo que Dios no quiera) os fuese contraria, hallaréis en Alarache la mysma acojida y cortesia que quando estava en uuestro poder, y desde alli estareis á la mano para tratar de recuperar uuestro Reyno, y para que veais cuan Realmente trato con vos, holgaré que tenga effecto el concierto que el Rey mi Sr. Padre hizo con el Xerife uuestro padre de darle á Mazagán en trueque de Alarache, lo cual no llegó á conclusion por hauerlo contradicho sus Alcaydes: yo os ruego mucho os aquieteis y os contenteys de que nuestra Amistad continue, y que la haya entre uuestros subditos y los mios, que con este intento é mandado al Marqués de Santa Cruz, que no solo no use con

ellos de hostilidad, en las personas ni en las haciendas; pero los acaricie y haga buenas obras y lo mismo he mandado á D. Fernando de Añasco á cuyo cargo ha de quedar el gobierno, cargo y defensa de Alarache; con quien espero habeys de tener mucho gusto por la prudencia, valor y buenas partes que en su persona concurren; y junto con esta os aseguro, que Joanetin Mortara no a tenido ninguna noticia de esta resolucion, antes a tratado uuestras cosas con mucho zelo de uuestro servicio, y assí no merece recibir ningun daño, sino antes mucha merced, y será muy buen medio para lo que de aqui adelante hubiesemos de tratar, y quedo aguardando con mucho desseo la respuesta de esta, para saber la resolucion que tomays, que confio será la que de uuestra prudencia se deve esperar: De Lerma á 24 de Julio de 1608.»

APÉNDICE NÚM. 13.

(Pág. 228.)

Mucho se criticó al Marqués de San Germán por su inutil tentativa contra Larache, y en boga estuvo entonces el siguiente

Soneto burlesco.

—¿De donde venis, Joan, con pedorreras?
—Señora tia de c..... Larache.
—Sobrino, ¿fuisteis muchos á Alfarache?
—Treinta soldados, con tres mil galeras.
—¿Tanta gente?—Tomámoslo de veras.
—¿Desembarcásteis, Joan?—Tarde piache
Que en dando un santiago de azabache
Dió la playa mas Moros que veneras.
—¿Luego es de Moros?—Si, señora tia:
Mucha algazara, pero poca ropa.
—¿Hiciéron os los perros algun daño?
—No, que en ladrando con su artillería
A todos nos dió cámaras de popa.
—Salud sería para todo el año.

APÉNDICE NÚM. 14.

(Pág. 235.)

CARTA DE D. LUIS FAJARDO AL SR. PRESIDENTE DON FRANCISCO DUARTE EN 6 DE AGOSTO DE 1614, SOBRE LA TOMA DE LA MAHAMORA.

Toda esta obra se deue á Dios y á su bendita madre, de que doy á V. S. mil parabienes, como tan interesado en ello y dueño de los buenos subcesos que yo tuuiere.

El lúnes dia de Santo Domingo me vi desconfiado de poderla conseguir, en peligro de perder toda la armada, como subcediera si passara mas adelante con la resolucion, y tan desesperado, que diera todo cuanto tengo y lo que puedo sperar del mundo por no me hauer encargado de la jornada, considerando los juicios que se suelen hazer desde una ventana; sin creer que contra el mar no hay fuerças, ni ánimo que baste y que mis pecados deuian de ser mayores que los de los enemigos; pues el cielo les favorescia tanto.

En medio de este desconsuelo, que no podré encarecer á V. S. á lo que llegó uiendo la uarra cerrada con cadenas, y que en la playa no era tratable desembarcase ninguna persona, ni se tiene noticia de que nadie lo haya hecho en la berueria de mas de veynte leguas. Junto al opósito está un fuerte y otras tres trincheras con artillería guardando la entrada. Amaneció el dia de nuestra Señora de las Nieves; que sea bendito y loado para siempre, y dentro de tres horas tuve desembarcados mas de dos mil hombres, el agua á la cinta, sin que muriesen mas de dos, uno ahogado y otro que alli mataron los enemigos; ni se perdiese ningun varco, cossa es que con averla estado mirando no lo acabo de creer. De quinze navios que auia se han tomado los diez, porque los otros se echaron á fondo y quemaron y el puerto es el mejor que yo conozco y se pudiera dezir, que no lo auia bueno ninguno en la Europa, si tuuiera la uarra fondo para galeones muy grandes. Pueden entrar de trezientas toneladas, y urcas de mas de cuatrocientas, como lo es esta en que estoy embarcado y muy lucido vajel con mas de veynte piezas de artilleria. El tocar arma en Salé tan apretadamente, al punto de la desembarcacion, nos dió la vida; porque luego se retiraron la gente de esta banda al socorro y era la mayor parte.

APÉNDICE NÚM. 15.

(Pág. 252.)

BANDO PARA QUE TOMEN SEGURO LOS ALARBES.

D. Antonio de Zúñiga y de la Cueva, Marqués de Flores Dávila, Señor de las Villas de Arenillas y Çisla, el Aldehuela, Castillejo, Villarrubio, el Acebrón y Solera, Comendador de Reyna, de la orden de Santiago, del Consejo de Guerra de S. M., que por su mandado sirvo el cargo de Gobernador y Capitán General destas plaças de Orán y Mazarquivir, Reinos de Tremecén y Tenes etc. etc.—Por cuanto habiendo considerado lo que importa al servicio de su Magestad, beneficio de su real Hacienda y buen gobierno de los Alarbes deste reyno, poner órden en el exceso que al pressente ay en disimular y ocultar los Xeques que toman siguros, gran cantidad de tiendas, demás de las que se le permiten tener por los dichos siguros; á que es justo no dar lugar por muchas consideraciones del servicio de su Magestad y beneficio de su real hacienda; he resuelto dar á los Xeques los dichos siguros en la forma siguiente:

Por cuanto por parte de vos........ se me ha hecho relacion que deseais servir al Rey nuestro Señor y vivir debajo de su real hamparo, y que para ello me aueis pedido que os de siguro para un aduar de........ tiendas; que prometeis y ofreceis de guardar la fidelidad que se deve á el servicio de S. M. y á toda la gente de guerra que militan debaxo de sus reales vanderas, y porqué de vuestra persona me hallo informado que cumplireis con buestra obligación; he resuelto de concedérosle, y assi os doy licencia para que tengais el dicho aduar de vuestros deudos, escuderos, pastores y gañanés, con que no crescan ni recibais sobre el dicho, ningunas tiendas de cualquier calidad y condicion que sean, ni de los çafinas de Xafa y Gamayan [1], que estas no las aveís de poder admitir por ningun caso sin expresa licencia mia, y queriendo algunos de uuestro linage ó parcialidad agregárseos con sus tiendas, los podáis recibir; con que dentro de cuatro dias primeros siguientes me deis avisso dello, traiendo este mi siguro para que se cresca con el número que se crece y teneis en buestro aduar, que de ordinario haveis de tener todos juntos; y si por algun casso combiniere que se dividan, aveis de avisarme para que tenga noticia de los sitios y partes donde están y que número; porqué se excusen los daños é ynconvenientes que podrian resultar de no tenello entendido: con declaracion, que lo contrario haciendo, en todo ó parte faltando á las condiciones de este siguro, no es mi

1 Gamayan ó Amayan; pues de ambas maneras se encuentra escrito.

ánimo concedérosle, ni os lo concedo; sino que os dexo en tal estado que estabais antes que me lo pidiérades y os le concediera, y como tal enemigo, a vos y á todos los de vuestro aduar os declaro desde luego por de guerra, sin que para teneros por tales seha necessario hazer otra deligencia mas que la comprobacion que yo mandare se haga de aquello en que hubiérades faltado contra las condiciones de este mi siguro, las cuales os son notorias por el vando que por mi está mandado publicar en esta saçon y la noticia que os han dado dello los interpretes de la lengua arábiga. Y por la gracia que os hago de concedérosle, habeis de pagar por uía de contribución de *romia*, á raçón de sesenta doblas por cada treinta tiendas, de las cuales se os reservan diez para las personas privilegiadas entre vosotros, que son cinco mas, que por lo passado se os concedian francas, y os hago esta gracia, por aver sido ynformado de los oficiales reales destas plazas y de las lenguas yntérpretes de la arábiga el ecceso que habia en tener mas tiendas de las permitidas que no pagaban *romia* y redundaba en fraude y menoscabo de la Real Hacienda, viniendo á ser por esto, menos el número de los aduares y haverles parecido que combiene remediarlo en esta forma, prebiniendo los dichos ynconvenientes y daños con esta nueva permision y gracia que os hago, para mas obligaros y justificar el castigo que en vosotros combiniese executar en el dicho ecceso de tiendas demás de las permitidas; y al respecto, si fuesen de mas número, habeis de pagar las dos partes de trigo y una de cebada, á los precios que hiciere la cosecha venidera del año del Señor de mill y seiscientos treinta y tres, á mí ó á quien me subcediese en este cargo, que habeis de entregar en los magacenes reales con ynterbencion de veedor y contador de Su Magestad en estas plaças; y porque aceteys el dicho siguro con las condiciones referidas y aveis prometido de cumplillas todas, sin que por vos ni por la gente de vuestro aduar en cuyo nombre lo pedis, en ningun casso de los expressos pueda alegar jnorancia y que el dicho Xequc no os pudo obligar á las penas y daños que lo contrario haciendo os puede sobrebenir por culpas generales ó particulares de la gente de vuestro aduar; por tanto ordeno y mando á los alcaides, sargento mayor, capitanes y soldados de guerra destas plaças y á los Ministros de su Magestad en ellos y demás personas á mi sujetas; no hagan molestia, vejacion ni agravio en vuestra persona, ni daño en los ganados y haciendas; antes todo buen tratamiento, como á vasallos del Rey nuestro Señor, en cuyo nombre os doy este mi siguro, que es mi boluntad que os valga hasta fin de Agosto del año del Señor, primero venidero, de mill seiscientos treinta y tres; y si de los delitos y causas que entre bosotros se ofrecieren, quisiéredes ser juzgados por mi á buestros fueros y costumbres; os lo ofrezco assi, y de tomar por acesor un cadi de vuestro linage ó de los aduares mas sircuuvezinos; pero se os advierte, que en los casos de crimen en que incurriéredes, aveis de ser castigados conforme las leyes que su Magestad tiene establecidas en Castilla y porque tengais entendidas las condiciones con que os doy este siguro; ordeno y mando á uno de los intérpretes de la lengua arábiga, lo tradulgan en ella y que se tome raçón en los libros de la veeduria y contaduria de su Magestad, que assi conviene á su real servicio. Dado en Orán á veinte de Octubre de mill y seiscientos treinta y dos.

Y porque combiene que lo contenido en el dicho siguro sea mas general y cumplidamente notorio á los dichos moros que lo tomasen, los quales an de guardar sus condiciones sin yr ni contravenir en todo ó parte á ellas; porque al punto que lo hicieren, quedará anulado y de ningún valor ni fuerça, por no ser mi intencion el

concederselo si contrabienen á lo que en el va expressado; por tanto ordeno y mando al Capitan y Sargento Mayor D. Carlos Ramirez de Arellano, lo haga publicar en forma de vando en los postes y lugares acostumbrados ante el escribano del Cabildo que dará fee de ello y á el Capitan D. Gil Fernandez de Navarrete y Sotomayor y Aron Cansino lenguas intérpretes de la arábiga, lo tradulgan en ella y lo hagan fixar en los puntos de Tremecén y Canastel y de todo se tomará la raçón en los libros de la Veeduria y Contaduria de estas plaças. Dado en el Alcaçaba real de Orán á veinte y uno de Octubre de mill y seiscientos y treinta y dos años. El Marqués de Flores Dávila. Por mandado del Marques mi Señor, Gabriel Perez del Varrio Angulo.

Certificación de seguro.

Doy aman y siguro á Mostafa Ben el caleb, Alcayde de la Mahala de Tremecén, para que libre y seguramente pueda estar con ocho tiendas y quatro gaytónes de mahala, en Jazcla, onze leguas de las plaças; aziendo lo que tiene que azer, sin causar ynquietudes ni revueltas en el Reino, y es mi boluntad le balga por veinte dias desde la fecha de este aman, con condicion que no a de bajar á Meleta con la mahala (ni parte della) donde están los matamares de los de Uled abdala y las zafinas de Jafa y amayán sin horden ó permision mia, de que tomarán razón los Oficiales reales: en Orán á 21 de Agosto de mill y seiscientos y treinta y seis años.—Señalado con la rúbrica del Marqués de Flores Dávila.—

Nota. Segun certificacion original de D. Thomás de Silva y Sotomayor, Veedor de las plazas de Orán y Mazalquibir, Reynos de Tremecén y Túnez, dada en Orán á 1 de febrero de 1637, concedió el Marqués de Flores Dávila en el año anterior 168 cuartos y 5 tiendas de seguro, inclusos en ellos 30 cuartos (de 15 tiendas cada uno) que tuvieron las zafinas de Jafa y Amayán, que algunos años no tomaban seguro, «reputándose villanos de la plaza.»

Segun otra certificacion del mismo, de 19 de Enero de 1640, en 1639 dejó el Marqués 77 cuartos y cinco tiendas aseguradas: cinco cuartos eran para Morabitos, que computándose cada cuarto á razon de 30 tiendas, pagaban 150 doblas de oro moriscas, reguladas á 8 reales de plata cada una. Los 72 cuartos y cinco tiendas restantes, de Caballeros, Escuderos y villanos, pagaban *romia* en trigo y cebada por valor de 2.170 doblas.

Para el año 1640 habian tomado seguro 174 cuartos y 10 tiendas. Un seguro comprendia 60 tiendas y lo dividian en medios y cuartos, que se miraban como la unidad, siendo las tiendas, fracciones de ella.

APÉNDICE NÚM. 16.

(Pág. 252.)

ARBITRAGE ENTRE LOS ALARBES.

El Marqués de Flores Dávila del Consejo de Guerra de su Magestad, etc., etc.— Por cuanto estando las parcialidades de Uled-muça, Ben-Audalá y Uled-aruia desavenidas y con enemistades muchos dias habia, y considerando lo que conviene al servicio de su Magestad por el bien comun de estas plaças, que sehan amigos; mandé llamar á los cabeças y algunos cavalleros de las dichas parcialidades para hacerlos amigos, y aviendose convenido en mi presencia, con asistencia de los oficiales reales y los interpretes de la lengua arábiga, se hicieron las amistades conformes, en que el Moro ó moros ó aduar que diese principio á nuevas discordias y disensiones entre dichas parcialidades, y que sin orden mia, diere favor y ayuda á ninguna de la de Uled-Soliman y Ben-muça, que han empezado á tener entre si diferencias y enemistades, les diese yo por de guerra; y porque de más de averlo pedido ellos assí por conbeniencia suya, paresce servicio de su Magestad hacerlo; por tanto, desde luego lo doy y declaro por de guerra á cualquiera moro que contraviniese á lo que queda sentado en mi presencia en conformidad y cumplimiento de lo referido. Y para que llegue á noticias de todos y nadie alegue falta della, ordeno y mando al Capitan D. Carlos Ramirez de Arellano, Sargento Mayor destas plaças, lo haga publicar en la forma y partes acostumbradas, en presencia del Escribano de cabildo que de ello haga fee, y los interpretes de la lengua arábiga lo traduzgan en ella y fixen en la puerta de Tremecén, de que tomarán razón los oficiales reales. Dado en el Alcaçaba real de Orán á 24 de Febrero de mill y seiscientos y treinta y cuatro años. El Marqués de Flores Dávila.—

APÉNDICE NÚM. 17.

(Pág. 252.)

BANDO EN QUE SE DECLARA LA GUERRA Á UNOS ALARBES.

El Marqués de Flores Dávila del Consejo de Guerra de su Magestad, etc., etc.

Por quanto teniendo Hamete B. Caid, caballero de la parcialidad de Uled-sayer y cabeça della, diferencias y enemistad con los caballeros de la parcialidad de Uled-mussa-ben-Solimán, turcos de Tremezén y muchos moros de Uled-Talha, contra el dicho Hamete B. Caid y teniendole oprimido y despojado de sus tierras, muy cerca de echarle del Reyno; me bino á pedir le amparase y favoresciese con las armas de su Magestad, no habiendo entrado en estas plazas desde el tiempo que las gobernó el Sr. Duque de Maqueda hasta el presente que ha entrado algunas veces, y paresciendo bien por el estado en que respecto de lo dicho estaba el reyno.—Entonces, y por hacerle merced al dicho Hamete B. Caid, por haberse venido á baler de mi en esta forma dicha; sali con la mas parte de la gente de guerra de estas plaças á los hamues (*sic*) de Meleta, contra los dichos sus contrarios, los quales habiendolo sabido, antes de llegar yo al dicho sitio con las vanderas de su Magestad, se rehalaron (*sic*) 1 huiendo con sus aduares de Gabel, que es el sitio donde estaban, la vuelta de Caidor, quedando el dicho Hamete B. Caid ocupando el lugar que ellos dexaron y sustituido en lo que pedia y deseaba, y habiendo continuado el ampararlle y tratádole con demostraciones de particular favor y voluntad y el mostrádose obligado y reconocido, y estando en este estado sali á hacer jornada en unos aduares de moros de guerra de Ben-imahagal, dependientes del Morabito Ci-elí-Belhebdeli, que estaban 16 leguas destas plazas, en un sitio que llaman Tilua y passando por los aduares del dicho Hamete B. Caid y de algunos hermanos suios que no habian tomado siguro para este año; para mas obligarle al servicio de su Magestad, no di en ellos, pudiendolo hacer con toda justificacion, y hice la jornada en uno de los dichos aduares del dicho Morabito, y debiendo estar el dicho Hamete B. Caid reconocido y obligado por todo lo referido; no solo no lo ha hecho, sino que se ha declarado contra estas plaças, negandoles la obediencia é inquietando al Reyno, solicitando y procurando que muchas parcialidades le sigan y rompan los siguros de que goçan, á que han respondido que no tienen ni han visto en el gobierno presente cossa ni raçon que les obligue á ello, y ansi se han apartado del y dió en las Zafinas de Jafa y Hamayan que estauan ocho leguas de estas plaças, sembrando en las palmas, juntamente con los cavalleros de Uled-arvia que les hacian guardia y les robó mill y ochocientas cabeças de ganado menudo y algunos camellos y bueies y mató á

1 Quizá, recelaron.

Buxija, moro de la dicha Zafina de Hamayan; como todo eonsta por informaeión que por mi mandado se ha hecho ante D. Antonio de Molina, alealde mayor y auditor general de estas plaças y Luis de Cereceda eserivano públieo de ella, que aqui se hallaron presentes; D. Diego Ximenez de Vargas, Contador de su Magestad, y el eapitán D. Gil Fernandez y Haron Cansino, intérprete de la lengua arábiga.

Por tanto, para castigar al dicho Hamete B. Caid eon la justifieaeión y demostraeion que conviniere y el easo pide, para que assi tengan exemplo y escarmiento los demás Alarves deste Reino; desde luego deelaro y doy por de guerra al dieho Hamete B. Caid y á todos los de su pareialidad y á los de los aduares que de otras eualesquiera se hubiesen juntado ó juntasen eon él, en desobediencia de estas plaças, faltando al siguro que de ellas tienen tomado, sin que para tenerlos por tales de guerra seha neeesaria otra diligeneia mas que de la informaeión y este vando. Y assí justifieado y precisamente dado por de guerra al dicho Hamete B. Caid y por ser moro inquieto reboltoso y presumido, y ya por esto aborrecido de los de este reino, y assi mesmo porque se le ha permitido á ningun Xeque, eaballero eomo él, que es goçar siguro sin pagar *romia;* grande y sentida diferencia de los moros eaballeros de este reino, y que se haee menos útil á estas plazas, y no siendo él ni sus pasados de los que mas servieios an heeho á ellas, antes en diferentes ocasiones y tiempo se ha heeho y sido de guerra; durante el tiempo que ansi lo fuere; como por tal se dá y se deelara en este bando; á qualquiera persona de eualquier nacion ó calidad que sea, que preso lo trajere á estas plaças ú muerto, su cabeça; se le ofrecen y darán mill doblas, y al que habiendolo muerto no pudiera traer la dicha cabeça probando ser eierto haberle muerto él, se le daran quinientas doblas; y para que llegue á notieia de todos y ninguno pretenda inorancia; ordeno y mando al Capitán D. Carlos Ramirez de Arellano, Sargento mayor de estas plaças, lo haga publiear en la forma y partes aeostumbradas, por ante el Eserivano del Cabildo que de fee de su publieaeion y el Capitán D. Gil Fernandez de Navarrete, y Haron Cansino intérprete de la dicha lengua arábiga la tradulgan en ella y fixese en las puertas de la ciudad, y á los Veedor y Contador de su Magestad, tomen la razón en sus libros deste dicho vando, que asi eonviene al servicio de su Magestad, y heeho, se me buelva original; para cuyo efeeto lo mandé despaehar firmado de mi mano y sellado con el sello de mis armas y refrendado del mi infraserito Seeretario, en Orán á 18 de Henero de mil y seiscientos y treinta y tres años. El Marques de Flores Dávila. Por mandado del Marqués mi Señor, Gabriel Pz. del Varrio Angulo.—Vando en el que se da y declara por de guerra á Hamete B. Caid eauallero y eabeça de la parcialidad de Uled-Sayer y á los demás de ella y los de los aduares que de otras qualesquiera se hubiesen juntado ó juntaren con el.—Fee:—en 18 dias de Enero de mill seiscientos treinta y tres años, en cumplimiento de la orden atrás eontenida, se publicó este vando asistiendo á él Don Carlos Ramirez de Arellano, Sargento mayor de estas plaças y D. Gareia de Navarrete ajudante de la gente de guerra, y otras muehas personas, xyanos, moros y judios y io el eserivano del eavildo; de que doy fee; siendo testigos, el alcaide Miguel de Pedrosa y Juan Bautista Garrastegui y Martin Serrano veeinos de Orán.—ante mi —Pedro Serrano eseriuano mayor del eabildo. Tomose la razon del vando precedente y de su publieaeion en los libros de la Veeduría y Contaduría de S. M. destas plazas de Orán, en 20 de Henero de M. D. C. XXXIII años.—D. Ximenez de Vargas.— Juan Garcia Bonal.

APÉNDICE NÚM. 18.

(Pág. 253.)

AJUSTE DE LA ROMÍA.

Segun una relacion original, del Capitán D. Gil Fernandez de Navarrete y Yaho Zaporta, Interpretes arábigos, de 6 de Febrero de 1634; habiéndose concluido las diferencias de las parcialidades; á invitacion del Marqués acudieron los cabezas en 20 de Julio anterior á hacer el precio de la romía. Fueron los de Uled-Muza; Ben-Abd-Allah, Uled-Arvía, Uled-Jubara, Uled-Brahen, los alajeses de las Zafinas de Xafá y Gamayán con muchas tropas de caballeria y subiendo á la Alcaçaba y recibidos agasajadamente por el Marqués, hízoles ver las ventajas y beneficios que les proporcionaba la paz y lo mal que les iba de estar en guerra, y les exhortó á que señalasen á precio moderado la romía: todos le respondieron, que harian la voluntad de S. E. y convinieron en traer á 8 rs. las tres fanegas de trigo y las seis de cebada, «regaloles S. E. y mandó se repartiese entre los dichas cabeças y demás caballeros, el dinero que en semejantes ocasiones se acostumbra á cada uno.» Al cabo de poco tiempo llevaron grandes cantidades, procurando aventajarse cada parcialidad, y hasta la de los Uled-Muza-ben-Solimán que no asistió, y era la de mas poder y estimación entre los Alarbes; llevó la suya al mismo precio.

APÉNDICE NÚM. 19.

(Pág. 253.)

RENTAS Y PROVISIONES DE LA PLAZA DE ORÁN.

Por eertifieaeión dada en 28 de Mayo de 1632, por el Veedor y Contador de Orán; euyo original se halla en la Real Biblioteca de la Aeademia de la Historia; resulta que las rentas de la plaza las componían:

1.° Los dereehos de las Rentas Reales perteneeientes á su Magestad en la eiudad de Orán.

2.° La eontribueión que llamaban *temín* que pagaban en grano los Moros villanos del reyno, a quienes se daba seguro.

3.° Lo que proeedia de las penas en que eran eondenados por delitos.

4.° El servieio llamado extraordinario que pagaban en dinero, quando no tenian trigo ni eebada, eon que llevar sus *romías*, por falta de eoseeha.

5.° El dereeho de la permision de poder sacar trigo y eebada en años que en Berberia ay abundaneia.

6.° El Aleavala que paga la nacion hebrea, de las mereaderías que eontrata.

7.° Los estaneos de poder vender por menor por una mano, tabaeo en rollo y en polvo.

8.° El poder eomprar por una mano, el eerote que viene de Berbería.

9.° Los quintos de jornadas y presas por mar.

10.° Los rescates de los eautivos.

11.° El premio por el cámbio de plata por oro.

12.° La venta de Moros mostreneos.

13.° Las multas que se imponen á varias personas.

14.° Algunos donativos de Moros.

De otra eertifieaeion de 23 de Enero de 1636, librada por el Veedor y Contador de Orán, apareee: que la eáfila de Abra, en 15 del mismo, entró en la plaza 615 eargas de trigo y eebada y 118 eargas de higos que importaron 25,460 rs. vn.; que se pagaron, 20,000 en dinero de S. M. y el resto prestado, bajo la palabra del Gobernador Marqués de Flores Dávila, á varios veeinos de Orán, Cristianos, Moros y Judios á quienes se debian ya hasta 47,943 rs.

El trigo se eompraba á 12 rs. fanega y la eebada á 8.

La guarnicion eonsumia mensualmente, 1500 de trigo y 600 de cebada.

Entre viudas y huérfanos se repartian ademas 300 fanegas de trigo, mensuales.

Desde 6 de Abril de 1628 en que principió á servir el eargo de Gobernador y Capitán general el Sr. Vizconde de Santa Clara, hasta 9 de Febrero de 1632 que tomó

posesion el Sr. Marqués de Flores Dávila; se trajeron de España para la compra de provisiones de trigo y cebada, 652,409 rs. en moneda de plata, por la via de Málaga y Cartagena.

Durante la gobernación del Vizconde murieron 76 caballos; doce de ellos, en una salida que hizo el 24 de Diciembre de 1629; gastándose en la remonta 40,469 rs. vn.

Se pasaron á los Moros en los cuatro años, 85 soldados.

D. Tomás de Silva y D. V. Ximenez de Vargas, Veedor y Contador de Orán, certifican en 28 de Mayo de 1832, que ademas de lo de romía y temín, se enviaron de España á Orán para la compra de trigo:

En 1618	43.644 ducados.
En 1619	45.000
En 1620	50.000
En 1621	30.000
En 1622	46.000
En 1623	46.000
En 1624	46.000
En 1625	46.000
En 1626 para Orán Melilla y el Peñón	40.000
En 1627 para id. id. id	30.000

Segun parecer de los Veedor y Contador Ximenez de Vargas y Garcia Bonal, firmado en 26 de Mayo de 1633, se necesitaban anualmente para Orán y Mazalquivir, unas 25,800 fanegas de trigo y 12,500 de cebada.

APÉNDICE NÚM. 20.

(Pág. 253.)

JUICIO DE RESIDENCIA DEL MARQUÉS DE VELADA.

RESPUESTAS Á LOS CARGOS QUE SE LE HICIERON DE SU GOBERNACIÓN EN ORÁN, POR EL LICENCIADO JUAN DE MENA, Y ANTE HERNANDO GARCÍA [1].

D. Antonio Sancho Dávila y Toledo, Marqués de Velada y San Rromán, Señor de la casa de Villa Toro y Comendador de Manzanares, Gobernador y Capitán general de las plazas de Orán y Mazarquivir, rreynos de Tremecen y Túnez; rresponde á los 32 cargos que en la visita general a hecho el Vizconde de Santa Clara, de su Consejo de Guerra, á cuyo cargo están las fuerzas de Orán.

CARGO 2.º

Que prendi á Berroqueya, caballero moro caveça de la parcialidad de Maymón, viniendo á pedir siguro, como lo tenian los demás de su parcialidad, que fué preso á dos leguas de Orán en los aduares de las Zafinas de Moros de paz, con lo qual assí los de su parcialidad, como los demás del Reyno, sintiendose por agraviados se pussieron en arma, con que cerró el comercio y entrada en las provisiones: que le rescaté en dos mill y novecientas doblas de á 8 rs, sin averle echo causa ni expresar la que tuve para acerle esclavo.

Rrespuesta.—El Berroqueya era cavallero hijo de Ximentel, caveça de una parte de dos en que se divide la parcialidad de Uled-Maymón, la que mas cerca de Tremecén tiene sus tierras; y habiendo tomado siguros de S. M., no solo los de otras parcialidades que abitan aquellas tierras, sino muchos de su linaje; el dicho Berroqueya no lo quiso, antes obrando con inquietud concitando los demás; para cuyo remedio me hallé obligado á tratar del modo con que averle á las manos. Tuve noticia que enamorado de una mora con quien despues se casó, que es sobrado indino para saber que vino á esto solo con el secreto y el cuidado en que sus delitos le habian puesto; envié á Aron Cansino hebreo, lengua de S. M., con Almogataces que le prendieran y con recelo que seria poca fuerza fué alguna infanteria, que solo sirvió de traerle, por estar ya preso. Admiti el moro por mi esclavo, en virtud del de-

[1] Ponemos sólo los cargos y respuestas que revelan la administración y política seguida por los Gobernadores de Orán con los Moros de paz. El original se encuentra en la Real Academia de la Historia.

recho que tuve á éste género de esclavos, sin ponerle yerros, ni á el ni á su escudero y sustentandolos ambos en la parte donde suelen estar los que son de estimacion; honras que miraban al fin que tuvo esta prision; pues dentro de pocos dias obligó á que los Alarbes tratasen de su rescate; plática en que no hablaran, si no le juzgaran por ligítimo esclavo y tan de guerra como en el cargo se refiere. El contrato del rrescate se hizo en los dichas dos mill y novecientas doblas y un dia que sali á campaña contra los Benarages; en cuya sazón Amete-ben-Çaid, el moro de mas séquito de la Berveria, por mano del Capitán D. Hernando de Navarrete prometió servicios á S. M. y fineza en ellos, por la libertad del dicho Berroqueya: entreguéselo á él y su escudero sin algun interés, honrandole tanto que le di un capellar; circunstancia en que miran mucho aquellos alarves; siendo costumbre en aquellas plaças, que cuando alguna parcialidad ó Moro principal del reyno pide algun esclavo, se compre por la rreal cuenta; pero yo no seguí este ejemplar en esta ocasion ni en otras muchas de tal calidad; porque atendí al servicio de S. M. en la quietud del rreyno; especialmente cuando consestia en el desprecio de mi utilidad: deste caso no se siguió daño en general ni en particular á la real Hacienda ni á ningun vecino, ni cesó provisión; antes el dicho Amete-ben-Çaid, que por la distancia que está de Orán y los muchos que le siguen de su parcialidad y de otras, tiene particular rrazón de estado de no entrar en las plaças, tratando todas las materias de los suyos con soberanía; entonces la prision del dicho Berroqueya le obligó á ceder en estas atenciones y á disponer, que muchos que estaban de guerra tomasen siguro, y lo mesmo hizo el dicho Berroqueya; de lo cual aumentaron los asuntos rreales y quedó todo el rreyno en gran sosiego y quietud, y estuve tan lejos que se me pudiera hacer cargo de este suceso, que entre los servicios que hice en las dichas plaças, fué uno la prision del dicho Berroqueya y darlo graciosamente en aquella ocasion, sin que de las dichas dos mill y novecientas doblas hubiese cobrado mas de trescientas, siendo mas la costa que tuve en sustentar á él y su escudero y cavallos.

CARGO 26.

Que en la administración y cobrança de la rromía y temín, derechos que los Moros pagan á S. M. por los siguros que se les dan, por estar en los contornos de las plaças y sembrar en ellos; no se tuvo el cuydado que se debia en su cobrança; por que teniendo cada aduar de quarenta á cincuenta tiendas, solo se cobran á de doce, poco mas ó menos, y que la diferencia que iba de un número á otro era en mucho daño y pérdida á la Rreal Hacienda.

Rrespuesta.—Este cargo, le confiesso, mas yo me le debia hacer á mi; pues usando de calumnia de tiendas de más, podia legitimamente por mi interés en las cabalgadas y salidas augmentar en mas de cuarenta mill ducados y desacreditar y disminuir el caudal que S. M. tiene en aquellas partes totalmente: que esto sea assí, se conosce de las provisiones que yo hice en mi tiempo, quitándome este progreso y de las que se han hecho despues acá y la de este presente año; y con esto solo le queda al cargo que se me hace, de realidad; que me quité lo que me podia tomar, porque S. M. tuviese lo que tenia menester, y tuve tanto desvelo y cuydado en esto, que para que se vea mi mucho celo en servicio de S. M. y el desprecio de mi interés, no puedo dejar de decir, que habiendo cobrado de muchos aduares, cavalleros y

villanos la rromía, y aviendoseme hecho fuertes alguna parte de aduares de la parcialidad de Uled-Zaher y retiradose á tres leguas de Tremecén, sagrado que ellos tomaron para eximirse de la paga, como lo suelen y acostumbran acer y an echo en muchas ocasiones que se les........ ; tuve noticia del retiro y guardando mucho secreto, di orden de mochila por cuatro dias, salí con la gente de guerra, marché la vuelta del puesto que estaban, sin saber nadie mi disinio, llegué al sitio en que les allé, siguros de que nadie les pudiese enquietar, sería dos oras antes de la mañana, cerquelos con la gente, hice que diferentes soldados pláticos les reconociesen y visasen sus asientos, entretuve la gente que estaba deseosa de saco y mormuravan muchos, que perdian y yo les quitaba el mayor interés que avian tenido, vino amaneciendo y la gente cresciendo la desesperacion de malográrseles tan lucida ocasion, llegó el dia, los moros alborotados del caso impenssado, se pusieron en huida, cubriose la campaña de cavallos que hacian guardia al retiro de sus mujeres y hijos; yo tuve la gente oprimida sin dejar que ninguno llegase á las tiendas, llamé á los moros alterados, con la usada señal; no se sosegavan ni atreviyan á venir á hablarme; envieles Mogataces que les digesen podian llegar á la gente sin recelo, pidieronme con estos, les diese un guante por siguro; cosa de que ellos se fian; dísele y vinieron á verme y estando juntos en presencia de la gente de guerra, les dije: Bien avreis echado de ver por este suceso, que he podido cautivaros y rrobaros sin que nadie me lo haya podido estorbar, y que lo teniais justamente merescido, pues no habeis cumplido con las obligaciones de nuestro siguro; y yo, teniendo mas atención á vuestra conservacion que á mi interés, he querido daros á entender, que no os puede valer contra las armas de S. M. ninguna fuerza ni retiro, y que pueden llegar á las partes que vosotros teneis por mas siguras. Quedaron convencidos y temerosos en tanto grado, que pagaron con mucha puntualidad, rretireme dellos y la gente mal contenta por el trabaxo que habian pasado, sentian el interés perdido, y porque en tales ocasiones desfalecen y no marchan con el ánimo que quando traen pressa; se le puse con decirles, que yo habia salido á castigar á alguna parte de aquellos moros y que eran en tan poco número, que quando se lograse el suceso no les podia tocar á ocho reales de parte, que yo se los daria por via de socorro: animaronse, llegué á la plaza, busqué dineros y cumplíles la palabra. Este discurso he echo para que se entienda lo que miré por la conservacion de aquellos alarbes: y por dar satisffacion á lo que me queda de cargo, digo: que el modo de tributos que alli ussan tiene dos partes; la una es que los caballeros toman siguro para un aduar de tantas tiendas, de cada una de las quales tienen obligación de dar á S. M. en su magasen, tantas doblas de trigo y tantas de cebada, las quales no son graciosas, sino que se las pagan de dinero de S. M., al precio que se a echo con ellos aquella cosecha; el otro, pagan los villanos y es demás del que pagan los cavalleros, como que dán en féudo tantos celemines de pan, de cada arado de los que siembran, y á este tributo llaman temin y el liquidarlo y ajustarlo toca á las lenguas y la cobranza á los officiales del sueldo; con que queda entendido que el General no tiene en esto parte: de lo que de el cargo mira; si rreservo de la rromía no cobrando por entero; esto se satisfface con lo que queda dicho y con decir que el Gobernador, á estos alarves no se ajusta como el cobrar las alcavalas y erbajes de España: es gente que puede mucho con ellos el agasaxo y que de no acersele, en una ora no son vasallos; porque cargan sus aduares y se retiran al Turco que siempre procura quitarlos á los

Cristianos y muchas veces con las armas, y es mejor con el buen trato fixar quatro derechos, que no aventurar ciento dudosos; demás que llega un Xeque y pide un siguro para veinte tiendas y tiene quarenta, paga de las veinte y se reserva las ottras. Por esta causa, aunque lo cita la condicion del siguro hubiesen de hacer jornada, nadie le tomaria y assi se ha experimentado despues que yo salí de aquella ciudad; pues por falta de atencion se le ha siguido á S. M. en su rreal hacienda gran daño; pues siendo la cosecha de aquel año mucho mas aventaxada que la de los dos años de mi gobierno, no han podido dar las rraciones de trigo á la gente, si no es aviendolo traido de España, á tan subidos precios, que si se le hubiera de acer las cuentas que el me a echo para hacerme cargos, se conoceria la diferencia; pues hice dos provisiones con mucha falta de dineros, á precio la primera de 57 mrs. la ffanega de trigo y á 28 mrs. la de cevada; que los moros estuvieron con temor y respeto á las banderas de S. M. y la plaza estubo muy proveyda de todo lo que oy le falta.

CARGO 27.

Que llevé á la plaza dos Moros rrehenes de paz de los de Uled-avdala llamados el Abaz-ben-Hamú y Mahomete-ben-Belgasén, soltando otros dos de guerra que hirieron en el campo al Alferez Benito Hernandez y Salvador Rrubio soldado; los cuales rrehenes vendi a S. M. en mil rreales de á ocho, suponiendo que eran de Yaho Çaportas, no siendo esclavos, sino rrehenes, y tocando la pena que debian tener, a S. M.; no los hice proceso y que los di con los de guerra, para que la Zaffina pagase la ganancia al Turco, en que intervinieron paños y otras cossas, y que esta cantidad se cobró de su Magestad en plata doble.

Rrespuesta.—A este cargo se contesta confessando el número de las personas y negando el de las calidades. No fueron rrehenes, siendo esclavos y atribúyeseme accidentes en la paga que me son de alabanza y no de culpa, como se verá en lo que sigue. Entre los Capitanes generales que an governado aquellas plazas, avido diferente opinion, concediendo unos permision á los alarves de siguro para que tomasen la xequia del Turco, en su caveza y se obligasse por ssi a cobrar un género de tributo que alá se llama *garrama*: el General que no lo consiente, dará su rrazon; pero yo lo allé permitido por mis antecesores y no solo lo seguí por esto; mas soy de parecer que conviene, y en mi tiempo fué necesario.

Este tributo se paga por cantidades rrepartidas en todas las parcialidades del Rreyno cargando la mayor suma á los villanos, que son dos parcialidades por nombre las Zafinas de Xaffa, y Amayán, los más vecinos y domésticos á Orán y que ordinariamente meten todos los bastimentos para el sustento de aquellas plazas, y tan afectos á ellas, que conservandolos con esta atencion, rrara vez dexan de ser tan leales, que se pueden reputar por vasallos. Y al de al de la ciudad pagan por su rrepartimiento, como queda dicho, cierta cantidad. Supongamos que sean dos mill doblas: este año de 628 quisieron los que tenian la Xequia que pagasen tres mill; no tenian caudal como dar satisffacion, de que era fuerza moverse inquietudes en el Rreyno; porque los cavalleros avian de ser obedescidos de los villanos ó les arían guerra; con que era fuerça que los villanos se rretirasen entre Orán y Mazarquivir, sitio corto para ellos y sus ganados, perdiendolos por la falta de pastos y otros muchos accidentes que se siguen á estos inconvenientes, que uno dellos se levantara,

para poner mucho cuidado en escusar tantos daños, que cra faltar enteramente el comercio y la provision. En fin, suponiendo que los villanos no tenian con que pagar y que era fuerza y convenia que pagasen y que los cavalleros mc pcdian graciosamente estos dos esclavos y se les avian de dar por el servicio de S. M.; no se ofreció otro modo de composesion, que la que tomé contra mi en materia de maravedies y fué poner estos dos esclavos en poder de Yaho Çaportas y mandar á los officiales de su Magestad los comprasen por su Rreal cuenta y les diesen á los caveças dcl rreyno por merced que en su nombre se les hacia, y el dinero que procedió de estos esclavos, dí permision á dicho Yaho Çaportas que el por ssi, le diese á las Zafinas graciosamente por acellas amistad; con que quité el mal sonido que tuvicra, si de las arcas rrcales diera á los villanos moneda con que pagar el tributo al Turco: con esto sc consiguió la quietud que sc deseaba y quedaron contentos los cavalleros y villanos y yo solo cl perdidoso en los esclavos con que he satisfecho al interés. Aora trataré dc ligitimar el derecho que tuve á estos dos esclavos, y es que estando en campaña haciendo guardia á los moros de paz en sus mismos aduares la infantcria, y conmigo la cavalleria, una legua apartados dellos; me avisaron que Aron Cansino, lengua de S. M., habia topado dos moros de gucrra en uno de dichos aduarcs y defendiendosse por no ser pressos, se mostraron tan de guerra que puestos en defensa, hirieron un Alferez y otro soldado aventaxado antes que les prendiessen: llegué con la mayor brevedad que pude, rrecoxí los dos moros trayendomelos por esclavos; a cuya sazón los dichos dos que cita el cargo se offrecieron por esclavos á toda su voluntad, porque dexase libres á los dos referidos delincucntcs y de guerra: esto se trató conmigo por mano del Capitán D. Hernando de Navarrcte, vinicndo marchando todos juntos la vuelta de Orán y persuadiendome los moros á ello, y para que estos dos no ignorasen nada, les dixe muchas veces: que se entregaban por tan esclavos mios y tan á mi dispossicion y voluntad, que quando quisiesse los cnviaria á vender á España; condicion que ellos aceptaron voluntariamente expuestos á todo rrigor; y en esta conformidad dí libertad á los dos primcros y ttruxe los sigundos, sin forma de rrescate ni sombra de rrehen. Este es el echo y el modo como hube estos esclavos y si son ligitimamente mios ó no, toca gencralmente al cargo que se me ace de aber aplicado para mi, los mostrencos; á que se a satisfccho y respondido en su lugar.

CARGO 31.

Que siendo venido á la plaza un moro cavallero de los Vled-Brahen á pedir siguro para dos aduares de los del Xeque Buscid-de-Beniagub que estaban sentados en Tajela, aviendo entrado en la ciudad, con siguro; no solo no se lo quise dar para los dichos dos aduares, sino quc dexandole detcnido salí con la gente de guerra, di en ellos á los 7 de Junio de mill y seiscientos y veinte y sietc y truxe cautivos ducientos cincucnta y dos esclavos y mucho ganado, no deviendo lo hacer.

Rrespuesta........ el siguro, es poder entrar en la jurisdiccion sin peligro; pero entrar en ella y por ser descubierto pedir siguro, es maniffiesto fraude y dolo á la soberania de S. M. y de su hacienda; siendo permitido para el bucn gobierno, al Capitán general la eleccion de los siguros, por aber mostrado la espiriencia cuanto daño se sigue de aduares que con esta maña gozan y no pagan; y todo se entiende facilmente en esta manera: mas de mes y medio antes de que sc hefetuasse esta

jornada procuré traer espias de moros confidentes sobre algunos aduares de Beniagub, creyendo que retirados de los de Benarax por no pagarles algunos tributos, se arrimarian algo á Orán, y teniendolos espiados por mano de D. Juan de Navarrete y con inteligencia de Yaho Çaportas, di orden de cerrar las puertas y de mochila por tres días, estando dentro de la ciudad muchos moros assi esclavos como libres de paz, que es cosa muy ordinaria en tales casos; porque no solo se pueden dexar salir entonces, antes se suele inviar infanteria á las torres para que los que llegasen no dexen de entrar; porque desde allí, con el rumor de la ciudad ó en otra señal que les ha dado la costumbre, conocen que la gente sale y con que un moro de Berberia, dé esta noticia, basta para perderse la ocasion; y siempre que esto se executa assi, discurren los moros que se allan en Orán, assi los que á poco entraron, como los de más asistencia, á que aduares parece ser la salida, y como mas pláticos en la Berberia y de noticias mas ffrescas y mas ciertas, pocas veces dexan de rreconocer la parte á quien se encamina el General y para estorbarlo suben al punto al Alcaçaba á pedir siguro, diciendo que vinieron á este efecto y no á otro ninguno; y muchas veces como estas salidas se tratan con los Judios y Moros esclavos suyos, les llegan á los demás moros tratantes en Orán algunos indicios del casso; con que en viendo que se va dispuniendo, intentan la misma diligencia; como ha sucedido con otros Generales, que yendo á salir, an llegado á pedir el siguro y los an mandado detener en la Ciudad y marchado la buelta de los aduares determinados y echo la jornada: demás, que en este casso el Moro que dizen intentó el siguro, como lo acusa el cargo, no abló conmigo; entendí despues, que las lenguas rreiendose del, por el conocimiento que tienen de semejante cautela, le despidieron y que no tan solamente les apretó en la plática, sinó que deseó ser partícipe del interés de la venta de la jornada; y si el Visitador busca modos interesados en la Berberia, podrá hacer el cargo que quisiere, y más enbiandolos a llamar y agasajandoles para este efecto, y el interés propio, les acen decir lo que quieren, y nadie vale por testigo; y en caso que pidiessen el dicho siguro, le deben pedir desde su tierra y parte donde no esté en otra voluntad la de su daño; y el cargo confiessa fué en Tajela, la parte de mas aprovechamiento por el pasto para los Moros, y la razon de conveniencia que tienen en pastar la jurisdicion de Orán, en que no pueden entrar sin consentimiento del General, rrimite que ponen las armas de su majestad en la Berberia, más ó menos poderosas, conforme quien las maneja y fuerzas con que se allan.

APÉNDICE NÚM. 21.

(Pág. 254.)

MANERA DE REPARTIR LAS PRESAS.

La forma que se tiene en el asimiento de las pressas que en las plaças de Orán se acen en los Moros de guerra, así en el veneficio, reconocimiento y venta, como en el rrepartimiento y otras diligencias tocantes á ellas:

1.ª Hecha la pressa en el campo; como se ofrece la comodidad, algunas veces á dos leguas de la ciudad, otras á menos y cerca de ella; se toma muestra á la gente de guerra y bentureros por una lista sacada de los oficios del sueldo, que lleva uno de los Oficiales reales, listando por compañias, resignando quien pasa á cavallo, quien moxquetero y los de á pié, borando en aquella lista los que no parecen á ella, que se quedaron en aquellas plaças y notando todo lo que allí se ofrece que se debe advertir.

2.º La cavalleria pocas veces se le toma muestra; unas, por falta de tiempo, y otras, por mala introducción: conviene que todos la pasen porque algunos den..... con justificacion, aunque para esto se toma por dos ó tres manos.

De tiempo á esta parte no se recoxe el ganado mayor ó menor, como se acostumbrava y queda para pressa y robo de los atrevidos ó licenciosos, sin que venga á colacion ni particion con lo demas de la pressa; en que se defrauda gran cossa y suma considerable cossa, que no se debe permitir y reducir á horden y ajustar tan depravada manera de rovar, con grandes penas que se executen.

3.º Lo mismo subcede en las bestias, cavallos, yeguas y bagaxes, que en algunas jornadas se trae buen número, y al juntarle, no se halla la décima parte y estos se venden á precios baxos.

4.º Llegados á la Ciudad se entrega la pressa al Thessorero poniendo las personas en un baño que es corral fuerte en el alcaçaba, con quenta y razón: la forma que se tiene, es la que se deve guardar por ser lisa y sin dolo y alli se les prové de lo necessario á sus oras con puntualidad. Desde aquí se encierran y entriegan, hasta que se acava la venta dellos.

Luego se trata de nombrar quadrilleros para beneficiar la pressa por botos, en lo qual se guardava la hórden que se dió al Conde de Aguilar en el año de 608, quando vino a servir este cargo, ques la que se sigue

En cada compañia de cavalleria bota el Capitán Alferez y tres quadrilleros, los dos de plaça y uno sin ella.

En cada compañia de Ynfanteria bota el Capitan, Alferez y Sargento.

En los castillos y fuerças que ay banderas, los mismos botos.

En el castillo de Sant Gregorio, bota el Alcayde y su teniente.

Entran á botar estas personas estando el Capitán General y el escrivano de pressas: en ocasiones se han elixido por caudillos, personas que no han ydo á las jornadas, contra la hórden general de pressas y lo que da la ley de la partida, y se llevan el provecho; no pasando el rriesgo y trabaxo; en daño de los que van á la facion, dando ocho partes á cada quadrillero sobre la que le toca en razon de sus *(sueldos)*.

Esto se solia acer en el campo y quedava al cuydado de los quadrilleros recoxer el ganado y bestias y ponerlo en cobro: devese mirar por mucho acuerdo como se hayan de nombrar quadrilleros, porqué ay persona que en todas las pressas lo es sin rreserva alguna; y algunas veces los que les devieran hacer, les falta suerte; pero sobre todo, es cosa rrigurosa que lo sea quien no va personalmente, y en esto se rrompe ley y horden en conformidad della.

5.° Luego que se llega á Orán, otro dia se hace un aucto que dicen baluacion ó aprecio, más por uso que por necesidad, dividiendo las cosas, listando por nombres sexos y edades los prisioneros: esto último conviene. El aprecio no sirve, sinó que alguna bez hay quien pida esclavos por lo apreciado ques siempre corto, y si se puede escusar este aprecio, será conviniente.

6.° Solía señalarse luego la xoya que lleva el Capitán General: hácese algunas veces, y otras excoje lo que se ha vendido por mayor precio; esto es, dos cabeças de personas, una blanca y otra negra; no embargante que la horden dice una sola, porqué se ha interpretado assí, que es género diférente el de los negros.

7.° Assi se vende siempre al fiado por seis meses más ó menos, si no es poco el número de los prisioneros, que en tal caso se vende al contado; y por asegurar la cobranza de quintos quando es á fiado; se pone por condicion, que al plaço cada comprador pague la quinta parte de lo que debe en dinero y los demas en seis partes, y las que adquiere de otros: áse experimentado conviniente conservar este modo de pagamento y forma en la venta.

8.° Béndese en las presas que son al fiado, algunos esclavos de contado para pagar la costa que hacen y para satisfacer á los moros vendedores, lengua y truxaman, en que se pierde la tercia parte de como si se vendieran al fiado; ultra de que si esto viene á sumar en una buena jornada 16 ó 18000 rs. se excede al doblo en cada una rrespectivo de ser grande ó pequeña: parece, que solo para los moros y gastos es justo vender de contado; pues no hay para que sea lo demas; porque las lenguas cobran al plaço como por lo pasado se acia: conviene ajustar y hordenar lo que en esto se a de guardar.

Acavada la venta de la pressa se trata de sacar el çaneo y de lo rrestante se saca el quinto y lo demas se rreparte entre la gente en la órden siguiente:

9.° En el Alcaçava Rreal, hace llamar el Capitán General á los quadrilleros, oficiales, thessorero y escrivano: este lleva un quaderno dispuesto de todo punto, donde consultado con el Capitán general, antes de yr allí lleva puestas todas las partes y no lo puede hacer con propiedad é ynteligencia por sí; porqué no tiene razón de los sueldos que cada persona gana, para darles las que le tocan, ó se lo a de preguntar á los ynteresados ó á los oficiales del sueldo, á quien derechamente compete, como S. M. lo tiene mandado: abuso digno de enmienda como se verá en la instruccion que se dió al Conde de Aguilar el año 608, en los capítulos della que atañen á este particular y las partidas de çaneo en blanco, donde el Capitán General va mandando poner á las personas que en el an de aver parte á su albitrio; y por último

la lista de las personas entre quien se an de rrepartir a su adbitrio la pressa, que ha hecho el escrivano, por lo que se tomó en el campo, como queda dicho, y esta lista de la muestra, el Capitán General manda entregar al escrivano: abuso ymplaticable; que donde ay hórdenes de su Magestad hechas para rremediar excesos, se mande observar costumbre que lo han sido tan contra su servycio introducidos, quedando sin copia los oficiales de su lista; la qual no buelben á ver ni conferir, y por esto se pasa: no embargante que diversas veces lo han advertido y pedido, se ha hordenado se guarde la costumbre yntroducida por lo pasado desde el año de 600, poco mas ó menos, á esta parte, contra el derecho y rrazón, y se deve advertir que el escrivano de pressas se crió, solo para que ante el se hicieran los autos judiciales y no para que tome las muestras ni haga las partes, ni repartimientos, como los que sirven en el harmada y otras partes; pues oy su Magestad tiene determinado con distincion y claridad en la horden citada que se dió al Conde de Aguilar, lo que a de acer en el exercicio de su oficio; pues es cosa desusada que aviendo oficiales del sueldo, aya de tomar muestra á gente de guerra, escrivano; por ser cosa agena de su profesión. Y assí acordó en la dicha horden, que el Veedor ó Contador vaya á la jornada, lleve una lista, tome la muestra, haga libranza para que el Tesorero en conformidad del rrepartimiento, dé satisfacion á cada persona de lo que le toca y á de aver de la cabalgada: no se hace y assí en esta ocasión se escusan de los abusos y excesos que se hallan en los rrepartimientos, por la falta que tienen de rrazón y poca mano que se les da en ello.

10. En los daños que rreciven los que van á la pressa, de harmas que rrompen, cosas que pierden, se a prevertido el hórden antiguo, que hera hechar bando que parecieran los que algo pretenden, y en las cosas de Ayuntamiento, juntos los quadrilleros y oficiales y escriuano rrepresentaban y manifestavan su daño y les rrecivian juramento y era yendo testigos de vista examinados sumariamente, sin escrivir é informados del valor de la cosa como y donde se perdió, escrivian su nombre y tasaban lo que avia de dar con toda justificacion; aora no se ace assi, sino como queda rreferido en el capítulo prezedente: parece se debe observar la costumbre pasada y enmendar la pressente, que se hacen muchos engaños y cosas no devidas.

Lo que se á podido entender por el último rrepartimiento que se hizo de la pressa de 30 de Diziembre pasado, de que nos se ha dado copia el escrivano, por horden del General, aviendole prevenido se tenia necesidad dél para dar quenta á su majestad de algunos particulares que deseaban entender en esta materia, avíase escusado y aviendole dado, por él se a advertido y entendido lo siguiente:

11. Que la parte de un sueldo de plaza sencilla de 14.280 mrs. de sueldo al año, es la media *(medida)* que rregula á todas las otras, y no le azen bueno, sinó solo 14000 mrs. y á cada parte sencilla la quitan 2 por 100 y devese ajustar en el rrepartimiento por lo que goçan la gente de plaças mayores y acerse rrespecto de los 14280 mrs. de plaça sencilla por parte.

Personas á quienes se dá mas partes de las que le tocan por rraçón de su sueldo.

12. A todos los Capitanes de cavalleria é infanteria se le pone una parte mas para un criado y se la lleva: suele pasar debajo del nombre que tiene entre ventureros.

13. A los dos trompetas que sirven con plaça de escuderos se les da una parte mas á eada uno, que tocandoles dos por rraçon de sueldo, se le asientan tres: dicen que una por la trompeta.

14. A todos los Alféreces assi de eavallo eomo de infanteria, se les dá una parte mas á eada uno á título de su eavallo, debiendo tenerla por rraçon de sus plaças.

A los sargentos, se les dá una parte mas á eada uno de las que les toea por rraçon de su sueldo, por la misma eausa que se refiere en el capítulo prezedente, y si alguno se queda en Orán eon orden del General ó por otra eausa, se le da lo mismo que si fuera á la ocupacion y llevara su eaballo.

A los sustenientes de los quadrilleros de eavalleria, que sirven en las dos eompañias; se les da á eada uno, media parte mas, á título de que sirven de tenientes de quadrillas; no obstante que no les toca por rraçón de su sueldo, y la misma rregla se tiene con algunas personas que van sirviendo de cavos descuadras de la infanteria, que llaman tinientes, á quien se dá media parte mas, eomo á los de cavalleria.

15. A todos los mosquetcros que ban á las eabalgadas se les dá muy de atrás dos partes, no tocándoles por rraçon de su sueldo parte y media.

16. A los aeompañados de adalides que son seis, se les dan á cada uno dos partes por yntroducion y costumbre, toeandoles una por rraçon de su sueldo.

17. A los adalides, se les da á quatro partes, tocandoles por rraçon de su sueldo poco mas de dos: el origen devió de ser, quererles satisfacer por este eamino lo que en tales ocasiones travaxan, abiendo el de las ventaxas, que es el dereeho lijítimo.

18. Algunas personas suelen salir eon sus harmas á la puerta por donde se a de yr á la pressa y por diferentes eausas, unas de enfermedad y otras de dibersos géneros; el Capitan general los manda bolber y que se queden, y se les dá sus partes; siendo contra lo dispuesto, y eomo es negocio acidental, son mas y menos sigun los acacseimientos.

19. A otras personas que han sido oficiales en diferentes partes, que aquí no ganan sueldo, antes sirven con plaças hordinarias, hordena el Capitan general se les den las que pudiera tocarles si aqui estubieran, y a algunos que eon su lieencia están en Castilla, se les manda dar por eausas que alli se mueven; siendo contra lo hordenado.

20. A todos quantos ventureros van a la ocassion, que sseán útiles o su eontrario; si ban á caballo se le dan dos partes y si á pie una; que se deve mirar, pues que no se dan mas al soldado de eavalleria qne por su sueldo le tocan y le sustenta á su eosta todo el año para el efeto; y los demás que se ofrecen, aunque vayan en caballos moriscos, que subcede haber algunos de moros que se allán en Orán el dia que se va á la ocassion, asi de silla eomo de carga, y sabrase por lo pasado eseusar que ninguno de estos tales fuesen á ellas por ser de ynconveniente, rrespeeto de estrañarlos nuestros eavallos y por esta eausa rrelinehar; bastante para perderse una jornada por ser sentidos, eomo a aeontecido; y assi se debe rremediar, mandando que no vayan en ellas, pues estos tales no salen á mas de á llevar dos partes y á ocassionar algun rriesgo y á que se defrauden partes, á título de que fueron en cavallos moriscos ó que los llevaron de silla ó earga, á quienes se les da parte eomo á las aeémilas de Orán.

21. A los eriados del Capp. general se les dan dos partes á eada uno desde el superior al inferior, y esto dicen ques por bia de ventaxa y si goçan de algun suel-

do, se les dan rrespective por ella; que an de aver gracia que biene de atrás y como al Capp. general no se le limita la mano para dar ventaxas, tiene este medio y camino, y no podemos dar auctor de la yntroducion, por la falta que tenemos en rraçon de lo tocante al particular de pressas, desta rrelacion de personas, su mayordomo *(sic)*.

22. El çaneo, este título que dan á la rrelazion donde se ponen los gastos y costas de la jornada y se pagan los menoscavos y cosas perdidas en ella, lengua, espia, truxamán y lo que se saca para ventaxas, y assimismo lo que el Alcalde mayor, Doctor y otras personas, por el ejercicio de sus oficios á quienes se les da además de las partes que les tocan por racta de su sueldo, que aviéndolas de llevar como las llevan sin obligacion de ir á la jornada, parece que es esceso darle al Alcalde mayor por los pleytos questán por sobrevenir, ningun interés; demás, que cuando los ay; se les paga sus derechos y al Doctor por lo que a de curar, y á este rrespecto todo lo demás, y suele ymportar lo que se saca de esta calidad 4.000 rreales en cada pressa.

23. Ubo en esta última, 97 moros á pié que viven en la ciudad y en Yfre, gente que no captiva moros y solo sirven de rrobar y deshordenar: libraronles á media parte.

Gente que no ba á las pressas, á quien se da parte por costumbre.

24. Al Cappitan Gaspar de Mondragon entretenido con cuarenta escudos, que sirve de sarjento mayor; tócanle por su sueldo 11 partes y 8 catorçabos; dieronle 18, llevó mas, seis partes y seis catorçavos; no obstante que no goça el sueldo de tal; en virtud de una zédula de su magestad en que manda al Conde de Aguilar, rrecomendando su persona, le favorezca y honre pues le conoce: el qual a ordenado que se le den.

25. Al Doctor Attes médico, 9 partes y 10 catorçavos por su sueldo. A los Alférezes Pedro Hernandez y Pedro Palomares jubilados, 4 partes y 5 catorçavos, por horden cuando la jubilacion.

26. Al Capitán de la Milicia, cuando le ay, 5 partes, por costumbre.

A la persona que sirve de Alferez, 2 partes, por costumbre.

A la persona que sirve de Sarjento, 1 otra.

A cinco cavos de escuadra de la milicia, 2 partes y media, por costumbre.

27. A los Alcaydes de la puerta de Tremecén y Canastel, las partes que les tocan por rrazon de sus sueldos.

Al Alcayde de la Toregorda, se le dan dos partes por costumbre, tocándole una y 8 catorçavos por el sueldo: á los de la tore de Madrigal, lo mismo.

Al de la Tore de los Sanctos, se le da conforme á su sueldo.

Al de la Tore de la [1] ...... no tocandole dos partes, se le dan enteras por costumbre.

28. Al Teniente de Cappitan de hartylleria, lo mismo que á los Alcaydes de Toregorda y Madrigal.

29. A los oficiales del Veedor y Contador, les dan una parte y dos catorçavos mas de lo que les toca por rraçon de su sueldo, por costumbre.

1 Quizá la torre de la Campana de la Vela.

30. Al que sirve del Ayudante del May.mo (*Mayordomo quizá*) del artilleria y al del pagador, á cada uno, una parte, por costumbre.

31. Al Teniente de la puerta de Tremecén, se le dá parte y media, tocandole una por rraçon de su sueldo, por costumbre.

32. Al sillero, una parte, por costumbre.

Al harmero, otra.

Al portero del Alcaçava, otra.

A la persona que sirve de cavo de la puerta del Alcaçava, otra por costumbre.

Al lancero, otra.

A las tres atalayas de la tore de la campana de la vela, otra.

33. Al Ayudante del Sarjento mayor, 3 partes, por costumbre; demás de las que se le dan por rraçón de su sueldo.

34. Al solicitador en corte de la gente de guerra, 4 partes por costumbre.

35. Al canciller [1] de la Ynfanteria, 2 partes por costumbre. .

36. (solia ser una) Al canciller [1] de la ynfanteria que sirve en m.r (*quizá Mazalquivir*), lo mismo.

37. Al canciller [1] de hartilleria, una.

38. (solia ser una) Al canciller [1] de la cavalleria, dos.

39. Al mazmorero del baño, una.

40. (dásele çaneo) Al aposentador de los moros, otra.

41. (iden) A la persona que lleva del coral a la plaza, los moros á venderlos, otra.

42. Al maestro mayor de obras, dos partes por costumbre, tocandole mas por su sueldo.

43. Al alcayde de la aduana, las que le tocan por rraçón de su sueldo.

44. A la persona que tiene cuydado de los condutos por donde se purga esta ciudad, una parte por costumbre.

45. Al calafate, otra.

Al Alguacil de la mar, otra.

A los soldados de la guardia del Capp. general que se quedan aciendola en el Alcaçava se les dán partes enteras: parece fuera justo militara con ellos lo mismo que con los que quedan en guardia de la muralla.

46. A los cavos descuadras que se quedan en guardia de la muralla de Orán y sus plaças, se les dan dos partes, como si fueran y allaran en la ocassion: algunos tienen por grangeria quedarse, porque se escusan del riesgo y travajo: converná que á los tales se les dé rrespectivo que á la gente que queda para el mismo efeto.

47. Al Capellán mayor y capellanes, se les dan sus partes rrespctivas de su sueldo, sin que tengan obligación de ir á las pressas.

48. Al Hospital se le dan veinte y ocho partes para los oficiales y sirvientes dél, por costumbres é yntrusas; que eran menos por lo pasado y se an ydo creciendo en diferentes tiempos y ocassiones.

1 Es dudoso si dice el original *canciller* ó *camiller*.

Yglesias y Cofradias.

49. A la Yglesia mayor, 3 partes.
Sancto Domingo, 2 partes.
Sant Francisco, 2.
El Convento de la Merced, 2.
A la Iglesia de M.r *(quizá Mazalquivir)*, 2.
A la yglesia de Santiago, 2.

Cofradias.

Al Sanctisimo Sacramento, quatro.
A la bera cruz, dos partes.
Al nombre de Jesús, 2.
A la de S. Juan de letrán, 2.
La de la Concepcion, 2.
Nuestra Señora del Rrosario, 2.
La Cofradia del Cármen, 2.
La de Sant Sevastian, 2.
La de la Victoria, 2.
La de Sancta Lucia, 2.
La de Sant Joséf, 2.
La de Sant Antón, 2.
La del cordon de S. Francisco, 2.
La de Santa Lucia de m.r *(quizá Mazalquivir)*, 2.
La de Ma S.a de las mrds. *(María Santísima de las Mercedes)*, 2.
La de la Soledad de Maria Santisima, 2.
A Sant Francisco, por la letania, 2.
A la hermandad de S. Crispin, 2.

50. A las tres tores atalaya, Sanctos, gorda y madrigal, para las centinelas de noche, tres partes; conforme á la hórden de su Magestad.

51. Para la muralla de Orán se sacan 45 partes que se dan á los que velan en ella; estas se juntan con las que se sacan para este efeto de los castillos y fuerças, y el sarjento mayor las rreparte; y no dañaria que intervinicsen mas personas á ello, aunque lo hace de muchos años á esta parte.

52. A los ministriles se le dan 12 partes: esto tubo principio el año 581 que lo hordenó el Marqués de Córtes; cesó, y el año 598 el Conde de Alcaudete lo bolbió á introducir: son quatro, tres partes á cada uno y ban á las jornadas.

53. Algunos hebreos que tienen aqui sueldo y moros que no le goçan y otras personas, se les dan, sin yr á las pressas, las partes siguientes:
A Jacob Çaportas, hebreo, 3 partes y 12 catorçavos, por su sueldo.
A Yaho Çaportas, hebreo, cinco partes y 8 catorçavos, por rraçón de su sueldo.
A Yuna Canssino, hebreo, dos partes y quatro catorçavos, por su sueldo.
A Abrahén Canssino, hebreo, 4 partes y 5 catorçavos rrespective del sueldo.

54. A Çaid, Xeque de Yfre, una parte por costumbre.

A Mulao, moro de Yfre, otra.

Al Alferez de Yfre, otra.

A otro moro que llaman sarjento de Yfre, otra.

Jacob Canssino, hijo de ayon canssino, otra.

A Juan Diaz, borachel de campaña, otra.

Al Contador Doctor Ximenez de Vargas que está sin sueldo y á suplicacion suya su Magestad hiço merced á Diego Ximenez de Vargas su hijo, del dicho oficio, y está aguardando remuneración de 50 años de servicio; con satisfacion se le libraron las partes que se le davan quando servia.

A dos personas, que uno saca el Estandarte real y otro el guion que acompaña la del Cap.ⁿ general: al del estandarte se le dan diez partes y al del guion 5 por costumbre.

56. Sacanse para ventaxas, conforme á la ocassion; y en la última, fueron 8,000 reales vellon, de los quales, repartió el Capp. general 3585 rs. por costumbre, generos de gentes, oficios y plaças con igualdad; y los 4415 rrestantes, mandó entregar á su Secretario para darlas secretas; estando resuelto se den en mano propia á los que se ubiesen aventaxado.

57. A las lenguas se les paga lo que su Magestad tiene mandado, ques diez rreales por cada cabeça mayor de los esclavos, y cinco por las menores, y á los espias, lo que concierta el Capp. general: de hordinario son 40 rs. y aun questá acordado por horden de su Magestad que quando se les haya de dar satisfacion sea en presencia del Veedor y Contador; no se hace assi, porque hasta hoy no los a llamado para que intervengan á semejante paga.

58. Las partes de excesso é yntroducion, no se puede decir al justo quantas sean, ni las que se dan á algunas personas, demás de lo que por su sueldo les tocan, ni quien ayan sido sus auctores; por la falta que tenemos de papeles que á esto toquen, sin las que no se an podido advertir por no tener rraçon, y otras que se dan á personas que se hacen enfermos, y deviendose de acer lo contenido en la horden de su Magestad, en la forma questá acordado por los Ofiziales; se escusará la que ahora pueden dar de falta de noticia de cosas que devieran tenerla, y aciendo ellos el libramiento como está mandado, á cada uno se le diera por rata de su sueldo, las partes; y las que se dán á personas que no se allan en las ocassiones, fuera con consulta de su Magestad para que se hiciera con mayor justificacion.

59. Las deudas y pleytos de la jornada pasada parece fuera justo que se pagaran por rata y no se ace aora, sino á advitrio del Capp. general, y como todo está subordinado á la suya en virtud de su título, se obedece; aunque de los escesos se ha dado quenta, en conformidad de lo que su Magestad tiene mandado cerca de este particular.

60. El balerse los soldados de la parte que an de acer de las pressas es por cédulas que les da el Thessorero y son tantas y tan menudas, que por ynposible, los officiales no han hallado modo como tomar rraçon dellas: lo mas que se ha hecho, es una señal del que interviene á la pasaquenta y son de la forma de la que se rremite, y de qualquier mediana jornada se hacen mas de 9000 cédulas, y si es grande, el doble.

61. Conviene que se execute lo que está acordado sobre la rropa que mercaderes dan á los soldados fiada, para que sea útil y por su justo valor; porque hacen lo con-

trario, que se la dan sin yntervencion de la persona que su Magestad tiene mandado que asistan y agan precio: dánles lo que no les sirve, demás de venderla luego para valerse del dinero, por las dos tercias partes menos de lo que se la cargan y cobran enteramente en las ocassiones: la gente de guerra tiene poco, como de muy gran desperdicio, y los mercaderes excesiva ganancia.

En las pressas que se hicieren por mar, se guardará la misma horden que en las de tierra, aunque no ay ejemplar; porqué como aquí no ay baxeles de su Magestad para hacerlas, si se ofrece alguna, es acaecimiento con navios libres y no sabemos que se a rrepartido ninguna, en forma y modo.

Del principio y origen del criarse el officio descrivano de pressas, que su Magestad pretende saver lo que pasa, es que no consta quc su Magestad le aya vendido y que aviendo Martin Lopez Navaro, escribano dc pressas renunciado el officio cn Antonio Prieto que le subcedió el año de 560 y acudido á S. M. el Prieto para que se le despachase título; se le dió cédula de diligencias dirixida al Maestrc de Montesa, que en la saçon gobernava estas plaças, para que se informase, si el dicho Martin Lopez Navaro hera escrivano de cabalgadas y quanto tiempo avia, y si el tal oficio se acostumbrava á pasar por renunciacion ó hacé merced del quando bacava, y que informado de todo lo sobredicho, ymviase relacion; la qual con su parecer, cerada y sellada, la entregasse á la parte de dicho Martin Lopez Navaro, para que la presentase en el Consejo de la guerra de su Magcstad.

Paresce quel negocio se redució á informacion de tcstigos y probó lo siguiente con siete que presentó: haber sido y tenido el dicho Martin Lopez Navaro escrivano de presas 10 as (*años*) por renunciacion de Bartolomé Garcia de Villoslada, este á Juan de Molina y sigun el tiempo fué desde que se ganaron estas plaças ó poco despues, y que se rreferian al título que tenian, se dcvió de perder su origen; que asi paresce por la cédula dirigida al Maestre y por la depusicion de los testigos que ninguno bido el título: quc al dicho Navaro ó á las personas que servian por él en los rrepartimientos de prcssas, se le libravan doze partes, quatro por su pcrsona y ocho por el officio, un rreal de cada esclavo ó esclava, un quartillo de plata por caballo, yegua ó bagaxe, y que abian oydo decir, que del ganado vacuno, se le pagava á quatro mrs y del menudo á trcs blancas por cabeça, y quesse hera su derecho y aprovechamiento y que no tenia otro medio alguno, como hoy no le goça ni consta dc lo que ymformó el Maestre, y paresce que se despachó título de escrivano de pressas al dicho Antonio Prieto y por él, á los demás que le an subcedido.

Ásele adjudicado al que al presente sirve, que demás de los dcrechos declarados, lleve un rreal por unas obligaciones que acen los compradores, que hasta de pocos años á esta parte no se usaván; sino tan solamente los rremates de la almoneda, que firman los que sacavan esclavos della, rrecaudos executivos, hasta aqui; con esto y con la mano que se le dá, son dueños de las pressas, quitándola á quien paresce que por mayores obligaciones hiciera lo que le tocara, con mayor justificacion.

(Relación que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.)

APÉNDICE NÚM. 22.

(Pág. 269.)

EXPULSION DE LOS JUDIOS DE ORÁN.

Carta de D. Fernando Faxardo, Marqués de los Velez, Gobernador de Orán; á Don Juan Everardo, Confesor de S. M. la Reina D.ª Mariana de Áustria.

Excelentisimo Sr.

Señor mio: llega mi zelo con suma confiança á la atencion de V. Excelencia y la materia que propondré, la discurro, tan precisamente digna de su Religioso fervor, que á deverse preferir los reparos de Religion á otros humanos respetos; por los que á V. Excelencia professo, le ministrara estas mismas noticias, por darle la ocasion de que obrando en esto lo que me prometo, conociera el mundo su Christiandad, los Reynos de España lo que le devian, y el Rey nuestro Señor (que Dios guarde); quando llegue á la dichosa edad que aguardamos de empuñar el cetro; hallase sus Católicos Reynos (donde tan acendrada está sembrada la semilla pura del Evangelio), limpios de la cizaña que el demonio ha querido introducirles.

Hállase en el corto circuíto de esta Ciudad, sita en lo mejor della, una Juderia con su Sinagoga y Escuela de letras, ritos y costumbres, tan asistidas como pudieron estar quando la ley de Moyses y el Pueblo Hebreo merecieron llamarse de Dios: la introduccion de este (oy nefando culto), empezó luego que este lugar se ganó de los moros, a título de que esta nacion (como quien vivia entre ellos) podian ser de alguna utilidad para la comunicación y comercio, que se empezó á introducir con los Alarbes del Reyno y lugares de su comarca. Porqué entre los ganadores y personas que le poblaron no avia quien entendiese la léngua, ni supiese escribirla, permitieronse doze casas de Hebreos, que oy pasan de ciento, y componen el número de mas de quinientas personas de todas edades, y creose dellos un oficio que se llamó de intérprete de la lengua Arábiga, con veinte y cinco escudos de plata al mes, de sueldo: despues, naturalizados ya los Españoles en el Pais y comerciando con los Moros, se hicieron prácticos en el hablar y escrivir la lengua Arábiga y deviendo cesar la asistencia de tan dañosa gente, aviendo cesado la causa de su yntroducion, pudieron su maña, astucia, sumisiones y otros medios de que se valen, conseguir que á la Christiana representacion que entonces se hizo, se acallase con crear otro intérprete Christiano, á quien se diferencia con el nombre de mayor; si bien con menos sueldo, aunque con igual concurrencia á los negocios cerca de la persona del Capitan General. Aviendo muerto el que servia el oficio destinado para esta nacion,

yo, en continuacion de la costumbre (y aunque ya se me avia ofrecido mucho de lo que en esta diré á V. Excelencia); por no parecer raro en mis dictámenes y que presumia mas de mi que mis antecesores, propuse á su hijo mayor del Hebreo intérprete muerto, por hallarse graduado en virtud de cédula de S. M. (que Dios tiene) para servir las ausencias y enfermedades del Padre; pero aviendo recibido un despacho de la Reyna nuestra Señora (que Dios guarde) de 30 de Novre. pasado, en que es servida de mandarme represente que inconvenientes se siguirán de elegir un Español y no Hebreo por intérprete, en lugar del que faltó, digo á S. M.: que son muchos, respeto de que viendose esta nacion sin aquella honra del puesto á título de que se admitieron; todas sus noticias, cavilaciones y ardides, que hoy á su despecho aplica en favor de esta plaça, los convertirán en su contra, y que siendo este muy reparable, los que reconozco tocantes á la Religion, para que esta nacion no se mantenga aquí, los represento por el Tribunal á quien toca y cumpliendo con ésto y mi obligacion, digo: Que esta Juderia puesta en este rincon, donde á pesar de la violencia mahometana prevalece el Santo Evangelio, con tanta gloria como gasto de la Magestad Católica, es un lunar feísimo en la pureza de nuestra Santa fé; siendo mas notable, porque le padece á la vista de unos Alarbes infieles, que con su confusa ceguedad y confesion del Alcorán, tienen por cierto que el buen Christiano se salva y esceptuan de este indulto al Judio, á quien desprecian ignominiosamente; admirando que siendo esta gente descendiente de quien crucificó á Christo nuestro Redentor (de que ellos se jactan, entre los mismos Moros), les admitamos entre nosotros, diziendo (para mas confusion nuestra), que si con su Mahoma huvieran hecho lo que con nuestro Dios Christo, los buscaran ellos por todo el mundo para vengar su muerte, haziendo (aunque con alarbes términos) irrision de nuestra paciencia.

No se templa la perfidia de esta nacion en el conocimiento do su abatimiento y como aquí le padecen mas suave, viendose reduzidos á vecinos, gozando muchos y crecidos sueldos de su Magestad (cosas de que estan privados en todo el mundo), abusan de la moderacion Christiana, haciendo vilipendio de nuestra Sagrada Religion, ritos y ceremonias, siempre que se le ofrece oportunidad.

Las noches del Jueves y Viernes Santo del año pasado de 1663, al mismo tiempo que la devocion Christiana se hallaba asistiendo á los Divinos Oficios y procesiones, los Hebreos desta Juderia cogieron una Judia llamada en su idioma Merien, que en el nuestro quiere decir Maria y llevandola en ombros en forma de procesion, con sonajas, bayle y algazara por las calles de la mesma Juderia, iban llamando á las puertas y los Judios y Judias se asomaban á las ventanas, celebrando con risadas aquel género de mofa: esto duró hasta que echandola en un rincón asqueroso, la escupieron y oprobiaron todos, diziendo que tratarian así á la que los Christianos llamaban Madre de Dios, á serles posible: oyéronlo algunos soldados que estaban de centinela desde las murallas contiguas á la Juderia y corriendo con alboroto á las puertas por donde se entra en ella; era á tiempo que estaban cerradas; divulgose lo execrable de este suceso, y así la Milicia como toda la Ciudad, se tumultuó para pasarlos á cuchillo: quietóselos con empezar á escrivir el Vicario Eclesiástico, prometiendo un exemplar castigo, prendieronse culpados, juntose papel á la causa hasta hacerla de mas de cuatro dedos de alta; intródujose competencia con el Tribunal del Santo Oficio, sin averse passado en tanto tiempo á otras demostraciones; soltaron los reos, y solo quedó el proceso original, fulminado en la apariencia contra los Hebreos;

pero en la verdad testigo perpétuo de la omision Christiana. Háse sabido de algunos Moros que han sido esclavos de Judios, y de algun Judio convertido (siendo muy raro el que con verdad lo haze), el escarnio que de nuestro verdadero culto hazen, las maldiciones que á los sagrados Templos echan quando pasan por ellos; ultimamente no habrá corazon católico que no se estremezca, considerando tan de cerca, que al mismo tiempo que en la Parroquia y Conventos se están celebrando los Divinos Oficios, en su Sinagoga se ofende á Dios con la celebridad de sus réprovas ceremonias; que arden lámparas delante de las tablas de su Ley, y se predica, no menos que contra el Sagrado Evangelio.

Discurriose en la introducion de esta malvada gente en este palmo de tierra, que las Católicas armas quitaron á la tirania Agarena; podrian ser de algun fruto para la conquista de los Reynos á que entonces se aspiró; cesó esta consideracion y la causa porqué se permitieron; pues como dexo dicho, los Christianos se han habilitado en su lengua y noticias del Reyno, lo que basta para la conservacion de las plazas y noticias de las tierras capaces de conquistarse, si Nuestro Señor lo permite a nuestro gran Monarca: túvose entonces á suma felicidad haber demolido una Mezquita y erigido en su lugar una Yglesia; pero á la verdad quedó mejorado el Demonio en el trueque; logrando al mesmo tiempo al lado de un Santuario, la fundación de una Sinagoga: mas se perdió en esto (si bien se discurre) que se ganó en lo otro. Entró este daño con visos de conveniencia; no se entendió creceria, como oy se reconoce; pero no es verisimil que los Señores Reyes de gloriosa memoria, que tan á costa suya se dedicaron á purgar sus nobles Reynos de las dos Españas, de las inmundas reliquias Hebreas y Mahometanas, creando (para acrisolar la escoria que estos errores pudieron dejar derramada en los naturales) el Santo Tribunal de la Inquisicion; avian de permitir radicase Satanás en esta nueva profesion de la Yglesia, un árbol vedado tan aborrecible á los divinos ojos, introduciendo su cultura al cuidado de los profesores de la Ley Evangélica, que por naturaleza devian evelerle quando le hallaran ya plantado.

Utilidad á la Real hazienda, no la dan estos Hebreos; pues siendo tantos como dexo dicho, no importa lo que pagan á S. M. doscientos reales de á ocho al año, siendo lo que gozan de sueldo algunos particulares, mas de mil; con que no les queda la vana escusa con que algunos Potentados los permiten en sus tierras, de que el interés humano se prepondere á la causa de Dios: razón que jamás ha podido vencer los ánimos de nuestros Monarcas á abrazarla. No ha quedado maldad en que no se hayan gozado, así en el menosprecio de nuestra Sagrada Religion y aborrecimiento al nombre Christiano; único objeto de su odio; como en infedilidad á estas Reales y Católicas armas: muchos son los procesos que se les han hecho, ya de aver avisado á los Moros la estrechura de la plaza, aconsejandoles no trajesen trigo; ya dandoles otros avisos muy dañosos, no aviendose librado la moneda Real determinada para el comercio de esta plaza, de que la hayan sacado y dado á los Moros, por hallar en ello grangeria: todo lo ha compuesto su astucia y su hipocresia en el rendimiento, y el sagaz modo que tienen de negociar. Sus servicios á la Real Corona; aunque muy ponderados de sus presentaciones; tienen de poco seguros y obrados á mas no poder, lo que sus corazones de pravedad, vicio y dureza que le conserva la nacion en augmento; aun desde quando escogidos y beneficiados de Dios correspondieron tan ingratos.

Más debe cautelarse el Capitán General de estos domésticos enemigos, que de los Alarbes fronterizos; pues para estos ay, quando menos, de por medio una muralla, y para ellos no vale aun el resguardo del silencio; porqué su astuto genio, todo lo inquiere, todo lo escudriña y de los mas leves acasos hazen juicio. El remedio único á tantos y tan conocidos inconvenientes de la nacion Hebrea en esta Ciudad es y consiste en expelerlos de ella, como inmundicia de la naturaleza; limpiando este pequeño miembro del Cuerpo de la Iglesia, que por su retiro ó su desgracia ha padecido sus accidentes tantos años; aviendo permitido Dios por sus justos juicios, que donde mas sin mancha debe confesarse la Fé, á vista de tantos Ynfieles, padezca este achaque tan contrario; que no solo se contiene en mantener á sus descendientes en su error, sino que pasa á estorbar que los Moros (gente que con mas facilidad se convierte) no lo hagan, y así no se ha visto jamás que Moro esclavo de Judio se aya convertido.

La mudanza y expulsion desta gente, es de tan poco embarazo, que bastan tres navios para conducirlos á algunos lugares de el Levante como Livona, Salonique ú otros, con sus haziendas: aqui no tienen otras raices de que salir, que las casas de su morada y dellas ay muchas de Christianos, y las que fueren suyas, yo me prefiero á que luego las compren y paguen los vecinos; demás, que si llega el caso, es muy importante á su Magestad tomar algunas de ellas para alojamientos de soldados de que se carece mucho. He propuesto á V. Excelencia los reparables daños de la asistencia de esta gente en este Presidio, asi para el servicio de Dios, como de su Magestad, omitiendo otros muchos y sucesos particulares, tan nefandos como los dichos; porqué no parezca quiero acomularles culpas, quando en los que incluye la persistencia de su Ley cabe mucho mas de la que yo podia referir. Resta solo aora que V. Excelencia admita mi representacion como la merece mi Catolica confiança y que se sirva de aplicarse á su remedio, como deve, por tantas razones; que aunque V. Excelencia no las ignora, yo las he discurrido todas para entrarme por sus puertas á manifestarle mi reparo, para que puedan contar las historias futuras que devieron á la Reyna nuestra Señora (que Dios guarde) estos Reynos, tan Católica resolucion asistida del Consejo de V. Excelencia, en el Ministerio que cerca de Su Magestad se ocupa de su brazo en la jurisdiccion Pontificia y Real que tan dignamente exerce de Inquisidor General. Yo me contento con la menor parte de esta obra, que es ser fiscal en causa tan del servicio de Dios y de nuestro Rey y executor de las órdenes que V. Excelencia me diere: lo que importa es el secreto hasta la execucion, porque esta astuta gente conserva á costa de sus regalos y dádivas, sus Angeles profanos de su devocion, en todas partes; y aquí algunas personas que mirando esta materia superficialmente, no es mucho digan, conviene conservar los Judios, porqué en cada uno mantienen un contribuyente.

No sea reparo el que los Señores Reyes, de gloriosa memoria, hasta su Magestad de Phelipo Quarto (que Dios tiene), los han permitido; porque es muy posible que aviendo callado quien debia representar lo que yo saco á luz, sus Magestades corriesen con la buena feé de que siempre eran tan necessarios aquí como se discurrieron al principio; ó que nuestro Señor, por sus incomprensibles juicios aya permitido este castigo en este su pueblo, por tiempo limitado, concediendo á mi corta capacidad el reparo que fué servido de ocultar á las grandes cabeças que han tenido este govierno; lo cierto es, que si en su introduccion parecieron necesarios, oy no lo son, an-

tes bien de embarazo por lo que dexo dicho; que en vez de utilidad augmentan gasto á la Real hazienda en los sueldos que gozan, y porqué en un año necesitado, gasta mas un Gobernador en tenerles pan que al resto de la plaza. Concluyo (Señor) con decir á V. Excelencia, que milagrosamente no pervierten á los Católicos con su trato y comunicacion; pues con observarles sus celebridades, ayunos y comidas, sabrá el mas ignorante lo que le convinicra ignorar de la Ley de Moysés.

Espero de la atencion de V. Excelencia al servicio de ambas Magestades, el remedio de tan introducida dolencia y que yo pueda quedar con el consuelo de averle obedecido en tan Santa obra; creyendo firmemente que solo por ella ha de premiar la Magestad Divina la Monarquía del Rey nuestro Señor, guardandonosle, dando á la Reyna nuestra Señora felices aciertos en su gobierno y á V. Excelencia el justo premio de ser la persona á quien se deva la aplicacion della. Guarde Dios á V. Excelencia muchos años, como deseo. Orán 27 de Març o de 1667. B. L. M. de V. E. su mayor servidor *El Marques de los Vèlez y Adelantado.*

En 28 de Abril de 1668 recibió el Marqués una comunicacion de S. M. expedida por el Despacho universal en que se le dezia, que se le habian representado algunos motivos que concurrian para tener por mal segura la permanencia de los Júdios en esta Ciudad, y que antes de tomar resolucion, quería saber la forma mas proporcionada á conseguir el fin de expelerlos, y así le mandava dijese su parecer, solo en quanto á este punto; y así mismo, si para disponerlo mejor, seria menester introducir en estas plazas alguna gente de guerra, de más de la de su guarnicion; que lo executase luego, poniendo cuanto antes en su Real noticia lo que viere por mas conveniente.

El Marqués representó á S. M., que convenia mandase por su Real cédula (que se habia de publicar con toda solemnidad), hiziese salir de estas plazas á todas las personas de esta nacion, hombres, mujeres y niños, dentro de un breve término; sin admitirles réplica, ni súplica; negandoles qualquier prorrogacion de tiempo, por quanto su astucia y cabilacion era de calidad, que se podia temer con la menor dilacion, no se malograse el religioso zelo de su Magestad, y que en el concedido espacio se ajustasen las cuentas que tuviesen con los Christianos y Moros vendiendo lo que buenamente pudiesen de sus casas y demás posesiones de que estaban bien alajados algunos; y que para lo restante podrian dejar, á su voluntad, dos personas con poderes para el ajuste con las condiciones que adelante se verán; si bien despues de resuelto el quedarse los nombrados por ellos mismos, no quisieron acetar la comision, sinó seguir la fortuna de los demás, como lo hizieron. Y en quanto el acrecentar las fuerzas á este importante Presidio, dixo á su Magestad: se sirviese de mandar conducir 300, ó 400 Infantes con que se podria entrar en el empeño de la expulsion, sin recelos de la malicia y rabia que avia de introducir su sentimiento, con deseos de satisfacion; como tambien, que se fletarian embarcaciones competentes á costa de los mismos Hebreos para su conduccion á las partes donde mas bien les estuviese de Italia, escluiendo el parar en parte alguna de Berberia; porqué en Argel ó tremcén ó en otra qualquiera poblacion de estos Reynos, se quedavan en su fuerza y vigor los inconvenientes referidos y representados á S. M. Aunque la Reyna nuestra

Señora quedó, al parecer, satisfecha con la respuesta del Sr. Marqués, se estendió su justificacion á quererse informar de las condicionos con que esta gente fué admitida en estas plazas, desdc el tiempo del Sr. Emperador Carlos Quinto; si avian faltado al cumplimiento dellas, y si avia bastante prueva de lo contrario: que si bien el principal motivo desta resolucion era el servicio de Dios nuestro Señor y zelo de su Sagrada Religion, era preciso atender al cumplimiento de la Real palabra que lo havia permitido; por lo qual le encargava y mandava por la via de estado, supiese todo con secreto y recato lo que en esto se pudiese ajustar, y con el mismo y por la propia vía la informase individualmente de todo, para çon mayor conocimiento de la causa, resolviese S. M. lo que tuviese por conveniente al servicio de Dios nuestro Señor y del Rey: mandándolc asimismo, cautelar con su prudente advertencia y valor, quanto fuese posible, la astucia y desesperacion de los Hebreos en la seguridad de la plaza, por los tratos que con los Moros se pudieran recelar; y que para que estuviesen promptas las embarcaciones de su remision, daria las órdenes sin que se perdiese tiempo ni sazón; rematando esta carta (cuya data fue de 22 de Agosto del mismo año) con particulares honras que dan á entender la satisfacion con que su Magestad quedava del zelo del Marqués, y lo que se prometia en esto, como en todas las grandes obligaciones dc su sangre. Al mes de la fecha, despues de la de S. M., respondió cumpliendo con su precepto con toda distincion y claridad, diziendole: que avia procurado inquirir las noticias mas esenciales, valiendose para ello de sacar de los Archivos de la Ciudad diversos papeles, suponiendo otros fines; y que aviendolos leido todos, hallo solamente en razón de Hebreos, una cédula del Señor Rey D. Fernando, despachada en Burgos á 30 dias del mes dc Enero del año 1512, á D. Diego Fernandez de Cordova, Alcayde de los Donceles que governava estas plaças; en que le manda, que los repartidores señalen una casa para que el Rey de Tremecén recogiese en esta Ciudad los derechos que á él pertenecian, segun las Capitulaciones que en aquellos tiempos se ajustaron. Y que asimismo, porque los Embajadores del referido Rey de Tremecén, avian suplicado á su Magestad se les diese otras cinco para que sus hacedores morasen, lo tenia por bien y que asi era su Real voluntad se executase, mencionando en la dicha cédula las personas que avian de venir para este efecto, entre las quales son dos Hebreos cuyos nombres no sc dizen, sinó los apellidos, que el uno es Cansino y el otro Haben Semerro, y cumpliendo con esta orden el Capitan general, como los repartidores dcterminaron señalar dichas casas en la antigua Juderia que tenian en tiempo de los Moros, donde le havian dado otra á Rubi Satorra que se quedó aquí por lengua interprete de la Harabiga, quando las Católicas armas tomaron esta Ciudad: quedó por tradicción (aunque incierta) que avian sido siete casas las de la permision; no aviendo tenido otro fundamento que el referido desde su principio, donde no se hallan mas quc tres casas dc judios, dos para los dichos Cansino y Haben Semerro y otra para Satorra, que, como tengo dicho, era el interprete; sin haber tenido mas fundamento la Juderia de Orán; y que los motivos que para ello huvo, avian cesado, supuesto que los Reyes de Tremecén no tenian aquí rentas quc recaudar; y para el oficio de intérprete avia muchos Españoles espertos en la lcngua y letras Arabigas que entonces faltaban, que seria el motivo porqué Satorra quedó en este exercicio; y prosiguiendo con el informc, hizo el Sr. Marqués saber á su Magestad, que las condiciones con que fuesen admitidos, no constaba de instrumentos, ni era menester, scgun

parece, no siendo su introduccion para mas de lo referido; pero la esencial con que se ha de cjercer estc oficio de interprete, que es la fidelidad, se dá á entender faltó pocos años dcspues; porqué el Duque de Cardona governando estas plazas, á un nieto del dicho Satorra, dc su mismo nombre, que tenia esta ocupacion y oficio, le sacó á un sitio llamado Mazarguin, distante dos leguas de esta Ciudad y en llegando á él, le mandó ahorcar, sin que se escriviese una letra en la causa; con que sin duda fué materia de tal calidad, que no permitió dilacion en el castigo; y segun el oficio que exercia, es lo mas probablc ser falto de fidelidad, y que despues del caso referido, se avian executado en diferentes tiempos otros destierros de personas desta desconocida nacion, á Italia, á Ceuta y otras partes, sin que precediesen autos, ni órdenes; porqué los delitos eran públicos y constantes; como fueron aver inducido á los moros á que no metiescn trigo ni cebada en el lugar, en tiempos de necesidad apretada; que no vendiesen jornadas en los Moros de guerra, desbaratando las que no corrian por sus Trujamanes; como tambien hazer ausentar á los Mogatazes de la Plaza, con tanto riesgo della, como embiar hombres pláticos y noticiosos, á vivir con los enemigos, donde los avia de persuadir á que obrasen como tales en los menores descuidos de nuestra gente, y otras de este genero; razón, porque siempre era preciso vivir sobre rezelos de que no perderian ocasion de lograr el odio que naturalmente nos tienen los pérfidos desta nacion, de quien estava creyendo, que, si (lo que Dios no permita) se vicsen estas Plazas en algun aprieto y ellos conociesen alguna conbeniencia en executar alguna traycion; la pondrian por obra; como tambien, el abstenerse dellas, era mas por gozar de la libertad con que viven entre nosotros, y lo poco que contribuyen y pagan á Su Magestad, en comparacion de lo que rinden cn Argel y Tremeceé á los Turcos, las Juderias de aquellas Ciudades; con que no viene á ser fidelidad y respeto, ni amor, sinó necesidad; y que del tiempo del Sr. Emperador Carlos 5.° no avia hallado ni tenido noticia de ningun despacho; mas que tan solamente se decia comunmente, que se les dió permision para aumentar esta Juderia á número de catorce casas, pero que nadie sabia si fué en tiempo de su Magestad Ccsárea ó en otro; porque si vino despacho para ello, le llevaria el Capitán General que entonces era, ó avria pasado donde estuviese, con toda reserva, y el solicitar inquirirlo podria engendrar alguna sospecha de que resultase inconveniente dificultoso de remediar; y tambien, que si hubo condiciones, serian que pagasen pechos y alcavalas de que están libres los vezinos de esta Ciudad, y que no se excediesen del número de catorce casas; obligacion á que han faltado, por quanto son oy muchas mas las crecidas; pues pasau el número de la gentc de 450 personas de todas edades, siendo las que pueden tomar armas, segun las listas y nóminas que de ellos se han sacado, cerca de noventa: que no podia dexar de dezir á su Magestad, maudase premeditar, quan pernicioso y arresgado era tanto número en tan corto Presidio, de ley y costumbres tan opuestas á nosotros; y tambien, quc si mandava su Magestad se espeliesen, menos las sietc ó las catorce familias dc la segunda permision, que no teudria efccto el echar á nadie, por quanto todos provarian proceder de ellas ó estar casados con hijos ó nietos de los que obtuvieron el privilegio. Que el pecho ó alcavala que pagavan se arrendava todos los años, y el que más importava, no llegava jamás á 400 rs. de á ocho; con que la utilidad no alcançava á pagar los sueldos que gozavan diferentes Hebreos, pues estos pasavan de 1200. Que el tener Sinagoga donde al tiempo

que en nuestras Iglesias se estavan celebrando los oficios divinos y predicando la Ley Evangélica, estuviesen ellos usando de los ritos y ceremonias que la contradixesen, no avia sido mas que tolerancia al parecer; pues no avia despacho ni ellos le tienen, en que se les concediese cosa tan mal permitida. Que si sobre esto y otras exorbitancias que se han notado en esta malvada gente, no temiera el alargar á discursos dilatados, fuera proceder en infinito y ocasionar en el Católico ánimo de su Magestad sumo dolor y sentimiento; pero que no obstante, no podía dexar de dezir uno que estaba llamando la justicia de Dios, contra esta pérfida y escomulgada nacion, el cual fué: que pasando la procesion de Jesús Nazareno por una calle donde tienen ventanas algunas casas de Juderia, al llegar á igualar con una dellas la imagen de nuestro Redentor, escupieron sobre su caveza y estuvo tres dias la saliva sin enjugarse, y aun el estar de aquella forma, parece que era aguardar á que los Juezes tomasen por suya la causa y diesen el castigo devido á tan nefanda culpa: las competencias que entre ellos huvo, y otras circunstancias de dilacion que se ofrecieron, fueron parte para que quedara sin castigo delito tan horrible; con que viendo ellos que se pasaba así por él, avian cometido otra infinidad, de que tenia dado quenta al Tribunal á quien tocava su conocimiento, y que en todo lo demas se ajustase con su parecer á las órdenes que su Magestad se sirviese de dar, como tan atenta y bien informada de sus Reales Consejos, á cuya justificacion y católico zelo haria mucha fuerza lo referido. Y que en lo que tocava á la parte donde avian de ir á parar estos Hebreos, le parecia que á qualquiera república ó Potentado de Italia era conveniencia el remitirlos por la utilidad que los dueños de ellas sacan de las Juderias que en su jurisdiccion permiten. Que contra estas dudas podria su Magestad mandar se repartiesen á diversas partes, con cargo de que no fuese á Berberia, pues solo en ella pudieran dar cuidado. Que habia entendido que Jacob Zaportas estaba en Cartaxena (que fué desterrado destas plaças, á Génova, por el Marqués de Astorga quando governó estos Reynos) con pretension de pasar á la Corte: que era de sentir, que su Magestad se la mandase negar, con orden de que se viniese luego á este lugar, donde estaria mas seguro que en otro alguno para correr la fortuna que los demás, si se llegase á executar la espulsion de todos; porqué nunca era bueno se detuviese en España donde su mañosa cavilacion pudiese adquirir algun pliego que redundase en deservicio de su Magestad: que esto era quanto se le ofrecia en esta materia, suplicandole así mismo, mandase tomar quanto antes fuese posible, la última resolucion en esta materia; porqué con algunos casos que podrian suceder, se arriesgaria el publicarse, y hecho, aunque se quedasen aquí, avian de ser de notable perjuicio, constituidos en esta desconfiança; y por la misma causa seria de parecer que no aviendo de ser espelidos, no saliese dellos el oficio de intérprete, en cuya vacante avia hecho proposicion de personas á su Magestad, por su Consejo de guerra.

Bando para la expulsion de los Judios de Orán leido el 31 *de Marzo de* 1669 *por el escrivano mayor del Cabildo.*

D. Fernando Joaquin Faxardo de Requesens y Zúñiga, Marqués de los Velez, Molina y Martorell, Señor de las Baronias de Castelví, Rosares, Molins de Rey y otras en el Principado de Cataluña, Señor de las Villas de Mula, Alhama y Librilla y de las

siete del Rio de Almançora, las Cuebas y Portilla, Alcayde de los Reales Alcázares de las Ciudades de Murcia y Lorca, Adelantado y Capitán mayor del Reyno de Murcia, Marquesado de Villena, Arcedianato de Alcaráz, Campo de Montiel, Sierra de Segura y sus partidos etc., Governador y Capitán General de las Plaças de Orán y Mazarquivir, Reynos de Tremecén y Túnez y su Justicia mayor por su Magestad etc.

Aviendo sido en todo lo que toca al Real servicio de su Magestad, bien de esta República, alivio de sus vezinos y seguridad de Plazas tan importantes; igual mi desvelo y cuidado, á las obligaciones con que nací y á las en que honrandome la Reyna nuestra Señora (Que Dios guarde) con el puesto de su Governador Capitán General y Justicia mayor, me constituyó; he procurado lo conozcan todos así en mi obrar; mas no contento, pensé en que debia con una grande demostracion manifestar á su Magestad, mi celo; al mundo, el deseo de mi desempeño, y á esta Ciudad, el cordial amor con que la estimo; y discurriendo en comprehenderlo todo con una accion, se me vino á los ojos la Juderia: vañómelos en lágrimas, el ver lunar tan feo en cuerpo tan hermoso como el de la Católica Monarquia del Rey nuestro Señor y el ser aquí más notable, porque le padece á vista de unos Alarbes infieles, que en su ceguedad y confesion del Alcorán, tienen por cierto que el buen Christiano se salva y esceptuan de este indulto al Judio. Consideré que las raçones que á avido para tolerarla han cesado, y aunque entró este daño con visos de conveniencia, no se creeria habia de crecer tanto; pues no era verosimil que los Señores Reyes de gloriosa memoria, ascendientes de su Magestad (que Dios guarde) que tan á costa suya se dedicaron á purgar los Reinos de las dos Españas de las inmundas reliquias Hebreas, criando (para acrisolar la escoria que sus errores pudieron dexar derramada en los naturales) el Santo Tribunal de la Inquisicion; avian de permitir radicase Satanás, en esta nueva persecucion de la Iglesia, un árbol vedado, tan aborrecible á los Divinos ojos: por todo lo cual y ynstado del deseo de la mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor, y aviendo hecho pedir muy de veras á su Divina Magestad, que me inspirase; en la representacion que me resolvía hazer á la Reyna nuestra Señora, ó sus Supremos Consejeros y Ministros, para que se sacase esta mancha de tela, donde (á pesar de el poder Otomano) brilla la doctrina Evangélica; aquello que fuese mas de su Santo servicio, del de el Rey nuestro Señor, lustre de esta Ciudad y general consuelo de los que militamos debajo del estandarte de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana; emprendí esta materia fiado en que á los pequeños reserva Dios muchas, que á los sabios oculta y abiendo hallado en el Real, piadoso, Santo y Católico ánimo de la Reyna, nuestra Señora, la acogida que me prometí siempre; para logro de fin tan justo, conseguí en breves dias suma esperança, y pasados los precisos para que su Magestad reconociese los informes que le parecieran forzosos á su Real justificacion; mandar se le hiziesen antes de la resolucion, en 31 de Octubre del año pasado de 1668; se sirvió de tomarla, de que todos los Judios que hay en esta ciudad sean espelidos della, mandómelo executar en carta de la fecha referida que traducida de la cifra es como sigue:

La Reina Governadora=Marqués de los Velez, Primo, Gobernador y Capitán General de las Plazas de Orán. Háse recibido vuestra carta de 23 de Setiembre en respuesta de lo que os mandé dezir en 23 de Agosto, sobre que informarais las condiciones con que fueron admitidos en essa plaza los Judios, desde el tiempo del Señor Emperador Carlos 5.°, en que dais quenta por menor de las calidades con que se in-

troduxeron en ella y quan perjudicial es su asistencia en essa plaza, assí para lo que mira al servicio de Dios, como para lo que toca á la causa pública; juzgando por las consideraciones que referís, se debe executar su espulsion, sin limitacion alguna, y que no se conceda licencia para venir á esta Corte á Jacob Zaportas que se halla en Cartaxena, sino que vaya á Orán para ir con los demás á la parte donde fuesen hechados; á que ha parecido responderos: que siendo la residencia destos Hebreos en Orán de tan malas consequencias para todo; He resuelto sean espelidos de la plaza, dejando á vuestra eleccion la forma y tiempo de hazerlo por la satisfaccion que tengo de que estas materias las tratareis con la prudencia y acierto que se fia de vos y con el secreto y seguridad que conviene; para lo qual ordeno en las cartas inclusas al Gobernador de Cartaxena, y al General Marqués del Viso, os asistan con 300 ó 400 Ynfantes del tercio de Toledo ó bien de las Galeras de España; como vereis en las copias de dichas cartas, de que usareis cuando convenga; teniendo entendido, que el avio de estos Hebreos ha de correr á vuestro cuydado, fletando los navios necesarios en Alicante ó en otras partes, á costas dellos mesmos, para que puedan ser llevados á Salonique ó donde eligiesen que sea tierra de Christianos, haziendo executar su salida con la mayor brevedad que se pudiere, sin permitir que ellos reciban bexación alguna y dejando solo dos ó tres en la plaza con término de dos meses para que en el executen las dependencias que dexaren y sigan á los demás; y en cuanto á lo que dezis de Zaporta, he mandado al Consejo de guerra, no le conceda la licencia que pide, sino que se le haga pasar ai: de que estareis advertido y executareis esta resolución cuanto antes fuese posible de que me dareis cuenta. De Madrid á 31 de Octubre de 1668.=Yo la Reyna.=D. Pedro Fernandez del Campo y Angulo.

En cumplimiento de lo qual y de mi obediencia; ordeno y mando: que todos los Judios que habitan en esta Ciudad, con sus familias, hijos y mugeres, dentro de ocho dias primeros siguientes á esta publicación, que se cumplirán el lunes, ocho del mes que viene; salgan della á hacer viage en las embarcaciones que para este efecto tengo fletadas, que los han de llevar á la parte que yo les ordenare, despues de conferida con los mismos Judios en esta Alcaçaba Real para resolverlo y para por votos de todos en mi presencia, se elijan los dos que han de quedar en poder de los demás para el ajuste de sus dependencias y cobranza de débitos y todas las otras cosas que en el término de dichos ocho dias no pudiesen ajustar; en el qual y en el de los dos meses; ordeno al Licenciado D. Francisco de Buendia Mesia, Alcalde mayor de esta Ciudad y Auditor general de la gente de guerra, les haga breve y sumariamente justicia en las demandas que ante el pusiesen, no permitiendo que nadie se les quede con nada, ni tampoco que en los bienes que vendiesen aora, se les usurpe de su valor cosa alguna; y aunque por su título tiene valor para todo, no obstante, para mayor fuerza, le doy comision particular para lo contenido en la Real orden referida y en este bando; y mando á todos los vecinos de esta Ciudad, de cualquier estado y calidad que sean, no hagan vejación alguna ni maltraten de obra ni de palabra á estos desdichados, ciegos en su herror y abatidos por su culpa; pena de que la persona de puesto le perderá, y la que no le tuviere, siendo de calidad, será llevado á Melilla por diez años; y de otra esfera, por otros tantos á galeras; además de que si el daño que se les hiciese mereciere mayor pena, se les impondrá; pues la referida solo se entiende por las cosas que por ley no la tuviesen señalada: y á todos los oficiales de guerra ordeno y mando, cuiden mucho de sus súbditos cumplan la ob-

servancia de este vando y el que se hallare presente á cualquier vejación ó mal tratamiento que se hiciere y no prendiese ó hiziese prender al que lo executare, será suspenso de su puesto y si estuviere de ronda, por lo mas que le incumbe la obligacion, privado del; y para que esto se zele con el cuydado que conviene, daré las órdenes que me parezcan necesarias. Y ora para que llegue á noticia de todos, la Católica y Real resolucion de la Reyna nuestra Señora (que Dios guarde) y todo lo que en su virtud dispongo en este vando; ordeno y mando al Capitán de cavallos y sargento mayor D. Alfonso de Angulo Montesinos, lo haga publicar con toda solemnidad en la plaza alta de la ciudad, en la Puerta de la Juderia y la plaza de esta Alcaçaba, y hecho se pondrá un tanto en el libro Capitular del Ayuntamiento, otro se entregará al dicho Alcalde mayor para que le ponga por caveza de los autos que sobre esto hiciere, y tomando la razón D. Miguel de Zufre, Veedor por su Magestad en estas Plazas, y Miguel de Campo que sirve el oficio de Contador en ellas; se volverá original á mi Secretaria; para todo lo cual, le mandé despachar firmado de mi mano, sellado con el sello de mis armas y refrendado de mí infrascrito Secretario. Dado en la Alcazaba Real de Orán á 31 de Marzo de 1669 años.=El Marqués de los Velez y Adelantado.—Por mandado del Marqués mi Señor—Don Mateo Román.

APÉNDICE NÚM. 23.

(Pág. 273.)

SOBRE LA PESTE DE ORÁN.

De un romance que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, muy mal versificado, pero que refiere minuciosamente los sucesos ocurridos durante la peste de Orán, tomamos los siguientes datos. A mediados de Mayo de 1677 entró la peste en Orán: atribuyóse por unos al contagio general que afligía entonces á varias tierras; por otros, al trigo averiado que se repartió á la población y á unas ropas traídas de Cartagena. Levantóse un hospital en unos almacenes que había en la orilla del mar, se quemaron las ropas y se tomaron las posibles providencias para atajar el mal. Certificábase por el pueblo que de las imágenes de Jesús Nazareno, San Francisco, San Antonio de Padua y Virgen del Rosario, había manado abundante sudor, y aun se afirmaba asimismo, que de una espina de la corona de un *Ecce-Homo* que tenía en su casa el Alférez García, habia brotado sangre.

Hallábase el pueblo falto de medicinas y alimentos; tan abatido, que ni aun para esperar remedio le quedaban fuerzas, cuando el Doctor Murillo venido de Cartagena logró inspirarles aliento y confianza, y con medicinas compradas á su costa devolvió la salud á los consternados habitantes. Pero oigamos lo que dice el romance:

Mas Dios que en las aflicciones
Está asistiendo y mirando
....
Fué servido que viniese
Un médico á consolarlo;
Este fué el Doctor Murillo
Médico muy afamado [1]
Y práctico en el curar
La peste y contagio bravo:
Luego que llegó, dispuso
Antídotos y remedios
Tan eficaces y varios,
Que trajo de Cartagena
A sus expensas comprados.

1 Médico espiritual y corporal ha sido en este contagio, curando las ánimas y juntamente los cuerpos.

Y para que estas piadosas acciones no mueran olvidadas, nos ha parecido conveniente mencionar la caridad del Doctor Murillo, que gastó su fortuna y expuso su vida por socorrer á sus infelices hermanos. Gracias á sus celosos esfuerzos y á la natural declinación de la peste, el 15 de Agosto principió á mejorar la salud pública y el día de San Mateo se declaró libre la Ciudad; aunque á fin de asegurarse más, se señaló el día de San Miguel, 29 de Setiembre, para cantar el *Te-Deum*, que se dilató por accidentes hasta el 4 de Octubre.

APÉNDICE NÚM. 24.

(Pág. 282.)

EXTRACTO DEL DIARIO DEL SITIO DE ORÁN [1].

El 15 de Febrero le llegaron cartas á Brahem Jochá del Baxá Messo Morte encargándole mucho se restituyera á Argel con la brevedad posible, para cuydar de aquella ciudad y defenderla de las hostilidades con que le amenazaba la armada de Francia. Partió con cien caballos retirando el campo al rio Havra, á cargo de Hascén, Alcayde de Tremecén y con intencion de traer Artilleria.

El dia 2 de Marzo tenia 30.000 peones y 4.500 caballos, dueños del campo. El Maestre de Campo D. Octavio Merry ayudó al Gobernador y se fortificaron las murallas.

El 19 de Marzo por la mañana se arrojan hacia la plaza 700 caballos: descubiertos desde el Castillo de San Felipe sale tropa que á poco se pronuncia en retirada, hasta llevar á los Moros á los Matamares de San Felipe, donde una rociada de una manga de Infantería emboscada, les hizo huir.

El dia 25 se adelanta el ejército moro: nuestros Mogataces de á caballo, recogidos los ganados, escaramuzan; pero apretados por el contrario, los refuerzan con la compañía de caballos de D. Baltasar de Villalba y la artilleria de la plaza desordena el grueso del ejército enemigo, que se retira.

En los dias posteriores procuran los Moros cebar á la gente con escaramuzas para sacarles del resguardo de la artilleria; pero el Gobernador prohibe que se desmanden en la persecucion.

El 15 de Abril entran en el puerto de Mostagán ocho bajeles y dos galeras argelinas que desembarcaron siete piezas gruesas y tres morteros con munición y 2.000 Turcos. Un confidente da la noticia de que Jochá venia por tierra con el resto del ejército. Con estas noticias se pasan á los enemigos los aduares de las Zafinas; menos cuatro Xequés con solas sus personas y los aduares de Onçar y Yadmud que se fueron á Almarza.

Hasta el 22 de Abril hubo algunas escaramuzas de corta importancia. Al amanecer de este dia el ejército turco sienta sus reales en los pozos de Ben-Zulán, dos leguas de la plaza. Viendo los Turcos que por no tener caballeria, no les impedíamos las correrias, se descuydan y dejan sin freno los caballos.

El 4 de Mayo sale el Capitán de caballos D. Francisco Ramirez de Arellano con 50

[1] Sacado de una relación impresa que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Mogataees, poco más de media noehe, y eneontrando una partida turea de 40 caballos; pero ignorando entonces euantos eran; huyó perseguido por aquellos, quedando cautivo D. Antonio de Paz y Nieto.

El 15 de Mayo por la mañana, protegidos de espesa niebla, se arrimaron á la plaza gruesas partidas de eaballeria, llegando hasta querer llevarse el ganado que estaba junto á la rambla de Gámez, debajo del eañon de Rosaleazar. Los Moros amigos y algunos Cristianos lo impiden, hasta que á las dos se disipó la niebla y se retiraron los Tureos.

El 16 de Mayo llega un bareo luengo con el Ayudante D. Juan de Vilehes, enviado de Málaga por varios Señores que deseaban pasar á Orán, eon las compañias de la armada de D. Pedro Navarrete.

El 30 se sabe que el Dulati estaba en Havra eon 500 areabueeros y tropas. Fondean en Mazalquivir seis galeras del Duque de Veraguas eon los aventureros, voluntarios y tropa.

El 31 se van las galeras, entran los aventureros en Orán y el Dulati en su eampo, donde es recibido eon salvas y regocijos.

Los aventureros eran, de los Grandes, el Marqués de Valdefuentes, primogénito del Duque de Abrantes; D. Manuel de Silva, hijo del Conde de Cifuentes; D. Alonso Pineli, hermano del Duque de la............ D. Luis Ibañez de Segovia, hijo del Marqués de Mondéjar y el Conde de Urs.

Los voluntarios mas señalados eran, D. Franeisco Ibañez, hermano del Marqués de Mondéjar; D. Franciseo de Vega y Menehaea, hermano del Conde de Grajal; D. Luis Galindo, Capitan de Caballos; D. José Marin, eleeto Gobernador de Tepeaca; D. Luis de Rosas, Gobernador de Turania en el Perú; D. Silvestre de Briñas, Gobernador de Truxillo en el mismo reyno, y D. Domingo Caraeeiolo, hijo del Príneipe de la Torela.

El 1.º de Junio apareee el Dey de Argel en la Señuela, á tres euartos de legua de la plaza, eon su exereito: la artilleria los aleja.

El 19 de Junio se enreda una esearamuza entre los Mogataees y sitiadores, á tiro de eañon del eastillo de San Felipe. Son reehazados los Tureos, distinguiéndose extraordinariamente Rabeh-ben-Rabeh, Hebabo-ben-Deja, Cabo de los Mogataees y Lascam, famoso tirador de Yfre.

El 21 de Junio, unas partidas turcas se apoderaron del ganado que pastaba en el eampo de Almarça: los Moros de Onçar y Yadmud, que tenian su aduar entre la marina y Orán, eaen sobre los robadores y reseatan el ganado.

El 23, tres galeotas de Argel eon 4 piezas y dos morteros grandes y munieion de artilleria, fondean en el punto de Areeo, siete leguas de Orán.

En Mazalquivir fondea D. Gabriel Corada, eon tres galeras, una tartana, y un navio, eon 97 eaballos y 2000 fanegas de trigo.

El 27, deja á Orán el aventurero Mr. de Prú. El Marqués de Torrecusa gravemente enfermo, se niega á reembarcarse; pero el Gobernador le obliga y se mareha en las galeras.

El 28, desde la eolina de Abreojo, bajan dos Turcos eon bandera blanca, para tratar del reseate. Eran renegados y se quedan en la plaza. El Dulati eseribe, que si no le entregan á los desertores haria freir en aeeyte á todos los eristianos eautivos y el primero á D. Antonio Paz. El Gobernador se niega á la devolucion.

El 31 de Julio llegan 3 galeras con 6000 fanegas de trigo.

El 6 de Agosto se marchan los aventureros en las galeras, escondense en ellas 12 soldados de la guarnicion; pero descubiertos son destinados á los castillos extramuros.

El 10, gran multitud de Alarabes con 500 Turcos tratan de quemar el pueblo de Yfre, resistense los habitantes, socórrelos el Gobernador Conde de Guaro, portandose bizarramente la manga de Juan de Roxas. Después de dos horas de fuego, retiranse los Turcos.

El 19 se pasa á los Moros el soldado de á caballo Ignacio Rodriguez, cosa que puso en cuydado á la plaza.

El 20 nueva escaramuza.

El 21 vuelven á atacar á Yfre; pero se defienden con tanto brio que los llevan á balazos espaldas vueltas. Llega el Dey de Argel con 200 arcabuceros turcos de á caballo. Grandes salvas en el campo.

El 28, á las tres de la tarde empieza á moverse el ejército por la colina y cabeza de la Rambla honda: el Dey colocó su pabellon azul celeste junto al ribazo que cae á la marina, fuera del tiro de cañon de Rosalcazar.

El 29 amanece una bateria de dos cañones gruesos en la punta del mar, batiendo á Rosalcazar. Al lado izquierdo de la bateria pusieron dos morteros. Los aventureros que quedaron, piden al Gobernador los destine á Rosalcazar.

El 30 apareció colocado otro mortero en la Rambla del Agua del medio, escaramuzandose este dia muy fuertemente.

El 31 sale la manga de D. Luis Roxas contra las avanzadas enemigas; despues la de D. Miguel Sanchez, que pasa á vanguardia. Pícanse ambas, y no queriendo ceder, siguen adelante. Fingen los Alarbes retirarse y destacan un grueso peloton de caballeria para cortarlos. Lo observa el Moro Rabeh y á escape llega y avisa á los Gefes. Emprenden la retirada, vivamente cargados por los sitiadores. Muere D. Andrés Narvaez y recibe D. Luis Roxas dos balazos en el muslo; debiéndose al aviso de Rabeh, que no fueran cautivados todos.

Nota: es caso digno de repararse que siendo el dicho Rabeh cerradísimo de lengua, pudiese expresar claramente en la castellana: *Cristianos que os cortan los Turcos*, como lo afirman todos los que se hallaron en esta manga.

El 1.º de Septiembre una bomba derriva un trozo de parapeto de la muralla de la carrera.

El 3 plantan los sitiadores una bateria de dos cañones sobre la ceja de la rambla y Torre de Maagon, á un tiro de arcabuz de Rosalcazar; y un mortero en la rambla de Gámez desde donde se descubre la plaza de N. á S.

La Gobernadora sale de la plaza por la noche y se refugia en el puerto de Almarça.

El 4 colocan los enemigos 2 morteros en la Rambla de Gámez.

Al amanecer entran en el puerto de Almarça tres galeras y tres saetias, con 6.000 fanegas de trigo.

El 21 desembarcan en Almarça 350 hombres, al cargo del sargento general de batalla D. Antonio de Heredia Vazán, Gobernador de Cartagena; y el sargento mayor D. Juan de Cardeña.

El 27 desde Barcelona trae una saetia 300 quintales de pólvora y al Capitán Don Jorge Blasco, que se queda de aventurero hasta el fin del sitio.

El 29 unos fuegos fatuos que se paraban en las armas de los soldados que estaban en los parapetos, asustaron mucho á la guarnicion.

El 14 de Octubre se levantó el sitio.

Relacion de la caballeria que tiene el exército turco y de las parcialidades que le asisten.

De Turcos arcabuceros de á caballo	800
Del lugar de Borx, que tambien son de paga	50
La parcialidad de Ceuzaura de los Venerages	500
La otra parcialidad Emjamin de los Venerages	500
La parcialidad de Ulad-Talja, que vinieron de Poniente	1.500
La parcialidad de Unchajan	250
La parcialidad de Ulad-Juzidán	250
Las parcialidades de Beni-Chográn y Zuzufrahagara	60
La parcialidad de Beni-Agadá	50
Las Zafinas ó villanage de Tremecén	200
Los Hadres ó vecinos de Mostagán y Mazagrán	400
	4.560

Parcialidades de nuestro Reyno que estaban con el Turco.

Las parcialidades de Ulad-Addala	280
La de los Alafefes	300
La de Ulad-Yalfa	60
La de Ulad-Soltán	100
La de Ulad-Garrab	25
La de Ulad-Exbara	25
La de Ulad-Brahem	30
La de Ulad-Zayer	100
La de Ulad-Maymón	60
Las Zafinas de Yafa	200
Las Zafinas de Hamayán	40
Las Zafinas de Havra	40
	1.260

APÉNDICE NÚM. 25.

(Pág. 301.)

MISIONES EN BERBERÍA.

Fundada la Orden de Menores Franciscanos en los primeros años del siglo XIII, bien pronto fué el África el objeto de sus desvelos. San Francisco de Asís, fundador, determinó pasar á Marruecos, sin poderlo verificar, por una grave enfermedad que sufrió en España, y destinó á Fray Bernardo de Corbio, como Superior, y á Fray Pedro de San Geminiano, Fray Otón, Fray Adyuto y Fray Acursio, todos Italianos. Hospedóles en su casa, D. Pedro, Infante de Portugal, que allí se hallaba por desavenencias con su hermano el Rey Alfonso II. Pronto fueron los Misioneros víctimas de su apostólico celo. El 16 de Enero de 1220, predicaron delante del Emperador, quien, irritado, desenvainó su cimitarra y les cortó la cabeza; siendo canonizados por Sixto V en 1481, conservándose sus restos en Coimbra, donde los transportaron los Portugueses.

En 1221 arribaron á Ceuta, Fray Angel, Fray Samuel, Fray Dónulo, Fray León, Fray Nicolás, Fray Ugolino y Fray Daniel, que iba como Superior; todos procedentes de Calabria; quienes en el mismo año, según unos, y según otros en 1227, fueron degollados y arrastrados sus cuerpos por orden del Gobernador Arbaldo, conservándose sus reliquias en el barrio de la Alhóndiga, habitado por los comerciantes extranjeros, y de allí trasladados al convento de Santa María de Marruecos, cabeza de las Misiones. El Pontífice León X inscribió sus nombres en el catálogo de los Santos en 1516.

En 1227 llegaron otros Misioneros, presididos por Fray Agnelo, compañero de San Francisco, siendo electo Obispo de Fez y Marruecos en 1233, y el primer Fraile que sobre el sayal franciscano vistió las insignias episcopales. Muerto en 1243, le succedió en 1246 Fray Lope, ó Lupo Fernández Dain, Aragonés. Logró éste penetrar en lo interior del país, y de tal modo se captó las simpatías de los Gobiernos, que el Emperador de Marruecos le confió la comisión de proponer la paz á los de Fez, con quienes peleaba: tan bien la desempeñó, que se aceptaron las proposiciones, y en recompensa, se les permitió predicar libremente y edificar conventos en Fez y Mequinez; cuyas ruinas se ven aún hoy, y las llaman los Moros, *las casas de los sabios de los Cristianos.*

Durante las guerras entre Almohades y Merinitas, apenas quedó un Religioso en el Mogreb. En el reinado de Mohamed-ben-Oataz, llegó á Fez el V. P. Fray Andrés de Espoleto, á quien Torres, en su *Historia de los Xerifes*, llama Fray Martín; el cual obró tantos milagros, que la plebe mahometana le mató á pedradas en Enero de 1532, por hechicero.

En 1631 la provincia franciscana de San Diego en Andalucía se encargó de proveer de personal á las Misiones africanas, enviando primeramente al Beato Juan de Prado, con sus dos compañeros, Fray Matías de San Francisco y Fray Ginés de Ocaña, que fueron atormentados por Muley-Luelid ó Valid.

El Sultán de Marruecos, Muley-Abd-el-Kerím, les derribó el convento é iglesia que reedificaron, y que volvió á destruir Muley-Arxid en 1670.

También les derribaron el convento de Fez; pero lo reedificaron en 1673, cuando Muley-Ismael trasladó á esta ciudad todos los cautivos que tenía en Marruecos, permitiéndoles después que construyeran capilla en Tetuán; y en Mequinez, dos iglesias y cuatro capillas, dos de Franceses y dos de Portugueses.

Carlos II, queriendo favorecer el establecimiento de las Misiones, que hasta entonces se habían mantenido con sus propios recursos, les señaló 2228 pesos fuertes, con cuyo auxilio llegaron á tener á principios del siglo XVIII; iglesias con hospicios en Fez, en Rabat de Salé y en Tetuán. En Mogador hubo también iglesia desde 1760, y en Mazaghán y en Saffi, y en Larache, además; se conservó un convento, aun después de perderse la plaza por los Españoles.

En tiempo de Sidy-Mahomet, fué tal la consideración y respeto que disfrutaban los Misioneros, que en uno de los artículos del tratado que se ajustó posteriormente, se decía: «que el ministerio y operaciones de los Misioneros, lejos de causar disgustos á los Marroquíes, les habían sido siempre agradables y beneficiosos, por sus conocimientos prácticos en la medicina, y por la humanidad con que habían contribuído á sus alivios.» Los privilegios concedidos por varios Emperadores, les fueron reconocidos solemnemente en el artículo 1.° del Tratado de 1.° de Marzo de 1799 y en el 10, del de 26 de Abril de 1860.

Con la supresión en España de las Ordenes religiosas, la provincia de San Diego no pudo ya mandar más personal á Marruecos; si bien esta misión había perdido ya gran parte de su importancia desde que Muley-Solimán, en 1816, dió libertad á todos los cautivos, y abolió en 1817 el corso y la piratería.

En 14 de Julio de 1856 se inauguró en la villa de Priego, provincia de Cuenca, un *Colegio de Misioneros Franciscanos de la Observancia*, con el objeto de enviar á Tierra Santa, Religiosos que sostuvieran allí los derechos correspondientes á la Corona de España. En 10 de Julio de 1859, llegaron á Tánger varios Religiosos de este convento. Con motivo de la declaración de guerra, hubieron de dirigirse á Algeciras, y de allí á Ceuta, donde fueron destinados á los hospitales de sangre. La Sagrada Congregación *De propaganda fide*, nombró Superior de las Misiones católico-franciscanas al R. P. Fray José Antonio Sabater, y los servicios de los Misioneros en los hospitales de coléricos y en los de heridos fueron imponderables. Tambien bendijeron la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, en Tetuán. Concluída la guerra, la Misión quedó definitivamente asentada en Tánger y en Tetuán; con autorización, en virtud del Tratado de Guad-Ras, para establecerse en Fez ó donde mejor le pareciese. Hoy hay iglesias en aquellas dos ciudades, en Casa-Blanca, Mazaghán y Mogador.

Las Misiones, que antes sellando con su sangre su celo por la predicación evangélica, se ocupaban en consolar á los cautivos, y en socorrerlos material y espiritualmente, y en mantener en su fe á los cuerpos españoles que asoldaban los Sultanes para su defensa; hoy día sostienen las iglesias y su culto, establecen escuelas gratui-

tas y públicas de primera enseñanza, y en la de Tánger, además, pagan clases de música, inglés, francés, árabe, latín y español.

Aunque lentamente, la civilización cristiana va por estos medios infiltrándose en el Mogreb; así es que el eminente político, el Excmo. Sr. D. Francisco Merry y Colom, representante de España en Tánger, solía decir: «Las actuales pequeñas capillas de la Misión, serán con el tiempo las iglesias matrices y catedrales del país marroquí regenerado.»

El Gobierno presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, agregó la *Agencia de Preces* á la *Obra Pía de Jerusalem,* que desde 1877 ha atendido con bastante esmero á las Misiones marroquíes, sufragando los gastos de la iglesia, que el 2 de Octubre de 1881 se inauguró en Tánger, y ayudando á la construcción de la capilla, que el 24 de Junio de 1883 se abrió al culto en Yebel Kibir, de la misma ciudad.

(Extracto del Apéndice, del P. Fray Manuel de Castellanos, *Las Misiones franciscanas en Marruecos.*)

APÉNDICE NÚM. 26.

(Pág. 305)

PÉRDIDA Y RECOBRO DE ORÁN.

Á tan poca costa se recobró Orán, cuya pérdida en 1708 cuentan así los Árabes:

«El Dey de Argel Bakdaché encargó á Sid Husún Hassán. Atacaron primero el Fuerte de las Fuentes *(Bordy el Aioun)* [1]. Dirigieron la artillería contra las puertas de la plaza y acometieron á los Españoles, que sin duda estaban fuera; los derrotaron y los persiguieron hasta el pie de la muralla; pero los que allí se habían refugiado y la guarnición fusilaba á los perseguidores, hasta que dado fuego á una mina se desplomó gran parte de la fortaleza, y al día sigüiente el presidio se rindió á discreción. Al cabo de 56 días de sitio, 545 cristianos quedaron esclavos, sin contar mujeres y niños.

»Á seguida pusiéronse á atacar el fuerte de la montaña *(Bordy-el-Dgebel)* [2] con artilleria y minas peleando la mitad de los sitiadores y descansando la otra mitad y reemplazándose: los defensores tuvieron que entregarse al tercer día quedando prisioneros 106 hombres y 6 mujeres.

»En posesión los Musulmanes del Castillo de Santa Cruz, pudieron hacer ya un vivo fuego contra los otros castillos y contra la plaza de Orán.

»De allí pasaron á sitiar el Fuerte de *Hocen-Eben-Zahwa* [3]. El ejército se colocó de modo que pudiese ofender al fuerte por todas partes, creyéndola fácil presa; pero de tal modo se defendieron los Españoles que hicieron retirar á los Árabes, muertos muchos de ellos y desanimado todo el ejército. Entonces el Kalifa recurrió á las minas, y después de dos que no causaron daño, la tercera abrió un ancho boquete que permitió montar la brecha: 37 días duró este sitio. Los Españoles fueron pasados á cuchillo; algunos prisioneros cargados de cadenas fueron enviados á Muley-Ismael, Emperador de Marruecos.

»Tomado éste, cercaron el Fuerte de la Mona *(Bordj-el-Yahudi)*: otra mina quebrantó los muros, y por la brecha fué entrado por asalto y toda la guarnición pasada á cuchillo. Los Españoles de Orán que estaban mirando desde las murallas, quedaron desanimados completamente.

1 El fuerte de San Fernando, obra avanzada del Castillo de San Felipe que substituyó á la antigua torre de los Santos, y que defendía las aguas. Probablemente la conocida en nuestra historia, por Torre del Nacimiento del Agua.

2 Al parecer el Castillo de Santa Cruz.

3 Quizá el Fuerte de San Gregorio al que últimamente llamaban los indígenas Bordj-Topana.

»Emprendióse entonces el sitio de Orán: á la fama acudieron tantos Árabes, que parecía aquello un inmenso campamento de peregrinos en la estación del Arafat [1], ó una nube de langostas.

»Sin esperar órdenes se derramaron por los alrededores de la plaza y la circunvalaron y asaltaron, rechazados con pérdidas; pero al son de las fanfarrias y al grito de la guerra santa, volvieron al asalto y entró el ejército victorioso. Muchos de los Cristianos habían huído antes, y todos puesto en salvo sus bienes. Los Cristianos que quedaron no tuvieron valor para defenderse, y los Musulmanes no tuvieron que hacer uso de sus armas.

Sólo quedaba el *Bordj-el-Ahmar* ó *Bordj-el-Djedid* [2] que entregada Orán, resistió un dia y capituló quedando cautivas 560 personas.

»La parte de la guarnición que no había quedado en los fuertes se refugió en Houm-al-Marsa ó plaza de Mazalquivir, creyendo poder escapar por mar; pero á fin de evitarlo, vino una escuadra argelina.

»Varias veces atacaron, aunque en vano, tratando de apoderarse primero de un pequeño fuerte que tomaron al poco tiempo. No pudiendo lograr la plaza, la minaron, y despues de tres minas inútiles, la cuarta derribó un trozo de las fortificaciones, y asaltada y tomada, pasaron á cuchillo á tres mil hombres.»

(Crónica árabe titulada «El Tefat-el-Mardhia» (El Homenaje agradable), *traducida por Alphonso Rousseau.)*

1 Una de las estaciones que hacen los peregrinos cuando van á la Meca.
2 Castillo nuevo, ó nueva Casbah (Alcazaba).

APÉNDICE NÚM. 27.

(Pág. 318.)

EMBAJADA DE D. JORGE JUAN.

Habiendo cautivado las fuerzas españolas algunos Marroquíes, solicitó su redención el Emperador Sidy Mohammed, y para conseguirlo comisionó á dos Frailes españoles, encargados de presentar como regalo á Carlos III, varios tigres y leones. Accedió el Rey y mandó además, que se pusiera en libertad á todos los Marroquíes que estuvieran presos en España; retornando el regalo con otro de géneros de las fábricas del reino. Agradecido Sidy Mohammed, dió libertad á todos los cautivos españoles é italianos, mandando á sus corsarios y buques de guerra, que no molestasen á los barcos españoles; orden que también por su parte dió el Gobierno de Madrid á los navíos de la Real armada.

A poco, Sidy Mohammed indicó á los Frailes Franciscanos de la Misión, su deseo de entablar relaciones mercantiles con España, y sabido en ésta, el Gobierno comisionó reservadamente á Fray Bartolomé Girón de la Concepción, para que con maña procurase lograr ante todo una tregua de hostilidades, y luego, permiso para fundar un establecimiento en la costa africana; procurando mantener siempre viva la aversión que Sidy Mohammed profesaba á los Ingleses.

A últimos de 1765 marchó el P. Girón á Marruecos; captóse las simpatías de la Corte, logró audiencia en 2 de Febrero de 1766, leyó al Emperador un discurso traducido al arábigo por un Talbe de singular habilidad, en el que expresaba: la complacencia que tendría el Rey Carlos en que se acordase paz entre ambos Imperios, y la que experimentaba por el buen trato que recibían sus súbditos: que le enviaba algunos regalos, y si llegaba el caso de un convenio, nombraría un Embajador especial con mayores presentes, y concluirían un tratado de comercio, con el cual, los Españoles dejarían en Marruecos considerable cantidad de pesos fuertes redondos, del cuño mejicano, que era la plata más apreciada de toda Europa.

Gustó la proposición á Sidy Mohammed, que envió como Embajador á Sidy Ahmed-el-Gacel, acompañado del P. Girón, quien trajo relaciones de las fuerzas marítimas de Marruecos, que consistían en 16 buques con 306 cañones; de los pesos, medidas y precios de frutos y ganados en Marruecos; de las tarifas de importación y exportación en Larache, Mogador y Aghadir, y una apuntación del Emperador, en que solicitaba se le enviasen algunos marmolistas, carpinteros, albañiles, cerrajeros, plomeros y vidrieros, cuatro fabricantes de azulejos y dos pintores.

En cuanto el Gobierno supo la llegada de El-Gacel, envió al Aposentador Teniente de Carabineros Reales, D. Pablo Asensio, para que cuidase del alojamiento y

gastos de la Embajada marroquí, que entró en la Corte por la Puerta de Atocha el 11 de Julio de 1766, alojándose en el Retiro. Señaló el Rey á El-Gacel, cuarenta duros diarios para el gasto, y un coche y cuatro caballos de silla.

A poco indicó El-Gacel que era costumbre regalar á los Embajadores, que como él traían una misión extraordinaria, una vajilla de plata: suspendióse el hacerlo hasta que concluídas sus gestiones, se resolviese si se le daría la destinada para su uso, ó más bien el retrato del Rey, guarnecido de diamantes.

Pidió y obtuvo El-Gacel, por medio del P. Girón, la libertad de un Talbe argelino, y el indulto de siete presidiarios desertores, lo que se le concedió, y además, espontáneamente, la libertad de tres Marroquíes capturados en presas hechas á Argel; en cambio Sidy Mohammed permitió á los Españoles pescar por toda la costa, desde Tetuán hasta Santa Cruz; pudiendo los pescadores saltar á tierra con sus redes, y por añadidura dió libertad á nueve Catalanes.

Recibido El-Gacel en audiencia el 21 de Julio, y acordadas las bases del convenio con el Marqués de Grimaldi, despidióse el 4 de Octubre en la Granja, y, visitado el Escorial, se restituyó el 7 á su alojamiento del Buen Retiro, desde donde hizo todavía algunas peticiones, y muy ahincadamente, y como especial favor; la de que se le entregasen unos libros del Corán, que es probable fuesen de los tomados al Rey Cidán; á lo que contestó Grimaldi: que lo tendría presente y procuraría complacerle.

Para formalizar de un modo solemne lo convenido, se nombró en 10 de Noviembre de 1766 á D. Jorge Juan, Jefe de escuadra, Embajador en Marruecos, sin señalarle sueldo; pero consiguándole 30.000 reales para ayuda de costa de los gastos de viaje. Diéronsele minuciosas instrucciones, firmadas por el mismo Rey en 30 de Diciembre, previniéndole que trabajase para lograr que en el tratado se estipulara paz perpetua y no tregua; cambio de géneros y frutos; modificación de los aranceles marroquíes; devolución de desertores; ensanche del radio de las plazas españolas en África; libertad de pesca para los Canarios, con un establecimiento en el Atlántico; señalamiento de una zona neutral en los mares que bañan ambos reinos, donde no se pudieran hostilizar Españoles y Berberiscos; auxilio á los Españoles náufragos, en las costas de Marruecos, y, sobre todo, que procurase fomentar la animadversión del Emperador contra Inglaterra, y la benevolencia con Francia, coadyuvando al buen éxito del tratado que ésta negociaba; aunque sin mezclarse en el pormenor de los artículos; y, por fin, sacar un plano de la ciudad y defensas de Mogador, con un proyecto de ataque, por precaución de futuros sucesos.

El P. Girón llevaba orden de comunicar toda su anterior correspondencia con Grimaldi, á D. Jorge Juan, y éste había de entregar en Marruecos los regalos comprados, según las instrucciones de aquél; consistentes en tisúes, damascos, terciopelos, paños de colores, telas de holanda, pañuelos, quitasoles, cinturones, armas, vajillas, espejos, arañas, cristalería, loza, los libros pedidos por El-Gacel, varias tiendas de campaña, algunos canarios, diez cardenales, dos osesnos domesticados, cuarenta y cinco perros de castas distintas y un anillo con un magnífico brillante, que con las credenciales había de presentar D. Jorge Juan al Emperador, como especial demostración del afecto que le profesaba el Rey. Después se le autorizó para aumentar los regalos y distribuirlos entre los hijos del Emperador y los Gobernadores de las provincias, según uso y costumbre.

Antes de zarpar de Cádiz D. Jorge Juan, meditados los puntos de su comisión, di-

rigió al Marqués de Grimaldi en 6 de Febrero de 1767 un despacho acerca de la dudosa utilidad del establecimiento de pesca para los Canarios en la costa de África. «La »pesca, decía, ni es ni puede ser como se pinta; porque ni es de la calidad, ni de la »abundancia de la de Terranova, á más de hacerse en mares muy profundos; lo que »la otra sobre un banco, cuya circunstancia facilita mucho la pesca. Para mayor »prueba de ello no es menester sino considerar, que cuantas costas hay desde Ma»rruecos, por España hasta Inglaterra, tienen la misma cantidad y calidad de pesca, »y aun con más exceso las de más al Norte..... Las pescas de allí (en la costa de »África) son como las de estos alrededores de Cádiz y Lisboa: se coge para mante»ner los lugares circunvecinos, pero no para comercio de toda Europa: son muy pe»queños y pocos los barcos que la hacen, no son navíos como en Terranova. Toda la »pesca de la costa que hacen los Isleños, remontará quizás á la carga de un solo »navío. No estribaba en la voluntad de Glarr el aumentarlo; es preciso que el mar »dé el pescado, y no se han encontrado aún medios para obligarle á ello..... Se dirá »que aunque la pesca sea poca, se hace precisa para los Isleños que tienen necesi»dad de un establecimiento para salar. Es este un pensamiento equivocado, que re»sulta de lo que se practica en Terranova, y no porque allí se hagan precisos, lo »han de ser también en África. En Terranova se pesca con embarcaciones menores »y se va salando y guardando hasta completar la carga del navío; y en África no »hay, sino sólo el barquillo en que se pesca. Para prueba de la poca necesidad que »tienen los Isleños de semejante establecimiento, y que les basta para salar el mis»mo barco, es que puesto que ellos salan, ya sea al Norte ó al Sur de sus islas á 40 »ó 60 leguas de ellas, tan fácil les es arribar á la costa de Berbería como al Lan»zarote: no lo hacen á este; luego es evidente la ninguna necesidad..... No siempre »pueden pescar en el mismo sitio; deben alargarse ya á un lado ya á otro, y por con»siguiente cualquier establecimiento que se les dé, será como si se les diera la isla »de Lanzarote..... Si ningunas ventajas se logran por establecer á los Isleños en »África, tampoco se puede por ello conseguir que los Ingleses dejen de ejecutarlo..... »Si no lo hacen en el puerto de Vocid ó de Santa Cruz del Mar pequeño, porque los »Españoles lo hayan ocupado; lo harán en otro más ó menos distante, y el perjuicio »siempre sería el mismo imaginado. No pudo ser la pesca lo que indujo á Glarr á »sus solicitaciones; más bien parece que lo sea el comercio interior de África..... »Supóngase, sin embargo, que fuese de alguna utilidad á los Canarios el estableci»miento pretendido, en los términos expresados: ¿de qué gasto no le sería al Rey? »Es preciso fortificarse; ponerle un Gobernador y tropa que lo custodie, y en tiempo »de guerra con mucha más fuerza. Yo creo que aún fuera más barato comprar el »pescado en Terranova y llevarlo á los Isleños.»

No convencieron estos razonamientos al Marqués de Grimaldi, quien contestó á D. Jorge Juan en 9 de Febrero, diciéndole: «El asunto es en sí tan grave y serio, que »parece justo tomarse tiempo, y adquirir cuantas noticias se puedan antes de plan»tificar el proyectado establecimiento; pero de todos modos tiene S. M. por preciso »que se pida y logre el permiso del Emperador de Marruecos para hacerlo, dejando »así á nuestro arbitrio practicar lo que más nos convenga. Nunca se ha creído que »la pesca en aquella parte del África pudiese llegar á comparación con la de Terra»nova, ni aun remotamente; pero sentando que á veces no tiene otro alimento la gen»te pobre de Canarias, y que los Moros bravos de dicha costa impiden sus manio-

»bras á los pescadores, no cabe más arbitrio que establecerse allí con algún poder »suficiente á contenerlos. Es cierto que sería inoportuno formar una fortaleza, que »emplease bastante tropa y causase mucho gasto, sin estar seguros de unas ventajas »equivalentes; pero por esta misma consideración no ha habido hasta ahora más de»signio que hacer (en el paraje que se juzgue más á propósito) un pequeño fuerte »de tierra ó de faginas que bastase á precaver los insultos de los Moros bravos erran»tes; dejando que el tiempo y la experiencia indicasen, si convenía aumentarlo ó »abandonarlo. Verdaderamente puede atribuirse á empresa de un aventurero la ten»tativa del Inglés Jorge Glarr; pero como esto no nos consta, cabe creer también que »cuando hubo comerciantes que franquearon sus caudales, sus ganancias se prome»tían. Y lo que no admite duda es, que la idea se siguió con noticia, aprobación y aun »estímulo del Gobierno británico; el cual pasó con nosotros oficios muy fuertes sobre »la prisión en Canarias del citado Glarr, y autorizó esta empresa con un acto del »Parlamento. Suponiendo que la pesca se puede verificar en la costa de África, no »debe retraernos de la idea de intentarlo, la reflexión de que no sería tan abundan»te como la de Terranova; pues á lo menos en la parte que alcanza, se disminuiría »el consumo de bacalao inglés, y consiguientemente, la extracción de nuestra mone»da..... Es evidente que nunca podemos impedir á los Ingleses que se establezcan »cuando quieran en las costas de África, aunque preceda un establecimiento nues»tro; pero es igualmente cierto, que en este caso no lo intentarían ellos sin llevar »hecho el ánimo á hacer uno considerable y costoso, por respeto al nuestro. Y para »plantificar uno de esta especie, podrían tener mil reparos..... V. E. reflexione so»bre este punto y busque cuantas noticias pueda.... Entre tanto, arréglese V. E. á la »instrucción y al contexto de esta carta.»

A tan terminante mandato, nada podía replicar D. Jorge Juan; y el 14 de Febrero, y previo el consentimiento del Emperador para que desembarcase en Tetuán, salió de Cádiz la Embajada española, en los jabeques de guerra *Gaviota* y *Cuervo*, con otro jabeque y dos tartanas mercantes; llevando consigo á D. Tomás Bremond y Pacheco; al Ayudante D. Francisco Juan, Alférez de navío; D. Gonzalo Cañas y D. Rafael Orozco, muy diestros en el dibujo; á D. Francisco Canibel, Ayudante del Cirujano Mayor de la Armada; á D. Carlos Costa, encargado de armar las tiendas de campaña del Emperador; cuatro músicos y mas de 200 esclavos, á los que se había concedido libertad. El temporal que corría impidió á la escuadrilla embocar el Estrecho, viéndose obligada á volver á Cádiz; hasta el 19 en que salió de nuevo, dando fondo el 20 en la rada de Tetuán, saludándola el fuerte con tres cañonazos.

El 21 metióse la escuadrilla en el río Guad-el-Jelú, y entre las salvas de la artillería desembarcó la Embajada, á corta distancia, en el punto donde la esperaba el Gobernador en dos pequeñas tiendas de campaña, donde tenían dispuestos unos tazones con leche; símbolo entre los indígenas del gusto y amistad con que se recibe á una persona, y también de la dulzura y suavidad de la tierra. D. Jorge aceptó el obsequio y tornó á embarcarse en la casa de la Aduana.

El Gobernador y la escolta marchaban por la orilla, precedidos por dos negros con lanzas: detrás un Moro con un estandarte de lana blanca como de dos varas en cuadro, con una bola de latón por remate: luego la caballería y una música de cuatro grandísimos atambores tocando con lentos y acompasados golpes; una trompa delgada y larga de ásperos sonidos, y tres chirimías semejantes á las gallegas.

En la Aduana, á media legua del mar, desembarcaron los Embajadores, y sin detenerse por la lluvia, continuaron el viaje á caballo. La caballería mora, cuando el terreno lo permitía, corría la pólvora. A un cuarto de legua de la Ciudad formaban 1.500 hombres con seis banderas; una de las del centro, blanca, con media luna dorada; encarnadas y azules las restantes. Hizo la tropa dos descargas, y al grito de *viva el Rey*, tomó puesto delante de los Embajadores. Con grandes muestras de júbilo y algazara, unos 10.000 espectadores acompañaron á D. Jorge Juan hasta su alojamiento, en donde le saludaron el Alcaide y los principales de la población, que no le permitieron que pagase ningún gasto.

Esperando órdenes de Marruecos permaneció la Embajada allí, hasta que en los primeros días de Abril llegaron 300 acémilas de Marruecos, Fez y Mequinez, para el transporte del equipaje; 12 caballos para la comitiva, y uno, presente del Emperador, para D. Jorge.

El 13 de Abril, regalados los Gobernadores primero y segundo, el Almocadén, el hermano del Alcalde de Tánger, dos Arráeces, el Mayor de la tropa, y todos los que directa ó indirectamente habían hecho algún servicio á la Embajada, salió de Tetuán con el Alcaide y 40 ginetes, andando dos leguas.

El 14 llegaron á Zinat, á tres leguas de Tánger; cuyo Alcaide le recibió con hasta 2.000 soldados que corrieron la pólvora, y regaló á D. Jorge Juan, uno de sus mejores caballos.

El 16 prosiguió el viaje con el hijo mayor del Gobernador de Tánger y 100 ginetes, á los que se incorporaron en el camino 400 soldados, acampando por la noche en Belita del Garbia, donde tuvieron que detenerse por estar impracticables los caminos y vados con las continuas lluvias.

El 18 llegaron al campo de Risana, donde los recibió el Alcaide con 50 caballos.

El 19 se detuvieron en la orilla del Mijasen; invadeable á la sazón; hasta el 20, en que llegaron á la ciudad de Alcázar, acampando en las cercanías por falta de regular alojamiento; haciendo una especie de honores militares, la guarnición compuesta de 1.600 hombres.

El 21 se empleó en pasar el rio Cús; las cargas y gente en barcas, y las caballerías á nado.

El 22 entró la Embajada en Larache. Hiciéronle los honores, mauiobrando 4.000 hombres; con salvas, además, de la plaza y de dos buques de guerra, que consumieron 15 quintales de pólvora. El Embajador y su comitiva se alojaron en casa del Alcaide; El-Gacel y los suyos, extramuros.

El 24 siguió la marcha con 50 Negros de la Guardia y pernoctaron en el campo de Sefián, donde con 500 caballos aguardaba el Alcaide Sashmín, Xeque de la kabila de Sebú, hermano de una de las cuatro mujeres principales del difunto Emperador Muley Ismael, y dos sobrinos suyos, cuñados del actual Emperador Sidy Mohammet.

El 25 llegaron al campo de Benimelí. Detuviéronse el 26 en la orilla del Sebú, pernoctando el 27 en Salé.

El 29 salió el Alcaide con 3.000 ginetes y acompañó á D. Jorge hasta la orilla del río, para pasar á Rabat ó nueva Salé en la opuesta orilla. A punto estuvieron los Moros de ambas ciudades de venir á las manos; por querer unos y otros transpor-

tar en sus barcos á la Embajada; hasta que D. Jorge determinó ir él en las de los unos y El-Gacel en las de los otros.

El 30 acamparon en el sitio de Busneca.

El 1.° de Mayo caminaron hasta el de Xasar: el 2 hasta el de Cayo: el 3 hasta el de Temsna, y el 4 hasta el río Morbea, que pasaron el 5 sobre unas balsas construídas con tablas y odres, haciendo alto á unas dos leguas más allá.

El 6 se trasladaron á la alcazaba de Duquela; el 7 al campo de Smira: el 8 al de la Cejera, y el 9 á un jardín del Emperador, distante un cuarto de legua de Marruecos; tardando en el viaje á esta ciudad, desde Tetuán, 27 días.

El 10, fué El-Gacel á buscar al Embajador, pasando por delante de la tropa, que por una media legua estaba formada en tres ó cuatro filas y saludó con fuego graneado.

Cumplimentó á D. Jorge, Muley Dris, acompañado de varios Bajaes, manifestándole de parte del Emperador, «que aun cuando le hubieran llenado el reino de oro y diamantes, no lo habría estimado tanto, como el regalo de los cautivos.» Presenciaba la entrada Sidy Mahommed; primero desde una torre, y luego desde el mirador de palacio, disponiendo en obsequio especial de la Embajada, que escaramucease y corriese á caballo el Príncipe Muley Maimún, hijo segundo del Emperador.

Se acomodó la Embajada en unas tiendas de madera construídas al efecto en el jardín de palacio, y en las que de Cádiz traía: al entrar en el jardín, un jabequillo anclado en un estanque hizo salva con seis pedreros. A poco presentóse el Camarero mayor diciéndole á D. Jorge: «que S. M. no había recibido nunca mayor satisfacción, y que viviese en la inteligencia de que ya estaban concedidos los asuntos á que venía.» De allí á un rato llegó un segundo recado de S. M. pidiendo los libros del Corán, que se entregaron inmediatamente; remitiendo á seguida como obsequio varios platos de su mesa imperial.

Al siguiente día, Sidy Mahommed envió por los pájaros, perros y osos, agradándole particularmente los guacamayos y los perros de presa, cuya bravura probó, azuzándolos contra un lobo que mataron en cortos momentos.

El 15 se armó la tienda grande de campaña que se colocó en el sitio donde el Emperador daba audiencias, llamado *mensuar*, y fué tan de su gusto, que declaró, que sólo serviría para los Talbes ó primeros ministros de su iglesia en las funciones á que él asistiese.

El 16 tuvo efecto la audiencia pública y solemne en el *mensuar*, llevando el Embajador los demás regalos y acompañado de El-Gacel, del personal de la Embajada y de la música. Al acercase D. Jorge le dijo Sidy Mahommed: *Bono Embajador del Rey Carlos bono: más le quiero que á todos los Reyes del mundo juntos.* Regracióle al Embajador encareciéndole la amistad de su Rey, siendo prueba la credencial y sortija que le entregaba. Con atención la miró el Emperador y dijo á los de su corte: *Esto y cuanto nos envía el Rey Carlos, es menester estimarlo* y *agradecerlo mucho:* luego, dirigiéndose á D. Jorge, le manifestó: que había mandado á sus Arráeces que á las embarcaciones españolas que navegaren sin pasaporte, las condujeren á puerto español para que las juzgasen sus tribunales; en vez de conducirlas á un puerto del Imperio, como á las de otras naciones. Después de asegurarle «que le concedía cuanto traía en el pecho,» le indicó que podía retirarse y mandó que se le regalasen como presente, un jabarquino y una jabarquina, que estaban cautivos

Al siguiente día pidió El-Gacel los regalos para el Príncipe heredero, y el 18 le visitó el Embajador y entregó á Muley Dris los que para él traía [1].

Había llegado á Saffi, el 28 de Abril, el Embajador francés con una escuadra, y D. Jorge Juan se apresuró á escribirle, ofreciéndole, con arreglo á sus instrucciones, sus servicios; á las gestiones de aquél, y probablemente á los buenos oficios de éste, se debió que el 20 de Mayo diese Sidy Mohammed libertad á todos los cautivos franceses.

Desde el día siguiente á la entrada en la capital, D. Jorge Juan y El-Gacel comenzaron á discutir los términos del tratado: la mayor resistencia la opuso el Marroquí al establecimiento para la pesca en la costa de África, porque el Emperador no consentiría que se fortificase punto alguno de su territorio. También creyó El-Gacel difícil que se obtuviese la rebaja de los derechos de entrada y salida en los puertos de Marruecos, porque las otras naciones la reclamarían igualmente. Parecíale también que los Argelinos se opondrían á reconocer zona marítima neutral, en que no pudiesen dañar á los Españoles. Convino en la petición de socorrer á las guarniciones de las plazas españolas en África, cuando hubiese necesidad, y en que el radio del campo neutral de las plazas se determinase por comisionados especiales.

Siendo costumbre que los Embajadores extranjeros sólo permanezcan en Marruecos el tiempo preciso para firmar el tratado, El-Gacel indicó al de España que debería marchar al puerto donde fuese á buscarle el buque que enviasen para su regreso; señalándole el de Saffi, y no permitiéndole que fuese á Mogador, según deseaba; pero después accedió el Emperador á los deseos de D. Jorge Juan.

El 28 de Mayo se firmó el tratado. Aun cuando fué unánime el parecer de los Talbes, aconsejando que en nada se cambiase la situación de las plazas españolas, logró al cabo D. Jorge que se nombrase al Alcaide de Tetuán para la designación del campo neutral. No pudo conseguir el permiso de abastecer de víveres á los presidios, ni el que los Argelinos conviniesen en la zona neutral, no contestando siquiera á la carta de Sidy-Mohammed, en que se lo proponía; amenazándoles, de no acceder, con que concedería permiso á los Españoles para apresar sus buques en los puertos marroquíes.

1 Según el despacho de D. Jorge Juan al Marqués de Grimaldi de 23 de Mayo de 1767, hizo los regalos siguientes: al Emperador la sortija del brillante; una tienda de damasco carmesí, galoneado de oro; seis espejos grandes; seis cajones con cristales; dos quitasoles, bordados el uno de oro y el otro de plata; dos fusiles y dos pares de pistolas con pedrería; dos cinturones bordados de oro; dos alfanjes con vainas de plata y pedrería; una vajilla de china, cinco piezas de paño grana, verde y celeste; todos los pájaros y perros, y los dos osos. Al Príncipe heredero, Gobernador de Fez: una tienda de damasco verde, galoneada de plata; dos espejos, un fusil y un par de pistolas con pedrería; dos cinturones bordados; una pieza de tisú, una de holanda, una de damasco, una de terciopelo y una de paño. A Muley Maimún, hijo segundo del Emperador, Gobernador de Marruecos: dos espejos, un fusil y un par de pistolas á la española; una pieza de tisú y otra de cada una de las demás especies. A Muley Abderrahamán, tercer hijo del Emperador, Gobernador de Saffi: un fusil y un par de pistolas á la española, y una caja con una pieza de cada género. A Muley Eliasid, cuarto hijo del Emperador: una caja con una pieza de cada género. A Muley Dris, primo hermano del Emperador: una tienda de tafetán con galones de seda; dos espejos; un servicio de china para café, y una caja con una pieza de cada genéro. El Emperador regaló, á sus hijos y primos, algunos de los pájaros y perros del presente.

Ajustada la paz, y firmado el convenio, no estimó prudente D. Jorge procurar que se prolongase su permanencia en Marruecos, y el 9 de Junio se despidió del Emperador, al que entregó el segundo regalo, y un cuadro en que se había pintado el navío *Princesa*, que tuvo á bordo á El-Gacel, y la escuadrilla de jabeques que les había conducido á Tetuán. El Emperador le repitió varias veces el grande amor que profesaba á Carlos III, y la estimación con que conservaba los retratos de Felipe V é Isabel Farnesio, enviados por aquel Monarca á Muley Ismael; aprobó la residencia en Larache, como Cónsul de España, de D. Tomás Bremond, y se despidió del Embajador, mandando que se le regalaran dos avestruces. Despidióse D. Jorge, de Muley Maimún y Muley Dris, y regalándoles también [1], preparó su vuelta con Ahmed-el-Gacel para el 17 de Junio.

Escribió antes al Marqués de Grimaldi, que creía que el comercio de España había de reducirse á la extracción de ganados y harinas y trigo si lo permitía el Emperador; aconsejando se nombrasen, con el sueldo que acostumbraban señalar las otras naciones [2], un Cónsul en Larache y dos Vicecónsules en Tánger y en Tetuán, puntos acostumbrados de los buques españoles; que si bien no visitaban los puertos de Salé, Saffi y Mogador, no impedía esto que el comercio español fuese el que más importase, según lo demostraba que estos tres últimos puertos arrendados á los Dinamarqueses, sólo habían producido 20.000 pesos, y los tres primeros que sólo redituaban antes de la paz con España, 16.000 pesos, subían ya á más de 70.000. Propuso para aquellos cargos, y el Gobierno nombró, á D. Tomás Bremond, para el Consulado de Larache; á D. Francisco Pacheco, Alférez de caballería del Regimiento de Ceuta, muy conocedor del país y de la lengua árabe, para el Viceconsulado de Tánger, y para el de Tetuán á D. Jorge Patisiati, Griego educado en Cádiz, aficionadísimo á los Españoles, que estaba ejerciendo el cargo, por autorización de los Gobernadores de Ceuta.

El 17 de Junio salió D. Jorge Juan de Marruecos con El-Gacel, y el 22 llegó á Mogador, sin tocar en ninguna población. Salió á recibirle el Bajá de la provincia con más de 1.000 soldados, que hicieron tres veces fuego graneado, y saludando la plaza con una salva de 100 cañonazos.

1 Como regalos de despedida, entregó D. Jorge Juan: al Emperador, dos piezas de terciopelo, dos de damasco, dos de holanda, dos de tisú y el cuadro de la marina. A Muley Maimún una pieza de terciopelo, una de damasco y una de holanda. A Muley Dris una pieza de terciopelo y una de damasco. Pretendía éste que además se le diesen 1.000 pesos fuertes; pero El-Gacel, á quien se lo había indicado, le respondió que no se atrevía á pedirlos, porque sabía que con ello desagradaría al Emperador; mucho más cuando no había tenido intervención en las negociaciones. Para no apartarse de la costumbre, D. Jorge tuvo que hacer regalos á varios Alcaides, empleados de Palacio y criados del Emperador que le acompañaron ó sirvieron durante su estancia en Marruecos: estos regalos consistieron en 122 codos de paño fino, 172 del ordinario, 53 pañuelos de seda, seis libras y media de thé, 19 pilones de azúcar y 2.205 pesos fuertes.

2 Francia pagaba á su Cónsul general 14.000 libras, Holanda 7.000 florines, Inglaterra 1.000 libras esterlinas: á los Vicecónsules se les señalaban 700 duros, y uno de derechos por cada embarcación sin cubierta, y de seis á ocho, según la cabida, á los cubiertos. El Gobierno español señaló al Cónsul de Larache 45.000 reales de sueldo y 15.000 para regalos, y á los Vicecónsules 12.000, siendo de su cuenta los regalos.

El 20 de Julio entró en Mogador el navío *Triunfante*, que traía algunos otros regalos [1]; pero soplando los vientos con violencia tuvo que hacerse á la mar el 21, y no regresó hasta el 10 de Agosto, partiendo al siguiente día el Embajador, llevándose 30 cautivos y 30 desertores de Ceuta que se le habían entregado, arribando el 27 á la bahía de Cádiz. En Madrid mereció un lisonjero recibimiento, por lo muy satisfecho que había quedado el Rey de su conducta durante toda la Embajada [2].

(Extracto de los artículos titulados la *Embajada de D. Jorge Juan en Marruecos*, publicados por el Sr. Vizconde del Pontón (hoy Conde de Casa Valencia) en la *Revista de España*, tomo VIII.)

1 Consistían en 3 cardenales y 30 canarios para el Emperador; 7 perros de presa para Muley Abderrahamán, que los había solicitado con grande empeño, y 1.000 libras de chocolate para otros dignatarios de la Corte.

2 Los gastos hechos por el Embajador español, en los seis meses que duró la Embajada, según cuenta, ascendieron á 290.523 reales, habiéndose pagado de ellos los sueldos del personal, los muebles y efectos para la casa del Embajador, los regalos y gratificaciones en dinero dados en las ciudades del Imperio, 20.000 reales anticipados á D. Tomás Bremond para trasladarse de Mogador á Larache, y la pensión señalada á Sidy-Ahmed-el-Gacel, mientras permaneció en España.

APÉNDICE NÚM. 28.

(Pág. 338.)

CESIÓN DE ORÁN.

CONVENCIÓN ENTRE EL REY DE ESPAÑA Y EL DEY DE ARGEL, SOBRE VARIOS PUNTOS CONCERNIENTES Á LA CESIÓN DE LA PLAZA DE ORÁN Y PUERTO DE MAZALQUIVIR, FIRMADO EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1791.

D. Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, etc. (siguen los demás títulos). Por cuanto el presente Dey de Argel, Hassán-Bajá, á su exaltación al Deyato por fallecimiento del Bajá Dey Mohamet, ha confirmado en el día 14 de Agosto de este año el tratado de paz y amistad que con el citado Dey Mohamet, hizo el Rey mi augusto padre, que de Dios goce, en el año de 1786, según se manifiesta por el escrito y sello de dicho nuevo Dey, puesto al principio del mismo tratado, cuya traducción se ha colocado al frente del texto turco; y por cuanto posteriormente y en el día 12 de Septiembre último, se ha hecho por el mismo Dey Hassán-Bajá, una convención con mi Vicecónsul, D. Miguel de Larrea, compuesta de nueve artículos, la cual se ha escrito en turco á continuación del mismo tratado y de su confirmación, y se ha firmado por el Dey, cuyo tenor traducido al castellano es el siguiente:

Varias estipulaciones que pertenecen á la plaza de Orán y con el ayuda del Altísimo Señor Todopoderoso, se han ajustado y concluído á los principios de Muharem de este año 1206 (12 de Septiembre de 1791), por medio de D. Migual de Larrea residente en estas partes, como Vicecónsul y encargado de negocios del Rey de España, el Sr. D. Carlos IV, con el Dey de Argel, Hassán-Bajá:

ARTÍCULO 1.°

Al ingreso del próspero Hassán-Bajá, nuestro Señor, al mando y gobierno de la regencia de Argel, el Rey de España abandona, libre y voluntariamente y restituye á los principios de Muharem de este año de 1206, la plaza de Orán, que ahora tiene bajo su dominio y por lo pasado pertenecía á la regencia de Argel.

ARTÍCULO 2.°

Para que se destruyan todos aquellos fuertes que se fabricaron en dicha plaza de Orán por los Españoles desde que fué tomada por la España, y se saquen de ellos

todos los cañones y morteros, excepto los que voluntariamente se regalan al próspero Hassán-Bajá, nuestro Señor, y enteramente quede evacuada toda la plaza, no se permitirá á los Árabes, ni paisanos entrar dentro de dicha plaza, ni acercarse á ella.

ARTÍCULO 3.º

El Rey de España, por atención y afecto á Hassán-Bajá, nuestro Señor, abandona también, como la plaza de Orán, el Limán Burgi, ó sea el puerto de Mazalquivir, en donde, ó en Orán, según convenga á la España, por orden del Bajá, nuestro Señor, constituirá el Bey de Mascara algunos almacenes y una casa para los comerciantes que han de establecerse allí para hacer su comercio, tanto en aquella plaza como en Orán.

ARTÍCULO 4.º

El Dey de Argel, por su parte, en correspondencia á esta cesión voluntaria que el Rey de España hace á la Regencia, de las plazas de Orán y Mazalquivir; apropia únicamente á la España el derecho exclusivo del comercio por las mismas plazas, en donde los comerciantes españoles podrán comprar el grano, las cebadas, las habas, los garbanzos, los carneros y las vacas, y otras cosas, como cera, cueros y lanas; sin que pueda ningún otro comerciante de cualquiera otra nación hacer allí ningún comercio.

ARTÍCULO 5.º

El Bajá nuestro Señor, por lo que hace á las 10.000 medidas de grano y 100 cántaros de cera que el Bey de Mascara tiene obligación de dar cada año á Dar-el-kerime, ó sea el erario público, y que el Bajá nuestro Señor, es árbitro de venderlos á quien quiere; promete preferir á los Españoles respecto de todas las demás naciones para su compra, siempre que ellos quieran pagar los precios que se les propongan.

ARTÍCULO 6.º

Habiéndose considerado preferible fijar una cantidad, por equivalente de los derechos que habrían de pagar los comerciantes españoles en los efectos que compren y extraigan de Orán y Mazalquivir; se ha convenido en que sea la de 1.000 zequíes argelinos al mes, y así no se exigirá de dichos comerciantes ningún derecho de aduana, ni impuestos, por todos los efectos que compraren y extrajeren por dicha plaza de Orán y puerto de Mazalquivir; y además el Bajá, nuestro Señor, les concede la facultad de comprar cada año 10.000 medidas de grano, al precio que corre en el mercado del país, y no se exigirá ancoraje de todos aquellos bastimentos que vengan á cargar esta cantidad de grano, debiéndose dar por ancoraje 55 patacas chicas, que hacen seis zequíes y una pataca chica [1].

[1] En el texto árabe hay una adición, que hecha traducir por el Cónsul Ortiz de Zugasti en 1814, halló expresar, que habiendo cambiado los precios de la moneda, deba pagarse en el valor de la corriente. El Cónsul cree que esta adición se hizo subrepticiamente; al menos se ignora cuándo y por quién.

ARTÍCULO 7.°

Desde este día queda anulado el art. 22 del tratado antiguo que dice: que los bastimentos sean de corso ó mercantes de España no podrán, sin licencia, entrar en los puertos de la Regencia; y así de ahora en adelante, siempre y cuando lo necesiten, podrán libremente todos los bastimentos, sean de guerra ó mercantes, entrar en nuestros puertos.

ARTÍCULO 8.°

En el tiempo que se emplcare, el cual será el más breve que fuere posible para la evacuación y transporte de todos los efectos de las plazas de Orán y Mazalquivir, no se permitirá á ninguno que se oponga, moleste ni contravenga á lo estipulado.

ARTÍCULO 9.°

En aquella parte, esto es, en Orán y su puerto de Mazalquivir, no serán molestados sin motivo jurídico los comerciantes españoles, y ni en Orán y en ninguno de los demás puertos nuestros, se les hará, sin causa, ningún agravio ni maltrato. Muharem de 1206.—Hassán-Bajá.—Por tanto, habiendo visto y examinado las expresadas confirmación del tratado y convención; he venido en aceptar y aprobar ambas, como en virtud de la presente las acepto y apruebo, en la mejor y más amplia forma que puedo; prometiendo en fe y palabra de Rey, cumplirlas y observarlas, hacerlas cumplir y observar enteramente. Y para su mayor validación y firmeza, he mandado expedir la presente firmada de mi mano, sellada con mi sello secreto y refrendada del infrascrito mi Consejero de Estado, primer Secretario de Estado y del despacho. En Madrid á 9 de Diciembre de 1791.—Yo el Rey.—José Moñino.

APÉNDICE NÚM. 29.

(Pág. 338.)

GOBERNADORES DE ORÁN DESDE LA CONQUISTA HASTA LA CESIÓN.

El Conde Pedro Navarro, desde 23 de Mayo, hasta fin de Agosto de 1509.

Rui Díaz Álvarez de Rojas, Aleaide de Mazalquivir, desde 4 de Septiembre de 1509, hasta Enero de 1510.

D. Diego Fernández de Córdova, desde Enero de 1510, hasta fin de Dieiembre de 1512.

D. Martín de Argotte, desde Enero de 1513, hasta 1517.

D. Diego Fernández de Córdova, eon el título de primer Marqués de Comares, desde Septiembre de 1517, hasta Marzo de 1522, que falleció.

D. Luis Fernández de Córdova, segundo Marqués de Comares, desde Marzo de 1522, hasta Septiembre de 1523.

D. Luis de Cárdenas, desde 15 de Septiembre de 1523, hasta 21 de Mayo de 1525.

D. Luis Fernández de Córdova, segundo Marqués de Comares, desde 22 de Mayo de 1525, hasta Febrero de 1531.

D. Pedro de Godoy, desde Febrero de 1531, hasta 1.º de Junio de 1534.

D. Martín de Córdova y Velaseo, primer Conde de Aleaudete, desde 4 de Junio de 1534, hasta 4 de Dieiembre de 1545.

D. Alonso de Córdova y Velaseo, desde 4 de Dieiembre de 1545, á 7 de Julio del 46, por auseneia de su padre D. Martín.

D. Martín de Córdova y Velaseo, primer Conde de Aleaudete, desde 7 de Julio del 46, hasta 26 de Agosto de 1558, que murió en Mostagán.

D. Alonso [1] de Córdova y Velasco, segundo Conde de Alcaudete, desde 21 de Diciembre de 1558, hasta 12 de Junio de 1564, en que fué nombrado Virrey de Navarra.

Andrés Ponee de León, interino hasta 17 de Julio de 1564, y en propiedad hasta Noviembre de 1565.

Hernán Tello, desde 20 de Noviembre de 1565, hasta 9 de Julio de 1567.

D. Pedro Luis Gareerán de Borja, Marqués de Navarrés, desde 9 de Julio de 1567, á 3 de Noviembre de 1571.

D. Felipe de Borja, hermano del anterior, desde 3 de Noviembre de 1571, á 12 de Marzo de 1573.

1 En otro manuscrito se le llama D. Alonso Fernández de Velasco.

D. Diego Fernández de Córdova, tercer Marqués de Comares, desde 13 de Marzo de 1573, á 4 de Febrero de 1574.

D. Luis de Bocanegra, desde 5 de Febrero de 1574, hasta 8 de Diciembre de 1575.

D. Martín de Córdova y Velasco, Marqués de Cortes, de 8 de Diciembre de 1575, á 21 de Julio de 1580.

D. Pedro Padilla, interino desde 25 de Julio de 1580, á 23 de Abril de 1581.

D. Martín de Córdova y Velasco, Marqués de Cortes, desde 23 de Abril de 1581, á 25 de Agosto de 1585.

D. Pedro Padilla, desde 25 de Agosto de 1585, á 14 de Noviembre de 1589.

D. Diego Fernández de Córdova, Duque de Cardona y tercer Marqués de Comares, desde 14 de Noviembre de 1589, á 15 de Agosto de 1594.

D. Gabriel Niño de Zúñiga, interino desde 17 de Agosto de 1594, á 20 de Mayo de 1596.

D. Francisco de Córdova y Velasco, Conde de Alcaudete, desde 20 de Mayo de 1596, á 5 de Diciembre de 1604.

D. Juan Ramírez de Guzmán, Marqués de Hardales, Conde de Teba, desde 6 de Diciembre de 1604, á 4 de Julio de 1607.

D. Diego de Toledo y Guzmán, desde 4 de Julio de 1607, á 10 de Agosto de 1608.

D. Felipe Ramírez de Arellano, Conde de Aguilar, Señor de los Cameros, desde 11 de Agosto de 1608, á 25 de Octubre de 1616.

D. Jorge de Cárdenas Manrique, Duque de Maqueda, desde 25 de Octubre de 1616, á 8 de Abril de 1622.

D. Juan Manrique de Cárdenas, interino, desde 9 de Abril de 1622, á 9 de Mayo de 1624.

D. Jorge de Cárdenas Manrique, desde 10 de Mayo de 1624, á 11 de Octubre de 1625.

D. Antonio Sancho Dávila, Marqués de Velada, desde 11 de Octubre de 1625, á 6 de Abril de 1628.

D. Francisco de Andiaira Razabal, Vizconde de Santa Clara, desde 7 de Abril de 1628, á 6 de Febrero de 1632.

D. Antonio de Zúniga y de la Cueva, Marqués de Flores-Dávila, interino, desde 9 de Febrero de 1632, á 16 de Junio de 1639.

D. Álvaro Bazán, Marqués del Viso, interino, desde 16 de Junio de 1639, á 2 de Diciembre de 1643.

D. Rodrigo Pimentel, Ponce de León, Marqués de Viana, desde 2 de Diciembre de 1643, á 28 de Noviembre de 1647.

D. Antonio de Zúñiga y de la Cueva, Marqués de Flores-Dávila, en propiedad, desde 28 de Noviembre de 1647, á 31 de Enero de 1652, en que falleció.

Nombróse una Junta para el gobierno de la plaza, que rigió desde 31 de Enero de 1652, á 4 de Octubre de 1653.

D. Antonio Gómez Dávila, Toledo y Ossorio, Marqués de San Román, desde 4 de Octubre de 1653, á 30 de Junio de 1660.

D. Gaspar Felipe de Guzmán, Duque de San Lúcar, Marqués de Leganés, desde 30 de Junio de 1660, á 22 de Mayo de 1666.

D. Fernando Joaquín Fajardo de Requesens y Zúñiga, Marqués de los Vélez, desde 22 de Mayo de 1666, á 4 de Mayo de 1672.

D. Diego de Portugal, desde 4 de Mayo de 1672, á 19 de Mayo de 1675.

D. Íñigo de Toledo Ossorio, desde 19 de Mayo de 1675, á 11 de Junio de 1678.

D. Pedro Andrés Ramírez de Guzmán, Marqués de la Algava y Hardales, Conde de Teba y de Buendía, desde 11 de Junio de 1678, á 9 de Marzo de 1681; muerto en la rota que á la caballería de la plaza dieron los Moros Benarajes y otras parcialidades de Levante.

Doña Mariana de Velasco, viuda del Marqués de la Algava, proclamada por la guarnición, interinamente; desde 9 de Marzo de 1681, y aprobada por S. M. en 18, hasta el 12 de Abril de 1681.

D. Gaspar Porthocarrero, Conde de la Monclova, desde 12 de Abril de 1681, á 18 de Septiembre de 1682.

D. Pedro Félix José de Silva y Meneses, Conde de Cifuentes, Marqués de Arconchel, Alférez mayor de Castilla, desde 18 de Septiembre de 1682, á 2 de Septiembre de 1683.

D. José de Villalpando, Marqués de Osera y Castañeda, desde 2 de Septiembre de 1683, á 18 de Marzo de 1685, en que falleció.

Doña María Leonor de Monroy y Aragón, nombrada interinamente por el testamento de su difunto marido, Marqués de Osera; desde 18 de Marzo de 1685, hasta el 2 de Mayo de 1685.

D. Antonio Paniagua y Zúñiga, Marqués de Santa Cruz de Paniagua, desde 2 de Mayo de 1685 á 5 de Enero de 1687, en que falleció.

Doña Beatriz María Antonia de Escobar y Ovando, viuda del Marqués, nombrada interinamente en el testamento; desde 6 de Enero, hasta 4 de Abril de 1687.

Frey D. Diego de Bracamonte, desde 4 de Abril de 1687, á 9 de Julio; en que le mataron en la rota que el Turco dió á la infantería y caballería de estas guarniciones, á media legua de ellas.

Una Junta, compuesta del Veedor, D. Miguel de Zufre; D. Diego Merino, Sargento Mayor, y D. Francisco Ramírez de Arellano, Capitán de caballos; proveyó á las cosas de la guarnición, desde 9 hasta el 14 de Julio de 1687.

Excmo. Sr. D. Pedro Manuel de Colón de Portugal, Almirante, Duque de Veraguas, se encargó el 14 de Julio, y tomó posesión el 30 por título del 20, interinamente, hasta 19 de Septiembre de 1687.

D. Félix Nieto de Silva, Conde de Guaro, desde el 19 de Septiembre de 1687, á 10 de Febrero de 1691, en que falleció.

El Sargento General de batalla, D. Lorenzo de Ripalda, Cabo subalterno de los señores Capitanes Generales; interino, desde 10 de Febrero de 1691, á 27 de Julio.

El Excmo. Sr. D. Juan Luis de Orliens, Conde de Charny, desde 27 de Julio de 1691, á 22 de Junio de 1692, en que falleció.

El Sargento General de batalla, D. Lorenzo de Ripalda, Cabo subalterno de los señores Capitanes Generales; desde el 22 de Junio, á 24 de Septiembre de 1692.

El Excmo. Sr. D. Andrés Cópula, Duque de Canzano, Marqués de Robledo, desde 25 de Septiembre de 1692, á 14 de Julio de 1697.

El Excmo. Sr. Arias Gonzalo Dávila y Pacheco, Marqués de Casasola, desde 14 de Julio de 1697, á 31 de Mayo de 1701.

El Excmo. Sr. D. Juan Francisco Manrique Arana, desde 31 de Mayo de 1701, á 24 de Octubre de 1704.

El Excmo. Sr. D. Frey Carlos Carrafa [1], desde 21 de Octubre de 1704, á 7 de Septiembre de 1707.

El Excmo. Sr. D. Melchor de Avellaneda, Sandoval y Rojas, Marqués de Valdecañas, desde 7 de Septiembre de 1707, á 21 de Enero de 1708; que por el abandono de Orán pasó á España sobre una de las galeras de la escuadra que partieron del puerto de Mazalquivir el mismo día.

(*Relación manuscrita existente en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.*)

GOBERNADORES DE ORÁN DESPUÉS DE LA RECONQUISTA [2].

El Marqués de Santa Cruz de Marcenado, desde 16 de Julio de 1732, hasta 21 de Noviembre del mismo año, en que fué muerto.

El Marqués de Villadarias era Gobernador en 1733.

D. José Vallejo, en 1736.

D. José Aramburu, parece que lo era en 1738.

D. Alejaudro de la Motthe, desde 1742, hasta 1748 en que falleció.

D. Pedro Algaín, Marqués de la Real Corona, hasta Febrero de 1752.

D. Juan Antonio Escoique, desde 1752, hasta 25 de Marzo de 1758, en que falleció.

D. Juan Martín Zermeño, desde 1758, hasta 1765.

D. Cristóbal de Córdova, desde 4 de Junio de 1765, hasta 28 de Julio de 1767.

El Conde de Bolognini, era Gobernador en 1767.

D. N. Zermeño [3], en 1775 y 76.

D. Juan de Courten, parece estaba en 1791 al cederse la plaza.

1 Carrasca, dice otro manuscrito.

2 No hemos podido encontrar relación exacta de ellos; pero de algunos datos sueltos parece inferirse eran los que se mencionan.

3 Quizá el mismo D. Juan Martín que estuvo hasta 1765.

APÉNDICE NÚM. 30.

(Pág. 340.)

EMBAJADA DE D. JUAN GONZÁLEZ SALMÓN.

Los detalles de los sucesos de esta embajada varían poco de los que dimos al narrar la de D. Jorge Juan. Llegado á Tánger D. Juan González Salmón, fué recibido con salvas de los buques y de la plaza, cuyo Gobernador, con multitud de Alcaides, el Cónsul general, D. Antonio González Salmón y Cónsules extranjeros, le acompañaron á su alojamiento, hallándose la guarnición sobre las armas y siguiendo al acompañamiento.

El 13 de Enero de 1799 se recibió comunicación del Sultán, mandando que se obsequiase al Embajador español en un todo y haciendo cuanto dijera y pidiera, y le acompañaran en el viaje á la corte 100 caballos de la guarnición, además de otros 100, y 400 peones de la Guardia negra que enviaba, con 300 acémilas y 30 tiendas de campaña; debiendo agasajarse á los soldados de la guarnición que acompañasen al Plenipotenciario, con 200 rs. á cada uno, que era lo percibido ya por los que iban.

El 27 de Enero salió la Embajada para Mequinez, haciendo alto á tres leguas de Tánger, en una llanura llamada Laindelia.

El 28, pasado el río Jasef, se entró en la Garvia, cuyo Xeque esperaba al Embajador con 150 caballos, que en su honor jugaron la pólvora.

El 29 entraron en la jurisdicción de Tleguí y Jolot, cuyos Alcaides se presentaron con 200 caballos.

El 30, el Bajá de Larache, que por su enfermedad no pudo salir á cumplimentar al Embajador, envió doce Alcaides con 300 caballos. Al divisar la comitiva, los habitantes de Alcazarquivir salieron al camino, inclusas las mujeres (cosa inaudita entre los Moros), que, puestas en primera fila, gritaban con demostraciones inequívocas de júbilo. Pasó la comitiva por fuera de la ciudad, y, vadeado el río, acampó en una llanura inmediata al punto donde se dió la batalla en que fué muerto el Rey D. Sebastián. Sólo anduvieron cuatro leguas, teniendo que atravesar los ríos Majasén, Guarua y Alcázar.

El 31, la jornada fué de tres leguas (el itinerario estaba marcado por el Emperador), llegando á la kabila de Esfiani, donde esperaba el Bajá con 300 caballos.

El 1.° de Febrero se reunieron al Bajá hasta 2.000 caballos, que no cesaron de correr la pólvora en todo el día. Por la tarde, al concluirse la jornada, entraron en el término de la kabila de Benimelek, cuyo Bajá se presentó con otros 2.000 caballos, que corrieron la pólvora en grupos de 80 ó más caballos juntos, con tanto or-

den, firmeza y agilidad, que no era posible mayor. Se vieron dos Árabes, que corriendo de pareja á toda brida, se suspendían sobre el arzón delantero de la silla, poniendo la cabeza abajo y los pies arriba, y después de hacer en esta posición algunos batidos con las piernas, volverse á colocar en la silla, prosiguiendo siempre su carrera. Anduvieron este día seis leguas, acampando en la altura de *Get Chafaroch*. Lo que más embelesaba á los Árabes era la música española, y tanta importancia dan á este detalle, que públicamente decían los Alcaides: «Que en la excelencia de aquella música se conocía la sinceridad y buena fe con que venía el Plenipotenciario español.»

El día 2 no se pudo caminar por el mal tiempo.

El 3 fué la jornada de cuatro leguas, pasándose el río Huerga, á cuyas inmediaciones acamparon, fuera ya de la jurisdicción del Bajá de Esfiani.

El 4, cada uno de los Bajaes presentó al Embajador (como lo había hecho el de Larache), un caballo, y le acompañaron hasta el río Sebú, límite de la provincia de Garbi, que vadearon, acampando al pie de la montaña, donde se levanta el Santuario de Muley Dris, después de una marcha de siete leguas.

La del 5 fué de una legua, haciendo alto en una altura, á dos leguas de Mequinez, esperando órdenes para la entrada.

El 6 se emprendió la marcha, y á media legua de la corte salió á recibir á la Embajada un General marroquí, con 50 Alcaides en soberbios caballos y ricamente vestidos. La entrada en Mequinez fué ostentosa, y tal el efecto que producía la música española, que el pueblo se apiñaba por oirla, sin que bastasen razones, ni aun palos para separarlos y que dejasen el paso libre. Apenas llegado Salmón al alojamiento, recibió una felicitación del Emperador y una carga de exquisitos dátiles, como muestra del gran afecto que le merecía. A los tres días se anunció al Embajador que S. M. le recibiría en *mensuar* ó audiencia pública el 11.

En este día, precedido de un gran destacamento de infantería, de la música montada y de una bandera trabajada al gusto marroquí, y una primorosa silla de montar, regalo para el Rey, salió el Plenipotenciario y toda la Embajada en magníficos caballos, y detrás 216 mulas cargadas de regalos. En un gran descampado, dentro del recinto de palacio, donde había de tener lugar la audiencia, estaban unos 4.000 hombres en dos filas; el Plenipotenciario se apeó, y á pocos minutos se presentó el Sultán, acompañado de los dignatarios de la corte. S. M. se adelantó algo, con solo su primer Ministro, Sidy-Mohamet-ben-Otomán; el Alcaide que llevaba la insignia Real ó parasol, cuatro ó seis que con pañuelos blancos hacían ademán de quitarle las moscas, y los soldados de á pie con lanzas, que se quedaron á corta distancia. En esta disposición, el Ministro se acercó al Embajador á decirle «que podía llegar y acercarse á S. M.» La audiencia fué larga, el recibimiento al Embajador el más lisonjero, y sus ofertas dignas del mayor reconocimiento. Entre otras cosas dijo: «Que prefería y anteponía la amistad de España á la de las demás naciones europeas; y que si su padre había distinguido y particularizado siempre á la española, él le excedería en esta parte y lo haría manifiesto.»

Acabada la audiencia, 18 músicos marroquíes tocaron en honor de la Embajada, y el hermano del Sultán, el Príncipe Muley Caddor, acompañó á caballo á Salmón, hasta dejarle fuera del recinto de palacio. Por la noche fué á visitar al primer Ministro, y en los otros días se ocupó del tratado.

En este intermedio, llegó el Príncipe Muley Taib, hermano del Emperador, á quien visitó el Plenipotenciario; el Príncipe permitió á toda la Embajada que se sentase, cosa desacostumbrada en Marruecos; además, recibió de éste, el Comisionado, un excelente caballo y dos del Alcaide del *mensuar*. También el Emperador le envió dos para él y para su hermano, el Cónsul general; con la advertencia de que eran de los que él montaba, y de los mejores que había en el Imperio. Otro día envió al Plenipotenciario un animal particular, conocido en África por vaca del Desierto de Sahara, y al P. Salmón, su hermano, una arrogante mula.

El 22 de Febrero le avisó Sidy Ben-Otomán que S. M. había convenido en todo cuanto deseaba el Rey de España. Señalado el día 26 para la audiencia de despedida, dijo el Emperador al Plenipotenciario, «que sentía fuese la estación de invierno, pues que en otro quedaría en su corte más tiempo, según él deseaba; y que asegurase de su parte al Rey Católico, estimaba tanto á los Españoles como á sus propios vasallos.» Presentada la comitiva á Sidy Ben-Otomán, en son de despedida, díjole éste al Plenipotenciario: «Si estaba contento; si tenía más que pedir; que él no deseaba más que complacerle.» Al siguiente día se despidió del Príncipe Muley-Taib, y conformándose con los deseos del Emperador, recorrió á caballo los jardines de palacio. El 28 le envió S. M. seis caballos y una leona, para que, juntamente con un león y un tigre que había en Tánger, los presentase al Monarca español; regalando á los músicos 500 duros.

En la tarde del 3 de Marzo se puso Salmón en camino para Tánger, convenientemente escoltado, donde llegó el 12, siendo recibido con gran solemnidad, salvas de artillería, formación de tropas, visitas de Cónsules y acompañamiento numeroso, dándole el Gobernador un banquete servido á la española, que pagó el Plenipotenciario con otro. El 20 de Abril se embarcó para España, y á las tres horas llegó á Tarifa, desde donde marchó por tierra á Chiclana, entrando en esta villa el 26, á los cuatro meses de su salida, concluyendo su comisión como decían los Moros en Mequinez: «que ésta era la Embajada dichosa, la Embajada de la felicidad.»

(Extracto del *Diario de la Embajada de la corte de España al Rey de Marruecos en el año de* 1799, escrito por un individuo de la comitiva.)

APÉNDICE NÚM. 31.

(Pág. 340.)

DATOS COMERCIALES.

ESTADO NÚM. 1.º

COMERCIO DE ESPAÑA CON MARRUECOS.

Años.	Importación.	Exportación.	Años.	Importación.	Exportación.
1849	54.854	14.849	1866	124.902	5.680
1850	111.657	170.802	1867	128.875	4.395
1851	53.392	120.716	1868	12.772	00
1852	110.450	52.905	1869	94.300	9.790
1853	78.029	7.296	1870	55.658	16.224
1854	67.165	87.798	1871	395.535	8.316
1855	49.615	8.663	1872	772.458	20.391
1856	[1] 1.317.618	3.429	1873	404.111	16.236
1857	1.740.537	4.351	1874	420.700	45.383
1858	1.877.261	44.805	1875	397.150	24.270
1859	45.068	4.595	1876	639.686	134.057
1860	692.554	175	1877	799.570	21.292
1861	477.368	17.760	1878	275.312	100.029
1862	429.007	96.780	1879	1.499.014	303.545
1863	141.868	3.231	1880	332.244	50.616
1864	111.767	000	1881	336.703	68.007
1865	132.820	28.470	1882	746.529	42.671

Estos datos están tomados del discurso pronunciado por el Sr. D. Gabriel Rodríguez, en la Junta celebrada por la *Sociedad de Africanistas y Colonistas* en 30 de Marzo de 1884.

1 Las crecidas cantidades que figuran en el estado de importación de 1856, 1857 y 1858, se deben á la crisis de subsistencias que hubo en España y que aconsejó la libertad de importación de cereales.

ESTADO NÚM. 2.º

COMERCIO DE MARRUECOS CON LAS PLAZAS ESPAÑOLAS DE ÁFRICA, DESDE 1864 Á 1868 Y DESDE 1876 Á 1882.

AÑOS.	PLAZAS.	Importación. — *Pesetas.*	Exportación. — *Pesetas.*
1864	Ceuta	17.782	543.780
	Melilla	56.425	11.894
1865	Ceuta	9.050	374.120
	Melilla	102.570	142.520
1866	Ceuta	35.860	673.530
	Melilla	25.092	110.745
1867	Ceuta	16.970	472.265
	Melilla	7.343	59.925
	Chafarinas	»	9.078
1868	Ceuta	17.547	573.505
	Melilla	2.310	106.255
	Chafarinas	47	1.135
1878	Ceuta	93.441	37.077
	Melilla	7.049	»
	Chafarinas	850	»
1879	Ceuta	20.459	5.340
	Melilla	19.721	766
	Chafarinas	»	»
1880	Ceuta	27.063	12.300
	Melilla	45.889	»
	Chafarinas	»	»
1881	Ceuta	18.324	28.290
	Melilla	42.667	»
	Chafarinas	»	»
1882	Ceuta	9.295	63.788
	Melilla	7.678	»
	Chafarinas	»	»

Estos datos están tomados del discurso antedicho de Rodríguez.

ESTADO NÚM. 3.º

ALGUNOS DATOS DEL COMERCIO DE IMPORTACIÓN DE EUROPA CON MARRUECOS.

En el puerto de CASA BLANCA entraron desde el año 1875 á 1878, los buques siguientes:

Número de buques.	Bandera.
478	Inglesa.
716	Francesa.
57	Portuguesa.
25	Española.
1.276	

En el puerto de MAZAGHÁN en solo el año 1877:

Número de buques.	Toneladas.	Bandera.
116	27.567	Inglesa.
61	23.776	Francesa.
51	4.302	Española.
228	55.645	

En el puerto de LARACHE en solo el año 1881:

Número de buques.	Toneladas.	Bandera.
149	25.519	Portuguesa.
21	15.008	Francesa.
28 [1]	466	Española.
20	7.901	Inglesa.
218	48.894	

1 Creemos que ha de haber error en el número de toneladas ó en el de los buques.

En el puerto de MOGADOR desde 1875 á 1882:

Número de buques.	Toneladas.	Bandera.
42	34.134	Inglesa.
30	13.065	Francesa.
6	744	Portuguesa.
3	215	Española.
81	48.198	

Datos tomados del discurso que pronunció D. Gumersindo Azcárate en la Junta celebrada por la *Sociedad española de Africanistas y Colonistas*, en 30 de Marzo de 1884.

ESTADO NÚM. 4.º

En todos los puertos de Marruecos *entraron* en el año 1882:

Número de buques.	Toneladas.	Valor de los efectos.	En metálico.	Bandera.
489	»	13.188.825	283.500	Inglesa.
255	»	7.050.925	658.400	Francesa.
215	»	290.000	124.500	Española.
68	»	241.850	»	Portuguesa.
6	»	194.825	12.500	Belga.
5	»	25.000	»	Italiana.
3	»	25.575	»	Alemana.
3	»	50.000	»	Dinamarquesa.
2	»	200	»	Austriaca.
2	»	»	»	Sueca.
1	»	»	»	Holandesa.
1	»	»	»	Americana.
1.050	314.794	21.067.200	1.078.900	

ESTADO NÚM. 5.º

De todos los puertos de Marruecos, *salieron* para Europa en 1882:

Número de buques.	Toneladas.	Valores de los efectos.	En metálico.	Bandera.
485	»	8.454.975	2.919.875	Inglesa.
255	»	5.555.100	3.331.575	Francesa.
220	»	980.450	75.000	Española.
64	»	480.500	850	Portuguesa.
6	»	102.475	75.000	Belga.
6	»	185.850	»	Italiana.
3	»	75.000	»	Dinamarquesa.
3	»	37.500	»	Alemana.
2	»	5.300	»	Austriaca.
2	»	54.900	»	Sueca.
1	»	24.000	»	Holandesa.
1.047	315.559	15.955.350	6.402.300	

Los datos de estos dos últimos estados, se encuentran en la obra del Rdo. P. Fray Manuel P. Castellanos, que los tomó del periódico *Al Mogreb-al-Aksa.*

Como se notará, existen grandes diferencias entre el valor de las importaciones hechas en Marruecos con bandera española en el año 1882, que supone el estado número 1, y el que consigna el estado núm. 4. Según éste, las importaciones en efectos se apreciaron en 290.000 pesetas, y según aquél en 746.529; y las exportaciones, según el estado núm. 1, fueron en valor de 42.671 pesetas, y según el estado núm. 5, de 980.450.

¡Para que nos fiemos de estadísticas incompletas!

FIN DE LOS APÉNDICES.

ADVERTENCIA.

Premiada esta Memoria en el certamen público que para el año 1861 abrió la Real Academia de la Historia, no se imprimió entonces, según lo ofrecido en el programa, por dificultades materiales, que, con el natural abandono en que dejan los negocios propios los que tienen á su cargo los ajenos, no procuré que se venciesen, como se hubieran vencido á emplear, por mi parte, una mediana diligencia. Olvidada tenía ya mi obra completamente, cuando el movimiento africanista que hoy conmueve á Europa, fué ocasión para que me la recordasen personas queridísimas, y me asediaran con sus instancias y me arrancaran la palabra de que haría algunas gestiones para lograr que se imprimiese, y que de no conseguirlo, la imprimiría á mis costas. Cumplí mi empeño; acudí de nuevo á la Academia, que me oyó benévolamente, y resolvió darla á la estampa en este año de 1884.

Al corregir las pruebas, he añadido apresuradamente algunas notas, y ya casi concluída la impresión, recibo carta del erudito joven D. José de Liñán y Eguizábal, animado por mí á escribirla para fijar el punto, harto dudoso, de quién mandaba la fuerza que derrotó y dió muerte á Horruch Barbarroja, atribuída á Martín de Argote por el común de los historiadores [1]. La abundancia de datos que en la carta se exponen, y el ingenioso criterio con que el autor los analiza, me han movido á insertarla para deleite de los aficionados á esta clase de estudios, con que lenta, pero seguramente, se va reconstruyendo la historia de nuestra patria.

CARTA

SOBRE LA CÉDULA DEL EMPERADOR CARLOS V CONCEDIENDO UN ESCUDO DE ARMAS Á ALONSO DE VELASCO, VENCEDOR DE BARBARROJA.

Sr. D. León Galindo y de Vera.

Mi respetado y querido Maestro: El privilegio de que hablé á V. el otro día, cuando tuvo la bondad de enseñarme los pliegos de su *Memoria histórica de las posesiones hispano-africanas*, es el publicado por los señores Marqués de la Fuensan-

1 Véase la Parte 3.ª, cap. 6.º, pág. 146 de esta Memoria.

ta, Rayón y Zabalburu en el tomo 81 de su *Colección de documentos inéditos*, página 29, de tanta importancia, por lo menos, como el otorgado á García de Tineo ó Garci-Fernández de la Plaza, que V. inserta con el núm. 6 en su apéndice [1]. Ambas cédulas son muy semejantes, pues refiérense al mismo suceso y el premio que se concede es casi idéntico, pero harto distinta la suerte que han corrido, yaciendo olvidada la una hasta hace un año, y eso que de ella habla en su edición de *El Conde Lucanor*, impresa en 1575, Gonzalo Argote de Molina. Olvidada continuaría aún, si no fuese por la preferente atención que dedica á estos estudios su actual poseedor D. Fernando Fernández de Velasco, en cuyo palacio de Villacarriedo (de quien puede decirse, como de Barcelona Cervantes, que es archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, correspondencia grata de firmes amistades), existe y tuve el gusto de ver hace poco admirablemente conservada. Cerca de siete años después de la de Tineo, que lo fué á los pocos meses de muerto Barbarroja, se firmó la de Velasco, *en la muy noble ciudad de Toledo á treinta y un dias del mes de Mayo, año del nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é quinientos é veinticinco años*, y á su pie dice lo siguiente: «Las armas que V. M. manda dar al Comendador Alonso de Velasco, que fué General, teniente de Capitán General en el desbarate de Barbarroja.» Estas armas, que se ven pintadas con la misma viveza de colores que hace tres siglos, son en campo de oro la cabeza de Barbarroja, en la parte inferior del escudo unos cautivos y por timbre exterior siete banderas.

Del texto del privilegio, resulta que Alonso de Velasco, Caballero de la Orden de Calatrava, acudió al Emperador y á su Madre con una relación acompañada de documentos que decían y acreditaban haber servido á Don Fernando el Católico en las guerras de África desde que se ganó Mazarquivir (1505), y en las de Navarra *e al tiempo que Barbarroja, Rey que se nombraba de Argel e Tunez e Tremecén, se apoderó de la cibdad de Tremecén*. Resulta asimismo, que cuando fué la armada española á reponer al Rey de este último punto, el Capitán general Marqués de Comares (el célebre Alcaide de los Donceles, Don Diego Fernández de Córdoba y Velasco), le *envió por su Teniente de la gente que para ello envió, y que como tal Teniente de nuestro Capitan general* (habla el Emperador) cercó á Barbarroja tres meses en la *dicha cibdad* hasta que le desbarató á la salida, matándole mucha gente y tomándole muchos caballos. Lo que sigue conviene copiarlo al pie de la letra. «E que se »salvó el dicho Barba Roja con muy pocos turcos. E que vos (Alonso de Velasco) em»biasteis en su seguimiento, alguna de la dicha gente que con vos estaba. E que por »ella fué alcanzado é muerto é trajisteis e metistes por la cibdad de Oran su cabeza »e siete banderas que le tomasteis é sesenta españoles que tenia cativos como lo po»diamos mandar ver por una informacion hecha ante juez é signada de escribano »público que ante Nos presentasteis.» Sigue el privilegio hablando de la súplica que á los Monarcas había dirigido Velasco, de que para que quedase memoria en su li-

1 Envióle á la Real Academia de la Historia, en 1796, D. Ignacio de Merás y Queipo de Llano, con una *Disertación sobre el verdadero nombre del vencedor ó matador de Aruch Barbarroja* y con un poema en octavas reales. (Biblioteca de la Academia.—Discursos académicos.—E.—178.) En 1827 se publicó por D. José María de Merás, hijo del D. Ignacio, como prólogo á su tragedia *Horuc Barbarroja*, y en el tomo 6.º del *Memorial histórico español* se insertó, siguiendo á la *Crónica de los Barbarrojas*, por Francisco López de Gómara.

naje le concedieran las armas que le concedieron; habla después, de la costumbre de éstos de hacer parecidas mercedes, y termina como el de García de Tineo, firmando solo «Yo el Rey y Francisco de los Cobos secretario de sus Cesarea y Catolicas Majestades.»

Como ve V., mi querido Maestro, si no tuviésemos más noticia de la muerte de Barbarroja que estas dos cédulas; si nada dijesen los historiadores, la relación de aquellos sucesos resultaba clara y evidente. Alonso de Velasco, Teniente del Capitán general Marqués de Comares, es decir, segundo Jefe de aquel ejército, fué contra Barbarroja; cuando huye éste, manda alguna gente, la compañía del Capitán Andrada ó Andrade en su seguimiento, y cuando llegan al corral, albarrada ó ruinas, donde se había hecho fuerte Barbarroja, el Alférez García de Tineo ó Garci Fernández de la Plaza, mata á aquel «amigo de los mares, enemigo de los navegantes.» Alonso de Velasco fué el que dirigió; García de Tineo el que realizó. A Velasco dicen los Reyes: «*embiasteis en su seguimiento* (de Barbarroja) *alguna de la dicha gen-»te que con vos estaba..... por ella fué alcanzado e muerto.*» A García de Tineo: «*fuis-»teis el primero del ataque..... peleastes persona por persona* (con Barbarroja) *le »matasteis* 1.»

No hay, pues, entre estas cédulas contradicción ninguna: la dificultad nace del relato de los historiadores; en la intervención que dan á Martín de Argote, á quien ninguno de los privilegios nombra. Los autores que describen con detención tan importante suceso (algunos como Robertson y Lafuente, nada dicen), atribuyen á Martín de Argote la gloria del desbarate de Horruch, añadiendo Argensola: que Argote fué el que presentó la cabeza del corsario al Marqués de Comares, y con ella la aljuba que llevaba puesta, y que enviada al Monasterio de San Jerónimo de Córdoba, convirtióse en capa de coro, según el testimonio de Mármol, que afirma existía en su tiempo y se llamaba de Barbarroja. Sin detallar tanto, escribe lo mismo Ferreras, refiriendo que Argote puso aquella sangrienta cabeza en la punta de una lanza, entrando de este modo en Orán, en lo que no sigue á López de Gómara, según el cual, Garci Fernández fué el que realizó este hecho. Ortiz de la Vega, no dice quién llevó la lanza; y Cavanilles, relata la hazaña del soldado asturiano y..... nada más. Vió la contradicción de Gómara y Ferreras y, en la duda, se abstuvo. Según el privilegio de Velasco, éste fué el que llevó la cabeza á Orán: no dice que la llevó materialmente, por lo que muy bien pudieron llevarla Argote ó Garci Fernández, ó los dos, que para ambos había lugar y tiempo. Como ve V., huyo de las antinomias, y hasta tal punto me gustan las concordancias, que he procurado armonizar la relación de los historiadores con la oficial de los privilegios, llegando á convencerme de que lo que existe es una omisión sencilla, harto común en la historia. En efecto, el continuador

1 Quizás crea alguien, que estas últimas palabras no se refieren sólo á Garci Fernández, sino también á sus compañeros de armas mandados todos por Andrade; quizás no sea extraño que se diera otro privilegio semejante á los dos que conocemos, pues como parecen indicar y como en tales casos sucede, varios se atribuirían la gloria de aquel hecho y solicitarían recompensas, siendo necesaria información ó expediente, como hoy se diría, lo que explica la diferencia entre la fecha de ambos documentos. Nada nos importa de todo esto, bastando quede acreditado que las dos cédulas en nada se oponen, antes bien se explican y completan.

de Zurita, después de referir el asesinato de los cristianos, dice: «La nueva del estrago entristeció y conmovió tanto los ánimos en Orán, que sin detenerse los Españoles en consultas, salió el *Coronel* Martín de Argote (natural de Córdoba), con algunos de á caballo y dos mil infantes..... con aquel flaco reparo de tierra, se defendía (Barbarroja) y ofendía y mucho más á los soldados del *Capitán* Diego de Andrade que los tenía más cerca, hasta que García de Tineo, su *Alférez*, le derribó de una pedrada [1].» En mi sentir, sólo falta á esta relación el nombre del *General:* dígase que fué Velasco el que mandó á Argote, y documentos é historiadores concuerdan. De este modo queda completa la gerarquía militar. Velasco era el que unía á Martín de Argote con el Jefe supremo, Marqués de Comares. Como si ayer hubiera sucedido, está viéndose lo que acaeció entonces. Derrota el Coronel Martín de Argote á Mahomat, hermano de Horruch Barbarroja, y se incorpora al ejército sitiador de Tremecén que mandaba Velasco: rompe Horruch el cerco, escapando con algunos Turcos: envía Velasco en su persecución á Argote, que alcanza á Horruch: se hace éste fuerte detrás de unas tapias, las asalta la compañía del Capitán Andrade, y su Alférez García de Tineo, concluye con aquél en noble lid. ¿Por qué no dar á las cosas una explicación sencilla? Esta que doy y que V. se dará seguramente no está fundada sólo en su sencillez; tiene á su favor un testimonio irrefragable. Parto del supuesto de que Velasco y Argote tomaron parte en aquella hazaña: el sistema de poner á éste en lugar de aquél, no me parece serio; para todos hubo gloria: lo que ha de averiguarse es cuál de los dos era el Jefe. En mi sentir, basta leer los privilegios para convencerse de que fué Velasco. Así como en el de Garci Fernández se dice que su Jefe inmediato era Andrade, en el de Velasco se dice que era el Marqués de Comares. Éste era el Capitán general, el Virrey ó Generalísimo; luego entre él y Velasco no había ningun Jefe inmediato. ¿Serían los dos de igual categoría? No lo creo, porque entonces sobre ser más difícil que los dos mandasen la expedición, á los dos debía atribuirse la gloria. Ahora bien; el testigo de mayor excepción á que me he referido, que no es otro que el Cordobés insigne, el ilustre genealogista Gonzalo Argote y de Molina, *historiæ antiquæ totius Hispaniæ inter paucos gnarus*, la atribuye únicamente á Velasco.

Como sabe V., en 1575, es decir, medio siglo después de la muerte de Barbarroja, se imprimió en Sevilla (reimprimiéndose en 1642), *con buenas añadiduras*, según el decir de Morales, *El Conde Lucanor*. Entre esas añadiduras (todas de Argote) vése después del prólogo y de la vida de D. Juan Manuel, el «*Principio y succesión de la Real casa de los Manueles*», y aquí lo siguiente: «VIII. Doña Francisca de Saavedra........ casó con D. Alonso Fernandez de Mesa hijo de D. Andrés de Mesa y de Doña Andrea de Argote y nieto de Alonso Hernandez de Mesa y de Doña Catalina de Angulo hija de Alonso de Velasco y de Doña Beatriz de Angulo, el cual Alonso de Velasco despues de muerta su muger tomó el Abito de Calatrava. Fué este Comendador el que venció á Barbarroja siendo general en Tremecen, yendo desde Orán contra él y le ganó siete banderas que entregó al Marqués de Comares su General, que se ven hoy en el Monasterio de San Geronimo de Córdoba, las cuales le dió el Emperador por orla de sus armas, con la cabeza de Barbarroja; como consta por su privilegio;» y al margen: «Privilegio dado por el Emperador Carlos V.»

1 Argensola.—Primera parte de los *Anales de Aragón*, etc., capítulo 56.

Resulta, pues, que un escritor casi coetáneo, peritísimo en estas materias, Cordobés como Velasco y Argote, quizás próximo deudo de este último (tal vez descendiesen ambos del Señor de Lucena, Alcaide de los Donceles, Hernán Martínez de Argote, progenitor de Gonzalo), atribuye al Comendador Velasco la gloria de aquel hecho, y habla de ello con todo conocimiento de causa, muy de propósito, en ocasión buscada por él, como para que conste; porque la verdad es, que al caso no venía; y habla dando detalles y puntualizando circunstancias. Que los historiadores no hayan hecho hincapié en estas palabras de Argote, probará el injusto desdén con que las miraron, pero no que sean inexactas; mucho más cuando ha parecido el privilegio á que se refieren. Como ve V., ni el privilegio ni Argote hablan nada de la aljuba: ésta, como cosa de menos importancia, la dejaría Velasco para su Coronel, tomando él lo importante, lo que indica el mando supremo: las banderas.—Por no convertir en libro lo que quiere ser carta, y porque no lleguen tarde estas noticias, no le doy algunas del Comendador Velasco [1]. Para mí, éste, Comares y Argote eran parientes, y de esto quizá nazca la confusión ú omisión de los historiadores.

¿Por qué habrá estado tanto tiempo oculto el privilegio que motiva esta carta? Para mí no cabe duda que porque los sucesores ó descendientes de Velasco, si los tuvo, no le dieron importancia ni usaron nunca esas armas nuevas, olvidándose de ellas por las antiguas y conocidísimas de los veros equipolados azules y plata en campo de oro.

Con pesar termino, pues complácenme sobremanera hablar con V. y de estas cosas; ello es preciso, y será en este instante; pero no sin dar á V. las gracias más expresivas por haberme invitado á escribir esta carta que, como apéndice de una obra que no ha de morir, será lo único de mi pobre pluma que sobreviva. Y á fé que no me duele, pues si probará mi poco valer, probará asimismo cuánto fué de V. admirador entusiasta, verdadero amigo y respetuoso discípulo Q. B. S. M.

José de Liñán y Eguizabal.

Diciembre de 1884.

1 Algún trabajo ha de costar buscarlas, pues ni el bibliófilo D. Fernando José de Velasco, que escribió de su noble familia, dice nada de nuestro Comendador en sus papeles, que con los de la Biblioteca de la Romana conserva la Nacional (K-237). Supongo que pertenecería á la línea de Córdoba, cuya representación lleva hoy el Marqués de los Castellones, ó á la de la Revilla, pues Salazar y Castro, en su *Historia de la casa de Lara*, cita á varios de ese nombre, entre ellos á un Contiuuo de la casa del Emperador Carlos V. Quizás sea nuestro Alonso de Velasco el caballero cordobés que con Juan de Argote y el Alcaide de los Donceles resistió en 1501 á los Moros de la serranía de Ronda. (Zurita, *Hist. del Rey D. Hernando:* lib. IV, cap. 31.) No es tan probable que lo sea el que contestó en nombre del Rey al Embajador de Francia, Cardenal de Albi, cuando estuvo en Córdoba en 1469 (Garibay, *Crónica general*: lib. XXI, cap. 73), y si no el mismo, equivocado el nombre, debió ser deudo muy cercano suyo el Antonio, que en 1510 fué de Capitán en la armada contra el Turco. (Zurita, *obra cit.*, lib. VIII, caps. 22 y 41.)

ÍNDICE.

Págs.

Á los Censores 5

PARTE PRIMERA.

Comprende desde el año 1590 antes de J. C. hasta el 714 de la era vulgar.

Capítulo I.—Descripción del África.—División de la Berbería.—Origen de su nombre.—Poblamiento.—Fundación y vicisitudes de Cartago.—Túnez.—Tánger.—Reedificación de Cartago.—Cartago cristiana 7

Capítulo II.—Irrupción de los Bárbaros en Italia.—Pasan á España.—Los Vándalos en África.—Sus triunfos.—Fin del Imperio Vándalo-africano.—Guerras de los Reyes Godos con los Romanos.—Se apoderan de África.—Traición del Conde Don Julián.—Entrada de los Árabes en España.—Batalla de Guadalete y fin del Imperio Godo 11

Capítulo III.—La Berbería durante los Cartagineses.—Son vencidos por los Romanos.—Ciudades que éstos edifican.—Masinisa y Yugurta.—Boco I.—Juba, Boco II y Bogud.—Juba II.—Se agregan las Mauritanias al Imperio Romano.—Únese la Tingitania á la Bética.—Se divide en tiempo de Constantino.—Se separa en el de los Vándalos.—Belisario concluye con el Imperio de éstos.—Se unen otra vez las dos costas del Estrecho.—Los Godos.—Fundan ciudades.—Eximen de tributos á los Cristianos.—No hay certeza de que dominasen en Canarias.—Invasión árabe 20

PARTE SEGUNDA.

Comprende desde el año 714 hasta el 1492.

Capítulo I.—Los Árabes.—Mahoma.—Abdalla-ben-Sad penetra en la Mauritania Cartaginense.—Victorias de Ocba-ben-Nafí.—Conquista la Mauritania Cesariense y casi toda la Tingitania.—Hassán destruye á Cartago.—Vence á los Amacirgas.—Muza-ben-Noceir concluye la conquista de la Tingitania y se apodera de España 27

Capítulo II.—Los Califas Ommiadas ú Omeyas.—Los Abássidas.—Los Omeyas cordobeses.—Los Edrisitas y los Aghlabitas.—Los Fatimitas.—Rebelión de Muza.—Protectorado de los Ommiadas en el Mogreb.—Toman á Túnez.—Guerras entre los Fatimitas y los Ommiadas.—Tratado de paz.—Al-Hassán el Edrisita, Emir de Fez.—Se rebela y es vencido.—Los Fatimitas establecen el califato del Cairo.—Vuelve á rebelarse Al-Hassán.—Se entrega y es decapitado.—Fin de la dinastía de los Edrisitas.—Comienzo y fin de la de los Zeyritas 31

Capítulo III.—Los Almoravides.—Fundación de Marruecos.—Yusuf-ben-Texefín se apodera de Ceuta y Tánger.—Pasa á España.—Prende al Rey de Granada y al

Págs.

Gobernador de Málaga.—Su General Sir-ben-Bekir se apodera de Sevilla.—Le sucede su hijo Alí.—Batalla de Uclés.—Los Portugueses atacan á Ceuta........ 37

Capítulo IV.—Principio de los Almohades.—Mohamad-Abú-Abdilla.—Muerte de Alí.—Coronación y muerte de Texefíu.—Abdol-Mumén se apodera de las costas.—Expulsa á los Almoravides de España.—Conquista todo el Mogreb.—Batalla de Alarcos.—Batalla de las Navas.—Reinado de Almamón.—Rebelión de los Benimerines.—Destronamiento de Abú-Hafí.—Muerte de Edris.—Abú-Dabbús.—Fin de la dinastía de los Almohades.—Expedicióu de San Luis á Túnez...... 39

Capítulo V.—Los Beuimerines.—Abú-Yusuf-Yacub pasa á España llamado por el Rey de Granada.—Se alía con Alfonso, Rey de Castilla.—Pedro III de Aragóu repone en el trono al Rey de Túnez.—Expedición á Acoll.—Descripción de los Xerves y su conquista.—Sucede á Yusuf-Yacub, Abú-Yacub.—Mohammad III toma á Ceuta.—Solimán la recobra.—Rebeliones en los Xerves.—Abú-Said toma á Gibraltar.—Derrota y muerte del Almirante D. Jofre Tenorio.—Derrota de Abul-Hacén.—Sucédele Abú-Ynau.—Anarquía á su muerte.—Estado de la España cristiana.. 45

Capítulo VI.—Expedición coutra Berbería del Rey D. Martín.—Descripción de Ceuta.—Conquístala D. Juan I de Portugal.—La atacan los Moros de improviso.—La vuelta de D. Pedro.—Emboscadas y contra-emboscadas.—Los Moros sitian la plaza por tierra y por mar.—La escuadra andaluza se apodera de la Almina.—La portuguesa socorre á Ceuta.—Muerte de Muley Zayde, y cautiverio de los expedicionarios.. 53

Capítulo VII.—Muerte de Muley-Abú-Said.—D. Alfonso V de Aragón envía su armada contra Argel.—Descripeión de Argel.—Expedición de los Xerves.—Desafío y rota de Boferríz.—Expedicióu desgraciada coutra Tánger y cautiverio del Iufante D. Fernando de Portugal.—Dos expediciones portuguesas.—Toman á Alcacer.—No pueden apoderarse de Tánger.—Enrique IV conquista á Gibraltar.—Muerte de Abd-al-Hak, y fiu de la diuastía de los Benimerines.............. 59

Capítulo VIII.—Los Oataces.—Descripción de Arcilla.—Alfonso V la conquista, y á Táuger.—Sitio de Ceuta por los Moros y por Feruando el Católico.—Industria del Gobernador Vasconcelhos para que levantasen el sitio.—Las Islas Canarias.—Fundación de Sauta Cruz de Mar Pequeña.—Los Xeques del Reino de Vu-Tata se declaran vasallos del Rey de España.—Descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza.—Sitio del castillo de Santa Cruz.—Establecimiento español en la costa de Tagaost.—Toma de Granada.................................. 64

PARTE TERCERA.

Comprende desde el año 1492 hasta el 1700.

Capítulo I.—Descubrimiento de América.—División del Nuevo Mundo entre Españoles y Portugueses.—Toma de Melilla.—Toma de los Xerves.—Sorpresa de Cullera por los Berberiscos.—Tentativa frustrada sobre Mazalquivir.—Cisneros.—El Conde de Tendilla ofrece conquistar el litoral del Reino de Tremecén.—Descripción de Mazalquivir.—Se eutrega por capitulación.—Rota de los Españoles. Asientan treguas con los de Orán.—Queda de Gobernador de Mazalquivir el Alcaide de los Donceles.. 73

Capítulo II.—Algara desgraeiada del Alcaide de los Donceles.—Seutimiento del Car-

Págs.

denal.—Sus instancias al Rey para la proseeueión de la Guerra de África.—Descripción del Peñón de Vélez de la Gomera.—Tómalo el Conde Pedro Navarro.—Enójase el Rey de Portugal.—Funda á Mazaghán.—No puede tomar á Azamor.—Reconquistan los Moros á Arcilla y acude el Rey Católico al socorro del castillo.—Insta Ximénez de Cisueros la continuación de la guerra.—Acuérdala el Rey.—Vacilaciones de éste y constancia del Cardenal.—Motín del ejército.—Vianelli es herido por Villarroel.—Se embarcan los expedicionarios.—Descripción de Orán.—Ataques de la Sierra.—Gánase Orán.—Resuelve el Cardenal su vuelta á España.—Palabras de Cisneros á la Diputación de la Universidad de Alcalá.. 81

Capítulo III.—Desórdenes en Orán.—Quiere Cisneros establecer la Orden de Caballeros de Santiago.—Asalto y toma de Bugía.—Asaltan los Españoles el campo de Abdurra-Hamel.—Muerte del Conde de Altamira.—Argel, Túnez, Tedeliz, Tendoles, Guixar, Tremecén y Mostagán se declaran tributarios y vasallos de España.—Asalto y toma de Trípoli.—Piensa Pedro Navarro apoderarse de Túnez.. 94

Capítulo IV.—Determina Pedro Navarro la conquista de los Xerves.—Llega el nuevo General D. García de Toledo.—Pasan á los Xerves.—Proposiciones del Xeque.—Desembarca el ejército y marcha en busca de los Moros.—Sed que sufre.—Muerte de D. García.—Derrota general.—Culpan á Navarro.—Su defensa.—Intenta correr la costa de África.—Desembarca Vianelli en los Querquenes.—Su muerte.—Inverna el Conde en la isla de Lampadosa................ 100

Capítulo V.—Niegan el tributo los Moros.—Sitia el Rey de Túnez á Trípoli.—Sométeuse de nuevo los tributarios.—Ataques á las plazas de los Portugueses.—Prepárase la armada del Rey Católico.—Socorre á Ceuta y Tánger.—Gonzalo Mariño quebranta la tregua con los Montañeses de Bugía.—Martín Argote trata de apoderarse de Túnez.—D. Manuel de Portugal toma á Azamor.—Proezas del Capitán Atayde.—Descalabro de los Portugueses en la Mahamora.—Destrucción de la escuadrilla del corsario Solimán.—Horruch Barbarroja sitia á Bugía.—Socórrela D. Miguel de Gurrea.—Asalto de Bugía.—Barbarroja levanta el sitio.... 107

Capitulo VI.—Los piratas berberiscos.—El Rey Católico fortifica el Peñón de Argel.—Los Barbarrojas.—Muerte de D. Fernando el Católico.—D. Alonso de Granada triunfa de los Corsarios.—Barbarroja proclamado Rey de Argel.—Expedición desgraciada de Diego de Vera.—Apodérase Barbarroja del Reino de Tremecén. Aben-Chemín se refugia en Orán.—Sale contra Horruch Barbarroja, á quien socorre su hermano Queredín.—D. Martín de Argote derrota á los Turcos.—Muerte de Horruch Barbarroja.—Queredín es proclamado Soberano de Argel.—Se declara vasallo del Gran Turco.—Sitio de Arcilla.—Muerte del cardenal Cisneros. 112

Capítulo VII.—Expedición de D. Hugo de Moncada contra Argel.—Barbarroja se apodera de Túnez.—Pelea con Hazán y Ben-el-Cadí.—Abandona á Argel.—Vuelve á su vida de Corsario.—Vence á Hazán y á Ben-el-Cadí y entra en Argel.—Don Hugo de Moncada ataca á los corsarios de los Xerves y es rechazado.—Derrota de los Isleños que se declaran tributarios.—Piérdese el Peñón de Vélez de la Gomera.—El Marqués de Mondéjar, trata infructuosamente de reconquistarlo.—Apodérase de él Barbarroja.—Aparición de los Xerifes en el Reino de Fez.—Ganan el castillo del puerto de Guader.—Derrotan á Hamet-Oataz.—Barbarroja gana el Peñón de Argel, cautivando á D. Martín de Vargas.—Hardín Cachidiablo derrota y aprisiona á Rodrigo de Portundo.—Reune Barbarroja á todos los Corsarios.—Andrea Doria ataca á Alí-Carasán y le toma algunas galeras.—Muertes de Portundo y Vargas.. 119

Págs.

CAPÍTULO VIII.—Barbarroja saquea á Cullera.—El Rey de Túnez pide á Carlos V favor contra Barbarroja.—Toma de Oné.—Barbarroja Capudán Bajá de la marina turca.—Se alía con los Franceses.—Es proclamado Rey de Túnez.—Prepárase Carlos V para atacar á Barbarroja.—Descripción de Túnez y de la Goleta.—Peligro que corre el Emperador.—Escaramuzas.—Llegada de Hernando de Alarcón.—Peligro del Marqués de Mondéjar.—Ofrece un moro envenenar á Barbarroja.—Muley Hacén, Rey de Túnez, se presenta en el campamento.—Quejas de los soldados.—Espolonada de los Turcos.—Son rechazados.—Pérdidas de la jornada.—Asalto general y toma de la Goleta.... 426

CAPÍTULO IX.—Barbarroja pasa alarde á sus fuerzas.—Manifiesta Carlos V su resolución de seguir la empresa de Túnez.—Fatigas de la marcha.—Derrota de los Tunecíes.—Los cautivos se apoderan de la alcazaba.—Huye Barbarroja.—Se entrega Túnez.—Saqueo y matanza.—Discúlpase al Emperador.—Libertad de los cautivos.—Doria persigue á Barbarroja.—Destrucción de Bona.—Tratado con Muley-Hacén.—Consejos del Emperador al despedirse.... 436

CAPÍTULO X.—Embárcase el Emperador.—Hernando de Gonzaga emprende el sitio de Mehedia.—Barbarroja saquea á Mahón.—Pónese al frente de una armada turca.—Sitio de Susa.—Motín en la Goleta.—Combaten los Turcos el castillo de Oropesa, á Villajoyosa, Ibiza, Peñíscola y Gibraltar.—Captura de Dragut.—Toma Andrea Doria algunas poblaciones.—Publícase la jornada de Argel.—Desembarca el ejército.—Piérdese gran parte de la armada.—Acometen los Turcos al ejército.—Valor de Carlos V.—Determina levantar el sitio.—Oposición de Hernau-Cortés.—Mensaje de Doria.—Retirada á Metafuz.—Reembarco.... 442

CAPÍTULO XI.—Rebélanse los de Susa y Monaster que vuelve á tomar Doria.—El Conde de Alcaudete logra licencia para conquistar el reino de Tremecén.—Marcha á Andalucía y reune ejército.—Vuelve á Orán.—Sale para Tremecén.—Ataque de los Moros, que son rechazados.—Paso del río Tivida.—Batalla de Hauda-beni-Afar.... 451

CAPÍTULO XII.—Entrada del ejército en Tremecén.—Muerte del Capitán Carrillo.—Muley-Abú-Abd-Alláh se reconoce vasallo del Rey de España.—El Conde evacua á Tremecén.—Batalla del Olivar.—Expedición contra Mostagán.—Retirada á Orán.—Insubordinación del ejército y degollación del Capitán Luis Méndez de Sotomayor.—Recobra á Tremecén Muley Mahomet.—Trata el Conde con los Xeques, Almanzor y Humida-Lauda.—Combate del Aceituno.—Ataque frustrado de Mostagán.—Vuelta á España del Conde de Alcaudete.... 460

CAPÍTULO XIII.—Muley-Humida usurpa el trono de Túnez á su padre Hacén.—Los corsarios combaten á Vinaroz, Murviedro, Villajoyosa y Torrox.—Los Portugueses abandonan á Arcilla y otras plazas.—Dragut sorprende á Pollenza.—Se apodera de Mehedia.—Doria, de Monaster y Susa, y cerca á Mehedia.—Dragut saquea á Benisa y Cullera.—Combate por librar á Mehedia.—Asalto y destrucción de la ciudad.... 472

CAPÍTULO XIV.—Dragut pasa al servicio del Gran Turco.—Cércale Doria en los Xerves.—Es nombrado segundo de Sinán y saquea á Gozzo.—Carlos V cede Malta, Gozzo y Trípoli, en favor de la Orden de San Juan.—Piérdense Trípoli, Susa y Monaster.—Abandonan los Portugueses sus posesiones africanas en el Océano, excepto Mazaghán.—Extinción de la dinastía de los Benimerines Oataces.—Unión de los imperios de Fez y de Marruecos.—Muerte del Gobernador de Ceuta D. Pedro Meneses.—Expediciones de los piratas berberiscos.—Piérdese Bugía.—Cerco de Orán.—Abdicación y muerte de Carlos V.... 481

Págs.

Capítulo XV.—Sube al trono Felipe II.—Se piensa en reconquistar á Bugía y Trípoli.—Entran los Turcos en Ciudadela de Menorca.—Muerte del Conde de Alcandete, Gobernador de Orán.—Sale armada contra Trípoli.—Hazañas de Juan Cañete.—Conquista de los Xerves.—Derrota de la armada española.—Se apodera Sinán del Castillo de los Xerves 187

Capítulo XVI.—Hazañas de los Portugueses en Mazaghán.—Invasión berberisca en Mallorca.—Piérdese la escuadra de D. Juan de Mendoza.—Sitio de Mazalquivir.—Toman los Argelinos el fuerte de los Santos.—Llega su armada.—Asaltos al fuerte de San Miguel.—Lo abandonan los sitiados.—Asaltos á Mazalquivir.—La armada española obliga á Hascén á levantar el sitio 196

Capítulo XVII.—Prueba inútilmente D. Sancho de Leiva la reconquista del Peñón de Vélez.—Tómalo D. García de Toledo.—D. Alvaro Bazán obstruye la desembocadura del Martil.—Muere Dragut.—Ataques á Melilla.—Batalla de Lepanto.—Al-Uch-Alí se apodera de Túnez.—Expedición y toma de Túnez, por D. Juan de Austria.—Al-Uch-Alí y Sinán conquistan la Goleta.—Intenta socorrerla D. Juan.—Piérdese Túnez.—Ríndese el fortín del Estanque.—Sentimiento de D. Juan.—Refuérzanse las plazas africanas.—Abd-el-Malek destroza al Xerife negro.—Acude éste al Rey Felipe.—Después á D. Sebastián de Portugal.—Batalla de Alcazarquivir.—Unión de España y Portugal.—Treguas con Muley-Achmet.—Muerte de Felipe II 205

Capítulo XVIII.—Expedición frustrada contra Argel.—Otras del Prior de San Juan y Marqués de Santa Cruz contra los corsarios.—Alianzas con los Reyes de Persia y del Cuco.—Ataques á Tánger y Arcilla.—Alianza con Muley-Xeque.—Empresas del Patrón Simón y D. Luis Fajardo contra Argel y Túnez.—Guerra de Muley-Xeque con Muley Cidán.—Por intervención de Juanetín de Mortara, cede aquél á Larache.—Descripción de Larache.—Se obstruye el puerto de la Mahamora.—Capturas de corsarios y de la recámara de Muley-Cidán.—Muerte de Muley-Xeque 224

Capítulo XIX.—Se resuelve la toma de la Mahamora.—Su descripción y presa.—Ataque y defensa del nuevo fuerte.—Hazañas del Capitán Francisco de Rivera.—Capturas de corsarios.—Combate de D. Octavio de Aragón.—Construcción de atalayas contra Moros.—Posesiones hispano-africanas.—Causas que sostuvieron la piratería.—Muerte de Felipe III 233

Capítulo XX.—Sube al Trono Felipe IV.—La piratería.—Combates de nuestra marina contra la Turca y la Berberisca.—Naufragio de D. Juan de Austria.—Hazañas de Jaime Llorens y Pedro Flejes.—Combates entre los Turcos y los Caballeros de la Orden.—Ataques á Mazaghán.—Sitio de la Mahamora.—Salidas y rebatos en Tánger, Mazaghán y Orán.—Expediciones contra las tribus de guerra, por el Marqués de Flores Dávila.—Política y relaciones de los Gobernadores de Orán contra los Moros sometidos 241

Capítulo XXI.—Levantamiento de Cataluña.—Insurrección de Portugal.—Piérdense Mazaghán y Tánger, quedando Ceuta por España.—Sitian á Orán Turcos, Franceses y Portugueses.—Llega á Madrid un Embajador turco.—Rebélanse los Alárabes del campo de Orán.—Asalto á Ceuta.—Sidy-Gaylán se declara tributario de España.—Cesión de la plaza de Tánger á los Ingleses.—Trata Felipe IV de recobrarla.—Traición del Gobernador.—El Conde Peterborough se posesiona de la plaza.—Sidy-Gaylán sorprende á los Ingleses.—Penuria de los presidios españoles.—Expedición del Duque de Beaufort 255

Capítulo XXII.—Muere Felipe IV y sube al Trono Carlos II.—Asaltan los Moros á La-

Págs.

rache y son rechazados.—Paz entre España y Portugal.—Sitio de Orán por el Virrey de Argel.—Expulsión de los Judíos de Orán.—Treguas entre el Gobernador de Ceuta y los Nieacises de Tetuán.—Conquista de Alhucemas.—Derrota y muerte de Sidy-Gaylán.—Emboscada contra Ceuta, que desbarata el Marqués de Trucifal.—Salida del Gobernador de Orán, D. Íñigo de Toledo Osorio, contra los Benarages.... 264

Capítulo XXIII.—Peste en Orán.—Sitianla los Argelinos.—Penuria de las plazas africanas.—Alí Fortaz sitia el Peñón.—Ataque á Ceuta rechazado por el Conde de Puñonrostro.—Estado de la Mahamora.—Gánanla los Marroquíes.—Atacan á Tánger.—Muerte del Marqués de la Algaba, Gobernador de Orán.—Creación del Deyalato en Argel.—Bombardeo de esta Ciudad por el Almirante francés Duquesne.—Mezzo Morte asesina y sucede al Dey.—Abandonan los Ingleses á Tánger.—Muerte de Frey D. Diego Bracamonte, nuevo Gobernador de Orán.—El Dey de Argel sitia la plaza.—El Mariscal francés D'Etrees bombardea á Argel.—El Dey abandona el campo y se levanta el sitio de Orán.... 273

Capítulo XXIV.—Piérdese Larache.—Rescate de los cautivos.—Sitio de Orán en 1693.—Previénese para resistir á los Moros.—Sitio largo de Ceuta.—Envía Portugal fuerzas auxiliares.—Ganan los sitiadores la plaza de armas y son rechazados.—El Marqués de Villadarias trata de construir el medio bastión de Santiago.—Sangrienta pelea por sostenerse en el terreno conquistado.—Defensa de la plaza con minas y hornillos.—Muerte de Carlos II.... 283

PARTE CUARTA.

Comprende desde el año 1700 hasta el 1800.

Capítulo I.—Felipe V sube al trono.—Salida de los sitiados en Ceuta.—Toma de Gibraltar por los Ingleses.—Requieren á Ceuta para que se entregue.—Expulsión de los Judíos.—Descripción de las fortificaciones y pérdida de la plaza de Orán.—Pérdida de Mazalquivir.—Incendio de Ceuta.—Expedición del Marqués de Lede para levantar el sitio de esta plaza.—Toma del campo de los sitiadores.—Peste.—Zarpa Lede con su ejército para España.—Los Moros construyen nueva trinchera.—Salida de la plaza.—Levántase definitivamente el sitio.—Muerte de Muley Ismael.... 294

Capítulo II.—Felipe V decide la reconquista de Orán.—Combate en el Monte del Santo.—Evacuan los Moros á Orán.—Se rinde Mazalquivir.—Sitia Mustafá á Orán.—Muerte del Gobernador, Marqués de Santa Cruz de Marcenado.—Salidas hechas por D. Bartolomé Ladrón.—Levantamiento del sitio.—Rota del Marqués de Villadarias.—Alí-Bajá se atregua con el Gobernador de Ceuta.—Es vencido y muerto por Muley-Abd-Alláh, Emperador de Fez.—Refúgianse sus partidarios en Ceuta.—Amistad entre los Ceutíes y los Moros.... 302

Capítulo III.—Muerte de Felipe V.—Rota de los Berberiscos en Canarias y de los corsarios que infestaban las costas.—Muerte de Fernando VI.—Abandonan los Portugueses á Mazaghán.—Establécese Jorge Glarr en Santa Cruz de Mar Pequeña.—Embajada de D. Jorge Juan.—Tratado de paz de 1767.... 312

Capítulo IV.—Declara Carlos III la guerra al Emperador de Marruecos.—Sitio del Peñón y de Melilla.—Tratado de paz de 1780.—Expedición contra Argel y rota de los Españoles.... 319

Págs.

Capítulo V.—Bombardeo de Larache por los Franceses.—Guerra de España con Portugal.—Cede á España las islas de Fernando Póo y Annobón.—Descripción de las islas.—Toma de posesión y abandono.—Paz con Marruecos.—Bloqueo, sitio y negociaciones para la devolución de Gibraltar.—Inténtase un tratado de paz con Argel.—Se verifica con la Puerta Otomana.—Bombardeo de Argel.—Retírase la escuadra.—Se repite el bombardeo.—Paz con todas las Potencias berberiscas.......... 326

Capítulo VI.—Marruecos bajo el imperio de Sidy-Mohammet.—Arreglo de 1785.—Muerte de Carlos III y de Sidy-Mohammet.—Sitio de Ceuta.—Suspensión de hostilidades.—Terremoto de Orán.—Asaltan los Moros la plaza.—Cédese Orán al Dey de Argel.—Se alza definitivamente el sitio de Ceuta.—Embajada de D. Juan Manuel González Salmón.—Tratado de 1799.......... 332

Capítulo VII.—Política de los Reyes de España en Berbería.—Cuál debe ser en la actualidad la de España en Marruecos.......... 341

APÉNDICES.

Apéndice núm. 1.º—Correspondencia de Ochoa de Isasaga, Tesorero de la Reina de Portugal Doña María, con la Reina y Rey D. Fernando *El Católico*.......... 351

— núm. 2.º—Carta de Pedro Navarro al Rey Católico.......... 360

— núm. 3.º—Conquista de Orán.—Memorial de lo que pide el Conde Pedro Navarro.......... 361

— núm. 4.º—Conquista de Orán (*Romance*).......... 362

— núm. 5.º—Relación de los sucesos de las armas marítimas de España en los años de 1510 y 1511.......... 367

— núm. 6.º—Privilegio en favor de Garcia Fernández de la Plaza.......... 372

— núm. 7.º—Relación de cómo van repartidos los Señores y Caballeros en las 30 galeras que salen de Barcelona con la persona de S. M. en esta su armada Real.......... 375

— núm. 8.º—Contestación de Hassán-Aghá á Carlos V.......... 381

— núm. 9.º—Obra nuevamente compuesta sobre el gran naufragio que á la armada del invictísimo y católico señor el Emperador..... le sucedió en la conquista de Argel (*Romance*).......... 382

— núm. 10.—Relación de lo que pasó al Secretario Juan de Soto con el Embajador de Venecia en una plática que tuvieron en Palermo.......... 389

— núm. 11.—Documentos sobre la jornada de Túnez, por D. Juan de Austria. 391

— núm. 12.—Instrucciones del Rey Felipe III al Marqués de Santa Cruz.... 395

— núm. 13.—Soneto burlesco sobre la inútil tentativa que contra Larache hizo el Marqués de San Germán.......... 398

— núm. 14.—Carta de D. Luis Fajardo al señor Presidente D. Francisco Duarte..... sobre la toma de la Mahamora.......... 399

— núm. 15.—Bando para que tomen seguro los Alarbes.......... 400

— núm. 16.—Arbitraje entre los Alarbes.......... 403

— núm. 17.—Bando en que se declara la guerra á unos Alarbes.......... 404

— núm. 18.—Ajuste de la romía.......... 406

— núm. 19.—Rentas y provisiones de la plaza de Orán.......... 407

— núm. 20.—Juicio de residencia del Marqués de Velada.......... 409

Págs.

Apéndice núm. 21.—Manera de repartir las presas.... 415
— núm. 22.—Expulsión de los Judíos de Orán.... 424
— núm. 23.—Sobre la peste de Orán.... 435
— núm. 24.—Extracto del diario del sitio de Orán.... 437
— núm. 25.—Misiones en Berbería.... 441
— núm. 26.—Pérdida y recobro de Orán.... 444
— núm. 27.—Embajada de D. Jorge Juan.... 446
— núm. 28.—Cesión de Orán.... 455
— núm. 29.—Gobernadores de Orán desde la conquista hasta la cesión.... 458
— núm. 30.—Embajada de D. Juan González Salmón.... 462
— núm. 31.—Comercio de España con Marruecos.... 465

Advertencia.... 470

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Ha de decir.
8	37	Etiopes	Etíopes
10	30	sue	sus
14	23	*Flaius Justinianus*	*Flavius Justinianus*
	40	Correa de Franco	Correa de Franea
16	13	su patria	su patria!
17	17	Bien indignado	Bien, indignado
24	9	sus riquezas,	sus riquezas.
40	23 y 24	Mazalalquibir	Mazalquibir
41	33	do pesadumbre	de pesadumbre
45	7	Abú Yunáu	Abú Ináu
59	3	Aragón.—Envía	Aragón, envía
73	2	desde 1498	desde 1492
110	14	Mequínez	Mequinez
116	35	donde Aben-Chemín	donde Alonso de Velasco, con Aben-Chemíu
133	31	D. Sancho de Alarcóu	Hernando de Alareón
144	27	tiempo que discurría	tiempo, discurría
166	14 y 15	seguide de	seguido de
182	35	en Sicila	en Sieilia
200	39	muy llena	muy llana
218	15 y 16	¿Pondrán en salvo	¿Pondrás en salvo
	17	en lo más horroroso	eu lo más hervoroso
219	48 y 49	á lo más horroroso	á lo más hervoroso
235	18	el 6 de Agosto	el 5 de Agosto
251	38	la palabra *Ganima*	la palabra árabe *Ganima*
270	14	Mequínez	Mequinez
277	2	Otro succeso	Otro suceso
282	26	*civitaten*	*civitatem*
283	32	Mequínez	Mequinez
284	18	Mequínez	Mequinez
285	36	y llevó una	é hirió en una
304	40	En efecto el Rey	En efeeto el Rey (1)
305		(*La nota tereera corresponde á la página anterior* 304.)	
346	12	con frecuenia	con frecuencia
	34	el ocuparse de nuestras	nuestras
373	36	D. Luis de Cabanillas	D. Luis de Cavanilles
	40	famosas *Germanias.*	famosas *Germanías.*

NECRÓPOLIS DE CARMONA

NECRÓPOLIS DE CARMONA

MEMORIA

ESCRITA EN VIRTUD DE ACUERDO

DE LAS

REALES ACADEMIAS

DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

POR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

INDIVIDUO DE NÚMERO DE AMBAS ACADEMIAS

Y

PUBLICADA DE ORDEN Y Á EXPENSAS DE LAS MISMAS

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1885

PRELIMINAR.

Al cumplir el encargo con que se sirvieron honrarme las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando,—después de haberlas representado por nombramiento de una y otra en la visita á la Necrópolis carmonense, para la que fueron atentamente invitadas por los Sres. Fernández López y Bonsor,—de escribir una Memoria sobre aquellos importantes descubrimientos, he vacilado mucho acerca del plan que debía seguir en este trabajo. Limitarme á dar cuenta de lo que allí observé, sin ofrecer los antecedentes necesarios para la mejor inteligencia de los monumentos, me parecía exigua tarea, impropia de la importancia de éstos, y de las Corporaciones que, velando por los adelantos de la Historia, de la Arqueología y de las Artes, aspiran constantemente á adelantar, difundir y extender en nuestra patria los transcendentales estudios que forman el objeto de su instituto. Por esta razón no me he limitado á reproducir los dibujos que de allí traje, debidos todos ellos al peritísimo artista D. Jorge Bonsor, uno de los descubridores, seguidos de sucinta explicación que facilitase su conocimiento, sino que, dilatando por más extenso campo mis aspiraciones, he procurado reunir en estas páginas cuanto con aquellos monumentos puede tener relación, para que de todo ello resultara cumplida idea, y se formase acertado juicio de tan notabilísimas y peregrinas antigüedades.

Lo primero hubiera sido, sin disputa, más fácil. Lo segundo me ha ocupado más de tres meses en estudios é investigaciones, cuyo resultado es el que tengo la honra de presentar á ambas Academias y al público en esta monografía.

Antes de empezar, sin embargo, debo cumplir con ineludible obligación de gratitud, consignando en este lugar la digna y delicada manera con que fuimos recibidos al realizar nuestra visita el día 24 de Mayo último, en unión de ilustradas personas, así de Carmona como de Madrid y Sevilla.

Esperaban los diligentes arqueólogos á sus invitados en la estación del ferrocarril, y en los tres coches que tenían dispuestos los condujeron al teatro de sus investigaciones, donde les hicieron descansar en una elegante tienda de campaña, levantada en medio de un olivar, para que pudiera librarles, en los ratos de reposo, de los rigores de un sol ardiente, que en aquellas regiones abrasa ya, como en los más fuertes días del período estival, al terminar la primavera. Las personas que allí se reunieron, además de los descubridores y del que esto escribe, fueron las siguientes: los dignos alcaldes de Sevilla y Carmona, D. José María de Hoyos y D. Nicanor López Blanco; el ilustrado sacerdote, antiguo arcipreste y cura hoy de Santa María de Carmona, D. Sebastián Gómez Muñiz; el reputado profesor de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, Don Claudio Boutelú; el distinguido arqueólogo sevillano, D. Fernando Belmonte y Clemente; el reputado arquitecto y dignísimo director de las obras de la catedral de Sevilla, D. Adolfo Fernández Casanova; el estudioso y ya reputado numismático, D. Adolfo Herrera; el entusiasta investigador, correspondiente de la Academia de la Historia, D. Antonio María Ariza; el inspirado poeta carmonense, D. Mariano Trigueros y González; el reputado periodista D. Francisco José Orellana; y los ilustrados Sres. D. Manuel Mérida Sánchez, D. Emigdio Serrano Davilla, D. José María Roby, D. Diego Díaz y Martín, D. Juan San Juan, D. Manuel Madrazo Escalera, D. Juan García Hermosius, D. J. J. Gómez, D. Ramón Pinzón, D. Jorge Vega y Peláez, D. Antonio Pérez Talavera, D. Francisco Cortés y D. Antonio Cabreras.

El orden con que se verificó la visita está marcado en el siguiente itinerario, que con gran acierto y previsión repartieron los señores descubridores á los invitados, para que les sirviera de guía en su arqueológica excursión:

ITINERARIO

PARA LA VISITA Á LAS EXCAVACIONES DE LA NECRÓPOLIS ROMANA DE CARMONA, EL DÍA 24 DE MAYO DE 1885.

(Este itinerario estaba indicado por un número de orden pintado con bermellón en la entrada de cada tumba.)

PRIMERA PARTE.

CAMPO DE LAS CANTERAS.

Grupo A.—Excavaciones del invierno de 1883.

Las Motillas (Túmuli).

1 *Tumba de Prepusa.*—Al lado de la vía romana, con puerta, patio, ustrinum, sala funeraria de seis hornacinas, ara, etc.

2 *Tumba núm. 13 del plano.*—Con dos sillares cerrando su entrada: on el interior cinco hornacinas.

3 *Tumba de la Urna de cristal.*—Con escalera, seis hornacinas é indicaciones de pinturas.

4 *Tumba de la Escalera. (Núm. 19 del plano.)*—Con siete hornacinas.

5 *Tumba con dos entradas. (Núm. 20 del plano.)*—Con dos salas funerarias, cada una de cinco hornacinas.

6 *Tumba núm. 21 del plano.*—Con siete hornacinas.

7 *Tumba del Romano. (Núm. 23 del plano.)*—En ruina; caída la bóveda.

8 *Tumba núm. 24 del plano.*—Construída con grandes sillares: en ruina.

9 *Tumba núm. 33 de idem.*—Con bóveda de sillares.

LA CANTERA MENOR.

10 *Bustum. (Núm. 38 del plano.)*—Quemadero.

Grupo B.—Excavaciones de la primavera de 1883.

11 *La vía romana.*—(Vía Augusta) y sus tumbas.

12 *Tumba de las columnas. (Núm. 2).*—Con escalera, corredor, sala funeraria con bóveda sostenida por cuatro pilares, y 19 hornacinas.

13 *Tumba de Hoyos. (Núm. 3).*—Con una entrada de 0m,40 en cuadro, escalera, y sala funeraria de seis hornacinas.

14 *La cantera mayor y su tumba.*

Descanso en la tienda de campaña.

SEGUNDA PARTE.

CAMPO DE LOS OLIVOS.

Grupo C.—Excavaciones del otoño de 1884.

15 *Tumba núm. 180.*

16 *Tumba de los cuatro departamentos. (Núm. 172.)*—Con cuatro salas funerarias, unidas por un corredor, y 20 hornacinas.

17 *Tumba del Ustrinum.*—Con el quemadero unido á la tumba; la sala tiene cuatro hornacinas y un *subgrundarium.*

18 *Tumba de las guirnaldas.*—Con escalera, bóveda abierta y 12 hornacinas.

Grupo D.—Excavaciones del invierno de 1882.

19 *Tumba núm. 181.*—Con pozo de entrada muy hondo y sala con una sola hornacina.

20 *Tumba núm. 182.*

21 *Tumba del mausuleo circular. (Núm. 100.)*—En la parte exterior se ven sillares puestos en círculo, de 13,85 de diámetro, cimientos de un mausoleo. La entrada de la tumba estaba cerrada con dos grandes sillares. Once hornacinas.

Grupo E.—Excavaciones de la primavera de 1884.

22 *Tumba núm. 151.*—Con escalera y 11 hornacinas.

23 *Tumba núm. 138.*—Con escalera y siete hornacinas.

24 *Tumba de las tres puertas. (Núm. 102.)*—Con tres salas funerarias de siete hornacinas cada una, y restos de pinturas.

25 *Tumba de Postumio.*—Con escalera, patio, ara, sala funeraria de siete hornacinas cada una, y restos de pinturas.

TERCERA PARTE.

ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS.

Grupo F.—Excavaciones del verano de 1884.

26 *Tumba núm. 131.*—Con escalera, corredor con dos hornacinas, y sala con cinco.

27 *Tumba núm. 127.*—Con entrada de pozo y cuatro hornacinas.

28 *Tumba núm. 163.*—Sin terminar, y con la puerta indicada.

29 *Tumba núm. 132.*—Con escalera estrecha y nueve hornacinas.

30 *Tumba núm. 171.*
31 *Tumba núm. 122.* } Con entrada de pozo y siete hornacinas.

32 *Tumba núm. 120.*—Con dos salas y un solo pozo de entrada, con una separación en medio: cada sala tiene cinco hornacinas.

33 *Tumba núm. 118.*
34 *Tumba núm. 117.* } Con siete hornacinas.

35 *Tumba núm. 115.*—Con seis hornacinas: contenía más de 40 objetos.

36 *Tumba núm. 114.*—Con tres hornacinas.

37 *Las tumbas del camino del quemadero.*—Son 40.—Las primeras fueron descubiertas en tiempo de la revolución de Setiembre de 1868.

Grupo G.—Excavaciones de 1885.

38 *Columbario y triclinio funerario.*—Con señales de 22 hornacinas, escalera, pozo de 25 metros de profundidad, pila, culina, ara, triclinio, etc.

39 *Tumba de Juan Díaz.*—Con escalera, bóveda abierta y nueve hornacinas. Fué la primera descubierta en esta necrópolis hace treinta años, por el médico D. Juan Díaz. Encontrada por segunda vez en este año.

40 *Pozo.*

41 *Triclinio del olivo.*—Con escalera, patio, triclinio, hornacinas, canal de libaciones, pozo y dos salas.

A cierta hora de la mañana sirvióse á los invitados, en la tienda de campaña, espléndido almuerzo, costeado por los galantes inventores, y después, por la tarde, nos ofreció un verdadero banquete, en su bellísima casa, el docto sacerdote Ilmo. Sr. D. Sebastián Gómez Muñiz,

terminado el cual tuvimos la fortuna de oir, como complemento de tan inolvidable día, algunas de las inspiradas composiciones del verdadero poeta carmonense, D. Mariano Trigueros, que las recitó á ruego de los comensales.

No cerraremos estas líneas sin consignar nuestro profundo sentimiento de gratitud á unos y otros señores, por las muestras de deferencia que les merecimos, y que indudablemente no eran debidas á nuestra modesta personalidad, sino á la importancia de las Corporaciones que representábamos.

También debemos especial agradecimiento á los Sres. Fernández López y Bonsor, por los datos y dibujos que nos han facilitado para esta Memoria, con una atención y un desinterés comparables sólo á su inteligencia y noble entusiasmo por los estudios que con tanta gloria cultivan.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRECEDENTES HISTÓRICOS.

Carmona.—Su situación.—Sus orígenes.—Noticias históricas de Carmona en la Edad antigua.—Su importancia en aquel período, deducida de sus monumentos y de los recientes descubrimientos de su Necrópolis.—Trabajos de investigación que debieran practicarse en la Acrópolis.—Carmona en la Edad media.—Monumentos árabes.—Imposibilidad de estudiarlos en la presente Memoria.

En medio de fértil y pintoresca vega, rodeada de alegres pueblos y blancos caseríos; sobre elevada colina que se prolonga en dirección de Oriente á Poniente; gozando de un clima tan benigno como saludable, se levanta, en la carretera de Andalucía, la antigua Carmona, seis leguas al NE. de Sevilla, siendo la población más considerable de esta provincia, fuera de la capital y de Écija, y demostrando sus calles y sus edificios, así religiosos como civiles, la importancia que tuvo en todos tiempos, desde los periodos más remotos de su historia hasta la época moderna.

La posición topográfica de esta población (que lleva el título de ciudad desde el año 1630, en que Felipe IV se lo dió para recompensar la lealtad y largueza con que le había servido), inclina desde luego á creer que fué en todas épocas asiento de un gran pueblo, porque ocupa una altura que domina la extensa y fertilísima campiña llamada la Vega, siendo esta altura, por otro lado, continuación de terrenos accidentados, que por espacio de dos leguas se extienden hasta el Guadalquivir, terrenos donde crecen frondosos los clásicos olivos de Minerva. Así no es extraño que ya César la tuviese en grande estima, por su posición y por su fortaleza, escribiendo, en su tratado de *Bello civili*, que era la más firme y mayor de todas las ciudades de la provincia: *Carmonenses, quæ est*

longe firmissima totius provinciæ civitas [1]; que la citen también Hircio en su libro de *Bello Alexandrino* [2], Estrabón [3] y Appiano [4], y que figure en el Itinerario de Antonino á 22 millas de Sevilla hacia Écija, que son las 6 leguas cortas que hoy se cuentan, ó 5 $^{1}/_{2}$ en el cómputo Antoniniano.

Sin más alteración que la de haber prevalecido en el lenguaje vulgar, como sucedió con muchos nombres en la baja latinidad, el último caso *Carmone*, y permutada la *e* en *a*, Carmona, conserva después de tantos siglos de existencia sin variación su antiguo nombre, indicio el más seguro de su antigüedad y de la época remotísima de su fundación. Este nombre, como dice con su acostumbrada ilustración y recto criterio el sabio anticuario que fué de la Academia de la Historia, D. Antonio Delgado [5], ya se considere de origen ibérico, ó más probablemente de extructura fenicia, debió habérsele impuesto al mismo tiempo que estos orientales se extendieron por la Bética, difundiendo su civilización y comercio; porque estudiadas sus radicales así lo demuestran. *Carmo* puede provenir de כרם *Carm, fundus nobilis et cultus; vinea, olivetum* [6], CARMEN, que decimos en nuestro lenguaje poético, y retiene aún del de los Semitas el común decir granadino, para designar las floridas casas de recreo tan características de la antigua capital de los Alahmares; etimología que viene bien al terreno elevado en que está situada la ciudad, el cual, cuando sobre él fundaron, pudo llevar aquellos plantíos al frente de la vega, entonces, como ahora, muy apropósito para criarlos.

Pero ateniéndonos al uso frecuente que estilaban fenicios y cartagineses al denominar sus ciudades por haberlas puesto bajo la tutela de alguno de sus dioses, creería más acertada la opinión del docto P. Fita, que estima proviene el nombre de Carmo, de קר-חמן (Car-Hammon), ciudad

1 Lib. II, 19, 5.

2 Cap. 57.

3 3, 2, 2.

4 Iber. 25, 58.

5 *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España.*—Sevilla, 1861; tomo I, pág. 6.

6 Leopol. § 178.

de Hammon ó Baal Hammon, el dios solar, que principalmente se veneraba en Cartago. Así, la célebre Karkemich, llave de la Mesopotamia, era la fortaleza del dios Kamos; Karalis, en Cerdeña, fundada por los cartagineses, la ciudad de Alá, y lo mismo en otras.

Por esta razón, y porque no se da la transcripción conveniente en latín por las lápidas y monedas, no juzgo plausible la etimología de Conde [1], que dice proviene de חרמון *Charmo*, sitio cortado, separado, *septum*, y que así se llamaban las fortalezas y puntos defendidos por naturaleza y arte, como sucede con Baal Charmon en Syria, y lo mismo en un pago en el Antilíbano [2]; *prominens montis vertex*. De todas maneras nos parece casi seguro que el nombre de este pueblo es de origen fenicio; sin que necesitemos recurrir á la opinión del vascófilo Humboldt, que supone proviene esta palabra, *Carmo*, de dos monosilábicas; *car*, partícula inicial frecuente, significando altura, y *men*, *maen* y *mon*, fuerza y elevación, y ambas reunidas, *colina fuerte*. La teoría del docto alemán estriba sobre una hipótesis que los hechos y monumentos ni han demostrado, ni parece que debe tener aplicación en el Mediodía de España.

En algunos de los antiguos autores que mencionan á Carmo se encuentra algo alterado el nombre, como sucede en Appiano Alejandrino, el cual, al referir que habiendo vencido Viriato al procónsul romano Servio Galba, éste, después de largas marchas, se acogió á la fortaleza de Carmo, unas veces la llama *Karcomen* y otras *Carbonem*, equivocaciones fáciles de explicar por lo muy frecuentes que eran en los antiguos copistas, así como la de Tolomeo, que la llama Carmonia.

Carmo fué una de las más importantes poblaciones de los Turditanos ó Turdetanos, que eran los Thersitas ó Tartesios propiamente dichos, que poseían las campiñas de Huelva, Sevilla, Écija y Medina-Sidonia, según ha consignado con su inapelable competencia el Excmo. Sr. Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe en su discurso de contestación al de ingreso en la Academia de la Historia del autor del presente estu-

1 Xerif al Edrisi: pág. 176.

2 Leopold. § 128.

dio[1]; Turdetanos, que según opinión del docto P. Flórez[2], apoyado en Estrabón, tuvieron su capitalidad en la antigua *Asta*, llamada Regia por Plinio, de donde sospechó el célebre poeta y arqueólogo Rodrigo Caro que allí hubiera estado la corte del rey Argantonio.

Nota con razón el Sr. Delgado, que Plinio, el más prolijo de todos los geógrafos de la antigüedad, no mencione á Carmona, silencio ú omisión que fundadamente, dice, hace suponer, que el texto de todas las ediciones que conocemos viene desde muy antiguo mutilado, como se nota al buscar nombres de otras poblaciones importantes, porque no es creible dejase de mencionar ciudad tan noble y principal como Carmona, cuando se ocupó de otras de muchas menos valía.

Como pertenecientes los carmonenses al pueblo tartésico de los Turdetanos, que fueron de los más adelantados en la cultura ibérica, hasta el punto de asegurarse que siglos antes de J. C. tenían ya leyes escritas en verso, debieron dedicarse desde muy antiguo á la industria y á las artes, poderosamente influídos por las corrientes de las diversas civilizaciones que se confundían y compenetraban más que en ninguna otra parte, en el Este y en el Mediodía de nuestra Península.

No es esta ocasión de repetir lo que ya con extensión expusimos en nuestro estudio sobre las antigüedades del Cerro de los Santos, presentado á la Real Academia de la Historia al tomar posesión de la plaza de Académico de número, con que nos había honrado, acerca de las influencias egipcias, fenicias y griegas que en diversos monumentos encontrados en aquella región se notan, limitándonos para nuestro propósito á consignar la existencia de tales influencias, hoy ya admitidas sin género de duda, y á añadir que entre dichas corrientes civilizadoras no puede menos de contarse también la tirrénica, pelásgica ó etrusca, que se deja sentir más que en ninguna parte de la Península en las costas de Cataluña, y que además de las conocidas antigüedades de la tirrénica Tárraco, se demuestra con las que ha descubierto en una necrópolis de época anterior á la romana, el año 1881, D. Juan Rubio de la Serna, en

1 Pág. 139.

2 *España Sagrada*. Tomo X, pág. 33.

Cabrera de Mataró (Barcelona), antigüedades que ha ilustrado con docta y erudita Memoria, enriquecida con diez bien dibujadas láminas, enviando el manuscrito á la Real Academia de la Historia, á la que le dedica su trabajo, y que tiene acordada su publicación.

Sin entrar tampoco en disquisiciones acerca de las diferencias de Turdetanos y Túrdulos, porque no cumplen á nuestro propósito, consignaremos, sin embargo, que sólo pueden señalarse los límites de los Turdetanos por la demarcación de Tolomeo, que les dió la parte Occidental de la Bética, comprendiendo á Écija, Sevilla y Medina-Sidonia, con todo lo que cae al Occidente de estas poblaciones y de la línea que se tire desde Sierra-Morena hasta el medio del Estrecho, siendo lo incluído en este espacio hasta el Guadiana de los Turdetanos béticos, exceptuando un poco que tocaba á los célticos.

Según el mismo Tolomeo, proseguían las poblaciones de los Turdetanos por la otra parte del Guadiana, que era de la Lusitania, abrazando hasta el Cabo de San Vicente ó *Promontorio Sacro*, con todo y aun algo más de lo que hoy pertenece al reino del Algarbe.

Y no sólo había Turdetanos fuera de la Bética por el confín de la Lusitania, sino también en la Tarraconense, no lejos de Sagunto, según el testimonio de Tito Livio en sus Décadas 3.ª y 4.ª [1], donde escribe que eran los Turdetanos *la gente menos varonil de España;* pero que confiando en su multitud y en 10.000 Celtíberos que tomaron á sueldo, se atrevieron á hacer cara á los Romanos mandados por el pretor Publio Manlio, sucesor de Quinto Minucio y subalterno del cónsul Marco Porcio Catón, á quien tocó la España Citerior, como á Apio Claudio Nerón la Ulterior, según refiere el mismo Tito Livio en la citada Década 3.ª, lib. III, cap. XVIII.

No hemos de seguir la discusión referente á las diferentes regiones que poblaron los Turdetanos en Iberia, bastándonos con lo consignado por Tito Livio acerca del carácter de aquellos antiguos habitantes de nuestra Península, que como sucede siempre con los pueblos muy dados al cultivo de la agricultura, la industria, las artes y el comercio, eran

1 Libro III, cap. 31, 416; 4, cap. 7 y 9.

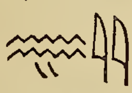
más aficionados á las pacíficas y productoras tareas de la paz, que á las agitadas y sangrientas de la guerra. Este carácter ha de explicarnos ciertas particularidades notabilísimas dc la Necrópolis de Carmona, cuyo estudio empezamos, por lo cual todavía tendremos que insistir cn algunos procedentes histórico-numismáticos, aunque tengamos quc contradecir al hacerlo, á sabios tan justamentc reputados como el respetable maestro agustiniano Fr. Enrique Flórez, en su ya rara obra intitulada *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España.* Dice en ella [1] que «la fortaleza que Julio César refierc en la ciudad de Carmona, se hallaba también en los hábitos de sus habitadores, marciales hasta en las monedas, pues á Marte debemos aplicar la cabeza adornada de morrión, figura la más usual que adorna las medallas de Carmona». No creemos sea esto exacto. Según ha hecho notar también el señor Delgado en su citada obra, los fenicios y los penos, que de ellos provenían, creyeron en una tríade divina, base de su culto religioso, á sabcr: Baal ó Cronos, Tanaith ó Astarte, y Melkart-Hércules. Cronos ó Baal Samen, conocido por los penos con el nombre dc Omanus, que Estrabón considera de procedencia persa, significaba *Señor del Cielo*, según nos testifica San Agustín, de origen púnico ó cartaginés [2]. El culto de Omanus ó Amanus se extendió en España, como lo prueban antiguas inscripciones.

Astarté, cuyo nombre proviene de Astaroth, quiere decir *estrella*, sc reputó como la Gran Diosa, la diosa celeste de Sidón, la Cibeles de la Syria, y la madre de los dioses de Cartago. Esta fué nombrada también *Tanais*, originaria de la alta Asia, sea de nombre, ó sea de idea, como dice Movers. Era la diosa de la luna, del fulgor de las estrellas, diosa virginal y marcial, y sc identificaba con la Artemis persa, y ante todo con la Asiria. La influencia religiosa que los pueblos de la alta Asia ejercieron sobre los seméticos en una época remota, está demostrada.

A esta diosa, bajo el nombre asirio de Tanais y del egipcio Neith, que es la misma Astarté, se la figuraba bajo diferentes formas, según las

1 Tomo I, pág. 288.

2 *Baal punicis videtur dicere Dominum: nam Baal Samen queis Dominum Cœli intelliguntur dicere: Samen quippe apud eos cœli appellantur.* San Agustín. *Quœs. in Judices.* Lib. VII, 16.

condiciones religiosas en ella supuestas. Los atenienses aceptaron su culto bajo el nombre de Athena, y de aquí Atenas, y como virgen pura le atribuyeron cualidades guerreras, en lo cual se ve su origen andrógino. Esta divinidad procedía de la primitiva asiria *Nin* ó *Nannaea*, que dió nombre á la capital Nínive, llamada constantemente Νῖνος y *Ninus* por Heródoto, Diódoro, Josefo, Plinio, Estrabón y Tácito. Su nombre egipcio es  (NNIA), como ha demostrado Champollión (Gram. 150). En caracteres cuneiformes se pronuncia Ninna [1]. Dos lápidas españolas se han encontrado alusivas también al culto de esta divinidad *panthea*: una de Cazlona (Hübner 3,294, 3.302) y otra de Ampurias, que no cita Hübner; pero que ha publicado Quintanilla en sus *Datos estadísticos sobre la provincia de Gerona* [2]. Es el *Venus almus* de los antiguos romanos, y se le daba culto junto á la puerta Viminal con el nombre de *Naenia*.

El nombre de esta divinidad hermafrodita, Nino, precedido del artículo T produjo la *Thanais* fenicio punica, la 'Αθηναις griega y Diana latina, antigua Διωνη, Δηιωνη griega y la 'Αθηνη ó Minerva, que como hemos dicho dió nombre á la capital de Atica, según vió claramente Plutarco, cuya autoridad parece preferible á la de los que quieren derivarla del sanscrito Arana. Seguido de T ó TH, signo de género femenino, produjo, según ya indicamos, la Neith egipcia y Anaitis asiria, contracción de la Aunonit-is emporitana ó Aninaunit de Cazlona [3].

Las cabezas imberbes galeadas de las monedas autónomas de España que llevan á la vez facciones pronunciadas, no es á Marte á quien representan, sino á la diosa de origen fenicio *Tanaith*, en la antigua España probablemente Aninaunit, que más extendida la mitología greco-romana, á cuya época pertenecen las monedas citadas por el P. Florez, se identificó con su última manifestación greco-latina de Palas ó Minerva; gradación que puede seguirse precisamente estudiando las monedas de Carmo.

1 *Hincks, transations of the R. rish Academy.* Tomo XXII, 1852, pág. 328.

2 Gerona, 1865; pág. 169.

3 *Antigüedades del Cerro de los Santos*, por el autor de esta Memoria; pág. 41 y siguientes.

En las varias emisiones de ellas, desde la segunda guerra púnica hasta la instalación del Imperio, encontramos diversas representaciones de la misma divinidad, que señalan la transformación de su antiguo tipo, en el que generalmente siguieron los romanos. Así vemos, en los medallones y grandes bronces que comprenden desde el número 1 al 5 del catálogo de estas monedas, en la obra del Sr. Delgado, dicha cabeza imberbe con la galea ó casco sin cimera, como en otras monedas de varias ciudades de la Bética, tales como Caura, Iliberi y Lástigi, todas ellas acusando un primer periodo en que todavía no predomina por completo la civilización romana. En otros grandes bronces, señalados con los números 6, 7, 8 y 9, se ve ya predominar esa misma civilización romana, pues los dos primeros llevan marcadamente la cabeza de aquella antigua divinidad convertida en la Palas ó Minerva romana con el casto *cristato*, cuya cimera está vuelta ó replegada hacia adelante. El P. Florez creyó que esta cabeza podía aludir á la diosa Cibeles, con su Attis, «al cual figuraban los antiguos con mitra,» añadiendo con este motivo «que de Oriente vino la superstición á España, acaso por los Phrigios; que los Persas veneraban al sol en Mitras, y segun Varrón, los Persas poblaron en España», conjeturando si aludirian á aquél en la figura de la expresada mitra.

En verdad que no merece séria refutación la conjetura del docto agustino, basada en el nombre de *mitra* y en ver la figura de ella donde no existe. La cabeza de la moneda á que se refiere el P. Florez es simplemente la cabeza de Palas, á la manera que se representa en los denarios de la familia Poblicia, como ha escrito con gran acierto el Sr. Delgado. Esta misma degeneración del antiguo tipo de la divinidad *Tanaite* lo vemos en el número 9, cuya cabeza de Palas con casco cristato y alado es completamente igual á la que aparece con tanta frecuencia en los denarios romanos bigatos ó cuadrigatos, que circulaban con profusión en todas las provincias sujetas al poderío de Roma; siendo de notar que en la moneda número 7, y aun en la 9, se ven los cabellos de la diosa saliendo por debajo del casco, circunstancia que recuerda que aquella divinidad los llevaba más largos que las otras, y los juramentos que por ellos se hacían.

No es, pues, representación de Marte esta cabeza, sino de Palas ó Minerva, diosa tanto guerrera como protectora de la agricultura y de las artes de la paz, bajo cuya acepción la encontramos en estas monedas, como lo confirma el tipo de Mercurio, dios del comercio, que aparece en la moneda núm. 8, casi de la misma manera que se encuentra en un denario de la familia Mamilia.

Las influencias fenicias que habían de sentirse en la antigua Carmo, se reflejan en el Hércules fenicio con la piel del león, que á pesar de su tosco dibujo, claramente se descubre en las monedas 11 y 12 de la misma obra de Delgado, así como en la 10 el mismo recuerdo, pero ya influído por los romanos, con el busto de Hércules vuelto de espaldas, con la vista á la izquierda y la clava al hombro, de igual manera que aparece en otro denario de la familia Quinctia. Las corrientes tirrenáicas que también hubieron de sentirse en Carmo, claramente se descubren en las monedas 15, 16, 17 y 18, que llevan en el anverso la cabeza desnuda del Hércules tirrénico, de facciones enérgicas, acompañada en muchas de ellas con el símbolo característico del delfin; así como las influencias líbicas, el caballo del número 19. El tipo del reverso de todas las demás puede decirse (fuera del caballo y el caduceo de Mercurio), que es constantemente el de dos espigas de trigo, y en el centro el nombre de la ciudad entre dos líneas, ó dentro de un rectángulo ó *cartucho* á la manera egipcia.

Los asuntos, pues, de las monedas carmonenses, en nada se refieren á un pueblo esencialmente guerrero, como supone el docto agustino, sino á una ciudad esencialmente agrícola y entregada á las hermosas tareas de la paz, bajo la protección de sus antiguas divinidades y conservando el recuerdo de sus orígenes.

No podemos seguir, ni atañe hoy á nuestro propósito, la historia de aquella antigua ciudad, limitándonos á añadir que en la guerra civil entre César y Pompeyo, Carmo siguió el partido del primero, llegando los carmonenses, en su lealtad á la fe jurada, hasta á arrojar heróicamente á los pompeyanos de la fortaleza de su antigua Acrópolis, donde habían logrado introducirse; digna conducta que debió influir poderosamente en el favorable juicio que mereció á César aquella antigua ciudad, expresado en la frase que ya transcribimos.

Aun cuando las numerosas monedas carmonenses no revelan grandes adelantos artísticos en ella, no puede negarse que debió alcanzar gran importancia en la época romana, pues así lo demuestran, esa misma abundancia de monedas que revela un pueblo activo y trabajador, puesto que procuraba no escasease nunca aquel medio de cambio, tan esencial al comercio, que sin él puede decirse no existiría; sus inscripciones, aunque no abundantes, de grande importancia; la vía Augusta, que la enlazaba con la capital del convento jurídico hispalense á que pertenecía; entre otros objetos arqueológicos, el monumental pozo que hoy apenas puede visitarse, y que se encuentra á la salida de la ciudad, yendo hacia la Necrópolis, pozo de donde, entre otros fragmentos esculturales, se ha sacado la magnífica cabeza marmórea que se admira en el Museo Carmonense, y que revela el tipo femenil étnico característico del país, conservado á través de los siglos, como puede verse en la lámina XXV que acompaña á esta Memoria, y sobre todo la notable Necrópolis, objeto primordial de nuestro estudio, y los objetos encontrados en ella, que revelan claramente las relaciones que existieron entre los carmonenses y los países más adelantados de Italia y de Roma. ¡Lástima grande que, como indicamos en nuestra visita á aquellos venerandos depósitos de antigüedades clásicas, ya que tan acertadamente se han llevado á cabo las excavaciones en la Necrópolis por los Sres. Fernández López y Bonsor, que han exhumado la ciudad de los muertos, por tantos siglos oculta bajo la tierra que sobre ella fueron aglomerando los mismos siglos, no se practiquen tambien excavaciones, donde se levantan, por ventura todavía, los notabilísimos aunque destrozados restos de las fortalezas de la Edad Media, para descubrir la antigua Acrópolis, la fortaleza turdetana, y romana más tarde, que en aquel mismo parage debió existir, guardando probablemente dentro de sus muros el templo de la divinidad protectora, como era costumbre en aquellas remotas edades; divinidad que probablemente sería la misma Tanaite ó Astarté representada en las monedas! [1].

1 En el año de 1880, D. Manuel Fernández López, digno hermano de D. Juan, uno de los descubridores de la Necrópolis que motiva este estudio, hizo algunas excavaciones en el Alcázar por espacio de siete meses, obteniendo datos curiosísimos y formando un plano

La importancia de Carmona durante la época romana debió ser tanta, que la conservaba todavía en tiempo de la dominación visigoda, pues Muza Ben Noçeir, caudillo de los árabes, tuvo que apoderarse de ella por la traición, no pudiendo conseguirlo en lucha abierta y leal. Durante la dominación árabe rivalizó frecuentemente con Sevilla, habiendo tenido necesidad de grandes esfuerzos Fernando el Santo para reconquistarla, mientras tenía cercada á la capital del reino de los Abbadies.

Formando parte desde entonces de la corona de Castilla, figura tristemente durante el reinado de D. Pedro, pues en su fortaleza estuvieron presos y fueron muertos sus hermanos bastardos los infantes D. Pedro y D. Juan, de edad el primero de catorce años y el segundo de diez y ocho, y á la lealtad de los carmonenses confió el mismo Rey sus tesoros y sus hijos, mientras él, en persona, acudía á combatir á D. Enrique.

Larga y heróica fué la resistencia que ofrecieron á las tropas del usurpador, dirigidos por el esforzado capitán Martín López de Córdoba, rindiéndose por último bajo honrosísimas condiciones, que no tuvo cuidado de guardar D. Enrique, dando muerte en Sevilla al esforzado campeón, haciendo degollar á los caballeros de Carmona que más se habían distinguido por su lealtad á su legítimo soberano, y demoliendo los alcázares donde tan digna resistencia había encontrado.

Más tarde sirve Carmona de corte á la esposa de D. Juan II, mientras éste se dirige á combatir á los moros de Granada, y desde esta época los acontecimientos de su historia particular se pierden en la general del reino, sobresaliendo, sin embargo, por la activa parte que tomó en ella, en la gloriosa guerra de la Independencia.

Su hermosa situación y la belleza en sus campos dieron origen al lema de sus armas: *Sicut lucifer lucet in aurora ita in Wandalia Carmona*,

de aquel edificio y sus dependencias, con los nombres correspondientes y característicos de sus respectivas épocas, sacados de documentos y manuscritos que se conservan en aquel Ayuntamiento. Este trabajo de investigación, en el que tambien colaboró D. Juan Fernández López, verá pronto la luz pública en la obra que dicho D. Manuel tiene ya preparada para dar á la estampa, con el título de *Historia de Carmona*. Las excavaciones, sin embargo, debieran continuar, pues estamos seguros de que habían de dar mayores resultados que los obtenidos.

lema en armonía con otra frase repetida constantemente por los hijos de la provincia de Sevilla, que dice:

Villa por villa
Carmona en Andalucía.

Pero sí de grande importancia gozó siempre la patria de San Teodomiro por sus recuerdos históricos, á mayor renombre está llamada por las antigüedades en ella descubiertas y por las que restan que descubrir, no sólo de la época romana, sino también de la dominación sarracena. La llamada Puerta de Sevilla, por sí sola, y los restos de la fortaleza que la rodean, merecen amplio estudio para la historia del arte árabe y de la fortificación; así como también debieran ser objeto de detenido examen los restos de la mezquita donde hoy se levanta la iglesia mayor y otros varios de arquitectura árabe y mudéjar que se encuentran exparcidos por la hermosa ciudad Carmonense, entre los cuales descuellan los alicatados y azulejos árabes y mudéjares, con que se adornó una casa construída en el siglo anterior en la plaza de San Fernando, recogiéndolos en diversos parages de Carmona, y preservándolos así de pérdida casi segura.

Y ya que de la iglesia mayor hemos hablado, no creemos fuera de propósito consignar, que á instancia y pública solicitud del ilustrado sacerdote y cura de ella, Ilmo. Sr. D. Sebastián Gómez Muñiz, se debió que nuestra Real Academia de San Fernando diese comisión en 23 de Junio de 1883 al distinguido arquitecto director de las obras de restauración de la Catedral de Sevilla, D. Adolfo Casanova, para que levantase planos y escribiese una Memoria acerca de tan importante templo, trabajo que desempeñó con su acostumbrada competencia el reputado artista. Cerca de un año antes, en 8 de Julio de 1882, había dado también luminoso informe sobre el mismo templo y las obras de reparación ejecutadas en él por el dicho Sr. Gómez Muñíz, la Comisión de Monumentos de Sevilla, y en virtud de uno y otro trabajo, á propuesta de la Academia, se declaró monumento notable de la nación, expidiéndose Real orden para que por el Ministerio de Gracia y Justicia se facilitasen 3.000 duros como ayuda de las obras que aun faltan. Desgraciadamente todavía no ha podido obtenerse este auxilio para la conservación de tan importante monumento,

sin duda por impedirlo otras atenciones que se habrán considerado más urgentes.

Bien quisiéramos poder consagrar á todos los recuerdos y monumentos de Carmona la atención y el tiempo que requieren; pero esto sería objeto de un trabajo de índole completamente distinta del que hoy hemos emprendido, por lo cual habremos de contentarnos con las indicaciones apuntadas, volviendo al objeto principal de nuestra Memoria, y tratando para ello en el capítulo que subsigue de los precedentes arqueológicos que creemos necesarios, para el mejor estudio dc la Necrópolis Carmonense.

CAPÍTULO II.

PRECEDENTES ARQUEOLÓGICOS.

I. — Conservación de los restos mortales entre los antiguos. — Egipcios, hebreos, persas, etc.—Monumentos funerarios tallados en la roca en comarcas del antiguo Oriente y de Africa.—Cámaras sepulcrales de Cefalonia en las islas Jónicas.—Tumba de Telmyssos en Lycia.—Tumbas de Jerusalén.—Túmulos de la Troade.—*Tantaleias* cerca de Smirna. —Monumento sepulcral de Rodas.—Hipogeos de Alejandria.—Tumba de la *Cristiana* en Argel.—Cámaras sepulcrales de Sicilia.—Tumbas etruscas.—División de ellas.—Necrópolis de *Marzabotto* en el *Bolognese*.—Deducciones críticas.

II.—Significación de la palabra *sepulcrum* entre los romanos y sus diferentes clases.—Columbarios.—Explicación de ellos y su origen.—Sus diferentes clases.—Cámaras sepulcrales.—Ubicación de los monumentos en Roma y principales ciudades del imperio.—Cámaras sepulcrales de Osuna.

III.—La inhumación y la cremación.—Noticias históricas.—Hebreos, etruscos, griegos y romanos.—Ceremonias en la cremación de los cadáveres.—Disposiciones legales.—*Ustrinum* y *Bustum*.—Su diferencia característica.

IV.—Carácter religioso de las comidas entre los antiguos.—Datos históricos.—Ceremonias y prácticas observadas en las mismas.—Triclinios.—Explicación de ellos.—Triclinios funerarios.—Banquetes funerarios.—Ceremonias y prácticas en los mismos.

I.

Pensamiento constante ha sido en el hombre de todos los tiempos la conservación de sus restos mortales, de tal modo, que puede asegurarse, sin peligro de cometer error, fué costumbre universalmente seguida la de tributar honores fúnebres á los muertos; costumbre á que sirve de base la creencia, también generalmente consignada en todas las religiones, de otra vida posterior á la que termina en la tierra. Si desaparecieran todos los monumentos artísticos y literarios que dan noticia de una época ó de un pueblo, dice con gran acierto un académico contemporáneo, con tal que nos quedasen los sepulcros y las inscripciones fúnebres, no se-

ría imposible venir en conocimiento de sus costumbres; y fuera por extremo fácil, á nuestro modo de ver, averiguar el espíritu de su religión, que á tal punto van unidos con él los ritos, el simbolismo, la epigrafía, las ceremonias funerales, y, aun pudiéramos añadir, el arte de los sepulcros [1].

El pueblo egipcio, que puede considerarse como cuna y raíz de todas las civilizaciones del extremo Oriente, tenía gran cuidado en cuanto se refería á la existencia que pudiéramos llamar de ultra-tumba. Para el egipcio, la idea de la vida que había de subseguir á su vida terrena, puede asegurarse que era su pensamiento predominante y fijo. Considerada la carrera del sol como tipo de la existencia en el mundo infernal, la doctrina de la otra vida entre los egipcios no tuvo para constituirse más que reproducir el mismo simbolismo. El hombre sólo desciende á la tumba para resucitar, y después de su resurrección tomará nueva vida al lado ó en el seno del astro luminoso. El alma es inmortal, como Râ, y realiza la misma peregrinación. Así se ve en cubiertas de sarcófagos egipcios el alma figurada por un gavilán con cabeza humana, que tiene en sus garras los dos anillos de la eternidad, y encima, como emblema de la nueva vida reservada al difunto, el sol saliente asistido en su carrera por las diosas Isi y Nebt-hat, lo cual explica por qué el período solar, simbolizado por el pájaro Vennu, que los griegos llamaron el Fenix, fué la imagen del período de la vida humana. El muerto resucitaba después de su peregrinación infernal, el alma debía entrar en el cuerpo á fin de darle movimiento y vida, ó, para hablar con el lenguaje de la mitología egipcia, el difunto llegaba, por último, á la barca del sol, era recibido por Râ y debía brillar con el resplandor que él le prestase. Las tumbas, los féretros de las momias abundan en pinturas que reproducen las diversas escenas de esta existencia invisible. Una de las viñetas del *Libro de los muertos*, representa la momia tendida sobre un lecho fúnebre, y el alma, simbolizada por el gavilán, con cabeza humana, abatiendo su vuelo hacia ella, y llevando la cruz con asa, emblema de la vida.

Esta doctrina, que acaso fué importada del Asia á Egipto, remonta á

1 D. Mariano Catalina.

una extrema antigüedad, y llevaba necesariamente á inspirar un gran respcto á los restos de los muertos, porque debían algún día ser de nuevo llamados á la vida. De aquí el uso del embalsamamiento de los cadáveres, y el empeño de ocultar cuidadosamente los parajes donde se conservaban, para protejer contra toda profanación los cuerpos destinados á gozar de más perfecta existencia. El estudio de las sepulturas egipcias nos demuestra, con sus entradas ocultas, con sus galerías, con sus pozos, con sus cámaras sepulcrales, el mismo pensamiento de la conservación de los cadáveres; propósito que subsiste aun entre aquellos pueblos que, por causas que no son del momento examinar, admitieron entre sus ceremonias funerarias la cremación de los muertos. No hemos de digresar inútilmente acerca de la disposición conocidísima de las tumbas egipcias, en perfecto acuerdo con dicho pensamiento, pero sí aduciremos algunos otros ejemplos de sepulturas en pueblos diversos, donde la costumbre misma de ocultar los cadáveres para librarlos de la destrucción se conservaba, tradición que llega hasta los romanos, y que, aunque en otra forma, subsiste en las modernas sociedades.

En pueblos apenas iluminados todavía por los albores de la civilización, encontramos el mismo pensamiento de la conservación de los cadáveres, demostrando con cllo la creencia en la inmortalidad del alma. Trabajos importantísimos de exploraciones en cuevas antiguas han evidenciado la existencia de ese mismo propósito, aun en las épocas de la historia del hombre, llamadas prehistóricas; y sin necesidad de salir de España para citar ejemplos de esta verdad, nos contentaremos con recordar á nuestros lectores la célebre cueva de Albuñol, con tan difícil entrada en las profundidades de un tajo, y obstruída además con grandes piedras amontonadas sobre ella; cueva tan doctamente ilustrada en el libro de las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, por nuestro queridísimo y malogrado amigo, el sabio decano de la facultad de Letras de la Universidad de Granada, D. Manuel de Góngora y Martínez. Este mismo infatigable profesor cita el pasaje de Ctesias referente á la tumba excavada en la roca, y en un tajo abierto entre dos simas, para los padres de Darío, cerca de seis siglos antes del nacimiento de nuestro Redentor, para justificar el aserto de que cuenta largos siglos de fecha el uso de

depositar, en cavernas ó cámaras excavadas en las rocas, los muertos, prefiriendo para ello las colocadas en medio de grandes precipicios, á fin de impedir mejor su entrada á los profanos, como vemos en las cuevas sepulcrales de los antiguos *guanches*, situadas en la pendiente oriental del Pico de Tenerife. En Persia hallamos otras cavernas en lo inaccesible de los tajos, que recuerdan la antigua costumbre pérsica de conservar los cadáveres, sin enterrarlos ni quemarlos, para no manchar la tierra ni el fuego, que Zoroastro aconsejaba se procurasen conservar siempre inmaculados y puros.

Sin duda que esta tradición arrancaba de costumbre más antigua, habiéndola tenido también el pueblo hebreo. Buena prueba de ello nos ofrece el Génesis, en su cap. XXIII, donde hablando de la muerte de Sara y de su sepultura, se leen los versículos siguientes:

7. Levantóse Abraham é hizo una profunda reverencia al pueblo de aquella tierra, esto es, á los hijos de Heth:

8. Y díjoles: Si teneis á bien que yo entierre á mi difunto, oid mi súplica é interceded por mí con Ephron, hijo de Seor;

9. Para que me conceda la *cueva doble*, que tiene á lo último de su heredad: cediéndomela en presencia vuestra por su justo precio, y quede así mía para hacer de ella una sepultura.

10. Hallábase allí Ephron en medio de los hijos de Heth. Y respondió á Abraham, oyéndolo todos los que concurrían á la puerta de aquella ciudad, y dijo:

11. ....Yo pongo á tu disposición el campo y la cueva que hay en él, siendo testigos los hijos de mi pueblo. Entierra allí tu difunto.

17. Con esto aquel campo que antes era de Ephron, en que había una cueva doble mirando hacia Mambre, tanto el campo como la *cueva*............

18. Fué cedido en pleno dominio á Abraham............

19. De esta manera sepultó Abraham á Sara su esposa en la *cueva doble* del campo, enfrente de Mambre, en donde está la ciudad de Ephron, en la tierra de Canaam.

20. Y los hijos de Heth confirmaron á Abraham el dominio del cam-

po y de la *cueva* que en él había, para que le sirviese de sepultura [1].

Pertenecientes á más cercanas épocas citaremos algunas cámaras sepulcrales, abiertas en la roca con igual propósito en diferentes y apartados lugares, lo cual demuestra la generalidad del pensamiento.

Al Sudoeste de las colinas que sostienen el recinto fortificado de Krane en Cefalonia (islas Jónicas) hay una quebrada, más allá de la cual se eleva otra colina, y en su pendiente Oeste, á media altura sobre el valle, encuéntrase un paraje llamado en el país Drakospilia (caverna del gigante), donde se conservan restos de muchas cámaras sepulcrales excavadas en la roca. La mejor conservada tiene poco más de la altura de un hombre, techo plano y una puerta al Poniente. En el suelo de esta cámara sepulcral se encuentra á la derecha una cavidad bastante grande para recibir un cuerpo humano, y á derecha é izquierda otras cámaras parecidas, hoy completamente arruinadas, notándose en algunas de ellas también fosas rectangulares en el suelo. Otras tumbas análogas se han descubierto al Sudoeste del valle de Krania, en alguna de las cuales se han encontrado huesos humanos, un craneo de caballo y una hoja de espada de cobre, corta, de dos filos.—Cerca de Argóstoli, por el camino que sigue al Oeste del mismo valle de Krania, se encuentran á derecha é iz-

1 7. Surrexit Abraham, et adoravit populum terræ filios videlicet Heth.

8. Dixitque ad eos: Si placet animæ vestræ ut sepeliam mortuum meum, audite me, et intercedite pro me apud Eprhon filium Seor.

9. Ut det mihi speluncam duplicem, quam habet in extrema parte agri sui: pecunia dignà tradat eam mihi coram vobis in possesionem sepulchri.

10. Habitabat autem Ephrou in medio filiorum Heth. Responditque Ephron ad Abraham cunctis audientibus qui ingrediebantur portam civitatis illius, dicens:

11. .....Agrum trado tibi et speluncam quæ in eo est, presentibus filiis populi mei, sepeli mortuum tuum.

17. Confirmatusque est ager quondam Ephronis, in quo erat spelunca duplex, respiciens Mambre, tam ipse quam spelunca et omnes arbores ejus in cunctis terminis ejus per circuitum.

18. Abrahæ in possesionem, videntibus filiis Heth, et cunctis qui intrabant portam civitatis illius.

19. Atque ita sepelivit Abraham Saram uxorem suam in spelunca agri duplici, quæ respiciebat Mambre: hæc est Hebron in terra Chanaam.

20. Et confirmatus est ager, et antrum quod erat in eo. Abrahæ in possesionem monumenti á filiis Heth.

quierda restos de fosas rectangulares, destruídas al hacer el camino; y más al Sudoeste, en la misma dirección, detrás de la aldea de Mazakata, situada sobre la planicie del Libatho, se halla un espacio próximamente circular, descubierto, de una veintena de pasos de diámetro, rodeado por paredes cortadas en la misma roca, de *tufo* volcánico; espacio en cuyo fondo se abre una cámara rectangular, de siete á ocho pasos de largo y tres ó cuatro de ancho, con una altura de dos metros, viéndose en una de sus paredes un pequeño nicho, con arco de semicírculo, groseramente ejecutado. Dos puertas, en forma de arco peraltado, ponen en comunicación ésta cámara con el espacio circular descubierto, mientras otra tercera da acceso por el otro lado á un corredor tallado en la roca, que lleva y conduce fuera de las mismas. Poco antes de la cámara sepulcral se ve otro corredor paralelo al que acabamos de mencionar, igualmente tallado en la roca, y que, lo mismo que su compañero, pone en comunicación el espacio circular con el exterior. A la entrada de este espacio circular se ven en el suelo muchas fosas rectangulares, hoy casi destruídas, y al lado de la cámara, la muralla de roca presenta cavidades en que fácilmente pueden reconocerse nichos, hoy también destrozados. Todo el referido espacio circular, sin embargo de estar hoy descubierto, parece haber estado cubierto en la antigüedad, y dividido en diversas cámaras, existiendo personas en el país que lo han visto en tal estado hace una veintena de años [1]. Este notable monumento sepulcral, con fosas para cadáveres, y nichos para vasos ó urnas cinerarias, demuestra la simultaneidad con que ambos sistemas se seguían para la conservación de los restos mortales en aquellas apartadas regiones, así como el deseo de ocultar la entrada al funerario recinto, los dos corredores que conducen desde la superficie de las rocas al interior del mismo. Análogos descubrimientos se han hecho también al Sur de Corfú.

Las cámaras sepulcrales, excavadas en la roca, tomaron en los pueblos donde el sentimiento estético elevó el arte de lo bello á grande al-

1 Los que deseen mayores datos sobre estas antigüedades, pueden consultar el notable trabajo publicado el año 1879, en París, en la Biblioteca de las Escuelas francesas de Atenas y Roma, con el título de *Recherches archeologiques sur les Iles Ioniennes*, II.—*Céphalonie*, par Othon Riemann.

tura, carácter artístico, convirtiéndolas en monumentos, que pueden ya considerarse como verdaderas obras arquitectónicas. Citaremos entre ellos, como el más importante de los erigidos por los Lycios, la tumba de Telmissos, una de las más antiguas ciudades de la Lycia, cuyas ruinas se ven á orillas del mar, más abajo de la moderna Makri. Este monumento presenta un pórtico avanzado, como ingreso á la cámara sepulcral, de orden jónico, con entablamento y su correspondiente frontón, y antas, adornadas con pilastras, que llevan basas y capiteles, de perfiles tan sencillos como elegantes. La cámara sepulcral, que una estrecha pared separa de este pórtico, todo él tallado en la piedra caliza de aquella montaña, es de forma casi cúbica, con 2^{m},60 de anchura por 2^{m},75 de profundidad y 2^{m},15 de altura, teniendo en los tres lados un *podium*, ó poyo corrido, de 1^{m},03 de ancho por 0^{m},89 de alto, sobre el cual se depositarían las urnas y los objetos que las acompañaban. La pequeñez de esta cámara no guarda relación con la altura total de la fachada, que es de 8^{m},60; ni la puerta decorativa que se dibuja en el pórtico deja paso para el interior más que por un pequeño recuadro, á manera de postigo, probablemente abierto en épocas posteriores, pues, según llevamos ya apuntado, cuidábase especialmente de que no fuesen conocidas las verdaderas entradas de las cámaras sepulcrales.

Este mismo propósito aparece en las tumbas excavadas en la roca, que se conservan en Jerusalén, y que se conocen con el nombre de Qbur-el-Moluk (tumba de los Reyes), la cual, á pesar de tener el que pudiéramos llamar artístico vestíbulo, tallado también en la misma roca, tiene en el fondo del muro de la izquierda una pequeña puerta muy baja, y por la que sólo puede pasarse casi arrastrando, que es la entrada de las cámaras sepulcrales, entrada hoy al descubierto, pero cerrada en antiguas épocas por un procedimiento ingenioso, que no creemos fuera de propósito explicar, por si pudiera servir de dato de comparación para ulteriores descubrimientos. Grueso disco redondo de piedra, á manera de muela de molino, sobre una ranura hecha á propósito, se corría sobre la entrada, cubriéndola por completo; y aquella pesada piedra no podía moverse sobre el plano inclinado que le ofrecía la ranura en la que estaba encajada, sino por medio de la presión de una palanca, impulsada de de-

recha á izquierda para abrir la puerta, y de izquierda á derecha para cerrarla. Dos pasillos, tallados en la masa de la roca, y cubiertos por grandes losas encajadas en el suelo, que recubrían también la puerta, permitían realizar aquellos movimientos sobre el disco. El primer pasillo se abría entre la puerta y un ancho pozo, hoy cegado en gran parte. Para entrar, pues, en el interior del monumento funerario había que salvar el pozo, quitar la losa que cubría este pasillo, y después de haber quitado también la que cubría la ranura y el disco, á fin de poder manejar la palanca, correr el disco por medio de ésta, apoyándola en la arista extrema exterior de la ranura, con lo cual quedaba la puerta descubierta. Para cerrarla había que penetrar en el segundo pasillo, á cuyo extremo, practicando un movimiento contrario con la palanca, se impulsaba el disco, que rodaba hasta colocarse delante de la entrada. Todo este aparato se conserva hoy de tal modo, que puede estudiarse perfectamente. Sólo han desaparecido las dos losas; y si el disco no conserva su posición completamente vertical, es por el poco cuidado con que se le ha hecho correr en uno y otro sentido. El esmero en ocultar la entrada del subterráneo, y el pozo ancho y profundo, defendiéndolo á manera de foso, demuestran nuestro aserto acerca de la permanencia del pensamiento indicado en todos los pueblos de la antigüedad. Además de tales precauciones para impedir la entrada en aquellas cámaras sepulcrales, había por la parte interior una puerta maciza de piedra, que encajaba en su marco, y que si bien podía abrirse empujando desde afuera, facilitaba su peso y su ligero desnivel que se cerrase por sí misma. Cada una de las cámaras sepulcrales tenía una puerta de esta clase.

Pasada la única puerta exterior ya descrita, se entra en las diferentes cámaras sepulcrales que constituyen aquel hipogeo, y que, detenidamente descritas en otra obra nuestra, pueden consultar aquellos de nuestros lectores que deseen conocerlas hasta en sus menores detalles [1]. Sólo consignaremos aquí, como datos que conviene tener á la vista, que dichas cámaras están precedidas de una que podemos llamar antecámara, y que

1 *Viaje á Oriente de la fragata Arapiles y de la comisión científica que llevó á su bordo*, escrito por el autor de esta Memoria, Presidente de dicha comisión. Tomo III, pág. 117 y siguientes.

no contiene sarcófagos, viéndose sólo tres nichos pequeños triangulares en sus frentes, Oeste, Sur y Este, que servían para colocar las lámparas, de cuya luz se conservan claramente los vestigios: que hay una principal que pudiéramos llamar de honor, y que, como las demás, tiene alrededor un poyo ó *podium;* y que para la conservación de los cadáveres había, ó sarcófagos, de uno de los cuales se conserva en el museo del Louvre notabilísima cubierta, llevada á aquel grandioso depósito arqueológico por el célebre Mr. de Saulcy, ó bien nichos capaces de contener el cadáver envuelto en fajas, á la manera egipcia, pero sin ataúd.

Los sarcófagos estaban contenidos en espacios abiertos á los lados de las cámaras, ó cámaras más pequeñas que eran propiamente las tumbas, y además de su gravedad, se sujetaban al suelo por medio de molduras salientes que debían tener por debajo, y que encajaban en una ancha ranura, que se conserva en el suelo de estas tumbas.

La cabecera de algunos de estos sarcófagos, colocados en su sitio, tapaban un pequeño hueco cuadrado, cuyas reducidas dimensiones no permiten sospechar que allí pudiera haberse colocado un cuerpo humano: aquel limitado espacio tenía que estar precisamente oculto, mientras el sarcófago que le precedía no se quitara de su sitio: nichos que se cree fundadamente sirvieran para conservar las alhajas y objetos de valor que habían pertenecido en vida al personaje encerrado en el sarcófago [1].

Otro de los monumentos funerarios, también excavados en la roca, y abierto en el flanco cortado á pico del monte de las Olivas, cerca de Jerusalen, es el que llaman la tumba de Santiago el Menor, y los musul-

1 Respecto á estos nichos, que sólo se hallan en este monumento funerario, cree Mr. de Saulcy, y nosotros con él, debieron servir para depositar riquezas de los monarcas allí sepultados; pues, según el testimonio de Josefo, los reyes de Judá eran enterrados con sus tesoros; refiriendo este mismo autor que Juan Hircano y Herodes, llamado el Grande, violaron, para despojarle de sus riquezas, el sepulcro de David, de donde sacaron enormes sumas, añadiendo que, habiendo muerto repentinamente en aquellas expediciones dos de los servidores de Herodes, que conducían las sustraídas riquezas, el monarca se sintió sobrecogido de inmenso terror, levantando en la puerta del sepulcro un monumento expiatorio de piedra blanca, en el que invirtió sumas considerables.—*Ant. Jud.*, VII, XV, 3, y XVI, VII, 1.

manes *diván de Faraón* ó *tumba de Faraón*. Exteriormente presenta también adornos arquitectónicos, columnas y pilastras, formando un vestíbulo, tras del cual se halla una cámara sepulcral análoga á las anteriores, y en el muro de la derecha un largo corredor muy bajo, de cerca de diez metros, que lleva á la especie de patio, excavado también en la roca, enmedio del cual se halla la tumba monolita de Zacarías.

Del mismo género es otro sepulcro que se halla á un kilometro al N. O. de Jerusalén, al principio del valle de Josafat, y rodeado de otras muchas excavaciones sepulcrales de menor importancia, que ofrecen, como los anteriores, por la parte exterior, rica decoración arquitectónica en su vestíbulo tallado en la roca; vestíbulo en cuyo fondo se abre una puerta muy estrecha, encuadrada con preciosa moldura y rodeada de otros adornos, tras de la cual se pasa á una cámara sepulcral, que lejos de poder considerarse como antecámara sin nichos, tiene dos órdenes de ellos en la pared izquierda, cuya dimensión parece indicar que fueron hechos para colocar los cadáveres envueltos sólo en las tiras de lienzo con que los fajaban á la manera egipcia, pero sin ataud; nichos en los cuales se nota un rebajo rectangular, en el que debió encajarse la losa que los cerraba.

Este hipogeo tiene además otras diferentes cámaras en distintos pisos, como la tumba de los Reyes, y es conocido en el país con el nombre de Qubur-el-Qodhá, ó *tumba de los Jueces*.

Dejando el jardín de las Olivas, y subiendo hacia el edificio que se alza en la cima de la montaña, donde piadosa tradición fija el lugar de la Ascensión, y abandonando á la mitad el camino, que entra en un olivar que se extiende á la derecha, al pie de unas rocas, se encuentra una rampa muy pendiente, de algunos metros de longitud, abierta al lado de un pozo redondo, hoy descubierto: la rampa conduce á una rotonda con su cúpula, todo abierto en la roca, rotonda que recibe luz del mencionado pozo, que en su centro la horada. Aquella rotonda es el verdadero vestíbulo de nuevo monumento funerario tallado en la roca, conocido con nombre de Qbur-el-Aubia, ó *tumba de los Profetas*. En las cuatro extremidades de sus diámetros, perpendiculares el uno al otro, se encuentran dos corredores, de los cuales el uno, continuación de la rampa de

entrada, conduce directamente á una pequeña cámara, en cuyo fondo se ve abierto un nicho arqueado. A derecha é izquierda de ésta se extiende un corredor circular, que va á desembocar en la galería, perpendicular á la que, partiendo del vestíbulo, conduce á la cámara principal. En el brazo izquierdo de la gran galería circular y en la pared del fondo hay tallados nichos. A la derecha, la curva de esta galería alcanza sólo siete metros de longitud, pues al llegar al extremo del sétimo, la naturaleza silícea de la roca, oponiendo grandes dificultades para la excavación, debió ser causa de que se abandonase el plan general. Allí, por cuatro escalones toscamente tallados, se sube á una pequeña cámara cuadrada, cuyas paredes contienen cinco nichos. A la derecha de aquella corta escalera, que conduce á esta cámara sepulcral, se encuentra otra parte de corredor, de tres metros de largo, paralelamente al eje de la catacumba, y después el corredor se desvía y se encorva de nuevo, para desembocar, como el gran brazo de la izquierda, en la extremidad derecha del corredor perpendicular al eje. Los nichos están repartidos de manera que el corredor tiene 16 en cada lado.

Una segunda galería, en arco de círculo, se encuentra detrás de la primera, con la que se enlaza por un pequeño paso, en cuya pared derecha se encuentra también otro nicho. Esta catacumba, á causa de las tierras que caen por el pozo del vestíbulo, es de dificil exploración, y su planta la más complicada de todas aquellas excavaciones sepulcrales que visitamos. En el punto de intersección del corredor horizontal de la izquierda con el corredor circular intermediario, principia una galería de algunos metros de longitud, en el fondo de la cual, se halla un nicho, y la entrada de otro corredor muy bajo y estrecho, hasta el punto de no tener mas que 0,^{m}70 de anchura y de altura, que desciende rápidamente según se avanza en él, y que conduce á una serie de cámaras de diferentes dimensiones, con sus correspondientes nichos. Es un verdadero laberinto, donde ya poco tiene que estudiar el arqueólogo, como no sean los restos de un revestimiento especial, que hubo de cubrir en lejanos tiempos las paredes de aquella complicada excavación, en cuya pared se incrustaron, para darle cuerpo, fragmentos de barro cocido acanalados. La antigüedad de aquel cemento, y la influencia egipcia en el arte hebreo,

se demuestra en una inscripción, en caracteres demóticos egipcios, que se encuentra en el techo, á la izquierda de la pequeña cámara alta, ya descrita, en la cual los egiptólogos apenas han podido leer más, por su mala conservación, que el título de «Sacerdote de Râ ó del Sol.»

Otras sepulturas análogas completan la que pudiéramos llamar necrópolis de Jerusalén, tales como las tumbas del valle de Hinnom, entre las que se halla una, con maltratado friso dórico en el vestíbulo, cuyos triglifos ofrecen la particularidad de no tener más que dos ranuras y dos gotas por lo que mejor pudieran llamarse diglifos, y metopas con característicos racimos de ubas por ornato, florones y rosas; tumba que la tradición quiere sea el lugar donde los Apóstoles se retiraron, mientras Jesucristo oraba en el huerto; otra, no lejos de la anterior, con estrechísima puerta y un vestíbulo, encuadrado por un toro á manera de cordón, con pequeño frontón surmontado en el ápice por una especie de grumo, con dos pilastras á los lados de la puerta, de las cuales conserva una extraño y original capitel; y otras varias menos importantes, pero todas análogas, y ofreciendo grande semejanza con las cámaras sepulcrales etruscas, principalmente las que ocupan el valle de Castel D'Asso, cerca de Viterbo.

Las puertas de todas estas cámaras sepulcrales debieron estar cuidadosamente ocultas ó cerradas, como nos lo demuestra la que prolijamente hemos descrito de la Tumba de los Reyes, por más que hayan desaparecido las losas que las cubrían, en las muchas profanaciones de que han sido objeto aquellos monumentos funerarios. No nos ocuparemos en el estudio de otros que cerca de los anteriores se hallan también en la necrópolis hierosolimitana, y que, á diferencia de los excavados en la roca, pudiéramos llamar exentos, por estar separados de la roca misma, aunque formados con enormes monolitos, tajados en ella, y el resto construído, á cuya clase pertenecen la tumba de Absalón y la tumba de Zacarías, que en su interior contienen la cámara sepulcral, adornándose exteriormente con decoración arquitectónica del mayor interés para la historia del arte judáico [1].

[1] Pueden verse también detenidamente estudiadas y dibujadas en nuestro citado *Viaje á Oriente.*

Nos hemos referido en esta reseña que vamos haciendo de varios monumentos funerarios, cuyo conocimiento ha de servirnos de lógico precedente para el estudio de las cámaras sepulcrales de Carmona, á las cámaras etruscas, de las que en breve vamos á ocuparnos; pero antes de ello no creemos fuera de propósito presentar á nuestros lectores nuevas noticias de otros monumentos funerarios de Oriente y de África, para venir después á tratar de los etruscos, que tanto se relacionan con los romanos, y por ello con las cámaras sepulcrales de Carmona.

En nuestro viaje á Oriente tuvimos ocasión de visitar los piramidales túmulos asiáticos que contenían con frecuencia cámaras sepulcrales, como los que en la Troade ha explorado el sabio helenista Schliemann; en Smirna, en la vertiente del monte Sípylo, en la parte que domina á Burnabat, las grandes tumbas en forma de túmulos, que se levantan aquí y allá en la pendiente de la montaña, conocidas en el país con la denominación de *Tantaleyas*, entre las cuales se supone esté la tumba de Tántalo, citada por Pausanias; en Sardes, su antigua necrópolis, conocida hoy con el nombre de *Bin-tepé*, ó las mil colinas, grupo de tumbas entre las que sobresale una que parece á primera vista montaña natural, pero que bien pronto se ve que está formada por la mano del hombre, y que es un monumento funerario, según Herodoto, del padre de Creso; y, sobre todo, el notabilísimo de Rodas, que hemos tenido el honor de dar á conocer por primera vez en nuestra patria [1], y de cuya ligera descripción no creemos deber prescindir en este estudio, por la utilidad que su conocimiento puede dar para los monumentos que hoy estudiamos.

Rodeado de vastas canteras convertidas en necrópolis, con cámaras sepulcrales y puertas fingidas, labradas en la roca con marcada tradición egipcia en su dibujo, encuéntrase el gran túmulo que vamos á describir ligeramente.

Consiste éste en un enorme fragmento de montaña, de planta cuadrangular, separado de la colina por la mano del hombre, y coronado por una pirámide, hoy de tierra, pero que en los tiempos en que se labró el

1 *Viaje á Oriente*, tomo II, pág. 633.

monumento estaba formado por una gradería labrada también en la roca, de la que se conserva algún indicio sobre la puerta por donde se pasa á las cámaras sepulcrales, que aquel colosal monumento tiene en su interior, abiertas también á fuerza de trabajo en la roca misma. Cada uno de los cuatro frentes formaba como un amplio basamento de la pirámide, adornado de trecho en trecho con medias columnas, pero todas ellas realzadas en la misma roca, afectando la forma cilíndrica. La longitud de estos frentes era de cerca de 27 metros, teniendo las columnas 40 centímetros de diámetro; y los fustes, que es lo que hoy existe, 4 $^{1}/_{2}$ de altura, hallándose separadas entre sí como un metro, á excepción de las dos entre las cuales se abre la puerta, cuyo espacio equivale al de dos de los espacios anteriores, más el grueso de una columna. Estas no tienen estrías, ni tampoco basas, y habiendo desaparecido por completo los capiteles, es imposible conjeturar el orden á que pertenecieron. De los cuatro frentes de este curioso y notable monumento sólo queda en regular estado el del Norte, que es el que publicamos en nuestra citada obra. El número de las columnas era de veintiuna por lado, y las de los otros tres frentes han desaparecido por completo, estando hendida la roca de que se formó aquel gigantesco monolito, por las sacudidas de los terremotos. En el fondo de un barranco que hay á la izquierda del espectador, hállanse fragmentos del mismo monolito, con trozos de medias columnas como las del lado que acabamos de describir; y delante de éste se encuentra un pequeño espacio cercado con piedras, que no forma parte del monumento, hecho en época reciente, para que sirviese de corral de ganado, aprovechando con el mismo fin, y para refugio de los pastores durante los fríos del invierno, las cámaras sepulcrales. La entrada de éstas no estaba, como parecía lo más natural, en el centro, sino á uno de los lados hácia la derecha, y su cornisamento revela, como el de las otras cercanas á que nos referimos hace poco, la influencia del arte egipcio. Pasada la puerta, se entra en un vestíbulo, y de él, por otra no menos mutilada que la exterior, á una cámara sepulcral, de forma rectangular, cuyas paredes estuvieron revestidas de una especie de estuco. El techo está dividido hacia el centro por un resalto, en el que parece haberse querido imitar el madero central del armazón de una techumbre á dos vertientes. A derecha é izquierda en-

cuéntranse nichos, así como en el fondo y en el vestíbulo anterior, los cuales son de diferentes dimensiones, según lo exigió el tamaño de los sarcófagos ó ataudes que en ellos se encerraron, y de los que no queda el menor vestigio.

Tan importante monumento, que acaso se remonte á la época en que Ptolomeo, hijo de Lago, envió socorros á los Rodios, sitiados por Demetrio, es del mayor interés, porque nos revela las corrientes de las antiguas civilizaciones á través de las islas del *mare internum* ó Mediterráneo, que enlazaban á Asia con Europa, y que más y más se encuentran en las notables antigüedades de Chipre, descubiertas en reciente época por Cesnola, tanto en sepulturas greco-romanas superpuestas á las fenicias, como en estas últimas, que aunque verdaderos hipogeos, sin monumentos artísticos exteriores, contenían gran cantidad de objetos de cerámica, figuras de barro y abundante número de objetos de vidrio, con bellísimas irisaciones, á cuyos vidrios se ha dado por excelencia el nombre de Chipriotas; aumentando considerablemente estas riquezas arqueológicas los descubrimientos del templo de Golgos, y sobre todo del tesoro de Curium.

Monumentos también funerales excavados en la roca encontramos en la antigua Alejandría, de época más reciente que la de los Faraones, en el antiguo barrio de la Necrópolis, á la orilla del mar.

La extensión de aquellos hipogeos es considerable, pero muchos de ellos están obstruídos por los hundimientos que con frecuencia interceptan el paso. De las primeras salas, varias han quedado al descubierto, pero todavía se conserva alguna de estas cámaras, cuya bóveda circular forma una cúpula, y cuyo frente adorna un frontón dórico elegantemente esculpido. A estos hipogeos, que ya creemos de época romana, y donde con frecuencia penetran las olas, dan vulgarmente el nombre de *baños de Cleopatra,* pues donde quiera en Alejandría parece encontrarse el recuerdo de aquella última reina de Egipto.

Monumento digno también de tenerse en cuenta al emprender el estudio de los que le son análogos, es el llamado vulgarmente *Tumba de la cristiana*, que se levanta no lejos de Koléa, llamada por los árabes la *Santa*, á 63 kilómetros de Argel, y que, conocido con la más propia de-

nominación de *Tumba de los Reyes de Mauritania*, fué admirablemente explorado en 1866 por Mr. Mac-Carthy. Construído sobre planta circular, en forma de cono truncado sobre un cuerpo cilíndrico, con medias columnas jónicas, que recuerdan las del monumento ya descrito de Rodas, ofrece la particularidad de tener la verdadera puerta de entrada perfectamente oculta debajo del arranque del monumento, y de una de las cuatro puertas (la de Oriente), que adornan este magnífico mausoleo, puertas puramente decorativas y macizas, labrados los supuestos batientes en los mismos sillares. La puerta oculta, como va dicho, conduce por varios escalones á galerías cerradas con losas verticales, tras de las cuales se halla una primera cámara á manera de vestíbulo, adornada con toscos relieves de un león y una leona, símbolos de los dos personajes, que bajo aquella colosal tumba debieron dormir su último sueño, el rey Juba y la reina Cleopatra Séléné, su mujer. Por esta primera cámara se pasa á un corredor, que sigue toda la curva de la planta, y que se encorva formando un repentino codo al llegar cerca de la puerta, para volver y continuar hacia el centro, terminando en otra cámara, que no es, sin embargo, la verdadera sepulcral, pues todavía hay que pasar después de ella á un nuevo corredor, á cuyo extremo está el verdadero recinto funerario, la verdadera cámara sepulcral, que corresponde al centro de este magnífico monumento, que mide en su base $60^{m},90$ de diámetro y más de 36^{m} de altura. Los corredores estaban interceptados en diferentes parajes, cerca de las cámaras, por losas colocadas verticalmente, para dificultar más y más la llegada á la cámara sepulcral.

Hemos citado este notable monumento funerario, aunque construído y no excavado, porque su analogía con los que también citamos de Smirna y de Rodas, revela cómo se conservaba la tradición oriental en la época augustea en que vivió Juba, y por la notable circunstancia de que, lo mismo que en esta tumba, se encuentran las entradas verdaderas bajo las puertas fingidas y decorativas en tumbas etruscas, que muy en breve vamos á examinar, lo cual demuestra la influencia de todas las civilizaciones del antiguo mundo entre sí, y la compenetración de sus religiones, sus artes, usos y costumbres.

Por no dilatar más esta reseña, no queremos detenernos en dar noti-

cia de las cámaras y sepulturas talladas en la roca, aunque muy destruídas, que se conservan también en la isla de Sicilia, principalmente en Siracusa, para venir á cerrar esta primera parte del presente capítulo con la abreviada noticia de algunas tumbas etruscas, también excavadas.

Estos antiguos monumentos, que puede decirse son los más importantes que nos quedan de la arquitectura etrusca, recuerdan las grandes construcciones del Oriente, cuna y patria de los Lydios y Tirrenos, de quienes provenían los Etruscos, viéndose también en varios de ellos la influencia griega de una manera positiva.

Pero todos los hipogeos etruscos descubiertos no fueron labrados en una misma época. Entre los Etruscos, como entre cuantos pueblos sufrieron las influencias sucesivas de muchas civilizaciones, se distinguen estilos, formas y caracteres que dejan al anticuario discernir acerca de lo que corresponde á cada una de ellas.

Así, en la Etruria, en una época que puede considerarse como la más antigua, se ven formas circulares y cónicas, recordando los grandes túmulos del Asia, de donde los etruscos procedían, del mismo modo que en las arquitectónicas fachadas labradas en la roca, se encuentran también analogías con ciertas tumbas asiáticas.

En otras, que parecen de épocas posteriores, los hipogeos acusan diferencias y modificaciones en el arte, que revelan el espíritu estético de la Grecia, contribuyendo á confirmar este pensamiento la decoración pictórica, que sin embargo creen algunos arqueólogos característica de la antigua Etruria, notándose en otros de aquellos conditorios la proximidad de la época romana.

Las tumbas etruscas en general son verdaderos hipogeos; están abiertas bajo la superficie terrestre, pero el aspecto exterior de estas tumbas varía mucho, pues unas veces se enriquecen en el exterior con fachadas arquitectónicas, labradas en los cortes verticales de las rocas, ó con especiales construcciones erigidas sobre el suelo, bajo el que está la cámara, y que afectan diferente figura, siendo las principales el cono y la pirámide.

Las diferencias esenciales de las tumbas etruscas, tanto pueden ser hijas de aficiones más ó menos artísticas, cuanto de la disposición del

suelo donde aquellos monumentos funerarios se labraban. Así, en las localidades rodeadas de rocas ó masas calizas y graníticas, los monumentos que estudiamos tenían decoración exterior arquitectónica, á que se prestaban los frentes de las rocas, mientras en los paises llanos, donde aquellos no existían, los monumentos funerarios eran simplemente hipogeos. En Castel-d'Asso, en Norchia, en Sutri, en Toscanella, en Cæré, y en otros parajes análogos, la naturaleza del terreno volcánico y roquizo permitía hacer no sólo excavaciones interiores, sino tallar fachadas, puertas, y hasta separar grandes monolitos, para dejar monumentos aislados, á manera de los de las tumbas de Absalón y de Zacarías en Jerusalén; y en paises menos accidentados, más bien llanos que montañosos, como en Tarquinia, en Volterra y aun en Cæré son á la vez hipogeos y exteriores, según que están ó no cubiertos de construcciones al propósito. Los de Vulci son verdaderos hipogeos; están enteramente bajo la superficie de la tierra; los de Cæré, de Volterra y de Tarquinia llevan encima una especie de túmulos recordando las antiguas tradiciones asiáticas.

De los monumentos que vamos estudiando, los de Castel-d'Asso son siempre aparentes ó exteriores, tallados sobre la superficie de la piedra calcárea, y compuestos de pequeños edículos más ó menos considerables, que parecen separarse de la masa roquiza, aunque adheridos á ella por la parte posterior. Su conjunto se compone de cuerpos rectangulares, que tienden á la forma piramidal muy truncada, por el talud que se observa en todos sus lados, teniendo en la parte anterior una especie de fachada con puerta fingida, que nunca es la entrada verdadera de la cámara sepulcral.

Estos monumentos traen á la memoria, vistos exteriormente, los conocidos *pilones* egipcios. La verdadera puerta hay que buscarla en la base del monumento, como ya indicamos, y es una entrada á manera de mina, cubierta por piedras amontonadas, que cuando estuvieran cubriendo la entrada, no podían revelar su existencia. El interior unas veces es circular, otras elíptico, y en él se encuentran los sarcófagos ó especie de bancos roquizos, divididos en numerosas sepulturas vaciadas en la piedra, y destinadas á la conservación del cuerpo entero.—Los de Cæré están unas veces excavados en la roca bajo la superficie, y no presentan deco-

ración exterior, y otras son túmulos artificiales parecidos á los de Tarquinia, que encierran en su interior y debajo, á veces más de 50 hipogeos. Grande es el número de monumentos sepulcrales descubiertos en aquella vasta necrópolis, pero entre ellos merecen especial mención la tumba de la *Bóveda plana*, la de las *Dos sillas* y la *Gran tumba*. A la primera se baja por una escalera que conduce á una puerta, la cual da acceso á un vestíbulo de forma circular, rodeado de un poyo alrededor de las paredes, ó sea el *podium*. El techo es horizontal, disposición de donde ha tomado su nombre el monumento, y está dividido en casetones; adornando también esta tumba pinturas, que así recuerdan el estilo griego-arcáico como el etrusco, y que son del mayor interés para la historia del arte, pues están hechas sobre la piedra directamente, sin ninguna clase de enlucido, y al trazo, sin más colores que rojo, negro y blanco, siendo las cabezas de este último color y los cuerpos rojos. De esta primera pieza se pasa á otra mayor, sala ó cámara de forma casi rectangular, y dividida en tres naves por cuatro pilares tallados también en la misma masa de la roca. En la parte superior de las diversas partes de este hipogeo se han imitado, como en la antecámara, techos de madera. En el centro de la parte media de esta pieza se encuentran, arrimados á las paredes de derecha é izquierda, un lecho fúnebre destinado á la exposición del cuerpo del difunto, y un sarcófago para su conservación; objetos ambos tallados también en la misma roca de la tumba. En la parte posterior de la cámara hay una banqueta ó poyo.

La conocida tumba de las *Dos sillas* presenta muchos puntos de analogía con la anterior, bajándose á ella por una escalera que desemboca en un corredor, el cual conduce á un espacio cuadrado, en cuyas paredes se abren tres puertas. La de la derecha lleva á una pieza con su correspondiente poyo ó *podium*, pieza que algunos creen pudo haber servido de triclinio. La cámara de la izquierda, de forma rectangular y con techo á dos vertientes, adorna sus paredes con grandes círculos resaltados á manera de escudos redondos, y contiene dos sarcófagos y un lecho fúnebre. Por otra puerta, abierta en el eje de la escalera, se entra á otra cámara dispuesta trasversalmente, y que es la más grande de todo el hipogeo; cámara que más parece habitación para vivir, que cámara se-

pulcral. Puertas adornadas con molduras, ventanas de severo aspecto, techo que imita vigas ó maderos, lechos que así pueden ser para exposición del cadáver como para triclinios, sillas de forma especial con sus banquetas delante para los pies; todo esto tallado en la misma roca, dan una idea exacta del interior de las habitaciones etruscas, reproducido en aquella cámara sepulcral. Las tres puertas que se abren en uno de los lados, conducen á otras tantas cámaras más pequeñas, rectangulares, de desiguales dimensiones, en cuyos tres lados, fuera del de la puerta, se encuentra el ya citado *podium*.

La necrópolis de Tarquinia, situada sobre una colina de *tufo* volcánico, consta de gran número de cámaras subterráneaas. En su aspecto exterior, los monumentos de esta ciudad, la más antigua de las doce lucumónicas de la Etruria, son grandes túmulos circulares que recuerdan las *tantaleyas* del Asia Menor, de que ya hemos hablado, confirmando una vez más el origen asiático de los tirrenos ó etruscos. Estos túmulos se componen de un basamento construído con piedras, encima del cual se amontonaban tierras hasta formar un cono, en cuyo centro una construcción vertical, erigida encima de la cámara funeraria, se elevaba hasta la cima del túmulo, donde se colocaba una estela ó una figura de animal simbólico. Una ó muchas puertas, según era el número de las cámaras interiores, se abrían en la circunferencia del basamento, y tras de ellas se encontraba inmediatamente la escalera interior que llevaba á los hipogeos. Generalmente estas cámaras estaban en el centro del túmulo cuando eran únicas, y se las distribuía alrededor cuando eran muchas en número. Talladas en la roca, tenían forma rectangular, y las paredes en talud sostenían el techo, que bien era de cuatro vertientes, imitando también los trabajos de carpintería, ó bien en algunos puntos, donde por no ofrecer la piedra bastante seguridad, estaban construídas, se cerraban con hiladas de piedras en bóvedas parabólicas, ofreciendo cierta semejanza con el pretendido tesoro de Atrea en Micenas. Algunas de las talladas en la roca aparecen también sostenidas por dos ó cuatro pilares verticales, separados de la misma masa roquiza. Varios de estos hipogeos tienen diferentes pisos, como sucede en la llamada *Grotta intaliata*. No dejan de tener estas tumbas sus correspondientes *podium*, y están generalmen-

te adornadas con pinturas que, aunque no de esmerada ejecución, son de grande importancia para la historia del arte y del pueblo etrusco; y se han encontrado en ellas lechos fúnebres para la exposición del cadáver, sarcófagos para su conservación, y urnas que revelan la práctica también, en aquellos remotos períodos, de la cremación de los cadáveres.

En Vulci, el suelo, generalmente plano, no presenta señales exteriores de la existencia subterránea de las numerosas tumbas que forman su necrópolis. La formación compacta de la piedra que constituye el subsuelo, facilitó la apertura de aquellos hipogeos, cuya entrada, á tres ó cuatro pies de profundidad solamente, que es la altura de la capa de tierra vegetal, se cerraba con piedras, sobre las cuales se extendía la tierra á fin de impedir toda comunicación con el exterior. El plano de estas tumbas presenta en general un agrupamiento ó una combinación más ó menos simétrica de cámaras, con formas rectangulares. Se baja por una escalera que conduce á una especie de gran vestíbulo, dispuesto transversalmente, y se pasa después á las cámaras sepulcrales, más ó menos numerosas, según la importancia ó la categoría de los difuntos; y hablamos en plural, porque algunas de ellas demuestran que han pertenecido á diferentes miembros de una familia. En estas cámaras no se encuentran con tanta frecuencia los poyos ó *podium* alrededor de ellas, pero sí lechos fúnebres para la exposición del cadáver: algunas de estas cámaras sepulcrales llevaron encima construcciones exteriores, como sucede, entre otras, en la conocida con el nombre de *Cucumella.*

En las tumbas de Vulci se encuentran algunas cuyos techos, tallados también, como todo lo demás, en la roca, reproducen construcciones de carpintería, del mayor interés para la historia de este arte, pues algunos de estos enterramientos demuestran que los etruscos empleaban bóvedas de madera para cubrir sus edificios.

No menos interés ofrecen para la historia de la pintura por los frescos que adornan sus paredes, puesto que no sólo nos dan nociones acerca de la historia del arte, sino sobre los usos, las costumbres, los ritos y las ceremonias fúnebres de los etruscos, y su sistema de decoración policroma.

Las pinturas de las antiguas cámaras sepulcrales de Etruria, ya colo-

ridas con mayor número de tonos que las de Cære, como sucede en las de Tarquinia, Volterra, Chiusi, Perugia y otras, indican claramente la influencia del arte griego, que se cree introducido entre los etruscos por el corintio Demarate, muy cerca ya de la época en que se fundó Roma. El procedimiento técnico empleado en ellas es el de un enlucido, muy fino de estuco, con que se cubrían probablemente todas las paredes de los hipogeos, y la fijación de los colores sobre él por planos, sin tonos intermedios. Los colores empleados eran el blanco, el negro, el rojo, el azul y el amarillo, colores primitivos con cuyas combinaciones obtenían los demás. Los asuntos de aquellas composiciones pictóricas estaban relacionados, como en las tumbas egipcias, con las costumbres funerarias ó con la existencia del alma en la otra vida.

Entre las nociones más importantes que nos ha dado el estudio de los hipogeos etruscos, está el conocimiento de los diferentes sistemas de inhumación de los restos humanos; sistemas que varían según las localidades, y acaso también según las épocas. Así, en las necrópolis de las ciudades que se creen las más antiguas y en que se reconocen las huellas de las influencias asiáticas, como en Cæré, en Vulci, en Tarquinia, los cuerpos estaban vestidos y acostados en lechos fúnebres; en Castel d'Asso, en Norchia, en Bomarzo, los cadáveres se depositaban en sarcófagos, ya lisos ó ya adornados con pinturas; en Volterra, en Chiusi y en Toscanella, se quemaban los cuerpos y se encerraban sus cenizas en urnas de mármol, de otras piedras calcáreas, y de barro cocido, hallándose pintadas con frecuencia las de esta última clase, y las de Perugia y Volterra adornadas generalmente con un bajo-relieve en el frente y una cubierta con una figura recostada en el lecho fúnebre, á veces coronada de flores y llevando ordinariamente en la mano derecha un objeto cualquiera, como una patera. En esta figura creen algunos que se representaba al difunto presentando una ofrenda á la divinidad, ó mejor, acaso, asistiendo al convite funerario que se celebraba en su honor. Otras veces estas urnas representaban pequeños sarcófagos con cubierta labrada á manera de frontón, de las cuales no sólo se han encontrado muchos ejemplares en aquellas sepulturas etruscas, sino también en otras diferentes comarcas, y en España mismo, de las que conservamos algunas

en nuestro Museo Arqueológico Nacional, procedentes de Almedinilla, y otras en el Carmonense, sacadas de las tumbas de su necrópolis.

También en nuestro Museo se conserva una notabilísima urna etrusca de barro, con relieve en el frente y figura recostada en la cubierta, que pueden ver nuestros lectores copiada en el *Museo español de antigüedades*, tomo I.

No menos interés que su disposición arquitectural presta á las tumbas etruscas la variedad de objetos y utensilios de todas clases, que la piedad de las familias encerraba en aquellas moradas de los muertos; objetos y utensilios que formaban todo un mobiliario que pudiéramos llamar fúnebre, y que respondían generalmente, por su naturaleza, á la posición social que los difuntos habían ocupado en vida. Así, los guerreros eran depositados en aquellas cámaras con sus armas; la mujer con sus alhajas y sus objetos de tocador; el niño con sus juguetes. Los antiguos parece quisieron conservar en aquella morada de la muerte los elementos todos de su vida, para que, cuando apenas la memoria quedase de ellos, todo cuanto les había pertenecido sirviera á las generaciones venideras, para escribir la historia interna de los pueblos que formaron.

Al hablar de las tumbas etruscas, no podemos prescindir de citar las descubiertas en Marzabotto, cerca de Bolonia, de las cuales apenas se tiene noticia en nuestra patria, y que ha ilustrado con notabilísima monografía, intitulada *Di una antica necropoli á Marzabotto nel Bolognese* [1], el conde Giovanni Gozzadini.

Las tumbas de esta necrópolis, no excavadas, sino construídas, porque el terreno no permitía hacerlas por el primer procedimiento, son tanto de planta rectangular como circular, estando compuestas de grandes losas que forman la cámara, con cubiertas á cuatro vertientes, ó bien con otras losas horizontalmente colocadas sobre las verticales, que cierran la tumba. Las de esta clase suelen llevar encima otras más pequeñas formando gradas, y sobre ellas, como remate, una esfera ó bola. Otras, sobre la losa de cerramiento llevan un trozo de columna, compuesto de basa y parte de fuste. Ofrecen estas notables tumbas la particularidad de

1 Bolonia.—Tipografía Fava y Garaguani, 1865.

ser algunas *pozos sepulcrales*, en forma de gran vasija abierta en el suelo y revestida con pequeños sillares, cerrándose la boca con una gran piedra cónica ó semi-esférica. Estos rarísimos pozos recuerdan los pozos funerarios de Trousepoil, mencionados por Mortillet.

La necrópolis de Marzabotto es etrusca, de la época en que los toscanos, tirrenos ó rasenios dominaron en la *Etruria nova* ó Etruria circumpodana, constituída como la antigua en Lucumonia, y presenta ciertas particularidades dignas de especial mención, como son la de encontrarse, tanto esqueletos que demuestran haber sido inhumados enteros, como cenizas y huesos calcinados, que acusan la práctica de la cremación, y además restos también quemados de animales domésticos, como bueyes, caballos, perros y aun gatos, demostrándonos prácticas funerarias de origen griego, como veremos en breve. Los vasos pintados, ya del primer estilo, ya del segundo, ofrecen la particularidad de tener por base formas de cabeza humana, sobre la que se levanta la campana del vaso adornada con pinturas. También se han encontrado en aquellas tumbas muchos objetos de bronce, espejos y figuras, cuentas de cristal de colores, así de collares como de las llamadas por los italianos *fusaiole*, piedras grabadas, sortijas, amuletos de ámbar, y otros de oro.

Cuanto llevamos hasta aquí expuesto nos demuestra, que los pueblos de Oriente transmitieron su civilización al Occidente, en nuestro sentir por medio de los fenicios, habitadores algún día de la tierra de Canaán, y que llevaron con sus naves por todo el continente europeo los elementos de artes y creencias que encontraban en los florecientes pueblos con quienes sostenían activo comercio; elementos que, confundiéndose con los que hallaban entre los aborígenes de Occidente, determinaron las manifestaciones de sus creencias religiosas, é informaron el arte pelásgico y helénico. Los griegos se sobrepusieron y progresaron con mayor rapidez que los demás pueblos influídos por la raza pelásgica. Las guerras, sirviendo á maravilla para las aspiraciones del espíritu eminentemente creador de este pueblo, lo elevó sobre los demás; y ya con la fuerza material de las armas, ó con la superioridad intelectual á que había llegado, sometió á los unos y helenizó á los otros. La nación etrusca, que era ciertamente, después de la griega, que poblaba la Sicilia y la Gran Grecia,

la más adelantada en Italia, se aprovechó de sus relaciones comerciales con ella, y perfeccionando su arte primitivo y rudo, logró imponérselo á los habitantes del Lacio, ya en la época, aunque corta, en que dominó allí, pues se cree que Roma, el año 247 de su fundación, estuvo sometida á los etruscos, aunque sólo la poseyeron un año; ya cuando Roma fué gobernada por reyes etruscos; bien en los intermedios de paz y amistad; ó cuando la Etruria quedó definitivamente sujeta al poder de la Roma republicana. El arte romano fué en un principio etrusco, y después, por relaciones pacíficas primero y de conquista más tarde, griego, viniendo á constituir un arte etrusco-helénico con las naturales reminiscencias orientales.

La civilización y el arte de aquellos pueblos etruscos fueron influídos poderosamente por la Grecia, á causa de sus relaciones comerciales con los griegos, que duraron todo el siglo IV antes de Jesucristo, y que puede decirse fué la edad de oro de los rasenios, como ellos mismos se llamaban en su lengua; pero es indudable que si en un período de la historia de Roma, la Grecia ejerce decisiva influencia sobre la ciudad del Tíber, ésta recibió también su cultura del pueblo etrusco, que le dió los principios de la civilización y de las artes. Por más que el célebre Mommsen quiera negar á la Etruria toda influencia en el Lacio, colocándola en último puesto entre los pueblos que cultivaron las artes en Italia, los monumentos demuestran lo contrario.

Gran parte de la muralla de la Roma del Palatino; los restos de los muros de Servio Tulio, que alcanzaron tres leguas de circuito; la cloaca Máxima; el templo de Júpiter, con sus tres *cellas*, según el rito etrusco, y las estatuas de barro cocido con que estaba adornado, etruscas también; las necrópolis de Cerveti y de Corneto, dos ciudades etruscas vecinas de Roma, y Tarquinia, demuestran esas influencias, que no podían menos de ejercerse por un país ya en relaciones con la Grecia por el comercio y las artes antes del tiempo de los Tarquinos, sobre un pueblo naciente y que estaba á sus puertas. Las costumbres y las artes etruscas, unas de procedencia griega, otras originarias de ellos mismos y de sus tradiciones orientales, otras modificadas por la influencia helénica, constituyeron la base de la civilización romana, que en los primeros pe-

riodos de su historia, antes que greco-romana, debiera llamarse etrusco-griega.

Esta compenetración de las dos corrientes del pueblo tirreno y del helénico, constituyen la base del arte romano, y nos afirma cada vez más en nuestra idea, encontrar á cada momento en Roma vestigios de estas mismas influencias, siendo los monumentos en que más se notan las tumbas con sus cámaras sepulcrales, como lo demuestran la multitud de ellas encontradas en las cercanías de Roma ó en los pueblos que estuvieron sujetos al poder romano. Las extensas filas de sepulcros que se adelantaban por la vía Apia, por la vía Latina y por la Flaminia, á más de 15 millas de distancia, ó sean 22 kilómetros próximamente, demuestran muchas de ellas, con su disposición en cámaras sepulcrales, cómo se conservaba en Roma la tradición etrusca, más claramente sostenida en algunos conditorios subterráneos, como la cámara sepulcral descubierta en la roca que forma la base del monte Aventino, á una profundidad de 40 pies, á la que se baja por una larga escalera; cámara funeraria de planta circular, rodeada exteriormente de un corredor que recuerda los de las tumbas de Asia y de África, y con nichos para colocar urnas cinerarias.

La costumbre de la incineración, tan generalizada en Roma, convirtió bien pronto aquellas cámaras en los llamados *columbarios*, acerca de los cuales creemos importante consignar algunas nociones histórico-arqueológicas, encaminadas al más fácil estudio de las cámaras sepulcrales de Carmona.

II.

La palabra sepulcro *(sepulcrum)* era en Roma un término general, con el que se designaba toda clase de tumbas, ya se enterrase en ellas el cuerpo ó se depositaran los huesos y las cenizas de un muerto [1]. Naturalmente, había en la construcción y detalle de este género de edificios grandes diferencias, según la riqueza del propietario y del gusto del arquitecto. Lo que era absolutamente indispensable y de esencia en los

1 Ulp., *Dig.* II, 7, 2.

sepulcros, por punto general, para ser así llamados, era una cámara funeraria donde se depositaran los despojos mortales de la persona á quien pertenecía el sepulcro; pero los más suntuosos tenían encima de esta cámara uno ó dos pisos, que contenían otras cámaras ricamente adornadas con pinturas y moldurajes de mármoles ó de estuco, las cuales servían á los parientes para la celebración de ceremonias religiosas, ó para reunirse en las visitas que hacían al lugar donde descansaban los restos de las personas queridas. Estas cámaras no tenían ni sarcófagos ni urnas cinerarias, que se conservaban exclusivamente en la cámara sepulcral, cuya entrada se ocultaba con el mayor cuidado, á fin de evitar profanaciones. Como ejemplo de esta clase de sepulcros, Rich copia uno en corte y alzado, que se conservaba en la vía Asinaria, cerca de Roma, y en el que fué descubierto el célebre *vaso Barberini*, de que con razón se envanece el Museo Británico. El piso bajo era la cámara sepulcral, donde estaba este vaso.

Se llamaba en Roma *sepulcrum familiare* el que se construía para los individuos de una familia, análogos á nuestros modernos panteones. En los sepulcros familiares tenían cabida, no sólo los individuos de la *gens* á que pertenecían, sino también sus manumitidos ó libertos, de uno y otro sexo. En la calle de las Tumbas de Pompeya se ve uno de estos conditorios, rodeado del poyo ó *podium* y con nichos, que contienen urnas de mayor ó menor riqueza. Algunas estaban sólo sobre el *podium*, sin nicho.

Las sepulturas con nichos en las paredes, que recibían el nombre de *columbarios*, abundan mucho en Roma, y es más que probable las copiasen, como tantas otras cosas, de sus primeros maestros los etruscos.

Además de las cámaras sepulcrales arquitectónicas etruscas de que hemos hablado, en muchas comarcas de la Etruria se encuentran en las cercanías de las ciudades rocas excavadas y cubiertas de numerosos nichos, si bien, habiendo desaparecido las urnas cinerarias, y no encontrándose en ellas inscripciones, no puede asegurarse, de una manera indubitada, que tales sepulcros ó túmulos sean en efecto etruscos ó romanos. Sin embargo, en Veies (Veia), situada bien cerca de Roma, y ya destruída enteramente desde el año 359 de la fundación de ésta (396 an-

tes de Jesucristo), se han encontrado, en algunas de aquellas cavidades, objetos puramente etruscos[1]. Cerca de Toscanella hay grutas que forman muchas celas ó cámaras, próximas unas á otras, cuyas paredes están enteramente cubiertas de nichos, más pequeños que los que se ven de ordinario en las cámaras sepulcrales romanas, y que sólo pudieron contener una sola urna.

Tal sistema de sepulturas hubo de adoptarse en Roma por las grandes familias, cuyos libertos y esclavos eran demasiado numerosos para que sus restos pudieran colocarse con los de los miembros de la *gens* en una misma tumba, porque las menos extensas los admitían en ellas, aunque poniéndolos en lugar más subalterno, siempre que no hubiese contra aquellos servidores alguna causa que los hiciese indignos de este honor.

Estos monumentos con nichos, llamados por los griegos περιστερεών, se conocían por los romanos, como ya indicamos, con el nombre de columbarios, palabra que en el latín viene de *columba*, paloma, pues se denominaban de aquel modo los nidos donde éstas se apareaban en los palomares, y los palomares mismos; y de aquí, por la semejanza que con éstos presentaban las cámaras sepulcrales con sus nichos, se las llamaba *columbarium* y también á los nichos, que generalmente se hacían para contener dos *ollas* ó urnas cinerarias, embutidas en la parte baja del grueso del nicho, viéndose sólo las tapaderas.

Delante del nicho, en la misma pared donde estaba abierto, bajo la línea inferior del mismo, solían escribirse los nombres de las personas á quienes pertenecían las cenizas allí conservadas[2].

También se construían en Roma columbarios por especuladores que vendían lugar en ellos á las personas de escasa fortuna, que no podían adquirir una tumba especial, y para varias otras reunidas en sociedades organizadas á manera de los colegios, para costear aquellos monumentos funerarios á expensas de todos. Los asociados constituían un fondo común, y pagaban una cuota mensual para conservarlo *(stips menstrua)*,

1 Dennis, *Cities and cemeteries of Etruria*, I, p. 10 y 26, 2.ª edición, 1878.—M. Abeken, *Mittelitanien*, p. 258.—Canina, *Etruria maritima*, I, p. 123.

2 Inscript., *ap.* Fabretti, p. 13, n. 60.

con cuyo fondo no sólo se hacía el monumento funerario, sino que, además, se costeaban los funerales de los asociados y los gastos de conservación de aquél. Estas sociedades estaban divididas en decurias *(decuriæ)*, cada una de las cuales tenía un decurión, elegía un *sacerdos* y un tesorero *(quaestor)*, encontrándose también en las inscripciones la mención de *quinquennales* y de *curatores*, encargados de edificar y de tener en buen estado el monumento y de marcar los sitios *(sortes, locos rationes, partes viriles, jus)* á que tenía derecho cada uno de los contribuyentes á prorrata de su cotización *(rata parte, ex collata pecunia)*, y que era en adelante de su propiedad; pudiendo, en su consecuencia, darlos, venderlos ó disponer de ellos por testamento. Los sitios se repartían por suerte *(ex sortitione)*, primero de las filas ó hileras, contando de abajo arriba, y después en cada fila horizontalmente, de manera que nadie tenía derecho á quejarse del lugar que le correspondía. Ciertos lugares, y particularmente los de las filas inferiores, se apreciaban más porque estaban más á la vista, eran más asequibles y más cómodos para las ceremonias y prácticas funerarias, demostrándonos las inscripciones que el privilegio de elegirlos se concedía sólo por excepción, como la dispensa de cargas *(inmunitas)*, en recompensa de servicios prestados á la comunidad. Los lotes y los lugares asignados á cada uno se marcaban, después de sacados á la suerte, por una inscripción grabada en el muro ó puesta en una tableta *(tessella)*, reemplazada más tarde cuando era necesario por el epitafio *(titulus)* definitivo [1].

Esta costumbre romana hubo de extenderse hasta los más remotos confines del imperio, pues se hallan ejemplos de ella en diferentes naciones; pero donde mejor pueden estudiarse los vastos columbarios romanos, es en las cercanías de Roma, sobre todo los familiares situados alrededor de los muros de la ciudad, y como las demás clases de monumentos funerarios, á la orilla de los grandes caminos que de ella partían.

Generalmente estaban formados por grandes salas rectangulares, en parte subterráneas, en parte construídas sobre el suelo, en cuyos muros

1 Diccionario de Daremberg y Saglio, apoyándose, entre otras, en las siguientes autoridades: Henzen, *Annal. de l'Inst.*, 1856, Willmanns, *Exempla*; Gatti, *Bullet. della comiss. arch. municip. di Roma.*

los nichos *(locus loculus, sollarium)*, por lo común abiertos en arco y algunas veces rectangulares, se repartían con regularidad, alineándolos en filas *(gradus linea)*. En cada nicho se ponían con frecuencia, como ya indicamos, dos *ollas*, pero también los había con tres ó cuatro, y aun con una sola. Algunas veces se colocaban nuevas urnas en un nicho ya ocupado.

Estos vasos cinerarios generalmente son de barro; pero también se encuentran de mármol, de otras clases de piedra, de alabastro, de vidrio y de otras materias, aprovechándose para este uso vasos antiguos, que no por haber servido para este destino, pueden considerarse como labrados con tal propósito.

En España se han encontrado de vidrio dentro de otra *olla* de plomo, para conservar mejor la de la primera materia. En el Museo Arqueológico Nacional tenemos algunos.—Los vasos que se colocaban sin embutir en el muro, dentro de los nichos ó en el *podium*, y que se quedaban al descubierto, eran más elegantes y estaban más adornados. Tanto los de piedra como los de barro, tienen á veces la forma de pequeños sarcófagos ó cofrecillos, y suelen estar enriquecidos con esculturas, como los que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, que han sido ilustrados con notable Monografía por el académico D. Mariano Catalina [1].

En otras cámaras sepulcrales romanas, los nichos solían estar dentro de construcciones con un frontón sostenido por columnas, en cuyo caso recibían el nombre de *aedicula*, *cinerarium*, adornándolos con más ó menos lujo. Inscripciones grabadas en tabletas de mármol ó de bronce, clavadas al muro encima ó debajo de cada nicho, solían contener los nombres, la edad, la condición que habían alcanzado en vida los difuntos á quienes pertenecían, así como los de las personas que dedicaban el monumento, y á veces frases de afecto y de pena, cuando esto no se escribía sobre la misma urna cineraria.

Las cámaras sepulcrales de esta clase de columbarios romanos, recibían luz por aberturas practicadas en las bóvedas, y se bajaba á ellas

1 Museo Español de Antigüedades, tomo I, pág. 511.

por una entrada estrecha y por una escalera, cuyos muros también solían estar cubiertos de nichos.

Había columbarios en Roma de tal extensión y de tal importancia, que alguno, como el construído para los libertos y esclavos de Livia, mujer de Augusto, á poco más de dos millas de la ciudad, al lado de la vía Apia, podía contener las cenizas de 3.000 personas; notable columbario de planta rectangular, con prolongaciones semicirculares á manera de ábsides en los cuatro frentes, y otras rectangulares al lado de las anteriores en dos de ellos, que estuvo en uso hasta tiempo de Claudio, habiendo sido descubierto en 1726 y abandonadas después sus ruinas, de las que apenas podría formarse hoy exacto juicio, á no ser por los trabajos de Piranesi [1], que lo midió y dibujó cuidadosamente antes de que se destruyera.

En el citado Diccionario de Daremberg y Saglio, se cita otro columbario, hecho por algún empresario de esta clase de industria funeraria, ó por alguna asociación, que estuvo también cubierto con una bóveda, la cual debía apoyarse en el centro de la cámara sobre un fuerte y macizo pilar. Fué descubierto en 1840, y parece estuvo en uso desde los tiempos de Tiberio hasta los de Claudio. La parte superior del pilar, cuya planta es cuadrada, se adorna con pinturas al fresco en forma de recuadros ó zonas, figurando en la última pájaros y palomas. También habla de otro de la misma clase, mucho más elegante y que atribuye á la época de Augusto, en el cual cada uno de los que adquirieron en él edículos, los adornaron con columnas, frontones y pinturas. La bóveda está cubierta igualmente con un adorno figurando follajes. Encontráronse en este columbario, además de *ollas* de diferentes clases, urnas de mármol en forma de pequeños sarcófagos esculpidos; bajo la escalera, un féretro de arcilla que contenía un esqueleto; y oculto bajo las losas del pavimento, hacia la derecha de la cámara sepulcral, ricamente engalanado, el cuerpo de una joven, que se deshizo al contacto del aire. En el centro del hemiciclo ó ábside que termina la cámara, otra losa cubría una cavidad llena de huesos, reducidos á pequeños fragmentos. Como en la mayor

1 *Antich. rom.*, III, láms. XXI y siguientes.

parte de las tumbas antiguas, había también en ésta muchas lámparas de barro y de bronce.

Las tumbas tocaban por todas partes los muros de Roma, y puede decirse que, antes que las de los vivos, formaban las primeras barriadas de la ciudad, las mansiones de los muertos. Cuando el recinto se ensanchó, muchos de aquellos conditorios y monumentos sepulcrales quedaron dentro de la *urbs*, y así fué que los dos columbarios de que acabamos de hablar, situados á poca distancia uno de otro, cerca de la antigua puerta Appia (hoy de San Sebastián), en el sitio en que la vía antigua de aquel nombre se separa de la Latina, resultaron cuando se labraron fuera del *agger* de Servio Tulio, y después quedaron dentro de Roma al edificarse, en el siglo III, la muralla de Aureliano. Allí se encontraron también el columbario de los esclavos y de los libertos de una mujer de la familia Marcela, y el de los hijos de Nero Druso, uno y otro de tiempo de Augusto y de Tiberio, y á poca distancia el de una sociedad formada para asegurar á sus miembros el derecho á sepultura, cuyas inscripciones, sabiamente explicadas en el *corpus inscriptionum latinarum*, han contribuído poderosamente á esclarecer cuanto se relaciona con esta clase de monumentos funerarios. El columbario de otra sociedad, conocida con el nombre de *monumentum XXXVI sociorum*, estaba situado no lejos de allí, en la vía Latina; y fuera del recinto, en la vía Appia, estaban los de los Volusios, los Cecilios, los Junios Silanos y otros.

Subiendo hacia el Norte, fecundas y afortunadas excavaciones han descubierto en las cercanías de las vías Labicana, Praenestina y Tiburtina, á poca distancia de un columbario ya conocido de la familia Arruntia, el de los Statilios, uno de los más considerables de esta clase de monumentos, que data de los últimos tiempos de la República romana, y alrededor de él otros muchos de la misma especie, que hacen de aquella parte del monte Esquilino una verdadera necrópolis. También al Norte, la familia Octavia y muchas otras tenían columbarios cerca de las vías Nomentana y Salaria, y en el espacio que separa á esta última de la Flaminia. Entre los más notables monumentos de este género, á causa de las pinturas que adornan sus muros, no pueden dejar de mencionarse los

descubiertos en el siglo último, y más recientemente, en 1838, en los jardines de la *villa* Corsini, hoy Pamfili, junto á la vía Aurelia.

Dijimos que también fuera de Roma se habían encontrado, aunque en mucho menor número, sepulcros familiares, de los conocidos con el nombre de columbarios, tales como el exhumado cerca de Colonia [1]; y sin embargo de que en España, hasta hace muy poco tiempo, no se había tenido noticia de ninguno de ellos, las cámaras sepulcrales de Osuna, aunque en opinión de algunos ya cristianas, y sobre todo las abundantísimas de la necrópolis carmonense, han venido á llenar este vacío de tal modo, que, sobre todo las últimas, pueden colocarse en la línea de los primeros descubrimientos arqueológicos del presente siglo.

Acabamos de mencionar las cámaras sepulcrales de Osuna, y como útil antecedente para el estudio de las de Carmona, no creemos fuera de propósito dar alguna noticia de ellas, habiendo tenido también la fortuna de visitarlas.

Las llamadas *Cuevas de Osuna*, ó cámaras subterráneas descubiertas en aquella ciudad, se ha creído por algunos que fueron simplemente canteras excavadas para sacar la piedra con que en remotas edades, principalmente en la época romana, hubieron de construirse los edificios de la antigua *Ursone*, convertida por Julio César en la colonia militar, *Genetiva Julia.* Todas están excavadas en una masa dilatadísima de piedra arenisco-calcárea, de grueso grano, muy porosa y de color de cieno, material con el que están labradas varias de las fábricas más modernas de Osuna, como la Colegiata, la Universidad y no pocas iglesias y conventos. No se observa en aquellas cámaras subterráneas un plan general, ni puede decirse que sean todas individuales, como las llama D. Diego Amador de los Ríos [2], esto es, contenidas dentro de un limitado espacio con pocos compartimientos, sin que tampoco pueda afirmarse que son continuas ó dilatadas por largas galerías á muy extensos y complicados conjuntos. Las hay que, al parecer, proseguirían en largas bóvedas de cañón seguido con otras transversales ó encrucijadas, y que pudieran se-

1 *Jahrb. d. Vereins von Alterth. im Rheinlande* I, lám. V y VI.

2 *Museo Español de Antigüedades*, tomo X, pág. 271.

guirse si, arruinadas en varios puntos, no cerrasen el paso á su total exploración. Otras, y éstas son las más frecuentes, no pasan de un espacio más ó menos considerable, pero encerrado siempre en la sencilla distribución de tres ó cuatro celdas abovedadas con vueltas de más ó menos peralte. Algunas de ellas no tienen nichos ni sepulturas, de donde ha deducido dicho Sr. Ríos que pudieron haber servido también de oscura y apartada vivienda á alguna familia por extremo humilde y desheredada, ó á los sectarios de alguna religión perseguida.

Cierto es que el mayor número de aquellas cámaras excavadas en la roca se encuentran en tal estado; pero al ver otras que claramente demuestran su destino funerario, nos decidimos á creer que las anteriores son cámaras preparadas para el mismo fin en aquella necrópolis, pero que no llegaron á servir por cualquier causa que no es del momento averiguar, de la misma manera que se encuentran en otras catacumbas de Italia y de Sicilia. Las que tienen marcados caracteres funerarios son de sencilla planta rectangular, con otros cubículos laterales más ó menos extensos, y en ellos se ven verdaderas sepulturas abiertas en la misma roca, más estrechas en la parte destinada á los pies que por la cabeza, con ambos extremos ligeramente redondeados. Estas sepulturas no guardan uniformidad alguna respecto á su orientación, pues mientras las hay que tienen su cabeza hacia la entrada de la cámara, otras la tienen á la derecha ó al contrario. Su longitud varía desde $1^{m},80$ á $2^{m},20$.

La entrada de estas *cuevas* debió estar oculta, pues aun hoy, para penetrar en ellas cuesta gran trabajo hallar la entrada, que desciende por rápida rampa á las cámaras. En una de ellas, que no sé por qué se ha calificado de capilla, y cuya planta es con escasa diferencia la de casi todas, descúbrense en sus paramentos y lo mismo en sus bóvedas, más ó menos rebajadas, vestigios de las pinturas que las decoraron. Para recibir tal adorno, las paredes y bóvedas de este subterráneo tenían todas sus superficies planas ó curvas, perfectamente recorridas. Tanto el primer recinto ó cámara como las más pequeñas laterales, estuvieron, al parecer, pintadas; pero donde no cabe duda de ello, es en la principal enfrente de la entrada, que conserva todos los elementos decorativos de su ornato, pintada al temple con mucha masa de color, y con tonos fuer-

tes y primitivos, muy apagados ya, y destruídos en muchos puntos. Lo primero que aparece pintado es el frente, compuesto por dos resaltos producidos por la diferencia entre la mayor anchura de la cámara en que se abre esta segunda celda y la menor de ella, y una especie de arco mixto que por encima de entrambos resaltos voltea. Este arco, más ancho por los extremos que por el centro, se forma con el semicircular generador del cañón seguido de la cámara menor, y con el rebajado del mayor que la precede y que trasdosa al primero. En el paramento, que interceptado por ambos arcos resulta, se ven pinturas que, aunque de dibujo no muy correcto, representan pavones y otras aves. Los principales colores de estos pájaros son rojo, amarillo, tinta neutra y blanco: el fondo sobre que resaltan es amarillo, limitado por anchas fajas rojas en las curvas que cierran el arco. En los costados de esta segunda cámara ó celda, sobre una faja roja, hay pintados tres tableros, separados entre sí por otras dos fajas más estrechas del mismo color, y guarnecidos alrededor por listones amarillos, de tinta neutra y blancos; el recuadro de enmedio es verde, y rojos los de los costados: esta decoración continúa en el frente de la misma cámara. El intrados de la bóveda se adorna con dos estrechas fajas ó cintas, la primera roja y la segunda blanca, encuadrando el desarrollo de esta bóveda. Después sigue otro recuadro en ancha faja también roja, sobre la que se desenvuelve una cinta blanca formando varias ondulaciones; y otros dos filetes, blanco el uno y rojo el otro, recuadran y limitan el espacio central, constituyendo con lo anteriormente descrito el que pudiéramos llamar su marco, pues dicho centro figura un cielo de hermoso azul salpicado de estrellas y cruces blancas, que alternan con rigurosa regularidad á iguales distancias.

Las pinturas de esta cueva, si ya no lo indicasen bastante las sepulturas abiertas en la roca, nos demuestran claramente que pertenecen aquellos conditorios á la época cristiana. Sabido es que el pavón consagrado por los gentiles á Juno, era entre los antiguos cristianos mirado como un símbolo de la resurrección, á causa de que, perdiendo sus hermosas plumas en el invierno, se viste de nuevo espléndidamente con ellas al acercarse la primavera, como el alma se viste de galas espiri-

tuales para subir al cielo, dejando su despojo mortal en la tumba [1]. El pavo real, á pesar de este significado, se encuentra pocas veces en los monumentos sepulcrales de Roma de la época cristiana, lo cual da gran importancia á la representación de este animal simbólico en las cámaras sepulcrales de Osuna, donde además está pintado con arreglo al simbolismo que le es propio; es decir, sin el hermoso plumaje de su cola, como indicando que los cadáveres allí depositados han perdido las galas de la vida terrena, esperando las de la eterna resurrección. Los demás pájaros que en estas pinturas se encuentran responden á pensamiento análogo, ya porque recuerdan con su vuelo el del alma que se remonta al cielo, ya porque fueron mirados también como símbolo de los mártires. En varias tumbas cristianas, y aun en vasos de vidrio, se encuentran representados pájaros de diferentes clases, como indicación de estos pensamientos.

Las cámaras sepulcrales de Osuna son, pues, en nuestro juicio, de época ya marcadamente cristiana, confirmándolo también el adorno de cruces y estrellas repetidas que hemos visto en la decoración descrita; y creemos debieron abrirse en alguna de las épocas de persecución que pesaron sobre España, como sobre todo el imperio, y que llenaron de víctimas la tierra y de mártires el cielo; sin que podamos atribuirlas á la época muzárabe, como algunos han sospechado, porque todo el carácter del monumento está de acuerdo con el de otros conditorios cristianos de los primeros siglos, que hemos visitado en Italia y Sicilia.

1 Bosio, *Sott.*, p. 641.—Aringhi, *Rom. subterr.*, II, lib. VI, cap. XXXVI, pág. 612.—San Antonio de Padua (*serm. fer. Spost trinit.*) representa, bajo el emblema del pavo real, á nuestro cuerpo resucitando en el último día: *In generali resurrectione qua omnes arbores, id est omnes Sancti, incipiunt virescere, pavo ille* (*corpus nostrum*) *qui mortalitatis pennas abjecit, inmortalitatis recipiet.* «En la resurrección general en que todos los árboles, es decir, todos los santos, principiarán á reverdecer, este pavón (que no es otro que nuestro cuerpo), arrojadas las plumas de la mortalidad, recibirá las de la inmortalidad.»—San Agustín (*De civit. Dei*, l. XXI, c. 4), dice, que el pavo real tenía también otra cualidad, que daba origen á que se le considerase como símbolo de la inmortalidad, la cual consistía en ser incorruptible su carne, según la equivocada creencia de aquella época.

III.

El natural respeto y amor á los restos mortales de los seres queridos, hicieron pensar desde muy antiguo en la manera de conservarlos, pensamiento que se traduce en los pueblos de dos diferentes modos: ó guardando cuidadosamente los cadáveres, como hacían los egipcios, ó reduciéndolos á cenizas para evitar toda profanación, y acaso también para impedir los males que la putrefacción de los muertos pudiera producir á los vivos.

Los griegos quemaban ó inhumaban indistintamente sus cadáveres. Demócrito atacó fuertemente la costumbre de quemarlos, prefiriendo fuesen inhumados por la esperanza de una resurrección, en lo cual vemos las influencias egipcias; mientras Heráclito, al contrario, su constante contradictor, miraba el fuego como el elemento general, y quería que se quemasen los cuerpos, esperando que la llama, que todo lo purifica, purificaría también las almas.

Dícese, aunque no sabemos el dato cierto en que se apoya esta noticia, que los griegos copiaron de los frigios la cremación de los cadáveres; pero lo que sí puede afirmarse, según el testimonio de Tácito, es que los germanos la conocieron, empleando maderas olorosas para las piras de sus hombres eminentes, costumbre que aún subsiste en la India.

Es indudable que la cremación estuvo en uso desde una remota antigüedad, pero es muy difícil fijar la época en que comenzó á practicarse. Se pretende que fué Hércules el primero que imaginó recoger las cenizas de un muerto. Al emprender la guerra contra Laomédon, había rogado á su amigo Licinio le dejara á su hijo Argio para que le acompañara al combate, prometiéndole devolvérselo; pero habiendo sido muerto Argio, Hércules no encontró mejor medio de cumplir su promesa, que quemar el cuerpo del joven guerrero y enviar las cenizas á Licinio. Excusado es decir que este es un relato puramente legendario. Lo que no puede ponerse en duda es, que en todas las obras antiguas se encuentran datos para confirmar la existencia de la cremación, no sólo en Roma, sino en

Grecia, en las comarcas septentrionales, y entre los gymnosofistas indios. Todo induce á creer que esta costumbre nació en la India, donde se daba culto al fuego y donde no solamente se quemaban los muertos, sino que, para dar á las ceremonias funerales más pompa y brillo, se añadían algunos cuerpos vivos á los cuerpos muertos que debía devorar la hoguera.

Las sagradas letras nos ofrecen claro testimonio de que los hebreos, si bien conservaban sus cadáveres de manera análoga á la de los egipcios, también conocieron y usaron la cremación en casos especiales, sin duda para preservar los restos humanos de temidas profanaciones.

En el libro I de los Reyes, cap. XXXI, al referir la derrota y muerte de Saul, se dice en los versículos 9 y siguientes:

«9. Cortáronle á Saul la cabeza, y le despojaron de sus armas, y enviaron la noticia por todo el país de los filisteos, para que se publicara la victoria en el templo de los ídolos y en los pueblos.

»10. Colocaron las armas de Saul en el templo de Astaroth, y colgaron su cuerpo en el muro de Bethsan.

»11. Pero los moradores de Jabes-Galaad, oído lo que los filisteos habían hecho con Saul,

»12. Salieron todos los más esforzados, anduvieron toda la noche, y quitaron el cadáver de Saul y los cadáveres de sus hijos del muro de Bethsan; y volviéndose á Jabes-Galaad, *allí los quemaron.*

»13. Y recogidos sus huesos los sepultaron en el bosque de Jabes, ayunando siete días [1].»

Propercio, en algunas de sus elegías, nos enseña que en su tiempo se

[1] 9. Et præciderunt caput Saul, et spoliaverunt eum armis: et miserunt in terram Philisthinorum per circuitum, ut anuntiaretur in templo idolorum, et in populis.

10. Et possuerunt arma ejus in templo Astaroth; corpus vero ejus suspenderunt in muro Bethsan.

11. Quod cum audissent habitatores Jabes-Galaad, quæcumque fecerant Philisthiim Saul,

12. Surrexerunt omnes viri fortissimi, et ambulaverunt tota nocte, et tulerunt cadaver Saul et cadavera filiorum ejus de muro Bethsan: veneruntque Jabes-Galaad, et combusserunt ea ibi;

13. Et tulerunt ossa eorunt, et sepelierunt in nemore Jabes, et jejunaverunt septem diebus.

quemaban los muertos, con sus anillos en los dedos. Según Donato, se les ungía con aceites, á fin de que se quemasen más fácilmente, y había ciertos industriales llamados *ustores* ó quemadores, que tenían por misión especial la de entender en todo lo que se refería á la cremación, y que no se sustrajera nada de lo que se arrojaba en la hoguera para quemarlo con los muertos. Plinio escribe, que la costumbre de quemar los muertos se remontaba solamente á tiempos de Sila; pero Plutarco afirma, que el cuerpo de Numa Pompilio no fué quemado porque lo había prohibido en su testamento. El mismo Numa había prohibido también regar con vino el fuego de las piras fúnebres. Dionisio de Halicarnaso, en sus *Antigüedades*, escribe, que la peste que invadió á Roma hacia el siglo III de su fundación, tuvo por causa la costumbre de arrojar á la intemperie cuerpos muertos en lugar de quemarlos ó enterrarlos debidamente, como se acostumbraba antes. Todas las historias de Roma mencionan multitud de romanos distinguidos que fueron quemados. Servio cree que los romanos quemaron sus muertos para que las almas volasen más pronto á confundirse con el todo universal de donde procedían; lo cual demuestra que el mismo pensamiento de la inmortalidad del alma presidió á la conservación de los cadáveres que á su cremación.

Al decir de Plinio, había en Roma cremaciones colectivas, sobre todo para los pobres, á fin de economizar el combustible. Cuando se hacían estas cremaciones colectivas, dice, se colocaba el cuerpo de una mujer entre diez cuerpos masculinos, con objeto de que, gracias al calor natural y á lo inflamable de la naturaleza femenina, que se creía más cálida que la del hombre, los cuerpos de éstos se consumieran por completo; narración que pudiera tomarse por un epigrama, si no tuviera en su apoyo, además del testimonio de Plinio, el de Horo y Alejandro de Nápoles en sus *Libros geniales*.

Estaba prohibido expresamente quemar los cuerpos de los niños antes que hubiesen echado todos sus dientes [1], y tampoco se quemaban ni por los griegos ni por los romanos á los que morían heridos por el rayo. Eurípides, hablando de Capaneo, muerto por un rayo en el sitio de Tebas,

1 Plin. H. N. VII.—Juv. XV.—Morcelli *de Stil. inscr. lat.* t. I.

dice que su cuerpo fué quemado, no con el de los otros príncipes que habían muerto en el asalto, sino aparte, como un muerto sagrado. Por razón de haberse hecho indignos de ello, tampoco podían ser quemados los cadáveres de los suicidas. Se les cortaba la mano en señal de ignominia, y se les enterraba aparte. Filostrato refiere, que el cuerpo de Ajax que, como es sabido, se atravesó el cuerpo con su espada, no tuvo los honores de la pira y fué simplemente enterrado.

Las ceremonias de la cremación entre los griegos, bien merecen les dediquemos algunas líneas. El día décimo, después de la muerte, se quemaba el cuerpo, y para ello se reunía fuera de la ciudad toda la leña que se había cortado durante los nueve días precedentes con tal objeto y se construía la pira, cuyas dimensiones variaban según la importancia del difunto. La pira de Patroclo tenía, según Homero, 100 pies de largo y 100 de ancho. Preparada la pira, y al acercarse la hora designada para la cremación, se ponía en movimiento la fúnebre comitiva; los hijos generalmente llevaban los cuerpos de sus padres y de sus madres. Llegados cerca de la pira, los encargados de la cremación examinaban si todo estaba corriente para la ceremonia, y, asegurados de ello, los parientes más próximos colocaban el lecho fúnebre sobre la pira, que estaba ricamente adornada con colgaduras y guirnaldas de flores. Mientras todo esto se verificaba, sacrifícanse á los manes del difunto animales, que debían ser completamente puros y de color negro. En seguida se les sacaba la grasa, con la que se untaba el cuerpo del difunto de la cabeza á los pies, mezclando además con ella aceites olorosos y ricos perfumes. Colocábanse también alrededor del lecho fúnebre vasos llenos de miel y de aceite, y algunas veces de miel [1] y de vino: el vino, porque se le consideraba amigo de los cuerpos muertos, y el aceite, para inflamar y consumir la leña más fácilmente. Se colocaban los cuerpos de las víctimas al lado del difunto; y cuando se trataba de un soberano ó de un príncipe, en lugar de animales irracionales se sacrificaban esclavos. Sabido es, según el relato homérico, que Aquiles degolló con su propia

1 Antiguos autores afirman que los lacedemonios ungían con miel los cuerpos de sus reyes.

mano doce mancebos, príncipes troyanos, que eran sus prisioneros de guerra, ante la pira de Patroclo, haciéndoles arrojar sobre ella en unión de cuatro de sus caballos y dos de los doce perros que alimentaba constantemente á su mesa.

La mayor parte de los asistentes á la fúnebre ceremonia, para demostrar su aflicción, arrojaban también sobre la pira y sobre el cuerpo ramas y flores.

Terminados todos los preparativos, se prendía fuego á la pira rodeada de sarmientos y de otras materias secas y ligeras, y en el momento que las llamas comenzaban á rodear al difunto, los amigos y los parientes le llamaban con repetición, gritando *¡adiós!* Después se hacían las libaciones y las ofrendas ordinarias, derramando el vino sobre la leña de la pira.

Durante la noche siguiente, pues estas ceremonias tenían lugar generalmente por la tarde y á la puesta del sol, los hombres permanecían cerca de la pira llorando y lanzando al aire sus lamentaciones.

A la mañana siguiente se apagaba la pira regándola con vino; y cuando todo estaba ya frío, los parientes más próximos y los amigos íntimos recogían las cenizas y los huesos carbonizados, los espolvoreaban con harina y los encerraban en un vaso de oro, de plata ó de otro metal ó materia, según los medios pecuniarios de que podían disponer. Eusthato pretende que no eran las cenizas, sino únicamente los huesos pulverizados, los que se conservaban así, después de haber untado el vaso interiormente con una espesa capa de grasa, y de recubrir todo el contenido con otra capa, también muy espesa, de la misma materia. Además de la grasa, se echaban también en las urnas gotas de miel y de aceite perfumado y vino. Cerradas las urnas, se las adornaba con flores, y se les cubría con una especie de red ó con un trozo de tela fina, colocándolas en la tierra. Homero dice que la urna en que se colocaron las cenizas de Patroclo, estaba cubierta con una tela ligera de oro macizo; y al hablar de la que contenía las cenizas de Héctor, expresa que fué cubierta con un velo de púrpura, porque era de sangre real. Plutarco, en su *Vida de Philopoemeno*, dice, que la urna en que se pusieron las cenizas del jefe de los Aqueos estaba tan adornada de guirnaldas, de festones y de

cintas, que cuando se la colocó en tierra apenas se la podía distinguir [1].

Las ceremonias de cremación entre los romanos, como no podía menos de suceder, diferían muy poco de las de los griegos, de donde indudablemente las tomaron, pues entre los etruscos, según hemos visto ya al estudiar sus cámaras sepulcrales, no estaba en uso la cremación, viéndose sólo en algunas de ellas el empleo de uno y otro sistema, la inhumación y la cremación, en lo cual hay que reconocer claramente la influencia griega.

Los difuntos entre los romanos, después que se colocaban ante la tribuna *rostrata* ó de las arengas, para que el orador pronunciase su panegírico [2], se conducían por la puerta triunfal si era el cuerpo de un triunfador, ó por la puerta Libitina en los demás casos, al lugar donde debían ser quemados, que, generalmente, para los ciudadanos principales era el campo de Marte, y los demás al extremo de los barrios principales. Las personas de pobre condición se quemaban en el monte Esquilino, donde existía el *ustrinum* público, destinado á tales ceremonias. La pira era, como entre los griegos, proporcionada á la posición que ocupaba el personaje antes de su muerte, siendo llamados con cierto menosprecio los cuerpos de los personajes que sólo habían sido quemados en una pequeña pira, sin ungüentos ni perfumes, *semi-ambusti*, medio quemados. Y de tal modo se consideraba esta cremación, modestamente hecha, como un gran deshonor, que para vengarse de algunos de sus príncipes, de quienes estaban descontentos, los quemaban de esta manera.

1 En la isla de Chíos, una de las que se disputan, y acaso con más probabilidad que ninguna otra, ser patria de Homero, había una costumbre especial. Después de haber quemado á los difuntos y recogido los huesos entre las cenizas, se pulverizaba todo en un mortero, y, tomando una criba, se embarcaban los encargados de esta fúnebre ceremonia, se hacían mar adentro y cribaban las cenizas, lanzándolas al aire hasta que no quedaba de ellas el menor resto.

2 No solamente acostumbraron los antiguos pronunciar oraciones fúnebres á sus muertos ilustres, sino también á los jóvenes y á las mujeres (*Plut. in vita Camilli*); y el filósofo Platón creía que á éstas les era también debido este honor (lib. VII de *Legib.*) Entre los romanos, Publio Valerio fué el primero que hizo el elogio fúnebre de su colega Junio Bruto, y fué tan bien recibido por el pueblo, que, según el testimonio de Plutarco, quedó desde entonces la costumbre de pronunciar estas oraciones ante el cadáver en la *tribuna de las arengas.*

Algunas veces los parientes, para demostrar mejor su aflicción, pintaban la pira y la enriquecían con ornatos de cera de diversos colores, los cuales, una vez encendida, contribuían á sostener y avivar el fuego.

La persona que había cerrado los ojos al difunto, poco antes de proceder á quemar el cuerpo, se los abría de nuevo para que estuviese mirando al cielo, á donde debía volar su alma [1]. Le daba después el último beso [2], le ungía con preciosos aceites; y después que el *libitinario* colocaba convenientemente el cuerpo sobre la pira y á su lado los vestidos, ornatos y armas (si era guerrero) que había usado en vida, y que habían sido conducidas para tal objeto en el fúnebre convoy, se arrojaban sobre la pira ingredientes á propósito para impedir que el olor de la carne quemada se esparciese por la atmósfera. Plinio, hablando del gran gasto que se hacía de esencias y perfumes en tales casos, dice que no se habrían podido recoger en todo un año tanta acacia y tanto cinamomo como se quemaron el día de los funerales de Poppea.

Los pobres, en cambio, se contentaban con arrojar en la pira pez y resina.

Dispuesta ya la pira, empapada en aceites y en perfumes, al son de las flautas y de las trompetas de los músicos que habían acompañado al fúnebre cortejo, el pariente más próximo del difunto tomaba una de las antorchas que llevaban los invitados, y aproximándose de espaldas á la pira la prendía fuego.

Inmediatamente después principiaban los sacrificios y los combates de gladiadores, que á veces se suplían con la muerte de prisioneros de guerra ó de esclavos; y los que querían demostrar su mayor afecto por el difunto, arrojaban á las llamas cuanto tenían de más precioso. Algunas veces, si bien muy pocas, hubo mujeres que llevaron su amor al que lloraban perdido, hasta el punto de arrojarse también en la hoguera [3].

1 La costumbre de cerrar los ojos á los muertos las personas de su más íntimo cariño, provenía también de los griegos, como puede verse en Homero, *Iliada*, XI, v. 452, y en la *Odisea*, II, v. 97.

2 Los parientes más próximos besaban á los moribundos para recibir su último aliento, y como natural expresión de tan suprema angustia. En el *Génesis* encontramos que José se arrojó sobre el rostro de su padre Jacob y le besó (*Gén.*, L, 1).

3 Pierre Larousse: *Gran Dictionnaire universel du* XIX *siecle.*

Apagado el fuego se recogían las cenizas y los huesos, y después de regarlos con vino y leche se los envolvía en un lienzo fino, y así se encerraban en la urna cineraria, donde también se arrojaban flores.

Había en esta manera de rendir los últimos deberes á los muertos, una idea predominante y de elevado sentimiento: la de honrar su memoria por medio de ceremonias tan tristes como conmovedoras. El fuego era adorado entre los pueblos primitivos y en toda la antigüedad, y aun casi en nuestros días, como el purificador por excelencia. Era, pues, una especie de purificación definitiva que los vivos hacían á los seres queridos; y si puede causar extrañeza que los antiguos mezclasen en tales momentos con las cenizas de sus difuntos las de los animales, que se consumían en la misma pira, debe recordarse que no estaban mezclados con los difuntos, puesto que, según el testimonio de Plinio, se envolvía el cuerpo de éstos en lienzos incombustibles de amianto, que conservaban sin mezcla alguna las cenizas del cuerpo que habían envuelto [1].

La hora de la cremación era generalmente por la tarde, á la puesta del sol, como relacionando el fin del día con el fin de la vida, que se ocultaba tras de las tinieblas de la muerte, como el sol tras de las sombras de la noche, para nacer á nueva luz en el empíreo, siguiendo las tradiciones orientales y egipcias de que ya hemos hablado [2].

1 Los etiopes quemaban también sus cadáveres, y después de cortarse el cabello cerca de la hoguera, los arrojaban en ella, así como á los animales que sacrificaban, regándolo todo con vino y aceite, costumbre igualmente seguida por los cartagineses.

La India ha conservado, más que ningún otro pueblo, el uso de la cremación, llegando el fanatismo hasta obligar á las pobres viudas á arrojarse á la hoguera con el cuerpo de su marido. Entre los tártaros también existía, como entre los indios, esta costumbre, que se practicaba con ceremonias especiales.

2 La costumbre de llevar los cadáveres al lugar de su sepultura de noche (a), puede ser de origen griego, pues los atenienses debían enterrarlos antes de salir el sol, con arreglo á las leyes de Solón. Después se introdujo la costumbre, entre los romanos, de celebrar las ceremonias fúnebres de día, lo que dió motivo al Emperador Juliano á querer renovar el uso antiguo con estas notables palabras: «Por cuanto sabemos que se llevan los cadáveres entre el concurso del pueblo, y que el dolor de las exequias pide el silencio de la noche, y no importa á los difuntos que sea de día ó de noche, conviene librar al pueblo de este espectáculo, y sea el dolor el que asista á los funerales y no la ostentación y la pompa (b).»

(a) Serv., ÆNEID., XI. *Apud Romanos moris fuit, ut noctibus efferrentur ad funalia.*
(b) Col. Theodos., tít. XVII de *Sep. viol.*, l. 5.

Con el fuego de la pira se cocían viandas, preparadas para los manes y los dioses infernales, viandas que procuraban coger los mendigos, aun exponiéndose á los golpes que recibían de los *ustores* que procuraban evitarlo.

Las hogueras ó piras en que se quemaban los cadáveres *(Ara sepulcri ó ara funeris)* [1], eran así llamadas porque los trozos de madera se iban colocando formando un cuadrado, generalmente más estrecho por arriba que por abajo, á modo de pirámide truncada. Rich copia una de estas piras con el cadáver encima, que están consumiendo las llamas, tomada de un bajo-relieve representando la historia de la *Iliada,* relieve que se dice data de la época de Nerón, y que representa la hoguera encendida consumiendo el cuerpo de Patroclo.

Los romanos, sin embargo de estar tan generalizada entre ellos la cremación de los cadáveres, empleaban también la inhumación, como lo demuestran las leyes de las Doce Tablas y un monumento del mayor interés encontrado en España.

En las célebres tablas de Osuna, que tuve la fortuna de salvar para mi patria cuando estaban ya contratadas para llevarlas al extranjero, que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, y que publiqué el primero, en unión de mi querido compañero D. Eduardo de Hinojosa, traducidas, anotadas y comentadas, en la obra, varias veces citada en este estudio, del *Museo Español de Antigüedades*, se consignan curiosos datos acerca de la inhumación y cremación de los cadáveres entre los romanos. Sabido es que estas tablas contienen parte de la ley dada á la Colonia Genetiva Julia, fundada por Julio César.

Dice, en su capítulo LXXIII: «Nadie, dentro de los límites de esta ciudad ó de la colonia, que hayan sido circunvalados por el arado, introduzca, ni entierre, ni queme ningún hombre muerto, ni le alce monumento funerario. Si alguno violase esta disposición, sea condenado á pagar cinco mil sextercios á los colonos de la colonia Genetiva Julia, pudiendo pedir el que quiera el juicio y la exacción de este dinero; y respecto á lo edificado, el Dumviro ó el Edil cuidarán que sea demolido.

1 Virg., *Ænei.*, VI, 177; Ovid., *Trist.*, III, 13, 21.

Si contra lo aquí dispuesto se llevare y colocare el cadáver, se harán las expiaciones convenientes.»

Y continúa en el capítulo LXXIV: «Nadie construya quemadero nuevo, donde nunca se hubiese quemado ningún cadáver, á menos distancia de la ciudad de quinientos pasos. El que hiciere lo contrario, sea sentenciado á pagar cinco mil sextercios á los colonos de la colonia Genetiva Julia, pudiendo pedir quien quiera el juicio en virtud de esta ley [1].» Las palabras del primero de estos capítulos, *hominem mortuum inferto, neve ibi humato, neve urito, neve hominis mortui monimentum aedificato,* están tomadas de las leyes de las Doce Tablas, en las cuales se halla casi el mismo precepto: *Hominem mortuum in urbe, ne sepelito, neve urito* [2], siendo todavía más extensa la prescripción de la ley que estudiamos, pues no sólo prohibe enterrar y quemar los cadáveres, sino hasta alzarles monumentos funerarios, para impedir que con ellos se burlase la prohibición legal, pues colocando el cadáver en un sarcófago [3], ó en una urna de piedra, ya no estaba ni enterrado ni quemado. Esta prohibición demuestra el cuidado que los romanos tuvieron siempre por las reglas de la higiene, que desgraciadamente vemos hoy olvidadas en muchas de nuestras mejores capitales, principalmente en Madrid, donde en ciertos barrios se encuentran las casas de los vivos en inmediato contacto, y rodeando el lugar destinado á los muertos.

1 LXXIII. Ne quis, intra fines oppidi coloniaeve, qua aratro circumductum erit, hominem mortuum inferto, neve ibi humato, neve urito, neve hominis mortui monimentum aedificato. Si quis adversus ea fecerit, is colonis coloniae Genetivae Juliae HS IↃↃ dare damnas esto; ejusque pecuniae cui volet petitio, persecutio, exatioque esto; itque quod inaedificatum erit II viri, aedilesve dimoliendum curanto. Si adversus ea mortuus inlatus positusve erit, expianto uti oportebit.

LXXIV. Ne quis ustrinam novam, ubi homo mortuus combustus non erit, proprius oppidum passus D facito. Qui adversus ea fecerit, HS IↃↃ colonis coloniae Genetivae Juliae dare damnas esto, ciusque pecuniae cui volet petitio persecutioque ex hac lege esto.

2 T-X. Cic. *de leg.* II, 23.

3 Sabido es que el origen de esta palabra viene de σαρκοφάγος, que quiere decir *carnívora*, nombre que se daba á una especie de piedra calcárea que se sacaba de Assos en la Troade, y que tenía la propiedad de consumir los cadáveres antes de cuarenta días (Plinio H.N., XXXIV, 27), por lo cual se hacía mucho uso de ella para labrar sepulcros; de donde viene la costumbre de llamar sarcófagos á toda especie de urnas sepulcrales de piedra.

La gran importancia que el legislador dió á la prohibición contenida en este capítulo, se demuestra por la crecida multa que impone al contraventor, *cinco mil sextercios*, y la consideración de acción pública que da á la que se establece para perseguir á los infractores de la ley, y hacer efectiva la pena; *eiusque pecuniae cui volet petitio, persecutio, exactioque esto.*

Todavía el capítulo siguiente amplía más y explica el sentido del anterior, para evitar dudas acerca del lugar en que pudieran quemarse los cadáveres, estableciendo que no pudiera ser á menos de quinientos pasos de la colonia; mandato igualmente higiénico, cuya contravención se castigaba acertadamente con la misma pena de cinco mil sextercios, y la declaración de acción pública para perseguir á los contraventores.

Estos capítulos, y principalmente el primero, nos demuestran que en tiempo de Julio César todavía estaba en uso la práctica de enterrar los cadáveres, al mismo tiempo que la de quemarlos.

Al hablar del *Ustrinum* ó *Ustrina*, no podemos dejar de establecer la diferencia que existía entre el significado de esta palabra y el de la palabra *Bustum*, pues aunque una y otra designaban lugares en que se quemaban los muertos, eran, sin embargo, de distinto significado. *Ustrinum* era un paraje público destinado á la cremación, donde se llevaban por sus parientes ó amigos los cadáveres de las personas, á las que no se podía costear un terreno propio para este objeto, y después de quemado se trasladaban las cenizas al sepulcro de su familia. El *Bustum*, el lugar destinado al mismo fin, pero de propiedad particular, y comprendido dentro del recinto funerario [1], estando prohibido por las leyes encender tales piras en terreno que no fuera propio.

Como ejemplo de los *ustrinum*, ó quemaderos generales, existe en la vía Appia, á distancia de unas cinco millas de Roma, uno de ellos. Altos muros, construídos á la manera etrusca con piedra de color gris negruzco y rojizo, llamada en el país *peperino*, le limitan por dos de sus lados, y está pavimentado con losas de la misma clase de roca, que resiste mucho la acción del fuego. Uno de los muros mide 350 pies, y el otro 200

1 Festo, *v.* Bustum; Inscript. *ap.* Muratori, 1345, 1; *ap.* Orelli, 4.384 y 4.385. Lucret. III, 319; Cic., *Leg.* II, 26; Suet., *Nero*, 38.

de longitud. El lado, que le limita por el camino, tenía espaciosos pórticos destinados á los espectadores y á los que formaban los cortejos fúnebres, y en el otro extremo estaban las habitaciones de los guardas de aquel edificio, y los almacenes para conservar las maderas y utensilios necesarios para la cremación.

IV.

No es extraño que entre las ceremonias funerarias se contase como una de las más principales el convite fúnebre, porque la comida en su origen tenía carácter religioso, para domostrar la gratitud que el hombre debe á Dios por concederle el necesario sustento. Casi todos los pueblos salvajes, según las relaciones de los viajeros, antes de llevar á la boca el fruto de los bosques ó el trozo de carne del animal muerto en la caza, lo elevan en la mano hacia el sol ó hacia el cielo, en señal de reconocimiento. En los pueblos ya más civilizados, y lo mismo entre los griegos y romanos, la comida diaria que cada familia hacía en su casa principiaba con un sacrificio ú ofrenda hecha á la divinidad, así como, con raras excepciones, no se celebraba sacrificio que no fuera seguido de una comida; lo mismo sucedía en los banquetes que reunían á un pueblo entero, con motivo de alguna solemnidad. Y no eran solamente los sacrificios solemnes y públicos los que se consideraban como banquetes ofrecidos á los dioses: los sacrificios que hacía cada uno en su hogar eran también considerados del mismo modo, y en la comida se presentaba su parte al dios ó dioses lares á quienes se ofrecían [1]. Aun en los tiempos en que estaban más olvidadas las antiguas creencias, se cuidaron de aquellas religiosas prácticas. Las plegarias en la comida, ciertos términos empleados en acepción vulgar y procedentes de las ceremonias sacrificatorias [2], acusaban el recuerdo de una época en que el hombre agradecido creía un verdadero deber partir con los dioses que

1 *Odis.*, III, 336.—Hesiodo, *Frag.* 187, ed. Gotthing.—Hermann, *Gottesdienst, Alterthümer*, § 28, 2.—Fustel de Coulanges, *La cité antique*, c. III.

2 Según Homero, los animales destinados á la comida eran víctimas consagradas, y así los llamaban ἱερήϊα.

se la concedían su comida, siendo su primero y último pensamiento para los seres superiores que se la otorgaban.

Homero nos ofrece buen testimonio de estas costumbres religiosas, que tienen lugar en sus poemas, lo mismo bajo la humilde morada de Eumeo, que en la rica tienda de Aquiles; no celebrándose banquete ni comida alguna sin que antes de todo se hicieran sacrificios á la divinidad, y los convidados arrojaran á la pira del sacrificio las primicias de los manjares que les correspondían [1].

La ablución de las manos (νίψασθαι, ἀπονίζειν ὕδωρ κατὰ χειρὸς), que precede en los relatos homéricos al sacrificio y la libación, y que se conservó siempre en las comidas, era entre los antiguos, aun en la época en que más se habían olvidado las tradiciones piadosas, la purificación necesaria [2] que debía preceder á todo acto religioso. La ablución era tan precisa, que no se omitía aun después del baño que, según el mismo autor de la *Iliada*, se tomaba con frecuencia antes de la comida [3].

La costumbre de coronarse para comer no era todavía conocida en tiempo de Homero, ni tampoco la de recostarse en lechos. Los hombres de la edad homérica comían sentados y no recostados [4], haciéndolo después constantemente de la última manera, siguiendo una costumbre asiática [5]. Las pinturas más antiguas de los vasos, así como las de las tumbas y bajo-relieves, presentan siempre á los comensales recostados en lechos. Sólo en algunos muy arcáicos de Etruria suelen verse personajes sentados á la antigua usanza griega, al lado de una pequeña mesa; pero más bien están bebiendo que comiendo.

Los comensales que tomaban parte en los banquetes recostados en lechos, eran los hombres; pero cuando, por extraño caso, la tomaban también las mujeres y los niños, unos y otros se sentaban á los pies del lecho. Varios monumentos funerarios así lo demuestran.

Cada lecho estaba dispuesto ordinariamente entre los griegos para

1 *Odis.*, IX, 231; XIV, 446.—*Ili.*, IX, 219.
2 *Odis.*, I, 136, 146; VII, 172; X, 182; XVII, 91.
3 *Il.*, X, 578.—*Odis.*, VI, 96.
4 *Odis.*, VII, 203; XVII, 478; XX, 136; XXI, 189.—*Il.*, XXIV, 475, 515.
5 Los cretenses fueron los únicos que conservaron su antigua costumbre.

una ó dos personas, y se cubrían con ricas telas, teniendo además muelles almohadones, que los convidados colocaban como mejor les parecía. Generalmente comían apoyados en el codo izquierdo, poniendo uno de dichos almohadones debajo del pecho. Antes de empezar á comer, los esclavos quitaban las sandalias á los comensales y les lavaban los pies [1], como se ve en el conocido bajo-relieve que representa la llegada de Baco casa de Icario, mezclando en el agua que servía para este uso perfumes y vino [2].

Los etruscos comían también recostados en lechos, costumbre que recibieron, como los griegos, del Oriente; pero, á diferencia de éstos, admitían en ellos á sus mujeres [3], lo cual era muy censurado al principio por los romanos. Entre las pinturas de las tumbas etruscas se ven representaciones de banquetes así dispuestos, y en los muros coronas, que probablemente serían las que tuvieran los comensales y que se quitarían por comodidad. Estas comidas pintadas en las cámaras sepulcrales etruscas representaban probablemente el convite funerario.

Los romanos que en los primeros tiempos fueron muy sobrios, hacia el fin del siglo VI de la fundación de su ciudad, introdujeron gran lujo y refinamiento en sus comidas. La sala destinada á ellas recibía el nombre de *triclinium*, y comían también recostados á la manera griega y etrusca, como se ve entre otros monumentos, en una pintura antigua del Virgilio del Vaticano.

Los muebles ó lechos que para esto servían se llamaban *lectus triclinaris*, porque estaban dispuestos al principio para tres personas. Puede formarse cabal idea de esta manera de comer, consultando el citado bajo-relieve, en el cual Icario está ya recostado, apoyando el brazo izquierdo en un almohadón, teniendo á su derecha á una ninfa, y esperando á que ocupe el sitio que le espera á su izquierda, Baco, á quien un fauno joven quita las sandalias para lavarle los pies, antes de que se recostase en el

1 Visconti, *Museo Pio-Clem.*, IV, lám. xxv.—Clarac, *Mus. de sc.*, lám. 133, *Anc. marbles in British. Mus.*, II, lám. IV.

2 Plut., *Phoc* , 20.

3 Bajo la misma cubierta dice Aristóteles, ap. Ath., I, 23.—Cf. Heraclid. Pol., *Frag.* 16 y Vermiglioli, *Iscer.* Perug., pág. 135.—O. Müller, *Etrusker*, II, pág. 261.

triclinio. Cuando los convidados eran en mayor número, se disponían los lechos de modo que cerrasen tres lados de un cuadrado, quedando el otro abierto para el servicio de la mesa, que se colocaba en el centro. Los lechos así dispuestos, recibían los nombres de *lectus medius*, el del centro; *lectus summus*, el de la derecha del espectador, y *lectus imus* el de la izquierda, siendo los lugares del *medius* los de más distinción, siguiendo después los del *summus*, y acabando por el *imus*. En cada uno de estos tres lechos había también sus lugares de mayor y menor categoría. En el *lectus medius*, el sitio preferente era el primero á la izquierda del espectador, lugar que llevaba también por esto el nombre de *consularis*, y que se distinguía con el propio de *imus in medio;* seguíanle en orden el del lado opuesto, que se denominaba *summus in medio*, y por último, el del centro de este mismo lecho, que se designaba con el nombre de *medius in medio*. En los lechos laterales se llamaba el primer puesto del lecho á la derecha del espectador *summus in summo*, el segundo, *medius in summo*, y el tercero, *imus in summo*. El lecho del lado opuesto, ó de la izquierda (siempre del espectador), se dividía también en *summus in imo, medius in imo*, é *imus in imo*, sólo que en este lecho el orden estaba invertido, siendo el *summus in imo* el más cercano al lecho central y donde se colocaba el dueño de la casa ó el que daba el convite, para estar al lado del convidado de más distinción, que, como dijimos, ocupaba el *locus consularis* ó *imus in medio;* el *medius in imo* era el lugar que seguía al *summus in imo;* y el *imus in imo* el último, que venía á formar línea con el *summus in sumo* del *lectus summus*. En el *medius in imo* é *imus in imo*, se colocaban la mujer ó hijos del dueño de la casa, y á veces un servidor del mismo de cierta importancia. El *lectus imus* era, por lo tanto, el destinado á la familia, y los *lectus medius* y *summus* los de los convidados, siendo el orden por categorías en sus lugares respectivos el siguiente:

1.° *Imus in medio* ó *locus consularis.*
2.° *Summus in medio.*
3.° *Medius in medio.*
4.° *Summus in summo.*
5.° *Medius in summo.*

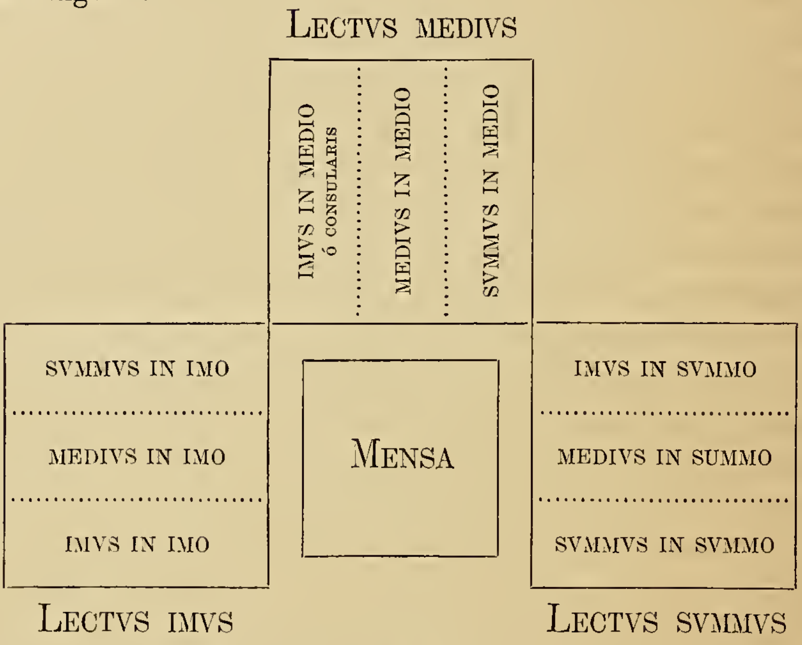
6.° *Imus in summo.*

7.° *Summus in imo.*

8.° *Medius in imo.*

9.° *Imus in imo.*

Un ligero trazado hará más fácil la comprensión de este sistema en los convites romanos, que más de una vez producían disturbios y disgustos de transcendencia, por no cumplir con aquellas reglas de la etiqueta antigua [1].



Teniendo presentes estas nociones, se comprende con facilidad la expresión de *superius* ó *inferius accumbere,* con que se indicaba la diferencia de lugar que se ocupaba en los convites romanos; frase originada del verbo *accubo,* que se empleaba para significar el acto de recostarse para comer.

Los romanos, aunque en un principio comían solos, y las mujeres sentadas á los pies de los lechos, después siguieron la costumbre etrusca de comer todos reunidos.

[1] Saumaise, *Exerc. Plin.*; Gronovio, *Lectiones Plautinae;* Beker, *Gallus;* Furlanetto, *Le antiche lapide del Museo di Este*, Padua, y otros, apoyándose en antiguas autoridades de la época.

Los *triclinios,* cuya palabra provenía del griego τρίκλινον, y que, como hemos dicho, no tanto significaba lecho para comer tres personas, como una reunión de tres lechos con el mismo objeto, dispuestos de la manera que ya queda explicada [1], generalmente sólo eran para nueve personas; pero esta regla debía tener excepciones, como lo demuestra un bajo-relieve original, encontrado en Padua (la antigua *Patavium),* que copia Rich en su Diccionario, cuyo relieve representa un triclinio y en él tres comensales en cada uno de los lechos laterales, y *siete* en el del frente ó centro.

Otra particularidad ofrece este relieve, y es que los lechos están unidos y son macizos de sillería, como también aparece en el conocido triclinio de Pompeya. Probablemente aquel bajo-relieve representaría un banquete fúnebre *(silicernium),* guardando analogía la composición de las figuras, una de las cuales bebe con el *rithon,* y otra levanta el brazo en actitud de invocación, con las que se encuentran en la pintura mural de la *tumba del banquete funerario,* encontrada en la necrópolis carmonense, de que hablaremos más adelante.

Muchos monumentos antiguos, especialmente los bajo-relieves de las urnas sepulcrales etruscas y las pinturas de los vasos italiotas, representan convites de personas adornadas con coronas en la cabeza, en el cuello ó en las manos, y en muchas de las cubiertas de dichas urnas se ve una figura, coronada y yacente, la cual parece representación ó imagen de aquél cuyas cenizas se conservaban en la urna. Tales convites se hacían en memoria y honra de los muertos, y se ofrecían á los dioses manes, reuniéndose los parientes y amigos para celebrarlos, ó en casa del difunto (como todavía se observa en algunos pueblos de la campiña italiana), ó en la misma tumba del muerto. Confirmada esta práctica por pinturas descubiertas en sepulcros de Tarquinia, se ve también, en un bajo-relieve de Atenas publicado por Hobouse [2], bajo el cual está escrito ΝΕΚΡΟΔΕΙΠΝΟΝ, ó sea *cena de los muertos.* Pero como se creía que los difuntos tomaban en espíritu parte en ellas, de aquí el que se celebrasen con preferencia en

1 Varro., *L. L.*, IX, 9.—Macrobio, *Sat.*, II, 9.

2 *A jorney through Albania and others provinces of Turkey in Europa and Asia.*

los mismos sepulcros, y se repitieran en el día de la conmemoración de la muerte, todos los años. Las figuras de los monumentos citados llevan coronas, porque los muertos eran conducidos á la pira con las que habían merecido en vida, según se comprueba por una ley de las Doce Tablas, citada por Plinio [1] y por Cicerón [2].

Los pueblos que promiscuamente usaban la conservación de los cadáveres y la cremación, construían, además del *usirinum*, el *bustum*, dentro del recinto funerario, según ya dijimos, en alguno de los cuales así se quemaban los cadáveres, como se cocinaban después las viandas para la cena ó comida fúnebre; aun cuando también había sepulturas que tenían lugar apropiado para este uso. Estas cenas son los *silicernium* de que habla Varrón: *Funus exequiati cum plausu ad sepulcrum antiquum more* (esto es, etrusca) *silicernium confecimus, id est Peridipnon quo pransi discendentes dicimus alii aliis vale.*

En Plauto encontramos también el uso del *silicernium.*

Coquum non potui, quam hunc, quem duco ducere
Multiloquum, gloriosum, insulsum, inutilem:
Quin ob eam rem Orcus recipere hunc ad se noluit,
Ut esset hic, qui mortuis coenam coquat [3].

El rito del *silicernium* pasó también á los cristianos; pero para evitar abusos, según testimonio de San Agustín [4], se prohibieron más adelante.

Teniendo las comidas en general y los banquetes entre los antiguos carácter religioso, se comprende que más lo tuviese tratándose de ceremonias fúnebres, en las que toda la tendencia de los vivos era procurar á las almas de los muertos paz y bienandanza en la vida de ultratumba.

1 *H. N.*, l. XXI, c. V.
2 *De legib.*, l. II, c. XXIV.
3 *Pseudolus*, acto III, esc. II.
4 *De morib. Eccles. cathol.*, C.XXXIV.

CAPÍTULO III.

DESCUBRIMIENTOS DE LOS SEÑORES FERNÁNDEZ LÓPEZ Y BONSOR.

Datos históricos.—Noticias biográficas de los descubridores.—Situación y descripción de la Necrópolis Carmonense, y de otras antigüedades con ella relacionadas.—Constitución geológica del terreno.—Caracteres generales de los sepulcros.—*Motillas*.—Descripción de alguna de las principales cámaras de la Necrópolis.

I.

Después de haber presentado á nuestros lectores los precedentes que hemos creído necesario tener á la vista para la mejor y más fácil inteligencia de los monumentos sepulcrales de Carmona, tiempo es ya de que pasemos á ocuparnos en el examen de dichos monumentos, no sin que antes digamos también algunas palabras acerca de la historia de su invención.

Los importantes descubrimientos de aquella Necrópolis son de muy reciente época. Entre los autores que se han ocupado de la historia de aquella ciudad y sus antigüedades, nada se encuentra referente á dicha Necrópolis, ni en ellos se hace mención, siquiera sea de una manera indirecta, de ningún sepulcro. Pueden verse, en comprobación de nuestro aserto, la obra de Pedro Valera el Viejo, Fr. Juan Salvador Bautista de Arellano, intitulada *Antigüedades de Carmona*, un vol. en 8.° (Sevilla, 1618); el manuscrito que sobre la Invención de Nuestra Señora de Gracia escribió un fraile de la orden de los Jerónimos, y que hoy se conserva en la Biblioteca Colombina; el libro de D. Cándido María Trigueros, sacerdote erudito y miembro de la Real Academia de Bellas Letras, que, según afirma, tenía en su poder el manuscrito de Pedro Valera; y,

por último, la *Vida de San Teodomiro*, por D. Francisco Javier Cebreros, publicada en 1805.

Las primeras tumbas descubiertas probablemente serían las que existen en la huerta del convento de San Francisco, y su descubrimiento datará de la fundación del mismo, habiéndose encontrado algunas otras en las construcciones de las últimas casas de la calle de Enmedio, todas ellas de escasa importancia.

De verdaderos trabajos de investigación, la primera noticia positiva que se tiene es la de que, hace cincuenta y cinco años, el Sr. D. Juan Díaz, médico distinguido de Carmona, y que aún tiene merecido renombre, sin embargo de que hace más de veinte años dejó de formar parte del mundo de los vivos, en unión de otros amigos, entre los que se contaba el presbítero D. Antonio López, procedió á limpiar un sepulcro medio descubierto, sin encontrar objeto alguno, por lo que quedó abandonado y lleno de tierra; habiéndose descubierto nuevamente en el presente año por los Sres. Fernández López y Bonsor, que pagando justo tributo á la memoria del primer inventor, le han denominado *Tumba de Juan Díaz.*

En 1869, con motivo de los desmontes para allanar el camino del *Arrecife viejo*, se descubrieron algunas tumbas, y en ellas dos arcas ó urnas cinerarias rectangulares de piedra, cuyo paradero hoy se ignora. Después, un obrero llamado Luis Reyes, y por apodo *Calabazo*, se dedicó á buscar objetos romanos para venderlos á los aficionados, llegando á descubrir con tal motivo sobre treinta tumbas, pertenecientes al grupo que hoy llamamos del *Quemadero;* al mismo tiempo que otro trabajador, de nombre Juan Manta, estimulado por el ejemplo de su convecino, trabajó en terreno de su propiedad, encontrando hasta ocho sepulcros con objetos de barro, de diferente forma que los hallados después en la Necrópolis.

La mayor parte de las antigüedades encontradas por aquellos trabajadores las adquirió D. Juan Fernández, el cual, valiéndose del mismo Luis Reyes, practicó varias excavaciones desde 1874 hasta el año de 1881, en unión de D. José de Sotomayor primero, y después del Sr. D. Francisco Mateos Gago y D. Antonio María de Ariza, encontrando algu-

nos sepulcros y objetos en el *Cercado de Simón*, grupo que se llama de *La Paloma*, en el plano general que acompaña á esta Monografía.

En este período emprendió también excavaciones el Sr. D. Laureano Daza, encontrando algunos sepulcros y objetos de importancia. Entre los primeros estaba el llamado hoy *del Mausoleo circular* (láminas XI y XII), del que no se vió más que el recinto interior, sin tierra, habiendo entrado por la parte posterior de la bóveda. El descubrimiento de las primeras hiladas del mausoleo corresponde á las últimas excavaciones hechas por los Sres. Fernández López y Bonsor en el presente año de 1885. A la izquierda de la carretera de Sevilla, en el llamado Campo Real, se encontró también el sepulcro llamado del *Banquete funerario* (láminas II y III), con pinturas al fresco en sus paredes; sepulcro mencionado por el sabio académico Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo en su obra sobre los monumentos de la provincia de Sevilla. Este sepulcro, aunque ofreciendo análogos caracteres que los demás de la Necrópolis, se encuentra muy distante del centro de ésta, así como otro, construído de sillería, que se descubrió en los alrededores de la finca llamada de Brenes.

Todos estos trabajos, sin embargo, no obedecían á un plan general, estudiado con detenimiento y seguido con perseverancia, condiciones con que decidieron acometerlos los Sres. D. Juan Fernández López y D. Jorge Bonsor, cuyos nombres irán de hoy más unidos, no sólo á la historia de Carmona y de España, sino á la de los descubrimientos más importantes arqueológicos de nuestro siglo, con fama imperecedera.

II.

¿Pero quiénes eran estos dos campeones, que á tamaña empresa se lanzaban, sin apoyo alguno oficial, con sus propias fuerzas y sin más pensamiento predominante que la investigación y el descubrimiento de la verdad, objeto supremo que guía á todos los hombres verdaderamente científicos? El uno, un farmacéutico tan modesto como ilustrado, y el otro un artista, tan joven como entusiasta, que desde las nebulosas márgenes del Támesis había venido á Carmona en busca de inspiración, tipos y paisajes para sus cuadros.

Aun á riesgo de ofender la modestia de uno y otro, creemos pagar debido tributo á la justicia, consignando aquí como propia digresión las noticias biográficas de ambos descubridores, que no sin trabajo hemos podido adquirir, venciendo la natural modestia de aquellos distinguidos arqueólogos.

Mr. George Bonsor [1] nació en Lille (Francia) el 30 de Marzo de 1855, de padre inglés y de madre francesa. Fué su padre Mr. James Bonsor, natural de Nottingham, ingeniero, y su abuelo ingeniero también, que introdujo en Francia importantes industrias á principios del presente siglo. El padre de nuestro joven arqueólogo vivió cuando joven en España, construyendo por cuenta de una compañía inglesa las máquinas para el gas en Sevilla y Cádiz, guardando tan gratos recuerdos de este país, que inspiró á su hijo el deseo de conocer á Andalucía. Poco después del nacimiento del futuro artista y arqueólogo, murió su madre, Mme. Paulina Saint-Martín; y habiendo viajado su padre por toda Europa, le acompañó nuestro amigo, estudiando por esta razón en diferentes naciones, ya en el Ateneo de Tournai, en Bélgica, ya en el colegio alemán de Moscou, ora en los liceos de Albi y de Montauban, en Francia, ó, por último, en el colegio de Huddersfield, en Inglaterra.

La vista de tantos y tan diferentes objetos y monumentos, en los diversos paises recorridos por el joven Bonsor en sus viajes acompañando á su padre, despertaron su sentimiento artístico; sentimiento que recibió sólida dirección en la escuela de Bellas Artes de South Kensington, de Londres, y en la Academia Real de Bellas Artes de Bruselas, obteniendo en ésta merecido premio como artista-arqueólogo.

Deseoso de estudiar el país que con tanta frecuencia oía celebrar á su padre, la pintoresca España, llegó á ella en 1879, recorriendo casi toda la Península, así como el vecino imperio de Marruecos, allende el Estrecho, recogiendo en sus artísticas expediciones abundante cosecha de

1 Cumplimos un deber de justa cortesía con el distinguido extranjero que, en unión de nuestro ilustrado compatriota Sr. Fernández y López, ha realizado la importante empresa de las excavaciones de Carmona, empezando por las suyas, las noticias biográficas de ambos afortunados exploradores.

dibujos y pinturas, tomados unos y otras directamente de los originales que la naturaleza le ofrecía.

Su primera visita á Carmona data de las grandes inundaciones del año 1880, sorprendiéndole éstas en Sevilla, á tiempo en que recibió una carta de su padre aconsejándole visitase la patria de San Teodomiro, de la que conservaba gratísimos recuerdos, y en la que vería antiguos restos moriscos, y especialmente una de las puertas de la ciudad, de sorprendente esbeltez y elegancia, que había detenido más de una vez al pasar por ella, la marcha del distinguido ingeniero británico. Trasladóse, pues, á Carmona el joven artista, entrando por la célebre puerta, que así despertaba en él inexplicable y grato sentimiento estético, como el dulce recuerdo del amor paternal.

A poco de fijar su residencia en Carmona, sus aficiones y sus estudios le hicieron conocer al que había de ser su digno compañero en investigaciones y trabajos; y desde entonces, Bonsor y Fernández López, unidos por los lazos de la más entrañable amistad y por los del trabajo y el estudio, puede decirse que formaron una verdadera unidad arqueológico-artística, dividida en dos personalidades.

Joven también el Sr. Fernández López, pues sólo tenía cinco años más que su compañero, había nacido el 23 de Junio de 1850 en Carmona, siendo sus padres D. Nicolás Fernández del Pino y Doña María de Gracia López Blanco, naturales también de aquella ciudad. Huérfano de madre á los cinco años y de padre á los diez, encargóse de su tutoría y educación, así como de la de sus hermanos menores, su tío carnal el virtuoso sacerdote y arcipreste de Carmona, Sr. D. Francisco de Paula Fernández, que fué para él un segundo padre, pues si no le dió la vida material como sér, *le sustentó y dió educación moral y la posición social que ocupa*, según las nobles palabras que dedica á la memoria de su protector el distinguido arqueólogo, demostrando con ellas sus levantados sentimientos, y que sabe unir al título de hombre de ciencia el que vale más que todos los que envanecen á la humanidad: el de hombre bueno y agradecido.

Aun cuando el padre de nuestro amigo era el abogado de más nota y negocios en Carmona, dejó sólo la modesta fortuna que puede conseguir

en nuestra patria el que sólo la busca en su trabajo intelectual, y en cambio gran riqueza de hijos. De los menores se encargó el referido sacerdote, tío de nuestro arqueólogo, dando carrera á los dos varones, Manuel el uno y Juan el otro, que era el Benjamín de la familia.

Discípulo éste, siempre aventajado, del colegio de San José en Carmona, del Instituto provincial de Sevilla y de la Universidad de Granada, maestra siempre fecunda en hijos célebres, tras brillante carrera llegó á obtener el título de Licenciado en la Facultad de Farmacia, que ejerce en su patria desde 1871.

Aficionado á las antigüedades, y principalmente á la Numismática, entró en relaciones desde 1865, en Sevilla, con el distinguido anticuario y hebraista Sr. D. Francisco Mateos Gago, uno de los profesores más eminentes de la Universidad sevillana, sosteniendo con él desde entonces estrecha amistad é ilustrada correspondencia epistolar, jamás interrumpida.

En el año 1880 fundó, en unión de su hermano D. Manuel y tres compañeros más, el periódico carmonense *La Semana*, donde se publicaron algunos trabajos arqueológicos locales y varios episodios de la historia de Carmona. Estos últimos fueron escritos por su hermano D. Manuel, y forman parte de la obra que ya tiene éste concluída y que titula *Historia de Carmona*, la cual debe publicarse en breve. Para ella, y unidos ambos hermanos, hicieron excavaciones en el alcázar de la Vega, que duraron siete meses, obteniendo datos curiosísimos y formando un plano de este edificio y sus dependencias, con los nombres correspondientes y característicos de su respectiva época, sacados de documentos y manuscritos que se conservan en el Ayuntamiento de aquella ciudad. La decidida afición á la arqueología y á las artes que distinguió siempre al joven discípulo de la Universidad de Granada, le hizo unirse, apenas le hubo conocido, en estrecha amistad con el artista Sr. Bonsor, decidiéndose á emprender nuevas excavaciones bajo un verdadero plan preconcebido y estudiado, á cuyo fin se asociaron en 1881, empezando, para poder trabajar con toda holgura y sin ningún linaje de entorpecimientos, por adquirir la propiedad de los terrenos en que iban á emprender su meritoria campaña arqueológica.

Para ello, sin embargo, creyeron necesario precedente el estudio de los Museos españoles y extranjeros, algunos de los cuales ya eran conocidos por el joven artista inglés; y en el año de 1882 recorrió Fernández López, además del Museo Arqueológico Nacional y el de Barcelona, el de Ravestein, en la puerta de Hal de Bruselas; su biblioteca, célebre por los medallones españoles que contiene; los Museos de Brujas, Gante y Amberes, tan interesantes para nosotros los españoles; los de Kensington y Británico de Londres; el modesto, pero no por eso poco importante, de Lille, y los del Louvre, Cluny y Biblioteca de París, acompañado, en algunas de estas científicas y artísticas visitas, por el señor Bonsor.

Con tan adecuada y oportuna preparación, regresaron á Carmona, y en 1883 empezaron las excavaciones, que duraron todo el invierno del mismo año, en el llamado *Campo de las Canteras;* continuándolas durante el verano y el otoño de 1884 en el *Campo* llamado *de los Olivos*; y siguiéndolas en los mismos parajes durante el presente año de 1885; trabajos que continúan en la actualidad, y que ofrecen ser no menos fructuosos que los anteriores.

El resultado de las bien dirigidas excavaciones que han hecho los dos dignos compañeros, sin auxilio de Gobierno ni de corporación alguna, demostrando una vez más cuánto puede la iniciativa individual cuando está bien entendida y cuando encuentra esfera libre en que desenvolverse, ha sido descubrir la cifra, que parece fabulosa, de 225 sepulcros ó monumentos funerarios, que hacen de la Necrópolis de Carmona una de las más interesantes para el estudio de las pasadas edades; Necrópolis comparable sólo á las célebres etruscas de que hemos dado breve noticia á nuestros lectores, y con alguna de las cuales guarda la carmonense grandes analogías.

Antes de empezar sus trabajos los exploradores en los campos que habían adquirido por este objeto, las practicaron en los cercanos, con permiso de sus propietarios. Así fué como en el llamado *Campo de la Paloma* descubrieron 32 tumbas, de las cuales 28 están indicadas en el plano y las otras cuatro más lejos que la cantera del *Quemadero.* Este campo, examinado detenidamente, no tiene ninguna otra tumba. En el

campo llamado de *Manta* encontraron nueve tumbas, con entradas en forma de pozo, y los cimientos de un mausoleo. En este campo hallaron también numerosas sepulturas de pobres, en la forma que examinaremos más adelante. En el llamado de *Plata* se encontraron hasta 14 tumbas, de las cuales la mayor parte fueron destruídas por los trabajadores, que cuando se descubrieron iban sólo á ellas para sacar piedras de construcción; y de este modo hubieran destruído toda la Necrópolis, si los señores Fernández y Bonsor no los hubieran tomado por su cuenta para evitarlo.

Dueños ya de los dos campos principales, de las *Canteras* y de los *Olivos,* comenzaron los exploradores por rodearlos de un buen vallado, construyendo en seguida dos cabañas para que sirvieran de alojamiento á los guardas que debían vigilar el terreno. Comenzaron después á descubrir y limpiar las tumbas, dando á cada una su número de orden, correspondiente al plano general de la Necrópolis; plano de que se encargó, como artista, el Sr. Bonsor, así como de recoger cuantas notas y datos producían las excavaciones, en un minucioso diario abierto al efecto, el Sr. Fernández López. Formaba también parte de sus vastos planes escribir á la terminación de los trabajos una extensa obra dando cuenta del resultado de los mismos, ilustrada con trazados y dibujos de las principales sepulturas, y abrir un Museo en el que debían figurar todos los objetos encontrados, así como los estudios, los dibujos, los planos y fotografías, publicando á su tiempo un catálogo razonado del mismo Museo.

Tales eran los proyectos, nunca bastantemente enaltecidos, de aquellos dos ilustrados y entusiastas cultivadores de la ciencia y del arte; y, sin embargo de que ya pueden considerarse conseguidos, tanto por el resultado de las excavaciones como por la formación del Museo, á cuya inauguración tuvimos el honor de asistir, he aquí lo que nos decía hace poco en una expresiva carta el Sr. Bonsor:

«Adelantamos muy lentamente, porque cada uno de nosotros tiene otras ocupaciones, que acaso no son tan interesantes, pero que, sin embargo, por lo que se refiere á las mías, no carecen de encanto... pero ¡ay! los fondos faltan con frecuencia cuando se emprenden trabajos de este

género... ¿Qué pueden hacer dos *capitalistas* de nuestra importancia... un farmacéutico y un pintor?»

Estos *capitalistas* tienen, sin embargo, una gran riqueza para la empresa que han acometido. Su ilustración y su amor á la ciencia y al arte, y la inquebrantable fe en la noble y levantada empresa por ellos emprendida, y que con tanta gloria están realizando.

III.

Al Oeste de Carmona, á la derecha del camino que conduce á Sevilla, y á distancia próximamente de un kilómetro de la célebre puerta árabe que lleva el nombre de aquella capital, es donde se encuentra la Necrópolis que estudiamos. La mayor parte de las tumbas descubiertas están comprendidas en el espacio que media entre la llamada *Vereda del Carmen* y el *Camino del Quemadero*, aun cuando más allá de éste, como ya hemos dicho, se han encontrado algunas en el *Campo de la Paloma*, en el de *Plata* y en el de *Manta*, que caen hacia el Norte. Pero el gran número de estas sepulturas está dentro del perímetro ya indicado, que limita al Norte el *Camino del Quemadero*, al Este la *Corredera del Carmen* y al Sur la *Vereda* también *del Carmen*, espacio donde están el *Campo de las Canteras* y el *Campo de los Olivos*, que son los verdaderos centros de aquella ciudad de los muertos.

A la parte del Sur se encuentran los marcados restos, abiertos en la misma roca de la antigua vía romana que iba de Hispalis á Emérita, cuya primera estación era Carmo, distante XXII millas de la capital, según testimonio conforme del Itinerario de Antonino y de los tres Vasos Apolinares. Hacia la parte del Norte y en el camino del *Quemadero*, lindando con el *Campo de la Paloma*, por el que debía también pasar, se han encontrado restos de otra vía romana, igualmente abierta en la roca; vía no mencionada en ningún documento antiguo geográfico, y cuyo conocimiento podrá servir de punto de partida para la ilustración de la Geografía antigua de nuestra patria. La Necrópolis, pues, se encontraba á los lados y en medio de dos caminos romanos, siguiendo en esto la costumbre de aquel antiguo pueblo y de sus aborígenes etruscos y griegos.

La formación del terreno es la neptuniana, correspondiendo al terciario, clase del plioceno al mioceno, y está constituído en su capa superficial por caliza arenisca de diferente espesor.

La roca, pues, donde están excavados los sepulcros es caliza arenisca poco compacta, granugienta y muy porosa, teñida por el óxido de hierro, y después de la calcinación, su color amarillento ú ocráceo se torna en rojo subido, efecto de la peroxidación del óxido.

Los dos campos de los *Olivos* y de las *Canteras* tendrán aproximadamente, de un extremo á otro, en su mayor extensión, 700 metros, siendo la mayor distancia entre las tumbas descubiertas hasta hoy de un kilómetro; de modo que puede decirse representan aproximadamente una superficie de un kilómetro cuadrado. La situación de las tumbas, como puede verse en el plano, es en grupos ó colocadas á los lados de las dos vías romanas.

Aquellos parajes no ofrecen, sin embargo, para el viajero indiferente, fúnebre aspecto. Sólo se presentan ante sus ojos extensos campos, verdes olivares, vallados de áloes, granjas rodeadas de jardines, plantaciones de naranjos, limoneros, granados y almendros, cactos, y entre ellos las célebres *higueras chumbas* tan características de Andalucía y de Africa, que los franceses llaman *higueras de Berbería*, y en medio de toda aquella vegetación algún montecillo, sobre el cual un buey de tardo paso da lentamente la vuelta á la rueda de pesada noria, de donde extrae el agua que refresca y alimenta aquella vegetación exuberante.

A la caída de la tarde, poco antes de ponerse el sol, se pueblan las veredas y caminos con grupos de trabajadores que vuelven de sus tareas campestres, entre los cuales sobresale el tipo especial de la *tarera*, únicamente conocido en aquel país, ó sea la mujer de campo que va á los trabajos del mismo, vestida de hombre con pintoresco traje y ancho sombrero, que da enérgicos tonos á su fisonomía morena y expresiva. Los animales que han servido para las labores del día, cargados con cuerdas, con aperos, con utensilios de cocina, con niños, siguen á los trabajadores, que vuelven á sus hogares para pasar la noche, y que se han reunido al eco de una caracola marina, tocada con toda la fuerza de sus pulmones por el jefe de cada uno de los pintorescos grupos.

El sol en tanto se oculta por completo, y reina la calma de la noche: pasó el día, que es lo presente, y envuelve el espacio con sus sombras la noche, entre cuyo misterio la imaginación vaga inquieta y se despierta en lo pasado. Antigua y escueta cantera aislada en medio de los campos, atrae preferentemente la atención con sus negras y misteriosas profundidades, de donde salieron los grandes sillares que sirvieron en remotos tiempos para la construcción de las murallas de Carmo, de sus templos y de sus mausoleos.

Pequeñas colinas destacan su accidentado perfil sobre el cielo, ligeramente iluminado con los vagos resplandores de las estrellas: son las *Motillas* ó los *Tumulos*, que parecen pirámides arruinadas, á los pies de las cuales la imaginación forja en la oscuridad artísticas decoraciones de columnas, como la memoria recuerda haberlas visto en lejanos paises del Oriente.

Aquí y allá, masas blancas semejan mausoleos con cippos funerarios; y la nube de humo que se levanta del hogar lejano, donde alrededor de la chimenea restaura sus fuerzas el honrado trabajador, despierta el recuerdo del humo espeso que se elevaba al firmamento en aquellos parajes, sobre las piras del amplio *Ustrinum* ó del estrecho *Bustum*.

Pronto la noche avanza, y con su manto de estrellas envuelve por completo la ciudad de los vivos, el campo de los muertos y los sueños de la imaginación.

Los resplandores de la aurora y los ardientes rayos del sol de Andalucía, alumbrando después el paraje que fué en lo antiguo fúnebre recinto, vuelven al investigador al mundo de la realidad y del estudio.

Todo el terreno situado fuera de la ciudad en la dirección del Oeste, formando la continuación de la planicie sobre la que se levanta Carmona, debió ser del dominio público del antiguo *Municipium Carmonense*. No pudiendo servir parte de aquellos terrenos para la agricultura, porque la profundidad de la capa de tierra vegetal en algunos sitios apenas tiene hoy 25 centímetros, allí debieron estar el campo de Marte, el Circo ó el Anfiteatro, y la Necrópolis propiamente dicha.

En la parte ocupada por la Necrópolis, el suelo de la roca está horadado en mil puntos, generalmente en forma de pozo cuadrangular, de un

metro de largo, de sesenta á setenta centímetros de ancho y dos ó tres metros de profundidad, en el fondo del cual se abre una puerta que conduce á la cámara sepulcral, donde en los nichos excavados en los muros se encuentran las urnas cinerarias.

Para descubrir la entrada de estos pozos, los hábiles investigadores tuvieron que hacer uso de su feliz ingenio, porque la capa de tierra vegetal, aunque delgada, es lo bastante gruesa, sin embargo, para ocultar las entradas de los pozos. Por esto aprovechaban las épocas de la primavera, después de las grandes lluvias, en que los arrastres de las aguas les ayudaban á descubrir muchas de aquellas incógnitas entradas. La época de los grandes calores prestábales también apoyo en su arqueológica empresa. Abrasadas por el sol todas las yerbas y pequeñas plantas de aquellos campos, las que permanecían todavía verdes les indicaban un sitio en que la mayor profundidad de la capa vegetal conservaba la humedad, lo cual sucedía donde había pozos llenos de tierra. Algunas plantas y arbustos de raíces más profundas les ayudaban mucho por la misma razón, entre otras el euforbio y la higuera.

Las entradas de las tumbas, sin embargo, no se presentan siempre á manera de pozo, sino de una escalera de sesenta á setenta centímetros de ancho y de cinco á diez escalones, que conducen á fosas ordinarias de inhumación más bien que á cámaras sepulcrales, donde el cuerpo se inhumaba sin haberle quemado.

Los terrenos que ocupaba la necrópolis están hoy atravesados por tres caminos, como puede verse en el plano, en dirección á Sevilla, llamado el uno de las *Viñas*, otro del *Quemadero* y otro *Vereda* del *Carmen*, dejando entre ellos, delante del primero y á la izquierda del *Arrecife de Sevilla*, los campos principales siguientes:

Campo de Manta; Campo de la Paloma; Campo de los Olivos; Campo de las Canteras, y Campo Real, siguiendo el orden de Norte á Sur.

Los grupos principales de tumbas que hay en estos diferentes campos, siguiendo la dirección contraria de Sur á Norte, son los siguientes:

Grupo del Campo Real, con la *tumba del Banquete funerario*.

Las Canteras, con ocho tumbas principales, que son las designadas

con los siguientes nombres: La de *Prepusa;* la de las *Columnas;* la de la *Urna de cristal;* la de *Hoyos*, y el *Bustum.*

Grupo del cercado, con una tumba importante, llamada la *Tumba de Tiberio,* á causa de haberse encontrado en ella una moneda de plata de aquel Emperador.

Grupo de los olivos, con nueve tumbas principales, á saber: la de *Postumio;* la de las *Tres puertas;* la de las *Guirnaldas*; la de los *Cuatro departamentos*; la del *Mausoleo circular*; la de *Juan Díaz*; la del *Columbario* y *triclinio*, y la del *Triclinio del olivo.*

Grupo del quemadero, con las tumbas principales de las *Bóvedas*, la de *Una sola hornacina*, y la *Tumba del Camino.*

Grupo de la paloma, con las tumbas de la *Paloma*, y otra con *diez y siete hornacinas.*

Grupo de manta, con el mausoleo de su nombre, como principal.

De todas éstas, las más notables son, como ya indicamos, las de los grupos de las **Canteras** y de los **Olivos**, tanto por el número de las tumbas descubiertas, pues pasan de doscientas, como por la importancia de muchas de ellas. En estos dos campos las tumbas se encuentran muy cerca las unas de las otras, y forman el centro y como el corazón, si esta frase pudiera usarse tratándose de sepulcros, de aquella necrópolis.

Es imposible, en los límites de una Memoria, describir todas y cada una de las sepulturas descubiertas, lo cual es propio de la extensa obra que proyectan los Sres. Fernández López y Bonsor, por lo cual habremos de limitarnos á dar cumplida idea de las diferentes sepulturas que en aquellos campos se encuentran, describiendo alguna de las más principales, para formular después, como complemento de nuestro estudio, el juicio crítico-arqueológico acerca de tales monumentos.

IV.

El *Campo de las Canteras* es así llamado por las tres que en él existen, y que pueden verse en el plano, de las cuales la llamada *Mayor* estuvo labrada en época antigua, como lo prueban sus cortes lisos, rectos

y perpendiculares, sin vestigios de sepulcros; cortes donde hubieran podido labrarse con fachadas arquitectónicas, como los de Oriente y de Etruria, que dejamos descritos en el capítulo anterior. En estas *Canteras de Carmona* no se encuentra la más ligera señal de haberlo siquiera intentado. En la *Mayor* avanza hacia su centro una gran masa de roca, á manera de península é istmo.

Si tienen importancia las tumbas excavadas en la roca, para nosotros la tienen en igual grado, si no mayor, las llamadas *Motillas*, que en el mismo campo de las canteras se encuentran (véase el plano). Son las *Motillas* conos artificiales que llaman desde luego la atención, y que recuerdan los de la *Troade*, las *Tantaleyas*, y tantos otros de este género como se encuentran en nuestra patria. Son verdaderos túmulos que traen también á la memoria las *Mamoas* de Galicia y el túmulo de Cangas de Onís, que nosotros mismos hemos explorado.

Como no podía menos de suceder, los ilustrados descubridores hicieron excavaciones en una de estas *Motillas*, junto al vallado de la cerca llamada de *Modesto*, que duraron desde el 30 de Junio al 11 de Julio de 1884. Practicaron una zanja transversal en dirección de Este á Oeste, cuyo corte demostró estar hecha la *Motilla* artificialmente con piedras de todos tamaños. La roca se encuentra á una profundidad de dos metros. La tierra negruzca estaba mezclada con cenizas, habiéndose encontrado entre ella algunos trozos de carbón.

Las *Motillas* están rodeadas de una excavación circular hecha en la roca; y como sospechasen los descubridores pudiera haber servido para colocar los cimientos de un mausoleo á manera del de *Manta*, que tuviera en su centro un sepulcro ó sarcófago, trataron de averiguarlo, pero sin que el resultado de la investigación justificara su sospecha.

En cambio, delante de una de ellas se encontró un sepulcro, cuyo pozo estaba cubierto por dos sillares, sin tierra en su interior, y los objetos cada cual en su sitio.

Diferéncianse los túmulos carmonenses de los citados, que se hallan en España y fuera de ella, en que éstos, por punto general, tienen la sepultura en el centro, formada con piedras; mientras en Carmona los túmulos están al lado ó casi encima de los sepulcros, hechos por el sistema gene-

ral de esta Necrópolis, ó cubriendo las cenizas de los que, no pudiendo tener otra clase de tumba, alcanzaban sólo de sus parientes ó deudos que colocaran sobre ellas uno de estos montículos artificiales. Creemos, por lo tanto, que estos túmulos, recordando la tradición asiática, no son de tan remota época como pudiera creerse á primera vista, sino manera de señalar el sitio de la sepultura ó de suplir á otros monumentos funerarios.

Generalmente la planta de las cámaras sepulcrales de Carmona es rectangular, debiendo mencionarse, como única excepción, una situada cerca de la tumba de Postumio, cuya planta es circular. El techo de estas cámaras, en unas es plano; en otras, abovedado en dirección de la puerta á los nichos, ó en sentido transversal. Las bóvedas son más ó menos rebajadas, y de medio cañón. El número de hornacinas en los sepulcros descubiertos hasta hoy, varía mucho. Algunos tienen una sola: de dos no hay ninguno; de tres en adelante, hasta veintiuna, hay varios. Ordinariamente se hallan todas en la cámara sepulcral; pero algunas veces las hay también en el pasillo que la precede, ó en el mismo pozo de entrada, las cuales serían probablemente para los libertos ó servidores de la casa. Otras veces, una hornacina en la escalera comunica con el cercano *bustum*, cuando lo hay, para prender por ella fuego á la pira y establecer la corriente de aire necesaria, á fin de que la cremación se terminase más pronto. Concluída ésta, se recogían las cenizas, y la abertura, entre el *bustum* y el sepulcro, se habilitaba para hornacina, como se ve en el del *Romano* y en el del *Ustrinum*.

El suelo de las cámaras sepulcrales de Carmona está generalmente cubierto por una capa de mortero, compuesta de pequeños trozos de ladrillo y de piedras, mezcla ó composición llamada por Vitrubio, *Ruderatio* [1]. En otras se encuentra otra mezcla ó mortero distinto del anterior, de color rojizo, compuesto de tejas pulverizadas, de arena y de cal, á la que Plinio llama *opus signinum* [2], y que se fijaba con pisones, hasta formar un suelo compacto y sólido; pavimento que tomaba su nombre de la ciudad de Signia (hoy Segni), famosa por sus tejas, y donde se inven-

1 Vitrubio, VII, 1.
2 H. N. XXXV, 46. Vitrubio, II, 4 y VIII, 7.

tó este mortero, aprovechando el mucho *detritus* que naturalmente habría en ella de aquel producto cerámico. En ninguna de las tumbas de la necrópolis carmonense se ha encontrado pavimento de mosáico, sin embargo de haberse descubierto en la ciudad varios con dibujos geométricos, los signos del Zodiaco y otras labores, hechos con pequeños cubos de tres colores, blanco, negro y amarillo oscuro.

Los sepulcros encontrados en frente del de *Prepusa,* desde el del *Banquete* y *Urna de cristal*, hasta el de la *Cantera,* á excepción de una sepultura, marcada por los inventores con el número 13, y el *bustum* del llamado sepulcro del Romano, ninguno tiene quemadero próximo, de donde los descubridores quieren deducir, que la excavación del sepulcro de Prepusa fué posterior, habiendo sido empleado el cuadro que delante tiene para quemadero de los sepulcros inmediatos.

Bien pudo ser; pero mejor creemos que se hacían de una y otra manera, es decir, con *bustum* y sin él; y si dicho cuadro fué quemadero de los sepulcros inmediatos, sería propiedad en común de todos ellos, pues ya hemos visto que no podía quemarse cadáver particularmente en terreno que no fuera propio.

En el mismo campo de Prepusa se encontraron varias urnas ó cajas rectangulares, colocadas á regular distancia unas de otras, con sus cenizas y restos de huesos calcinados dentro; urnas que formaban un círculo en cuyo centro había un esqueleto entero inhumado. Estas urnas estaban simplemente metidas en la roca ó tierra, de la misma manera que se hallaron también otros vasos de barro convertidos en urnas cinerarias en el *Campo de Manta*, alrededor del mausoleo ya mencionado. Todo esto nos indica que aquellas eran las sepulturas de las clases menos acomodadas, las cuales varían mucho; siendo lo más general una excavación en la roca, adecuada á la urna que había de encerrar las cenizas, y que después se cubría con tierra. Así se han encontrado bastantes. Las urnas eran rectangulares, de piedra, como la del núm. 2 de la lámina XVII, ó de barro de igual forma, y otras veces cilíndricas, cilindro-cónicas, en forma de ánforas y de otras varias, notándose que se aprovechaban para este uso vasijas que se habían hecho para otro destino.

También se ha descubierto una vasija de gran tamaño, de barro negro,

llena de huesecillos, *catinos* ó platos y restos de comida, que parece depósito de los que quedasen en algún banquete fúnebre.

Inmediato al sepulcro núm. 103, se encontró en la roca una cavidad cuadrada, ó mejor un espacio cúbico de medio metro de lado, y dentro una caja ó arca de piedra, con tapadera y llena de huesos calcinados; y unida á esta cavidad, otra igual, pero sin arca ó caja.

En algún sepulcro, como el del núm. 106, descubierto en Diciembre de 1883, hallóse cubierta la abertura rectangular del pozo con un sillar de grandes dimensiones; el pozo lleno completamente de piedras y restos de urnas ó arcas cinerarias, y en la parte superior la puerta señalada, y más abajo la verdadera puerta que conducía á la cámara sepulcral, recordando muchas tumbas de Oriente y de Etruria en que se encuentra el mismo pensamiento, aunque la entrada aparente en aquéllos estaba á la vista y la verdadera oculta. Aquí resultaban las dos dentro del pozo; de modo que, aunque se descendiera á él, no sabiendo que continuaba, la puerta era aparente. También pudo provenir en la tumba que examinamos esta duplicidad de puertas, fingida y verdadera, de no haber encontrado bastante dura la roca al tratar de hacer la primera, pues la fingida está sólo señalada, y el examen de las demás sepulturas demuestra que sólo las abrían en la roca dura y resistente, supliendo con sillares los sitios en que ésta no ofrecía la consistencia necesaria, como se ve en la tumba del *Mausoleo circular*. Se observa, y sirve de guía para encontrar las tumbas, la inclinación de la roca, ya brusca, ya gradual, y dependiendo siempre de los trabajos practicados en ella, hasta encontrar la indispensable dureza para la excavación.

Por la misma causa, los pozos estaban á veces revestidos con sillares, como se ve en la sepultura núm. 112.

En las inmediaciones de los sepulcros se encuentran excavaciones cuadradas, de un metro de profundidad, principalmente en el *Campo de Prepusa*, que acaso fuera para llenarlas de tierra vegetal y colocar en ellas cipreses ó árboles propios de los cementerios. Delante del de Prepusa, y al otro lado de la vía romana, hay cuatro de estas excavaciones, formando un cuadrado cuya diagonal es de unos nueve metros.

Acaso fueran también para colocar cipos funerarios con inscripciones,

que después se arrancaran para aprovecharlas en obras públicas ó particulares, de lo que tenemos muchos ejemplos en España. La casi carencia de inscripciones que se nota en esta Necrópolis nos hace pensar más en esta conjetura, así como la circunstancia de encontrarse otras de igual clase en los lados de los pozos ó entradas de las tumbas.

No había regla fija para cubrir la excavación rectangular del *bustum*, valiéndose para ello de *tegulas*, ó de uno, dos y tres sillares, que colocaban sobre la excavación rectangular después de reunidos en ella los residuos de la incineración, en cuyo caso quedaban convertidos en sepulturas cinerarias los mismos *bustos*.

A veces se construía una rosca de ladrillo en forma de féretro, cerrado herméticamente por todas partes, aunque esto más bien parece haber sido un sepulcro, ó el mismo *bustum*, que se cerró después de la cremación para guardar allí las cenizas. Así parece confirmarlo un monumento de esta clase descubierto en el *Campo de la Paloma*, que sólo contenía cenizas y no escasa cantidad de nueces, algunas quemadas.

En este mismo campo (y csto es del mayor interés) se descubrió, dentro de un sepulcro, un craneo atravesado con dos clavos, y un trozo de hierro, parecido á una media argolla, inmediato á él.

En otro sepulcro del *Campo de Prepusa*, al lado del de la *Urna de cristal*, sc encontraron también restos de otra argolla con huesos dentro, que claramente demostraban haber pertenecido á un brazo humano.

La conjetura de quedar los *bustos* cerrados y sirviendo de arca funeraria, se confirma con el que se descubrió por el lado Norte del sepulcro número 13, y á distancia de dos metros. Estaba cerrado con tres sillares colocados sobre el alcor ó roca calcinada, y levantados, se encontró el hueco lleno de tierra negra, confundida ó mezclada con restos humanos calcinados, y entre ellos y la tierra un espejo con su mango, un candil con asa, un lacrimatorio, una espátula pequeña de bronce, varios trozos de hierro, de uso desconocido, y restos de vasos de libaciones rotos y quemados.

Aun cuando en la Necrópolis de Carmona no se ha encontrado todavía, es posible que de un momento á otro aparezca el verdadero *ustrinum*, el quemadero general ó municipal, como el que hemos dicho se

conserva cerca de Roma, donde debían quemarse los cadáveres de los que no dejaban riquezas para que sus parientes adquiriesen terreno destinado á su sepultura, en la que pudiera tener lugar su quemadero propio ó *bustum*, ó de aquellos que aun teniendo tumba propia, no quisiera su familia ó herederos adquirir además terreno para el *bustum*. Las excavaciones de Carmona han demostrado que los cadáveres de las gentes menos acomodadas se quemaban, pero que sus sepulturas eran de una gran sencillez, como sucede siempre con todo lo que pertenece á los pobres.

Ya dijimos cómo se conservaban sus cenizas en la Necrópolis Carmonense, habiéndose encontrado gran número de aquellas urnas cinerarias sin sepulcros en el campo llamado de *Manta*, por lo que los descubridores apropiadamente dieron á aquel paraje el nombre de «Campos Esquilinos de Carmo,» á semejanza de los así llamados en que se enterraban los pobres de Roma. Para los pobres no había ni sepulcros con hornacinas, ni pinturas murales, ni mausoleos, ni triclinios donde sus deudos y amigos celebrasen el banquete fúnebre. Una humilde urna cineraria cubría sus restos, bajo delgada capa de tierra. Así nos decía, con grande acierto y profundo sentido, el Sr. Fernández López, «la lágrima de dolor de la madre llegaba á refrescar más pronto los incinerados huesos del hijo querido.»

Otras de las curiosidades dignas de especial mención que se encuentran en los sepulcros de Carmona, son los canales de libaciones, que bajaban desde la superficie al centro de la cámara ó del pozo. En uno, inmediato al del *Ustrinum*, dos sillares cubrían el pozo, presentando en su parte media cada uno un semicírculo, que al unirse ofrecían un círculo de una tercia de diámetro. Aquí el canal de libaciones estaba sustituído con este medio de comunicación. El sepulcro llamado de *Postumio* tiene un canal de libaciones tallado en la parte superior de la roca. En los *bustos*, convertidos en urnas cinerarias, siempre ó casi siempre hay una abertura que comunica con el interior, y que estaba destinada á canal de libaciones.

En los principales grupos de las cámaras sepulcrales de Carmona están éstas tan inmediatas, que en varias ocasiones, al romperse accidentalmente el fondo de un nicho, se ha comunicado con otro cercano. Cuan-

do faltan nichos en un lado es señal de que la roca no presenta bastante espesor por aquella parte, ó que tiene detrás otra cámara funeraria, un pozo, ó un *bustum*.

V.

Conocidas ya las particularidades comunes á aquellos sepulcros, para completar el estudio de los mismos, creemos oportuno describir algunos de los más principales; y comenzando por el más lejano hacia el Sur, trataremos de dar á nuestros lectores la más apropiada idea que sea posible de la

Tumba del Banquete funerario.

(Láminas II y III.)

Se compone esta tumba de un pozo de tres metros de profundidad, y de una cámara funeraria con el poyo ó *podium* alrededor, y con ocho nichos. Tiene pinturas murales, que se encontraron en muy buen estado de conservación, y que se hallan en un espacio de 37 centímetros por debajo de los nichos entre éstos y el *podium*, en las que se ve representado un banquete funerario. En el del fondo hay siete comensales, con coronas de follaje, recostados en el *lectum triclinaris*. Dos de ellos beben con el rithón, otro toca la doble tibia, y á la derecha un criado ó esclavo lleva platos con frutos. A la izquierda se ve otra figura, en actitud de llegar de fuera, y á quien parece que todos se vuelven á saludar; figura en la que tal vez se quiso representar al difunto (que, como hemos visto, se invitaba al convite funerario), llevando una especie de tirso ó largo bastón adornado con hojas, y una corona en la mano. Este mismo asunto está representado casi de igual manera en los muros laterales; pero en lugar de la figura que lleva el tirso y la corona, se ve la de un criado ó esclavo. A los lados hay trípodes encendidos, para las ofrendas y sacrificios á los dioses manes. De esta manera, al entrar en la tumba parece que hay tres banquetes, uno en frente y dos laterales; pero fijándose bien se observa, que el pensamiento del pintor debió ser representar los tres lechos del triclinio alrededor de la cámara. Entre los nichos, que, como

puede verse en la lámina, tienden en su corte á la forma cónica, cerrándose por arriba en arco, hay palmas y festones ó guirnaldas, y la bóveda está adornada con hojas y flores rojas.

Las pinturas de esta tumba, en las que se siguió el mismo procedimiento que en las de la Paloma, son de una ejecución franca, y no carecen de intención verdaderamente artística, aunque están hechas para producir efecto á la luz muy tenue que penetra en la tumba, ó á la artificial con que probablemente se bajaría á ella. La capa de mezcla ó cemento sobre que están extendidas es de una dureza extraordinaria.

Explicación de la planta de esta tumba (véase la lám. II).

A. Pozo de entrada.
B. Puerta. Altura, 1^{m},35.
C. Sala ó cámara sepulcral.
D. Podium.
E. Hornacinas ó nichos.

Tumba de la Paloma.

(Láminas IV y V.)

Esta tumba, que es el núm. 51 del campo del mismo nombre, perteneciente á las excavaciones dirigidas por D. Juan Fernández y D. José de Sotomayor, se compone de un pozo con dos escalones al final, una cámara funeraria, el banco ó *podium* y 11 nichos. Para su más fácil comprensión, véase la planta (lám. IV) y la siguiente explicación de sus letras:

A. Pozo de entrada con dos escalones.
B. Puerta. Altura, 1^{m},57.
C. Sala ó cámara funeraria.
D. Podium.
E. Hornacinas ó nichos.

La cámara es cuadrada, y tiene tres nichos en cada muro y otro en

cada lado de la puerta. Los nichos tienen 30 centímetros de profundidad. El espacio que queda entre estos nichos está adornado con anchas fajas coloridas, de este modo: á la izquierda, una faja verde entre otras dos de ocre rojo fuerte; y en la de la derecha, al contrario, una faja roja entre dos verdes (véase la lám. IV). Debajo de cada nicho se ve una cartela de la conocida forma clásica, dibujada con rojo, y donde estaban escritos los nombres de los difuntos; pero á pesar del más escrupuloso examen, no pueden leerse hoy las letras, completamente borradas.

El techo de esta tumba es un cuadrado de $1^{m},70$, pintado al temple. En el centro se ve una paloma blanca, destacándose sobre un cuadrado rojo y verde, que son los mismos colores que se encuentran entre los nichos. El Sr. Bonsor sospecha si estos colores pudieran ser simbólicos, ó por lo menos signos distintivos de un grado, de una clase ó de cualquier honor, puesto que se sabe que las legiones militares tenían un signo particular sobre las águilas y sobre los escudos de los soldados, y que estos últimos solían pintar sus armas de diferentes colores. Nosotros no participamos de sus sospechas, viendo sólo en estos colores el empleo de los que generalmente se acostumbraron en tales pinturas.

El cuadrado central está rodeado de ramas de verdura con frutos rojos, y cuatro pájaros de colores también, pardo, rojo y verde, sobre unas líneas, correspondiendo á los cuatro lados del cuadrado.

Sabido es que los pájaros y las flores eran los principales asuntos de los adornos sepulcrales. Los romanos consideraban todos los pájaros en general como mensajeros de Júpiter, y por su vuelo y las curvas que describían, los augures pronosticaban lo porvenir, ó daban á conocer la voluntad de los dioses.

Los colores empleados en esta pintura son el rojo, el verde, el amarillo y el blanco; si bien en el rojo pueden distinguirse dos diferentes clases: el uno, el llamado *minium*, y el otro, el que se obtenía de cierto ocre, de un rojo sanguinolento, que se llamaba *rubrica*, y que se sacaba de España en gran cantidad. El verde es el óxido de cobre. El ocre amarillo y el blanco son carbonatos de cal. Se preparaban todos estos colores más ó menos fuertes, según la cantidad de carbonato de cal que se les añadía. El color obscuro, ó que pudiéramos llamar tinta neutra, no era

más que la mezcla del rojo y del verde [1]. La preparación ó enlucido que se daba al techo y á los muros era una simple capa de mezcla de tres milímetros de espesor, compuesta de cal y de ladrillo molido, y aplicada directamente sobre la roca; encima se añadía otra capa fina de cal y de arena muy cernida, sobre la cual se pintaba, estando todavía fresca aquella preparación. Esta pintura *al fresco* debía ejecutarse con colores que no hubieran sido calcinados, como, por ejemplo, los ocres y todas las tierras naturales. Un techo ó un muro pintado de este modo, ofrecía duración incalculable. Vitrubio da detalles sobre la preparación de los muros de Roma para la pintura al fresco, que consistía en seis ú ocho capas de cemento, estando la última compuesta de greda y de polvo de mármol. Esta preparación era, sin embargo, muy costosa, y de aquí que no se hayan encontrado pinturas con tales imprimaciones en Pompeya, ni menos en Carmona [2].

La pintura al fresco estaba muy generalizada; pero se pintaba también directamente sobre el enlucido del muro, seco, con colores mezclados de carbonato de cal y diluídos en una mezcla de agua y de cola, lo cual constituye una verdadera pintura *al temple*.

El techo de la *tumba de la Paloma* y de la *del Banquete* están pintados por este último procedimiento. Desgraciadamente, por haberse lavado con agua para distinguir mejor los colores, han desaparecido casi por completo.

Estas pinturas de las cámaras sepulcrales carmonenses demuestran que, estando libres de la humedad, las pinturas *al temple* de los antiguos podían durar tanto como las que se hicieran *al fresco*.

La paloma pintada en esta tumba pudiera dar origen á creer que, ha-

1 Análisis hechos por sir Humphry Davy.—*Phil. Trans. of the royal Society*, 1815.

2 Notable ejemplo de pinturas al fresco encuéntrase en varios fragmentos de revestimiento de muros pintados que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, los cuales se hallaron en unas excavaciones practicadas con grande acierto y fortuna el año de 1869 en la calle del Cuerno, en Cartagena, por el ilustrado académico correspondiente de la Historia D. Adolfo Herrera. En aquellos fragmentos, sobre los cuales tiene publicada el autor de esta Memoria una Monografía en el *Museo Español de Antigüedades* (tomo X, pág. 185), se hallan tan compenetrados los colores en la superficie caliza, que, aun cuando se lavan, no desaparecen.

biendo sido un símbolo tan usado por los cristianos, hubiera pertenecido aquella sepultura á alguno de ellos. Sin embargo, la paloma [1] antes del Cristianismo era considerada bajo diferentes significados. Por la dulzura de sus costumbres y por la nitidez de su plumaje, despertó siempre las simpatías de todos los pueblos, que le hicieron jugar papel importante en la fábula de sus creencias religiosas.

Palomas alimentaron á Júpiter; palomas servían de oráculos en Dodona y en Libia; la paloma era el pájaro favorito de Venus, y figura siempre en las composiciones que se referían á esta diosa, considerada como emblema de la ternura; dos palomas con los picos unidos eran símbolo del amor. Las mujeres judías las ofrecían á Dios después de haber dado á luz á sus hijos; y los egipcios hicieron de ella el símbolo de la viudez, porque, muerto uno de los individuos que formaban la amorosa pareja, no admitía el otro segundo compañero. Por eso alabaron tanto los antiguos la castidad de la paloma, aunque después fué más propiamente la tórtola el símbolo de la viudez. Tíbulo cantó la veneración que tenían los sirios por las palomas, y Marcial consignó en sus versos la prohibición de comer palomas que tenían los sacerdotes de Venus.

Los asirios las miraban también como animales sagrados, porque creían que el alma de Semíramis, su reina, había volado al cielo en forma de paloma. Entre los asirios, como entre los griegos, la paloma estaba consagrada á Baco.

Este ave es uno de los emblemas empleados con más frecuencia en los antiguos monumentos de Persia para representar á Mitra, ya sea porque, según Creuzer, Mithra fuese una divinidad andrógina, masculina y femenina, ya porque, escrito sin aspiración, Mitra y no Mithra, según Herodoto, fuese el nombre que los persas dieron á Venus Urania.

No olvidemos que también la paloma entre los egipcios era símbolo de Isis, por la poética leyenda que se refiere á la peregrinación de la diosa en busca de Osiris, cruelmente muerto por el pérfido Tifón, durante la cual llegó á Biblos, donde sabía estaba el cuerpo de su esposo, oculto en una de las columnas de madera del palacio real. Humilde se sien-

1 La palabra *columba* con que se designaba en latín la paloma, puede provenir del griego Κόλυμβοσ, que se daba á una especie de pájaro acuático.

ta á la entrada de la ciudad, orilla de una fuente, donde la encuentran servidores de la reina, que, encantados de sus talentos, hacen grandes elogios de la extranjera. La reina quiere conocerla, y prendada de ella, la nombra nodriza de su hijo. Isis, en lugar del pecho, le pone el dedo en la boca, y para purificar su cuerpo de todo lo que tenía de terreno, le arroja en una hoguera durante la noche. *Ella misma, transformada en paloma*, vuela alrededor de la columna que encerraba el cuerpo de su bien amado, y puebla el aire de suspiros y de lamentos. La reina la descubre; lanza un grito de terror al ver á su hijo entre las llamas, con el cual le priva de la inmortalidad á que le destinaba su divina nodriza, y ésta, recobrando su sér real, presentándose como divinidad poderosa, reclama la columna, saca el féretro de su esposo y lo deja en depósito al rey de Byblos, que coloca el sagrado cuerpo en un templo, de donde lo traslada la diosa á Egipto [1]. A causa de esta leyenda, la paloma figura á las veces en las manos de los sacerdotes de Isis, como se ve, entre otros, en una de las estatuas encontradas en España, en el llamado «Cerro de los Santos,» término de Montealegre.

No es necesario, pues, recurrir á la época cristiana para explicarse la presencia de la paloma como principal adorno de la pintura descubierta en el techo de la tumba que nos ocupa, pues tiene fácil explicación, siendo como es símbolo pagano en las diversas tradiciones de diferentes pueblos, que más ó menos directamente influyeron en la civilización de las gentes que poblaban á Carmo en el período romano á que la tumba pertenece. Probablemente, el principal personaje, cuyos restos guardaba aquella cámara sepulcral, sería una mujer, acaso una joven, y por eso figuraba en su tumba la paloma de Venus.

Tumba de Prepusa.

(Láminas VI y VII.)

Según el diario de las excavaciones de los dos descubridores, el que en un principio creyeron gran sepulcro, cuya bóveda de sillares había

1 Creuzer, *Religions de l'Antiquité*.

venido á tierra, demostró lo expuesto que es formar juicios anticipados. Era sólo un espacio cuadrangular, que siempre debió estar descubierto, y que con razón calificaron después de patio del *ustrinum*, usada esta palabra en su acepción general, quemadero que se encuentra á la derecha de la entrada de esta tumba. Cerrábase ésta con una piedra tosca de alcor ó roca, que casi cubría la puerta, y otra con un gran relieve, completamente borrado, colocada sobre aquélla, y que la completaba: esta última no se halló en su sitio, sino un poco volcada hacia fuera. El sepulcro tiene seis nichos desiguales; *podium* muy alto, y en la entrada cinco escalones para bajar. Los descubridores lo encontraron completamente lleno de tierra, y cubriendo su entrada en parte dicha losa, unida á la roca con cemento, y atracada además por fuera con gruesas piedras y sillares, conociéndose el deliberado propósito de impedir su profanación, ó acaso más bien para evitar que se conociese la que ya había sufrido aún en la época de los romanos; profanaciones que, como es sabido, se castigaban con severas penas. Probablemente, después que el sepulcro recibió los restos á que estaba destinado, se daría la orden de cegar y borrar su entrada, para lo cual no hubieron de economizarse ni enormes piedras, ni grandes sillares, ni témpanos de alcor; todo lo cual han encontrado los inteligentes descubridores. Pero los encargados de cumplir la orden debieron llevarla á cabo en provecho propio, creyendo que podían impunemente robar las preciosidades que el sepulcro contenía, puesto que, cubierta su entrada con tan enorme cantidad de materiales, no podría descubrirse la profanación. Que ésta tuvo lugar, lo prueba que, mientras la losa primera cerraba parte de la puerta y estaba unida á la roca con cantidad de cemento, el cual hubo de romperse á pico, la otra con relieve, y destinada sin duda á completar la clausura del sepulcro, se halló fuera de su sitio como violentada, ofreciendo la puerta una abertura, en su parte superior, suficiente para el paso de un cuerpo; y que registrado el interior, sólo se hallaron algunas urnas de piedra sin huesos, fragmentos de roca y restos de vasijas de barro.

Los huesos calcinados se encontraron debajo de una tapadera de dichas urnas, colocada cerca de ellas. Otra conservaba entre los restos una pre-

ciosa piedra con un águila, llevando en el pico una corona con lazos. Demuestra, por último, la profanación, la urna ó caja de mármol sin tapadera allí encontrada, que puede verse en la lám. XVII núm. 1, y que presenta las particularidades siguientes: tiene en sus bordes laterales, en la parte superior, dos trozos de hierro ó pernos en un lado, y la señal de haber existido otro en la parte opuesta, destinado sin duda para cerrarla. Se encuentran en los otros dos bordes señales de haber violentado con instrumento fuerte la tapadera, la cual hicieron saltar, con tal violencia, que rompieron parte del borde, cuyo pedazo se halló á bastante distancia de la caja, si bien dentro del mismo sepulcro.

Esta urna es muy bella, teniendo en su frente un rectángulo de relieve, en cuyo centro se halla el nombre de *Prepusa*, y en las otras dos caras, derecha é izquierda, su edad y linaje. Los caracteres son de la época Antoniniana.

El patio, delante del sepulcro, tiene quemadero, ara y entrada con su puerta, como claramente se ve en la planta (lám. VI). La puerta, formada con sillares de roca, se abría de fuera á dentro, y en su umbral encontraron los descubridores un disco circular de cobre, de seis centímetros de diámetro, con círculos concéntricos, que indicaba haber servido para facilitar el giro de la puerta. Delante de ella está la antigua vía romana, cuyos lados se forman con los sillares de la puerta y la roca cortada á pico, prolongación de la pared. El suelo del referido quemadero estaba completamente carbonizado en toda su extensión, notándose, sin embargo, que la piedra del sepulcro no conserva señales de haber tenido fuego tan cerca.

Explicación de las letras de la planta.

A. Patio del Quemadero.
B. Cavidad en la cual giraba la puerta.
C. Entrada de la sala funeraria.
D. Escalera.
E. Hornacinas.
F. Podium.

Tumba llamada de las Columnas.

(Láminas VIII y IX.)

A esta tumba se baja por una escalera de siete escalones, que da paso á un corredor, el cual conduce á la cámara funeraria, de planta trapezoidal más que cuadrada, y rodeada de su correspondiente *podium*.

El techo, ligeramente inclinado hacia la izquierda y con más declive á la derecha, aparece sostenido por cuatro pilares, de planta cuadrangular, sin la más pequeña línea que indique capitel ni basa, y con ligerísima inclinación en sus caras, formando talúd. Estos cuatro pilares, aunque aparecen en el centro de la cámara, no están á igual distancia de sus lados y ángulos, habiendo alguna más desde la parte posterior que á la anterior de la misma cámara. El techo ó bóveda, cuya ligera inclinación ya hemos apuntado, se abre circularmente en el centro que dejan los cuatro pilares, y sube esta abertura á manera de pozo hasta la superficie, donde en remotas épocas debió estar perfectamente cerrado, pues de no ser así, en la estación de las lluvias la tumba se hubiera convertido en un algibe. Los muros forman las entradas que los dibujos indican con los nichos marcados en los mismos, y que llegan al número de 19. En la parte anterior, cerca de la puerta de entrada, se abre otra segunda cámara más pequeña, también de planta trapezoidal, y la escalera, descubierta hasta cierta profundidad, conduce al corredor cubierto, al que se baja por dos escalones. Este no sigue la dirección perpendicular á la escalera, sino que se divide en dos brazos, uno diagonal y otro perpendicular á dicha escalera, formando una especie de Y. Al final de la escalera hay otro espacio cubierto, de la misma anchura que aquélla, pero que no continúa, como indicando que en aquella dirección pudieran haberse proyectado nuevas cámaras. Todo este sepulcro está tallado en la roca, y de la misma masa roquiza son los cuatro pilares, que se dejaron separados de los muros al hacerse la excavación.

Esta cámara, que puede llamarse la más arquitectónica de todas las de Carmona, es por esta razón acaso la más importante, y despierta el recuerdo de la segunda que se halla en el sepulcro etrusco llamado de la

Bóveda plana, en Cæré, de que ya hablamos en el capítulo anterior; cámara que aparece también sostenida por cuatro pilares.

Como puede verse por la escala, las dimensiones no son muy extensas, y la altura desde el suelo á la bóveda es de $1^{m},70$. Tanto sus muros como el techo y los pilares, debieron estar pintados, pues se conservan grandes restos del cemento que servía para fijar la pintura, y algunas líneas verdes encuadrando los nichos.

Este sepulcro sería probablemente familiar, si se juzga por los muchos nichos que contiene, por la pequeña cámara que hay en la parte anterior, y por el corredor empezado que se halla al extremo de la escalera, y que probablemente hubiera conducido á otra cámara sepulcral. La escalera, hoy abierta, debió cubrirse con losas y después con tierra, para ocultar la entrada.

En esta tumba se encontró una moneda de la Colonia Patricia y la palanca de una balanza, lo cual parece indicar que el jefe de aquella familia, como la mayor parte de los habitantes de Carmona en aquel período, debía estar dedicado á la agricultura y al comercio.

Tumba llamada del Ustrinum.

(Lámina X.)

Para la cremación de los cadáveres en la Necrópolis Carmonense, parece que se elevaba la hoguera ó pira de dos diversos modos: ya directamente sobre el suelo, ya en una especie de fosa ú hornazo excavado con este objeto.

Inútil es hablar del primero, porque consistía sólo en fijar un espacio que servía para la cremación, y que se descubre fácilmente por la huella que ha dejado la acción del fuego sobre la roca arenisca de aquellos alrededores, la cual, después de encendido el fuego sobre ella, quedaba de un color rojizo de ladrillo; color que no ha desaparecido, á pesar de los siglos que sobre él pasaron: la tierra que cerca de estos sitios se encuentra, conserva restos de carbón y está negra.

Generalmente se ven señales de tales quemaderos en las cercanías de las tumbas, y algunas veces en la misma entrada, pero principalmente

en lo alto; lo cual nos hace creer que estos quemaderos parciales fueran más bien *bustum* que *ustrinum*, en el sentido propio de estas palabras, que fijamos al final del capítulo anterior, y que se encendían, por lo tanto, en el terreno propio de cada tumba.

Era natural que se escogiesen para la cremación sitios elevados, á fin de que el viento ayudase á las llamas y más pronta y fácilmente se consumiera el cadáver. Como los huesos y cenizas se recogían cuidadosamente, no se encuentran en estos quemaderos restos de ellos, y sólo fragmentos de vasos y de los objetos que, como hemos visto en el número III del cap. II, se quemaban con los difuntos.

El segundo sistema ofrece más detalles, como lo demuestra la tumba llamada del *Ustrinum*, que pasamos á describir.

Se entra en ella por un pozo de una profundidad de 2^{m},50, en cuyo fondo, á la izquierda, se encuentra una abertura parecida á un nicho pequeño, que comunica con una fosa destinada á quemadero, que era por donde debía encenderse la hoguera. Se bajan tres escalones, y en el fondo, á la izquierda, se encuentra la puerta de entrada á la tumba propiamente dicha, ó pequeña sala funeraria. En su interior, á izquierda y derecha, está el *podium* ó banco, de 30 centímetros de ancho, en el cual se colocaban los vasos y otros objetos que servían para las libaciones. A 30 centímetros de altura sobre este banco se ven á la derecha dos nichos y otros dos en el fondo, y en el lado izquierdo ninguno, lo cual hizo pensar á los descubridores que habría hacia aquel lado un quemadero. En efecto, profundizando la misteriosa abertura ó nicho del pozo de entrada á que ya hemos hecho referencia, se descubrió aquél. En este nicho había un catino ó plato de barro y una urna cuadrangular de piedra, que contenía huesos calcinados, y un vaso de los llamados vulgarmente lacrimatorios. En los escalones de la escalera que daba acceso á la cámara, se encontraron también los objetos siguientes: dos vasijas de barro; un vaso de libaciones; una especie de taza, con un dibujo en relieve; tres lacrimatorios de vidrio, y varios fragmentos de objetos de cobre; cerca de la puerta, una pequeña lámpara común de barro; y en el interior dos vasos de libaciones, uno en cada banco ó poyo de uno y otro lado, y un anillo con una piedra grabada, representando un animal en

actitud de pastar. En el suelo había, además, cuatro lacrimatorios de vidrio.

La tumba está dividida en dos partes, con una pequeña separación tallada en la roca, de 20 centímetros de espesor, que sube á la altura del *podium*. La parte del fondo semeja una especie de baño, de forma casi oval y de 58 centímetros de profundidad, siendo un poco más ancho por la derecha que por la izquierda. A la derecha y en el fondo se distinguen tres huecos, de los cuales el dcl centro parece haberse abierto para colocar la cabeza, y los otros dos de los lados para depositar vasos, que en efecto en ellos se encontraron. Si la longitud total de este misterioso compartimiento hubiera sido igual á la proporción mediana de un cuerpo humano, los descubridores hubieran creído que era una sepultura ordinaria para colocar un cadáver; pero faltaban para ello más de 40 centímetros. Según todas las probabilidades, aquel sepulcro era uno de los llamados *subgrundarium*, en los cuales se colocaban los cuerpos de los niños muertos en los primeros años de su vida, y que, según hemos visto, no se quemaban.

El *bustum* ó *ustrinum* en el sentido genérico de esta palabra, que comunicaba con esta tumba por el nicho de que ya hemos hablado, á la izquierda del pozo de entrada, es una fosa de dos metros de profundidad y 1^{m},80 de longitud, término medio de la estatura humana, y 90 centímetros de ancho. tiene en el fondo un pequeño resalte, de 20 centímeros de ancho y 55 de altura, sobre el cual se colocaban los maderos para la cremación. El que nos ocupa debía haber servido muchas veces, á juzgar por sus paredes calcinadas hasta arriba, lo cual parece demostrar que la pira debía rebasar la superficie, por más que después que se fuera consumiendo fuera bajando, y el cadáver, ya casi consumido, quedase encerrado dentro del *bustum*. En el fondo de éste encontraron los descubridores restos de tejas, fragmentos de hierro quemado y una pequeña lámpara de barro, cuyo frente se adorna con un gallo en relieve. Este *ustrinum* ó quemadero era propiamente un *bustum*, pues pertenecía al sepulcro á que está unido, y, por consiguiente, era de propiedad particular.

Tumba del Mausoleo circular.

(Láminas XI y XII.)

A diferencia de otras muchas, esta tumba no estaba llena de tierra. Penetraron los descubridores en ella por la bóveda, encima del nicho grande del fondo, y entonces descubrieron que la verdadera entrada estaba cerrada por dos enormes sillares. En el interior no se encontró el más pequeño objeto. En la parte exterior, próximamente á metro y medio de la entrada del lugar marcado en el dibujo de la planta con la letra *X*, encontraron bajo la tierra, quemada la roca, cenizas de carbón y dos pateras ordinarias, conteniendo restos de comida; señales todas que claramente indicaban la existencia en aquel paraje de un *ustrinum* ó *bustum:* también en el punto marcado con la letra *Z* había restos de otro quemadero, como el anterior, de 30 centímetros de profundidad.

Esta notable sepultura ofrece nuevo ejemplo de que en los parajes donde la roca no ofrecía bastante resistencia, la suplían por medio de construcciones arquitectónicas. Así es que la cámara está excavada, como el pasillo de entrada; pero tanto éste como aquélla, están cerrados con arcos de medio punto, formados por sillares. La cámara es rectangular y tiene once nichos, cinco á cada lado, y uno en el frente mayor. Sobre esta cámara sepulcral debió elevarse un gran mausoleo circular, cuya planta está descubierta por completo, y parte de los sillares que formaban la cimentación. El diámetro exterior de esta construcción es de $11^{m},75$. La simple vista de la disposición de este monumento trae á la memoria el llamado *la tumba de la Cristiana*, en Africa, y aun el de Rodas, aunque éste es de planta cuadrada, de que hablamos en el capítulo II.

Esta tumba tiene también en la parte media de la bóveda, correspondiendo con la parte posterior, un corte rectangular, que debió servir para canal de libaciones.

Explicación de la planta (lám. XI).

H. Pozo de entrada.

i. Corredor.

j. Sala ó cámara funeraria.

k. Zanja para la colocación de los sillares que formaban la cimentación del mausoleo.

l. Sillares que se conservan de la misma cimentación.

Tumba de las Tres puertas.

(Lámina XIII.)

Esta tumba es una de las más regulares que se han encontrado en la Necrópolis, como puede verse por su planta representada en la lámina. Se baja á ella por una escalera de cinco escalones, y se entra en un corredor que conduce á tres cámaras sepulcrales, formando una cruz. Las tres están rodeadas del *podium* y tienen cada una siete nichos, tres en el lado mayor del rectángulo, frente á la puerta, y dos en los lados menores. Es notable la gran simetría con que están dispuestas estas excavaciones, diferenciándose sólo en que la cámara sepulcral frente á la escalera tiene un corredor algo mayor, lo cual parece hecho de propósito, para dejar espacio á los lados á las otras dos cámaras.

Las tres debieron estar pintadas, pues se conserva el cemento ó enlucido en muy buen estado en todos los muros, y en algunos puntos, como sucede en la cámara sepulcral de la izquierda, restos de pintura mural, que, á pesar de su mala conservación, se ve representan ramas de olivo ó de mirto, adornando los nichos.

Tumba con siete hornacinas.

(Lámina XIV.)

Esta tumba, señalada con el núm. 118 por los descubridores, tiene también una forma muy regular, como puede verse por la lámina, y es uno de los tipos más generales de aquellos sepulcros. Se baja á ella por un pozo de entrada, que tiene á los lados aberturas hechas en la pared para colocar los pies, como se ve indicado en la lámina. Un corto pasillo da ingreso á la cámara, rodeada por el *podium* y con sus correspondientes nichos simétricamente distribuídos; tres en el frente, mayor el del

centro que los de los lados, uno en cada muro lateral y otros dos á uno y otro lado de la entrada. También esta tumba, que, como la anterior y casi todas las descubiertas, debieron ser sepulcros familiares, conserva restos de enlucido, que indican haber estado adornada con pinturas.

Columbario y Triclinio.

(Lámina XV.)

Este notable monumento, que puede asegurarse no tiene igual en cuantos descubrimientos arqueológicos se han hecho hasta el día, es de grandísima importancia, porque nos revela claramente un cuadro de costumbres funerarias, al que no falta más que colocar los personajes. La gran excavación de planta casi regular, aun cuando más bien es un trapecio que un rectángulo, contiene, no solamente el columbario en el frente y á los lados hasta cierta distancia, sino que tiene además todo cuanto puede servir para el banquete funerario, con su macizo triclinio labrado en la misma roca, á manera de los que se nos presentan en los ejemplos que citamos en el capítulo II. Se baja al monumento por una escalera principal, compuesta de cinco escalones, que desemboca en un gran patio á la izquierda, donde, delante de los nichos del columbario, está el triclinio. Para subir á él hay dos escalones, y en uno de los lados una especie de pileta, que servía para la ablución de los pies. En el *triclinium* claramente se distinguen el *lectus imus*, el *lectus medius* y el *lectus summus*. Todo el triclinio está rodeado por una especie de corredor ó andito que media entre él y el columbario; y entre los tres lechos del triclinio y el centro de la mesa ó *mensa*, hay un pequeño canal para las libaciones con que empezaban y terminaban las comidas fúnebres. Al otro extremo de la *scala* hay un pozo de agua, que mide 25^{m},60 de profundidad, sin llegar al fin de la capa roquiza, y en el fondo de él dos galerías principales de la altura de un hombre, pero que sólo avanzan metro y medio; galerías que pueden considerarse como principios de minas de aguas para aumentar las del pozo. Al lado de éste está el *labrum* ó pila para echar el agua que se sacara del pozo. En la misma línea de la escalera, el pozo y el *labrum*, y en el eje de todo el monumento, fren-

te á la parte central del triclinio, estaba el ara para ofrecer los sacrificios; y á los dos lados de aquél, delante del *lectus imus* y el *lectus summus*, hay dos excavaciones cuadrangulares, como de tres partes de metro de profundidad, cuyo destino no se alcanza á primera vista. Al lado del pozo, y como el lugar más á propósito para ello, se encuentra la *culina* ó cocina, donde se habían de preparar los manjares para el banquete funerario.

Este gran monumento aparece hoy completamente descubierto; pero nosotros no creemos pudiera estar de tal modo en épocas antiguas. No se concibe que una obra con tanto esmero hecha y distribuída, se dejase á la intemperie para que se convirtiera en un verdadero estanque durante la estación de las lluvias, sin medios para sacar después el agua, pues no tiene indicación alguna de canal de desagüe, é imposibilitándose, por lo tanto, el uso de todas aquellas obras, con tanto esmero terminadas. Contribuye á formar este juicio el haber observado que el *triclinium* conserva perfectamente restos de cemento ó enlucido, el cual con la continuidad del agua no existiría; y que en el pozo han encontrado los señores Fernández López y Bonsor gran cantidad de fragmentos de mármol de color azulado con vetas violáceas; mármol que debió ser el que cubriese la *mensa,* y acaso también revistiera los paramentos del columbario ó del triclinio.

El monumento, pues, debió estar cubierto con bóveda construída, y las dos excavaciones rectangulares que hay delante del triclinio, y á que nos referíamos hace poco, en nuestro juicio se abrieron para recibir sillares ó pilares que sostuviesen la bóveda y marcasen la entrada al mismo triclinio.

Este monumento estaba completamente soterrado; y tanto esta circunstancia como la de haberse hallado hechos pedazos en el pozo los mármoles que le enriquecían, demuestran que en épocas de guerra, y en odio acaso á las creencias paganas que tan claramente revelaba el monumento, debió ser destruído.

Además de este triclinio encontróse otro, que por el paraje donde se halló denominaron los descubridores del *Olivo,* el cual tiene muchos puntos de contacto con el anterior. Se baja á él por una escalera de siete es-

calones, que conduce también á una especie de patio que precede al triclinio. Consérvanse en éste los tres *lectus*, *imus, medius* y *summus,* y delante del último la pileta para la ablución de los pies. Alrededor de la *mensa* subsiste el canal de libaciones. El columbario que rodea al triclinio sólo tiene nueve nichos, y otro mayor que los otros al pie de la escalera. Al otro lado de ésta hay también un pozo de agua de 30 metros de profundidad, sin que llegue al fin de la capa roquiza, pozo que conserva su agua excelente. Cerca del *lectus imus* hay abierta una especie de fosa de 75 centímetros de profundidad, cuyo destino no puede precisarse. En frente del triclinio se abre una gran cámara de planta curva á manera de gran ábside, con bóveda que estuvo tallada en la roca, aunque hoy se halla casi destruída. También casi circular es otra cámara más pequeña, abovedada, que se encuentra en el lado del *lectus imus*, con la particularidad de no tener nichos ni una ni otra. Acaso la mayor estaría destinada á *culina,* y la otra á contener alguna urna especial, que no se ha encontrado, así como tampoco el ara. Todo este monumento se encuentra en muy mal estado de conservación.

No damos lámina especial de él, por la gran semejanza que tiene con el anterior, y ser éste más completo y hallarse mejor conservado.

Bustum.

(Lámina XVI.)

A pesar de que ya hemos indicado de qué modo están dispuestos los *bustum* en la Necrópolis de Carmona, como hemos hablado, de que algunas veces quedaban convertidos en sepulturas, conservando los restos, damos en la lám. XVI el corte y planta de uno de éstos, encontrado en el *Campo de las Canteras.*

Tiene de longitud $1^{m},80$ y de anchura $1^{m},05$, y al llegar á los 30 centímetros de profundidad se estrecha, formando otra fosa, que es donde después de la combustión quedaban las cenizas y los diferentes objetos arrojados en la pira. La leña se apoyaba en los lados salientes que quedaban alrededor, por la diferencia de dimensiones de ambos huecos. Cuando las cenizas se conservaban en el mismo *bustum,* se cubría éste

con losas ó sillares, como se ve en el caso presente, y entre ellas se dejaba un agujero que sirviera de canal de libaciones. (Véase la lámina, lugar marcado con una *X*.)

Dentro de este *bustum*, justificando una vez más las narraciones que dejamos hechas de las ceremonias funerarias romanas en la cremación de sus cadáveres, se encontraron un espejo de metal, un *stilo*, una piedra plana para escribir (*tábula*), y fragmentos de vasos.

De algunas otras tumbas, además de las indicadas, vamos á dar cuenta á nuestros lectores, por las especiales condiciones que en ellas concurren.

Tal sucede con la que llamaron los descubridores de la *Urna de Cristal*, por la que de esta frágil materia encontraron en ella; tumba que confirma, como nos decía el Sr. Fernández López, que de la inspección de los sepulcros, de los objetos que contienen y de la forma en que éstos se hallan colocados, se puede colegir hasta la posición social y las costumbres de la familia, cuyos restos han descansado allí por espacio de diez y seis ó diez y siete siglos. En esta tumba, la mejor urna ocupaba un nicho de preferencia: era de cristal, conteniendo un vaso para el bálsamo, y un *stilo*. Los huesos estaban perfectamente carbonizados y compacta su sustancia, y en el fondo se hallaron restos del tejido de la tela en que se envolvían las cenizas. En el muro de la izquierda había otra urna ó caja de piedra, con la particularidad de ser azul el lacrimatorio que contenía: otra caja de piedra había también en otra de las hornacinas.

En el *podium*, no obstante de haber más hornacinas en este sepulcro y tener capacidad suficiente para contenerlas, había tres urnas de piedra y una cilíndrica de barro con huesos y algunos objetos de cobre. Indudablemente en la colocación de los objetos, y en las urnas, se nota en esta tumba, un orden, una exactitud y un plan tan bien ordenado y severo, y al mismo tiempo tan sencillo, que revelan cierta rigidez en las costumbres y gran respeto y consideración mutuos, aun en el último asilo.

Notable también por los objetos en ella encontrados es la tumba que denominaron los descubridores de la *Abundancia*. Tiene un pozo y la

puerta en dirección Oeste. La cámara seis nichos, y en cada uno de ellos una urna; sobre el *podium* otras seis urnas ó cajas; dos de pasta; dos de barro cilíndricas; dos vasos ordinarios de libaciones; otra urna de barro cilíndrica; una de barro negro, y dentro una vasija de cristal; una urna de plomo, con otra grande cerrada de cristal dentro, y en ella un espejo de bronce dentado y un lacrimatorio largo de cristal; dentro de las otras urnas, anillos y ungüentarios, y una cajita cilíndrica de marfil con relieves representando dos genios alados y un canastillo de frutas. Vasos de los llamados vulgarmente lacrimatorios en la sala, en la puerta y en el pozo; vasos de libaciones, catinos y otros objetos se encontraban esparcidos sin orden y gran profusión. Este sepulcro estaba lleno de tierra, á excepción de unos 25 centímetros junto á la bóveda.

En la tumba llamada de *Hoyos* por el apellido de uno de los trabajadores que la descubrieron, á la que se baja por una escalera y una abertura cuadrada de 60 centímetros de lado, el corredor ó pasillo que precede á la cámara sepulcral, cuya puerta está á la izquierda, se halla formado por losas de alcor ó roca, hasta de 30 centímetros de espesor; con la particularidad de presentar la que se halla encima de la puerta una abertura á manera de embudo, más estrecho por la parte correspondiente al sepulcro, la cual indudablemente servía de canal de libaciones. Este pozo, en parte construído, demuestra una vez más que, aun cuando toda la Necrópolis está excavada en la roca, donde no presentaba ésta consistencia suficiente, la suplían por medio de construcciones.

Por último, el sepulcro donde se descubrió la urna que lleva las letras VRBANIVAL de que en breve hablaremos, y que copiamos en la lámina XVII, núm. 2, tiene, como la mayor parte de los descritos, pozo, puerta y cámara, ésta con cüatro nichos. Todo él estaba lleno de tierra, y en su pozo se encontró una urna de cristal grande, sin cuello; en el *podium* dos lacrimatorios y los restos de finísima taza de mármol, que recogieron los descubridores con gran cuidado; otra urna de cristal hecha pedazos; restos de un depilatorio de bronce y de un lacrimatorio, además de la citada urna con la referida inscripción, cuyo sentido estudiaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Principales objetos encontrados en las cámaras sepulcrales de Carmona, así artísticos como industriales.—Figura de bronce.—Cariátide de piedra.—Monedas.—Inscripciones.—Espejos de metal, redondos y rectangulares.—Clavos, depilatorios, fíbulas, etc.—Cerámica.—Objetos de barro y de cristal de diferentes clases y formas.—Objetos de cristal, de roca, ámbar y marfil.

I.

El principal objeto escultural encontrado en la Necrópolis carmonense es una estatuita moldeada en bronce, que reproducimos en la lám. XVIII, del mismo tamaño que el original. Fué descubierta en una de las tumbas del grupo del Quemadero, y representa una bacante dormida. Lleva *armillas* en los brazos y en las muñecas, y ajorcas en los pies. Sobre el lecho se ven dos hojas de parra ó pámpanos, y en el centro una máscara escénica con la boca abierta, como para la introducción de un clavo ú otro objeto que fijase el relieve en el lugar á donde se destinaba, que acaso fuera el frente de una urna cineraria. Ligero paño cae sobre el vientre de la bacante y parte de los muslos, indicando cierto sentimiento de pudor, impropio de las creencias paganas, y que parece revelar la influencia de las ideas cristianas, aun entre los mismos idólatras.

Esta estatuita, más que una mala época en la historia del arte romano, revela la ejecución de mediano artista, que conserva, sin embargo, la tradición de buenos modelos. Lo mismo sucede con una pequeña cariátide de piedra, que representa un romano llorando, figurita que debió pertenecer á alguna urna hoy destruída, y con otra figurita de ámbar, que copiamos, encima de un collar, marcado con el núm. 4 en la lámina XXIII, (núm. 7,) cuya representación es difícil precisar. Acaso fuera un Hércules niño. Se encontró en una tumba, cerca de la de *Postumio*.

Objeto también escultural, hallado en el *Campo de los Olivos*, es el medallón de marfil que sirve de cubierta á una caja muy deteriorada, propia para perfumes, cuyo relieve representa una cabeza femenil de muy buen estilo, con tocado de marcada influencia oriental.

Esculturas son también las escasísimas piedras grabadas que allí se han encontrado, y de algunas de las cuales queda hecha mención, cuyo trabajo acusa una buena época para la glíptica romana, continuación, como es sabido, de la griega.

Al arte de la escultura, como producto del grabado en hueco, corresponden las escasas monedas descubiertas en la Necrópolis de Carmona, que se han hallado en las tumbas siguientes:

Tumba de las Columnas.—Una moneda de Colonia Patricia, de tipo común y mediano bronce.

Tumba del Banquete funerario.—Medallón de Colonia Patricia, muy raro, que lleva por el anverso cabeza desnuda de Augusto; á la izquierda la leyenda PERMISSV. CAESARIS. AVGVSTI., y en el reverso, en dos líneas, dentro de corona cívica, la inscripción de COLONIA-PATRICIA. Lo trae Delgado en su citada obra, tomo I, pág. 126 y lámina XVII, núm. 6.

Tumba llamada de Tiberio.—Una moneda de plata de este Emperador, con tipo común, de figura sentada, con rama de oliva en la mano, y leyenda de PONT. MAX.

Cerca de la *Tumba de las Tres puertas.*—Una moneda de bronce de las conocidísimas de Claudio.

Campo de los Olivos.—Un *as* romano de los últimos tiempos de estar en uso estas monedas, y otras comunes de Vespasiano, Constante y Valentiniano.

Y en otros diferentes parajes, que no pueden precisarse como los anteriores, se hallaron también algunas de Gades, de Itálica, de Colonia Rómula y de Emérita.

Algunas otras monedas se han encontrado completamente quemadas dentro de los *bustos*, indicando haber sido arrojadas en la pira cuando estaba ardiendo.

II.

Pero si tan escaso es el número de monedas halladas en aquellos funerarios recintos, no lo es menos el de las inscripciones, reducidas á las de los sepulcros de PREPUSA, en su urna, y de URBANIO y PILADES, grabadas en los cantos de las cubiertas de las suyas respectivas, y la de POSTUMIO en una losa de mármol, y otras dos más pequeñas, también funerarias: una de PANTHEA y otra de SULPICIA. Todas ellas aparecen perfectamente copiadas en las láminas XVII y XXIV. Además se halló un ladrillo que en su canto lleva en relieve las iniciales, que pueden verse en el núm. 3 de la lám. XXIV, marca de fábrica de difícil interpretación.

En la fuente romana, que á las puertas de la ciudad carmonense, y como á 300 metros de ella, se encuentra, al extremo del paseo en dirección de la Necrópolis, fuente de que ya hemos hablado, y en la que fué hallada la cabeza de mármol, que también mencionamos, pareció la memoria dedicada á las *Madres Aveanias*, por M. Julio Grato, piedra que en épocas de devastación debió ser arrojada á la fuente, como algunos otros objetos esculturales, también sacados de ella.

Todas estas inscripciones (no comprendidas en el *Corpus Inscriptionum latinarum* del clarísimo Hubner), á excepción de la de Postumio y la de M. Julio Grato, que son más antiguas, y sobre todo la de Postumio, del siglo augusteo, revelan ya por la forma de las letras pertenecer á la época Antoniniana; así como orígenes griegos de los difuntos á quienes se refieren, las de las *Madres Aveanias*, la de *Panthe*, en nominativo femenino griego, la de la mujer de Postumio, *Cypare*, en el mismo caso, y la de *Pilades*.

La interpretación de estas inscripciones, sencilla en apariencia, ofrece datos del mayor interés. En la que consideramos más antigua, aunque contiene simplemente los nombres de Quinto Postumio Higino y de su mujer Postumia, el cognomen de esta *Cypare* en nominativo femenino griego, acaso pudiera indicar que aquella mujer era natural de Cyparissa, ciudad de Mesenia. La sencillez de esta lápida y el llevar los nom-

bres en nominativo, indican también la época á que la hemos referido, y que la hermosa forma de sus caracteres revela.

La de la urna de Prepusa nos dice solo, que en ella reposan los huesos de Prepusa, hija de Eunio, muerta á la edad de 25 años.

Las dos marcadas en la lám. XXIV con los números 1 y 2, aunque no son más que fragmentos, contienen, la primera, después de las iniciales de *Diis manibus sacrum*, el nombre de *Panthe* en nominativo femenino griego; si bien podría ser abreviación de πανθέλγης (encantadora, llena de todo atractivo). Queda al fin de la línea espacio para dos letras, de las cuales, la primera debía ser M, á juzgar por los trazos que en el corte asoman. ¿Dirían M(arci) L(iberta)? Viene luego la palabra *annorum* abreviada, faltando los guarismos de los años. También lleva la inscripción las conocidas iniciales H*ic* S*ita* E*st* S*it* T*ibi*, faltando las de T*erra* L*evis*.

La del núm. 2 tiene la invocación á los dioses manes, con todas sus letras; y para marcar la duplicidad de la *i* en *Diis*, prolongada la I hacia arriba, según se acostumbraba ya en la época á que la lápida corresponde. Después sólo contiene el nombre de *Sulpicia Nevia*, á quien estaba dedicada.

La de *Urbanio Val*(ente?) sólo lleva el primer nombre, ó el nombre propiamente dicho, y el principio del cognomen; y la de *Pilades* las iniciales de la frase *Sit tibi terra levis*.

La más notable de todas estas inscripciones es la dedicada por *M. Julio Grato* á las *Madres Aveanias*. Si por el lenguaje griego hubiésemos de explicar esta denominación, no faltaría quien entendiese que se alude á divinidades de *Abea*, ciudad de Mesenia, indicando la partícula *nia*, propia del griego, que eran originarias ó adoradas en aquella ciudad. *Aveania*, nominativo del determinativo en dativo del plural, *aveniabus*, que se halla en la inscripción, es palabra puramente griega. La permutación de la *b* por la *v* es muy común, sobre todo en las inscripciones donde hay palabras procedentes del griego, en que la *beta* griega se traducía por la *V*. La *V* latina y española está representada por la *beta* griega. Sin embargo, ya dilucidó esta cuestión, con valiosos datos el docto P. Fita, y á su opinión me adhiero.

En su notable obra, intitulada *Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas* (Madrid, 1878. Imprenta de F. Maroto é hijos), se ocupó de esta inscripción, que también se había publicado en la *Ephemeris epigraphica*, vol. II, pág. 235, escribiendo acerca de ella lo que sigue:

MATRIBVS·AV
EANIABVS M
IVL GRATVS

Matribus Aveaniabus M(arcus) Jul(ius) Gratus.

Esta pequeña ara, que posee D. Francisco Mateos Gago [1], y delineó perfectamente el Sr. Berlanga, ninguna duda ofrece sobre su lectura é interpretación manifiesta. La *e* de *Aveaniabus* no me parece error ó equivocación del grabador de la piedra, sino tipo de la pronunciación céltica, con que sonaba la raíz en Carmona. Otros tres tipos de este dativo presenta Orelli (2.106, 2.079, 5.930):

En Lion.	AVFANIS MATRONIS,
En Noyon.	MATRONIS AVFANIABVS,
En Colonia.	MATRONIS AVFANIB.

La F dura, propia de la raza germánica y latina, no entraba tan bien en los oídos de nuestros carmonenses, que se gozaban en multiplicar las vocales seguidas, como lo hacían los *Turduli veteres*. La terminación *ibh* del dativo de plural, aún hoy día tiene lugar en Escocia é Irlanda.

El bretón llama á la *fuente viva*, ó manantial, *mammem* (una madre). Conjeturo que el significado primitivo de *aien* fué *un padre*. Así, todo se traba en el celticismo. Los restos esparcidos en diferentes monumentos y regiones, si se juntan y se comparan, dan pronto luz á los más tenebrosos problemas» [2].

El mismo P. Fita, en sus *Estudios históricos* (Madrid, 1884: tomo I, páginas 3 y 4), escribe también:

1 Hoy está, según indicamos, en el Museo Carmonense.

2 En esta obra, páginas 12 y 13, dice además el sabio jesuita:

«*Obana* (fuente).—*Valle de San Millán.*

SEGONTIVS
OBIONESALM

Segontius Obione s(olvit) a(nimo) l(ibens) m(erito).

A Obiona cumplió Segoncio gustosa y merecidamente su voto.

La piedra no está rota debajo de la línea segunda, antes bien presen-

Apon (fuente).—En Brozas de Extremadura, patria del *Brocense*, y notable por sus antiquísimas termas de San Gregorio (Hübner, 740)

BANDIAE
APOLO
SEGOLO
LVPVS TA
NCINI
F·A·L·V·S

Bandiae Apo losegolu Lupus Tancini f(ilius) a(nimo) l(ibens) v(otum) s(olvit).

A la diosa fuente termal consagró de buen grado este exvoto Lope, hijo de Tancino.

Para interpretar con toda certidumbre *apo losegolu*, basta considerar que en *welsh* (céltico-címrico del país de Gales), *Losgawl* significa termal, así como AFON, de género también femenino, denota manantial, fuente, arroyo, río, ó toda especie de agua que fluye, como el latín *flumen*..... Al welsh AFON corresponden el gael (céltico de Irlanda y Escocia); *abhann*, *amhann*, *amhuin*, sanscrito *apnas*, latín *amnis*, bretón *aien*. Los autores latinos nos han transmitido otras tres formas célticas de este mismo nombre, es á saber: *on*, *aon*, *apon*.

1) Ausonio, *De praeclaris urbibus*, XIV, 32.

«Div-ona, Celtarum lingua *fons addite Divis.*»

Divona (fuente divina) explica el nombre de una estación española, *Dipone* (cerca de Elvas, entre Badajoz y Évora), en el itinerario de Antonino.

2) Ovidio, *Fast.* III, 456.

«Quum levis *Aonias* (a), ungula fodit aquas.»

3) Marcial, *Epigr.* VI, 42.

«Nec fontes *Áponi* (b), rudes puellis.»

En la inscripción de Brozas, APO es ciertamente un dativo singular femenino. Su nominativo celto-hispano todavía no consta por ninguna otra inscripción, pero debemos pensar que fuese *apo* ó *apa*. En esta última forma se acerca mejor que *apon* á la sanscrita *apagá* ó *ápagá* (agua corriente, raudal), de *ap* (agua) y *gá* (ir). Existe, además de *apagá* ó *ápayá*, la forma sanscrita *ápayá* (río, corriente), que da razón de la vascongada *ibay-á* (el río).

(a) Fuente Castalia, abierta por la uña del Pegaso.

(b) Hoy Ábano, cerca de Padua.

ta una cara lisa que nunca se escribió. Huelga, por tanto, la conjetura que hice sobre el destino sepulcral del epígrafe. El nombre de la diosa, ligeramente modificado, vuelve á comparecer en otra inscripción votiva [1] que se halló en la ribera del Ebro, dentro del término de la antigua *Colonia victrix Julia Celsa*, hoy Velilla:

PRo · SALv
TE·ET·REDTv
ABVRI · *cres*
C*e*NTIS · LV
LORVS · OBA
NAE·V·S·L·M

Como *Elanus* á *Elonus*, así *Obana (Obiana)?* es á *Obiona*.»

Hasta aquí el P. Fita.

Es observación digna de tenerse en cuenta, la de que la inscripción de Postumio, según ya indicamos, parece revelar procedencias mesenias, lo cual despierta el recuerdo de las emigraciones de habitantes del Peloponeso, á consecuencia de las guerras mesenias, á las costas del Mediterráneo, y entre ellas á las de España.

III.

Continuando el estudio de los objetos encontrados en aquella Necrópolis, hallamos los espejos metálicos, diferentes en formas, pues los hay circulares y rectangulares, los primeros con mango, y los segundos sin él. De los circulares los hay también dentados (véase la lám. XIX, números 1 y 4), y otros con un adorno alrededor de la circunferencia, formado con pequeños agujeros (números 2 y 8). Alguno, también circular, como el núm. 5, no tiene adorno de ninguna especie, ni tampoco los rectangulares (números 3, 6 y 7), los cuales, probablemente, estarían contenidos dentro de un marco de madera con un mango, que la cremación ó el tiempo han destruído.

1 Hübner, *Ephemeris epigraphica* (Berlín, 1872), tomo I, pág. 47.

Los espejos metálicos se hacían de una aleación de cobre y de estaño, según testimonio de Plinio [1], y bruñidos con gran cuidado, reproducían los objetos casi con tanta exactitud como los modernos de cristal. Después se hicieron también de plata [2]. Se conservaba el pulimento, con menudísimo polvo de piedra pómez, que se extendía con una esponja, secando después cuidadosamente la superficie. En Pompeya se hallaron espejos circulares y dentados, exactamente iguales á los descubiertos en Carmona, y una pintura que demuestra el uso que se hacía de este objeto de tocador, en la que se ve representada una mujer medio desnuda, levantándose el pelo con la mano izquierda, y mirándose en un espejo circular que sostiene con la derecha. Esta clase de espejos fueron muy usados por los griegos y por los etruscos, desde la más remota antigüedad, como lo demuestran las inscripciones en caracteres griegos arcáicos, y etruscos que en ellos se encuentran; y con frecuencia se adornaba la cara opuesta á la bruñida con escenas, tomadas de la Mitología ó de los poemas heróicas, grabadas al trazo, según puede verse en la notabilísima colección que de ellos posee nuestro Museo Arqueológico Nacional, etruscos unos y los otros griegos, y casi todos con inscripciones ó figuras que revelan su origen.

Los espejos etruscos son hoy mirados con gran interés por cuantos se dedican al estudio de aquel antiguo pueblo, entre los que no podemos menos de citar á Müller, Micali, Niebuhr, Lepsius, Mommsem, el barón Gerhaud, Witte, Noël des Vergers y otros sabios extranjeros, que van descubriendo á través de los monumentos, de los escasos datos que la erudición ofrece y de las breves inscripciones que del mismo pueblo se conservan, cuál fué su vida propia, así en sus manifestaciones artísticas, como religiosas y políticas; siendo los espejos etruscos, objetos de mobiliario que á primera vista parecían de escasa importancia, de los que más nociones y más enseñanzas han ofrecido, gracias á los asuntos y á las cortas inscripciones con que el arte del grabado enriqueció aquellos utensilios inventados por el amor propio, que en todo tiempo, y desde las épocas más primitivas de la Historia distinguió al hombre, y que,

1 Plin., H. N. XXXIII, 45.

2 Id. *l. c.*; Plaut, *Most.* I, 3, 111.

lejos de ser reprensible debilidad, es manifestación elocuente del sentimiento estético que lo enaltece.

Por estos antecedentes, cuando supimos que se habían encontrado en las cámaras sepulcrales carmonenses espejos metálicos, deseamos vivamente verlos, por si conservaban grabados ó inscripciones; pero desgraciadamente son lisos, y no pertenecen á la remota época, propia de los que van adornados con unos y otras, sino al período romano en que se conservaba la tradición etrusco-helénica de tales objetos de tocador, pero siendo ya raros en ellos los lemas y los dibujos. Los descubiertos en Carmona ofrecen, sin embargo, grande interés, puesto que siendo iguales varios de ellos á los encontrados en Pompeya, son un dato más para precisar la época á que aquellos conditorios se refieren.

Otros objetos metálicos, como clavos, depilatorios, etc., también allí encontrados, tienen sólo la importancia relativa de la noción que ofrecen para el estudio del mobiliario y del indumento romano, y para corroborar la narración que dejamos hecha en el cap. II, acerca de la costumbre de arrojar en la pira, ó de conservar en los sepulcros, los objetos propios del difunto, ó recuerdos de afecto de los que lloraban, ó aparentaban llorar su muerte.

Abundante ha sido la cosecha de objetos de barro recogida por los inventores, en la Necrópolis carmonense. No nos detendremos en el estudio de las comunes urnas cinerarias, cilíndricas unas veces, en forma de *ollas* otras, para concretarnos á dos especiales clases de vasos, que pueden ver reproducidos exactamente nuestros lectores en las láminas XXI y XXII. Son los primeros de color rojo, con adornos varios y originales, los unos á manera de escamas, ó mejor arquitos resaltados (lámina XXI, núm. 2), los otros con una especie de penca de piña (números 1 y 3), otros estriados (núm. 4), y alguno con una faja formada por puntos globulosos y resaltes diagonales (núm. 5). Todos estos vasos, en mi juicio, son de los que servían en los banquetes fúnebres, y otros de los que se dejaban en las cámaras funerarias, bien por haber pertenecido á los difuntos, cuyos restos allí se conservaban, bien como recuerdo de cariño. Sus formas están claramente revelando las influencias griegas, así la *diota* del núm. 2, como la *ampulla* del 1, los *scifos* del 3

y 4, y la especie de *cylix* ó *calix* [1] del 5. Todos estos barros, en nuestro juicio, son de procedencia saguntina.

Bien conocidas aquellas fábricas en la antigüedad, Plinio las reputa como las primeras de España y las terceras de Europa, alabando sus cálices ó copas para beber. Marcial hace especial mérito de una vajilla de barro saguntino; y el reputado ceramista moderno, Mr. Birch, cita á Sagunto como uno de los lugares de fabricación romana donde se hacían los célebres vasos Sámnicos, siendo la única ciudad de la Europa de Occidente, que haya dejado obras de semejante fabricación.

Sabido es también que la tierra que para ello empleaban, y que se encuentra todavía en aquella localidad, era cenicienta, roja, amarilla con puntos rojos y blanquecina, siendo la más usada para vasos, como los que examinamos, la roja. Numerosísimas son las marcas de fábrica saguntinas que se hallan en sus vasos y en los fragmentos de los mismos, así como la diversidad de sus ornatos; siendo tan variadas las primeras, quc probablemente formarán el objeto de una obra especial, en la que viene trabajando hace tiempo uno de nuestros más queridos amigos [2].

Entre los detalles notables de dichas marcas se encuentra el de hallarse á veces nombres y letras griegas, y aun caracteres celtibéricos, todo lo cual no puede causar extrañeza á los que conozcan la procedencia grie-

1 «*Calix*, en griego Κυλιξ. Nombre de un vaso para beber, dc forma circular, más ó me»nos profundo, siempre muy abierto y provisto de dos asas cortas y de un pie: es el vaso »quc se designa comunmeutc con el nombre de copa en las coleccioncs. Con frecucncia sc »ven en las pinturas dc los vasos griegos convidados que tienen estas copas, ya por el pie ó »ya por las asas. Estas servían tambićn para colgar la copa cuando estaba vacía. La al»tura dcl pie, la profundidad de la copa, con relación á su anchura, podían variar mucho »sin que el nombre dejara dc convenirle, porque la acepción de este nombre es tan lata »como la de copa. Al tipo general se puede añadir otro que á primera vista se separa de »aquél (del primitivo de pie alto y recipiente más profundo). El pie es achatado, reempla»zado por una ó muchas molduras, formaudo una base, que á veces desaparece del todo, »de suerte que el *Kylix* sc parece cnteramente á los vasos que llcvan diferentes nombres, » á la *Phiale*, por ejemplo, si ésta tuviera asas.» Daremberg y Saglio, Diccionario citado.

2 El Sr. D. Adolfo Herrera, oficial del cuerpo administrativo de la Armada, y autor de la notable obra *Medallas de juras y proclamaciones de los Reyes de España*, que tan favorable juicio ha merecido á la Academia de la Historia, y á reputados numismáticos españoles y extranjeros.

ga de los zacintos saguntinos, y su fusión con los hijos del país, que se refleja en las monedas de aquella gloriosa ciudad.

Los vasos saguntinos de la Necrópolis carmonense no llevan marca, lo cual no debe causar extrañeza, pues aun cuando por punto general la tienen aquellos productos cerámicos, existen muchos en que no se halla. El Museo Arqueológico Nacional, que posee abundante colección de tales barros, tiene gran número de ellos sin marca alguna.

La presencia de estos vasos en las cámaras sepulcrales de Carmona, demuestra las relaciones mercantiles que de aquellos productos industriales debían existir entre Sagunto y Carmo, como las tenía la primera con toda España, pues no hay paraje en donde se encuentren antigüedades de la época romana ó anteriores, en que no aparezcan en grande abundancia fragmentos, más ó menos grandes, de barros saguntinos.

También, y entre los objetos de cerámica encontrados en las cámaras sepulcrales que venimos estudiando, se hallan los notables vasos de barro blanquizo amarillento, con fajas rojas, que copiamos en la lám. XXII. Su presencia en aquellos conditorios nos hace creer, que así como los rojos debieron servir principalmente en los banquetes funerarios, éstos eran los destinados á conservar los licores para las libaciones.

Tienen de notable tales vasos, además de su elegante forma, en que también se ve la influencia griega, las fajas rojas que los rodean, y que les dan cierta semejanza con los descubiertos en Chipre por Cesnola, de los cuales tuve la fortuna de traer desde aquella Isla, importante colección para nuestro Museo Arqueológico Nacional. No es indispensable, sin embargo, que los de Carmona tengan aquella procedencia, pues en las mismas fábricas españolas de Sagunto pudieron hacerse, siendo una de las tierras con que labraban los vasos más ordinarios blanquecina amarillenta, como es la de estos vasos, y la otra, la roja, con que están teñidas las fajas ó zonas. De cualquier modo, estos vasos tienen mucha originalidad, y son del mayor interés para la historia del arte cerámico en nuestra patria.

Riquísima es la colección de vasos de vidrio, hallados también en aquella Necrópolis, cuyas artísticas y elegantes formas pueden verse

reunidas en la lám. XX; objetos cuyo catálogo vamos á presentar, con arreglo á los números que llevan en la misma lámina.

Número 1. — Guttus.

— 2. — Ungüentarios ó fiales para pomadas y perfumes (Tumba de Postumio).

— 3. —
— 4. —
— 5. — } Ungüentarios.
— 6. —
— 7. —

— 8. — Poculum ó copa de color verde, con gladiadores en relieve.

— 9. —
— 10. — } Ungüentarios.

11 y 12. — Ampulla aplastada, con dos asas, ó diota, vista de frente y de lado (Tumba de Postumio).

— 13. — Diota, con las dos asas azules y el cuerpo blanco.

— 14. — Ungüentario de vidrio blanco, opaco, con dos rostros en relieve representando á ¿Medusa?

— 15. — Asa de una urna.

— 16. —
— 17. — } Ungüentarios.

— 18. — Ampulla.

— 19. — Diota.

— 20. — Ungüentario.

— 21. — Poculum con labores en relieve.

— 22. — Ampulla de vidrio muy grueso.

— 23. — Capis.

— 24. — Diota.

— 25. — Urna cineraria con tapadera.

— 26. — Ungüentario.

— 27. —
— 28. — } Ungüentarios muy pequeños, ¿de niños?

— 29. — Ungüentario.

NÚMERO 30.— Diota.

— 31.— Vaso con dibujo de escamas.

Todos los vasos que llamamos *ungüentarios*, son los conocidos generalmente con el impropio nombre de *lacrimatorios*, generalizado desde que La Chausse les dió este nombre, suponiendo servían para recoger las lágrimas de las plañideras [1], que los romanos llamaron *Præficæ* [2]. La aseveración de La Chausse no tiene apoyo en dato alguno, ni erudito ni arqueológico, y hoy está victoriosamente rechazada por los descubrimientos de Mr. Mongez. Cierto bajo-relieve de Clermont Ferrant, que parecía justificar aquel gratuito relato, se ha descubierto también que era falso. Por eso tales vasos no pueden ser considerados más que como *fiales* para ungüentos, aceites, perfumes, etc., de los que servían en las ceremonias de la cremación, y después para mezclarlos con las cenizas en las urnas. De estos ungüentarios, ó vasos ungüentarios, para pomadas y perfumes nos habla Plinio [3], y eran de muy variadas formas, como puede verse en todos los Museos donde se conservan, y en la misma lám. XX, que acompaña á esta monografía.

El *guttus*, de elegante forma griega, núm. 1, debió tener análogo destino, y lo mismo los demás vasos de que no hacemos mención especial. El cinerario de la *urna* núm. 25 es bien conocido; y las *diotas* números 12, 13, ¿15? 19, 24 y 30, el *capis* núm. 23, y los *poculos* núms. 8, 21 y 31, debieron servir en los convites funerarios, dejándolos en las cámaras sepulcrales como recuerdo de cariño. Muchos de los *ungüenta-*

1 Romanum Museum. Tomo II, p. 79. *Antiquitus mos erat mulieres pretio conducere in funeribus mortuum ubertim deflentes lachrymasque reponentes in vasculis, sive phialis vitreis, quæ deinde cum ossibus, cineribusque adhuc calentibus, nec non odoribus simul in urna claudebantur; unde hæc dicendi formula in antiquis lapidibus sæpe inculpata, cum lacrymis posuere..... Ex quibus liquet repositas fuisse in istis phialis Præficæ, aliarumque mulierum pretio deflentium lacrymas, mortuique cadaver sive ad rogum, sive ad sepulturam, cum uberrimo fletu comitantium. De illis Lucillius Satyr.*, 2.

..... Mercede quæ.
Conductæ flent alieno in funere Præficiæ.

2 Lucil. y Varr., *ap.* Non. Plaut. *Trucul* II, 6, 14.

3 H. N. XXXVI, 12.

rios, para perfumes, se colocaban en las tumbas con el mismo objeto.

La abundancia de tales vasos tiene fácil explicación, si se recuerda el gran uso que hicieron los antiguos del vidrio, conocido entre todos los pueblos históricos, hasta el punto de asegurar algunos autores que los vidrios de diversos colores y los esmaltes se remontan á los primeros tiempos de la historia del hombre, habiendo encontrado este en los hornos primitivos de forjar metales, los dos elementos para hacer el vidrio, la arena del horno y las cenizas del hogar, que reunidas y combinadas por la acción de un fuego vivísimo, tomaron nueva forma y extendieron á los pies del fundidor una superficie diáfana. Así es, que habiendo conocido Tubalcain, según el testimonio del *Génesis*, el arte de forjar los metales [1], pudo conocer también el arte de la fabricación del vidrio.

El conocimiento del vidrio en aquellas remotas edades lo confirman también otros textos bíblicos, puesto que en el libro de Job, se dice que la sabiduría es más preciosa que el oro y el *zedukit*, palabra hebrea que San Jerónimo traduce por vidrio [2]; y Salomón, en los *Proverbios*, recomienda al sabio la moderación en la bebida, evitando el excitar su apetito contemplando el rubio color del vino á *través de la copa* [3].

Hasta mediados del pasado siglo discutíase acerca del conocimiento y de la aplicación del vidrio entre los antiguos; pero los descubrimientos de Herculano y Pompeya, los de la antigua Etruria, de Egipto, Asiria, Fenicia y Grecia, han derramado vivísima luz sobre esta parte de la Arqueología, hasta el punto de poderse hoy conocer y clasificar con separación en los gabinetes y Museos, los objetos de vidrio, procedentes de cada uno de aquellos antiguos pueblos.

Así en el Egipto, como en la Etiopía, estaba tan cultivada la fabricación del vidrio, que según Herodoto [4], Ctesías [5] y Diodoro de Sicilia [6], los habitantes de la Etiopía hacían féretros de vidrio; noción que modi-

1 *Gén.*, cap. IV, v. 22.
2 Job, cap. XXVIII, v. 17.
3 *Proverb.*, cap. XXIII, v. 31.
4 Herod., L, III.
5 Citado por Tucídides, L, III.
6 Diod. de Sicil, L, II.

fica Tucídides [1] manifestando, que lo que hacían era cubrir sus cadáveres con una capa vítrea.

La primera versión, sin embargo, se encuentra confirmada por Suetonio [2] y Strabón [3], cuando refieren que Augusto hizo le presentaran el cadáver de Alejandro, que estaba encerrado en un féretro de vidrio, con el que había sustituído, para fundir su metal, el de oro que antes tenía, Seleuco Eubiosactes.

Los egipcios elevaron la fabricación del vidrio á grande altura, como lo demuestran los vasos de vidrio descubiertos en Karnak y en Tebas. Mucho antes de que, en tiempo de Pompeyo, según el testimonio de Plinio [4], los célebres vasos *murrhinos* principiaran á conocerse en Roma, la ciudad de Tebas gozaba de gran celebridad por sus vidrios de colores que se exportaban á remotos paises.

Ayudaba á los egipcios en estos progresos la misma naturaleza, porque en las orillas del Nilo se encontraba, y se encuentra, la mejor soda del mundo, primera materia para la fabricación del vidrio, que en la Edad Media, y aun en la actualidad, van á buscar á Alejandría los venecianos, para sus célebres vidrios y cristales.

Los romanos sacaban del Egipto sus más ricos vasos, y el emperador Aureliano obligó á los fabricantes egipcios á darle cada año determinada cantidad de ellos [5]. Este mismo Príncipe envió al cónsul Serviano, su cuñado, varios de aquellos vasos, todos de variados colores, que le había regalado un sacerdote de un templo egipcio, encargándole no se sirviera de ellos más que en los grandes festines y solemnidades [6].

Los antiguos imperios de Nínive y Babilonia no fueron menos hábiles en la fabricación del vidrio, como lo demuestran los hallazgos hechos

1 Thucid. Hist., L, III.

2 Suet , L, VII.

3 Strab., *Geog.*, L, XVI.

4 Plinio, dice, que la introducción de los vasos *murrhinos* en Roma, data de los triunfos de Pompeya en Asia, L. XXXVII. Estos vasos, de procedencia asiática, según el mismo autor, estaban formados de una pasta vitrea, análoga al ópalo, y matizada de diversos colores.

5 Vopiscus, *in Aurel.*, cap. XLVI.

6 Id.

desde 1811, en Oriente, por Mr. Rich, continuando los trabajos de Chardín, Niebuhr y otros exploradores, los del consul en Mossul, Mr. Botta, y los de Mr. Layard. «Los Ninivitas, escribe este último, conocieron también la fabricación del vidrio. En Nemrud y en Kuyundjek encontramos botellas pequeñas y elegantes vasos de esta materia, y algunos llevaban el nombre del Rey de Khorsabad; y bien puede atribuirse á muchos de tales utensilios antigüedad más remota que la época de aquel monarca [1].» Mr. Place, el digno sucesor de M. Botta, dice que en una cámara se encontraron una pequeña botella de forma muy elegante, de vidrio blanco, cubierta interiormente con una ligera capa de reflejos plateados y adornada con dos asas de vidrio rojo, y otra pequeña copa del mismo vidrio, adornada con una serie circular de menudos dibujos rojos y azules.

Estos descubrimientos, y otros de la misma clase, demuestran la exactitud de ciertos relatos de antiguos autores, relativos al conocimiento del vidrio por los antiguos persas, pues en un pasaje de Aristófenes, cuenta un embajador, que había sido enviado á Ecbatana, en el arcontado de Euthiemes, el año segundo de la 85.ª olimpiada, que le había dado el Rey á beber vino puro y generoso, en copas de oro y de vidrio [2].

Entre los fenicios, el vidrio constituyó uno de los primeros artículos de su industria y de su comercio. Sus vidrios eran de gran belleza, y conservaron su reputación hasta la época de los Emperadores romanos [3]. Nosotros hemos tenido la fortuna de traer de Chipre al Museo Arqueológico Nacional notabilísimos ejemplares de vidrios fenicios.

Los sidonios, según Plinio [4], fueron los primeros en trabajar el vidrio soplado, en tornearle y en grabar en su superficie toda clase de figuras en plano y en relieve, imitando con rara perfección los jaspes, y haciendo placas, que los romanos empleaban para adornar los muros de sus habitaciones.

En todos los descubrimientos hechos en Etruria, numerosos vasos y

1 *Nineveth and its remains*, by *Aust Layard*, tomo II.
2 Aristof. *Acharn*, v. 94.
3 Tácito, L. V., c. 7. Plinio, L. V., c. 19, y Josefo, L. II de *Bello judaico*.
4 Plinio, L. XXXVI, c. 25.

fragmentos de vidrio sacados de las cámaras sepulcrales, y de otras excavaciones de Plalera, Veies, Cæré, Tarquinia, Vulci, etc., y en la citada Necrópolis de Marzabotto, han demostrado que aquel antiguo pueblo, influído por las civilizaciones de Egipto, Asia y Grecia, cultivó también en grande escala la fabricación del vidrio, conservándose numerosos objetos de esta materia en los Museos italianos, tanto públicos como privados, en los que se puede estudiar la influencia de dichos pueblos, sobre el arte primitivo etrusco.

Los griegos, el pueblo artista de la antigüedad por excelencia, no podía dejar de conocer el vidrio é imprimir á sus obras el sello de su genio privilegiado. Ateneo [1], que declara haber escrito su *Banquete de los sabios*, teniendo á la vista antiguos manuscritos, dice que en las mesas se veían gran número de vasos de vidrio blanco y de colores, entre otros, los llamados *bocalis* y los *lesbios*, de color de púrpura, y otros ceñidos por una red de plata, añadiendo, que los rodios, hasta los fabricaban con materias aromáticas, que daban á los vasos especial perfume.

Célebres son, entre los anticuarios, las fábricas griegas de Corinto, de Sicione y de Egina, y los vasos de tales procedencias, que por sus formas reciben los nombres de *cráteres*, *lecytos*, *pterotos* y *oxybaphons*.

Los romanos, que absorben y se asimilan todas las civilizaciones del antiguo mundo, no podían dejar de cultivar el arte de la vidriería en grande escala, como lo prueba que en Roma tenían los vidrieros barrios especiales [2], y que ya en la época de Sila, su fabricación era tan importante, que pudo dar placas de vidrio para la decoración completa del primer piso del teatro de Marcus Scaurus, monumento de que Plinio nos ha conservado detalles que parecen fabulosos [3].

Los romanos conocieron todas las diferentes maneras de trabajar las pastas de vidrio y de esmalte, imitando admirablemente las piedras y las perlas, como nos lo testifican Petronio y Trebellio Polion [4]. Artístico testi-

1 Los *deipnosophistas*, ó *banquete de los sabios*, trad. de Mr. Villebrune. París, 1789.

2 Martial, LXII, epig. 75.

3 Plinio, L. XXXVI, c. 24.

4 Petronio, C. 7. Trebell. Poll., *in Gall.*

monio nos dan de los adelantos de los romanos en la fabricación del vidrio, las ruinas de Pompeya y Herculano, las tumbas paganas y las catacumbas de los cristianos, habiéndose encontrado en todos estos parajes fabulosa cantidad de vasos de diversas clases, colores y combinaciones, que forman hoy ricas preciadas series en todos los Museos de Europa.

Y no sólo daban exquisita finura á las capas vítreas de sus vasos, sino que también sabían superponerlas, formando admirables jaspeados de vivos colores, moldearlos con figuras en relieve, y hasta formar dibujos sobre el vidrio con oro y plata. Célebre es el vaso de vidrio, conocido, aunque sin fundamento para ello, con el nombre de *Urna de Alejandro Severo*, que ha ilustrado el docto Winkelmann [1]; el encontrado en una tumba en Colonia en 1884, que se conserva en el Museo de Bonn [2], y que tiene una inscripción calada alrededor del vaso, y separada de su superficie; los moldes de piedras grabadas, hechas con pastas vítreas; los vasos *alassontes*, de deslumbradores cambiantes, y tantos otros de multitud de clases, que demuestran la riqueza de inventiva de los vidrieros romanos.

En España se cultivó también esta importante industria, según testimonio de Plinio [3], aunque no podemos precisar, como en los *barros saguntinos*, localidad determinada que alcanzara especial renombre por esta fabricación, sin embargo de lo cual hubo de ser importante, pues San Isidoro, que como es sabido vivió en los siglos VI y VII, en su obra nunca bastantemente enaltecida sobre los *Orígenes* y *Etimologías*, después de copiar el texto de Plinio, acerca del descubrimiento y los diversos medios empleados para adornar los vasos de vidrio, añade: «Otras veces se hacía vidrio puro y transparente en Italia, en las Galias y en España [4].»

A este propósito, véase lo que escribe con su acostumbrada erudición y buen criterio el docto catedrático de la facultad de Ciencias D. Manuel

1 Winkelm., L. I, c. II.

2 *Jahrbücher des vereins von alterthumsfreundem im Rheinlande.* Año 1844, pág. 320.

3 H. N. XXXVI, c. 66.

4 S. Isidor. Hisp. Episc., *Opera; Originum sive etymologiarum;* lib. XVI, c. XV.

Rico y Sinobas, tan competente en esta materia como en otras muchas de la historia de las artes industriales entre los antiguos [1]:

«La masa de vidrio, que suponen las necesidades de la vida y del lujo del pueblo romano, debió ser excesivamente grande. Muchas de aquellas es innegable que llegaron y pudieron llegar á la capital del mundo entonces conocido por Oriente, de fabricaciones orientales, y mucho también de las naciones de Occidente, ó sea de España, siendo en la actualidad rarísimos los vasos enteros que se conservan de la fabricación de aquellos apartados siglos. Sin embargo, tuvimos ocasión de examinar algunos, de poseer otros, y de compararlos en Museos extranjeros con vasijas de vidrio, al parecer de procedencia gaula é italiana de igual tiempo, resultando de nuestro estudio comparativo, por la transparencia que todavía conservan los vasos de época romana encontrados en España, por lo unido de su masa, por la igualdad con que actuó el tiempo descomponiéndola, por sus ligeras irisaciones, y por no resultar de la descomposición aquellas laminitas, como talcosas, que se desprenden al menor contacto y al más ligero soplo, de los vidrios gaulo é italiano, que el de España, en la época referida, debió ser el preferido, pagándose por él las sumas en dinero fabulosas, de que hablan las historias, por su belleza primitiva, porque sus vasos, indudablemente, resistieron los líquidos calientes sin romperse, y porque, á pesar del epigrama de Marcial, lib. IX, 60, en que decía del vidrio blanco extranjero, *et turbata levi questus crystallina nitro*, las sales ó fundentes de la arena silicosa de la Iberia se eflorecieron tan poco, que han sido necesarios dos mil años para matar ligeramente el brillo de la superficie libre de los vasos labrados en España en la época mencionada.»

Respecto á los lugares de fabricación, el mismo Sr. Rico y Sinobas cree debieron ser principalmente, por abundar en ellos las primeras materias necesarias para la fabricación del vidrio, los valles que de la costa de Cataluña van á concluir en el Pirineo; las cercanías de la desembocadura del Ebro, y el interior de los que después se llamaron reinos de Va-

[1] *Del vidrio y sus artífices en España.* Madrid: Rivadeneyra, 1873. Folleto en 4.º mayor, hoy muy raro. Se publicó también, como artículo, en el Almanaque del Museo de la Industria del mismo año.

lencia y Murcia, en lugares cercanos á los declives y pendientes que separan aquéllos del interior de España, por los valles de Ollería, Salinas, Busot y río Almanzora, cuyos *fornos del vidre* fueron muchos de ellos desapareciendo, aunque ocupando en su primitiva época una zona que se extendía desde el cabo de Creus hasta el de Gata.

El docto catedrático de la Universidad Central añade más adelante, que los antiguos vidrieros españoles debieron también tener hornos más pequeños que los destinados á la vasijería, para trabajos delicados, principalmente de aquellos vidrios pequeños que se destinaban á imitar las piedras preciosas de la joyería, ó bien el vidrio de los vasos huecos, cuyas paredes se asemejaban á las lumaquelas de tintas y colores diferentes, ó que habían de recibir cubiertas de oro y de plata en láminas de espesor notable, si se compara con lo que hoy se labra en estos géneros. En unos objetos, con el oro y la plata puestos á cierta profundidad bajo capas transparentes de esmalte, y en otras piezas, sobrepuestos aquellos preciados metales en las superficies libres de los mismos objetos de vidrio.

Dados todos estos antecedentes, no es extraño, pues, que tan abundante cosecha de ellos se haya encontrado en la Necrópolis carmonense, así lisos como con relieves, y de variados colores, de cuya variedad y belleza puede formarse exacto juicio, por la copia de los principales que damos en la citada lámina XX, y en los números 1, 2 y 3, de la lámina XXIII.

La taza ó patera del núm. 1, azul, blanca y rojiza, fué encontrada en una tumba cerca de la del *Banquete funerario*, un poco antes del paraje donde se alzaron las antiguas termas, hoy finca de Brenes. El fragmento ó base de un vaso violáceo con tres adornos en forma de cruz (número 2), y una cenefa formada con piedrecitas azules y rojizas incrustadas en el vidrio, ha sido encontrado en el *Campo de los Olivos*, lo mismo que todos los demás objetos, á excepción del núm. 1 que comprende esta lámina. El jaspeado de la patera rota, núm. 3, es notable por su fabricación.

Al ver las tres cruces blancas del fragmento núm. 2, no faltará quien lo considere cristiano, opinión que, sin ser aventurada, no puede acep-

tarse desde luego, pues la cruz figura en muchos objetos antiguos como mero adorno, de la misma manera que aun hoy, en pleno cristianismo, se emplea también como elemento ornamental, y el fragmento de vaso no presenta otras condiciones para clasificarle como cristiano; siendo circunstancia digna de tenerse en cuenta, la de haber parecido en medio de objetos y de monumentos, todos claramente de época pagana.

También, entre los objetos allí encontrados, es notable el collar de cuentas de cristal de roca, que en esta última lámina copiamos con el núm. 4. Esta cristalización natural, de que los antiguos hacían mucho uso, trabajándola y faceteándola como una piedra preciosa, era tenida en grande estima y alcanzaba altos precios, por lo que su presencia en las cámaras sepulcrales carmonenses acusa no escasa fortuna en las personas á quienes el collar correspondiera [1]. Fué encontrado con la figurita de ámbar, de que ya hemos hablado, en una tumba cerca de la de Postumio, y en la misma hallóse el adorno, ó acaso amuleto de ámbar en forma de piña, núm. 6, cuyo hallazgo en aquella Necrópolis, recuerda, entre otros, los amuletos de la misma materia, encontrados en las tumbas etruscas, ya citadas, de Marzabotto.

Tales son los principales objetos hallados en aquella Necrópolis, que concurren con el estudio de sus sepulturas y tumbas á la formación del juicio crítico sobre tan notables descubrimientos.

1 El cristal de roca continuó empleándose por los orfebres y lapidarios durante los siglos VI y VII, siguiendo las antiguas tradiciones, como lo demuestran, entre otros objetos en que se halla, las coronas visigodas de Guarrazar, y otras alhajas que se conservan en nuestros museos. Después de la Edad Media, alcanza grande importancia, pues en los principios de la Edad Moderna, se hacen de cristal de roca vasos y utensilios de gran valor y gusto artístico.

CAPÍTULO V.

ESTUDIO CRÍTICO DE ESTOS DESCUBRIMIENTOS.—RESUMEN Y DEDUCCIONES.

Comparación de las cámaras sepulcrales de Carmona con otras de Oriente y Occidente, descritas en el capítulo II.—Deducciones.—Relación entre los objetos encontrados en la Necrópolis carmonense y los de otros paises.—Carencia de armas y de utensilios guerreros en aquellas cámaras sepulcrales.—Clasificación arqueológica de estos monumentos funerarios.—Su época.—Pueblo á que pertenecieron.

Si recordamos al llegar á esta parte final de nuestro estudio la descripción sumarísima que hicimos de varios monumentos funerarios encontrados en diversas comarcas de Oriente y Occidente, y los comparamos con las cámaras sepulcrales de Carmona, veremos confirmado el juicio que á vista de estas tuvimos la honra de exponer, al inaugurarse el Museo carmonense. El estar abiertos en la roca los pozos que conducen á ellas, el cuidado de ocultar la entrada para evitar las profanaciones, demuestran de qué modo se conservaba hasta la época romana el recuerdo de aquellas tradiciones egipcias y asiáticas, y como no podían menos de conservarse en la antigua Carmo, cuya población aun en la época romana había de tener por base la de los sucesores de los antiguos turdetanos, los etruscos ó rasenios, los fenicios y los griegos, que informaban la cultura de aquella región. La etrusca, cuya directa influencia se revela según ya indicamos, al Este de España, no sólo en la tirrénica Tárraco, sino en las notabilísimas sepulturas y objetos descubiertos en ellas, de Cabrera de Mataró en 1881, cerca de Barcelona, tiene un nuevo comprobante de haberse extendido á las regiones de la Bética, además de las monedas que ya estudiamos, en las cámaras sepulcrales de la Necrópolis carmonense, porque de todas las sepulturas de Oriente y de Occi-

dente excavadas en la roca, con las que guardan aquellas mayor analogía, es con las cámaras sepulcrales de Vulci. «Allí el suelo, generalmente plano, no presenta señales exteriores de la existencia subterránea de las numerosas tumbas que forman su Necrópolis. La formación compacta de la piedra que constituye el subsuelo facilitó la apertura de aquellos hipogeos, cuya entrada, á tres ó cuatro pies de profundidad solamente, que es la altura de la capa de tierra vegetal, se cerraba con piedras, sobre las cuales se extendía la tierra, á fin de impedir toda comunicación con el exterior.» Esto decíamos en el capítulo II de la presente Memoria, hablando de las referidas cámaras de Vulci, y después de examinadas las de Carmona, no tenemos necesidad de repetir lo que nuestros lectores habrán ya comprendido: la completa identidad que se encuentra entre una y otra disposición de ambas Necrópolis. Nada de monumentos exteriores se halla en Carmona, y todo recuerda la Necrópolis de Vulci, sin señales aparentes de su existencia. La disposición interior guarda también en las cámaras carmonenses grandes analogías con las de aquella localidad y con otras etruscas, hasta el punto de haber alguna que aparece sostenida por cuatro pilares, como sucede con la que ya citamos en uno de los compartimientos de la tumba de la *Bóveda plana*, de Cœré. Hasta la excepción de tumbas con monumentos construídos exteriores que encontramos en la del *Mausoleo circular*, y la indicación de otro mausoleo en el campo de Manta, se halla también de acuerdo con lo que alguna vez sucede en la Necrópolis de Vulci, donde, según ya consignamos, algunas de sus incógnitas cámaras sepulcrales llevaban encima construcciones exteriores, como sucede, entre otras, en la conocida con el nombre de *Cucumella*.

Cierto es que en tumbas etruscas de otros parajes y otras regiones se encuentran monumentos aparentes tallados en la misma roca; pero ya dimos la razón de ello en el capítulo II, razón aplicable por completo también á la Necrópolis carmonense. Allí dijimos, que en las localidades rodeadas de rocas ó masas calcáreas y graníticas, los monumentos tenían decoración exterior arquitectónica, á que se prestaban los frentes de las rocas, mientras en los paises llanos, donde aquéllas no existían, los monumentos funerarios eran simplemente hipogeos. En Castell D'Asso, en

Norchia, en Sutri, en Toscanella, en Cœré, y en otros parajes análogos, la naturaleza del terreno volcánico y roquizo permitía hacer, no sólo excavaciones interiores, sino hasta separar grandes monolitos para dejar monumentos aislados á manera de las tumbas de Absalón y de Zacarías, en Jerusalén, mientras en paises menos accidentados, más bien llanos que montañosos, como en Tarquinia, en Volterra y aun en Cœré, son á la vez hipogeos y exteriores, y en los más llanos, como los de Vulci, completamente hipogeos. No hay más que mirar el terreno en que se abre la Necrópolis carmonense, para comprender la grande analogía que existe entre aquellos campos y los de Vulci; y si bien es cierto que en el flanco de la cantera grande pudieron haberse tallado fachadas arquitectónicas, debe tenerse en cuenta que entonces hubieran quedado tales fachadas ocultas, porque dichos flancos, como abiertos al profundizar para extraer la piedra, no están sobre la superficie del terreno, sino por bajo de éste. Así es que cuando en alguna ocasión desearon los antiguos carmonenses hacer sepulcros aparentes ó exteriores, los construyeron, como nos lo demuestran los dos mausoleos ya citados.

Hasta las célebres *Motillas* de Carmona, con su marcada tradición oriental, traen á la memoria las Necrópolis etruscas; puesto que en las cámaras sepulcrales de Cœré, de Volterra y de Tarquinia, se encuentran también estos mismos túmulos. En las cámaras de Carmona, como en casi todas las de Etruria, y aun en las de Oriente, encontramos el *podium*, ó banco alrededor; y tanto las carmonenses como las etruscas, y después las romanas, adornaron los paramentos de sus paredes con pinturas, como lo demuestran en las de Carmona los restos de ellas que en muchas se conservan, principalmente en las de la Paloma y el Banquete funerario.

Las influencias de los antiguos pueblos, que informan la civilización de Carmo en la época romana, á que todos los monumentos de su Necrópolis se refieren, es tan poderosa, que sin embargo de estar abiertas aquellas cámaras sepulcrales en época ya puramente romana, prevalece el sistema de excavarlas en lugar de construirlas, como hacían los romanos, y se ve en los ejemplos citados en el capítulo II; cámaras romanas que presentan algunos caracteres diversos de los que ofrecen las que

estudiamos, aun cuando en aquellos mismos sepulcros familiares y columbarios de Roma se vea también la tradición de los pueblos que sirvieron de base á la civilización de los hijos de Rómulo. Hasta en las urnas cinerarias se nota más bien la influencia etrusca que la romana, en las cámaras sepulcrales de Carmona. No hay más que comparar las que copiamos en la lám. XVII, y sobre todo la del núm. 2, con las etruscas, encontradas en cámaras sepulcrales de la antigua Etruria, donde además de sarcófagos para la conservación de los cadáveres, se hallaron urnas para guardar las cenizas, y se verá que son iguales, coincidiendo con estos hallazgos los de algunos otros puntos de España en que también se han encontrado urnas de la misma clase, como sucede en Almedinilla, de cuyo punto tenemos preciosos ejemplares en nuestro Museo Arqueológico Nacional.

La influencia romana se halla también naturalmente en estas cámaras sepulcrales, como no podía menos de suceder, tratándose de unos monumentos abiertos ya en la época de la dominación del llamado Pueblo-Rey. Los sistemas de la cremación de los cadáveres en *ustrinum* y en *bustum;* la conservación de las cenizas en *urnas*, depositadas en nichos dentro de los sepulcros familiares ó en los columbarios; los restos de objetos quemados en la pira, conservados también en las mismas urnas, ó en el *podium*, principalmente vasos de perfumes ó ungüentarios, y otros objetos, ya artísticos ó ya industriales, que bien por haber pertenecido á los difuntos, bien como recuerdo de cariño allí se depositaron; los triclinios, con todos sus accesorios, en alguno de los cuales pudiera decirse no falta más que la presencia de los personajes para el cuadro del banquete funerario; las mismas pinturas, ya con simbolismos paganos, ya representando aquel fúnebre convite, casi de la misma manera que en otro antiguo monumento romano, que citamos anteriormente [1], todo esto demuestra, que al período de la dominación de los descendientes de Rómulo en Carmona, pertenecen aquellos sepulcros.

Pero la dominación romana alcanza en España largo espacio de tiempo, durante el cual, tanto imperan las doctrinas del paganismo como se

1 Capítulo II, pág. 77.

extiende la nueva religión del Crucificado, á pesar de las terribles persecuciones que sufren los fieles creyentes; ¿á cuál de estos dos períodos corresponde aquella Necrópolis? ó mejor dicho, aquellas cámaras sepulcrales ¿guardaban los restos de personas que dejaron de existir bajo las creencias paganas, ó de otras que ya habían abrazado el cristianismo? La contestación no es dudosa. Basta con fijarse en el sistema de cremación que revelan todos aquellos sepulcros, para comprender que no pudieron ser cristianos; pues sabido es que nunca, desde que aparece el cristianismo, se quemaron los cadáveres de los creyentes en la *Buena Nueva*, sino que siempre eran inhumados.

Cierto es que hay alguna rarísima excepción en la Necrópolis de Carmona, que revela haberse enterrado algún cadáver sin quemar, como lo demuestra una sepultura para cuerpo entero, y otra en que el cadáver se había inhumado, rodeada de urnas cinerarias. Lo primero acontece en la tumba del *Ustrinum*, pero ya, al estudiarla, consignamos que tal sepultura era un *subgrundarium*, para el cuerpo de un niño muerto en los primeros años de su vida, y que, por lo tanto, como se hacía en tales casos, no fué quemado. El cadáver, que no estaba en cámara sepulcral, sino en sepultura abierta en la roca, rodeado de urnas cinerarias, pudo ser muy bien de algún pagano que prescribiera se le enterrase, puesto que, como revelan los capítulos que hemos transcrito de la ley dada por Julio César á la Colonia Genetiva Julia, no excluía la cremación á la inhumación, empleándose ambos sistemas para la conservación de los restos mortales, como se empleaban en Roma según las leyes de las Doce Tablas.

También pudo ser el cadáver de algún suicida que, según ya vimos, no alcanzaba los honores de la hoguera entre los griegos, costumbre que tal vez se conservara en Carmo, por las marcadas influencias griegas que allí, como en todo el Oriente y Mediodía de España, se encuentran. Esto no excluye que aquel cadáver hubiera podido ser de algún cristiano, que fiel ya á su nueva creencia no hubiera querido ser quemado, por más que para sus parientes y deudos, cuyas cenizas le rodeaban en urnas, se hubiera seguido la antigua práctica de la cremación.

Y ahora que hablamos de cadáveres no incinerados, vamos también á decir algunas palabras acerca del cráneo que dijimos se había encontra-

do en el campo llamado *Cercado de Simón*, atravesado por dos clavos, y un trozo de hierro parecido á una media argolla, inmediato á él; argolla cuyo destino explicó, claramente, otra que tenía dentro los huesos de un brazo humano. En diferentes parajes de España, y aun del extranjero, se han encontrado igualmente cráneos atravesados por clavos. En unas ruinas, también romanas, de Bullas, en la provincia de Murcia, encontróse uno, de que el autor de esta Memoria dió cuenta hace años á la Academia de la Historia; el sabio P. Fita también puso en noticia de la misma otros hallazgos iguales; y en Atenas ha visto igualmente el que suscribe, cráneos perforados por clavos. La presencia de argollas para sujetar los brazos cerca del cráneo clavado, de Carmona, viene á esclarecer este punto, puesto que demuestra era un castigo que se hacía sufrir á personas condenadas á él, y sujetas con argollas. ¿Sería tal sistema de imponer la pena de muerte, aplicable lo mismo á paganos que á cristianos, ó acaso uno de los innumerables martirios que la crueldad de sus perseguidores inventaba contra los invencibles defensores de la fe verdadera? Faltan todavía datos para contestar á esta pregunta, y por eso nos contentamos con apuntar el hecho, y la duda que suscita, esperando que nuevos descubrimientos la aclaren por completo.

Hay una circunstancia especial en los descubrimientos de Carmona, sobre la cual ya hicimos alguna indicación en el capítulo I, y es la de no haberse encontrado en aquellas cámaras sepulcrales ningún arma ni resto de ellas, ofensivas ni defensivas; y esto, en nuestro juicio, consiste, como ya indicamos, en que Carmo debía ser ciudad más pacífica que guerrera; más dada á las benéficas y fructuosas tareas de la agricultura, la industria y las artes, que á las sangrientas y destructoras de los combates. Recordemos á este propósito aquel texto de Tito Livio, que ya citamos, donde escribe, que eran los turdetanos la gente menos varonil de España, lo cual en nada perjudica al buen nombre de aquellos antiguos carmonenses, pues revela que eran gente más culta que sus hermanos de otras regiones ibéricas. No estriba sólo la gloria de los pueblos en hazañas guerreras y en triunfos de los fuertes sobre los débiles, ó de los astutos sobre los confiados. Los laureles de Marte, tanto sirven para ceñir las sienes de triunfadores en los combates, como de los hijos de Apo-

lo y de Minerva. Escasísimos son también los restos de armas encontrados en Pompeya y Herculano, y no por eso dejan de demostrar elocuentemente sus admirables ruinas, el alto grado de esplendor y de cultura á que habían llegado aquellos dos pueblos en las encantadoras orillas del golfo Partenopeo.

Pero si la Necrópolis de Carmona demuestra que los antiguos hijos de esta ciudad más atendieron á engrandecerse por el cultivo de las artes de la paz que por la guerra, las pinturas descubiertas en aquellos hipogeos; los vasos, así de barro como de vidrio; los espejos metálicos; las piedras grabadas, y los objetos esculturales, revelan, no sólo su cultura, sino las relaciones que sostenían con todos los paises de España y de fuera de España; noción que también se justifica con las monedas allí encontradas, unas de Roma, y otras de diferentes colonias y municipios españoles, con los que hubieron de mantener activo comercio.

Después de cuanto llevamos dicho, la conclusión final acerca del período á que aquellas cámaras sepulcrales corresponden es indubitada, y la demuestran plenamente las escasas, pero interesantes monedas que allí se hallaron, y las pocas, pero no menos curiosas inscripciones, también en el mismo paraje descubiertas. Comprenden las primeras desde los últimos tiempos de la República romana (pues sabido es que los *ases*, de los que se ha encontrado uno solo del último período en la Necrópolis de Carmona, desaparecen por completo con sus tipos característicos en tiempo de Augusto), hasta Valentiniano; es decir, desde 30 á 40 años antes de Jesucristo, hasta 364 después del Nacimiento del Redentor, en que impera Valentiniano I, ó sea de los últimos años del postrer siglo antes de la Era cristiana, hasta el siglo IV de ésta, época á la cual atribuimos aquellos sepulcros, aun antes de conocer los hallazgos de las monedas, en el día en que tuvimos la fortuna de visitarlos.

Las inscripciones también nos revelan próximamente la misma época, puesto que tenemos algunas, como la de Postumio, de hermosos caracteres del siglo augusteo, y otras en que se ve claramente la decadencia paleográfica de los caracteres epigráficos romanos.

Y ahora que de inscripciones hablamos, no queremos dejar sin emitir una idea sugerida por la escasez de inscripciones en aquella Necrópolis.

Casi todas ellas, ó son de urnas cinerarias, ó están abiertas en pequeñas losas de mármol, que parecen hechas para colocarse delante de los nichos; todo lo cual revela que, más que al exterior, tales inscripciones quedaron dentro de las cámaras sepulcrales. ¿Respondería esto al constante deseo de aquellas gentes, claramente demostrado por el estudio de las cámaras de Carmona, de ocultar el paraje en que descansaban los restos de las personas queridas, idea predominante desde los antiguos imperios de Asia y Africa? Nótese, en apoyo de esta presunción, que tampoco se han encontrado inscripciones exteriores en los antiguos hipogeos citados de aquellos paises, ni en aquellas antiguas tumbas, lo cual produce grandes perplejidades y grandes discusiones entre eruditos y arqueólogos, cuando tratan de precisar á quiénes corresponden.

Las familias sabían ya dónde tenían su última morada, y no necesitaban pomposos epitafios, de que tanto abusó el pueblo romano, cuya costumbre en este punto no siguieron los antiguos carmonenses, apegados á sus antiguas tradiciones.

Los hijos de aquella ciudad turdetana conservaban respetuoso afecto á la memoria de sus orientales antepasados, entre los cuales, como hemos visto por los escasos epígrafes que se conservan, había no pocos de origen griego, cuya sangre se mezcló por alianzas matrimoniales con las de antiguas y renombradas familias romanas, tales como la de los Postumios, alguno de cuyos individuos alcanzó importantes triunfos en España [1]; los Sulpicios, que pretendían descender de los primeros pobladores de Lavinium, ciudad del Lacio, que se suponía fundada por Eneas; y los Naevios, protegidos de Augusto.

A otra clase de consideraciones, relativas al estado de conservación en que se han encontrado aquellos sepulcros, se presta su examen. El verlos rellenos de tierra, sin objeto alguno muchos de ellos, y en su ma-

1 Fué este el proconsul Lucius Postumius Albinus, que venció á los lusitanos y á los vacceos, triunfo á que alude una moneda de plata de la familia Postumia, moneda en cuyo anverso se ve una cabeza de mujer velada, con los cabellos en desorden y gran espresión de tristeza, leyéndose detrás HISPAN*ia*; y en el reverso, una figura togada de pie, levantando la mano derecha hacia un águila legionaria, y detrás el haz de los lictores con el hacha, aludiendo á la dignidad proconsular del personaje.

yor parte cerrados herméticamente; el encontrar otros sin urnas cinerarias, aunque con algunos restos de poco valor, así como el haber descubierto solo dos sin tierra y con los objetos colocados en orden, parece indicar que los dueños de aquellos hipogeos, al ver acercarse las invasiones de pueblos contrarios á su religión, y que ningún respeto guardarían á las cenizas de sus muertos, temerosos de la profanación de las tumbas, y deseando poner á cubierto los sagrados restos de sus familias, destruyeron mausoleos y borraron caminos, acumulando obstáculos, para no dejar ni vestigios de la Necrópolis de Carmo.

Con esta última conjetura terminamos nuestro trabajo y abandonamos aquel hermoso suelo de Andalucía, donde pudiéramos decir ha vivido nuestro espíritu, ya que no nuestro cuerpo, durante los largos días que en este tristísimo estío hemos consagrado al estudio de tan importantes monumentos; abandonamos aquella campiña, hoy tranquila y riente, pero bajo la cual se abren las últimas y fúnebres moradas, que alcanzaron en el seno de las rocas los descendientes de los antiguos turdetanos, confundidos, por la ley de la guerra, con los legionarios de César y de Pompeyo.

Madrid, 12 de Setiembre de 1885.

APÉNDICES

Apéndice I.

Dijimos eu el capítulo III que uno de los pensamientos de los descubridores de la Necrópolis de Carmona fué el establecimiento de un Museo Arqueólogico en aquella ciudad, y en efecto, después de la visita á las cámaras sepulcrales, tuvo lugar su instalacióu en el Colegio de San Teodomiro, cediendo para este objeto uno de los salones de aquel extenso edificio los señores D. Antonio Cebreros y D. Francisco Cortés, amigos y comprofesores de los Sres. Fernández López y Bonsor [1]. A coutiuuación transcribimos el acta que en aquellos momentos se exteudió:

«En la ciudad de Carmona, á las nueve de la mañana del domingo veinticuatro de Mayo de mil ochocientos ochenta y cinco, previa invitación hecha por los Sres. D. Juan Fernández López y D. Jorge Edward Bonsor, se reunieron en el campo nombrado de las Canteras, y que desde este día se titulará *Necrópolis carmonense* (propiedad de los referidos Fernández y Bonsor), los señores que al margen se anotan; y rogados para que examinasen los trabajos de excavación, hechos en el mencionado campo, observaron que hay descubiertos sobre doscientos sepulcros, pertenecientes, al parecer, á la época romana, algunos de ellos con pinturas murales de indisputable importancia, y todos, ó su mayor parte, de verdadera estimación arqueológica.

»Unánimemente convinierou en que la empresa está llevada á término con inteligencia y acierto, y con una perseveraucia extraordinaria y digna de los mayores elogios, siendo tau plausible la idea, que dejará alto ejemplo que imitar á cuantos estimen las glorias del país.

»Terminada la visita á las tumbas, se trasladaron los concurrentes al Museo formado con los restos descubiertos en las excavaciones, siendo de notar su couveniente y acertada instalación, la grande importaucia arqueológica y artística de los objetos, ora como comprobantes del alto grado que la civilización romana alcanzó en esta comarca, ora como ve-

[1] Este distinguido artista y antieuario, llevado de su amor al arte, ha ofrecido dar gratuitamente eu dicho Colegio una clase de dibujo.

neradas memorias de la antigua *Carmo*, y como bellos modelos de civilización ofrecidos á la cultura industrial y artística de nuestra época.

»Después de tributar justos elogios á los señores invitantes, y de excitar su celo para que continúen el camino que con tanto acierto como buen resultado han emprendido, se acordó extender y firmar la presente acta para memoria y ejemplo de los venideros.»—Nicasio López (alcalde de Carmona).—Francisco José Orellana (diputado provincial).—Sebastián Gómez Muñiz (presidente de la reunión Arqueológica carmonense). —Manuel Méndez.—José María de Hoyos (alcalde de Sevilla).—José María Roby.—Emigdio Serrano Dávila.—Juan de Dios de la Rada y Delgado (delegado de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando).—Adolfo Herrera (correspondiente de la Historia).—Juan Sanjuán. —Diego Díaz.—Antonio María Ariza (correspondiente de la Historia y de San Fernando).—Claudio Boutelou (vicepresidente de la Comisión de Monumentos históricos y arqueológicos de la provincia de Sevilla).—Fernando Belmonte y Clemente (secretario de la misma).—Cayetano Aldana.—Juan García Hermosín.—Manuel Madrazo Escalera.—Adolfo Fernández Casanova (arquitecto).—José J. Gómez.—Ramón Pinzón.—Mariano Trigueros.—José Vega.—Antonio Pérez.—José Pérez Cassini. —Antonio Cebreros.—Francisco R. Cortés.—Macdongall.—E. Johnston (vicecónsul inglés en Sevilla).—Juan Fernández López.—G. Bonsor.

El espacioso salón del Museo presentaba apropiado aspecto, según puede verse por la siguiente y exacta descripción que hizo un periódico de la localidad: «En sus cuatro ángulos, y sobre soportes de madera, se ven grandes ánforas; una estantería que ocupa todo el lado derecho, perfectamente acristalada, tiene varias tablas completamente ocupadas con objetos romanos de cerámica, tales como *pateras*, lucernas y otras; muchos *lacrimatorios* de barro y vidrio, de innumerables formas; urnas cinerarias, algunas de ellas con inscripciones curiosas; huesos, restos de adornos y epígrafes; tres cabezas y otros mil objetos, notables por más de un concepto. El frente y parte de los lados está todo cubierto de fotografías, cuadros al óleo y acuarelas, que representan las principales sepulturas; en el centro del lado izquierdo, una losa sepulcral con inscripciones en hermosos caracteres, y sobre ella un gran plano de las excavaciones, á cuyos lados se han colocado dos cuadros, en que se observa un número considerable de pequeños objetos de bronce y hierro, encontrados en aquéllas: en el ángulo interior de la izquierda aparecen colocadas grandes tejas romanas, y en el opuesto, una cabeza sobre una rinconera; en el centro del salón una ¿piedra de sacrificios? notable por su valor, y sobre

la mesa, situada en el frente, un cuadro de madera que gira sobre su pie, en donde está incrustada una colección de monedas de Carmo.

»A la entrada de la sala hay colocados en marcos de madera varios mosáicos, que si mal no recordamos se elevan á veintidós, notables por su prolija labor y raro dibujo.

»El Museo que empieza bajo tales auspicios, y que cuenta hoy con más de 2.000 objetos, dada la incansable actividad de los Sres. Fernández y Bonsor, así como el entusiasmo y afición á estos estudios, que ha despertado en Carmona el éxito de las excavaciones, no dudamos llegará en breve á ser, por más de un concepto, notable y digno de que le visiten cuantos tengan conocimiento de la importancia histórica y técnica que revisten siempre los establecimientos de esta índole.»

He aquí la noticia de los objetos que comprende aquel Museo, tal como nos la ha remitido el Sr. Bonsor.

Mármol.

1. Cabeza de mujer joven, en la que puede estudiarse el tipo étnico de aquellas regiones, donde todavía se conserva. (Véase nuestra lámina XXV.)
2. Dos cabezas: una de hombre y otra de mujer, en peor estado de conservación.
3. Una urna con la inscripción siguiente:

OSSA PREPVSAE
EVNI · FILIAE
ANN XXV

4. Dos aras, con *guttus* y *patera* en relieve.
5. Cippo pequeño, con inscripción:

MATRIBVS - AV
EANIABVS M
IVL GRATVS.

6. Una inscripción que dice:

Q. POSTVMIVS
HYGINVS · ET·
POSTVMIA·CYPARE
VXOR

7. Un pie con sandalia.

Vidrio.

8. Doscientos lacrimatorios de treinta y tres formas diferentes.

9. Tazas de vidrio blanco ó azul, con una ó dos asas, de doce formas diferentes.

10. Dos grandes urnas de vidrio, con tapadera y caja de plomo, y dentro cenizas, un espejo y lacrimatorio.

11. Un collar de veinticinco cuentas de cristal de roca.

12. Una taza con gladiadores en relieve.

13. Pateras con dibujos, en colores diferentes, azul, verde, ocre y amarillo de Nápoles.

14. Tazas azules ó blancas, con una ó dos asas, de doce formas diferentes.

Cerámica, etc.

15. Tres tazas en forma de piña, de barro saguntino.

16. Ocho tazas del mismo barro, con dibujo de hojas, etc.

17. Quince lucernas con dibujos.

18. Cien vasos de libaciones, algunos pintados con líneas de color, blanco, rojo y verde.

19. Urnas cilíndricas.

20. Idem cuadrangulares, con inscripciones.

En una: VRBANIVAL.

En otra: PYLADES S. T. T. L.

21. Lacrimatorios de barro.

22. *Guttus* de barro.

23. Un mortero y su mano de mármol.

24. Pateras, ánforas, etc.

25. Un *bustum* de tejas.

26. Cariátide de piedra: un romano llorando (figura pequeña).

27. Un ¿ara? ó ¿capitel? de mármol, con los utensilios del sacrificio: relieve que se cree procede de Alcolea del Río.

Bronce.

28. Un clavo de puerta, de bronce, dorado.

29. Una bacante acostada.

30. Veinte y tres monedas diferentes de Carmo.

31. Espejos de metal.
32. Cadenas, depilatorios, clavos, cinturones, estilos, etc.
33. Ladrillos, pesas, cerraduras, anillos.

Impulsados por el ejemplo de los dos ilustres descubridores, se ha formado en Carmona una Sociedad Arqueológica, á cuyo frente figura el ilustrado sacerdote carmonense D. Sebastián Gómez Muñiz, y los señores Fernández López y Bonsor [1].

Como prueba del ilustrado celo que distingue á la naciente Sociedad, copiamos el relato de la primera expedición arqueológica que realizó en el último otoño, tal como la publicó el periódico *La Andalucía*, de Sevilla, en los números correspondientes al 5 y 6 del mes de Setiembre de 1885.

EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA.

CARMONA.

I.

«La Sociedad Arqueológica de Carmona, constituída en 24 de Mayo último, ha adoptado, entre otros, el importante acuerdo de verificar excursiones periódicas en los diferentes sitios de aquel término, que ofrezcan interés arqueológico ó histórico.

»Salta á la vista, para que nos esforcemos en demostrarla, la utilidad y conveniencia de tales excursiones; así lo ha comprendido la ilustrada Sociedad á que aludimos, cuando ha puesto en práctica su acuerdo; y nos atrevemos á afirmar que no serán infructíferos sus trabajos; sino que, antes al contrario, sus descubrimientos redundarán en beneficio de la ciencia y de la ilustración, tan poco atendida, por desgracia, en nuestro país.

»Acordada en junta, que se celebró el 20 de Agosto próximo pasado,

1 Las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando han premiado el mérito de los dos descubridores nombrándoles Académicos correspondientes, y proponiéndoles al Gobierno de S. M. para una recompensa honorífica. El digno Presidente de la Sociedad Arqueológica, ha sido también nombrado Académico correspondiente de la Historia, como justo tributo debido á su mérito, y á la constante protección que siempre ha dispensado á cuanto pueda contribuir al adelanto de la cultura patria.

Aquella naciente, pero no por eso menos importante Sociedad, ha tomado el ilustrado y caritativo acuerdo de establecer un módico precio de entrada para visitar el Museo, cuyo producto se invertirá en satisfacer matrículas, libros y derechos de exámen á niños pobres de Carmona, que justifiquen su aptitud para el estudio.

una exploración á la gran *Motilla*, llamada de Alcaudete, así como á las ruinas del castillo del mismo nombre, para regresar luego por la cadena de los Alcores, así lo efectuó el 22 del mismo mes; y al efecto de que sus resultados fuesen conocidos por la Sociedad, comisionó ésta á nuestro particular amigo el Sr. D. Jorge Bonsor, la redacción de una Memoria comprensiva de los mismos; Memoria que ha tenido la amabilidad de remitirnos, y de la cual, con objeto de que nuestros lectores tengan conocimiento de los datos altamente interesantes que la misma contiene, extractamos unos pasajes, y en otros cedemos la palabra al ilustrado miembro de la Sociedad de Arqueológos de Carmona.

»Los exploradores salieron de esta última el día 22 de Agosto á las doce de la noche. Formaban parte de la expedición los Sres. D. José Vega y Peláez, D. Aniceto de la Cuesta y D. Jorge Bonsor, miembros de la Sociedad Arqueológica; y Luis Reyes, uno de los trabajadores en las excavaciones de la Necrópolis, que en su calidad de herborista, tiene perfecto conocimiento de aquellos contornos, llevando consigo un macho y dos bestias cargadas de víveres y herramientas.

»D. Juan Fernández López, secretario de la Sociedad, que debía formar parte de la expedición, hubo de desistir de sus propósitos por llamarle á la Junta de Sanidad de la población sus atenciones.

EN ALCAUDETE.

»Próximamente á las dos de la mañana llegaron los exploradores á Alcaudete, después de haber salvado la distancia de ocho á diez kilómetros que media entre este punto y Carmona; y previo un breve descanso, á las cuatro de la mañana escalaban el túmulo, objeto de su investigación.

»Mientras los Sres. Vega y Bonsor tomaban las medidas del túmulo, el Sr. Cuesta exploraba los alrededores, encontrando en el suelo vestigios romanos.

»Este túmulo, dice el Sr. Bonsor en la Memoria á que aludimos, es el mayor de los alrededores, y llama la atención de los sabios por sus proporciones, su curiosa forma y situación: túmulo verdaderamente romano, pudiendo asegurarse que debía ocupar el centro de una Necrópolis de la misma procedencia, á juzgar por los datos siguientes: 1.° Por las numerosas tejas romanas (*tegulae et imbrices*), que servían para cubrir las cenizas de los difuntos después de la cremación, en una clase de sepultura llamada *Bustum*. 2.° Por los trozos de vasijas romanas y restos

de urnas, ánforas, vasos de libaciones, pateras, etc., que servían generalmente para las ceremonias funerarias. Lavando con cuidado algunos de estos pedazos, hemos descubierto que ofrecen aún trazos de pintura, lo mismo que los encontrados en la Necrópolis de Carmo. Son líneas de círculos concéntricos, de bermellón, morado, negro y pardo oscuro. Por ejemplo: una vasija recibía una mano de ocre al exterior, después se pintaba por encima con dos líneas de bermellón de un dedo de ancho, con el intervalo de blanco sobre el cuello, cuerpo y base de la vasija.

»Las pateras estaban pintadas interiormente con círculos semejantes, ó sólo con una mano de bermellón, de cuyo color parece que abusaban mucho los romanos, pues con él pintaban las estatuas de los dioses y los cuerpos de los triunfadores.

»Los barros particulares que servían para modelar las vasijas de estos alrededores, tomaban, después de la cocción, el color ocre, rojo ó negro. Las vasijas rojas, que después de la cocción no presentaban un color bastante vivo, recibían una mano de minio, fijado por medio de un barniz ú otra preparación desconocida, que ha desaparecido al cabo de tanto tiempo; por consiguiente, al lavar hoy los restos de estas pateras, que en aquel tiempo servían para las libaciones, el color desaparece en seguida.

»Otros pedazos están compuestos de dos barros, rojo por un lado y ocre por otro. Las vasijas negras, como su color indica, estaban consagradas á las divinidades infernales.

»La tercera prueba se nos presenta en un pedazo de mármol blanco, como parte derecha de una inscripción funeraria romana, donde se lee lo siguiente:

SSABI
LXXXV

»Las inscripciones de los alrededores de Carmona son generalmente cortas. La primera línea contiene el nombre del difunto y su parentesco; la segunda, donde creemos ver la terminación en las letras SSABI [1], indicaría su posición social ó el pueblo de su naturaleza. La tercera, su edad..... ¿85 años? Por fin, la última línea, las abreviaciones de cos-

1 En la citada obra del Sr. Delgado se publica una inscripción encontrada en Osuna, hoy en poder de D. Antonio Ariza, donde se lee, que Marco Valerio, *Sabino*, hijo de Marco, de la tribu *Sergia*, era Duumviro y Pontífice perpetuo de los colonos de la Colonia Genetiva Julia (C. C. G. I.) (*Colonorum Coloniae Genetivae Juliae*). Véase el capítulo de VRSO, en la referida obra, tomo II, p. 329.

tumbre, S. T. T. L., ú otras que todo arqueólogo conoce. Podemos añadir que el grueso del pedazo de que nos ocupamos es de $0^{m},06$, y parece estar en proporción con las cuatro líneas supuestas; pues comprendiendo la altura de las letras y los intervalos, podía darse á esta inscripción una altura de 30 centímetros. No seguiremos más en esta serie de suposiciones que nunca acabarían; basta, pues, saber que hallamos al pie del gran túmulo los restos de una inscripción funeraria.

»Como cuarta y última prueba,—continúa el Sr. Bonsor,—añadiré que se han descubierto en este sitio varias urnas cinerarias, lámparas, etc.

»Examina después el Sr. Bonsor el túmulo de Alcaudete, describiéndolo y consignando su opinión de que es artificial, y se extiende en consideraciones acerca de lo que podría ser la población cercana, á juzgar por los restos que en el sitio, objeto de la exploración, se han encontrado.

»El túmulo de Alcaudete tiene la forma de un gran cono truncado, teniendo por base una circunferencia de más de 300 metros; su plataforma es un óvalo, cuyos diámetros son respectivamente de 63 y 46 metros: su dirección longitudinal es de Este á Oeste; es artificial, construído con piedras y especialmente con una tierra arcillosa, por cuya causa conserva hoy, después de tantos siglos, una pendiente de 50 grados y una altura de 27 metros. Su base es la cúspide de una colina, en parte artificial, sembrada de sepulturas y que baja en pendiente suave una altura de 40 metros. La altura total de su plataforma sobre la planicie de la vega, sería, pues, de 67 metros.

»Los lados Este, Sudeste, Sur y Suroeste del túmulo miran á la vega; mientras que las partes opuestas, rodeadas de rocas, se hallan, según los sitios, á distancia de 30 á 50 metros de la base del túmulo.

»Estas rocas presentan señales de construcción; imitan una muralla, y precisamente en medio, se observa un paso cortado en la roca, que, por una suave pendiente, pone en comunicación con la parte alta de los Alcores, donde debía existir antiguamente la población romana, cuya Necrópolis estudiamos. Este paso tiene dos ó tres metros de ancho, unos 30 metros de largo, é indica, por su dirección, la parte entre Oeste y Noroeste del túmulo, donde se nota un pequeño camino que sube en espiral á la plataforma.

»Con ayuda de los planos y dibujos que acompañan á la Memoria, se puede formar cabal idea de la situación. Un romano, por ejemplo, entraba por este paso estrecho, entre dos rocas, y se dirigía al túmulo, donde subía por el camino espiral. Lo mismo que pudiéramos hacerlo hoy; con la diferencia de que nosotros íbamos movidos por la curiosidad. ¿De

dónde viene? nos preguntamos. ¿Había ó no una ciudad romana en estos alrededores? Y sobre este misterioso túmulo, ¿había ó no un monumento, un templo, un mausoleo?

»La historia nada nos dice, y para saber la verdad es preciso cavar; en materia arqueológica, cuando no hay nada escrito, es necesario hacerlo. Inútil discutir y perder el tiempo; únicamente cavando sale la luz. En cuanto á la población cercana, podría ser una de las centurias de Carmo y confirma la hipótesis, el que una de las tres vías romanas que atraviesan la Necrópolis de Carmo, lleva, al parecer, esta dirección.

Se han encontrado al pie de la colina, y en el fondo del arroyo algunas columnas de mármol, que fueron arrojadas, sin duda, de la plataforma del túmulo, donde sería preciso buscar las fundaciones de un monumento, que, después de todo, no puede estar muy profundo.

»Respecto á la causa que dió margen al descubrimiento, se expresa el Sr. Bonsor en los siguientes términos:

»Fuimos á hacer una visita á los molineros del valle, en busca de informes. Supimos que el túmulo y las tierras colindantes son propiedad de los herederos del almirante Armero. Un día, arando la plataforma, se descubrió una piedra y debajo una cueva, teniendo la forma de silo, que cubrieron en seguida. Aunque por lo general no se puede dar fe á los descubrimientos de la gente del campo, en este caso es diferente, porque en la plataforma se observa el vació que dejó la tierra que emplearon para llenarlo. Otro molinero nos dió tres monedas que había encontrado: una de Carmo (cabeza con delfín á la izquierda: en el reverso, *Carmo* entre dos espigas; bien conservada). Esta moneda tiene el núm. 16 en la obra del Sr. Delgado. Otra del emperador Honorio, y la tercera de Felipe I el *Hermoso*, marido de Doña Juana la *Loca*, encontradas en las ruinas del castillo de Alcaudete».

»Como se ve por estos interesantes pormenores, la expedición arqueológica llevada á cabo, ha sido fructuosa; y como quiera que el espacio de que podemos disponer no nos permite extendernos más, dejamos para el número inmediato el terminar la reseña de la misma, y hablar del regreso de los expedicionarios por la cadena de los Alcores, en la que han descubierto una caverna, al parecer, de bastante interés para arqueólogos y anticuarios.

II.

»Después de examinar detenidamente el túmulo de que se trata en el número anterior, los expedicionarios visitaron el castillo y la ermita de

San Juan Bautista, los cuales, á juicio de aquéllos, no ofrecen al arqueólogo detalle ni objeto alguno digno de estudio; y tras un breve descanso, conforme con el programa de la excursión, emprendieron á las dos de la tarde el regreso á Carmona, por la cadena de los Alcores.

»Al llegar á este punto, el Sr. Bonsor describe en su Memoria el aspecto que á la vista del curioso y del caminante ofrecen las enormes rocas que constituyen las estribaciones, de la manera siguiente:

EN LOS ALCORES.

»Esta cadena de rocas, que tenemos á la izquierda, parece un arrecife en el mar, ocupando nosotros la playa, mientras que á la derecha descúbrese en lontananza el Océano. Este es la gran llanura de la vega, donde no existe ni un solo árbol, ni una roca, ni un accidente del terreno; donde la vista se fija en un inmenso campo de trigo, que en esta época del año más parece un árido desierto. La costa derecha es nuestro refugio; aquí es donde empiezan los olivares, la vegetación y la sombra.

»De distancia en distancia se observan en estas murallas naturales hendiduras que llamamos bahías, siguiendo la comparación con el mar, por donde baja un arroyo y un camino, á través de una vegetación más fértil que en otra parte. Los labradores de estas cercanías llaman á estas bahías *puertos*.

»Cuéntanse de Alcaudete á Carmona cinco puertos de esta clase, muy notables todos por su forma pintoresca, y otros también por sus recuerdos históricos y antigüedades. El puerto de Alcaudete, el primero y quizás el más hermoso, está regado por un arroyo de agua clara que, cayendo á la llanura, mueve en su curso las ruedas de cuatro molinos, surte un abrevadero, y atraviesa una gran huerta poblada de naranjos, de donde sale para perderse en la vega, dejando tras sí una franja verde, que desaparece con su última gota. El gran túmulo de la izquierda hace el efecto de un faro.

»Saliendo de Alcaudete, entramos en los sitios más pintorescos y encantadores; llegamos ante un promontorio, un cabo, que se llama la *Cabeza del Puerto judío:* la roca está cortada perpendicularmente, de 15 á 20 metros de alto, y al pie enormes masas de roca, que parecen precipitarse hacia nosotros, disputan el sitio á la vegetación salvaje de la higuera, al acebuche, al chaparro, al lentisco, al algarrobo, etc.; es una verdadera lucha entre el árbol y la piedra. El árbol se tuerce y toma expresión humana; si por un lado sucumbe bajo el peso de una roca, por

otro se levanta victorioso, después de despedazarla con sus raíces poderosas. Algunas rocas semejan estar rodando, y otras, retenidas por un equilibrio extraordinario, parecen esperar un soplo para precipitarse á la vega.

»Pasemos al otro lado del *Puerto judío*, cuyo promontorio, más elevado que el otro, es notable por sus altas plataformas, difíciles de escalar; cada una de ellas tiene un lugar donde se ven indicios de fuego. Estas plataformas son muy á propósito para refugio, por tener encima una cubierta de roca, desde donde puede dominarse la vega, sin ser visto ni de alto ni bajo. Estas plataformas, así como las cuevas que le siguen, sirvieron de refugio á los judíos de Carmona, que huían de las persecuciones. De ahí viene el nombre de *Puerto judío*, con que hoy se conoce este sitio.

»Carmona, como todas las ciudades antiguas de España, tenía una gran población judía dentro de sus muros, y en todo tiempo, ya por cuestión religiosa ó política, los judíos excitaron el desprecio ó el odio de los habitantes. En la dominación árabe, los secuaces de Mahoma les encargaron el servicio de la guarnición, lo que naturalmente no hizo más que aumentar el odio contra ellos. Las matanzas empezaron á la caída de la dominación árabe; más tarde, el médico israelita del rey D. Pedro, consiguió protegerlos por muchos años; pero después de Montiel, los habitantes, por fin, desahogaron su venganza sobre aquellos infelices: huyeron y se ocultaron entre estos Alcores, de donde les arrojaron más tarde. (Se han encontrado aquí varias monedas de Sancho IV el *Bravo*, 1295-1312, que bien puede decirse confirman la tradición.)

»En los párrafos siguientes, el ilustrado arqueólogo carmonense, da cuenta de un hallazgo verdaderamente de interés para la ciencia. Trátase de una caverna que, á juzgar por los vestigios que en ella encontraron, bien pudiera haber servido como habitación de trogloditas.

»Basta esta sola enunciación para comprender la necesidad verdaderamente imperiosa que la prehistoria siente, de que se investigue minuciosamente aquella caverna; y nosotros opinamos, aunque lo decimos con timidez, dado que no nos reconocemos competentes en la materia, que en los alrededores de Carmona y en determinados sitios de la sierra del Alcor, han de existir más hendiduras de esa especie, y de las que tanto partido saca la ciencia de los tiempos primitivos.

»Las plataformas suspendidas siguen, y algunas hay más elevadas que las otras, y superpuestas, formando una escalera gigantesca. En fin, hemos tenido la buena suerte de encontrar, dice el Sr. Bonsor, una cueva

natural, que puede haber servido muy bien de morada en los tiempos primitivos. Se sube, agarrándose con los pies y las manos, pasando así de roca á roca. Esta cueva se compone de dos salas, teniendo próximamente cuatro metros de largo, por dos de ancho y cinco de alto. El suelo se halla cubierto de un polvo fino, compuesto de excrementos de insectos y aves.

»Una de estas salas tiene una gran abertura á la vega, y debe haber sido formada en su origen por la corriente de las aguas. Conductos bastante estrechos, parecen comunicar con otras salas. Desgraciadamente nos falta el tiempo para reconocerlas, porque debemos seguir nuestro camino, para llegar á Carmona antes de la noche.

»Volveremos en otra ocasión. Entre tanto, aviso á los aficionados á antigüedades prehistóricas.

»Llegamos al puerto del Acebuchal. De paso vimos un túmulo romano de forma no muy marcada, que ocupa la misma posición á la izquierda del puerto, como el de Alcaudete; también se hallaron aquí restos romanos de tejas, etc. Como nota moderna añadiré, quc por este paso pintoresco que atravesamos, es por donde el contrabandista introduce su carga de tabaco.

»Más adelante, á la derecha del camino se ve otro túmulo, en el cual, nuestro guía y excavador, nos asegura haber descubierto en su juventud más de 200 monedas romanas de bronce.»

Termina la Memoria con los siguientes párrafos:

«Llegamos al puerto Santa Marina, donde hubo una ermita que desapareció, no se sabe cuándo, á punto fijo: descubrieron debajo de sus ruinas un Cristo, quc fué llevado con gran ceremonia á la iglesia de San Felipe de Carmona. Esto cs historia antigua, contada por los moradorcs de las cercanías. En Santa Marina se ven varios túmulos, restos de fundaciones romanas. Entrc éstc y el puerto de Brenes, que lc sigue, se notan algunas ondulaciones producidas por las corrientes de aluvión, siendo algunas, sin embargo, verdaderos túmulos, que se reconocen por encontrar en sus alrededores restos de vasijas, tejas romanas, etc.

»El puerto de Brenes, ocupado por una fábrica de destilación de aguardientes y con jardines, está sobre el mismo sitio en que debían haber existido las termas romanas de Carmo, á juzgar por los importantes vestigios de fundaciones, columnas, etc.

»La Necrópolis romana de Carmona sc extiende hasta este sitio, y se han descubierto algunas tumbas, conteniendo magníficos lacrimatorios, y una patera de cristal de variados colores. Continuamos pasando al pie

del antiguo Campo de Marte, de los romanos, llamado hoy Campo Real: aquí es donde el rey San Fernando se presentó delante de Carmona, y habiendo visto brillar una estrella sobre la ciudad, exclamó: *Sicut Lucifer lucet.....*, etc. Esta divisa, y una estrella argentada sobre campo azul, forman hoy el escudo de Carmona. En fin, pasada la ermita de Santa Lucía, llegamos al puerto. El último de nuestra excursión, el de Carmona.

»Al trabajo que hemos extractado, dió lectura su autor en la sesión celebrada por la Sociedad, de que forma parte, la noche del 2 del actual, mereciendo la aprobación de la misma.

»Plácenos muy mucho cuanto se trabaje, al efecto de extender la ilustración y vulgarizar estos conocimientos: merced á ellos el pueblo ve abrirse ante sus ojos inmensos horizontes donde aprender, despojándole al mismo tiempo de preocupaciones perniciosas y obstrucionistas, que le colocan al nivel de los más atrasados.

»La Sociedad Arqueológica carmonense, al realizar expediciones como la últimamente llevada á cabo, presta un servicio altamente interesante á la ciencia, y abre ricos veneros á los arqueólogos y anticuarios, donde pueden estudiar y tal vez aclarar problemas científicos, oscurecidos hasta el día.

»Y ahora nosotros, antes de terminar, vamos á permitirnos exponer una idea que nos parece útil y conveniente.

»Cuando el ilustre anticuario Sr. Góngora recorría la Bética, reuniendo materiales para escribir su curiosísima obra *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, se hacía acompañar frecuentemente en sus excursiones por un dibujante encargado de reproducir los monumentos, dolmenes, etc., pudiendo de este modo presentar con el texto una reproducción de los mismos, así como de algunos objetos curiosos que se encontraron en las cavernas por él exploradas, epígrafes, inscripciones, etc.

»Pues bien; creemos sería altamente conveniente que un fotógrafo, v. gr. el Sr. Pinzón, que actuaba durante la inauguración de la Necrópolis y Museo, acompañe de vez en cuando á los expedicionarios; y después de fijar en sus negativos los monumentos notables que tuviesen la fortuna de descubrir, ornar con sus copias los muros del salón del Museo.»

La exploración de los túmulos descubiertos en esta notable expedición arqueológica, viene á confirmar la idea que hemos emitido en el capítulo III de esta Memoria, acerca de las *Motillas* ó túmulos carmonenses.

Apéndice II.

Habiendo tenido noticia de que en poder del inteligente y reputado anticuario sevillano, ahora domiciliado en Valencia, D. Francisco Caballero Infante, existían varios objetos procedentes de la Necrópolis Carmonense, le suplicamos nos remitiera nota de ellos, para que figurase como apéndice de nuestro trabajo, con el propósito de que en él estuviesen reunidos cuantos datos puedan servir para mayor ilustración de tan importantes descubrimientos; y con una bondad, comparable sólo á su reconocida competencia en estos estudios, nos la ha remitido, diciéndonos en su afectuosa carta acerca de su procedencia, lo siguiente: «No me ha sido posible determinar el sitio preciso de la Necrópolis en que fué encontrado cada objeto, porque la persona de quien los he adquirido no tuvo ese cuidado. En cuanto á la autenticidad y certeza de la procedencia de los objetos, no me cabe la menor duda, pues la persona de quien los adquirí es de confianza é inteligente.»

Como se comprende por la simple lectura de dicha nota, entre los referidos objetos los hay muy notables, siendo de *primera rareza*, como él mismo los califica, los señalados con los números 24, 27, 28, 70, 71, 72, 79, 80, 84, 92, 93, 103, 104 y 105, especialmente el del 28, que no tiene similar en ninguna de las colecciones que hemos visitado, y que afecta la forma de una cucurbitácea, muy común en Andalucía. Pudiera haber servido de fiola para perfumes, siendo una especie de ungüentario. Conocidas son las muchas y variadas formas de esta clase de vasos de vidrio, que en tanta abundancia se encuentran en los monumentos funerarios, por lo que no es extraño que el artífice buscara una variedad más, imitando en este vaso el fruto de dicha planta.

Véase ahora la nota ó abreviado catálogo á que nos referimos:

Nota de los objetos romanos encontrados en la Necrópolis de Carmona, existentes en la colección de D. Francisco Caballero Infante, en Valencia.

Número 1.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con bandas diagonales de puntos en relieve.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,08.

NÚMERO 2.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con grandes ramas y hojas de yedra en relieve.

Alto, 0,08.—Ancho, 0,08.

» 3.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, con dos asas, forma semi-esférica, con fajas de puntos en relieve.

Alto, 0,06.—Ancho, 0,11.

» 4.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con grandes ramas y botones de adormideras.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,08.

» 5, 6 y 7.—Tazas, sinus ?, de tierra blanquecina, forma esférica, completamente lisas y con dos asas cada una.

Núm. 5.—Alto, 0,075.—Ancho, 0,11.
» 6.—Alto, 0,08. —Ancho, 0,10.
» 7.—Alto, 0,055.—Ancho, 0,12.

» 8.—Taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, completamente lisa.

Alto, 0,075.—Ancho, 0,10.

» 9.—Pequeño urceus, de tierra rojiza, con adornos de difícil clasificación en relieve.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,06.

» 10.—Pequeña taza, sinus ?, de tierra rojiza, forma semi-esférica, con dos asas y con ramos de tres botones de adormideras en relieve.

Alto, 0,05.—Ancho, 0,085.

» 11.—Tinajita de tierra negra, con adornos de difícil clasificación en relieve.

Alto, 0,095.—Ancho, 0,065.

» 12.—Botella de tierra rojiza, completamente lisa.

Alto, 0,11.—Ancho, 0,65.

» 13.—Botella de tierra rojiza sin adornos.

Alto, 0,23.—Ancho, 0,53.

» 14 y 15.—Botellas de tierra blanquecina, sin adornos.

Núm. 14.—Alto, 0,185.—Ancho, 0,325.
» 15.—Alto, 0,25. — Ancho, 0,65.

NÚMERO 16.—Vaso ungüentario ó lacrimatorio, de tierra blanquecina.

Alto, 0,195.—Ancho, 0,28.

» 17.—Urna cineraria de tierra blanquecina, con su tapadera, forma cilíndrica, sin adornos ni inscripciones.

Alto, 0,255.—Ancho, 0,57.

» 18.—Pequeña urna cineraria, como de un niño, tierra blanquecina, con su tapadera, forma cilíndrica, sin adornos ni inscripciones.

Alto, 0,18.—Ancho, 0,34.

» 19.—Urna cineraria de tierra amarillenta, forma rectangular, sin adornos ni inscripciones, cubierta con una funda de plomo. Dentro hay restos humanos, una lucerna monolychnis, en cuya parte superior se halla representado un fenix de pie, de frente; y cinco fiolas ó lacrimatorios de vidrio incoloro.

Alto, 0,095.—Ancho, 0,17.—Largo, 0,22.

» 20.—Lucerna monolychnis, pensilis, con tres asas pequeñas para su suspensión, de tierra rojiza. En la parte superior una máscara trágica. En el reverso FORTVNATVS, en letras de gran relieve. Hermosa fábrica y conservación.

Ancho, 0,07.—Largo. 0,11.

» 21.—Lucerna monolychnis de tierra rojiza. En la parte superior una figura masculina, arrodillada á la izquierda, con una mitra ? en la cabeza y extendiendo su mano derecha. Detrás de la figura una pira ? cónica.

Ancho, 0,065.—Largo, 0,095.

» 22.—Lucerna monolychnis, de tierra negra. En la parte superior un pegaso caminando hacia la derecha.

Ancho, 0,075.—Largo, 0,015.

» 23.—Lucerna monolychnis, de tierra rojiza, con un asa en forma de anilla. En la parte superior un *reciario* desnudo, con un tridente en la mano derecha y la red en la izquierda.

Ancho, 0,07.—Largo, 0,10.

NÚMERO 24.—Hermosa taza, sinus ?, de barro rojo, saguntino, con una faja de ramas en relieve, en perfecto cstado de conservación.

Alto, 0,06.—Ancho, 0,07.

» 25.—Catino de barro rojo, saguntino. En el centro, cn lctras de relieve, ZOILOC (*sic*).

Alto, 0,06.—Ancho, 0,165.

» 26.—Patera de pórfido, en mediano estado de conservación, sin adornos.

Alto, 0,075.—Ancho, 0,115.

» 27.—Fragmento de sortija, de bronce, casi destruída por la cremación, con un onix grabado. De pie, á la izquierda, Venus desnuda de medio cuerpo arriba, la cabcza laureada, y apoyándose cn un pedestal situado detrás de ella. En la mano derecha tiene un asta, y en la izquierda un casco. A sus pies un escudo oblengo.

Alto, 0,01.—Ancho, 0,005.

OBJETOS DE VIDRIO.

» 28.—Fiola ó ungüentario en forma de fruto cucurbitáceo, ó sca de una especie de calabaza, llamada *calabacín* en Andalucía. Distancia de la boca á la terminación del vaso en línea recta, 0,32; diámetro mayor cerca del cuello, 0,04; idem en la parte inferior, 0,05. Por la extrema rareza dc este vaso, lo copiamos en el grabado adjunto.

» 29 y 30.—Urnas cinerarias, con sus tapaderas, color blanco y sin adornos ni inscripciones.

Núm. 29.—Alto, 0,275.—Ancho, 0,72.
» 30.—Alto, 0,24. — Ancho, 0,67.

NÚMERO 31 al 33.—Cuatro grandes fiolas ó lacrimatorios, color blanco, variando desde 0,20 de alto por 0,27 de ancho, á 0,15 de alto por 0,31 de ancho.

» 34 al 43.—Diez fiolas ó lacrimatorios, color blanco, piriformes, variando desde 0,13 de alto por 0,24 de ancho, á 0,08 de alto por 0,10 de ancho.

» 44 al 50.—Siete fiolas ó lacrimatorios, base ancha y cuello muy prolongado, color blanco, variando desde 0,13 de alto por 0,14 de ancho, á 0,08 de alto por 0,11 de ancho.

» 51 al 69.—Diez y nueve fiolas ó lacrimatorios, color blanco, base redondeada y cuello prolongado, variando desde 0,13 de alto por 0,09 de ancho, á 0,055 de alto por 0,075 de ancho.

» 70.—Fiola ó lacrimatorio muy pequeño, color blanco, piriforme.

Alto, 0,03.—Ancho, 0,05.

» 71.—Fiola ó lacrimatorio, pequeñísimo, color verde, piriforme.

Alto, 0,03.—Ancho, 0,05.

» 72.—Cubilete, color blanco, con adornos en relieve figurando almendras. Sólo existen tres cuartas partes de este vaso, que unidas conservan su forma primitiva.

Alto, 0,125.—Ancho, 0,17.

» 73.—Botella, color blanco, agallonada.

Alto, 0,155.—Ancho, 0,20.

» 74.—Redoma, de ancha panza y cuello largo, color verde.

Alto, 0,17.—Ancho, 0,30.

» 75.—Redoma, de ancha panza y cuello corto, color verde.

Alto, 0,12.—Ancho, 0,305.

» 76.—Redoma, de ancha panza y cuello corto, color blanco.

Alto, 0,115.—Ancho, 0,315.

» 77 y 78.—Pequeñas botellas, color blanco.

Núm. 77.—Alto, 0,085.—Ancho, 0,125.
» 78.—Alto, 0,065.—Ancho, 0,145.

NÚMERO 79 y 80.—Pequeñas botellas, color azul oscuro.

Núm. 79.—Alto, 0,085.—Ancho, 0,043.
» 80.—Alto, 0,065.—Ancho, 0,0155.

» 81.—Pequeña botella, color amarillo.

Alto, 0,055.—Ancho, 0,07.

» 82 y 83.—Fiolas ó lacrimatorios, color azul oscuro.

Núm. 82.—Alto, 0,08. — Ancho, 0,07.
» 83.—Alto, 0,076.—Ancho, 0,08.

» 84.—Infundibulum, color blanco, con un asa en forma de anilla.

Alto, 0,09.—Ancho, 0,24.

» 85 al 89.—Hydrias, color blanco, con un asa, sin adornos, variando desde 0,19 de alto por 0,28 de ancho, á 0,09 de alto por 0,21 de ancho.

» 90.—Cuenco, sinus ?, color verde, sin adornos.

Alto, 0,075.—Ancho, 0,30.

» 91.—Cuenco, sinus ?, color verde, con adornos en forma de nervios.

Alto, 0,07.—Ancho, 0,275.

» 92.—Amphoreus, color blanco, con dos asas y sin adornos.

Alto, 0,11.—Ancho, 0,30.

» 93.—Hydria, color pajizo, de panza y boca ancha, con un asa que baja de lo alto de la boca al medio de la panza, sin adornos. Se distingue por su ligereza, siendo quizás uno de los *nimbus vitreus* de que hablan Marcial y Juvenal.

Alto, 0,095.—Ancho, 0,295.

» 94.—Epichysis, con un asa, color verde, sin adornos.

Alto, 0,105.—Ancho, 0,20.

» 95 al 102.—Pequeñas urnas, color blanco, sin adornos, variando desde 0,10 de alto por 0,295 de ancho, á 0,045 de alto por 0,125 de ancho.

» 103.—Pequeña urna, color azul oscuro, sin adornos.

Alto, 0,065.—Ancho, 0,19.

NÚMERO 104.—Patera, color azul oscuro, sin adornos.

Alto, 0,045.—Ancho, 0,18.

» 105.—Patera polícroma, formada por mosáicos de color blanco, amarillo, azul y rojo. Está rota, faltándole algunos pedazos.

Alto, 0,05.—Ancho, 0,145.

» 106.—Patera, color blanco, sin adornos, y de vidrio muy delgado.

Alto, 0,04.—Ancho, 0,125.

» 107.—Patera, color verde, sin adornos, y de vidrio muy grueso.

Alto, 0,05.—Ancho, 0,085.

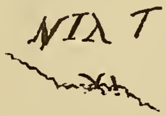
» 108.—Urna de plomo, con su tapadera, dentro de la cual se halla otra de vidrio hecha pedazos. Contiene algunos restos humanos.

Alto, 0,35.—Ancho, 0,80.

Apéndice III.

Aunque no todas procedentes de la misma Necrópolis, pero sí de Carmona, creemos útil transcribir algunas inscripciones inéditas que recogió el docto P. Fita en su viaje á aquella ciudad, hace tres años.

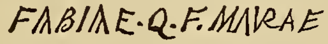
Fragmento roto de mármol, de 0,075 de ancho por 0,117 de alto, encontrado en el pozo del arrabal, citado con repetición en nuestra Memoria, donde sólo se ven las letras siguientes, con la forma de las que en los manuscritos señalan la transición de los caracteres capitales á los unciales



Otro de 0,065, por 0,09 y 0,12, en el cual sólo puede leerse

D......
M IVL*ius*?
SVP*eratus*?
AN*norum*?

En la tapa de una urna cineraria, encontrada en un sepulcro ó tumba no lejos del pozo, aunque sin poder precisar cual fuese,



Fabiae Q. filiae Maurae

Esta inscripción ofrece la particularidad de la forma de las dos primeras AA, que recuerdan la de uno de los caracteres ibéricos que el señor Delgado transcribe por K.

En un cipo encontrado en los cimientos de la iglesia de Santo Domin-

go, de 0,12 de ancho por 0,14 de alto, y 0,06 de grucso, en caracteres de época paleográfica romana decadente, una inscripción en la que sólo pucde leerse con seguridad

D M S
RVFINO

siguiendo después cuatro líneas de letras mal trazadas y de casi imposible interpretación. En los cantos ó grueso de este cipo se ven grabadas una patera y una especie de guttus.

En un scpulcro de mármol blanco, y en caracteres Antoninianos, las siguientes letras finales dc una inscripción funeraria:

ANN XX
VI · S · T · T · L ·

Y algunas marcas de ladrillos, como los quc ya publicamos, con las letras

a) S · S · BA
b) D · F · F · B ·

Todas estas inscripciones con otras de Marchena y del castillo de Mulva, estaban en la colección de D. Antonio Calvo y Cassini.

Apéndice IV.

I.

Cuando estábamos terminando la impresión de la presente Memoria, nos sorprendió agradablemente un telegrama de los Sres. Fernández López y Bonsor, anunciándonos nuevo é importante descubrimiento, en uno de los campos de la Necrópolis carmonense, y pidiéndonos un ejemplar del plano para consignarlo en él. Nos apresuramos á remitírselo, y pocos días después nos lo devolvieron con la adición que se refería al nuevo hallazgo, debido á su constante é ilustrada perseverancia, y á la del Presidente de aquella Sociedad arqueológica, el ya citado Ilustrísimo Sr. D. Sebastián Gómez Muñiz. El descubrimiento era, en efecto, importante, y respondía á una sospecha que ya consignamos en la Memoria (pág. 573), por lo que, y á pesar de haber terminado la tirada del plano, hicimos que se dibujase en el mismo.

Con el plano adicionado, nos remitieron también notables cartas, dándonos cuenta de los nuevos trabajos y de los resultados obtenidos, de las cuales transcribimos los párrafos que á ellos se refieren.

Nos decía así el Sr. Bonsor, de acuerdo con su compañero, en carta de 16 de Enero último:

«Por telégrafo anticipé á V. la noticia de un nuevo descubrimiento, que parece ha coronado nuestros trabajos. Se trata de un gran teatro romano en medio de nuestra Necrópolis.

»El día de nuestra reunión en Carmona la primavera última, mi compañero Fernández López aventuró una opinión, entonces atrevida, sin más datos que un simple examen del terreno, cual fué la de creer que el antiguo Teatro carmonense se encontraba en una gran depresión del terreno, á la derecha del camino del «Quemadero» en el «Campo de Plata,» que llamaremos de aquí en adelante «Campo del Teatro,» porque, en efecto, allí lo hemos encontrado.

»Dimos cuenta de nuestro descubrimiento á nuestro amigo D. Sebastián Gómez Muñiz, que se ofreció á compartir con nosotros los gastos de las nuevas excavaciones. Hace cinco meses que trabajamos en aquel sitio,

y hasta hoy no hemos empezado á comprender toda la importancia de nuestro descubrimiento. Al principio creímos que estábamos descubriendo sólo una antigua cantera; después, que era un teatro romano; luego, viendo que el arco de la *orchestra* se extendía, sospechamos que fuese un teatro griego; pero al encontrar que el círculo se prolongaba en óvalo, nos decidimos á creer que era un anfiteatro. Parecía al principio la clasificación incomprensible, pero hoy podemos hablar con seguridad.

»El antiguo monumento que describimos, era una combinación del *teatro*, del *circo* y del *anfiteatro*. Revelan que era *teatro*, los numerosos nichos ó huecos que se han encontrado en el *præcinctio*, para la colocación de los vasos acústicos de metal, de que habla Plinio, que se colocaban en aquellos edificios.

»El *circo* está indicado por una grande entrada de 3 metros 40 centímetros de ancho y 37 metros de largo, comunicación directa del exterior con el centro de la «cavea,» y una inclinación de 6 á 9 grados, por donde debían bajar los carros romanos, etc.

»Por último, el *anfiteatro* se revela por la forma oval del edificio, que debió servir también para los combates de gladiadores, etc.

»El monumento es inmenso, por lo que no podemos decir hoy acerca de él la última palabra, y, sobre todo, cuando trabajamos con grandes dificultades. Para realizar con toda holgura nuestros trabajos, quisimos adquirir el terreno antes de empezar, pero el propietario, hombre muy rico, nos pidió un precio tan exhorbitante, que no pudimos aceptarlo, obligándose, sin embargo, á permitirnos hacer las excavaciones durante determinado tiempo; y cuando menos lo pensábamos, nos ordenó suspender los trabajos, y llenar de tierra todo lo descubierto, de modo que hoy el terreno vuelve á encontrarse próximamente como estaba antes de empezar.

»A pesar de todo, hemos reunido muchas notas, dibujos, planos, etc., que nos servirán para escribir un estudio detallado de nuestros trabajos, que con un gran plano del teatro, esperamos enviar á V., para que los presente en nuestro nombre á la Academia, como Presidente honorario de nuestra naciente sociedad arqueológica.

»Los diámetros de la elipse que forma la arena, son: el mayor de 55 metros y el menor de 39. La entrada á que nos referimos hace poco, está en el extremo oriental del primero de estos diámetros, y en la dirección, por lo tanto, de Este á Oeste. Hay dos anditos, corredores ó «præcinctio» que miden un metro de anchura. Toda la «cavea» está excavada en la roca, y en varios puntos aún se conservan las gradas. La parte del Sur

es la mejor conservada, viéndose en ella siete gradas entre la *orchestra* y el primer corredor. No puedo indicar más detalles en el plano que acompaño, por ser muy pequeño, y porque no quiero tratar más que de las partes que he visto por mí mismo y medido sobre el terreno.

»Hemos trabajado siguiendo un sistema de fosos ó zanjas de exploración, de un metro de ancho, teniendo en algunos parajes cinco metros de tierra por encima de la excavación, siendo fácil de comprender cuán peligroso es trabajar á tal profundidad.....

»He indicado en el plano de la Necrópolis la situación de nuestro nuevo descubrimiento, consignando sólo la parte que hemos visto: la mitad de la «cavea» y la gran entrada. En el mismo campo he añadido también una tumba con cinco nichos, que hemos encontrado, y un pozo de noria, en el cual hallamos un hermoso cuchillo, con mango de plata, que no parece romano. También he indicado á la derecha del camino del «Quemadero» un resto de construcción, que ahora se explica fácilmente. Es un gran trozo de fábrica, de más de dos metros de alto, compuesto de mortero y de restos de roca, fragmento á que los habitantes de Carmona llaman «la piedra de canta el gallo,» y que proviene del muro exterior del teatro.»

El Sr. Fernández López, confirmando en todas sus partes lo dicho en la carta anterior, por su compañero, añade un detalle que no carece de importancia. «No obstante, dice, de estar todo cubierto de tierra, por »exigirnos el colono que dejáramos cubiertas las excavaciones, hemos »practicado una prueba curiosa. Desde cualquier sitio de las gradas al»tas, ó el que éstas debieron ocupar, se distinguen perfectamente las pa»labras pronunciadas en tono regular de voz, á distancia de 60 metros, »por uno que esté situado en cualquier punto del correspondiente á la »*orchestra*. ¿Qué sería cuando existiesen los tubos acústicos de bronce, »colocados á trechos regulares en el *præcinctio*?»

II.

El origen de los *anfiteatros*, se encuentra precisamente en la reunión de dos teatros, de donde tomaron aquellos su nombre, que acaso pudo ser también el de amphiteatra (tanquam theatra duo [1]). Refiérese que en

[1] Mommsen, *Rest gest. divi Aug.*, p. 65. La palabra *amphitheatrum*, como dice acertadamente Thierry, se encuentra por primera vez en la inscripción de Ancyra (Perrot y Guillaume, *Explor. de la Galatié*), y en Vitrubio, lib. I, cap. VII, aunque sin entrar con tal motivo en ninguna clase de descripción, como hace más adelante, hablando de los teatros.

el año 59, antes de J. C., queriendo Scribonio Curio sobrepujar á Scauro en los juegos que ofrecía al público, mandó hacer dos teatros de madera, cerca el uno del otro, y que después de las representaciones dramáticas las *scenas* se elevaban, continuando los espectadores en sus puestos, y los dos teatros, por un mecanismo combinado se reunían, resultando uno solo, que era circular, y cuyo centro, formado por la reunión de las dos *orchestras*, ofrecía una arena para los juegos de los gladiadores, permaneciendo de este modo el último día de las fiestas. César, encontrando aquella *arena* más apropiada que la del circo para los juegos de caza de fieras, mandó edificar un teatro doble de esta clase, que se llamó *amphitheatrum*, ó sea doble teatro, y también *teatrum venatorium*, por los juegos que en él se celebraban [1].

A imitación de éste, Statilio Tauro levantó en el campo de Marte, en el año 30, antes de J. C., el primer anfiteatro de piedra [2]; generalizándose después su uso, lo mismo en la capital, que en las más apartadas ciudades del imperio.

Los anfiteatros, como los antiguos teatros griegos, solían tallarse en la roca, aprovechando las vertientes de un valle ó el declive de una montaña. En Sutri, ciudad etrusca, que hemos citado en el texto, se encuentra un anfiteatro completamente excavado en la roca sin ninguna construcción, conservándose todavía los corredores y vomitorios. Las primeras gradas del de Paestum, de Puzzoles y de Pompeya, están labradas del mismo modo, y nosotros hemos visitado el de Siracusa, cuyas graderías están en parte abiertas á pico en la pendiente de una colina, lo mismo que el de Pola, en Istria.

En muchos anfiteatros se han encontrado construcciones subterráneas, como puede verse en los de Cápua, Puzzoles y el de Siracusa, y aun en el mismo coliseo de Roma, subterráneos de donde subían, por medio de mecanismos hábilmente combinados, las decoraciones (*pegmi* ó *pegmata* [3],) que debían servir para ciertos espectáculos. Marcial y Calpurnio nos dicen, que se representaban escenas mitológicas en los anfiteatros, y que la *arena* se trocaba en floresta ó en selva, de donde salían los animales [4].

Aunque los teatros, como los anfiteatros estaban descubiertos, exten-

1 Plin. XXXVI, 24; Dio. XLIII; Weinbrenner, *N. teutsch. Mercur.*, 1797; Canina, *Arch. rom.* III.

2 Dio. LI; Tac. *Ann.* III.

3 Séneca., *Ep.* 64.

4 Mart. *De espect.*, *ep.* 20; Calpurn. *Ecl.* VII.

diéndose sólo sobre ellos el *velarium* ó toldo, sostenido por mástiles (*mali*), cuya colocación puede estudiarse con toda claridad en el anfiteatro de Nimes, en el de Pola, y en el mismo anfiteatro Flavio, también los teatros estaban á veces cubiertos con techumbres, como sucedía en el Odeón de Pericles, en Atenas, destinado especialmente á espectáculos musicales [1], siendo opinión generalmente aceptada, que el más pequeño de los dos teatros de Pompeya debió estar cubierto, indicándolo así una inscripción allí encontrada, en honor del personaje á cuyas expensas se hizo la cubierta ó el techo.

Conocida es también la costumbre que tenían griegos y romanos de colocar vasos especiales de bronce llamados *echêia*, en los frentes de las gradas de los teatros, como medio acústico, con los cuales conseguían una resonancia, desde la cuarta y la quinta, hasta la doble octava, diciendo Vitrubio á este propósito: «Asimismo, en los teatros, los vasos de bronce (que se colocan en razón matemática debajo de las gradas, dentro de unas celdillas) y la diferencia de sus sones, que los griegos llaman *echêia*, se acuerdan á las consonancias ó concentos músicos, distribuyéndolos en rededor en *cuarta, quinta y octava*, de manera que, al herirlos, el sonido de la *scena*, aumentado considerablemente, llega más claro y suave al oído de los espectadores [2].» Y más adelante, consagra todo el capítulo V, del libro V, á la formación científica y colocación de tales vasos de bronce en los teatros griegos y romanos, terminando con la noticia de que Lucio Mummio llevó á Roma los del teatro de Corinto, consagrándolos como ofrenda en el templo de Luna ó Diana.

Teniendo en cuenta todos estos antecedentes arqueológicos, se comprende mejor la grande importancia del último descubrimiento de la Necrópolis carmonense. El estar aquel anfiteatro labrado en la roca, le relaciona con los de Sutri, Paestum, Puzzoles, Pompeya y Siracusa, confirmando más y más los juicios que, con motivo de las cámaras subterráneas de la misma Necrópolis hemos expuesto en esta Memoria, acerca de los orígenes griegos y etruscos del arte carmonense; la circunstancia de conservar los nichos para colocar los citados vasos acústicos, llamados *echêia*, nos revelan que, acaso recordando el origen de los anfiteatros que fueron teatros dobles, pudo haber servido el anfiteatro carmonense, como acertadamente sospechan los descubridores, así para juegos de circo, como para ciertas representaciones escénicas mitológicas, que ya hemos

1 Stat., *Silva* III; Inscrip. *ap.* Orelli, 3.294.
2 Vitr., lib. I, cap. I.

visto se daban en la arena de los anfiteatros, subiendo para ello hasta decoraciones de los departamentos subterráneos, dispuestos al propósito. ¿Serviría también para recreaciones musicales, como los teatros que hemos citado de Atenas y Pompeya? La presencia de los referidos vasos autoriza cumplidamente para creer, que aquel anfiteatro no tenía sólo por objeto los juegos del circo, sino que sirvió para otros espectáculos que demuestran mayor cultura, como son las representaciones escénicas y musicales, corroborando nuestro juicio acerca de la adelantada civilización del antiguo pueblo carmonense.

Nuevas excavaciones acaso descubrieran los subterráneos de donde pudieron subir las decoraciones para las escenas que allí se representaran; con lo cual se confirmaría la creencia de los descubridores y la nuestra, acerca del destino de tan notable anfiteatro, que, con nichos para los vasos acústicos, creemos es el primero conocido hasta el día. No sin razón los Sres. Fernández López y Bonsor, consideran este descubrimiento como el digno remate de sus trabajos.

¡Lástima grande que no se pueda seguir y llevar á cumplido término tan importante exploración! ¡Cuánta y cuán legítima gloria adquiriría el dueño de aquellos terrenos, si contribuyese á que su patria ofreciera al estudio del mundo sabio uno de los primeros monumentos de esta clase, que registran los anales arqueológicos del mundo!

ÍNDICE.

Págs.

PRELIMINAR.. 489

CAPÍTULO PRIMERO.—Precedentes históricos.

Carmona.—Su situación.—Sus orígenes.—Noticias históricas de Carmona en la Edad antigua.—Su importancia en aquel período, deducida de sus monumentos y de los recientes descubrimientos de su Necrópolis.—Trabajos de investigación que debieran practicarse en la Acrópolis.—Carmona en la Edad media. —Monumentos árabes.—Imposibilidad de estudiarlos en la presente Memoria. 495

CAPÍTULO II.—Precedentes arqueológicos.

I.—Conservación de los restos mortales entre los antiguos.—Egipcios, hebreos, persas, etc.—Monumentos funerarios tallados en la roca en comarcas del antiguo Oriente y de Africa.—Cámaras sepulcrales de Cefalonia en las islas Jónicas. —Tumba de Telmyssos en Lycia.—Tumbas de Jerusalen.—Túmulos de la Troade.—*Tantaleias* cerca de Smirna.—Monumento sepulcral de Rodas.—Hipogeos de Alejandría.—Tumba de la *Cristiana* en Argel.—Cámaras sepulcrales de Sicilia.—Tumbas etruscas.—División de ellas.—Necrópolis de *Marzabotto* en el *Bolognese*.—Deducciones críticas........................ 509

II.—Significación de la palabra *Sepulcrum* entre los romanos, y sus diferentes clases.—Columbarios.—Explicación de ellos y su origen.—Sus diferentes clases.—Cámaras sepulcrales.—Ubicación de los monumentos funerarios en Roma y principales ciudades del Imperio.—Cámaras sepulcrales de Osuna........ 534

III.—La inhumación y la cremación.—Noticias históricas.—Hebreos, etruscos, griegos y romanos.—Ceremonias en la cremación de los cadáveres.—Disposiciones legales.—*Ustrinum* y *Bustum*.—Su diferencia característica............ 545

IV.—Carácter religioso de las comidas entre los antiguos.—Datos históricos.—Ceremonias y prácticas observadas en las mismas.—Triclinios.—Explicación de ellos.—Triclinios funerarios.—Ceremonias y prácticas en los mismos......... 556

CAPÍTULO III.—Descubrimientos de los señores Fernández López y Bonsor.

I.—Datos históricos.. 563

II.—Noticias biográficas de los descubridores........................ 565

III.—Situación y descripción de la Necrópolis carmonense y de otras antigüedades con ella relacionadas.—Constitución geológica del terreno............... 571

IV.—Caracteres generales de los sepulcros.—*Motillas*...................... 575

V.—Descripción de algunas de las principales cámaras de la Necrópolis......... 582

CAPÍTULO IV.—Principales objetos encontrados en las cámaras sepulcrales de Carmona, así artísticos como industriales.

I.—Figura de bronce.—Cariátide de piedra.—Monedas......................... 601

II.—Inscripciones... 603

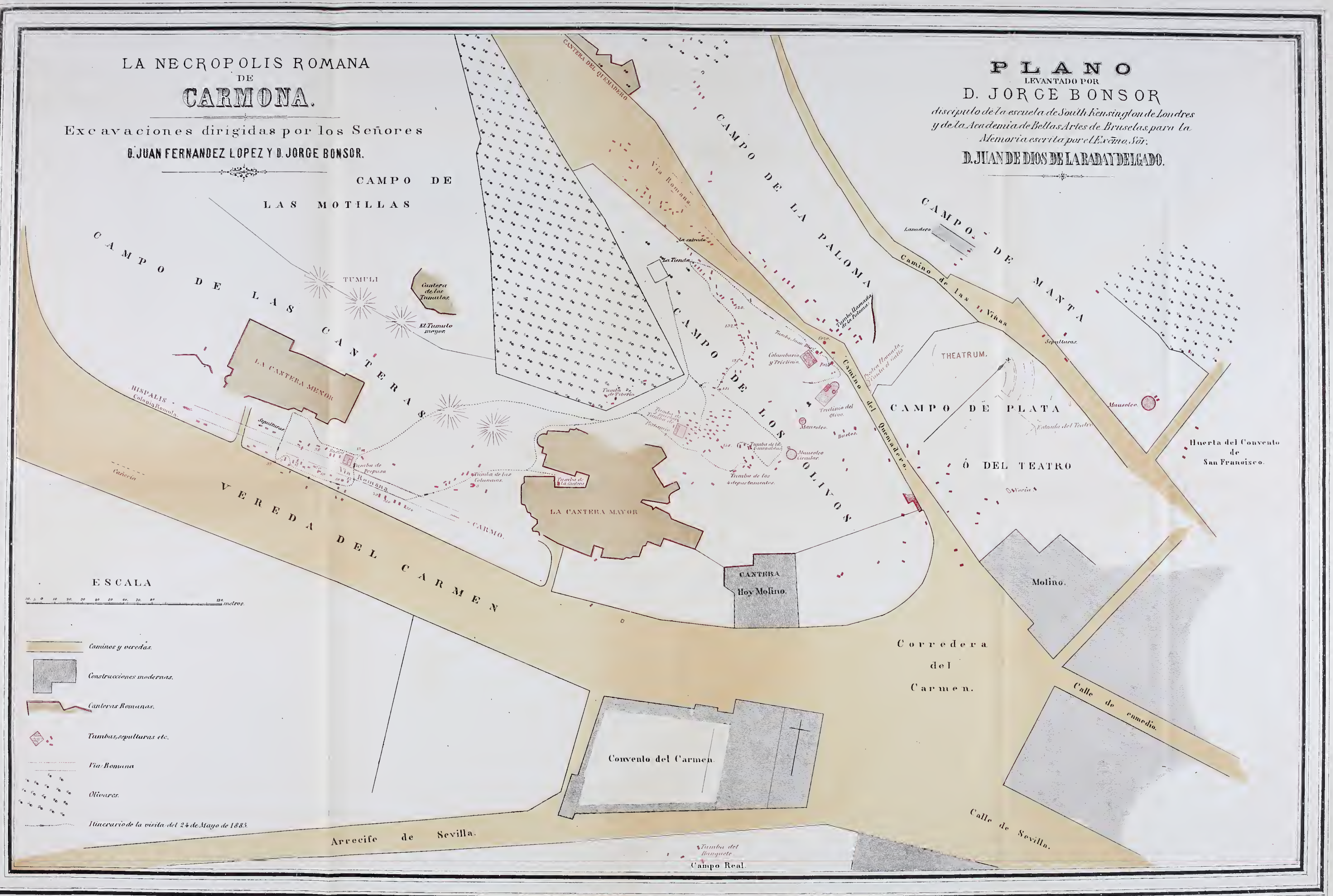
III.—Espejos de metal, redondos y rectangulares.—Clavos, depilatorios, fíbulas, etc.—Cerámica.—Objetos de barro y de cristal de diferentes clases y formas. —Objetos de cristal de roca, ámbar y marfil.......................... 607

Págs.

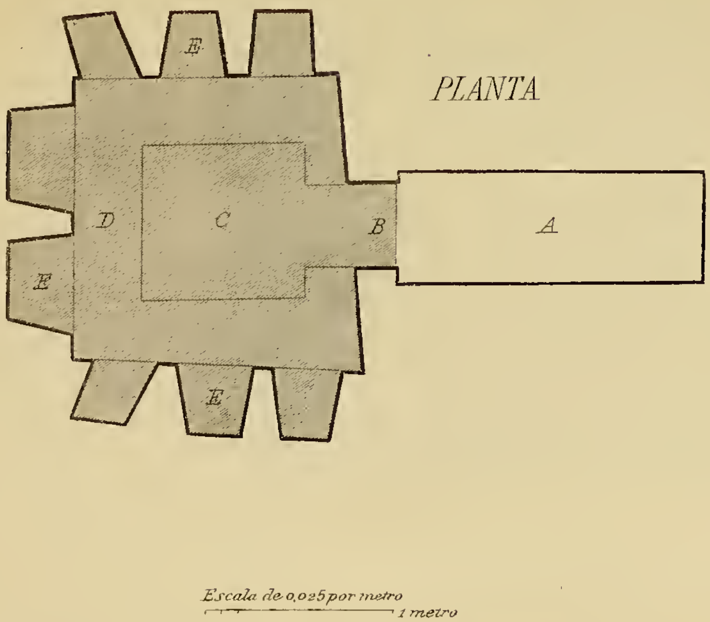
CAPÍTULO V.—Estudio crítico de estos descubrimientos.—Resumen y deducciones. Comparación de las cámaras sepulcrales de Carmona con otras de Oriente y Occidente descritas en el cap. II.—Deducciones.—Relación entre los objetos encontrados en la Necrópolis Carmonense y los de otros países.—Carencia de armas y de utensilios guerreros en aquellas cámaras sepulcrales.—Clasificación arqueológica de estos monumentos funerarios.—Su época.—Pueblo á que pertenecían 623

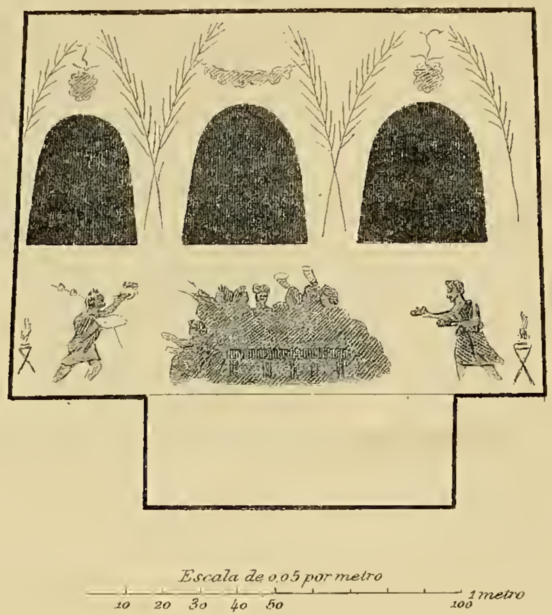
APÉNDICES.

Apéndice I.—Inauguración del Museo.—Excursión arqueológica 635
Apéndice II.—Objetos procedentes de la Necrópolis de Carmona, que se conservan en la colección de D. Francisco Caballero Infante 649
Apéndice III.—Inscripciones inéditas de Carmona, recogidas por el R. P. D. Fidel Fita 657
Apéndice IV.—Ultimos descubrimientos en la Necrópolis carmonense 659



Lit. de J. M. Martinez. M. Vierge grabó





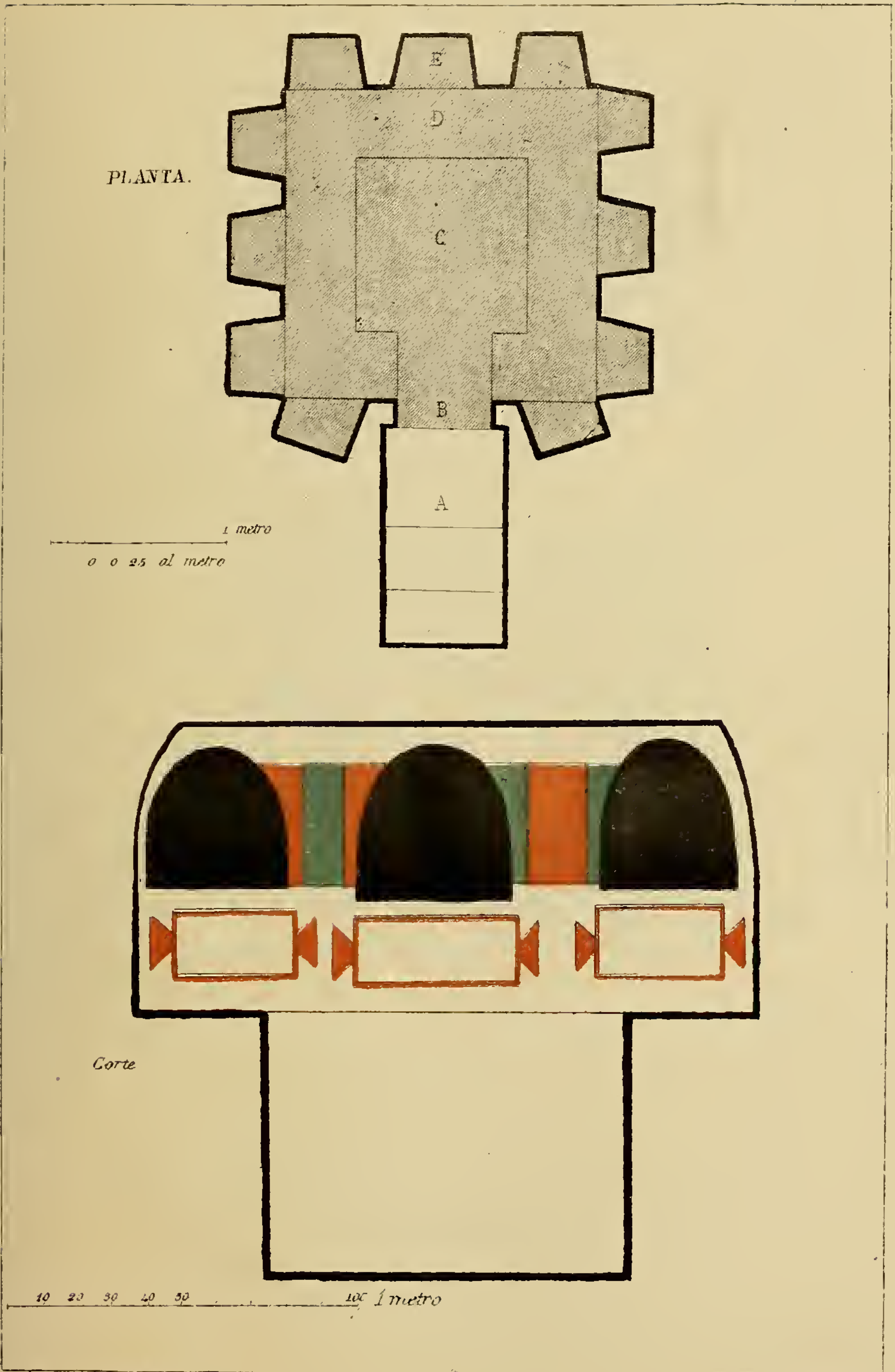
G. Bonsor midió y dibujó. Martinez grabó. Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA DEL BANQUETE FUNERARIO.

LAM.ª III

Geo. Bonsor, copió del natural. Julio Garcia; cromolitografió. Lit. de J. M. Mariano.

PINTURA MURAL DE LA TUMBA DEL BANQUETE FUNERARIO.



Geo. Bonsor midió y dibujó. Martinez grabó Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA DE LA PALOMA

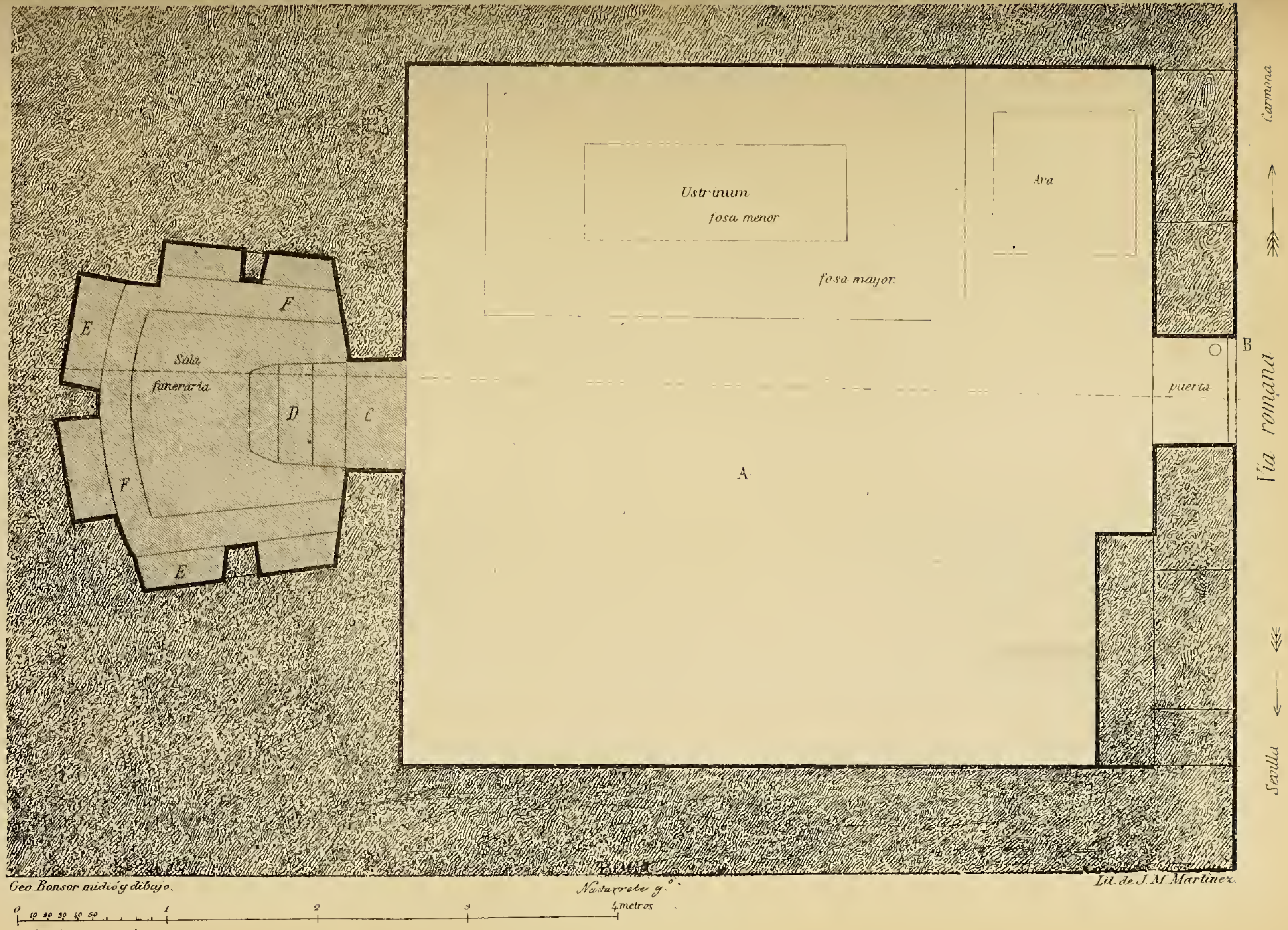
Geo Bonsor copió del natural

Fuster cromolitografió.

Litografia de Mateu

PINTURA DE LA BOVEDA, EN LA TUMBA
llamada de la Paloma.

LAM. VI.



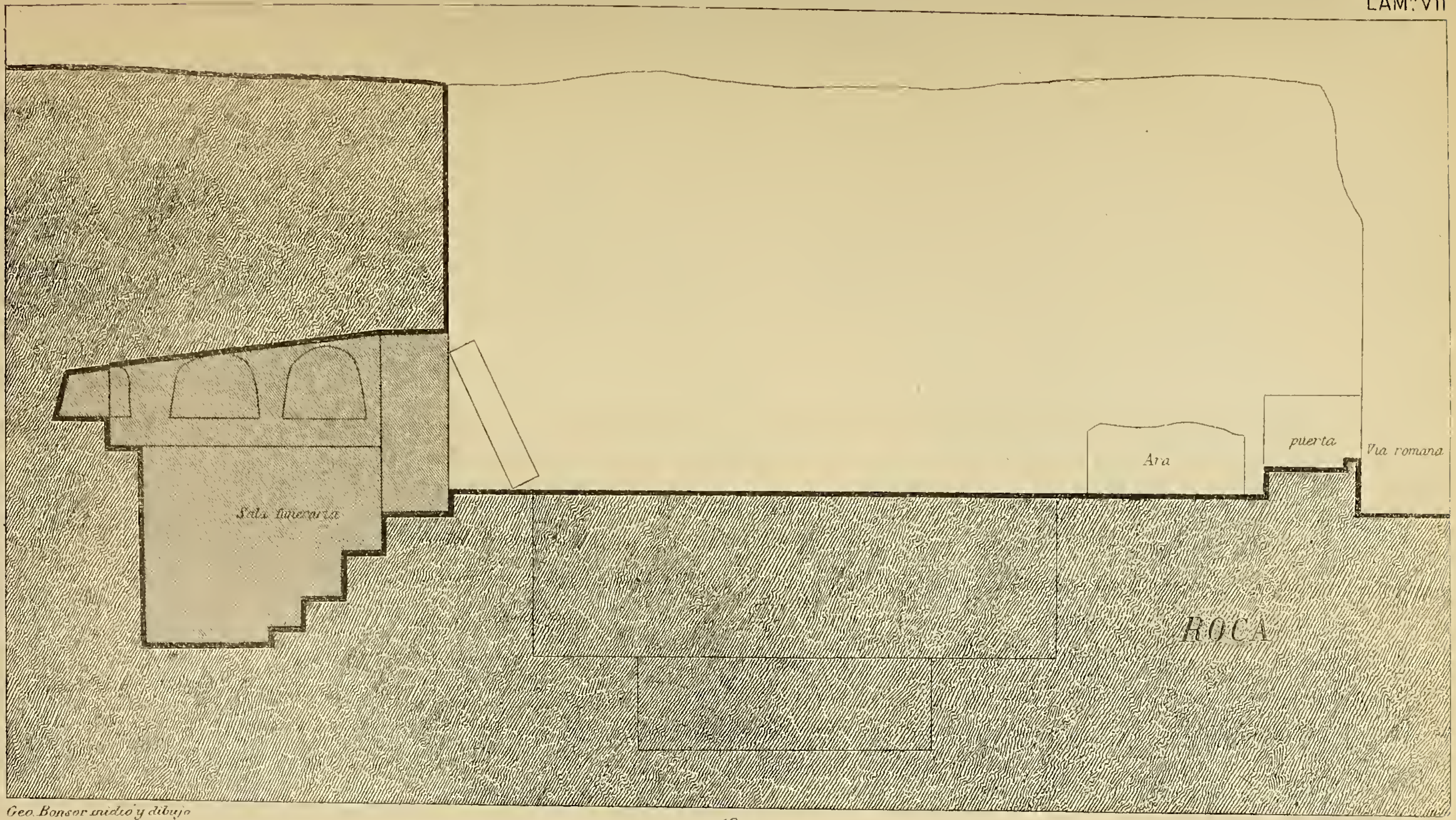
Geo. Bonsor midió y dibujó. Navarrete g.º Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA DE PREPUSA

(Planta)

NECROPOLIS DE CARMONA

LAMª VII

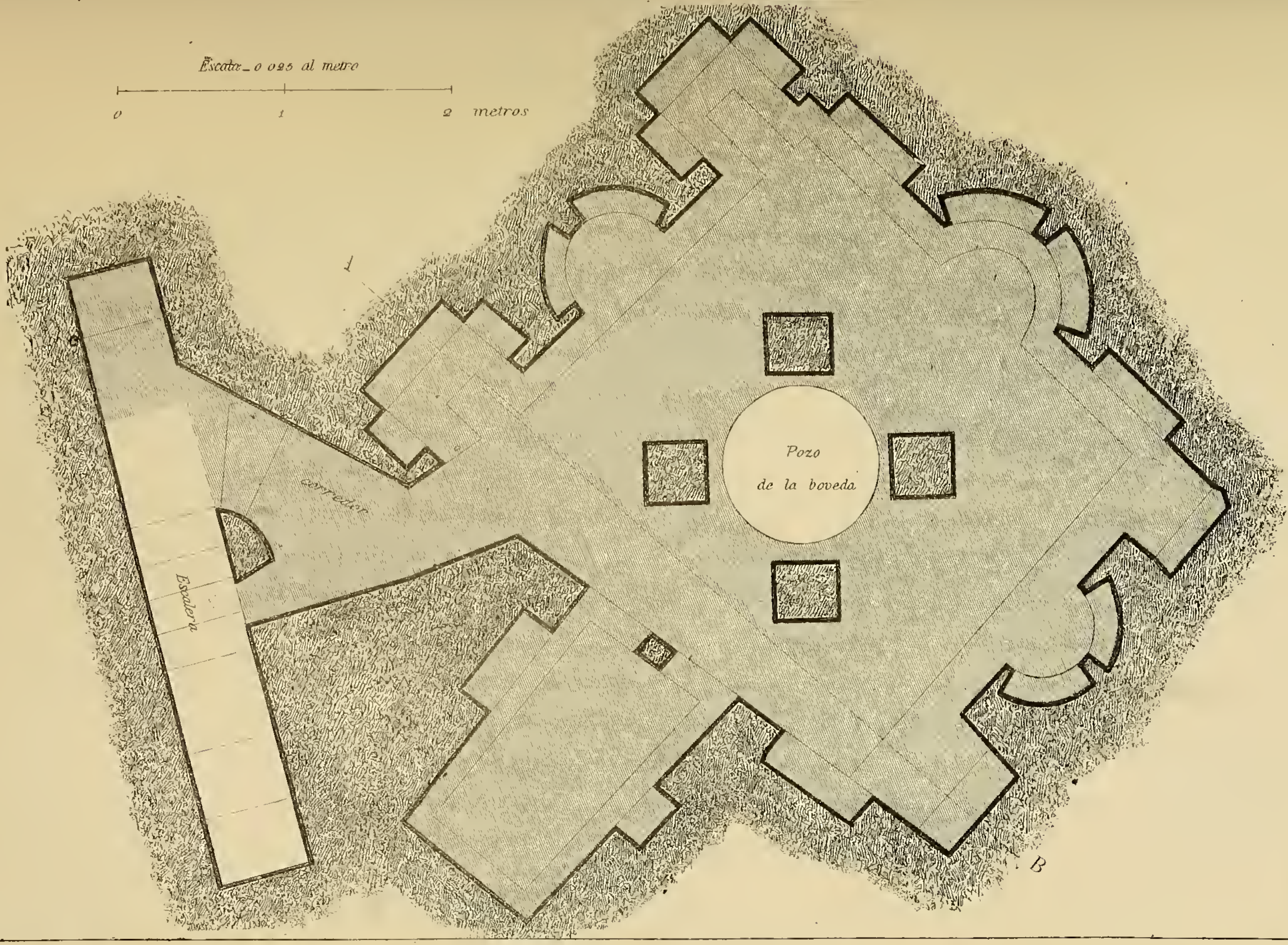


Geo. Bonsor midió y dibujó

Navarrete gº

Lit. de J. M. Martinez

TUMBA DE PREPUSA (Seccion vertical M. N.)

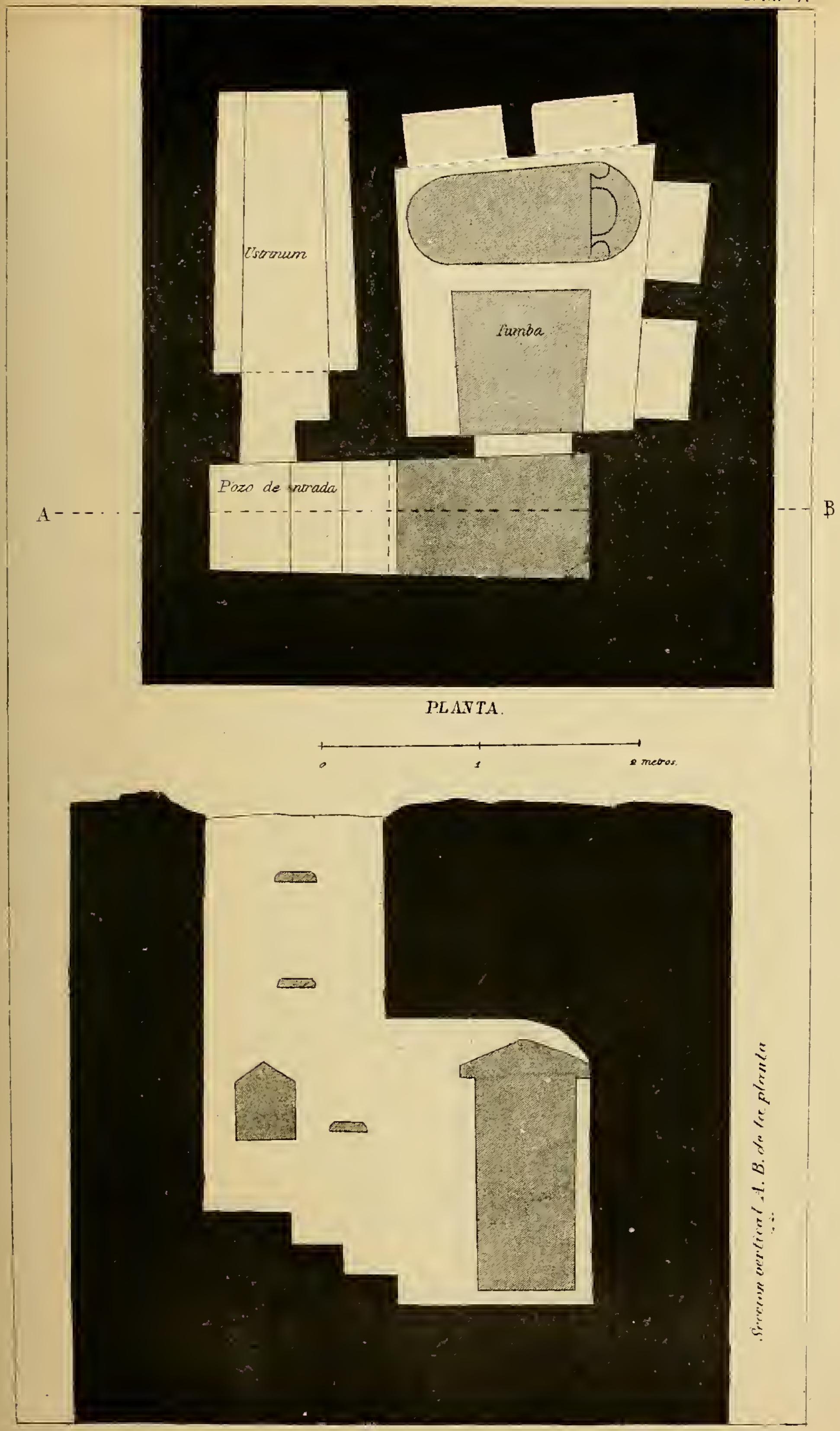


Geo. Bonsor midió y dibujó. Navarrete g.º Lit. de J. M. Martinez

TUMBA LLAMADA DE LAS COLUMNAS.
(Planta.)

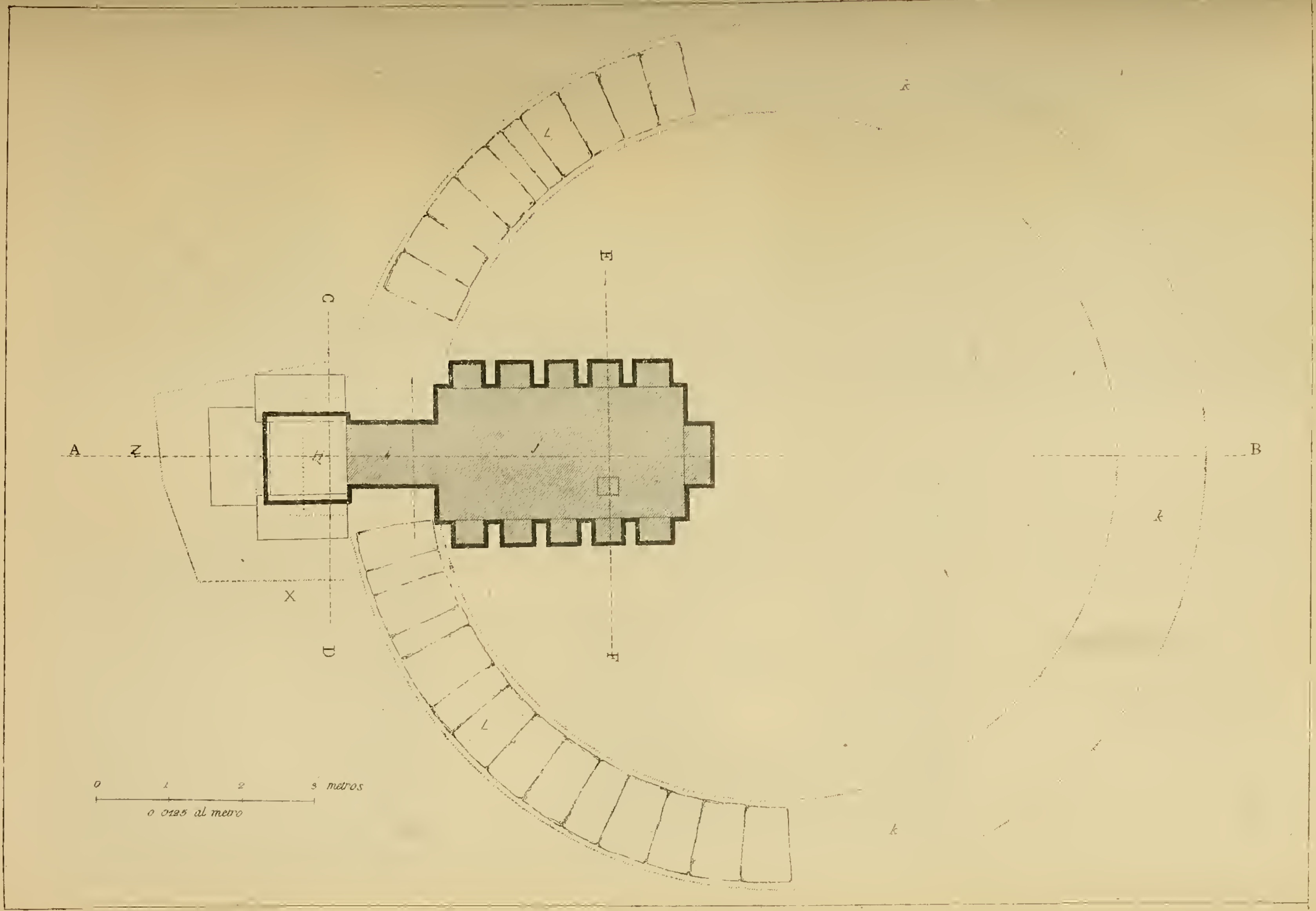
Geo. Bonsor midió y dibujó. — Navarrete g.º — Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA LLAMADA DE LAS COLUMNAS. *(Seccion en perspectiva A. B. del plano.)*



Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad g.º Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA LLAMADA DEL USTRINUM.

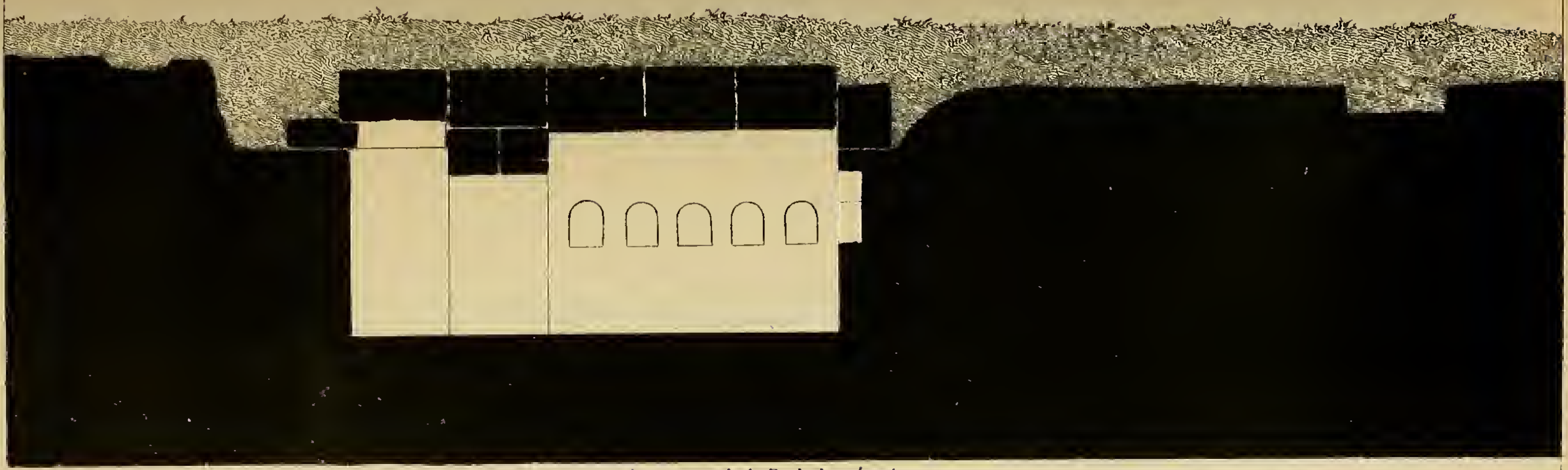


Geo. Bonsor midió y dibujó.

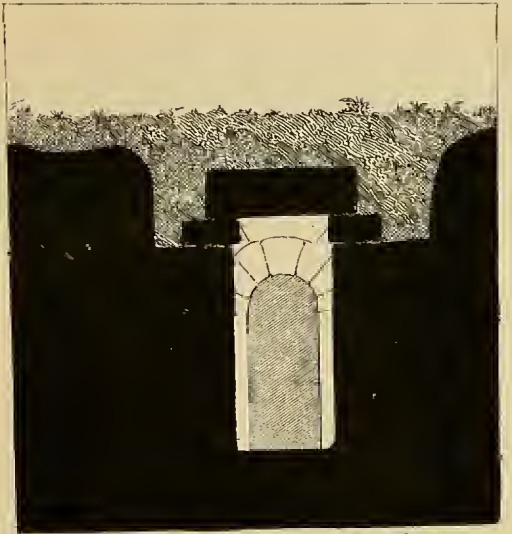
Abad 3.º

Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA DEL MAUSOLEO CIRCULAR EN EL CAMPO DE LOS OLIVOS.

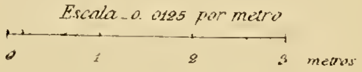


Seccion vertical A. B. de la planta



Seccion vertical de la entrada C. D de la planta

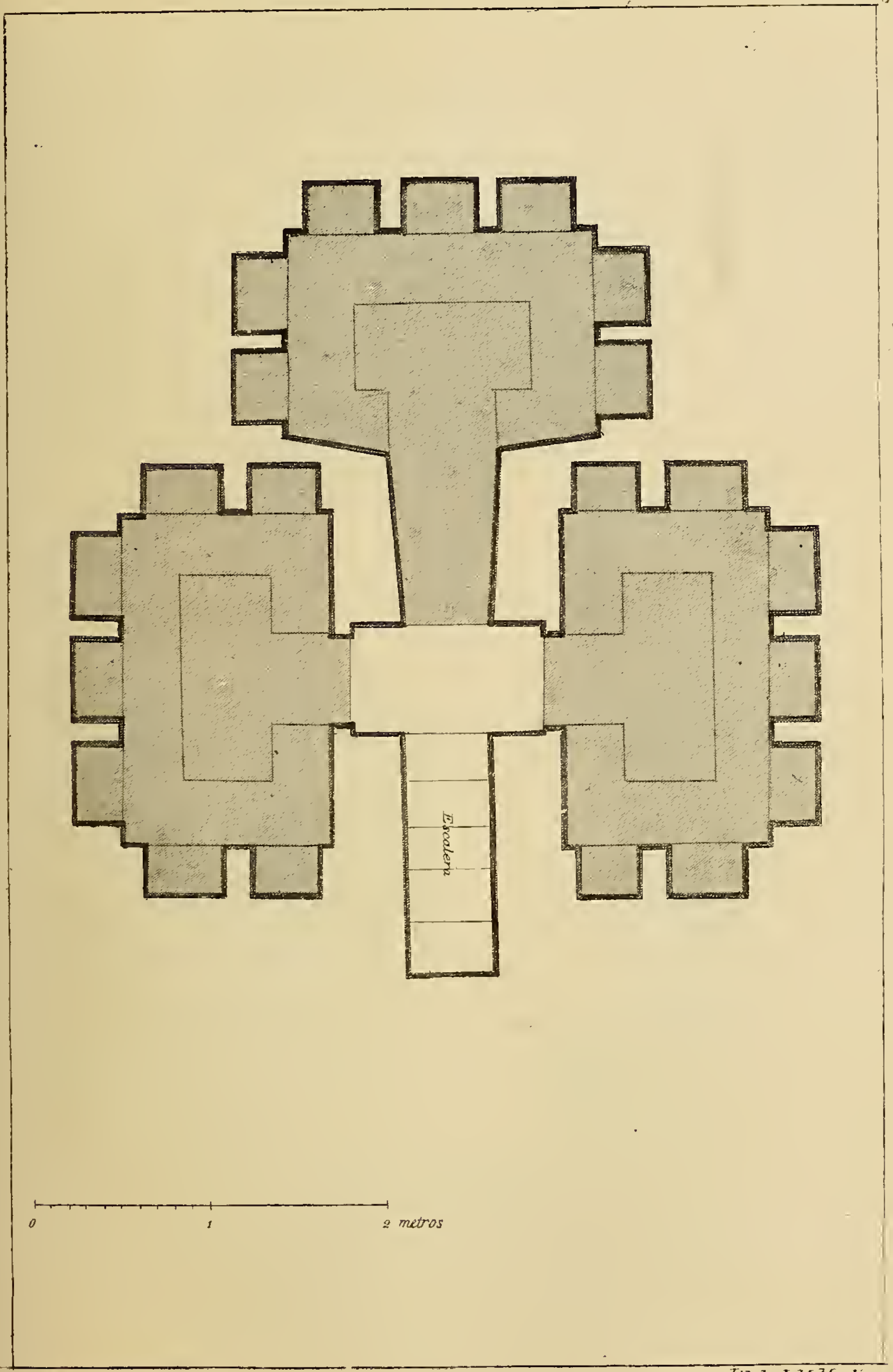
Seccion vertical E. F de la planta



Geo. Bonsor midio y dibujo. *Navarrete g.º* *Lit. de J. M. Martinez.*

TUMBA DEL MAUSOLEO CIRCULAR EN EL CAMPO DE LOS OLIVOS.

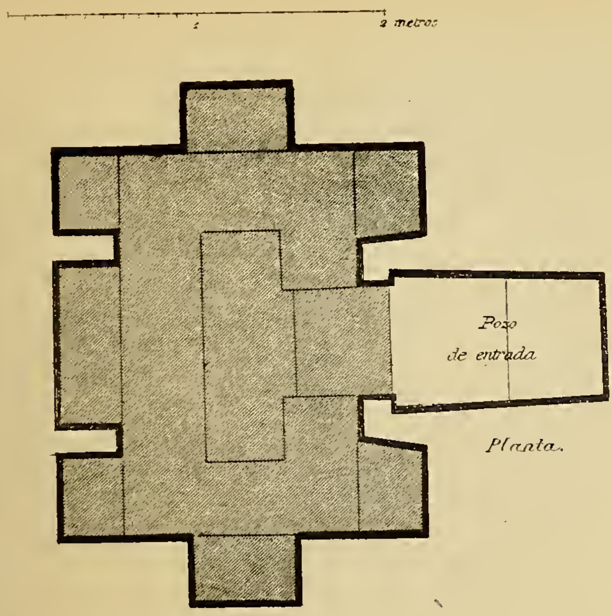
(Secciones.)

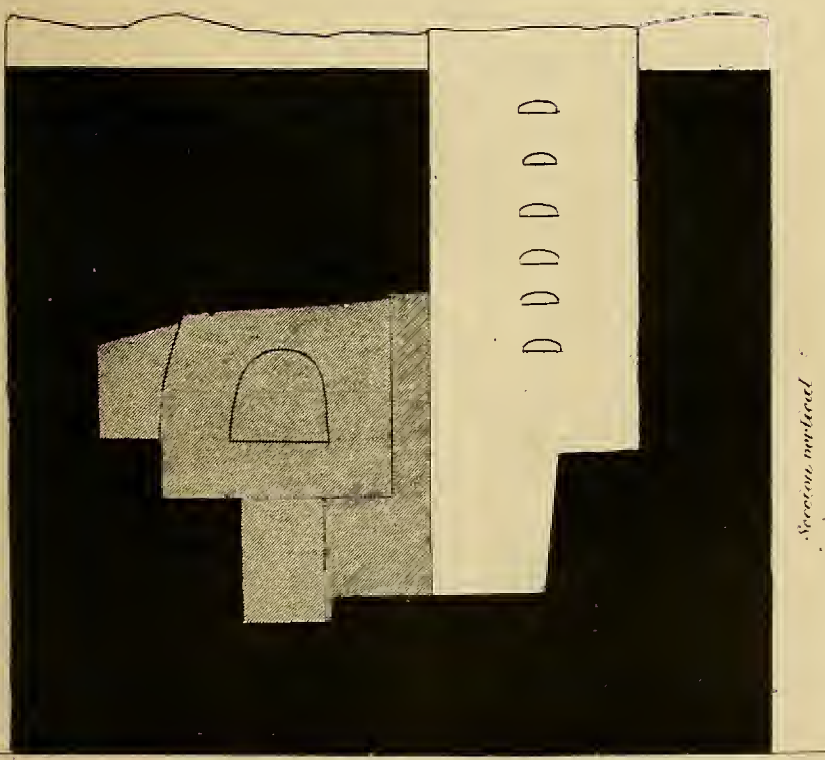


Geo. Bonsor midió y dibujó. Navarrete g.º Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA LLAMADA DE LAS TRES PUERTAS.

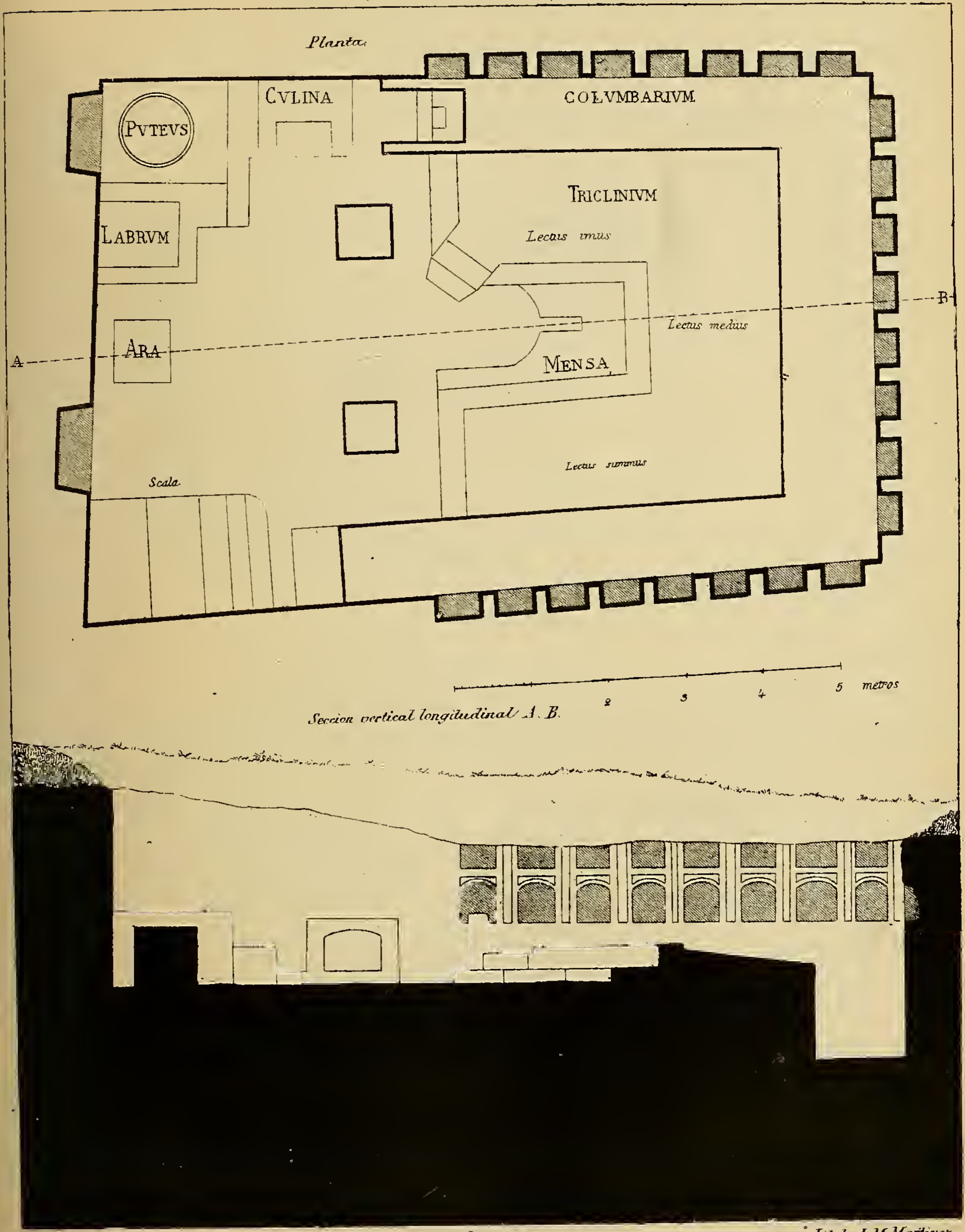
(Planta.)





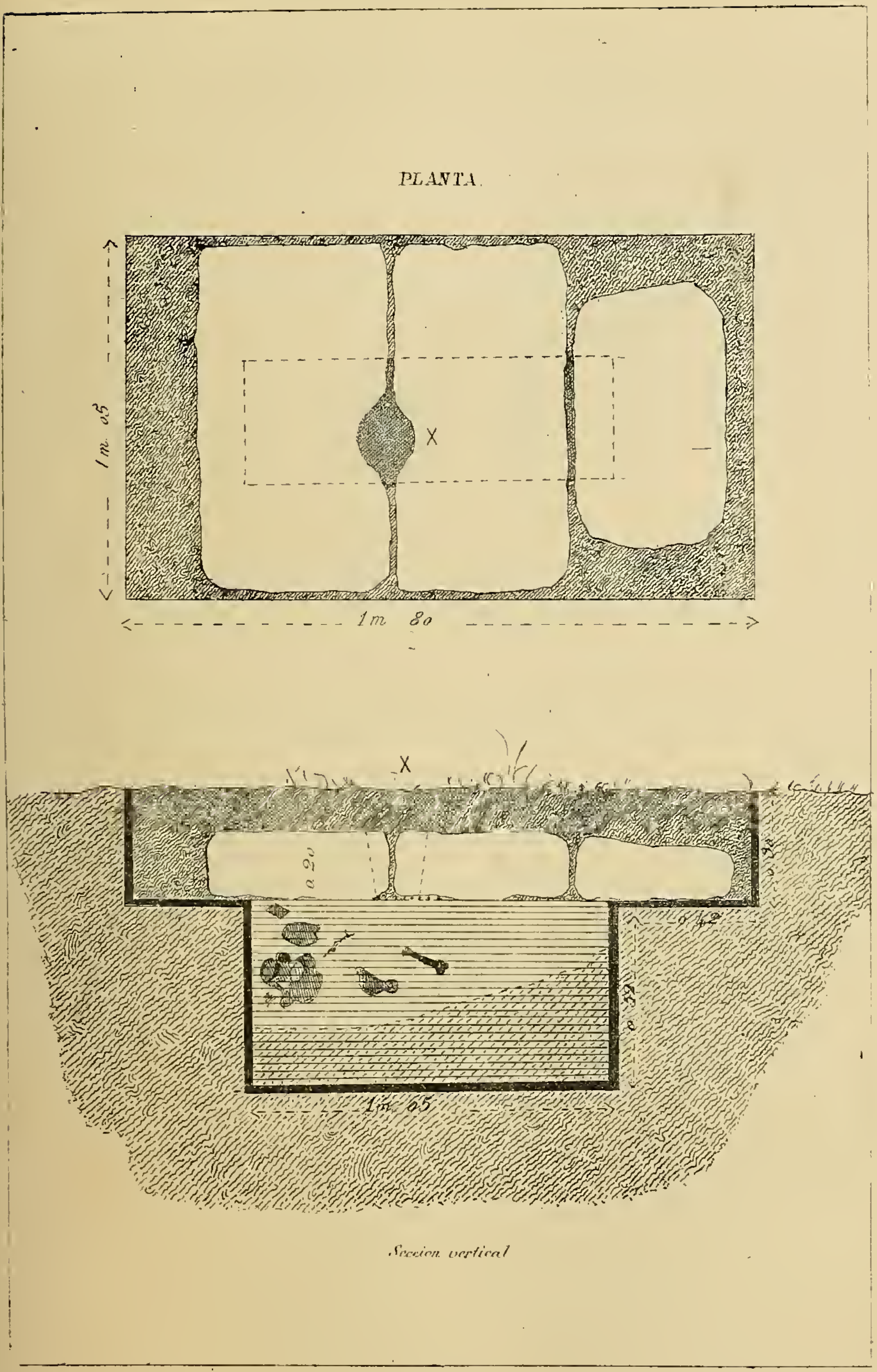
Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad g.º Lit. de J. M. Martinez.

TUMBA DE LAS SIETE HORNACINAS.



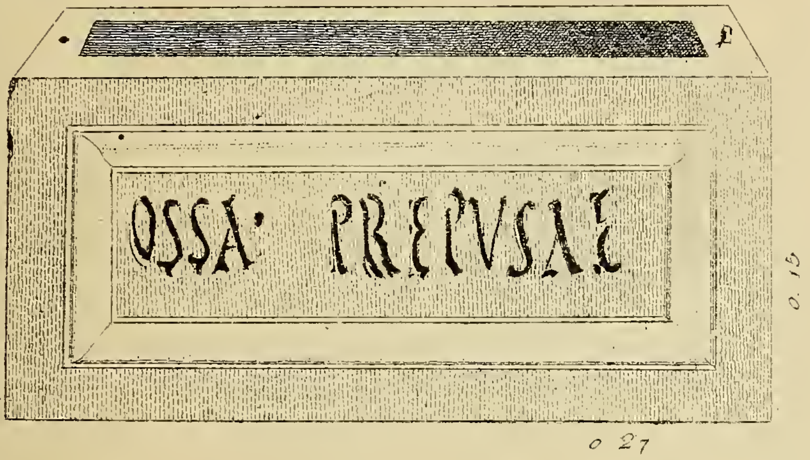
Geo. Bonsor midio y dibujo. Navarrete gº Lit. de J. M. Martinez.

COLUMBARIO Y TRICLINIO.



Geo Bonsor midió y dibujó — Navarrete g.º — Lit. de J. M. Martinez

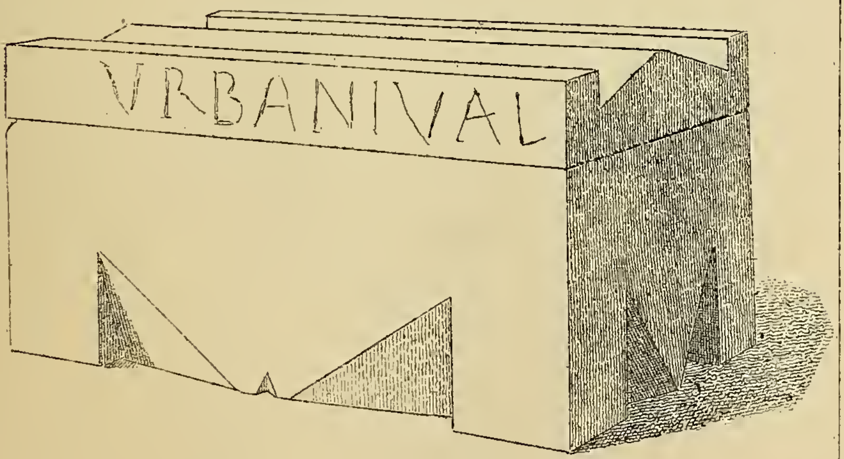
UN BUSTUM



A la derecha EVNI · FILIAE

A la izquierda ANN · XXV

2



Geo. Bonsor midió y dibujó. *Abad g.º* *Lit. de J. M. Martinez.*

URNAS CINERARIAS

Geo. Bonsor copió del natural

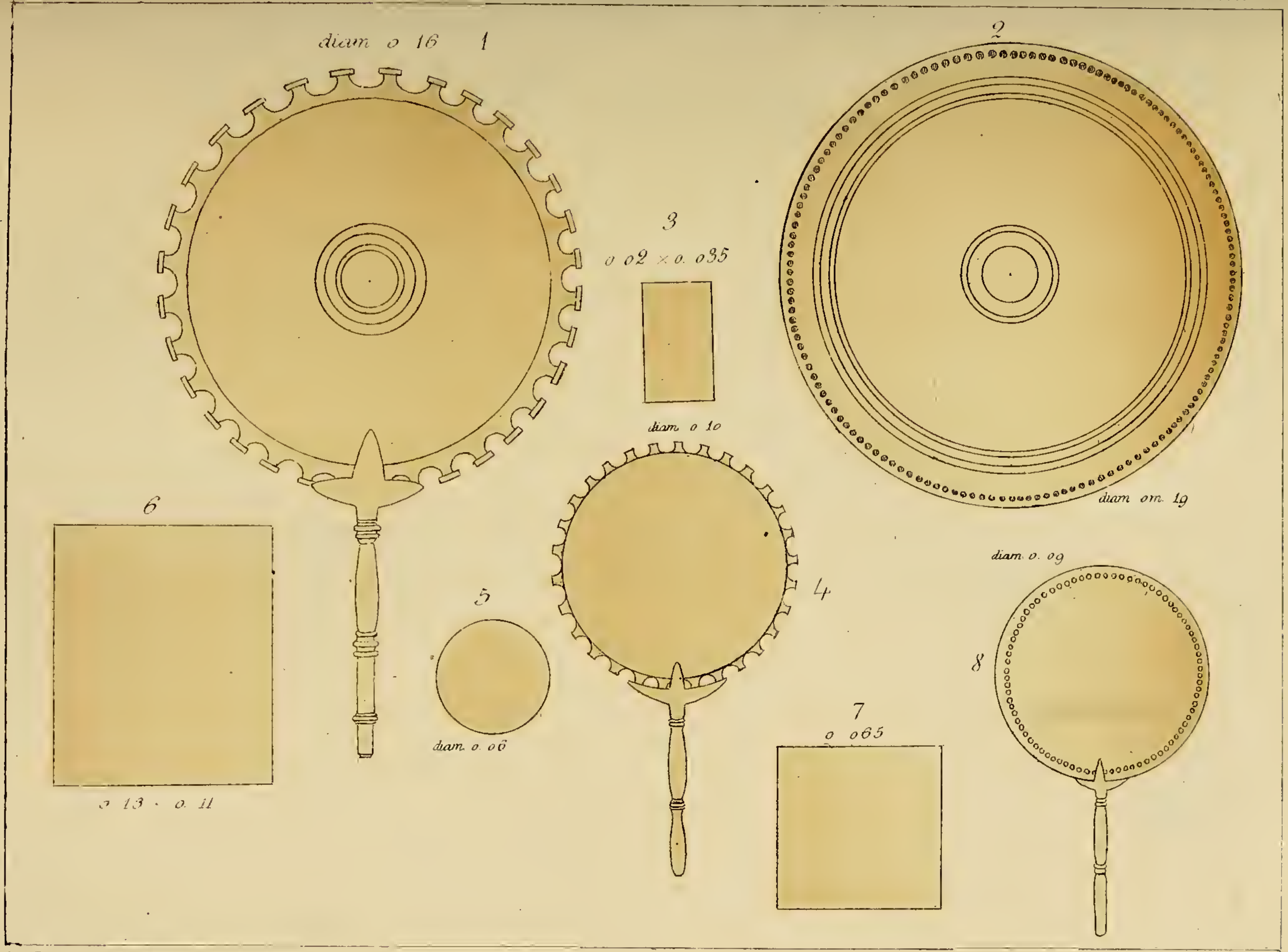
Fuster cromolitografió

Litografía de Mateu

BACANTE DORMIDA

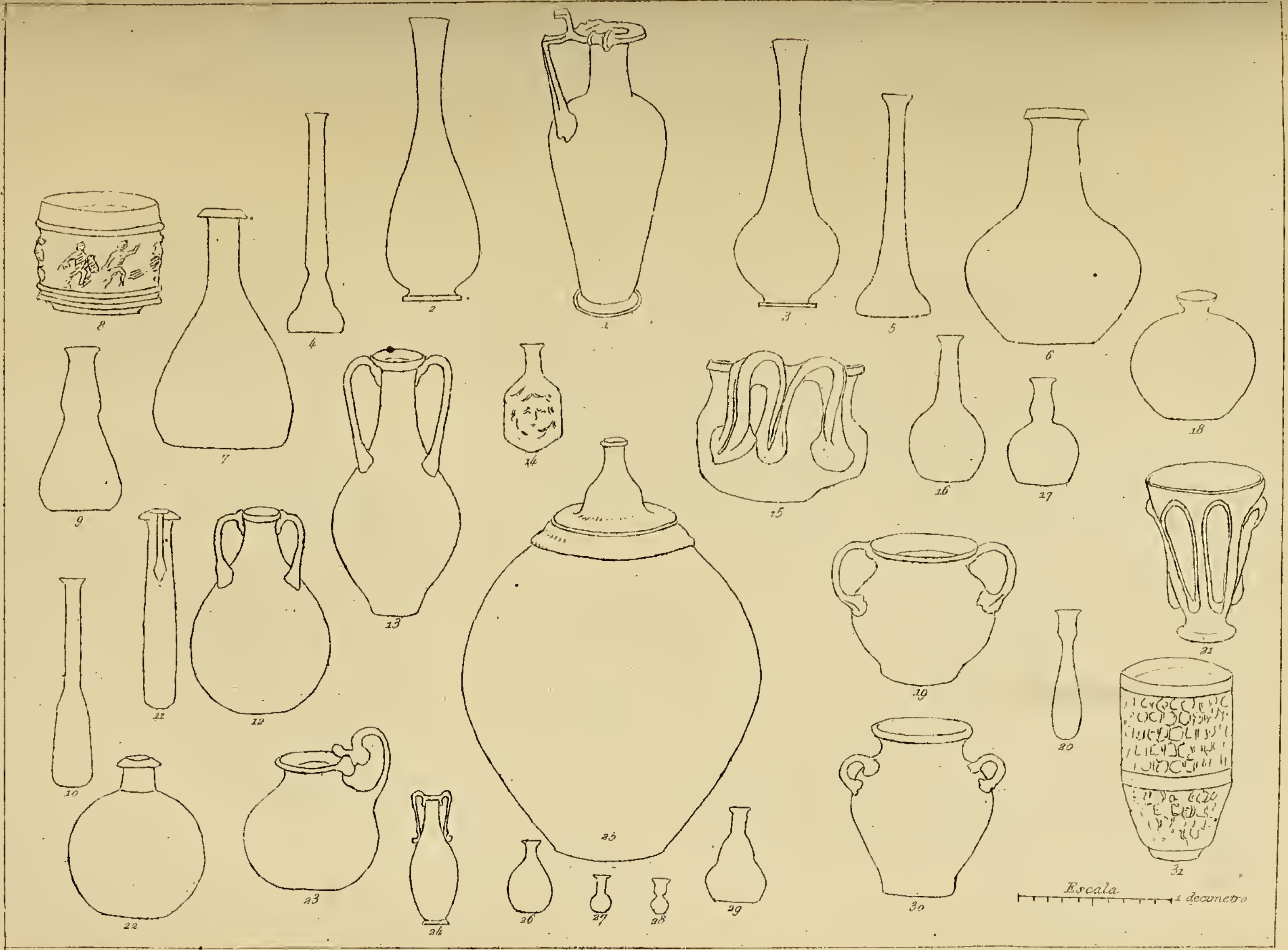
Estatuita fundida en bronce encontrada en una de las tumbas del grupo llamado del "Quemadero".

(Tamaño natural.)



Geo Bonsor midio y dibujo
Abad g.
Lit. de J. M. Martinez.

ESPEJOS DE BRONCE



Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad g.º Lit. de J. M. Martinez.

VARIOS OBJETOS DE VIDRIO, VASOS, URNAS, UNGÜENTARIOS &.ª

Geo. Bonsor, copió. J. G. Mencia, cromolit. Lit, de J. Martinez.

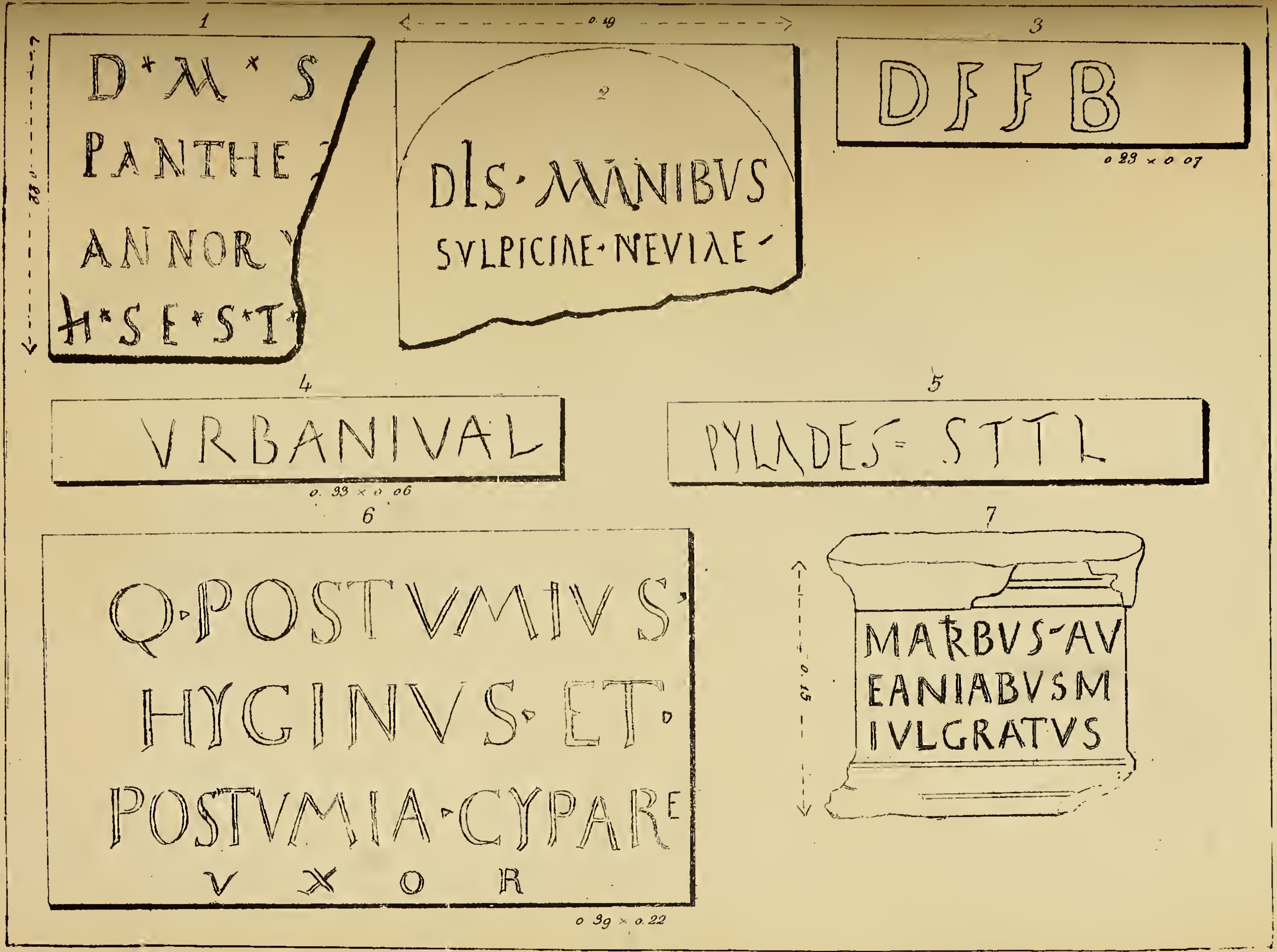
VASOS DE BARRO ROJO PARA LIBACIONES.

Geo. Bonsor, copió. J. G. Mencia, cromolit. Lit. de J. Martinez.

VASOS ADORNADOS CON FAJAS ROJAS.

Geo. Bonsor, copió del natural. Julio Garcia, cromolitografió. Lit. de J. M. Martinez.

VARIOS OBJETOS DE VIDRIO, AMBAR MARFIL Y CRISTAL DE ROCA.



Geo. Bonsor midió y dibujó. Abad gº. Lit. de J. M. Martinez.

INSCRIPCIONES.

CABEZA DE MARMOL

(de fotografia)

NOTICIA

DE

UNA NECRÓPOLIS ANTE-ROMANA

Á LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Como primera autoridad en las ciencias histórico-arqueológicas, y en debido tributo de admiración y respeto, dedica y somete este trabajo

El Autor.

que se descubre en las extranjeras, sin despreciar ningún objeto, por vil que sea su materia ó tosca su construcción, siempre que cuente algunos siglos de antigüedad. Este hecho puede igualmente afirmarse de muchas provincias, Municipios y meros particulares, que muestran grande interés por aquellas adquisiciones y van formando nutridas y valiosas colecciones.

Desgraciadamente es una verdad tan triste como evidente, que España se halla respecto de esto, como de muchas otras cosas en que no debiera estarlo, muy en zaga de otras naciones hasta de menor importancia; siendo así que, por lo rancio de nuestro origen y por los gloriosos hechos de nuestra historia, debería ocupar uno de los primeros puestos.

Y no es porque nuestros Monarcas y Gobiernos hayan dejado de proveer al oportuno remedio no dictando leyes y disposiciones encaminadas al fomento de los estudios históricos y artísticos, así como al descubrimiento y conservación de nuestras antigüedades, no. En elocuente testimonio de todo lo contrario están, para honra de los Reyes que las dictaron, las leyes de la Novísima Recopilación, por las que D. Felipe V, D. Fernando VI, D. Carlos III y D. Carlos IV, instituyeron y reglamentaron las Reales Academias de la Historia y de las Tres Nobles Artes de San Fernando, las Sociedades Económicas de Amigos del País y otras no menos útiles, como encaminadas al progreso de las artes, ciencias é industria. Fundada fué en 1837, y declarada Nacional por decreto de 5 de Abril de 1845, la Academia de Arqueología, cuyo objeto, entre otros, es el de difundir en España por todos los medios posibles el estudio y examen científico de las antigüedades en todos los ramos del saber humano. Establecidas se hallan en casi todas las capitales de provincia las Comisiones de Monumentos históricos y artísticos, creadas por Real orden de 13 de Junio de 1844, debiéndose á su iniciativa y previsión el que, declarados nacionales muchos monumentos dignos de perenne conservación, se salven de la ruína ó de una demolición, hija muchas veces de un interés bastardo, ó cuando menos mal entendido. Existe también desde 1856 una Escuela de Diplomática, origen del Cuerpo facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Anticuarios, cuyos individuos llenan los fines de su instituto en los establecimientos oficiales que su misma denominación indica, y en los Museos de antigüedades de igual carácter oficial. Y establecido, en fin, tenemos en Madrid un Museo Arqueológico Nacional, mandado formar por Real decreto de 18 de Marzo de 1867, y que hoy cuenta ya con gran número de ejemplares, raros y de innegable valor algunos, en cerámica, armas, numismática, etc.

Pero todas estas sabias instituciones y Cuerpos científicos que tantos bienes han producido en favor de las ciencias y de las artes, no han sido bastantes en mucho tiempo para despertar en la generalidad del País aquel amor y aquel verdadero entusiasmo que en otros Estados se nota por la investigación, estudio y conservación de las antigüedades; y de aquí que la prehistoria española se halle poquísimo explorada hasta por la mayor parte de los que se dedican á la Arqueología, quedando casi completamente ignorado todo lo concerniente á las civilizaciones ibérica, celta, fenicia, cartaginesa y aun griega en la Península; y de aquí también que muchas de nuestras joyas arqueológicas hayan pasado á manos de los extranjeros, enriqueciendo sus Museos con mengua de nuestra dignidad y cultura.

Á pesar de todo, y desde algunos años á esta parte, se nota entre nosotros un progreso notable, un renacimiento marcado, así científico como literario y artístico, que nos conduce por etapas sensibles al puesto que nos corresponde entre las naciones civilizadas. Los asiduos trabajos de nuestras dos primeras Academias oficiales citadas, cuyos ilustrados miembros no dan paz á su inteligencia en todo cuanto tiende al cultivo y difusión de sus peculiares estudios, así como á la protección de nuestros monumentos, asombro y envidia de los extraños muchos de ellos, contribuyen poderosamente á avivar el espíritu de muchas asociaciones, y aun de meros individuos, que secundan aquellos propósitos con verdadera especulación científica, ó tomándolos, cuando menos, como objeto primordial de sus aficiones y pasatiempos.

Barcelona, puede augurarse sin temor de contradicción, camina en este punto también al frente de todas las poblaciones de España, y pocas le aventajarán en el extranjero si se atiende principalmente á lo que sólo es debido á la iniciativa particular, al esfuerzo privado, con independencia de todo apoyo oficial.

Prescindiendo de los dos Museos públicos existentes, el provincial y el municipal ó *Museo Martorell*, éste incipiente sobre la base de las notables Colecciones de Numismática y de Historia natural, legadas á la ciudad por el esclarecido patricio D. Manuel Martorell y Peña, patentizan aquella afirmación las exhibiciones retrospectivas que en estos últimos años se han celebrado, promovidas en su mayor parte por la Asociación Artístico-Arqueológica Barcelonesa, en las cuales han podido admirarse muchos, si no todos, de los preciosos y raros ejemplares que varias Corporaciones y particulares cuentan en sus pobladas colecciones de medallas, barros, lienzos, miniaturas, esmaltes, grabados, armas, indumenta-

ria, etc., etc., acusando todo ello una afición muy extendida entre estos laboriosos y cultos habitantes, por la reunión y conservación de objetos antiguos.

Pero lo que más demuestra el buen sentido científico-arqueológico de aquéllos, es la constitución de las tres Sociedades particulares que funcionan en Barcelona, á saber: la ya referida Artístico-Arqueológica, la *Associació d'Excursions Catalana* y la *Associació Catalanista d'Excursions Científicas;* siendo el capital instituto de las dos últimas, según sus mismas denominaciones indican, el verificar expediciones y girar visitas colectivas, dentro de Cataluña en lo general, allí donde quiera que haya un monumento, una colección, un objeto ó un sitio que, bajo cualquier aspecto histórico, científico ó artístico, sea digno de conocimiento y de estudio, cuya propaganda se hace por medio de sesiones, de Boletines mensuales y de Anuarios, en los que, además de las actas correspondientes, se insertan artículos, grabados que reproducen los objetos más notables, y noticias del mayor interés, adecuado todo á los fines que dichas Asociaciones persiguen. Al mismo tiempo cada una de éstas va formando su Museo particular de objetos curiosos de todas clases.

La utilidad que por diferentes conceptos prestan estas Sociedades excede á todo encarecimiento y elogio, y ojalá que en todas las capitales y poblaciones de alguna importancia de España se constituyeran análogas, imitando ejemplo tan laudable y beneficioso, como ya lo van haciendo otras de Cataluña.

Sentados estos preliminares, y rendido este tributo de justicia y de admiración hacia Barcelona, no puedo menos de consignar lo sensible que es para mí el que alguno de los ilustrados arqueólogos y escritores con que esta capital cuenta en su seno, no haya tomado á su cargo la empresa de coordinar un trabajo de esta índole, propio para ilustrar y difundir el conocimiento del hallazgo en que he de ocuparme, según lo requiere su excepcional importancia arqueológica, reconocida por verdaderas eminencias científicas, así nacionales como extranjeras, y por cuantos aficionados y personas entendidas han tenido noticia más ó menos directa y cabal del mismo.

Mas toda vez que no ha sucedido así, cabiéndole en esto peor suerte que la que tuvieron otros hallazgos cuya menor importancia y significación histórica son indispensables, he debido yo acometerla, no sin vacilar por mucho tiempo ante la escasez de mis fuerzas, y las dificultades y escollos que á cada paso ofrece una materia tan compleja y escabrosa como ésta.

Dos sentimientos, no obstante y además, han influído en mi determinación: el ardiente deseo de que el hecho arqueológico no quede sepultado en el olvido, y por consiguiente infructuoso para la ciencia, y la esperanza de que mi trabajo podrá servir de estímulo y de base para que inteligencias no tan pobres como la mía y plumas mejor cortadas, se ocupen con mayor provecho y lucimiento en aquel mismo suceso.

II.

El lugar de San Félix de Cabrera, ó de Cabrera de Mataró, es uno de esos encantadores pueblecitos de nuestra pintoresca costa de Levante que, asentados en los repliegues de la cordillera que á manera de anfiteatro se desarrolla por toda ella, forman como la retaguardia de otros de mayor importancia, cuyos muros lamen las olas del Mediterráneo. Semejantes los primeros á nidos de blancas palomas entre arboledas y riscos, parecen los segundos bandadas de innumerables gaviotas posadas sobre la orilla del agua.

Cabrera dista de Barcelona unos 24 kilómetros; de Mataró, cabeza de su distrito judicial, 5 al Oeste y 3 escasos de la ribera del mar. Tiene su asiento en el regazo que forman las colinas de San Juan y de San Sebastián por el lado de Oriente, el abrupto Montcabré por el Poniente y el enhiesto Burriach por el del Norte. Sobre las rocas que forman la aguda cima de esta última eminencia se alzan las ruínas de antigua fortaleza, que, en buen estado de conservación y debidamente guarnecida, sería inexpugnable aun en estos tiempos de perfeccionamiento en los medios de ataque.

Desde aquellas ruínas se ofrecen á la vista los más bellos y dilatados horizontes: al frente el ilimitado del mar; á derecha é izquierda más de 60 kilómetros de costa, y á la espalda parte del Vallés y las estribaciones pirenáicas.

Matizan aquellas montañas pinos, olorosos arbustos y viñedos, extendiéndose á su pie un llano tan fértil como ameno, en el que abundan los naranjos, limoneros, algarrobos y otros muchos frutales, así como las vides, que constituyen la riqueza agrícola principal del país.

El origen de nuestro humilde lugar, cuyo actual vecindario no excede de 240 hogares, se pierde en la oscuridad de los tiempos, según se deduce de las antigüedades prehistóricas que se han encontrado por sus

alrededores en diferentes épocas, demostrando que en aquellos parajes demoraron los primeros habitantes de esta parte de España.

En los tiempos de la dominación romana y primeros siglos del Cristianismo, debía subsistir allí un centro de población de la raza conquistadora, pues además de los vestigios que de ella quedan aún, se conserva la tradición de que al trasladarse San Félix desde Barcelona á Gerona para tomar posesión de la mitra que debía regir hasta su glorioso martirio, siguiendo la vía romana que por la costa unía á ambas capitales, fué *Capraria* el término de su primera jornada, pernoctando en una casa cuyo solar conocido ocupa una de las actuales. De aquella etapa del santo Obispo, que murió martirizado en los primeros años del siglo IV, procede que el pueblo lo adoptase por su patrono, y sea al mismo tiempo y desde su fundación el titular de la parroquia.

Las escrituras más antiguas que se conocen referentes al mismo territorio hablan del término de aquella parroquia, como independiente de las demás que hoy le son colindantes; y entre los títulos de propiedad que obran en mi poder, existe un pergamino del año 1405, en que se habla de un D. Ramón de Blanes, *señor de la casa de Cabrera;* lo que prueba igualmente que fué de señorío feudal independiente del castillo de Mataró, aunque no tan extenso como éste.

Basta, por ahora, con lo expuesto para dejar demostrado, que el pueblo de San Felio de Cabrera no es de fundación moderna, sino que su alcurnia se remonta á la más rancia antigüedad.

Separada hacia el Mediodía del núcleo principal de casas que se agrupan junto á la iglesia parroquial por los huertos de algunas de aquéllas, se halla situada la pequeña finca conocida desde hace seiscientos años con el nombre de *casa Rodón de la hort,* del apellido *Rodón* que llevaron sus propietarios hasta 1844. Se compone de una casa de labranza, tan humilde como vieja, y de unas 48 áreas de terreno laborable, limitado todo al Norte por los expresados huertos, al Este y Sur por el torrente de San Felio, al Poniente por la Riera de Cabrera, cuyos dos cauces, unidos en la parte inferior de la finca, constituyen á ésta, con lo demás del pueblo indicado, en una especie de península ó lengua de tierra, que se prolonga desde el monte de Burriach.

Ahora bien: en la finca especificada, hacia su ángulo NE., fué en donde, al desmontar y nivelar un pequeño trozo de terreno en los primeros días del año 1881, dieron los trabajadores con algunas vasijas de barro cocido y de formas y dimensiones variadas, las cuales hicieron trizas aguijoneados por la codicia, pues creían encontrar tesoros escondidos allí

donde únicamente hallaron cenizas, huesos calcinados y algunas baratijas tan extrañas como despreciables para ellos.

Personado yo en aquel lugar, y lamentando profundamente lo ocurrido á la vista de aquellos fragmentos, cuya importancia arqueológica no se me ocultó por un instante, apresuréme á recogerlos y á practicar por mi mano una ligera excavación, cuyo éxito no pudo ser más satisfactorio para mí, pues muy pronto se me ofrecieron á la vista algunos vasos de arcilla roja, un dardo y una larga punta de lanza, infundiéndome el convencimiento de que en aquel sitio existían enterramientos de personas y objetos pertenecientes á edades muy remotas.

Repetidas posteriormente las excavaciones en mayor escala y con las precauciones posibles, según las circunstancias me lo han permitido, el resultado ha sido siempre el mismo; exhumándose urnas cinerarias, copas, platos y otros vasos de barro, y armas, *fíbulas* y muchos otros objetos de hierro, cobre, bronce, hueso y otras materias.

Los vasos y armas expresados se encuentran á una profundidad que varía entre 0,50 á 2 metros, formando grupos separados por la misma tierra de arcilla arenosa que forma el subsuelo, ó por piedras, de tal volumen y pesantez á veces, que sólo con ayuda de palanca pueden dos ó tres hombres moverlas. Debajo de algunas piedras se han encontrado vasos que naturalmente no pudieron resistir incólumes tanta gravedad, y se han extraído hechos añicos. También ha contribuído al lamentable deterioro de muchos de aquéllos la calidad de la tierra, que dando paso á las humedades, á las sales de los abonos y á las raíces de los árboles, han ejercido su influencia deletérea de la manera que puede comprenderse. Milagroso parece que con tan contrarios elementos contemos con un buen número de ejemplares enteros, y que otros hayan podido reconstituirse en su forma, uniendo sus fragmentos á fuerza de paciencia.

Los grupos de que antes hice mención se componen, en lo general, de dos urnas cinerarias colocadas derechas, y á su inmediación, según los casos, un número mayor ó menor de vasos y platos, conteniendo éstos, por lo regular, restos de alimentos, como son: huesos de aves y de cuadrúpedos, conchas de mariscos, espinas de pescado, cascarones de huevo, etc.

Las espadas y otras armas se hallan en los mismos grupos, tocando casi siempre á las urnas cinerarias. Muchas veces aparecen en su forma propia y natural; pero es muy frecuente también encontrarlas dobladas y contrahechas de propósito.

En vista de todo esto y de otras particularidades que se irán seña-

lando, se puede tener por cierto que cada grupo de los referidos constituía una sepultura de familia, distinguiéndose la posición social que sus individuos tuvieron en vida por el número y calidad de los vasos, armas y demás objetos que aparecen en cada una de aquéllas.

Dada así una idea, si bien sucinta, de la disposición de las tumbas, conviene darla también acerca de la forma de cuantos objetos contienen, ampliando al propio tiempo lo que respecto de su materia queda indicado antes.

Para proceder en cuanto me sea dable con el mayor orden y claridad en la exposición, á imitación de como lo hace el arqueólogo inglés Mister J. B. Waring en su obra *The ceramie art in remot ages*, en la cual se ocupa de los vasos sepulcrales encontrados en diferentes puntos del globo, clasificaré los objetos que aparecen en la Necrópolis de Cabrera en esta forma: 1.º, urnas cinerarias; 2.º, platos; 3.º, vasos para beber; 4.º, vasos para perfumes; 5.º, armas; 6.º, fíbulas y otros pequeños dijes de uso, materia y formas variados; 7.º, inscripciones y símbolos; 8.º, monedas.

Los cuatro primeros números, que comprenden la cerámica, los consideraré en dos secciones, tratando en la primera de los vasos sin barniz, y en la segunda de los vasos barnizados.

CAPÍTULO PRIMERO.

SECCIÓN 1.ª

I.

Urnas cinerarias.

Afectan las de Cabrera una variedad de formas tan prodigiosa, que rara será la que no se halle representada de cuantas los escritores de Arqueología han dado noticia como procedentes de las Necrópolis y sepulturas antiguas descubiertas en Italia, Francia, Suiza, Islas Británicas y otras naciones.

La más original entre las nuestras es aquélla que representa la figura núm. 1 de la lám. 1.ª, perfectamente cónicas, de manera que no pueden sostenerse derechas por sí solas. Carecen de cuello; las asas son rudimentarias, y la boca, situada en el centro de la parte más inflada y elevada del vaso, tiene un diámetro que no excede de ocho centímetros en las mayores. Las dimensiones de esta clase de urnas son extraordinarias, ya se las considere en sí mismas, ya con relación á las de otras formas, pues algunas alcanzan un metro de altura.

En las distintas obras de Arqueología que he consultado no he visto vasos de figura semejante á éstos, y sólo pudieran relacionarse con ellos los etruscos que menciona M. Champollion en su *Resumen completo de Arqueología:* «Vasos de arcilla redondos y terminados en pirámide, con una pequeña abertura, los cuales eran verdaderas urnas cinerarias. Se las descubre en la Campania, debajo de muchas capas de lavas.»

La hechura de estas urnas aparece en Cabrera á veces tosca y descuidada; pero otras, y es lo general, se presenta esmerada en sus contornos y en la lisura de la superficie. Esta diferencia en el mérito de la hechura guarda relación con la calidad de los objetos agrupados exteriormente ó que se encuentran en el interior de las urnas, explicándose sin esfuerzo por la mayor ó menor categoría de la persona cuyas cenizas se depositaron en ellas.

El barro es bastante fino, y su color tan variado, que quizá no falte ninguno de los que presentan las cerámicas de la antigüedad. Así, pues, el gris más ó menos oscuro, el moreno rojizo, el rojo vivo, el más tenue y el blanquizco están distintamente representados en estos vasos. Y ofrecen además, en este punto, una particularidad que considero digna de señalar á la atención de los inteligentes. En algunas de estas mismas urnas, así como en otros vasos de la Necrópolis, se observan los colores rojo y gris azulado, interpolados en el espesor de las paredes; interpolación que no siempre se ofrece á la vista del mismo modo, pues unas veces resultan dos capas tan sólo y otras tres, de las que la del centro es gris.

Esta variedad en la interposición de los colores y la regularidad que se observa en la espesura de las capas, me inducen á creer que no son un mero efecto de la cocción, procurando que el humo ennegrezca más ó menos determinadas líneas, sino el empleo alternado de la mezcla de diferente color en el acto de fabricar el vaso, ó bien por la intervención del óxido de hierro que, con la acción del fuego, toma aquel color azulado; idea que no es mía, sino que he visto indicada con referencia á vasos encontrados en otros países, y en los que se ha notado la misma circunstancia.

Otras urnas cinerarias afectan la forma del ánfora griega, con panza céntrica y ancha, cuello proporcionado, dos asas bien desarrolladas y base aplanada, con moldura ó sin ella, en cuyo último caso tienen una abolladura en el centro de la misma base.

Las figuras 5 y 7 de la lám. 2.ª representan dos de estas urnas. Las dimensiones de la primera, hermoso vaso de arcilla roja lustrosa, son éstas: altura, $0^{m},35$; circunferencia de la panza, $0^{m},92$; circunferencia inferior del cuello, $0^{m},40$; diámetro del mismo, comprendidos los bordes, $0^{m},20$. Las de la segunda, cuyo color es negro, se reducen á una mitad escasamente de las de aquélla. Es notable otro ejemplar de iguales dimensiones y color que el primero de los dos antes expresados, del cual se diferencia en que el labio no es tan aplanado y en que las asas son más elegantes, formadas por tres nervios unidos, sobresaliendo el del centro más que los otros dos.

La fig. 8 de la misma lámina reproduce una urna de arcilla roja, cuya forma se aproxima más á la del ánfora etrusca de panza más elevada, asas más cortas y borde más recto. Sus dimensiones son algo menores que las del núm. 5.

El núm. 9 representa otro tipo de urna cineraria, de arcilla roja como

las anteriores, pero de barriga más próxima á la base y asemejándose á las cónicas en la carencia de cuello y en las asas. Tiene el ejemplar reproducido 24 centímetros de alto y 53 de circunferencia por la parte más inflada.

Se presentan, por último, en las sepulturas de Cabrera las urnas de forma ovoide, y dentro de ésta, como sucede en los otros tipos, se observan variedades notables. Los números 1, 2, 3, 7 y 9 de la lám. 3.ª las representan exactamente. La de mayor mérito entre todas es la de la fig. 7, decorada con molduras circulares en la parte superior, así como en las asas. La tapadera, que se conserva íntegra, es de color más oscuro que el vaso, y gracias á ella se conservan en el interior de éste, en igual estado que al tiempo de la fúnebre ceremonia, los huesos y pequeños dijes que contiene. Las dimensiones de esta urna son: alto, sin la cobertera, $0^{m},14$; circunferencia, $0^{m},83$.

Las otras variedades se distinguen por carecer de asas y por la prolongación y estrechez progresiva desde la panza á la boca, formando un cuello rudimentario con el labio inclinado hacia fuera. Tiene el mayor de los ejemplares de esta clase $0^{m},21$ de alto y $0^{m},71$ de circunferencia. El espesor de las paredes de estos vasos no llega á tres milímetros.

Los representados con los números 5 y 6 de la lám. 1.ª participan indudablemente del mismo tipo; pero por sus diminutas proporciones no puede tenérseles por urnas cinerarias, sino como juguetes ó para algún otro uso desconocido. La altura del primero no excede de 75 milímetros, la circunferencia de 334 y el diámetro de la boca de 60. Ningún otro vaso de esta forma aventaja á este último en la regular proporción de sus líneas y en la pulcritud y lisura de su pasta y superficie. El segundo, de 83 milímetros de alto, se distingue por las molduras que le rodean, y no considero improbable que sirviera para contener perfumes.

II.

Platos.

Los platos de arcilla sin barniz agrupados junto á las urnas cinerarias y con indicios á veces de alimentos, restos sin duda del banquete fúnebre celebrado cabe la misma sepultura, si no revisten la variedad de tipos que se nota en aquéllas, no dejan por eso de ofrecer diferencias en su

factura y principalmente en su color, presentando todos los matices ya señalados, desde el negro franco y perfecto al rojo vivo.

Aun cuando estos platos pueden ser calificados de ordinarios comparados con los barnizados, de los cuales hablaré más adelante, no puede decirse que sean bastos, pues que la pasta, lejos de ser grosera, es fina, y la superficie se presenta casi en todos muy pulida y lustrosa. La hechura es bastante esmerada, llevando muchos ejemplares una moldura circular que les sirve de pie, y en ella dos agujeros para pasar, sin duda, un cordón y colgar el plato. Los que carecen de la moldura expresada en el asiento, en cuyo caso aparece éste abollado en su centro, llevan dichos agujeros en el borde de la cavidad. Este borde ó labio se presenta doblado hacia dentro en la mayoría de los casos, ó si no derecho, nunca hacia fuera.

Las dimensiones de esta clase de platos son también muy variadas, fluctuando entre los 14 y 30 centímetros de diámetro y los 4 y 9 de altura.

Como ejemplar raro y único entre los que van extraídos de la Necrópolis, merece mención especial un plato de tamaño mediano, arcilla de color pardo amarillento, muy abierto ó de escasa cavidad, sin moldura ni abolladura en la base, y con su asa anular sobrepuesta junto al labio. Por todas estas circunstancias, el carácter de este plato no puede ser más rudimentario y arcáico.

III.

Vasos para bebida.

Comprendo bajo esta denominación una porción de vasos, cuyas formas difieren entre sí de tal manera, que vienen á constituir otros tantos tipos. Quizá no todos caben dentro de esta clasificación, pudiéndose considerar unos como urnas cinerarias y otros como platos; pero no habiendo encontrado en los primeros restos humanos sino, cuando más, una especie de sedimento de color rojo oscuro, y siendo el tamaño y la forma de los segundos más adecuados para la bebida que para la comida, me inclino á comprenderlos en ella, exceptuando, como lo hice antes respecto de los platos, aquellos vasos barnizados de negro, á fin de agruparlos con los de su clase.

Debo advertir además que no estoy perfectamente seguro de haber acertado siempre con el tecnicismo propio de cada caso, con tanto mayor

motivo cuanto que en las obras de Arqueología que me ha sido dable consultar, no he visto representadas de una manera clara y definible algunas de las formas de estos vasos de mi colección.

El mayor número de ellos corresponde al tipo de los que los romanos denominaban *Capis* y nosotros «Jarro,» por la circunstancia de no tener más que una sola asa.

Los representados por el dibujo núm. 2 de la lám. 1.ª, por el núm. 6 de la 2.ª y por los 4 y 5 de la 3.ª, son de barro negro, el cual color resulta más pronunciado en unos ejemplares que en otros. Las paredes son de una delgadez tan notable, que en lo general no exceden de tres milímetros y en algunos casos de dos; la cocción es tan perfecta que, golpeando ligeramente el vaso, produce un timbre metálico; el modelado, siempre bueno, llega á veces á ser elegante y gracioso; y, por último, algunos ejemplares ofrecen por vía de adorno sobre la arista de la panza, tres (uno sólo tiene cinco) prominencias cónicas á manera de pitones rudimentarios ó de pezones de pechos de mujer, según los ha definido el eminente arqueólogo M. Lenormant, cuyo nombre habrá de figurar repetidamente en estas páginas.

Algunos de estos vasos se hallan además adornados con finas molduras en relieve alrededor del cuello.

En cuanto á sus dimensiones, las del más grande, representado por el núm. 5 de la lám. 3.ª, son éstas: alto, $0^{m},22$; circunferencia de la panza, $0^{m},82$; diámetro del cuello por el borde, $0^{m},205$. Las del más pequeño son tan reducidas como éstas: alto, $0^{m},075$; circunferencia mayor, 26 centímetros.

De forma semejante al primero de estos dos vasos descritos, pero de menores dimensiones y de color rojo con la superficie lustrosa, se distingue un solo ejemplar, que por la circunstancia de no haberse encontrado otro del mismo color, y la de que por su forma y decorado no puede desmentir la identidad de origen con los negros, me parece digno de mención especial.

Son de notar igualmente tres vasos de barro negro con dos asas, y muy diferentes entre sí por la forma. El uno, fig. 4 de la lám. 2.ª, es una jarra cuya forma parece una sencilla imitación del *Kelebé* griego. Reune en alto grado las excelentes condiciones de finura en la pasta y delgadez en las paredes, de los anteriores, limitándose su decorado á dos molduras circulares en el cuello.

Otro de dichos vasos es también una jarra cuya forma afecta la del *Cantharus*, de cuello ancho y largo, ligeramente deprimido en el cen-

tro, asas prolongadas, y sobre ellas dos picos ó lengüetas, que son una dilatación del borde de la boca. La fig. 2 de la misma lám. 2.ª reproduce este vaso, cuya altura es de 168 milímetros. Carece de adornos; pero el modelado no deja de ser original y esbelto, distinguiéndose las asas, que se componen de dos nervios redondos.

El tercero de los vasos indicados, fig. 4 de la lám. 4.ª, es un *Kilix* ó copa ancha, bastante profunda, de pie largo, estrecho y hueco al interior. Su hechura no es tan esmerada como la de los otros dos anteriores, pues tanto por ella, como por la pasta y por el color agrisado, resulta más tosco y pesado. En el pie, por la parte exterior, lleva trazado un círculo, y dentro de éste una cruz algo aspada, como se ve en el núm. 12, fig. 2 de la lám. 5.ª, cuya marca se imprimió con agudo punzón estando la pasta fresca. Tiene este vaso 11 centímetros de alto y 105 milímetros de diámetro por el labio.

Se encuentran frecuentemente en las sepulturas de Cabrera unos pequeños vasos de arcilla de color variado, cuya forma es muy sencilla, asemejándose á nuestras sota-copas ó porta-botellas, sin otro decorado, si puede llamarse así, que una abolladura profunda y cilíndrica que tienen en el centro del asiento, resaltando por el fondo del recipiente, la cual servía para introducir uno de los dedos de la mano cuando se cogía el vaso, teniéndolo de este modo más asegurado en el acto de verter el líquido, ya que carecen de asas. Sus paredes son sumamente delgadas, y por efecto de su excelente cocción producen el mismo sonido metálico que los vasos negros. La fig. 7 de la lám 4.ª representa un ejemplar que en la superficie exterior, á unos dos centímetros del borde, ostenta una inscripción, de la que me ocuparé en su lugar oportuno. Las dimensiones de aquél son: altura, 0^{m},054; diámetro por el labio, 0^{m},097.

Los griegos llamaban á estos vasos *Phiale* y los latinos *Pátera*, y se empleaban para las purificaciones en las ceremonias religiosas, en los funerales, sacrificios, etc. En una de las escenas representadas en los bajo relieves de la columna Trajana, en Roma, se ve el altar para el sacrificio con el servidor *(camillus)* teniendo la caja de los inciensos; detrás está el *spondaules* con la doble flauta; á uno de los lados Trajano, con una pátera en la mano haciendo la libación ó vertiendo el vino sobre el altar, y al otro lado el *popa* ó sacrificador y la víctima. En las pinturas de los vasos etruscos suelen verse escenas parecidas. Los arqueólogos llaman páteras de ombligo central á las que, como las de Cabrera, tienen la abolladura en la base.

Es, pues, indudable que los vasos de que hablo tienen en la Necrópo-

lis una significación puramente fúnebre ó religiosa, así como los *capis*, empleados por los romanos en el servicio del culto, y otros vasos que en aquélla aparecen.

Tal debía suceder, seguramente, con unos cuya forma, si no tan original como la de los especificados anteriormente, es mucho más agradable y esmerada. Consisten en una especie de tazas diminutas, sin asas, con una moldura circular en la base, y con el borde de la cavidad vuelto hacia dentro. Sus dimensiones son tan reducidas, que no exceden de tres centímetros en su altura y de siete en su mayor diámetro. Por todas las circunstancias que concurren en su factura, las considero superiores en mérito á las páteras umbilicales. Respecto al color de su pasta, se notan los mismo matices variados que en las otras formas de vasos. La fig. 9 de la lám. 4.ª representa uno de los ejemplares de la colección.

El núm. 8 de la misma lámina reproduce un *scyphus* ó copa de arcilla muy roja, que no ofrece otra particularidad que la de tener en el centro del recipiente una hendidura circular de dos centímetros de profundidad, por poco más de uno de diámetro. La altura de la copa es de seis centímetros, y el diámetro por el labio de doce.

Todos los vasos de los diferentes tipos que he señalado hasta aquí, aun cuando sin barniz y exentos ó pobres de decorado, revisten cierta delicadeza y finura, bien sea en el modelado, ó ya en la misma pasta de que se hicieron. Mas para que nada falte en la Necrópolis de Cabrera, se encuentran también en ella vasos de condiciones tan toscas y groseras, que parecen referirse á los tiempos primitivos de la cerámica. Con efecto; la arcilla, mezclada con arena y sin decantar, forma una pasta granulosa; el color resulta rojizo oscuro; la cocción imperfecta, y la hechura, sin ayuda del torno, defectuosa y pesada. Las figuras 1 y 3 de la lám. 2.ª, representan dos de esta clase de vasos, que, como se ve, afectan la forma de cubilete, con la diferencia de que el primero tiene asa y tapadera, adminículos de que carece el segundo, el cual se halla adornado con una especie de festón hecho á pellizcos con los dedos, y tiene el centro del cuerpo más hueco que la boca y tercio inferior.

Muy semejantes por la hechura y por el decorado á este vaso he visto reproducidos dos ejemplares en la obra de los Sres. De Mortillet, *Musée Préhistorique*, números 523 y 535, existentes en el Museo de Saint Germain, y procedentes, el primero, de una gruta sepulcral del departamento del Seine et Marne, y el segundo, del Cantón de Zurich. Es de notar que, entre el crecido número de vasos y fragmentos extraídos de la Necrópolis de Cabrera, sólo hayan aparecido tres ó cuatro, con-

tando algún trozo suelto, de forma y barro tan bastos y arcáicos como aquéllos, los cuales debían pertenecer á personas de ínfima condición social, como siervos, por ejemplo.

IV.

Vasos para perfumes.

Dignos de consideración y estudios son los vasos comprendidos en esta serie, por las notabilísimas diferencias que ofrecen en cuanto á la pasta, á la forma y al decorado; de manera que si únicamente se atendiese en ellos á estas cualidades, podrían referirse sin violencia á épocas muy distantes entre sí en la historia de la cerámica.

Los que indudablemente revelan mayor arcaísmo son aquéllos en forma de *Capis*, de paredes relativamente gruesas, hechos á la mano ó sin ayuda del torno, color oscuro y desigual, superficie lustrosa, y exornados con dibujos geométricos incisos, esmaltados de blanco. La fig. 6, lámina 3.ª, representa el mayor de los tres ejemplares con que cuenta la colección, siendo su altura de unos 12 centímetros, y mucho más reducida la de los dos restantes.

M. W. Boyd Dankins, en su obra *Early Man in Britania*, sienta la idea de que el decorado consistente en líneas geométricas y en círculos concéntricos es propio de la cerámica de la edad de bronce hallada en las islas Británicas, principalmente en Irlanda, en Dinamarca, en Alemania y otras naciones. En Italia, sobre todo en Chiusi, los sepulcros más antiguos, aquéllos que los excavadores llaman *sepolcria a piccolo pozzo*, encierran vasos de tierra morena, fabricación grosera y adornos geométricos, cuyas tres circunstancias reunen los hallados en Cabrera.

La fig. 3 de la lám. 1.ª representa una *ampulla*, cuyo modelado no puede ser más agradable y perfecto. El color de la pasta es gris aperlado, y aunque carece de todo adorno, tiene la superficie muy pulida y brillante. Sus dimensiones no exceden de 11 centímetros de alto por 30 de circunferencia en su parte más inflada.

El núm. 4 de la misma lámina reproduce la forma de otro vasito, cuya altura es de 7 centímetros, y la mayor circunferencia de 14. El color de la arcilla resulta rojo pálido, y aun cuando bastante gastadas, se le conocen junto al arranque del cuello unas fajas horizontales pintadas de un color más oscuro que el de aquélla, las cuales debían constituir su decorado.

Los vasos que ofrece la Necrópolis de Cabrera del tipo llamado *Askos*, figuras 1, 2 y 3, lám. 4.ª, son tan variados como interesantes.

Diéronle los griegos este nombre derivándolo de *askidia*, que significa piel de macho cabrío adobada y cosida para contener líquidos, por la semejanza entre ésta y muchos de los vasos de aquel tipo.

Algunos arqueólogos, y entre ellos M. Birch, en su obra *The ancient pottery*, suponen que esta clase de vasos se usaba como lámparas; añadiendo este escritor inglés que en donde se encuentran principalmente es en Sicilia y en la Basilicata, correspondiendo su fabricación á la última época de la cerámica griega.

El sabio y malogrado arqueólogo francés M. Lenormant rebate la opinión de los indicados autores, en cuanto al uso para que se destinaban los *askos*, afirmando que se empleaban en las ceremonias fúnebres y religiosas, en cuyo sentido se encuentran en las tumbas depositados como monumentos del *Silicernium* ó fiesta funeraria, de ritos expiatorios ó de ofrenda suprema á los manes del difunto. Esta opinión de M. Lenormant me parece incontrovertible en cuanto tiene aplicación á los *askos* de Cabrera, dada la forma y demás circunstancias que concurren en ellos.

Limitándome ahora á los que carecen de barniz, diré que son de tierra negra, con el asa colocada en el centro superior longitudinalmente hacia el orificio, particularidad que los distingue del *Phaskon*, en el cual va aquélla en dirección transversal; que no tienen más que un solo piso ú orificio para entrada y salida del líquido, circunstancia que por sí sola aleja la presunción de que tales vasos sirviesen de lámparas, y que algunos de ellos ostentan como adorno los pitones ó prominencias cónicas que señalé en otros vasos, y además molduras horizontales: todo lo cual, unido á la finura insuperable de la pasta, á lo pulido de su superficie y á su configuración graciosa y bien modelada, los hace de un mérito muy recomendable.

SECCIÓN 2.ª

Vasos de pasta roja barnizados [1].

Ya que he terminado la Sección precedente ocupándome en los *askos*, empezaré ésta tratando de los vasos del mismo tipo cuya superficie cubre una capa de barniz.

1 La pasta empleada para la fabricación de los vasos barnizados, ya uniformemente, ya con pinturas, era generalmente de sílice y alúmina, de hierro y de cal, resultando blanda,

Las diferencias que además de la circunstancia indicada separan á unos de otros, consisten: en que el asa va colocada en los barnizados á un lado del vaso, en vez de tenerla en la parte superior; en que en el centro de ésta llevan una placa hundida y circular con cinco agujeritos para introducir el líquido, y en que la *mixia* es *rostrata*, consistiendo en una máscara de un Sátiro, divinidad de la mitología griega apasionada del vino y de todos los placeres sensuales.

Uno de los dos *askos* reproducidos en la lám. 4.ª tiene, como se ve, la panza acanalada, siendo el color del barniz negro parduzco ó castaño, al paso que el otro la tiene enteramente lisa, y el barniz de un tinte azulado.

Entre los vasos existentes en el Museo de Florencia clasificados como etrusco-campanianos, figuran dos, marcados con los números 563 y 565, de forma y tamaño muy semejantes á aquellos dos de mi colección, siendo también el uno estriado y el otro liso. La única diferencia que se observa entre unos y otros es la de que el primero de los de Florencia lleva en el centro superior un medallón con máscara de Neptuno, y el segundo, en vez de ésta, un cangrejo de mar, teniendo además la *mixia* en forma de trompetilla, como los míos sin barniz [1].

Asimismo, en la obra citada de M. S. Birch, *The ancient pottery*, se reproduce en grabado un *askos* encontrado en Samos, el cual es también muy parecido á los estriados de Florencia y de Cabrera.

Aun cuando para uso y destino semejantes á los de los vasos de que acabo de hablar, otro de los encontrados en Cabrera se aparta tanto en su forma del tipo fundamental del *askos*, que no se le puede llamar propiamente con este nombre, siéndole más adecuado el de *rhyton*, cuya ge-

compacta y lustrosa. Su color variaba entre el rojo vivo y el amarillento ó pálido. En la composición del barniz entraba esencialmente un silicato alcalino, y para su coloración el óxido de hierro y el óxido de manganeso, resultando el negro brillante ó lustroso. Este negro se modificaba, á veces, dentro del horno, según la intensidad del fuego y la mayor ó menor densidad del humo que éste producía. Así, cuando el negro es bronceado ó con reflejos metálicos, procede de que el fuego dió demasiado humo, ó, como dicen los pintores en porcelana, de que el fuego era impuro: si el calor del horno era excesivo, el negro se convertía en verde oliva; el rojo, á su vez, se ennegrecía por una excesiva absorción de humo. El barniz resultaba de color moreno castaño, cuando por ser ligero dejaba transparentar el rojo de la pasta. Este mismo rojo aparecía á veces lustroso por efecto del pulimento dado por el artífice, ó por la aplicación de un barniz claro, débil é incoloro, ó ligeramente carminado. Todos los matices expresados se observan en los vasos barnizados griegos, ítalo-griegos y etruscos, especialmente en los etrusco-campanianos, y se notan también en los de la Necrópolis de Cabrera, como se irá viendo.

1 *Gazette Archéologique*, tomo correspondiente á 1879, pág. 38, artículo de G. F. Gamurrini, y lám. 6.ª

nuína acepción es la de un vaso para beber en forma de cuerno. Esta era la más rudimentaria, pues para su mayor mérito artístico se hacían representando diferentes cabezas de animales, como muchos de los que se han encontrado en Pompeya y en Herculano. (Anthony Rich, *Dictionnaire des antiquités romaines et grecques:* París, 1861.)

Mi vaso es, sin duda, más original que todos aquéllos, pues que tiene la forma de un lindo pie calzado con el *Diabathrum* griego, especie de *crépida* latina sujeta por medio de unos finos cordones que salen unidos á una presilla ó pasador por entre los dedos pulgar y segundo, y, bifurcándose por ambos lados del pie, pasan por otras presillas unidas al calzado debajo de los tobillos, siguiendo el de la izquierda por encima del talón para entrelazarse en el lado derecho debajo del hueso, en donde está el asa del vaso. La cavidad la forman tanto el pie como la suela; el orificio de entrada ocupa la parte superior de la garganta del mismo pie, y la *mixia*, que al igual que en los *askos* barnizados representa la cara de un *sátiro*, está colocada en la parte trasera, sobre el calcañar. Las dimensiones del vaso son: longitud, $0^{m},13$; altura mayor, $0^{m},057$; grueso del calzado, $0^{m},02$. La fig. 9 de la lám. 1.ª reproduce este notable ejemplar con la exactitud posible. El modelado del pie es de un mérito superior, esculturado anatómicamente con una propiedad que poco ó nada deja que desear.

He preferido adoptar para el calzado la denominación de *Diabathrum* á las de *crépida, sandalium* y *solea*, ateniéndome á las acepciones que A. Rich, en su *Diccionario* citado, da de cada una de aquellas voces.

La *crépida*, que algunos traducen impropiamente por babucha ó chinela, consistía en una suela gruesa, á cuyos bordes iba unida una estrecha pieza de cuero que cubría el lado del pie, y tenía en la parte superior varios ojetes, por los que pasaba el *amentum* ó correa plana que sujetaba aquélla al pie. A veces, en lugar de la pieza de cuero, llevaba en los mismos bordes unas bridas ó enrejado formando asas, por las que se pasaba la correa cruzándola caprichosamente sobre el empeine del pie hasta el cuello de éste, en donde se sujetaba con una hebilla.

La *crépida* formaba parte del traje nacional de los griegos, y se usaba por los dos sexos, siendo de rigor el llevarla con el *pallium* y la *clamys;* del mismo modo que lo era entre los romanos llevar el *calceus patricius* cuando vestían la toga ó alcanzaban la dignidad senatorial. De esto procede la frase *calceos mutare* que usa Cicerón en su Phil. 13, significando que se había alcanzado aquella dignidad.

De la *crépida* proviene también el adagio latino *sutor, ne supra cré-*

pidam, ó, como traducimos en España, «zapatero, á tus zapatos;» expresión que se atribuye á Apeles, apostrofando al menguado *crepidarius*, que consultado por el divino pintor acerca del calzado que había pintado en cierta figura, quiso criticar otras partes de la obra.

El *sandalon* consistía en una chinela muy adornada que usaban las mujeres griegas, cubriéndoles los dedos y empeine del pie, pero no la garganta ni el talón.

Por último, la *solea* de los romanos se reducía á una sencilla sandalia sujeta por unos cordones que pasaban por encima del pie. Se usaba también por los dos sexos, tanto en el interior como fuera de la casa, en los actos de la vida privada, y tenían aquéllos la costumbre de quitárselas al ponerse á la mesa, volviéndoselas á poner concluída la comida, todo por medio de un sirviente cuyo único oficio era éste. Plauto pone en boca de alguno de sus personajes las frases *deme soleas*, y *poscere soleas*, para indicar los dos actos expresados.

Por todo lo expuesto; porque el pie del vaso de Cabrera, por su finura y delicadeza, parece representar el de una mujer; porque la suela y los cordones revelan en su forma cierta elegancia y distinción, y por la procedencia griega que atribuyo al mismo vaso, es por lo que me ha parecido aquel calzado más propio de la especie del *Diabathrum* griego que de las otras indicadas y de otras varias que usaban aquellos pueblos, el griego y el latino, y se apartan más de aquéllas.

Hacia el centro exterior de la suela del *rython* se observan los signos señalados con el núm. 7, dibujo 2 de la lám. 5.ª, dejando para otro lugar el tratar de ellos.

Los dibujos 7 y 8 de la lám. 1.ª reproducen la figura y el decorado de un vaso que participa del *Aryballus* y del *Lekitos* por su forma, y no tanto por esto como por el estilo y el asunto del decorado, resulta de un carácter griego muy marcado. Es, sin disputa, uno de los ejemplares más notables y mejor conservados que han salido de la Necrópolis de Cabrera.

Por la diferente manera con que los griegos aplicaban los colores á los vasos, se clasifican éstos por algunos arqueólogos en dos géneros particulares. Constituyen el primero aquellos vasos que, cubiertos interiormente con una capa de barniz negro, llevan trazadas las figuras en la superficie exterior con aquel mismo color, y á manera de silueta sobre fondo amarillo ó rojo. Llámaseles vasos negros, y corresponden en lo general al primer estilo: sus asuntos representan las tradiciones mitológicas más antiguas, y sus inscripciones, tanto por los signos alfabéticos como

por estar escritas de derecha á izquierda, revisten las formas más arcáicas de la escritura griega. Ofrecen también la particularidad de que las ropas de las figuras, los accesorios, los arneses de los caballos y las ruedas de los carros aparecen retocados de color blanco.

El segundo género de vasos pintados se distingue del anterior por el color de las figuras, que es el mismo de la tierra, trazándose los contornos, cabellos, vestidos, accesorios, etc., con el barniz negro que cubre todo el restante fondo del vaso [1].

Ahora bien; el *lekitos* de Cabrera corresponde á este último género, siendo la pasta, y por consiguiente el fondo de las figuras, de color gris.

Como se ve en los dibujos expresados, el decorado se compone de una gran palmeta debajo del asa; de dos largos bastones á uno y otro lado de aquélla, de forma de báculo ó *lituos*, como los que usaban los *augures;* de una cabeza de mujer, cuyos cabellos sujeta una cofia ó *cecryphalos*, sobre la cual, ceñida á la frente, va una corona radiada, especie de *stephanos*, cuyos cordones forman caprichosas espirales por los lados y por detrás de la cabeza [2]. Delante y detrás de ésta aparecen otros adornos, ya circulares, ya triangulares, ó bien enroscados, y, por último, la silueta de un pie con parte de la pierna. El cuello del vaso está decorado con un rizado circular y líneas perpendiculares de color castaño oscuro.

En la citada obrita de M. Champollion se reproducen en grabado los asuntos decorativos de varios *lekitos*, resultando una semejanza notable entre algunos de los accesorios de aquéllos y los de mi vaso. No dice el autor la procedencia de dichos ejemplares; pero es sabido que la inmensa mayoría de los que existen en los Museos y Colecciones se han encontrado en la misma Grecia. Los más raros y apreciados son los que llevan adornos blancos ó dorados, descubiertos casi todos en el Atica. Las dimensiones del de Cabrera, son: altura, 0,148; circunferencia mayor, 0,24.

Por su configuración bien acabada y graciosa, y por la uniformidad, resistencia y brillantez del barniz negro que cubre su superficie interior y casi toda la exterior, se destaca entre los vasos de Cabrera un *kylix* en forma de plato ó de pátera bastante abierto, con dos asas y pie corto y

1 Champollion Frigeac, *Résumé complet d'Archéologie:* París, 1825.

2 Por la clase ó forma de peinado que lleva esta cabeza, pudiera referirse este *lekytos* á los siglos V ó IV antes de Cristo, pues á la misma época se refieren vasos de figuras con peinados análogos que presentan MM. Daremberg y Saglio en su *Dictionnaire des antiquités romaines et grecques*, actualmente en publicación en París, al tratar de la palabra «Coma» (cabello peinado).

ancho formado por tres molduras circulares. La fig. 5, lám. 4.ª, representa este vaso de perfil, y la 7 de la lám. 6.ª de frente, á fin de dar á conocer el decorado del fondo, consistente en círculos incisos y radiados hechos con punzón sobre el barniz. El hondón ó fondo de la base está adornado de círculos ligeramente barnizados de color rojo, quedando en el centro una circunferencia del mismo color y de poco más de un centímetro de diámetro, sobre la cual hay pintados de color moreno otros tres pequeños círculos concéntricos.

He calificado de *kylix* este vaso llevado de las definiciones, datos y citas que acerca de los de su clase encuentro en los dos *Diccionarios* citados de A. Rich, y de Daremberg y Ed. Saglio.

Es tan curioso é interesante lo contenido en este último, que considero imprescindible copiar mucha parte de ello, traduciéndolo:

«*Calix*, en griego Κυλιξ. Nombre de un vaso para beber de forma circular, más ó menos profundo, siempre muy abierto y provisto de dos asas cortas y un pie: es el vaso que se designa comunmente con el nombre de copa en las Colecciones. Frecuentemente se ven en las pinturas de los vasos griegos convidados que tienen estas copas, sea por el pie ó sea por las asas. Éstas servían también para colgar la copa cuando estaba vacía. La altura del pie, la profundidad de la copa con relación á su anchura, podían variar mucho sin que el nombre dejara de convenirle, porque la acepción de este nombre es tan lata como la de *copa*. Al tipo general se puede añadir otro que, á primera vista, se separa de aquél (del primitivo, de pie alto y recipiente más profundo). El pie es achatado, reemplazado por una ó muchas molduras, formando una base que á veces desaparece del todo, de suerte que el *kylix* se parece enteramente á los vasos que llevan diferentes nombres, á la *Phiale,* por ejemplo, si ésta tuviera asas.» De las notas que acompañan á estas explicaciones, entresaco los siguientes curiosos datos: «Atheneo, en su *Deipnosophistæ* (Festín de los sabios), hace derivar el nombre griego Κυλιξ, de la operación del torno que da al vaso su forma: se le compara, añade en otro lugar, á un escudo, y otras veces á una teta ó pecho de mujer. Según Plinio (*Hist. nat.*, XXX, 23, 81), se cuenta que Helena había consagrado dos vasos de este género hechos á la medida de sus pechos. El mismo Atheneo dice que en Naucratis, su patria, los alfareros hacían con arcilla, que ellos sabían platear, y que tomaba todas las apariencias del metal, Κυλικες que tenían cuatro asas y un fondo ancho, lo que les hacía aparecer como *phiales;* que los cypriotas daban aquel nombre al *Cotyle*, y otro autor que él cita confundía el mismo vaso con el *Carchesium*. Atheneo ha reunido pasajes de poetas

griegos, según los cuales los cálices de Atenas, Lacedemonia, Chíos y Teios, eran reputados ó se distinguían por alguna particularidad. Marcial menciona los de Sorrento y Sagunto, y él ha conservado el nombre de *cálices vatiniani*. Vatiricus era el nombre de un zapatero de viejo, tan odioso como bajo, de quien Nerón hizo su bufón; y no se sabe por qué se había dado su nombre á vasos de poco precio, al parecer.»

Rich, cuya concisa definición del *Calix* no difiere esencialmente de la que dejo transcrita, comprende también este vaso, cuando sus asas son de la forma de los del de Cabrera, bajo el nombre de *Pterotus*, palabra griega que quiere decir *alado*, y que se emplea como epíteto especial de aquél, por estar guarnecido de dos asas colocadas á la manera como lo están las alas en las aves.

Existe en mi Colección otro *kylix* barnizado de color parduzco por fuera y rojo por dentro, que lleva en el pie un decorado idéntico al del que acabo de referirme, ó sean los círculos rojos y los de color moreno en el centro. Pero la forma de ambos es muy diferente, pues la de este segundo es de copa ancha y profunda, con pie largo, estrecho y hueco interiormente, á la manera que lo tiene el *kylix* de barro negro sin barniz, figura 4, lám. 4.ª Esta diferencia de forma en vasos de la misma especie, y la identidad de origen entre los dos barnizados, como lo evidencia la igualdad del decorado de la base ó pie, es muy digna de atención, por cuanto se ven aquí confundidos el primero y último período, de los tres que los arqueólogos distinguen en la fabricación de los cálices según su forma.

Las figuras 6, lám. 4.ª, y 1 de la 5.ª representan dos de los vasos más notables que han salido de las sepulturas de Cabrera. Ambos se refieren al mismo tipo, al *Cantharus* griego, copa consagrada á Baco, como el *scyphus* lo estaba á Hércules.

Merece el primer rango entre los dos, y quizá entre todos los hallados hasta hoy en la Necrópolis, el citado en segundo lugar, fig. 1, lámina 5.ª, el cual consiste en una profunda y ancha copa barnizada de negro, con el pie corto, la barriga estriada, cuello con guirnalda de laurel y bordes prolongados sobre las dos robustas asas. Por su notable capacidad y dimensiones pudiera este vaso calificarse de *Crater*, para mezclar en él el agua y el vino antes de servirlo en las copas. Su altura total es de $0^m,202$; el largo del pie de $0^m,04$, con un diámetro de $0^m,095$; la altura del cuello de $0^m,05$ y un diámetro por el labio de $0,^m185$, siendo el mayor diámetro tomado sobre las asas de 33 centímetros.

La pintura del adorno del cuello consiste en una finísima pasta, arci-

llosa al parecer, de color rojo amarillento, aplicada sobre el barniz negro de un modo tan recargado, quc forma verdadero relieve.

En una estrecha faja lisa que media entre el acanalado de la barriga y el arranque del cuello, junto á una de las asas, se observan los signos reproducidos con el núm. 5 en la fig. 2 dc la lám. 5.ª Más adelante diré algo acerca del carácter de dichos signos.

El otro *Cantharus*, fig. 6, lám. 4.ª, es de dimensiones más reducidas que el anterior, pues su altura no excede de $0^m,135$ y el diámetro de la boca de 10 centímetros; pcro sus proporciones y contornos aparecen más regulares y agradables á la vista. Las lengüetas quc lleva sobre las asas no son, como en aquél, una dilatación del canto del cuello, sino de una moldura circular sobre la cual se eleva otra que forma el remate del vaso. La pintura no parece tampoco del mismo estilo, pues no forma relieve ni es pulverizante, siendo dc un tono más claro, que tira á blanco. Tampoco es igual el dibujo en derredor del cuello, pues la guirnalda que por un lado figura ser de laurel, como se ve en nuestra lámina, por el opuesto era de hiedra, de idéntico dibujo al que representa la fig. 6 de la lámina 6.ª, que corresponde á un plato. He dicho que *era* de hiedra, porque pintura y barniz han desaparecido de aquel lado del vaso, y á duras penas se conocen las líneas del dibujo.

No es extraño semejante deterioro en el decorado de éste y otros vasos; siéndolo por el contrario el quc, siquiera en partc, haya podido rcsistir la acción de tantos siglos envuelto en una ticrra de tan adversas condiciones, como la que cubre aquellas sepulturas y aquellos objetos.

Por no haber salido tan completa como las anteriores, dejo de reproducir la figura de otra copa de proporciones casi iguales á la últimamente descrita, sin las lengüetas referidas ni pintura en el cuello, pero de mayor finura y mérito en el modelado.

Debo, por último, hacer mención de un fragmento de vaso del tipo cxprcsado, que fué de los primeros que aparecieron en perfecta conservación y rompieron los trabajadores, habiendo podido yo recabar después dc unos muchachos aquellos trozos, con los que puede formarse idea dc la forma y decorado dcl ejemplar. Ostenta en el cuello guirnalda roja, cuyas hojas no se parecen á las dc los otros vasos, siendo más largas y dobladas por las puntas. El estriado de la panza es más artístico y el barniz más consistentc y de un reflejo metálico aplomado. El color de la arcilla es de un rojo extremadamente subido; circunstancia que no tiene la de las otras copas ni tal vez la de ningún otro de mi Colección, pues el matiz de la pasta sc presenta casi siempre más bajo.

Platos.—Tan abundante y variada como la serie de platos de barro rojo ó negro sin barniz, es la de aquellos otros de arcilla fina y decantada, y cuya superficie, así interior como exterior, se halla cubierta con una capa uniforme de barniz negro, si bien en algún caso falta esta uniformidad, apareciendo el fondo del plato con un ruedo de color rojo brillante, sobre el cual van impresas las palmetas que el mayor número de ellos ostenta en el mismo fondo, dentro de círculos incisos y concéntricos.

La forma que predomina entre esta clase de vasos es la de *patina* ó plato hondo, á manera de cono invertido, sin que por ello deje de haber repetidos ejemplares de *páteras*, muy diferentes, por cierto, de las umbilicales, que ya dí á conocer antes.

El decorado de las *patinas* se reduce, en lo general, á los círculos incisos y á las palmetas indicadas; siendo el número de éstas de cuatro ó cinco á lo más, colocadas simétricamente en cruz, por medio de estampilla, estando el barro fresco.

En los vasos más pequeños, cuya altura no excede de 6 centímetros y el diámetro del borde de $0^{m},155$, las palmetas van sustituídas por estrellas, ruedas ó flores, cuya representación, en tamaño natural, damos en la lámina 6.ª con los números 2, 3, 4, 8 y 10.

Las figuras 1 y 6 de la misma lámina reproducen, reducido á $^1/_4$, el decorado con que se distinguen tres de las *patinas*, refiriéndose la primera figura á dos vasos, que son iguales enteramente. Como se ve, entre las cuatro flores aparece el nombre de NIKIA, repetido en cruz griega, con letras de relieve, y, por lo tanto, impreso con estampilla antes de cocerse el plato. Dejo para más adelante lo que puede conjeturarse acerca de tal inscripción.

En cuanto al adorno de la otra *patina*, fig. 6, se distingue del de todas las demás por la orla de hiedra que lleva pintada en la circunferencia interior. Su estilo es el mismo del de la orla de pámpanos con que aparece decorada una *pátera* de mármol, encontrada en la *villa* Adriana, y cuya forma reproduce César Cantú en la pág. 556, tomo VII de su *Historia Universal*, edición de París. Supone el ilustre historiador que, siendo la orla de hojas de parra, puede creerse que el vaso estaba destinado á los ritos de Baco; y como la hiedra estaba igualmente consagrada por los antiguos á la misma divinidad, cuyos adoradores, además de ir coronados de aquella planta, la llevaban impresa en la mano con un hierro ardiendo, puede también creerse que la *patina* de Cabrera tendría un destino análogo al de aquella *pátera*.

La patina expresada se encontró hecha pedazos; pero reunidos éstos, ha podido reconstruirse su primitiva forma. El color blanquecino de la pintura ha desaparecido en su mayor parte, de manera que nuestro dibujo representa al plato en un estado de perfecta conservación, que desgraciadamente no existe en el original. Esta misma observación debe tenerse por hecha respecto del mayor número de los vasos de la Necrópolis.

La fig. 9, de la misma lám. 6.ª, reproduce el fondo plano de una *pátera* con barniz negro y consistente, llevando en aquél 8 flores impresas, con pedúnculos entrelazados. En algún otro ejemplar de igual forma el número de flores se eleva hasta 12.

Los dibujos números 5 y 11 representan, vistos de fondo y de perfil, un plato cuya forma difiere enteramente de todos los especificados hasta ahora. Visto bajo el primer aspecto aparece como un disco ligeramente cóncavo, en cuyo centro existe una segunda cavidad de diámetro y profundidad reducidos. El diámetro del disco es de $0^{m},252$; la altura, comprendida la base, de $0^{m},059$, y lo ancho del doblez del canto ó labio del plato, de $0^{m},026$.

El decorado consiste en líneas circulares huecas y del color rojo de la arcilla, tangentes á la más céntrica; unos dibujos dentados; y junto al fondo más cóncavo, una orla pintada como aquéllos de un color que, tal como hoy está, desaparece á la vista según la reflexión de la luz. Sin embargo de esto, y por algún levísimo residuo que en algún punto se advierte, creo que el color que el artista dió á la pintura fué el blanco, el cual ha desaparecido dejando la mancha oscura que produjo sobre el barniz. El tinte de éste es metálico tornasolado.

Como quiera que en algunos vasos de los llamados etrusco-campanianos se advierten dibujos de una entonación más baja que la del barniz, escapándose también á la vista, podría simular que fuesen de esta clase los de mi plato; pero tampoco sería extraño ó imposible que en aquéllos hubiese sucedido lo que yo sospecho respecto de la pintura de éste, y que por haber desaparecido todo vestigio de color claro, se haya tomado como característico lo que sólo es un mero accidente.

Además del plato que acabo de describir, figura en mi Colección otro de igual estilo en la forma, de mayores dimensiones, exento de adornos y sin los reflejos tornasolados en el barniz.

Según M. L. Barré, en su obra *Herculanum et Pompei*, el uso á que estaban destinados los platos de esta clase, entre los griegos, era el de contener las frutas para servirlas á la mesa; y de su mismo nombre grie-

go se llamó danza de las *Cernéporas*, y también de las *Pinákides* [1], á la que efectuaban ciertas bailarinas con uno de aquellos platos en la mano.

Así lo demuestran algunas pinturas murales descubiertas en Pompeya y en Torre de la Anunciata, que vemos reproducidas en la obra citada, particularmente en las láminas 86 y 102, que representan una Nereida y una Bailarina.

V.

Armas.

Si de cuanto queda expuesto hasta aquí no se dedujese la alta importancia arqueológica que encierra el hallazgo de Cabrera,al que la cerámica por sí sola constituye en un hecho rarísimo, sino único, en la Península ibérica, aquella importancia quedaría patente y corroborada por las armas de hierro que se han encontrado al lado de las urnas cinerarias.

Por la diversidad de sus especies, por la variedad de sus formas y por la disposición en que se hallan en la tierra, son tales armas un precioso monumento digno de toda la atención, de todo el estudio de las personas dadas á las investigaciones históricas; pues seguramente encontrarán en él datos auténticos y de inestimable valía para la resolución de problemas que historiadores y arqueólogos no han resuelto aún, al menos de un modo claro y definitivo, acerca de la clase y formas de las espadas y demás armas que usaron las razas que poblaron ésta y otras determinadas comarcas de Europa, antes de que los romanos extendiesen su dominación por todas ellas.

Quéjase, y á mi ver con sobra de fundamento, el ilustrado Director del Museo de Pesth, M. F. von Pulszky, en un excelente artículo sobre los monumentos de la dominación céltica en Hungría, de que los monumentos de hierro hayan escapado á la atencion de los arqueólogos y coleccionadores hasta hace poco tiempo. «Los objetos, dice, roidos por el orín, que han perdido su forma primitiva, fueron generalmente rechazados en las excavaciones; y si esto no sucedió, no fueron admitidos en

1 ΚερνεΦορος significa propiamente «portador, ó que lleva los vasos sagrados.» Pero una de las ideas que expresa la radical KEP es la de fruta de color rojo, y de aquí, quizá, procede aquella otra significación.

Pinakides debe derivarse de πιναξ, αγος, fuente para servir los manjares.

los Museos, resplandecientes, sobre todo, de dorados y pinturas. Así sucede que hoy mismo, en las magníficas Colecciones de Italia, Francia, Inglaterra y otras naciones, se busca en vano el equipo de los legionarios romanos, y aun hace veinte años que no se conocían ni el *parazonium*, ni el *pilum*, ni el carro, ni el escudo, sino por esculturas y pinturas, no por originales. El hierro empezó á ser apreciado cuando la atención de los arqueólogos se extendió á los monumentos de la época prehistórica, y cuando los Museos de Copenhague, de Stockolmo y de Dublín juzgaron dignos de estudio los objetos primitivos de aquel metal. Aquel desprecio ú olvido ha sido un obstáculo para el conocimiento y estudio de la civilización celta primitiva; civilización atestiguada principalmente por utensilios, instrumentos y armas de hierro.»

Si, prescindiendo de la autoridad inherente á todo escritor ilustrado y concienzudo, se hubiese de juzgar del valor de las palabras transcritas por lo que en menor esfera sucede con los objetos de hierro encontrados en la Necrópolis de Cabrera, bien puede tenérselas por innegables y muy aplicables al caso. Digámoslo sin ambajes: salvo muy raras excepciones, los que visitan una Colección de aquella índole quedan como desencantados al no hallar en ella objetos de valor intrínseco ó de mérito artístico sorprendentes á primera vista; el valor arqueológico poco ó nada les importa, ó mejor dicho, no lo comprenden.

Por lo demás, los objetos de hierro pertenecientes á la época prehistórica son desgraciadamente raros en los Museos y Colecciones, no tan sólo por lo que he indicado antes, sino porque aquel metal sufre fácilmente los efectos de la oxidación y lo pone en un estado tan desfigurado, y sobre todo tan quebradizo, que al descubrirlo y tocarlo se rompe y desmenuza. Estos efectos se notan y han debido producirse con mayor motivo en los objetos de hierro hallados en Cabrera.

Situada la Necrópolis, como dije al principio, en un terreno laborable, sujeto á frecuentes riegos y de una permeabilidad extremada, y habiendo sufrido aquellos objetos la acción prolongada é intensa del fuego empleado para la cremación del cadáver, de cuyo atavío formaban parte y cuyos huesos quedaron á veces incrustados en el metal, lo raro es que aún pueda adivinarse la forma de muchos y que algunos la conserven en toda su integridad.

Merecen entre todos preferente lugar y examen más detenido las espadas; arma de la que el sabio abate francés, M. Cochet, tratando de la tumba de Childerico, dijo: «La espada ha sido siempre y en todos los pueblos de la tierra el símbolo del poder y la enseña del mando. El pa-

pel que desempeñó esta arma entre los vivos de los siglos pasados, lo llena aún entre los muertos antiguos, y en la noche de la tumba nos enseña á distinguir el polvo que manda del que obedece. Esta protesta de nuestros padres contra la igualdad de la muerte, es la gran voz que nos revela en los antiguos cementerios la jerarquía social y militar de nuestros antepasados.....»

Puede decirse que la espada ha sido siempre el arma predilecta de los españoles, en cuyo manejo y fabricación han sobresalido desde los tiempos más remotos.

Los romanos y los galos se apresuraron á adoptarla en sustitución de la suya respectiva, tan luego como conocieron su superioridad en manos de los españoles que militaban con Aníbal en las guerras púnicas.

Con efecto; por sus regulares proporciones, por sus dos filos paralelos, por su punta penetrante y por su temple inmejorable, la espada ibérica reunía para el combate grandes ventajas sobre el *parazonium* y la *ligula* de los romanos, el *siphos* y la *machœra* de los griegos y la espada de los galos, tan larga y mal templada, que se doblaba al primer golpe y tenía necesidad el guerrero de enderezarla con el pie, según Polibio.

En épocas posteriores nuestros héroes legendarios y nuestros grandes guerreros inmortalizaron con sus hazañas las espadas que ciñeron, algunas de las cuales han pasado á la historia con sus nombres propios, como sucede con las celebérrimas Colada y Tizona del Cid, conservadas (por lo menos la primera) en nuestra Real Armería, así como las no menos famosas de Bernardo del Carpio, de San Fernando, de Carlos V, del Gran Capitán, de Pizarro y otros, cuyos nombres sería prolijo citar, y cuyas proezas llenan las páginas de nuestra historia patria.

Legítimas y dignas descendientes de aquéllas son, sin duda, las hojas toledanas, que tan universal y merecido renombre conservan en nuestros días.

Hablando Dionisio de Halicarnaso del temple y finura de las espadas españolas, supone que estas cualidades eran debidas á la costumbre que nuestros antepasados tenían de enterrarlas, dejándolas en este estado hasta que el hierro perdía su parte más blanda y quedaba tan sólo la más dura y resistente.

Justino cree que aquel temple especial provenía de la singular virtud que tenían las aguas del río *Bilbilis*, el cual, unido al Jalón, bañaba la ciudad de aquel nombre, hoy Calatayud, patria del poeta Marcial, y célebre, según este mismo, por sus aguas y por sus armas.

Ponderando Tito Livio el buen temple y corte de las espadas ibéricas,

dice que con ellas cortaban brazos enteros, quitaban cabezas y causaban heridas horribles.

Pues bien; todas ó casi todas las que se han hallado en la Necrópolis de Cabrera corresponden indudablemente á dicha clase, pues son rectas, tan aptas para herir de punta como de filo, *punctim et cæsim*, fuertes y bien templadas, de espiga corta, estrecha y aplanada, sin gavilanes ni cruz y de una longitud que varía entre los 63 y los 80 centímetros, que alcanzan la más corta y la más larga de las obtenidas.

El mayor número de ellas se colocó en posición vertical, tocando á las urnas cinerarias, y dentro de sus vainas de hierro. Algunas se hallan dobladas intencionalmente; circunstancia que, notada en las sepulturas de otros puntos, ha sido causa de opiniones diversas entre los arqueólogos.

Así, el ya citado von Pulszky deduce, de lo que M. A. Castan indica al describir la sepultura gala de Apremont, que las armas contrahechas de propósito en la ceremonia de los funerales dan á entender que el guerrero no murió al frente del enemigo.

D. Fernando Fulgosio, en un artículo sobre las «Armas antiguas ofensivas de bronce y de hierro; su estudio y comparación con las que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional,» inserto en la excelente y lujosa obra titulada *Museo español de Antigüedades;* el Sr. Fulgosio, digo, pretende que el motivo de doblarse las armas era, sin duda, el de colocarlas dentro de las urnas cinerarias.

Otros, por último, y entre ellos el mismo escritor húngaro, quieren significar que la causa impulsiva de aquel hecho no era sino la de inutilizar las armas para el combate en lo sucesivo.

Por lo que la Necrópolis de Cabrera me enseña tocante á este punto, no puedo aceptar como concluyente ninguna de aquellas tres versiones. Bastará saber que en una sepultura encontré dos urnas cinerarias grandes, contiguas, y tocando á una de éstas, dos espadas, muy encorvada de propósito la una y perfectamente derecha la otra, para que este solo hecho destruya la primera y aun la tercera de aquellas presunciones; y en cuanto á la segunda, no puede tampoco aplicarse á nuestro caso, porque la boca de las urnas cinerarias es demasiado estrecha para que las espadas puedan pasar en la forma indicada, siendo precisamente sin doblar como podrían introducirse en las mismas urnas, ya que su profundidad lo permite holgadamente.

En vista de esto, yo me inclino á creer que el hecho de doblar las armas de hierro al depositarlas en las sepulturas era hijo del capricho, ó de

una costumbre más ó menos generalizada y constante, sin que en todo caso pueda dársele una interpretación determinada y auténtica.

Viene á robustecer esta creencia la afirmación de un escritor francés, de que la costumbre de doblar las armas se practicaba en mayor escala en unos puntos que en otros, habiéndose observado que estaba más generalizada en la Champaña que en la Alsacia.

Hablando Polibio, historiador de los combates entre galos y romanos, de la espada que usaban los primeros, dice «que era larga, de hierro dulce, punta roma, no hiriendo más que por el corte, y viéndose el combatiente en la precisión de enderezarla con el pie.» Opone á esta espada la corta y puntiaguda adoptada por los romanos, la espada ibérica, que al fin cambiaron también aquéllos por la suya en el decurso de las guerras púnicas, después de la batalla de Cannas, en la cual, según el mismo historiador, eran diferentes las espadas de los galos y las de los españoles.

Esta afirmación de Polibio, aceptada por la generalidad de los historiadores antiguos, ha debido modificarse por los descubrimientos modernos, pues no siendo de una sola forma todas las espadas encontradas en las sepulturas, puede creerse fundadamente que las tribus célticas que invadieron la Italia en diferentes épocas, ya como conquistadores, ya como mercenarios, poseían y usaban armas de tipos diversos. Así se explica que Diodoro de Sicilia, en sus detalles sobre los usos militares de los galos, afirme que llevaban en lugar de espadas una cuchilla que no era, dice, más corta que el *Saunion*.

En las sepulturas de Cabrera se halla comprobado que no eran de un solo tipo las armas usadas en la antigüedad por un mismo pueblo. Si bien el tipo general de las espadas es el genuinamente ibérico ó español que nos describen los historiadores desde Polibio, se han encontrado algunas, sin embargo, cuya forma se separa bastante de aquél.

Tocando á una de las urnas cinerarias de mayores dimensiones y mejor configuración, se hallaron dos espadas cruzadas en aspa, y, atravesadas en los puños y puntas de ellas, otras armas blancas de menores dimensiones, y fragmentos de hierro, cobre y bronce, todo muy oxidado y cubierto de una espesa capa de tierra fuertemente adherida al metal.

Las dos espadas están completas y nada han perdido de su figura; siendo la una de hoja estrecha, recta, de doble filo, de punta muy aguda formada por la estrechez acentuada y progresiva de la hoja desde su mitad, y con un ancho nervio de resalte á todo lo largo del centro. Las dimensiones de esta arma son de 62 centímetros á lo largo, de los que 43

corresponden á la hoja y 19 al puño, y de 4 centímetros el mayor ancho de aquélla.

La otra espada tiene una forma muy diferente de la anterior, correspondiendo á la que los arqueólogos llaman *falcata*, por su mayor ó menor parecido con la *Falx supina*, especie de cuchillo encorvado que usaban los gladiadores thracios, sirviéndose de él para herir con el lomo hacia abajo y el filo hacia arriba, dirigiendo el golpe al bajo vientre, según es de ver en la explicación y correspondiente grabado que acerca de aquel nombre y cuchillo da A. Rich en su Diccionario citado de antigüedades romanas y griegas.

Yo, en verdad, he vacilado en referir la espada de Cabrera á la especie indicada, pues no encuentro una marcada analogía entre una y otra, fuera de una ligera depresión en la hoja por el lado del corte y junto al puño; pero al ver que el Sr. Fulgosio, en su artículo citado, califica de *falcatas* á las espadas que, idénticas á la mía, existen en el Museo Arquelógico Nacional, me ha parecido deber hacer otro tanto con ésta. Dice así aquel escritor: «Además de la espada conocida por sus excelentes cualidades, como por haberla adoptado los romanos, usaban también los españoles la espada *falcata*, de la cual hay varios ejemplos en el Museo Arqueológico, uno, sobre todo, en muy buen estado.....

»La espada *falcata* es de hierro. Viene á tener la hoja forma de hoz, á la que debe el nombre. Desde el puño, del cual no queda sino la espiga de forma de gancho, revestida en otro tiempo de madera ó hueso, que se sujetaba con clavos de remache, cuyos agujeros se ven (en la de Cabrera existen los clavos), sale la hoja curvilínea, que se va ensanchando hasta concluir en punta sobremanera aguda. Siguiendo la curva, corren en la misma direccióu labores que vienen á formar nervios de resalte. El corte no está en lo que podríamos llamar lado de afuera, donde no le tiene, sino por dentro, lo que aumenta más su semejanza con la hoz.»

He copiado literalmente estas palabras, porque ellas describen con toda exactitud la espada de mi colección; resultando, por lo tanto, la identidad de tipo entre la misma y la que se conserva en el Museo Arqueológico. Tiene ésta además, respecto de aquéllas, tres abrazaderas lisas con anillas, que debieron corresponder á la vaina; pero esto procede, indudablemente, de que la de Cabrera se enterró desnuda, como la que forma cruz con ella, y así no es extraño que le falten aquellos adherentes.

La fig. 3 de nuestra lám. 5.ª representa las dos espadas cruzadas en aspa, sin las pequeñas armas que llevan atravesadas entre ambos extremos, á fin de que se destaquen mejor sus formas. Las dimensiones de la

en que me he ocupado últimamente son: de largo 54 centímetros, de los cuales corresponden 44 á la hoja y 10 al puño, y de 6 centímetros la mayor anchura de aquélla.

La espada *falcata* que describe el Sr. Fulgosio se encontró en Almedinilla, cerca de Córdoba, con otras de forma recta, puñales y puntas de lanza; y como se refieren á una época ante-romana, resulta probado que las distintas tribus que habitaban aquélla y esta parte de la Península, usaban armas del mismo tipo y aun quizá salidas de la misma fábrica.

Como ya dije, las espadas halladas en Cabrera sê enterraron casi todas metidas en sus vainas, y de tal manera se adhirieron éstas á las hojas por efecto de la oxidación, que parecen una sola masa, no distinguiéndose aquéllas en muchos ejemplares sino por la anilla ó especie de hembrilla, fija y rectangular, que en la parte superior y céntrica de una de las caras llevan todas, y debía servir para pasar una estrecha correa, gancho ó anillo con que suspender el arma (fig. 1, lám. 7.ª)

Las vainas son de igual forma que las espadas, concluyendo sin contera y á manera de hoja de olivo. Los bordes paralelos aparecen rebatidos unos sobre otros, lo cual no ha sido obstáculo para que á veces, bien sea por la acción del fuego ó por la del larguísimo tiempo que han permanecido en la tierra, se hayan abierto, dejando ver los filos de la hoja.

Conviene dejar consignado, no obstante lo expuesto, que se han encontrado en la misma Necrópolis algunas conteras de vainas de forma semicircular y con los bordes muy rebatidos, lo cual parece constituir una especie diferente de vainas, por más que no implique otro tanto respecto de la espada.

Un arqueólogo francés, fundándose en los hallazgos verificados en la antigua Galia, pretende que la fabricación de las vainas de hierro se practicaba exclusivamente en aquel país, siendo notable y absolutamente original la tal fabricación, no tan sólo por la materia, sino también por razón de un tipo casi uniforme adoptado para las conteras y para las anillas, y, en fin, por la clase de trabajo. «No podría afirmarse, dice, que en otros países no se usaran espadas con vainas de hierro; pero en tal caso, ¿no presentarían diferencias notables con aquéllas?»

Este escritor, dominado por ese prurito que aqueja á sus compatriotas de atribuirlo casi todo á la influencia civilizadora de su país, ignoraba, sin duda, que en otros varios se han descubierto espadas con vainas de hierro y con diferencias en su fabricación, que arguyen diversidad de origen. En Italia se han repetido semejantes hallazgos, sin que las armas puedan considerarse de importación gala, ni haya razón para dejar de

creer que se fabricaron en la misma Italia. Así, en una sepultura antigua descubierta en Ceretolo se encontró una de aquellas espadas, de 73 centímetros de longitud, metida en una vaina de hierro; y en Marzabotto, en el centro del Apenino, entre Bolonia y Pistoja, se hallaron igualmente algunas más cortas que aquélla, con vaina del mismo metal, sin contera, con la abertura ondulada, dos botones salientes en la cara anterior, y en la posterior una anilla rectangular como las que llevan las de Cabrera.

Se ve, pues, que estas espadas son de tipo semejante al de las nuestras; y aun cuando las encontradas en la Galia, principalmente en el departamento del Marne, lo sean también, no se ha de seguir de ello que su fabricación corresponda exclusivamente á uno de los países en que se hallaron. En todo caso, ninguno podría alegar mejores títulos que el nuestro, ya que aquel tipo es el propiamente ibérico, y no fué adoptado por los galos sino en tiempos más avanzados y en cambio de otro muy diferente.

Continuando la narración de lo contenido en la Necrópolis, diré que entre entre otras armas y objetos agrupados con las dos espadas cruzadas, se halló uno de bronce, consistente en una media caña, que se prolonga unos 20 centímetros en forma de espiga aplanada, y concluye en una lengüeta de 5 centímetros de larga, afilada y puntiaguda como una lanceta. Esta última parte se halla clavada sobre el lomo de la media caña, para lo cual tuvo forzosamente que doblarse la espiga y fué causa de que ésta se rompiese. En este caso resulta demostrado, á mi ver, la intención de inutilizar para lo sucesivo esta especie de saeta ó arma arrojadiza, ó lo que fuese.

Encontróse también en la misma sepultura una pequeña cazoleta de cobre á manera de embudo (fig. 4, lám. 8.ª), de cuello muy corto, y de uso tan incierto para mí, que solamente presumo que formaría parte de la armadura del guerrero sepultado en aquel lugar.

Al lado de las espadas aparece también en la Necrópolis de Cabrera el puñal de cuchilla corta y estrecha, con espiga para mango de madera ó hueso, correspondiente al lado del lomo de la hoja.

Parecidos á este puñal son los que se encontraron en los establecimientos lacustrales del Bourget, en Saboya, pertenecientes á la edad de bronce, según es de ver en la obra de M. André Perrin, *Etude prehistorique sur la Saboie.*

La fig. 5 de la lám. 8.ª representa dos puñales, que habiéndose enterrado unidos, con las hojas sobrepuestas en sentido contrario y adheri-

das fuertemente la una con la otra por la oxidación, parecen una sola arma á manera de tijeras grandes ó de punta de lanza, que en vez del cubo central tuviese dos espigas laterales, que son precisamente las de las dos cuchillas. No es el ejemplar representado el único que ha aparecido en las sepulturas de aquel modo, lo cual indica que no era un mero capricho ó casualidad el colocar así aquellas armas, sino efecto de alguna idea preconcebida que no es fácil adivinar.

La fig. 2 de la misma lám. 8.ª representa, reducida á un tercio de su tamaño, un arma ó cuchilla, cuya forma se separa mucho de las demás obtenidas en Cabrera y de cuantas he podido tener conocimiento que se hayan encontrado en otros puntos. Consiste en una hoja tan ancha del arranque del puño como de la punta, de un solo corte y algo encorvada, á manera de hoz.

El mango, que es de hierro y redondo, tiene en el centro una hendidura circular, que parece haber servido de encaje á otra pieza de bronce ó de cobre, según el residuo verdoso que ha quedado en aquélla.

Las puntas de lanza y demás *cuspis* (figuras 2 y 4, lám. 7.ª), que se encuentran en Cabrera, no ofrecen diferencias notables con las que se descubren generalmente en otras sepulturas antiguas, si bien en el conjunto de aquéllas se advierten variedades que nacen principalmente de las dimensiones que alcanzan. La mayor de todas es la que representa la fig. 4 de la lám. 5.ª, la cual aparece doblada intencionalmente, y cuya longitud, comprendido el cubo, es de 41 centímetros.

Se encuentra también en la misma Necrópolis una especie de venablo ó lanza arrojadiza que los romanos llamaban *soliferreum,* y consiste en una barra de hierro redonda, más gruesa en un extremo que en el centro y puntiaguda en el otro, siendo su longitud la de una espada aproximadamente. Los romanos y los galos, y es de suponer que cuantos la usaban, blandían el arma por medio de una correa, *amentum*, que llevaban fija hacia el centro de ella, y con aquel vigoroso impulso la lanzaban contra el enemigo. La fig. 5 de la lám. 7.ª representa una de estas armas, hallada al costado de la espada copiada en la misma lámina con el número 1, y fuertemente adheridas por el orín las dos. Aun cuando al descubrirlas y separarlas de la tierra se puso el mayor cuidado, no pudo evitarse que se rompieran. La longitud de una y otra arma es de 80 centímetros.

Otro *soliferreum* se encontró arrollado en varias vueltas como si fuera de delgado alambre, operación que difícilmente pudo hacerse á no ser calentando el hierro hasta el rojo.

Los guerreros que manejaban armas ofensivas tan variadas, fuertes y temibles como las expresadas, habían de usar forzosamente, y á la vez, las defensivas que en su tiempo se conociesen, y, entre ellas, la que aparece adoptada por todos los pueblos de la antigüedad, es el escudo.

Antes de ocuparme concretamente en lo que acerca de él nos revela la Necrópolis de Cabrera, no estará de más exponer algunos datos históricos referentes á dicha arma.

El uso del escudo, cualesquiera que sean la materia y la forma que se le supongan, ha de ser casi tan antiguo como el hombre, ya que éste se vería desde el principio en la necesidad de defenderse, no tan sólo de los golpes de un adversario tan astuto y reflexivo como él, sino también de las acometidas de las fieras, sus naturales enemigas, y á las que debía perseguir á su vez para proveer á las necesidades de su alimento y vestido y á la seguridad de su albergue. De aquí que el origen de aquella arma se pierda en la noche de los tiempos, apareciendo con las primeras representaciones del guerrero más ó menos civilizado ó salvaje.

Los israelitas conducidos por Josué á la conquista de la tierra de promisión usaban escudos como arma defensiva, según lo demuestran claramente las palabras de los versículos 18 y 19, cap. VIII del libro de aquel predestinado y gran caudillo: «*Dixit Dominus ad Josue: Seva* CLYPEUM.....» «*Cumque elevasset* CLYPEUM.....» «*Alza el broquel*, ó el escudo,» etc.

En algunos de los monumentos egipcios primitivos, en los bajo-relieves y pinturas de los maravillosos sepulcros faraónicos que reprcsentan victorias ó depósitos de pertrechos, se ven guerreros provistos del escudo, y esta misma arma entre aquellos útilcs.

Homero, conocedor indudablemente de la civilización egipcia, debió inspirarse en ella para aquella admirable creación del escudo de Aquiles, tan poética y minuciosamente descrito en el lib. 18 de la *Iliada;* pues no era posible que en aquellos tiempos ningún otro pueblo, incluso el griego, fuese capaz de producir una obra tan primorosa como aquélla. El cielo con los astros, la tierra en toda su variedad, los hombres en sus combates, en sus juegos y en sus fiestas campestres, se fingen representados en ella por medio del oro, de la plata, del cobre y del estaño, combinados según la acertada inspiración del gran artífice.

Aun cuando pieza de tan consumada habilidad fuese tan sólo engendro del estro poético más colosal que han producido los siglos, basta saber que pudiera concebirse para comprender que en aquellas edades tan apartadas, las artes habían alcanzado un grado de perfección casi insu-

perable, y que el escudo era parte principalísima de la armadura de un guerrero.

Los escudos no han sido siempre, ni en todos los pueblos, de una misma forma ni de una misma materia; y aunque de la descripción del que llevaba el héroe griego se colige, que cuando la guerra de Troya se usaban los de metal, es lo cierto que en lo general eran de mimbres perfectamente tejidos, reemplazándose después por una simple tabla, y más tarde por cueros de buey guarnecidos de láminas metálicas.

Los espartanos, pueblo tan aguerrido, tenían el escudo en estima tan capital, que eran considerados como infames y cobardes los que lo perdían en el campo de batalla; por lo que al partir para la guerra, los padres dirigían á sus hijos aquellas célebres palabras: *«Vuelve con este escudo ó sobre él,» aut hunc aut in hoc.* Epaminondas, herido mortalmente en la batalla de Leuctres, lo primero que preguntó cuando le llevaron á su tienda fué si se había salvado su escudo.

Los romanos usaron desde su principio este arma. Fué primeramente el llamado *clypeus*, de forma redonda, propio de los argivos, macedonios y otros pueblos; y después, cuando se unieron con los sabinos, lo cambiaron por el escudo de éstos, que era de figura de teja, quedando adoptado desde entonces como el propio de las legiones romanas.

Además del *clypeus* y el *scutum* se conocían también, por alguna diferencia en la forma, la *parma*, que era de hierro, redonda y pequeña; la *cetra*, de igual forma, pero de madera ó mimbres, forrada de cuero; la *peltra,* más pequeña y ligera que la anterior, de forma de media luna, con dos escotaduras semicirculares, á la manera como solían llevarla particularmente las amazonas y razas asiáticas. Los poetas llamaron *egida* al escudo que usaban los dioses de la mitología, siendo los más notables el de Júpiter, forrado con la piel de la cabra Amaltea, y el de Minerva, singularmente conocido con aquel nombre después de la muerte del monstruo Egis ó Egida, llevando en el centro la cabeza de la gorgona Medusa rodeada de serpientes. Y aquí tenemos un ejemplo palmario de que la usanza de las *empresas* ó divisas en los escudos es antiquísima; antigüedad corroborada por Esquilo en *Los siete delante de Tebas*, y por Eurípides en *Las Fenicias*, en cuyas obras hablan de las empresas y motes que llevaban en sus escudos los epigones. Aquel uso desapareció por largos siglos, hasta que en la Edad Media se resucitó de nuevo. (César Cantú, o. c., tomo I, pág. 313.)

Los aborígenes españoles, raza guerrera como la que más, usaron, naturalmente, escudos para su defensa; y si hemos de creer á Estrabón,

consistían en una especie de *pelta* escotada en forma de arco, forrada de cuero y atada después con unas correas á fin de poder asegurarla en el brazo. Su solidez, dice este historiador, era tal, que resistían los golpes más fuertes y aun los evitaban, manejados por aquellos brazos ágiles y robustos.

Jhon Evans, en su obra *Age de Bronce* (París, 1882), tomando pie de las palabras de César [1] «*cetratæ Hispaniæ cohortes*,» afirma que los españoles y mauritanos usaban la *cetra* de cuero por escudo. Pero aquel escritor, truncando la frase latina, prescinde de la distinción que el mismo César establece entre los españoles de la Citerior y los de la Ulterior. «*Scutata citerioris provinciæ..... cetratæ ulterioris Hispaniæ cohortes*,» son las palabras de César, por las que se ve que no era igual entre todos los españoles el arma defensiva de que tratamos.

Como quiera que sea, el escudo que usaban los guerreros de esta región de la Tarraconense en la época á que se contrae la Necrópolis de Cabrera, era de mayor tamaño y más pesado que la *pelta* y que la *cetra*. Así lo demuestran los anchos *umbos*, embrazaduras ó manijas de hierro que, pertenecientes á otros tantos escudos, han aparecido en aquellas fosas.

La fig. 3 de la lám. 7.ª reproduce uno de dichos *umbos*, sacado sin el más insignificante quebranto de la misma sepultura en que estaban la espada y el *soliferreum*, representados en la lámina expresada; la pátera y la gran copa ó *cantharus* con las inscripciones, y el *rhyton* en forma de pie, es decir, el grupo más notable de vasos y objetos descubiertos en aquel lugar. ¡Qué bien nos revelan todos ellos la alta jerarquía de las personas enterradas en tan estrechísimo recinto; ó, como diría M. l'abbé Cochet, que aquellas cenizas son de las que mandan y no de las que obedecen!....

Difícilmente en alguna otra sepultura antigua se habrá encontrado un *umbo* de hechura tan elegante y aun artística como la del que representa nuestro dibujo.

En vez de ser los extremos aplanados, de forma cuadrangular, como los de los demás que se han descubierto en el mismo Cabrera, y quizá en el extranjero por lo que he podido conocer, los tiene aquél semicirculares, con unas pequeñas *cuspis* ó puntas de flechas en ambos extremos; é inmediatos al arco dos sendos clavos de cabeza convexa, con un dilatado remache por el lado opuesto, que seguramente servirían para afianzar la pieza al escudo.

(1) De Bello civ., 1, 39, 48.

En cuanto á la materia de éste, lo único que puede tenerse por cierto es que no era de metal, toda vez que sólo aparecen la embrazadura y unas delgadas mediacañas de hierro también, que por vía de refuerzo y adorno llevaría el arma, debiendo la parte principal consumirse en la pira fúnebre, pues, como tengo indicado, todo lo que se encuentra que pudo llevar sobre sí el cadáver en el acto de la incineración, ofrece señales evidentes de la acción del fuego.

Algunas de las referidas mediacañas concluyen en punta, á manera de corte de pluma para escribir; y en una de ellas, encontrada junto al *umbo* descrito más arriba, se observa adherido, y como petrificado, un pequeño fragmento de tela fina y tupida, que debía pertenecer á las ropas del difunto más bien que á los componentes del escudo, justificando el dicho de un antiguo historiador de que los iberos vestían túnicas de finísimo lienzo de lino.

Con respecto á la forma del escudo, tenemos un dato muy importante para creer que sería elíptica y de gran tamaño, en una estatua, no completa, de un guerrero galo encontrada en Saint Etienne au Temple y conservada en el Museo de Aviñón. Lleva dicha escultura un gran escudo que la cubre desde los pies hasta más arriba de la cintura, de aquella forma indicada, guarnecido de mediacañas y con un *umbo* de extremos cuadrangulares, como he dicho que son los de la generalidad de los encontrados en Cabrera. Otro *umbo* idéntico á éstos se halló en una sepultura gala descubierta en Flavigny, cantón de Avize, en el Marne; y de igual forma son también los encontrados en el establecimiento sobre pilotes de la Tene, Suiza, con otros objetos de hierro análogos á los de mi Colección, según luego veremos.

Ahora bien; si tanto en Francia como en Suiza, y ahora del lado acá de los Pirineos, resultan semejantes los accesorios del escudo y se ven en una exacta representación de éste, lo natural y lo lógico es creer que la forma y la materia principal de aquella arma eran también idénticas, y, por consiguiente, que los guerreros, cuyas cenizas y pertrechos hemos hallado en Cabrera, no usaban la *pelta* ni la *cetra*, sino un escudo de figura elíptica como el que usaban los galos.

Por lo demás, en ningún Museo ni Colección se tienen ejemplares originales de semejantes escudos, porque siendo éstos de madera, piel ú otra materia de fácil consunción, claro es que con el transcurso del tiempo, aunque otras causas locales ó accidentales no concurriesen, habían de desaparecer completamente. Hasta las abrazaderas de hierro pasaron desapercibidas en un principio, bien por el desprecio con que se miraba este

metal, ó bien porque no se acertaba con la significación ó el uso que pudiera tener aquel objeto, no obstante encontrarlo casi siempre junto á la espada y al tahalí de hierro. Por fin, en la tierra húmeda de una sepultura se percibió la impresión ó estampa de un escudo de madera podrida completamente, y con el medio brazalete en el centro, por donde se vino á conocer que aquello era su empuñadura.

Para concluir con esta materia, en lo que atañe á la Necrópolis de Cabrera, debo manifestar que en mitad de una de las buenas espadas con su vaina encontradas allí, se halla adherido un *umbo* hecho pedazos expofeso, y envuelta con éstos una pieza de hierro á manera de piña alargada y cónica, con una espiga como para fijar la pieza en otra. La longitud total de aquélla es de 15 centímetros, de los que 8 corresponden á la espiga. No acierto cuál podría ser su destino; pero no considero aventurado suponer que formaría parte del mismo escudo, como accesorio de mero adorno ú ofensivo á guisa de espolón.

VI.

Objetos de adorno y para otros usos.

Dentro de las urnas cinerarias, revueltos con los huesos calcinados, aparecen en la Necrópolis de Cabrera varios objetos de materia y forma diferentes, que si bien carecen de todo valor intrínseco, lo tienen muy alto para el historiador y para el arqueólogo.

Entre aquéllos, revisten el mayor interés y realzan la importancia del hallazgo las *fíbulas*, ó sean los alfileres, broches, gafetes, hebillas, ya de hierro ó ya de bronce, tanto por los diferentes tipos que presentan, cuanto por las variedades que dentro de cada uno de éstos ofrecen.

Las de hierro, por la mayor susceptibilidad de este metal á los efectos del fuego y del orín, se hallan muy deterioradas, algunas casi fundidas y con fragmentos de hueso como incrustados.

Las de bronce han resistido mejor aquellos efectos, y por ello cuento con algunos ejemplares bien conservados.

El tipo predominante y más caracterizado en unas y otras lo forma un hilo ó alambre más ó menos recio, según las dimensiones de la *fíbula*, arrollado en una espiral, de cuyo centro sale uno de los cabos que se eleva formando un arco, volviendo sobre sí al terminar éste para concluir

en una moldura ó adorno. El otro cabo del alambre que parte del lado del primero, ó bien más hacia uno de los extremos de la espiral, forma el alfiler, cuyo encaje se verifica á la conclusión del arco, en un pequeño aplazamiento que allí forma el mismo alambre.

La fig. 7 de la lám. 9.ª reproduce una *fíbula* de hierro contrahecha y hasta incompleta por las causas que indiqué antes. Todas las de aquel metal son iguales en su modelado, sin más diferencia que la que procede de su tamaño respectivo. El cabo del alambre que forma el arco concluye siempre sobre este mismo en dos chapas ó discos, mayor el primero que el segundo, los cuales debían estar guarnecidos de piel, madera ú otra materia cualquiera que ha desaparecido, quedando tan sólo unos clavitos largos y finos como alfileres, de cobre ó bronce, que indudablemente afianzaban la indicada guarnición.

Las *fíbulas* de bronce ofrecen más variedad en su hechura. El mayor número de ejemplares de mi Colección presenta la misma forma que las de hierro en cuanto á la espiral y al arco, diferenciándose de ellas en que el cabo que forma éste no termina con los discos referidos, sino con molduras de variada configuración.

Sucede á veces que el alambre que forma el arco y el alfiler va arrollado á otra pieza independiente, ya cilíndrica y terminada en sus extremos por una ó dos bolitas del mismo metal, ya en forma de aro, en cuyo último caso el arco es cóncavo-convexo. Otras, finalmente, el dije se compone de tres piezas: de una lámina aplanada que en un extremo se arrolla para formar un cilindro hueco, y elevándose en arco vuelve á alzarse, terminado éste, perpendicularmente, concluyendo en un adorno á manera de cabeza de clavo romano, con una hendidura circular en el centro, que debía contener algún accesorio de materia distinta que ya no existe; de otra especie de clavo con cabeza que pasa por el hueco cilíndrico expresado, y que probablemente iría atornillado en el mismo hueco, y, por último, del alfiler que en un principio va arrollado á la segunda pieza referida. Las figuras 6 de la lám. 8.ª (al original le falta, como se ve, la prolongación del extremo del arco); 8 de la 9.ª, y 7, 8, 9, 10 y 11 de la 10.ª representan ejemplares de las variedades descritas, variedades que tienen el arco como rasgo común y característico.

El tipo fundamental de esta especie de *fíbulas* es el alfiler céltico, del cual son aquéllas, como otras que se han encontrado en diferentes países; variedades provinciales influídas en su formación por el contacto que las distintas tribus tuvieron con otros pueblos más adelantados, ya fuesen etruscos, griegos ó romanos. Según Von Poulsky, el alfiler céltico, que

algunos consideran como una derivación del etrusco, atendida toda la pureza original de su carácter, consiste sencillamente en un apretado hilo de metal, que forma adelante un adorno arrollado en espiral, y se encorva en su parte posterior del lado del arco, el cual forma su lado superior. De este tipo primitivo han salido tantas variedades bastardas como se conocen, las cuales, sin embargo, conservan entre sí el sello de cierta afinidad de razas que las distingue del corchete ó broche romano y etrusco, y de la *fíbula* de la edad de bronce de los países septentrionales y de la Hungría.

El carácter céltico de las *fíbulas* de hierro pasó desapercibido, y no se determinó claramente hasta que fueron bien conocidos y estudiados los objetos de aquel metal encontrados en el establecimiento sobre pilotes de la *Tene*, en el lago de Neufchatel, del cual hice mención al ocuparme en los escudos.

Parece, según el mismo escritor húngaro citado, que ni el coronel Schwab, afortunado descubridor de aquellos restos lacustrales, ni M. Keller, que los publicó, comprendieron la suma importancia del hallazgo ni la nacionalidad de los objetos contenidos en él; hasta que conocido el descubrimiento por los arqueólogos daneses, suecos, franceses é ingleses, reconocieron todos ellos la transcendencia de aquel hecho y el origen celta de los objetos de hierro hallados allí. Desde entonces puede decirse que, avivado el espíritu de investigación científica sobre los restos de palustres y *terramares* de Suiza é Italia, todos los Museos abrieron sus puertas al hierro enmohecido.

Gracias al excelente tratado que acerca de la nacionalidad de los objetos de la *Tene* escribió M. Hildebrand, arqueólogo y conservador del Museo de Stockolmo, pudo comprobarse la identidad de tipo entre las *fíbulas* de hierro de aquel punto y las de bronce encontradas en el valle del Po, principalmente en Marzabotto, Villanova y la Cartuja de Bolonia, en Hallstad (Austria), y, aunque no tanto, en Inglaterra, Francia y Hungría. De lo cual, así como de otros objetos de hierro ó de bronce, ó de ambos metales á la vez, que se encuentran en las tumbas, deduce Von Poulsky que desde los Pirineos al Balkán, el pueblo que después de haber vivido largo tiempo en la edad de bronce entró en la de hierro, tan luego como se verificó la colonización de los valles del Po y del Danubio, fué el celta; época en la cual se encontró en contacto con la civilización etrusca, romana y griega. Este contacto debió verificarse entre los siglos VI y IV antes de Jesucristo.

Sentadas estas consideraciones, extractadas de un importante trabajo

del arqueólogo húngaro tantas veces citado sobre los monumentos célticos de la Hungría, inserto en el tomo XXXVIII de la *Revue archéologique*, se comprenderá con cuánta razón dije al principio que las *fíbulas* encontradas en Cabrera eran uno de los objetos más importantes y dignos de estudio, pues cuantas consideraciones han sugerido á los arqueólogos las halladas en otros países, coinciden con una exactitud sorprendente en aquéllas.

Con efecto; conocidas unas y otras, no es posible negar á las nuestras el sello de identidad de raza que les es común con las extranjeras, sin que sean bastantes á borrarlo las ligeras y accidentales diferencias que puedan observarse entre las mismas. Y como aquella identidad se revela igualmente entre las de hierro y las de bronce de la misma Necrópolis, y media además la circunstancia de encontrar asociados en algunos ejemplares los dos metales, se hace más sensible la transición que en estas tribus del lado acá de los Pirineos se iba efectuando de la edad de bronce á la edad de hierro. Del mismo modo, aquellos accidentes de forma y cuantos objetos yacían en las sepulturas exploradas por mí, expresan el contacto en que estaban estos mismos pueblos con los otros tres que á la sazón, y desde siglos antes, habían ya desplegado todos los elementos de su civilización. Y véase, por último y una vez más, cómo el hallazgo de Cabrera ha venido á franquear la línea divisoria ó punto de partida que los arqueólogos marcan casi siempre que se ocupan de antigüedades ante-romanas; como si de este lado de la cordillera Pirenáica y antes de la conquista romana no hubiese existido pueblo ni civilización de clase alguna.

Me he limitado hasta ahora, ocupándome en las *fíbulas*, á dar á conocer aquéllas cuya identidad de tipo con las que en los Museos extranjeros existen y se tienen como de origen celta me parece indisputable, prescindiendo de aquellas otras cuyo carácter es muy diferente, y acerca de las cuales conviene también decir algo.

Anthony Rich, en su *Diccionario de antigüedades* citado, en la palabra *fíbula* se ocupa exclusivamente en este otro tipo, presentando diferentes modelos de él; al paso que no ofrece ninguno ni hace apenas referencia del alfiler céltico, ó porque no lo conocía, como sucedió al descubridor y al propagador del hallazgo de la *Tene*, ó porque, como indica el título de la obra, ésta se refiere únicamente á lo que es de estilo romano ó griego.

Sea como quiera, en las sepulturas de Cabrera hemos encontrado varios ejemplares de *fíbulas* casi idénticos, no tan sólo en el carácter, sino

en la forma también, á los modelos presentados por Rich, con algunas otras variedades que él no presenta.

Consisten generalmente en unas chapas de bronce ó de cobre, de base rectangular, ó bien ovalada, y con el lado opuesto afectando diferentes formas, ya con un solo gancho, ya en figura de tridente. Este tipo de *fíbulas* explica, según aquel autor, las expresiones *fíbula adunco morsu*, de Calpurnio, *Ecl.* VII, 81, y *fíbula mordaci dente,* de Sidonio, *Carus.* II, 397.

Las de la última forma, ó de tridente, fig. 6, lám. 10.ª, tienen en el centro dos grandes ojos ovalados, que seguramente, y como sucede con algunas hebillas ó broches modernos, servirían de encaje á dos piezas colocadas en el lado opuesto de la prenda que debía abrocharse, con lo cual, y los tres ganchos expresados, ofrecería la tal *fíbula* una gran resistencia.

La superficie exterior de estas láminas, en aquellos ejemplares en que la oxidación no es tan fuerte, aparece decorada con festones de óvalos, y á veces con algunos círculos. Merece especial mención, entre todas, la que representa la fig. 5 de la misma lám. 10.ª, la cual es de bronce con molduras repujadas y dos órdenes de óvalos, formando aquéllas por el lado opuesto á la base dos grandes eses en sentido horizontal. Conserva este dije los tres clavos del mismo metal que debían afianzarlo á la pieza principal, probablemente un cinturón de cuero, y además un pequeño gancho remachado que me parece insuficiente y desproporcionado al tamaño y mérito de la chapa; por lo que sospecho que no está completa la *fíbula* y que le falta algún adherente que la haría más parecida de lo que ya lo es á un ejemplar de plata encontrado en Herculano, reproducido en la citada obra de Rich. Lleva éste en el centro de la parte rectangular un medallón redondo con dos figuras humanas, y en las cuatro esquinas una bola; como resultaría la *fíbula* de Cabrera si á los lados inferior y superior se le agregasen dos piezas como las que representa la fig. 2 de nuestra lám. 9.ª, cuyo original se encontró dentro de la misma urna que contenía á la chapa, y cuyo destino propio no alcanzo, fuera del que acabo de indicar. Esta misma *fíbula* podría haber llevado igualmente un adorno sobrepuesto en el centro, asegurado en el pequeño agujero que aparece hacia la parte superior. De todos modos, el tipo de las *fíbulas* de Cabrera en que me he ocupado, así como el de la que representa la fig. 4 de la misma lám. 10.ª, y el de algún otro ejemplar por el estilo, es semejante al de los dos modelos que presentó Rich: el uno el de Herculano, y el otro encontrado en Pestum, ciudad de la Lucania, colonizada por los griegos sybaritas.

La fig. 5 de la lám. 9.ª reproduce una hebilla de hierro, única en su clase que se ha encontrado en la Necrópolis, y que nada ofrece de particular, siendo semejante á las modernas. Tiene adherido un fragmento de hueso, que en el dibujo representa el punto *a*.

Aparecen también dentro de las urnas cinerarias algunos aros ó anillas de bronce y de hierro, cuyo uso no es fácil determinar en la casi totalidad de los casos. La fig. 3 de la lám. 8.ª reproduce uno de los primeros, único respecto del cual puede asegurarse que es un brazalete de aro abierto, cuyos extremos se cruzan. Otro aro de igual materia y forma tengo en la Colección; pero es tan reducido, que dudo sirviera de brazalete, sucediendo lo mismo con algunos de hierro.

Las anillas de bronce, cuyas formas y dimensiones representan las figuras 1 y 3 de la lám. 9.ª, son, como se ve, el aro recio y aplanado, con una circunferencia interior, por la que apenas pasa el dedo meñique, lo cual, unido á la especie de arista que el aro presenta por los dos cantos, demuestra la imposibilidad de que se usasen como sortijas.

Semejantes á estos aros se han encontrado en gran número en las estaciones sobre palustres de Comesa y de Auvernier, en el lago de Neuchatell; y cn la de igual clase de Montilicr, en el lago de Morat, el coronel Schwab encontró muchos fragmentos de moldes de tierra cocida y de piedra que servían para fabricar dichos anillos.

MM. Desor y de Widrange *(Des anneaux et des rouells, antiques monnais des Gaulois)* creen, según afirma M. de Bonstetten *(Revue archéologique*, tomo XXII), que estos anillos constituían la moneda corriente de los pueblos primitivos; opinión no exenta de toda probabilidad, ya que semejante moneda estaba indudablemente en uso entre los bretones, y á ella se refiere César con las palabras *Annulis ferris ad certum pondus examinatus*. Pero, no obstante, Bonstetten opina que esta cuestión de los anillos como monedas es aún muy discutible; que sólo puede presentarse con el carácter de problemática hasta que muchos descubrimientos vengan á resolverla, y, finalmente, que aun cuando los anillos sirviesen de monedas en las poblaciones lacustrales, no por eso dejarían de ser al mismo tiempo objetos de adorno, como los collares de zequines que las mujeres orientales usan en el día, y como las botonaduras, podremos añadir, que en ciertas provincias de España, sobre todo en las del Mediodía, usan los hombres del pueblo en sus prendas de vestir.

Los mismos arqueólogos que reputan como monedas los aros referidos, opinan también que aquellos otros de bronce ó de hierro que no tie-

nen una marcada forma de brazalete, servían de portamonedas, enganchando en ellos los anillos, á guisa de nuestros llaveros. Tal podría entonces suponerse respecto del aro de bronce y algunos de hierro que, como dije más atrás, no creo que pudieran utilizarse como brazaletes.

Pero en tal caso, ¿cómo es que no se han encontrado ni en Cabrera ni en Suiza alguno de estos anillos ensartados?

Siendo, por otra parte, tan escasos en número los que han aparecido en la Necrópolis, yo entiendo que las tribus de este país los usarían como objeto de adorno ó como amuletos, lo mismo que otros objetos de que hablaré después.

El ejemplar que reproduce la fig. 3 se distingue de los demás por las molduras que decoran el aro.

No debo pasar en silencio dos pequeños discos, el uno de azabache, al parecer, y el otro de hueso, agujereados por el centro, de manera que en la forma resultan algo parecidos al anillo de bronce (fig. núm. 1 antes referida). El uso de estos objetos debía de ser muy raro, toda vez que en Cabrera no se han encontrado más que los ejemplares expresados.

Talus, Astragalos.—Los latinos daban el primer nombre y los griegos el segundo, á la taba ó huesecillo de una de las articulaciones de la pierna en ciertos animales. Usábanlo aquellos pueblos como instrumento de juegos de azar y de cálculo, á la manera que lo usan los pueblos modernos para juegos tan conocidos como el de la *taba* en Castilla, del *osset* en Cataluña, *des osselets* en Francia, etc., juego que, como es sabido, consiste en arrojar varios de aquellos huesecillos por alto y recibirlos en el dorso de la mano, ganando ó perdiendo según la posición en que quedan al caer. En algunas provincias de España se llama á este juego *de las cinco piedras*, porque se usan éstas en sustitución de aquéllos.

En la antigüedad, no tan sólo se empleaban los mismos huesecillos, sino que para mayor duración se les imitaba en bronce y en plomo, señalándolos con cifras y puntos para usarlos como dados en otros diversos juegos.

Los griegos llamaban *astragalizantes* á los que se dedicaban á estos juegos, y los escultores y pintores tomaron este asunto como favorito. Una de las más expresivas obras de esta clase es una pintura griega descubierta en Resina, en la cual se ven dos personas entretenidas en el *tali ludus* con nueve piezas, de las que tres reposan en el dorso de la mano

de una de aquéllas, dos descienden al suelo, y las cuatro restantes se hallan esparcidas por éste. En Herculano se descubrió también un camafeo en el que se representan dos mujeres en el mismo entretenimiento.

Ahora bien; en las urnas cinerarias de Cabrera, entre los huesos, han aparecido algunas de dichas piezas, tres de ellas de plomo (fig. 4, lámina 9.ª), y las demás naturales ó de hueso (fig. 6 de la misma lámina). Y como quiera que un juego completo se componía de mayor número de piezas de las que aquí hemos encontrado, distribuídas en varias urnas, debe presumirse, ó que estos pueblos no las usaban en tanto número, ó que su aparición en las urnas tiene distinta significación de la de enterrar con los restos del difunto todos aquellos objetos que le habían sido caros en vida. Á este propósito me parece digna de consideración la especie que oí á un ilustrado aficionado de la Arqueología, por haberla él leído en un autor extranjero, y consiste en que la escena pintada en el camafeo y otras análogas, son una representación de los placeres inocentes á que se entregan las almas en los Campos Elíseos. En tal concepto, su significación en las tumbas puede ser esta misma ú otra fúnebre por el propio estilo; y la circunstancia de ser de plomo algunos de los de Cabrera, de cuyo metal no ha salido allí ningún otro objeto, ni sé que se hayan encontrado en otra parte, puede significar también la eternidad de la representación, por no ser oxidable dicho metal.

Fusaïoles.—Con este nombre italiano se conocen generalmente en Arqueología unos pequeños objetos de tierra cocida, piedra, cristal, etc., de forma aplanada, ó cónica, ó doble cónica, que suelen encontrarse en las sepulturas y ruínas de la antigüedad.

Dáseles aquel nombre (así como el de *vhorls* en inglés, y el de *pesons de fuseau* en francés), porque se cree que eran el adherente que, junto al extremo inferior, llevaban los husos para hilar, á fin de que con su peso fuese más fácil y rápido su movimiento giratorio. Semejante creencia no se apoya, sin embargo, en dato alguno incontrovertible y auténtico, por lo que no todos los arqueólogos la siguen; y de ello viene á resultar que nada en concreto puede afirmarse acerca de la verdadera significación de tales objetos.

M. Schliemann, inteligente y afortunado explorador de antigüedades, en las grandes excavaciones que practicó en Hissarlik, allí donde se su-

pone que existió la famosa Troya, la *Ilion* de Homero, encontró nada menos que 18.000 *vhorls* (verticillos), de los cuales se llevó á Inglaterra 8.000. En Micenas halló también algunos centenares, casi todos de piedra, pues sólo cinco eran de arcilla.

Cree aquel distinguido arqueólogo, que estos objetos no eran otra cosa que ofrendas que las mujeres hacían á *Atenea*, la Minerva de los romanos, divinidad protectora de la mujer hacendosa, ocupada en hilar ó tejer. Los asimila á los *fusayoles* italianos, y los conceptúa husos místicos dedicados á aquella diosa, cuyo culto supone que quizá provenía del célebre *Palladium* ó imagen singular de aquélla, caída del cielo con el huso y la rueca, y de cuya conservación dependía la salvación de la ciudad de Troya. Ulises y Diómedes robaron tan peregrina imagen, y el último la condujo á Grecia. El mismo M. Schliemann afirma que en Méjico se han encontrado *fusayoles* con adornos en la parte superior del cono, en vez de tenerlos junto á la base, como sucede con los de Troya y otros puntos.

M. Ravenshaw describe unos pequeños objetos de cristal tallado, llamados altares de bolsillo, que representan la *Stupa* india ó templo para guardar reliquias entre los budhistas. Usan aquellos objetos los indios adoradores del *lingha* y el *yoni*, por representar la unión de los dos principios reproductores, el masculino y el femenino; y vienen á ser los tales altares pequeños, como los *fusayoles* de distintas materias que se encuentran en los sepulcros antiguos.

En las márgenes del Eufrates se encontraron también multitud de pequeños objetos cónicos, asirios y persas, que se cree puedan tener relación con el culto de las montañas, tan general entre las naciones semíticas, inclusa la judía. Aquellos diminutos monumentos se llevaban como amuletos, y cosa análoga podría suceder entre las nacionos scitas con los *fusayoles* usándolos como representación de los túmulos [1].

No faltan arqueólogos que opinan, que los objetos en que vengo ocupándome se usaban como monedas; otros los consideran meros objetos de adorno; alguno, como M. Ernest Bosc, en su *Diccionario razonado de Arquitectura y de Ciencias y Artes que se relacionan con ella*, tomo II, pág. 421, al ocuparse en el arte galo, ofrece un grabado que reproduce un *fusayol*, y le califica de *Meule a polir les émaux*, muela ó piedra para bruñir los esmaltes.

En vista de la diversidad de opiniones, me parece lo más prudente no

1 Debo estos dos últimos datos á mi excelente é ilustrado amigo D. José Brunet.

adherirse exclusivamente á ninguna de ellas, ó, en todo caso, seguir la de aquéllos que atribuyen distintos usos á los *fusayoles*.

La Necrópolis de Cabrera nos ha suministrado algunos ejemplares variados de estos objetos, con una particularidad tan importante, que ella por sí sola explica sin género alguno de duda el uso que los antiguos habitantes de esta comarca hacían de los mismos. Aquí, como en Italia, en Francia y en Suiza, aparecen, por lo regular, en número de uno ó de dos á lo más, dentro de las urnas cinerarias, entre los huesos; pero ha sucedido también que el jarro con incisiones geométricas (fig. 6 de la lámina 3.ª) estaba casi lleno con 14 *fusayoles*, uno de ellos diferente de todos cuantos se han encontrado en la Necrópolis, por su forma y por la materia, que parece ser de cristal ú otra sustancia vítrea, estando adornado con líneas esmaltadas de color blanco y azul. La fig. 2 de la lámina 10.ª representa este *fusayol* de forma cónica, y las 1 y 3 otros dos de pasta negra lustrosa, en forma de doble cono, con dibujos en el de la base, punteados los del primero y de líneas seguidas é incisas los del segundo; cuyas líneas conservan algún residuo del esmalte blanco que se les dió, por el mismo estilo del que se observa en las incisiones geométricas del vaso ó jarro expresado y de otros que ostentan semejante decorado.

Con los 14 *fusayoles* contenidos en el referido vaso había dos pequeños objetos de madera, al parecer, aplanado y redondo el uno, con una especie de botoncillo torneado en el centro de una de las caras, y cilíndrico el otro, con un agujero en el centro de cada uno de los extremos, y otro mayor en medio del cuerpo, con la particularidad de que ninguno de los tres se comunica con los otros ni llega á taladrar el objeto. Tiene éste 8 milímetros de largo por 7 de diámetro, y se conserva perfectamente á pesar de su pequeñez y de estar carbonizado; el otro se fraccionó en diminutos pedazos al sacarlo del vaso.

Ahora bien: en mi opinión es evidente que este conjunto de objetos formaba un collar ó cosa análoga, y, por consiguiente, que los habitantes del pueblo á que se refiere la Necrópolis de Cabrera usaban los *fusayoles* como objetos de adorno, sin que esto excluya absolutamente la posibilidad de que su presencia en las sepulturas, ya en crecido número como en Troya, ya en tan limitado como en aquella Necrópolis y en la generalidad de las tumbas, tenga una significación puramente fúnebre ó religiosa.

Debo consignar, para concluir este punto, que no todos los que han aparecido en las urnas cinerarias de Cabrera llevan decorado de líneas

como las indicadas, pues muchos de ellos carecen de todo adorno, aunque la forma sea igual ó parecida á la de los dos representados en nuestra lámina.

La fig. 1 de la lám. 8.ª reproduce una pieza de bronce que, por estar incompleta en sus extremos, parece que debería formar parte de otra principal, como fíbula, collar, brazalete ú otra análoga. Se encontró con otra del mismo orden dentro de una urna. Las molduras que las adornan no son completamente circulares, pues la parte interior del arco que forma la pieza queda lisa enteramente, como para adaptarla mejor al cuello, brazo, etc. Por otra parte, entre los ejemplares que Von Poulszky presenta en la *Revue Archéologique,* tomo citado, de fíbulas célticas existentes en el Museo de Pesth, se ve alguno cuya parte anterior consiste en una plancha de metal, por el estilo de la que representa la fig. 4 de la lám. 10.ª, de cuyo extremo más estrecho sale el hilo ó alambre que forma el arco, el cual, en su estructura y adornos moldurados, es muy semejante á aquellas piezas de Cabrera: á la conclusión de aquel arco se adelgaza de nuevo el alambre, y en vez de volver hacia arriba sobre el mismo arco, como sucede en las fíbulas de espiral, gira por bajo y rectamente hacia la base ó extremo más ancho de la plancha metálica, en donde acaba en punta, formando así el alfiler.

Con esta explicación se comprenderá la posibilidad de que las dos piezas de bronce referidas formaran el arco de dos fíbulas, de tipo semejante á las de Pesth, con algunas de las planchas metálicas del mismo orden y sin gancho, halladas también en Cabrera, siendo fácil que el alfiler se haya consumido, como ha sucedido en otros ejemplares caracterizados.

La fig. 9 de la lám. 9.ª reproduce una cuenta de bronce hallada con otra igual dentro de una urna, siendo las únicas que se han encontrado en la Necrópolis.

Aparecen también en ésta unas barritas de cobre cilíndricas, diminutamente labradas al través y taladradas, ó, mejor dicho, arrolladas de manera que resulta un estrecho hueco longitudinal, por el que pasaría algún hilo ó cordón para formar alguna cadena, á semejanza de las que se han encontrado en algunas sepulturas galas. No comprendo cuál otro uso pudieran tener unos objetos que, por su delgadez y la misma fragilidad del cobre, se hallan divididos en varios trozos.

VII.

Inscripciones y símbolos.

Las inscripciones que nos ha proporcionado la Necrópolis de Cabrera son de limitada extensión epigráfica y en número escaso. Sin embargo, las considero de suma importancia, por lo mucho que pueden contribuir al estudio de la escritura usada por los pueblos que primitivamente habitaron este país, y á la determinación de la época á que se remonta la Necrópolis.

He dicho que puede contribuir al estudio de la escritura, porque desgraciadamente queda aún mucho por hacer para llegar al perfecto conocimiento de la Paleografía española anterior á la dominación romana ó á la adopción y generalización del alfabeto latino.

Y si bajo el aspecto meramente gráfico, y gracias á los eruditos trabajos de los numismáticos, que se han dedicado á la clasificación de las medallas llamadas ibéricas y autónomas, ha podido llegarse hasta distinguir el tipo de los signos alfabéticos que forman sus leyendas, preciso es reconocer que bajo el aspecto filológico nos encontramos en muchos casos sumidos en la perplejidad y en la duda, cuando no en aquel estado de ignorancia absoluta en que tan paladinamente confesaba encontrarse aquel docto é ilustre Arzobispo de Tarragona, D. Antonio Agustín, cuando por conclusión de sus *Diálogos de las medallas, inscripciones y otras antigüedades*, que dió á luz en la misma ciudad en 1588, refiriéndose á las leyendas, escribió: «Lo cierto es que no las entendemos.»

Muchos han sido los hombres de talento y de buena voluntad, que desde los tiempos de aquel sabio y esclarecido prelado han dirigido los esfuerzos de su inteligencia á la formación ó reconstitución de un alfabeto ibérico, como consecuencia de la interpretación que han dado á los caracteres de las leyendas numismáticas, así como de otros monumentos antiguos. Buena prueba de ello son las obras de D. Luis José Velázquez, el P. Flórez, D. Esteban de Terreros y D. Antonio Valcárcel, Príncipe Pío de Saboya, que florecieron en el siglo pasado, y las de D. Carlos de Zúñiga, Erro y Aspiroz, el Cura de Mantuenga, el médico Puertas, Don Antonio Delgado, D. Jacabo Zobel, el sabio jesuita D. Fidel Fita y otros contemporáneos, pudiendo citarse además las de los extranjeros Sestini, Saulcy, Grotefend, Boudard, Lenormant, etc.

Por poco que profundicemos en el examen de las obras de casi todos estos ilustres filólogos, y sobre todo, y para concretarnos más á nuestro objeto, si comparamos los alfabetos que muchos de ellos han formado como resultado de sus estudios, notaremos desde luego ciertas diferencias de bulto, tanto en la clasificación de las medallas, refiriéndolas á pueblos distintos por la diversa interpretación étnica que dan á las leyendas, cuanto en el valor alfabético y eufónico que atribuyen á determinados caracteres; bien haciendo unos completa abstracción de ciertos signos, mientras otros los consideran como verdaderas letras, ó como una simple variedad de otra, ó como una cifra, ligación ó abreviatura de dos ó más.

En vista de semejante confusión, que se observa en los trabajos de los más eximios paleógrafos de nuestros días, al ocuparse en los alfabetos primitivos, no me ha sorprendido, ni puede extrañar á nadie, el que M. Haussonllier, en un interesante trabajo sobre los caracteres complementarios del alfabeto griego publicado en la entrega de la *Revue Archéologique* correspondiente á Mayo y Junio de 1884, siente esta afirmación: «La historia del A B C no está todavía completa,» refiriéndose precisamente al erudito y profundo artículo que sobre la palabra *Alfabeto* escribió M. F. Lenormant para el *Diccionario de las antigüedades griegas y romanas,* que MM. Ch. Daremberg y Edm. Saglio publican actualmente.

Mas sea de esto lo que fuere, en lo que convienen casi todos los filólogos, así antiguos como modernos, y viene á confirmar el hallazgo de Cabrera, es en que las tribus que los historiadores distinguen con los nombres de iberos, turdetanos, libio-fenices, etc., y habitaron la Península desde los tiempos primitivos, conocieron y usaron el alfabeto, quizá con leves diferencias entre sí, hijas probablemente del contacto más ó menos inmediato y frecuente que tuvieron con aquellos otros pueblos de quienes lo habían recibido directamente, como eran los fenicios, ó con los que, habiéndolo recibido también de éstos, lo habían modificado con el tiempo, como eran los griegos, los cartagineses y aun los etruscos.

No debe ser exacta, por lo tanto, la teoría que D. Salvador Sampere y Miquel, en su *Contribución al estudio de los monumentos megalíticos ibéricos*, pág. 46, atribuye al Sr. Zobel, el cual, dice aquél, *quiere que el alfabeto en cuestión* (el de los caracteres numismáticos ibéricos) *fué introducido por los dichos conquistadores* (los romanos). Entre las obras de este distinguido numismático que me ha sido dable consultar, no he dado con semejante teoría, y antes bien he comprendido que el Sr. Zobel dice otra cosa muy distinta.

El solo epígrafe de su primer trabajo, comprendido en el *Memorial numismático español*, año de 1866, es ya de por sí suficientemente significativo: *Noticia de varios monumentos que demuestran la existencia de un alfabeto desconocido empleado antiguamente en algunas de las regiones meridionales de la Bética*, es como titula su elucubración, cuyas primeras líneas son del tenor siguiente: «De la copiosa variedad de idiomas y *escrituras* que hubieron de usarse entre tantos pueblos de tan diversa descendencia é índole como eran los que ocupaban antiguamente nuestra Península, nos dan una idea vaga los monumentos epigráficos que desde aquellos remotos tiempos se han conservado hasta nuestros días.» Esto no quiere decir seguramente que en España no se conociera el alfabeto hasta que lo introdujeron los romanos.

Lo que sí dice el Sr. Zobel á continuación es, que el alfabeto latino suplantó sin dificultad al ibérico, al fenicio y al libio-fenicio, adivinado por él, al paso que el griego jamás tomó carta de naturaleza en ninguna de las tribus que habitaban la Península, con estar ésta colonizada tan de antiguo por los helenos.

En todo caso, la teoría á que se refiere el Sr. Sampere no podría tener otro fundamento que la opinión sostenida por muchos numismáticos, incluso el Sr. Zobel, de que antes de la época romana no se acuñaron monedas ibéricas ni autónomas, y, además, lo raros que son los monumentos epigráficos que se han descubierto y quedan en España de los tiempos anteriores á la conquista. Pero ni aquella opinión es tan absoluta y unánime que no admita excepciones, ni los más conspicuos historiadores y arqueólogos dejan de reconocer la existencia del alfabeto entre los aborígenes de España antes de la época en que se pretende que empezó la acuñación de monedas.

D. Antonio Delgado, en su excelente tratado *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, afirma «que las ibéricas de ‹ϟϸ (Cose, Tarraco), las de *Ebusus* y las de *Gadir* son, quizá, anteriores á las de plata acuñadas con leyendas griegas de *Emporie* y *Rhode*,» á las cuales atribuye una antigüedad de 300 á 400 años antes de Jesucristo.

Este mismo escritor, refiriéndose al Sr. Zobel y al trabajo de éste que antes indiqué, dice «que se atreve á leer las leyendas desconocidas y á explicarlas *por medio de un alfabeto basado en los fenicios* y usado en el África Septentrional.»

César Cantú, en su *Historia Universal*, pág. 691, tomo VII, expresa que «las inscripciones de Carpentras y las medallas descubiertas en Es-

paña en 1752, atestiguan que el alfabeto estaba en uso en las Galias y en la Iberia antes de la época latina;» y en la pág. 695, al tratar de los alfabetos bárbaros, empieza diciendo: «En España, antes de la dominación romana y fenicia, se usaba un carácter revelado á nosotros por la copiosa serie de monedas hispano-celtíberas, y por un vaso publicado por Velázquez. Acerca de su naturaleza no están enteramente de acuerdo los eruditos.»

Aun cuando la antigüedad á que el célebre historiador remonta el uso del alfabeto en España la tengo por exagerada y sin otro fundamento, quizá, que lo que Estrabón y Polibio escribieron sobre la civilización de los turdetanos, á los que atribuyeron leyes escritas 6000 años antes de nuestra era, puede, sin embargo, tenerse como muy probable si, como lo hace D. Modesto Lafuente, se reducen los 6000 años expresados á 1500 ó menos, coincidiendo entonces aquella portentosa civilización con la venida de los fenicios.

Dice el Sr. Lafuente en el tomo I de su clásica *Historia general de España*: «Civilizadores los griegos, difundieron entre los iberos el culto de sus dioses, y principalmente el de Diana, enseñándoles algunas artes, *é introdujeron el alfabeto fenicio recibido de Cadmo y modificado por ellos, que se hizo la base del alfabeto celtíbero*, *como el fenicio lo había sido del turdetano*. Prevaleció en toda España el método de escribir de izquierda á derecha, al revés de los fenicios.»

Hace mérito después nuestro historiador de lo que Estrabón y Polibio dijeron sobre la civilización turdetana; y teniendo en cuenta que muchos pueblos antiguos contaban por estaciones ó por meses, reduce á sus justos límites los 6000 años anteriores á Jesucristo que aquéllos le suponen de antigüedad, resultando, como dije antes, que los aborígenes que poblaban el Mediodía de la Península conocieron y usaron el alfabeto tan pronto como les llegó el hábito civilizador de los primeros colonizadores. Lo mismo, ó cosa análoga, debió suceder con las demás tribus, y principalmente con aquéllas que desde los primeros tiempos estuvieron en trato y comunicación con los otros pueblos cultos á la sazón existentes.

La influencia civilizadora de estos pueblos se infiltró fácilmente en las tribus célticas que habitaban una gran parte de la Europa, principalmente en los establecidos desde el lado acá de los Pirineos hasta el Danubio, por ser las que primero y con más frecuencia se comunicaron con etruscos, griegos y romanos. Los descubrimientos arqueológicos no dejan la menor duda acerca de este hecho; demostrando al mismo tiempo que los celtas, pues que celtas eran todas aquellas tribus, aun cuando se les den

distintas denominaciones, no eran una raza puramente bárbara é incapaz de todo progreso, sino, al contrario, inteligente y susceptible de asimilarse los elementos de cultura que veía en aquéllos sus vecinos, colocados á tan alto nivel en punto á civilización. Si ésta no alcanzó el mismo grado de desarrollo entre aquellas tribus, no fué, seguramente, por ineptitud, debiendo atribuirse á otras circunstancias, y sobre todo y principalmente á aquel innato espíritu de independencia de que se hallaban poseídas, y las alejaba de inmiscuirse con cualesquiera otras gentes.

Sentadas las precedentes consideraciones, vengamos á lo que nos revelan las inscripciones de los vasos de Cabrera.

En el dibujo núm. 2 de la lám. 5.ª se comprenden las 11 que, como tales inscripciones, monogramas ó siglas, se observan distintamente en aquéllos.

La primera, NIKIA, va impresa con estampilla y formando una cruz griega en el fondo de dos platos barnizados, según dije en su lugar oportuno.

Dado que aquella palabra griega corresponde al nombre propio Nikias ó Nicias, queda por averiguar el sujeto á quien particularmente pueda referirse en este caso, toda vez que los arqueólogos no ofrecen una opinión unánime acerca del significado que marcas de aquella especie tienen en la cerámica antigua.

Suponen algunos, entre ellos M. Lenormant, que tales nombres no son otra cosa que los de los alfareros que fabricaron el vaso ó vasos en que van estampados, costumbre que estaba muy generalizada en Grecia y en Italia. Gracias á ella ha podido formarse una larga lista de artífices y hasta de los centros de producción en aquellos países.

M. S. Birch, en su obra citada, opina que aquella clase de inscripciones, así como las que se ponían después de cocidos los vasos, que fué el procedimiento adoptado últimamente, rara vez se referían al nombre del alfarero, significando más bien el del poseedor del vaso ó el de la persona para cuya sepultura estaba destinado.

En las islas de Rhodas y Gnides, en los lugares de emplazamiento de algunas ciudades antiguas, se han recogido muchas asas de grandes vasos con emblemas acompañados de nombres de pueblos y magistrados. Era esto una especie de marca de fábrica, y al propio tiempo un certificado de aforo ó de la cabida que el fabricante asignaba á la vasija. Con semejantes atestados se tenía en las ánforas rhodias no solamente el año, indicado por la designación del Magistrado *eponimo* ó *eforo*, el gran sacerdote del Sol, sino también el mes, con lo cual se ha podido restable-

cer el calendario Dorio que usaban los rhodios y sus colonias. Por virtud de aquellos monumentos ha podido obtenerse también una lista de más de cien magistrados rhodios, tan interesante por los nombres inéditos que contiene, como por las curiosas variedades de ortografía que los distinguen. Esta última circunstancia podría explicar satisfactoriamente la falta de la S final que con relación al nombre de Nicias se observa en la palabra de los platos de Cabrera, y que tal como está escrita no hallamos en los diccionarios griegos.

Lo mismo que en las dos islas expresadas, se han encontrado en la de Thasos muchas asas de ánforas con nombres y símbolos diversos, los cuales se han publicado en la *Revue Archéologique*, tomo III, con un curioso artículo de M. G. Perrot. Entre aquellas asas aparece una que lleva el núm. 26 en la *Revista*, con un sello estampado que contiene un busto y el nombre de *Nikias* detrás.

M. Perrot, juzgando por analogía, cree que los nombres estampados en las ánforas de Thasos deben ser de pueblos y de magistrados. «¿De qué serviría, dice, por otra parte, el nombre de un alfarero thasiano sobre estos vasos destinados á enviarse á ciudades lejanas por todas las costas del Mediterráneo? ¿Con qué derecho un simple artesano podría ostentar en un sello símbolos que se ven empleados sobre las monedas en nombre del Estado, como el blasón oficial de la ciudad?»

Dicho sea sin menosprecio de la autoridad que sobre estas materias pueda tener M. Perrot, á mí no me parecen convincentes, ni mucho menos, las dos razones que aduce en apoyo de su opinión; y si no estuviese fundada, además, en la analogía que racionalmente puede establecerse con las inscripciones de los vasos de Rhodas y Gnides, se la debería rechazar de plano como inadmisible de todo punto.

Y ahora mis lectores escojan entre todas estas versiones la que les parezca mejor. En cuanto á mí, no encontrando absoluta incompatibilidad entre ellas, paréceme que pueden admitirse todas en el sentido de que las inscripciones y emblemas que aparecen en los antiguos vasos de las tres islas referidas, así como en otros fabricados en puntos y países tan apartados como Sagunto, *Souza* ó la antigua *Hadrumentum*, al Este de Túnez, en donde recientemente se han hallado infinidad de tiestos de cerámica romana con el nombre del alfarero impreso con estampilla; en muchos otros puntos, así de Grecia como de Italia, y últimamente en Cabrera; toda esa variedad infinita de inscripciones significará unas veces los nombres de los magistrados que funcionaban en el país y al tiempo de fabricarse el vaso; otras, los pueblos ó centros de producción; muchas,

el nombre del artífice; y no pocas, sobre todo, cuando la inscripción se estampó después de cocido el vaso, el de la persona en cuya sepultura se encuentra, ó el del afortunado poseedor, principalmente si lo obtuvo en premio de alguna victoria ó hazaña en juegos, certámenes ó combates.

Por todo lo expuesto; por el lugar en que mis dos platos rotulados se han encontrado, y por la procedencia que les atribuyo, que no es otra sino la de Italia, el nombre de *Nikia* que llevan en el fondo debe ser el del alfarero de cuyos artefactos salieron. En todo caso, tampoco sería este Nicias el mismo cuyo nombre aparece en el asa encontrada en Thasos; ni aquel otro cuyo nombre figura en un pequeño vaso de que hace mérito M. Birch, hallado en Tarento, el cual, destinado á contener el ungüento Licio de Jason, pertenecía á un oculista del mismo nombre que vivió en el siglo I antes de Jesucristo, siendo de advertir que en la época romana los vasos destinados para contener ungüentos y colirios solían llevar el nombre del oculista; ni sería tampoco el Nicias de aquellos platos el célebre pintor ateniense que floreció hacia el año 320 antes de Jesucristo, esto es, en la misma época que Apeles y Alejandro Magno, y del cual el mismo arqueólogo inglés hace mención en el siguiente período de su obra repetidamente citada: «Los asuntos de los últimos vasos de estilo delicado, recuerdan las descripciones de las pinturas de Polignotus, mientras que en los de la decadencia, el procedimiento es parecido al adoptado por Zeuxis, Apeles y otros artistas de la escuela Rhodia, tales como *Nikias*, de cuyas obras podían haberlos tomado.» No es más probable, por último, que en los vasos de Cabrera figure el nombre de aquel famoso y opulento general de Atenas que figuró como jefe del partido aristocrático, y fué derrotado con Alcibiades y Lamachus mandando los tres la expedición contra Sicilia en 415.

La palabra NIKIA, de los referidos platos, contiene una particularidad ortográfica, que aun cuando parece insignificante, no lo es, en mi concepto, y por ello me atrevo á llamar la atención de los paleógrafos sobre ella. Se observará que de las dos A Ａ con que concluye la palabra, la una lleva el travesaño perfectamente recto, al paso que la otra lo tiene quebrado, formando ángulo. Pues bien: la Ａ trazada de este último modo, es una letra que sólo figura en el alfabeto ibérico, no en los griegos, ni en los italiotas y demás primitivos; y como aquí se trata de una palabra ó nombre griego, impreso en un vaso de procedencia itálica, cuando no de la misma Grecia, es extraño hallar en él una variante alfabética de la cual, hasta de presente, que yo sepa, no han hecho mérito los autores.

Los numismáticos, por otra parte, que han formado alfabetos de la primera clase, ó sean ibéricos, la incluyen generalmente en ellos, dándole el valor de *a;* pero D. Antonio Delgado considera aquel signo como una variedad de la C, ⟨, y le atribuye, por consiguiente, el valor de *Caph.* Mas como quiera que en los platos de Cabrera lo que hay evidentemente es una sola palabra repetida en cruz, los dos caracteres finales han de tener el mismo valor, y, por lo tanto, no pudiendo ser éste sino el de A, queda, á mi ver, anulada la opinión del Sr. Delgado, así como la de otro cualquiera que deje de considerar aquel signo como la primera letra del alfabeto ibérico, por la única circunstancia de tener el travesaño en la forma expresada.

Aunque en nuestro dibujo no sigue en orden á la anterior la inscripción que lleva la pátera umbilical de arcilla roja, pues que ocupa el número 6, por ser la que ofrece un carácter ibérico más marcado y se presta á mayores consideraciones, diré desde luego, y con preferencia á las demás, lo que acerca de ella he podido comprender.

De los seis signos que la componen, cinco, que son el 1.°, 3.° (iguales los dos), 4.°, 5.° y 6.°, ofrecen el mismo tipo que sus análogos en las leyendas de las medallas autónomas. Los numismáticos se presentan bastante acordes al atribuirles el correspondiente valor alfabético, menos con respecto al 4.° signo, en que los pareceres no resultan tan unánimes. Así, pues, el 1.° y el 3.° de aquellos signos equivalen á la *sigma* Σ, del alfabeto griego primitivo, llamado de Cadmo, y también de la isla de Thera, siendo el sonido de semejantes caracteres igual ó muy parecido al de nuestra S.

El 2.° signo, И, de la inscripción, aparece quizá por primera vez, á lo menos de una manera tan gráfica, en una leyenda ibérica; y bajo este concepto tiene una importancia excepcional. El Sr. Delgado, refiriéndose al mismo signo, dice que aun cuando cree que los iberos lo conocieron, no figura en las leyendas étnicas que le sirvieron de guía, viéndose tan sólo como inicial ó como abreviatura en el anverso de las monedas atribuidas á *Cose*, y lo considera por su forma como similar de la Z griega ó *zain* de los orientales.

Pero tanto este escritor como M. P. A. Boudard en su obra *Essai sur la Numismatique Iberienne précédé de Recherches sur l'alphabet et la Langue des Iberes* (París, 1859), sólo presentan una moneda ibérica (figuras 60 y 4 de la plana XVII, respectivamente) en que figure aquel signo alfabético, refiriéndose ambos á un mismo ejemplar de la colección del Sr. Lorichs; y aunque por lo imperfecto del trazado participe algo del

carácter de *zeta*, yo me inclino á la opinión del segundo de los escritores citados, el cual la considera N, *ene*. Este mismo, en la plana XIII, presenta con el núm. 4 otro grabado de una moneda de bronce, atribuída también á *Cose*, la cual ostenta en el anverso los mismos dos signos que lleva el ejemplar antes referido; pero con la variante respecto del scgundo, ó sea el que nos interesa, de que el rasgo diagonal lo tiene igual al de la *ene* latina, y esto es una prueba de que en la primera medalla es la misma letra. Además, M. Boudard le da este mismo valor en la leyenda de una moneda de plata atribuída á *Rodose*, y perteneciente á la Colección del Sr. Vidal, de esta ciudad (plana XXXI, número 10), en la cual moneda está trazado el signo referido como en la del Sr. Lorichs; y es extraño que tratándose en aquélla de una moneda y de una leyenda griegas, aparezca aquel signo trazado de un modo diferente á como lo está la N en todos los alfabetos griegos. Tal vez los colonizadores helénicos habían introducido en su escritura algunas variantes tomadas del alfabeto particular de los indígenas.

M. de Saulcy, cuyo alfabeto ibérico incluye el Sr. Delgado en su obra citada, cuenta el signo á que vengo rcfiriéndome entre los de la España Tarraconense, sin duda por conocer la misma moneda de *Cose;* pero no se atreve á darle un valor determinado, y sólo con signo de interrogación lo propone como I.

Sea de todo esto lo que fuere, lo que resulta claro y evidente es que el segundo signo de la inscripción de la pátera de Cabrera deberá reputarse en lo sucesivo como uno de los que constituyen el alfabeto ibérico; y que con respecto á los alfabetos antiguos derivados del fenicio, no aparece en el griego ni en los antiguos latinos, pero sí cn el etrusco y en algunos de sus derivados, tales como cl *osco*, el *ombriano* y el *falisco*, apareciendo trazado, por lo regular, en cstos últimos con la misma imperfección con que se ve en las monedas de *Cose* y de *Rodose*, antes indicadas; así como en las leyendas de algunos espejos etruscos aparecc tan bien trazado como lo está en aquella pátera. Sobre estas referencias alfabéticas, puede verse el *Diccionario*, ya citado, de los Sres. Daremberg y Edm. Saglio, en la palabra *Alfabeto*.

El 4.° signo de nuestra inscripcion, , no se comprendc tampoco en los alfabetos griegos é italiotas; pcro es muy frecuente en las lcyendas ibéricas, y todos los numismáticos que se han ocupado de ellas lo comprenden en los suyos respectivos.

Algunos de estos filólogos consideran el signo referido como equivalente al *Joth* del alfabeto fenicio, aunque en posición inversa, ; y por

ello Boudard, Grotefend, Delgado, Puertas, Saulcy y Sestini le dan el valor de I, Y. Toustain, en un alfabeto particular, le atribuye el de *ene;* y tanto Velázquez como Erro lo consideran como una ligación, interpretándola el primero por *en* y el segundo por N, unida á cualquiera de las cinco vocales ó á un diptongo.

En una obrita inglesa titulada *Gramatography, A Manual of reference To the Alphabets of ancient and modern Languages* (London, 1861), se hace figurar el signo en que me ocupo en los alfabetos fenicio y de Numidia, atribuyéndole el valor de M. Este mismo, y á veces el de K, le da otro autor inglés, Tomás Inmann, en su obra *Ancient Faiths emboided in Ancient Names;* y es sin duda porque, con mejor acuerdo que otros, estos dos últimos escritores (el primero lo es F. Ballhorn) consideran el repetido signo como similar de los del alfabeto fenicio-púnico, ᛋ*ᐱᛋ, que reputan por *emes.* En suma, puede deducirse que el signo referido, aunque de origen fenicio, es del alfabeto ibérico, y que su valor fonético en éste es el de I, por más que los numidas pudieran darle el de M ó el de K.

Los caracteres 5.º y 6.º de la inscripción que vengo analizando, frecuentes también en las leyendas de las monedas, son interpretados generalmente por los filólogos como equivalentes á R y N, y con estos valores figuran en los alfabetos ibéricos, exceptuando el de D. Antonio Delgado, en el cual el signo P, ó primero de aquéllos, aparece como el *aleph* ibérico, con estas variantes: AA▷D. Pero como en todos ó casi todos los alfabetos primitivos, desde el fenicio y el griego caduceo hasta el griego definitivo, figura aquel signo con el valor de R, me parece más racional atenerse á la opinión de la generalidad de los numismáticos, que le dan este mismo en las leyendas ibéricas.

Ahora bien: conociendo el valor alfabético, y aun el sonido que suele atribuirse á cada uno de los signos que componen la inscripción de la pátera de Cabrera, no hay inconveniente en darle la siguiente versión en letras latinas: SNSIRN.

Mas ¿qué es lo que expresan estos seis caracteres reunidos? Este es un problema insoluble para mí. La falta de vocales constituye por sí sola una dificultad insuperable; porque aun cuando se le supongan algunas, ni puede asegurarse que sean tantas como necesita la frase para quedar completa, ni que aquéllas sean precisamente las propias y adecuadas de entre las cinco del alfabeto. Pero aun dando por cumplidos estos dos requisitos, todavía nos quedaríamos sin saber lo que expresa la leyenda, tratándose como se trata de un idioma absolutamente desconocido.

Sin embargo, si siguiéramos á M. Boudard en sus laboriosas disquisiciones sobre la comparación de los alfabetos y sufijos ibéricos y vascuences; disquisiciones que le llevan á tener por indudable la identidad de raza y de lengua de ambos pueblos, tendríamos en la inscripción de nuestra pátera uno de aquellos sufijos ó desinencias que él encuentra en aquellas medallas autónomas, cuyas dos últimas letras son precisamente idénticas á las de dicha inscripción; desinencia que, supliendo las correspondientes vocales, convierte en *aren;* con lo cual resulta semejante á la terminación del genitivo de singular de los nombres vascos, y equivale, por consiguiente, á nuestra preposición de genitivo *de.* De manera que si nos atreviésemos á suplir las otras vocales que, en hipótesis, faltan en aquella leyenda, podría convertirse en la de SANASI-AREN, y vendría á resultar fundadamente que lo que ella expresa es que la pátera pertenecía ó era de SANASI; lo cual, por otra parte, corroboraría la opinión de aquéllos que en las inscripciones de los vasos sepulcrales, grabados á la manera que lo está la de Cabrera, sólo creen que se encierra el nombre del poseedor del vaso, ó el del difunto en cuya sepultura se depositó, ó bien un augurio, ó cualquiera otra fórmula sencilla como las que acostumbraban usar en sus inscripciones fúnebres los griegos y los etruscos. (Véase la obra citada de M. Boudard, cap. III, párrafos del I al VI y XI, y la plana VI, *suffixes iberiens,* números 52, 53 y 54.)

Al descubrir y separar yo mismo de la tierra el original *Cantharus,* representado en la lám. 5.ª, no pude menos de fijar mi atención en aquellas líneas exóticas grabadas con agudo buril sobre la superficie lisa y barnizada, al lado de una de las asas, presumiendo desde luego que debían formar una inscripción. Aquella presunción se convirtió en pleno convencimiento, cuando comparando después signos tan extraños con los de algunos alfabetos y leyendas que los filólogos presentan en sus obras, ví la semejanza de forma y el aire de raza que, particularmente y en conjunto, existe entre aquéllos y estos signos.

La inscripción, tal como está en el vaso, la reproducimos con el número 5 en el dibujo que representa todas las demás de la Colección, debiendo advertir que, por efecto de haber saltado el barniz en algunos puntos, sobre todo en la intersección de las líneas que forman los caracteres, no aparecen éstos tan claros como fuera de desear. Algunos, no obstante, se destacan lo suficiente para que no quede duda acerca de su naturaleza, y esto basta para que pueda adivinarse la de los demás.

Con efecto: el que conozca ó tenga á la vista la inscripción célebre de la *estela* de Mesa, no podrá menos de notar la semejanza del signo Ƴ, tan repetido en ella, con el primero de líneas oblicuas que figura en la del vaso de Cabrera. M. Hausonllier dice, en su artículo citado, que aquel signo es el representante de la *waw* semítica. Erro lo incluye en su alfabeto ibérico con el valor de *u*, y Boudard, en el suyo fenicio-púnico, con el de *ouave*.

El signo que en el mismo vaso sigue en orden al anterior, tiene cierta analogía con una de las variedades que Toustain, Velázquez y algún otro presentan de la X, *Chis* ó *Khis* celtibérica. Y en cuanto á los restantes, me limito á remitir á mis lectores á la obra citada de D. Antonio Delgado, en la que encontrarán los alfabetos *libio-fenices* formados por Zobel y por Heiss, así como algunas inscripciones del mismo carácter; y en unos y otras observarán signos tan semejantes á los de nuestra inscripción, como éstos: ʎ | / λ. Revela, pues, esta leyenda un carácter de escritura diferente del de la pátera umbilical, más afín de los alfabetos fenicio y púnico, y sobre tobre del libio-fenice, compuesto casi exclusivamente de líneas perpendiculares y diagonales, combinadas de muchas maneras.

Á este mismo tipo corresponden indudablemente los dos signos que llevan el núm. 4 en nuestro dibujo de inscripciones, y aparecen en la superficie exterior del ala de uno de los platos de mayor tamaño, barnizado y marcado con palmetas. Hubiera dudado del carácter alfabético de los signos expresados, á no llamarme la atención la perfecta igualdad de ambos, trazados con punzón, raspando el barniz, y á no haber encontrado su similar en el alfabeto referido, libio-fenice, del Sr. Zobel, y en las leyendas étnicas del mismo estilo de Asido, Baelo, Oba y Turiregina [1].

Del mismo modo aparecen trazados los signos que se ven en el *rython* en forma de pie, señalados con el núm. 7 en nuestro dibujo, y cuyo ca-

[1] Según D. Antonio Delgado, en los Prolegómenos de su citada obra, el pueblo libio-fenice, que habitó la parte de España desde Jerez á Málaga, litoral y sierra, era de raza cananítica, procediendo quizá del Norte de África, empujado por los conquistadores israelitas al mando de Josué. Su escritura es la más antigua de España, pues sus caracteres no se parecen ni á los turdetanos, ni á los ibéricos, ni á los italiotas, ni á los griegos arcáicos, y no proceden, por consiguiente, del fenicio primitivo, ni su forma tiene la menor analogía con los del hebreo samaritano, lo que prueba que su civilización era de origen distinto. También pudo proveuir aquel pueblo de los Hycsos ó reyes pastores de Egipto.

La escritura y leyes en verso que Estrabón atribuye á los españoles, correspondían, sin duda, á la gente libio-fenice.

rácter alfabético resulta también evidente en mi concepto. Así, el primero de dichos signos corresponde al que de forma semejante figura en muchas medallas autónomas y en varios alfabetos antiguos con el valor de P, según el sentir más general entre los filólogos. En cuanto al segundo signo, se le puede considerar, y yo lo considero, como una abreviatura ó ligación por el estilo de las que contienen algunas de dichas medallas, y presentan con sus alfabetos varios de los escritores citados, principalmente M. de Saulcy.

No es únicamente en los vasos de la Necrópolis de Cabrera en donde han aparecido signos como éstos. En los que se hallaron en las tumbas de Golasseca se observaron cifras muy análogas, y de ellas se ocupa el arqueólogo Pompeo Castelfranco en el tomo XXXIV de la *Revue Archéologique*, manifestando que J. B. Giani, en su libro *Bataglia del Tirinto tra Anibale e Scipione*, había dado ya á conocer algunos de aquellos signos; pero que su buena fe se puso en duda por el profesor Biondelli, suponiendo que serían falsificados, ó hechos después de hallados los vasos, confundiéndole así con los estafadores que, movidos por el deseo de lucro, no vacilan en suplantar signos semejantes sobre vasos destinados á la especulación.

Castelfranco presenta algunos de los signos referidos; y bastará reproducir aquí estos dos, ↑X, para que se comprenda cuán análogos son á los de Cabrera.

Las siglas que reproducimos en el dibujo referido con los números 2, 9, 10 y 11, aparecen grabadas debajo de las asas de otras tantas urnas cinerarias de las de gran tamaño y forma cónica de Cabrera, antes de cocerse el vaso y estando fresca la pasta. Su carácter alfabético es incuestionable, pues fácilmente se encuentran, con mayor ó menor exactitud en la forma, en todos ó en varios de los alfabetos antiguos. La del núm. 10 corresponde, á mi juicio, al *Aleph* de los alfabetos fenicio y fenicio-púnico, no encontrándose en ningún otro de los primitivos, así griegos como italiotas. Para que se forme idea de las dimensiones que alcanzan aquellas siglas, diré que el rasgo más recto de esta última á que me refiero tiene de largo 0^m,11, y que en esta proporción están los otros dos, así como aproximadamente todas las demás. También debo observar, con respecto á la sigla C, núm. 2, que si bien M. Boudard la comprende en su alfabeto ibérico atribuyéndole el mismo sonido que tiene en el latino, Velázquez y Toustain no la incluyen en los suyos respectivos; el Sr. Zobel sí lo hace en el libio-fenice de su invención; Erro la comprende igualmente en el suyo de la primera clase, pero su-

poniéndole el sonido de CZ, y, por último, M. Lenormant la considera como una variedad de la *Ph* ó *Phi* griega, en los alfabetos de las Islas y de Melos. A la expresada *Phi* se refiere, á mi ver, la sigla núm. 9, ♆, debiendo advertir que M. Boudard atribuye á aquélla el valor fonético de O. De todo esto resulta demostrada una vez más, la confusión que reina entre los filólogos cuando tratan de fijar el sonido de los caracteres que constituyen los alfabetos arcáicos. Y, por consiguiente, en medio del oscuro laberinto de afirmaciones más ó menos justificadas ó atrevidas, de suposiciones y contradicciones que forman esta inestricable materia, sería vana presunción en mí abrigar la seguridad de haber interpretado ficlmente lo que pertinente á mi propósito de dar á conocer el carácter de las inscripciones de los vasos de Cabrera, me ha parecido encontrar en todos los autores que he citado.

El núm. 3 de la serie de aquellas inscripciones se refiere á una que, aun cuando no de un modo tan claro que se tenga por indudable, parece haber existido en la base sin moldura de un pequeño jarro de barro gris. Se ven allí una porción de líneas delgadísimas y sin forma determinada, trazadas sin herir la superficie del vaso, de un color aplomado, algo más obscuro que el de la pasta. Entre las líneas expresadas, las que más se perciben son aquéllas que en su conjunto forman el signo indicado del núm. 3, el cual, si no todo, en parte, tiene cierto aire de familia con determinadas letras de los alfabetos antiguos y de las leyendas ibéricas. Por esto, y porque he leído que en algunos vasos antiguos de los encontrados en Souza y otros puntos, los caracteres alfabéticos se trazaron con grafito ó lápiz-piedra, como quizá lo fueron los del vaso de Cabrera, me inclino á creer que en éste existió también una inscripción de aquella clase, que con el tiempo y el contacto de la tierra se ha borrado, quedando tan sólo leves vestigios.

Los caracteres señalados en nuestro dibujo con el núm. 8 se hallan grabados á la mano en el centro de la base de otro jarrito de pasta negra, parecido en su forma al referido anteriormente. Pueden considerarse como una cifra ó monograma.

Hasta aquí las once inscripciones que dije al principio se notaban en los vasos de la Necrópolis de Cabrera. Pudiera añadirse la figura núm. 12 de aquel dibujo expresado, refiriéndola al signo alfabético de la misma forma, bastante frecuente en las leyendas ibéricas, signo que corresponde á la *Theta, th* ó *t*, con aspiración del alfabeto griego. Diez y ocho variedades nada menos cuentan algunos numismáticos de este carácter alfabético, según puede verse en los *Alfabetos comparados* que M. Boudard

incluye en su obra, siendo una de ellas la que consiste en un círculo con una cruz dentro de él, que es la forma que tiene el signo representado en nuestro dibujo, y la que los griegos dieron á la letra referida en su alfabeto arcáico.

Á pesar de todo esto, dudo yo que en el modo que se presenta en uno de los vasos de Cabrera tenga tal carácter alfabético, inclinándome más bien á creer que lo tiene simbólico ó alegórico. Aparece grabado á mano, y estando la pasta fresca, en la base del *kilix* de tierra negra sin barniz (fig. 4 de la lám. 4.ª), y ocupa toda la circunferencia de dicha base ó pie. Si fuese un signo alfabético, sus dimensiones serían más reducidas, en mi concepto; y como, por otra parte, ciertos dibujos que adornan á algunos de aquellos vasos y pueden considerarse como emblemáticos, afectan también la forma de círculo, paréceme justificada aquella creencia.

Aquí, en este caso concreto, no sólo tenemos un círculo, sino también una cruz griega dentro del mismo; y con este emblema se simbolizaba generalmente, en ciertos períodos de la antigüedad, la combinación de los dos principios reproductores de la naturaleza, el masculino y el femenino, el activo y el pasivo. Del mismo modo que la cruz diagonal, *aspata* ó de San Andrés, dentro también de un círculo, ó *immisa*, representaba la tierra ó el orbe.

Considero que no está fuera de lugar la precedente observación, por si alguien creyera que tanto aquella cruz del *kilix*, como la que forma la palabra NIKIA repetida, y las diagonales que se ven en algunos otros vasos y yo tengo por signos alfabéticos, son símbolos ó representaciones de la cruz del Salvador (1).

Además, es cosa averiguada y asaz sabida por cuantos se dedican al estudio de la arqueología en general, y al de la historia de la cerámica en particular, que la cruz aparece en muchos vasos sepulcrales y en monumentos anteriores de muchos siglos antes de Jesucristo, simbolizando la vida material ó la vida eterna, ó representando los misterios de la generación, ó los de la resurrección y transformación, ó escenas fúnebres. Así sucede en los bajo-relieves de Karnak, en Egipto, á los que se supo-

(1) Es digno de notarse que entre las marcas alfareras encontradas en Ampurias y publicadas por D. José Botet en su *Noticia histórica arqueológica de Emporion*, se halla ésta:

FE
BIOFE, formando cruz, como se ve por el estilo de la del plato de Cabrera, con la diferen-
BI

cia de ser un nombre griego en ésta y latino en aquélla, que significa *Bio fecit*.

nen 800 años de antigüedad sobre nuestra Era, y en otros varios monumentos del mismo Egipto, y aún más de la Asiria. Hasta en Méjico, en Palenque, aparece la cruz sobre monumentos tan anteriores al descubrimiento de la América, que los primeros conquistadores no tuvieron conocimiento de ella. (César Cantú: *Historia Universal*, tomo VII, pág. 818.)

La forma de cruz más frecuente en la cerámica antigua, según la obra citada de J. B. Waring, de la cual he tomado algunas de las ideas relativas á este símbolo, es la cruz llamada *swástica*, y tambien *filfot*, que consiste en una cruz griega con los cuatro extremos de los brazos doblados en ángulo recto. Pero la más simbólica de todas era, sin disputa, la cruz *Tau*, *ansata* ó *conmisa*, que consiste en una cruz latina con un círculo ó anillo en la cabeza. Esta cruz, más peculiar del Egipto y de Babilonia y, aunque algo modificada, de los países próximos á ellos, era en el primero el símbolo hierático de la vida divina ó eterna, así como la cruz *aspata* era propia de los dioses infernales, en cuyas representaciones se ve, lo mismo que en las momias, significando siempre que el que la lleva no pertenece á este mundo. La cruz *Tau* es aquélla que Ezequiel, en su visión celeste de la escala mística, observó trazada en la frente de los arrepentidos de Jerusalén como signo de salvación. Los sectarios de Mithra, dios del sol entre los persas, y cuyo culto se introdujo en Roma en tiempo de los emperadores, llevaban sobre la frente una *tau:* esta misma se ponía en Grecia sobre la frente de los reos indultados de pena capital; la que en las listas de los legionarios romanos señalaba los nombres de los vivos, mientras que los de los muertos se marcaban con una *Theta;* y aquella misma que San Antonio adoptó como emblema.

Así, pues, y prescindiendo de otras consideraciones que aún pudiera añadir en demostración de aquél antiquísimo conocimiento y empleo de la cruz, para representar principalmente escenas fúnebres, tanto la cruz dentro del círculo que aparece en el pie del *kilix* de Cabrera, como cualquiera otro que se note en aquellos vasos, no tienen nada que ver con la que adoramos los cristianos, y cuando más sólo podrá atribuírseles una significación sepulcral, como la tienen, según el sentir general de los arqueólogos, los vasos que con el signo referido se encuentran en las sepulturas antiguas de todos los países.

En la escasa ornamentación de los vasos de Cabrera, y aun de algunos objetos de metal, se observa desde luego que lo que más predomina es el círculo. En el fondo de todas las patinas y páteras barnizadas apare-

cen indefectiblemente cuatro, y alguna vez cinco círculos concéntricos, formados por pequeñas incisiones hechas á la mano, esto es, sin estampilla, según se ve en los dibujos 1, 5, 6 y 9 que damos en la lám. 6.ª El núm. 7 representa el fondo del *kilix Pterotos*, cuya silueta es la de la fig. 5 de la lám. 4.ª Este mismo vaso lleva decorada la base ó pie con círculos rojos, y en el punto céntrico, sobre el mismo color rojo, tiene pintados de un color más obscuro otros tres de aquéllos. Entre los adornos del *lekitos* (fig. 7 de la lám. 1.ª) se observarán también algunos en forma de círculos. Y en cuanto á los objetos de metal, véase la fig. 4 de la lám. 10.ª, la cual ostenta cuatro círculos concéntricos.

Pues bien: toda esta ornamentación circular es, en mi concepto, simbólica; y por la forma irradiada que afecta en los vasos, principalmente en el fondo interior del *kilix* referido, lo que simboliza es el sol, objeto de adoración y de culto en casi todos los pueblos gentiles de la antigüedad, cuyas religiones participaban en más ó en menos del Sabeísmo.

Cuando en aquellos pueblos, y era lo general, se reconocía un supremo poder con los tres caracteres de Criador, Preservador y Destructor, formando una especie de Trinidad, se representaría ésta por tres círculos concéntricos, según la opinión de Waring, al explicar así, en cierto modo, la ornamentación circular de los vasos sepulcrales, y viendo además en el círculo el emblema de la vida infinita y universal.

Siguiendo á este mismo autor, podríamos considerar también como representaciones alegóricas, en los vasos y sepulturas de Cabrera, la silueta de pie que figura entre los adornos del *lekitos* referido, y el *rhiton* de forma de pie calzado con el *diabathrum*.

Entre los vasos sepulcrales publicados por aquel escritor, se encuentra una urna hallada en Dinamarca, que lleva estampado un pie; y con este motivo dice Waring que aunque sea quizá el único ejemplar en barro que se haya encontrado con semejante impresión, tales marcas se han encontrado frecuentemente en grandes piedras sepulcrales, que probablemente servirían de memorias ó monumentos del difunto; que Dallaway, en sus *Anecdotes of The Arts*, describe el pie como el conocido símbolo (*well-known simbol*) de Plutón, el Dios de las sombras; que el Rev. C. W. King, en los Gnósticos y sus restos, habla de la marca del pie como el peculiar atributo de los dioses infernales, y que Moor, en su Panteón indio, da á conocer la impresión de un par de pies sobre las piedras de muchos templos indios. La estampa ó impresión del pie ha sido y es, en algunos puntos del globo, objeto de reverencia, cuando no de culto,

como lo prueba la del de Budha en *Adams Peak* en Ceylán, y la del de Jesús en la Capilla de *¿Quo vadis?* en Roma.

Á todo esto puede añadirse que entre los infinitos fragmentos de vasos de arcilla fina y barnizada que se encuentran en Souza, hay muchos que llevan en el fondo interior la marca de un pie, y sobre éste el nombre del alfarero. Otras veces aparece la impresión de una mano en lugar de la del pie.

Aquí mismo, en Barcelona, en los claustros de la Catedral, junto á la iglesia del Pino, y en otros puntos en donde se verificaban inhumaciones hasta que se prohibieron en los templos, es muy frecuente ver losas de sepulturas con pies esculpidos; pero en estos casos, lo que semejantes marcas indican es el oficio de alpargatero ó zapatero que tuvo el muerto; y así en otras losas se ven las tijeras del sastre, el cepillo ó la sierra del carpintero, etc.

De todos modos, y concretándonos á las representaciones del pie que aparecen en los vasos de Cabrera, teniendo en cuenta las indicaciones de Waring, no es absurdo creer que puedan tener una significación fúnebre ó religiosa, como tampoco lo sería atribuir al *rhyton* el carácter de *donarium* ú *ofrenda votiva*, por algún beneficio recibido ó esperado de la Divinidad. Esta clase de ofrendas se hacían en la antigüedad, á la manera que se hacen hoy, principalmente entre los católicos, que las dedican, en número profuso, de cera, plata y otras materias, á los santos que los han favorecido en alguna enfermedad ó desgracia. M. A. Rich, en su *Diccionario* citado, presenta tres *donaria* de aquella clase, de otros tantos modelos en barro cocido, figurando un pie, unos ojos y una mano.

VIII.

Monedas.

Dos han aparecido tan sólo entre la tierra que cubre las sepulturas de Cabrera, y en mi concepto son enteramente ajenas á la Necrópolis, como posteriores á ella.

Consisten en dos módulos de 24 milésimas, medianos bronces, de tan pésima conservación que no es posible acertar con su clasificación étnica. Lo único que parece indudable es que la una es ibérica, por indicarlo así la cabeza de este tipo, que, aunque débilmente, se destaca en el anverso, y el caballo y jinete que, con mayor dificultad aún, se perciben en el reverso; y que la otra es autónoma, con el busto de César, al pa-

recer, en el anverso, y dos en el reverso, que lo mismo pueden ser los de Cayo y Lucio, Césares, que los de Nerón y Druso, también Césares. Estos dos bustos se dan la espalda mirando en dirección opuesta; y es ésta una particularidad muy digna de atención, porque entre todas las medallas autónomas españolas de que el Sr. Delgado ofrece facsímiles en su citada obra, existen dos tan solamente con aquella circunstancia; siendo los bustos de Cayo y Lucio, y refiriendo las dos monedas á *Julia Traducta* (Algeciras).

Todas las demás que llevan en el reverso dos cabezas, representando á unos ú otros de dichos Césares, las tienen mirándose de frente; siendo los pueblos á que las monedas se atribuyen *Acci*, *Carthagonova*, *Cesar Augusta* y *Tarraco-Cosse.*

De lo expuesto se desprende que si la moneda hallada en Cabrera corresponde, como es muy probable, al mismo Tarraco, debe ser inédita, ó el primer ejemplar de su acuñación de que se tenga noticia; y que si realmente se refiere á *Julia Traducta*, que se supone estuvo emplazada hacia donde se asienta Algeciras, no dejaría de ser muy extraño que la tal moneda se encontrara en el extremo opuesto de la Península. De todos modos, es de lamentar que las dos monedas referidas se hallen tan gastadas que no sea posible clasificarlas con seguridad de acierto.

CAPÍTULO II.

I.

Terminada la descripción de los objetos que hasta el presente se han exhumado de las sepulturas de Cabrera, y en la fundada creencia de que por más que su número aumente en excavaciones sucesivas, que iré practicando según las circunstancias de tiempo y lugar me lo permitan, los muchos hallazgos no han de ser de carácter distinto ni han de modificar el concepto que con aquéllos puede formarse acerca de la importancia del descubrimiento y de la época y pueblo á que puede referirse, me permitiré exponer algunas consideraciones sobre estos extremos, sugeridas por la opinión que respecto de ellos han formado los arqueólogos que han tenido noticia del hallazgo, y por el resultado que ofrece la comparación que fácilmente puede establecerse entre el mismo y los que han tenido lugar en Italia, las Galias y otros países de Europa.

El hecho indisputable, la verdad inconcusa que desde luego se impone á toda persona que vea nuestra Colección, es que aquel hallazgo no constituye el de una de tantas sepulturas aisladas que se descubren frecuentemente, por do quiera que habitaron de razas pueblos más ó menos antiguos.

Por el gran número de urnas cinerarias, vasos, armas y demás objetos que se han encontrado en una limitada extensión de terreno, y por la distinta categoría, sexo y edad de las personas cuyos cadáveres fueron incinerados, según es fácil deducir de muchos de aquellos objetos y aun á veces de los huesos calcinados, lo que existió en aquel lugar fué un cementerio, una verdadera necrópolis.

Ahora bien: de este hecho palmario se desprende forzosamente otro no menos claro y natural, cual es la coexistencia, en un lugar muy próximo de una población, de un grupo de habitantes con casa y hogar, oficios, intereses y costumbres comunes á ellos; esto es, no una tribu nómada y bárbara, sino un pueblo sedentario y relativamente civilizado. Cuál fuese este pueblo, cuál el nombre con que le designe la historia, es

lo que importa averiguar, y lo que no es difícil saber una vez esclarecido el punto relativo á la época á que se remonta la Necrópolis.

El *Diario de Barcelona*, en su edición de la mañana del 12 de Febrero de 1881, publicó la noticia del hallazgo, refiriendo los objetos encontrados á la época de la dominación romana, y calificando de *barro saguntino* el de los vasos. Los primeros y contados objetos que yo mismo hube de exhumar eran tan poco caracterizados, que no es de extrañar que el ilustrado redactor de aquel periódico, que los examinó, incurriese en semejante error.

En el mismo incurrieron otras muchas personas reputadas por entendidas que tuvieron ocasión de ver mayor número de objetos, sin que haya sido bastante para sacarles de él ni la elocuencia con que éstos hablan, ni la incontrastable autoridad de algunos arqueólogos universalmente conocidos como lumbreras de la ciencia, y de cuya opinión respecto del hallazgo tenían aquéllos noticia. Es achaque muy general en España, en materia de antigüedades, no alcanzar á ver más allá de los tiempos en que los romanos hollaron nuestro suelo con su planta dominadora; y salvo honrosas excepciones que en estos últimos años se han dedicado con afán y provecho á profundizar en el estudio de nuestra Arqueología prehistórica, la mayoría de los que pasan por anticuarios se aferran en atribuir á aquel período todo cuanto de más antiguo se va descubriendo en nuestra patria.

Dejando esto á un lado, veamos si los vasos hallados en Cabrera pueden calificarse de cerámica saguntina.

Que Sagunto tuvo en lo antiguo importantes fábricas alfareras, nos lo dicen de consuno historiadores y arqueólogos. Plinio, hablando de la importancia de las alfarerías saguntinas, las reputa como las primeras de España y las terceras de Europa, alabando sobre todo sus cálices ó copas para beber.

Marcial hace mérito de un juego de siete vasos de arcilla saguntina, cubiertos de un barniz denso, los cuales formaban parte de la vajilla de una persona de mediana posición. M. S. Birch cita á Sagunto como uno de los lugares de fabricación romana que producían vasos sámnicos, siendo la única ciudad de la Europa occidental que nos haya dejado recuerdo de aquella fabricación.

Sábese que en Sagunto se elaboraban ánforas y otros grandes vasos para conservar líquidos y granos, y además copas llamadas *Cymbia* por su forma parecida á la de un barquichuelo, cálices, botellas ó *lagenæ*, sarcófagos y otros muchos vasos para usos comunes.

La tierra que se empleaba en su fabricación, y se encuentra todavía en aquel punto, era de cuatro colores ó clases, á saber: cenicienta, roja, amarilla con puntos rojos, y blanquizca, esta última para tejas y ladrillos.

Las piezas que de la primera y segunda clase se hacían eran de forma ordinaria, llevando por lo regular el nombre del alfarero impreso con estampilla. Las de la tercera clase ostentaban como marca de fábrica dos ramas de palma silvestre grabadas en el interior del vaso; y las de la última clase, de la cual se hacían también ánforas, llevaban grabado en el cuello, en griego ó en latín, el nombre del fabricante.

Todo esto es lo que sustancialmente, y reducido á la menor expresión, viene á decírsenos respecto de los caracteres que distinguen á las vajillas saguntinas de las de otras procedencias. Y entiéndase bien, que siempre que se habla de vasijas de barro saguntino, se las refiere precisamente á la época hispano-romana, por más que el estilo en la forma y en la ornamentación acusen períodos más remotos.

Pues bien: si nos fijamos tan sólo en los colores de la pasta de que están hechos los vasos hallados en Cabrera, encontraremos aquellos cuatro matices empleados indistintamente hasta en los vasos que afectan una misma forma. Esta variedad (me refiero, por supuesto, á los vasos sin barniz) se advierte sobre todo entre las grandes urnas cinerarias de forma cónica y en los platos, en los cuales están mejor representadas las pastas negras. Bajo este concepto, pues, se comprende la calificación de *saguntinos* que algunos anticuarios han aplicado á los vasos referidos; pero no tiene justificación, ó por lo menos á mí no se me alcanza, el empeño en referirlos á la época romana; y no así como se quiera á los principios de ésta, sino á la romano-cristiana, y aun á la de la decadencia del Imperio [1].

Mas ¿en qué vasos de los de mi Colección, sea cual fuere el color de la pasta, aparece el nombre del fabricante impreso con estampilla, ó las dos ramas de palma silvestre, signos tan comunes en la cerámica romano-saguntina? ¿En dónde están también las ánforas de cuello largo, llevando igualmente impreso en éste aquel mismo nombre? ¿Cuándo ó en qué lugar se han encontrado vasos de aquella procedencia de barro negro, ó urnas cinerarias de forma cónica ó cualesquiera otros barnizados de ne-

1 *Album heliográfico de la Exposición de dibujos autógrafos de artistas falleoidos y de vistas, etc.*, publicado por la Asociación artístico-arqueológica barcelonesa en 1883, y *Estudios arqueológicos sobre Mataró*, por D. José María Pellicer: *Semanario de Mataró*, números correspondientes al 2 de Febrero y 20 de Julio de 1884.

gro brillante y de estilo griego ó italo-griego? ¿Quién nos ha dicho hasta el presente que en Sagunto se fabricaran vasos destinados exclusivamente á ritos fúnebres ó á otros usos que no fuesen comunes y domésticos? Y en cuanto á la época romano-cristiana, ¿qué objeto, qué signo ó qué inscripción se ha encontrado en Cabrera que revele ó indique siquiera que la Necrópolis es de aquellos tiempos? ¿Podrán, acaso, considerarse como signos ó emblemas cristianos la cruz formada por la palabra NIKIA, ó las diagonales que se ven en algunos vasos? Al tratar de aquella inscripción y de los símbolos, dije ya lo bastante en demostración de que la cruz no reviste en ninguno de estos casos aquel carácter alegórico, y nada más es necesario añadir sobre este punto.

Pero ¿qué prueba mayor puede apetecerse acerca de la imposibilidad de que la Necrópolis de Cabrera perteneciese á un pueblo cristiano, que la que nos suministra la incineración de los cadáveres, con las demás ceremonias fúnebres que en el mismo acto se celebraban? En las creencias de los cristianos no cabían semejantes actos; y aun cuando así no fuese, el estado de persecución que aquéllos sufrieron por espacio de algunos siglos les obligaba á enterrar sus muertos sigilosamente, sin hogueras, sin banquetes ni nada que pudiera denunciar el lugar del sepelio, ni la reunión de dos ó más neófitos para verificarlo.

Yo no concibo durante el período de la dominación romana en España un pueblo cuyos habitantes fuesen todos cristianos, ó que, si no todos, aquéllos que le fueran gozasen de plena y pacífica libertad para el ejercicio de sus ritos y ceremonias.

El Sr. Pellicer y Pagés, ilustrado arqueólogo y distinguido escritor, en los *Estudios arqueológicos sobre Mataró*, citados antes, considera que es un dato probable para fijar la antigüedad de la Necrópolis de Cabrera, el haberse hallado en aquella ciudad, al abrir los cimientos de la casa edificada por D. Jaime Fontrodona, varias urnas cinerarias (cuyo ulterior paradero no se dice) semejantes á las nuestras de dicho pueblo, encontrándose en dos de aquéllas dos monedas, la una de bronce, de Tiberio Claudio, y la otra de plata, de Alejandro Severo; y como quiera que este último imperó desde el año 222 después de Jesucristo, á este año se remonta la mayor antigüedad que puede atribuirse á la Necrópolis. Pero este dato es de tan escaso valer, que me extraña que persona tan erudita como lo es el Sr. Pellicer lo tome como único fundamento para sentar una opinión que disiente de la que, como él mismo sabe y dice, han emitido autoridades que no dudo en calificar de irrecusables en la materia, sin que nada de lo descubierto hasta la hora presente en aquellas sepultu-

ras haya venido á desvirtuarlo. Aquella afirmación y alguna otra que en los mismos *Estudios* ha sentado el Sr. Pellicer sobre nuestro hallazgo, y aun sobre lo que es materia ú objeto principal de ellos, las modificará sin duda cuando se ocupe en él con mayor detenimiento y examen, abarcando el estudio de mi Colección en todas y cada una de sus secciones y objetos, como ya empezó á verificarlo y se deja vislumbrar en la serie de los mismos *Estudios* que ha continuado publicando.

La semejanza de forma entre las urnas cinerarias de Cabrera y las de la casa del Sr. Fontrodona, no envuelve necesariamente la simultaneidad de los enterramientos, porque supuesto el decaimiento de la cremación en los tiempos de aquel citado emperador, se comprende que todavía se fabricasen algunas urnas de aquella forma para los pocos casos que pudieran ofrecerse, toda vez que la práctica no estaba completamente abolida.

Por otra parte, no sería el primer caso en que los romanos se aprovecharan quizá de vasos de otras épocas y de otros pueblos, para depositar en ellos las cenizas ó los cuerpos de los cadáveres. Champollion, en su obra citada, dice que á veces utilizaban vasos griegos y aun egipcios como urnas cinerarias, como lo hizo la familia Claudia con un vaso egipcio que llevaba el nombre de Xerjes.

En cuanto á las dos monedas encontradas dentro de las urnas, puede muy bien explicarse su presencia por lo que acabo de exponer, y nada podrá deducirse de ellas como concluyente para calcular la época de la Necrópolis. Más antiguas son las que se encontraron en el mismo lugar de ésta; y como manifesté al tratar de ellas, las considero posteriores á los enterramientos.

Además, tengo por dudoso, cuando menos, el que los dos vasos á que se refiere el Sr. Pellicer calificándolos de urnas cinerarias, se empleasen como tales al depositarlos en el sitio en que se hallaron, es decir, allí en donde se esfuerza en demostrar que existió la Acrópolis de Iluro. La razón es muy obvia: la legislación romana tenía prohibido que la inhumación y la incineración de los cadáveres se verificase dentro de las ciudades y villas: *Hominem mortuum in urbe ne sepelito*, *neve urito*, dice una ley de las Doce Tablas, precepto que data del siglo v antes de Jesucristo, y que fué ratificado en los posteriores por Antonino Pío, el cual dió un reglamento ampliando la prohibición á las villas, y por Adriano, Diocleciano, Máximo y Teodosio. En los tiempos de Alejandro Severo debía estar precisamente tan en vigor aquel mandato, que el jurisconsulto Paulo, prefecto del Pretorio á la sazón, se expresa en estos términos: *In civitatem inferri non licet*, *ne funestentur sacra divinitas.*

De manera que no tan sólo por razón de la salud pública, sino que también por la de la religión, los entierros y combustiones de cadáveres debían efectuarse fuera de las poblaciones. Las vestales, sin embargo, tenían únicamente el privilegio de ser enterradas en el interior de la ciudad. Ahora bien, y para concluir este punto: ó los vasos de que habla el Sr. Pellicer no tuvieron el destino de urnas cinerarias en donde se hallaron, ó, de lo contrario, la ciudad de Iluro no estaba emplazada sobre aquel mismo lugar. De esto habré de tratar más adelante.

Debo aquí hacerme cargo de una indicación que mi distinguido amigo D. José Brunet y Bellet hace referente á la fecha aproximada que se puede atribuir á los casos de incineración como los de Cabrera, en unas interesantes notas sobre lo que algunos creen silos romanos, y él tiene por sepulturas, existentes en la Torre de los Encantados, de Caldetas; notas leídas como apéndice á *l'Acta de la excursió á Caldetas,* y publicadas en el *Butlletí mensual de la Associació d'Excursions Catalana* correspondiente á Enero del año actual.

El Sr. Brunet cita lo que pertinente á su propósito encuentra en una *Memoria* publicada en 1864 por M. Achille Rochambeau, sobre las sepulturas en forma de pozos, y entre otros conceptos transcribe los siguientes: «Antes del siglo I de nuestra Era, la inhumación estaba en uso en la Galia: desde el siglo I al principio del IV, es decir, después de la conquista romana, se quemaban los cadáveres.

»Muchos autores dan menos duración al período de la incineración: M. Comarmond, en su descripción del *Museo lapidario de Lyon*, página 55, pretende que la costumbre de la incineración ya decayó en Roma á fin del siglo I, y desapareció en toda la extensión del Imperio á fines del siglo II. De aquí debemos inferir que los pozos en que no se encuentra sino la inhumación, son puramente célticos; los en que se encuentra la inhumación y la incineración mezcladas, son galos, ó mejor galo-romanos del primer período; y por fin, aquéllos en que se encuentra la incineración pura y simple, son galo-romanos de la decadencia.» Hasta aquí lo del escritor francés. Cuanto al Sr. Brunet, opina que para determinar la fecha de los enterramientos por incineración, no debe partirse del pueblo á que pertenecían los cadáveres ó restos quemados, como lo hace M. de Rochambeau, y que los lugares donde se encuentran ambos modos demuestran haber estado habitados por pueblos de diferente civilización, lo que puede confirmarse por las diferentes formas de sepulturas que con frecuencia se encuentran en las mismas comarcas y aun en unos mismos cementerios.

Yo creo que es muy aventurado y expuesto al error el fijar en absoluto límites de tiempo y de pueblos á ciertas prácticas y costumbres de antigüedad remota, y de observancia muy generalizada entre muchos países conocidos. Que ninguno de los dos sistemas de enterramiento referidos se practicaba exclusivamente en pueblo alguno de la Europa antigua, es lo que los descubrimientos arqueológicos que en todos ellos tienen lugar, nos enseñan como más positivo, y por cima de toda opinión que en contrario pretenda imponerse.

Entre los celtas y los galos (pase la distinción), digan lo que quieran MM. Rochambeau y Comarmond, la costumbre de la incineración fué la más seguida en los primeros tiempos, y la que prevaleció, ó por lo menos no se hallaba extinguida en los primeros siglos del Cristianismo. Las infinitas sepulturas y vasos sepulcrales que se han encontrado por do quiera que habitaron tribus célticas, no admiten contestación sobre este punto; y aun cuando se aduzcan casos de sepulturas con esqueletos enteros, que yo no niego haberse encontrado en los países indicados, y principalmente en las Galias, esto no destruye la regla general, y sólo confirma lo que dije antes, de que la mayor ó menor observancia de un sistema no excluía al otro.

M. Waring, tan conocedor de la cerámica sepulcral, al describir de una manera gráfica en su obra citada un entierro entre los celtas, dice bien explícitamente cuál era su método de enterrar. Oigámosle: «Supongamos que ha muerto un jefe de familia ó de una secta ó tribu después de una vida azarosa, en parte nómada, pastoril ó de rapiña. Su cuerpo es trasladado entonces al sitio del enterramiento familiar ó común, con un séquito plañidero de parientes, presidido tal vez por un sacerdote druida ó bardo, cantando y danzando hasta el lugar designado. Algunos depositan entonces el cadáver sobre la pira fúnebre, mientras otros cavan la sepultura para el entierro. Así que el cuerpo se ha consumido, las cenizas ó los huesos parcialmente quemados se recogen y colocan juntos en una tela sostenida por una clavija de bronce, hueso ó madera. El rescoldo de la pira funeraria se reaviva de nuevo á fin de cocer una tosca urna de arcilla, hecha sobre el terreno, en la cual se depositan las cenizas del difunto y se llevan en procesión con cantos, gritos y lamentos al lugar de la fosa, cerca de la cual se prepara un banquete con carne asada, etc. Se señala en él un puesto para el muerto, cuyos platos y copas se sirven como los demás, y se entierran con las cenizas concluído el festín. Con ellos se coloca también alguna resina ó fuego de oloroso perfume en un pequeño vaso, y asimismo, según los casos, algunos ob-

jetos del uso ordinario del difunto, tales como su daga, su cuchillo, sus flechas favoritas, su arco y su lanza. Antes de cerrar definitivamente la sepultura, se cumplen los últimos ritos: el acompañamiento se agita de un lado para otro formando círculos alrededor de aquélla, excitándose unos á otros con gritos y exclamaciones, acuchillando sus carnes los más afligidos con láminas de pedernal hasta manar sangre, la cual arrojan á la fosa como último sacrificio. Terminadas estas postreras ceremonias, todo el acompañamiento ayuda á formar sobre el difunto un terraplén de piedra ó de tierra, según la naturaleza del suelo; se recogen las cenizas de la pira y se esparcen sobre aquél, cubriéndose, en fin, todo con la madre tierra, y abandonándose el sitio quizá con lamentos estrepitosos, ó cantándose versos en honor del difunto.»

¿De qué terminos más propios y verídicos que los usados por Waring podría yo valerme para describir el sistema de incineración y las ceremonias con que acompañaban este acto aquéllos cuyas sepulturas hemos encontrado en Cabrera? Las urnas cinerarias, los platos con restos de alimentos, los vasos para perfumes y ritos fúnebres, las armas y objetos de adorno usados en vida, el conjunto y los detalles, en fin, de todos aquellos enterramientos, ¿no nos revelan elocuentemente y según la narración de aquel arqueólogo la existencia de una tribu celta, con costumbres análogas á las otras de la misma raza establecidas en otros países de Europa?

Que los galos acostumbraban quemar sus muertos antes y en los principios de la Era cristiana, lo afirman César, Tito Livio y Tácito, testigos de mayor excepción y de ciencia propia. Y que los romanos practicaban poco ó mucho el mismo procedimiento á fines del siglo IV, lo probaría, á falta de otros textos, la constitución del Código Teodosiano del año 381, mandando que los cadáveres ya estuviesen en urnas, ya en sarcófagos, se enterrasen fuera de la ciudad: *Omnia quæ supra terram urnis clausa, vel sarcophagis corpora detinentur, extra urbem delata ponantur*, etc.

Aun cuando los cristianos rechazaron la costumbre pagana de la incineración, ya por esta razón de ser contraria á sus creencias sobre el destino que los cuerpos han de tener en la otra vida, ya también por la necesidad de no exhibirse (y de aquí los entierros en las catacumbas y lugares recónditos), hubo, sin embargo, algunos neófitos que continuaron aquella práctica con la del banquete, que para menor publicidad, sin duda, se celebraba en la casa del difunto. Contra estas corruptelas gentílicas clamaron los Padres de la Iglesia, como Tertuliano, Lactancio,

San Juan Crisóstomo y otros que florecieron desde fines del siglo II [1]; y esto es otra prueba de que la cremación de los cadáveres no se hallaba completamente abolida en la práctica y en toda la extensión del Imperio, en el período indicado, como pretende M. Comarmond.

Si, pues, de cuanto queda expuesto resulta demostrado que ambos sistemas de inhumación se usaban simultáneamente en la mayor parte de los pueblos de Europa en los siglos inmediatos á la venida de Jesucristo, vendremos á parar en que no es fácil, cuando no imposible, el fijar la fecha y el pueblo á que corresponde un enterramiento, teniendo en cuenta únicamente la circunstancia de que el cadáver fuese inhumado entero ó reducido á cenizas. ¿Cómo entonces podría saberse, ni aun conjeturarse, el pueblo ó la raza y la época á que corresponde un nutrido conjunto de sepulturas, un cementerio en que aparecen mezclados y revueltos esqueletos enteros con urnas que contienen cenizas humanas, como ha sucedido recientemente en Francia con una Necrópolis gala? ¿Puede darse prueba más concluyente de que un mismo pueblo, en una misma época, practicaba los dos métodos referidos?

Respecto á la Necrópolis de Cabrera, no tan sólo el sistema de incineración seguido sin excepción en todos los enterramientos que allí aparecen, es conforme con el que los historiadores atribuyen á las tribus ibéricas, sino también con el más generalmente seguido en el resto de Europa en los siglos anteriores á Jesucristo. Mas aun cuando no fuese así, son tan abundantes los datos de índole diversa que ella nos ofrece para determinar la época y el pueblo á que corresponde, que esto se consigue aun prescindiendo de aquella circunstancia; y tanto, que los dos eminentes arqueólogos que lo han hecho y á quienes voy á referirme, no la tomaron seguramente en consideración ni la mencionan siquiera.

Es el primero de ellos M. François Lenormant, uno de los sabios más esclarecidos de la Francia contemporánea, autor de varias obras de Historia, de Arqueología y de Filología, y á quien una muerte prematura ha arrebatado recientemente á la ciencia.

Encontrándome exento ó poco menos de conocimientos arqueológicos cuando tuvo lugar el hallazgo de Cabrera, y ávido de antecedentes y noticias que pudieran ilustrarme respecto de él, consulté, entre otros varios libros y revistas, la *Gazette Archéologique*, en una de cuyas entregas encontré un interesante artículo sobre la cerámica itálica, y más particularmente sobre los vasos etruscos de barro negro ó *bucchero nero;*

1 César Cantú, *Historia Universal*, tomo II.

trabajo firmado por el fundador y director de aquella Revista, M. Lenormant. Con este motivo me resolví á escribirle pidiéndole su parecer sobre mi hallazgo; y fué tan de su agrado la consulta, que casi á correo vuelto tuve la contestación apetecida, ofreciéndome insertar mi carta en la *Gaceta* si le autorizaba para ello. No podía negarme á sus deseos, y en la entrega correspondiente á Enero de 1881 (esta fecha se explica por el retraso con que se publicaba la *Gaceta*) salió á luz mi expresada carta, seguida de un artículo del mismo M. Lenormant, ampliando lo que ya me había dicho en contestación á ella. En el apéndice que doy á continuación de esta Noticia, van estos documentos, así como otros varios referentes á la Necrópolis.

Poco después de aquella consulta se dirigió otra análoga, y sobre lo mismo, por mi citado amigo D. José Brunet, al no menos ilustre arqueólogo inglés M. Samuel Birch, director del Museo Británico, y su contestación, que tampoco se hizo esperar y cuyo contexto puede verse igualmente en el apéndice, coincide con la de M. Lenormant en cuanto á fijar la época de la Necrópolis hacia el siglo III antes de la Era cristiana.

Debo manifestar, que tanto al uno como al otro les fueron remitidos dibujos exactísimos de los vasos más caracterizados que hasta entonces habían salido de las sepulturas, siendo en mayor número y primorosamente iluminados á la aguada por mi distinguido amigo D. Nicolás Alfaro los enviados á M. Birch, así como para M. Lenormant los había dibujado el joven y conocido artista D. F. Parera, corresponsal de *La Ilustración Española y Americana.*

Los dos arqueólogos consultados fundan principalmente su opinión en el estilo y naturaleza de los vasos barnizados de negro, con especialidad del *Cantharus* con guirnalda de color rojo en el cuello; vasos cuya forma y decorado corresponden al siglo III antes de Jesucristo, en que la pintura vascular se hallaba en plena decadencia, casi limitada, en cuanto al territorio, á la Italia meridional, y en cuanto á los asuntos, á orlas y guirnaldas de aquel estilo. Aquel período, según la creencia general, no se prolongó más acá del año 186, anterior también á nuestra Era, que fué cuando el Senado romano expidió el senadoconsulto prohibiendo las bacanales.

Á las vajillas pintadas reemplazaron entonces las lisas, ya rojas, ya cubiertas con una capa uniforme de barniz negro, siendo las más apreciadas las procedentes de Samos, célebres en todo el mundo antiguo por la finura de la pasta y la elegancia de las formas.

Los romanos fabricaron también vasos lisos (el arte de la pintura vascular no lo practicaron nunca), que como los indicados antes se usaban como vajillas de lujo [1].

La circunstancia, pues, de encontrarse en la Necrópolis de Cabrera vasos pintados y vasos lisos enteramente, que por sí solos caracterizan todo un período de la historia de la cerámica de estilo griego é italo-griego, no permitía vacilar, en la determinación de la época á que aquéllos se refieren, á escritores tan ilustrados y conocedores de la materia como los dos expresados que lo han hecho bajo su firma. Y si no contáramos con tan explícito y autorizado dictamen, tendríamos el más general de los arqueólogos de todos los países al fijar la época á que pertenecen cuantos objetos análogos á los de Cabrera se han hallado en sepulturas antiguas, época siempre anterior en algunos siglos al comienzo de la Era cristiana. Así ha sucedido en Suiza con los descubrimientos de las estaciones lacustrales; en Francia con los hallazgos de las sepulturas de Apremont, de Flavigny, de Somsois y otras muchas; en Italia con los de las de Golasseca, Villanova, Poggio-Renzo y Marzabotto, para no citar sino aquéllos cuyos objetos ofrecen un carácter semejante al de los nuestros; en Bélgica; en Alemania, como lo atestigua el célebre cementerio de Hallstad; en Dinamarca; en Irlanda, y, en una palabra, en donde quiera que se han encontrado rastros de pueblos y de civilizaciones anteriores á la prepotencia romana.

Creo que con lo expuesto basta y sobra para dejar demostrado hasta la evidencia que la Necrópolis de Cabrera es anterior á la época latina

1 Las pastas empleadas por los romanos en la alfarería, eran de diferentes clases y colores. En la ordinaria se encuentran los colores amarillo pálido ó blanquizco; rojo obscuro, pasando á moreno rojizo; gris ó ceniciento, y negro. La mayor parte era de color rojo más ó menos vivo; y en cuanto á la calidad de la arcilla, desde la más grosera á la más fina y homogénea. Sus vajillas finas barnizadas, enteramente lisas ó sin relieves por lo general, eran más parecidas en sus formas á las de los etruscos que á las de los griegos, generalizándose su uso á medida que iba desapareciendo el arte de pintar vasos. En la cerámica antigua descubierta en cuantos países dominaron los romanos, se distingue una clase de tierra parecida á la de Arezzo, y llamada por unos tierra roja romana, y por otros tierra sammia.

Se distingue esta arcilla por su grano compacto, y porque los vasos de su especie presentan en el espesor de las paredes rayas de color opaco, mientras que las superficies interior y exterior aparecen de color uniforme y de un rojo brillante. Los anticuarios disputan largo y tendido sobre la procedencia de esta tierra y vasos, indicándose como puntos de producción Samos, Módena, Capua, la Galia y Bretaña. Por distinguirse de la alfarería local, y por la perfecta igualdad de la pasta en donde quiera que se encuentra, parece lo más cierto que sólo existia un punto de fabricación desde el cual se exportaba á todo el Imperio.

en nuestra patria, y que por lo tanto la cerámica exhumada de allí, sea cualquiera su clase, no es romano-saguntina.

Acerca de la procedencia que M. Lenormant atribuye á los vasos de arcilla roja con barniz, habré de exponer algunas consideraciones que contribuyan al esclarecimiento de este punto, ya que él no lo resuelve de un modo absoluto.

Desde luego me parece inadmisible la suposición de que aquellos vasos puedan provenir ni en todo ni en parte de las colonias griegas de Rhoda y Emporiæ como producto de una fabricación local, pues entre las ruínas de estas antiguas ciudades apenas se han encontrado vestigios de cerámicas pintadas de rojo, ó barnizadas de negro como las de Cabrera [1].

Desechada esta hipótesis y la de la procedencia de Marsella, metrópoli de las colonias griegas de este litoral, queda la de las importaciones de Italia ó de la Grecia propia, por medio del comercio marítimo. Veamos si es admisible.

Hablando M. Lenormant en la *Gazette Archéologique* de los tipos que pueden distinguirse en la cerámica ó alfarería itálica primitiva, encuentra ocho de aquéllos, que son: el Etrusco, genuinamente representado por las urnas de las tumbas á *piccolo pozo* de Poggio-Renzo y Chiusi, y por aquellos ejemplares en que la pasta es ya de un negro bien caracterizado, si bien la ornamentación sigue el antiguo sistema de incisiones geométricas: las paredes de los vasos quedan de un gran espesor, y se carece de la ayuda del torno; el Latial, el Picentino, el Sabino, el Campaniano ó Etrusco-campaniano, el Japygo-messapiano y el Ænotriano.

«Los signos característicos, dice el mismo escritor, de la cerámica etrusco–campaniana, consisten en que la arcilla está purificada con esmero; el barniz es negro, sin que el contacto con la humedad por es-

1 El Sr. D. José Pella y Forgas, en su interesante y erudita *Historia del Ampurdán*, página 244, tomo III, dice: «Los jarros pintados que alguna vez con impropiedad se llaman etruscos, y en caso serían etrusco-modernos, proceden en su mayor parte del Sur de Italia, y escasean hasta el punto de ser rarísimos en las ruínas del Ampurdán; algunos fragmentos he visto, sin embargo; pero hasta ahora sólo en Cabrera de Mataró se han sacado en número y calidad notables. Los pedazos de alfarería con barniz negro, muy en uso en la época romana, abundantísimos en Herculano y Pompeya, no faltan en Ampurias; su fabricación debió ser aquí escasa ó ninguna, como la de los vasos pintados.»

En la pág. 42 del tomo I, hablando de las indudables huellas de los etruscos en Tarragona bajo los pavimentos griego y romano, y que se cree deben existir también en los profundos cimientos de Ampurias y Mataró, dice que los vasos y armas de Cabrera «*antes parecían desenterrados en Toscana para figurar en los Museos de Florencia y Turín, que en España.*»

pacio de muchos siglos altere en nada su brillo. Los signos ó símbolos distintivos de los alfareros van impresos en el fondo cóncavo de las páteras, repetidos cinco ó seis veces en círculo cerca del centro, consistiendo en una palmeta, una rueda, círculos concéntricos, una flor, etc. Semejantes sellos, que no tienen nada de caprichosos, pues se repiten siempre de una misma manera sobre gran número de ejemplares diferentes, no pueden ser sino las marcas propias de fábricas ó artefactos. Mas á veces tenemos también la suerte de encontrar el nombre del artífice inscrito en letras de relieve, y estas inscripciones nos enseñan que uno de los principales centros de producción estaba instalado en Calés ó Calvi, en la Campania.....» Y en otro lugar dice:

«Aunque el carácter esencial de los vasos etrusco-campanianos reside en el barniz negro brillante que se extiende uniformemente sobre toda la superficie, cubriendo también los relieves decorativos, hay igualmente especies que ofrecen sobre este fondo negro, unido, una ligera pintura ejecutada á capricho. Frecuentemente consiste en guirnaldas de hiedra ó de pámpanos en festones, y alguna rara vez en figuritas. El color empleado es el azul ó un negro más bajo que el del barniz, de tal manera que estos ornamentos no aparecen bien, escapándose su dibujo muchas veces á la vista.»

Al leer esto que acabo de copiar, traducido literalmente, y conociendo los platos de Cabrera barnizados de negro, cuyas marcas y decorado reproducimos en la lám. 6.ª, cualquiera creería que habían sido exhumados en la misma ciudad campaniana de Calés y á presencia del mismo M. Lenormant, puesto que todos los caracteres y circunstancias que señala en la cerámica de aquella procedencia se encuentran definidos perfectamente en aquéllos.

Recuérdese ahora lo que manifesté al ocuparme en los *askos* barnizados de mi Colección, análogos á los existentes en el Museo de Florencia, clasificados de etrusco-campanianos, y considérese si es posible mayor prueba acerca de que los platos barnizados, y el mayor número de los vasos de la misma clase hallados en Cabrera, fueran importados de Italia y fabricados en la misma Campania etrusca.

La importación de algunos otros vasos de la Necrópolis, tales como el *kilix* con círculos radiados en el fondo, las copas ó *cantharus* con pinturas rojas en el cuello, el *lekitos* con palmeta y figuras de color gris, y algún otro que pudiera añadirse, no admite tampoco la menor duda, y únicamente pudiera haberla en cuanto á considerarlos como de fabricación itálica ó griega. Yo les atribuyo esta última teniendo en cuenta la

semejanza de forma y decorado con otros muchos encontrados en la Arcania, en Ática, en la Beocia, en Melos, etc., cuyos ejemplares vemos representados en Champollion, Birch y en cuantas obras se trata de los vasos pintados griegos ó italo-griegos.

Mucho y empeñadamente se ha discutido entre historiadores y arqueólogos sobre si los vasos con figuras pintadas ó en relieve, llamados etruscos, son verdaderamente producto de la industria y del arte de los naturales de la Etruria, ó bien importaciones de la Grecia, ó cuando menos obra de artífices griegos establecidos como extranjeros entre los etruscos, ó como colonizadores. En esta debatida cuestión han podido dar rienda suelta á sus pasiones, que no ya á sus sentimientos, los que en materia de artes, y aun de ciencias y de todo, nada conceden á la Grecia, considerándola como una torpe imitadora de los pueblos orientales, y afirmando que hasta las mejores obras que se atribuyen á los griegos no salieron tan perfectas de la mano de éstos como han llegado á nosotros, sino que su mayor mérito y belleza se debieron á otros artistas extranjeros que las reprodujeron posteriormente. Según éstos que pudiéramos llamar *helenófobos*, ni artistas, ni héroes, ni poetas (incluso Homero), ni filósofos, ni nada de lo que la historia atribuye de extraordinario á la Grecia, existió en ella [1]. En cambio los *helenófilos*, en inmensa mayoría, la colocan á una inconmensurable altura sobre todos los otros pueblos en artes, ciencias, literatura, milicia, etc., etc., sin que jamás otro alguno, ni antiguo ni moderno, haya podido igualarle.

Concretándonos á los vasos pintados, la balanza caía en un principio del lado de los partidarios de las importaciones helénicas ó de los artífices italo-griegos. Pero á medida que los descubrimientos arqueológicos han sido más extensos y su estudio más detenido, la verdad no ha podido permanecer oculta ó desfigurada por más tiempo, y hoy son ya pocos los que dejan de hacer justicia á las raras aptitudes de los etruscos, y los que desconocen las obras artísticas de esta raza.

El pueblo etrusco, cuyo origen casi se escapa á las investigaciones históricas, recibió los primeros destellos de su civilización, sus primeras impresiones artísticas del Egipto y de la Asiria, con los que estuvo en trato y comunicación, ya directamente, ya por medio de los fenicios; y

1 En prueba de que no faltan escritores que á tal extremo llevan su enemiga contra la Grecia de todas las épocas, véase la obra titulada *Dossier à consulter pour la question d'Orient.—Les Grecs a tous les Époques depuis l'affaire de Maraton* en 1870, par un ancien Diplomat en Orient.—París, 1870.

de esto procede el carácter asiático que en sus principios ofrece el arte etrusco, antes de que el estilo griego penetrase por los puertos del Adriático y del Tirreno.

Pues bien: reconocidas la capacidad artística de los naturalcs de la Etruria y sus relaciones con los pueblos orientales, fuentes de la antigua civilización, ¿qué tiene de particular que las artes adquiriesen entre aquéllos tan admirable desenvolvimiento en la época principalmente en que su poder político había llegado á su apogeo, enseñoreados de casi toda la Italia, y con aquellas ciudades ricas y populosas en las que el lujo y la molicie alcanzaron el mayor grado de refinamiento? Sibaris, cuya existencia de un siglo no más [1] fué suficiente para que llegara al colmo de la riqueza, haciéndose célebre por la voluptuosidad de sus habitantes, proverbial desde entonces; Tarquinia, cuna de la nacionalidad etrusca, y á donde, según Plinio, fué á establecerse Demaratus, alfarero de Corinto y padre de Tarquino *el Anciano*, ó Prisco; *Vulsinii* ó *Velsina* (hoy Bolsena), la segunda en rango entre las doce famosas ciudades que formaron la confederación central, y con un templo que contenía dos mil estatuas; Volaterra y Vulci, cuyas extensas y ricas Necrópolis atestiguan su importancia y fastuosidad; *Veies*, por cuya sumisión tanta sangre vertió Roma; *Clusium*, hoy Chiusi, famosa por sus vasos de barro negro, patria y residencia real de Porsena, cuyo panteón, tal como algunos lo describen, si no se tuviera por mito, hubiera sido una dc las más grandes maravillas del humano ingenio; *Arretium* ó Arezzo, célebre por sus armas y vasos rojos; Capua, tan costosa para Cartago, y cuyas sensualidad y lascivia son harto sabidas; *Cœre* ó Cervetri, la *Agylla* de los griegos, y otras no menos prósperas y opulentas ciudades, en las que las artes debían encontrar grandes alicientes y pábulo para su desarrollo.

Resumiendo M.-A. Dumont en su excelente tratado *Les Peintures ceramiques de la Grece prope* lo que parece más cierto sobre la controversia indicada, dice: «Importaciones frecuentes en los siglos VI y V; comunidad de inspiración; imitaciones en Italia de los tipos de la Grecia propia; relaciones comerciales en todas las épocas, y á la vez, y con todo esto, importancia de las fábricas locales, tanto mayor cuanto más nos alejamos de los buenos tiempos del arte: tal parece ser la verdad sobre esta cuestión de las cerámicas griegas y las cerámicas italianas [2].»

1 Los *Acheos y Trezenios* la fundaron en 720 ó 25 antes de Jesucristo, y fué destruída según unos en el siglo V, y según otros en 620.

2 M. Noël de Bergers, en su obra *L'Etrurie et les Etrusques*, de la cual he tomado mu-

De todo lo expuesto se desprende, que no hay razón ni fundamento para negar á los etruscos la paternidad de los vasos con pinturas ó relieves llamados *italo-griegos*.

En cuanto á la procedencia de los vasos de tierra roja ó negra sin barniz hallados en Cabrera, la cosa cambia de aspecto completamente, y habremos de considerarlos como de fabricación indígena, más ó menos próxima al punto de la misma Necrópolis.

El mismo origen les atribuye M. Lenormant, concediéndoles al propio tiempo toda la importancia arqueológica que entrañan por su analogía con la cerámica itálica primitiva, y con la procedente de los hallazgos de la Japygia, de Hissarlik y de Chipre; preciosa afirmación que avalora más y más la antigüedad de nuestra Necrópolis.

Una de las circunstancias que á mi juicio debió llamar más la atención del ilustrado arqueólogo francés, al tener noticia de mi descubrimiento, sería la de la aparición en éste de vasos de barro negro, toda vez que según su opinión, extensamente manifestada en algunos de sus escritos publicados en la *Gaceta* citada, los vasos de esta clase son exclusivamente característicos de la cerámica nacional de la Etruria independiente, encontrándose tan sólo en el territorio comprendido entre el Tíber, al Sur, y Siena, al Norte, y especialmente en Chiusi, sin que puedan desmentir este hecho dos ó tres casos que se han alegado en contrario, entre ellos el que sienta Augusto Saltzmann, sobre haberse encontrado vasos de *buchero nero* en una sepultura de Camiros, en Rhodas, pues además de ser un hecho aislado y poco probable, cree M. Lenormant que no puede admitirse la importación lejana de semejantes vajillas.

Otros arqueólogos, entre los que puede citarse á Gamurrini y á D. Ramón de Mélida, siguen la misma opinión, si bien el segundo [1] tiene por cierto lo asegurado por Saltzmann.

Pues bien: los vasos de barro negro sin adornos en relieve aparecidos en Cabrera, tan análogos á los lisos que se descubren en las Necrópolis de la Etruria al lado de los decorados con figuras de aquella clase, son

chos de los anteriores datos, trata con abundancia de razones y con laudable imparcialidad lo concerniente á este punto, así como todo lo que se refiere á aquel pueblo.

Digno es también de consulta un magnífico artículo de D. Pedro de Madrazo sobre los vasos italo-griegos, publicado en el *Museo Español de Antigüedades*, tomo I.

El Sr. Madrazo, en la cuestión referida, es partidario de la Grecia y de los artífices griegos.

1 Vasos pintados griegos, italo-griegos y etruscos del Museo Arqueológico Nacional: *Ilustración Española y Americana*, 1882, tomo II, páginas 102, 122, 155 y 171.

un nuevo testimonio auténtico de que su fabricación no era exclusiva de los etruscos, y de que del lado acá de los Pirineos se practicaba también. Si alguna duda pudiera caber acerca de esto, la desvanecería, á mi ver, el decorado de los pitones que la mayoría de los vasos negros de Cabrera llevan en la panza; adorno que, como dije en su lugar oportuno, se observa también en un vaso con asa de arcilla roja, pero de idéntica forma que los negros, probando así su identidad de origen. En aquella ornamentación encuentro yo un sello de fabricación hispánica, que se remonta á los tiempos prehistóricos de la cerámica en nuestra patria.

En apoyo de esta opinión puedo citar el vaso encontrado en la Cueva lóbrega, cerca dc Torrecilla dc Cameros, en la provincia de Logroño, explorada desgraciadamente por unos extranjeros, que se llevaron á su país los curiosos objetos pertenecientes á la Edad de piedra que allí encontraron. Entre la cerámica de edades remotas representada en la citada obra de Waring, figura aquel curioso ejemplar, en el cual se observan los mismos pitones y una forma bastante parecida á la de los vasos de Cabrera.

Otra prueba más decisiva si cabe quc la anterior, como obtenida por mis propias manos, puedo aducir aún en corroboración de la nacionalidad ibérica de aquella espccie de adorno. Hallándome en la villa de Vélez-Rubio (Almería) á principios de 1883, se me indicó, por el ilustrado facultativo Dr. D. Marcos Egea, que en una eminencia, más escarpada que elevada, situada á kilómetro y medio al Poniente de la población, y á unos cuatro al Sudoeste de la *Cueva de los letreros*, dada á conocer por D. Manuel de Góngora en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, existían restos de un dolmen antiquísimo, en cuyas ruínas se habían encontrado muchas hachas de piedra, de las que el vulgo tiene por piedras de rayo ó centella. En su virtud, resolví practicar una excavación en aquella reducida cima, y al verificarlo no tardaron en aparecer dos de aquellas hachas y varios fragmentos de vasijas de tierra roja, blanca gredosa ó gris, mezclada con arena pizarrosa y cuarzo, mal cocida, pero de paredes no muy gruesas, con los pezones de teta más pronunciados que los de los vasos de Cabrera, y colocados, no en el arista de la panza como en éstos, sino en el cuello, á dos ó tres centímetros del borde de la cavidad. Rodaban por la ladera de aquel montecillo un trozo cilíndrico de diorita, materia de las hachas, y otros varios de piedra granatífcra, que acaso sirvieran para afilar aquellos instrumentos, atendida su dureza. Conservo además de estos útiles tres cacharros pertenecientes á otras tantas vasijas, no sólo por lo que son y pueden dar á conocer el

procedimiento empleado en aquella edad y en aquel lugar para la fabricación alfarera, sino para que comparados con los vasos indígenas de esta región, se vea cuánto habían progresado estos pueblos en aquel arte, debido quizá á la diferencia de tiempos entre una y otra fabricación y, más que todo, al roce en que los últimos estaban desde muy antiguo con los pueblos cultos á la sazón existentes.

Aun prescindiendo de esta comparación; examinados separadamente todos y cada uno de los vasos y otros objetos hallados en Cabrera, lejos de encontrar el indicio del estado poco avanzado de civilización y de industria en que según Lenormant habían permanecido estos indígenas, no obstante aquel roce, deduciéndolo así del arcaísmo de la fabricación ejecutada sin ayuda del torno, de las formas y de la ormamentación (tanto la expresada de los pitones como la de incisiones geométricas); lejos de encontrar aquel estancamiento, repito, hallo yo un estado de cultura y de industrias muy superior al que la Arqueología nos revela en otros pueblos vecinos también de etruscos, griegos y romanos, en la época anterior á la dominación de estos últimos por todos ellos. El esclarecido arqueólogo á quien me refiero no pudo juzgar sin duda con suficiente conocimiento de causa por el relato y por los dibujos que le remití, y así no es de extrañar que formara en mi pobre entender aquel equivocado concepto.

Ya lo expuse al ocuparme especialmente de los vasos sin barniz de mi Colección: así los negros como los rojos ofrecen una regularidad y elegancia de líneas y contornos que sorprenden á primera vista; la finura y suavidad de la pasta, la delgadez extremada de las paredes, y la excelente cocción de casi todos ellos, en poco ó nada desmerecen, y aun quizá aventajan en alguna de estas cualidades á los vasos griegos y etruscos de la buena época. En cuanto al empleo del torno para su fabricación, es indudable según el parecer de personas facultativas, exceptuándose únicamente aquellos vasos de forma de cubilete y los decorados con dibujos geométricos, que parecen hechos á la mano y revelan en todo mayor rudeza y arcaísmo.

En una palabra, entre más de doscientos vasos que se han desenterrado en Cabrera (comprendidos los abandonados por muy rotos), no excederán de diez los que pueden calificarse de groseros y toscos. Todos los demás, inclusas las urnas cinerarias de grandes dimensiones, acusan un marcado progreso en el arte, que no creo alcanzará ningún otro pueblo de la Península ibérica, ni antes ni durante el período de la dominación romana. Ni en Ampurias ni en Sagunto se han encontrado vajillas

que superen en mérito á las que nos ha suministrado Cabrera, según indiqué en otro lugar y afirman los que conocen las de unas y otras procedencias [1]; y si en algún punto como en Tarragona, por ejemplo, se ha encontrado algún raro ejemplar que por su decorado ó trabajo artístico aventaje á los nuestros, todavía faltaría averiguar si procede de fabricación hispánica y de la época ante-romana, ó si fué importado de Italia ó de Grecia, como quizá su mismo estilo y rareza argüirían en todo caso.

Ahora, que ni los laletanos ni ninguna otra tribu ibérica, por mucho que fuese su roce con los pueblos civilizados, llegaron ni podían llegar á la altura que éstos alcanzaron en artes é industria, es una verdad innegable, pero muy natural al propio tiempo. Aquí no había elementos externos que impulsaran el desarrollo de aquellas manifestaciones del genio y de la actividad del hombre.

Cuando estas tribus de espíritu inteligente reconocido comenzaron á sentir con mayor fuerza el influjo civilizador de sus vecinos y de otros pueblos más adelantados con los que se comunicaban por mar, viéronse objeto de la desapoderada ambición de los colosos de aquellos tiempos, y el grito de alerta que incesantemente les llamaba á la defensa de sus lares y penates, avivó en sus corazones aquel innato y fiero instinto guerrero de su raza, y aquel amor por su independencia y libertad que habían de inmortalizarles en Numancia y en Sagunto.

De aquí procede principalmente, en mi opinión, el atraso relativo de estos pueblos, y el que hasta las mismas colonias griegas no alcanzaran aquel grado de opulencia y prosperidad á que llegaron las de otros puntos del Mediterráneo. Después que las legiones romanas avasallaron por fin la Península, y cuando cerradas las puertas del Templo de Jano sobrevino la paz octaviana, bien se manifestaron las favorables aptitudes que germinaban en sus naturales para sobresalir, como sobresalieron, en artes, ciencias, letras, milicia, etc., así como para que ciudades como Tarragona, Mérida, Itálica, la misma Sagunto y otras que sería prolijo enumerar, se contaran muy presto entre las más opulentas, cultas y monumentales del Imperio.

Volviendo al concepto del origen local atribuído á los vasos de Cabre-

1 El Sr. Pellicer, en *El Semanario de Mataró*, núm. 69, refiriéndose á los objetos de mi Colección, dice: «Que después de un examen comparativo, no tiene dificultad por su parte en repetir, que ni Ampurias ni Sagunto pueden ponerse al nivel de Iluro en lo relativo al número, variedad excelencia y estado de conservación de los objetos arqueológicos que esta comarca ha suministrado.»

Véase además lo que en el Apéndice VII copiamos de aquel *Semanario*.

ra que carecen de barniz, diré, para concluir, que atendido su indisputable mérito y la variedad de tierras empleadas en su fabricación, debieron salir de un centro productor de primer orden; y como quiera que los primeros historiadores mencionan á Sagunto como el más importante de España, y el único quizá en donde existían las tierras expresadas de tan variados colores; teniendo en cuenta además la proximidad y facilidad de comunicación por mar con aquel punto, de éste, de Sagunto, es de donde puede creerse con mayor probabilidad de acierto que proceden aquellos vasos. Pero entiéndase bien que no es á la Sagunto romana, ni á la cartaginesa, ni aun á la griega, á la que yo creo que debe atribuirse aquella fabricación, sino á la Sagunto *edetana*, á la población indígena, floreciente ya cuando los de Zante fundaron allí su colonia, y con los cuales no se mezclaron, como no lo habían hecho tampoco los indigetes de Emporiæ con los focenses al cederles parte de su recinto urbano, con pacto solemne de que una muralla separaría los dos pueblos. No obstante esta separación de castas tan escrupulosamente observada, el influjo civilizador de los griegos había de penetrar forzosamente entre los aborígenes, y de aquí la mayor cultura en las costumbres y la suavidad en el carácter que distinguía á los habitantes del litoral de los del Norte y centro de España; y de aquí, por último, la influencia de los modelos griegos que se nota en los vasos de fabricación indígena hallados en Cabrera.

II.

Veamos ahora si es posible esclarecer el punto relativo al pueblo á que perteneció la Necrópolis. Dice á este propósito M. Lenormant, que «se trata manifiestamente de una Necrópolis de los *Lœetani*, vecinos de la ciudad de Iluro ó Eluro (Pomp. Mel., II, 6; Plin., *Hist. Nat.*, III, 3, 4; Pt., II, 6, 19), la cual correspondía á la moderna Mataró,» etc.

Verdaderamente, los historiadores están de acuerdo en que entre las diversas tribus ibéricas que poblaban la España desde los tiempos primitivos, había la de los laletanos, la cual ocupaba el litoral Mediterráneo comprendido entre el Llobregat y el Tordera, con los pueblos de *Rubricata* (Rubí), *Betulona* (Badalona), *Iluro* y *Blanda* (Blanes). Algo después aparece también *Barcino*, cuya existencia anterior á la conquista de Amílcar Barca se supone, al menos, como factoría griega.

No resulta la misma conformidad entre los historiadores, así antiguos como modernos, relativamente al sitio que ocupó la Iluro primitiva,

aquélla de que hacen mención Plinio, Pomponio Mela y Ptolomeo, el primero de los cuales se limita á colocarla *in ora*, esto es, cerca del mar y más arriba de *Betulona*.

El Sr. D. Antonio de Bofarull y de Brocá, en su extensa y reciente *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*, trata este punto con algún detenimiento, según puede verse en las páginas 158, 162 y 163 del tomo I. En ellas, después de manifestar que Cortés dice que Iluro no es Mataró, inclinándose á que sería Pineda, por ser aquel nombre metátesis de la voz griega *marathro*, que significa hinojo, al paso que Iluro significa *lugar empinado*, añade el Sr. de Bofarull que «*por ahora* no duda en aplicarlo á Mataró,» aunque cree que lo mejor sería hacerse eco de lo que en su tiempo dijo ya el sabio D. Antonio Agustín: «*Iluro, que yo no entiendo qué pueblo sea*.....» Opina también aquel historiador que Iluro podría tal vez referirse á Areñs de Mar, porque *Diluros* (nombre que Ptolomeo da á aquel pueblo) parece tener sus raíces en *dis-leos*, pueblo dividido en dos [1], circunstancia que concurre en Areñs, dividida por una ancha riera.

D. Modesto Lafuente, en su *Historia general de España*, y en el Apéndice al tomo I, en el cual comprende los pueblos antiguos con sus correspondencias modernas las más veces, se limita á señalar entre los laletanos á Barcelona, Iluso (querrá decir Iluro), Betulona y Rubricata.

La cuestión, pues, de la perfecta correspondencia entre la Iluro antigua y la ciudad de Mataró se hallaba en tal estado de obscuridad y de duda cuando aconteció el hallazgo de Cabrera, el cual, á mi entender, viene á resolverlo claramente ó mejor que cuantos datos, conjeturas y opiniones han podido subsistir hasta el presente en favor ó en contra de aquella relación.

El ilustrado arqueólogo y escritor ya citado Sr. Pellicer y Pages, en los eruditos *Estudios arqueológicos sobre Mataró* á que me referí más atrás, se esfuerza en demostrar, con exuberancia de datos y citas, que la expresada correspondencia entre las dos ciudades, antigua y moderna, es evidente, sin que jamás haya existido razón fundada para negarla ó ponerla en duda.

Lápidas epigráficas, especialmente la conmemorativa de Lucio Marcio *(Dumvir Ilurone)*, aras, mosáicos, estampillas, sepulcros, monedas, ob-

1 δις, adverbio, dos veces, tiene su radical en ΔΥ, cuya idea es de dualidad; λεώς, en dialecto ático, lo mismo que λαός, significa pueblo, muchedumbre, conjunto de ciudadanos, siendo su radical ΛΑ, idea de gentío, etc. *Nouveau Dictionnaire Grec-Français*, par A. Chassang: París, 1882.

jetos prehistóricos, toponomástica y cuanto de antiguo se ha descubierto ó existe desde Cabrils á Cabletas y es pertinente á su objeto, lo pone á contribución el distinguido escritor para probar su tesis, y deducir que la comarca *iluronesa* abarcaba el espacio comprendido entre aquellos dos pueblos extremos (unos 13 kilómetros de Este á Oeste); que á Mataró se reduce evidentemente la ciudad layetana *Iluro*, y que su fundación se remonta al siglo XIV anterior á Jesucristo, debiendo ser *sincrónica de la de las famosas ciudades de los Feanos y de Aresta, descritas respectivamente por Homero y Virgilio. (Semanario de Mataró*, núm. 64.)

No es posible desconocer el valor científico y literario de los trabajos del Sr. Pellicer una vez leídos, mereciendo sin la menor duda los plácemes de los hombres ilustrados, pero muy particularmente los de los mataronenses, por el importantísimo servicio que presta á la historia aportando materiales para dilucidar un punto obscuro de la misma, y poniendo de relieve los monumentos de índole diversa que atestiguan la antigüedad de la industriosa Mataró.

El Sr. Pellicer prueba cumplidamente, en mi concepto, que la antigua *Iluro* no corresponde ni puede corresponder á Pineda, ni á Lloret, ni á Areñs de Mar; entre otras razones de peso, por no avenirse sus longitudes y latitudes respectivas con las que Ptolomeo señaló á *Baitulon, Aluron* ó *Diluron (Iluro)* y á Blanda, al paso que los 18° de longitud por 41° 4′ de latitud en que coloca á la segunda de estas poblaciones, se reducen con mayor ó menor precisión á los de la actual Mataró con relación á Badalona y Blanes, que según el mismo geógrafo Alejandrino están á los 17° 50′ de longitud por 41° de latitud la primera, y á los 18° 45′ de longitud por 42° 20′ de latitud la última.

Pero si por estos cómputos geográficos, y por la profusión de antigüedades ante-romanas y de la época latina que se han encontrado en la comarca ribereña comprendida entre Cabrera y Caldetas, antigüedades que no se encuentran en las demás poblaciones citadas, no cabe dudar de que en aquellas lejanas edades estuvo muy poblada la expresada zona, y de que en ella debió existir la importante ciudad de *Iluro*, no resulta tan evidentemente demostrado que la de Mataró se halle precisamente levantada sobre las ruínas de aquélla. Acerca de este importantísimo extremo, paréceme que las pruebas aducidas por el Sr. Pellicer no son tan claras y decisivas como fuera de desear y supone tan aventajado escritor, llevado de su grandísimo entusiasmo por la bella ciudad de nuestra costa de Levante, y habrá que esperarse, para su resolución satisfactoria, á que nuevos descubrimientos nos pongan á la vista la acró-

polis de la *Iluro* laletana, cuya Necrópolis, me atrevo á asegurarlo, no puede ser otra que la descubierta en Cabrera.

Con efecto: si como el mismo arqueólogo á que vengo refiriéndome dice, con el autor de *Mataró á trazos* al hablar de algunos enterramientos hallados en Mataró y sus alrededores, «en donde se descubren tantos muertos, es muy natural que hubiese muchos vivos,» ¿á cuál punto ó lugar de aquella región marítima puede aplicarse con más exactitud una verdad tan axiomática que aquél en donde aparece un cementerio tan notable?

Afortunadamente no es necesario recurrir á otras fuentes ni á más investigaciones que á las de los mismos *Estudios arqueológicos*, para convencerse de que no sólo aquello es lo natural y lógico, sino lo que resulta plenamente demostrado.

Menciona el Sr. Pellicer la multitud de restos de antigüedades encontradas en el recinto y en los suburbios de Mataró; los hallados en una quinta de Cabrils, á poco más de una legua de aquella ciudad, y á unos dos kilómetros al Poniente de Cabrera, consistentes en restos de antiguos edificios, grandes sepulcros, tal vez *celtibéricos*, y entre otros objetos *un dardo de cobre;* un sepulcro en el monte de Burriach, en el que había un esqueleto, y junto á éste una corona de estaño sujeta al suelo con tres clavos de cobre (asociación de metales parecida á la que se observa en algunos objetos de la Necrópolis de Cabrera); un singular resto de *muro ciclópeo,* y multitud de restos de alfarería diseminados en los campos contiguos á dicho muro, hallados igualmente en el distrito de Agell, término municipal de Cabrera; restos de antiquísimos paredones, de barros finos, pavimentos de almendrado, etc., en el llano de Bona, término también y parroquia de Cabrera, en cuyo paraje un aguacero descubrió «dos sepulcros con un arca de plomo en el uno, y de cobre en el otro, conteniendo los huesos mezclados con una cal que parecía del todo reciente;» y, por último, los restos de edificios antiguos, almendrados, fragmentos de tinajas *(dolia)* y otros barros existentes en el *Morrell,* término de Llavaneras, así como un pedazo de mosáico hallado en el llano de este pueblo, á cosa de una hora al Levante de Mataró [1].

[1] Tengo en mi poder trozos de pavimento, tinajas y barros romanos de los que se encuentran en el Morrel, y el referido pedazo de mosáico. Hallose éste, hará sobre treinta años, en una finca de nuestra propiedad situada al Levante de la riera de Llavaneras y próxima á la capilla de San Pedro, cerca de la carretera de Francia; cuya capilla fué la primitiva parroquia del pueblo, hasta que las frecuentes irrupciones y piraterías sarracenas obligaron á los habitantes á replegarse entre las sinuosidades de la montaña, ocultándose

Ahora bien: de lo expuesto y de lo que más minuciosamente expresa el Sr. Pellicer, se desprende naturalmente que todos los restos de antigüedades hallados desde el término de Llavaneras, y aun desde Caldetas á la riera de Argentona, ofrecen un carácter romano evidente, mientras que la mayor parte de los encontrados desde esta misma riera hasta Cabrils, es decir, en el término de Cabrera ó sus colindantes, presentan una fisonomía más arcáica, propia de las razas primitivas que poblaron esta porción de la antigua Iberia. Luego hemos de concluir lógicamente que el ÚNICO pueblo de cuya existencia entre Badalona y Blanes se tiene noticia por los primeros historiadores; aquella *Iluro*, *Eluro* ó *Diluron* de que nos hablan Plinio, Pomponio Mela y Ptolomeo, se encontraba situada en un lugar más próximo á Cabrera que á Mataró, quizá en un punto más elevado de la falda de Burriach del que ocupa aquel pueblo, al abrigo y amparo de la inexpugnable fortaleza que ya entonces, y desde que hubiera población en aquella comarca, debía cobijar la aguda cima del expresado monte. Una posición como la indicada ú otra análoga de aquellos contornos (como, por ejemplo, la del mismo montecillo de Agell), justificaría mejor que ninguna otra de toda la comarca iluronesa la significación etimológica de *empinada*, *excelsa* que, por su radical *il*, Cortes atribuye á la voz *Iluro* [1].

Admitido esto, que es lo que revelan todas las antigüedades descubiertas por aquellas inmediaciones, y especialmente nuestra Necrópolis,

en lo posible de la vista del mar más próximo á la costa. Entonces se edificó la parroquia hoy llamada vieja, de buen estilo arquitectónico y con su torre almenada; siendo de lamentar que no se atienda á su conservación cuando con poco coste se evitaría su ruína, más ó menos próxima, pero cierta, y se dotaría al propio tiempo de una hermosa capilla al cementerio de cuyo recinto forma parte.

El pedazo de mosáico consiste en un trozo de *lithostrotum* de 0,50 en su mayor largo por 0,32 de mayor anchura, que empieza por una faja de 0,13 de piedrecitas blancas, á la que sigue otra de 0,11 de fondo negro, sobre la cual corre un meandro formado por dos franjas que se entrelazan á manera de eses, componiéndose cada una de tres líneas de piedras de diferente color, blanco, rosa y rojo, y blanco, verde y azul, respectivamente. Sigue debajo de esta segunda faja otra de 0,08, que empieza de color encarnado y va aclarándose hasta concluir en blanco; y á continuación se ve una línea de piedras negras, fondo quizá de alguna otra greca ó de los dibujos centrales del pavimento.

1 Las importantes ruínas que todavía subsisten en aquella altura, revelan que los romanos la utilizaron fortificándose en ella; y que destruídas sus obras posteriormente, se reedificaron hacia el siglo XVI, según lo indican algunos trozos, y más que todo las troneras para arcabuces, labradas en piedras sillares.

El castillo se compone de un recinto inferior cuadrilongo que mira á Levante, Norte y Sur, con una cisterna espaciosa para agua pluvial; y de otro recinto superior, con algibe más pequeño, restos de habitación, y una torre cilíndrica de espesas y fuertes paredes que corona la fortaleza.

no veo dificultad en admitir también que, andando los tiempos, subyugada al fin la heróica resistencia que los laletanos, como todos los españoles, debieron oponer á los romanos, y establecidos estos conquistadores en el país, iría poblándose más y más la referida comarca iluronesa, prefiriendo los advenedizos, una vez apreciadas las favorables condiciones de la playa y del fértil llano que se extiende desde la desembocadura de la riera de Argentona hasta la de San Simón, edificar sus viviendas en aquel espacio, agrupándose el mayor número de habitantes junto á la última riera nombrada, en la falda de la colina que hoy ocupa el cementerio de la ciudad de Mataró, y conservando, no obstante, el nuevo poblado la denominación de Iluro que llevaba la ciudad *fortificada* *«oppidum,»* de los *lœetani* [1].

De este fraccionamiento, más palpable seguramente en los tiempos de la decadencia, cuando la escasa población quedó diseminada por aquellos campos, procede, á mi entender, el nombre de *Civitas fracta* con que aparece todo aquel término en los documentos más antiguos referentes al mismo, añadiéndole el de Aluron, Alarona ó Alerone, adulteraciones de *Ilurone*, que, según la lápida conmemorativa de L. Marcius, parece ser la verdadera transcripción latina del nombre ibérico. (Véase el Apéndice núm. 8.)

Así vemos, según afirma el Sr. Pellicer, que en las escrituras del siglo XI se usa la frase *Civitas fracta quœ dicitur Alarona;* y en otras que se contraen al territorio de Argentona, la más expresiva aún de *ubi cognominatur civitas fracta*, *vel Alerona*, es decir, «en la tierra, en la comarca ó en el país que se conoce con el sobrenombre de ciudad fraccionada, llamada también Alerona;» pues me parece que aquí el vocablo *Civitas* debe tomarse en el sentido lato indicado, y no en aquel otro de ciudad, metrópoli ó conjunto de moradas de los ciudadanos, que es á lo que los latinos llamaban *Urbs*. En los documentos del siglo XII no se encuentra reminiscencia del nombre de Iluro, y á su territorio, conocido aún con el dictado de *Civitas fracta*, se le designa además en ellos con las palabras *infra terminos Castris de Matarone*, por la residencia ó morada del señor feudal del mismo territorio. Por fin, en el siglo XIV se pierde también aquel título, y aparece ya la humilde villa de Matarone, convertida hoy en la importante, industriosa y culta ciudad de Mataró.

Relativamente al origen del nombre de Cabrera que lleva el pueblo de

1 Oppidum, i: Ciudad, *plaza fortificada*, CASTILLO FUERTE. *Diccionario latino-español* de Valbuena.

nuestro hallazgo, nada, que yo sepa, consta de positivo; pero no me parece inverosímil que proceda de la situación topográfica que ocupa, y que, remontándonos á los tiempos de la dominación romana, los habitantes del llano llamasen *Capraria* á la población elevada y enriscada (entre cerros y breñas), situación más propia de cabras monteses que de hombres.

Aquí debiera dar por terminado este pobre y deslavazado trabajo, si una reciente excursión á Cabrera no me ofreciese materia gratísima para añadir algunas líneas, como el más digno coronamiento que yo pudiera desear para el mismo.

Aprovechando la estancia en esta capital del elocuente orador sagrado y docto Académico de la Real de la Historia, D. Fidel Fita, tan competente en materias de Arqueología y Filología, después de haberle hecho conocer los objetos hallados en la Necrópolis, le invité á una inspección ocular del terreno, al menos, ya que no tenía confianza en que una excavación nos diese resultados satisfactorios, ofreciéndonos nuevos hallazgos, por haber sido infructuosas las verificadas repetidamente desde Mayo del pasado año.

Aceptada la invitación, y hecha extensiva al Academico también, é historiador del Ampurdán, D. José Pella y Forgas, y á mi distinguido amigo D. José Brunet, salimos á las ocho de la mañana del miércoles 8 del corriente Abril por la línea férrea del litoral, apeándonos en la estación de Vilasar para tomar el carruaje que de antemano tenía preparado, llegando á Cabrera cerca de las diez.

Puestos sobre el terreno de los enterramientos y practicada una excavación sin resultado, se abrió en sitio separado como unos cuatro metros un pozo, con tan buena suerte, que fué á dar en el centro de un círculo formado por cinco grandes urnas cinerarias de forma cónica, en buen estado de conservación algunas, enterradas á cosa de un metro de la superficie del terreno, tomado desde el fondo de aquéllas.

Tocando á las mismas, como ha sucedido en casos semejantes, se hallaron una porción de armas de hierro, tales como espadas, soliferreums, cuchillos, puntas de venablo, umbos y mediacañas de escudo; dos anillas de bronce con una charnela de doble punta, la una de éstas doblada; una especie de aguja de cobre, larga como de unos doce centímetros (no está completa), aplanada y de doble plancha, al parecer, por un extremo, y redonda por el otro; un huevo entero, además de fragmentos de otros, y algunos vasos barnizados.

Entre las armas, que á primera vista parecían masas informes de hierro oxidado con tierra adherida del mismo color, se distinguen: dos espadas, la una de hoja ancha, como la que representa la fig. 1 de la lám. 7.ª, y la otra estrecha, como la que forma cruz con la falcata, reproducida en la lám. 5.ª, inutilizadas ambas de propósito antes de enterrarlas con tres dobleces tan unidos, y aun retorcidos, como puede hacerse con la pasta más blanda; una punta de lanza ó de venablo como la representada por la fig. 2 de la lám. 7.ª, y dos hojas de cuchillo, sobrepuesta la una á la otra á la manera que aparecen las de la fig. 5 de la lám. 8.ª

Los vasos, inutilizados también probablemente de intento, consisten en dos *kilix-páteras* de forma y dimensiones análogas al de la fig. 5 de la lám. 4.ª, diferenciándose de éste en el decorado interior, que en aquéllos es por el estilo del representado en la fig. 9 de la lámina 6.ª, si bien el número de flores ó palmetas se reduce á cinco en el uno y á cuatro en el otro, y las virgulillas que forman los círculos concéntricos son horizontales en el uno de dichos vasos, formando tan solo dos círculos. El adorno del pie, como en el *kilix* representado, consiste en círculos rojos y otros pintados de color más obscuro sobre la circunferencia roja central.

Dentro de una de las urnas cinerarias se hallaron fragmentos de un hermoso *cantharus* barnizado de color verdoso, con guirnalda de laurel pintada alrededor del cuello, y con la panza estriada. Es muy sensible que tan valioso ejemplar no se haya podido obtener entero.

Concluída esta provechosa exploración, que duró hasta mediodía; apreciada y reconocida por mis ilustrados acompañantes la suma importancia del descubrimiento arqueológico en general, y de cada uno de los objetos en particular; tomado un refrigerio, emprendimos la penosa ascensión á las ruínas del castillo que corona la cima del monte *Burriach*, acerca de cuya antigüedad y demás circunstancias dije en otro lugar lo que ellos revelan.

Á las cuatro de la tarde fué preciso tomar la vuelta de Barcelona, á donde llegamos felizmente satisfechos de nuestra jornada, principalmente yo, que tan complacido y honrado me sentí en toda ella, y cuyo recuerdo conservaré por los días de mi vida.

JUAN RUBIO DE LA SERNA.

BARCELONA, Mayo de 1885.

APÉNDICES.

I.

Carta de M. F. Lenormant.

Bossieu par Culoz (ain) 24 de Junio de 1881.

Muy señor mío: Los hallazgos arqueológicos verificados en sus posesiones de Cataluña, de que se sirve V. darme noticia, son extremadamente interesantes, y ruego á V. me permita publicar en la *Gaceta arqueológica* su carta con los dibujos que la acompañan.

La Necrópolis que ha descubierto V., debe ser un poco anterior al establecimiento de la dominación romana en esas comarcas.

Según las vajillas que aquélla le ha suministrado, me parece que se la puede referir con seguridad al medio siglo que precedió á la primera guerra púnica.

Por lo demás, existen allí evidentemente dos categorías de cerámica distintas. Los vasos de V., de tierra roja ó negra lustrosa por el pulimento, tan análogos á las antiguas vajillas itálicas, deben ser el producto de una fabricación indígena, influída en algunas de sus formas por modelos griegos.

Los vasos de tierra roja con barniz negro brillante son puramente griegos, procedentes de las colonias helénicas de Emporiæ y de Rhoda. Yo conozco ya otros análogos encontrados en Ampurias.

Sirvase V. recibir, señor mío, con todo mi agradecimiento por su tan interesante noticia, la seguridad de mi más alta consideración.—F. LENORMANT.

Une Necropole Ante-romaine de la Catalogne.

Con este epígrafe, y después de trascribir la carta en que yo participaba á M. Lenormant el hallazgo de Cabrera, publica el ilustre arqueólogo el siguiente artículo en la *Gazette Archeologique* (Enero de 1881):

«Los hallazgos señalados aquí por el Sr. Rubio de la Serna, me pare-

cen dignos de toda la atención de los arqueólogos. Se trata evidentemente de una Necrópolis de los laletanos, vecinos de la ciudad de Iluro ó Eluro (Pomp. Mel., II, 6; Plin., *Historia Natural*, III, 3, 4; Ptol., II, 6, 19), la cual correspondía á la moderna Mataró (*Marca Hispánica*, II, 15, pág. 159; Flórez, *España Sagrada*, tomo XXIX, pág. 34); Necrópolis que se remonta al siglo III antes de la Era cristiana, es decir, al siglo que precedió á la primera aparición de los romanos en aquellas comarcas, quizá algo anterior aún á la conquista cartaginesa de Amílcar Barca.

»Esta fecha me parece formalmente determinada por el estilo y naturaleza de los vasos números 7 y 8 (2 y 6 de nuestra lám. 4.ª), que son cerámicas griegas con barniz negro brillante, y con adornos en rojo además sobre cl segundo. El origen griego no es menos incontestable respecto del plato, igualmente con barniz negro, que lleva el nombre del alfarero Nicias. Vajillas de este género se habían introducido naturalmente en los pueblos indígenas de Cataluña, por las colonias helénicas vecinas de Rhoda y Emporiæ, ya fuesen los productos de una fabricación local instalada en estas ciudades, ya viniesen de Marsella, su Metrópoli, ó bien que el comercio marítimo las aportase de más lejos, de la Italia ó de la Grecia propia. Ni O. Jahn, en la introducción de su *Beschreibung dex Vasensammlung Kœnig Ludwigs* [1]; ni M. Birch, en su *History of ancient pottery;* ni ningún otro autor, que yo sepa, han scñalado hasta aquí punto alguno de España, que haya ofrecido á las investigaciones de los anticuarios vasos gricgos pintados. Sin embargo, M. Géry de Voiron poseía varios de ellos de pequeñas dimensiones y muy análogos á los que acaban de ser hallados en Cabrera, habiéndolos recogido en Ampurias, la antigua Emporiæ.

»En cuanto á los otros vasos que forman la mayoría de los que se han desenterrado de las sepulturas de Cabrera, y que están allí asociados con los de importación helénica, abren una nueva categoría en la gran clase de las cerámicas de arcilla á pasta suave sin baño, lustrosas por el pulimento. Son evidentemente productos de la industria de los indígenas, y cllas complctan las nociones que teníamos ya sobre las vajillas de esta clase, al mostrarnos la fabricación extendida exactamente con los mismos procedimientos, por todo el contorno de la cuenca del Mediterráneo. Se la seguía, con efecto, hasta ahora desde Chipre y el Asia Menor hasta la Italia media, y al presente, gracias á las excavaciones del Sr. Ru-

1 Exposición de la Colección de vasos del Rey Luis.

bio de la Serna, las encontramos en el Norte de España, al pie de los Pirineos.

»Las antiguas vajillas leetáneas tienen una incontestable analogía con los productos de la cerámica itálica primitiva. Pero la producción simultánea de vasos de tierra roja brillante, y de vasos de barro negro, todos lustrosos por medio del bruñidor, recuerda más aún los hallazgos de Hissarlik en la Troade, ó de Alambra en Chipre, así como las que tuvieron lugar en algunos puntos de la Japygia. El arcaísmo de la fabricación, ejecutada sin la ayuda del torno, de las formas y de la ornamentación, con los dos botones puntiagudos, salientes sobre la panza como pezones de mujer, y los decorados geométricos incisos, tienen en determinados ejemplares de estos vasos hispánicos, alguna cosa de singular respecto á la fecha que denotan los vasos griegos encontrados al mismo tiempo. Hay en ello un indicio del estado poco avanzado de civilización y de industria en que habían permanecido los indígenas, á pesar de la vecindad de los establecimientos helénicos. Verdad es que otros vasos pertenecen á una fabricación más perfeccionada, que conocía ya el empleo del torno, y que la influencia de los modelos griegos sobre sus formas es indisputable. En los ejemplares que se nos han dado á conocer, las tierras rojas tienen una marcada superioridad sobre las negras.—F. LENORMANT.»

II.

Carta de M. S. Birch á D. José Brunet.

(Sello del Museo Británico.)

15 Junio 1882.

Muy señor mío: Doy á V. muchas gracias por su carta referente al descubrimiento de antigua cerámica en la Necrópolis de Cabrera, la que es muy interesante y parece pertenecer al período señalado por M. Lenormant, pues la forma de los vasos, por ejemplo el núm. 4 (núm. 5 de nuestra lám. 4.ª), se parece al *kilix* del último período griego intermedio entre los siglos III y II antes de Jesucristo, y alguna asimilación se observa en otros con la *pátera*, mientras las circuntancias que V. relata de los vasos de tierra roja barnizados de negro y con la palmeta estampada, indican un período posterior á la muerte de Alejandro

Magno. La inscripción en cruz NIKIA (de Nicias) parece anterior al siglo I antes de Jesucristo.

Lo mejor sería que me enviase V. algunas muestras de diferentes clases de alfarería y vasos que se han descubierto, colocados en una cajita, lo que me facilitaría poder fijar con más precisión las clases diferentes de aquéllos y la época á que pertenecen.

Con mil gracias y cumplimientos por la molestia que se ha tomado en comunicarme tan interesante descubrimiento, créame V. su afectísimo,—S. BIRCH.

III.

Tres comunicaciones de la Associació Catalanista d'excursions científicas.

(Membrete de la Asociación.)

Esta Asociación, que tiene por objeto primordial el cultivar el estudio de todo cuanto tenga relación con la historia, el arte ó la ciencia, felicita muy cumplida y atentamente á V. por el notable hallazgo de varios fragmentos arqueológicos de la época romana, descubiertos en sus propiedades de Cabrera.

Al dirigirle esta Corporación muy sincera y humildemente los más afectuosos plácemes por ello, se congratula de que semejantes joyas hayan recaído en posesión de una persona tan ilustrada y amante de las bellezas artísticas, y espera de su generosa y benévola atención que se servirá proporcionar á nuestra Sociedad alguno de los fragmentos hallados para que figure en el Museo arqueológico de esta misma, donde será debidamente apreciado y conservado con singular veneración.

Esta Asociación aprovecha la presente para reiterar á V. el modesto tributo de su agradecimiento y simpatías.

Dios guarde á V., etc. Barcelona 18 de Febrero de 1881.—*El Presidente,* JOSÉ DE ARGULLOL.—*El Secretario primero,* ARTURO MASRIERA.

Esta Sociedad, contando con la afectuosa y delicada galantería de V., acordó visitar el próximo domingo 20 de los corrientes la preciosa Colección de los objetos arqueológicos descubiertos en sus propiedades de

Cabrera de Mataró, aprovechando la atenta invitación que V. se sirvió dirigirle.

La hora de convocatoria es, etc., etc.

Barcelona 18 de Marzo de 1881.—*El Presidente*, José de Argullol. —*El Secretario primero*, Arturo Masriera.

La Junta directiva de esta Asociación ha acordado conceder á V. un unánime y expresivo voto de gracias por el desprendimiento con que ha favorecido al Museo arqueológico de la misma, cediéndole varios fragmentos de los notables objetos históricos hallados en sus propiedades de Cabrera de Mataró.

Nuestra humilde Corporación, al expresarle el profundo tributo de su eterno agradecimiento, se complace en citar el patriótico ejemplo de V. como á un raro modelo digno de ser imitado, y no puede menos sino animarle á seguir las importantes excavaciones con tan brillantes resultados empezadas, á fin de que el arte, la historia y el esplendor de la cultura patria hallen nuevo motivo de felicitarse al tener un protector tan decidido y entusiasta.

Esta Asociación aprovecha la presente, etc. Barcelona 31 de Marzo de 1881.—*El Presidente,* José de Argullol.—*El Secretario primero,* Arturo Masriera.

(Sello de la Asociación.)

Sr. D. Juan Rubio de la Serna.

IV.

Asociación artístico-arqueológica barcelonesa.

La Junta directiva de esta Sociedad, en sesión del presente día, sabedora del gran tesoro arqueológico reunido por V., á la vez digno socio de la misma, ha acordado dirigirle la presente comunicación invitándole á presentar dichos objetos en el local de la misma á fin de ser expuestos á sus individuos y al público durante cierto plazo, en la inteligencia de que esta misma Junta, aprovechando las ilustradas indicaciones de V., se encargaría de formar el Catálogo razonado de los objetos ex-

puestos, y de darle la publicidad conveniente para el debido prestigio del arte y de su digno posesor.

Dios guarde á V., etc. Barcelona 31 de Marzo de 1881.—*El Presidente*, José Puiggarí.—*El Secretario segundo*, Jaime Andreu [1].

(Sello de la Asociación.)

V.

Con fecha del 18 de Septiembre de 1884, el Presidente de la referida Asociación Catalanista de excursiones científicas me dirigió una carta que, traducida del catalán, dice así:

«Sr. D. Juan Rubio de la Serna.

Barcelona.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Habiendo llegado á conocimiento de la Junta directiva que en las propiedades que V. posee en Cabrera de Mataró se han verificado nuevos hallazgos de objetos pertenecientes á la época ante-romana, cuya importancia no es menor que la de los primeros ejemplares allí descubiertos, y que permitió V. ver á los

1 No habiendo contestado á la transcrita comunicación por encontrarme ausente de Barcelona cuando se me remitió, y haberla por consiguiente recibido con gran retraso, debo satisfacer aquí la sagrada deuda en que estoy para con la ilustre Asociación á la que me honro en pertenecer como el último de sus socios, explicando al propio tiempo las causas que me impidieron acceder á sus laudables propósitos de exposición.

En primer lugar, á nadie que conozca el número, la materia y el estado de todos ó la mayor parte de los objetos de mi Colección, se le ocultará el peligro que corren de romperse ó deshacerse al trasladarlos de un punto á otro, cuando muchos de ellos están solamente reconstituidos, unidos sus pedazos, y cuando los de metal son más delicados aún que los de barro en aquel sentido.

En segundo lugar, todos los objetos obtenidos hasta entonces de la Metrópoli, los había tenido expuestos en mi casa por espacio de cinco ó seis semanas, visitándolos varias corporaciones y muchos particulares, cuantos quisieron y cuantas veces lo tuvieron á bien.

Y tercero y último, no era llegada la ocasiou, á mi juicio, de verificar una exhibición del carácter propuesto, y de formar el catálogo razonado de los mismos objetos, cuando todavía continuaban las excavaciones y me prometía encontrar, como encontré ejemplares, tanto en cerámica como en metal, de más valía que los hallados anteriormente.

Por lo demás, hubiera yo tenido el mayor gusto en complacer á la Junta directiva de la Asociación Artístico-Arqueológica barcelonesa, á la que siempre agradeceré los términos inmerecidamente laudatorios empleados en su comunicación.

individuos de esta Sociedad, comunicando además por escrito á la Presidencia las obras efectuadas entonces, tengo el gusto, en su consecuencia, de suplicarle se sirva facilitarme alguna noticia de los nuevos trabajos efectuados por V., y de los resultados que han producido, al objeto de que la Asociación no desconozca los buenos oficios que á V. deben las antigüedades de nuestra tierra, y para que en sus registros conste el expresado descubrimiento con todos sus detalles.

Felicitando á V. por su entusiasmo y aficiones arqueológicas, aprovecho, etc.—A. AULESTIA PIJOÁN.»

Si al contestar la carta anterior con el mejor deseo, satisfice ó no el que en ella se me expresaba, lo dice la que, traducida también, es como sigue:

«SR. D. J. R. DE LA S.

San Andrés de Llavaneras.

Muy señor mío de mi consideración más distinguida: Su atenta carta, fecha del 29 del pasado Septiembre, ha causado agradabilísima impresión á esta Directiva, porque con ella ha podido hacerse cargo de la capital importancia de los últimos hallazgos arqueológicos hechos por V., al mismo tiempo que del cuidado é inteligencia que V. pone en su conservación y estudio.

Por este motivo, la Directiva se complace en felicitar á V., deseando que en las sucesivas investigaciones obtenga un éxito tan brillante como en las de Mayo último.

La detallada descripción que se ha servido trasladarnos, tendremos mucho gusto en publicarla en el boletín *L'Excursionista* correspondiente al 30 de Septiembre, que aparecerá dentro de pocos días, y del cual tendré el placer de remitirle algunos ejemplares.

Reiterándole la expresión del agradecimiento de esta Junta, en nombre de la Asociación reciba, etc.—A. AULESTIA Y PIJOÁN.—Barcelona 3 de Octubre de 1884.»

En el *Boletín* indicado se publicó, con efecto, la carta á que se contrae la anterior, bajo el epígrafe *Nous descubriments Arqueologichs à Cabrera de Mataró*, concluyendo por parte de la redacción con estos dos párrafos:

«El Sr. Rubio de la Serna añade en su carta, que tanto dichos objetos como los demás encontrados en la Necrópolis, los tiene coleccionados en su casa de San Andrés de Llavaneras á la disposición de los aficionados

y personas entendidas que deseen visitarlos durante las temporadas que reside en aquella población.

»*La Associació*, al agradecer por su parte la amable atención de dicho señor, se complace en citarlo como á ejemplo digno de ser imitado por su celo é inteligencia en la conservación de aquellos antiguos monumentos de nuestra historia primitiva.»

VI.

Del *Bulletí mensual de la Associació d'Excursions Catalana*, correspondiente á Noviembre y Diciembre de 1884, traduzco lo siguiente:

«Excursión colectiva á Caldetas y á San Andrés de Llavaneras, y visita á la Colección de D. Juan Rubio de la Serna (Antigüedades anteromanas de Cabrera).

Día 20 de Julio de 1884.

Acta.

»Organizada esta excursión bajo los auspicios de nuestro consocio D. José Brunet y de su distinguido amigo D. Juan Rubio de la Serna, asistimos á ella, saliendo de Barcelona con el primer tren del ferrocarril del litoral, los Sres. Arabia, Arnet y el infrascrito, agregándosenos en Mataró nuestros consocios el Rdo. P. Roberges, Rector de las Escuelas Pías, y D. José María Pellicer, Director literario del Colegio de Valldenisa, llegando á las 6^h 20^m á Caldetas, donde fuimos recibidos por el citado Sr. Brunet y su hijo D. Gaspar.

»Debo declarar, con toda franqueza, que la parte principal de este trabajo corresponde en primer lugar al Sr. D. Juan Rubio de la Serna, por la extensa nota que con su inagotable amabilidad se ha apresurado á enviarme y que íntegra transcribiré más adelante; después á mis distinguidos compañeros de excursión, por los datos que han tenido á bien proporcionarme, y finalmente, á las pocas publicaciones que se han ocupado de algunos de los lugares y objetos que habremos de describir, quedando, por consiguiente, limitada mi propia tarea á ser fiel cronista de nuestra tan agradable como brevísima excursión.»

. . . .

. . . .

. . . .

«Á la 1h 15m tarde subíamos al carruaje que debía conducirnos á San Andrés de Llavaneras, siguiendo la carretera en dirección á Mataró hasta encontrar la riera de aquel nombre, y remontando su curso festoneado de frondosas arboledas, que ofrecen á la vista las más bellas y variadas perspectivas. Al cabo de una hora larga entrábamos en el pueblo, que está situado en la orilla derecha, llegando después delante de la casa que habita el Sr. Rubio.

»Inútil sería, conocido el carácter de dicho señor y de su estimable familia, expresar aquí la cordialidad con que fuimos recibidos, si no fuera para hacer constar nuestro agradecimiento, tanto por las atenciones con que nos distinguieron, como por los obsequios que se nos prodigaron, de todos los cuales conservaremos gratísima memoria.

»Después de las acostumbradas y afectuosas presentaciones, y habiendo descansado un rato, el Sr. Rubio nos introdujo en el local en que tiene reunida su interesante Colección. La multitud de objetos que la componen y la importancia de cada uno de ellos, harían imposible la descripción de la misma, á menos de emplear largo tiempo y detenido estudio: consignaré tan sólo que de momento nos quedamos embobados delante de tanta riqueza arqueológica, sin saber qué admirar más, ni por dónde empezar á satisfacer nuestra curiosidad. Mas este estado fué de poca duración, disponiéndose todos á prestar la más sostenida atención cuando nuestro distinguido y amable *cicerone* comenzó á darnos metódica y detalladamente noticia de cada uno de los objetos, contestando con solicitud á las innumerablos preguntas y observaciones que de todos lados se le dirigían.

»Como á resumen de tan interesante visita, hed aquí, según he dicho ya, la nota del Sr. Rubio. (Sigue la nota indicada; á continuación el artículo de M. Lenormant publicado en la *Gazette Archéologique*, y la carta de M. Birch al Sr. Brunet; terminando el acto, por lo que á Llavaneras concierne, con los siguiente párrafos:)

«Continuando ahora nuestra acta, creemos inútil expresar cuán rápidamente pasaron las horas en tan grata distracción y no menos grata compañía, hasta que nos invitaron á dar un paseo hacia el molino *d'En Lluy*, propiedad del Sr. Rubio, situada á la parte arriba de la riera, á corta distancia de su casa-habitación.

»Á la entrada se extiende á derecha é izquierda un vasto plantío de frutales muy bien cultivados, en el que alternan en armónica combinación de colores y de perfumes la cándida y aromática flor del naranjo, con la matizada y exuberante belleza del rosal.

»Cerca de dicho plantío y sobre el pintoresco molino, hay un bosque de regular extensión, sitio deleitosísimo en extremo por la mucha espesura de sus famosos árboles de variadas especies, á través de los cuales los rayos del sol penetran á duras penas para ir á reflejarse en un estanque, presentando á la extasiada vista efectos de luz los más caprichosos y magníficos. El agua brota allí abundosa, contribuyendo también con su frescura y sus murmurios á completar los encantos de aquel hermosísimo recinto, que hace recordar el Paraíso. En prueba de ello, muchos son los paisajistas de fama que allí han encontrado variedad de estudios para sus mejores cuadros.

»Saliendo del bosque hay una barraca suiza (ó *châlet*), construída con bastante propiedad, en donde el Sr. Rubio nos tenía reservado un nuevo obsequio, en lo cual verdaderamente se excedió. En una bien dispuesta mesa se nos sirvió una merienda compuesta de variedad de dulces, frutas y fiambres, con acompañamiento de vinos de varias clases, que nos hizo olvidar por un momento la Arqueología griega y la romana, los bosques y el Paraíso.

»En medio de las cordiales protestas de agradecimiento, de las expansivas ofertas de amistad y de las más vivas manifestaciones de simpatía que mutuamente se cambiaban, nos avisaron que el coche venía á buscarnos para regresar á Caldetas, en donde debíamos tomar el último tren.

»Forzoso fué, pues, despedirnos del Sr. Rubio y demás amigos suyos que nos honraron con su compañía, y reiterando nuestros más afectuosos agradecimientos emprendimos la vuelta.»

. . . .

. . . .

Firmado.—Álvaro Verdaguer.

VII.

«Desde que, gracias á la iniciativa del Sr. D. Juan Rubio de la Serna, empezaron las excavaciones en la vecina población de Cabrera, al objeto de poner de manifiesto las antigüedades allí enterradas, ha ido adquiriendo tal importancia la Colección que dicho señor viene haciendo, que, según afirman personas competentes, ni Ampurias ni Sagunto pueden ponerse al nivel de nuestra Iluro en lo relativo al número, variedad, ex-

celencia y estado de perfecta conservación de los objetos arqueológicos que esta comarca ha suministrado. Ya no son únicamente urnas cinerarias y una gran riqueza de vasos (ánforas, gutti, cráteres, cados, ritones, shyfos, páteras, etc.) lo que ha proporcionado la vecina Cabrera, sino que admira la diversidad de armas, adornos, téseras y otras curiosidades dignas de serios estudios, á que se dedican ya distinguidos arqueólogos. Felicitamos al Sr. Rubio de la Serna por su celo en favor de las antigüedades de la comarca iluronesa; no menos que por su oportuna idea de tener reunida su preciosa Colección en el vecino pueblo de Llavaneras, en donde deseamos que por largos años puedan visitarla íntegra cuantos se interesan por las glorias de la patria de las ínclitas mártires Juliana y Semproniana.

»Lo que más aquilata el valor de los hallazgos de Cabrera de Mataró, son las inscripciones que se leen perfectamente en algunos de los cados y páteras. Entre ellas hemos copiado dos curiosísimas estampillas cerámicas que vamos á transcribir, á fin de que se pongan á continuación de las publicadas por vez primera en *El Semanario.*

Una de ellas trae la palabra NIKIA repetida en los brazos de una cruz griega; en otra se lee en caracteres celtibéricos SKN-SKIAN: de ambas estampillas y de todo lo demás nos ocuparemos en su día en los *Estudios arqueológicos sobre Mataró*, que desde Enero venimos publicando.»

(El *Semanario de Mataró*, 27 de Julio de 1884.)

VIII.

L MARCIVS·Q·F·GAL·OPTATVS
AEDIL TARRACONE·II·VIR·ILVRONE
ET·II·VIR·QVINQVENNALIS·PRIMVS
PRAEFECTVS·ASTVRIAE·TRIBVN·MILII
LEGIONIS SECVNDAE AVGVSTAE
ANNOR·XXXVI·INPHRYGIA·DECESSIT

(Del *Semanario de Mataró*, núm. 45, 30 de Marzo de 1884.)

Esta lápida se encontró en Mataró: sirve hoy de remate, según el señor Pellicer, á una fuente pública, y es, como se ve, conmemorativa de Lucio Marcio, hijo de Quinto, de la tribu Galeria, edil de Tarragona, Dunvir de Iluro, etc.

IX.

En el *Bulletí mensual de la Associació d'Excursions Catalana* que acaba de salir á luz, correspondiente al próximo pasado Abril, se inserta una detallada relación debida á la pluma de D. José Brunet y Bellet, de la excursión verificada á Cabrera en 8 del mismo mes; y son tan interesantes y dignos de conocimiento los datos que contiene relativos á algunos de los objetos descubiertos aquel día en la Necrópolis, que me apresuro á traducirlos del catalán y agregarlos á estos Apéndices, prescindiendo tan sólo de todo aquello que no ofrece novedad ó esencial diferencia, respecto de lo que referente á la expedición indicada dejo expresado por mi parte en otro lugar.

Excursión particular á Cabrera, y nuevos descubrimientos de antigüedades ante-romanas.

Día 8 de Abril de 1885.

I.

«. . . . .
. . . .

»Después de almorzar, el P. Fita y los Sres. Rubio y Pella subieron á inspeccionar las ruínas del inmediato *Castillo* nombrado de *Burriach;* y temiendo yo al cansancio de tan larga y pendiente ascensión, me he quedado en casa entreteniéndome en escribir estas notas.

»Al bajar de Burriach se había convenido en continuar un poco más las excavaciones; pero ha empezado á llover, y esto ha impedido realizar nuestros deseos.

»Á las cuatro de la tarde han bajado del castillo los expedicionarios, entusiasmados del grandioso y esplendente panorama que desde allí han contemplado, y de la bien escogida posición estratégica de la fortaleza, pues próxima á la entrada de la riera de Argentona podía impedir el paso de tropas de la marina al Vallés ó interior del país. El amigo J. Pella

tiene observado, que todos los castillos, hoy en ruínas, de la época romana, están edificados en posiciones análogas, es decir, en la embocadura de un río ó riera que conduce al interior del país.

»Según opinión del Rdo. P. Fita y del referido D. J. Pella, las ruínas del castillo de Burriach son las de una reedificación de los siglos XV ó XVI, sobre otras de un antiguo edificio romano destruído probablemente cuando la revolución de los *pagesos de Remensa* [1]; se encuentran aún en él muchas tejas de fabricación romana, y otras piedras que no dejan la menor duda acerca de quiénes fuesen sus primeros habitantes [2].

»El amigo Sr. Pella ha tenido la amabilidad de mandarme un croquis de la planta del castillo, con las indicaciones correspondientes para hacerse cargo de la disposición, no de las proporciones.

»En dicho croquis se ve señalada la capilla que, según me refirió la *masovera* de Casa-Rubio, fué utilizada bajo la advocación de San Vicente hasta el tiempo de la invasión francesa de principios de este siglo. En ella se veneraba una imagen de San Vicente, que según la tradición del pueblo se llevaron los franceses al destruir el castillo; pero San Vicente de Burriach no quiso ser francés, y se escapó volviéndose á Cabrera, y allí, en la parroquia, es hoy venerada aquella misma imagen que antiguamente lo había sido en el castillo de Burriach.....»

II.

«Los dos pequeños y bonitos vasos encontrados en esta excavación, pertenecen á la clase general de los que usaban los antiguos para beber, y en particular á la de los *kilix*. *De todas las copas*, dice M. Sam. Birch [3], *la más celebrada era indudablemente el kilix*, *nombrada así por haber sido trabajada al torno*, sin duda para pulirla ó adornarla, pues muchas otras formas de vasos se daban al torno, y, sin embargo, los vasos llevaban diferentes nombres. M. Birch distingue aquellos vasos en tres clases, señalándoles un orden de tiempo sucesivo: presenta como á primeros los que tienen la copa más honda con la boca más es-

1 Los payeses de Remensa eran vasallos sujetos á redención personal por cierta cantidad de dinero. Su rebelión tuvo efecto en el reinado de D. Juan II, hacia el año 1460.—(*N. del T.*)

2 Siendo indisputable que antes de la época romana existió en aquellos alrededores un pueblo guerrero, es más lógico creer que éste sería el primero que se fortificó en aquella eminencia.—(*N. del T.*)

3 Sam. Birch: *History of Ancient Pottery*, pág. 381.

trecha, y un pie de cuello bastante alto; como á segundos, los que tienen la copa mucho más ancha y menos profunda, y un pie mucho más bajo, refiriéndose á esta clase cuando dice que *es la más celebrada de todas las copas*, porque efectivamente es imposible inventar nada más elegante en las formas; y si á esto añadimos la hermosura de los dibujos con que los decoraban, colorido brillante y pulidez en la ejecución, no cabe duda de que es de lo más perfecto que ha producido la antigüedad. «En el período de la Basilicata, dice M. Birch, estos vasos parecen anchas cestitas con asas, es decir, el *kilix* con un pie sin cuello inmediato al recipiente, que es la forma de los vasos hallados en la excavación.» M. Demis [1] dice: «La última variedad del *kilix* no tiene pie, sino una base moldurada. Esta forma se supone ser el *lepaste* [2], y haber tomado su nombre de su semejanza con el λέπας griego (es la pechina univalva que se pega fuertemente á las rocas, muy común en todas las costas del Mediterráneo, llamada *lapa* en castellano, y en Barcelona *barretet*).» Según M. Birch [3], el *kilix* fué reemplazado por el supuesto *lepaste*, de lo que parece deducirse que ambos arqueólogos dudan de la verdadera aplicación del nombre, si bien convienen en que son unos vasos bastante raros de hallar y escasos por consiguiente.

»Esta circunstancia y la de su forma tan aplanada nos hace creer que eran vasos puramente funerarios, pues el escaso líquido que pueden contener en su extensa y aplanada copa, los hacía poco á propósito para una bebida verdadera, y únicamente para expresar ésta ó una bebida espiritual, figurarían en las escenas de banquetes fúnebres representados en las pinturas de los sepulcros de la Etruria. En estas escenas los cálices de una y otra forma (segunda y tercera según Birch), se ven en las manos de los personajes de una misma pintura, lo que nos hace creer que si con efecto los *lepastes* fueron de invención posterior, no reemplazaron á los cálices, toda vez que, como digo, se ven á un mismo tiempo y en un mismo banquete en manos de los comensales. En la tumba Tarquinia, del fondo de la querciola, una de las figuras que no están borra-

1 *The Cities and Cemeteries of Etruria*. Prólogo y descripción de las diferentes clases de vasos.

2 Según Antony Rich en su *Diccionario* citado, el *lepasta*, *lepesta* ó *lepista*, era un gran vaso usado en la más alta antigüedad, como *acratophorum*, para contener el vino puro antes de mezclarlo con agua para beberlo en la mesa, y en el *lectisternium* entre los sabinos. El *acratophorum*, tal como lo presenta Rich, tenía forma de mortero; y el *lectisternium* era un banquete religioso y suntuoso ofrecido á los dioses, cuyas estatuas se colocaban alrededor de una mesa llena de exquisitos manjares.—(*N. del T.*)

3 Obra citada, pág. 213.

das tiene un *kilix* en la mano; mas en un aparador ó armario que hay figurado en el extremo de la pintura, se ven vasos de diferentes formas y montones de *kilix* y *lepastes* [1]. En la pintura de un vaso encontrado cerca de Agrigento, que representa uno de aquellos convites, uno de los comensales tiene un *lepaste* y otro un *kilix* [2]. En una de estas escenas pintadas en un sepulcro de Chiusi, uno de los convidados tiene un *lepaste* y los dos restantes un *kilix* cada uno [3]. Además, los *lepaste*, que son los encontrados en Casa-Rubio (y continuaremos dándoles aquel nombre para distinguirlos de los *kilix* de pie alto), se encuentran representados en otro de los vasos de Millingen colgado en la pared, y en las pinturas murales del gran sepulcro de Cœre hay cuatro bien marcados [4]. No me he entretenido en buscar más, porque creo que bastan los ejemplos citados para demostrar que tales vasos son vasos funerarios y etruscos, pues que solamente se les halla en monumentos etruscos.

»Los repetidos vasos se encuentran representados á veces de un modo particular, y es, sostenidos por un solo dedo introducido en una de las asas [5]. Birch, Millingen y algunos otros creen que semejante actitud es debida á que con ella se representaba el juego siciliano llamado *kottabos* [6]; mas el profesor Domingo Valeriani opina de otro modo, pues según él [7], á tenor de la doctrina de Platón, las almas que deben bajar á la tierra han de encontrarse en un estado el más ligero posible, como también en la parte más elevada del mundo; y de ello se deduce que la taza del comensal representa el recipiente del néctar que usaban los dioses (*numi*), la cual levanta como á símbolo del alma, así por su elevación como por la ligereza que demuestra el estar sostenida por un solo dedo.

»M. Valeriani es de los que en estas representaciones ven *agapas* ó cenas fúnebres, con las cuales se terminaban los últimos honores tributados á los muertos, acompañadas de agradables melodías, imagen de la

1 *Monumenti inediti del Instituto di Correspondenza Arqueologica*, tomo I, lám. 33.

2 Millingen: *Peintures de vases etrusques*, tomo I, láminas 8.ª y 108.

3 *Etrusco Museo Chiusino*, tomo I, lám. 106.

4 Noel des Verges: *L'Etrurie et les etrusques*, tomo III, lám. 2.ª

5 Véanse las láminas 106 del *Etrusco Museo Chiusino*, y la 8.ª del tomo I dc Millingen.

6 Birch, obra citada, pág. 385, y Millingen, explicación de la plana 8.ª El *kobattos* era un juego particular usado en Sicilia; la explicación que Atheneo da dc este juego es tan confusa y enredada, que no se puede formar una idea exacta de éste, como tampoco la tendria Atheneo por no estar ya en uso cuando él escribía.

7 *Etrusco Museo Chiusino. Raggionamiento VIII é IX*. Explicación de la lám. 106.

bienaventuranza que las almas de las personas virtuosas iban á gozar en los Campos Elíseos después de esta vida. Sin embargo, dice que las modernas opiniones de que en estos banquetes no se ha de ver otra cosa que convites ó cenas domésticas y alegría social, sin tener la menor referencia ni alusión á cultos religiosos, son de tal peso, que merecen alguna consideración; pero que, por otra parte, reflexiona que el estar la mesa representada sin comestibles, puede explicarse por el sistema primitivo, esto es, alegórico, pues no siendo el alma susceptible de alimento material, la mesa solo era una señal suficiente del placer y gozo; mientras que si el pintor no hubiese querido representar más que una escena doméstica de la vida material, la composición quedaría incompleta por la falta de manjares, indispensables para efectuar el acto de comer.

»Por la actitud que guardan las figuras, ya de quietud escuchando la música, ya levantando el vaso como si brindasen, nos parece quieren significar que hacen una invocación ú ofrenda, y alguna vez como si realmente estuviesen alegres y brindasen. Yo me inclino á la opinión del profesor Valeriani, por la presencia en estas escenas del vaso *lepaste*, que, como ya he dicho, por su forma aplanada es casi inservible para beber, y no puede representar sino una bebida simbólica, como simbólicos creemos eran también la música y lo demás de la escena.

»He dicho que los vasos encontrados en Cabrera eran etruscos, porque, á más de lo expuesto, concurren otras circunstancias que así me lo hacen creer. Dice M. Birch [1] que los vasos nombrados *stamnos* (especie de vasijas bajas, anchas y con dos asas en la panza, de las cuales se ha encontrado algún ejemplar en la Necrópolis de Cabrera, y que en Grecia servían para poner aceite ó vino) se han hallado con frecuencia en los sepulcros de Italia, surmontados por otro vaso de la forma de los nombrados *lepaste;* circunstancia que también ha tenido lugar en Cabrera.

»En este punto se han encontrado también algunas páteras de finísimas labor y tierra: su forma, que corresponde á la de los vasos llamados *phiale*, es la de una taza circular sin asas ni pie. En su fondo interior tienen un bulto que, hueco por el lado opuesto, suplía al asa en el uso del vaso tomándolo por un costado y metiendo un dedo dentro del hueco referido, con lo que se tenía más asegurado. Por aquella circunstancia las tales páteras se llamaban ὀμφαλωτοί (jorobadas) ó μεσόμφαλοι (que tie-

1 Obra citada, pág. 360.

nen una corcova en medio). Era un vaso destinado especialmente para las libaciones, y nunca ó casi nunca usado en banquetes.

»Este vaso se encuentra en la mano de más de las dos terceras partes de las muchísimas estatuas reclinadas sobre los sarcófagos y urnas cinerarias en forma de tales, que en tan gran número se han descubierto en las sepulturas de la Etruria, viéndose igualmente su uso en los bajo-relieves que adornan los lados de los mismos sarcófagos y urnas, en particular los que representan el sacrificio de Ifigenia; los que, según Gori, representan el bautismo *Mithriach*, y otros actos en que se practican libaciones [1].

»Las ánforas, ollas, orzas ó como quiera llamárseles, de la Necrópolis de Cabrera que contienen los restos calcinados de los difuntos, tienen una forma especial que nos hace creer son de fabricación del país. Waring [2] ofrece 339 dibujos de vasos funerarios de diversos países, y no hay entre ellos ninguno semejante á los de Cabrera, sucediendo lo propio con los que representan Gori y otros [3].

»*Apéndice.*—Francisco Ignhirami, *Pitture di vasi etruschi.....*»

El Sr. Brunet, en corroboración y como ampliación de lo que antes expuso sobre la significación de las pinturas de vasos en que se representan convites y se ven comensales con el *lepaste* en la mano, aduce nuevas citas y consideraciones tomadas de la obra de Ignhirami citada, especialmente de las escenas representadas en las láminas 132, 133, 276 y 356.

Añade después algunas reflexiones sobre las armas de hierro halladas en Cabrera, y concluye su trabajo con las frases siguientes:

«Creo que un detenido estudio de los objetos encontrados en Cabrera, comparados después con otros reales ó figurados de otros pueblos, podría dar mucha luz para la historia de la España antigua.—José Brunet y Bellet.»

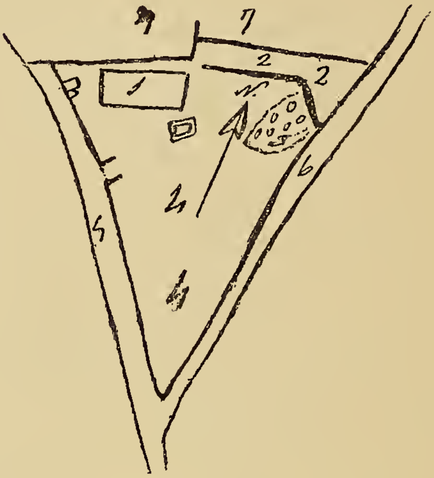
1 Véase F. Gori, *Museum Etruscum*: los dos tomos de láminas de la obra de Migali *L'Italia avanti il dominio dei Romani*, y el tomo también de láminas de la obra de Jean Carlo Conestabile, *Monumenti de Perugia, Etrusca é Romana.*

2 Waring: *Ceramic Art. in Remote Ages.*

3 *Museum Etruscum.*

CROQUIS DE LA FINCA LLAMADA CASA RODON DE L'HORT

EN CABRERA.



1—Casa del masovero.
2—Terreno más elevado que el fondo de huerto.
3—Lugar de las sepulturas.
4—Huerto.
5—Riera de Cabrera.
6—Torrente de San Felio.
7—Huertos vecinos.

ÍNDICE.

	Páginas.
Introducción	673
Capítulo primero.—*Sección 1.ª*	
I.—Urnas cinerarias	679
II.—Platos	683
III.—Vasos para bebida	684
IV.—Vasos para perfumes	688
Sección 2.ª	
Vasos de pasta roja barnizados	689
V.—Armas	699
VI.—Objetos de adorno y para otros usos	712
VII.—Inscripciones y símbolos	723
VIII.—Monedas	740
Capítulo II.	
I.—Época de las ruínas	742
II.—Pueblo á que pertenecen las ruínas	761
Apéndices	769
I.—Carta de M. F. Lenormant	771
II.—Carta de M. S. Birch á D. José Brunet	773
III.—Tres comunicaciones de la Asociació catalanista d'excursions científicas	774
IV.—Carta al Secretario de la Asociación artístico-arqueológica barcelonesa	775
V.—Cartas del Presidente de la Asociación catalanista	776
VI.—Acta de una excursión de la misma Sociedad	778
VII.—Artículo del *Semanario de Mataró*	780
VIII.—Lápida romana de Mataró	781
IX.—Excursión particular á Cabrera	782

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA).

Lam.ª I

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lamª II

F. Kraus, lit.

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lam.ª III

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lamª IV

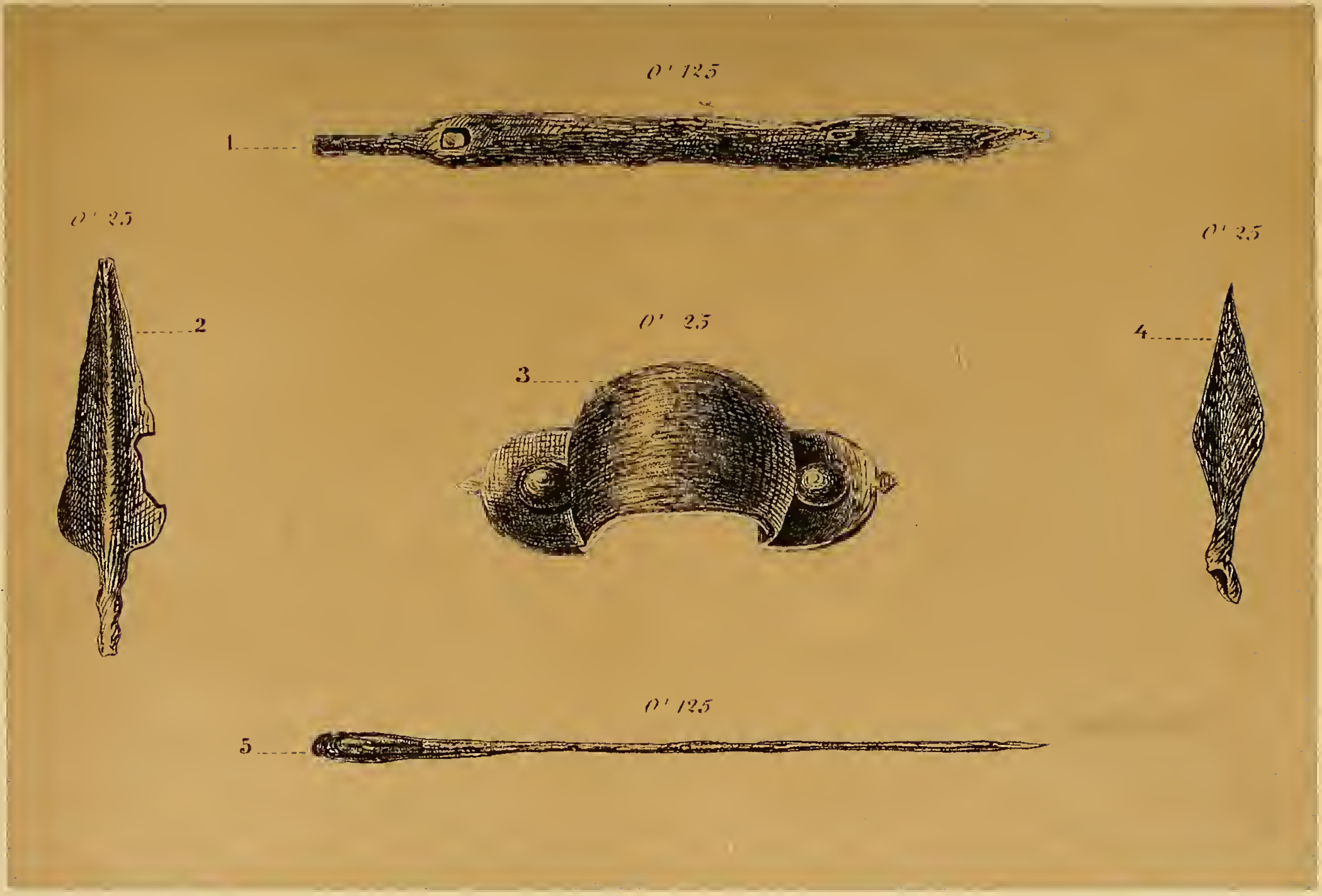
NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lam.ª V

F Kraus, lit.

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lamª VI.

F. Kraus, lit.

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lamª VII.

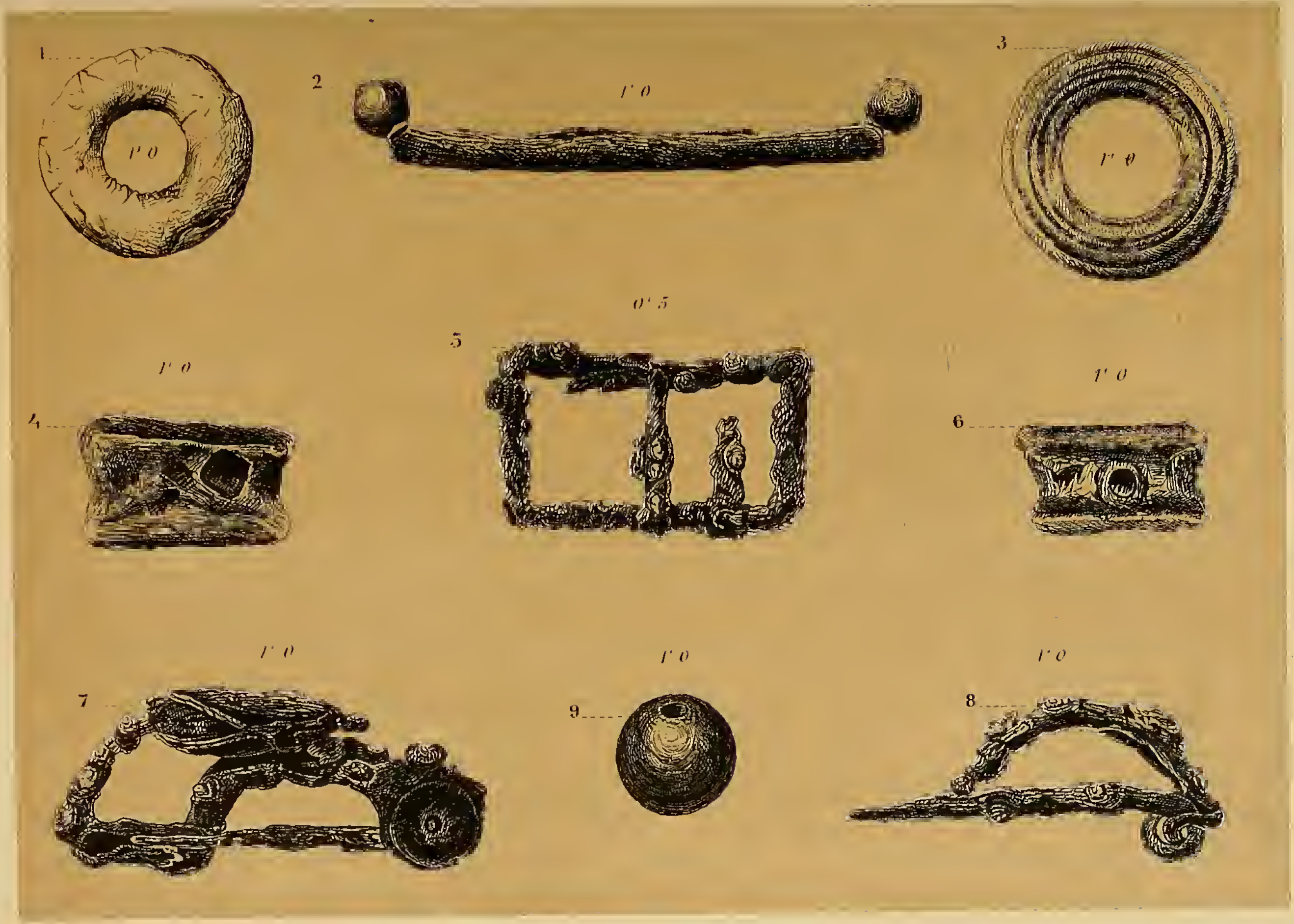


F. Kraus, lit.

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lam.ª VIII.

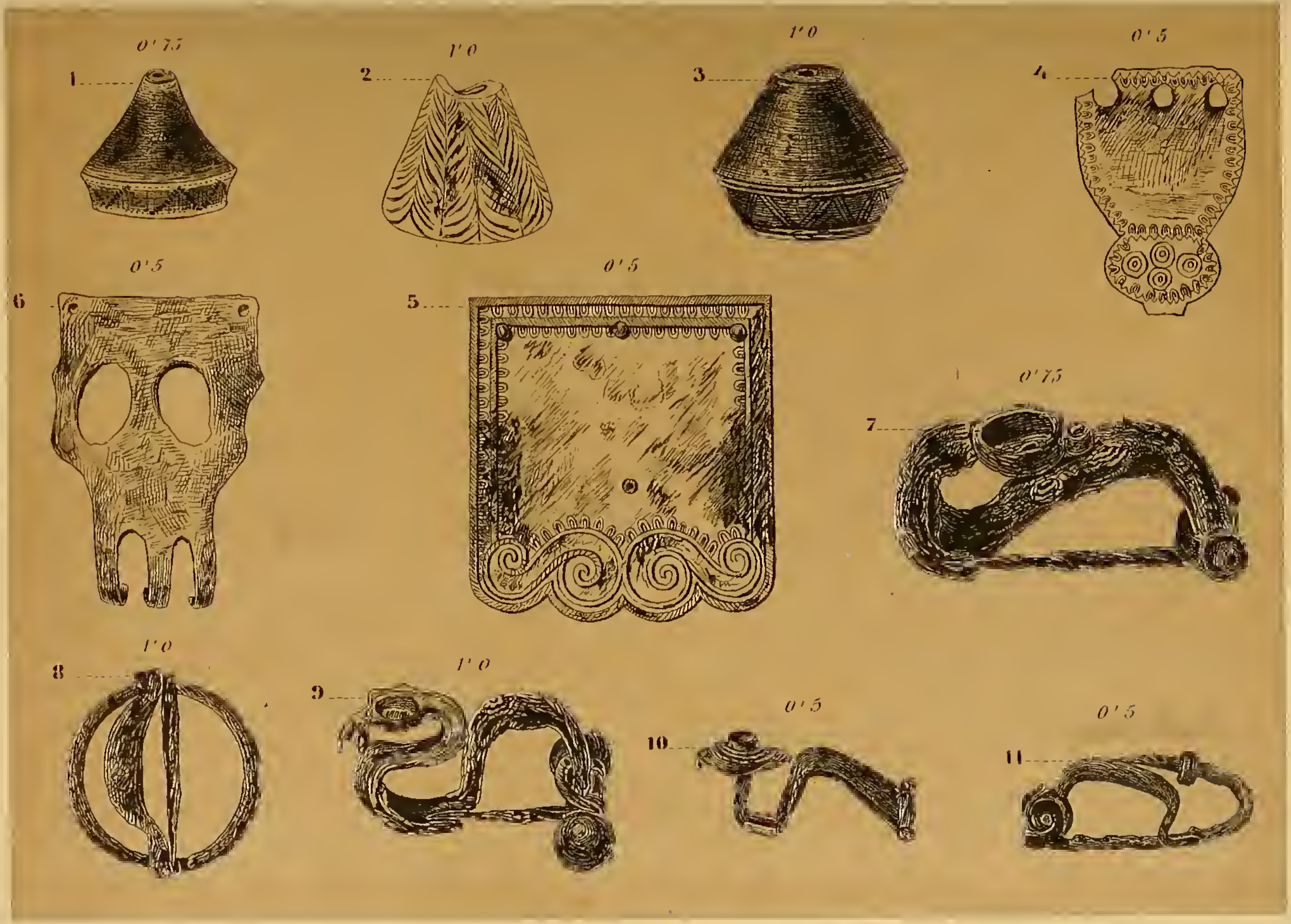
F. Kraus lit.

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lam.ª IX



F. Kraus, lit.

NECROPOLIS DE CABRERA DE MATARÓ (BARCELONA). Lamª. X



F Kraus, lit

ÍNDICE

DEL TOMO XI.

	Páginas.
Advertencia preliminar..	v
Catálogo de los individuos de la Real Academia de la Historia en 1.° de Octubre de 1888..	VII
Memoria histórica de las posesiones hispano-africanas........................	1
Necrópolis de Carmona..	485
Noticia de una Necrópolis ante-romana en Cabrera de Mataró..................	667

D. P. L. Bindery.
APR 12 1911